

Julio Albi de la Cuesta

En torno a Annual

En torno a Annual

Julio Albi de la Cuesta

En torno a Annual



MINISTERIO DE DEFENSA

CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES
http://publicacionesoficiales.boe.es/

Edita:

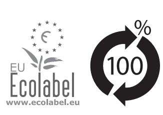


http://publicaciones.defensa.gob.es/

NIPO: 083-16-242-4 (edición papel)
ISBN: 978-84-9091-143-3 (edición papel)
Depósito Legal: M-16977-2014

Fecha de la 1ª edición: octubre 2014
Fecha de la 2ª edición: febrero 2016
Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

En esta edición se ha utilizado papel 100% reciclado libre de cloro.



Índice

Índice

Prólogo

Prólogo

Viene siendo costumbre que quienes nos dedicamos a escribir nos presentemos unos a otros y demos a conocer así las obras recién nacidas, cuando consideramos que estas merecen la pena. El prólogo antecede al texto desde que se inventara el término griego y obra, ya en nuestros días, a fuer de carta de recomendación. Durante mucho tiempo han sido los alumnos los que buscaban a maestros que avalaran su trabajo. ¡Qué poco de todo lo antecedente sigue siendo válido!

Debo confesar que hay libros y autores que no precisan de prólogo ajeno; todo lo más de una introducción propia, que actúe como una justificación legal de motivos, como una «entrada» escenográfica, o como un «avant-propos» que ayude a su comprensión. Acepto pues en este caso el cometido con pudor y con el agradecimiento de un amigo que quiere hacerme partícipe así de su logro, de su aportación, porque dar buenas noticias, y la publicación de esto lo es, es algo en lo que me gustaría especializarme.

Es Julio Albi hombre de grandes saberes y largas meditaciones, de sólida formación que le otorga un juicio lúcido, y de elegante y fácil prosa, de estilo inmejorable y que, además, sabe estructurar, dosificar el interés y llegar, en su momento, al lector, marcándole pautas, tiempos y prioridades, facilitándole no solo la lectura, sino la retención de lo esencial, lo obligado, o la aportación novedosa. Estoy definiendo al maestro, grado en lo simbólico, en lo didáctico y en lo literario, como acreditan su abundante producción y su éxito.

De las cualidades que según Octaviano Maggi en *De Legato* (1596) debía reunir un embajador, no era la menor la de ser un erudito avezado en materias clásicas, historiador, geógrafo y perito en ciencia militar. No se atrevía sin embargo, a exigir ser autor, sino mero conocedor de ellas: legado en fin de su soberano y de la civilización. Simón Bolívar anteponía a todas las cualidades del diplomático «su ilustración y gran patriotismo». Estamos marcando lo esencial en la producción literaria de Albi: amor al pasado, que le hace investigarlo y rellenar lagunas; preferencia dominante castrense con un olfato especial del que la mayoría carece y que le permite reconocer lo sublime y lo heroico, tanto en la victoria, como en el esfuerzo inútil culminado en el fracaso, y también, marcadamente, en la derrota, que la mayoría opta por olvidar ingratamente.

Sabe encontrar la grandeza en las «rotas» de Rocroi o de Las Dunas ante cuyos reveses fue significativo que no surgiesen voces criticando la eficacia de las unidades, de los últimos Tercios, como señala. Reconoce el éxito de todo un sistema defensivo indiano en la longevidad que no empaña su propia quiebra; descubre lo benéfico de un imperio respetuoso que no necesita imponerse por comprendido e integrado y cuyas tropas metropolitanas son meramente testimoniales mientras otras potencias, verdaderamente «coloniales», mantienen numerosos regimientos en localidades mucho menos extensas.

Albi cambia la imagen de un ejército maldito, el realista que no pudo impedir la emancipación americana, respecto del que España prefirió perder la memoria olvidando, al tiempo que su fracaso final, sus sacrificios y sus triunfos. En aspectos concretos del primer tercio del siglo xx, subraya lo extraordinario y sublime en una carga de Caballería muy posterior a la archifamosa de Balaclava, pero, por ser nuestra, desconocida entre propios y extraños. También respecto a Trafalgar, desarticulando la imagen de una España decadente y degradada imposible de dar, como dio «tanto comandante destrozado en el alcázar, tanto guardiamarina imberbe muriendo junto a la bandera que custodiaba, tantos tripulantes, desorientados y mareados, sirviendo con fidelidad de perro a sus cañones».

Acabo de tocar lo que considero la razón última de su producción literaria, el motivo autoimpuesto de investigar más en profundidad los hechos tratados con frívola y con frecuencia interesada banalidad, incluso de reescribir la historia bajo otros parámetros más justos. Es una nueva percepción y dimensión, tan válida como remunerativa, tan contraria al derrotismo, al escepticismo y al pesimismo, tan alejada de un «patrioterismo» fatuo, como de un derrotismo académico y «diletante». Por eso resulta tan sorprendente y atractiva.

Julio Albi es, ante todo, un escritor de «lo militar», de la «cosa militar», término amplio, determinante y privativo, que acuñara Flavio Vegecio Renato en tiempos del emperador Graciano, como compendio de todos los aspectos castrenses: de los hechos, de las tácticas, de las estructuras, de los apoyos, del sentir del soldado, de sus lacras y sus virtudes y de la percepción y juicio que del exterior merece.

Se le detectan notoriamente dos predilecciones: el arma de Caballería, por la que parece profesar una especial devoción y cuyo clarín resuena constantemente en su cavidad cordial en forma de «botaselas» de «montas» y de «tararas», y el costumbrismo de la profesión que nuestra literatura «de oro» manifiesta como ninguna otra.

La imagen de un soldado que traza mi pariente Diego Duque de Estrada: «Pisaba recio y airoso, y traía el sombrero calado de medio lado; la capa cruzada sobre la espada, la mano en ella, y la otra, hecha jarra», no encabeza, «porque sí», uno de los capítulos de su ejemplar *De Pavía a Rocroi*, y parece flotar en todos sus trabajos sobre este periodo en los que el protagonista es ese soldado español que siempre supo ganarse el respeto de los únicos jueces que le importaban: sus adversarios y sus propios compañeros. Admiración que extiende a otro tiempo y

en ocasión, recogiendo del ingeniero dieciochesco Constansó otro texto referido a los guardianes «de cuera» de la indefinida raya norteamericana de la «Apachería»: «[…] son…, de aquellos soldados, que mejor ganan el Pan al Augusto Monarca a quien sirven».

La variedad de hechuras, formas y colores de la uniformidad le hechizan, es un «entendido» también en ellas, pero aún más de la contradicción que supone el valor desaliñado: «Veinte coraceros sucios y mal afeitados habían escrito en mi presencia una página de Historia» hace decir a uno de sus personajes de *Caminantes* (1991) entre la mímesis y la realidad.

Albi es un historiador militar como novelista y como científico, por conocimientos, intuiciones y vivencias…, tanto, que de las únicas tres obras de ficción que le conozco, forman parte de la acción personajes y eventos de ese carácter o no, pero el marco histórico recreado es auténtico y rico en sus detalles más nimios. En *La calavera de Plata*, la fuente inspiradora lo fue el mítico emblema de un regimiento dieciochesco de Dragones; la pasión desatada por la guerra de la Independencia y el misterio que la criptografía puede desvelar, estimuló su imaginación para *La gran cifra de París* (2010). En *Caminantes* (1991), de género indeciso, lo castrense es esencia. Son hijos menores, pero no menos valiosos, de esa fortísima vocación histórico-militar que se mueve con maestría en un mundo en el que se mezclan virtudes y pasiones, bizarría y abandono, bandidaje y lealtad, orgullo, desesperación, fatalidad y heroísmo.

Sus libros puramente históricos son referentes para cuantos nos dedicamos a la historia militar. Uno, pequeño pero esclarecedor, *El «Alcántara» 1921*, es publicado en 2011 con motivo de la reciente concesión de una laureada colectiva al heroico regimiento de Cazadores de Caballería número 14 por las múltiples acciones en los sucesos de Annual en ese año, y cuyo expediente se había iniciado 91 años antes. Es su contacto previo con un suceso del que no se mete en mayores digresiones, pero del que le queda una inquietud por profundizar en él, por estudiar y exponer toda su trascendencia en el gran entorno socio-político que marcó todo un periodo, y que ahora se ve satisfecha.

El libro que hoy ve la luz difiere en cierta manera de la mayoría de los múltiples anteriores, porque, sin dejar de constituir un discurso ejemplar de unos sucesos militares centrales, conocidos, pero no agotados si se contemplan bajo nueva óptica, el autor se muestra como analista mucho más amplio, profundo y variado. Como en su *El día de Trafalgar*, tiene ahora algo que añadir y ese algo resulta que va a ser fundamental en la comprensión de causas, hechos y efectos, convirtiéndolo en todo un análisis de la época.

En torno a Annual es también un estudio ampliado por nuevas perspectivas complementarias y esclarecedoras, especialmente por delante y por detrás. Los antecedentes de los hechos son básicos; el marco geográfico y político imprescindible, marcado por una política interior y exterior nuevas e impuestas por circunstancias no vividas hasta entonces, por la opacidad de una opinión

pública casi inexistente y desinteresada, por una realidad social de marcado retraso y muchas otras urgencias, imbuida en una decepción gigantesca en lo filosófico y en lo pragmático, producida por el gran desastre del 98…

La actitud de España respecto a África, como se nos aclara, ha ido pasando a lo largo del tiempo del desinterés hacia una «vecindad agreste y peligrosa», a una protección presidial litoral y avanzada, tan introvertida que, como señala el autor, es tan lesiva para la guarnición obligada, que el término presidio y presidiario adquieren connotaciones carcelarias. Un Ejército «pardo y rojo, tocado con roses» –con «leopoldinas», diría yo, por obligado para con mi antepasado O´Donnell– haría variar el panorama en 1860, para poder volver a lo habitual con alguna mayor holgura. En la última oportunidad colonial España quiso aprovechar una mezquina oferta francesa y, más que por convicción colonialista o por quererse reverdecer laureles de expansión, de la que había tanto desengañado, por frenar las ambiciones de otros hechas a su costa y en detrimento de su honra, se produce una ocupación territorial extensa, más de lo razonable, por fuerzas bisoñas, con moral de reemplazo, inconexas, aisladas en lo efectivo, ya que de poco sirven las comunicaciones ópticas ni telegráficas cuando no se cuenta con reservas de intervención inmediata.

La gran aportación de Albi a este contexto y parte primera es el tejemaneje diplomático de peones muy diversos, cada uno jugando su juego y preparando su compensación en caso de mala baza. Pese a que es Francia la que niega u otorga en lo fundamental, hay algún huelgo para decisiones propias. También lo es la reacción de los pocos o demasiados, según pareceres, que analizan «la cuestión de Marruecos» desde sus diferentes perspectivas y dentro de un «ruedo ibérico». Ruedo de razonables, de visionarios o de augures, dentro de un mecanismo bicameral político gastado, de un sector empresarial inoperante, de una opinión militar cualificada muy diversificada, a la que algún ministro acusa de buscar solo «tiros y estrellas», o de la eterna palestra periodística. En el trasfondo, un protectorado francés, pacífico y próspero, que se antojaría, antes y después del suceso principal, como deseable y modélico. Todo el panorama de la polémica nacional es contemplado con lucidez sintética.

En estos prolegómenos se muestra un Ejército cuya orgánica es tan fluctuante como el criterio de los diversos ministros que lo dirigen, presionado por unas «juntas» de intereses profesionales cuasi sindicales, el fracaso del voluntariado peninsular e, inmediatamente después, el de la recluta indígena. Todo ello conducente a una fuerza poco preparada para la gran prueba que se avecina.

La trayectoria del líder enemigo, Abd el Krim, es otro de los pilares sobre los que se sustenta una bien montada argumentación introductoria.

Como debe suceder en toda obra clásica, el meollo corresponde a la segunda parte; de pronto, con la misma sorpresa en el papel que la que se produjo en la realidad: «el zarpazo», seguido de «la boca del lobo», el cénit del desastre y la trascendencia en la vida política española: «el cielo de ignominia». Constituyen una

trama central en la que los directores asumen de nuevo su papel y son juzgados o justificados, no solo por sus resultados –que es lo fácil– sino por sus intenciones. Las grandes actuaciones se combinan con las individuales más abnegadas, como sucede siempre en Albi.

El resto es la rendición de cuentas hecha un río de tinta periodístico y procesal, y luego, histórico.

La reacción, no solo militar y el desquite, seguido de un excelente análisis de las consecuencias, algo más mediatas, que se van concadenando hasta la caída de la Monarquía, constituyen la tercera parte, son componentes inevitables de un todo «en torno a Annual», que, por ese y por otros motivos, es una obra definitiva.

Hugo O'Donnell y Duque de Estrada
Duque de Tetuán
De la Real Academia de la Historia

Introducción

Introducción

Sobre el desastre de Annual se han escrito tantos libros que parece difícil justificar la publicación de uno más. En el caso de la presente obra, se pueden alegar dos motivos.

De un lado, el uso intensivo que se hace en ella tanto del Expediente Picasso en su integridad, y no solo del resumen que vio la luz en 1931, en la editorial Morata, como de la instrucción que, con posterioridad, mandó llevar a cabo el Consejo Supremo de Guerra y Marina. Se trata, en conjunto, de varios miles de legajos que se conservan en el Archivo Histórico Nacional.

De otro, que, a diferencia de lo que se ha hecho en otras ocasiones, en las siguientes páginas se intenta abordar no únicamente la retirada y los días inmediatamente anteriores y posteriores a la misma, sino también el periodo que se extiende hasta que termina el juicio declarando la culpabilidad del general Berenguer.

A esos efectos, el trabajo se divide en tres partes. La primera pretende esbozar el marco en el que se situaron los acontecimientos. La segunda trata de lo que se llamaron «los sucesos centrales», esto es, los episodios de Abarrán, Igueriben, el abandono de Annual y la retirada hasta Monte Arruit. La tercera, por fin, está dedicada a la campaña de reconquista posterior y al juicio a Berenguer y a Navarro.

No resulta sencillo calificar la tragedia de aquellos días de julio de 1921. Weyler, el militar de mayor categoría de la época, la describió, con la palabra «vergüenza», tan tajante como su espada. Corrochano, en el *ABC* de 11 de enero de 1922, habló de «lo incomprensible, la derrota que no tiene traza de combate desgraciado, sino de cataclismo [...], que no nos explicaremos nunca».

Posiblemente tenía razón. Porque se ha intentado comparar lo sucedido con famosos reveses coloniales, pero los paralelismos son solo relativos. Así, Insandlwana, en la guerra Zulú, tuvo una entidad muy inferior, afectando, como tropas regulares, a menos de un batallón británico. Adowa, en la guerra de Abisinia, fue de magnitud superior, pero allí los italianos se enfrentaron a un ejército, aunque de corte feudal, dotado de artillería. Sin embargo, la mayor diferencia estriba en que en esas dos ocasiones hubo un enfrentamiento de poder a poder, desdichado para los europeos, que se enfrentaron al enemigo hasta ser vencidos. No es el caso

de Annual en el que, como dice el mencionado corresponsal, no hubo choque inmediatamente previo a la desbandada.

Quizás para encontrar un ejemplo similar habría que retrotraerse a la tristemente célebre retirada de Kabul, en la primera guerra de Afganistán, cuando un ejército en retirada fue aniquilado por tribus locales, inferiormente armadas. Habría que hacer la salvedad, no obstante, de que se trató de un repliegue ordenado, embarazado por una multitud de civiles, y en el que la única unidad inglesa presente fue exterminada dando la cara al contrario, características todas ellas que no aparecen en Annual, excepto en algunos casos muy concretos, por lo que se refiere al último aspecto.

La de Fernández Silvestre fue, en efecto, una derrota sin paliativos, fruto de una multitud de factores que aquí se intenta presentar, para ayudar en lo posible a formarse una opinión sobre una materia ciertamente compleja.

Cualquier libro encierra entre sus páginas muchas deudas, y este no es una excepción. Quisiera, en primer lugar, mencionar la que tengo con Alejandro Alvargonzález, secretario general de Política de Defensa y cómplice de remotas experiencias hondureñas, por su apoyo. Hugo O'Donnell amigo antiguo, que no viejo, ha llevado su invariable cortesía hasta el extremo de aceptar mi ruego de que escribiera el prólogo, esperando dar así a la obra un lustre del que carece.

Agradezco, también, a Teresa de Arriba Fernández, directora del Archivo del Tribunal Supremo, haberme puesto sobre la pista de Picasso; a Javier Plaza, jefe del Servicio de Información Bibliográfica de la Biblioteca del Congreso, que sufrió con ecuanimidad digna de mejor causa mis continuas preguntas; al capitán Agustín Pacheco, del Archivo General Militar de Madrid, por una amabilidad sin límites y su paciencia infinita, y al también capitán Germán Segura, del Archivo General Militar de Segovia, por haber ido más allá del cumplimiento del deber.

Finalmente, una línea sobre la transcripción de los nombres de personas, cabilas y lugares. Aparecen todos ellos en la forma más usualmente empleada en la época por los españoles, habiendo evitado las versiones modernas, más científicas, pero muchas de ellas irreconocibles para un lector no especializado. Desde luego, palabras como *indígenas* o *moros* se utilizan, evidentemente, sin el menor sentido peyorativo.

Primera Parte

«Y ahora, para rematarlo todo, esta cuestión de Marruecos»

(Arturo Barea, *La ruta*)

Capítulo I
España y Marruecos

Capítulo I
España y Marruecos

Los títulos jurídicos

Tradicionalmente, España y el norte de África mantuvieron una relación distante y recelosa. A pesar de la proximidad geográfica, no se veía en esa región un campo de expansión, ni siquiera de entendimiento, sino una vecindad agreste y peligrosa, de la que solo podían venir sinsabores. Con la excepción de Isabel la Católica, en su famoso testamento, y de Cisneros, los estadistas en general consideraron que aquellas eran tierras fronterizas entre dos mundos mutuamente incompatibles, el cristiano y el musulmán.

Desde los primeros Austrias, pues, se aspiró únicamente a la contención, sin abandonar unas costas que se estimaban vitales para la seguridad de España, pero también sin alejarse de ellas, evitando internarse en un entorno hostil, tras amargas experiencias como la de Carlos V en Argel.

No variaron de política los Borbones, absorbidos por Italia, América y Gibraltar, y por la eterna lucha contra Gran Bretaña.

De ahí, la cadena de presidios que se estableció, fortalezas que encerraban a sus propias guarniciones, que únicamente se aventuraban fuera de las murallas con ocasión de infrecuentes algaradas, que se fueron haciendo cada vez más raras con el paso del tiempo, hasta suprimirse. A partir del XVIII, las plazas fuertes se cierran sobre sí mismas, y salvo expediciones de mayor o menor entidad, pero siempre limitadas en el espacio y en el tiempo, viven de espaldas a su entorno, con los ojos vueltos a la península, de donde vienen los barcos con los suministros de que dependen para sobrevivir –hasta las piedras para las fortificaciones llegaban de Europa–, y que, sobre todo, traen el ansiado relevo.

Porque eran esos puestos ingratos para los destinados a defenderlos, recintos asfixiantes, batidos por el viento y el mar, en los que, desde el día que arribaban, los hombres se consumían esperando el de su partida. A veces, la desesperación de la monotonía estéril les empujaba al mayor de los crímenes, «pasarse al moro», abjurando de su fe y condenándose a un destierro eterno. Desdichada suerte, pero que podía parecer mejor que agostarse en el encierro y las penalidades.

No extraña que la denominación de presidios que se dio a aquellos lugares pronto perdiera su original sentido romano, equivalente simplemente a fortalezas, para adquirir el actual de prisión. Cárceles eran, para los desdichados destinados a ellas, hasta el extremo que el Estado, consciente de ello, enviará allí también a delincuentes para que purgasen sus pecados, consagrando el carácter penitenciario de los enclaves, que alcanzaba tanto a soldados como a reos. El ruido de las cadenas de los penados, resonando en las calles estrechas, servirá para recordar así a la tropa que engañaba el tedio en tabernas angostas y humosas, el triste destino que la perra suerte le había reservado.

Los siglos de hastío, solo roto por los rigurosos asedios que aquellos buques de piedra sufrieron, se rompieron en una ocasión, fulgurante. Fue cuando, en 1859, O'Donnell desembarcó en Ceuta, al frente de un ejército pardo y rojo, tocado con roses, realzado por húsares celestes y blancos y por los gallardetes multicolores de los lanceros. Abrió la llamada Guerra Romántica, un paréntesis de unanimidad entre los enfrentados españoles del siglo XIX, que dejó tras de sí varias victorias de sonoros nombres, un buen libro, algunos cuadros notables y no mucho más, si se exceptúan los centenares de muertos, gran parte de ellos roídos por una asoladora epidemia de cólera que encaja mal con la rutilante imagen que ha sobrevivido de aquel conflicto, y que se puede resumir en un Prim jupiterino tremolando la bandera en los Castillejos.

A principios del XX, sin embargo, todo eso cambió. Culminaba la carrera por África iniciada cincuenta años antes, y poco quedaba del continente por repartir entre las potencias europeas. Marruecos, un imperio secular, había escapado hasta entonces a las ambiciones extranjeras, pero no podría sustraerse a la fuerza de la inercia colonizadora, o «colonista», como se decía entonces.

Sobre todo porque, en 1898, Francia había sufrido la humillación de Fashoda, una aldea sudanesa perdida junto al Nilo, donde el exiguo contingente que Marchand arrastraba desde el Congo tropezó con el Ejército británico de Kitchener, cuyos cañones todavía humeaban tras su reciente victoria sobre el Mahdi en Omdurmán, en las afueras de Jartum. Allí murió el sueño de una franja francesa que abrazase el continente de este a oeste, diseñándose, en cambio, una británica que lo recorría de norte a sur.

Al cabo, Marchand se replegó, y se evitó una guerra, pero lo sucedido exigía una satisfacción. Se obtuvo en la Declaración franco-británica de Londres, el 8 de abril de 1904, por la que los firmantes establecían la libertad de acción de Francia en Marruecos y la de Gran Bretaña en Egipto. Una parte del texto era secreta, y en ella figuraba el artículo 3.º que reconocía a España «una esfera de influencia de cierta extensión» en torno a Ceuta y a Melilla. Se añadía que «la administración» del territorio marroquí entre la costa del Mediterráneo y la margen derecha del río Sebú «debe confiarse exclusivamente a España», si lo deseaba. Ambas cláusulas sobre dichas regiones entrarían en vigor «el día en que el sultán dejara de ejercer

sobre ellas su autoridad»[1]. Se imponía la condición, además, de que para disfrutar de esas ventajas, Madrid debía adherirse al contenido del artículo 7.º del texto hecho público, que prohibía la edificación de fortificaciones costeras entre Melilla y las alturas dominantes de la orilla derecha del Sebú, excluyendo las españolas ya existentes.

La estrategia subyacente tras el texto era transparente. Gran Bretaña estaba interesada, de un lado, en extender su dominio sobre un amplio corredor que abarcara África oriental desde El Cairo hasta El Cabo. De otro, en evitar a toda costa que una potencia extranjera pudiese controlar los accesos a Gibraltar, arteria vital de su imperio. Por parte francesa, se trataba de satisfacer el orgullo nacional herido, y abrirse las puertas de un país vecino a Argelia, su cabeza de puente para la penetración en el norte del continente.

En cambio, para el Gobierno español, la «donación» que se le hacía era «un regalo envenenado»[2]. Desde Cánovas, había apostado siempre por el statu quo en Marruecos. Carente de toda ambición, lo único que deseaba era que no pasase nada, lo que tenía la doble ventaja añadida de que así se evitaba, por un lado, tomar decisiones, y, por otro, incurrir en los gastos en hombres y en dinero inherentes a una campaña.

Ese estado de ánimo estaba en consonancia con el reinante en el país, asolado por el todavía fresco Desastre, por antonomasia, la pérdida de Cuba y Filipinas, de la que tardaría todavía años en recuperarse, suponiendo que esa cicatriz ya haya desaparecido. Lo último que se deseaba era una nueva aventura ultramarina: «abandonemos todo sueño de conquista, todo pensamiento de grandeza militar. Reconozcamos que ya no servimos para eso»[3]. Por ello, la oportunidad de una intervención en Marruecos se veía entre los iniciados, con pocas excepciones, con mucha más alarma que satisfacción.

Por eso, en 1902, el entonces presidente del Gobierno, Francisco Silvela, se había negado a firmar un acuerdo secreto negociado con Francia por el gabinete anterior. En él, se reservaba a España el antiguo reino de Fez, hasta el Sáhara; dos tercios del territorio marroquí, con tres millones de habitantes, sobre un total de cinco. No lo hizo porque «sentía aún menos fe que éste [Sagasta, su antecesor] en las fuerzas de España para acometer empresas que el pueblo no sentía y que, además, las consideraba muy superiores a su capacidad económica»[4]; por no alterar ese cómodo statu quo, lo que en el caso de los políticos españoles suponía

[1] Jerónimo Becker, *Tratados, Convenios y Acuerdos referentes a Marruecos y la Guinea española,* Madrid, 1918, págs. 163-168. Todos los textos de acuerdos que se citan a continuación proceden de la misma fuente.

[2] Vicent Courcelle-Labrousse y Nicolas Manié, *La Guerre du Rif,* París, 2008, pág. 13.

[3] Joaquín Costa, artículo en *El Liberal* de 26 de octubre de 1898, citado en Javier Ramiro de la Mata, «Conciencia popular y acción colonial en Marruecos (1859-1921)», *Revista de Historia Militar,* n.º 88, año XLIV, pág. 154.

[4] Conde Romanones, *Notas de mi vida,* Madrid, 1947, pág. 36.

«no hacer nada»[5]; por no crearse problemas con Gran Bretaña y por pensar que, en el clima de tensión reinante entonces, un arreglo anglo-francés era imposible a espaldas de Madrid.

La declaración de Londres, sin embargo, cambiaba todo el panorama. Anunciaba la implantación de un dominio europeo sobre Marruecos, y España, puesta ante el hecho consumado, no podía ignorar, por razones históricas y de prestigio internacional, las nuevas circunstancias.

A regañadientes, pues, firmó con Francia, el 3 de octubre de 1904, una declaración de adhesión a la de abril. En ella, los contratantes se proclamaban «firmemente adictos a la integridad del imperio de Marruecos bajo la soberanía del sultán».

El mismo día subscribieron también un convenio, de carácter secreto. Sus artículos 2.º y 5.º delimitaban una amplia «esfera de influencia» española. Se establecía, asimismo, un periodo inicial de quince años, durante el cual, cualquier «acción» de España para «conservar el orden en este país [Marruecos] y facilitarle ayuda para todas las reformas administrativas, económicas, financieras y militares que necesita» –lenguaje extraído del texto del artículo 2.º franco-británico–, únicamente se haría de acuerdo con Francia, que, en cambio, solo se comprometía a dar «conocimiento previo» de sus actos «en lo que toque a la esfera de influencia española». La desigualdad de los respectivos compromisos era, pues, flagrante.

El artículo 3.º señalaba que «en el caso de que el estado político de Marruecos y el gobierno jerifiano no pudieran ya subsistir […] o […] el mantenimiento del *statu quo* fuese imposible, España podrá ejercer libremente su acción». El 9.º puntualizaba que Tánger «conservará el carácter especial» que tenía, substraído al control de cualquier potencia, lo que empobrecía seriamente, aún más, la porción que se reservaba para España.

La terminología, como en cualquier acuerdo, es decisiva. Mientras en Londres se hablaba de «administración», en este convenio se menciona «esfera de influencia», concepto bien distinto, de inferior amplitud que el anterior.

En solo dos años se había producido, en efecto, un debilitamiento notable de la posición española. Si en la época del acuerdo nonato de 1902, Francia, distanciada de Gran Bretaña, necesitaba un aliado, y estaba dispuesta a pagar el precio por ello, tras su arreglo de 1904 ya no lo requería, y obraba en consecuencia. Había obtenido manos libres, y, por tanto, se creía con derecho a despiezar lo que ya veía como «su» Marruecos de la forma que estimase oportuna y, ciertamente, al menor coste posible.

Incidentalmente, es de notar que los textos mencionados se negociaron sin contar con el propio Marruecos. Era un símbolo de los tiempos. Se consideraba a medio mundo jurisdicción de las grandes potencias, sin que los «indígenas» tuvieran nada que decir. Que se tratara, como era el caso, de un país con raíces seculares, no tenía mayor trascendencia.

[5] Tomás García Figueras, *La acción de España en el Norte de África,* Madrid, 1939, pág. 103.

En España, la oposición, aunque huérfana de toda ambición expansionista, criticó acerbamente el convenio, doliéndose del muy considerable recorte que había sufrido la zona que se le asignaba. No deja de ser verdad, sin embargo, que era «menos rica y extensa», pero también que «cuando se hizo presente cuán costoso resultaba dar efectividad a nuestra acción tutelar en una parte mínima de la menguada zona, nadie paró mientes en lo que habría significado conquistar y ocupar medio Marruecos»[6].

Algo parecido había sucedido en Cochinchina, a mediados del siglo pasado. Se levantó gran griterío porque la aliada, Francia, se instalase en Indochina, mientras España se replegaba, pero se olvidaba que si esta no se bastaba para dominar enteramente Filipinas, poco sentido tenía pensar en castillos en Tonkín.

París se extralimitó en su activismo marroquí, olvidando otra potencia que entonces buscaba afanosamente su lugar al sol, y que se apresuró en recordar su existencia. En marzo de 1905 el káiser, vistiendo uniforme especialmente diseñado para la ocasión, hace una entrada aparatosa en Tánger, y anuncia desde allí que «considero al sultán como soberano absolutamente independiente», provocando lo que se denominó «primera crisis marroquí». Era un llamamiento sin matices, dirigido a Francia, más que a Marruecos. No se podía dejar de lado con impunidad a Berlín, recordaba, y África no era un pastel a repartir entre británicos y franceses. Faltaba a la mesa, como mínimo, un comensal.

Para desactivar la crisis en ciernes, no se invitó a uno más, sino a once. Fue en Algeciras, entre enero y abril de 1906, con la presencia de trece países, entre ellos Marruecos, y que supuso la modesta reaparición de España en el concierto internacional tras años de aislamiento. La declaración, que se subscribió el 7 de ese último mes, establecía el «triple principio de la soberanía e independencia de su majestad el sultán, la integridad de sus estados y la libertad económica». Sin embargo, en nombre del interés por que «el orden, la paz y la prosperidad reinen en Marruecos», se establecieron serias limitaciones a tal soberanía, al designar instructores españoles y franceses para la policía, y «censores» de España, Gran Bretaña, Alemania y Francia, destinados a vigilar las actividades del nuevo banco estatal marroquí que se fundaba, al tiempo que se disponían medidas de control sobre los impuestos y las aduanas. En cuanto a Tánger, «el cuerpo diplomático [...] salió de Algeciras convertido en un verdadero órgano de la administración jalifiana»[7], por el poder que se le concedía en la administración de la ciudad.

Parecía que la conferencia había estabilizado el problema de Marruecos, pero enseguida se disipó la ilusión. Al año siguiente, el asesinato de un médico francés en Marrakech, primero, y de unos obreros europeos en Casablanca, después, dio a Francia el pretexto que venía buscando para comenzar a implantar su presencia en tierras del sultán. Un contingente, que llegará a los 8.000 hombres,

[6] Duque de Maura y Melchor Fernández Almagro, *Por qué cayó Alfonso XIII,* Madrid, 1948, págs. 137-138.

[7] Manuel González Hontoria, *El Protectorado francés en Marruecos,* Madrid, 1915, págs. 13-14.

desembarca, y, apelando a razones de seguridad, se adentra abiertamente en el interior del país. España enviará también una pequeña fuerza, pero «se mantuvo parsimoniosamente retraída»[8], sin pasar del gesto simbólico ni realizar avances, mientras que en el extremo opuesto, el general de brigada Lyautey, alto comisario de los confines argelo-marroquíes, ocupa, siguiendo órdenes[9], Uxda, desde donde no tardará en irradiar, acentuando su penetración.

Naturalmente, todas esas injerencias armadas crearon un creciente malestar en la población, al tiempo que desprestigiaban al sultán Abd el Aziz –ya debilitado por las concesiones de Algeciras–, demostrando su incapacidad para desempeñar una de las dos funciones principales que la tradición le confiaba: velar por la aplicación de la sharía en el imperio, en tanto que comendador de los creyentes, y defender su integridad ante amenazas extranjeras[10]. Se favorece así el levantamiento de su hermano, Muley Hafid, que acabará por imponerse. Aprovechando el ambiente de desorden generalizado, y, recurriendo al muy práctico razonamiento de asegurar espacios que han escapado al control del majzén, o gobierno, España ocupa La Restinga y Cabo del Agua, en las afueras de Melilla, ampliando unilateralmente su radio de acción en torno a la plaza.

Una vez más, el activismo francés provoca el malestar de Alemania. Un encuentro bipartito en Berlín, el 9 de febrero de 1909, buscará clarificar la situación. En la declaración que se firma ese día, el Gobierno de París se manifiesta «dispuesto en un todo a mantener la integridad y la independencia del imperio jerifiano», mientras que el alemán expresa que «no persiguiendo más que intereses económicos» en Marruecos, reconoce que su contraparte, en cambio, tiene «intereses políticos».

En el fondo, todo es un alarde de hipocresía, pero lo que conviene retener es el creciente aislamiento de España que ve cómo, paulatinamente, Francia va llegando a acuerdos por separado con sus rivales en la cuestión magrebí, dejándola aislada.

Es notable, en efecto, el lento distanciamiento que se va generando. En 1904, el Gobierno ya se sentó a la mesa de negociaciones en peor posición que en 1902. A Algeciras se fue con una previa coordinación hispano-francesa, plasmada en un canje de notas verbales por el que se declaró España «firmemente decidida a marchar completamente de acuerdo en el curso de las deliberaciones de la conferencia proyectada, y proponiéndose Francia hacer lo mismo con España». Ahora, en cambio, se había alcanzado un arreglo franco-alemán sin tener en cuenta al Gobierno de Alfonso XIII.

En ese ambiente enrarecido se llega a la campaña de 1909, de infeliz memoria. Empezó con un ataque de cabileños a trabajadores españoles de un ferrocarril

[8] *Diario del Congreso* de 10 de noviembre de 1921. Intervención de Maura.

[9] No siempre hacía lo mismo. Unos años antes, en 1903, por propia iniciativa había realizado un avance similar en territorio marroquí. Para despistar a sus superiores en París, bautizó a su objetivo con un nombre inventado, que, por ello, era ilocalizable en los mapas.

[10] Charles Richard Pennell, *La Guerra del Rif,* Melilla, 2001, pág. 27.

minero. La reacción de la guarnición de Melilla fue tan sospechosamente rápida que parece justificar la afirmación de que «se precisaba que por parte de los moros se hiciera una agresión»[11] para poder intervenir acto seguido, con el doble objetivo de frenar ambiciones francesas y ganar territorio. El general Marina, que mandó la operación, lo niega: «ni aquel gobierno ni yo teníamos intención de nada que pudiera parecerse a una campaña militar»[12].

No es evidente que así fuera, pero, en cualquier caso, sí que hubo una verdadera guerra, no la simple operación de policía que el Gobierno intentó presentar, y que, «en el fondo, encerraba un anhelo de conquista, hijo no tanto del deseo de expansiones territoriales, como el de reivindicar el prestigio de nuestras armas, caído en desdoro en el desastre antillano»[13].

Lamentablemente, se escogió mal el momento y el lugar; «transcurridos tras el Desastre tan solo diez años […] no estaba España apercibida para reñir guerra ninguna»[14]. En efecto, en grosera expresión de Marina, los cabileños «estropearon una brigada de Cazadores»[15], desafortunada manera de describir un combate que costó cientos de bajas en el tristemente famoso Barranco del Lobo.

Al final, se alcanzaron los objetivos, con la toma del Gurugú, Nador y Zeluán, pero a un precio excesivo en vidas –250 muertos, incluidos dos generales y más de 1.500 heridos–; en esfuerzos, con 50.000 hombres puestos en pie de guerra, y tras una movilización caótica de reservistas, que dio lugar a los luctuosos sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. Incomprensiblemente, el Gurugú, de tan señalada importancia por su dominio sobre Melilla, no fue ocupado ni fortificado, excepción hecha de alguna pequeña obra que pronto derruyó el abandono. Tras Annual, se pagaría por ello.

Lo sucedido puso de relieve las enormes deficiencias del Ejército a la hora de afrontar el más mínimo conflicto, demostrando, entre otras cosas, según uno de los participantes, «la falta de preparación técnica, la inercia suicida de una oficialidad de cultura mediocre, en su estatismo ante la evidente necesidad de aprender»[16]. Igual que había sucedido en Cuba y en Filipinas, sabía morir mejor que mandar.

---

[11] Declaración del coronel Riquelme. Está recogida en la pág. 112 de una obra titulada *De Annual a la República,* publicada en Madrid en 1931, y que recoge los trabajos de la Comisión de Responsabilidades establecida por el Congreso. Lamentablemente existe otra, del mismo título y de la misma fecha, que contiene el llamado Expediente Picasso o, por mejor decir, el resumen elaborado por ese general de la investigación que realizó sobre el desastre de Annual. Para evitar confusiones, en el futuro se designará a ambas obras por sus subtítulos, y así la primera aparecerá como *La Comisión de Responsabilidades*.

[12] Ibíd., pág. 420. Declaración de Marina.

[13] Víctor Ruiz Albéniz, *Ecce Homo,* Madrid, 1922, pág. 14.

[14] Maura y Fernández Almagro, pág. 136.

[15] *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 421.

[16] Eduardo Benzo, *Al servicio del ejército,* Madrid, 1931, pág. 45

Al tiempo, se estableció una estrategia que tendrá graves consecuencias años después: «se combatió en aquella guerra del 9 como se ha combatido en ésta del 21 y 22; siembra de posiciones, con su secuela de sangrientos convoyes, ataques aislados, sin nexo de conexión»[17]. Un acuerdo hispano-marroquí de 16 de noviembre de 1910 puso fin a la confrontación, que si amplió considerablemente el campo exterior de Melilla, dejó un recuerdo amargo, que hubiera debido servir de aviso para el futuro.

En el fragor de los combates pasó casi desapercibida, en cambio, una notable expedición de castigo, en la región de Quebdana, del coronel Larrea quien supo ganarse previamente la sumisión de simpatizantes en las cabilas, de forma que se desarrolló sin bajas propias. Fue todo un modelo de auténtica «penetración pacífica», como se decía con cinismo, pero cayó en el olvido, si bien es cierto que el general Aguilera sostuvo en el Senado una versión menos halagadora de la comúnmente aceptada sobre dicha operación[18]. Vale la pena señalar, también, que en la campaña se obtuvo la adhesión de uno de los más señalados jefes enemigos, Abd el Kader, de Beni Sicar, que jugaría un papel importante en el contexto de Annual.

Mientras, Francia ha seguido su avance inexorable. En 1911 tendrá la osadía de ocupar Fez, presa de una enésima insurrección. España, para no ser menos, y prevenir aspiraciones de París, hace lo mismo en Larache y Alcazarquivir. Un teniente coronel de nombre Manuel Fernández Silvestre tomará a los pocos días el mando del limitado contingente que se envió, formado principalmente por Infantería de Marina, que no tuvo pérdidas.

De nuevo, París se había excedido a ojos de Berlín, que muestra su malestar enviando en julio a Agadir al cañonero *Panther*, una señal cristalina en la época. No hizo falta más. El 4 de noviembre se rubrica un acuerdo franco-alemán, que pone término a aquella «segunda crisis marroquí». El gabinete del káiser se compromete por su artículo 1.º a que «no perturbará la acción de Francia al prestar ésta su ayuda al gobierno marroquí para la introducción de todas las reformas administrativas, jurídicas, económicas, financieras y militares que este último necesite». En el 2.º añade que «tampoco se opondrá a que, con previo acuerdo del gobierno marroquí, proceda a todas las ocupaciones militares del territorio marroquí que estime necesarias». Por otro convenio paralelo, Francia hace concesiones a Alemania de un área de unos 200.000 kilómetros cuadrados en África ecuatorial.

Se enterraba de esa manera Algeciras. La independencia y soberanía de Marruecos era ya, más que nunca, una ficción, mientras que Alemania asentaba su posición como potencia de primer orden, que no acepta hechos consumados, y se atribuía una considerable porción en el reparto del continente.

---

[17] Ruiz Albéniz, pág. 28.

[18] *Diario del Senado* de 13 de diciembre de 1921. Según Aguilera y en contra de la opinión general, la operación habría sido cruenta.

El 30 de marzo de 1912 se produce el reconocimiento jurídico de la situación imperante sobre el terreno. Un convenio franco-marroquí da nacimiento al «nuevo régimen de Protectorado», expresión que no aparece hasta el artículo 4.º. Recoge los términos de los artículos citados del acuerdo con Berlín, estableciendo sin ambages que corresponderá al Gobierno francés implantar las medidas que «juzgue útil», dando un golpe de muerte a la autonomía del sultán. Se prevé el nombramiento de un residente general, puesto que con gran acierto recaerá en Lyautey, entre cuyas múltiples funciones figura hasta la dirección de las relaciones exteriores de Marruecos, que son delegadas fuera del país a los agentes diplomáticos y consulares franceses. Por supuesto, Tánger conservará su situación particular.

En el artículo 1.º se contiene un guiño a España: «el gobierno de la República se concertará con el gobierno español en lo referente a los intereses de este gobierno, originados por su posición geográfica y por sus posesiones territoriales en la costa marroquí». El compromiso no puede ser más limitado y, sobre todo, Francia se arroga su aplicación, sin intermediarios, disponiendo a su albedrío del suelo de Marruecos.

Ante esa colonización apenas encubierta, se producen nuevos tumultos. Fez y Marrakech se alzan y, en medio del caos, Muley Hafid abdica y es sustituido por otro hermano, Muley Jusef.

Mientras franceses y alemanes negociaban, España había continuado su jugada en solitario en la zona de Melilla. En agosto de 1911, una nueva agresión, de la que es víctima esta vez un destacamento de la Comisión Geográfica del Ejército que levantaba planos, da lugar a la que se bautizó como campaña del Kert. Oficialmente, terminó en diciembre de 1912, pero el periodo álgido culminó con la muerte en combate, en mayo, del jefe de los cabileños, un brillante guerrero, El Mizziam que ya en 1909 había levantado a las tribus proclamando la guerra santa. Fueron operaciones duras, que demostraron que, a medida que el avance se aproximaba al Rif, la resistencia se enrocaba. Entre los puntos ocupados en el curso de las operaciones, uno adquiriría especiales resonancias. Se trataba de Monte Arruit, conquistado el 18 de enero.

España da un paso significativo para organizar el territorio que se había ido ocupando, cuando, el 5 de enero de 1912[19], y sobre la base del modesto Negociado de Asuntos Indígenas existente en Melilla, crea la Subinspección de Tropas y Asuntos Indígenas, con una oficina central y nueve «destacadas». Lamentablemente, por «economía», no se la dota de personal subalterno propio, sino que absorbe las unidades de Policía que se habían ido creando, y que por entonces se fijan en 655 hombres, 144 de ellos montados. Se confunden de esa manera dos funciones muy distintas, lo que no dejará de tener consecuencias.

Pero la gran partida se había jugado en Berlín, y Madrid tendrá que enfrentarse al nuevo estado de cosas, con París como interlocutor soberano, a todos los

[19] El correspondiente real decreto se publicó en *La Gaceta de Madrid*, de 10 de enero de 1912.

efectos. El único punto de apoyo es Gran Bretaña que, fiel a una constante en su política, en ningún modo admitirá que otra potencia de primer orden pueda controlar Gibraltar. España, desde esa perspectiva, es un comodín útil para limitar el expansionismo francés y mantenerlo alejado de una región estratégica. Es una triste realidad que los intereses españoles, en aquel lance de dimensiones continentales, quedan relegados a un segundo plano.

Se comprobará el 27 de noviembre de 1912, cuando se firma un «Convenio fijando la respectiva situación de España y Francia en Marruecos», débil fundamento jurídico sobre el que se edificará el Protectorado español. No se emplea, sin embargo, esta expresión, sino la ya sacralizada y meliflua de «zona de influencia». Se establece la figura del alto comisario, como representante de España, y del jalifa, en su calidad de delegado del sultán. Al tiempo, se fijan los límites de dicha zona, aún más restringidos; se ratifica el compromiso de no erigir fortificaciones costeras y se mantiene el estatus de Tánger.

El documento es singular, porque, en realidad, la legitimidad española para intervenir es de segundo grado, ya que le es concedida por Francia, no por el sultán, detentador de la teórica soberanía. A la vez, su contraparte marroquí no es el jefe del Estado, lo que sería lo lógico, sino solamente un dependiente suyo, el jalifa, lo que también rebaja la interlocución del alto comisario con las autoridades del majzén.

El territorio que se atribuía a España era para Maura, cuya pasión por engrandecimientos ultramarinos resultaba descriptible, «muy suficiente»[20] para salvaguardar los intereses nacionales. Abarcaba, entre los ríos Lucus y Muluya, una superficie de unos 27.000 kilómetros cuadrados –equivalente a la de Cáceres, como se apresuraron a señalar los sectores críticos–, «un pañuelo»[21], en palabras de Lyautey, siempre despectivo con los españoles, excepto con Berenguer, con una población de 1.200.000, frente a los 550.000 kilómetros cuadrados, con 5.400.000 habitantes, de la zona francesa. La merma en superficie, comparada con los acuerdos anteriores, obedecía a que «las cesiones eran nuestra parte en el precio pagado a Alemania»[22] por Francia, a cambio de haber obtenido las manos libres en el país. Por otra parte, la zona adjudicada a España ocupaba, y esa era la razón de ser de su existencia, la más importante fachada marítima de Marruecos desde el punto de vista estratégico.

El problema, sin embargo, no residía solo en una extensión mayor o menor. Era que «íbamos a esa acción protectora con un desconocimiento total de Marruecos, con un desconocimiento no menos grande de lo que queríamos en Marruecos y de lo que era nuestro Protectorado, y con grandísimas diferencias (internas) respecto al problema»; por último, «no supimos crear el útil adecuado»[23].

[20] Intervención en el Congreso ya citada.

[21] Pierre Lyautey (ed.), *Lyautey l'Africain, textes et lettres,* París, 1957, vol. IV, pág. 316. Carta a Painlevé, de 30 de mayo de 1925.

[22] González Hontoria, pág. 252.

[23] García Figueras, págs. 158 y 161, respectivamente.

Dará una idea de cómo se abordó la cuestión que el entonces presidente del Gobierno confiese que como «la negociación estaba muy adelantada [...] permanecí al margen de ella; prefería no enterarme»[24].

El duque de Maura y Fernández Almagro recogen en su obra una correspondencia de enorme interés, porque refleja el espíritu con el que los máximos responsables políticos españoles abordaron todo el proceso que llevó al Protectorado y, al tiempo, muestra con qué estado de ánimo adentraron al país en una aventura sobrevenida y por pocos deseada.

Se trata de un cruce de cartas entre, por un lado, Antonio Maura, entonces en la oposición conservadora, y Canalejas y García Prieto de otro, presidente y ministro de Estado, respectivamente, del Gobierno liberal.

El 13 de septiembre de 1911, el primero aclara al segundo los términos del acuerdo franco-español de 1904, cuando él encabezaba el gabinete: «no contrajo España obligación alguna de índole jurídica. Distábamos mucho de hallarnos con energías que desparramar, cuando para apremiantes urgencias interiores nos escaseaban y escasean»; «no intentábamos adquisiciones territoriales, ni anexiones de pueblos tan agrios y movedizos». Prosigue: «ahora se nos propone un Protectorado [...] Estamos nosotros sanos del ansia de ejercer protección, y faltos de medios para intentarlo [...] Hacer más intensa nuestra acción y convertirla de potestativa a pactada sería enorme disfavor»[25].

García Prieto, por su parte, escribe el 14 de octubre, facilitando una valiosa visión de cómo se encaraban las relaciones con Francia y el temor con que se contemplaba el inminente acuerdo de ese año entre Berlín y París.

Francia, dice, ha operado siempre «apelando a nuestro concurso cuando la acción común hispano-francesa tenía más probabilidades de ser tolerada por el mundo que una exclusivamente francesa, pero procediendo a su arbitrio en caso contrario, incluso en nuestra zona».

Ve con recelo un arreglo franco-alemán: «la nueva fórmula va a entrañar para nosotros, de un lado, acción [...] y, de otro, necesidad de compensar en mayor o menor proporción a Francia del precio que ésta pague a Alemania». Por desdicha, «no veo forma de rehuir el trance». Suspira porque para España se deriven «la menor cantidad posible de obligaciones concretas [...], aunque no hay que forjarse la ilusión de que podemos esquivar mucho tiempo la tarea de organizar el país [Marruecos]».

La respuesta de Maura, del 23[26], es poco alentadora: «nuestra conveniencia es no apresurar la ruina del imperio [...] Nos interesa retrasar el final acabamiento, que Francia apresura [...] Nosotros jamás hemos pugnado por intensificar nuestra acción».

[24] Romanones, pág. 22.
[25] Maura y Fernández Almagro, págs. 192-194.
[26] Ibíd., págs. 452-460 para el cruce de cartas.

El intercambio epistolar tiene el mérito de presentar las posiciones de los dos principales partidos, llenas de reticencias hacia el destino que otras potencias iban marcando para España. Los dos contemplan la palabra «acción» con verdadera alarma. Ninguno quiere compromisos adicionales, y menos establecidos contractualmente, y no hacen sino añorar el statu quo tan caro a Cánovas, y ya muerto para siempre.

No era, sin duda, la mejor manera de enfrentarse a un desafío que se demostrará formidable.

El ruedo ibérico

Un brevísimo repaso a la situación de España en esos años y en los siguientes, que llevarán a Annual, explica esa repugnancia generalizada a asumir nuevas cargas, cuando apenas se podían sobrellevar las propias.

El punto de partida era, inevitablemente, el Desastre de Cuba y Filipinas, tan marcado en la memoria colectiva que conservará la mayúscula que lo distingue, a pesar de las posteriores matanzas en la circunscripción de Melilla.

Al margen de las ingentes pérdidas humanas y económicas, el 98 había dejado un lastre aún más pesado en la conciencia nacional. Una sensación de esterilidad, de impotencia, de incapacidad. No había sido solo una derrota naval y militar. Parecería que España entera, el país como tal, había perecido en la manigua antillana o en las junglas de Luzón. Todo se había perdido, hasta el honor que sirvió de pretexto para enfrascarse en una guerra suicida con Estados Unidos. Voces demasiado estentóreas habían jurado combatir «hasta el último soldado, hasta la última peseta», y se había hecho, casi literalmente. Apenas quedaba nada.

Era la hora de replegarse, de lamerse las heridas, de echar doble llave al sepulcro de El Cid, y, con él, a siglos de una empresa titánica, que siempre estuvo por encima o, al menos al límite, de las energías nacionales. Hacían falta «escuelas y despensas», no resucitar glorias que para muchos yacían en el pudridero de la historia. Se trataba de regenerar un organismo difunto, consagrando a ello, en su totalidad, las pocas energías que restaban.

En ese país de yermos horizontes, rural y depauperado, empobrecido por la pérdida de las colonias, la neutralidad observada durante la Primera Guerra Mundial pudo ser un maná inesperado que abriera camino a la modernidad. No fue así, sin embargo. Se dispararon la producción industrial y las exportaciones, se produjo un éxodo masivo del campo a las ciudades –algunas aumentaron su población en un 50 % en esos años–, por la atracción de nuevos empleos y se hicieron fortunas colosales, potenciadas por una disminución de la presión fiscal. Pero fue a costa de una inflación descontrolada, que iba muy por delante de los incrementos salariales, y sin que los beneficios se revirtieran en el sistema económico, en forma de inversiones en bienes de capital.

De ese modo, cuando llegó la paz se eclipsó el espejismo, dejando tras de sí una escalada de precios, cifras elevadas de paro y una disminución generalizada del poder adquisitivo, que diezmó a las clases medias y sumió en la desesperanza a las menos favorecidas[27].

En ese caldo de cultivo florecen movimientos nuevos, como el socialismo y el anarquismo encarnados, respectivamente, en la UGT y la CNT. El primero se implantará sobre todo en Madrid, Asturias y País Vasco; el segundo, en Cataluña, Aragón, Andalucía y Galicia. Años más tarde surgirá el comunismo, fruto de una escisión en las filas socialistas.

Para atender a las reivindicaciones que esas fuerzas abanderan, solo se dispone de un sistema rígido, y ya caduco, como es el establecido por la Restauración. Basado en el turno pacífico y artificial de dos grandes partidos, el conservador y el liberal, se mostrará incapaz de asimilar una situación para la que no había sido previsto. Así, en palabras de un actor y observador tan lúcido como Antonio Maura[28], llegaría un momento en que «habían dejado de corresponderse en España todas las organizaciones políticas con el interno, el sustantivo, verdadero, eficaz anhelo social».

La manipulación electoral constituía una pieza esencial de dicho sistema. Invirtiendo los términos lógicos, no se formaba el Gobierno tras conocer el resultado de las urnas, sino antes, de forma que se pudieran manipular los comicios para que dieran el resultado apetecido. En ese juego tramposo, la figura del cacique, dueño de los votos, resultaba determinante.

También lo era un acuerdo tácito entre los partidos dominantes. Se sobreentendía que cuando una «situación» estaba agotada, el que se hallaba en el poder debía no solo dar paso a la oposición, sino aceptar que esta hiciera las manipulaciones necesarias para lograr la indispensable mayoría. Las facilitaba el tristemente célebre artículo 29, que preveía que si en un distrito solo había un candidato, este era designado diputado sin necesidad de elecciones. De esa manera, si uno de los dos partidos aceptaba no presentar a ninguno en determinada jurisdicción, el otro obtenía el acta automáticamente.

Cierva[29], con gran frescura, presenta el funcionamiento de todo aquel entramado, que tenía mucho de tinglado. La principal misión del ministro de la Gobernación era «preparar» y «dirigir» las elecciones, con «métodos pragmáticos», si era preciso, y llegando a controlar incluso hasta a los carteros rurales, que transportaban los votos, ya que «el programa del gobierno exigía una mayoría que lo impusiera».

Por su parte, al partido de la oposición correspondía «no crearnos [al nuevo gabinete] dificultades y permitirnos disponer de elementos eficaces de gobierno».

---

[27] Seguimos, fundamentalmente, a Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX,* vol. I, Barcelona, 1974, pássim.

[28] *Diario del Senado* de 22 de noviembre de 1921, comentando que «hacía muchos años» que tenía esa sensación.

[29] Juan de la Cierva, *Notas de mi vida,* Madrid, 1955, pássim.

Los caciques también debían colaborar. Por ejemplo, Natalio Rivas, que controlaba dos distritos electorales en Sierra Nevada, ofrecía uno sistemáticamente a conservadores o a liberales, «según el turno». Una distribución generosa de jamones de Trévelez garantizaba el éxito de la campaña de sus patrocinados.

La entrega del decreto de disolución, que iniciaba todo el proceso, tenía sus contrapartidas: «el rey insinuó que al decreto […] debía corresponder una mayoría fuerte y decidida».

Las Cámaras, en ese modelo, en «la gran ficción que constituye la política española y que se encarna principalmente en el sistema parlamentario»[30], apenas tenían poder, y resultaba posible mantenerlas cerradas durante gran parte de un mandato presidencial. Ese fue el caso durante casi trece de los diecisiete meses de vida que tuvo un Gobierno de Romanones.

Todo era un mecanismo inestable, en el que únicamente contaba un puñado de prohombres, y que tenía como fiel de la balanza al rey, dueño del anhelado decreto de disolución de las Cortes que permitía convocar elecciones al candidato a presidente. Así, «las crisis ministeriales consistieron en el asedio de la voluntad del monarca por las idas y venidas de profesionales de la intriga». De esa manera, el soberano se encontraba, casi permanentemente, en una situación delicada. De un lado, le correspondía juzgar cuándo un Gobierno había llegado al límite de sus posibilidades, para entonces entregar la confianza regia a otro. Pero, a su vez, esa capacidad de decisión le exponía a las críticas de los que no resultaban favorecidos, y que creían que les correspondía acceder al poder en aquellos momentos: «el poder real resulta aquí con la anómala y comprometedora misión de estar supliendo las deficiencias de la ciudadanía, actuando a la vez de poder moderador y de árbitro»[31].

No facilitaba la labor que Alfonso XIII «despuntó como jefe político, con ideas políticas propias»[32], que los preceptos constitucionales le permitían ejercer, aunque fuera de forma indirecta. Su objetivo primordial a lo largo del reinado sería mantener la monarquía, para lo cual, según sus críticos, se entregó a complicados equilibrios que si funcionaron durante veinte años, al final, y unidos a las limitaciones de un sistema político esclerotizado, llevarían a la caída del régimen.

Se generó así una movilidad permanente, con Gobiernos que raramente superaban un año de vida, y que hizo imposible el desarrollo de cualquier proyecto de largo aliento o la canalización de exigencias sociales cada vez más apremiantes.

Todo se agravó, hasta hacerse insostenible, por el resquebrajamiento de los dos partidos principales, en los que se basaba el esquema diseñado en el siglo anterior por Cánovas.

---

[30] *Diario del Congreso* de 28 de junio de 1922. Intervención del diputado conservador Amado.

[31] Joaquín Sánchez de Toca, *La crisis de nuestro gobierno constitucional,* Madrid, 1918, págs. 112 y 171, respectivamente, para ambas citas.

[32] Raymond Carr, *España, 1808-1939,* Barcelona, 1968, pág. 504.

La primera crisis se produciría, sintomáticamente, con motivo del problema marroquí. La desatinada movilización de reservistas para la campaña de 1909, como si no hubiera bastantes soldados en los cuarteles, sirvió de detonante para que el descontento social largamente incubado estallara en las calles de Barcelona, entre el 25 de julio y el 1 de agosto. Será la Semana Trágica, duramente reprimida y que, desde un primer momento, escapó a todo control, como atestiguan los 42 conventos e iglesias quemados en el transcurso de la misma.

Con motivo de aquella explosión revolucionaria, que no tuvo otro carácter, fue detenido, juzgado –asombrosamente, por «rebelión militar»– y fusilado un anarquista, Ferrer Guardia, que, si no era, con mucho, una figura señera, sí era conocido más allá de las fronteras. Su proceso y su muerte provocaron tan formidable ola de protestas en Europa, que el rey juzgó oportuno retirar su confianza al entonces presidente, Antonio Maura, jefe del partido conservador y uno de los más sólidos estadistas de la época. Tomó este tan mal lo que juzgó como desplante que prorrumpió incluso, lo dice su hijo, en «llanto irreprimible»[33]. «No perdonará al rey»[34] el agravio. Se considera, en efecto, ofendido tanto por Alfonso XIII como por los liberales, que se apresuran a aceptar el poder que se les ofrece, cuando él estimaba que, según los principios canovistas, le correspondía a él seguir ejerciéndolo. Es bien cierto, sin embargo, como comentó el propio rey, que no podía seguir al frente del ejecutivo «contra media España y más de media Europa».

De esa manera se pone término a la «revolución desde arriba» que propugnaba, orientada a introducir desde el ejecutivo las cautelosas reformas que juzgaba imprescindibles para la supervivencia misma del sistema.

Tomará el relevo el prócer liberal, Canalejas, otra gran figura contemporánea. Ensayará un tímido intento de acabar con el desenfrenado *laissez faire* en la economía, que había generado un capitalismo sin control y, en gran parte, estéril. Una bala anarquista pondrá fin, en noviembre de 1912, a sus bienintencionados esfuerzos. «Desaparecido él, desaparecía también la gran oportunidad de *regeneración interna* de la Restauración»[35]. Se cierra así, en efecto, otra puerta abierta al cambio. No cabe pasar por alto un hecho importante que se ha producido durante su mandato; en 1910, el partido socialista obtiene su primer escaño en el Parlamento. Recayó en Pablo Iglesias, que muy pronto anunció su programa: «procuraremos derribar al régimen»[36].

Se complica aún más la situación cuando el rey entrega entonces el relevo a otro liberal, el maniobrero Romanones, y no a Maura, que pensaba que le había llegado la vez, después de tres años en la oposición. Irritado, dará un paso trascendental, declarándose incompatible con los liberales y renunciando incluso a la

[33] Maura y Fernández Almagro, pág. 156.
[34] Carlos Seco, *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración,* pág. 86.
[35] Ibíd., pág. 94. El énfasis figura en el original.
[36] *Diario del Congreso* de 9 de julio de 1910. Intervención de Pablo Iglesias.

dirección de los conservadores. Se quiebra así la confianza entre los dos grandes partidos, y entre el soberano y una de las figuras más eminentes del régimen. Eduardo Dato le sustituirá al frente de los conservadores, alcanzando la presidencia tras el breve paso de Romanones, pero la ruptura producida nunca se soldará, causando un daño irreparable.

Fenómeno similar se dará, en ese malhadado otoño de 1913, dentro del liberalismo, en el que se produce una escisión entre los seguidores de Romanones y los de García Prieto, por motivos más personales que ideológicos. Con ello, salta otra pieza clave del sistema, diseñado para un turno entre dos nada más.

Dato hará también un intento modernizador, con medidas como la creación del Ministerio de Trabajo y el Instituto Nacional de Previsión, pero no bastan para contener las tres serias crisis que se abren en 1917 –la política, la social y la militar, que se analizará en el capítulo siguiente–, y que le encuentran de nuevo en el poder tras un interregno de García Prieto, relevo que Maura ha percibido como otro «afrentoso bofetón regio»[37]. Se desarrollaron las tres de forma autónoma, lo que fue afortunado para el sistema, que quizás no habría podido sobrevivir ni siquiera a la coordinación entre dos de ellas[38].

De un lado, en Barcelona se celebra una Asamblea de parlamentarios declarada ilegal. Su propósito es ir a unas Cortes Constituyentes que, entre otras cosas, recogieran las crecientes reivindicaciones regionalistas catalanas, encuadradas en la Lliga, fundada a principios de siglo, y personificadas en su principal dirigente, Cambó. Sin buscar el separatismo, exige una reordenación territorial y política de España.

De otro, el 13 de agosto se produce una huelga general, robustecida por un acuerdo entre UGT y CNT, que se salda con 80 muertos, 150 heridos y centenares de detenciones, entre ellas las de dirigentes socialistas como Julio Besteiro, Largo Caballero y Marcelino Domingo, a pesar de la condición de diputado de este último. El Ejército se empleará a fondo para sofocarla, obteniendo previamente como pago concesiones que más adelante se comentarán.

Tras la triple convulsión, a duras penas García Prieto forma de nuevo un Gobierno que tendrá corta vida, y con un programa tan limitado en aquella tesitura que «se limitaba exclusivamente a complacer al ejército»[39]. Se estima tan grave la situación que en marzo de 1918, ante la amenaza del rey de abdicar, y tras un mes de consultas, Maura accede a abandonar su tienda, y forma el grandiosamente llamado Gobierno Nacional, aunque él, en privado, lo describirá como «monserga»[40].

---

37 Maura y Fernández Almagro, pág. 302.

38 Ver, por ejemplo, el editorial de *El Imparcial* de 6 de junio de 1917 expresando alarma ante tal eventualidad.

39 Carolyn P. Boyd, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII,* Madrid, 1990, pág. 122.

40 Maura y Fernández Almagro, pág. 311.

En él se apiñan, incómodos, García Prieto, Dato, Cambó, Romanones y Santiago Alba, cabeza de la izquierda liberal. La dificultad que presenta tan formidable coalición es la envergadura de sus integrantes, condenados a no entenderse, con el resultado de que en los pocos meses que duró el ensayo «se agotaron los energías y los prestigios de los hombres que lo formaban»[41], que, de hecho, eran todos los candidatos a posibles presidentes[42]. Por eso, cuando el gabinete se descompone, víctima de los personalismos, el régimen entra en una etapa agónica, caracterizada por efímeros «gobiernos de gestión» que no pueden sino intentar bandear los sucesivos temporales que los sacuden.

El más grave de ellos, probablemente, es la «guerra social» que estalla en Barcelona, y que durará desde 1919 a 1923, llegando a provocar, en menos de un año, 311 «atentados sociales», como se decía. Se enfrentan en ella dos intransigencias, el sindicalismo revolucionario de los anarquistas, y el capitalismo cerril de los empresarios. Es el triunfo del pistolerismo, cuando el Sindicato Único de los primeros dirime a tiros y en plena calle sus diferencias con el Sindicato Libre de los segundos. Enmarañan todo huelgas como la famosa de La Canadiense, que degeneró en general, y *lockouts* patronales. Surgen sujetos indeseables, como Bravo Portillo y el «barón Koenig»[43], y figuras torvas, como el general Martínez Anido[44], gobernador, presuntamente civil, de la Ciudad Condal, que instaura sin escrúpulos la Ley de fugas. Se dan espectáculos inauditos, como el de militares expulsando a un gobernador civil y a un jefe de la Policía, con la complacencia del capitán general, Milans del Bosch, respaldado por la burguesía industrial catalana. Era tal la posición de poder que habían alcanzado los militares que, cuando al fin un Gobierno reúne el valor preciso para cesarle, pasará directamente a jefe del cuarto militar del rey.

Seguramente es inútil buscar culpables absolutos: «toda la responsabilidad de la guerra social no puede atribuirse a patronos obstinados y a gobiernos débiles. Por grandes que fueran las injusticias, no explican la preponderancia negativa de las […] huelgas "políticas", es decir, revolucionarias»[45]. En esa lucha en la que parece que solo se busca el exterminio del otro, los partidos, ya casi gremios, forman gabinetes efímeros, muchos de los cuales intentan ejercer un papel conciliador, que solo duran meses. El asesinato de Dato, a manos anarquistas, el 8 de marzo de 1921, en vísperas de Annual, marca la ya irremisible «quiebra del régimen»[46].

[41] Romanones, pág. 153.

[42] Niceto Alcalá-Zamora, *Memorias de un ministro de Alfonso XIII*. Madrid, 2013, pág. 193.

[43] Dos de los jefes de los pistoleros, de sombrío pasado.

[44] En Alcalá-Zamora, pág. 258, hay una curiosa anécdota sobre la falta de valor personal del sanguinario personaje.

[45] Carr, pág. 492.

[46] Maura y Fernández Almagro, pág. 339. En pág. 305 figura la alusión al carácter gremial de los partidos en su última etapa.

El laberinto marroquí

Parece innecesario argumentar que, con esa situación interna, España estaba en las peores condiciones posibles para enfrentar el reto que planteaba el poco ansiado Protectorado. Se trató, desde el principio, de una cuestión, una más, que dividió a los españoles.

La fractura se extiende a todos los aspectos del problema. Se cuestiona la pertinencia en sí de asumir responsabilidades en Marruecos; el significado y las implicaciones del concepto de Protectorado, y la forma de ejercerlo. Entre tantas opiniones encontradas, se convertirá en piedra de toque de la política española.

Los sectores más monárquicos creerán encontrar en la cuestión marroquí un proyecto unificador, y victorias que apuntalen al régimen; sus contrarios, un instrumento para acabar con él; parte del Ejército, una forma de reverdecer laureles marchitos; para la mayoría del país, incluida buena porción de la clase política, será una pesadilla. Miles de hombres morirán por su causa; en torno a ella, se formarán y caerán gobiernos y, a la postre, contribuirá a acabar con el propio rey.

Por lo que respecta a la conveniencia de internarse en el país vecino, muchos de los que se resistían a asumir tal carga lo hacían partiendo de los arraigados principios regeneracionistas, que no eran patrimonio de ninguna ideología. En el caso de las denominadas «izquierdas revolucionarias» –partidarias de un cambio de régimen, por contraposición con las «dinásticas»–, se añadía a ello su oposición a lo que veían como una aventura colonialista, capitalista y militarista, propiciada por el propio rey.

Ya se han visto las reticencias de Maura, el más eminente de los conservadores, a adquirir compromisos. Aun partiendo de la idea de que España debía controlar la costa norteafricana frente a Gibraltar, tanto para su propia defensa como para evitar que se implantara en ella una potencia extranjera, deseaba reducir al mínimo las responsabilidades que asumiera. De ahí, su idea de que convenía limitar la ocupación a la costa, más fácilmente defendible, para que desde allí se extendiera la influencia española, por métodos pacíficos[47]. El lamentable desplome del viejo statu quo obligaba a una intervención, pero de mal grado, por lo que convenía limitarla todo lo posible.

Por ello, se lamentaba del error de «haber optado por la ocupación extensa [...] en vez de permanecer [...] en contados y firmes puestos del litoral»[48].

Más tarde, Sánchez Guerra, como jefe por entonces del partido conservador y presidente del Gobierno, mantendría el mismo punto de vista: «España [...] no tiene capacidad militar y financiera para ocupar material y militarmente toda nuestra zona»[49], por lo que se debería ir a una presencia restringida.

[47] *Diario del Congreso* de 3 y 10 de noviembre de 1921. Intervenciones de Maura.
[48] Carta a su hijo Gabriel, de 29 de julio de 1921, en Maura y Fernández Almagro, pág. 351.
[49] *Diario del Senado* de 17 de julio de 1922. Intervención de Sánchez Guerra.

Había liberales que pensaban igual, como el ministro Alejandro Pidal, cuando se lamentaba de que «en África se va al tuntún [...], como quieren los militares, que, en vez de penetración pacífica a lo francés, sólo buscan tiros y estrellas»[50].

Ciertamente, el Ejército, o, mejor dicho, sus mandos, fue el estamento más partidario de la empresa marroquí. Pero ni siquiera en él hubo unanimidad.

Incluso generales de intachable trayectoria se mostraron abiertamente contrarios. Uno de ellos sería Miguel Primo de Rivera, que, desde una perspectiva técnica, no veía motivos de peso para situar tropas allende el Estrecho. Al contrario, «tener un solo soldado en la otra orilla del Estrecho es estratégicamente una debilidad para España». La zona española en Marruecos debería considerarse, por tanto, como solo una moneda de cambio para obtener lo que realmente importaba, la recuperación de Gibraltar[51]. Estas ideas le costaron, primero, un gobierno militar, y, luego, una capitanía general. Paradójicamente, sin embargo, sería él el llamado a resolver el problema.

Partiendo de otro punto de vista, coincidía el muy prestigioso Weyler, de reputación intachable y de valor sobradamente demostrado. Pensaba, en la más pura línea regeneracionista, que «en África nos estamos gastando la camisa que necesitamos aquí»[52].

Ese era uno de los argumentos de mayor peso. En España hay «falta de caminos, de puertos, de canales, de servicios públicos». Con esas carencias domésticas, resultaba insensato pensar en costosas proyecciones hacia el exterior; «sólo pueden ejercer la tutela civilizadora aquellos pueblos que ellos mismos no sientan falta de civilización»[53]. Al final, recurriendo a un símil que se utilizó entonces, el país se podría encontrar como un domador que, tras agotar sus energías en dominar un caballo, luego no le quedaban fuerzas para montarlo.

Porque «el Protectorado es cosa de lujo, reservada a los pudientes», que exige «espíritu militar para guerras de conquista, y recursos económicos»[54], y España, donde «está todo por hacer», no tiene ni el uno ni los otros.

Lo mismo se dijo en el Congreso: «cuando nuestros problemas interiores están sin resolver, cuando estamos viviendo en todos los órdenes una vida atrasada y pobre», no tiene sentido dilapidar recursos en Marruecos; «si el esfuerzo económico que el estado ha tenido que realizar por lo que respecta a las instituciones armadas se hubiera empleado en la mejora de los órdenes intelectuales y materiales del país, estaríamos muy cerca de aquel ideal de regeneración»[55]. Parecería que «justo es que antes de abrir escuelas en Marruecos, se abran en España»[56].

[50] Carta a Antonio Maura, sin fecha, pero del verano de 1913, en Maura y Fernández Almagro, pág. 252.

[51] *Diario del Senado* de 25 de noviembre de 1921. Intervención de Primo.

[52] Valeriano Weyler, *En el archivo de mi abuelo,* Madrid, 1946, pág. 232.

[53] Antonio Azpeitúa, *La mala semilla,* Madrid, 1921, págs. 133 y 149, respectivamente.

[54] Francisco Hernández Mir, *Del desastre al fracaso,* Madrid, 1922, págs. 161 y 26.

[55] *Diario del Congreso* de 26 de junio de 1922. Intervención del diputado Aunós, regionalista catalán, en la Sesión Extraordinaria de ese día.

[56] Ibíd., de 22 de noviembre de 1921. Intervención de Armiñán, de Izquierda Liberal.

La mayoría de los ministros de Hacienda subscribía ese análisis: «el presupuesto de guerra es aplastante»; si continúa así, «no podrían atenderse a las cargas públicas más sagradas, e incluso no se podría pagar a los funcionarios públicos»[57].

Existía, además, un factor sicológico colectivo: «la vieja nación, [estaba] decepcionada ya de los laureles y cansada de aventuras»[58]. Era la «España sin pulso», el país «que desea permanecer tranquilo», de los que hablara Silvela; el resultado, opinaban los pesimistas, de una tara congénita: «somos los de siempre, los de Cuba, Puerto Rico y Filipinas»[59]; «lo que pudiéramos llamar acción colonizadora española no tiene enmienda. Las tristes experiencias del pasado no nos sirven de lección»[60].

Las izquierdas y los nacionalistas figuraban entre los más decididos partidarios de renunciar a una presencia en Marruecos. En ocasiones, manifestaban abiertamente sus motivos políticos: «la acción de España en Marruecos es el fundamento de este régimen»[61], un contubernio, al que había que poner término, entre el rey y su principal valedor, el Ejército, que, a su vez, era el mayor beneficiario del Protectorado. En efecto, se afirmaba[62], «Marruecos es un medio para que exista el ministerio de la Guerra, y no un fin de este ministerio […] Eso es fundamentalmente Marruecos: una manera de contentar y desviar el militarismo». Pero, también, apelaban al regeneracionismo: «¿Qué no sería de España si ese dinero se hubiese aplicado a la reconstrucción nacional?»[63].

Marcelino Domingo[64] realizó un resumen demoledor: «la incapacidad colonizadora de España […], la exigüidad de nuestros capitales […], la imposibilidad de una acción fuera de sus dominios en un país que tiene un sesenta por ciento de analfabetos, las tres cuartas partes del territorio sin cultivos». Todo ello hacía ilusoria, si no suicida, cualquier actuación en Marruecos.

La posición contraria tenía también sus abogados. Romanones[65] fue uno de los más notables. En su criterio, «Marruecos era para España la última esperanza para no perder el puesto que ocupa en el concierto europeo». Lo reiterará enfáticamente en otro lugar[66]: del «derecho que se nos ha reconocido de ocupar [sic] el norte de África […] depende nuestra libertad y nuestra independencia. La frontera meridional de España no la señalan las aguas del Estrecho de Gibraltar. Sin la

57 Carta de Bergamín a Alfonso XIII, de enero de 1922, en Emilio Ayensa, *Del desastre de Annual a la presidencia del Consejo,* Madrid, 1930, pág. 209.

58 Eduardo Ortega y Gasset, *Annual,* La Coruña, 2008, pág. 153.

59 *Diario del Congreso* de 16 de noviembre de 1921. Intervención del republicano federal Nougués.

60 Indalecio Prieto, *Crónicas de guerra,* Málaga, 2001, pág. 19.

61 *Diario del Congreso* de 3 de noviembre de 1921. Intervención de Besteiro.

62 Semanario *España,* n.º 302, de 7 de enero de 1922.

63 *Diario del Congreso* de 11 de noviembre de 1921. Intervención de Companys. Ver también la de Maciá, el 24 de noviembre de ese año.

64 Págs. 21-23 de su prólogo a *La tragedia prevista,* de F. Gómez Hidalgo, Madrid, 1921.

65 Ibíd., pág. 34.

66 Conde de Romanones, *El ejército y la política,* Madrid, 1920, págs. 250-252.

posesión franca, sin reservas, de la costa norte marroquí, la existencia de España como nación libre no es completa».

Le respaldaban autores como Arauz de Robles[67]: «Marruecos, para nosotros, es la única empresa exterior, el único punto en que nos hemos encontrado relacionados con las demás naciones europeas»; senadores como Goicoechea, «si no servimos para mantener el equilibrio en el Estrecho, que es nuestra función natural, ¿para qué servimos como nación?; España, abandonando el África sería una nación que se habría dado a sí propia la muerte»[68], y diputados como Balparda: «el problema de Marruecos [está] constantemente unido al problema de la reconstitución y del engrandecimiento de España»[69], Canals: «Marruecos es el último resorte moral que nos queda para educar y conducir clases y masas de sobra desmandadas de toda disciplina patriótica»[70] o Martínez Campos: «el abandono de nuestros deberes en la zona del Protectorado supone el reconocimiento pleno de nuestra incapacidad e impotencia actual, y de la falta de energía y de confianza necesarias para la apremiante e ineludible obra de reconstitución nacional»[71]. De nuevo, ideas de regeneración, pero vistas desde un ángulo opuesto al de los detractores de la presencia de España en esas tierras.

Otros, en su exaltación, proclamaban que, no implantar el Protectorado «equivaldría a dejar pendiente sobre la vida de España una espada de Damocles, la posibilidad y el peligro de un nuevo Guadalete»[72], y que son solo «ciertos pigmeos revolucionarios»[73] los que defienden el abandono de la empresa. Pero se equivocaban. Hasta decididos africanistas reconocían que «el país no quiere saber nada de Marruecos»[74] y que «sin ideal, sin convencimiento, de malísima gana, a la fuerza, fue el pueblo español a la empresa marroquí»[75].

En efecto, era más cierto que «la nación no se había interesado nunca en nuestros asuntos de Marruecos», y que «hemos ido a Marruecos porque no hemos podido evitarlo […], forzados por la necesidad de nuestra posición geográfica»[76], «por compromisos ineludibles internacionales, contra los que no podemos rebelarnos por nuestra debilidad»[77]. En cruda expresión de Cambó, «estamos en Marruecos no porque hayamos querido, sino porque nos han obligado a ello»[78].

[67] José María Mauz de Robles, *Por el camino de Annual,* Madrid, 1924, pág. 162.
[68] *Diario del Senado* de 13 de diciembre de 1921.
[69] *Diario del Congreso* de 26 de octubre de 1921.
[70] Ibíd., de 15 de noviembre de 1921.
[71] Arsenio Martínez Campos, *Melilla 1921,* Ciudad Real, 1922, pág. 173.
[72] Alfonso R. de Grijalba, *Los enemigos del rey,* Madrid, 1924, pág. 50.
[73] Carlos Maturana Vargas, *La trágica realidad,* Barcelona, 1921, pág. 81.
[74] Ruiz Albéniz, *España en el Rif,* Madrid, 1921, pág. 189.
[75] *Diario del Senado* de 23 de noviembre de 1921. Intervención de Izquierdo Vélez.
[76] Francisco Bastos, *El desastre de Annual,* Barcelona, sin fecha (¿1921?), págs. 13 y 56-57.
[77] *Diario del Congreso* de 22 de junio de 1922. Intervención del reformista Arderius.
[78] Ibíd., de 30 de junio de 1922. Intervención de Cambó.

Se trataba de otro factor esencial para muchos –combinado en el caso de la óptica de las izquierdas con el revanchismo del Ejército–, a la hora de explicar, y de criticar, la presencia al sur de Estrecho. Respondía esta a una imposición de Inglaterra para evitar que aquellas aguas cayeran bajo control francés, y no a los argumentos históricos, trasnochados, ni a los militares, falsos.

Tampoco a los económicos. A pesar de que al principio «se creía que la zona tenía cierta importancia económica», pronto se demostró que no era así[79], sino al contrario: «lo que hemos visto en la zona de Melilla no puede ser más pobre»[80]; «el Rif no vale ni un hombre, ni una peseta»[81].

En todo caso, cabía dudar de la capacidad de aquella España para asumir la carga que suponía el desarrollo material del Protectorado, cuando sectores vitales de la economía de la misma península estaban en manos extranjeras, ante la debilidad de los nacionales. De ahí que solo sería capaz de implantar «una colonización marcada por el atraso económico propio»; «el gran capital no respondió [...] de 1913 a 1936», al tiempo que «el periodo de 1912 a 1928 se caracterizó por la falta total de industrias». En resumen, y salvo una limitada actividad en el ámbito minero, y unas insuficientes infraestructuras, que durante años obedecían ante todo a consideraciones estratégicas, «la región no conoció un verdadero cambio económico» como resultado del Protectorado[82].

«Esa sombra de Protectorado»

Si no resultaba clara para todos la conveniencia de que España se expandiera en Marruecos, también generaba debate la fórmula jurídica adoptada para legitimarlo.

El concepto de Protectorado era entonces reciente, y existían dudas sobre su significado real, lo que, a su vez, las suscitaba sobre la forma de implantarlo. La verdad era que «en España, nadie, ni pueblo, ni ejército, ni burguesía, ni los gobiernos entendían lo que en la realidad significaba la palabra Protectorado»[83].

Lo que era peor, «para la inmensa mayoría de los españoles [...] eso del Protectorado es una farsa, una engañifa, una hipocresía, al amparo de la cual se trata de conquistar aquello y anexionarlo a España». Y, sin embargo, «no tenemos título para hacer otra cosa que (actuar) por medio del jalifa»[84]. Lejos de hacerlo, se «ha

[79] Pennell, pág. 42.

[80] Bastos, pág. 47.

[81] *Diario del Congreso* de 29 de junio de 1922. Intervención del romanonista Romeo.

[82] Mimoun Aziza, *La sociedad rifeña frente al Protectorado español de Marruecos,* Barcelona, 2003, pássim, pero sobre todo, págs. 63-116.

[83] Ruiz Albéniz (1922), pág. 23.

[84] *Diario del Congreso* de 3 de noviembre de 1921. Intervención del marqués de Olérdola, de Unión Monárquica Nacional, citando un discurso de Maura de 1914.

anulado» al sultán, y convertido al jalifa «en un sello que se pone a la cabeza o al pie de los *dahires*»[85], dejándole únicamente «una comedia de soberanía»[86], una «soberanía de opereta»[87].

Por razones históricas y sociales, de las dos regiones en las que se dividía el territorio marroquí confiado a España, si en la occidental se asistió desde fechas relativamente tempranas a un atisbo de lo que podría ser un Protectorado, en la oriental, no existía «ni el nombre de Protectorado, ni imitación de él, ni idea siquiera»[88]. En efecto, «en Melilla seguía funcionando el régimen de relación directa con las cabilas, que era [...] más apropiado por la naturaleza de las del Rif, que son individualistas, que repugnan toda organización majzén»[89].

Algunos, pocos, sí que tenían claro lo que entrañaba la palabra: «el Protectorado o es nada, o es actuar detrás del majzén»; no hay una antítesis entre conquista y Protectorado, la clave reside en nombre de quién se lleva a cabo[90].

La dificultad, creía Romanones[91], radicaba en que «es una idea que todavía no la hemos podido digerir la mayor parte de los españoles, porque es algo artificioso, complejo [...] que va en contra de nuestras tradiciones». Azpeitúa lo ratifica: «la fuerza de la tradición, nuestra intolerancia atávica y una deficiente educación nos incapacitan para el Protectorado»[92]. Esa «tradición de conquistadores», explica que «la misión del Protectorado no se ha sentido jamás»[93]; «aquí, desgraciadamente, detrás del ejército conquistador sólo van cantineros o cantineras, pero no el espíritu de colonización»[94].

Con la clase política oscilando entre la ignorancia y la indiferencia, cuando no hostil o abiertamente reticente, una parte de la castrense se apresuró a llenar el vacío, lo que fue facilitado por otra de las anomalías que envuelven, por lo que a España se refiere, la cuestión marroquí. En efecto, la penetración partió de Ceuta y de Melilla, que tenían un estatuto radicalmente diferente al de los territorios sometidos a protectorado, pero que progresivamente se fue difuminando, extendiéndose a ellos en la práctica, quizás de forma inconsciente, el concepto de soberanía aplicable a dichas plazas.

Por eso, Franco, en nombre de las tropas de choque, hablaría a Primo de Rivera, en un célebre e irrespetuoso almuerzo en Ben Tieb, en julio de 1924, de «estas tierras que pisamos, señor presidente es [sic] terreno de España, porque ha

[85] Ibíd., de 2 de noviembre de 1921. Intervención del marqués de Buniel, de Izquierda Liberal
[86] Ibíd., de 16 de noviembre de 1921. Intervención de Nougués.
[87] Ibíd., de 15 de noviembre de 1921. Intervención de Prieto.
[88] Ibíd., de 8 de noviembre de 1921. Intervención de Alcalá-Zamora.
[89] *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 311-312, declaraciones de Berenguer.
[90] *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921. Intervención del conservador Rodríguez de Viguri.
[91] Ibíd., de 15 de noviembre de 1921. Intervención de Romanones.
[92] Azpeitúa, Pág. 27.
[93] *Diario del Congreso* de 27 de octubre de 1921. Intervención de Prieto, ya citada.
[94] *Diario del Senado* de 14 de diciembre de 1921. Intervención del general Luque.

sido adquirido [...] y pagado con la más cara de las monedas, la sangre española derramada»[95], sin percatarse, o sin querer ver, que en ningún modo se le podía tener por tal, a tenor de los tratados internacionales. Y por el mismo motivo, hubo aduladores como Montero Ríos que titularon *El Africano* a Alfonso XIII, por las «conquistas» realizadas, y que recordaron que «es un hecho ya olvidado por muchos españoles que el reinado de Alfonso XIII [...] ha ensanchado considerablemente nuestro territorio»[96]. El propio rey, tras una operación culminada con éxito, telegrafiaría al general responsable: «Gracias por el Fondak. Te abraza de corazón, Alfonso»[97], demostrando el concepto que en la misma cúpula del Estado se tenía de la materia.

Esa fue la mentalidad predominante. A pesar de que en los textos suscritos «no háblase de conquistas militares ni de administración directa»[98], se practicaban ambas, con la indeseable derivada que «por estar en país conquistado, los vencedores daban trato de vencidos a los indígenas», que «durante diez años, sólo supieron de nosotros que teníamos soldados»[99].

Se olvidaba que, en puridad, «en Marruecos no existía un enemigo militar a que combatir con las fuerzas de España, sino una población indígena en rebeldía contra sus legítimas autoridades y un apoyo decidido de España a esas autoridades»[100]. No obstante lo cual, «siempre imperó la voluntad de la autoridad militar, sin sombra alguna del majzén»[101].

El Protectorado de aires claramente militares que se intentó implantar conllevaba dificultades de todo tipo. Las operaciones implicaban un elevado coste humano y económico; sembraban rencores, y dejaban tras de sí territorios sometidos en apariencia, pero no dominados, como se vería en el triste verano de 1921. También como consecuencia de la prioridad que se otorgaba a la acción bélica, «aquello está completamente virgen en cuanto a colonización»[102]. Tras Annual, una institución tan poco sospechosa como la Liga Africanista Española sentenciará «el fracaso de la obra militar»[103].

Una cuestión discutida es si el innegable carácter castrense de la presencia española obedeció a una estrategia deliberada del Ejército. Habría que señalar, a ese

---

[95] Lo recoge, entre muchos otros, Tuñón, pág. 160.

[96] Grijalba, pág. 49.

[97] Dámaso Berenguer, *Campañas en el Rif y en Yebala*. Con este título, publicó en Madrid dos obras distintas. Una, en 1923, subtitulada *Notas y documentos*. En la otra, editada en 1948, vol. I, pág. 281, aparece el telegrama, de 6 de octubre de 1919.

[98] Gómez Hidalgo, pág. 31.

[99] Ruiz Albéniz (1922), págs. 23 y 42, respectivamente.

[100] García Figueras, pág. 217.

[101] *La Comisión de Responsabilidades*, declaraciones del alto comisario interino López Ferrer, pág. 107.

[102] *Diario del Congreso* de 21 de octubre de 1921. Intervención del vizconde de Eza.

[103] Ver en Martínez Campos, págs. 307-377, el texto del informe. No tiene fecha, pero ciertamente es posterior a Annual.

respecto que, si una parte de los mandos vio en Marruecos una tierra de expiación por culpas pasadas o de promisión, un lugar para demostrar la pericia técnica y el valor personal, con la perspectiva de un ascenso si se recibía «un tiro de suerte», otra parte abominó desde el principio de aquellas inhóspitas lejanías. Sin duda, el Ejército estaba demasiado dividido para que se le puedan adjudicar globalmente decisiones de ese tipo.

Quizás, el Protectorado adquirió ese cariz en parte «porque no existía en realidad una administración peninsular preparada para desenvolverse con eficacia en Marruecos»[104], más que debido a una imposición de las salas de banderas, a lo que coadyuvó «la tantas veces recurrente tendencia española a pensar que con relación a Marruecos, cuanto menos se haga, mejor»[105], que habría llevado a los políticos a desentenderse en lo posible de un asunto impopular y espinoso.

Es posible que, salvando todas las distancias, se tratara de un fenómeno en algo parecido al de los espadones del XIX, que asumían el papel de adalides políticos de una sociedad civil débil y desestructurada, en parte porque disponían de una organización jerarquizada y relativamente eficiente como era el Ejército. Pero es innegable que el Protectorado ofrecía también, para un determinado tipo de oficial, el atractivo de mayores ingresos, un aumento del 50 % en el sueldo; y para otro, la perspectiva de una misión y el aliciente de las operaciones activas. El hecho es que Marruecos se convirtió en un feudo militar, como ya lo eran las plazas de soberanía, si bien, con la matización que atinadamente señala Boyd, de que «aunque la mayor parte del ejército era partidario de la guerra de Marruecos, eran muy pocos los oficiales que mostraban algún interés por la guerra colonial, ya fuera en la teoría o en la práctica»[106]. En palabras de uno de ellos[107], «sobraban muchos aquí, en España; en cambio, faltaban en Marruecos».

Hubo, ciertamente, un intento de ejercer la denominada «acción civil», siempre bajo la égida del Ejército, pero, en palabras de un experto[108], «sólo era chauchau, como dicen los moros», no una verdadera política. Se limitaba habitualmente a atraer a un notable de una cabila fronteriza con el ofrecimiento de una pensión, de unas quinientas pesetas. A cambio, reunía a algunos allegados, por una soldada de dos pesetas al día, y bajo su salvaguardia avanzaba una columna de tropas, que instalaba una posición. El proceso se repetía, siempre que las circunstancias lo permitieran, y así se iba ganando terreno. Como la posición quedaba aislada, y los cabileños «amigos», armados, todo permanecía en la más absoluta precariedad. En el fondo, «la acción política […] consiste en sobornar a los jefes prestigiosos»[109], y poco más. Haciendo una tosca paráfrasis de Clausewitz, se

[104] Pablo La Porte, *El desastre de Annual,* Madrid, 2007, pág. 56.

[105] José Manuel Allendesalazar, *La diplomacia española y Marruecos*, Madrid, 1990, pág. 186.

[106] Boyd, pág. 65.

[107] Emilio Mola, *El pasado, Azaña, el porvenir,* en *Obras Completas,* Valladolid, 1940, pág. 1053.

[108] Aguirre de Cárcer, en *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 41.

[109] *Diario del Congreso* de 26 de octubre de 1921. Intervención de Prieto.

trataba de una continuación de la guerra, por otros medios. Se buscaba continuar la progresión sin bajas, y poco más; no respondía a un diseño de gran calado dirigido a atraerse la población.

El general Gómez-Jordana hace una cruda descripción de ese sistema a una escala más amplia, cuando se establecía *lef* o alianza con una cabila. El objetivo era provocar «cuando a mí me conviene, luchas sangrientas entre ellos (los cabileños) [...] La acción política desvía su voluntad del rumbo que ellos quisieran imprimirle [...] y, como cuestión previa antes de volverse después contra nosotros, se aniquilan y se destruyen»[110].

Naturalmente, fueron muchos los que se percataron de que «separar la acción civil de la militar es punto menos que imposible»[111]. Entre ellos, el propio general, que preconizaba en una carta a Romanones, en 1918, «primero, la acción política intensa [...] que anestesia; después, la operación quirúrgica limitadísima; luego, cicatrizar rápidamente la herida con la creación de escuelas, dispensarios etc.».

Berenguer fue otro: «no es una guerra de conquista; se trata sólo de montar una administración; el tránsito del estado de rebeldía al de sumisión es apenas perceptible», si se consigue, por la acción política, que las propias cabilas pidan la ocupación. El objetivo es establecer «una frontera administrativa en continuo movimiento» hacia adelante[112].

Pero ambos generales se contaban, junto con el ya mencionado coronel Larrea, entre los más lúcidos que sirvieron allí, y las tácticas prevalentes tendieron a ser más expeditivas y menos refinadas.

En paralelo con el exceso de ardor guerrero que con frecuencia se exhibía, existía en la península un cierto «buenismo» simplista de los gobernantes, que, ante la repulsa de la opinión pública a las bajas que originaban las operaciones, debatieron durante años la conveniencia de nombrar un alto comisario civil, como panacea universal. Lo harían, al fin, y se arrepintieron.

Porque, evidentemente, el problema no era el vestuario que utilizara el alto comisario, y tampoco residía en escoger entre la acción militar y la política, que era una falsa disyuntiva. Consistía en que el Protectorado no se podía imponer si no se admitían determinados sacrificios. Lo dijo el único alto comisario civil que hubo en la época: «yo considero que es necesario en todo país que no se presta voluntariamente a la implantación de un régimen, que primero actúen las armas, porque [...] cabila que no está accionada por la posesión de España, es cabila que está contra España [...] [por eso] la acción militar primero, cuando no se quiere dar entrada de buena voluntad a la acción civil»[113]. Teniendo en cuenta la actitud

[110] Carta al senador Tomás Maestre, de 29 de octubre de 1914, reproducida en ibíd., pág. 28.

[111] Francisco Gómez-Jordana, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos,* Málaga, 2005, pág. 27.

[112] Berenguer (1948), vol. I, págs. 71-75. En pág. 20 está el fragmento de carta a Romanones mencionado más arriba.

[113] *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 345, declaraciones de Luís Silvela.

de la mayoría de las cabilas, que demostraba abundantemente que «el protegido se niega a ser protegido»[114], «la ocupación de la zona sólo se podía llevar a cabo [si es que se podía], por medios militares». Sin embargo, «el gobierno español no deseaba en absoluto tener que comprometer gran cantidad de hombres ni de dinero en la aventura marroquí»[115].

Parece que una dosificación adecuada de la fuerza y la atracción hubiera sido lo adecuado, pero la primera suponía unas bajas y la segunda unos desembolsos que los gobiernos de la época que nos ocupa no se consideraron en situación de afrontar.

El resultado fue una amplia desorientación sobre qué hacer con el problema marroquí. No ayudó a disiparla, sino al contrario, el mecanismo que estableció el real decreto de 27 de febrero de 1913[116], que organizaba el Protectorado, aunque no se empleaba ese término, y sí el más ortodoxo de «zona de influencia».

En la exposición de motivos se hacía una afirmación paladina algo chocante. El convenio con Francia, base de la norma, no había entrado todavía en vigor, porque estaba pendiente de ratificación. No obstante, se promulgaba el real decreto porque dicho trámite se cumplimentaría muy próximamente, «y además el gobierno de España ejerce ya actualmente» las funciones mencionadas en el convenio. Con excesivo optimismo, si bien se reconocía que «no existe en España opinión tan nutrida como la que en la vecina república alienta el partido colonial», se afirma que el despliegue en Marruecos responde «a una aspiración nacional claramente manifestada».

Incluía también una declaración de intenciones, que quedó en el papel: se actuará «por el intermedio de las autoridades jerifianas y no por modo directo» y solo se mantendrán «las fuerzas indispensables al orden y la tranquilidad». Al tiempo, anuncia «el propósito de aumentar las fuerzas indígenas de Policía y disminuir el contingente de nuestro ejército».

El sistema estaba encabezado por el alto comisario, asistido por la Delegación de Asuntos Indígenas, cuyo jefe ejercía además de secretario general; la del Fomento de los Intereses Materiales y la de Asuntos Financieros. Los jefes de esos servicios debían ser, respectivamente, un miembro de la carrera diplomática o de la consular, entonces separadas; un ingeniero civil y un funcionario de Hacienda.

A la vez, los mandos de Ceuta y de Melilla, con la categoría de Comandancias Generales, conservaron su tradicional autonomía, uniéndoseles luego Larache. Sobre el papel, el Ministerio de Estado actuaba de «enlace» entre el alto comisario y el Gobierno, «y de ese ministerio se recibían las orientaciones y se aprobaban los planes para su desarrollo», mientras que «del de la Guerra sólo dependía en el matiz militar de la empresa, en la aportación de los elementos necesarios»[117].

---

114 *Diario del Congreso* de 11 de noviembre de 1921. Intervención de Canals, del Partido Conservador.

115 Pennell, págs. 72 y 81.

116 Ver *La Gaceta de Madrid,* de 28 de febrero de 1913.

117 Berenguer (1948), vol. I, pág. 201.

El mecanismo, pues, establecía dualidades –alto comisario, Comandancias Generales; Estado, Guerra–, que se prestaban a todo tipo de disfunciones. Lo mismo sucedía en el vital ámbito de la intervención o supervisión de la potencia protectora sobre las autoridades marroquíes. En las ciudades, debería ser ejercida por las autoridades consulares; en el campo, a través de las Oficinas Indígenas, regidas por militares, creando desde el principio otra dicotomía más que subsistiría hasta 1934, con un claro predominio de la «militarización de la intervención»[118].

Habrá ocasión de comentar en capítulos siguientes la relación entre jerarquías militares. Por lo que se refiere a la que existía entre las civiles, según Gómez-Jordana, en la práctica los asuntos se dirimían en una constante rivalidad entre presidencia del Gobierno y los dos departamentos ministeriales mencionados, sin perjuicio de las discrepancias internas que en materia de marroquí existieron en todos los gabinetes, «con el consiguiente desbarajuste y natural desorientación»[119].

Respecto a Estado, en concreto, dice de la Sección de Marruecos, la competente en la materia, que era «factor común de todos los entorpecimientos, pesadilla de todos los altos comisarios» –sin duda, sangraba por la herida de su padre, que lo había sido–, y solo pensaba en «obstáculos y maquinaciones»[120]. En la misma línea, se ha calificado de «obstáculo burócrata constante»[121] a dicha oficina.

No estaba de acuerdo, claro, el jefe de la misma, que la describía como «encogidita y falta de atribuciones». Sostiene que se ocupaba exclusivamente de asuntos administrativos y de política exterior, mientras que los temas importantes, los de «política indígena», se trataban «en frecuentes y directos chau-chaus que los altos comisarios […] sostienen directamente con los jefes de gobierno y los ministros de Estado y Guerra»[122]. Como muchos funcionarios, derivaba la responsabilidad hacia los políticos, y minimizaba su ámbito propio de competencia.

También discrepaba Rodríguez de Viguri, que elogia «la actuación silenciosa y limitada del ministerio de Estado»[123]. La circunstancia de que estas dos últimas opiniones provengan de diplomáticos limita, naturalmente, su validez.

Lo que quizás podría afirmarse es que en la pugna Guerra-Estado, el primero tuvo siempre mayor peso e influencia. Por una parte, debido al carácter eminentemente militar del Protectorado; de otra porque su presupuesto, muy superior, le daba mayor margen de iniciativa.

---

118 José Luís Villanova Valero, *Los interventores, la piedra angular del Protectorado español en Marruecos,* Barcelona, 2006, pág. 40. Ver también, del mismo autor, «Los interventores del Protectorado español en Marruecos», en *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario 2, 2012, págs. 161-201.

119 Gómez-Jordana, pág. 67.

120 Ibíd., pág. 31.

121 Arauz de Robles, pág. 223.

122 Manuel Aguirre de Cárcer, *Glosa del año 23,* Madrid, 1944, págs., respectivamente, 256 y 75. Repitió estos conceptos ante *La Comisión de Responsabilidades,* ver pág. 44, por ejemplo.

123 *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921. Intervención de Rodríguez de Viguri, ya citada.

Se ha pretendido que, aunque en teoría los distintos elementos del esquema estaban subordinados a sus propios ministerios en Madrid, en la práctica «están convertidos en dependencias del mando militar»[124]. Parece más cierto, sin embargo, que, partiendo de un protagonismo excesivo de aquel, la realidad era más compleja, y desoladora. Existía una «atomización» de responsabilidades sin deslindar entre Estado, Guerra, Instrucción Pública, Fomento y Hacienda, que creaba «un desbarajuste»[125] absoluto.

Además, «no hay un solo texto legal, un solo esfuerzo oficial español para formar funcionarios civiles idóneos para Marruecos». Tanto es así que hasta la II República no se esbozó la creación de un cuerpo de interventores, ni se creó un centro especial para formarlos hasta 1946[126]. Aun entonces, el conocimiento del árabe, que parecería bagaje imprescindible, se consideró deseable, pero no obligatorio. Por ello y durante años, se envió «una serie de empleados sin conocimiento suficiente del país, sin objeto que bastantemente justifique su número y sus sueldos, sin facultades deslindadas, disputando con los militares y entre sí sobre el alcance de su cometido, y las obras públicas tardando en construirse; las escuelas y los hospitales como antes de haber crédito para sustentarlos; el comercio local disminuyendo; las ciudades sin mejorar con la rapidez debida; la administración marroquí disuelta y la nueva, creada con nuestra intervención, sin funcionar»[127].

El resultado: «no gastamos ni una peseta en obras públicas, ni en enseñanza, ni en todas aquellas atenciones que son características de una nación protectora y colonizadora [...] Es bien triste el espectáculo de los maestros españoles y de las escuelas españolas [en Marruecos]»[128], así como «el efecto deplorable que tiene que producir la comparación entre nuestros caminos en la zona española y los caminos en la francesa»[129]; «da vergüenza decir que se es español viendo el estado de los niños que acuden a la escuela hispano-árabe de Tetuán»[130].

En la escuela de Larache la situación no era mejor: «los edificios son antihigiénicos, faltos del necesario menaje y reducidos a unas estrecheces tales que nos dan impresión lastimosa. Carentes de luz y ventilación y colocados en sitios poco céntricos, llevan el tedio y la melancolía a los niños, y el desaliento y la fatiga al ánimo de profesores y profesoras»[131].

En 1921 todavía se describía esa ciudad como «una población de barracas y alojamientos improvisados, en torno a algunas casuchas morunas». Había, sí,

[124] Hernández Mir, pág. 157. Ver en págs. 155-161 una cerrada crítica del «régimen administrativo».

[125] *Diario del Congreso* de 18 de noviembre de 1921. Intervención de Yanguas, independiente. Es deprimente la frecuencia con que se utiliza la palabra «desbarajuste» para describir la situación.

[126] Villanova, pássim.

[127] González Hontoria, págs. 308 y 328, respectivamente.

[128] *Diario del Congreso* de 28 de junio de 1922. Intervención de Rodríguez de Viguri.

[129] Ibíd., de 29 de junio de 1922. Intervención del conservador Waiss.

[130] Ibíd., de 16 de noviembre de 1921. Intervención de Nougués.

[131] Andrés Moreno Gilabert, *La ciudad dormida,* Madrid, 1923, pág. 95.

«un formidable edificio, con torre y enorme reloj», la sede de la Comandancia, y también una estación de ferrocarril, pero no llegaban trenes a ella. En cuanto a las comunicaciones por carretera, eran tan malas que «es imposible creer que un pueblo civilizado ejerza influencia y dominación en esta región de Marruecos desde hace tantos años». Las marítimas eran aún peores[132].

De ahí que se haya hablado de «ese minúsculo Protectorado, ese ridículo Protectorado, esa sombra de Protectorado [...] convertido por el *atrezzo* en un gran virreinato», cuando se decía, en junio de 1922, «no dominamos más que unos miles de kilómetros, que son más pequeños que el territorio de Las Hurdes»[133]. Ello no impedía que, por ejemplo, se mantuviese allí «una fastuosa organización judicial», incluso con audiencia territorial completa[134], que en más de un año únicamente había celebrado una reunión[135]. Y eso a pesar de que el ya mencionado decreto de 27 de febrero de 1913 anunciaba, a fin de disipar «los recelos inspirados, sin duda, en el recuerdo de nuestra antigua dominación colonial», que se creaba únicamente una «modesta organización» con «el personal más indispensable», sin «ampliaciones burocráticas tan perjudiciales para el servicio público como gravosas para el estado». Eran afirmaciones para la galería, que la práctica desmintió.

En efecto, incluso un muy oficial informe del Negociado de Marruecos del Ministerio de la Guerra[136], equivalente a la Sección del de Estado, reconocía que «es verdaderamente irrisorio lo que se asigna en el presupuesto del Protectorado para beneficencia, enseñanza, comunicaciones y obras públicas, si se compara con lo que se dedica a funcionarios españoles, y en mi opinión, estamos dando una pronunciada sensación de conquista, que, unido a la total ausencia del majzén, quizás contribuya a la actitud hostil de algunas cabilas».

Los datos corroboran esta afirmación, al paso que muestran lo caro que resultaba el ineficaz Protectorado. Por ejemplo, su presupuesto en 1920 se cifraba en algo más de catorce millones de pesetas, de los cuales ocho y medio procedían de las arcas de España. Del total, algo menos de medio millón se consagraba a «enseñanza indígena», y otro tanto a la sanidad; más de medio, al jalifa y su entorno; cuatro, a infraestructuras, y el resto, casi nueve, a sueldos de funcionarios españoles, una «distribución aterradora», según el informe.

La iniciativa privada, ya se ha dicho no llenaba esas lagunas, al no realizar aportaciones de capital en la cuantía necesaria «para dar valor a esa región. Mientras no se haga esto, aunque el funcionario vista de americana u ostente el uniforme, sea

[132] *ABC* de 26 de septiembre de 1921, pág. 8.

[133] *Diario del Congreso* de 30 de junio de 1922. Intervención de Romeo.

[134] Según los nombramientos publicados en *La Gaceta de Madrid* de 9 de julio de 1913, constaba de presidente; representante del Ministerio Público y su sustituto, y tres magistrados.

[135] *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921. Intervención de Rodríguez de Viguri, ya citada.

[136] Informe, de 27 de agosto de 1920, del jefe del Negociado, Carlos López de Lamela. Está publicado en vizconde de Eza, *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra,* Madrid, 1923, págs. 91-140.

civil o militar, no habremos conseguido nada en Marruecos»[137]. Apenas se podía hablar de grandes inversiones, y una de ellas, como la de la Compañía de Colonización[138], con una agresiva estrategia que abarcó 30.000 hectáreas en la llanura del Garet, creó tal animosidad entre los habitantes que se pagaría con cientos de muertos en Monte Arruit. Según un crítico poco objetivo[139], «toda su actividad consistió en comprar terrenos a cuatro para revenderlos a veinte».

Esa empresa y otras, como la Compañía Española de Minas del Rif, Setolazar, La Alicantina o La Norteafricana[140] no tenían entidad suficiente para generar una demanda de puestos de trabajo que hubiera ayudado a la transformación de la zona española que algunos soñaron. Un país que carecía de los capitales suficientes para asegurar su propio desarrollo, difícilmente podía promoverlo más allá de sus fronteras, y menos aún cuando se comprobó que los miríficos yacimientos mineros del Rif no eran tales. A la vez, esas sociedades, en su competencia por controlar nuevos yacimientos, despertaron ambiciones y crearon rivalidades entre las cabilas que complicaron en ocasiones la «acción política»[141].

Habría que añadir, finalmente, a tantas dificultades que el carácter hirsuto de la zona atribuida a España, en gran parte de la cual la soberanía temporal del sultán no era reconocida, supuso un elemento de complejidad adicional. La implantación pacífica del despliegue español habría requerido «la existencia de autoridades marroquíes que acataran el régimen de Protectorado, y una actitud proclive de las autoridades coloniales a respetarlo. Ninguna de estas condiciones se cumplió totalmente»[142].

De esa forma, dando bandazos entre incertidumbres y reticencias, sin una voluntad política definida ni un criterio claro, sin un deslinde de competencias bien establecido, de forma vergonzante, casi a hurtadillas de la opinión pública, se fueron sentando los cimientos de un Protectorado que, entre tanta vacilación, nació, necesariamente, frágil.

El modelo francés

Para muchos dirigentes españoles, acosados por el intratable problema de Marruecos, un pozo sin fondo que devoraba vidas, recursos y reputaciones, la zona francesa se presentaba como un paraíso soñado. Ese y no otro era el ejemplo a

[137] *Diario del Senado* de 17 de julio de 1922. Intervención de Berenguer.

[138] *Diario del Congreso* de 15 de noviembre de 1921. Intervención del marqués de Valderrey, conservador, aludiendo a las actividades de esa empresa. Sobre la misma, ver Aziza, *op. cit.*, págs. 83-86.

[139] Azpeitúa, pág. 21.

[140] Para las compañías mineras, ver Aziza, *op. cit.*, págs. 98-106.

[141] Berenguer (1948), vol. I, pág. 249.

[142] Villanova Valero, pág. 60.

seguir, un oasis de paz y de prosperidad, bajo la benévola tutela de Lyautey, procónsul imperial.

Se comentaba con envidia que mientras, en 1904, España importaba de Marruecos ocho veces más de lo que exportaba, en el caso francés la relación era inversa, en proporción de dos a cinco[143]; que si el impuesto llamado *tertib* generaba en la zona vecina 46 millones de francos, en la propia, donde se iba solo a ensayar en 1922, se había calculado que rendiría 150.000 pesetas[144], y que París mantenía el orden en la primera con 69.000 hombres, mientras que Madrid no lograba lo mismo en la segunda, veinte veces más pequeña, con 75.000.

A la vista de esos datos, Francia era, sin duda, la «maestra»[145] de la que había que aprender, el modelo a seguir. Se intentó, pero «hemos traducido mal del francés»[146]; se hizo «una copia que parece una caricatura»[147], «la habitual, simiesca parodia de las andanzas francesas»[148].

Pero se trataba de una comparación que no resistía el menor análisis. La envergadura demográfica, económica, industrial y militar de Francia era enormemente superior a la española, como también su experiencia en el colonialismo «moderno», respaldada, además, por un poderoso grupo de presión que abarcaba desde políticos a generales, pasando por grandes empresarios y periodistas, sin que en España existiera nada ni pálidamente similar.

Tampoco se podían equiparar las fuerzas armadas de ambos países, no solo por sus dimensiones y su eficacia, sino porque las francesas poseían la enorme ventaja de contar con el aguerrido Ejército de África[149]. Formado, esencialmente, por tropas mercenarias, como la Legión Extranjera, de deslumbrante hoja de servicios, los Tiradores Argelinos o los Spahis, acumulaba decenios de combates en conflictos coloniales. Tenía, sobre todo, la ventaja de que, desde el punto de vista político, sus bajas eran «baratas». Nadie en Francia se conmovía por la muerte de un legionario búlgaro o de un soldado de la Kabilia, lo que facilitaba la labor del mencionado *lobby,* que durante años no tendría una opinión pública hostil a la que enfrentarse.

Una ventaja adicional es que al haber sido la gran mayoría de esas fuerzas reclutadas en otros territorios, no se producía en ellas el conflicto de lealtades que salió a la luz en Annual.

Una idea de su importancia relativa la da que en febrero de 1920 Francia tenía en Marruecos, dejando al margen los 2.300 mandos, 71.850 efectivos. Se

[143] Germain Ayache, *Les origines de la Guerre du Rif*, París, 1981, pág. 78.

[144] *Diario del Senado* de 13 de diciembre de 1921. Intervención ya citada de Goicoechea.

[145] *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921. Intervención de Rodríguez de Viguri.

[146] Ibíd., de 8 de noviembre de 1921. Intervención de González Hontoria.

[147] Ibíd., de 28 de junio de 1922. Intervención de Rodríguez de Viguri.

[148] Maura y Fernández Almagro, pág. 351. Carta a su hijo Gabriel, de 29 de julio de 1921.

[149] La bibliografía sobre él es muy extensa. Baste citar a Anthony Clayton, *Histoire de l'Armée Française en Afrique, 1830-1962,* París, 1988, o a Pierre Montagnon, *L'Armée d'Afrique,* París, 2012. Un clásico es VV. AA., *L'Armée d'Afrique,* París, 1977.

distribuían en 18.250 europeos, entre ellos 4.890 cuadros de unidades indígenas, frente a 53.600 hombres reclutados localmente. Pero, con la excepción de dichos cuadros, prácticamente todos los primeros estaban en armas más o menos técnicas, mientras que de los segundos 40.690 servían en Infantería. Esta se completaba con 200 oficiales y 4.300 hombres de la Legión Extranjera y de unidades disciplinarias de castigo, no contabilizados en las cifras anteriores[150]. Así pues, el arma que más bajas sufría se nutría de africanos o de europeos «prescindibles».

Como contraste, en la zona española se mencionaba el número de 75.000 hombres, de ellos 63.000 peninsulares y 12.000 indígenas[151], una proporción totalmente distinta.

Francia poseía, asimismo, una acabada doctrina colonial, elaborada por figuras como Bugueaud, Gallieni o el propio Lyautey, desarrollada a lo largo de los años y contrastada en lugares como Argelia, Madagascar o Indochina. Fruto de ella sería un impecable concepto del significado del Protectorado: «es el control, opuesto a la administración directa»[152].

También, la adopción de tácticas como la tan admirada «mancha de aceite». En virtud de ellas, se ocupaba un punto, y, acto seguido se reconstruía el tejido político, económico y social quebrantado, en el caso de que hubiera sido precisa una intervención militar previa, para crear allí un foco de «civilización» que permitiera influir sobre el entorno y preparar el siguiente paso.

Era ante todo una estrategia dinámica: «uno no se protege por un frente continuo, sino por el movimiento», basada en pocas posiciones, pero fuertes, bien abastecidas y que servían de base para ágiles columnas móviles, que irradiaban a su alrededor, combinándose entre sí[153]. Las posiciones son, principalmente, «pivotes de maniobra […], centros de abastecimiento», lugares para «el estacionamiento de reservas»[154], no puestos estáticos defensivos.

Se trataba de realizar una serie de avances metódicos, inexorables, en lugar de «operaciones de ida y vuelta», de «avanzar sólo para quedarse». «La fruta tiene que estar madura antes de cogerla […] La acción militar es sólo la última fase de la maniobra»[155].

Hay que decir que el mismo Lyautey incumplió tan sabios principios en el frente del Uarga, ante los rifeños, con resultados lamentables.

Por su parte, los españoles, que aplaudían sobre el papel estas teorías, no las aplicaron, inclinándose por la multiplicación de posiciones, las columnas pesadas y las operaciones «de ida y vuelta». Es cierto, no obstante, que el sistema francés

150 Lyautey, págs. 83-87.
151 Gómez Hidalgo, pág. 115.
152 Lyautey, págs. 25-36, documento *Política de Protectorado,* de 18 de noviembre de 1920.
153 Ver una síntesis de estas ideas en ibíd., págs. 369 y ss., carta de 18 de agosto de 1925 al general Naulin.
154 Ibíd., pág. 169, *Directivas generales para 1922,* Rabat, 14 de diciembre de 1921.
155 General de Boisboissel, *Dans l'ombre de Lyautey,* París, 1953, págs. 184, 257 y 261.

exigía unos medios y una capacidad logística que el Ejército español distaba mucho de poseer, así como una determinación, de la que carecían los gobiernos de Alfonso XIII.

El residente general contaba, además, con otras ventajas. La primera, su propia personalidad de «mariscal civil»[156] –apelativo que, curiosamente, también se aplicó a Berenguer–, de «apóstol»[157], se ha escrito, forjada en una larga experiencia en Ultramar; la segunda, que como Jordana[158] decía con envidia y exagerando: «asume todos los poderes de la zona francesa; su autoridad y sus atribuciones son muy grandes; hace y deshace».

Otra, esencial, es que «aquí (la zona francesa) nos hemos encontrado realmente un Estado y un Pueblo»[159], con el sultán a la cabeza, «una especie de Papa»[160], cuyo prestigio Lyautey procuraba realzar por todos los medios. También existían, en el sur, los grandes caídes[161], que permitían, como era del gusto del aristocrático Lyautey, «gobernar con el mandarín, no contra él»[162], es decir, utilizarlos como intermediarios, amortiguando el peso de la administración francesa sobre la población.

En la zona española, en cambio, no existía nada similar. En vez del sultán, estaba el jalifa, «un figurón […] ayuno de todo prestigio»; y, en lugar de un estado, aunque fuera en proceso de descomposición como sucedía en la francesa, «hubo que inventar un majzén»[163].

Por fin, a modo de grandes caídes, solo había dos personajes turbios, El Rogui[164] y El Raisuni. El primero tuvo corta vida, uno de esos pretendientes que, en épocas de mudanzas surgían en Marruecos. Pretendía hacerse pasar por hermano del sultán y, por lo tanto, poseer derechos al trono. Expulsado en 1905 de Taza, se afincó cerca de Melilla, en la alcazaba de Zeluán, desde donde se dedicó a esquilmar a la población. Fue, sin embargo, demasiado lejos, porque tuvo en septiembre de 1908 la malhadada idea de enviar una mehalla, dirigida por Yilali, *El General Negro*, a esquilmar a los Beni Urriaguel, la cabila más aguerrida de todo el Rif. Sus hombres son derrotados, y, en la catastrófica retirada, diezmados por tribus amigas que se alzan en armas contra ellos al verlos vencidos. Muchos recordarían en los aciagos días de Annual aquel episodio, convertido en leyenda.

Al cabo, las tropas del sultán le batirían. Encerrado en una jaula, fue objeto de escarnios, y, luego, arrojado a los leones, que le desdeñaron tras maltratarlo. En

[156] General Catroux, *Lyautey l'Africain,* París, 1952, pág. 228.
[157] Romanones, pág. 93.
[158] Su carta de 18 de noviembre de 1918, ya citada.
[159] Ibíd.
[160] De Boisboissel, pág. 27.
[161] Gavin Maxwell, *Lords of the Atlas,* Londres, 2004.
[162] De Boisboissel, pág. 271.
[163] Ruiz Albéniz (1922), págs. 34 y 35.
[164] Eduardo Maldonado, *El Rogui,* Tetuán, 1949.

vista de ello, se le ejecutó. Durante su apogeo, algo sirvió a los intereses mineros españoles, pero no fue más que un aventurero, incapaz de jugar el papel que desempeñaban las viejas familias del Atlas para los franceses.

El cherif Raisuni[165] es un personaje más complejo. Tuvo sus partidarios y sus enemigos en España. Algunos vieron en él, debido a su autoridad en Yebala, en la zona occidental del Protectorado, un instrumento ideal para ejercer la administración indirecta soñada, por lo incruenta que resultaba. Para otros, no fue sino un oportunista, con agenda propia y tan ducho en la extorsión como en engañar a funcionarios ingenuos que tomaban sus deseos por realidades. Fernández Silvestre tendría un brutal encontronazo con él[166]; Jordana lo sufrió, Berenguer lo acosó, y él manipuló, entre otros muchos, a Burguete. Las encontradas opiniones generaron una política ondulante. Tan pronto se le armó y se le subsidió como se desataron ofensivas contra él. Acorralado, sobre todo gracias a los esfuerzos de Berenguer, su gran enemigo, acabó cayendo, cuando ya solo era una parodia de sí mismo, en manos de Abd el Krim.

Por un motivo u otro, nunca fue el gran caíd por el que se suspiraba en Madrid. De otro lado, su airado pasado, de secuestrador y bandolero, tampoco le designaba para tan altas responsabilidades.

Aun contando con esas grandes ventajas iniciales, el sistema francés tenía mucho que imitar. Pero en España sus seguidores, en su arrobo, lo idealizaron, sin querer ver que tampoco era la piedra filosofal que creían, y que sus grandes luces ocultaban sombras.

Así, no era evidente que tan admirada doctrina estuviese plenamente asimilada. Había requerido un largo tiempo para madurar, como lo refleja Manington cuando comenta, en el Tonkín de 1892, los enfrentamientos entre las autoridades civiles y las militares por parcelas de poder, que hasta degeneraban en duelos[167]. Pero incluso cuando se estableció, no todos los encargados de ejecutarla la aprehendieron. Como reconocía el propio Lyautey, el sultán «en la práctica no tiene ningún poder real […] Se pregunta su opinión, de hecho, por pura fórmula»; «de hecho, nos acercamos más y más a la administración directa», «tenemos la administración directa en la piel»[168], y, sin embargo, «el Protectorado es la negación de la administración directa»[169]. No le fue, en efecto, nada fácil imponer esas ideas a sus colaboradores. «Sólo existe en Marruecos un gobierno,

[165] El personaje ha sido objeto de un número quizás inmerecido de obras. Entre ellas, Rosita Forbes, *El Raisuni, Lord of the Mountains,* Londres, 1924. Manuel L. Ortega, *El Raisuni, España en Marruecos,* Madrid, 1917. Tomás García Figueras, *Del Marruecos feudal. Episodios de la vida del Raisuni,* Madrid, 1930. Eliseo Bermudo Romano, *El Raisuni. Caudillo de Yebala,* Madrid, 1944. Carlos Federico Tessainer y Tomasich, *El Raisuni,* Málaga, 1998.

[166] Rafael López Rienda, *Frente al fracaso. Raisuni. De Silvestre a Burguete,* Madrid. 1923, págs. 88-98.

[167] George Manington, *A soldier of the Legion*, Londres, 1907, págs. 349-350.

[168] Lyautey, carta citada de 18 de noviembre de 1920.

[169] Ibíd., pág. 171, nota de 7 de abril de 1922.

el jerifiano […] Algunas administraciones no se dan exactamente cuenta de lo que es la organización de un Protectorado», fulminaba el 6 de abril de 1921[170].

En cuanto a la «pacificación», que se envidiaba por su rapidez, se olvidaba a veces que Lyautey había dividido su zona en dos partes: el Marruecos útil, donde se concentraba la riqueza económica, núcleos de población considerables o nudos de comunicación importantes, y el resto del país. La primera fue, efectivamente, dominada en fecha muy temprana, pero a ello ayudó que comprendiera esencialmente regiones abiertas, en las que la superioridad militar francesa podía desplegar toda su intensidad. Pero el control de la segunda, abrupta y montañosa, requirió mucho más tiempo. Así, en 1920, antes de que surgiera Abd el Krim, el mariscal escribía: «aquí seguimos en plena guerra»[171]. Hasta 1934 no se consideró completa la «pacificación».

En suma, Marruecos, hasta el final, nunca fue un lecho de rosas para ninguno de sus dos «protectores», que tuvieron que recurrir a sus fuerzas armadas para imponer su tutela.

[170] Ibíd., pág. 170.
[171] Ibíd., carta de 18 de noviembre de 1920.

Capítulo II
El Ejército

Capítulo II
El Ejército

La herencia

El Ejército de Alfonso XIII hará frente a las campañas de Marruecos arrastrando una pesada herencia, la del convulso siglo XIX, en general, y la del Desastre del 98, en particular.

El XIX fue ciertamente desdichado para España y sus instituciones militares. El marco de los primeros ochenta años se traza en unas líneas: guerra de la Independencia, 1808-1813; guerras de Emancipación de América, 1809-1824; primera guerra carlista, 1833-1840; guerra de los Diez Años, en Cuba, 1868-1878; tercera guerra carlista, 1872-1876. Como se puede apreciar, además, las dos primeras y las dos últimas se solapan parcialmente en el tiempo. Si a esos conflictos se suman otros menores, en términos relativos (guerras de África y de Santo Domingo; las denominadas Chiquita y Segunda Carlista, expedición a Cochinchina…) y la inestabilidad política casi crónica, salpicada de pronunciamientos, el panorama resultante es desolador. Apenas hay lugar para el respiro, para una reflexión meditada que permita consolidar unas fuerzas armadas sometidas a continuas tensiones, internas y externas, y que llegarán al enfrentamiento con Estados Unidos que culmina el siglo en un estado próximo a la descomposición.

La guerra de la Independencia supuso el abrupto colapso del Ejército del Antiguo Régimen. Profesional, reducido, compacto, mandado por una oficialidad proveniente de la aristocracia más o menos encumbrada, sobre todo a partir de la aparición de la figura del cadete, en Italia, América y el norte de África había dado pruebas de su valía y de su preparación, comparables a las de las fuerzas armadas de cualquier otro país europeo.

La agresión napoleónica trastocó radicalmente esta situación. De un lado, los viejos cuerpos se desangraron en los dos primeros años del conflicto. De otro, ante la magnitud de la amenaza, se entra en un verdadero frenesí de improvisación de nuevas unidades por parte de las variopintas Juntas que surgen por doquier.

Se trató de una opción quizás inevitable, pero seguramente desafortunada, ya que lo razonable hubiese sido reforzar los regimientos existentes, utilizando a los veteranos para encuadrar a los reclutas. Resultó imposible, sin embargo, por una

circunstancia que no se enfatiza lo bastante. Los franceses no invadieron España, entendiendo la expresión como un ataque desde el exterior. Cuando se inicia la guerra, están dentro de las fronteras; ocupan la capital y las principales ciudades de la mitad norte del país, y controlan las principales vías de penetración. Es más, la estructura política se encuentra descabezada, por la presencia de Carlos IV y Fernando VII en Bayona.

De ahí que la reacción se produzca de forma totalmente descentralizada, por una miríada de Juntas que actúan al principio sin ninguna coordinación, creando cada una de ellas, de cualquier manera, sus propios ejércitos. Los forman con las unidades regulares que tienen a mano en su jurisdicción, pero, como son claramente insuficientes, añaden otras levantadas sobre la marcha, de cualquier manera, dotadas de mandos sacados del retiro o que no poseen más títulos que su influencia local. Sin apenas instruir, mal armadas, se arroja a esas tropas al combate, donde son destrozadas, como no podía ser menos, para ser luego reorganizadas, utilizadas de nuevo, y aniquiladas una vez más.

El proceso, aunque progresivamente se ordenará, se repetirá hasta prácticamente el final de la guerra, al término de la cual España se encuentra con una pléyade de regimientos de nuevo cuño, dirigidos por una oficialidad quizás muy fogueada, pero en su mayoría carente de preparación.

Es un ejército que poco tiene que ver con su antecesor. El soldado con largos años en filas, procediese del voluntariado o de la leva de vagos y maleantes, ha sido sustituido por reclutas, muchos de ellos tomados a la fuerza, que no piensan sino en volver a casa. Los mandos, que pertenecían al escalón superior de la vieja estructura estamental, han sido reemplazados por gentes procedentes de todos los estratos sociales, en muchos casos de reconocida bizarría, pero cuyos esquemas de valores son totalmente distintos. La ciega lealtad al trono, el radical distanciamiento de la política, son ya cosas del pasado.

No es un ejército ni peor ni mejor, sino diferente. En él, por ejemplo, lucen los entorchados personas como Mina y *El Empecinado* que, para lo bueno y para lo malo, jamás habrían podido soñar en pisar una sala de banderas de los antiguos regimientos.

De lo que no cabe duda es de que tiene unas dimensiones inasumibles para los medios de la nación. Todavía en 1820, el secretario de Estado y del Despacho de la Guerra reconocerá que no había pantalones suficientes para todos los hombres. Solo mezclando los blancos de lienzo, de verano, con los azules de paño, para invierno, se les podía vestir.

Pero resultaba imperativo mantener aquella fuerza desproporcionada. Porque en el mencionado año, España sigue en guerra, las tan olvidadas campañas de Emancipación. Fue, en efecto, áspera suerte la del país, empeñado durante siglos en empresas que excedían sus posibilidades reales.

No ha habido lugar, pues, para una desmovilización radical, ni para un drástico recorte de los gastos militares, que desbordan los márgenes del Estado, hasta

el punto que será una entidad privada, la Comisión de Reemplazos, la que se encargará de alimentar en hombres el conflicto en Ultramar.

Tras Ayacucho llegará la paz, pero los mandos no disminuyen por ello, sino que se incrementan. Una mayoría de los Ejércitos realistas estaba formada por americanos, a cuya oficialidad las sucesivas capitulaciones que se firman dan la opción de volver a sus hogares o partir para España, conservando su empleo. Parte de ella se inclina por esta última alternativa y, junto a sus compañeros europeos, pasará a la península, engrosando unas plantillas ya demasiado abultadas.

Habría que añadir que durante las campañas ultramarinas, ante la necesidad de cubrir bajas y de encuadrar unidades de nueva creación, y debido a la falta de un mecanismo de relevos, se ha reproducido una doble práctica introducida durante la guerra de la Independencia. De un lado, la promoción, no siempre bien fundada, de sargentos; de otro una desatinada política de ascensos fulgurantes, raramente justificados. Perfecto ejemplo de ello sería el *ayacucho* por antonomasia, aunque no participó en la batalla de ese nombre, Baldomero Espartero, destinado a marcar una época.

De esa forma cristaliza un sistema, originado en las emergencias de 1808, y que adquiere carta de naturaleza estableciendo un nuevo perfil de oficial que, libre de los viejos principios, se zambullirá en el proceloso mundo de la política y de los pronunciamientos, con el dicho «la faja o la caja» como lema. Se podría citar a Riego, que en Cabezas de San Juan no duda en acabar con una expedición de refuerzos para América, que podría haber jugado un papel quizás determinante, explotando el miedo a embarcarse para aquella guerra no solo de soldados, sino también de oficiales, como lo demuestran los muchos que prefirieron pedir cambio de destino antes que ir a luchar.

Casi sin solución de continuidad con el conflicto de emancipación, y tras un intervalo amueblado por la inestabilidad, estalla la primera guerra carlista. De nuevo se asiste a movilizaciones precipitadas, a improvisaciones de mandos, a ascensos acelerados, pero esta vez a escala de dos ejércitos, no de uno. Al término del conflicto, también se repite lo sucedido en Ultramar. Según los términos del Convenio de Vergara, la oficialidad derrotada que así lo desea es retenida en las henchidas filas del Ejército.

Lo mismo sucederá en 1876, cuando acabe la tercera guerra carlista, mal llamada así, porque supone atribuir exageradas dimensiones a la que se califica de segunda. Para entonces, ya había un mando para cada 6 soldados, y un 24,78 % de los oficiales se hallaba en situación de reemplazo, percibiendo medio sueldo y sin destino definido, por no haber espacio en las abultadas plantillas de las unidades. España tenía 11.789 jefes y oficiales para 71.000 hombres, mientras que en Francia había 10.609 para 221.729[1].

[1] Andrés Mas Chao, *Evolución de la infantería en el reinado de Alfonso XII,* Madrid, 1989, págs. 71-72.

No obstante, la guerra de los Diez Años continúa en Cuba, lo que, una vez más, prohíbe la desmovilización y reclama más mandos para la insaciable manigua y para las decenas de miles de hombres que se envían allí. Cuando acaba, se instaura la «política de crear vacantes», que pervivirá hasta Annual. Así, en 1879 se organizan 100 batallones de Depósito, sin otra justificación que «crear nuevos destinos con el fin de colocar en ellos jefes y oficiales en situación de reemplazo».

Esa será la tónica en el futuro; a pesar de los numerosos y siempre fracasados intentos de reformas profundas: «se prefirió sacrificar la efectividad de las unidades antes de mantener tan alto número de jefes y oficiales sin destino, con un sueldo disminuido que los ponía prácticamente en la indigencia»[2]. Se levantan tantos regimientos que hasta 1921 se seguirá diciendo con sorna que muchos de ellos eran poco más que una banda de música o una bandera con escolta, por los pocos soldados que tenían. Los muy generosos cuadros de mando se hallaban, en cambio, al completo.

Se ha asistido, en efecto, a un «continuo incremento de los efectivos de generales, jefes y oficiales operado a lo largo de los dos últimos tercios del siglo XIX»[3], que devora los presupuestos, dedicados en más de un 60 %, que llegará en ocasiones al 75 %, a pagarles unos haberes, insuficientes por otra parte. El proceso de inflación que se inicia a mediados de siglo los reducirá aún más en la práctica, haciendo menos atractiva la profesión para determinados sectores.

En esas condiciones, se produce un fenómeno de relativa «proletarización» de los cuadros; «la ausencia de las clases nobles o de las altas es una constante»[4], generando una grave división entre las «armas generales», Infantería y Caballería, en las que se admite el ingreso en la oficialidad de personal procedente de tropa, y los «cuerpos facultativos», Artillería e Ingenieros, que mantienen a ultranza su carácter selecto. En ellos solo se puede ingresar como cadete, pasando por las respectivas academias y cumpliendo condiciones estrictas. Para protegerse aún más, rechazan los ascensos por méritos de guerra, lo que llevarán tan lejos que, hasta 1889, cuando estos se producen, se reflejan en las plantillas de las armas generales, no en las de dichos cuerpos. De esa forma, un individuo podía ser, simultáneamente, teniente de Artillería, si procedía de ella, y capitán de Infantería, si había obtenido una promoción. Cuando en el año mencionado desaparece esa alternativa, canjearán el ascenso por una cruz pensionada de María Cristina, que conllevaba el mismo aumento en el sueldo. Se trata del sistema de la «escala cerrada» llevada al extremo, verdadera pesadilla, como se verá.

La catástrofe colonial empeorará todo. La última guerra de Cuba y la de Filipinas reabren, de nuevo, el proceso de ascensos casi indiscriminados y de improvisación de mandos, al tiempo que la derrota final supone la absorción de los que hasta muy poco tiempo antes habían sido dos Ejércitos separados, los de ambas

[2] Ibíd., págs. 84 y 118, respectivamente.
[3] Fernando Fernández Bastarreche, *El ejército español en el siglo XIX,* Madrid, 1978, pág. 80.
[4] Ibíd., pág. 112

posesiones. La consecuencia fue «lanzar sobre el presupuesto de la península todos los residuos del ejército que manteníamos» en Ultramar[5].

De esa forma, si en 1820 se contaban 4.875 jefes y oficiales, y en 1874, 8.636, en 1899 eran 13.629. Solo durante el reinado de Isabel se había producido un incremento de del 259 %[6], merced, en parte, a los ascensos masivos que premiaban un pronunciamiento triunfador.

Y, «para no tener ocioso a tanto personal y justificar de cierta manera el percibo de sus haberes, se inventaron multitud de inverosímiles destinos burocráticos»[7]. El Ejército, así, se apoltrona en la mediocridad de unos sueldos escasos y de un horizonte sin perspectivas.

Se trata de una institución que, abruptamente, ha perdido el rumbo. Durante cinco siglos había mantenido guarniciones en Ultramar, donde la paga era mejor y siempre había posibilidades de operaciones activas, contra los más diversos enemigos, desde ingleses a comanches. Los dos últimos tercios del XIX habían limitado horizontes, y aunque es cierto que «las guerras civiles desviaron por completo al ejército de su finalidad»[8], quedaron al menos las Antillas y las Filipinas, con Joló y Mindanao donde la interminable guerra contra los «moros» siempre ofrecía la eventualidad de una campaña y de ascensos. Todo ello abría unos cauces para los mejores profesionales, los más ambiciosos o los más impecunes, que ahora se cerraban repentinamente, dejando solo un futuro de somnolientas ciudades provincianas y de interminables partidas de cartas.

Además, estaba la profunda amargura por la catástrofe, el «estigma del 98»[9], «complejo de humillación, de desánimo, de impotencia, de dolor»[10]. Sin duda, había sido una derrota más naval que militar, ya que fue el aniquilamiento de dos escuadras lo que dejó al Ejército cercado en Santiago y en Manila. Asimismo era verdad que, como casi siempre, a título individual oficiales y soldados se habían batido con bizarría, demostrando, por ejemplo, su superioridad en aquella clase de guerra sobre los norteamericanos en Las Guásimas, El Caney o la colina de San Juan.

Pero tampoco se podía negar que no se había sabido acabar de forma decisiva con las insurrecciones mambises entre 1868 y 1878, y entre 1895 y 1898, a pesar de una abrumadora superioridad en medios humanos y materiales.

Por otro lado, en esas campañas habían salido a relucir enormes defectos estructurales, que nunca se habían resuelto. Los mandos no tenían una formación

[5] *Diario del Congreso*, Sesión Extraordinaria de 27 de junio de 1922. Intervención de Rodríguez de Viguri.

[6] Fernando Fernández Bastarreche, «El ejército español en el siglo XIX. Aspectos sociales y económicos», *Revista de Historia Militar,* n.º 50, 1981, págs. 82-83.

[7] Mola, pág. 968.

[8] Romanones (1921), pág. 57.

[9] Fernando Puell, *El soldado desconocido. De la leva a la mili,* Madrid, 1996, pág. 268.

[10] General Kindelán, *Ejército y política,* Madrid, sin fecha, pág. 179.

realista para el tipo de conflicto irregular que se venía practicando desde decenios, y en lugar de ello se les instruía para grandes batallas europeas que nunca llegaron a conocer. Ni siquiera, a pesar de la larga experiencia, se estableció una doctrina coherente[11], que luego tanto se echará en falta: «en nuestra campaña de Cuba teníamos un curso completo […] de donde pudimos haber sacado preciosas enseñanzas para la campaña de Marruecos, [pero] al no haberse hecho un estudio detenido y técnico […] han dejado olvidados [los ejemplos] para la actual generación de oficiales»[12].

En efecto, «parecería lógico y natural prepararse para la [guerra] que llevamos 16 años practicando, [pero] sin que hasta ahora el oficial sin experiencia propia tenga dónde aprender». «En las aulas militares pronto nos familiarizamos con los nombres de Aníbal, Federico, Napoleón y Moltke, pero nuestro sino es muy distinto»; desde hacía un siglo el enemigo real no era el de la teoría, sino «facciosos realistas, carlistas, mambises, insurrectos, harqueños» y los caudillos contrarios «se llamaron Zumalacárregui, Cabrera, Máximo Gómez, Maceo, Aguinaldo, Raisuni y Abd el Krim»[13].

La desidia en tiempos de paz había sido escandalosa. A la hora de salir a campaña se descubrió que no había buenos mapas de Cuba ni de Filipinas, aunque se llevaba centenares de años allí, y que las tropas no estaban aclimatadas, porque apenas salían de las guarniciones. Ya en operaciones, la falsedad y las exageraciones en los partes fueron proverbiales, despertando las iras y la desesperación de los sucesivos capitanes generales. Hubo múltiples y bochornosos casos de corrupción; el soldado estuvo mal vestido, mal alimentado y aún peor atendido[14]… Lamentablemente, en Marruecos se reproducirían muchos de estos problemas, como si las lecciones del pasado no hubiesen servido de nada. Por ejemplo, Cierva[15] se escandalizaría de que «después de siglos de ocupación de las plazas de soberanía, no conocíamos sus alrededores, no se habían levantado planos».

Una fuente adicional de crítica era el sistema de reclutamiento, producto del «egoísmo manifiesto de las élites sociales»[16]. La burguesía, que dominó la escena

[11] Entre las muy pocas obras que se publicaron, a pesar de la larga experiencia, se destacan las de José Luís Chacón, *Guerras irregulares,* Madrid, 1883; Adolfo Jiménez Castellanos, *Sistema para combatir las insurrecciones en Cuba,* Madrid, 1883; y Juan Calero, *Guerras irregulares y de montaña,* Toledo, 1895.

[12] Berenguer, pág. 68.

[13] Virgilio Cabanellas, *Asedio y defensa de Xauen,* Madrid, sin fecha, pero seguramente en torno a 1926, págs. 138-139. La relación hubiese quedado más completa añadiendo independentistas americanos, tagalos, cochinchinos y moros filipinos.

[14] Julio Albi, *Arcabuces, mosquetes y fusiles,* Madrid, 2013, págs. 570-574 para bibliografía que sustenta muchas de estas afirmaciones. Una obra particularmente estremecedora, y elocuente, sin caer en demagogias, es Santiago Ramón y Cajal, *Recuerdos de mi vida,* Madrid, 1923.

[15] Pág. 146.

[16] Albino Feijóo Gómez, *Quintas y protesta social en el siglo XIX,* Madrid, 1966, pág. 480. Para las corruptelas en el mundo de las redenciones y sustituciones, ver págs. 339-388.

política durante prácticamente todo el periodo, para salvaguardar a sus hijos, y con el pretexto de recaudar fondos, mantuvo el doble sistema de la redención a metálico y de la sustitución, mediante el cual, a cambio de un desembolso, que con el tiempo fue disminuyendo, se podía evitar entrar en filas, bien enviando un sustituto, bien pagando una cantidad destinada, en la teoría, que no en la práctica, a contratar a un voluntario.

Así pues, los soldados que combatieron y murieron en los esteros y las selvas procedían de las capas más desfavorecidas de la población que, naturalmente, se resentían de esa injusta discriminación.

Unas frases terribles, pronunciadas en el Senado, muestran el desprestigio en que habían caído los mandos militares: «hay que arrancar de los pechos muchas cruces y hay que subir muchas fajas desde la cintura hasta el cuello»[17].

Es, pues, un ejército vencido, y como tal amargado y blanco de reproches, el que se instala en una España escarmentada de grandes empresas, dominada por una corriente pacifista, sin ambiciones que vayan más allá de sus fronteras. En ese ambiente, «era general la idea de que España podía vivir sin un verdadero ejército»[18], con el agravante de que «los políticos españoles han considerado siempre al ejército como prolongación de la policía»[19].

Se convierte de esa manera en un organismo que para muchos ha perdido su razón de ser, pero que tampoco se puede o se quiere reducir drásticamente, en parte porque «se aplicó toda la política a construir un cuadro amplio de oficiales completamente devotos, al servicio de la monarquía»[20]. Ciertamente, «la identificación del ejército con el rey adquirió realces de intensidades afectivas rara vez superadas»[21], que serían ratificadas por una real orden[22] que permite a Alfonso XIII intervenir «directa y constantemente en cuanto se relaciona con las tropas, así como en la concesión de mandos y ascensos». Señala, también, que «en determinadas ocasiones, nuestro Augusto Soberano se digna honrar a los generales, jefes y oficiales dirigiéndose a ellos directamente», en cuyo caso, se autorizaba a estos a responderle sin intermediarios. Se consagraba así una relación especial entre el monarca y las fuerzas armadas, no siempre deseable.

Esa «identificación» costará eventualmente al régimen un elevado precio político, pero, de momento, el trato de favor que se reserva a las fuerzas armadas tiene un enorme coste económico, reflejado en unos presupuestos desproporcionados, en una época en la que «tenemos desatendida la Sanidad, tenemos desatendida la

[17] *Diario del Senado* de 7 de septiembre de 1898, intervención del conde de las Almenas. Resulta muy sintomático que el agrio debate que dio origen a esas palabras se iniciara por una petición de «un estado de las gracias y condecoraciones» concedidas por las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas (ver el *Diario* de 6 de septiembre).

[18] Romanones, pág. 104.

[19] Mola, pág. 967.

[20] *Diario del Congreso* ya citado. Intervención de Besteiro.

[21] Sánchez de Toca, pág. 117.

[22] De 14 de enero de 1914.

Instrucción Pública, tenemos desatendida las Obras Públicas»[23], y que serán acremente censurados. Lo peor es que la situación, que en este capítulo se contempla desde la perspectiva de Annual, se mantendrá igual durante años.

Romanones tildará los presupuestos de «jeroglífico». En toda su larga experiencia en el Gobierno y en las Cortes, dice, «no recuerdo haberme enterado del contenido del [presupuesto] de la Guerra», adobado, cuando es preciso, con créditos extraordinarios «de una flexibilidad aterradora»[24]. El igualmente poco sospechoso marqués de Viesca coincide: «nuestro presupuesto de la Guerra está presentado en la debida forma para que nadie pueda con su lectura formarse una idea, ni aproximada, de los gastos que implica»[25]. Lo repetirá quejumbrosamente en el Congreso[26], al intervenir sobre la misma materia: «ocurra lo que ocurra, la administración hace siempre lo que tiene a bien, sea con un crédito extraordinario, bien con un suplemento de crédito».

Un titular del departamento lo admitirá sin rodeos[27]: «para que salgan pronto y sin déficits alarmantes, se cercenan los gastos, sin prejuicio de que se vaya luego a los créditos extraordinarios». «No hay más presupuesto que la voluntad de los ministros de la Guerra», afirma un diputado[28], que «disponen a su antojo» de reales órdenes para modificarlos posteriormente.

Será una estrategia que se mantendrá imperturbable, sin que ni siquiera Annual logre alterarla.

Antes de esa catástrofe se calculaba que los presupuestos de Guerra se debatían durante una media de cuatro días en el Congreso y dos en el Senado. Pues bien, cuando se discutían los de 1922-1923, en la segunda de las cámaras un senador exasperado habla de «simulacro» de debate, y precisa el método: «Se declara de urgencia; no hay tiempo para examinar el dictamen; el dictamen se imprime […] y aquí […] no está sino hasta las 12 […] y en la misma tarde se ha de discutir»[29]. Mientras, en la primera de ellas se mantiene que «el presupuesto de Guerra tiene que tener una cifra determinada para que no asuste a la opinión», con el resultado de que «vivimos en perpetua ficción». Como de costumbre, se aprecian «las tribunas completamente vacías y la tribuna de la Prensa con uno o dos periodistas solamente»[30], y el día anterior se había constatado que «la mayor parte de los diputados están ausentes»[31].

Es, pues, ciertamente palpable «la indiferencia, la falta de interés de nuestro Parlamento hacia cuanto se relaciona con la organización militar», y de

[23] *Diario del Senado* de 12 de julio de 1922. Intervención de Galarza.
[24] Págs. 8 y 88-89.
[25] Martínez Campos, pág. 268.
[26] *Diario del Congreso* de 26 de junio de 1922.
[27] Ibíd., de 25 de octubre de 1921. Intervención del vizconde de Eza.
[28] Ibíd., Sesión Ordinaria de 27 de junio de 1922. Intervención de Benítez de Lugo.
[29] *Diario del Senado* de 12 de julio de 1922. Intervención de Gil Casares.
[30] Sesión Extraordinaria de 27 de junio de 1922, ya citada. Intervención de Solano.
[31] *Diario del Congreso*, Sesión Extraordinaria de 26 de junio de 1922. Intervención de Balparda.

las «responsabilidades abrumadoras»[32] por ello de los supuestos representantes populares, la mayoría de los cuales no han dejado la menor constancia de su existencia en los *Diarios de Sesiones* en los que se tocan cuestiones militares. Pero la «pura ficción», de la que también habla Romanones, no estimulaba entrar en profundidad en ese «embrollo de cifras [...] muralla inexpugnable para la fiscalización»[33], que se mantiene deliberadamente oscuro o que se complica con artimañas, como enviar al Congreso un solo ejemplar del presupuesto, para dificultar su examen. Se sabía, además, que, en última instancia, todos los gobiernos manipulaban aquellos gastos. Así, si en 1904 se votaron 204 millones de pesetas para Guerra, en realidad se gastaron, mediante créditos extraordinarios, 326. En 1917, la diferencia fue aún mayor: 293 y casi 417[34], respectivamente.

El problema es que todos esos equilibrios y esas triquiñuelas contables siguen estando dirigidos en gran medida a pagar a los mandos unos sueldos que continúan siendo de subsistencia, inferiores al menos en un tercio a lo que gana personal civil con una cualificación similar[35], y a mantener un Ejército que desde muchos puntos de vista es tan ficticio como sus presupuestos.

Así, para uniformes está prevista solo la mitad de su valor real[36], lo que supuso que los regimientos acumulasen en 1922 un descubierto de 18 millones de pesetas por ese concepto; la tropa es «la peor calzada de Europa, no obstante ser la que más gasta en calzado»[37]; se calcula el coste diario de la estancia hospitalaria en 4,50 pesetas, cuando el mínimo necesario es de 5,50[38]; los 50 céntimos al día que se destinan a la alimentación del soldado resultan insuficientes. «El vestuario, cada día más caro y de peor calidad, ha de aprovecharse aun en forma haraposa [...]; el acuartelamiento, salvo contadas excepciones, es sencillamente detestable; falta comodidad, higiene». El choque de tanta ficción con la realidad solo lleva a un resultado: «recurrir a procedimientos ilegales»[39] para colmar la brecha entre ambas.

De ahí nacerán los denominados «fondos particulares» de los cuerpos. Según unos, admitiendo que eran «ilícitos»[40], en general se administraron correctamente; para otros, a veces se dedicaron a «decorar lujosamente la sala de estandartes»[41]. Su procedencia era variada, pero siempre irregular. Una de las prácticas más frecuentes

---

[32] Romanones, pág. 8.

[33] *Diario del Congreso* de 16 de noviembre de 1922. Intervención de Prieto.

[34] Ibíd., de 28 de junio de 1922, intervención de Barcia.

[35] Cordón comprobaría que por desempeñar en la vida civil «un puesto muy modesto, prácticamente de oficinista», ganaba 500 pesetas al mes, lo mismo que como capitán de Artillería (Antonio Cordón, *Trayectoria,* Barcelona, 1977, págs. 149 y 151).

[36] *Diario del Congreso* de 21 de octubre de 1921. Intervención de Cierva.

[37] Mola, pág. 981.

[38] *Diario del Congreso,* Sesión Extraordinaria de 28 de junio de 1922. Intervención de Olaguer Feliú, ministro de la Guerra.

[39] Excoronel Márquez y J. M. Capo, *Las Juntas Militares de Defensa,* Barcelona, 1923, pág. 189.

[40] Mola, pág. 978.

[41] *Diario del Congreso* de 27 de junio de 1922. Intervención de Rodríguez de Viguri.

era lo que se llamaba el «beneficio» de leña o de pienso o de petróleo. En lugar de percibir las cantidades reglamentarias de esos productos en especie, se solicitaba de Intendencia su valor en metálico. Luego se compraban en el mercado cantidades más reducidas, o se sustituían por otros medios, y lo que sobraba pasaba a engrosar el fondo. Así, en el caso de la leña para la preparación del rancho, la asignación oficial era un kilo por día y hombre. Se cobraba su coste, pero se utilizaba la que se recogía, gratuitamente, en el campo. De esa forma, la unidad obtenía unos ocho céntimos por plaza al día. Lo mismo pasaba con la paja para los jergones, en teoría diez kilos por hombre al mes. Se reemplazaba por la sobrante en las cuadras, o por hierba, pero se percibía su valor íntegro, con lo que se conseguía aproximadamente una peseta mensual por cada soldado[42].

Otro truco consistía en no dar parte de la muerte de un animal hasta finales de mes, de manera que se recibía durante días la ración correspondiente, a pesar de que había dejado de existir. Si se daban licencias particulares a los soldados se obtenía el mismo resultado, ya que se ahorraba el importe de su alimentación.

El cuerpo de Intendencia, naturalmente, era el que ofrecía más oportunidades para manejos irregulares. Era tal su reputación que un testigo cuenta que en una fiesta del patrón de la Caballería, tras entonarse el himno de ese arma, se cantaron los de Infantería, Ingenieros y Artillería. Cuando llegó el turno de Intendencia, entre el general regocijo, se interpretaron dos cuplés. Uno, que empezaba por *Es Diego Montes un famoso bandolero;* otro, por *¡Ladrón!, ¡ladrón!, no mereces otro nombre*[43].

Había tal desconfianza, «un ambiente enorme en los cuerpos»[44], contra la Intendencia, que los regimientos preferían suministrarse por sí mismos, contratando los servicios de proveedores locales. El sistema, si podía ser válido en la península, no lo era tanto si había que llevar los ingredientes para las comidas a primera línea del frente, en Marruecos, donde mostró todas sus deficiencias. Al margen de que las unidades tampoco brillaron en esa labor. Como se comentó en el Congreso, el llamado rancho en frío que se suministraba a la tropa se reducía a «las consabidas sardinas, o el chorizo hecho de carne de burro, a juzgar por su dureza»[45]. Aun así, a fines de 1921, cuando desde hacía años se experimentaban las limitaciones de la fórmula, se mantenían las resistencias de los cuerpos.

La mala fama de la Intendencia se extendía también a los hospitales, que estaban a su cuidado, ya que la sanidad militar se ocupaba exclusivamente de las cuestiones médicas: «es necesario apartar completamente» a la Intendencia de su

[42] Benzo, págs. 191-198 para una descripción del sistema, que llegaba incluso a escala de compañía, escuadrón y batería, que tenían sus respectivos «fondillos particulares». Curiosamente, la propia Intendencia predicaba con el ejemplo, siendo los «fondos particulares» de sus unidades los más elevados.

[43] «Ben-Cho-Shey», *Crónicas de Marruecos,* Barcelona, 1985, pág. 122.

[44] *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921. Intervención de Rodríguez de Viguri.

[45] Ibíd., de 20 de octubre de 1921. Intervención de Solano.

administración, se aseguraba[46], ya que en África demostró la misma ineptitud, por no emplear términos más tajantes, en ese ámbito que había puesto de manifiesto en Cuba y en Filipinas.

Bastará decir de los hospitales que, deliberadamente, para disimular la suciedad, se pintaban las camas «de un color oscuro», y que, con el mismo motivo, aquellas tenían «cubiertas grises», mientras «que para las sábanas y fundas de almohadas se elegía, y es reglamentario, una tela llamada retor, gruesa, amarillenta». La mala calidad de todo ello se justificaba porque al Ejército «sólo venían individuos de las clases humildes»[47]. En diciembre de 1921, los periódicos recogerán, como importante novedad, una disposición de Guerra exigiendo que «todas las ropas de las camas de hospital se laven cuantas veces sean necesarias, sin atenderse al tiempo que hayan estado en uso», y que el retor nuevo, «con el fin de evitar el mal aspecto que presenta», «antes de ser entregado para su uso, se proceda a su remojo y lavado repetido, y a ser posible sea soleado».

Lo peor era que todo ello, además, tenía un coste desorbitado. Como confesó el general Luque a un colega senador[48], «con lo que cuesta un soldado en aquellos hospitales, se les puede traer en camarote de primera, pasar por España en coche de primera, y traerlos al hotel María Cristina de San Sebastián».

Conviene precisar que, al margen de todas estas bien fundadas críticas, a la hora de la verdad y como se verá, las unidades de Intendencia tuvieron en el campo de batalla un comportamiento que nada tuvo que envidiar a otras de más relumbre.

Si la logística era mala, el armamento no resultaba mejor. En los mosquetones, «el acero no es apto para resistir las presiones que la bala P [en punta] produce en su recorrido por el ánima»[49]; «los fusiles, en su mayoría, están descalibrados; las ametralladoras Colt se encasquillan a los primeros disparos [...], no se contaba con reservas de municiones, ni con capacidad de producir suficientes; el ganado no tenía doma, ni sus improvisados conductores experiencia; el menaje de los cuerpos no era adecuado para la guerra de montaña» que se practicaba en África[50].

La penuria alcanzaba todos los aspectos. Solo había en toda la península cinco campos de tiro, con 4.000 hectáreas en total, y de ellos, únicamente en uno podían desplegar más de dos batallones. En cambio, los de Alemania ocupaban 150.000 hectáreas y los de Francia, 50.000[51]. Aunque tampoco era muy grave, porque no había fondos para munición. En teoría, todos los regimientos tenían

---

[46] Intervención ya citada de Rodríguez de Viguri.

[47] *Diario del Senado* de 1 de diciembre de 1921. Intervención de Cierva como ministro de la Guerra. Los calzoncillos y las camisas que se entregaban en los hospitales eran también de retor.

[48] Ibíd., de 23 de noviembre de 1921. Luque diría que la frase se refería a la campaña de Cuba, pero en el debate quedó claro que no era así.

[49] Mola, pág. 1093.

[50] Ibíd., págs. 936-937.

[51] Puell, pág. 237.

que hacer prácticas, pero primero hubo que resignarse a que dispararan los de número impar, y, luego, únicamente la mitad de estos[52].

También la escasez de fondos obligaba a destinar multitud de hombres a funciones auxiliares, no directamente relacionadas con el ejercicio de las armas, los denominados «destinos». Al tiempo, la práctica demasiado extendida de gozar de los servicios de asistentes y de machacantes también distraía personal de filas. La consecuencia era que de los efectivos «hay que descontar en tiempos de paz las dos terceras partes, cuando menos», mientras que en otros países europeos la proporción no pasaba de un quinto[53].

Se trataba, pues, de un Ejército demasiado grande, con excesivo número de mandos, y mal pagados, con una tropa deficientemente alimentada y vestida que se dedicaba en gran parte a funciones no militares, e infradotado en material, ya que el dinero se iba en gastos de personal. Y, sin embargo, todo ello tenía un costo exorbitante. Así, se le comparó desfavorablemente con el Ejército rumano, que, con el mismo número de hombres, costaba una tercera parte, tenían dos tercios menos de oficiales y una artillería más potente, y se calculaba que los 80.000 soldados del español costaban lo mismo que 146.000 en el alemán o 127.000 en el francés[54].

En esas condiciones, resultaba imposible hacer ejercicios o instrucción, con compañías de cuarenta soldados, sin campos de maniobras y sin presupuesto. No quedaba otra cosa que la monótona y embrutecedora vida cuartelera, en la que el principal enemigo a vencer era el tedio, reduciéndose la actividad de las unidades a la seguridad y al mantenimiento de sus alojamientos. Era un caldo de cultivo perfecto para aniquilar ilusiones, y para alimentar la molicie y las pequeñas rencillas.

Mola describe de forma despiadada ambos aspectos. En el primero, «el mando no quiere "discos" y por eso la instrucción del soldado es deficiente, la tropa circula por las calles hecha un verdadero asco, la uniformidad es un mito, las faltas en el servicio no se corrigen, el material se inutiliza sin usarlo»[55].

En el segundo, se generó una «rencorosa antipatía» de los cuerpos facultativos hacia las armas generales, que llegó a alcanzar proporciones «alarmantes» y revestir gran «agresividad», al tiempo que «en lo único que los oficiales de las armas y de los cuerpos han estado de acuerdo es en desprestigiar a sus compañeros de estado mayor». Cita el ejemplo de Logroño, donde había un regimiento de Infantería, otro de Artillería y un tercero de Ingenieros: «los oficiales de unos y otros ni siquiera se trataban»[56].

Se trataba de una combinación explosiva de factores. Una institución sin objetivos, mal vista y peor dotada, rodeada por los reproches o la indiferencia de

[52] *Diario del Congreso* de 28 de junio de 1922. Intervención de Amado.
[53] Mola, pág. 977.
[54] Payne, págs. 86-87.
[55] Mola, pág. 976.
[56] Ibíd., págs. 966-971.

sus conciudadanos. Nada tiene de extraño que se convierta en «compartimento estanco […], despreciando a las clases civiles, que suponía infectadas de antipatriotismo, inmoralidad, materialismo y despego hacia las esencias genuinas nacionales»; «el ejército se recoge en sí mismo, se *desnacionaliza*», produciéndose «un claro divorcio» con el resto de la sociedad[57].

Esa visión «fetichista» de sí mismo como encarnación y depositario único de valores, crea un sentido vidrioso de sus propias convicciones, que le aísla todavía más. Se comprueba en el lamentable incidente del *Cut-Cut*, cuando unos oficiales, ofendidos por un chiste sangrante aparecido en esa publicación barcelonesa, asaltan la redacción y la emprenden a golpes con los periodistas. Hubo gran escándalo y, para precaver tanto futuras ofensas como nuevas represalias, el Gobierno cede a la presión castrense y publica la llamada Ley de Jurisdicciones, de 20 de marzo de 1906, que reserva a los tribunales militares los delitos «contra la Patria y el ejército», como si solo este pudiera entender de la defensa de aquella. Se ha juzgado la medida como un «golpe de estado», que «expidió al ejército patente de fuerza política»[58]. Fue, indiscutiblemente, el principio de un «lento proceso de desplazamiento de las instituciones civiles por el estamento militar»[59], que culminaría en la Dictadura de Primo de Rivera.

El paulatino distanciamiento se acentúa con la campaña de África de 1909, cuyos oscuros orígenes ya se han comentado –no fue Besteiro el único que pensó que «se inventó la guerra de Marruecos para dar una justificación a la existencia de ese ejército»[60]– y que, a costa de demasiadas vidas, reveló ineptitudes notables. Tanto Kindelán como Puell han visto en ella un punto de inflexión, que «convirtió a los oficiales en un cuerpo cerrado, automarginado de la realidad del país»[61].

La Ley de 1912

Si las operaciones en África devolvían a las fuerzas armadas una misión que cumplir, sembraron, en cambio, la alarma en el resto del país, que veía a sus hijos marchar, una vez más, a la temida «tierra de moros».

La perspectiva hacía del servicio militar algo menos deseable que nunca. Sobre todo, porque con excepciones muy concretas, había sido visto tradicionalmente con horror. En efecto, «data de muy antiguo el desafecto de las clases humildes de nuestra sociedad hacia los organismos armados»[62], entre otras cosas, porque eran ellas solas las que los sufrían, como se ha dicho.

---

[57] Kindelán, págs. 181 y 186, respectivamente.

[58] Melchor Fernández Almagro, *Historia del reinado de don Alfonso XIII,* Madrid, 1934, págs. 88 y 290, respectivamente.

[59] Carlos Seco Serrano, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea,* Madrid, 1984, pág. 316.

[60] Intervención en el Congreso el 27 de junio de 1922, ya citada.

[61] Puell, pág. 271.

[62] Mola, pág. 941. Significativamente, el título del epígrafe que contiene esta valoración se titula «La hostilidad del elemento civil hacia las instituciones militares».

Se trataba, por otra parte, de un sentimiento que todavía en el primer cuarto del siglo xx estaba justificado. Por ejemplo, mientras que en España morían 15 de cada 1.000 soldados hospitalizados, la cifra se reducía en Alemania a uno, y durante el servicio quedaban inútiles dos veces y media más de hombres que en Francia o en Italia. Cada año 5.000 tenían esa desgracia, mientras que 1.000 fallecían en filas[63].

Nada mejor que releer a Barado, un incondicional del Ejército, para obtener una visión demoledora de lo que eran aquellos cuarteles lúgubres y malsanos, y la vida en ellos de la tropa[64]. En cuanto a la comida, preparada en deplorables condiciones de higiene, pobre en proteínas y monótona –patatas, judías y garbanzos, con muy poca carne–, resultaba insuficiente para unos mozos que no habían terminado la etapa de crecimiento[65], aunque, posiblemente, «por medianas que fueran las condiciones en que vivían en el ejército, eran mejores que las de su pueblo»[66].

Desde luego, la población estaba ansiosa por evitarse tan poco atractivo, sino agravado ahora con la perspectiva de operaciones marroquíes. Con el objeto de dar satisfacción a los que por su situación económica pudieran permitirse ese lujo, el 29 de enero de 1912 se promulgó la Ley de Reclutamiento y Reemplazo[67], al tiempo que para evitar bajas de quintos que, como había demostrado la Semana Trágica, tenían un elevado coste político se dictaron varias disposiciones orientadas a atraer voluntarios.

Según los términos de la primera, mediante un desembolso de 2.000 o 1.000 pesetas[68], un mozo compraba la reducción de su periodo de servicio militar a cinco o diez meses, respectivamente, a la vez que se le concedía el derecho de escoger cuerpo, lo que provocó un aluvión de súbitas aficiones a la Intendencia y a la Sanidad, consideradas menos arriesgadas que otras armas y cuerpos. El beneficiario debía costearse su propio equipo y su alimentación, ya que el Estado no le daba ni «haber ni pan»; no pernoctaba en el cuartel, y tampoco hacía servicios mecánicos, los menos apetecidos. Venía obligado a incorporarse a filas en caso de movilización[69].

Los afortunados que podían acceder a esos privilegios fueron designados como «cuotas». La teoría, como había sucedido con la sustitución y la redención era aportar fondos a las arcas estatales, pero el fin último de la norma residía en la

[63] Puell, pág. 229.

[64] Francisco Barado, *Nuestros soldados,* Barcelona, 1909, pássim.

[65] José Luis Isabel Sánchez, «El rancho nuestro de cada día», en *Revista de Historia Militar,* n.º 77, 1994, págs. 107-154.

[66] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo, Bucarest,* 1961, vol. I, pág. 99.

[67] La Ley de bases, de 29 de junio de 1911, se publicó en *La Gaceta de Madrid* del día siguiente, y el articulado, de 19 de enero de 1912, en la del 21 de enero, apareciendo una versión corregida en la del 29.

[68] La propuesta inicial del Congreso, rebajada en el Senado, había sido de 3.000 y 1.500, respectivamente.

[69] Capítulo XX del texto legal.

convicción de que «sería inhumano» que «a aquellos que están acostumbrados a vivir en otras condiciones»[70] tuvieran que enfrentarse a los rigores del cuartel, por no hablar de las balas rifeñas.

Tuvo tanto éxito la propuesta que si en 1912 se adhirieron a ella 6.599 mozos, en 1920 eran ya 16.242. No obstante, su principal resultado fue exacerbar, con razón, el «odio al injusto sistema de reclutamiento»[71], tan atrasado para los tiempos que corrían. Por ejemplo, cuando Francia mantenía ese tipo de «cuotas», en España subsistía la aún más irritante redención; cuando Francia lo suprime, España lo introduce[72].

La ley incluía, también, un catálogo de hasta 248 inutilidades físicas, lo que daba generoso margen a los jóvenes impecunes pero dotados de influencias para amañar certificados médicos.

En cuanto a los voluntarios, se les ofrecían 730 pesetas a lo largo de cuatro años por el primer enganche, menos de una peseta diaria, lo que resultaba absolutamente insuficiente. Tanto, que los 10.000 hombres que se pensaba reclutar en 1912 se vieron reducidos a 1.598, todos los cuales, menos 477, ya estaban en filas. Como consecuencia de ello, «la recluta de voluntarios peninsulares […] resultó ser un fracaso completo»[73]. Los sufridos quintos siguieron formando la masa de las fuerzas armadas.

Para la mayoría de los españoles, pues, todo siguió igual: «nutríase, y se sigue nutriendo, el ejército español en sus soldados por mozos del campo, arrancados a sus casas con tanta violencia que el sorteo de quintas es casi la directriz de toda la vida de un individuo, cuya marcha al servicio militar se considera como definitiva desgracia de una casa»[74]. Por otro lado, debido a que se pensaba que por estar «reclutado en las clases humildes de la sociedad» apenas tenía necesidades[75] y a que los presupuestos eran exiguos, apenas se tomaban medidas para mejorar su triste suerte.

«Caer soldado» era, por tanto un drama, que podía costar la vida o la salud, más debido a la temida «podredumbre hospitalaria» que a la actividad del enemigo, lo que contribuye a explicar «la repulsión, el temor que todo ciudadano español siente a ingresar en filas»[76]. Si no les tocaba África, tres años de ocio embrutecedor en el cuartel inutilizaban en muchas ocasiones a los hombres, más de una cuarta parte de ellos analfabetos[77], para volver al trabajo.

---

[70] Romanones, pág. 141.
[71] Feijóo, pág. 298.
[72] *Diario del Congreso*, Sesión Extraordinaria de 26 de junio de 1922. Intervención de Aunós.
[73] Hemos seguido a Alberto Bru Sánchez-Fortún, «El debate sobre el ejército colonial en España, 1909-1914», en *Revista de Historia Militar,* n.º 112, 2012.
[74] Arauz de Robles, pág. 172.
[75] *Diario del Congreso* de 9 de noviembre de 1921. Intervención de Cierva.
[76] Intervención de Aunós, ya citada.
[77] Feijóo, pág. 298.

La Infantería, no obstante ser el arma esencial para el combate en Marruecos, ocupaba el peldaño más bajo en la escala, reuniendo, lo dijo con pésimo estilo un general, «el desecho» del contingente. Los demás cuerpos y armas elegían primero a los mozos «y el que no tiene estatura, ése va a infantería». Dentro de ella, «el más listo va de ordenanza, y al que sabe escribir, se le elige para escribiente etc.»; «el resto de los restos» entraba en las filas de las unidades[78].

Era un crimen hablar así, y tratar de esa manera a un tipo de hombre que incluso Lyautey describió como «soldado valiente y resistente». Pero, en opinión del mariscal, tenía la desgracia de estar encuadrado «en un ejército mandado a todos los niveles contra el sentido común, desprovisto de toda organización, verdaderamente en estado de delicuescencia»[79]. Incluso alguien tan lleno de prejuicios contra España como Sheean describe a sus soldados como «valerosos, incluso heroicos», al tiempo que critica abiertamente a los mandos[80].

La campaña de 1909 tuvo otra consecuencia adicional, e igualmente grave, además de las modificaciones en el reclutamiento.

Sirvió de pretexto al general Luque, en su calidad de titular del departamento, para resucitar el sistema de desaforadas recompensas que había primado el siglo anterior, y al que se había puesto término tras los excesos perpetrados durante las últimas campañas ultramarinas: «se distinguió entre todos los ministros de la Guerra en la profusión de ascensos y recompensas por la campaña de Marruecos, que no justificaba tal prodigalidad»[81]. De esa manera, por el combate del Barranco del Lobo, un episodio olvidable, se concedieron 63 ascensos[82], y se habló de hasta 100.000 condecoraciones repartidas, cifra que parece muy exagerada y que, en todo caso, incluiría medallas «conmemorativas» a todos los participantes, de cerca o de lejos, en las operaciones. Al parecer, desde 1909 a 1921 hubo un total de 72 ascensos a general por operaciones en África.

Se actuó así, al igual que se había hecho durante años del XIX, partiendo del «equivocado punto de vista, tradicional en nuestro ejército, de considerar el ascenso por méritos de guerra más como premio a los riesgos y penalidades sufridos que como reconocimiento de la capacidad profesional demostrada»[83].

Abierta ya la espita de los favores, se premió a «nulidades bien apellidadas»[84], «a la camarilla y los familiares»[85]. Las recompensas, se ha afirmado exagerando[86], «eran como las actas que abren las puertas del Congreso, distribuidas por el padrinazgo y

[78] *Diario del Senado* de 2 de diciembre de 1921. Intervención del general Villalba.
[79] Lyautey, págs. 271-272. «Nota de conjunto», de 20 de diciembre de 1924.
[80] Vincent Sheean, *An American Among the Rffi,* Nueva York, 1926, pág. 162. En las págs. 317, 318 y 320 alaba la tenacidad de los españoles en la defensa.
[81] Cierva, pág. 183.
[82] Bru Sánchez-Fortún, pág. 70.
[83] Benzo, pág. 47.
[84] Hernández Mir, pág. 111.
[85] *Diario del Congreso* de 23 de noviembre de 1922. Intervención de Martínez Campos.
[86] Gómez Hidalgo, pág. 120.

la intriga [...] Asistiendo a la tertulia de un general [...] se entraba antes en el generalato que conquistando cien victorias». Se vuelve así al viejo sistema, en el que «los excesivos ascensos por méritos de guerra o políticos contribuían a destacar oficiales de carreras fulgurantes frente a otros con menos suerte o relaciones»[87].

Un ejemplo anecdótico de esta desbordante generosidad sería el de Jiménez Arroyo, que en sus tiempos de ayudante del capitán general[88] de Melilla obtuvo dos cruces rojas al Mérito militar en solo tres semanas. Pronto se verá, sin embargo, que a la hora de la verdad, en los días de Annual exhibirá una conducta hasta tal punto deleznable que le costó una condena, impuesta por tribunal militar.

Como es natural, tamaña prodigalidad, administrada con tanto favoritismo, ese «caciquismo militar»[89], provocó una reacción de los no favorecidos, que constituían la mayoría y que propugnan «un sistema muy español: el de eliminar los vicios suprimiendo las instituciones»[90]. El descontento tomaría una forma desdichada, que llegó a amenazar la estabilidad misma del régimen.

Las Juntas de Defensa

Que los mandos de un cuerpo militar se asociaran no era un fenómeno nuevo. De hecho, existían ya Juntas de Artillería, Ingenieros y Estado Mayor. No obstante, se habían abstenido de interferir en absoluto en la labor del Gobierno, dedicándose en exclusiva a asuntos puramente internos. Lo que sucedía es que entre ellos figuraba, con carácter prioritario, el mantenimiento de la sacrosanta escala cerrada, y eso era justamente lo que les envidiaban las armas generales, como medio de protección ante las arbitrariedades del poder.

La situación cambia de cariz cuando la Caballería y, en especial la Infantería, con sus numerosísimos cuadros, se suman al movimiento asociacionista, imprimiéndole un giro nuevo. La decisión partió de una cuestión de poca monta. Luque, que seguía como ministro de la Guerra, al objeto de subsanar deficiencias apreciadas en África, estableció que los mandos superasen una pequeña prueba de aptitud, dirigiendo las evoluciones de un batallón, a fin de valorar sus condiciones para el ascenso. En Barcelona tres jefes de Infantería la realizaron, ante la rechifla de algunos curiosos, pero tomaron el examen como una ofensa a su honor; los artilleros y los ingenieros directamente se negaron. Se suscitó entre los primeros una sensación de indefensión, que, compartida por muchos compañeros, llevó a una serie de reuniones que culminaron en la fundación de la «Unión y Junta de Defensa» de Infantería en la Ciudad Condal.

---

[87] Mas Chao, pág. 52.

[88] En aquella época, 1912, ese era el título de quien después será comandante general.

[89] *Diario del Congreso* de 17 de noviembre de 1921. Intervención de Crespo de Lara.

[90] Ibíd., de 18 de noviembre de 1921. Intervención de Yanguas.

Cuenta Romanones[91], por aquel entonces presidente del Gobierno, que en una fecha que no concreta de 1916, el rey le dio las primeras noticias de la formación de la Junta, que se proponía «dejar de lado el generalato, pues le hacían responsable de las injusticias cometidas en ascensos y recompensas, juzgándole además incapaz de acometer el urgente problema del saneamiento y de la reorganización de la fuerza armada». Consciente del peligro que entrañaba, Alfonso XIII se mostró, entonces, «acérrimo enemigo» de esa iniciativa. Romanones informó de la novedad a Luque, instruyéndole para que acabara con la anomalía. Así lo hizo, dando las órdenes correspondientes a Alfau, capitán general de Cataluña. Todo indica que este ya conocía de antemano la existencia de la Junta, y no había informado de ello ni hecho nada al respecto, quizás por parecerle inofensiva o por pensar en aprovecharse de ella. Ahora, aunque con reticencias, contestó que había cumplido lo mandado, y que había sido disuelta.

Sobreviene por esas fechas –abril de 1917– una crisis ministerial, entrando en el poder García Prieto, con el general Aguilera como titular de la cartera de Guerra.

Pronto se vio que Alfau o no había dicho la verdad, o había sido engañado. No solo pervivía la Junta de Barcelona, sino que realizó tal labor proselitista que a fines de enero de ese año se habían organizado otras similares en casi toda España. Además, había creado una red de contactos privilegiados, que incluían hasta un ayudante del ministro, con quien representantes de los junteros se reunieron en la casa de una proxeneta llamada Nuguette, «excelente matrona, de un rubio procedente de laboratorio»[92]. Eventualmente, se creará toda una estructura, a base de Juntas locales y regionales, culminada por la Junta Superior, verdadero órgano de gobierno[93], y contará con su propio órgano de prensa, *La Correspondencia Militar,* torvo periódico en la época, lleno de suspicacias y de prepotencias, dirigido por Julio Amado, que había sido oficial y sería diputado.

Esa especie de sindicalismo militar[94], como se le ha denominado, aunque la calificación puede ser discutible, suponía un ataque frontal contra los principios esenciales de la institución. Se excluían de él expresamente a los generales, a los que se consideraba clase aparte, corrompida, igual que la política, por el poder. Por cierto, una consecuencia de ello, que apunta Boyd[95], será «el eclipse de los generales políticos», ya que dejaron de controlar el Ejército a partir de entonces.

El sistema juntero, además, funcionaba de acuerdo con el principio de «un hombre, un voto», con lo cual, dos alféreces recién salidos de la academia contaban más que un coronel cerca del ascenso; sus deliberaciones eran secretas y poseía mecanismos de coerción contra quienes no respetaran su «disciplina». Se

[91] Págs. 131-142.
[92] Márquez, pág. 26.
[93] Ana Isabel Alonso Ibáñez, *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922),* Madrid, 2004, págs. 96-115. Es obra imprescindible para esta materia.
[94] «Partido militar», lo llaman Maura y Fernández Almagro (pág. 303).
[95] Pág. 93.

subvertía, pues, toda la escala de mando, al tiempo que, de hecho, se ponía el Ejército en manos de las Juntas, como su fundador admitía sin rubor alguno: «el arma de infantería buscaba con su organización emanciparse de las autoridades naturales, el ministro de la Guerra. No se acataban en la marcha del ejército más órdenes que las de las Juntas»[96]. Es muy posible, no obstante, que en aquellos momentos «ellos mismos no habrían sabido decir a dónde iban y no querían entonces llegar hasta donde llegaron»[97], que fue a convertirse en interlocutores directos de los sucesivos gobiernos, de poder a poder, una permanente espada de Damocles que, por primera vez, no estaba en manos de los generales.

Hay que mencionar que las últimas Juntas en formarse fueron las de Madrid y Marruecos. En la capital, el retraso se debió a que era un destino para privilegiados, y en África, a que muchos de los oficiales allí destacados eran fervientes partidarios de los ascensos por méritos de guerra. En principio, pues, y por distintos motivos, las guarniciones en ambos lugares no eran proclives a la escala cerrada.

El nuevo ministro, radicalmente contrario al singular asociacionismo[98], llegó dispuesto a acabar con él, y manda al capitán general que convoque a Márquez y le conmine a suprimir la Junta, amenazándole, en caso contrario, con someterle a juicio sumarísimo. En un encuentro el 26 de mayo, el coronel se revuelve, y en la madrugada del día siguiente es arrestado y enviado con el resto de la directiva a Montjuich, pendiente de juicio. También el 27, Alfau fue relevado por su tibia actitud, siendo sustituido por Marina. Prueba del engreimiento de los junteros, aún en fecha tan temprana, es que los pertenecientes a las guarniciones por donde había de pasar el tren en el que iba a incorporarse el nuevo capitán general preguntaran a Barcelona si había que arrestarlo.

Romanones, desde su rencor al rey, afirma que este «tenía verdadera obsesión contra las juntas», que Aguilera fue su «instrumento dócil», y que actuó siguiendo sus órdenes. Parece más probable que en la cuestión de las Juntas, como en otras, Alfonso XIII jugara un ambiguo y cambiante papel, un «doble juego»[99], a tenor de la evolución de los acontecimientos y de las relaciones de poder.

Sea como fuere, la reacción ante los arrestos, y otros similares que se produjeron en distintas guarniciones, fue brutal. Se constituyó una Junta eventual, que sustituye a la detenida, y que emite el 1 de junio un manifiesto, que el conde califica del «documento más interesante de toda nuestra Historia contemporánea», no siendo, con mucho, el único que destaca su trascendencia. Uno de ellos será Marañón[100], que con su habitual lucidez sitúa en ese momento «el comienzo de la etapa final del régimen monárquico. A partir de entonces, el ritmo de la vida

[96] Márquez, págs. 24-25.
[97] Alcalá-Zamora, pág. 178.
[98] Francisco Alía Miranda, *Duelo de sables,* Madrid, 2006, págs. 93-103 para las relaciones de Aguilera con las Juntas.
[99] En palabras del muy antialfonsino Fernández Almagro, pág. 291.
[100] En su prólogo al libro de Benzo, pág. 16.

pública española adquiere esa capacidad monstruosa de devorar sucesos, gobiernos, reputaciones e individualidades».

Casi es innecesario decir que *La Correspondencia Militar,* que el 29 de mayo hablaba de «la gran familia militar […] no sólo abandonada, sino en cierto modo acosada y perseguida, moral y materialmente», se extasió ante el texto, «el más grandioso, tal vez, de los de la época contemporánea […] punto de partida de la regeneración de la Patria, el prólogo de la dignificación de España», aplaudiendo «la elevación de miras, la corrección jamás superada y la seriedad […] de la oficialidad toda»[101]. Desde una perspectiva muy distinta, *El Imparcial,* que el 1 de junio había titulado de forma triunfal, «Las Juntas, disueltas», se verá obligado a rectificar apresuradamente.

El manifiesto contenía un ultimátum, exigiendo la liberación de los arrestados en un plazo de doce horas; anunciaba que «el arma de infantería […] sólo obedece, exclusivamente, en la actualidad, a esta Junta», y que lo mismo sucedía en Caballería y en Artillería; critica el favoritismo que domina en la institución militar, lo que equivalía a plantear la generalización de la escala cerrada; alude a la necesidad de regeneración nacional y «expone respetuosamente, por última vez, su deseo de permanecer en la disciplina». Es muy sintomático que la primera parte del texto mencionara «las injustas inculpaciones» y la «honra profesional mancillada» del Ejército por la derrota de Cuba y Filipinas. El recuerdo del 98 seguía muy vivo.

El propio Márquez reconoce que aquello, «sin constituir un pronunciamiento, podía constituirse un acto próximo a la rebeldía», y que era un «acto de sedición» por el que, según la ley, «debían ser unos fusilados y otros condenados a cadena perpetua»[102]. Quedará impune, no obstante. El Gobierno se tambalea, cuando se comprueba que Marina no cuenta con el apoyo de la guarnición de la Ciudad Condal para enfrentarse a los junteros. Alarmado, Alfonso XIII manda enviados a Barcelona. Pocas horas después, se libera a los encastillados. Márquez se dio la satisfacción de comentar en voz alta, refiriéndose al rey: «él no nos pone en libertad, nos ponemos nosotros. Puede dar las gracias que le dejemos en Madrid»[103]. El gabinete, desbordado por los acontecimientos, para salvar la cara fingió que se había puesto a la cabeza de ellos[104].

Seguramente no es casualidad que el mismo 1 de junio, se publique un real decreto de 30 de mayo[105] en cuya exposición de motivos se fustiga «la perniciosa influencia de la recomendación» y «el desdoro de tener que valerse» de ella, al

---

[101] *La Correspondencia Militar* de 29 de mayo y de 6 de junio de 1917. En los periódicos, cuando no se menciona la página, la referencia se encuentra en la primera.

[102] Márquez, págs. 35 y 40, respectivamente. En págs. 178-180 publica el texto del manifiesto.

[103] Ibíd., pág. 38.

[104] Ver, por ejemplo, en *El Imparcial* de los días 1, 2 y 3 de junio la versión edulcorada que trascendió de los hechos.

[105] *La Gaceta de Madrid* de 1 de junio de 1917.

tiempo que se ensalza «la mayor antigüedad» y se establece un mecanismo para proveer los destinos «de forma metódica y casi automática». Más tarde[106], se incrementará en veinticinco céntimos en la península y en quince, en Marruecos, el presupuesto diario para la alimentación del soldado, y el 3 de julio[107] se modificará la estructura de la casa militar del rey, admitiendo en ella, en calidad de ayudantes de órdenes, a tenientes coroneles y a comandantes, con lo que se da entrada en la camarilla regia, otra de las bestias negras de las Juntas, a unos empleos hasta entonces excluidos de ella.

Aguilera, desautorizado por todo lo sucedido, dimite, arrastrando con él a todo el gabinete, que ha durado poco más de dos meses. Más tarde concretará en una carta abierta[108] que «la causa principal de la caída de aquel gobierno fue nuestra resistencia a la aprobación íntegra y completa del reglamento propuesto por la Junta».

Dato es nombrado presidente del nuevo Gobierno, en el que figura Fernando Primo de Rivera como titular de Guerra, y que al día siguiente de instalarse, el 12 de junio, aprueba justamente ese reglamento que había sido uno de los motivos de la caída de Aguilera.

Ganan así las Juntas su primer pulso al ejecutivo. Con el triunfo, se crecen aun más, mientras que la posición del rey que, aunque seguía siendo opuesto a ellas, «no quería enajenarse las simpatías del ejército […] hacía más difícil la situación»[109]. Así, recibió, a espaldas del ejecutivo, a dos de sus emisarios, a los que, al parecer, dijo que «se sintió verdaderamente atraído»[110] hacia el movimiento.

De ser cierta esa afirmación, Alfonso XIII distaba mucho de ser el único que pensaba así. Al menos inicialmente, la opinión pública, creyendo ver en el fenómeno juntero una salida al marasmo en el que vivía el país, lo acogió con grandes esperanzas, igual que hizo la mayoría de los militares, incluidos muchos y distinguidos africanistas.

Ortega hablaría al respecto, en un conocido artículo, de «desusada y misteriosa simpatía» del «pueblo entero». Añadió, no obstante, que lo sucedido era «mucho más grave que una revolución», ya que desestabilizaba el sistema entero, pero sin sustituirlo por otro: «hace una semana que la forma de gobierno ha cambiado en España. El poder eficiente reside en las juntas de defensa del arma de infantería». Es lamentable, sin embargo, que en un trabajo posterior afirmara que «de esa intervención política […] brotarán la flor y la semilla de futura [España]»,

---

[106] Ibíd., de 2 de julio de 1917.
[107] Ibíd., de 4 de julio de 1917, publicando la disposición, del 3.
[108] Ver *ABC* de 29 de diciembre de 1917, págs. 8-10, para un extraordinario intercambio epistolar entre Márquez y Aguilera, con el coronel pidiendo al general que rectifique sus «apreciaciones».
[109] Romanones, pág. 132.
[110] Márquez, nota en pág. 41.

y que calificara aquello del «hecho más glorioso, más saludable, más original, más europeo que la España de los últimos cien años puede presentar al mundo»[111].

Súbitamente, Márquez se ve investido de un poder inusitado –se le llegó a llamar, medio en broma, medio en serio, Benito I–, lo que no hace sino reflejar la profunda debilidad intrínseca de un sistema que se muestra incapaz de hacer frente al desafío.

Contribuyó a reforzar su posición que en los próximos meses el Gobierno tuvo que atender, como se ha visto en el capítulo anterior, las dos graves crisis generadas por la Asamblea Parlamentaria y por la huelga general, lo que le obligó a transigir con la tercera, la castrense, ya que para afrontarlas necesitaba a las fuerzas armadas.

Respecto a la primera, su principal organizador, Cambó, «buscó el apoyo de los militares»[112], almorzando a esos efectos con Márquez, al que remitió una carta. En ella, comienza por reconocer un hecho indiscutible: «el pueblo español, con sorprendente unanimidad, aplaudió las declaraciones del ejército». Buscando complicidades, señala que «la situación actual de Cataluña tiene gran parecido con la situación que se ha creado al ejército desde el día 1 de junio», obviando que eran precisamente los militares quienes la habían creado.

Luego, a fin de disipar recelos, añade que «Cataluña no es, ni puede ser, separatista [...] No sólo hemos de repudiar, como repudiamos los catalanes todo propósito de separación material, sino que el simple divorcio de Cataluña con el resto de España es ya un daño considerable y un intento suicida». Lo único que busca es «libertar a España de un sistema político» anquilosado, para lo que pide la comprensión de los militares. Las Juntas no escucharon el llamamiento, que, al margen de su visceral desconfianza hacia los regionalismos, consideran una maniobra más de la clase política a la que tanto desprecian, frustrando los planes de contar con ellas, reduciéndose de esa manera el alcance de la Asamblea.

Al poco, se produce la huelga general, precedida de instrucciones de los organizadores orientadas a evitar enfrentamientos con el Ejército. Este, sin embargo, también rechaza alinearse con ellos. En palabras del cáustico Fernández Almagro, «dijérase que el ejército se había alzado con el monopolio de la subversión», ya que «el precedente de rebeldía establecido por los militares no los desarmó ante los obreros»[113]. Al contrario, actúan con dureza, obedeciendo las órdenes del Gobierno, produciéndose más de setenta muertos y heridos, entre ambos lados. Una de las unidades que actúa es, justamente, el regimiento Vergara, que manda Márquez. Simultáneamente, en Asturias se distingue el general Burguete, por la implacable represión que ejerce contra los mineros, a los que compara con «alimañas». Volverá a aparecer en estas páginas.

[111] Artículos en *El Imparcial,* de 13 de junio, en el que habla de «la España invertebrada», y en *El Sol,* de 9 de diciembre de 1917, respectivamente.
[112] Márquez, pág. 46. El texto de la carta de Cambó, en págs. 184-187.
[113] Fernández Almagro, págs. 312 y 332.

Para entonces, Márquez roza el pináculo de su gloria. Descrito como «bien intencionado, aunque abúlico y de inteligencia poco cultivada»[114], «hombre vulgar, pero un gran organizador y un ambicioso»[115], o, directamente, «hombre funesto»[116], «fue en un momento árbitro de los destinos de España, pero no tenía grandeza ni capacidad para tan alto puesto ni tan extraordinaria misión»[117]. El mismo Romanones le habría dicho: «Vd. ha tenido a España en sus manos»[118].

Desde luego, actuó como si ese fuera el caso. Con motivo de la Asamblea de parlamentarios, sus gentes distribuyeron un manifiesto[119] expresando la necesidad de un cambio radical en el país, pero puntualizando que «no poseemos ni preparación ni condiciones para ser quienes lo conduzcamos [...] la Unión ni quiere, ni puede, ni debe convertirse en instrumento de gobierno». Se erigía así en guardián de unas pretendidas esencias patrias –son frecuentes las alusiones a «la raza»– y de su imprescindible regeneración. Las Juntas, «indecisas, situadas cual esfinges en la encrucijada de diferentes senderos» asumen, por tanto, la cómoda postura de un «poder oculto e irresponsable»[120]. Lo ejercen con tal descaro que llevarán a Maura a lanzar, exasperado, una de sus frases célebres: «que gobiernen los que no dejan gobernar», hastiado de aquellos que, probablemente «hacían política como aquel del cuento hacía prosa, sin saberlo»[121].

Dentro de esa lógica, el coronel se permite enviar al rey un mensaje, poco antes del comienzo de la huelga. Partiendo de «la comunidad de agravios, necesidades y aspiraciones que existe entre el ejército y la nación», le pide que encabece la transformación del sistema; le sugiere incluso una lista, con nombres y apellidos, del Gobierno que debería nombrar, y propone la convocatoria de Cortes Constituyentes, advirtiéndole: «las consecuencias de no acertar con la solución sería probablemente la pérdida de la corona, de la dinastía». Alfonso XIII no quiso recibir al emisario, lo que Márquez tomó como «acto de despótico poder» y un «desprecio a la voluntad del ejército»[122].

Posteriormente, le mandaría otro texto, insistiendo en las mismas ideas, y dándole un plazo de 72 horas para aceptarlo[123]. Entre uno y otro, las Juntas tienen tiempo para pedir que varios generales que no son de su gusto sean residenciados. Entre ellos, se menciona a Luque, Alfau, Aguilera y al propio ministro de la Guerra.

La situación era absolutamente insostenible. Es el momento de Cierva que, por su fama de persona decidida y que no para en barras, es bienquisto de parte de los

[114] Mola, pág. 1011. Dedica dos capítulos, págs. 997-1021, al tema de las Juntas.
[115] Romanones, pág. 132.
[116] *Diario del Senado* de 6 de diciembre de 1921. Intervención del conde de Villamonte.
[117] Cierva, pág. 192.
[118] Márquez, pág. 156.
[119] Ibíd., págs. 188-195 para el texto.
[120] Sánchez de Toca, págs. 28 y 43.
[121] Benzo, pág. 26.
[122] Márquez, pág. 66. El texto del mensaje, en págs. 204-208.
[123] Ibíd., págs. 216-223 para el texto.

junteros, aunque no de Márquez. Su versión de lo que sucedió difiere de la que aporta el coronel, pero el resultado fue que representantes de las Juntas se reúnen con Alfonso XIII, y «naturalmente, el rey, a quien se le ofrecía unánimemente fidelidad por el ejército, no podía rechazarla de plano, so pena de abandonar el trono»[124].

Tenía, además, necesidad acuciante de nombrar un gabinete, ya que la continuación de Dato, enfrentado a gran parte de la opinión, y a las fuerzas armadas por las órdenes drásticas que les había dictado para poner fin a la huelga, resultaba imposible. En octubre presenta su dimisión, que ha sido precedida por la de Primo.

Pensó en Sánchez de Toca para dirigirlo. Pero se trataba de un enemigo jurado del movimiento juntero. Como escribió, consideraba que «el reinado actual queda definitivamente demarcado en estos dos periodos: antes y después del 1 de junio de 1917». Estimaba, prosigue, que en esa fecha se había abierto «un periodo de pesadilla», con «el general hundimiento de las cimentaciones de nuestro régimen» tras el «golpe de estado oculto» que había provocado «un desmandamiento» general[125]. Con esas ideas, estaba condenado a ser vetado por los militares, como lo fue.

Al fin, las Juntas «confeccionaron el gabinete García Prieto, que se denominó "Alma de Dios" por la pobreza intelectual de sus componentes»[126]. Vuelve, pues, este a ponerse, en noviembre, al frente de un ejecutivo que nace así mediatizado –«el poder civil había dejado paso, prácticamente, al poder militar»[127]–, con el primero de los gobiernos llamados de concentración. Cierva, impuesto por el Ejército, ocupa el departamento de la Guerra.

La Ley de 1918

Pronto se demostró que la elección que habían hecho de él para ministro fue acertada, desde su perspectiva. Este, por su parte, explotó la circunstancia de ser el único político que aceptaban las Juntas, tras el tajante rechazo de Maura[128] a la invitación que le habían formulado, lo que le daba una gran capacidad de maniobra, que utilizó para consolidar su posición. A cambio, se erigió en defensor de las mismas, manteniendo un vivo debate con Sánchez de Toca, que le propinó el apelativo de «dictador al dictado», y realizó una serie de concesiones que, a la larga, acabarían corrompiendo el movimiento juntero, pero que a corto plazo le favorecieron. Por el camino, se deshizo de Márquez. Defenestrado por sus propios compañeros, expulsado del Ejército, daría con sus huesos en Cuba.

[124] Romanones, pág. 186.
[125] Sánchez de Toca, págs. 7-28.
[126] Márquez, pág. 75.
[127] Seco (1984), pág. 274.
[128] Maura y Fernández Almagro, págs. 303-305 y 486 y ss. para ese episodio.

Con su caída, producida a principios de 1918, como apunta Alonso Ibáñez comienza una «distorsión»[129] del fenómeno juntero, que, olvidando su regeneracionismo inicial, evoluciona hacia posiciones cada vez más garbanceras y pancistas, enajenándose todo el apoyo popular que originalmente tuvo, y una parte creciente del militar. Al final, las Juntas acabarán siendo vistas solo como las defensoras «de burócratas y emboscados»[130], «el alcaloide de los jugadores de dominó de los cuartos de banderas»[131].

El muy sólido semanario *España,* órgano de la intelectualidad de la época, en un enjundioso artículo titulado «Proceso del militarismo en España», recogerá el desencanto generado por ese cambio de actitud, cuando dice que si bien al principio «el liberalismo español se hizo algunas ilusiones con las juntas cuando nacieron», posteriormente se acabaron convirtiendo en «una forma difusa de militarismo y una forma concreta de aspiración pretoriana»[132].

Al poco de instalarse en el palacio de Buenavista, Cierva envió directamente a todos los coroneles, sin pasar por la estructura creada por Márquez, un formulario, en el que les preguntaba sus opiniones en materias como sueldos, ascensos y recompensas. Con la referencia a los primeros, insinuaba su estrategia: «a expensas del Tesoro, les abrió la despensa», con lo que «el ejército cae a los pies de Cierva»[133].

Respecto a las otras materias planteadas correspondían, como se recordará, a la razón de nacimiento de las Juntas, su verdadero caballo de batalla. Buscaban afanosamente la escala cerrada, santificación de la molicie, y ansiada meta de los burócratas uniformados, que así veían garantizados los ascensos sin jugarse la vida ni arrostrar las incomodidades de la campaña.

Sin embargo, la primera medida que el nuevo ministro tomó estaba orientada en otra dirección. Ante los buenos resultados que las Juntas habían dado a los mandos, las clases de tropa deciden imitarles[134], lo que suponía el desmoronamiento de lo poco que quedaba de la pirámide jerárquica. Se escandalizaron jefes y oficiales, cuyo sentido de la democracia castrense era bien restringido, y Cierva, con su total apoyo, cortó por lo sano. En enero de 1918 fueron radicalmente extirpadas, sin contemplaciones, esas incipientes Juntas de nuevo cuño.

Era un primer paso. El de verdadera importancia fue el siguiente, la Ley de Reorganización del Ejército, cuyas bases se plasmaron en un golpe de mano, sin pasar por el Congreso, por un real decreto[135] que establecía el Ejército que llegó a Annual.

---

[129] Pág. 129.

[130] Mola, pág. 1019.

[131] *Diario del Congreso* de 20 de octubre de 1921, intervención de Solano.

[132] *España,* n.º 303, de 14 de enero de 1922, pág. 4.

[133] Márquez, págs. 79 y 86, respectivamente. La circular de Cierva, en págs. 224-225.

[134] Alonso Ibáñez, págs. 221-487 para un detallado estudio de la cuestión.

[135] En *La Gaceta de Madrid* de 10 de marzo de 1918 se publicó el real decreto de 7 de marzo con las bases para la reorganización del Ejército. La del 30 de junio recogía el texto definitivo, del 29. Firmaba el primero, como ministro de la Guerra, Cierva; el segundo, el general Marina, en la misma calidad.

Preveía la organización de hasta 16 divisiones de Infantería, dos de Caballería y una serie de unidades no afectas a las anteriores. La división de Infantería tendría tres brigadas. Las dos primeras, de dos regimientos de ese arma. La tercera, formada por un regimiento de Artillería ligera, otro de pesada, un batallón de zapadores y otros elementos, incluyendo Intendencia, Sanidad, Telégrafos, etc. Todas las divisiones tendrán la misma composición en paz y en guerra, y su material debía estar al completo siempre. Se fijaban las compañías de Infantería en 100 fusiles como mínimo y los escuadrones, en 120 jinetes.

En total habría, entre otras, las siguientes unidades: 64 regimientos de Infantería, 14 batallones de cazadores de Montaña, tres batallones de cazadores ciclistas; 27 regimientos de Caballería; 40 regimientos de Artillería, entre pesada, de posición, ligera, de montaña y a caballo; seis regimientos de zapadores, dos de telégrafos, dos de ferrocarriles, uno de pontoneros, un batallón de alumbrado y dos de aerostación; 19 compañías de Intendencia y otras tantas de sanidad. La Aeronáutica «será objeto de disposiciones especiales».

En cuanto a «los ascensos hasta coronel y asimilados se harán por rigurosa antigüedad»; «queda prohibido otorgar ascensos hasta coronel o asimilado mediante elección, en tiempo de paz, salvo ley especial que lo autorice expresamente en casos extraordinarios». Se admitía la promoción por servicios en campaña, pero solo «en casos extraordinarios y repetidos». Cada caso requeriría una ley especial votada en las Cortes, «previa la instrucción de un expediente contradictorio de carácter sumarísimo» y con informe favorable del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Era una forma de consolidar «la selección al revés», como bien apunta Benzo[136]. Dado que el principal motivo para ascender residía en no haber muerto, un destino en un despacho ofrecía mejores perspectivas de carrera que jugarse la vida y la salud en Marruecos.

Se aumentaba el sueldo, en torno al 20 %, a los mandos, de general a alférez, en los términos fijados en la base 11, y a los sargentos y brigadas en un 30 %; las llamadas «sobras» del soldado pasaban de 15 céntimos diarios a 25, y se disponía la elaboración de «cuadros de artículos constitutivos de la ración», que ya no se ajustará a «un gasto rígido e igual para todas las guarniciones».

Incluía la norma una plantilla de mandos para la península, Canarias y Baleares en la que aparecían 429 coroneles, 960 tenientes coroneles, 1.832 comandantes, 3.972 capitanes, y 4.185 subalternos, de escala activa. Sumando la de reserva, llegaban a un total de 14.104. Las desproporciones relativas entre los distintos empleos resultan palpables.

El anejo 2.º recogía las cantidades requeridas para completar ese nuevo Ejército. Sumaban 1.306 millones de pesetas, que se sumaban a los gastos ordinarios. Lo previsto era que se desembolsaran a lo largo de 12 años.

[136] Pág. 55.

La ley era el sueño de los junteros hecho realidad. Una cantidad desorbitada de unidades, con sus correspondientes plantillas de mandos, y una escala rígida, sin apenas resquicios. *La Correspondencia Militar* la describió como «progreso notable, notabilísimo, indiscutible, enorme insuperable [que] constituye la base del renacimiento de nuestro poder militar»[137].

No obstante, aunque agradeció, condescendiente, «la buena intención» del Gobierno y de las Cortes al introducir la norma, admitía que en la sociedad, disipado ya su entusiasmo inicial por el movimiento militar, despertaba reticencias. Dice, en ese sentido, que «ha satisfecho, pero no ha entusiasmado. Ha satisfecho, porque con este proyecto se percibe un saludable despertar en los políticos, que con el pensamiento puesto en el bien común, sienten anhelos de perfectibilidad y de engrandecimiento para la patria. Y no entusiasmó, porque la opinión, descarriada, manifestó con malévola intención que la base 11 [referida a sueldos] es la única que interesaba de veras» al Ejército[138]. Llama la atención la identificación del bien común con el de los mandos militares.

A pesar de tanta grandilocuencia había lugar para el más profundo de los escepticismos. En realidad aquello fue «la imposición más odiosa y más vil», «fue un festín»[139].

Porque aquí, de nuevo, hay que recurrir a la palabra «ficción», por no utilizar «superchería». Todo fue un inmenso engaño. Para empezar, la propia envergadura de la reforma. No solo el erario no se podía permitir mantener dieciséis divisiones de Infantería, es que doce parecía a los expertos una cifra adecuada. La estructura de las mismas, por otra parte, tampoco obedecía a ninguna razón lógica. Lo habitual es que artilleros, ingenieros, etc., fuesen consideradas tropas divisionarias, a las órdenes directas del mando. Formar con ellas una tercera brigada únicamente respondía a una lógica: crear vacantes.

Este, y no otro, era el principio que guiaba toda la pretendida reforma, la instauración del «plantillaje», que establecía destinos sin cuento para favorecer los ascensos, dando cauce a «la monomanía del aumento de las plantillas»[140]. Así, por ejemplo, si un oficial estaba de baja por enfermedad, pasaba a la situación de reemplazo que automáticamente generaba una vacante, que debía ser cubierta. Una vez dado de alta, tenía derecho a que se le asignara un nuevo puesto. De esa forma, las escalas corrían sin cesar, fenómeno también favorecido por el denominado «salto del tapón», que producía los mismos resultados, ya que la ley permitió el paso a la reserva, con ascenso incluido, de quien lo solicitase. Con ello, se dejaban así libres puestos que, en lugar de ser amortizados, como hubiese sido lo razonable, se convertían en vacantes que había que ocupar.

La artificialidad del sistema se reflejaba asimismo en los efectivos asignados a las compañías y escuadrones. En teoría, se hizo para que estos no fueran casi

137 *La Correspondencia Militar* de 4 de julio de 1917.
138 Ibíd., de 2 de julio de 1917.
139 *Diario del Congreso* de 23 de noviembre de 1921. Intervención de Prieto.
140 Ibíd., de 29 de junio de 1922. Intervención de Martínez Campos.

nominales, como sucedía con frecuencia. Pero, al margen de que la norma se incumplió sistemáticamente, no se especificaba en ella el número de compañías que tenía cada batallón, ni el de escuadrones de cada regimiento. «Los cuerpos quedaron como estaban, y así siguen, casi sin fuerza»[141], y la reforma, «reducida a los avances de las escalas y a los aumentos de sueldo»[142].

Finalmente, no se realizaron las necesarias adquisiciones de material, aunque sí se empezaron a crear las unidades –por ejemplo, en 1922 existían ya ocho de los 16 regimientos de Artillería pesada– que se suponía que lo iban a utilizar. Surgieron, por tanto, las ansiadas vacantes, que era lo que contaba, formando regimientos puramente virtuales, pero con todos sus mandos; «existiendo esa enormidad de personal […], para emplearlo en algo ha hecho falta crear y mantener una serie de destinos que son perfectamente inútiles»[143].

Tras Annual, salió a la luz la triste realidad. A la hora de la verdad, tres años después del inicio de la «reorganización», se descubrió que no había una sola brigada lista para operar, y las unidades tipo batallón o grupo fueron enviadas individualmente a Marruecos, habiendo tenido que completarse a base de canibalizar medios de otros cuerpos. Hay que puntualizar, no obstante, que alguien de la reputación de Weyler defendería luego la Ley del 18, de la que se atribuyó la paternidad, si bien criticó el número desmesurado de unidades que se crearon[144]. No hay que descartar, sin embargo, que hablara así por despecho ante la palmaria preterición de que fue objeto en aquellos años.

«El pueblo español ha sido engañado», se diría más tarde[145], por ese gesto de exacerbado egoísmo de las Juntas. Porque, lo afirmó Romanones en el Congreso, cuando se le necesitó, y después de decenios de gastos desorbitados, España se encontró con la dura realidad: «no hay ejército»[146].

Desde luego, la responsabilidad de los políticos por ese estado de cosas era ingente: «ante el silencio desconsolador de la Cámara y la mudez incomprensible del generalato que en ella tiene su asiento, fue aprobado este plan»[147]. Simplemente, se habían desentendido de los asuntos militares, cerrando los ojos a lo que sucedía en los cuarteles: «no nos hemos preocupado más que de la satisfacción del personal, nunca de la suficiencia del material […]; jamás de la función de defensa externa, siempre de la función de mantenimiento del orden en la vida interna»[148]. Como

141 Ibíd., 23 de noviembre de 1921. Intervención de Amado.
142 Ibíd., de 9 de noviembre de 1921. Intervención de Ortega y Gasset.
143 *Diario del Senado* de 12 de julio de 1922. Intervención de Martínez Fresneda.
144 Para esta materia, ver en ibíd., de 24 de noviembre de 1921, su interrupción a la intervención de Cierva, y en el de 12 de diciembre del mismo año sus críticas al exceso de unidades.
145 Ibíd., de 22 de noviembre de 1921. Intervención de Cavestany, que, por cierto, abrió un apasionante debate de más de una semana de duración.
146 *Diario del Congreso* de 1 de diciembre de 1922.
147 *Diario del Senado* de 23 de noviembre de 1921. Intervención de Izquierdo Vélez.
148 *Diario del Congreso* de 9 de noviembre de 1921. Intervención de Alcalá-Zamora.

dijo Cierva[149] con su desarmadora franqueza, «como no se puede cortar en personal, porque es una profesión que hay que respetar, pues se corta en el material».

La práctica demostraría que «no nos hemos sabido preparar para la más elemental de las campañas»[150], y que «las Juntas de Defensa no son la enfermedad, no son más que el síntoma»[151] de los problemas del Ejército, que ni el generalato ni la clase política habían sabido curar.

Asistirán, impertérritos, al aumento del contingente llamado a filas, que pasa de 80.000 hombres, en 1909, a 216.000, en 1920, y al incremento del presupuesto de la Guerra, de 218 millones a 581 –sin incluir los gastos en Marruecos–, en las mismas fechas, mientras que el nacional subía de 900 a 2.400.

Quizás, como el sistema de los cuotas ponía a sus hijos al abrigo de la conscripción, les era indiferente que «el pueblo ha visto que el servicio en filas no constituye un honor, por cuanto aquellos colocados en las capas superiores de la sociedad usan de su fortuna para eludirlo»[152], y que se acudiera a toda clase de subterfugios para eludirlo o que se apelara, directamente, a la huida, llegando a haber una media anual del 21 % de prófugos[153].

Había otra razón para tanta complacencia hacia las fuerzas armadas. En cierto modo, a partir de la aprobación de esa ley, «los gobiernos vivieron de las limosnas de las juntas»[154]. Porque desde 1919 a 1921 se extiende el llamado «trienio bolchevique», y se necesita del Ejército para hacer frente a una situación de crisis constante, durante la cual tiene lugar, entre muchas otras una huelga de los cuerpos de Correos y Telégrafos, que han pretendido formar una Junta a imitación de las militares, lo que, gran paradoja, costará la cartera a Cierva.

Las Juntas, que se saben imprescindibles, se permiten poner condiciones para su actuación. No desean intervenir en conflictos sociales, señalan; lo harán si se les ordena, pero advierten que «no admiten que se les encomienden misiones de parlamentar, transigir y contemporizar»; lo suyo es «el uso de la fuerza, que ejercerán sin contemplaciones»[155].

Cierva cree, o quiere creer, que cuando tuvo que dejar el Gobierno en marzo, provocando a su vez la caída de aquel, las Juntas, una vez satisfechas sus demandas, se habían autodisuelto, que «prácticamente habían dejado de actuar», en sus propias

---

[149] *Diario del Senado* de 24 de noviembre de 1921.

[150] *Diario del Congreso* de 8 de noviembre de 1921. Intervención de Cierva.

[151] *Diario del Senado* de 7 de diciembre de 1921. Intervención del marqués de Cabra.

[152] Romanones, pág. 148.

[153] Ibíd., pág. 147. En el apéndice n.º 1 publica datos interesantísimos sobre la situación del reclutamiento en 1919. Por ejemplo, se puede constatar, en contra de lo que indicarían algunos prejuicios, que en Madrid el porcentaje de prófugos es casi seis veces superior al de Barcelona, y multiplica varias el de las demás provincias catalanas y de las vascas, cuyos porcentajes, menos en Guipúzcoa, son muy parecidos, o inferiores, a los de Burgos.

[154] Márquez, pág. 9.

[155] Ibid., págs. 162-163, documento de la Asamblea de Presidentes de las Juntas.

palabras[156]. No fue así, en absoluto. Aunque adoptarán la forma de «Comisiones Informativas», a partir de diciembre de 1919[157], continuarían campando por sus respetos, permitiéndose todas las impertinencias, forzando crisis ministeriales –hasta seis, entre junio de 1917 y febrero de 1922–, y pesando como una losa sobre la vida política del país, hasta que finalmente se logró acabar con ellas.

Los sucesivos gabinetes se encontraron, de esa manera, convertidos en rehenes de un ejército al que consideraban esencial para mantener su concepto del orden, y, a la vez, sometidos a la presión de una opinión pública que soportaba cada vez peor las cargas de las campañas africanas, con su correspondiente tributo de sangre, pagado por los más desprotegidos.

Este último factor estará en la raíz de la creación de las fuerzas de choque.

Las fuerzas de choque

Todos los gobiernos que se suceden en el poder desde 1909 tendrán como denominador común una posición contradictoria, fruto de una combinación de compromisos internacionales y de tensiones internas enfrentadas. No renuncian a la empresa marroquí, pero se niegan a asumir francamente su coste.

Ello se plasma en el ámbito militar, por un lado, en la obsesión por limitar bajas en el contingente que suministra la conscripción. Se le quiere apartar a toda costa del peligro, hasta el punto de que los marroquíes llamarán a los soldados peninsulares «borregos», porque en las operaciones siempre iban en orden cerrado, no de combate, y a retaguardia[158], y por el polvo que levantaban en sus desplazamientos masivos. Las consecuencias en la moral de ambas partes son previsibles. Los primeros no sienten sino desprecio por los segundos, a los que consideran cobardes, y estos, a su vez, alejados de toda acción guerrera, relegados a los infames blocaos, van forjándose un acentuado complejo de inferioridad, que en Annual tendrá costosas consecuencias.

Por otro lado, sin embargo, se mantiene la política de avance y conquista de la zona asignada a España, y alguien tiene que ir en vanguardia. Los ensayos de voluntariado han dado, ya se ha visto, resultados insatisfactorios. Resulta preciso acudir a otras fuentes de hombres.

Se da un primer paso el 31 de diciembre de 1909. Un real decreto de esa fecha[159] dispone la creación de tres compañías de Infantería de Policía, a las que se une una cuarta, mixta, formada con elementos ya existentes en La Restinga y Cabo de Agua; en ellas, «las clases y soldados de estas tropas serán indígenas».

[156] *Diario del Senado* de 30 de noviembre de 1921, refiriéndose a su etapa anterior en el Ministerio.
[157] *La Gaceta de Madrid* de 2 de enero de 1920, para el texto del real decreto de creación de las Comisiones Informativas, de fecha 30 de diciembre de 1919.
[158] *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921. Intervención de Rodríguez de Viguri.
[159] Publicado en *La Gaceta de Madrid* del 5 de enero de 1910.

Hasta entonces, y en contra de su tradición en el resto de Europa, en América y en Filipinas, España apenas había recurrido en el norte de África al reclutamiento local[160]. Ahora, ante la necesidad de hombres, se invierte la tendencia.

No obstante, la fórmula escogida es inapropiada. A la Policía se le irán asignando por sucesivas disposiciones unas funciones vitales para el control del territorio, de índole administrativo y de información. Es, en última instancia, el nexo de unión entre las autoridades españolas y la población. Desde ese punto de vista parte de un fallo inicial, ya que, para facilitar los alistamientos de los áscaris, como se llama a sus integrantes, se establece que «prestarán en general, sus servicios en las cabilas a que pertenecen». Eso implica unos lazos demasiado estrechos con los habitantes, como también se verá en Annual, con pésimos resultados. En el fondo, la verdad descarnada es que «buscábamos moros que, haciendo traición a su religión, a sus hermanos [...] se vendían por una soldada de siete reales»[161].

Problema aún más serio es que la imperiosa urgencia por disponer de combatientes cuyas bajas no conmocionen a la opinión pública de la península hace que muy pronto estas fuerzas se empleen en primera línea, en funciones que no les son propias. No solo es que no están dotadas ni estructuradas para ello, es que así abandonan las labores esenciales que originariamente se les había atribuido. Ello hace que ese frágil puente entre los habitantes y el alto mando se debilite, con lo que, a su vez, se resiente el dominio sobre el territorio, como también se pondrá de relieve en julio de 1921, con las subsiguientes consecuencias.

Al tiempo, el desdichado sistema de práctica suspensión de las recompensas establecido en 1918, y posteriormente desarrollado, resta atractivo a estas unidades para la oficialidad. El servicio en ellas suponía aislamiento, soledad y, a medida que se van empeñando en acciones de guerra, crecientes peligros. Existía, desde luego, una compensación económica, a través de los sueldos más elevados, pero también profesional, con la perspectiva de ascensos y condecoraciones. Eliminada esta última, la primera no basta para atraer al tipo de cuadros deseable. Ese será uno de los resultados nefastos, y no el menor, del activismo juntero, obsesionado por un igualitarismo que solo alimenta la mediocridad.

Llegan así a la Policía jóvenes oficiales, ayunos de todo conocimiento de las lenguas árabe o bereber, ignorantes de la realidad de sus cabilas, desconocedores del Derecho y de las costumbres musulmanas y, sobre todo, sin ningún interés en corregir su ignorancia ni entusiasmo alguno por el trabajo que tienen que realizar.

Como corolario, «de ser aquellas tropas las más agresivas, con los oficiales más dispuestos, empezaban a transformarse en una horda sin disciplina, mandada por oficiales cargados de familia», y, por tanto, de gastos, que únicamente buscaban la gratificación económica[162]. Cuando antes, «se apelaba a toda clase de influencias» para obtener esos destinos, con la supresión de recompensas «iban allí por

[160] Enrique Arques y Narciso Gibert, *Los mogataces,* Málaga, 1992.
[161] *Diario del Congreso* de 20 de octubre de 1921. Intervención de Lazaga.
[162] Bastos, pág. 234.

circunstancias de familia o accidente de la vida»[163]. De ahí, las numerosas acusaciones de abusos. Tantos, que en el Congreso se habló de «toda clase de excesos» que se cometieron y de que teniendo 600 pesetas de sueldo, algunos mandos «se gastaban 12 y 14.000 mensuales con queridas»[164]. Lo cierto es que parece que los cuadros eran «o extraordinariamente buenos, o extraordinariamente malos»[165], según la afición que tuvieran por su cometido, tan particular como delicado.

Y si «algunos oficiales de mía [la unidad básica de la policía] se han distinguido por su celo e integridad», en general, «la Policía ejercía una autoridad excesiva […], no pagaban a veces […], en los zocos registraban a las vendedoras indígenas, con gran escándalo de los moros», y se aprovechaban de «la miseria reinante en la población, que hacía prostituirse a las mujeres moras». Además, «se les dejaban las armas al ir a sus poblados o cabilas con permiso, sin pedirles cuenta del gasto de municiones»[166], lo que favorecía que los hombres aprovecharan la ocasión para satisfacer deudas de sangre o para vender los cartuchos. No obstante, en algunas mías mejor administradas se imponía una multa muy elevada, cinco pesetas, por cada cartucho que faltaba[167].

Los defectos del sistema, derivados de «la inadecuada y dañosa designación de algunos oficiales [y] del repetido e inadecuado uso»[168] de estas fuerzas, saldrán a relucir durante la tragedia del verano de 1921. Consideradas en gran parte responsables de ella y, para entonces, «blanco de los odios de todos los moros»[169], serán absorbidas por otras, las Mehallas Jalifianas[170]. Formalmente estarán al servicio del majzén, pero en la práctica fueron utilizadas a su albedrío por el Gobierno español.

Muy distinto es el caso del otro tipo de unidad local empleado en esos años, las Fuerzas Regulares Indígenas, obra personal del entonces teniente coronel Dámaso Berenguer. A diferencia de la Policía, son creadas desde un principio, en junio de 1911, como auténticos cuerpos militares[171], organizados en grupos, que se consolidarán en tres tabores de Infantería, uno de Caballería y una compañía de ametralladoras. Cada tabor tendrá tres compañías o escuadrones, en cuyas plantillas se

[163] *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921. Intervención de Rodríguez de Viguri.

[164] Ibíd., de 20 de octubre de 1921. Intervenciones de Lazaga y de Solano.

[165] Ibíd., de 21 de octubre de 1921. Intervención de Martínez Campos.

[166] Archivo Histórico Nacional (AHN), Tribunal Supremo (TS), legajo 50 N 8, folios 1719v-1720. Declaración del paisano Vicente Verdú, de 18 de noviembre de 1921.

[167] Ibíd., 50 N 3, folio 468v, declaración del capitán Fortea, de la Policía, el 30 de agosto de 1921. Cuenta que al hacer cargo de una mía, algunos tenían grandes atrasos en la percepción de los sueldos, y que «la mitad estaban descalzos y con las ropas viejas».

[168] *Diario del Congreso* de 15 de noviembre de 1922.

[169] *La Comisión de Responsabilidades*, pág. 106. Declaraciones de López Ferrer.

[170] Manuel del Nido y Torres, *El libro de la Mehal-la Jalifiana,* Toledo, 1923. Aquí no se hace mención de este tipo de fuerzas ya que en los años de Annual no actuó en las operaciones de la zona oriental, objeto del presente trabajo.

[171] VV. AA., *Fuerzas Regulares Indígenas,* Madrid, 2006 para la primera etapa de la vida de estas sobresalientes unidades.

incluyen sendos «oficiales moros»[172]. Inicialmente, solo habrá una clase de ellos, pero luego se crearán dos, «de segunda», equivalentes a alféreces, y «de primera», equiparados a tenientes. Hombres de gran experiencia, ya que se requerían ocho años como mínimo de servicios, tres de ellos de sargentos, para alcanzar esos empleos, serán un elemento de gran importancia en la actitud de sus hombres, para lo bueno y para lo malo, como también se demostrará en los días de Annual.

La recluta planteó serios problemas, de dos tipos. En primer lugar como el territorio efectivamente ocupado era reducido, el número de hombres susceptible de alistarse resultaba insuficiente, máxime cuando la Policía también pugnaba por ellos. Eso obligó a extender la recluta a la zona francesa, a admitir desertores de las mehallas del sultán y a ejercer una selección muy relativa de los candidatos. En segundo lugar, los haberes iniciales, 2,50 pesetas diarias, eran inferiores a los de un jornalero, y a los 3,25 que Francia pagaba a sus tropas locales, lo que suponía una dificultad adicional que tardó en superarse. La sistemática autorización de razziar los aduares enemigos compensaba, en parte, estas limitaciones.

Hay que mencionar que existía, asimismo, un porcentaje considerable de europeos, alrededor del 20 %, dato que con frecuencia se pasa por alto.

Los grupos serán, por sus efectivos y su dotación, inferiores a la plantilla de un regimiento europeo, pero mucho más eficaces, porque todo su personal es voluntario y porque, inicialmente, atraerán a los mejores mandos, seguros de que en una tropa empleada sin tasa en primera línea tendrán sobradas ocasiones de distinguirse. Sin embargo, es tal el efecto deletéreo de la Ley de 1918 que incluso estas unidades selectas, punta de lanza de todos los avances, llegarán a resentirse en la calidad de sus mandos.

En palabras de Gómez-Jordana: «las Juntas de Defensa, por un lado, y la supresión de las recompensas, por otro, han asestado durísimo golpe a este ejército»; destinos antes «codiciadísimos» por los mandos, como los de Regulares, se cubren «ahora muchas veces con forzosos»[173]. En el mismo sentido, afirmaba Berenguer dos años después que «hoy las fuerzas indígenas están mandadas en su mayoría por jefes y oficiales sin afición a ellas, y las Oficinas Indígenas desempeñadas por quienes sólo ven en tal destino un medio de ganarse unas pesetas más»[174].

Aun así, siempre se mantuvieron en un plano superior a la cada vez más denostada Policía. Si de esta se afirmó que en 1921 «estaba algo abandonada, dejando bastante que desear en la relación de los jefes con los policías, así en lo referente al trato como al abono de sus devengos», y que en la relación con la población «había algunos casos de maltratos[…] y de abusos de las mujeres indígenas, así como de no administrar rectamente la justicia», se puntualizaba que «estos abusos

[172] Juan Ignacio Salafranca Álvarez, «Los oficiales moros», en *Revista de Historia Militar,* n.º extra 2, 2012, págs. 243-272.

[173] Berenguer (1948), vol. I, pág. 23. Carta a Romanones, 18 de noviembre de 1918.

[174] Ibíd., vol. I, pág. 192. Carta al ministro de la Guerra, 30 de julio de 1920.

no ocurrían en las fuerzas de Regulares, que estaban mejor disciplinadas y con mejor espíritu»[175].

También tenían un mayor prestigio entre la población local: «los Regulares nuestros del Rif eran respetadísimos, y no había ningún Bocoya, Beni bu Yahi o Beni Sicar que se atreviera a decirle nada a un cornetín de 15 años algo que le pudiera molestar, porque el cornetilla le contestaba con un tiro»[176].

La otra unidad de voluntarios que se formó por esos años fue el Tercio de Extranjeros, aunque, como muchos indicaron, por su reclutamiento apenas merecía ese calificativo. Desde muy temprano fue popular, aunque no oficialmente, conocida como la Legión, si bien durante un breve periodo de su historia con ese nombre se designaba, en sentido estricto, no a todo el cuerpo, sino a una agrupación de banderas.

La fundó Millán Astray, tras visitar la Legión Extranjera francesa[177], en la que se inspiró, aunque fuera de forma muy relativa. Las diferencias entre el uno y la otra eran considerables. Para empezar, esta tenía entonces casi un siglo de historia, y se había batido ya en el norte de África, Dahomey, Madagascar, Tonkín, México, España, Italia y Crimea, así como en la guerra franco-prusiana y la Primera Mundial, por mencionar solo algunas de sus campañas. Por otro lado, se nutría de hombres de todos los países, excepto de la propia Francia, cuyos ciudadanos estaban expresamente excluidos. Además, no establecía ninguna descendencia de otras unidades preexistentes, y tenía la estructura convencional de la Infantería francesa. La lealtad era su principal divisa y alardeaba de un carácter en cierto modo apátrida. Se servía en ella a la Legión, más que a Francia, entidad ajena a casi todos sus componentes. Es por eso que el lema de sus banderas reza *Honor y Fidelidad,* en lugar del *Honor y Patria* habitual en el Ejército galo.

El Tercio, en cambio, estableció una conexión ficticia con los cuerpos de ese nombre creados en los siglos XVI y XVII, con los que no tenía semejanza alguna, excepto que estaba formado por voluntarios, característica, por otra parte, que a partir de 1640 no era ya universalmente aplicable a los antiguos Tercios. Esa voluntad de forjar un paralelismo llegó tan lejos que se pudo escribir: «me enseñaron su bandera, que había pertenecido a uno de los gloriosos tercios de Flandes»[178], cosa imposible, ya que estos usaban como tal la escogida por el maestre de campo del momento, por lo que variaban frecuentemente, sin que, por otra parte, haya quedado constancia del diseño de casi ninguna de ellas.

---

[175] AHN, TS, 50 N 2, folio 405. Declaraciones de 27 de agosto de 1921 del padre franciscano Alonso Rey, de Nador.

[176] *Diario del Congreso* de 20 de octubre de 1921. Intervención de Solano.

[177] La bibliografía sobre la Legión Extranjera francesa es extraordinariamente copiosa, pero la obra clásica es VV. AA., *Le Livre D'Or de la Légion Étrangère,* París, 1976. Dos buenos estudios son Douglas Porch, *The French Foriegn Legion,* Nueva York, 1992; y Martin Windrow, *Our Friends beneath the sands,* Londres, 2011.

[178] Ortega y Gasset, pág. 129.

En cuanto a la orgánica, por el mismo prurito se estructuraba en banderas, aunque esa denominación correspondía en los viejos Tercios a la compañía, no al batallón como sucedía en el nuevo Tercio. Respecto al culto a la muerte, y las frecuentes referencias a la Patria no tenían su equivalente en el cuerpo francés. De este se tomaron prestadas al principio solo algunas costumbres, que acabaron por caer en desuso, como, por ejemplo, llamar al combate «baró», término derivado de la palabra *baroud,* a su vez procedente del árabe.

Sobre el papel, se creó, «como ensayo» y para «disminuir los contingentes de reclutamiento», por un real decreto de 28 de enero de 1920[179], siendo titular de Guerra el general Villalba, pero se mantuvo en suspenso su aplicación, pendiente de una reforma del Ejército de África. Parece más probable que el retraso se debiera a la falta de apoyo que encontró la iniciativa.

Haría falta todo el empeño del nuevo ministro, vizconde de Eza, para sacar adelante el proyecto, contra la oposición de su departamento, que no era «partidario de esa Legión, inclinándose por la forma de recluta voluntaria [para regimientos peninsulares] o por la de aumento de las fuerzas indígenas»[180]. Coincidía en ello con Fernández Silvestre, que escribía a Berenguer que «no siendo partidario de la creación en este territorio del Tercio de Extranjeros», prefería que se creara, en cambio, un nuevo grupo de Regulares[181]. Eza lo confirma: «siempre el general Silvestre decía que le dieran moros, pues él no era partidario ni de la Legión Extranjera, ni del voluntariado nacional»[182]. También se temía que los extranjeros que se enrolasen llegaran «imbuidos de ideas disolventes», y supusieran una amenaza[183].

Como consecuencia de estas y otras reticencias, «todos los informes estaban en contra, y el expediente detenido»[184].

No obstante, tras un viaje de Eza a Marruecos, y con el cauteloso apoyo de Berenguer, se logra desbloquear el asunto, mediante real orden de 31 de agosto[185] que desarrolla el anterior decreto. Es de notar que indica que parte de los gastos adicionales que la medida generaría se enjugarán a base de licenciar dos soldados peninsulares del tercer año de servicio por cada hombre alistado, desvelando el motivo esencial de su formación, ahorrar bajas a la tropa del servicio obligatorio.

La idea tuvo un éxito fulminante. Millán poseía una marcada habilidad para la propaganda, y la aprovechó: «es tan imprescindible y de tan imperiosa necesidad para la vida de la Legión que se hable de ella, que la conozcan, que no se olvide,

[179] *La Gaceta de Madrid* de 29 de enero de 1920.

[180] Eza, pág. 358, carta a Berenguer, de 2 de junio de 1920.

[181] *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 34. Declaraciones de Berenguer.

[182] Vizconde de Eza, *El desastre de Melilla. Conferencias en el Ateneo de Madrid*, Madrid, 1923, pág. 57.

[183] Berenguer (1948), vol. II, págs. 96-97.

[184] *Diario del Congreso* de 29 de noviembre de 1922. Intervención de Eza.

[185] *La Gaceta de Madrid* de 1 de septiembre de 1920.

que hasta es aceptable la propaganda negativa», favoreciendo la información gráfica, «últimamente, la película», y la publicidad «extensa, intensa, sugestiva»[186]. Lo logró, hasta el punto que pronto se escribiría que «no están los Regulares tan de moda como los de la Legión», «aunque la literatura y la *reclame* periodística a veces les perjudique [a los legionarios], de tanto ensalzarlos»[187].

También había sabido tocar una cuerda que despertó el entusiasmo en muchos. Una parte de los mejores oficiales –no pocos procedentes de Regulares– pidió incorporarse, y pronto hubo más candidatos a servir en las filas de los que se podían asimilar. No es raro encontrar en *La Gaceta de Madrid* disposiciones autorizando el regreso a sus hogares de menores de edad que se habían alistado sin el consentimiento paterno.

Pronto se teje una leyenda, «príncipes rusos, aristócratas y mendigos, desheredados de la fortuna y arruinados por el azar» acuden a los banderines de enganche, se dice[188], mezclando la realidad con la fantasía. Quien, en cambio, no se dejó cegar por esta fue aquel legionario bilbaíno que, displicente, le comentó a Prieto en Melilla: «he venido por aquí a ver qué pasa»[189].

Al margen de los mitos, el Tercio[190] enseguida se creó una bien merecida reputación de tropa impetuosa, agresiva y sólida a la vez, siempre dispuesta a asumir sin vacilar elevados porcentajes de bajas. Hasta el desplome de Annual, sirvió exclusivamente en el frente occidental.

Al igual que los Regulares, tampoco pudo escapar al ambiente de depresión que se instaura al modificar el sistema de recompensas: «si antes tenían numerosos aspirantes a figurar en sus cuadros, hoy [1922] se encuentran sin poder cubrir sus bajas de sangre»[191].

Con la creación de estas dos unidades se llegó a la desdichada situación de tener dos Ejércitos, «el que combate y el burocrático y parasitario»[192] o juntero. En África, se tradujo en la coexistencia de sendos tipos de fuerzas radicalmente diferentes entre sí.

---

[186] José Millán Astray, *La Legión,* Madrid, 1923, págs. 81 y 83. Se trata de la mejor obra para conocer la idiosincrasia de estas unidades.

[187] Enrique Meneses, *La cruz de Monte Arruit,* Madrid, 1922, págs. 184 y 269. La obra es, en realidad, unas memorias noveladas, pero fiables en muchos aspectos. Su autor, descrito por la prensa de la época como uno de «los muchachos conocidísimos en la sociedad madrileña», sirvió en Regulares de Melilla, siendo herido en combate, en Sbuch Iba, en marzo de 1922, durante la campaña de desquite.

[188] «El soldado desconocido» y Arturo Osuna Servent, *Frente a Abd-el-Krim,* Madrid, 1922, pág. 296. Se trata de un libro de estilo similar al anterior. El autor anónimo también estuvo en Regulares, al parecer. En cuanto a Osuna, era periodista.

[189] Prieto, pág. 44.

[190] Quizás la obra más completa siga siendo VV. AA., *La Legión, 50 años de historia,* Madrid, 1970.

[191] Francisco Franco, «Diario de una bandera», en *Papeles de la Guerra de Marruecos,* Madrid, 1986, pág. 86.

[192] *Diario del Congreso* de 21 de octubre de 1921. Intervención de Martínez Campos.

De un lado, las peninsulares, simples espectadoras, entregadas a «una vida de ociosidad y aburrimiento» en las posiciones, bajo unos oficiales desmotivados, que sabiendo que, hagan lo que hagan, ascenderán igual que «el pacífico compañero del ministerio o de la fácil caja de recluta»[193], solo suspiran por el término de su periodo obligatorio en el destierro marroquí. Lo mismo le pasaba a la tropa, la única de Europa, a partir de 1921, que venía obligada a tres años de servicio[194].

En la Indochina francesa había una expresión que, traducida suavemente, decía: «los bobos al cemento», indicando que los regimientos considerados menos sólidos, en su mayoría subsaharianos, se destinaban a los puntos fortificados, mientras que los selectos operaban en campo abierto. España la aplicó en Marruecos, pero a las unidades europeas, a las que se encerró en posiciones, condenadas a una lucha contra el hastío, el miedo, la suciedad, los piojos y las ratas[195], con un abastecimiento de agua siempre precario, y con un rancho tan malo como en la península[196]. Tan deficiente era, que una orden general del 28 de julio de 1921[197] terminaría por reconocerlo de forma oficial y lo mejoró.

El aislamiento en esas guarniciones podía, además, favorecer la indisciplina. En una zona tranquila se denunció que «son muchos los excesos que se cometen por fuerzas de las posiciones», «los soldados persiguen a las mujeres dentro de los sembrados», «van a los cafés […] durante el día y aún por la noche, para ver si pueden entrevistarse con mujeres» y «recientemente se ha violado a una mora durante el día». Además, «salen a todas horas los soldados para dedicarse a la caza y cortar leña y se atropella a la Policía», llegando a tirotearse con ella y a arrestar a alguno de sus miembros[198].

Junto a ese Ejército desmoralizado y desaprovechado, estaba el núcleo formado por las tropas de choque. «Viajeros de tercera»[199], a efectos de bajas, a las que se reservaban todos los riesgos, pero también todas las ocasiones de distinguirse.

La fórmula implicaba un desequilibrio peligroso. La mayor parte del Ejército estaba relegado a un papel pasivo, que minaba su moral, mientras que al resto se le sometió a una erosión continua, que acabaría por erosionar su efectividad. Otro

---

193 Bastos, págs. 227 y 229, respectivamente.

194 Así lo afirma Berenguer (1948), vol. II, pág. 238, en carta a Eza de 4 de febrero de 1921.

195 Juan García del Río Fernández y Carlos González Rosado, *Blocaos,* Madrid, 2009. Aunque la obra está dedicada a los de la zona occidental, describe bien, partiendo de datos oficiales, las ínfimas condiciones de vida en ellos, similares en la zona oriental.

196 Ibíd., pág. 154 para los ranchos, calientes y fríos, de indígenas y europeos.

197 AHN, TS, 51 N 6, folio 1646. La orden menciona que la ración es «insuficiente». La nueva que establece incluye aceite (35 mililitros), azúcar (50 gramos), café (25), tocino (50), sal (20), pimentón (3), ajos (1) y 400 gramos entre arroz, garbanzos y judías. Los ingredientes básicos seguían siendo los mismos, con las deficiencias habituales, idénticos a los de la península y en nada adaptados a las circunstancias locales. Lo mismo había sucedido en Cuba y en Filipinas.

198 AHN, TS, 50 N 3, folios 665-668. Denuncia presentada por el capitán Longoria, de la Policía, el 17 de abril de 1921.

199 «El soldado desconocido», pág. 24.

inconveniente no desdeñable, desde la óptica colonial, es que destruía el prestigio de los cuerpos metropolitanos a los ojos de la población local, al contrario de lo que propugnaban otros modelos –el británico es el mejor ejemplo–, que tendían por todos los medios a realzarlo.

En este sentido, *La Correspondencia Militar*[200] publicó un editorial lleno de sentido común, desde la perspectiva de la época: «los Regulares Indígenas y la Policía han producido óptimos resultados, pero no puede empleárseles siempre y solos; hay que encuadrarlos con [...] fuerzas europeas que los superen, pues sería moralmente peligrosísimo que por concepto alguno llegase el moro a creerse superior al español. El soldado español debe estar siempre en posición privilegiada respecto al moro».

A la vez, la creación de las unidades selectas ahondó todavía más el foso que dividía a los oficiales titulados «africanistas», que veían en Marruecos campo abierto para sus ambiciones profesionales, aun a costa de correr riesgos, del resto de sus compañeros, que preferían la lánguida, aunque segura, existencia de un cuartel en provincias, esperando el paso de los años, con los ascensos por antigüedad que traía consigo. En efecto, «los pacíficos jefes que habían encanecido en las guarniciones peninsulares, odiaban a aquellos que, jugándose la vida en Marruecos, lograban rápidos ascensos»[201]. Annual llevaría al divorcio completo, cuando estos se desligan abiertamente del movimiento juntero al que, justificadamente, consideran en gran medida responsable del desastre.

Es necesario precisar, sin embargo, que no todos lo militares que servían en Marruecos estaban considerados como africanistas. También había «los caponíferos», como se llamaba a «los que pedían ir destinados a África para obtener ventajas económicas», más que para hacer carrera[202].

Se llegó, probablemente, a un fervor desproporcionado por las tropas de choque, olvidando un principio elemental, el resumido en el dicho «tal jefe, tal tropa»[203]; «el soldado voluntario es como todos los soldados, lo que mejora su calidad es la elección de los mandos»[204]. En efecto, «no hay diferencia alguna en el rendimiento útil de cada unidad, siempre que esté bien mandada [...] [pero] fue moda la exaltación constante de legionarios y Regulares [...], y, en cambio, se olvidó el soldado español clásico, el quinto»[205].

Azpeitúa es otro de los pocos que, tras señalar que «la Legión es el último grito de la moda», y añadir «líbreme Dios de desafinar en el concierto de cánticos al Tercio; temería ser juzgado de poco patriota», reivindica a «los soldados calladitos

[200] Número de 19 de agosto de 1916, pág. 1.

[201] Guillermo Cabanellas, pág. 73.

[202] Cordón, pág. 67. Hay que anotar, no obstante, que García de Pruneda, hijo de militar y que vivió en Ceuta cuando su padre estuvo destinado allí, recoge otra acepción de la palabra. Según él, «caponífero» era el que abusaba de las «ventajillas» inherentes al servicio en campaña (Salvador García de Pruneda, *Ceuta en el umbral,* Barcelona, 1977, pág. 101).

[203] General Nieger, pág. III de su prólogo a Léon Lehuraux, *Le conquérant des oasis,* París, 1935.

[204] Franco, pág. 174.

[205] Hernández Mir, págs. 75-78.

y modestos» de la quinta, «sin chambergo[206] ni motes», que «no cobran primas de cientos de pesetas ni reciben un duro diario de salario», y que han dejado un hogar y un trabajo a la fuerza, «no impelidos por el hambre, ni buscando un asilo, ni a esconder vergüenzas, ni desesperados, ni en un momento de obcecación, ni por una apuesta de café, ni por despecho», como los legionarios[207].

Porque un efecto pernicioso más de la creación de esas tropas es que descremaban a las convencionales, despojándoles de sus mejores hombres, que las abandonaban para alistarse en el Tercio o en Regulares, quedando así «extraordinariamente debilitadas»[208]. Silvestre, siempre crítico con la unidad organizada por Millán Astray, afirmaría[209] que «la creación del Tercio Extranjero ha venido a darle el golpe de gracia» al voluntariado en los cuerpos europeos, aprovechando la ocasión para reiterar «la poca fe que me inspira la referida unidad y la convicción que nos daría más provecho haber creado en su lugar nuevos grupos indígenas».

Y, sin embargo, se conocían los riesgos de la demasiada dependencia en las fuerzas de choque, todas ellas marroquíes en la zona de Melilla. Según los términos de un informe oficial[210], «por razones de índole moral y política se precisa evitar que las tropas indígenas lleven por sí solas el mayor riesgo en los combates», debido a «la sensación de inferioridad que crea en los soldados europeos».

Se prefirió cerrar los ojos, y se diseñó, a costa de un incremento inexorable del déficit –que pasa de 35 millones en 1909 a 860 previstos para 1922-1923[211]–, un Ejército formado por una masa de fuerzas cuidadosamente no fogueadas y por una pequeña porción desgastada, condenado de antemano a no poder resistir pruebas tan traumáticas como las que los rifeños le infligirían en Annual.

---

206 Alusión al práctico sombrero que puso de moda la Legión.

207 Azpeitúa, págs. 127-128.

208 *La Comisión de Responsabilidades*, pág. 167, declaraciones de Riquelme. Ver también en pág. 67 las de Burguete, en el mismo sentido.

209 Archivo General Militar de Madrid (AGMM), Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 41. Copia de una carta de Silvestre a Berenguer, de 6 de febrero de 1921 (el autor, el destinatario y la fecha figuran escritos a mano).

210 Informe de Carlos López de Lamela, jefe del Negociado de Marruecos, del Ministerio de la Guerra, de 27 de agosto de 1920, recogido en Eza (1923), pág. 105.

211 *Diario del Congreso* de 27 de junio de 1922. Intervención de Benítez de Lugo.

Capítulo III
Abd el Krim y los rifeños

Capítulo III
Abd el Krim y los rifeños

Los rifeños

Como se ha adelantado ya, la zona de Marruecos atribuida a España por los tratados internacionales no hacía sino reflejar el modus vivendi alcanzado por británicos y franceses. Los primeros, deseosos de evitar que una gran potencia controlara la orilla sur del Estrecho, pero carentes de ambiciones territoriales en aquella región; los segundos, decididos a extender su imperio norteafricano. Fruto de ambas posiciones sería la zona de influencia española, creada casi por defecto. Los intereses de Londres, unidos a los derechos históricos sobre Ceuta y Melilla, le dotaron de una extensa fachada marítima. Los de París, le asignaron un *hinterland* estrecho, y abrupto, mientras que los valles más fértiles y las grandes ciudades clave, Rabat, Fez, Marrakech…, se adjudicaban a Francia.

Ciertamente era un «regalo envenenado», esa estrecha franja de trescientos kilómetros de largo por solo unos sesenta como media de ancho; ese «jirón» de tierras en sus dos terceras partes estériles, de enrevesada orografía, surcadas por escasos ríos de corto caudal. Discurrían por quebradas y barrancos, de sur a norte, en sentido perpendicular, por tanto, a los ejes principales de movimiento de los españoles, que, por la configuración de la zona y por la situación de las plazas de soberanía, debían realizarse en sentido este-oeste o viceversa. Formaba un arco ceñudo, limitado en un extremo por los dos puertecillos de Arcila y Larache y, en el opuesto por la llanura del Garet, semidesértica, recorrida por los Beni Bu Yahi. Era una región hosca, superpoblada, que vivía solo de una agricultura y de una ganadería que, salvo excepciones, eran de simple subsistencia, y que se confiaban esencialmente a las mujeres, condenadas a un papel subalterno, y cuya «adquisición» costaba poco más que el valor de un fusil y, desde luego, mucho menos que el de un caballo.

Si a esa «zona montañosa y pobre, en la que el espacio agrícola no representaba más del 13 al 15 % de la superficie total»[1] se le hubiese aplicado la distinción entre «inútil» y «útil» que practicaba Lyautey, se la habría abandonado a su suerte,

[1] Aziza, pág. 33.

tan patente era la desproporción entre el coste de controlarla y el rendimiento que podía dar. Era, sin embargo, lo único que le había quedado a España.

Básicamente, estaba dividida en dos núcleos escarpados, Yebala, en occidente, que escapa al ámbito del presente trabajo, y el Rif, en oriente. No obstante, con ese último nombre se englobaba a veces un espacio en torno a Melilla que, en puridad, no pertenecía al verdadero Rif. Este empezaba en la margen izquierda del Kert, en los dominios de Beni Said, y se extendía hacia el oeste, a lo largo de una cadena montañosa con alturas que podían alcanzar los 2.000 metros, y cuyo corazón residía en la cabila de Beni Urriaguel, cuna de Abd el Krim.

Si toda la zona era ingrata, el Rif constituía una de sus partes más hoscas. «Plegado en imponentes macizos y tajado en profundas barrancas»[2], desconocido hasta el siglo xx incluso para los restantes marroquíes, salvaguardado por la naturaleza y la temida belicosidad de sus habitantes, se cernía amenazador como una fortaleza inexpugnable, una advertencia a quien quisiera adentrarse por la fuerza en él. Un militar español comprendería que había cruzado sus límites cuando advirtió que «no recorremos ni un solo tramo de terreno que sea horizontal»[3].

En el desolador panorama brillaba únicamente la esperanza de fabulosos yacimientos mineros, que acabarían revelándose decepcionantes.

Si la geografía resultaba desalentadora para un dominador extranjero, las estructuras sociales y políticas constituían un obstáculo adicional.

En la tradicional división de Marruecos entre un *Bled el Majzén,* sujeto al sultán, y un *Bled el Siba,* que desconocía su autoridad, la zona española en su práctica totalidad pertenecía a este último. Ciertamente, el hecho de que el emperador no detentase allí una soberanía plena, no significaba que careciese totalmente de ella. En su doble capacidad de jefe temporal y religioso, su calidad de emir de los creyentes era universalmente reconocida, lo que le confería, incluso en esas hurañas tierras, una cierta influencia. Ocasionalmente, además, sus mehalas podían hacer incursiones en busca de tributos, que servían para recordar a los reacios súbditos la existencia de un poder lejano, pero no por ello menos real. Por otra parte, designaba al gobernador de la región, que residía en Tánger, si bien sus competencias eran tenues y, al menos formalmente, los caídes o jefes de una cabila eran representantes suyos.

Se podría estimar, por tanto, que se consideraba al sultán como una instancia remota, pero no por ello ausente, poseedora de un prestigio intangible, pero hondamente arraigado[4].

---

[2] Andrés Sánchez Pérez, «AdbelKrim», *Revista de Historia Militar*, n.º 34, 1973, pág. 127. Citaremos con frecuencia al autor, que vivió 30 años en Marruecos, parte de ellos como interventor en Beni Urriaguel. Su relato tiene el frescor especial de las cosas oídas de primera mano o vividas.

[3] Eduardo Pérez Ortiz, *18 meses de cautiverio,* 2010, sin lugar de publicación, pág. 211.

[4] Seguimos a Pennell, págs. 52 y ss.

La población se articulaba en cabilas, «pequeños países»[5], «un estado en miniatura, una república independiente, la verdadera patria rifeña»[6]. Posteriormente, se creó, gracias a los esfuerzos de Abd el Krim, un sentimiento de pertenencia más amplio, que, no obstante, no alcanzaba mucho más allá de los límites del propio Rif. Desde ese punto de vista, sin llegar al extremo de afirmar que «el espíritu cabileño, de ínfima y limitada bandería, carece de relación con la santa idea de la Patria»[7], sí que parece cierto que los rifeños «nunca han sido patriotas»[8], y que sus acciones respondían a móviles más concretos como la solidaridad local o regional, o el deseo de botín.

El carácter compartimentado del terreno y la falta de caminos, que propiciaban el aislamiento, explican la existencia de estos pequeños reinos de taifas, de los que se contaban 66 en la zona española –22 árabes y 44 bereberes–, 18 de ellos en el Rif.

Las cabilas incluían un número variable de fracciones, a su vez constituidas por grupos de familias reunidos en aduares o poblados, que reconocían un ascendiente común, más o menos lejano o mítico. Cada una de estas colectividades estaba regida por una *yemáa* o asamblea, en la que participaban los padres de familia, que, mediante un sistema de círculos concéntricos, desde el poblado a la cabila, administraba los bienes comunes, como pastos, agua o leña, y adoptaba decisiones que afectaban al conjunto de la comunidad[9].

En estas asambleas residía la auténtica autoridad. El caíd, en la cabila, y el *cheij,* en el poblado, nombrados por ellas, no tenían más poder que el de ser sus representantes.

En cada una de estas colectividades había una elemental pirámide social. En la base estaba el campesinado sin tierras o «el partido de las gentes pequeñas»[10]; en la cúspide, los notables, y, entre ambos, la masa de los campesinos con propiedades reducidas. Un grupo aparte, aureolado con un prestigio particular, lo constituían las familias *chorfa,* o descendientes del Profeta, o los morabitos, de reputación local, a los que se atribuían poderes curativos. Los *tariqs* o cofradías religiosas constituían otro elemento distinto.

Aunque, al parecer, «las pequeñas gentes» carecían de puesto en las *yemáas* no constituían un factor desdeñable. Como se verá, hay razones para pensar que serían ellas las que acabarían arrastrando a Abd el Krim a adoptar posiciones radicales.

Los habitantes eran tan duros y ásperos como la tierra hostil que apenas les sustentaba. Replegados sobre sí mismos –se calculaba que el espacio mínimo vital

---

[5] Aziza, pág. 40, citando a G. Maurer.

[6] Emilio Blanco Izaga, *Coronel en el Rif,* Melilla, 1995, págs. 125 y ss.

[7] Aguirre de Cárcer, pág. 39.

[8] *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921. Intervención del diputado regionalista Bastos.

[9] Ayache, pág. 101, en cambio, opina que en el tercer nivel, el de la cabila, la había caído en desuso, y la autoridad residía en el caíd, nombrado por el sultán.

[10] Ibíd., pág. 117.

entre las casas debería ser de trescientos metros[11]–, individualistas, rebeldes a toda autoridad extraña, la tradición de la deuda de sangre, que pasaba de una generación a otra, les obligaba a vivir siempre en guardia. En tales circunstancias, el fusil, ya fuese el Mauser español de cinco tiros, o *yamsaia,* o el excelente Lebel francés de cuatro, el *arbaia,* era un elemento indispensable, y la más preciada posesión para el hombre, que nunca se separaba de él. Precisamente, muchos atribuirán la amplitud del desastre de Annual a que las autoridades españolas, para no herir las susceptibilidades de las cabilas de retaguardia, no procedieron a su desarme. Un intenso contrabando, en gran parte a través de las plazas y posesiones de soberanía española, permitía acceder a ellos, y a los cartuchos que, según las épocas, podían costar desde veinticinco céntimos a solo cinco, como fue el caso tras Annual. En cuanto a los fusiles, después del desastre pasaron de valer doscientos duros a nada más que ocho o diez.

No obstante la profunda descentralización del mundo rifeño, y el hecho de que cada hombre fuera un guerrero, siempre armado, la región no estaba sumida en la anarquía, ya que factores aglutinadores y un juego de equilibrios internos propiciaban un cierto orden.

En primer lugar figuraba el idioma común en el Rif propiamente dicho, que no era el árabe, como en Yebala, sino el bereber, aun con todas las limitaciones que implicaba que no fuese una lengua escrita.

De otra parte, estaba la religión musulmana. Todo indica que se practicaba con tibieza. Así, en palabras tajantes de Mola[12], les «importaba un bledo Alá y toda su corte celestial»; mientras para Cabanellas eran «un conjunto de bandidos que no respetan a Dios y que sólo aman la razzia»[13]. Más suave, Ruiz Albéniz, indica en una de sus obras[14] que «en el norte africano, los mahometanos tenían un espíritu de transigencia y tolerancia religiosa que ya quisiéramos para nosotros en nuestra civilizada España», y en otra señala que no eran «ni religiosos, ni mucho menos fanáticos»[15]. No obstante, el islamismo constituía un principio integrador, fuente de valores compartidos: aunque «el rifeño conoce escasamente el Corán, su ley es sagrada»[16].

Entre otros motivos, porque, aunque en los casos más frecuentes y de menor cuantía regía el Derecho consuetudinario o *aurf,* en los de mayor trascendencia se seguía la sharía, cuya aplicación exigía un requisito que, en sí mismo, otorgaba prestigio a quienes lo poseían: saber leer y escribir árabe, la lengua del Libro.

Existía, también, un sistema de multas colectivas, impuestas por la *yemáa,* que sancionaba los asesinatos y que estaba dirigido, precisamente, a eliminar la deuda

---

[11] Sánchez Pérez, pág. 126.
[12] Emilio Mola, *Dar Akova,* en *Obras completas,* Valladolid, 1940, pág. 142.
[13] Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales,* Barcelona, 1977, pág. 81.
[14] Ruiz Albéniz (1922), pág. 19.
[15] Ruiz Albéniz (1921), pág. 75.
[16] Ibíd., loc. cit.

de sangre, sustituyéndola por un pago en especie del que se hacía responsable no únicamente el perpetrador, sino todo su entorno. Se trataba de una medida dirigida a suavizar la violencia, y de una enorme importancia política.

Habría que mencionar, asimismo, los zocos semanales, de los que había al menos uno en cada cabila, y que constituían no solo un centro de intercambios económicos, sino, además, lugares de reunión en los que se difundían noticias y rumores, se celebraban sesiones de las asambleas, y se lanzaban proclamas y predicaciones.

Otro mecanismo estabilizador era el complejo sistema de *lef* o alianzas entre fracciones o cabilas, que evitaba preponderancias peligrosas, y que contribuía a una precaria paz, esporádicamente rota por rencillas, pero que siempre acababa reconducida en interminables discusiones en la *yemáa.*

Por último, la harca representaba un nexo de unión, siquiera temporal. Se levantaba en las asambleas, y podía comprender desde una sola fracción a una pluralidad de cabilas. Habitualmente, su convocatoria iba precedida de la llegada a los zocos de emisarios que galvanizaban a los oyentes con descripciones de botines magníficos y de enemigos despreciables, a los que se podía derrotar fácilmente. En ocasiones, podían prometer cartuchos y hasta paga a los que se apuntaran a la empresa. Tras largas discusiones, en un ambiente de creciente exaltación, alimentado por rumores a veces fantásticos sobre las perspectivas de saqueo, se adoptaba la decisión de formar la harca. Propagada la noticia mediante hogueras en las cumbres de los montes, los hombres acudían armados, con un puñado de municiones y alimentos para varios días, agrupados en *idalas* o contingentes de su colectividad de origen, que se relevaban periódicamente. No era raro que mujeres y niños acompañaran a los combatientes, para aprovisionarles y para ayudar a retirar a los muertos y heridos, que intentaban no abandonar nunca. Parece que, en ocasiones, aquellas tomaban parte activa en la lucha, fusil en mano.

Berenguer[17] escribió mucho y bien sobre la materia. Es gran lástima que en julio y agosto de 1921 olvidara parte de sus propias doctrinas.

Indica que para el cabileño, «la guerra […] no es un trance decisivo, es un acto de la vida en el que sólo arriesga lo preciso para cumplir con su compromiso de solidaridad», en parte para dejar a salvo el honor, como un duelista. De ahí, «la poca consistencia de su ofensiva que […] suele evaporarse al contacto de la primera dificultad»; «su capacidad ofensiva sólo se manifiesta en emboscadas», para coger botín «y desaparecer de escena». Por eso, también, el combate lo inician exclusivamente los muy aguerridos, o los jóvenes que tienen que probar su valor y, «si la cosa va bien, todos acuden a primera línea», pero no antes.

En cuanto a la consistencia de la harca, estima que era frágil. Tardaba en constituirse, requiriendo previamente larguísimas sesiones en las que todos opinaban; una vez formada, con frecuencia surgían rivalidades, «síntomas de desconfianza y

[17] (1922), págs. 21 y ss.

de descomposición» entre los distintos grupos que la integraban, y que acababan dispersándose. La falta de un sistema establecido de abastecimiento, de alojamiento y de mando dificultaba, por otra parte, que se pudiera mantener largo tiempo en campaña.

Existía la costumbre de que, cuando operaba fuera de sus límites, los habitantes de la comarca donde actuaba aportasen los víveres, pero, evidentemente, era una situación que no podía prolongarse largo tiempo, y que, a su vez, generaba roces con la población local.

Su entidad numérica era otro aspecto que le despertaba dudas: «mucho se ha fantaseado sobre los efectivos […], la más ligera reflexión nos indica que nunca pueden ser muy numerosos». Respecto a la legendaria valía del rifeño como tirador, «se ha exagerado mucho»; en general eran «menos que medianos tiradores»; su armamento era dispar y «está en general en malas condiciones de tiro», mal mantenido y desgastado por el uso, mientras que los hombres normalmente no llevaban más de quince o veinte cartuchos, a veces recargados de forma artesanal y poco fiables. Debido a ello, era «poco intenso, en general, el fuego de los harqueños».

Las anteriores reflexiones resultan importantes a la vista de lo que después sucedió. Presentan al rifeño como lo que era, un espléndido guerrillero, sobrio, infatigable, perfecto conocedor del terreno y adaptado a él, nada menos, pero nada más.

Por eso, «cada chumbera, cada risco, cada bache del camino abrupto, es una chilaba que se oculta, y con ella, un hombre y un fusil […], un adversario invisible»[18]; «es curioso contemplar un campo cuajado de rifeños, parece totalmente vacío»[19]. Pero también resulta innegable que «no tienen los rifeños artillería, caballería, administración, ingenieros, sanidad. Carecen de organización, disciplina, cohesión […] No obedecen más que a su instinto […], sin plan estratégico, sin generales, sin más víveres que los que cada cual lleva en el capuchón de la chilaba y sin más cartuchos que los que trae en el zurrón»[20].

Eran, pues, guerreros, no soldados, con todas las limitaciones que eso implica, y si resultaban formidables en la defensa, no lo eran en el ataque. La regla tenía una excepción, siempre según Berenguer. Frente al cabileño, «el repliegue es el momento culminante»; sin temor ya a ser atacado, dueño de la iniciativa, entonces «redobla sus esfuerzos por abordar nuestra línea y poder coger algún botín». En esas pocas palabras olvidadas está Annual.

Muchas de estas apreciaciones cada vez serían menos aplicables a partir de agosto de 1921, pero tenían plena vigencia para el periodo anterior.

---

[18] Gómez Hidalgo, pág. 32.

[19] Eduardo Ortega y Gasset, *Annual,* La Coruña, 2008, pág. 50.

[20] Diario de 11 de octubre de 1911, págs. 5 y 6, artículo de José María Escuder. Con Abd el Krim, las cosas cambiaron.

Si todo el Rif central era, en frase de Lyautey, «un avispero; nunca se ha entrado en él sin pagarlo caro»[21], y si apenas había en él hombres dispuestos a aceptar la dominación extranjera, los Beni Urriaguel destacaban como «los más numerosos [entre 35.000 y 40.000 en 1920] y los más belicosos»[22]. Instalados sobre la llamada Costa de Hierro, debido a sus fieros acantilados cortados a pico sobre el mar, eran dueños de la bahía de Alhucemas, o Ensenada de los Creyentes, uno de los pocos puntos accesibles del litoral, separados por tan solo seiscientos metros de agua del navío inmóvil que era el Peñón. Con 170 metros de largo, 80 de ancho, y 27 sobre el nivel del mar, en manos españolas desde el siglo XVII, era un epítome de los claustrofóbicos presidios, un «mundillo desgajado de la esfera donde vive la Humanidad»[23].

Esa vecindad, propicia para toda clase de comercios en ambos sentidos, y la posesión de la fértil llanura de Suani y de los valles del Nekor y del Guis, aportaban una prosperidad relativa a la cabila, en comparación con sus vecinas. Ello, junto a la cantidad de guerreros que podía movilizar, muy exageradamente calculada por algunos en los 25.000, le otorgaba una consideración de *primus inter pares* entre las demás. La derrota de la mehala del Rogui, cuando otros habían cedido ante ella, así como su arriscado apego a la independencia, habían confirmado ese papel preponderante en tanto que depositaria de las esencias rifeñas. Los 2.000 Mauser y 3.000 Remington con que contaba en 1918, y que luego aumentaron en número, eran otras tantas razones para que se la temiera en toda la región.

La capital, o, por mejor decir, la cabecera de la orgullosa cabila se encontraba en Axdir, en las inmediaciones de la bahía. Allí vivían los Abd el Krim.

Los Abd el Krim

Antes de hacer una breve descripción de la trayectoria del vencedor de Silvestre, se impone precisar que para la historia existen tres personajes con ese nombre. El padre; su hijo, que luego fuera el gran dirigente rifeño, y el hermano menor de este.

Es el primero quien era conocido como Abd el Krim, o Abd el Krim ben Mohamed por sus contemporáneos españoles, que con mucha frecuencia le añadían el apelativo de *El Jatabi*, que se había atribuido. Al segundo, en cambio, se le llamaba Mohamed ben Abd el Krim o, cuando empezó a ascender en la escala administrativa, Sid o Si –abreviatura de *sidi*, señor– Mohan o Mohand. En cuanto al tercero, lo más usual era denominarlo Mohamed, aunque también aparece como Mehand. Él firmaba como Mohamed.

[21] Citado en pág. 135.
[22] David S. Woolman, *Abd el Krim y la guerra del Rif,* Barcelona, 1971, pág. 36.
[23] Sánchez Pérez, pág. 133.

Aquí, sin embargo, se utilizará Abd el Krim para designar al luego famoso dirigente, y su hermano aparecerá como Mohamed. En todo caso, no se trata de hacer una biografía de su figura, a la que María Rosa de Madariaga ha consagrado un excelente trabajo[24], sino reunir algunos datos que puedan dar idea del carácter y la trayectoria de un personaje que jugará un papel de primera magnitud en los acontecimientos de julio y agosto de 1921 en Melilla.

Nació entre 1882 y 1883 en Axdir, poblado de un millar de habitantes en la época. En sus declaraciones a Roger-Mathieu pretendió que su familia, descendiente de una tribu del Hedjaz, vivía en Beni Urriaguel desde hacía más de mil años, lo que parece excesivo y, en todo caso, no es contrastable. Con el mismo deseo de engrandecer el pasado, su padre incorporó al nombre familiar la partícula El Jatabi, aludiendo a una descendencia de Aomar el Jatabi, compañero de Mahoma.

Más prosaicamente, Sánchez Pérez[25] señala que «en Axdir la gente sonríe cuando se pregunta lo de Jatabi; creen que fue una invención que se le ocurrió en Melilla, cuando empezaba a medrar», y puntualiza que se llamaba Ait Jatab a los miembros de la fracción inferior de los Ait Yusef, de Beni Urriaguel, sin que ello encerrara ningún prestigio especial. Añade, por otra parte, que sus antepasados eran Ulad Zian, rifeños, pero no de Beni Urriaguel.

Su padre, nacido a mediados del XIX, descrito como «hombre inteligente, simpático y persuasivo», casó con mujer de una buena familia morabítica. Cuando entra en la historia, era alfaquí, dedicándose a «atender al culto y a la enseñanza del Corán», por lo que percibía un pago en especie de la comunidad. También oficiaba de memorialista, y escribía amuletos y talismanes para redondear sus ingresos[26]. Según otro autor[27] ese título implicaba el conocimiento del árabe, muy apreciado, como se ha dicho, cálculo, gramática y algo de Derecho, lo que cualificaba para actuar de árbitro en casos a los que se aplicase la sharía. Hacia 1894, ostentaba el cargo de cadí o juez, que habían tenido algunos de sus antepasados, conferido por el sultán, con la autoridad inherente a ese nombramiento, lo que le valió el prefijo de Sidi.

Todo indica en él una mente abierta a sus tiempos. El director de *El Telegrama del Rif,* Cándido Lobera, que lo conocía bien, lo calificó de «el rifeño que almacenaba mayor cantidad de materia gris en el cerebro», en un artículo del 11 de agosto de 1920, cuando la tensión con los Abd el Krim era manifiesta, y que le valió una carta de agradecimiento de sus hijos[28]. Supo prever la inevitable ocupación de Marruecos por las potencias extranjeras, y muy pronto se convenció de que

[24] María Rosa de Madariaga, *Abd el Krim el Jatabi,* Madrid, 2009.
[25] Pág. 132.
[26] Ibíd., 131. El autor utiliza el verbo «escribir» porque lo habitual es que los amuletos contengan textos, normalmente extraídos del Corán.
[27] Ayache, pág. 157.
[28] Se leyó en el Congreso. Ver *Diario del Congreso* de 20 de octubre de 1921.

«le conviene una alianza o, mejor, una protección de España»[29], que imaginaba menos abrumadora que la de la poderosa Francia. De ahí sus tempranos contactos con el Peñón, que le permitieron obtener favores para sus compatriotas[30] y forjarse así una red clientelar. En 1906 ya era descrito como «afecto a España»[31].

Para entonces, había facilitado a su hijo mayor una buena educación, en Fez, donde preparó durante dos años, posiblemente de 1902 a 1904, el ingreso en la reputada universidad de Qarawiyin, a la que regresaría durante un segundo periodo. Según este, en esa época habría desarrollado una «misión de tipo político», informando a su padre sobre las actividades de Bu Hamara, lo que le habría llevado a reunirse con ministros del sultán y hasta con el gran visir, lo que no parece verosímil. Como tampoco lo es su pretensión de que «desde el principio de mi vida he sido entrenado para el combate, en el juego de la pólvora y las balas»[32]. Más bien era hombre de pluma y de ideas.

Físicamente, se le ha descrito como de «rostro fuerte, frente amplia y abombada; collar de barba corta, a lo árabe; ojos como carbones ardientes»[33]. También, diciendo que «no era del tipo árabe; de estatura media, cara más bien redonda, cuello corto, pelo castaño tirando a rubio», y destacando «la mirada penetrante de los ojos oscuros, casi negros y sonrisa casi perenne»[34]. «Hombre de positiva cultura […], inteligente y agradable», dice de él Eduardo Ortega y Gasset[35]; «un completo europeo»[36].

No impresionó, en cambio, a Sheean. Tras hablar de sus «ojos penetrantes», «altura mediana» y «tendencia a engordar», señala que no apreció en él «ninguna señal especial de grandeza moral o intelectual». Le pareció, más bien, «el instrumento inteligente de un espíritu nacional», pero desprovisto de las características propias de un genio o de un profeta, que por su reputación creía que iba a encontrar en él.

En junio de 1907, el que sería jefe de los Beni Urriaguel establece su primera relación formal con los españoles, cuando ingresa como «maestro moro de la Escuela de Indígenas» recién establecida, con un sueldo de 155 pesetas mensuales. Ejercerá el cargo hasta abril de 1913, cuando lo deja a petición propia, debido al exceso de trabajo que tenía por entonces. También, empieza a elaborar, sin firmarla, la columna en árabe de *El Telegrama del Rif,* una de las dos que se publicaban en todo Marruecos, y que existió hasta 1915.

---

[29] Carta de Mohamed, el 27 de febrero de 1919, a Jiménez Fraud, director de la Residencia de Estudiantes de Madrid, recogida en *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 54.

[30] Ver algunos casos en Juan Antonio Gómez Martínez, , Murcia, 2008, págs. 112 y ss. Se trata de un encomiable trabajo de recopilación. Aunque muchos de los documentos transcritos figuran en el Archivo General Militar de Madrid (AGMM), simplemente su presentación por orden cronológico supone una gran ayuda, ya que en los legajos muchos de ellos carecen de él.

[31] Ibíd., pág. 114. Certificado del comandante militar de Alhucemas, de 4 de enero.

[32] J. Roger-Mathieu, *Mémoirs d'Abd el Krim,* París, 1927, págs. 56-57 para esas manifestaciones.

[33] Pierre Fontaine, *Abd el Krim,* París, 1958, pág. 45.

[34] Sánchez Pérez, pág. 132.

[35] Ortega y Gasset, pág. 116.

[36] Juan de España, *La actuación de España en Marruecos,* Madrid, 1926, pág. 6.

El paso que su padre dio al permitir que aceptara esos puestos en Melilla era de envergadura. Significaba apostar públicamente por España, y empeñar en ello a su propio hijo. Parece que Abd el Krim se adaptó bien a su nueva vida, y se dice que tenía muchos amigos españoles, militares y civiles, y algunos judíos, aunque solo dos o tres musulmanes, pertenecientes a familias pudientes. Entre los primeros estaba Fernández Silvestre, entonces comandante y que fue, según sus propias palabras «muy amigo» suyo[37]. Por cierto, en el mismo contexto desmiente indignado el rumor que corrió copiosamente años después, en el sentido de que habría habido una gran discusión entre ambos, en el curso de la cual el español le habría abofeteado, infiriéndole una injuria que nunca olvidó el rifeño. Sería por entonces cuando también conoció al teniente Riquelme, otro nombre que aparecerá con frecuencia en las siguientes páginas.

Enseguida se vio que esa colaboración de los Abd el Krim tenía un precio. Dos escritos, de 26 de diciembre y de 15 de diciembre de 1908 reflejan que algunos de sus compatriotas les consideraban como «cristianos» y «vendidos a los cristianos», y les acusan de estar en connivencia con empresas mineras españolas[38]. Al parecer, debido a ello, y a su negativa a incorporarse a la harca que por entonces se formó, el padre fue multado por su cabila.

A pesar de estos sinsabores, ambos no alteran su posición. Al contrario, suben la puja por España. El 18 de mayo y el 8 de octubre de 1910, Abd el Krim pide la nacionalidad española, destacando que «he demostrado adhesión y cariño a la nación española». Se informó favorablemente, afirmando que «son notorias su lealtad y amor a España, su familia es la más adicta del campo vecino de Alhucemas, cuya plaza frecuenta su padre continuamente, laborando a favor nuestra»[39]. No lo consigue, pero el 22 de ese último mes, es ascendido a «alfaquí o escribiente intérprete» de la Oficina Indígena[40], con unos ingresos de 1.250 pesetas anuales que se sumaban a los que percibía en su calidad de maestro, como se deduce claramente de la correspondencia oficial. Es muy probable que, además, en esa época las compañías mineras le pagaran «con larguezas como asesor y perito sobre la autenticidad de documentos árabes de propiedad de terrenos [...] que pensaban adquirir»[41].

Desde luego, parece que gozaba de un tren de vida confortable, alojado «en la calle General Margallo, cerca de la Relojería Alemana; tenía cocinera española vieja y un criado moro»[42].

[37] Gómez Martínez, págs. 158 y 167, respectivamente. Se trata de dos informes sobre declaraciones de Abd el Krim.

[38] Conversación con Oteyza, en Luís Oteyza, *Abd el Krim y los prisioneros,* Madrid, sin fecha, pág. 131.

[39] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 2. El informe marginal es de 9 de octubre de 1910.

[40] Gómez Martínez, pág. 199.

[41] Sánchez Pérez, pág. 135.

[42] Ibíd., pág. 137.

No todo eran ventajas, sin embargo, al menos en su opinión. Dirigirá así un escrito de queja lamentándose de que gana 21 duros, «en tanto José María cobra 27»; además, se le ha asignado «la mesa con los escribientes en un rincón de la habitación donde no tiene luz». Por último, «en los asuntos de justicia cree que no se le escucha», y teme que se designe cadí a otro candidato[43].

Muy poco después de su nombramiento, partió para Málaga con su hermano, que iba allí a proseguir su educación.

Mohamed tenía unos diez o trece años menos que él, habiendo nacido alrededor de 1895. Era «de cara redonda, pero más angulosa que la de su hermano [...], medio europeo de aspecto, ojos vivos, espíritu abierto, fue el cerebro científico y organizador del Rif»[44]; «más valeroso, más humano, más inteligente y, en una palabra, mejor persona» que Abd el Krim, y, a diferencia de este, un «verdadero hombre de guerra»[45]. En efecto, el gran dirigente rifeño fue, ante todo, un político. Mohamed, injustamente poco conocido, sería su brazo armado. Sus habilidades como jefe militar no eran incompatibles con un carácter más compasivo que el de su hermano mayor, aunque este no era el monstruo de crueldad que se presentó a la opinión pública. En efecto, los relatos de prisioneros españoles le presentan como afable y más accesible que Abd el Krim.

Si el jefe de los Beni Urriaguel había decepcionado a Sheean[46], su hermano, en cambio, lo cautivó. Creyó ver en él «El Gran Hombre» del movimiento rifeño; «Abd el Krim proporcionaba la leyenda; Mohamed, la realidad para mantenerla», dice, al tiempo que elogia su capacidad como diplomático y como militar.

Al parecer, a los 12 años había ido a estudiar al Peñón, donde su profesor le llamaba *Jesusito*[47], quizás por su buen carácter. En sus declaraciones[48], en cambio, menciona que cursó estudios en Tetuán y en Melilla –Abd el Krim aludiría a que estaba en el mismo establecimiento donde él enseñaba–, y que fue profesor dos años en Mogador, con una beca. Esto último puede ser un error de transcripción, porque donde indiscutiblemente estuvo, con cargo al Ministerio de Estado, y cursando magisterio, fue en la Escuela Normal de Málaga. Allí, por cierto, tuvo oportunidad de hablar con Alfonso XIII, quien «me acogió con amabilidad y me animó a trabajar sin descanso para ayudar a España a llevar la prosperidad a mi país y a sacarlo de la anarquía», como recordaría tiempo después[49]. En una nota de 7 de enero de 1912[50] diría que el encuentro había tenido lugar hacía un año,

[43] AGMM, legajo n.º 2, carpeta 2, «Motivos de queja de Abd el Krim».
[44] Fontaine, pág. 57.
[45] Sánchez Pérez, págs. 138 y 146, respectivamente.
[46] Pág. 243. Sus conversaciones con Mohamed están en págs. 232-234. Comete la equivocación de atribuirle una formación de ingeniero militar.
[47] Ibíd., pág. 137.
[48] Roger-Mathieu, pág. 67.
[49] Ibíd., págs. 68-69.
[50] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 2.

que el rey le dirigió «frases de cariño», y «yo prometí ser útil a España, de la que seré siempre fiel y honrado servidor».

Pronto empezarían a aparecer sombras en la luna de miel entre España y esa familia. Indudablemente, el padre de Abd el Krim obtenía beneficios tangibles de la posición que había adoptado. Había sido el primer «moro pensionado», como se llamaba a los que recibían una «pensión» o, más bien, sueldo mensual; estaba en condiciones de hacer favores a sus amigos, merced a su acceso a las autoridades españolas, que también abonaban pagas a una decena de sus parientes; había colocado a su hijo mayor y obtenido una beca para el menor. A cambio, era jefe del «partido español» en Axdir y facilitaba información muy útil sobre la cabila.

Sin duda, y como era natural, no trabajaba por amor a España. La consideraba como un mal menor inevitable y aspiraba a que le ayudara a convertirse en jefe de los Beni Urriaguel, al tiempo que aprovechaba los contactos de su hijo para lucrarse con las compañías mineras. No obstante, su situación en la cabila que, como ya se ha mencionado, veía con recelo sus relaciones con los cristianos, era precaria. De ahí su impaciencia, que irá creciendo con el tiempo, porque los españoles diesen un golpe decisivo, ocupasen la región y le elevaran al puesto que ambicionaba. Y ese golpe solo podía darse en un lugar, en Alhucemas, y mediante un desembarco. No tenía tiempo para esperar a que se produjese el avance por tierra, necesariamente muy lento, desde los más de cien kilómetros que separaban Melilla de la bahía. Por eso, siempre alentó la operación anfibia, que, además, el «partido español» tenía como principal misión facilitar, actuando como quinta columna.

Desde luego, sus compatriotas tenían que sospechar algo de esas maquinaciones que, al fin y al cabo, resultaban muy difíciles de ocultar en una comunidad tan reducida, máxime cuando cualquier contacto con las autoridades obligaba a cruzar el brazo de mar hasta el Peñón.

Por ello, cuando en octubre de 1911 se produce el primero de los que serían muchos abortos de desembarco, gentes de Beni Urriaguel no dudan en lanzarse contra su casa y quemarla. Se tuvo que defender a tiros y huir como pudo al Peñón, de donde pasaría a Tetuán, en lo que sería, asimismo, el primero de sus exilios[51].

Da la sensación de que por parte de España nunca se entendieron claramente los objetivos de Abd el Krim padre, ni lo delicado de su situación en Axdir. Siempre lo tacharon de desagradecido, lo mismo que a sus hijos, olvidando, aparentemente, que no eran españoles, y que, si obtenían ventajas de la Comandancia General, también prestaban un servicio y pagaban un precio por ello.

Durante gran parte del año siguiente las aguas volvieron a su cauce. Abd el Krim obtuvo en enero la cruz de Caballero de Isabel la Católica, y su padre, en abril, un aumento en la pensión, desde 75 pesetas al mes, que era el tramo más elevado, hasta 250, seguramente porque los franceses, interesados en él, ofrecían 225. Seguía siendo considerado a la sazón «muy adicto a nuestra causa y además

[51] Gómez Martínez, págs. 233-236 sobre el desembarco frustrado, y 238-239 sobre su exilio.

de gran prestigio e influencia»[52]. Quizás animado por ello, solicita la nacionalidad española, con un informe positivo que exalta «su españolismo»[53].

Para completar el panorama, Mohamed acaba sus estudios y supera la reválida, obteniendo el diploma de maestro de primera enseñanza elemental. Su padre, arrobado, escribirá desde el exilio tetuaní una carta de agradecimiento, alabando a España, «¡la Magnífica!»[54].

No obstante, la impaciencia permanecía latente, como se aprecia en una carta de 1 de septiembre[55] del comandante militar de Alhucemas a Gómez Jordana, el comandante general, en la que dice que la familia «ha perdido cuanto tenía por estar al lado nuestro», y que «están dispuestos a perder la vida si es que tratamos de ir a tierra», es decir, a hacer el desembarco, pero que ya están abandonando la esperanza de que se vaya a llevar a cabo. Seguramente, se calmó algo cuando en noviembre se le concedió una indemnización de 2.000 duros por los bienes que había perdido.

En junio de 1913 se produce una nueva decepción. Se había resucitado el plan, y según el general Villalba, los preparativos estuvieron muy avanzados: «mandaba yo una brigada […] y estaba dispuesta y preparada la operación al efecto, cuando surgió el incidente doloroso del *Concha,* y la operación se suspendió». Alfau, en cambio, opinaba que «hubiera sido un desastre, porque no había preparación necesaria ni base para ello»[56]. En cualquier caso, se vio frustrado por un doble motivo.

De un lado, el Raisuni, siempre entregado a su propio juego, lanza un severo ataque en Laucien, en la zona occidental, que obliga a enviar tropas para hacer frente a la emergencia. De otro, el cañonero *General Concha,* desorientado por la niebla, embarranca en las costas de Bocoya, al oeste de Beni Urriaguel, y es asaltado por los rifeños que lo saquean, llevándose cuatro cañones, uno de ellos operativo, y doce prisioneros. Ambas crisis, justificadamente, obligan a suspender la operación, pero se trata de una nueva demora que acrecienta la inquietud de los aliados en la cabila, siendo Abd el Krim «una de las personas que sufrieron mayor contrariedad cuando España no hizo el desembarco de 1913»[57].

Vale la pena al respecto aludir a una carta, torpemente traducida, del padre al hijo[58]. De una parte, refleja el temperamento y las ideas del primero. De otra, muestra uno de los aspectos peculiares de las relaciones entre el Peñón y la costa. Cuando eran buenas, ambas partes comerciaban con gran asiduidad, y con pingües

---

[52] Ibíd., págs. 266-267.

[53] Ibíd., pág. 275. Parece que reiteró la solicitud en agosto (pág. 305).

[54] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 10. La traducción tiene fecha de 23 de agosto.

[55] Gómez Martínez, pág. 300.

[56] *Diario del Senado* de 2 de diciembre de 1921, intervenciones de ambos generales, y del 6 de diciembre con las de González Hontoria –entonces ministro de Estado–, Maestre, Luque y, de nuevo, Alfau para interesantes noticias adicionales sobre esa materia.

[57] *Diario del Congreso* de 21 de octubre de 1921. Intervención de Martínez Campos.

[58] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 3. Axdir aparece escrito en el original como «Aydir», lo que era frecuente.

beneficios. En cambio, cuando eran malas, se establecía un bloqueo mutuo, y rifeños y españoles, que el día anterior habían regateado por el precio de unas velas o unos huevos, se tiroteaban con profusión.

Dice el faquí: «lo que ha de terminar todo y oprimir es que España si corrige a los de Axdir, los oprime con fuego, los rechaza con fuerza y les quita el dinero, volverán hacia España […] y toda la gente desembarcará […] sin fuego, como lo hicieron los de Tetuán. Después del desembarco y ocupación del lugar, entonces Dios dirá; para esto es preciso el dinero». Sigue: «diles que aumenten el fuego contra Axdir, con dureza, y que se guarden mucho de tener prisa para la paz».

En otras palabras, alentaba a que se bombardeara su propio poblado, para acabar con la resistencia y, es de suponer, para consolidar su posición.

Posiblemente para apaciguar a los Jatabi, las autoridades multiplican los gestos. En julio, Abd el Krim es nombrado cadí o juez, con un salario de 250 pesetas, y con potestad para aplicar la sharía en pleitos de Derecho Civil. En agosto, tanto su padre como él reciben la medalla Militar con distintivo rojo, que conlleva una pensión de 75 pesetas para el primero y de 50 para el segundo, «en recompensa de los señalados servicios prestados a España, sacrificando por ello sus intereses»[59].

No se dan por satisfechos, sin embargo, y el 19 de septiembre solicitan una entrevista con Jordana. En una nota[60], se adelantan al general los motivos de la misma. El primero, pedir «un cambio radical de política en Alhucemas, pues no tenemos amigos». Para ello, van a sugerir «robustecer la autoridad de los jefes del campo, comenzando por Axdir», y suprimir las pensiones «de los individuos que no las tengan con aprobación de su chej». En caso contrario, «él, su padre y su familia no podrán continuar siendo amigos nuestros y marcharán al campo». Se trata de una amenaza, si no se cumple lo que quieren, que es aumentar su poder. El tercer punto señala que si se desea conceder preferencia a uno de los cuatro jefes de Axdir, «sea su padre el preferido», si bien cree «preferible que se cuente a los cuatro por igual y se procure unirlos estrechamente».

Van a plantear, asimismo, otro asunto totalmente distinto. Pretenden obtener la mediación del general para que una hermana de Abd el Krim que se ha escapado de casa de su marido, obtenga de este la carta de divorcio. Están dispuestos a dar «algún dinero», «pues de lo contrario habrá tiros entre ellos».

Todo ello exige una breve mención de las interioridades de Beni Urriaguel. La cabila estaba dividida en dos grandes grupos: el que habitaba la montaña, gente más ruda e intransigente, y el que vivía en la playa, acostumbrado al trato cotidiano con los cristianos y más abierto a una colaboración con España.

Entre este, había cuatro grandes familias principales, las encabezadas por Chindy, Mohand Abocoy, Si Bucar y los Abd el Krim. Un informe del coronel Gavilá, comandante militar de Alhucemas[61], los describe. El primero tiene «una

[59] Ibíd., carpeta 4.
[60] Ibíd., carpeta 2.
[61] Gómez Martínez, págs. 544-548. Es de 22 de noviembre de 1914.

familia numerosa, valor, inteligencia y dinero»; el segundo, «es bravo, dispone de familia numerosa, es hombre de acción, pero carece de inteligencia y es fácil de sugestionar»; el tercero, «tiene el antiguo prestigio [pero] ni es hombre de acción ni dispone de numerosa familia, [y] es pobre». Se describe a Abd el Krim padre como con «familia poco numerosa, no es hombre de acción, pero es letrado e inteligente». Chindy y él eran los más importantes.

Hay que resaltar el énfasis que se pone en la familia y los medios económicos, bases del sistema clientelar en que se apoyaban los notables.

Sánchez Pérez, de su lado, únicamente menciona a tres clanes, quizás excluyendo a Si Bucar. Habla del Hach Chedadi, muy probablemente «Chindy», que en otros documentos aparece con el título de Hach, reservado a los que han hecho el peregrinaje a la Meca, al que califica de «el más influyente, por ser el más rico»; del jerife Sidi Ahmed Boryla, «el más enérgico», y del padre de Abd el Krim, «el más sagaz»[62].

Riquelme[63] explica que no se citase a Bucar, cuando lo define como «hombre de pocos ánimos y, sobre todo, muy imprudente», y, además, «de escasa representación y prestigio».

Resultaba difícil para los españoles mantener un equilibrio, sin herir susceptibilidades, entre esos prohombres, que en diversas ocasiones compararon con los caciques de la península. Ni Chindy ni Abd el Krim se consideraban inferiores a nadie, y ambos se estimaban con títulos suficientes para dirigir a la cabila. La cuestión del divorcio de la hermana, casada con un familiar de Abocoy, era una complicación añadida que dificultaba la concordia.

Jordana y Gavilá, el coronel que ejercía de comandante militar del Peñón, intentaron navegar como pudieron en esas procelosas aguas, ejerciendo una función de tercería[64], seguramente ingrata, que les obligaba a entrar en sórdidos detalles, porque Abd el Krim, ejerciendo de abogado de su hermana, ofrecía solo doscientos duros, mientras que el esposo pedía quinientos. La disputa, menor, envenenaba el ambiente en Axdir. En mayo de 1914 la cuestión seguía sin resolverse, lo que llevó al comandante general a telegrafiar al comandante militar que «tengo gran interés en que se solucione favorablemente este asunto», que crea problemas indeseables entre dos clanes influyentes. Al parecer, el padre tenía la intención de casar a la hija con alguien de una «familia pudiente»[65].

Mientras, continuaban las larguezas españolas. En octubre se concede al cadí la medalla de África y en marzo del año siguiente se accede a costear los estudios de ingeniero civil de Mohamed. Es notable que antes hubiera solicitado ingresar en la Academia de Ingenieros del Ejército. No se le dio la preceptiva autorización,

---

[62] Sánchez Pérez, pág. 136.

[63] *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 279.

[64] En AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 2, hay abundante documentación al respecto.

[65] Ibíd., loc. cit.

pero el deseo de servir en las filas españolas resulta muy significativo. Quizás si se le hubiera permitido, toda su trayectoria habría cambiado.

Probablemente, 1914 contemplaría el apogeo de la relación de España con la familia, que continúa desempeñando funciones de información. Por solo poner algunos ejemplos, el 3 de marzo, Abd el Krim «facilita relación de varios moros de Axdir que tienen protecciones extranjeras»[66]. En una fecha no determinada de ese año, solicitó que se pusiera en libertad a cuatro hombres «los cuales fueron presos a su instancia por estimarlo de conveniencia política». Sus deseos fueron cumplidos, ya que «se decretó la libertad de los mismos»[67]. Desde luego, esa capacidad de influencia tenía que darle un juego muy considerable.

Pero hay un documento mucho más revelador[68]. En él dice, parece que es el padre quien lo escribe, «que cree de una conveniencia muy grande no hablar con ninguno de Beni Urriaguel» sobre el desembarco, «a fin de que no se llame la atención entre la gente joven, que es precisamente la gente de acción que en todas partes lo revuelve todo».

Para desembarazarse de ella, propone que se aproveche la habitual partida de los braceros a Argelia, ofreciendo, al objeto de estimularla, pasajes baratos. «Para ello es una argucia muy beneficiosa la de que los barcos de la misma compañía se hagan la competencia unos a otros, a fin de que no sospechen nada». En efecto, se trataría de una estratagema, porque el transporte deberían realizarlo exclusivamente buques de la Compañía de Correos de África, española, y no de empresas extranjeras, al objeto de, una vez que estuvieran todos a bordo, llevarlos a un puerto de la península, en lugar de a Orán. Allí «quedarán detenidos hasta que se disponga, por haber conseguido lo que se proyectaba», esto es, el desembarco. Si fuera preciso, para justificar el cambio de rumbo, «los de la tripulación pueden buscar pretexto para que ellos protesten, y como consecuencia de ello, por su conducta, los llevan a España».

Puestos así a buen recaudo todos esos jóvenes, «se deben hacer las gestiones para desembarcar en Alhucemas», y de esa manera, «los amigos pueden trabajar con toda libertad, porque nada pueden temer de los que en otras ocasiones les estropeaban sus planes».

El escrito es, ante todo, un monumento al maquiavelismo. Se trata, ni más ni menos, de organizar un secuestro masivo de los compatriotas del autor. Tiene también otros dos aspectos notables. Uno de ellos, la insistencia de los Jatabi en que los españoles ocuparan Axdir, en beneficio de la familia, naturalmente, por lo que procuran facilitarles la labor todo lo posible. Otro, la pugna de los notables con «el pueblo pequeño», al que pertenecían los braceros que se desplazaban a Argelia para trabajar en el campo y así ganarse la vida. A la vista de esas líneas, resulta

[66] Ibíd., loc. cit.

[67] Ibíd., loc. cit.

[68] Ibíd., loc. cit. Tiene fecha de 2 de marzo de 1914, carece de firmas y de sellos, y en el encabezamiento está escrito a la izquierda «Abd-el-Krim de Aydir (Beni Urriaguel)» y, a la derecha, «Kadi Sid Mohamed Ben el Kadi Sid».

difícil aceptar las protestas que Abd el Krim haría años después presentándose a sí mismo y a su padre como patriotas rifeños de la primera hora.

En abril, en premio a sus servicios, es nombrado simultáneamente cadí de Farjana, lo que le otorga una jurisdicción territorial definida, de la que antes carecía, y, más importante, cadí *codat.* Se trata de un cargo, concedido por el sultán, y no por la potencia protectora, que equivale a juez de jueces, como presidente del Tribunal de apelación, y máxima autoridad judicial en la zona. Llegaba así a un puesto extraordinariamente elevado, sobre todo teniendo en cuenta que en la región apenas había funcionarios musulmanes de categoría, desempeñando la gran mayoría funciones muy subalternas.

Por su parte, Mohamed volverá a Málaga para obtener el diploma de bachiller, que conseguirá en un año, en lugar de los tres preceptivos, merced a la convalidación de asignaturas ya aprobadas cuando estudió para maestro.

En mayo, en teoría, tenía que haber asistido a un triunfo igual para su padre. Ese mes hubo largas negociaciones en el Peñón. El 15, se comunicaba que Abd el Krim, Chindy y Abocoy «han firmado documento [...] comprometiendo ser hermanos». El telegrama figura en una carpetilla que recoge las gestiones con los tres, con una finalidad que se describe elocuentemente: «para que cesen entre ellos las diferencias y puedan trabajar unidos preparando el terreno para cuando llegue el momento del desembarco en Beni Urriaguel»[69]. El 31, otro indica que los demás notables de Axdir reconocen la jefatura del primero para «dirección *yemáa* y trabajos colectivos»[70]. Concibe tantas ilusiones que hasta pide una subvención adicional para atender a toda la gente que prevé se le va a presentar en su casa en demanda de favores.

Pero enseguida se desploma el castillo de naipes. El 15 de junio, Abd el Krim transmite la queja de su padre porque los otros tres jefes no admiten su autoridad. Lo que es más grave, acusa a Gavilá, y al capitán Sist, jefe de la Oficina Indígena de Alhucemas, de estar contra él. El 1 de agosto, el primero transmite una confidencia de que el padre de Abd el Krim se cartea con jefes enemigos de España y es posible «que se retiren al campo para declararse en contra nuestra». El 18 de agosto el Beni Urriaguel acusa a Sist de que «se mostró reacio para darle la mano y saludarle»[71].

Se emprende así un rumbo de colisión entre las autoridades del Peñón y los Jatabi que tendrá las más serias consecuencias. Gómez Jordana intentará calmar los ánimos, recordando que «ahora más que nunca es indispensable tenerle de nuestra parte» (a Abd el Krim padre), e intentando mantener una postura equidistante, sin entrar en las rencillas internas. Pero es evidente que piensa que Gavilá no es neutral, y así alude al «afecto que siente Vd. por

[69] Ibíd., carpeta 3.
[70] Gómez Martínez, pág. 485, telegrama del Peñón de 31 de mayo.
[71] Ibíd., págs. 492, 495 y 504, respectivamente.

Chindy»[72], a quien el general acusa de haber dado muerte a dos aliados de su rival. No obstante este reproche, el comandante militar acertaba en dos de las observaciones que hace. La primera, cuando afirmaba que «los trabajos de Sidi Abd-el-Krim en la cabila son muchos de compras de terreno para sociedades mineras», lo que como cadí tenía prohibido; la segunda, al asegurar que «en Beni Urriaguel nadie manda»[73].

Resulta, en todo caso, muy esclarecedora una carta que un cadí próximo a Chindy escribe a Jordana el 10 de diciembre. Afirma en ella que el padre de Abd el Krim pretende «gobernar la cabila de Beni Urriaguel» y ser «general de los moros»[74]. Es indiscutible que así era, y precisamente a alcanzar ese objetivo estaba orientada toda su política hacia España.

Por otra parte, tras la actitud de las autoridades del Peñón yacía lo que ellas percibían como un agravio. Los Abd el Krim habían conseguido una posición única. Con uno de sus miembros en Axdir y otro en Melilla, tenían un enlace directo con la Comandancia General a la hora de obtener favores para su clientela, mientras que los otros notables estaban obligados a tramitarlos a través de Alhucemas. Ello daba a Gavilá y a Sist un poder del que escapaba El Jatabi, lo que, a buen seguro, les molestaba. En efecto, la posibilidad de conseguir prebendas era un elemento esencial a la hora de tejer redes clientelares. Abd el Krim la presentaría, incluso como un deber: «la obligación de todo jefe era ser amable con todos los de su familia y portarse bien con ellos, a fin de que nadie marchara de su lado»[75].

En cambio, para Jordana, que disponía de informadores propios en el Peñón, al margen de la Oficina Indígena, ese canal sin intermediarios le era útil, y más cuando tenía la convicción de que, en aquellos momentos, los Abd el Krim eran el clan más poderoso de Beni Urriaguel y convenía tenerlo cerca. Continuó, sin embargo, sus esfuerzos por mantenerse equidistante, y así, en enero de 1915 recibió tanto a El Jatabi como a Chindy, pero evitó que ninguno de ellos supiera que había visto al otro[76].

El estallido de la Primera Guerra Mundial detonaría el conflicto con los Abd el Krim. En ese ambiente, la obtención, con varios sobresalientes y notables[77], del título de bachiller por Mohamed, que le abría las puertas de los estudios en Madrid, a cargo del Ministerio de Estado, tenía una importancia menor.

No obstante estos roces con Alhucemas, el mayor de los Jatabi no había variado, al parecer, su postura respecto a España. Y así, escribía el 9 de septiembre a

[72] Ver, en ibíd., la muy interesante correspondencia entre ambos, entre págs. 544 y 564.

[73] Ibíd., carta a Gómez-Jordana de 22 de noviembre de 1914, págs. 544-548.

[74] Ibíd., págs. 550-552.

[75] Ibíd., pág. 554. Informe, de 12 de diciembre de 1914, de Abd el Krim, trasladando una conversación con Chindy.

[76] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 3. Nota de enero de 1915.

[77] Ibíd., carpeta 2. Nota de 25 de septiembre con sus calificaciones.

Jordana que «he sido, soy y seré de los más adictos servidores de la nación española, anhelando siempre que lleve a cabo sus deseos en este territorio»[78].

El encarcelamiento de Abd el Krim

Entre los muchos contactos de negocios que el cadí *codat* estableció en Melilla había empresas españolas, como la Compañía Española de Minas del Rif, o Setolazar, con las que mantuvo relaciones durante años, pero también figuraba la muy poderosa alemana, Mannesman, que, cuando estalló el conflicto, fue utilizada por el Gobierno del káiser para desarrollar su estrategia en el Rif[79]. Esta se define claramente con motivo de la entrada en la lid de Turquía, al lado de los imperios centrales. Contando con el prestigio de los sultanes otomanos, en cuyos dominios residía el Gran Mufti de Jerusalén, se sueña con una yihad universal de los musulmanes contra los aliados, desde la India a Marruecos. El proyecto quedó en poco, pero suscitó las más vivas inquietudes en París y Londres, que dependían de sus colonias para el suministro de materias primas, y de decenas de millares de combatientes.

Una de las principales piezas de ese juego en Marruecos será Abd el Malek, nieto de Abd el Kader, el famoso resistente contra los franceses en el siglo XIX.

Abd el Krim no hizo desde el inicio de la guerra ningún misterio de su germanofilia –«con toda lealtad debo decir que al principio no rechacé la mano que me tendía»–, y de sus deseos de una derrota francesa. Un casco prusiano en miniatura, colgando de la cadena de su reloj, simbolizaba sus simpatías. Es sabido, también, que reconoció que estaba en tratos con un agente de nombre Francisco Farle, del que recibió dinero, se dice que 70.000 duros, aunque pretende que parte lo quería destinar a formar una harca para defender el Rif contra los españoles[80].

Desde luego, su padre estuvo en tratos con Abd el Malek[81], e incluso se llegó a reunir con él, llevando un contingente de Beni Urriaguel, y obteniendo a cambio regalos y la concesión de pensiones. De nuevo, su actitud era lógica. Tenía sentido apoyar a los enemigos de Francia, en la esperanza de que, si triunfaban, agradecerían los servicios prestados, aun a costa de España, cuando llegara la paz. El objetivo final de El Jatabi no variaba, pues, únicamente cambiaban los interlocutores.

Estas peligrosas combinaciones ponían a Madrid en una situación muy delicada. Como nación neutral, estaba obligada no solo a abstenerse de tomar partido, sino también a impedir que en territorios situados bajo su responsabilidad se realizasen acciones a favor de cualquiera de las partes. Lyautey que, al igual que

[78] Ibíd., carpeta 6.

[79] Romanones, págs. 109-113, suministra detalles sobre la misma, y sobre actividades de agentes alemanes.

[80] Roger-Mathieu, págs. 60 y 61.

[81] Para este episodio, Madariaga, págs. 120-133.

otras autoridades francesas[82] no ocultaba su desprecio por España, que estimaba carecía tanto de títulos jurídicos para ejercer un verdadero protectorado como de capacidad o voluntad de ocupar su zona de responsabilidad, aprovechaba toda ocasión para lamentarse de la actitud de las autoridades de Tetuán, a las que tenía por proclives a Alemania.

Fruto de sus presiones habría sido la detención de Abd el Krim en Melilla, realizada «a petición Lyautey», como dice el interesado[83]. Se trata de un episodio central en las relaciones del rifeño con España, por lo que es preciso abordarlo con algún detenimiento.

El antecedente más antiguo que se ha encontrado es un escrito del alto comisario al comandante general de Melilla, en el que le señala que «me ha comunicado el gran visir que dicho indígena [cadí de Farjana, Sid Mohamed ben Abd el Krim El Jatabi] es, al parecer, protegido de Francia»[84]. Desde luego, la información estaba completamente descaminada, pero indica que, en el contexto de la guerra, las actividades del cadí *codat* preocupaban en las alturas. No afectó en nada a los lazos que este seguía manteniendo con las autoridades, y así una nota de 3 de marzo del Estado Mayor de la Comandancia General indica que «esta tarde recibirá V.E. a Abd-el-Krim padre e hijo para tratar de asuntos de Alhucemas». Riquelme los acompañará[85]. Es posible que se refiera a esa estancia en Melilla del mayor de los Jatabi un escrito de 5 de abril, en el que se dice que ha estado alojado once días en el Hotel Marina, generando un gasto de 44 pesetas, que Riquelme sugiere que se pague a cuenta del Ministerio de Estado, lo que se autoriza[86].

En mayo, sin embargo, empiezan a precipitarse los acontecimientos. El 11, Alhucemas informa que «faquí Si Abd-el-Krim continúa su labor en contra nuestra», y va a renunciar a cobrar la pensión que recibe. El 13, Melilla responde expresando su desacuerdo; atribuye la información a enemigos de los Jatabi[87].

Insiste, no obstante, el Peñón al día siguiente, mostrando su preocupación por que algunos han quemado sus libretas de pensionistas, debido a que Si Abd el Krim «dice que religión musulmana prohíbe recibir dinero de cristianos»; «actitud Si Abd-el-Krim produce sus resultados, excitando amigos separarse de nuestra causa». El 15, Gavilá se decide a escribir una carta manuscrita a Jordana al respecto. Cita a varios testigos, todos ellos pensionados, que ratifican la anterior información. La quema obedece a que «han vuelto a ser musulmanes y serán redentores del islamismo». Uno añade que el padre de Abd el Krim ha aconsejado pregonar la yihad, manifestando que si hacía falta dinero, «se lo facilitarían los franceses», lo que no es muy verosímil.

[82] Ver algunos ejemplos en Courcelle-Labrousse y Marmié, págs. 49, 75-82, 92 y 99.
[83] Roger-Matheu, pág. 60.
[84] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 2.
[85] Ibíd., loc. cit.
[86] Ibíd., loc. cit.
[87] Ibíd., loc. cit., para ambos telegramas.

Comenta el coronel que «todas las familias» de Axdir han nombrado una comisión para reunirse con él, a fin de «ofrecer sus servicios para facilitar el embarque [debe querer decir "desembarco"] y me aseguraron protegerían a los que vinieran a efectuarlo». Solo los Jatabi se excusaron.

El comandante militar sugiere que el hijo «se imponga» a su padre, para que él y su tío[88] se vayan a vivir a Tetuán o a Melilla, a fin de tenerlos controlados. Si ello no resulta, se debe «prender a los hijos y anular al padre y al hermano». En todo caso, «debe vigilarse estrechamente» a los primeros, «no sea desaparezcan de Melilla». Se muestra indignado por la postura del faquí: «ningún indígena ha recibido de todos más favores, ninguno se ha puesto más abiertamente en nuestra contra».

Amplía la información el 19: «he conferenciado hoy con cadí Si Abd-el-Krim, el cual ha confirmado no cobraría más de España y que devolvería último dinero cobrado. Ha hecho demostraciones de haber olvidado todo resentimiento conmigo […] Estoy convencido, a pesar de estas demostraciones que sólo las ha hecho a causa de presión su familia […] Considero indispensable que su hijo le obligue trabajar favor nuestra causa».

Una nota de Melilla, del 26, quizás de Riquelme, manifiesta que ha hablado con Abd el Krim hijo, que da una versión muy distinta de la conversación. Comenta, además, que el comandante militar preguntó a su padre «si ya había olvidado los beneficios que España le había concedido, contestándole que no los negaba, pero haciendo ver que España tampoco debía olvidar los servicios, los daños y los sufrimientos de él por nuestra causa desde hace muchos años, con lo cual se compensaban los unos con los otros»[89].

El intercambio muestra la absoluta divergencia de perspectivas de ambas partes. Gavilá, y otros, pensaban que habían «comprado» a la familia, que, por tanto, debía ser un instrumento dócil en sus manos. Esta, por el contrario, opinaba que se trataba de una relación de doble vía, de la que ambos se beneficiaban por igual. Nadie debía nada a nadie.

En cuanto al asunto de las libretas, era serio. Las pensiones eran el medio para ganarse apoyos, que se perdían si se renunciaba a ellas. Aquí se puede apreciar un reflejo de lo anterior. España quería que se siguieran cobrando, para así conservar sus derechos sobre los beneficiarios, pero estos consideraban que se trataba de una relación contractual que podían romper cuando juzgasen oportuno.

En cualquier caso, existía entonces una sensación de distanciamiento respecto a los Abd el Krim, como demuestra que el mismo 26 el comandante general se dirija al alto comisario para informarle de que «para tratar atraer de nuevo al cadí

[88] Se refiere a Si Abdeselam, compañero de estudios de Abd el Krim y uno de sus principales colaboradores en su subsiguiente trayectoria.

[89] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 2, documentos de 11, 13, 14, 15 y 26 de mayo de 1915.

Si Abd-el-Krim y que labore activamente nuestra causa, se ha encargado a hijo Si Mohand le escriba al padre, haciéndole saber no es admisible actitud pasiva se coloca en percibir pensiones ni otros beneficios, pues equivale esa conducta trabajar contra nuestra, porque da lugar a que otros le imiten y cunda así la rebeldía». Al tiempo, «encarezco a V. E. necesidad tratar a dicho cadí con toda consideración y afecto, objeto desvirtuar antiguas diferencias»[90].

Al margen de esta correspondencia, todo sigue igual, y un día antes Mohamed se ha presentado en la Oficina Indígena de Melilla «para acordar forma de proseguir sus estudios». Le faltan tres asignaturas para acabar el bachillerato, y desea cursarlas al tiempo que prepara su ingreso en Minas. Se le contesta afirmativamente: que las estudie en el Liceo de la plaza, y que se presente a los exámenes de septiembre[91].

Existe un documento muy interesante de 3 de agosto[92], porque ofrece la visión de Abd el Krim sobre un tema tan espinoso como son las maniobras germano-turcas contra Francia en Marruecos, que pronto le afectarán.

Se trata de una conversación con un jefe[93] de la Oficina Indígena Central, de Melilla. Reconoce sin rodeos que su padre se entrevistó con un oficial turco desembarcado en Beni Urriaguel, que le habló de la preparación de un levantamiento en Túnez, Egipto «y demás colonias», y del destacado lugar que Abd el Malek jugaba en él, «apoyado por los elementos más prestigiosos del país marroquí y por otros oficiales turcos [el mismo Abd el Malek lo había sido], y hasta dicen que algunos alemanes».

Abd el Krim hijo enfatizó que estaba dirigido exclusivamente contra Gran Bretaña, Francia y Rusia, y que las proclamas del sultán otomano que se distribuían en los zocos subrayaban «muy especialmente la abstención de toda hostilidad contra alguna otra nación».

El autor del informe concluía que en todo ello «juega un importante papel el cadí Si Abd-el-Krim», y que tanto él como su hijo colaborarán «gustosos» en el movimiento porque «son muy enemigos» de Francia «por la desconsideración con que trata a los marroquíes», además de que creen que de esa manera «recuperarán en parte el prestigio y consideraciones de que siempre gozaron entre los suyos Abd-el-Krim y su familia».

Analiza luego la actitud que debería adoptar España ante la situación. Piensa que un levantamiento de ese tipo «poco podrá perjudicarnos», y que tendrá la ventaja de «desviar hacia la zona francesa los elementos díscolos». Para ello, habría que permitir que participaran en él los indígenas amigos, ya que dejar «maniobrar solos a nuestros enemigos sería para nosotros más desfavorable».

---

[90] Ibíd., loc. cit.

[91] Ibíd., loc. cit., escritos de 25 y 30 de mayo.

[92] Ibíd., carpeta 5. El escrito no tiene membrete ni firma, solo fecha.

[93] Probablemente, o el coronel Ardanaz o el teniente coronel Riquelme.

Comprende que, dada la neutralidad española, actuar así puede ser «moralmente depresivo», por lo que «quizás no habría otro remedio que suprimir las pensiones», para desligarse oficialmente de sus actos. Era, claramente, partidario de dejar hacer, amparándose en que todas las actividades se desarrollarían en una parte no ocupada de la zona española.

Si, en cambio, se optaba por «contrarrestar tales manejos turcos», entonces «sólo se lograría atraer hacia nosotros toda esa revuelta, con gran ventaja para la acción francesa y serios perjuicios para la nuestra».

Debió hacer mella el informe, porque el 5, Abd el Krim, siguiendo órdenes manda una carta a su padre subrayándole que «es de absoluta necesidad te abstengas de laborar a favor de la proclamación del sultán de Turquía como sultán del Rif». Una nota del día siguiente señala que aquel «duda de que, aun queriendo, [su padre] pueda sustraerse a la presión que sobre él ejercen los moros de la cabila». Había pedido permiso para ir a Beni Urriaguel a discutir el asunto, pero se le denegó, lo que le molestó, por tomarlo como una prueba de desconfianza[94]. Evidentemente, el mando supremo se había inclinado por respetar la neutralidad, en contra de los consejos de la Oficina de Melilla.

Pero enseguida todo empieza a complicarse. Un escrito de 7 de agosto del comandante militar de Alhucemas enviado al general Aizpuru, para entonces comandante general, en lugar de Jordana, que pasa a alto comisario, señala, con evidente delectación, que «por fin ya tengo en mi poder documentos que acreditan la conducta en contra de España del faquí Si-Abd-el-Krim». Manifiesta que, además, trabaja «con los extranjeros». Uno de esos papeles era una carta con instrucciones a los enemigos de España. Había que pagar por ella 3.000 pesetas, de las que había adelantado 1.500[95].

El mismo día en que la tormenta estalla, nadie lo habría podido predecir. Prueba de ello es que el 16 Aizpuru escribe a Jordana. Contesta a una carta de este de 21 de julio, preguntándole su opinión sobre la solicitud de nacionalidad de Abd el Krim.

Responde que no le parece conveniente acceder, por su actual cargo de cadí de Farjana y de «presidente del tribunal de apelación de los asuntos en alzada fallados en las demás cabilas». Lo había comentado con el interesado, que reconoció que cuando formuló la petición su situación era distinta, y que lo había hecho entonces «con el mayor amor», movido por «su entusiasmo por la acción civilizadora de nuestra nación». El auditor, en un informe del 18, concurría. No procedía aceptar, porque Abd el Krim ocupaba un cargo jerifiano[96].

[94] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 2 para ambos escritos.
[95] Ibíd., carpeta 9.
[96] Ibíd., carpeta 2.

También el 16, el comandante general telegrafía a Alhucemas[97] ordenándole que «avise de nuevo al cadí Si Abd-el-Krim [el padre] venga a verme, toda vez que ya ha pasado Ramadán, para comunicarle instrucciones me dejó general Jordana».

Pero con esa misma fecha, el capitán Sist escribe un informe[98]. Ha hablado con Abd el Krim, el día anterior, en el café Marina, obteniendo unas presuntas declaraciones que hacen el efecto de una bomba en Tetuán y en Melilla.

Las resume en doce puntos, de los que los principales son los siguientes: Turquía, y en concreto el partido de los Jóvenes Turcos, trabaja para un levantamiento de todo el islam contra los aliados, lo que equivale a declarar la yihad; «él y su padre han abrazado con entusiasmo esta idea y por ella laboran sin que nada pueda hacerlos desistir de su propósito». «Considera como la muerte de su pueblo [Beni Urriaguel] la ocupación por España, a cuya ocupación se opondrá».

Esta debe contentarse con el territorio que hasta ahora domina. En el resto, se instalará un majzén «que podrá pactar» con ella. Tienen la esperanza de que, acabada la guerra, se acuerde la independencia del Rif.

Se formarán harcas contra Francia, aunque no contra los españoles, y se establecerán guardias en el Kert para asegurarse de que España no lo cruza.

Se restablecerá la multa general en el Rif. Era esta materia de enjundia. Las Oficinas Indígenas siempre habían procurado que sus pensionados se ocupasen de que no se establecieran multas –de hecho, era una de sus principales funciones–, de modo que se mantuviesen vigentes las deudas de sangre, que garantizaban una guerra intestina perpetua, o al menos un estado de inseguridad permanente, en el interior de las cabilas y de las fracciones. Se trataba del mejor antídoto contra la creación de harcas, que requerían un mínimo de cohesión entre sus miembros. La multa, en cambio, permitía resolver los conflictos internos sin víctimas. Que se pretendiera volver a ella era, para España, una pésima noticia.

Tras enumerar los agravios, Sist extrae las conclusiones. Abd el Krim no mantiene la neutralidad que exige su cargo; por su posición, puede adquirir información confidencial; la yihad, la unión de Beni Urriaguel, las guardias en el Kert y la reposición de las multas son «un peligro constante», y toda esa actividad «puede dar lugar a reclamaciones de orden diplomático» contra España. Por ello, «considera peligrosa la actitud de la familia del faquí Si Abd-el-Krim si no se toman medidas que la hagan cesar definitivamente».

Sin duda para aclarar estos extremos tan vidriosos, Riquelme se reunió a su vez con el cadí *codat*. El 22, el comandante general informará al alto comisario del resultado. El rifeño había manifestado que se limitó a hacerse eco de los sentimientos a favor de los alemanes que existían en las cabilas, pero nunca dijo que su padre los compartiese. «Efectivamente, contestando molesto a una frase del capitán Sist de que estaba seguro de que en su fuero interno deseaba la independencia de Marruecos y la expulsión de

[97] Ibíd., loc. cit.

[98] Ibíd., carpeta 10.

los cristianos, dijo que sí, picado su amor propio por concepto tan injusto» (en mayúsculas, en el original); «estaba dispuesto a jurar que nunca traicionaría a España» (en mayúsculas). Sentía simpatía por Turquía y Alemania, «pero siempre por España, por encima de todo». Una anotación indica: «el relato de esta conversación es muy interesante y desvirtúa casi por completo el grave informe de Sist».

Un documento del 27, dirigido desde Melilla al alto comisario[99] alude a otra entrevista con Abd el Krim, «haciéndole presente mala impresión en vista declaraciones que acerca conducta su padre me hicieron en Alhucemas muchos jefes Beni Urriaguel, algunos de los cuales me afirmaron no sólo laboraba a favor de Alemania, sino contra España. Me aseguró ser falso», atribuyendo esas declaraciones a enemigos suyos. Dijo, sin embargo, que «su padre no puede sustraerse de laborar favor turcos y alemanes, por exigírselo la cabila». Se le sugirió que entonces se fuera a Tetuán o a Fez. Estima el autor del texto, posiblemente Aizpuru, «muy importante volver a atraer al faquí Abd-el-Krim […] [y] muy peligroso romper violentamente con él […], por lo que ruego a V.E. me autorice para aplazar el careo con capitán Sist, que, en cualquier caso, hará tirante la situación». Con objeto de suavizarla, «he autorizado al hermano menor para que marche a Beni Urriaguel». Enseguida se verá que Tetuán no compartió su criterio.

El 30, para lavar su honor, el padre de Abd el Krim se dirigirá por escrito a Aizpuru, resaltando de Gavilá «su falta de consideración hacia mí y mis intereses, tratándome como un enemigo irreconciliable»[100].

Jordana juzgó la situación lo suficientemente seria como para enviar a Melilla a su hijo, que estaba en su Estado Mayor, y que aún no había cambiado su nombre de Gómez Souza a Gómez-Jordana, como después haría.

En una carta de 4 de septiembre[101] le cuenta su viaje de 17 horas en barco, presumiendo de no haberse mareado en el trayecto, gracias a unas «píldoras milagrosas». Lobera se había comprometido a conseguirle seis cajas, que compartiría con su padre, que, al parecer, tenía el mismo problema.

Cuenta, sin mencionar la fecha, que asistió a un careo entre Abd el Krim, al que llama, como era habitual Si Mohand, y Sist, al que describe como «persona de carácter y listo». El Beni Urriaguel negó las acusaciones, atribuyendo sus palabras a «que en aquel momento estaba enfadado», pero sin lograr convencer «a un ánimo sereno e imparcial como el mío». Admitió que «su padre laboraba[102] a favor de Alemania», pero «que ni su padre ni él harían nada que no favoreciera a España».

[99] Ibíd., carpeta 1.

[100] Ibíd., loc. cit. Para ambas comunicaciones.

[101] Ibíd., carpeta 8. La carta está manuscrita, en papel con membrete de la sección de campaña del Estado Mayor de Melilla.

[102] La expresión, usada en este y otros textos del caso, en la época implicaba una actividad revolucionaria, y se puso en boga en relación con los independentistas cubanos del siglo anterior.

Aizpuru, entonces, le hizo un «spich» (sic, por *speech*) y «le mandó salir». Se quedaron a deliberar el general; Ardanaz, entonces jefe de la Oficina Central; Heredia, un intérprete, y el hijo de Jordana.

A Ardanaz y al traductor «se les caía la baba» cuando hablaba Abd el Krim; Sist se ratificó y Gómez Souza pensó que ya se inclinaban por la inocencia del rifeño hasta que él habló.

Les dijo, «con la conciencia en la mano» (sic) que «no me parece Si Mohand inocente». Lo afirmaba por signos externos: «un fuego en la mirada delator», «bajando entonces la vista»… Esos indicios le bastaban para considerarle «poco leal», y para sostener que los dos Jatabi «odian mucho a Gavilá y a Sist […], no quieren a España y no la ayudarán nunca». Añadió: «creo, pues, que cumplimentando al pie de la letra la orden del alto comisario, debiera encarcelarse a Si Mohand».

«Convinieron entonces todos conmigo», prosigue, pero alertaron de los riesgos de una ruptura con familia de tanto prestigio, lo que hizo «dudar a Aizpuru, que ya estaba dispuesto a encarcelar[lo]». Es notable que Gómez Souza entonces reconozca en la carta que los dos Abd el Krim «hoy nada hacen a nuestro favor, pero ostensiblemente al menos nada hacen en contra directamente». Recomendó, por consiguiente, que se consultase a su padre, «porque para encarcelarlo hay siempre tiempo, pero para deshacer lo hecho una vez en la cárcel, no».

La carta causa cierta estupefacción. Que un oficial de 39 años cambiara en segundos la opinión de un general y de un coronel que muy pronto iba a ascender, parece singular, máxime cuando no se basaba en ninguna prueba concreta, solo en una conversación de café y en su intuición.

No obstante, prevaleció su criterio. El 7, el alto comisario escribía al ministro de Estado[103]. Le comunicaba que «he juzgado indispensable hacerle cesar [a Abd el Krim] provisionalmente en el cargo que desempeña, sin perjuicio de destituirle definitivamente por dahir jalifiano; someterle a un proceso por traición, y hacerle ingresar hasta que recaiga sentencia en un fuerte, en calidad de preso».

Se basa en «la actitud recelosa y desconfiada» que ha mantenido durante el careo, lo que le basta para decidir que este «ha sido desfavorable» para Abd el Krim, que «no cabe dudar de que el hijo es cómplice de esos manejos» de su padre, «aunque no puede apreciarse hasta qué punto», y que «queda también probada la veracidad de las declaraciones del capitán Sist». Por tanto, «es evidente que un agitador como Si Mohand no puede seguir siendo cadí», y como, además, «sería peligrosísimo» dejarlo en libertad, ha decidido que ingrese en prisión.

Como era su obligación, el ministro explotó rápidamente la información. El 11, comunicaba a Jordana[104] que «ya he hecho valer ante el embajador de Francia el acto de V. E. deteniendo a un jefe, sin decir cuál, por considerarlo sospechoso

[103] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 6.
[104] Ibíd., carpeta 5.

de acción contra la zona francesa». Esperaba que eso serviría para estimular la reciprocidad de París cuando fuera menester.

No cabe sustraerse a la idea de que Abd el Krim fue, al menos parcialmente, víctima de la debilidad de España, que en la cuestión marroquí siempre debía intentar congraciarse con las grandes potencias.

La hostilidad hacia el padre y el hijo mayor no se extiende, de momento, a Mohamed, y así al día siguiente se dice al Peñón[105] que «aun cuando en lo sucesivo se suspende toda clase de protección a la familia del faquí Abd-el-Krim, comunique al hijo de éste que se halla cursando el bachillerato que puede venir con completa seguridad para examinarse en Málaga».

El 21, Riquelme, siguiendo órdenes de Aizpuru, visitó al preso en Cabrerizas Altas. Lo encontró afectado por «el sentimiento profundo que le había producido el ser acusado de traidor a España», «extrañándole más todavía» –y con mucha razón, hay que mencionar–, que todo fuera debido «a unas frases que en un momento de enfado pueda haber dicho en una conversación privada». Se ratificó en que había «servido lealmente a España», y en la «hostilidad manifiesta» de Sist, que puede responder a que él actuaba siguiendo instrucciones de Melilla, no de Alhucemas, por lo que el capitán podía haberse creído «invadido en sus facultades».

Estaba dispuesto a hacer todo, «incluso aconsejando a su padre y a su tío que se retiren del campo y se vengan a vivir a Melilla, Tetuán, u otro punto que se les señale»[106].

No obtuvo gran cosa. Al contrario, porque el 25, se revisa la generosidad hacia Mohamed. En efecto, Jordana propone a Estado[107] que se suspenda temporalmente la subvención que se le había concedido para que estudiara Ingeniería «en vista de la propaganda que su padre y hermano vienen ejerciendo, hasta tanto que modifiquen su conducta», amenazando con convertir la medida en definitiva «de continuar en sus trabajos políticos desoyendo las advertencias que se les han dirigido».

De esa forma, lo que al principio fue prevención hacia el padre, se había convertido, ya que él era inalcanzable en Axdir, en medidas contra uno de sus hijos, primero, y contra el otro después. No obstante, se hizo lo que se pudo contra aquel, y así una nota[108] indica que en octubre se le suspendió la pensión por «mezclarse en propaganda germanófila». El 31 de enero de 1917, despechado, sin duda, seguía sin reclamarla.

Ante tanta presión, el mayor de los Jatabi escribe el 9 de octubre a Aizpuru: «juro por Dios que mi corazón sigue unido a España para todo […] Dios es el que sabe quién fue la causa de nuestra separación y de la falta de consideración hacia

[105] Ibíd., carpeta 2.
[106] Ibíd., loc. cit. Hay copia, también, en la carpeta 8.
[107] Ibíd., carpeta 2.
[108] Ibíd., carpeta 4. Lo hizo a propuesta del comandante general (ver, en carpeta 8, un escrito del 23 de septiembre).

mí, despreciándome», aludiendo a Gavilá. Todo ha sido «un engaño de vuestros vecinos y amigos, a los cuales gratificáis […], sin que de ellos consigáis nada»[109].

Respiraba por una vieja herida. Siempre sostuvo que los españoles hacían mal uso de las subvenciones que daban, y siempre creyó que habría sido más útil encargar a un jefe de prestigio, él, de ser posible, su distribución. Si se hubiese accedido, hubiera tenido en sus manos un instrumento quizás decisivo para controlar, como deseaba, a su cabila.

Le contestó el comandante general[110], recordándole que «es necesario no solamente que no laboréis en contra de ella [Francia], sino que, teniendo en cuenta que España es neutral, no ayudéis a ningún movimiento en nuestra zona a favor de ninguna de las naciones beligerantes».

Hay una «nota confidencial», sin firma, ni lugar, ni fecha[111], que seguramente pertenezca a esa época, y que es premonitoria. Se lee en ella que Abd el Krim «parece ser que está preso y sujeto a procedimiento». «No es de creer que de las actuaciones resulte cargo alguno contra él, pues únicamente pudiera suceder que no haya reservado su opinión, posiblemente germanófila, pero sin realizar acto alguno, no habiendo por tanto materia delictiva».

El autor teme que de ello «se aprovechen sus enemigos», y estima que «si no resulta culpa alguna […] sería sensible que no se le conservara en su puesto de cadí […] pues su amor a España nunca ha flaqueado». Caso de no hacerlo, los intereses españoles «se resentirán tal vez si les faltase su apoyo, muy especialmente cuando llegue el momento de ocupar la zona de Alhucemas».

Por fin, se celebra el juicio. El capitán Ruiz Moriones, del regimiento de Melilla, en funciones de secretario, certificó un completo resumen[112] del procedimiento por «sospechas de falta de lealtad a la causa de España», elaborado por el que fue instructor del caso, coronel López Sanz, jefe de dicha unidad.

Manifiesta que Abd el Krim fue encarcelado el 8 de septiembre, permaneciendo incomunicado hasta que la Policía registró su domicilio. Encontraron 717 papeles de muy diversa índole: «oficios, nombramientos, cartas y notas», tanto en español como en árabe; «refiriéndose la mayoría de ellos a compras de terrenos, minas y otros negocios», muchos de ellos relacionados con dos personas de Bilbao –quizás de la empresa Sotolazar–, «sin encontrar ninguno que le comprometiera».

Se le devolvieron todos los que no estaban relacionados con el caso, separándolos de los que tenían alguna conexión con su familia, militares españoles y «proclamas de los Jóvenes Turcos».

Años después, Abd el Krim diría que se le envió a la cárcel «porque reconocí abiertamente a los jueces mi decisión de ocupar la zona española»[113]. Es totalmente

[109] Ibíd., carpeta 8.
[110] Ibíd., loc. cit., sin fecha.
[111] Ibíd., carpeta 9.
[112] Ibíd., carpeta 6.
[113] Roger-Mathieu, pág. 61.

falso; al contrario, rechazó con energía las acusaciones de deslealtad a España. Por otra parte, en la época ni soñaba en tales hazañas.

Hubo dos grupos de testigos. De un lado, el que «cree firmemente en la lealtad, en los buenos servicios y en la cooperación» del interesado. De otro, el que sostiene su «deslealtad y colaboración contra España».

Pertenecían al primero Ardanaz, ya para entonces general, el teniente coronel Riquelme y el capitán Barbeta, ambos de la Oficina Indígena de Melilla, y Antonio Ibancos, comerciante, pero que era el contacto secreto que Melilla mantenía en el Peñón, y que conocía desde hacía doce años a los Jatabi.

Todos defendieron a ultranza a Abd el Krim, pero las declaraciones más interesantes serían las del segundo, lo que, como habrá oportunidad de comprobar en otras ocasiones, era frecuente en dicho testigo. Aludió a las penalidades que su familia había sufrido por servir a España, y dijo que se les había encomendado la misión de formar «el partido español con la gente de la montaña de Beni Urriaguel y los individuos sueltos de la playa», habiendo conseguido «abolir la multa general y la formación de harcas». Añadió que Abd el Krim había ofrecido su dimisión «para trabajar sin trabas por Alemania», de la que era «entusiasta», pero se le había convencido de que no lo hiciera y de que respetara la neutralidad.

Subrayó, lo que es importante, que Sist, en su famosa conversación, había hablado en castellano, mientras que él lo había hecho en árabe, «que es el idioma en el que piensa y discurre el acusado», aunque en otro lugar del texto se dice que fue «en dialecto rifeño».

Barbeta, por su lado, dijo que le consideraba «tan leal […] como un verdadero español». Atribuyó las acusaciones, como otros, a enemigos de los Jatabi, y aporta el dato de que, al haber rencillas entre estos y Chindy, los primeros trabajaban a través de la Oficina de Melilla, y el segundo por medio de la de Alhucemas.

El otro grupo incluía a Gavilá, Sist, otro comerciante y antiguo intérprete, residente en el Peñón, y tres marroquíes que Abd el Krim identificó como «los enemigos más grandes que tiene», porque se alineaban con Chindy y con Borchyla, que puede ser otra transcripción de Boryla. Todos criticaron vehementemente al antiguo cadí *codat,* pero ninguno aportó pruebas específicas.

Entra luego el juez a dar su opinión. Piensa que Abd el Krim apoyaba a Alemania «pasándose de listo, pues en el estado actual de la lucha, nadie puede predecir los resultados», y que pecó de indiscreto y de imprudente. Sin embargo, los cargos contra él proceden únicamente de «confidencias, de acusaciones, de moros enemistados con la familia».

En vista de ello, el 5 de noviembre, «considera el juez instructor que el cadí Si Mohand no aparece responsable de delito o falta comprendido en el Código de justicia Militar, opinando que pueden suspenderse estas actuaciones».

El auditor emitió su dictamen el 13. Describe al acusado, peyorativamente, como «astuto, sagaz», por lo que resulta imposible saber lo que piensa realmente, «las reconditeces [sic] de su corazón». A él le parece claro que es decidido partidario de Alemania y de Turquía, y que cree «equivocadamente, que ese laborantismo anti-francés en nada puede perjudicar la causa de España».

«Pero esto no es punible», concluye, coincidiendo con el instructor.

El 19, Aizpuru, como «autoridad judicial», decreta que «doy por terminadas estas actuaciones sin responsabilidad para el moro Si Mohand Ben Si Abd-el-Krim». Agrega, no obstante: «por lo que pudiera afectar a determinaciones de carácter político, envíese al Excmo. Sr. alto comisario».

Mientras, la máquina seguía funcionando, imparable. El 6 de noviembre, Jordana comunicaba a Aizpuru que «procede suspender de empleo y sueldo» a Abd el Krim. Su manutención en la cárcel correrá a cargo de fondos reservados[114]. Por cierto, con la decisión, se creaba un problema adicional, porque en toda la zona no se encontró a nadie con preparación suficiente para sustituirle[115].

Así pues, se destrozó durante dos meses la vida y la reputación de un hombre, sin motivo sólido alguno. Lo único que había quedado claro era que Abd el Krim simpatizaba intensamente con Alemania, que hacía negocios y que tenía enemigos en el Peñón y en Beni Urriaguel. Nada de ello suponía una novedad, ni era delito. Todo puede empeorar, sin embargo.

El 23, Aizpuru trasladaba a Jordana[116] los resultados de la instrucción. Desea saber si está «conforme […] pues en otro caso la reformaría ajustándola a las indicaciones que V. E. me hiciese», lo que parece singular. La respuesta del alto comisario figura manuscrita en la misma página. Parte de que «tengo el convencimiento de que Abd-el-Krim y su hijo no sólo han trabajado a favor de los alemanes, sino que han laborado en contra nuestra», esperando que con el apoyo de los imperios centrales el Rif alcanzase la independencia y que ellos jugarían «un gran papel» en él. Considera a los testigos que lo defendieron «sugestionados» por el cadí.

En esto coincidía con la opinión de algunos militares españoles[117] que hablan de «la nefasta figura» del «raro fenómeno del protector», tildando de tal a sus compañeros que consideraban «entregados al moro», cuando es posible que, simplemente, conocían bien y respetaban a los marroquíes.

«Por razones políticas muy dignas de tener en cuenta», sigue Jordana, ha decidido aprobar el sobreseimiento, «pero continuando preso Si Mohan, lo mismo que hasta ahora». Se contestará a una carta escrita por su padre el 2 «sin

[114] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 8.

[115] Ver, por ejemplo, en ibíd., carpeta 6, una comunicación de Jordana al ministro de la Guerra de 24 de noviembre, y en la carpeta 8 una de Aizpuru a él, de 26 de octubre.

[116] Ibíd., carpeta 5. La carta a Aizpuru se envió el 1 de diciembre, y está en la carpeta 6.

[117] Ver Ramón Sánchez Díaz, «Retablo biográfico de Abd-el-Krim», *Revista de Historia Militar,* n.º 60, 1986, págs. 139-140.

perdonarlo, pero dejándole entrever esperanzas de que si se arrepiente [...] haré cuanto pueda para conseguir el perdón completo para él y para su hijo».

Todo esto resulta muy irregular. Abd el Krim había sido declarado inocente, con el acuerdo, aunque a regañadientes, del auditor; no se había hallado ninguna prueba contra él y, a pesar de ello, sin motivo legal alguno, se mantenía el encierro. En realidad, se había convertido en un rehén.

Era una decisión injusta, que podía tener consecuencias negativas. Se lo decía Jordana al ministro de la Guerra, el 4 de diciembre[118]: «la familia de los Abd-el-Krim tiene mucha influencia en el Rif, y no conviene cortar nuestras relaciones con ella en absoluto. Tal vez las circunstancias nos obliguen a utilizar en plazo breve sus servicios». Por su parte, el 20, señalaba el de Estado: «es éste un asunto muy delicado y de suma trascendencia, máxime no habiendo pruebas fehacientes de actos delictivos». Propone separar del servicio al cadí, «pero sin retirarle la pensión de la cruz», medida que solo pueden tomar los tribunales, y mantener la vigilancia.

El 27, se produce una gran novedad. Abd el Krim, utilizando una cuerda escondida en un banasto de comida, ha intentado escapar descolgándose de una cañonera. La soga resultó muy corta, y cayó al suelo desde más de ocho metros rompiéndose una pierna. Intentó alejarse, arrastrándose, pero la guardia le detuvo a los ochenta metros. Se abrió una investigación, tras relevar al comandante de Cabrerizas Altas[119]. Fue bien tratado, y se le curó lo mejor posible, pero le quedó como secuela una cojera de por vida. Luego diría que «fue una fatalidad de la que nadie tuvo la culpa. De nada tiene nadie la culpa»[120], pero por muy fatalista que fuera, no sería humano si olvidara la causa de esa desgracia.

Progresivamente, se fue advirtiendo el oscuro papel que los mandos del Peñón habían tenido en todo el asunto. Por ejemplo, el 10 de febrero de 1916, Gavilá se queja a Melilla de las actividades paralelas de Ibancos, que «tiene en su casa una Oficina Indígena» propia; él se siente «dolido y dudoso», y se queja del «espionaje a que estoy sometido»; el 29, Aizpuru informaba a Jordana que «Sist [...] aconsejó [...] que procuraran los enemigos del faquí quitarlo del medio e inutilizarlo por completo», y alude a la «incompatibilidad que existe entre la persona del comandante con su Oficina Indígena y la del faquí Abd-el-Krim con sus partidarios»[121].

Al tiempo, corren rumores en Alhucemas de un complot para asesinar al Beni Urriaguel[122], mientras surgen en Melilla las dudas sobre la decisión que se ha adoptado sobre él. Al respecto, señala el comandante general al alto comisario que «la reclusión [...] realmente no está hoy muy justificada». Además, el padre

[118] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 6.
[119] Ibíd., carpeta 5. Informe de ese día de la sección de campaña de Melilla.
[120] Oteyza, pág. 135.
[121] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 5 para ambos documentos.
[122] Ibíd., carpeta 6. Carta de 6 de febrero de Estado a Jordana, y telegrama de este, del 10, a Aizpuru.

y el hijo están arrepentidos, protestan de su adhesión a España y «no consideran deslealtad el laborar a favor de los turco-alemanes»[123].

En abril, el mayor de los Abd el Krim escribe una patética carta a Riquelme[124], que le ha pedido una entrevista: «cada día y cada mes espero de vosotros que pondréis [sic] en libertad a mi hijo […] El fuerte tiene clemencia del débil […] Habéis obrado mal con nosotros». Firma «vuestro antiguo amigo tan injustamente tratado».

La situación adquiere nuevos tonos cuando en mayo se está preparando, otra vez, un desembarco, que requiere el apoyo o, al menos, la pasividad de los Jatabi. Aizpuru se muestra escéptico: «de Abd-el-Krim nada podemos esperar […] Lo mejor que podría hacer es, un par de días antes del señalado, alejarse con todos los suyos simulando harca»[125]. El chantaje es ya abierto. Dice Aizpuru el 14[126]: «con objeto ejercer presión sobre él, he incomunicado a Si Mohand, y anunciado que si su padre no depone actitud hostil, lo trasladaré a la cárcel y no le guardaré ningún género de consideración». Considera precisas tales medidas porque el desembarco, «sin concurso [del padre] no lo considero realizable, de no ser a viva fuerza», lo que se quiere evitar a toda costa.

Se abren negociaciones, no obstante, para lo cual, Riquelme va al Peñón y habla con el padre de los Jatabi. Pide 50.000 duros –España le había ofrecido 10.000–, para apoyar el desembarco. La mitad, pagaderos antes, y los devolvería «si desembarco no se efectuase por causa de ellos». Daría rehenes en garantía. La fecha fijada para la operación sería fines de julio, a más tardar. Una nota titulada «Pactos para el desembarco», menciona, además de esa cifra, 30.000 pesetas para Chindy y 25.000 para Abocoy, a abonar tras el desembarco, y 120.000 para Sidi Hamet. En otro escrito se habla de 300.000 duros «para todas las fracciones de la cabila, pagaderas después operación […] Su ayuda consistiría en alejar gente revoltosa y fanática y darnos apoyo material».

Termina: «su hijo Si Mohand continuará preso hasta desembarco, liberándosele después», con lo que se reconocía que seguía en prisión solo para ser utilizado como rehén[127].

De nuevo, se suspendió la operación, y Abd el Krim sería, al fin, liberado, a principios de agosto, y a cambio de un precio que se expresa en una carta de su padre a Aizpuru. Tras darle las gracias –«mi hijo me ha enterado de lo bien que lo habéis tratado en el tiempo de su detención, que Dios os lo recompense por ello»–, señala que «hemos empezado a trabajar en los asuntos que Dios mediante os han de ser útiles y ventajosos […] hasta que Dios haga que lo que se proyecte esté hecho». Se le contestó que «espero que vuestra conducta en lo sucesivo será

[123] Ibíd., loc. cit. De Aizpuru a Jordana, 15 de febrero de 1916.
[124] Ibíd., carpeta 2. Carta de 15 de abril de 1916, traducida el 23.
[125] Ibíd., carpeta 7. Del mismo al mismo, 23 de mayo de 1916.
[126] Ibíd., carpeta 8. Telegrama del mismo al mismo de ese día.
[127] Ibíd., carpeta 7. Del mismo al mismo, 26 de junio, y telegramas de Riquelme del 16 y del 25.

favorable para los intereses de España [y] no dudo que trabajarás para impedir toda agitación de los fanáticos»[128].

Así pues, aparentemente las aguas volvieron a su cauce, y los Abd el Krim regresaron al seno de España. Por poner un ejemplo, el 16 de enero de 1917, el comandante general informaba satisfecho de un encuentro en el Peñón entre el padre y Riquelme: «nuestro actual partido logró imponerse de nuevo a los revoltosos, fracasando intentos éstos restablecer multa cabila y formación harca forzosa; se han reanudado luchas intestinas en fracciones Beni Urriaguel, ocurriendo varios muertos que impedirán unión para fines belicosos»[129]. Todo estaba bien, desde la perspectiva de la potencia protectora.

El mismo día, Jordana escribía al ministro de Estado[130]. Tras calificar a Abd el Krim hijo de «hombre inteligente y de cultura poco común entre marroquíes», proponía lo que se podría llamar contratar de nuevo al padre: 500 pesetas al mes, de «trabajar activa y visiblemente» a favor de España; 250, si se limita a «una actitud pasiva». Tal parece que pensaba que el reciente y doloroso episodio no había dejado huella.

Dentro del nuevo ambiente, un informe de 7 de febrero recogía la opinión de Aizpuru de reintegrar a Abd el Krim hijo en el cargo y de pagar la carrera de su hermano. Sin ruborizarse indicaba que eso «nos proporcionaría rehenes y garantizaría su cooperación» (de su padre). Además, se planeaba, como siempre, el desembarco, para lo que resulta «imprescindible contar con la aquiescencia del Jatabi»[131].

Unos meses después, había más motivos para felicitarse. De nuevo es Riquelme quien manda la información, «de excepcional importancia», desde Alhucemas. Se han reunido allí todos los jefes importantes de Beni Urriaguel, incluido Si Mohamed Budra, (a) Buselman, que había actuado como testigo hostil en el proceso, y «faquí hizo dejación pública labor alemana y juró […] laborar francamente por España en unión demás jefes adictos». Pidió que su hijo mayor fuera repuesto en su cargo, y que el menor continuase sus estudios, diciendo que ambos eran una garantía para España de sus buenos propósitos, y aceptó una pensión de 100 duros[132].

A mediados de mayo se decide acceder a ambas solicitudes, lo que Jordana venía apoyando desde enero[133]. El 30 de agosto, por real orden será «rehabilitado»,

[128] Ibíd., carpeta 8. Del Jatabi a Aizpuru, 12 de agosto de 1916, y respuesta sin fecha.
[129] Ibíd., carpeta 5.
[130] Ibíd., carpeta 6.
[131] Ibíd., loc. cit., ver también en ella una carta, en el mismo sentido, de 29 de enero del comandante general a Jordana.
[132] Ibíd., carpeta 8. Telegrama del comandante general de 6 de mayo, remitiendo el de Riquelme a él.
[133] Ibíd., carpeta 9. Carta de Jordana al ministro de Estado de 15 de enero de 1917 proponiendo reponer en su cargo a Abd el Krim.

como profesor de *chelja* o bereber[134], y, más tarde, como cadí *codat.* Como parte del mismo proceso, se produjo «la destitución del comandante militar de Alhucemas, la del capitán de la Oficina Indígena, la del intérprete y la de todos los elementos que en Alhucemas intervinieron y dieron lugar a aquel estado de cosas»[135]. Era una forma explícita de reconocer que todo había sido un error, y un intento de cerrar un paréntesis que nunca debió abrirse.

Eran solo apariencias. Los viejos agravios permanecían intactos. Lo dejó muy claro el mayor de los Abd el Krim al teniente coronel Cogolludo, en Tetuán, el 4 de noviembre de ese año[136]. Volvió a hablar de Gavilá y de sus «humillaciones», y expuso meridianamente su creciente decepción con España, que llevaría a la ruptura final.

«Está decidido a trabajar activamente, sin reservas, a cara descubierta». Pero, «si queríamos obtener algún provecho, era preciso que se ocupara la bahía de Alhucemas […], aprovechando las circunstancias favorables que representaban la mala cosecha […] y la relativa falta de cartuchos».

Cuando su interlocutor le contestó que había que ir «con tiento», «se mostró muy contrariado […] siempre oigo decir lo mismo, hay que ir despacio. Eso es perder el tiempo y el dinero». Al contrario, continuó, hay «que trabajar deprisa, aprovechar los momentos, pagar bien […] y castigar duro». Si no, la gente creerá lo que dicen los franceses, «que no tenéis fuerza ni dinero».

Habló «en forma muy enérgica y mostrándose muy contrariado», y terminó asegurando que «marchaba muy apesadumbrado, pues veía que España nunca haría cosa de provecho en el Rif, por no decidirse a emplear […] los medios que hay que emplear, fuerza y dinero». De seguir así, «no sólo no conseguiremos establecernos en Alhucemas», sino que «los jefes rifeños temerán comprometerse por una causa en cuyo triunfo inmediato no tienen fe».

Anunciaba lo que iba a pasar. Había apostado por España, esperando que le proporcionara la posición dominante en Beni Urriaguel que ambicionaba, tanto que estaba dispuesto a ver la cabila ocupada por los cristianos, ayudándoles, además, en esa labor. Pero la nación protectora no se atrevía, o no podía, dar ese paso. Es más, le había prohibido jugar la carta alemana, otro medio alternativo para alcanzar ese fin, incluso encarcelando a su hijo sin causa legal alguna. Sería este repuesto en su cargo; Mohamed estudiaría Ingeniería, dejando y llevándose una muy grata impresión de esa época.

Pero, eventualmente, los Jatabi se convencerían de la impotencia de España para satisfacer sus deseos, y renunciarían a seguir haciendo los sacrificios que, ante la hostilidad de gran parte de la cabila por esa opción, su cercanía a ella les suponían.

---

[134] Ibíd., carpeta 8.

[135] *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 119, declaración del coronel Riquelme, esencial por lo que se refiere a las relaciones con los Abd el Krim y al desdichado proceso.

[136] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 8.

De momento, al margen de disquisiciones, la vida seguía, y el 10 del mismo mes, la Oficina Central de Melilla hacía cábalas sobre si en Madrid, Mohamed, «como buen rifeño, poco fanático», debería vestir «de moro» o a la europea[137]. El 20 de diciembre se calculaba que sus estudios costarían 320 pesetas al mes, comentando que, aparte de ello, su familia se había comprometido a girarle otra cantidad «para sus pequeños gastos puramente personales y para lo que suponga la reposición de su vestuario»[138].

Un escrito de Abd el Krim de esas fechas da idea del patrimonio familiar y del precio que habían pagado por su apoyo a la nación protectora. Está dirigido al presidente de la Comisión de Indemnizaciones en la Delegación de Asuntos Indígenas de la Alta Comisaría[139]. Informaba que por «adictos a España», habían sido atacados de nuevo, quemándoles cinco casas en Nekor y en Axdir, una de ellas de dos pisos. Aunque había podido salvar enseres y muebles de algunas, reclamaba 25.500 pesetas, de ellas 15.000 por la última mencionada. Era una suma nada desdeñable, pero pequeña, en comparación con los 100.000 duros que llegó a tener en la sucursal del Banco de España en Melilla[140].

Parecería, pues, que todo seguía igual entre los Jatabi y la nación protectora. En realidad, todo iba a cambiar.

[137] Ibíd., loc. cit. La primera opción tenía, entre otros inconvenientes, el de costar quinientas pesetas.
[138] Ibíd., carpeta 2. Nota de la Sección de Marruecos a Aizpuru.
[139] Ibíd., loc. cit. Tiene fecha de 14 de diciembre de 1917.
[140] El dato está en Ayache (1981), nota en pág. 316, citando fuentes oficiales españolas.

Segunda Parte

«Si puedes mantener la cabeza fría,
cuando todos a tu alrededor
la pierden [...]»

(Rudyard Kipling, *If*)

Capítulo IV
El alto comisario y el comandante general
(febrero 1919-marzo 1921)

Capítulo IV
El alto comisario y el comandante general (febrero 1919-marzo 1921)

Berenguer en Tetuán

El 18 de noviembre de 1918, el general Gómez Jordana, alto comisario de España en Marruecos se desplomaba sobre la mesa de su despacho. Acudió al estrépito su hijo y jefe de su gabinete militar, el coronel Gómez Souza. El general había muerto, mientras releía una carta[1] que acababa de dirigir al ministro de Estado, conde de Romanones.

En el largo documento hacía un resumen de la complicada situación en que se encontraba, mencionando, entre otros extremos, sus desavenencias con el Raisuni y su amargura por las contemplaciones que el Gobierno le obligaba a tener con él, en contra de su propio criterio. Terminaba con una nota pesimista sobre el futuro del Protectorado.

Su fallecimiento planteaba una auténtica cuestión de gabinete. De un lado, encontrar un hombre con tan profundo conocimiento de la región no era fácil. De otro, abría de nuevo la eterna cuestión de la preferencia por un alto comisario civil o militar. Romanones y García Prieto, entonces presidente del Consejo de Ministros, en uno de los eternos vaivenes de la política, buscan durante más de un mes a un candidato civil para el puesto, en su deseo de disminuir el peso de lo militar en el Protectorado; «se ofreció el cargo a varias personalidades políticas que se habían distinguido en el estudio de la cuestión marroquí, pero ninguno de ellos aceptó el cargo»[2]. Uno fue, según confesión propia, González Hontoria[3], que lo pensó durante largo tiempo –dos meses, dice–, para luego declinar. Romanones ratifica esta afirmación, indicando que su idea inicial había sido designar a González Hontoria alto comisario, y a Berenguer, general en jefe. En cuanto a Silvestre, dice de él, cruelmente, que su plan era que hubiese continuado «al lado de su majestad en

[1] Berenguer (1948), vol. I, págs. 12-23.

[2] General García Benítez, *Defensa del General Berenguer,* sin lugar ni fecha de publicación, pág. 41. Se trata de un pequeño opúsculo publicado por «Amigos y admiradores del ex-Alto Comisario». El texto del alegato de defensa se encuentra en págs. 5-32, así como en AHN, TS, 51 N 21, folios 6326-6361v.

[3] En el curso de una intervención recogida en el *Diario del Congreso* de 4 de noviembre de 1922.

el cuarto militar»[4]. Según Ruiz Albéniz[5], otros candidatos habían sido el conde de la Mortera y Villanueva.

En estas circunstancias, y ante la urgencia de tomar una decisión, el presidente se decidió a nombrar a su ministro de la Guerra, general de división Dámaso Berenguer[6]. La opción era buena. Se trataba de un veterano de Marruecos, donde había servido largos años, y era un hombre que combinaba la aptitud militar con la inquietud intelectual. Ese mismo año la había reflejado en un libro, *La guerra en Marruecos*[7], que si excesivamente centrado en operaciones francesas, para evitar susceptibilidades de sus compañeros, era quizás el trabajo más sólido que en la materia se había escrito en España. Hablaba inglés y francés, y el árabe perfectamente. Lo ratifica *El Anotador*[8], que añade una anécdota curiosa: «en cambio, Franco no sabe nada, a pesar de lo cual tuvo la desfachatez, siendo teniente, llevando sólo dos meses estudiando el idioma, [y] fiado en su prodigiosa memoria, de echar un discurso a sus soldados, discurso, naturalmente, aprendido como un papagayo. ¡Los soldados se tronchaban de risa! Lo hizo para epatar y colocar un camelo a sus compañeros. El pitorreo de los soldados descubrió la farsa»[9].

Berenguer también sabía bandearse en las turbulentas aguas de la política, probándolo como subsecretario de la Guerra, antes de llegar a titular del departamento. No faltaron quienes atribuyeron el nombramiento al favor real, gracias a las influencias de Silvestre cerca de Alfonso XIII[10]. Parece que tales rumores eran infundados, ya que Berenguer tenía para entonces sobrado prestigio como para necesitar valedores. Lo indica el mero hecho de que el monarca aceptara su designación como ministro de la Guerra, cargo que siempre medía personalmente.

Para acabar con esta breve descripción del personaje, cabría añadir que su reputación llegó a traspasar las fronteras. Un reconocido maestro como Lyautey

---

[4] *Diario del Congreso* de 15 de noviembre de 1922.

[5] Víctor Ruiz Albéniz (1922), pág. 86.

[6] Una biografía, no brillante, de él es la de Juan de Alfarache, *Berenguer,* Madrid, 1949.

[7] Publicado en Madrid, 1918. Payne lo llama «librito», pero mejor les hubiera ido a Berenguer y a sus compañeros si se hubieran seguido algunas de las recomendaciones que encierran sus casi doscientas páginas.

[8] El ejemplar de *Campañas en el Rif y en Yebala* que posee el autor de estas líneas está plagado de apuntes hechos a lápiz. Con la inestimable ayuda del capitán Agustín Pacheco, del Archivo General Militar de Madrid, y en base a las propias acotaciones, se ha podido deducir que, casi con toda probabilidad, son obra del luego general Monasterio, el mejor jefe de tropas montadas que España tuvo durante la Guerra Civil, y que entonces servía en Regulares de Caballería, fuerzas en las que desarrolló una parte importante de su carrera. Se han considerado, por ello, una fuente estimable, de ahí que se haya recurrido a esas notas como fuente. Se le citará como *El Anotador,* ya que no hay certeza absoluta de su identidad, aunque los datos que de sí mismo proporciona en ellas coinciden con los de su expediente en el Archivo General Militar de Segovia (1.ª Sección, expediente M3640).

[9] Apuntado en Berenguer (1948), vol. I, págs. 108-109.

[10] Ver, por ejemplo, en F. Gómez Hidalgo, págs. 161-163, una larga cita de un artículo de Indalecio Prieto en *El Liberal* de Bilbao, de 4 de agosto de 1921.

escribiría de él: «sería totalmente injusto no reconocer que procede con un método, con un sentido de la política indígena, con una autoridad que le hace el más grande honor»[11].

Se comprende que hubiera sido difícil encontrar un alto comisario. A la habitual impopularidad en España de la guerra de África, se añadían dos factores.

De un lado, en el aspecto internacional, la Primera Guerra Mundial había abierto un paréntesis en la política española respecto al Protectorado, al que se pretendió aislar del conflicto, neutralizándolo, con relativo éxito, para evitar que a él se extendiera excesivamente la rivalidad franco-alemana. Una frase del general Luque, que aparece en una carta de 6 de marzo de 1917[12] lo sintetiza: «ganar, pues, tiempo es nuestra política». De ahí que la cuestión marroquí se mantuviera «narcotizada»[13] durante esa época, de manera que «inactividad e inseguridad fueron rasgos comunes del Protectorado hasta 1919»[14].

Una vez acabada la guerra, todo el contexto cambia, y una Francia, maltrecha, pero eufórica, sufre crecientes impaciencias ante la lentitud de la penetración española, que le afecta directamente. Alega que al ser vecinas ambas zonas, los «disidentes» de la suya encontraban un refugio seguro en la de España, lo que complicaba lo que se llamaba «pacificación». Con motivo de la conferencia de Versalles emitirá, además, un comunicado sobre sus derechos en Tánger que generará una alarma adicional[15]. Gran Bretaña, por su lado, también apremia a Madrid, buscando, como siempre ha hecho, limitar las ambiciones galas. Aunque Romanones, al hablar de su viaje a París, no lo menciona[16], a su vuelta sondeó a Berenguer[17] para la Alta Comisaría, ya que habría detectado molestias ante «la pasividad» española, que añadía un motivo de fricción más a las nunca cordiales relaciones entre ambas potencias protectoras.

Este sería un tema que presidiría todo el periodo de mando de Berenguer. Así, *El Anotador* comenta que cuando dio escolta con su escuadrón al coche en que iban Berenguer y Lyautey, durante una visita de este a la zona española: «los dos iban muy serios, a la legua se veía que no andaban en buenas relaciones»[18].

A la vez, la inactividad socavaba el frágil prestigio de España en Marruecos, llegando a correrse entre los habitantes la voz de que iba a vender sus derechos sobre la misma a Francia. Era más que un rumor. El propio Berenguer comenta

[11] Lyautey, vol. IV, pág. 143. Carta de 25 de julio de 1921 al presidente del Consejo de Ministros y al ministro de la Guerra.

[12] Berenguer (1948), vol. I, pág. 16. Luque era entonces ministro de la Guerra.

[13] La expresión aparece en una intervención de Antonio Maura recogida en el *Diario del Congreso* de 23 de noviembre de 1921.

[14] Tuñón de Lara, vol. I, pág. 44.

[15] Ibíd., pág. 97.

[16] Romanones (1947), págs. 158-159.

[17] Berenguer (1948), vol. I, pág. 35.

[18] La nota manuscrita figura en la pág. 149 de *Campañas de Rif y Yebala,* vol. I. Ver en la misma obra págs. 127-149 y 175-178, por ejemplo, para comentarios del propio Berenguer sobre esa materia.

una audiencia real al embajador francés[19], que habría iniciado una gestión en ese sentido, en nombre del partido «colonista», ofreciendo «las compensaciones necesarias». No llegó a más porque Alfonso XIII le interrumpió, cortante, «manifestándole que en ningún caso, ni por ningún concepto» España se planteaba ese escenario.

Cuestión pendiente era El Raisuni. Ya se ha aludido antes a la zigzagueante política que se siguió con este personaje, y que no llegó a consolidarse hasta que Abd el Krim desató tajantemente ese nudo gordiano. Para Gómez Jordana había sido una fuente de infinitos sinsabores, que incluso había afectado a su reputación en el seno del Ejército. Berenguer, gran conocedor del problema, tenía las ideas absolutamente claras. O El Raisuni rendía pleitesía al jalifa o había que acabar con su poder. No sin trabajo, en una reunión con el rey y Romanones prosperó su criterio, y salió para Ceuta con instrucciones de proceder en ese sentido, adobadas con las cauciones usuales de regatear en extremo las bajas europeas, y emplear sobre todo fuerzas indígenas.

Cuando desembarcó, el 2 de febrero de 1919, iba lleno, al parecer, de optimismo. Lo afirma *El Anotador:* «me dijo en su despacho: lo de Marruecos, lo hemos de arreglar en ocho meses o cuando más un año»[20].

Tropezó al punto con un problema de orden interno del que, paradójicamente, era él en parte responsable. El Gobierno, aferrado en aquel entonces al perfil de un alto comisario civil, consideró coherente con ello publicar el 12 de diciembre de 1918[21], siendo Berenguer todavía ministro, un real decreto suprimiendo el cargo de general en jefe en África. El motivo parece muy razonable; si la autoridad máxima en el Protectorado iba a recaer en un paisano, podía ser conveniente que la conducción de las operaciones recayese en manos de profesionales. En el preámbulo del decreto, además, se aducen otras dos razones: flexibilizar el mando militar, y descargar al alto comisario «de una intervención de detalle en las funciones del mando», lo que era, en el fondo, una forma de debilitar su control sobre las actividades bélicas.

Por desgracia para el nuevo titular, cuando se optó por Berenguer para el cargo no se revisó la norma, de manera que una disposición concebida para evitar que un civil se inmiscuyera en los asuntos militares, se acabó aplicando a un general. Así, este se encontró al llegar con tres compañeros, los comandantes de Ceuta, Melilla y Larache, que, respaldados por el real decreto, no le consideraban su superior, a efectos castrenses.

Enseguida comprobó las dificultades que ello creaba, tan pronto como empezó a operar, lo que hizo el 20 de marzo, después de una rápida visita a Madrid, en la que vio al rey –dos veces–, a Romanones y al ministro de la Guerra, y en la

---

[19] Se basa en una carta que el ministro de Estado les dirigió a él y al embajador en París, y que reproduce en parte en ibíd., vol. I, pág. 119.

[20] Apunte en supra, pág. 37.

[21] *La Gaceta de Madrid* de ese día. El real decreto tiene fecha de 11 de diciembre.

que se aprobó el plan que llevaba[22]. La toma de Xauen, el 14 de octubre de 1920, sería el punto culminante de una campaña que le hace honor.

Las complicaciones derivadas de la inadecuada estructura del mando se multiplicaron cuando el 23 de julio de 1919 se designó al general Fernández Silvestre comandante general de Ceuta. La reacción de Berenguer fue ambivalente, como todo lo que tocaba a quien quizás se podría llamar su rival y amigo. De un lado, apunta que era «un soldado de prestigio y uno de los más reconocidos expertos en nuestra empresa marroquí». Pero, a la vez, señala que la elección no resolvía el problema de mandos, «por el contrario, lo hacía más agudo, por ser el nuevo comandante general no sólo de más antigüedad en su empleo que yo, lo que sabemos es un grado en la milicia, de no fácil subordinación en la práctica, sino de prestigio quizás más sólido en el ambiente nacional […] No tuve el menor conocimiento hasta que se hizo público en la prensa». Al hilo de lo cual, añade que «el 22 […], por la prensa, nos enteramos del relevo del general Arráiz y del nombramiento para la Comandancia General de Ceuta del general Silvestre». Habría que mencionar que, para mayor escarnio, había escrito al ministro de la Guerra el 20 de ese mes, proponiéndose a sí mismo para desempeñar interinamente ese puesto, a fin de tener que lidiar con un general menos.

Si Indalecio Prieto está en lo cierto, resulta plenamente comprensible el deseo de Berenguer de desembarazarse de Arráiz y no sustituirle por nadie. Al parecer, tenía la inadmisible costumbre de firmar las cartas que le dirigía con la fórmula de «su amigo y jefe»[23]. En cuanto a la designación del nuevo comandante general, *El Anotador* no deja pasar la ocasión de escribir: «esto debió ser cosa del rey»[24], comentario que es posible que no se aleje de la verdad. Ruiz Albéniz, que estima que Silvestre «no vivía desde que se le separó de Marruecos», asegura que vio una carta del general en la que decía: «en el consejo de ministros *se ha impuesto* mi nombramiento»[25]. Parece evidente que, dado que Romanones no pensaba mandarle a África, solo el rey tenía autoridad para dicha «imposición».

La llegada de Silvestre, en efecto, no arregló nada. A la petición de Berenguer de que hiciese una visita a su territorio y se informase del estado de las tropas, prefirió contestar, a los pocos días y sin moverse de Ceuta, con una larga carta llena de quejas que más adelante se glosará. En campaña, las relaciones tampoco eran sencillas. El alto comisario cuenta cómo una vez tuvo que consagrar cinco horas y media, hasta las dos de la madrugada, a conseguir «por persuasión», ya que no tenía autoridad, que sus dos renuentes y teóricos subordinados de Ceuta

[22] Para las operaciones en la zona occidental, que escapan al ámbito de este trabajo, ver Servicio Histórico Militar, *Campañas de Marruecos,* Madrid, 1981, vol. III, págs. 5-160 y 193-223.

[23] La cita, en Gómez Fidalgo, nota en pág. 161.

[24] Para este episodio, Berenguer (1948), vol. I, pág. 171, en la que *El Anotador* también garrapateó su opinión. La carta al ministro de la Guerra está en pág. 167.

[25] Ruiz Albéniz (1922), pág. 102. La cursiva, en el original.

y Larache realizasen la operación que él había planeado[26]. Tenía razón, una vez más, *El Anotador:* «nunca debió ponerse a Silvestre a sus órdenes, y él no debió tolerarlo. Fue energía lo que faltó a don Dámaso»[27].

Evidentemente, ese estado de cosas resultaba insostenible. Como primera providencia, Berenguer obtuvo que por real decreto de 24 de agosto de 1919[28] se le otorgase «la iniciativa de las operaciones y la aprobación de los planes para ellas», correspondiendo a los comandantes generales la ejecución de los mismos[29]. También se le nombraba «jefe directo de las oficinas de información y servicios de información y de policía», poniendo bajo su autoridad «cuantos asuntos se relacionen con la organización y función de las oficinas y fuerzas indígenas».

Era una solución a medias, casi vergonzante, como se aprecia en la exposición de motivos de la norma que plasma la voluntad de no «mermar las [atribuciones] de los comandantes generales». Algo ayudó a reforzar la posición del alto comisario, pero resultó tan insuficiente que el 4 de junio del año siguiente escribió al ministro de la Guerra planteándole la necesidad de que le nombrase general en jefe.

En el intervalo se había producido un hecho de calado: la designación de Silvestre como comandante general de Melilla, el 30 de enero de 1920. A diferencia de lo sucedido cuando fue a Ceuta, ahora había sido Berenguer quien le propuso para el cargo. Lo hizo en una carta del 14 del mismo mes al entonces ministro, general Villalba. Decía en ella que «en diferentes ocasiones» Silvestre le había mostrado su interés por ese puesto. Le parecía la persona adecuada por su competencia y experiencia, «por la circunstancia de tratarse de un mando de mayores responsabilidades y de independencia más compatible con su destacada personalidad» y por «la circunstancia de nuestra respectiva filiación en el ejército, que me induce a presentar para el puesto de más autonomía dentro del Protectorado al general más antiguo que yo, que accidentalmente sirve a mis órdenes»[30].

La base de la argumentación es elocuente; seguían pesando a Berenguer la antigüedad y el prestigio de Silvestre, mientras que el uso del adverbio «accidentalmente» muestra hasta qué punto ni él mismo se reconocía como superior. En cuanto a «la destacada personalidad», quizás el alto comisario fue más preciso

[26] Berenguer (1948), vol. I, pág. 232. Inevitablemente, *El Anotador* apostilla, en pág. 239: «la tendencia de los comandantes generales a la independencia, individualismo y ambición personal. ¿Cómo iban a creerse menos que Berenguer?».

[27] Ibíd., escrito en vol. II, pág. 30.

[28] Publicado en *La Gaceta* del 28. Desarrolla y precisa un real decreto de 25 de enero de 1919, publicado el 26, por el que se le atribuía «la inspección sobre todas las autoridades y servicios».

[29] Un buen resumen, que seguimos, de la problemática del mando está en AHN, TS, 51 N 2, respuesta de Berenguer a la 4.ª pregunta del cuestionario que le envió el Consejo Supremo de Guerra y Marina, folios 415-427. Complicaba aún más las cosas que, según el real decreto de 11 de septiembre de 1918 la Comandancia de Larache dependía de la de Ceuta, lo que en la práctica no se respetaba. Las contestaciones, que Berenguer remitió el 30 de septiembre de 1922, y que ocupan doscientos folios, son una excelente fuente para conocer el punto de vista del general.

[30] Berenguer (1948), vol. II, págs. 37-38.

cuando la calificó ante la Comisión de Responsabilidades del Congreso como «vehemente»[31].

Con tan firme respaldo, se produjo el nombramiento, y llegó el nuevo comandante general a Melilla el 12 de febrero de 1920. No resulta fácil valorar los motivos que tuvo Berenguer para dar ese paso. Seguramente, lo hizo en parte por la consideración que, sin duda, le merecía Silvestre como militar. Es probable, asimismo, que a la vez influyera el deseo de alejar a alguien tan problemático de mandar. La prioridad absoluta que había dado a las operaciones en la zona occidental, donde él residía, quizás también jugó un papel. De un lado, sin Silvestre allí actuaba más cómodamente; de otro, relegándole a un frente como el oriental, que juzgaba secundario, le apartaba del centro de gravedad de la campaña.

Estando ya Silvestre en Melilla, se cerraría el asunto de la jerarquía de mandos. El nuevo ministro de la Guerra, el vizconde de Eza, hizo una visita al Protectorado en julio de ese año[32]. Como escribió a su colega en Estado, al regreso[33]: «como resultado de mi viaje adquirí la convicción de que el alto comisario carece de algo difícil de definir, pero palpable en la realidad, que le dé esa personalidad indispensable para tener una iniciativa tan absoluta como plena sea la responsabilidad que le incumbe […] He observado […] que Berenguer no se atreve, por delicadezas muy laudables, pero que perjudican al mando, a tomar iniciativas terminantes por sí mismo, y a usar de su autoridad cerca de los comandantes generales. Éstos, a su vez, acatando al alto comisario, creen tener alguna facultad iniciadora [...] De todo esto resulta algo de imprecisión en las atribuciones de unos y otros».

La cita es larga, pero imprescindible, porque dice mucho del carácter de Berenguer y de sus relaciones con Silvestre, de las que luego se hablará. Eza se decía «convencido de la necesidad de robustecer al alto comisario». Lo más sencillo hubiese sido nombrarle general en jefe, directamente. Sin embargo, eso planteaba problemas. El cargo había sido suprimido por un Gobierno anterior, liberal, y los conservadores entonces en el poder, bajo la égida de Allendesalazar, deseaban evitar que se propagase la idea de que ellos aspiraban a acentuar el aspecto guerrero, tan detestado por la opinión pública, del Protectorado.

Por tanto, no se volvió a instaurar, pero un real decreto de 1 de septiembre de ese año[34], tras muchos circunloquios, reconocía la existencia de «algo de imprecisión en la atribución de funciones de unos y otros, y una posible vacilación en el engranaje de las distintas esferas del alto mando», así como la imperiosa necesidad de reunir la autoridad «en un solo cerebro y en una sola mano», para

---

[31] *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 297.

[32] No pasó desapercibida a *El Anotador,* que le describe «con traje blanco sucio y sombrero jipi». Los marroquíes, «tan ceremoniosos y protocolarios», exclamaban: «¡Una pena, esto estar ministro!», Berenguer (1948), vol. II, escrito en la pág. 95. Sorprende el desaliño, porque viajó con tres criados.

[33] La carta está en Eza (1923), págs. 141-144.

[34] Publicado en *La Gaceta de Madrid* del día 2.

que la «unidad de acción sea absoluta». A la vista de ello, y con el fin de «robustecer el alcance de la función directora del alto comisario en el orden militar», se le otorgaba, «mientras sea un general, el mando en jefe», «tanto para la dirección de las operaciones [...] como para vigilar la administración y régimen interior de las tropas y servicios».

Al tiempo, el artículo 2.º mantenía la capacidad de los comandantes generales de Ceuta y de Melilla para entenderse directamente con el Ministerio en las materias mencionadas en el artículo 5.º del real decreto de 11 de diciembre de 1918, que se circunscribían a «los asuntos de trámite referentes a reclutamiento, organización, administración [y] asistencia de las tropas y servicios». El 3.º facultaba al alto comisario para delegar en los comandantes generales, «total o parcialmente», «facultades inspectoras y administrativas».

El mecanismo seguía siendo demasiado borroso, pero Eza aclaró el espíritu de la norma a Berenguer en una carta del día siguiente. Comentaba el decreto «concediendo a Vd. el mando en jefe de ese ejército»; explicaba las razones de que no se hubiera concedido expresamente el título; consideraba «aclarada toda duda o vacilación que antes cupiera» y le transmitía «la seguridad» de que «de hecho y derecho es Vd. a partir de hoy general en jefe». Contestó el alto comisario que «sólo plácemes merece el acierto de la fórmula», agradeciendo el decreto «concediéndome el mando en jefe de este ejército», y, para remacharlo sin pérdida de tiempo, no más tarde del 4 estampó su firma al pie de una orden para todas las tropas españolas en Marruecos como su jefe superior. Andando el tiempo, Berenguer intentó relativizar la importancia del cargo, para alejar responsabilidades, pero parece claro que tanto el Gobierno, como él mismo no tenían dudas sobre el poder que le había sido conferido. Quizás las tuviera Silvestre, sobre todo si llegó a mandarle en esa ocasión, como se dijo[35], un telegrama burlón diciendo: «enhorabuena, te felicito, ya somos dos». Ello suscita la quebradiza cuestión de las relaciones entre ambos.

Dos generales

Conviene, ante todo, descartar simplificaciones. Ni Silvestre era un insensato ni Berenguer un tímido avasallado por él. Ni el primero hacía lo que le venía en gana, ni el segundo lo dominaba con puño férreo. Es cierto que en la clasificación que de sí mismos hicieron algunos generales carlistas durante la primera guerra civil, distinguiendo entre los «brutos» –que, por cierto, triunfarían, en su opinión– y los de «carta y compás», el comandante general figuraría entre aquellos, y el alto comisario entre estos. Pero se trata de una caricatura tosca que no se puede aplicar a una relación compleja.

[35] Lo afirmó Prieto, no siempre el más objetivo de los observadores, en el Congreso, calificando de «célebre» el referido telegrama. *Diario del Congreso* de 27 de octubre de 1921.

Era mucho lo que compartían: edad parecida (Berenguer nacido en agosto de 1873 y Silvestre en diciembre de 1871); nacimiento en Cuba, pertenencia a Caballería; distinguidos servicios en la última campaña de la Gran Antilla y las primeras de Marruecos, ascensos por méritos de guerra y familiaridad con la lengua árabe. También, otro factor, que apunta Cabanellas[36]: «ambos eran considerados palaciegos». Aunque probablemente Silvestre, por lo campechano y vistoso de su temperamento, congeniaba más con el soberano, Alfonso XIII valoraba sobremanera las cualidades de Berenguer, hasta el punto de, luego, confiarle el mando de su cuarto militar y con él, el de la unidad más próxima a su persona, los Alabarderos, y más tarde y sobre todo, la presidencia del Gobierno. Los dos se movían, pues, con desenvoltura en la corte, y estaban muy lejos de pertenecer a la categoría de oscuros generales de provincias. Sin duda, «Silvestre se sentía apoyado por el rey, con quien comunicaba directamente»[37], pero Berenguer tampoco tenía ningún problema para acceder a él, al margen de que, como es sabido, el monarca consideraba una preciada prerrogativa, que ejercía con imprudente soltura, la de comunicarse sin intermediarios con los militares.

Es natural que con tantos aspectos comunes se declarasen, sin mentir, amigos, y mantuviesen los lazos de una «vieja cordialidad de hermanos, quizás rota en estos últimos meses»[38].

Pero también había discrepancias, aunque los dos intentaron que no transcendiesen a la opinión pública. Eran ambiciosos, codiciaban laureles y tan poco dispuesto estaba Berenguer a renunciar a las prerrogativas de su mando, como Silvestre a aceptar un papel de modesto segundo en la sombra, como era el caso, por ejemplo, de su propio lugarteniente en Melilla, Felipe Navarro.

Para empeorar las cosas, tenían «temperamentos antagónicos»[39] y visiones muy distintas.

Por lo que se puede deducir, el alto comisario era un hombre reflexivo, meticuloso, y de no deslumbrante imaginación. Sus cartas son áridas, pesadas, sólidos informes, sin brillantez alguna. Dan la sensación de que rayaba en la estolidez.

Un gran admirador[40] lo confirma. Cuenta que «no tiene nervios [...], por nada se altera», lo que causaba en muchos –se entiende– «desesperación ante la firme, tenaz, impasibilidad». Silvestre era todo lo contrario. Se habla de su «temperamento impresionable y de un carácter impetuoso, cuya vehemencia nunca trató de ocultar»[41]; era «un ser irreflexivo [...], impulsivo»[42]. Lo contradice,

[36] Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales,* Barcelona, 1977, vol. I, pág. 83.
[37] Romanones, pág. 184.
[38] Indalecio Prieto, *Diario del Congreso* de 27 de octubre de 1921.
[39] Romanones (1947), pág. 191.
[40] Ruiz Albéniz (1922), pág. 96.
[41] Luis Rodríguez de Viguri, *La retirada de Annual y el asedio de Monte Arruit,* Madrid, 1924, pág. 17. Se trata del alegato que hizo en defensa de Berenguer ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina.
[42] *La Comisión de Responsabilidades*, declaraciones de Dávila, pág. 387.

sorprendentemente, Berenguer: «no era tan impulsivo, sino que era un previsor en todas las ocasiones de la vida militar». Es este un comentario difícil de interpretar, ya que también añade que «tuvo la previsión de todo lo que podía ocurrir»[43], lo que, a la vista de lo que sucedió luego, raya en la ironía. El alto comisario tiene a veces sobre su compañero reflexiones de este tipo que extrañan, y que quizás obedecen a la ambivalencia antes comentada.

Parece que el comandante general tenía una manera de ser abierta, entrañable, lo que hizo que a su alrededor se formara un grupo denominado *los manolos,* formado por militares que le conocían de antiguo y le tuteaban, llamándole por ese nombre. Cuesta trabajo imaginar algo así en el caso de Berenguer. La llaneza y campechanía de Silvestre no suponía, en modo alguno, ingenuidad. Tenía buenos contactos en Madrid, que cultivaba asiduamente. Su edecán afirma[44] que entre enero y mayo de 1921 envió varios emisarios personales, que llevaron cartas que dirigía directamente al ministro, y que «escribía muy frecuentemente» al jefe del Negociado de Marruecos en el Ministerio, quien, a pesar de su modesto título, era la persona que llevaba el día a día de todos los aspectos militares del Protectorado. De hecho, este reconoció que «le escribía casi semanalmente»[45].

No cabe duda de que propendía, quizás en aras de la eficacia, a ignorar la cadena de mando reglamentaria, haciendo, por ejemplo, solicitudes sin tenerla en cuenta, lo que a veces le costaba recriminaciones de Berenguer. Un caso, entre tantos, fue un pedido de bombas de aviación que formuló y que motivó que su superior le recordara «que peticiones análogas las hagan en [sic] mi autoridad, en vez de entenderse Melilla directamente»[46].

«Temerario» y «audaz» eran adjetivos[47], igual que «hombre de espuelas»[48], que cuadraban al comandante general, como corroboraba el impresionante número de cicatrices que surcaban su cuerpo –cinco de bala y once de arma blanca–, fruto de heridas recibidas en Cuba, mientras que sus famosas *bigotadas* hacían las delicias de las salas de banderas. Pero él mismo era consciente de que esas características preocupaban a algunos. Eza cuenta que, cuando visitó Melilla y comentaban una operación, Silvestre le dijo «con esa risa infantil» que le distinguía, que «con la fama de loco que tengo, no quiero hacer nada sin que me lo mande el alto comisario»[49].

---

[43] Discurso de Dámaso Berenguer en el Senado, *Diario del Senado* de 14 de julio de 1922.

[44] Declaración del teniente coronel Tulio López, de 16 de agosto de 1921, en AHN, TS, 51 N 1, folio 251. También se encuentra, junto a varias otras, en *Diario del Senado*, apéndice extraordinario al número de 1 de diciembre de 1922 (pág. 15, en concreto).

[45] Interrogatorio del coronel López de Lamela, AHN, TS, 51 N 18, folios 5499-5501. La cita figura en este último.

[46] Ibíd., 51 N 3, folio 852. De Berenguer a Silvestre, 19 de junio de 1921.

[47] Aparecen en Maura y Melchor Fernández Almagro, pág. 350.

[48] Manuel Sánchez del Arco, *Ayer y hoy en Marruecos,* Tetuán, 1952, pág. 144.

[49] *Diario del Congreso* de 29 de noviembre de 1922, intervención del vizconde de Eza.

De este, en cambio, se afirmaba[50], que «no movería un pie sin estar inquebrantablemente afirmado en el otro», aunque, es posible que lo que la fina sensibilidad de Ayache describe como «optimismo audaz, pero reflexivo»[51], defina mejor su forma de enfocar los problemas.

Nadie le negaba inteligencia a Berenguer. Payne[52] le considera «más prudente, observador y cerebral de lo que era lo normal entre los militares españoles», añadiendo que «estaba considerado como un militar modelo». En cambio, Hernández Mir[53] y Maura y Fernández Almagro[54], coinciden en describir a Silvestre como «guerrillero», mientras que Seco[55] alude a su costumbre de llamar, irónicamente, «estorbo mayor» al Estado Mayor, institución que, en cambio, era esencial para Berenguer.

De Silvestre, hasta amigos personales y defensores personales acérrimos[56] admitían que «no se destacaba ciertamente como poseedor de un cerebro genial» y que «era un guerrero poco intelectual [...] No sabía sino de la guerra». Algo parecido dijo Martínez Campos en el Congreso[57], presentándolo como el «prototipo del general militar [...], no intelectual».

Se trataba de un problema, en alguien llamado más que a mandar soldados. El cargo de comandante general conllevaba unas exigencias políticas que requerían ciertas habilidades, «las cualidades que evidentemente le faltan», según su mejor abogado, fuente imprescindible, justamente por su parcialidad, si se quiere presentar una imagen objetiva del singular dúo que eran Berenguer y Silvestre. Añade: «era demasiado militar [...] el huracán del exterminio[58], y nuestra obra de Protectorado no podía confundirse sin peligro nacional con la misión de exterminar [...] Conociéndole, no debió enviársele a ejercer autoridad en Marruecos, donde no es provocar la guerra, sino imponer la paz lo que nos está encomendado». Añade, ominosamente: «él nunca recató sus firmes juicios sobre los marroquíes»[59].

Gómez Hidalgo no era el único que pensaba así. Para Payne[60], Silvestre «era conocido por ser defensor de la aplicación de una línea dura». Para el diputado Solano[61], «sentía un profundo desprecio por todo lo que suponía el civil marroquí». En opinión de Rodríguez de Viguri[62], que le conocía personalmente, tenía

[50] Bastos, pág. 186.
[51] Ayache (1981), pág. 277.
[52] Payne, pág. 133.
[53] Hernández Mir, pág. 17.
[54] Pág. 92.
[55] Seco (1969), pág. 138.
[56] Gómez Hidalgo, pág. 156.
[57] *Diario del Congreso*, sesión de 21 de octubre de 1921.
[58] Se trata de una frase efectista, y de una gran exageración.
[59] Gómez Hidalgo, págs. 53 y 157-159.
[60] Payne, pág. 137.
[61] *Diario del Congreso* de 20 de octubre de 1921.
[62] Ibíd., 2 de noviembre de 1921.

una «visión especial del problema de Marruecos […]; no estaba preparado para la obra de Marruecos», ya que «veía en el triunfo de las armas el único medio». Lo confirma el senador Tomás Maestre[63]: «la política de Fernández Silvestre era una política de guerra».

Su vencedor, que también le había tratado, diría algo muy parecido: era «un militar muy valiente, pero desprovisto de todo sentido político»[64].

Riquelme subraya el obstáculo que ello suponía para la labor que le había sido encomendada. Comenta que Berenguer le encargó que preparara un proyecto para reforzar el aspecto civil del Protectorado en la zona oriental, como él mismo estaba haciendo en la occidental. Con ese motivo se reunió con Silvestre, constatando que el general «no podía avenirse, dado su temperamento, a compartir con el bajá la autoridad […] y menos aún a limitarse al papel de interventor del bajá […], como debería haber sido en realidad su misión». Por ello, «dadas sus condiciones, no había más remedio que transigir y darle una delegación especial». La propuesta, pues, recomendaba «un sistema subordinado a las condiciones personales […] del general Silvestre», que sería «delegado del jalifa, en funciones de bajá». Parece que no admite dudas de que si había que condicionar toda una política a las idiosincrasias del comandante general, su designación fue un error.

En este orden de cosas, la diferencia con Berenguer era notable. De él se dijo, rencorosamente[65], que «estaba enamorado del indígena, hasta siempre colocarlo en plano superior al europeo», y muchos destacaron, criticándola o aplaudiéndola, según las distintas perspectivas, su flexibilidad, tan distinta de la visión de Silvestre: «pecó de dúctil, en grado superlativo»[66]; era «un político más dado al cálculo que a la audacia»[67]. Hasta *El Anotador,* que tenía debilidad por él, lo señala: «por desgracia, él también estaba contagiado de politiquería»[68], mientras que en el extremo ideológico opuesto, Prieto coincide en reprochar al alto comisario su excesiva ductilidad[69].

Gómez-Jordana[70], por su parte, hace unos comentarios sobre Berenguer muy originales, ya que es el único que le dedica adjetivos comúnmente asociados a Silvestre. Afirma así que había «saltado» directamente del mando de una simple brigada de Cazadores a la Alta Comisaría, en su «carrera desenfrenada», y le atribuye «exceso de confianza en sí mismo y en su buena estrella».

Existiendo tantas diferencias entre ambos generales, coincidían en algún aspecto. De Berenguer se elogió «su blandura de carácter, la excesiva bondad»[71]; de

[63] *Diario del Senado* de 2 de diciembre de 1921.
[64] Roger-Mathieu, pág. 90.
[65] Hernández Mir, pág. 16.
[66] Ibíd., pág. 19.
[67] Payne, pág. 155.
[68] Anotación en la pág. 218 de *Campañas en el Rif y en Yebala,* vol. I.
[69] *Diario del Congreso* de 4 de mayo de 1922.
[70] Gómez-Jordana, pág. 44.
[71] Ruiz Albéniz (1922), pág. 100.

Silvestre, se afirmó, y no por amigos, que tenía «un corazón de oro»[72]. El teniente coronel Fernández Tamarit apunta de este que «su bondad resultaba tan excesiva que no le defendían más que los bigotes»[73], y añade que se lo dijo a él a la cara.

Nadie sería más cruel con Silvestre que uno de sus subordinados, lo que, por otra parte, es humano: «no tenía la capacidad necesaria [...] Era un falso ídolo que tenía [...] los pies de arena [...] Un ser irreflexivo y de carácter impulsivo», que se muestra satisfecho con un plan de operaciones pergeñado de cualquier manera en tres horas, y que para su propio autor era «un buñuelo»[74].

Romanones[75], que fue su huésped, es más equilibrado, al describirlo como «militar de condiciones excepcionales y de defectos peligrosos», expresión que le retrata adecuadamente. Le define como «un hombre de valor a toda prueba, a quien nada se le ponía por delante», y alude a su «ambición» y a sus «ímpetus y fantasías».

No se puede cerrar ninguna semblanza de Silvestre, por mínima que sea, sin hacer mención de un complicado episodio. El general tenía una espléndida hoja de servicios, llena de nombres de exóticos potreros cubanos en los que perpetró hazañas, y de lugares de Marruecos como Casablanca, Arcila, Alcazarquivir o Larache, donde se había distinguido. Figuraba también en ella, sin embargo, un traslado en 1915 desde ese último punto al cuarto militar del rey que ocultaba algo que le hacía muy poco honor, y que ilustra una faceta oscura de su carácter.

Ese año, dentro de la dubitativa política seguida hacia El Raisuni, se estaba ensayando un acercamiento a dicho personaje, con el que se habían entablado negociaciones. Con motivo de ellas, el alto comisario de la época, general Marina, dio salvoconducto a un emisario del marroquí para que pudiera transitar libremente entre la zona sometida a la España y la insumisa[76]. Silvestre era por entonces comandante general de Larache; había tenido sonados enfrentamientos con El Raisuni y se oponía radicalmente a cualquier arreglo con él. En uno de los viajes que hizo el enviado, de nombre Alkalai, apareció muerto, el 8 de mayo de

[72] *La Comisión de Responsabilidades,* declaración de Dávila, pág. 387.

[73] AHN, TS, 51 N 1, declaración de Fernández Tamarit, de 17 de julio de 1922, folio 19v, ampliada el 20 del mismo mes y año. Este militar estaba considerado, al parecer, como una especie de oráculo, aunque no participó en Annual. Picasso le interrogó el 5 de octubre de 1921; el Consejo Supremo de Guerra y Marina, en la fecha arriba mencionada, y sus declaraciones fueron enviadas a la Cámara Alta, encontrándose en el *Diario del Senado,* apéndice extraordinario al número de 94, de 1 de diciembre de 1922, pág. 5, declaración de Fernández Tamarit. Sus palabras, sin embargo, se deben tomar con precaución, aunque solo sea porque se sabe que su hijo, que servía en la Policía, fue sometido a un tribunal de honor, lo que supuso que «su voluntad» estaba «apasionada» en lo que se refería a esas fuerzas (la valoración es del capitán Ochoa, AHN, TS, 51 N 18, folio 5710).

[74] *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 386-387.

[75] Págs. 92 y 184, respectivamente.

[76] García Figueras, págs. 161-162 y en Tessanier y Tomasich, págs. 151-152. Ningún autor contemporáneo dudó de la culpabilidad de Silvestre en este turbio asunto.

1915, en territorio español, a pesar del documento que garantizaba su seguridad. Alguien, probablemente miembros de la Policía Indígena siguiendo órdenes, le «había echado una cuerda al cuello y tirado a un río». Fue, sin duda, como dice *El Anotador*[77], «una cosa muy fea».

Estalló el escándalo. Nadie dudaba de la culpa del comandante general, pero en aquel desdichado Ejército, corroído por las camarillas y los personalismos, con una tambaleante disciplina, la defenestración de alguien con los poderosos apoyos en la corte que tenía Silvestre resultaba impensable. La salida que se dio a la crisis fue poco decorosa. El comandante general fue relevado, sí, tras recibir una gran cruz, para pasar, lo que resulta casi demasiado elocuente, al cuarto militar del rey. Pero también fue sustituido el alto comisario, que no había cometido ninguna falta más que pedir que se abriera una instrucción sumarísima contra su subordinado, con otra presea de similar calibre como compensación, en un intento de camuflar la arbitrariedad cometida. Silvestre quedó impune; se buscaron y se castigaron culpables de segunda fila, un oficial español, el capitán Rueda, de la Policía, y un «moro amigo», Dris el Riffi, bajá de Arcila, al que encontraremos más adelante, y no hubo nada. Luego fueron puestos en libertad.

Tanta repercusión tuvo aquello, que ocho años después la Comisión de Responsabilidades del Congreso citó al general Marina para que informara de lo sucedido. Sus declaraciones, plagadas de impertinencias hacia los diputados a los que claramente despreciaba, merecen ser glosadas in extenso[78]. Cuenta que Silvestre cumplió la orden que le dio de no sabotear las negociaciones, pero que compartió su despecho con algún colaborador que, «creyendo halagar[lo]», perpetró el asesinato. Considera lo sucedido «cosa verdaderamente inusitada o incomprensible». Hace grandes loas del comandante general, llegando a decir que «era muy subordinado», y destacando su prestigio, pero cuando se le pregunta si le hubiera escogido para Melilla, teniendo Alhucemas como objetivo, contesta que «no, porque le conocía […], estaba escarmentado por lo que me había sucedido en Larache».

Comenta también que, a pesar de que Silvestre en aquellos días era un general de brigada recién ascendido, se carteaba directamente con el Ministerio de Estado –«realmente eso no era correcto», apostilla– y concluye diciendo que «tenía condiciones brillantes, mezcladas con otras que no lo eran tanto», entre las que figuraba «alguna tendencia a […] desentenderse un poco de los trámites reglamentarios y a ir un poco más allá […]; se salía un poco del camino trillado que debe seguir un subordinado con su jefe».

Si intervino directa o indirectamente en el asesinato, como se creyó, ello mostraría un hombre dispuesto a llegar muy lejos, y tan envanecido que no duda en enfrentarse a un superior de la reputación y veteranía que tenía Marina, sin

[77] Apunte en pág. 179 de *Campañas en el Rif y en Yebala.*

[78] *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 416-423.

paragón con las de Berenguer. Que, a pesar de todo, el rey le acogiera cerca de sí, y que, posteriormente le fuesen confiadas las Comandancias Generales de Ceuta y de Melilla, demuestra la degradación a que en esos años habían llegado los asuntos públicos en España. Por cierto, a causa del homicidio, se rompieron las negociaciones con El Raisuni, con lo que Silvestre se salió con la suya.

En cuanto a cuál era la relación entre Berenguer y él, es materia abierta a discusión. Unos hablan de obediencia ciega de Silvestre, otros, de que ignoraba totalmente a Berenguer. La verdad posiblemente se encuentre entre ambos extremos. Desde luego, parece que la amistad antigua que les unía –o que los había unido–, pesaba a favor del comandante general, así como la semiautonomía que tradicionalmente había gozado Melilla respecto a Tetuán. Se ha dicho al respecto que el alto comisario ejercía solo «un control liberal»[79], y que «no estaba dispuesto a ejercer una autoridad estricta»[80]. Habría que tomar en consideración, además, que, según parece, tenía una concepción flexible del mando. Un escrito del Estado Mayor de la Alta Comisaría[81] afirma que su costumbre era dar «las instrucciones de carácter general» y que los comandantes generales las «desarrollaban después en la forma que estimaban conveniente, por ser los que dirigían la ejecución de las operaciones». Pero, aun así, y a pesar de que tuviera «verdadero afecto y debilidad por Silvestre» y este, a su vez, le fuese «leal»[82], se había cometido la torpeza de situarles en una situación que llevaba a inevitables «rozamientos»[83].

El comandante general, ya se ha comentado, era más antiguo como general de división que su superior, pero únicamente por un número en el escalafón. En un Ejército anclado en el pasado como el español, y que no había experimentado la revolución que había supuesto la Primera Guerra Mundial, en este y otros muchos ámbitos, ello era una distancia sustantiva. Así, Berenguer, tras una catarata de elogios a Silvestre y a su disciplina y, de nuevo, mezclando alabanzas con críticas, se apoya en un respetado tratadista para escribir que «ya el marqués de Santa Cruz, en sus *Reflexiones Militares,* nos decía "no conviene destacar juntos a oficiales del mismo grado […], porque de igual a igual se manda con muchas contemplaciones y se obedece con más repugnancia"»[84].

Es posible que de no haberles destinado al mismo teatro de operaciones, o de haber invertido las respectivas posiciones que en él desempeñaban, no hubieran surgido problemas entre ellos. No fue el caso, sin embargo, y apareció la «rivalidad», la «honda divergencia» de las que hablaron los diputados Olázaga y Sola-

---

79 Ayache (1981), pág. 277.

80 Payne, pág. 143.

81 AHN, TS, 51 N 6, folio 1633. Está fechado el 7 de noviembre de 1922, cuando Berenguer ya había iniciado su camino hacia la desgracia.

82 Ruiz Albéniz (1922), págs. 106-107.

83 *Diario del Congreso* de 27 de octubre de 1921, intervención de Indalecio Prieto.

84 Berenguer (1923), págs. 7-8.

no[85]. Los «temperamentos antagónicos»[86] de ambos, alimentados por las sucesivas frustraciones de Silvestre, desembocarían en lo que el dictamen de la mayoría conservadora del Congreso calificó de «no ya latente, sino mostrado el desacuerdo entre ambos generales, y la incompatibilidad entre sus respectivas empresas»[87].

Para completar el trío de personas que tendrían que afrontar Annual, hay que hacer una mínima referencia al ministro de la Guerra de la época. El vizconde de Eza era hombre bienintencionado, trabajador, de gran fortuna, con muchas inquietudes intelectuales y pocas guerreras. Cortés hasta el extremo –por respeto, se negaría a sentarse ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina[88]–, era interlocutor poco apropiado para los hombres oliendo a pólvora, quemados por el sol de los campos africanos, que desfilaban por su despacho. Frente a huracanes como Silvestre o Millán Astray, corajes fríos como el de González Tablas, o prestigios como el de Weyler, poco peso debía tener. Congenió, en cambio, con Berenguer, con el que, como se verá, mantuvo en los peores momentos del desastre una relación extraordinariamente cordial.

Se consideraba, lo dijo él mismo, como un mero «administrador» del Ejército, que no entraba en las cuestiones militares, que excedían de sus conocimientos y, en su criterio, de sus competencias. Es de justicia reconocer, no obstante, que en el ejercicio de lo que consideraba dentro del ámbito de sus atribuciones, hizo cuanto pudo para satisfacer las peticiones de los generales de África, luchando con denuedo contra las inercias, cuando no contra la oposición, que encontró en el seno del gabinete, en su propio departamento y en las Cortes[89].

Cuando tuvo que defenderse por lo sucedido en Annual nunca dejó de alegar su carácter de civil, que le eximía de profundizar en asuntos técnicos. Le honra la lealtad que mostró a sus subordinados, pero no era persona para ese cargo, y menos en aquella tesitura.

Lo confesó en público: «amigos y extraños han dicho en más de una ocasión que yo no tenía más que una responsabilidad: la de haberme dejado coger para ser ministro de la Guerra»[90]; «siempre me he negado a ser ministro por reconocer mi carencia absoluta de condiciones para ocupar ese puesto»[91]. Como también dijo en el Congreso, para él sería un castigo, no un premio, continuar en la política.

[85] *Diario del Congreso* de 20 de octubre de 1921.

[86] La expresión es de Romanones, pág. 191.

[87] Publicado en anejo al *Diario del Senado* de 15 de diciembre de 1922.

[88] AHN, TS, 51 N 26, «Vista de la causa contra los generales sres. Berenguer y Navarro», sesión de 22 de junio de 1924, pág. 4.

[89] Para esta materia son interesantes las respuestas por escrito de Gómez-Jordana, con fecha de 31 de agosto de 1922, al interrogatorio que se le hizo, y que figuran en AHN, TS, 51 N 4, folios 1019-1046.

[90] Vizconde de Eza, *El desastre de Melilla,* Madrid, 1923, pág. 4. En la obra recoge una serie de conferencias pronunciada en el Ateneo de Madrid, en abril de 1923.

[91] *Diario del Congreso* de 11 de noviembre de 1922.

Con ese temperamento, en su viaje a Melilla, entre el 9 y el 22 de julio de 1920, justo un año antes de la hecatombe, adivinó muy poco del verdadero estado de cosas, publicando al término del mismo una *Memoria*[92] que, por su tono complaciente, revela que no supo profundizar más allá de las apariencias que se le mostraron, ya que «volvió satisfecho de la campaña y de los servicios todos del ejército»[93]. Ni siquiera los acontecimientos posteriores y el subsiguiente desastre le hicieron rectificar, y continuó insistiendo en que «mi impresión fue altamente favorable para aquel ejército»[94]. Percibió sí, porque se lo dijo Berenguer, el problema de la estructura de mando, pero como se ha visto, no logró solucionarlo completamente.

La ruptura con los Abd el Krim

La muerte de Jordana, de creer a Abd el Krim, no solo tendría consecuencias para España. Según el dirigente rifeño, a partir de ella, «mi confianza [en los españoles] se derrumbó totalmente»[95]. Se entiende. El general era un veterano de la zona oriental, a diferencia de Berenguer y Silvestre, más familiarizados con el occidental, y tanto en Melilla como en Tetuán había tenido contactos con su familia.

Había otros motivos, desde luego. El principal de ellos, seguramente, el fracasado proyecto de desembarco de 1918. Su padre había trabajado activamente en él, incluso fuera de Beni Urriaguel. El 8 de abril, Alhucemas transmitía que había informado de una propuesta hecha en ese sentido por la fracción de Trugut, de Tensaman. El mayor de los Jatabi estimaba para entonces que «su situación en la cabila es cada día más comprometida por sus ostensibles muestras de adhesión a España, por lo que ruega se le consienta marcharse a vivir a Tensaman». Se respondió al «interesante telegrama» pidiendo más detalles de la oferta[96].

Esa vez llegaron a reunirse, afirma Gómez-Jordana[97], «garantías de un espléndido éxito». Pero, siempre según ese autor, los celos del alto comisario de entonces, general Alfau, incómodo porque la operación iba a llevarse a cabo desde Melilla, y no desde «su» zona occidental, obligaron a desistir. Madariaga[98] ha publicado una nota muy interesante que atribuye, probablemente con razón, a dicho plan.

92 AGMM, África, Ministerio de la Guerra, legajo 28, carpeta 5.
93 Cierva, *Notas de mi vida,* pág. 238.
94 AHN, TS, interrogatorio de Eza en la sesión del 22 de junio de 1924 ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina, pág. 34.
95 Roger-Mathieu, pág. 66.
96 AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 6.
97 Gómez-Jordana, págs. 114-115.
98 Madariaga, págs. 179-180.

Riquelme, por su parte, proporcionó a la Comisión de Responsabilidades del Congreso un informe y datos completos[99] que demuestran el total apoyo de los Abd el Krim y lo avanzado de los preparativos que incluían, por cierto, la vieja idea de alejar a los jóvenes que iban a Argelia como braceros. De los muchos datos que aporta se podían entresacar algunos, particularmente notables. El origen de la prevista operación es «una proposición del Jatabi», completada por «información practicada personalmente en Axdir por el cadí codat de esta Oficina»; padre e hijo son, pues, un equipo que trabaja en perfecta coordinación. Se analizan dos opciones para el desembarco: Trugut, de Tensaman, o el propio Axdir, cada una de las cuales tiene una «factura» para «gastos políticos», es decir, sobornos e indemnizaciones: 300.000 y 250.000 pesetas, respectivamente. Figuran unos detalles curiosos sobre la fortuna de los Abd el Krim y de Chindy. Aquellos poseían fuera de su poblado de origen cinco casas y «grandes plantaciones de frutales y una importante cosecha de granos», teniendo a colonos que trabajaban para ellos. El segundo era dueño de tres casas y de tierras.

El nuevo fracaso fue la gota que colmó el vaso de la paciencia para los Abd el Krim. El padre, con pretextos, llamó a sus hijos para que fuesen a reunírsele. Le importaba, antes de todo, despojar a los españoles de esos rehenes. El mayor lo consiguió, aduciendo que iba a contraer matrimonio. Su ausencia tardaría en despertar sospechas, ya que anteriormente había retrasado su retorno de permisos. Por ejemplo, el 15 de agosto de ese año, Melilla solicitaba de Alhucemas que recordara al cadí *codat* Si Moh «que hállase excedido de su permiso sin justificar»[100], y que le ordenara que se reincorporase en el primer vapor. Como había pedido un mes de licencia a principios de abril, ciertamente se había «excedido». En cuanto a Mohamed, aprovechó las vacaciones de Navidad para volver a su hogar.

Una vez tranquilo por ese lado, el mayor de los Abd el Krim, en vez de ir él mismo, prudentemente envió, en febrero de 1919, a un sobrino como emisario al Peñón para que anunciara que sus hijos se quedaban en Axdir porque habían sufrido amenazas de las fracciones Ait Alí, Marabitín y Ait Yusef u Alí.

El 20, el coronel Manuel Civantos, nuevo comandante militar escribió, alarmado, una carta y un telegrama[101]. La primera, al cadí, pidiéndole que reflexionase, para que no «se eche todo por tierra». Le pedía que pensase, sobre todo, en el futuro de su hermano, que iba a arruinar. Decía que querían que hablaran, y que, hasta entonces, había ocultado a Melilla lo sucedido, fingiendo que Abd el Krim se hallaba enfermo y que por eso no podía volver. Sin embargo, en el telegrama al comandante general, tras informar del mensaje y de que los Jatabi habían prometido permanecer «en tranquilidad, sin hacer nada en contra nuestra», comentaba que había indicado al cadí *codat* que «sólo he dicho a V.E. que no se ha incorporado porque estaba enfermo».

[99] Págs. 121-123, así como un informe, de 4 de junio de 1918, en págs. 274-281.
[100] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo 2.º, carpeta 4.
[101] Ibíd., carpeta 2 para ambos textos.

Al día siguiente aquel contestó a Civantos, en español. «Nos exponemos a grandes perjuicios y mayores sacrificios», señalaba, por sus relaciones con España, «como nos ha ocurrido varias veces», «y como vemos que España no nos presta protección ni ayuda suficientes para hacer frente a la enemistad» que existe contra ellos, «nos vemos obligados […] a tomar esta determinación», «si España no modifica su política en esta zona».

Le tranquilizaba, no obstante: «de todas maneras somos y seremos siempre partidarios de la acción civilizadora de España». En cuanto a las relaciones personales con Civantos, al contrario de lo que sucedió con Gavilá, «somos buenos amigos y hemos trabajado juntos en una causa común, y puedes disponer de nosotros como verdaderos amigos, ahora y siempre».

El 23, el comandante militar tomaba de nuevo la pluma para dirigirse al comandante general[102]. En el Peñón ha habido un magno encuentro de «moros amigos»; Bucar, Chindy, Boryila, estaban todos allí. Hasta Civera, de Bocoya, y gente de Tensaman acudieron. También, miembros del grupo de El Jatabi.

Todos estaban indignados por la conducta de este que atribuyen, es de resaltar, a «su desmedida ambición», quejándose de que «nunca contó con ellos». El miedo a otros cabileños que había alegado es «disculpa baladí». En su opinión, más bien temían que los franceses les iban a reclamar como antiguos simpatizantes de Abd el Malek –por eso figuraban «en todas las listas», y llevan «fotografías de ellos los barcos aliados»–, y que España cediera a las presiones. Tan cierto es que les perseguían, que cuando Mohamed hizo un viaje de regreso a España desde Axdir, las autoridades españolas le dieron un pase con nombre falso[103].

Civantos pensaba que otro motivo era una anunciada reforma de las pensiones, y que habían hecho ese «simulacro de retirada» como medida de presión.

Desde luego, el recelo de ser entregados, tenía base, ya que España lo había hecho con otros fieles de Abd el Malek. Riquelme, que conocía bien el caso, cree que eso «fue decisivo»[104], lo que parece muy verosímil.

De lo que no se trataba el distanciamiento, en ningún caso, era de un «simulacro». Al contrario, porque las ambiciones de la familia no permitían la neutralidad. Incluso si no hubieran existido, la cabila no la hubiera consentido, tras los largos años de devaneos con la potencia protectora. Se iniciaba un camino sin retorno, que pasaría por Annual.

El 27 de febrero, Mohamed manda una carta al director de la Residencia de Estudiantes. Está redactada en un tono de amabilidad, reflejando decepción, no hostilidad. Dice de su padre que «su trabajo [a favor de España] no ha dado el fruto que debía dar», debido al «horizonte político muy limitado» de la nación protectora. Siempre refiriéndose a él, aunque lo disimula, alude a «un jefe» al que los españoles «dejan abandonado a su suerte, sin prestarle ni una pequeña

102 Ibíd., legajo n.º 2, carpeta 2, para la carta de ese día.
103 *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 121, declaración del coronel Riquelme.
104 Ibíd., pág. 120.

ayuda […], y el citado jefe pierde su influencia, y frecuentemente, su casa y sus bienes, y de rico pasa a ser pobre». Sigue: «nosotros hemos perdido mucho en todo esto, pero creo que mi padre se ha cansado de esa falsa política».

Para calibrar las presiones que su familia había soportado, es útil destacar que en el texto menciona que había pedido ayuda con el fin de construir «una pequeña fortaleza para rechazar la agresión de los rifeños».

Acaba diciendo que «estamos muy agradecidos a España, y en particular yo, porque ha hecho mucho por mí […] No olvidaré nunca las atenciones de usted […], así como las atenciones del señor Aguirre y de los señores residentes»[105].

El 15 de agosto, el menor de los Abd el Krim volverá a escribir, esta vez al «señor Aguirre», Manuel Aguirre de Cárcer, jefe de la Sección de Marruecos en Estado, y, en cierto modo, su mentor. En la carta expone el punto de vista de la familia sobre todo el problema.

Tras expresar su agradecimiento, reflexiona sobre «la acción española en Marruecos y el método empleado». Le parece que se ha seguido «un método diametralmente opuesto al método eficaz y conveniente» para «la causa común, el problema de Marruecos»; «aquí se ha gastado mucho dinero sin resultado práctico». Luego, descubre sus cartas: «la pacificación de la zona depende de una inteligencia directa entre buenos directores españoles y algunos jefes inteligentes de aquí»; hay que «entenderse con personas de prestigio y bien enteradas de la cuestión y prestarles las ayudas necesarias», y cambiar el sistema de pensiones, «un fracaso completo y pérdida de dinero». Se despide como «uno de los defensores de los intereses españoles».

Ese era el fondo de la cuestión. Los Abd el Krim querían monopolizar la relación de Beni Urriaguel con España, constituirse en el grupo dirigente de la cabila y decidir quién percibía las muy apetecidas pensiones. Sobre todo, ya tenían prisa; llevaban demasiados años esperando, con los riesgos consiguientes, el desembarco que nunca llegaba y que era el medio para llegar al poder por el que habían apostado. Ahora, se habían cansado ya, y buscaban ahora fórmulas alternativas que les llevarían, tras tener que realizar «esfuerzos sobrehumanos»[106] para vencer la enorme desconfianza que entre sus compatriotas había despertado su alianza con España, a encabezar el alzamiento contra ella.

El ministro de Estado transmitió copia de la carta a Berenguer, el 6 de octubre. Parece que no había entendido nada. Lamenta «la ingratitud», piensa que la posición de los Jatabi puede «haber sido inspirada por algún agente enemigo de España», y concluye en una posdata: «ahora podemos apreciar […] lo ilusorio que hay en nuestro sistema bondadoso y descuidado de hacer política colonial»[107].

---

105 El texto de la carta, en *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 54-55.

106 Roger-Mathieu, pág. 86.

107 AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 1, carpeta 7, para la carta de Lema y la copia de la de Mohamed.

Prácticamente, había terminado la larga partida entre tahúres. Nadie había jugado limpio. Ni España, encarcelando a Abd el Krim, fomentando las rivalidades entre los Beni Urriaguel, considerando como rehenes a los dos hermanos, despertando esperanzas que no cumplía, mintiendo cuando hacía falta, como se aprecia en la correspondencia de Civantos citada más arriba.

Pero tampoco los Jatabi, aunque, llegados a este punto hay que deslindar las posturas de los tres miembros de esa familia de los que se viene hablando. Sin duda, el definidor de la política, por razones de edad y de autoridad, fue el padre. El hijo mayor, por no hablar del pequeño, eran demasiado jóvenes en los primeros años para tomar ninguna decisión, y menos en una sociedad tan rígidamente jerarquizada, aunque es cierto que el cadí *codat* fue ganando en influencia sobre su progenitor. Es este, pues, quien establece la línea del clan, que trabajaba en beneficio propio, no en el de España, lo que es natural, ni en el del Rif; no tenía empacho en hacer encarcelar a sus compatriotas, ni en pedir que los bombardearan, ni en informar sobre ellos, ni en aceptar el dinero de los ocupantes.

Ambas partes, pues, respondían a sus propios intereses, como es legítimo en política exterior. Pero, entonces, no es honesto encubrir ese juego con apelaciones fuera de lugar a la gratitud, la lealtad o un presunto patriotismo libertador marroquí.

Respecto a los dos hermanos, parece muy posible que, al principio, el mayor, como señala Ayache, llegara a la «fascinación» por España, y que «buscaba su modelo» en ella[108]. Pero la amarga experiencia de la prisión, que como experto en leyes le debió parecer particularmente injusta, y la evidencia de la debilidad de la potencia protectora probablemente fueron erosionando esa fe inicial, hasta acabar con ella.

En cuanto a Mohamed, por su juventud no debió jugar ningún papel relevante en el proceso de toma de decisiones de la familia durante los años cruciales, sino que se limitó a seguirlo. Posiblemente, de los tres fue el que se sintió más próximo a España, por haber estado sometido a su influencia durante todo el periodo de su formación. Mucho más tarde, camino del exilio, afirmaría: «guardo de mi estancia en Madrid un recuerdo excelente»[109].

Aunque se había entrado en rumbo de colisión, los Abd el Krim nunca perdieron el sentido práctico. Por algo aludía Mohamed en su carta a «las entrañas de las montañas de Beni Tuzin y Beni Urriaguel», de las que se podía «sacar las grandes riquezas que contienen».

Así, en enero de ese año había escrito a uno de los fundadores de la minera Setolazar, Julio Setuain[110], en el número 10 de la calle Zurbano de Madrid. Le ofrecía la compra de un terreno, del que adjuntaba croquis, llano, con agua a dos

---

[108] Ayache (1981), págs. 175 y 181, respectivamente.

[109] Roger-Mathieu, pág. 69.

[110] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 4. La carta es de 23 de febrero de 1919.

o tres metros, «en el camino de la mina que tenemos». La hectárea valía entre 900 y 1.100 pesetas. Otro negocio que proponía era importar harina y cebada en invierno y primavera, y, todo el año, azúcar pilón, té, velas, jabón y harina. Nunca dejó pasar la ocasión de hacer un buen negocio, con quien fuera.

Silvestre en Melilla

La llegada del nuevo comandante general a Melilla, bajo la benévola tutela de Berenguer, y la muy distante de Eza, supuso un punto de inflexión en las operaciones de la zona oriental. Antes de examinarlas brevemente conviene, sin embargo, describir los principios que las orientaban y el instrumento de que se disponía para llevarlas a cabo.

Desde el principio del Protectorado, nadie había dudado de que el completo control del territorio pasaba por el dominio de la bahía de Alhucemas, feudo de los irreductibles Beni Urriaguel y situada en una posición intermedia entre las zonas oriental y occidental. El debate residía en cómo llegar a ella. Se planteó el desembarco, como medio más directo, pero el régimen de vientos y corrientes, unido a la necesidad de poderosos medios navales, hizo que se descartara tal alternativa, que llegó a ser contemplada muy seriamente. Se estudió, en efecto, algo se ha comentado en el capítulo anterior, en 1911, 1913, 1916 –cuando las tropas llegaron a estar listas para embarcar– y en 1918[111], pero nunca se había llevado a cabo.

Quedaba, pues, la otra vía, la terrestre, que podía ser abordada bien desde oriente, bien desde occidente, ya que se estimaba que no había recursos para un avance a fondo y simultáneo en ambos frentes.

Cuando Berenguer tomó posesión de la Alta Comisaría, llegó con una idea bien definida. El camino a seguir era por tierra, desde Tetuán, donde, no incidentalmente, él ejercía el mando inmediato, y no a partir de Melilla, entre otros motivos porque allí la progresión en los últimos años había sido muy limitada, y se interponía la belicosa cabila de Beni Said, enrocada en el reducto natural que formaba el monte Mauro. En sus propias palabras, «desde el momento en que empecé mi actuación, supedité todo lo que debería hacerse en Marruecos a someter […] la zona occidental»[112].

---

[111] Hay noticias sobre ellos en las declaraciones de Riquelme, Cabanellas y Berenguer ante la Comisión de diputados, en *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 274-281, 289 y 328, respectivamente. Las del primero son especialmente prolijas. Riquelme es un caso parecido a Fernández Tamarit. Tampoco estuvo en Annual, pero hizo una larga declaración ante Picasso el 28 de noviembre de 1921, de veinticinco folios de extensión (en AHN, TS, 50 N 9), y otra para el Consejo Supremo, en 20 de julio de 1922, de trece (ibíd., 51, N 1), y sus contestaciones a los miembros de la Comisión de Responsabilidades ocupan noventa páginas. En Cierva, pág. 146, se habla incluso de un proyecto de desembarco en 1909, anterior al establecimiento del Protectorado.

[112] *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 329.

Como es natural, esa estrategia no podía ser grata a Silvestre, que había tomado posesión de su nuevo mando con el propósito de demostrar «que aquella zona oriental […] no le iba a la zaga a la occidental» en importancia, y al que debía molestar que «nadie hablaba más que de la zona occidental y de su jefe» –que cosechaba éxito tras éxito–, y quería, «con digna emulación, que también se hablara de la zona» que se le había confiado[113]. Nada indica, sin embargo, que por ello dejara de acatar las instrucciones de Berenguer, y la forma en que debían llevarse a cabo.

El sistema que el alto comisario se proponía aplicar partía de su excesivo optimismo inicial, que le llevó a declarar a un periódico[114], el 13 de julio de 1919, a los pocos meses de su desembarco, que «la obra de Marruecos se llevará a cabo con éxito y sin combates, salvo algún encuentro aislado de escasa importancia […] el esfuerzo militar está ya hecho […], y ahora se avanza políticamente».

Describe sus planes para el Rif: no ve «necesidades tan imperiosas que no permitan, en vez de una penetración "a outrance" en terreno tan difícil, tratar de someterlo por un estrecho bloqueo», completado con bombardeos de la aviación sobre las cabilas. En otras palabras, pensaba en dominar Yebala, primordialmente a través de la acción política, y en vez de adentrarse en el Rif, doblegarlo mediante un asedio.

Añade una falacia: «detrás de nuestros soldados queda el terreno perfectamente asegurado», y asume una limitación impuesta por el Gobierno: «consideraría un fracaso el tener que pedir más fuerzas», ya que «no hay necesidad de traer de España más tropas», frases estas últimas que tendría que revisar bruscamente, en julio de 1921.

Sin llegar a tales excesos, Ruiz Albéniz[115] anota que el alto comisario «siempre entendió que nuestra actuación en Marruecos no podía ser política ni militar, sino una mezcla ponderada de los dos sistemas», y destaca como trabas a su labor el empeño del gabinete en que no utilizara tropas peninsulares, y, muy interesante, el permanente obstruccionismo de la Sección de Marruecos del Ministerio de Estado, equivalente al correspondiente Negociado en Guerra. La idea era que cada operación estuviera precedida de una intensa labor política, que permitiera que el ulterior avance no encontrara resistencias. Lo exigían todos los Gobiernos, sin distinción de color: que «las empresas militares» fuesen «secundarias y accesorias para completar» la acción política[116], de manera para evitar pérdidas, sobre todo de peninsulares. Siguiendo a Bastos[117], «se combatía poco, y casi siempre las bajas eran de indígenas. Los soldados españoles eran espectadores».

[113] Bastos, págs. 97 y 203, respectivamente. En esta última escribe «zona oriental», sin duda por error.
[114] *El Sol* de ese día.
[115] Pág. 137.
[116] Intervención de Eza, *Diario del Congreso* de 21 de octubre de 1921.
[117] Pág. 75.

En Melilla, se presentaba, además, una particularidad, debido a lo invertebrado de la región: «el sistema para la atracción política y preparación de los avances que se seguía en Melilla [...] difería mucho del adoptado en la zona occidental [...], no podía contar con la autoridad del Majzen [...] ni casi con el prestigio de personalidades religiosas que, en realidad, no existían [...] La autoridad residía en los cabecillas locales, en las yemás [...] Era necesario atraerse esos poderes de la cabila [...] De ahí el régimen de captaciones individuales, de pensiones»[118].

Lo que se llamaba púdicamente captaciones, no eran otra cosa que sobornos, financiados con cargo a «gastos políticos», que eran muy elevados, en términos relativos, en la zona oriental. Se lo recordaba Berenguer a Silvestre, en carta de 2 de noviembre de 1920[119], cuando decía que, a esos efectos, Melilla resultaba «muy favorecida». Recibía 57.000 «y pico» pesetas, mientras que a las otras Comandancias únicamente se entregaba 4.000. El propio alto comisario disponía de 50.000, pero más de la mitad de esa cantidad estaba comprometida para gastos ordenados por el Ministerio de Estado.

Se ha definido ya el proceso, basado en la compra de voluntades, y poco más. Era lo que se ha descrito como estrategia de «la siembra de oro»[120], con el Banco de España fungiendo de vanguardia de las tropas, como se decía sarcásticamente.

Se trataba, ciertamente, de un método barato en vidas, a corto plazo, pero lleno de inconvenientes: «llamaban conquistas al avance en que el dinero era factor más esencial que el cañón, y decían consolidado lo que conquistaban cuando un moro, de prestigio dudoso y ambición desmedida, harto de dádivas, lo afirmaba»[121]. Todo se reducía a que, «en rápida correría, se dominaban las desnudas lomas, se dejaba en ellas un puñado de soldados encerrados en unos metros de terreno, guarnecido de ruin parapeto, tras el que se asomaban para ver perderse a lo lejos la columna que los abandonaba»[122]. Eran los malhadados blocaos[123], que tan amargos recuerdos dejaron a una generación de españoles. En ellos, los soldados pasaban el día oteando el horizonte a la espera del convoy o despiojándose, y la noche «encerrados, sin espacio, sin luz, ni aire casi; hay un olor punzante, agudo, que penetra hasta el estómago [...], olor agrio a rebaño humano»[124]. En un rincón, una lata de pimientos vacía oficia de orinal.

[118] Berenguer (1948), vol. II, pág. 294.

[119] AGMM, Comandancia General de Melilla, Documentos del general Fernández Silvestre, signatura 1524, carpeta 13.

[120] Arauz de Robles, pág. 8.

[121] Maximiano García Venero, *El general Fanjul,* Madrid, 1967, pág. 121. Carta de Fanjul a Maura, de 24 de septiembre de 1924.

[122] Arauz de Robles, págs. 8 y 9.

[123] Para una visión literaria y brutal de los mismos, J. Díaz-Fernández, *El blocao,* Madrid, 1928.

[124] Carlos Micó, *Los caballeros de la Legión,* Valladolid, 2009, pág. 100. Se trata de otra de las memorias algo noveladas que aparecieron en la época. El autor, periodista, y aunque tenía «un concepto puramente gramatical de la disciplina», sirvió en la Legión y fue herido en Nador.

«No se puede hacer mejor»

Poco después de que Silvestre tomase posesión de la Comandancia General de Melilla, recibió, del 20 de febrero al 10 de marzo de 1920, una visita de Berenguer, con el objeto de concertar un plan de operaciones. El alto comisario continuaba en la idea de considerar prioritarias sus propias operaciones en la zona occidental, pero Silvestre no era persona que se contentase con la pasividad ni, por otra parte, tenía sentido malgastar en la inacción sus evidentes cualidades. Era, pues, lógico trazar con él un proyecto que encauzara sus energías, tanto en el sentido de orientarlas como de marcarles un límite. Juntos inspeccionaron y analizaron el territorio, y discutieron la estrategia a elegir ante el desafío que se presentaba.

Poco se había progresado en la región oriental durante los últimos tiempos y mucho era, por tanto, lo que quedaba por hacer. No sería, sin embargo, tarea fácil. A partir de la orilla izquierda del Kert se extendía un territorio complicado, en el que, sobre todo en el norte, se erigían cadenas montañosas, en sentido perpendicular a un avance este-oeste. Las cabilas que habitaban aquellas tierras eran, partiendo de las líneas avanzadas españolas, primero, Beni Said, que llegaba hasta el mar, y Metalza, al sur de ella. A continuación, también de norte a sur, el extremo oriental de Beni Said, la pequeña cabila de Tafersit, Beni Ulichek y Gueznaya; luego, en el mismo orden, Tensaman y Beni Tuzin. En Tensaman, en terreno tan difícil que en diversas ocasiones se comparó con la sierra de Gredos, se encontraban, sucesivamente, de este a oeste, primero, el río Amekran; luego, el contrafuerte que moría en el cabo Quilates, y, finalmente, al pie de su vertiente occidental el Nekor. Franqueado este, aguardaban los inalcanzables dominios de Beni Urriaguel, que albergaban en su seno la bahía de Alhucemas. Más allá aún se situaba la cabila de Bocoya.

Una ofensiva frontal contra la serie de obstáculos que ofrecía el sector septentrional hubiese sido disparatada. Lo mismo se podía decir de una operación por el sur, de terreno mucho más accesible, porque hubiese expuesto el ala derecha de las columnas de Silvestre. La solución más lógica, y la más prudente, es la que se adoptó. Se avanzaría por el sur, para flanquear los macizos montañosos, y, una vez superados estos, se progresaría hacia el norte, hacia el mar, envolviéndolos. El objetivo último era cercar a los Beni Said, una de las cabilas más belicosas y más nutridas, en cuyo corazón se levantaba el ceñudo monte Mauro, jamás hollado por infieles, ya en el verdadero Rif. Dice mucho de la timidez de los políticos españoles, y de la eficacia de unas fuerzas armadas que tantos recursos consumían, que ese temible monte se encontrase nada más que a 35 kilómetros de Melilla, una jornada de marcha. En otras palabras, desde 1909, cuando se empezó a trazar una estrategia de ocupación, y, especialmente a partir de 1912, cuando se adquirió un compromiso internacional de establecimiento del Protectorado, un Ejército equipado de ametralladoras, artillería y

aviación no había podido recorrer tan pequeña distancia, ante la resistencia de unas tribus dotadas únicamente de fusiles.

El 5 de marzo, Silvestre recibe sus instrucciones por escrito[125]. Su objetivo era Tafersit, al sur de Beni Tuzin, como aspiración «ideal», a fin de «lograr el aislamiento, completa sumisión e incorporación a nuestra zona ocupada de la importante cabila de Beni Said, tan rebelde y tan poco trabajada políticamente hoy». Desde luego, se le recomendaba, de acuerdo con el sistema habitual de Berenguer, que la progresión militar fuese precedida y acompañada de una intensa labor política, destinada a ganarse adeptos entre los notables, incluso, de ser posible, constituyendo grupos o partidos proespañoles, que facilitaran las operaciones.

Cuatro días después, y sin duda con vistas a las futuras operaciones, Silvestre dirige una orden general[126] a sus tropas, precedida de la usual grandilocuencia que tan mal encaje tiene en un texto oficial, con referencias a «la fecunda labor», «la excelente impresión», «brillantes virtudes» y «elevada y honrosa misión». Contiene algunos elementos que reflejan la personalidad de su autor. Sus impaciencias, exigiendo que se acelere la instrucción de los reclutas, «para que puedan ser dados de alta para el servicio en fin de abril, sin perjuicio de proseguir su instrucción hasta completarla». Sus optimismos, dando por hecho, lo que en la práctica no sucedía, que esa insuficiente instrucción se perfeccionaría luego en las posiciones. Su carácter afable, cuando desaconseja los «correctivos» para sancionar las faltas de la tropa, prefiriendo medidas que fomenten «el afecto y la ciega confianza». Demuestra a la vez su preocupación por el bienestar de sus hombres, y la precariedad de medios, cuando recomienda que se provea a cada soldado de «sacos-colchonetas», que, rellenados «de paja o esparto» pueden servir como jergón. Tras el desastre de Annual escasearían tanto que el Ministerio de la Guerra, impotente para suministrarlos a todos los movilizados, publicó notas en la prensa detallando la forma de fabricar el «saco-jergón-almohada», impermeabilizado, que se describía como «a manera de una alforja de bolsas desiguales».

Por último, Silvestre hace una singular distinción entre sus fuerzas indígenas. Se limita a señalar «la interesante misión» de los Regulares, en los que, por cierto, servía su propio hijo como alférez, mientras que al referirse a la Policía, habla de la «verdadera devoción y fe ciega» que le despiertan esas fuerzas. Era un orden de preferencias muy discutible y que retrataba tanto el aspecto «guerrillero», ya mencionado, del general, como su errónea concepción del verdadero papel de unas unidades que nunca debieron ser empleadas para el combate.

El 17 del mismo mes de marzo, ya de vuelta en Tetuán, el alto comisario escribe al ministro de Estado, poniéndolo al corriente de la situación[127]. Revela la

[125] Berenguer (1948), vol. II, págs. 43-45.
[126] AHN, TS, 50 N 2, folios 383-386.
[127] Berenguer (1948), vol. II, págs. 45-50.

importancia relativa que concedía al sector de Melilla el dato que de veintisiete párrafos que tiene el escrito, solo cinco se refieren a la misión recién encomendada a Silvestre, mientras que dieciséis versan sobre la que estaba llevando a cabo el firmante.

La última parte del texto está dedicada a Alhucemas, la obsesión que flotaba en la mente de todos y a la que estaban orientadas, en última instancia, todas las decisiones que se adoptaban. «Sería desvarío –afirma Berenguer– pensar en una acción militar en los momentos actuales». Pero «otra cosa ocurrirá» cuando se tome Tafersit y, al menos, se neutralicen, Beni Said, Beni Tuzin, Beni Ulichek y Tensaman, esto es, todas las cabilas intermedias entre la línea española y Beni Urriaguel. Porque entonces, y añadiendo la presión que se puede ejercer desde el occidente, se «podrá pensar en afrontar en serio el problema». Hasta ese momento, hay que actuar «sin forzar la máquina».

Para esas fechas, y tras un rápido viaje a Madrid, Silvestre ya se hallaba sumido en preparativos para su inminente movimiento. El 7 de mayo está en marcha, con una fuerza constituida por unos 6.800 hombres, ocho baterías y una renqueante escuadrilla. Avanzando sin apenas tomar respiro por los llanos de Metalza, el 15 llega a Dar Drius, pivote de toda su maniobra.

La rapidez de su avance impide que la resistencia se organice en un harca sólida, a pesar de los intentos de Abd el Krim el Jatabi, que ha decidido, definitivamente esta vez, no ya alejarse de una España que tanto le ha decepcionado, sino plantarle cara. Lo hace como exige su posición, no en calidad de simple combatiente, sino encabezando un contingente de Beni Urriaguel, que se une a los de otras cabilas. Es tan ineficaz la defensa, sin embargo, que en esa semana las tropas solo han tenido dos muertos y once heridos, la gran mayoría, como siempre, indígenas. Silvestre dedica el resto del mes y parte de junio a instalar allí una base, y el 24 de este último ocupa Cheif, Carra Midar y Ain Kert, a costa de dos muertos y once heridos. El 12 de julio, tiene un muerto y siete heridos en la conquista de la loma de Casa Quemada.

Del 19 al 22 recibe la visita del ministro, acompañado de Berenguer, mostrándose Eza muy satisfecho de la exhibición de «penetración pacífica» que se había dado. El 24, el comandante general reanuda las operaciones, que le llevan el 5 de agosto, a Azrú, y el 7, a Tafersit, que toma, adelantándose al harca que quería cerrarle el paso.

El 8 del mes anterior había enviado información a Berenguer[128] sobre ese contingente. Lo cifraba entre seiscientos y ochocientos hombres, no en la cifra «exageradísima» de 2.000 que se rumoreaba. El padre de Abd el Krim estaba con ellos: «es seguro que hay alguien interesado en promover campaña contra nosotros, que bien pudiera ser el faquí Abd-el-Krim el Jatabi». Tenía tentaciones, por ese motivo, de suspender las pensiones que se pasaban a notables

[128] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 8.

de Tensaman y Beni Urriaguel, pero podría darse así «consistencia a la harca, creándonos una situación difícil, y por ello creo preferible, y en este sentido doy instrucciones al comandante militar de Alhucemas, ir conllevando situación». De momento, debía limitarse a retrasar los pagos.

Jadeante, está el 12 en Azib de Midar, realizando luego movimientos menores para asegurar lo ocupado. En total, en ese segundo ciclo ha tenido tres muertos y 32 heridos, cinco de ellos europeos[129]. Hay que anotar un suceso importante, producido durante ese periodo. El Jatabi, sintiéndose enfermo, ha dejado la harca. El 7 de agosto fallece en su poblado de Axdir. Su muerte dará lugar a un intercambio de cumplidos, solo comprensible en el contexto de las complejas relaciones que había mantenido con España[130]. Sid Mohand pasa a ser ahora el cabeza de familia.

El avance ha sido casi de una carga de Caballería, llevada a buen ritmo, con un desprecio olímpico por la seguridad de los flancos, penetrando como una cuña en territorio no sometido, pero que ha dado magníficos frutos. Se deben, en primer lugar, a la audacia de Silvestre, que ha sabido calibrar la auténtica capacidad del enemigo que tiene enfrente, que no son todavía verdaderos rifeños.

Pero también, y en no menor medida a la habilidad de su jefe de la Oficina Central de Asuntos Indígenas y de la Policía, el muy capaz coronel Gabriel Morales, de Estado Mayor, profundo conocedor del país y de sus habitantes, con los que se entiende con mano de maestro. Han sido sus gestiones las que han ganado voluntades, permitiendo que la progresión fuera casi incruenta y que, en muchas ocasiones, los propios marroquíes participaran en ella, con grupos armados.

Había establecido, además, una tupida red de confidentes que, en general, facilitaban un muy útil flujo de información. Uno de los más curiosos sería un oficial de Regulares, llamado Sidi Mohamed. Se presentó voluntario, proponiendo que se le diera de baja, en apariencia, para «marchar al campo [enemigo], como si ya no perteneciera a nuestro ejército, pudiendo así trabajar libremente en su cabila» a favor de España. Al parecer, «se le ha hecho ver peligros que correría, pero insiste»[131]. No se sabe qué fue de él. También es interesante el caso del *mokaden* (sargento) de la Policía, que se hizo pasar por desertor para infiltrarse y recabar información. Sobrevivió, pero a costa de que los cabileños, cuando descubrieron sus actividades, se llevaran toda la cebada que poseía, tanto la ya recogida como la sembrada, y que le saquearan la casa, «quitándole cuanto tenía»[132].

---

[129] Servicio Histórico Militar, vol. III, págs. 355-383, para este primer ciclo de operaciones.

[130] *El Telegrama del Rif* publicará, los días 11 y 20 de agosto, un elogio fúnebre firmado por Lobera, su director y la sentida respuesta de los Abd el Krim, llena de buenos sentimientos hacia España.

[131] Se alude a él en una nota de Morales al segundo jefe de Estado Mayor de la Comandancia (AHN, TS, 51 N 3, folio 918).

[132] AHN, TS, 50 N 9, declaraciones del sargento Lahasen Ben Brahim, de 28 de noviembre de 1921, folios 1792-1794.

Ha ayudado, asimismo, a la ofensiva española la terrible hambruna que, tras cinco años de malas cosechas, asola la región. Hay mujeres que hurgan en las boñigas de los caballos, buscando granos para alimentarse, y hombres que no encuentran quien pague cuarenta o cincuenta duros por un Mauser que les había costado entre doscientos y trescientos. Hasta los notables, suprema ignominia, tienen que vender sus cabalgaduras. Sobrevivir es el pensamiento que llena las cabezas, dejando poco espacio para el ansia de luchar.

Todos esos factores explican que las cabilas, desconcertadas, tengan dificultades para reaccionar, pero en septiembre encuentran un aglutinador de la defensa. Porque, entonces, «un anciano de largo rosario al cuello»[133] recorre los zocos, exhortando a la defensa contra los cristianos. Se hace llamar el cherif El Idrisi, dice ser turco y poseer poderes sobrenaturales. No vacila en proclamarse a sí mismo sultán del Rif. Se trata de un farsante, claro, uno de esos iluminados que periódicamente atronan los mercados con su verborrea, pero sus prédicas calan, y concitan adhesiones. Entre los que congrega a su alrededor están los hermanos Abd el Krim, que, ante el fracaso de sus intentos por cuenta propia, necesitan de esa fuerza extraña a la región para movilizar a los hombres.

El falso mago es pronto desenmascarado y expulsado, pero ha dejado huella, en forma de una incipiente harca que se va reuniendo en Taurda, en Beni Ulichek. Con su partida, los Abd el Krim quedarán al frente de ella[134].

La amenaza que supone es motivo, o pretexto, para que Silvestre escriba a Berenguer, el 29 de octubre. Para entonces cuenta, desde hace unos días, con un nuevo segundo jefe de Melilla, de Caballería como él, el general de brigada Felipe Navarro, barón de Casa Davalillos, uno de los protagonistas, muy a su pesar, de la presente historia.

Propone el comandante general maniobrar ya directamente hacia el norte, cambiando la orientación del avance, que hasta ahora había sido de este a oeste. El plan es, en un primer momento, ocupar Beni Ulichek, antes de que la harca adquiera mayores efectivos. Luego, acabar de envolver Beni Said. En contra de su leyenda de ímpetu ciego, y quizás porque sabe que es lo que su superior quiere oír, admite la primacía de los medios políticos, «reservando la acción militar cruenta para casos obligados e ineludibles»[135]. No desea choques frontales, de ahí su idea de maniobrar, y pronto.

Pero Berenguer disiente, debido a que «no apreciaba del mismo modo la urgencia del avance, por no entrar en los proyectos del alto comisario activar las operaciones en oriente, a no presentarse una ocasión muy favorable». «El problema de occidente» continuaba siendo el «de mayor empeño y más útil prelación».

---

[133] Arauz de Robles, pág. 261.
[134] Pennell, pág. 119.
[135] La carta figura en *Historia de las campañas de Marruecos,* vol. III, págs. 388-389.

De momento, pues, le pide mayores detalles, para tener elementos de juicio. Silvestre, disciplinado, se los envía el 3 de noviembre. Ante el pétreo silencio que obtiene como toda respuesta, reitera la petición el 12. Únicamente entonces Berenguer la transmite al Gobierno. Insiste en que «en mis propósitos no entra el intensificar por ahora la acción en Melilla», pero, oportunista como todo buen general, estima que no se debe dejar escapar la ocasión, que parece favorable. El 15, obtiene el visto bueno[136].

Silvestre se mueve con su acostumbrada celeridad, en cuanto las condiciones meteorológicas lo permiten. El 5 de diciembre choca con los Beni Ulichek. Ofrecen una resistencia seria, que si bien supone una pérdida de 10 muertos y 43 heridos –todos marroquíes, bien fuerzas indígenas, bien «moros amigos»– para los atacantes, les permite también aprovechar su aplastante superioridad de fuegos para causar grandes bajas al enemigo. Tanto es así que al día siguiente se coronan, con solo tres heridos leves, todos los objetivos, obteniendo la sumisión de la cabila, que tiene lugar en su centro principal, Ben Tieb.

La harca de Taurda, mientras, se ha disuelto ante el asalto. La primera experiencia de Abd el Krim como adversario de España ha sido desastrosa. Continuando el comandante general las operaciones a tambor batiente, el 8 aborda Beni Said, sin resistencia mencionable ante su velocidad, al tiempo que el castigo infligido a sus vecinos descorazona a los rifeños. Su jefe más destacado, Kadur Namar, capitula. El 10, las columnas siguen adentrándose, llegando ya muy cerca del mar y completando el envolvimiento. El 11, están en Dar Quebdani y, en un gesto puramente simbólico, porque ya no hay resistencia, pero que se celebró «como un triunfo guerrero»[137], se iza la bandera sobre el legendario monte Mauro. La temible cabila se había entregado sin un disparo. Berenguer, de permiso en Madrid, recibe el triunfante telegrama de Silvestre. Tenía motivos para redactarlo, porque, en menos de un año había doblado el territorio que se había conquistado en once.

Todo ha sido enormemente fácil, y se ha obtenido a un coste nimio. Surgen los entusiasmos, en forma de calurosas felicitaciones, entre las que destacan la del rey y la contenida en la orden general que el alto comisario manda proclamar ante las tropas formadas[138]. Un efecto, quizás no totalmente deseable fue que «después del feliz resultado de las operaciones sobre Beni Said, disfrutó el general Silvestre de mayor autonomía aún respecto a las operaciones, debido

[136] Berenguer (1923), págs. 2-5. La obra del Servicio Histórico no menciona las significativas vacilaciones del alto comisario.

[137] El diputado Martínez Campos señaló en la Cámara la exaltación desmedida de lo que había sido, en realidad, un paseo militar (*Diario del Congreso* de 21 de octubre de 1921).

[138] En AHN, TS, 51 N 6, hay sendas órdenes generales de Berenguer, de 14 de diciembre de 1920 y de 6 de abril de 1921, felicitando a tropas de la Comandancia de Melilla.

no sólo al acierto demostrado en aquellas, sino a operarse ya en localidades y cabilas de que el alto mando sólo tenía un conocimiento muy superficial»[139].

Como es lógico, los acontecimientos mueven a Berenguer a la reflexión. Lo admite paladinamente en uno de sus escritos: «hay que reconocer que los brillantes avances realizados en las cabilas de Beni Ulichek y Beni Said […] permitían pensar en la posibilidad del desmoronamiento de la resistencia en el Rif». Todavía cuatro años después expresaba entre signos de admiración, su propio asombro a la vista de lo conseguido: «¡Qué lejos estaba de mi ánimo y de mis propósitos la idea de que dos meses después había de tomar en consideración la posibilidad de llegar a Alhucemas!»[140]. Pero es posible que no fuese totalmente sincero al redactar esas líneas, porque, ante tanto éxito, la idea había empezado a bullir en su mente.

No tendría nada de extraño, habida cuenta del general ambiente de optimismo. Así, en el muy medido discurso de la Corona, con motivo de la apertura de las Cortes, se hablaba de «magnos progresos» y «halagadoras perspectivas» en Marruecos, debido a «los aciertos del mando»; «allanadas las resistencias materiales […] nos acercamos rápidamente al término de los sacrificios»[141].

La sombra del vellocino

Quien, desde luego, no se daba por satisfecho con lo logrado era Silvestre, que el 3 de enero de 1921 se dirige a su superior para darle una noticia tan importante como es la sumisión de Tensaman. La ampliará posteriormente[142], diciendo que notables de esa cabila se habían presentado «en masa» –eran más de ochenta– al coronel Morales, «para pedir perdón de las faltas cometidas», y ofrecerse a acompañar a las columnas cuando entre en su territorio, o, mejor, desde el límite del mismo, situado en «Annual de Beni Ulichek». Le solicitaron también protección contra una harca de Beni Urriaguel, con la que ya habían tenido algunos choques, y que se había instalado en la fracción de Trugut, razón que explicaba la ausencia de representantes de ella en la reunión.

El comandante general, dando ya por sometida a la cabila, envía telegramas sucesivos, el 4 y el 5, redactados de forma muy similar, en los que plantea metas más ambiciosas. En el segundo habla de «establecer las posiciones necesarias […] para el ulterior desarrollo de nuestro avance sobre Alhucemas», que unas líneas más abajo concreta en el tiempo, ya que alude a «nuestra acción de primavera». Hace referencia a varias. Una de ellas se llama Annual.

139 Ibíd., 51 N 2, interrogatorio de Berenguer, respuesta a la pregunta 4.ª, folio 432.
140 Berenguer (1923), pág. 11.
141 El discurso está en *La Gaceta de Madrid* de 5 de enero de 1921.
142 El 26 de enero. Está en AGMM Comandancia General de Melilla. Documentos del general Fernández Silvestre, signatura 1524, carpeta 14.

Suscita, asimismo, otros temas relevantes. Afirma, de un lado, que «cuento con los elementos precisos». Se limita a pedir la creación de dos nuevas mías de Policía, que serán organizadas, aumentando de esa manera sus efectivos con 300 hombres. De otro, reitera una solicitud, hecha ya el 28 de diciembre, de fondos para pagar caminos y convoyes. Se buscaba en ambos casos, además de satisfacer necesidades militares, atraerse a la población con ofertas de trabajo.

En cuanto se refiere al estado de ánimo de Berenguer entonces, se puede deducir de una fuente indirecta. Los hermanos Abd el Krim, y especialmente el menor, mantuvieron, a pesar de su distanciamiento con España, cordiales relaciones con algunas de sus empresas. Existen a este respecto hasta veintitrés cartas enviadas a su hermano por Francisco Caballero, representante de la sociedad minera Setolazar, de Bilbao[143]. Algunas de ellas son curiosas. Por ejemplo, el 9 de junio de 1920 le anuncia el envío de 14.500 pesetas y tres carretes de fotografía; el 14, se muestra «muy satisfecho de ver los ofrecimientos que hacéis», y le comunica que tiene 20.000 pesetas a su disposición; el 31 de octubre le advierte que «no debes prodigar mucho las denuncias», de terrenos mineros, después de haber comentado el 2 que deseaban denunciar 1.600 hectáreas.

Pero una carta que reviste particular interés es del 11 de enero de 1921. Comenta que un socio de la compañía ha hablado con Berenguer y que le ha manifestado que «está muy descontento con vosotros, y que si antes de que llegue allí no habéis cambiado de política viniéndoos de manera resuelta al lado de España, no hallaréis después el perdón que ahora estaría dispuesto de muy buen grado a concederos». Dado que los Abd el Krim residían en Axdir, el lado de Alhucemas, parece que la palabra «allí» tenía que referirse a ese lugar, y demostraba que el alto comisario planeaba llegar hasta él.

El 6 de enero, Berenguer, que está en Tetuán desde el día anterior, llamado por una crisis en Yebala que le ha obligado a interrumpir su permiso, comunica a Silvestre la oportuna autorización para operar. El 15, las columnas españolas, sin combatir, alcanzan Annual, una de las seis posiciones que ocupan durante el mes.

Se comenta la operación en un borrador de telegrama de 18 de febrero[144] que quizás nunca se envió, ya que no se ha encontrado en publicaciones, pero que conviene citar, ya que explica los motivos que subyacen tras la implantación en ese punto. Señala que entre las posiciones últimamente establecidas «figuraba Annual, importante poblado situado en los límites de dicha cabila [Beni Ulichek] con Tensaman» como informó en su momento. La columna fue dirigida por Morales, y durante la marcha «púsose de manifiesto una vez más la franca sumisión de los Beni Ulichek, y la favorable disposición de los Tensaman», ya que durante la misma «no se produjo incidente ninguno». Anuncia una de las grandes limitaciones del lugar, al destacar que se llegó a él tras «una larga marcha por terreno

143 AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 1, carpeta 6.
144 Ibíd., Comandancia General de Melilla, legajo n.º 264, carpeta 3.

enormemente abrupto, en el que el camino se reducía a una senda». Debido a ello, «es de urgente necesidad la construcción de camino», no solo para poder abastecerlo, sino por ser «el trayecto más natural y conveniente para la futura actuación sobre Tensaman y penetración de Alhucemas».

En el curso de enero, el alto comisario escribe a Silvestre una carta importante, cuya datación no está clara. El documento tiene fecha del 21, lo que Ayache[145] recalcó en su día; es decir, fue escrito tras la llegada a Annual y, en parte, como resultado de ella. Sin embargo, el propio Berenguer asegura que es del 10, «antes de ocuparse Annual», indica expresamente[146], en lo que algunos contemporáneos suyos le siguieron. Sea como sea, lo esencial es que obedece, siempre según sus palabras, a que el avance ya «había excedido lo previsto y estudiado […] Era llegado, pues, el momento de proceder al estudio y acuerdo de nuestra futura actuación». Es decir, considera que el último rosario de posiciones ocupadas lo ha sido en base al principio de explotación del éxito, tan caro a la Caballería y que él, como jinete, entiende y comparte. Pero ahora se estaba en el umbral de una nueva fase, en la que su prudente audacia le exigía no entrar sin una madura reflexión previa.

Empieza con una sonora felicitación: «no se puede hacer más, ni mejor». Ve la situación tan propicia, a lo que coadyuva «el hambre tan enorme que reina en el Rif» que le ha de «permitir el avanzar más nuestras líneas; quizás hasta la misma elasticidad de tus fuerzas, llevada al límite, sea la única dificultad que encuentres». «Es, pues, llegado el momento en que nos ocupemos de definir cuál puede ser la futura línea de avance […] El punto capital que tenemos que estudiar y para el que te agradeceré […] me des tu opinión para poder yo formar la mía […] es el referente al avance sobre la cabila de Beni Urriaguel y Alhucemas».

Le recuerda «la imposibilidad de que nos refuercen en plazo breve», y, teniéndolo en cuenta le plantea la gran pregunta, que redacta confusamente: «Dado que exista ya facilidad para llegar a Alhucemas por la costa, la situación en Alhucemas y el mantenimiento de Alhucemas unido a Melilla por tierra […] ¿es cosa que está dentro de los medios de fuerza que posees o qué dificultades crees pudieran presentarse derivadas de la actitud que pudiera tomar la cabila de Beni Urriaguel?».

Se trata de una interrogación, nada más, no hay nada decidido, al contrario, se piden elementos de juicio, pero resulta muy elocuente. Seis meses antes, Tafersit era un «ideal». Ahora, se sueña en voz alta con Alhucemas, que el propio alto comisario bautizó como «el vellocino de oro»[147]. En medio de la exaltación, se

[145] Ibíd., Comandancia General de Melilla. Documentos del general Fernández Silvestre, signatura 1524, carpeta 14 y Germain Ayache (1981), nota en pág. 311.

[146] Berenguer (1923), pág. 10.

[147] *La Comisión de Responsabilidades,* declaraciones de Berenguer, de 7 de agosto de 1923, págs. 329-330.

olvidaban unos datos fundamentales. No se había dejado de ganar terreno, pero las tropas se habían aumentado solamente en las dos mías de la Policía, los créditos para mejorar las comunicaciones seguían sin llegar, y todas las cabilas que iban quedando a retaguardia conservaban su armamento.

Tampoco se puede pasar por alto que Berenguer continuaba sin renunciar a sus propios avances en la zona occidental. Es decir, se planteaba crear otro nuevo eje de progresión, desde oriente, pero ni cedía para él parte de sus propias fuerzas ni pedía al Gobierno más efectivos. Bien es verdad que, de momento, Silvestre, llevado por la euforia de entonces, o porque no quisiera dar pretextos a su jefe para detenerle, tampoco había pedido más hombres, excepto las citadas mías. Sin embargo, a Berenguer, que tenía la visión de conjunto, correspondía juzgar si era posible sostener dos avances concéntricos simultáneos, sin posibilidad de mutuo apoyo. De hecho, se estaba estirando «el límite de elasticidad» de forma peligrosa.

El propio alto comisario ha expresado cuál era su estado de ánimo en la época. Importa reproducir sus palabras, porque es este un punto de inflexión, lleno de significado. Ante los senadores[148] afirmó que los progresos del comandante general requerían establecer un nuevo plan, «que no podía ser otro, dado la altura que había alcanzado, que dirigirse sobre la cabila de Tensaman, para ocuparla, tomar contacto, y resolver el problema de Alhucemas».

Lo mismo diría a los diputados[149], casi un año después. Admitió que «la rendición de Beni Said fue para mí una sorpresa», y que los avances de Silvestre habían sido tan rápidos «que el propósito de la comandancia de Melilla, que no se había pensado llevar a cabo por creerse que no había facilidades para […] ocupar Beni Ulichek y la totalidad de Beni Said, quedó resuelto sin dificultad». Por consiguiente, «nos encontramos[150], pues, con que por facilidades de la empresa se había adelantado a Annual».

A lo largo de su intervención ante los miembros de la comisión incidió en los mismos conceptos: «se presentaron facilidades con las cuales no se contaba […] No fue una idea preconcebida realizar la operación de Alhucemas», añadiendo como factores para la toma de decisión que «la opinión [pública] –lo que se antoja discutible– y la prensa del año 20 y 21 empezó a tomar en consideración» dicha maniobra.

Parece que el entusiasmo de las alturas no se compartía ni en los escalones de planeamiento, ni en los de ejecución. El gran oficial de Estado Mayor que era Dávila narra que, tras la ocupación de Beni Said resultaba «imposible continuar en aquella situación, y era necesario de todo punto abstenerse de nuevas operaciones […] Así no podemos continuar operando sin exponernos a un grave contratiempo». Al parecer, se lo dijo a Silvestre, que ignoró sus observaciones. También lo discutió con

148 *Diario del Senado* de 14 de julio de 1922. Discurso de Berenguer.

149 *La Comisión de Responsabilidades,* declaraciones de Berenguer, págs. 299, 313, 319 y 331.

150 Aunque, como se habrá podido apreciar, Berenguer no era ni un literato ni un tribuno, el uso del verbo «encontrar» es interesante, por lo que refleja de topar con algo inesperado, no previsto.

Sánchez Monge, jefe del Estado Mayor quien, en cambio, coincidió con él, asegurando que «voy a tener que plantear la cuestión de gabinete para que esto se encauce en el sentido de no movernos». Núñez de Prado, bragado comandante del grupo de Regulares también asentía: «esto no es posible, así no podemos seguir»[151]. El mismo Sánchez Monge declararía que la escasez de fuerzas le hizo aconsejar al comandante general que se hiciese alto y se comenzase a consolidar lo ocupado[152].

Hablando en concreto de Annual, Dávila cuenta una curiosa anécdota: «cuando llegamos […], yo, de verdad, me quedé horrorizado». Silvestre le preguntó qué le pasaba, a lo que contestó: «mi general, a mí no se me han puesto los pelos de punta porque no los tengo, pero me ha salido pelo a través de la calva. Esto es imposible, esta posición va a ser una preocupación constante […] Annual no nos dejará dormir, porque todo son barrancadas». Añadiría, fúnebremente, «ocupado Annual, se entraba en lo desconocido, una nueva fase adonde no alcanzaba la previsión de los acontecimientos»[153].

No se trataba, en efecto, de una posición más cualquiera. Su ocupación «alargaba considerablemente la línea de comunicaciones, por terreno impracticable» y requería establecer «una posición secundaria en la costa», en su apoyo. Pero entonces, tanto el alto comisario como Silvestre tenían «puesta la mira en Alhucemas», y no pensaron en «arbitrar los medios adecuados a la magnitud de la empresa»[154]. Era la hora de los optimismos.

Aunque quizás fuesen más matizados de lo que comúnmente se piensa. Existe, al respecto, en el Archivo General Militar de Madrid un documento interesante[155]. Está escrito a máquina, tiene forma de carta y no aparece el nombre de su autor ni de su destinatario. A mano aparece la mención «Silvestre a Berenguer», y la fecha, 6 de febrero de 1921. El tono es el habitual entre ambos, por lo que parece verosímil que la dirigiera el comandante general al alto comisario.

Lo importante del texto, entre otras cosas, es que se afirma que se han hecho «verdaderos milagros […] pero no es posible mantener tal tensión sin riesgo evidente de grave contrariedad». Habla, asimismo de la escasez de medios: «hay que permanecer inactivos a causa de nuestra penuria. Actualmente, por desgracia, puedo afirmar me veo en tal posición». Agrega que la cabila de Tensaman «desea nos instalemos en ella, sin embargo, he de abstenerme de hacerlo por no existir caminos que aseguren el indispensable enlace». «Para que te formes –continúa– cabal idea de terreno y de sus caminos, te hago presente que el traslado de unas

[151] *La Comisión de Responsabilidades,* declaraciones de Fidel Dávila, del 16 de agosto de 1923, págs. 393-411.

[152] Declaraciones del coronel Sánchez Monge, 21 de agosto de 1921 (AHN, TS, 50 N 2, folio 226).

[153] *La Comisión de Responsabilidades,* declaraciones de Dávila, pág. 407.

[154] Declaraciones, también de Fidel Dávila, de 11 de octubre de 1921, ante Picasso, que tienen un tono más formal (AHN, TS, 50 N 6, folio 1296).

[155] Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 41.

piezas de artillería desde Ben Tieb a Annual ha costado cinco días, después de ímprobos trabajos».

La misiva, en la que se presentan otras deficiencias, además de la falta de recursos para abrir vías de comunicación, acaba con la pregunta: «¿Será tiempo perdido?», que ha sido tachada a lápiz.

A la vista de la carta se diría que Silvestre era plenamente consciente de sus limitaciones logísticas, aunque ello no le impediría realizar nuevos avances.

Unos días más tarde, el 10, escribe de nuevo al alto comisario. La carta está incompleta[156], pero la parte que se conserva está destinada íntegramente a Abd el Krim. Dice de él que «si su prestigio no es lo suficientemente grande para que, ganándolo a nuestro favor, nos lleve a Alhucemas, sí dispone de relieve en el país suficiente para crearnos dificultades». Habla de su padre, «uno de los jefes más activos y resueltos» de la harca que hubo en Tafersit, y del hijo indica que «actualmente la harca que en Trugut [Tensaman] tienen los Beni Urriaguel lo cuenta como uno de sus jefes».

Alude a que le han llegado mensajes de que «muestra intención de verme y volver de nuevo a nuestro lado», pero apostilla que él tiene por costumbre hacer todo lo posible por atraerse a los jefes enemigos, pero «cuando han hecho defección […] los acepto si vienen, pero no los busco».

Ante lo que sucederá dentro de unos meses, la displicencia demuestra que seguía sin valorarse la amenaza que representaba el futuro dirigente rifeño. Es muy interesante, sin embargo, que Silvestre reconozca que «no le falta razón a Abd-el-Krim en algunas de las manifestaciones que hace» en contra de España, pero no las detalla «porque parecería crítica indiscreta e inoportuna».

Mientras, para dar cumplimiento al encargo de Berenguer del 21 de enero, ha puesto a trabajar a sus colaboradores. El primero que somete un documento, el 16 del mes siguiente, es Morales[157]. El alto comisario incurrió en una extraña contradicción sobre ese texto. En su discurso ante el Senado, el 14 de julio de 1922[158], y en declaraciones por escrito para el Consejo Superior de Guerra y Marina[159], afirmó que no lo conocía, porque se trataba de un informe interno de la Comandancia General. Pero en sus *Campañas en el Rif y en Yebala*[160], admite que «en la segunda quincena de febrero recibí un informe del jefe de la Oficina Central de Asuntos Indígenas, de Melilla, coronel Morales […]; el general Silvestre me lo enviaba como anticipo» del plan que le había pedido.

[156] AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo n.º 2, carpeta 2. Son dos páginas escritas a máquina, la fecha, 10-2-921, aparece a mano.

[157] Está muy reproducido. Quizás la fuente más accesible sea *Historia de las Campañas…*, apéndice I de la octava parte.

[158] *Diario del Senado* de 14 de julio de 1922.

[159] AHN, TS, 51 N2, interrogatorio de Berenguer, respuesta a la pregunta 10.ª, folio 451: «no conoció la carta informe del coronel Morales […] hasta fecha muy reciente».

[160] Vol. II, pág. 269.

El documento ha sido presentado como un alarde de clarividencia, que advertía de lo que podía suceder, y que fue ignorado de forma irresponsable, tanto por Silvestre como por Berenguer, que quizás por eso llegó a alegar que lo desconocía. Contiene afirmaciones llenas de sensatez, como no podía ser menos por la personalidad del autor. Entre ellas, que «la sola ocupación pacífica de las cabilas de Beni Ulichek y Beni Tuzin invertiría todo el verano […] hasta julio o agosto cuando menos»; «no convendría, aún en el caso más favorable, pasar el Nekor antes del próximo otoño, si queremos fiar el éxito más a la prudencia que a la audacia». Valora Annual solo apropiada para «base eventual»; Sidi Dris, cuando se ocupe, debería ser la principal. Estima también que las operaciones han sido muy rápidas, por lo que era preciso tiempo para consolidar lo ocupado, y pone en guardia de que bastaría un combate, «no digamos desgraciado, sino duro», para que todo cambiara de forma radical.

Incluye, sin embargo, una cláusula temporal a la que Berenguer se aferrará luego, argumentando que condicionaba todo el planteamiento, cuando dice que, ocupado Sidi Dris, «habrá que creer que se ha llegado al límite de elasticidad de las fuerzas […] hasta que, terminada la instrucción de los reclutas a fines de abril, cuente de nuevo V.E. con los medios indispensables». Interpretó, en efecto, el alto comisario que, pasada esa fecha, se acababa la penuria de tropas de Silvestre.

El texto contiene, por otra parte, una apreciación errónea, pero muy extendida: el rifeño «no toma la ofensiva sino para casos de agresiones aisladas». Si a ello se añade que planteaba un horizonte tan ambicioso como el Nekor, y que entre ese río y Annual estaban el Amekran, primero, y el contrafuerte de Quilates, después, no parece que el informe, excelente por otra parte, equivaliera a una profecía al alertar sin matices contra nuevos avances. En realidad, lo que recomendaba era frenar, por el momento, su ritmo.

La sección de campaña del Estado Mayor de Melilla elaboró también un documento, que le fue encomendado a fines de enero, pero que Silvestre retuvo hasta el 6 de marzo, cuando se lo entregó a Berenguer. Fue obra del eficiente militar que era Dávila, y seguramente aprobada por Sánchez Monge, su superior directo, ninguno de los cuales era partidario, como se ha visto, de nuevas aventuras. Su título es *Plan político-militar a realizar sobre Alhucemas*[161]. Principia con un análisis de la situación política, considerándola estable en los territorios últimamente ocupados, y «favorable» en «la mayor parte de la zona que nos separa de la cuenca del Nekor». Dista mucho, sin embargo, de ser triunfalista. Reconoce el «escaso rendimiento» de la labor política en la margen izquierda de ese río; «el desconocimiento del país» y la falta de información, y, por tanto, de elementos de juicio. Es necesaria, pues, una «sólida y cuidadosa preparación».

[161] Está en ibíd., 51 N 2, folios 628-639. También figura en varias obras, incluida *Historia de las campañas*…, apéndice II de la octava parte.

Por lo que respecta a la mejor vía de penetración para llegar a Alhucemas, una de las preguntas claves que planteaba Berenguer, se opta, sin vacilar, por la costa, no por el interior, «partiendo de la línea Annual-Sidi Dris». Se menciona también la idea de un posible desembarco, pero recomienda «que no había de pensarse en él» caso «de requerirse lucha franca para efectuarlo». Sin embargo, equivocándose totalmente, estima que la fracción de Axdir podría prestar «activa colaboración» a la hora de llevarlo a cabo.

Formula una importante recomendación que, por desgracia y debido sobre todo a las restricciones presupuestarias, no se llevó a la práctica. Lo «primordial y esencial de abrir caminos». No hacerlo, supondría «perder el enlace con las fuerzas que se internasen en aquel territorio [Tensaman], las cuales no tendrían atendido, ni aún medianamente, su abastecimiento».

Por fin, alude a la necesidad de crear un nuevo grupo de Regulares, así como una mía de Policía, precisando –lo que da la razón a Berenguer– que se requerirían no en el momento, sino «una vez efectuada la ocupación de Tensaman y situados sobre la cuenca del Nekor», escenario todavía lejano en el momento de la redacción del trabajo. En resumen, se trata de un texto sobrio, evidentemente influenciado por el informe Morales y por las propias ideas de su redactor. Resulta estéril buscar audacias en él.

A la vista del documento, una vez más está en lo cierto el entonces alto comisario al afirmar que «en realidad, no era un plan de ocupación de Alhucemas, sino de la cabila de Tensaman»[162].

Una carta de Silvestre al alto comisario, de 26 de enero, mencionada en nota anterior, recoge su punto de vista en aquellas fechas. Tras referirse a la presentación de los Tensaman, señala que en Beni Ulichek y Beni Said, «la situación no puede ser más satisfactoria» y recalca que se ha pisado terreno de aquella cabila «sin que se produjese la menor alarma» y que alguno de sus notables, entre ellos el caíd Kadur, acudieron a cumplimentarle cuando fue a Annual.

El comandante general, sin embargo, no es ningún insensato, y ve dos sombras en el horizonte. La primera, que «la conducta pasada de esos cabileños no permite tener gran confianza en que cumplan sus promesas». La segunda, que «Annual […] está hoy virtualmente incomunicada», pues hacen falta cuatro horas en recorrer los 18 kilómetros que la separan de Ben Tieb. «Se impone hacer con urgencia practicable ese camino para automóviles», ya que, le recuerda, «es el camino de penetración para ir a Alhucemas», y «bien sabes que en la guerra, las comunicaciones tienen una importancia excepcional». Considera, por último, esa cuestión «de la mayor importancia y trascendencia».

En una carta escrita casi un mes después, el 25 de febrero[163], también a Berenguer, y sin dejar de albergar recelos, se muestra partidario de continuar la

[162] Berenguer (1948), vol. II, pág. 282.
[163] AHN, TS, 51 N3, folio 957.

explotación del éxito, quizás porque, como dice, notables de Tensaman con el influyente Kadur a la cabeza le han visitado en Melilla, en lo que le parece un paso lleno de significado.

Afirma, revelando urgencias nuevas, que «es ésta una buena ocasión para avanzar sobre Alhucemas, por la miseria que reina en todas partes y que llegada la recolección, ya no sería tan oportuno ni fácil el avance». Hace, al respecto, una terrible descripción de los efectos de la hambruna, con personas muriendo, literalmente, de inanición y «más de doscientas mujeres, niños y viejos que pululan por las calles [de Melilla] en un estado lamentable». Hay que mencionar que procuró, con la ayuda del alto comisario, paliar en lo posible la situación, distribuyendo alimentos y cebada de forma gratuita.

La circunstancia de que «el año agrícola se presenta magnífico» es, desde una perspectiva puramente militar, motivo de preocupación, «pues la abundancia que se avecina ha de ser un obstáculo para nuestra actuación». En efecto, así era: «la espléndida cosecha de 1921 prepara, con la abundancia, la siembra del levantamiento»[164]. Continúa, en todo caso, dando una nota de desconfianza: «veremos lo que pasa cuando vayamos a Sidi Dris», y recuerda «que la distancia a Annual es ya grande». Informa de un encuentro que ha tenido con Civera, notable de los Bocoya, vecinos occidentales de Beni Urriaguel, «con los que tienen una deuda pendiente hace más de veinte años»[165], que le sugirió la idea de un desembarco. Para Silvestre era algo prematura, porque, de forma realista, juzga «aún pequeño nuestro partido en esas cabilas».

Anuncia, asimismo, a Berenguer una decisión solo inocua en apariencia. Ha decidido que Morales, que ha estado siempre en primera línea, tanto mandando tropas como negociando con las cabilas, regrese a Melilla. Ocupa su puesto en vanguardia el comandante Villar, también de la Policía, procedente de Caballería, que el 16 de ese mes ha colocado sin encontrar resistencia una posición en Buimeyan, a cuatro kilómetros a vanguardia de Annual, y que será futura cabecera de la 15.ª Mía, de Tensaman.

El relevo, «hijo probablemente de un momento de mal humor», es importante, tanto que se le ha calificado de «momento crítico»[166]. El contacto directo con la zona no sometida pasaba de un hombre de la confianza de Berenguer, mesurado, lleno de experiencia, a alguien menos prudente y más próximo al comandante general. Todo se agravará cuando, unos meses después, Dávila, cansado de los continuos roces, pero alegando motivos de salud, pida permiso, a pesar de los ruegos de Silvestre, para irse a España. En sus propias palabras, «comprendí que no podía llegar a darle gusto ni a desarrollar aquella labor»[167].

[164] Arauz de Robles, pág. 261.
[165] Desde 1898 en concreto, según la carta de Silvestre a Berenguer, de 25 de febrero de 1921, citada más arriba.
[166] Ruiz Albéniz (1922), pág. 209.
[167] *La Comisión de Responsabilidades,* declaraciones de Dávila, pág. 407. Saldría de Melilla el 9 de julio.

Con él perdería otro de sus mejores colaboradores, tan incómodo, pero tan valioso, como Morales.

A fines de mes, pues, existía, en general una sensación que se podría describir como de cauteloso optimismo. Alhucemas era ya un objetivo que, aunque de forma todavía nebulosa, figuraba en todas las agendas, y la vía oriental para llegar a él era una hipótesis que se discutía seriamente. Parecen desorbitadas, sin embargo, las afirmaciones sobre el ambiente «imperialista» y «mosqueteril», lleno de alusiones a los «redaños»[168], que, se decía, dominaba en el Casino Militar y en el famoso parque Hernández de Melilla.

El propio comandante general tenía sus reservas y no pensaba en locuras. Quizás, en cambio, no se percataba de que, como señalan dos compañeros suyos de armas, «en los avances no se había consolidado nada; se vivía porque los moros lo toleraban»; a causa de ello, todo el dispositivo estaba «prendido con alfileres»[169].

No acababan ahí los problemas, porque el principal era el estado del Ejército.

«Como si todo estuviera en condiciones»

Un buen punto de partida sobre la situación de las tropas sería la carta de Gómez Jordana, de noviembre de 1918, a la que ya se ha aludido. Aunque señalaba que «el espíritu de este Ejército es excelente; su disciplina, ejemplar», y que era un «modelo», del que responde «como cosa propia», reconocía los efectos nocivos que habían producido las Juntas y la supresión de las recompensas, haciendo comentarios que matizaban profundamente sus elogios anteriores.

Su sucesor, Berenguer, compartió, en un principio y al parecer, ese optimismo, un poco inexplicable tras las reflexiones anteriores. Dice así de la guarnición de Melilla que encontró «la tropa bien atendida y con buen espíritu», aunque constató «penuria de armas y material»[170]; de veintiocho camiones funcionaban dieciséis, y había dos aviones, cuando se requerían al menos seis.

Insistía en esa actitud en una carta de 10 de julio del mismo año de 1919[171] dirigida al ministro de la Guerra. «Siempre se han exagerado los defectos de este ejército», sostiene. Había, como en España, un número exagerado de los denominados «destinos», pero era un mal difícil de erradicar, como había comprobado Jordana, a pesar de todos sus esfuerzos. Apreciaba deficiencias en un aspecto específico, «los aeroplanos»; «es cosa perdida por ahora […] Estamos muy atrasados».

---

168 Ruiz Albéniz (1922), pág. 210. Ruiz Albéniz era tan amigo de Berenguer como poco partidario de Silvestre.

169 Declaraciones, respectivamente, de Fernández Tamarit de 5 de octubre de 1921, citadas antes, 50 N 6, folio 1203, y Riquelme, de 28 de noviembre de 1921, 50 N 9, folio 1780v.

170 Berenguer (1948), vol. I, págs. 45 y 48.

171 Ibíd., vol. I, págs. 123-124. Carta al general Santiago de 20 de julio de 1919.

Los pocos aparatos que existían, «se van deshaciendo por el aire». Necesitaba más ganado, pero no estimaba preciso, en contra de lo que pensaba el comandante general de Larache, aumentar la artillería de montaña. Volviendo a la cuestión del número de tropas, insiste en que «sería de pésimo efecto» el aumento de peninsulares, ya que la opinión pública española aplaudiría más la repatriación de un batallón que «la más lucida operación». En la carta suscitaba ya la delicada cuestión de la estructura de mandos.

Resulta curioso que solo veinte días después escriba al nuevo titular de la cartera, tras un enésimo cambio en el gabinete, en un tono totalmente distinto[172]. Quizás porque su corresponsal era nuevo en el puesto, la descripción que hace es más completa, y también más negativa. En artillería, «rara es la pieza de montaña que está verdaderamente útil»; las ametralladoras se hallan en «desastroso estado»; sigue sin tener suficiente ganado y reclama tanques, arma entonces suficientemente desarrollada tras la Primera Guerra Mundial. Insiste en los aviones: «nadie puede formarse idea del daño que nos ha causado no contar con aeroplanos […] Los aparatos aquí disponibles no pueden utilizarse por falta de hélices, pues todas las que mandan resultan inútiles». Además, las aeronaves se guardan en tiendas, no en hangares, lo que afecta a su conservación.

A la vista de ello, «no respondo de obtener los resultados que deseo […] No está el secreto en aumentar nada, sino en dotar lo existente, como corresponde a un ejército moderno y bien organizado». Combatir en esas condiciones «es luchar con los mismos o más deficientes elementos que los moros». Vuelve a reiterar los problemas de mando.

Por lo que respecta específicamente a Ceuta, Silvestre también había planteado a Berenguer un cuaderno de agravios, tras su toma de posesión del mando de aquella Comandancia. Hablaba de «desorganización, falta de elementos y de efectivos y, sobre todo, la moral de las tropas, de la que estoy muy dudoso». En el grupo de Regulares estaba «la moral bastante baja», «el reclutamiento ofrece escasa o ninguna garantía» y había frecuentes deserciones. Entre ellas, y los bajos sueldos, tenía reducidos sus efectivos a la mitad. El resultado era que de los tres tabores de Infantería existían solo dos, y uno de ellos no pasaba de 120 fusiles. El grupo de Tetuán estaba algo mejor, porque los soldados servían cerca de sus casas y podían volver a ellas para descansar. Proponía formar más batallones de voluntarios y traer unidades de Melilla y de la península. Berenguer, para quien esto último era anatema, le respondió que exageraba.

Hay que resaltar lo que Silvestre tuvo que decir sobre los efectivos. Contaba «para haberes», es decir, a efectos económicos, con 21.589 hombres, pero las bajas por «destinos» y otros conceptos –mejor dicho, en sus palabras, una suma de «emboscados y corruptelas»–, sumaban 5.917, con la particularidad de que se trataba de datos oficiales, «y no sé todavía lo que no tiene este carácter». Esto es,

---

[172] Ibíd., vol. I, págs. 188-193. Carta al general Tovar de 30 de julio de 1919.

que sospechaba que en realidad la cifra de rebajados debería ser aún mayor. El caso de los mandos no era un consuelo: de 69 jefes en plantilla, hay 14 de baja; de 770 oficiales, 185, lo que indicaba que la profesionalidad era tan mala como la moral[173].

En agosto, Berenguer, aunque siempre preocupado por no crear problemas a sus superiores, admite[174] que «la oficialidad carece en absoluto de estímulo [...] Ya no hay recompensas [...]; ni siquiera puede existir la íntima satisfacción que produce el aplauso de la opinión pública, puesto que ésta ve con recelo cuanto se hace por aquí». Reconoce, lo que es grave en un general, que «las [tropas] peninsulares no tienen el instinto de esta guerra» y piensa que, por otro lado, están «minadas» por la propaganda que se hace en España y por la «nefasta prensa». Solamente se puede contar con las fuerzas indígenas; «sin ellas, podemos ir pensando en dejar esta empresa».

Se contaba, pues, con un modelo de Ejército colonial deformado. En efecto, lo normal en otros sistemas era que las unidades metropolitanas constituyeran la columna vertebral, y que las reclutadas sobre el terreno aportaran el número y la familiaridad con las condiciones locales, desempeñando también un papel de carne de cañón. El caso español, basado en el elemento marroquí, era, desde ese punto de vista, poco frecuente, y pernicioso[175].

A pesar de esos antecedentes, cuando Eza, entonces nuevo ministro de la Guerra, visita el Protectorado en el verano de 1920, no advirtió problemas serios, como ya se ha dicho. Aunque en su *Memoria*[176] sí indica que los aviones eran «escasos y heterogéneos», destacó «el estado de perfecta disciplina y organización» del Ejército; encontró que «en los cuarteles se cuida del aseo y policía con verdadero detalle», que «los parques de intendencia están en lo general muy bien instalados y en orden completo» y que «los almacenes y talleres de artillería se hallan bien provistos y montados en forma perfectamente adecuada».

Da la sensación de que, en su afán de hacerle grata la estancia, se le presentó una imagen irreal. Aunque sea una anécdota, a la Policía se le dotó de prendas nuevas de uniforme, que fueron retiradas en cuanto Eza volvió la espalda. Que se

173 En ibíd., vol. I, págs. 206-210. Carta de Silvestre a Berenguer, de 17 de agosto de 1919 y respuesta de Berenguer del 22 del mismo mes. *El Anotador,* que servía en Regulares, también tilda de exageradas las afirmaciones del comandante general sobre el estado de esas fuerzas.

174 Ibíd., págs. 219-220, carta de Berenguer a Eza, de 27 de agosto de 1920.

175 Los dos Ejércitos coloniales más potentes de la época, el británico y el francés –modelo que se trataba de implantar en España– estaban articulados en torno a un núcleo de tropas europeas, de la Legión Extranjera, en el segundo. El ruso apenas alineaba fuerzas locales. En cambio, el alemán contaba solo con ellas en África. El italiano era el más similar al español, aunque en Libia, por ejemplo, disponía de un fuerte contingente reclutado en el cuerno de África. Además, disponía de cuerpos metropolitanos de élite, como los *Alpini* y los *Bersaglieri,* lo que no era el caso de España, cuyas unidades de Cazadores habían perdido mucho de su antiguo lustre. En cuanto al Tercio, entonces todavía no se había creado.

176 AGMM, África, Ministerio de la Guerra, legajo 28, carpeta 5.

dejó llevar por las apariencias, se demuestra con la frase vagamente napoleónica que escribió sobre los jefes y oficiales: su «apostura y buen continente da la impresión de que no les puede negar jamás la fortuna ningún éxito ni victoria». Hace, además, un elogio del Protectorado militar, frente al civil, cuando sentencia que «el carácter militar asegura al oficial de la Policía su influencia política».

En cuanto a futuros avances, se muestra optimista, pero cauteloso, quizás recogiendo la postura de Berenguer. «Tal vez la conquista de este recorrido [los ochenta kilómetros entre Tarfesit y Alhucemas] no sea tan difícil ni tan larga como a primera vista parece», pero la sitúa en «dos o tres años», y mediante un doble avance, desde oriente y desde occidente.

También toca el problemático tema de las recompensas, señalando que «no hay acciones de campaña que justifiquen recompensas de empleo, ya que la acción se limita a la molestia natural de permanecer lejanos de España». Era una valoración que, desde luego, no compartían los que allí estaban, y que llevó a *El Anotador* a apuntar: «influencia de las juntas. No había leído el vizconde de Eza la lista de oficiales muertos en la empresa africana». Berenguer alude, incluso, a que, con ese motivo, asistió a «chispazos […] con el apoyo declarado de los comandantes generales, lo que me coloca en una situación muy delicada»[177].

Se comprenden las distintas perspectivas de ambos. En España, la cuestión de las recompensas erizaba a las Juntas, y la clase política no estaba preparada ni para enfrentarse a ellas ni para abandonar el cómodo sistema de los ascensos por rigurosa antigüedad, que «salva de muchos compromisos», mientras que «la libre elección es una pendiente muy resbaladiza»[178]. Para Berenguer, en cambio, que se había beneficiado de los ascensos por méritos, y que veía que su supresión estaba minando la moral de sus subordinados, apoyar a Eza le ponía en una posición complicada. El ministro admitía, desde luego, que el caso de los mandos de tropas indígenas era una excepción, pero estimaba que se podía solventar con un aumento de haberes y «el abono de triple tiempo a los efectos ulteriores de la placa de San Hermenegildo, pensiones, etc.».

Pero Eza, como político, estaba menos preocupado por problemas que consideraba técnicos, como la calidad y la calidad del material, para centrarse en otros de más enjundia, y de mayor rentabilidad en las urnas. Se trataba, de un lado, de la supresión del tercer año del servicio militar obligatorio –que para él era «una obsesión»– y, de otro, del aumento del número de voluntarios. Ambos proyectos respondían a un mismo deseo: reducir el contingente forzoso, tan profundamente impopular. El acortamiento del servicio estaba plenamente justificado. Se trataba de una tendencia universal, presente en Ejércitos mucho más eficientes, y resultaba difícil argumentar una excepción española al respecto. La sensibilidad política del alto comisario le hacía comprender las razones de su superior, y no

[177] Berenguer (1948), vol. II, pág. 221, posdata a su carta a Eza de 7 de octubre de 1920.

[178] *Diario del Congreso* de 29 de noviembre de 1921. Las dos frases aparecen en una intervención de Eza.

oponía ninguna reserva de principio. Pensaba, únicamente, que la medida tenía que retrasarse al año siguiente, para dar ocasión a que el aumento del voluntariado compensase la disminución de quintos.

En el tema de los voluntarios, Eza hacía unos cálculos singulares. En febrero de 1921 consideraba que el Tercio de Extranjeros estaba ya operativo –según le había informado Millán Astray–, y que sumaba 2.000 plazas. Como se había producido un incremento similar en la Policía, estimaba que esos 4.000 hombres fácilmente podían sustituir a 8.000 del reemplazo. Incidentalmente, ello reflejaba un profundo desprecio por esta clase de tropa. A la vista de ello, no extraña el complejo de inferioridad que anidaba en las unidades peninsulares, y que tan caro se pagó.

Berenguer le tuvo que sacar de su error. En primer término, 4.000 hombres nunca equivalían a 8.000, cuando existían tareas que desempeñar como la guarnición de un sinnúmero de posiciones. Además, el Tercio distaba entonces mucho de estar preparado. En realidad, se encontraba «dedicado a completar la instrucción», por lo que «no está aún para ser empleado en todo servicio». Además, las bajas de las que le había hablado Millán Astray no eran fruto de combates, como se le había dicho, sino de episodios poco claros y de accidentes. Por último, le faltaba mucho para alinear 2.000 efectivos.

El ministro, deseoso de avanzar hacia un Ejército profesional en Marruecos, lanzó la idea de crear un segundo Tercio en Melilla. Pero, a diferencia del de Ceuta, alistaría solo a españoles. El alto comisario, aunque pensaba de los extranjeros que «no creo que den un gran resultado», prefería evitar esas distinciones, y reclutar ambas unidades de la forma en que se venía haciendo en la primera de ellas. Respecto a otra iniciativa de Eza, introducir voluntarios indígenas en otras fuerzas peninsulares, como Zapadores e Intendencia, no formulaba objeciones, pero le recordaba que la proporción entre europeos y marroquíes no debía bajar de dos de los primeros por uno de los segundos. Aquí parece apreciarse una cierta contradicción. Se atribuían al personal local mayores virtudes guerreras que a los españoles, pero, a la vez, se desconfiaba de él. Ello llevaba, especialmente en Melilla, donde no estaba el Tercio, a una situación peligrosa. Se tenía confianza militar, pero no política, en las fuerzas indígenas, todas ellas, y solo ellas, de choque, y confianza política, y no militar, en las peninsulares que constituían el grueso de las tropas.

Fruto de la visita del ministro fue la ya conocida carta a su colega de Estado[179], curiosa porque en ella, entre otras cosas, habla de su preocupación por la extensión del paludismo en el Ejército de África, que se propone remediar. Lo interesante es que afirma que «ocurre como en Cuba, la gente se acostumbra a sufrir la enfermedad, a lamentar su existencia, y a no hacer nada para su desaparición».

---

[179] AGMM, África, Ministerio de la Guerra, signatura 088, legajo 28, carpeta 5. Es de 17 de agosto de 1920.

Desgraciadamente, se había aprendido muy poco, y no solo en ese aspecto, de aquella campaña.

Antes de acabar con el viaje de Eza, conviene traer a colación un documento que preparó el Estado Mayor de Melilla[180] con motivo del mismo, es de suponer que para entregárselo. Como cabría esperar, pinta una imagen muy diferente de la superficial que se llevó el ministro. Titulado *Notas para formular una petición al Ministerio de la Guerra de los elementos que se consideran indispensables,* describe, a lo largo de más de veinte páginas, múltiples deficiencias.

Solicita en primer lugar un coche de seis cilindros, «robusto, carrocería abierta, grande, cómoda [sic] y elegante» para el comandante general, y vehículos para su cuartel general, entre ellos, dos camiones blindados y cuarenta de carga, que se reducen a veinte, «caso de no ser posible conseguir» más. Aborda, luego, el serio problema de los transportes de la infantería. Solo había un carro por batallón. Como las seis compañías de este normalmente actuaban separadas, y a veces dispersas en pequeños destacamentos, en operaciones había que llevar la impedimenta, desde las cajas de munición a los calderos para el rancho, en los mulos disponibles, pero estos también se necesitaban en las posiciones para los servicios de aguada y de víveres. El dilema, pues, era insoluble, a no ser que se entregaran, al menos, tres carros por batallón, aunque lo reglamentario era uno por compañía. Se pedía, además, aumentar el número de acémilas y dotar a cada regimiento de un «camión automóvil».

Mientras, ni las columnas ni las guarniciones estarían debidamente atendidas. Se vería en Annual, donde hubo que dedicar parte de las acémilas de las unidades de combate al transporte de heridos y enfermos.

Como «esto del agua es trascendental en las operaciones», se consideraba igualmente grave la falta de «tanques para agua», que escaseaban tanto que en más de una ocasión hubo que pedir el suyo al ingeniero –el singular es elocuente– del Protectorado o a la donosa Junta de Arbitrios, de la que enseguida se hablará. Se necesitaba, además y de forma urgente, prolongar hasta Tafersit el ferrocarril, que solamente llegaba a Tisutin. En cuanto a aviones, únicamente había tres, con «motores en estado lamentable» y dotados con «máquinas [fotográficas] corrientes», inútiles para los reconocimientos. Se requerían seis, con máquinas equipadas «con objetivos de gran potencia». En Artillería, había que «renovar los 24 cañones de montaña», «con nueve años de continuo servicio», y los grupos no tenían columnas de municiones, que había que transportar en mulos de Intendencia, distrayéndolos de otras funciones. Por lo que respecta a los Ingenieros, su material era insuficiente, y la sanidad también precisaba ser reforzada.

Pasaba luego a comentar asuntos de personal. De un lado, siempre buscando hombres, se proponía reorganizar y aumentar la Brigada Disciplinaria de Melilla

[180] AGMM, Comandancia General de Melilla, signatura 1524, legajo 1, carpeta 21.

con delincuentes comunes, condenados a más de seis meses y un día de presidio o de prisión correccional, y formar otra unidad similar en Ceuta[181].

De las tan esenciales tropas indígenas, se decía que el haber de Regulares resultaba insuficiente, por lo que «sus efectivos han quedado muy mermados y no hay demanda para su completo».

Lo mismo sucedía en la Policía, que no debería percibir menos de tres pesetas diarias. Ello permitiría, lo que sería una novedad, escoger hombres «de conducta intachable y buenos antecedentes». Subraya la distinción entre las mías de retaguardia, y las de contacto, o vanguardia. Las primeras debían dedicarse a las funciones propias de su instituto; las segundas, de índole más militar, tenían que contar con algún número de hombres procedentes de cabilas enemigas, en cuyo caso, «la garantía de lealtad se obtiene internando en la parte ocupada a parte de su familia».

Dedica largos párrafos a sus mandos, que, en teoría desempeñaban una función básica de contacto entre las autoridades y las cabilas, para la que muchos de ellos no estaban cualificados. Se critica, también, que el coronel jefe tuviera que ser de Estado Mayor, sin más requisitos. Como era, en realidad, entre otras cosas, el director de los servicios de información, se pedía que recayera el cargo en hombre de experiencia y conocedor de la zona; que se evitara el caso, que se había dado, de que tres personas pasaran por el puesto en seis meses, y que se permitiera que accediera a él cualquier jefe debidamente preparado. Se hacía, por último, una serie de recomendaciones para evitar la confusión existente entre sus funciones militares y civiles, siempre en detrimento de estas, a pesar de ser esenciales.

Producto del documento anterior y de observaciones personales fue el *Informe del jefe del negociado de Marruecos del ministerio de la Guerra*[182], que su titular, Carlos López de Lamela, elevó a Eza. Es voluminoso –cincuenta páginas– por lo que aquí se puede ofrecer solo una síntesis casi testimonial, pero menciona algunos aspectos interesantes que resultan insoslayables.

Empieza con una crítica frontal de todo el sistema. España ha sometido en diez años tan solo 6.000 kilómetros cuadrados de su zona, a costa de 2.000 millones de pesetas, y a pesar de tener allí un Ejército «dotado de material de guerra inmensamente superior al del enemigo».

Esos datos contrastan muy desfavorablemente con los de Francia, que ha ocupado 400.000 kilómetros cuadrados con un contingente que cifra en 64.000 hombres, «inmensamente menor, proporcionalmente, que el de España», que, además cuenta con la ventaja de la inmediatez de Ceuta y de Melilla a las zonas

[181] No era ninguna fórmula original. Francia lo venía practicando, con complejas variantes desde el siglo XIX. Era el atroz mundo de *Biribí,* del que tanto se ha escrito. Ver, por ejemplo, Dominique Kalifa, *Biribí,* París, 2009. Una visión periodística contemporánea es, Albert Londres, *Dante n'avait rien vu,* París, 2010.

[182] Lo recoge Eza, págs. 91-140.

de operaciones. La conclusión es que «la acción militar [española], resulta costosísima», y es menos eficaz que la de Francia, que «apenas si mantiene guarniciones».

Cifra la guarnición española en Marruecos en 64.666 hombres, de los cuales son voluntarios 8.896 europeos y 10.570 indígenas, y suscita la vieja reclamación por la creación de un verdadero ejército colonial, del que, de momento, únicamente hay «un esbozo». Insiste en la idea de los cuerpos disciplinarios, uno en Melilla, sobre la Brigada ya existente, y otro en Yebala, y propugna las necesarias reformas legislativas para nutrirlos. Aunque es de importancia menor, manifiesta su escándalo porque la Disciplinaria melillense, a pesar de ser una unidad de castigo, tenga el mismo uniforme que el resto del Ejército, lo que no sucede en ningún país.

Respecto a las fuerzas indígenas, se lamenta de que «el brillante núcleo de jefes y oficiales» que las ha mandado, «va desapareciendo paulatinamente», y el problema que supone su falta de motivación. Respecto a la tropa, es uno de los pocos que la considera bien pagada, a pesar de lo cual cree que existe «algo de manga ancha» a la hora de reclutar a la de Policía.

Entre otros muchos asuntos, destaca lo anticuado del sistema de transportes militares, basado en caballerías, no en camiones, y «el arcaico método de suministro». En relación con este, se aparta del laconismo oficial para hacer una descripción que quizás convenga recoger. Habla, en un sector tranquilo, de una columna que avanza «arrullada en su peregrinación por el canto de la chicharra, único ser capaz de dar señales de vida, a las diez de la mañana, en ese mes y en aquellos campos», y describe su «dolor inmenso al ver aquellos hombres sudorosos, rendidos por la fatiga, cargando sus armas y tirando de aquellos animales», que se rebozaban en los arroyos que cruzaban, echando a perder la harina, los garbanzos y las judías «de Castilla» que transportaban.

Otras deficiencias, en el orden que figuran en el documento, son: el servicio radiotelegráfico, que depende de cinco organismos distintos; las academias de árabe existentes para militares, que «no pueden tomarse en serio»; los trabajos cartográficos que tienen un enorme «atraso»; el servicio sanitario, ya que «ninguno demanda con más urgencia una escrupulosa revisión»…

De la uniformidad dirá que «resulta inaceptable para África», criticando acerbamente «el salacot […], prenda que ha llegado a ser odiosa». «Pesado, duro, aplastante, incomodísimo, embarazoso» son algunos de los calificativos que le dedica. Pero no le superaba en mucho la única alternativa que entonces había, el gorro redondo de lana, que no protegía ni los ojos ni la nuca del sol. Era tan caluroso en verano, que los soldados ponían bajó él un pañuelo, o lo daban la vuelta, de forma que el forro de cuero, descrito como «grueso e irrespirable», quedara en el exterior, insatisfactoria y chapucera solución que les daba, además, un aspecto deplorable. Solo cuando se distribuyeron los prácticos chambergos introducidos por el Tercio se empezó a resolver el problema, aunque muchas unidades los recibirían con considerable retraso.

Hace Lamela otros dos apuntes dignos de mención. Uno, inesperado; el segundo, alarmante. Aquel se refiere al derroche en los gastos para caminos militares. Al parecer se hacían muchos innecesarios y, como luego se vio, no se construyeron en cambio otros esenciales. Esto es, el problema no sería solo económico, sino el destino que se daba a los insuficientes fondos. La otra cuestión que plantea es la ominosa aparición en la zona insumisa de un millar de fusiles franceses Lebel, de excelente calidad, así como de «gran cantidad de armamento Mauser».

Eza transmitió parte de estas reclamaciones a Berenguer por carta de 4 de septiembre de 1920[183], entresacando algunos aspectos. Le parecía bien la idea de la Brigada Disciplinaria; comprendía el problema de las tropas indígenas, pero «por todas partes encuentro trabas»; ciertamente, era preciso extender el ferrocarril «con toda urgencia», pero se planteaba la dificultad de que, en sus diversos tramos, parte pertenecía a Fomento, parte a una compañía minera, y parte a Guerra.

Desde luego, suscitaba de nuevo con «ardor» la supresión del tercer año de servicio militar, única forma de evitar que «la opinión pública esté apartada y no entre, por más que se haga, en el problema marroquí». Tocaba asuntos de sanidad y transportes, y pedía la opinión del alto comisario sobre todo ello. Berenguer nunca le contestó.

Al margen de las opiniones y proyectos del ministro, a principios de 1921 se volvió a plantear el problema cada vez más acuciante del estado real del Ejército. Berenguer se decidió a plantearlo crudamente el 4 de febrero[184], en una carta que pintaba un cuadro desolador, pero más real que los presentados hasta entonces.

Por mencionar solo algunos aspectos, «los cuerpos no pueden pagar las botas», por lo que se equipa a los soldados con alpargatas, que, si aceptables con buen tiempo, en caso de frío o lluvia «se quedan en el barro de los caminos», problema de larga data y nunca resuelto, de forma que los soldados en ocasiones acaban las marchas descalzos. Como prenda de abrigo, únicamente se contaba con la guerrera de paño y la manta, que servía de cama, de capote y, eventualmente, de camilla y de sudario. De nuevo, desde al menos la campaña de África de 1859, pasando por la tercera guerra carlista, Cuba y Filipinas, esta había sido la situación, sin que se le pusiera remedio. Había, también, una escasez crónica de tiendas. En cuanto al rancho, aseguraba que no tenía «ni la variedad ni la abundancia de otros tiempos». Como siempre fue pésimo, la afirmación resulta estremecedora. Así, admite que en campaña el soldado recibía «un chorizo, un pan y galleta». Gómez Hidalgo[185] resume: los soldados estaban «mal comidos y peor trajeados, duermen en el cuartel sin sábanas y en el campo sin tiendas».

[183] Eza (1923), págs. 376-384, la reprodujo íntegra.

[184] Berenguer (1948), vol. II, págs. 234-244 para la carta de Eza, de 16 de enero de 1921, y la respuesta de Berenguer, de 4 de febrero del mismo año.

[185] Pág. 39.

Los artículos que la intendencia suministraba entonces, y que dan una idea de la composición de las raciones, consistían en pan, harina, galleta, azúcar, café, aceite, arroz, garbanzos, judías, sal, tocino, vinagre, pimentón, ajos, leña, cebada, paja y petróleo, así como raciones de mochila, consistentes, para los europeos, en carne en conserva o embutidos en manteca y galleta[186]. Otros productos no facilitados por Intendencia, como patatas, tomates, bacalao, chorizo o vino se adquirían en «las casas de compra que existen en las posiciones» o en el depósito regimental[187]. Normalmente, las unidades tenían que recoger los suministros por sus propios medios.

Siguiendo con Berenguer, comenta, en cuanto al armamento, que los fusiles y carabinas estaban «en gran proporción descalibrados». Las ametralladoras, «muchas no funcionan desde los primeros disparos»; era material «viejo y defectuoso». Probablemente se refiere a las de marca Colt, que resultaron un auténtico desastre. Las piezas de artillería, sobre todo las de montaña, las más utilizadas, se hallaban «desgastadas». Como se habían suprimido las columnas de municiones, las tenía que transportar Intendencia, con sus propios medios.

En aviación, «generalmente es muy escaso el número de aparatos en vuelo». Tetuán contaba con seis, de tres modelos distintos, con las dificultades que ello suponía de mantenimiento, instrucción y piezas de repuesto. Respecto a los servicios sanitarios estaban «escasísimos de material». Se continuaba sufriendo de la endémica escasez de ganado, lo que para un Ejército hipomóvil –solo había tres automóviles en Ceuta y Tetuán– era una muy seria limitación.

Terminaba: «y, sin embargo, hemos actuado como si todo estuviera en condiciones». Pronto se pagaría.

Eza aguantó la avalancha sin perder la compostura, respondiendo con buenas palabras y asegurándole de su intención, que era sincera, ir resolviendo tantas deficiencias. Se permitió, sin embargo, una pequeña puya. Los mandos se quejaban de la escasez de efectivos, pero le constaba que «en alguna comandancia» había hasta 1.800 soldados dedicados a labores de asistentes, «lo que hace un poco difícil la defensa ante el parlamento»[188]. Le anunciaba que tenía preparado el decreto para la creación del Tercio de Melilla. Era ya demasiado tarde.

Silvestre tampoco dudó en acudir directamente al ministro[189], para narrarle sus tribulaciones. El 30 de mayo se queja del retraso en recibir las cantidades consignadas a los ingenieros, tanto para caminos como para alojamientos de la tropa

[186] Declaración del comandante de Intendencia Eduardo Araujo, el 30 de noviembre de 1921 (AHN, TS, 50 N 9, folio 1804v). La ración apenas había cambiado desde Cuba, caracterizándose por falta de proteínas y exceso de legumbres, que requerían una larga cocción, que a su vez creaba serios problemas en campaña.

[187] Declaración del capitán de Infantería Eduardo Araujo Soler, de 6 de septiembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 3, folio 538v.

[188] Berenguer (1948), vol. II, respuesta de Eza de 13 de febrero de 1921, pág. 245.

[189] Carta de Silvestre a Eza, 30 de mayo de 1921, recogida en Augusto Vivero, *El derrumbamiento,* Madrid, 1921, págs. 93-95.

y obras de campaña, tema recurrente. Cuando por fin se solventó, las posiciones donde se iban a hacer las obras y a construir los barracones estaban en manos enemigas, al igual que los caminos. De la artillería, dice que los veinticuatro cañones de montaña que tiene se encontraban en servicio desde hacía nueve años, «con el natural desgaste», por lo que era conveniente sustituirlos.

El coronel Enrique Salcedo, del regimiento de San Fernando, completa el sombrío panorama[190]. Considera que se adolecía de «falta de instrucción suficiente». La de tiro, en concreto, era «completamente deficiente». Lo atribuía a que, de un lado, se pretendía enseñar a los reclutas en un mes lo correspondiente a tres; de otro, por lo que al tiro se refiere, a que en Melilla existía solo un campo de prácticas, del que cada unidad podía disponer durante una semana. Teniendo en cuenta el mal tiempo, las festividades y otras circunstancias, se hacían ejercicios únicamente durante cuatro o cinco días. Una vez en el campo, resultaba imposible completar la instrucción, porque los cuerpos estaban diseminados en pequeños destacamentos, en una multitud de posiciones.

Además, y en contra de las buenas intenciones de Silvestre en su ya mencionada orden general de 9 de marzo, no se dieron facilidades para que los reclutas completaran en el campo su escasa instrucción en el tiro. Como dice rotundamente al respecto, el capitán Araujo, del regimiento de Melilla: «el tiro, ni éstas [las posiciones], ni las columnas lo verificaban en absoluto»[191].

Por otra parte, la Infantería cedía personal para «todos los servicios y necesidades, oficiales, particulares, personales, de construcción y de ornato público». Obras como el Casino Militar o la capilla castrense se edificaron por soldados de ese arma que, además, suministraba asistentes y «oficios de todas clases» a los mandos de Policía y Regulares. Finalmente, se llegó a extraer cincuenta hombres de cada compañía, casi la mitad de sus efectivos, para que, agregados a unidades de Ingenieros, trabajasen en la construcción de caminos, perdiendo, de hecho, toda conexión con sus cuerpos de origen.

En esa caza del hombre para labores que, en puridad, o no les correspondía o se habían sobredimensionado, se acudía hasta a las compañías de voluntarios que todo regimiento tenía, y que eran «el núcleo y la base de las columnas» de operaciones. San Fernando tuvo que disolver dos de las cuatro con que contaba, y las restantes quedaron tan débiles, que el 19 de julio de 1921 hubo que agruparlas en una. La labor de captación del Tercio, que se unía «al paso constante [de hombres] a Regulares y Policía»[192], era asimismo un factor no desdeñable de debilitamiento. Por este motivo, las tres de Ceriñola vieron disminuir sus efectivos de 350 a 100 hombres[193].

---

190 AHN, TS, 50 N, declaración del coronel Enrique de Salcedo, 8 de septiembre de 1921, 50 N 3, folios 654-663.
191 Declaraciones ya citadas del capitán Araujo, folio 535.
192 AHN, TS, 50 N 2, declaración del coronel Jiménez Arroyo, 25 de agosto de 1921, folio 310v.
193 *La comisión de Responsabilidades,* declaración del coronel Riquelme, pág. 167.

Respecto al armamento, continúa Salcedo, se hallaba «en pésimo estado», y databa de la campaña de Cuba. Las ametralladoras, estaban «a la altura de los fusiles». Es posible que en ese aspecto su regimiento fuese desafortunado, ya que el coronel del África mantiene que, en cambio, en el suyo «el armamento estaba en perfecto estado»[194].

El coronel Argüelles, de Artillería, señala que las piezas de montaña, de las que existían dos grupos, a tres baterías, llevaban once años de servicios. Se estaban reemplazando, pero lentamente. El grupo ligero se encontraba en mejor estado, pero solo disponía de dos baterías, que se tuvieron que completar con una «eventual»[195].

A veces, las carencias se justificaban con argumentos peregrinos. Fue el caso del coronel López Pozas, jefe de la Comandancia de Ingenieros de Melilla. Para explicar la inexistencia de depósitos de agua en las posiciones, que causarían sufrimientos atroces y la pérdida de muchas de ellas, adujo que se debía a que no había «edificaciones en ellas con cubiertas que pudieran recoger las aguas en condiciones de limpieza», por lo que «no era conveniente recibir las procedentes del suelo»[196].

Que, en esas circunstancias, Eza escribiera a Berenguer, como había hecho a principios de 1921[197], «no autorizaré un movimiento de un solo soldado si previamente no cuento con la seguridad de que, por lo que afecta a mi deber como administrador del ejército, está todo convenientemente atendido», parece totalmente irreal. Igual que su exigencia de contar, antes de una operación, con «el informe de los comandantes generales, que tienen previstas todas las contingencias pecuniarias», y su proclamación de que «en nada que afecte a material de guerra quiero que se carezca de lo que se juzgue necesario». De haberse aplicado este principio, las tropas no habrían salido de los cuarteles.

Venía a complicar todo el ambiente que se respiraba en Melilla, debido en buena parte a la desmoralización provocada por la actividad de las Juntas: «la oficialidad, demasiado ociosa, vivía en un estado de inercia, de despreocupación, muy próximo a la relajación de los resortes de la disciplina», con muchos mandos contando los días que les faltaban para dejar aquel destino forzoso y regresar a la península. En el entretanto, «Melilla se divertía […], era centro de todo libertinaje y relajación de costumbres»[198], «una ciudad de recreo y placeres»[199]. Indalecio Prieto, brutalmente, diría que «era un lupanar y era una ladronera». Cierva,

[194] Declaración, ya citada, del coronel Jiménez Arroyo, 25 de agosto de 1921, folio 310v.
[195] AHN, TS, 50 N 2, declaración del coronel Argüelles, de 22 de agosto de 1921, folio 284v.
[196] *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 412.
[197] AGMM, Comandancia General de Melilla, Documentos del general Fernández Silvestre, signatura 1524, carpeta 24.
[198] Ruiz Albéniz (1922), págs. 147 y 216.
[199] Ortega y Gasset, que la visitó, pág. 81.

ministro de la Guerra, contestó diciendo que se trataba de una «exageración», pero no le desmintió rotundamente[200].

El juego, más aún que en las guarniciones peninsulares, era una lacra: «de cuando en cuando, algún oficial salía del Casino Militar [...] para ir al tribunal de honor, para pedir su separación del servicio o para quitarse la vida miserablemente». Precisamente la construcción de ese edificio no solo había requerido el trabajo de soldados que tenían otras misiones, sino que «había hecho abrir la mano para conseguir los recursos»[201].

El diputado y militar Crespo de Lara, siempre en campaña contra el juego, confesaba, como prueba de lo extendido que estaba, que tres miembros de su promoción de veintiséis alféreces perdieron su carrera por su excesiva afición al naipe, incluyendo «el monte, tan tabernario y que a tantas fullerías se presta», y comparaba a Melilla con Gomorra[202]. Las pérdidas en el tapete verde favorecían los desfalcos en las cajas de las unidades, aunque parece que los ingenieros no estaban afectados por ellos, mientras que los pocos casos que se habían dado en Artillería fueron reprimidos en el acto. Se decía incluso que la capilla castrense se financiaba con las cuotas de las timbas.

Romanones, buen conocedor del Ejército, refiriéndose al del Protectorado aseguraría a Cierva en una carta de 2 de septiembre de 1921[203] que «el juego, la prostitución en todos sus aspectos, son los amos y producen, para poder alimentarse, la prevaricación más odiosa, que trae, como consecuencia, que el concepto de honor se debilite y que la cobardía se engendre».

No obstante, y para poner en su contexto estas afirmaciones, conviene recordar que «en aquellos tiempos, España entera era una casa de juego»[204].

Un capellán castrense[205] pinta un panorama que se refiere a Larache, pero que puede servir quizás para representar lo que sucedía en otras ciudades del norte de África: «hoy, las tabernas, con nombres más o menos disimulados, y el lenocinio, en formas variables hasta el infinito, tienen la hegemonía y lo han invadido todo. La vergonzosa inmoralidad se exhibe en todas partes y a todas horas [...] Personas muy honorables por su carrera o su cargo alardean de pasear del brazo a infelices mujerzuelas [...] infinidad de desgraciadas jovenzuelas de 14 o 15 años».

Dicho esto, sería injusto no apuntar que Berenguer –que tomó drásticas medidas en Tetuán para frenar los excesos– admitió que en sus visitas a Melilla no vio nada que justificara las críticas que se hacían al modo de vida que allí se practicaba. Parece, en cualquier caso, que alguna justificación habría, cuando Alfonso XIII, defensor incondicional del Ejército, ya en 1911 comentaba a

[200] Las intervenciones de ambos en el *Diario del Congreso* de 27 de octubre de 1921.
[201] Juicios de Bastos, persona discreta y poco tremendista, págs. 234-235.
[202] *Diario del Congreso* de 17 de noviembre de 1921.
[203] La leyó en el Congreso (ver el *Diario* del 1 de diciembre de 1922).
[204] Hidalgo de Cisneros, vol. I, pág. 58 y pág 102 para la situación en África, en concreto.
[205] Moreno, pág. 142. Era capellán del batallón expedicionario del regimiento de León.

Sánchez Guerra «las inmoralidades de Ceriñola»[206], uno de los regimientos de la guarnición.

La lenidad en el servicio era grande; los tenientes coroneles y los comandantes alternaban cada diez o quince días en el mando de las columnas, y los coroneles dejaban la plaza nada más que con ocasión de revistas o de operaciones. Habitualmente, en cada compañía que estaba en el campo se hallaba el capitán y un subalterno, o dos subalternos nada más; el resto de los mandos vivía en Melilla[207]. Sánchez Monge[208], de Estado Mayor, matiza. Una orden de 2 de mayo de 1920 disponía que los coroneles estuviesen diez días en Melilla y el resto en el campo, pero no se cumplía. El coronel Salcedo[209], en cambio, tiene el desparpajo de alabar el sistema: hubiese sido «perjudicial y peligroso [...] que el jefe de cuerpo estuviese todos los meses 20 días separado de su mando y despacho». No sorprende que a la hora de la verdad tuviese un sospechoso ataque de mala salud.

El comandante Almeida, por su lado, precisa que Silvestre autorizó a vivir en Melilla a todos los jefes que tuvieran «familia o hijos en educación»[210], y el general García Benítez[211] afirma que los tenientes coroneles alternaban en el campo cada quince días, lo que suponía que, como había tres por regimiento de Infantería, de cada mes y medio pasasen uno entero en la plaza.

Por fin, García Esteban[212] manifiesta que «las circunscripciones [en que estaba dividido el territorio] eran mandadas por coroneles, que delegaban en los tenientes coroneles», y añade que había la costumbre de que tras «veintitantos» días en el campo, los oficiales pidieran tres días de permiso en Melilla, a los que se sumaban dos para el viaje de ida y el de regreso.

El dictamen de la mayoría conservadora de la Comisión nombrada por el Congreso fue demoledor: «la oficialidad vivía sumida en un ambiente de notoria laxitud sobre las obligaciones que la disciplina impone», fustigando «la falta de residencia, el abuso de los permisos y otras tolerancias [...], la vida alegre y pródiga que a ratos fuese solaz y a ratos escándalo en Melilla». Resulta interesante que el de la minoría liberal coincidiese en algunos extremos, por ejemplo, al hacer suya la primera frase citada más arriba sobre la oficialidad[213].

206 Maura y Fernández Almagro, pág. 207.

207 Lo afirma el teniente coronel Fernández Tamarit, en las declaraciones ya citadas, de 5 de octubre de 1921, folio 1204v.

208 Testimonio mencionado antes del coronel Sánchez Monge, de 21 de agosto de 1921, AHN, TS, folio 269v.

209 Declaraciones del coronel Salcedo, de 8 de septiembre de 1921, AHN, TS, 50 N 3, folio 654.

210 Testimonio del comandante Almeida, de 2 de septiembre de 1921, AHN, TS, 50 N 3, folio 511v.

211 García Benítez, pág. 20.

212 AHN, TS, 50 N 1, folio 202, declaración del teniente coronel Saturio García Esteban, de 18 de agosto de 1921.

213 Ambos en *Diario del Congreso* de 15 de noviembre de 1922.

Es muy posible que las anteriores afirmaciones contengan un grado elevado de exageración. Así parece deducirse de un documento elaborado por el Estado Mayor de Melilla, el 30 de octubre de 1921[214], sobre «todos los procedimientos incoados contra oficiales desde el 1 de enero de 1920 al 31 de junio del año corriente por los delitos contra propiedad, honor militar y otros de índole semejante» por la fiscalía jurídico-militar de la Comandancia General.

Figuran solo cuatro, y dos de ellos contra la misma persona. Uno, contra un teniente de Regulares, por «hurto de fluido eléctrico», por el que fue absuelto; otro, contra un capitán de San Fernando, por «malversación de caudales», sin que se sepa su resultado, y dos contra un teniente de Infantería, sin mencionar el regimiento, por estafa, y que se hallaban en tramitación.

Se trata, sin duda, según estos datos, de un índice de delincuencia muy bajo. Es cierto que muchos asuntos de ese tipo se solventaban por tribunales de honor internos, pero, aun así, parece que si hubiese existido un ambiente generalizado de irregularidades, tendría que haberse plasmado en una actividad judicial más intensa.

Es preciso, no obstante, citar otra información, de fuente oficial[215], y referida al Ejército en general, de acuerdo con la cual en dos años se habían producido 47 suicidios; 59 casos de desfalcos y malversaciones, 30 de ellos en África; 40 expulsiones por acuerdos de tribunales de honor, sin mencionar la muy discutible decisión que tomaron las Juntas de Defensa respecto a 23 alumnos de la Escuela de Guerra, y 144 retiros voluntarios, de los que se estimaba que una parte obedecía a razones poco claras.

Podría concluirse que la atmósfera, en lo que a juego, prostitución, desfalcos, etc., se refiere, quizás fuese similar a la de cualquier otra guarnición en la península, pero que al ser tan alta en Melilla la proporción entre la población militar y la civil, y al ser allí mucho más elevados los gastos del Ministerio de la Guerra, se creaba una impresión de corrupción generalizada.

Lo que es innegable es que, sin entrar en el campo de la delincuencia, existía una actitud relajada de los mandos, que se comportaban como si estuviesen destinados en una capital de provincias cualquiera, en tiempos de paz. Ello supuso que, a la hora del peligro, muchas unidades se encontrasen huérfanas, porque los oficiales disfrutaban de una política de permisos más que generosa. Lo que es todavía peor, esa misma mentalidad propició censurables reticencias para acudir a primera línea y hacer frente a sus responsabilidades.

Un real decreto de 30 de junio de 1921[216], pocas semanas antes del desastre, plasma la mentalidad reinante en el Ejército. Por ejemplo, en el caso de que fuese destinado a África un mando que ya hubiese cumplido el plazo mínimo de permanencia, de dos años, tenía derecho a ser relevado, si lo deseaba, «tan pronto como en la escala correspondiente se disponga de personal que no haya prestado tal servicio».

[214] AHN, TS, 50 N 7, folio 1531v y 1532.

[215] La citó el diputado Crespo de Lara. Ver *Diario del Congreso* de 28 de junio de 1922.

[216] *La Gaceta de Madrid* de 1 de julio de 1921.

Se establecía, también, que quienes hubiesen cumplido dicho plazo y hubieran sido destinados a la península, podían causar baja en su destino «una vez cumplido el plazo reglamentario de incorporación del relevo, si por una causa cualquiera ésta no se hubiese efectuado». La explicación aducida era que había habido casos en los que esperar al sustituto «ha ocasionado contratiempos y dificultades», al haber expuesto a los interesados «a afrontar peligros y penalidades que no les correspondían».

En otras palabras, servir en campaña no se consideraba, entre muchos profesionales, un honor, sino un penoso deber que había que cumplir en el plazo más breve posible y prolongando los riesgos y las incomodidades solo lo imprescindible. Claro es que otros mandos no pensaban de esa manera, especialmente en las tropas de choque, pero que se publicase esa norma no carece de significación.

No escapaba a las críticas la anómala situación de la plaza en otro aspecto. En lugar de tener un ayuntamiento, como cualquier ciudad española, la regía entonces, en violación de un real decreto de 13 de diciembre de 1918, una absurda e injustificable Junta de Arbitrios, presidida por el general segundo jefe, y en la que militares que nada tenían que hacer en asuntos municipales, se dedicaban a ellos, en perjuicio del servicio. Ya se verá como el general Navarro alegaría ignorancia de las operaciones bélicas porque estaba entregado a la dirección de la Junta.

Indalecio Prieto cargó contra ella sin piedad, llamándola «esa especie de ayuntamiento ridículo». Califica el sistema de «régimen de excepción totalmente ridículo», que llevaba a que el presidente fuera «recorriendo los establecimientos públicos que se deben cerrar a ciertas horas, a caballo, con escolta y rodeado del estado mayor». Lo que era más grave: «la junta establece toda suerte de arbitrios [sobre los espectáculos] sin sujetarse a ninguna de las leyes generales del reino». Bergamín, entonces ministro de Hacienda, lo admitió, contestando que desde hacía tiempo se intentaba, sin éxito, «llevar todo el régimen común posible a la plaza de Melilla, sacándola del régimen especial militar de excepción que tiene». Su proyecto era incorporar la propiedad rústica y urbana de la ciudad «poco a poco» al sistema general y establecer en ella los impuestos indirectos[217]. Por su parte, el diputado Nougués afirmó[218] que la Junta manejaba dos millones de pesetas anuales, cantidad nada despreciable.

López de Lamela, en su informe citado antes, es igualmente duro, cuando habla del «inverosímil estado en que se encuentra Melilla» a causa de la Junta, que impone «impuestos arbitrarios», comete «verdaderos abusos» y firma «contratas caprichosas», innecesariamente onerosas. Resume: su «actuación […] no ha podido ser más perniciosa».

A propósito, esa participación de militares en asuntos económicos provocó una sonrojante real orden de 12 de febrero de 1917[219] dirigida a «confirmar la

[217] *Diario del Congreso* de 4 de julio de 1922, para ambas intervenciones.

[218] Ibíd., de 16 de noviembre de 1921. En esa sesión fue cuando Prieto utilizó la expresión «esa especie de ayuntamiento ridículo».

[219] AHN, TS 50 N 3, folio 477.

prohibición de que los generales, jefes, oficiales y sus asimilados […] mientras permanezcan en situación de actividad, puedan dedicarse en nuestras plazas de África y territorios limítrofes al comercio ni a la industria en sus diferentes ramos […] ni desempeñar cargos en empresas o sociedades de la expresada naturaleza». Que se exigiera «el más estricto cumplimiento» y que se pidieran informes mensuales al respecto, da a entender lo extendido de esas prácticas.

En realidad, la plaza, y por extensión toda la zona oriental ocupada, era un feudo militar, bajo el control de un Ejército plagado de deficiencias. Con ese trasfondo y esos elementos, Silvestre abriría la última página de su hoja de servicios.

Pero, antes, le quedaba al comandante general una satisfacción más: el 12 de marzo se ocupa Sidi Dris, un puesto en la costa, siempre en territorio de Tensaman, considerado por muchos como base perfecta, preferible a Annual para futuros avances, pero, al parecer, se descubrió que los recios levantes lo hacían inaccesible por mar «muchos días al año»[220]. De nuevo, la operación se completó sin un disparo, a pesar de los recelos de Silvestre, que debió sentirse estimulado por ese nuevo paso incruento, que coronaba un periodo glorioso para él.

El regreso de Abd el Krim

Mientras su rival marchaba de éxito en éxito, Abd el Krim, ya jefe indiscutido de los Beni Urriaguel, nada amilanado por su anterior fracaso, ha establecido la estrategia a seguir, y ha empezado a aplicarla. No esperará en su cabila el, al parecer, inexorable avance de los españoles en dirección a Alhucemas. Les saldrá al paso en el territorio vecino, con lo que gana espacio y tiempo, y transfiere allí, no a sus propios poblados, el escenario del inevitable choque. Con ese motivo, ha incursionado en Tensaman, instalándose con la harca que empieza a reunir de nuevo en tierras de la fracción de Trugut, como se ha visto.

Sabe que no puede contar solo con adhesiones espontáneas, y que necesita aliados de otras cabilas. Para conseguirlo, «está decidido, de ahora en adelante, a usar otros medios diferentes […] de la persuasión»[221]. Cuando esta basta, la utiliza. En caso contrario, no duda en acudir a otros métodos, como la imposición de multas o la toma de rehenes para garantizarse apoyos. Paralelamente, y consciente de la importancia, simbólica más que práctica, de la religión entre los rifeños, impone los principios de la sharía sobre el Derecho consuetudinario. Ello le permite sustituir las tradicionales deudas de sangre, que imposibilitaban la cohesión interna de las cabilas, por multas, sanciones que, una vez satisfechas, borraban la

[220] AHN, TS, 51 N 39, *Información mandada instruir por el coronel del regimiento Ceriñola*, folio 3.
[221] Ayache (1981), pág. 314.

culpa. Hace, pues, exactamente, lo que las autoridades del Protectorado habían intentado evitar en territorio insumiso.

Al tiempo, empieza la labor, que nunca interrumpirá, de adquirir armamento, en un principio con cargo a su propio patrimonio, con lo que refuerza, a la vez, su prestigio y su control sobre los habitantes. A este respecto, tiene la fortuna de lograr hacerse con el pingüe botín ganado a los franceses en el combate de Ain Mediuna, en abril de 1919. Tras perder más de trescientos hombres, habían abandonado dos fusiles ametralladores y una pieza de artillería, deslumbrante material para combatientes que únicamente conocían el fusil. Silvestre alude a él en carta que se cita en el capítulo siguiente, basada en noticias recibidas de confidentes. El informe de uno de ellos menciona un cañón, probablemente ese, asegurando que estaba entonces en malas condiciones, por lo que «siguen arreglándolo en casa del Jatabi, que tiene ruedas, pero que no tiene cureña y que lo arreglan con madera, pero que en cuanto tire la primera vez es seguro que se volverá a romper»[222].

Bajo la dirección de Abd el Krim, grupos de Beni Urriaguel han empezado a infiltrarse entre enero y febrero, instalándose en Yub el Kama, en la orilla izquierda del Amekran, excelente posición desde la que se divisan Annual y un monte todavía vacío, de nombre Abarrán.

[222] AHN, TS, 51 N 6, folio 1667v, declaración del coronel Civantos, 20 de octubre de 1922.

Capítulo V
El zarpazo
(Abarrán, 1 de junio de 1921)

Capítulo V
El zarpazo
(Abarrán, 1 de junio de 1921)

Alhucemas en el horizonte

A fines de marzo de 1921 reinaba el optimismo en el Protectorado español, y, especialmente, en la Comandancia de Melilla. Los avances realizados durante la segunda mitad del año anterior autorizaban, parecía, todas las esperanzas.

De ahí que, como se ha visto en el capítulo precedente, Berenguer solicitara de Silvestre un plan de operaciones sobre Alhucemas. Era, sin embargo, hombre metódico y mesurado, nada propenso a aventuras. Por eso, siguió en esta ocasión el sistema que se había impuesto como regla. Se le sometía un proyecto, lo estudiaba y, una vez convencido de su bondad, lo elevaba al Gobierno para autorización. Recibida, eventualmente, esta, y no antes, daba la orden para ejecutarlo.

La fase de estudio era esencial, y más en un caso como el presente, cuando estaba en juego la ocupación de un objetivo soñado desde hacía años y que se esperaba sería decisivo. Resultaba preciso, pues, analizarlo con especial esmero. Por otra parte, no sería humano si, antes de hacer a Madrid una propuesta que implicaba el cambio del centro de gravedad de «su» zona, la occidental, a la oriental, no quisiera asegurarse en persona de que tan trascendental paso estuviera plenamente justificado.

A ello obedece su carta de 27 de marzo[1] al ministro de la Guerra manifestándole su intención de trasladarse a Melilla, tras una previa reunión con Silvestre en el Peñón de Alhucemas. El objeto del viaje era visitar el terreno ocupado en los últimos meses, «cambiar impresiones con el comandante general sobre el programa a establecer para el año [...] y estudiar el plan de avance a la bahía de Alhucemas que me había enviado poco antes»[2].

En la carta, el alto comisario plasma la perspectiva, muy positiva pero cautelosa, con la que enfoca la próxima campaña. Habla así, ya en el primer párrafo, de los objetivos a alcanzar. Señala, «a ser posible», varios muy ambiciosos en la zona

[1] AHN, TS, 51 N 2, folios 607-613.

[2] Ibíd., interrogatorio a Berenguer, respuesta a la pregunta 6.ª, folio 439.

de Tetuán, a los que añade «ocupación de la bahía de Alhucemas y, si es posible, de las cabilas de Beni Tuzin y Beni Urriaguel».

Alaba sin reservas la labor de Silvestre, que ha logrado «un verdadero desmoronamiento de la resistencia». La ocupación de Annual y la muy reciente de Sidi Dris crean las «condiciones de abordar la única divisoria que separa a nuestras tropas de las márgenes del Nekor y, por lo tanto, de las playas de Alhucemas». Admite la oposición de los Beni Urriaguel, que han organizado una harca, pero los considera «aislados en su intransigencia».

Incluso se atreve a poner plazos a sus sueños: «de esperar es que para este verano quede cumplido el programa que al principio de esta carta se traza».

Conociendo a los políticos, termina con una nota tranquilizadora. Aunque para alcanzar la meta fijada, «habré de autorizar la realización de pequeñas operaciones […] en las que seguramente habrá combates», «el desgaste recaerá normalmente en las fuerzas que por la índole de su recluta son más apropiadas para soportarlo». Es decir, la Policía, los Regulares y el Tercio.

Un último apunte. En un pasaje menciona «las facilidades para el desembarco que han formulado ante el comandante general de Melilla por conducto del moro Civera» fracciones de Bocoya. No descarta entonces, pues, una operación anfibia.

El 1 de abril, llega a bordo del *Giralda,* y acompañado de su jefe de Estado Mayor, Gómez-Jordana, a las aguas de la bahía. Allí le está esperando Silvestre, que ha ido en el *Laya,* junto con Dávila, autor, como se recordará, del plan que se iba a discutir.

Reinaba por entonces fuerte temporal, que Berenguer, tan buen marinero como Lyautey, decide capear en el mar, mientras que su subordinado, de estómago más delicado, opta por desembarcar, y unirse al comandante general y a Dávila que, llegados antes y con mejor tiempo, esperaban en tierra. Los tres se entrevistan con notables de Beni Urriaguel y de Bocoya, que habían acudido al islote a cumplimentar al alto comisario. Gómez-Jordana[3] asegura que el comandante general, «extremó las arrogancias y amenazas, provocando con ello desfavorable reacción de fatales consecuencias». Es sabida, no obstante, la nula simpatía que profesaba a Silvestre, por lo que esta versión habría que tomarla, en principio, con ciertas precauciones.

Víctor Ruiz Albéniz la ratifica y amplía. Según él[4], aseguró a los presentes que, «vosotros sabéis que yo había jurado que jamás vendría aquí más que a caballo […] Os doy esta explicación para que no juzguéis, al verme, que he olvidado aquel juramento que os hice de dominaros por la fuerza». A continuación, se desabrochó la guerrera para mostrarles sus cicatrices, que probaban que era un hombre de armas. Luego, señalando el Quilates que desde allí se veía, remachó: «aquel monte, lo tomo yo con mi […] [hizo alusión a un atributo de virilidad]».

[3] Pág. 117.
[4] Ruiz Albéniz (1922), págs. 239-240.

Albéniz añade que los marroquíes nunca olvidaron «el ultraje y la humillación». Se ha discutido si esa escena se produjo realmente. Responde a la imagen pública, casi caricaturesca, tan extendida sobre Silvestre, pero Dávila, aunque nada favorable al comandante general, no la ha confirmado, quizás por discreción.

Sin embargo, en el muy ilustrativo interrogatorio del coronel Civantos[5], jefe en la época en Alhucemas, se recoge interesante información al respecto. Varios de sus confidentes coincidieron en que el comandante general, en su discurso pronunciado en árabe, «empleó frases que los notables y moros consideraron despectivas y amenazadoras». Habría que concluir, por tanto, que posiblemente la tempestuosa y desdichada escena tuvo lugar.

Estaría, por cierto, en la línea de otra posterior, que relató un enviado de Abd el Krim: «me dijo que España tenía poder para ir donde le diera la gana […]; que él estaba dispuesto a entrar en Beni Urriaguel aunque se le opusieran todos los Abd-el-Krimes del mundo, y que prefería llegar por la fuerza mejor que templando gaitas»[6].

Cuando se calman las olas, días después, Berenguer salta a tierra. Las conversaciones continúan, con el ritual acostumbrado: zalemas, derroche de té de menta, discursos interminables. Los cordones de ayudante del rey que el comandante general siempre lleva brillan con fulgor de oro viejo. El alto comisario, avezado en esas lides, escucha y observa, solo medianamente satisfecho ante los huecos significativos que percibe en la concurrencia. No están todos los que son, y quizás no son todos los que están. Él mismo lo dice: «pude apreciar que la atracción política no había ganado gran cosa», y añade, equivocándose, que «no noté nada anormal»[7]. Considera que las ausencias no eran nada más que una prueba «de la tirantez de relaciones que ya se iniciaba entre los habitantes de Axdir y los de la montaña»[8]. Amablemente, finge creerse el pretexto que aducen: no han ido más notables a causa del estado del mar.

En el Peñón tiene lugar, al parecer, otro encuentro, seguramente muy reservado. En sus declaraciones, Civantos habla de sus contactos con Civera, quien sigue mostrándose dispuesto a colaborar con los españoles para «que aquel territorio [Bocoya] pudiera servir de base para atacar a los Beni Urriaguel». Incluso daría facilidades para que un oficial de Alhucemas pudiera reconocer personalmente el terreno y levantar un plano. Se lo comunicó el 12 de abril al comandante general, en un telegrama en el que señalaba que «al objeto de dar cima al proyecto de V.E. de establecer una posición» había tratado con Civera sobre «el desembarco que se proyecta por playa Cebadilla»[9]. Se le contestó que antes Silvestre quería hablar personalmente con el Bocoya en el Peñón. Aunque Civantos no da la fecha de la reunión, sí afirma que tuvo lugar. Es lógico pensar que Silvestre haya aprovechado esta visita para

[5] AHN, TS, 51 N 6, folios 1665-1672.

[6] Oteyza, pág. 73. Naturalmente, no hay forma de comprobar si el general se expresó así.

[7] Berenguer (1923), pág. 18. No menciona, al contrario que Gómez-Jordana, la previa reunión con Silvestre.

[8] Respuesta 6.ª de Berenguer, 51, N 2, folio 440.

[9] AHN, TS, 51 N 6, declaraciones del coronel Civantos, de 20 de octubre de 1920, folio 1665.

entrevistarse con el marroquí, y más sabiendo, por lo que dice Berenguer, que dicho notable se encontraba allí por entonces. Como es sabido, años después esa playa fue uno de los puntos escogidos para el desembarco de Alhucemas que se realizó, con todo éxito, si bien en otro lugar, en tiempos de Primo de Rivera.

En algún momento, ya entre españoles, Silvestre entrega en mano al alto comisario un escrito fechado el día 28[10]. Describe la terrible hambruna que asola la región, y calcula que unos 3.000 habitantes se benefician de la ayuda de España en forma de alimentos. En cuanto a la situación política, la considera muy favorable. Respecto a la harca, se hace eco de que en ella «no reina la mejor armonía, habiendo tenido disgusto con otros jefes Si Mohammed Abd-el-Krim el Jatabi, que parece el principal de los que en ella mangonean».

De palabra, asegura que las ausencias carecen de importancia. Piensa que «cuando nuestros pensionados de Axdir nos vean a orillas del Nekor, los tendremos de nuestro lado»[11]. La no comparecencia de algunos notables, por tanto, no respondería a hostilidad, sino a una prudente y recelosa neutralidad.

Finalmente, se arrancan de la inagotable cortesía de los invitados y ponen rumbo a Melilla.

Será una auténtica gira triunfal. En la plaza, predominaba la complacencia: «nadie expresó temores por su consistencia [de la línea del frente], ni mostró preocupación por la escasez de fuerzas». Tanto era así, que dos terceras partes de las tropas de choque se hallaban de descanso[12].

En el campo, sigue Berenguer, «la situación no podía ser mejor». Silvestre exhibe sus éxitos, las posiciones últimamente ocupadas. Y sus poderes: las «fantasías» de los moros amigos, lanzando a pleno galope sus carabinas a lo alto y cogiéndolas en el aire; la Infantería de Regulares, desfilando con airosas chichías encarnadas, al son agrio de las chirimías de la nuba; la Caballería, con los albornoces azul celeste flotando sobre los *sulhams* blancos[13]; la menos marcial Policía, también de color garbanzo, pero envuelta en chilabas marino; los terrosos batallones peninsulares, los sufridos *pistolos,* que poco pueden ofrecer ante tanto exotismo; el campanilleo de las agrestes baterías de montaña; la Intendencia, siempre olvidada, tirando entre blasfemias de mulos resabiados. Los sables desnudos de Alcántara cierran el desfile, rescatando un tanto con su relampagueo el prestigio de las unidades europeas. Berenguer y Silvestre, como buenos jinetes, examinan con ojo crítico las monturas.

Hay también premiosos encuentros con las cabilas sometidas, Beni Ulichek, Beni Tuzin, Beni Said, Metalza. Niños semidesnudos, comidos por las moscas,

---

[10] Berenguer (1948), vol. II, págs. 287-289.

[11] Berenguer (1923), pág. 17, entresacado de la carta de Silvestre.

[12] Ibíd., pág. 18.

[13] Para los nombres de estas prendas, sobre los que no existe unanimidad, se ha seguido a Carlos González Rosado y Juan García del Río Fernández, *Grupo de Regulares de Ceuta n.º 54,* Ceuta, 2012, págs 91-95.

contemplan con los ojos muy abiertos el alarde de las fajas rojas de los generales y las celestes de Estado Mayor.

Una de las posiciones visitadas es Annual. Berenguer frunce el ceño; mal comunicada con la retaguardia, dominada por alturas vecinas, parece más una ratonera que una base para futuros avances. Silvestre le tranquiliza. Es tan consciente como él de esos defectos. El punto de partida no será ese, sino otro más al norte y a vanguardia, Buimeyan, que recorren a continuación. Desde allí, se ofrece un panorama tentador. En primer término, el río Amekran; al otro lado, en la orilla izquierda, arranca el brusco contrafuerte de Quilates. Más allá, lo saben, serpentea el Nekor y, luego, espera Alhucemas. Todo parece al alcance de la mano. Casi con displicencia, se señala al alto comisario una colina vecina, llamada la Loma de Árboles. Es un nombre que nunca olvidará.

Para reforzar la favorable impresión de la visita, notables de Tensaman acuden a rendir pleitesía. Nuevas sonrisas y parrafadas sin fin, pero, una vez más, una contrariedad. Faltan muchos, dicen, ya que el temporal ha impuesto cambios inesperados al programa original, y no asisten representantes de la fracción de Trugut porque la harca de Beni Urriaguel se ha instalado en el Yub, en su territorio, y temen represalias. Aseguran, sin embargo, que el resto de la cabila está por España. Berenguer queda poco convencido. Es probable que el recordatorio de la proximidad del núcleo enemigo haya contribuido a alimentar sus dudas.

No obstante, comete dos errores. De un lado, al despedirse dirige a las tropas el 9 una estentórea orden general. Gómez-Jordana, que quizás ayudó a redactarla, la considerará «demasiado expresiva», y la justifica señalando que en parte respondía a disipar los rumores que corrían en Madrid sobre «supuestas rivalidades» entre ambos generales[14]. Alaba en ella, con exceso, los progresos que han realizado, y les envía «la más efusiva felicitación, que espero reiteraros pronto en la bahía de Alhucemas». De otro, habla, en el mismo tono, con periodistas, destacando lo fácil del objetivo. *El Telegrama del Rif* publica la entrevista: «Esta primavera salvaremos la divisoria de los ríos Nekor y Amekran. Es posible que ciertas fracciones de Beni Urriaguel traten de disputarnos el paso y haya algunos combates, pero una vez en la vertiente norte, rápidamente nos extenderemos por la bahía de Alhucemas, que puede considerarse fruto maduro»[15]. Esas frases le perseguirán cuando se siente ante un tribunal.

Camino de regreso a Tetuán, se produce un incidente en apariencia inocuo, pero de enorme trascendencia. Furioso con los notables Beni Urriaguel que han acudido al Peñón, Abd el Krim les impone una fuerte multa. Silvestre se lo anunciará a Berenguer, recogiendo las confidencias de un Beni Urriaguel fiel, Solimán: «cabila ha exigido multas a pensionados cobrándolas y mañana día 7 irán a cobrarlas a Axdir y a quemar casas […] Exige que desde plaza [el Peñón] se haga

[14] Gómez-Jordana, pág. 118.
[15] *El Telegrama del Rif*, 7 y 8 de abril de 1921.

fuego sobre casas rebeldes». El general sometía a la consideración de su superior que Alhucemas y un cañonero atendieran la petición.

La respuesta del alto comisario, todavía en el mar, es inmediata: «puede V. E. adoptar medidas que crea oportunas», con lo que se inició el bombardeo, que los rifeños contestaron desde la costa. Incluso se barajó la idea de utilizar aviación, pero se desechó, porque se prefirió guardarla como última carta.

Silvestre también propuso realizar el desembarco que tanto alentaba Civera. Para ello, tuvo preparados trescientos hombres de la Policía, un tabor de Regulares con ametralladoras, cuatro compañías de voluntarios europeos y servicios auxiliares. Berenguer le expresó su alarma ante la idea. Le parecía un asunto «extremadamente delicado», que no podía hacerse «a viva fuerza», que debía meditarse cuidadosamente tanto por sus repercusiones políticas como por los problemas que plantearían y los medios que exigirían el abastecimiento y la seguridad de la fuerza actuante. Además, se requería el apoyo de todo Bocoya, y no solo de una fracción, y se desconfiaba de Civera, viejo pirata de ondulante pasado. Sin embargo, tras exponer sus reservas, «dejaba al criterio y reconocida experiencia del comandante general» «la apreciación» de la conveniencia de lanzarse a tal operación, antes de someterla al Gobierno. El proyecto no pasó de tal, pero simplemente que lo sugiriera indicaba el espíritu que animaba a Silvestre[16].

A la postre, y esto es lo que cuenta, los amigos de España acaban pagando. Se lo describe Silvestre a Berenguer: «no obstante ofertas hicieron pensionados Alhucemas y sus protestas resistir a la harca, abonaron todos ellos multa», incluido Civera. No lo hizo Solimán, que tuvo que correr a refugiarse en el Peñón. En represalias, le quemaron la casa «y su mujer fue entregada a su padre, con la amenaza de pagar 1.000 duros si la devolvía»[17]. Ante el sometimiento de los notables, el comandante general extraería una conclusión no exenta de riesgos: estima «conveniente suprimir pensiones», para, con su importe, «constituir sobre la base del grupo de Solimán un núcleo» nuevo de aliados[18].

En todo caso, Abd el Krim ha ganado la prueba de fuerza, y ha demostrado de forma indubitable su liderazgo. En contra de lo que creía el alto comisario, los Beni Urriaguel ya no estaban separados entre las fracciones de la costa, más favorables a España, y las de la montaña, hostiles, sino que empezaban a responder a un mando único.

[16] Seguimos la versión de Gómez-Jordana en AHN, TS, 51 N 4, folios 1031v-1032.

[17] Este último detalle figura en carta de Silvestre a Berenguer, de 21 de abril (ibíd., 51 N 3, folio 945v).

[18] El cruce de comunicaciones figura en una carpeta, no siempre ordenada cronológicamente, que se conserva en AHN, TS, 51 N 3, que ya se ha utilizado en anteriores capítulos, y que comprende los folios 793 a 964. Incluye textos, en copia certificada, que no se han encontrado en otros lugares. Para el episodio descrito se han seguido, por este orden, mensajes de Silvestre a Berenguer, sin fecha (folio 898); de este a aquel, del 7 de abril (930); de Berenguer a Silvestre, del 9 (929), de Silvestre a Berenguer, del día 10 (928) y del mismo al mismo, del 27 (925).

Berenguer trasladará sus opiniones en una enjundiosa carta al ministro de Estado, el 17 de abril[19]. Resulta preciso citarla extensamente, ya que responde a una pregunta tan esencial para el tema de esta obra como es dilucidar si Silvestre marchaba a Alhucemas cuando se produce el desastre de Annual y, en caso afirmativo, si lo hacía siguiendo órdenes de su superior.

Se trata de un texto medianamente redactado, un tanto ambiguo –quizás deliberadamente–, y lleno de reticencias. Así, admite que «en realidad, Tensaman, aunque se muestra favorablemente dispuesta, no está aún ocupada», y que «la acción política en la cabila todavía no es intensa».

Por otro lado, su estrategia de combinar la labor pacífica con la militar, y su obsesión por evitar bajas, sobre todo europeas, le lleva a escribir que el contrafuerte de Quilates es «en realidad, de un acceso militar no difícil, pero, por lo que pude apreciar, en esa línea de montañas todavía la acción política no había conseguido madurar la oportunidad de nuestro avance para que éste pueda hacerse sin necesidad de combatir». Añade que aunque «creo que militarmente el problema de Alhucemas se puede considerar que está al alcance de nuestra mano, que sólo se trata ya de conseguir que este avance se realice tan incruentamente» como en las anteriores operaciones en la zona oriental, «el momento oportuno del avance todavía no ha llegado por dificultades de diversos órdenes, lo cual da un margen de algún tiempo para incrementar la acción política».

Inserta a continuación un párrafo que, como bien destaca Ayache, refleja «un grande y común error»[20], tanto suyo como de Silvestre, cuando afirma, refiriéndose al tiroteo en el Peñón, «a la agitación producida últimamente después de mi regreso […], no le doy, por el momento, gran importancia», porque considera que se trata de una manifestación más de la hostilidad de Beni Urriaguel, que no le preocupa excesivamente desde un punto de vista militar. Quizás es más discutible, como veremos, la afirmación del autor marroquí cuando indica que lo sucedido constituye para el comandante general «una afrenta», que le hace perder la sangre fría y convierte a Alhucemas, a sus ojos, en algo más que «un simple objetivo militar»[21].

A pesar de esa aparente indiferencia, Berenguer prosigue: «ahora bien, todo ello determina por el momento la necesidad de una labor más intensa para preparar el avance, y que no pueda fijar hoy la fecha probable de él». Se precisa antes, además, mejorar las comunicaciones Dar Drius-Annual y esperar la incorporación de los quintos que están completando la instrucción.

La diferencia de tono con su carta de 27 de marzo, antes del viaje, es palpable. Parece evidente que en el curso del mismo Berenguer apreció aspectos que despertaron sus recelos, mitigando su optimismo inicial. Se podría concluir que, cuando escribe el 17 de abril, seguía considerando Alhucemas como un objetivo

[19] Está en AHN, TS, 51 N 2, folios 614-627.
[20] Ayache (1981), pág. 321.
[21] Germain Ayache, *La Guerre du Rif,* París, 1996, pág. 81.

alcanzable, pero ya no en lo inmediato; prueba de ello es que utiliza la expresión «cuando se plantee de una manera ya definitiva la ocupación», refiriéndose a un futuro indefinido.

Le parecía preciso dar antes espacio a la acción política, para ahorrar bajas; mejorar los caminos, a fin de facilitar las operaciones –lo que, a su vez, implicaba esperar la llegada de créditos, siempre demorada–, y aguardar la entrada en las unidades de los reclutas, al objeto de «dar a las columnas el aspecto de solidez que le comunicará el mayor efectivo». Hacía falta más tiempo, pues, y continuar la labor de preparación. Por eso no da el paso de proponer formalmente la marcha sobre la bahía, ni, menos aún, menciona plazos, como había llegado a hacer antes de ir a Melilla. Quizás por ese motivo, el Gobierno no reaccionó ante el escrito, lo que permite a su autor argumentar, razonablemente, que nunca fue aprobado y que, por tanto, ni siquiera se empezó a ejecutar.

Desde luego, es la tesis que mantuvo siempre, ante el Congreso, primero; ante el Senado y ante el Consejo Superior de Guerra y Marina, después, y en sus escritos, por último, afirmando que el plan quedó «sin aprobar»[22], y «aplazado el estudio y la decisión de la marcha sobre Alhucemas»[23]. Eza lo ratificará[24], señalando la distinción entre simples objetivos y auténticos planes.

Confirma lo anterior la circunstancia de que Berenguer revisó su momentáneo cambio de estrategia, empezando al poco a operar de nuevo en la zona occidental, como más propicia para el avance.

Revisando el texto de la carta, las alusiones al «resuelto optimismo» de Silvestre y Berenguer, y a las solo «tímidas reservas» de este[25], parecen algo exageradas.

No obstante todo lo anterior, en ella figura un párrafo que contiene el germen del futuro desastre, cuando, casi al desgaire, se indica: «el general Silvestre pensaba, en los días que yo estuve en Melilla, realizar una pequeña operación para pasar a la otra orilla del Amekran[…] No sé si seguirá en la misma idea, para la que lo autoricé». En esas líneas se encierra la tragedia de Annual, no en un avance desbocado de Silvestre hacia la meta anhelada, sino en el trasfondo de una continua progresión hacia Alhucemas que se cree posible por una interpretación incorrecta de los acontecimientos del 7 de abril, tomados por nimios, cuando eran todo lo contrario.

Que el análisis del comandante general no era más atinado que el de su superior se advierte en una carta que le había escrito el 21[26]. Empieza afirmando que «tu visita causó el mejor efecto en la zona ocupada», aunque, más tarde, afirmaría que fue causa del principio de todos los males. De lo sucedido a los notables amigos de Beni Urriaguel deduce solo una conclusión enunciada antes, y que

[22] Berenguer (1948), vol. II, pág. 294.
[23] Respuesta de Berenguer a la 3.ª pregunta, folio 412.
[24] Ver su intervención en el Congreso el 29 de noviembre de 1922.
[25] Ayache (1996), págs. 55 y 77, respectivamente.
[26] Carta de 21 de abril, en AHN, TS, 51 N 3, folios 945-947.

ahora desarrolla: «la experiencia ha confirmado lo que ya sabíamos, la perfecta inutilidad del dinero que invertimos en pensiones»; a «los pensionados, no los hallamos cuando los necesitamos», lo que «es humano y natural». Sin el apoyo inmediato de España, no están dispuestos a correr riesgos. Por eso, ha ordenado que se supriman la mayoría de ellas. Con el dinero ahorrado podrá crear la fuerza que desea en torno a Solimán, que sería «la base de la mía de Beni Urriaguel, cuya creación trato de gestionar en Madrid», así como reorganizar «nuestro partido [que] se encuentra hoy, si no deshecho por completo, sumamente quebrantado». Desde luego, el sistema de pensiones no era una solución ideal, pero retirarlas únicamente podía sembrar agravios.

Entre estas comunicaciones y el 1 de junio, nada significativo desde la perspectiva militar sucede por parte española en la zona oriental. Solo cabe mencionar la jura de bandera de los reclutas, que aumentaba el Ejército, al menos sobre el papel, en una tercera parte, completando sus filas hasta que, a fines de año, se licenciaran los veteranos, lo que volvería a reducirlo en la misma proporción.

Por lo demás, «todo era paz, tranquilidad y bienandanza». En Annual, por ejemplo, «moros de Tensaman acudían diariamente al campamento a vender huevos y gallinas, y el rancho sobrante por mañana y tarde [sic] se les daba a los habitantes de una cabila inmediata». Entre los visitantes estaba «un español renegado, vestido de moro», que no podía disimular su origen porque «hablaba perfectamente bien el castellano y el valenciano. Suministraba carne [y] traía de vez en cuando noticias de la harca». Claro está que lo mismo que traía noticias, también podía llevarlas al campo enemigo[27].

«Moreno como un montañés»

Abd el Krim, en cambio, despliega gran actividad, y lo hace simultáneamente en dos aspectos, contradictorios en apariencia. De un lado, a fines de abril se celebra una junta de las cinco fracciones de Beni Urriaguel y algunos de Bocoya. En ella juran oponerse al avance enemigo y aportar cada una cien hombres a la harca. Si Silvestre se interna más, aseguran, correrá la misma suerte que la mehala de Bou Hamara, a la que antes se ha hecho mención. Durante los siguientes meses, aquella derrota planeará sobre las mentes de los cabileños y de los españoles, como un augurio, propicio para los unos, y ominoso para los otros.

También acuerdan que Abd el Krim, que ha reforzado su posición con la actitud adoptada frente a los pensionados de los españoles, sea su jefe. Con ella, en efecto, ha disipado las desconfianzas suscitadas por la larga colaboración de su familia con España, lo que, unido a su intacto prestigio como hombre bien

[27] *Información mandada instruir…*, pág. 5. Todo lo entrecomillado en el párrafo corresponde a la muy expresiva memoria firmada por el teniente coronel Ros, de Ceriñola, firmada el 2 de octubre de 1921.

preparado y perteneciente a una clase distinguida, le convierte en un dirigente natural. Así legitimado, y con la ayuda de desertores de la Legión Extranjera francesa, emprende la tarea de adiestrar a sus hombres a la europea. Disponiendo de los bienes religiosos, con el consentimiento de las cabilas, se permite el lujo de pagarles 1,50 pesetas diarias más de lo que ganan los Regulares, algunos de los cuales se pasan a sus filas como instructores.

Navarro informará al respecto a Berenguer que «los Beni Urriaguel han dispuesto de los fondos habbus y de las zauias[28] de su cabila para comprar armas y municiones, habiendo incitado a ello Si Mohamed Abd-el-Krim, que les ha dicho que pueden hacerlo sin escrúpulo puesto que los dedican a la defensa del Islam y a hacer la guerra a los infieles»[29].

Es este otro más de los aspectos controvertidos de Annual. Se discute hasta qué punto se situaba en el marco de una guerra de liberación a la «moderna» o si incluía aspectos de yihad, considerados entonces más arcaicos. En un capítulo anterior se ha comentado la muy relativa religiosidad de los rifeños, pero, sin duda, el aspecto religioso era un factor diferencial respecto a los españoles, y parece natural que Abd el Krim lo explotara, aunque solo fuera para dar mayor amplitud a su proyecto, sacándolo del ámbito estricto de su cabila.

En cuanto a la irresistible ascensión de este a la jefatura de Beni Urriaguel, es otra de las cuestiones discutidas. Se presentó no solo a sí mismo, sino a su padre antes, como precursores de un movimiento liberador. La realidad parece ser más compleja. Se ha visto antes cuáles eran las motivaciones iniciales del clan, más encaminadas al beneficio propio que a otras consideraciones, así como el fracaso de sus intentos por obtener lo que deseaban a través de España.

La impotencia de esta les dejaba aislados, en una situación insostenible ante la mayoría de la cabila. En una tesitura en la que no cabía la neutralidad –«resulta imposible aguantar el peso de los dos», escribió Mohamed Abd el Krim refiriéndose a España y a los cabileños[30]–, rota la alianza con la nación protectora, no quedaba más alternativa que unirse al otro bando, en el que, por su propia estimación y por sus ambiciones no podían jugar un papel secundario. Dado que la corriente dominante, encarnada en la «gente pequeña» o «gente del campo»[31] más que en los notables, era decididamente hostil a España, no quedaba otra opción que encabezarla; «forzado por las circunstancias del país para rehabilitar su prestigio, no podía hacerlo más que laborando contra España»[32].

[28] Ambos, bienes destinados a fines religiosos.

[29] La carta, de 27 de abril, escrita durante una ausencia de Silvestre, está en AHN, TS, 51 N 3, folios 943-944.

[30] Carta ya citada de 27 de febrero de 1919 a Jiménez Frau. Describe en ella a los «rifeños», como si no se considerara parte de ellos, como «gente de poca cultura» (*La Comisión de Responsabilidades,* pág. 55).

[31] La expresión es de Riquelme, que destaca la hostilidad de ella hacia la familia Abd el Krim (*La Comisión de Responsabilidades,* pág. 127).

[32] Ibíd., pág. 128.

De ahí que, como se ha dicho, «Abd-el-Krim no fue quien creó la resistencia [...] lo que hizo fue canalizarla y organizarla»[33]; «simplemente [los miembros de la familia] se unieron a un movimiento preexistente, que, por cierto, habían ellos mismos combatido durante largo tiempo»[34], cuando jugaban la carta de España. Incluso se ha mencionado que consideraban a los Beni Urriaguel como «un arma» para reforzar su posición negociadora y obtener satisfacción a sus demandas[35].

Los españoles, desde luego, estaban al corriente de las actividades del jefe rifeño. El 25 de abril, el «informador especial», el faquí Si Mohamed ben Abdelkader les había facilitado datos importantes: «la harca tiene detenidos a todos nuestros pensionados que se presentaron a S.E. el Alto Comisario, por cuya presentación fueron multados, prohibiéndoseles en absoluto salir del lugar donde está establecida la mehalla». Afirma, terminante, «el jefe principal de la harca es Si Mohand Abd-el-Krim», quien ha dispuesto que «todo aquel que quisiera relacionarse con el gobierno [español] sería despojado de sus bienes», y que exige «que todo debe ser consultado antes y sólo pueden hacer lo que él ordene». Acaba: «según parece, tienen el propósito de hostigar al gobierno, intensamente, una vez que recojan la cosecha», que era la época habitual para la formación de harcas.

Cinco días después, otro informador señala que los Beni Urriaguel han acordado enviar a Trugut cien hombres, dotados con cincuenta cartuchos, de cada una de sus fracciones[36].

Civantos[37], de nuevo, aporta noticias valiosas sobre la situación de Abd el Krim en aquella época. Extraídas de la carta que le hizo llegar el 20 de mayo uno de sus agentes, apodado *Sultán,* indican que «Si Mohand ahora está muy valiente y es el jefe que más puede en Beni Urriaguel; antes no podía hacer nada, porque en presencia de su padre no se atrevía, pero ahora que es el único jefe, trabaja con entera independencia y se atreve a todo».

Sigue: «va como un montañés, todo tostado por el sol y sucio, pues no tiene tiempo ni para lavarse»; «también explica el Jatabi la manera de combatir que tienen que emplear, siguiendo las enseñanzas modernas». Así, cada fracción debía luchar reunida, bajo una bandera, y con los jefes a retaguardia para no caer víctimas del fuego enemigo, actuando en coordinación con otras «y bajo un mando único [el suyo]». Había enviado algunos hombres a las cabilas, para comprar cartuchos, que pagaban a un duro por encima del precio habitual por cada centena. Se seguía trabajando en la reparación de un cañón, y se multiplicaban las hogueras y las descargas de fusilería para convocar gente a la harca. Hay una mención, llena de significado, «a que el gobierno [español] iba a avanzar a un

[33] Pennell, pág. 304.

[34] Ayache (1996), pág. 56. Ver también, del mismo autor (1981), pág. 339.

[35] Ibíd. (1996). Ver sus interesantes reflexiones en págs. 58 y 92, por ejemplo.

[36] Ambos informes, en AGMM, Comandancia General de Melilla, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14.

[37] Interrogatorio ya citado en AHN, TS, 51 N 6, folios 1667v-1668.

montículo […] que se llama Adrar o Barran» y que con ese motivo las cabilas se estaban movilizando.

Pero, simultáneamente a estos belicosos preparativos, el antiguo cadí no rompe por ello sus lazos con empresas de la potencia protectora; a principios de ese mes de mayo se ha presentado en Melilla un antiguo profesor de la Escuela de Artes y Oficios, Antonio Got, que ha renunciado a su cargo para convertirse en corresponsal del empresario y millonario Echevarrieta. El comandante general lo recibe, en presencia de los coroneles Morales, jefe de la Policía y Sánchez Monge, que lo era de su Estado Mayor.

Cuenta el recién llegado que se le ha encargado ponerse en relación con Abd el Krim, para tratar de la explotación de minas en Beni Urriaguel. No debe, empero, dar un paso sin el visto bueno previo de las autoridades militares. Silvestre, tras consultar con sus subordinados, se lo da. Es una ocasión excelente para sondear a un personaje que, a la vez, empieza a desconcertar y preocupar.

Al respecto hay que traer a colación un párrafo de la carta ya citada de Berenguer al ministro, del 17 de abril, que a veces se ha reproducido mutilada. Dice en él: «Entre los de más significación en ella [la cabila de Beni Urriaguel], figuran los hijos de Si Abd-el-Krim El Jatabi, muy principalmente Sid Mohand, el que fue cadí codat de la Oficina Indígena de Melilla; no estoy muy seguro del verdadero poder que pueda éste tener».

Prosigue diciendo que «he aconsejado al general Silvestre proceder con gran cautela al aceptar sus ofrecimientos de sumisión al Majzén y de laborar en nuestro favor que reiteradamente le han hecho». Alude el alto comisario a la carta escrita por el hermano de Abd el Krim a Aguirre de Cárcer, que no ha olvidado, y se muestra dispuesto al «perdón», pero «sin concedérseles las preeminencias de que antes disfrutaban». El texto refleja hasta qué punto se empezaba a perder la noción de la realidad, ofreciendo la condescendencia a alguien que en esos momentos se estaba convirtiendo en el peor rival de España en Marruecos.

En cualquier caso, la respuesta del comandante general a Got se situaba en la línea de las instrucciones recibidas. Provisto, pues, de autorización, el antiguo profesor se traslada al Peñón, y en la noche del 6 desembarca en Axdir.

Se reúne con Mohamed, el hermano de Abd el Krim y con su tío, con los que conferencia hasta las dos de la madrugada del día siguiente. No asiste el propio Abd el Krim, «por celebrar aquella noche una importantísima cita con los demás jefes Beni Urriaguel sobre la imposición de multas a los que concurrieron a saludar al alto comisario», según se afirma en la carta que el 9 escribe Got a Morales, designado su interlocutor, dándole cuenta de lo sucedido[38]. Al margen de asuntos de negocios, discutieron de política.

Los representantes de Abd el Krim se quejaron de que no se hubiera implantado en la zona oriental un verdadero protectorado civil, como Berenguer estaba

---

[38] La correspondencia entre Got y Morales está en Ruiz Albéniz, págs. 256-259.

haciendo en partes de la occidental, manteniéndose, en cambio, un régimen militar. Hablaron también de sus temores de ser entregados a los franceses, igual que había sucedido a los partidarios de Abd el Malek. Pero se mostraron dispuestos a retomar los contactos con España para hacer su sumisión y reconocer al majzén, con dos condiciones: «la mayor reserva y discreción», y que Got fuera el único intermediario. No por ello, sin embargo, recatan su aspiración de crear una fuerza de policía propia, lo que indicaba sus deseos de conservar un elevado grado de autonomía. Desde luego, todo lo anterior partía de la premisa de que Berenguer y Silvestre mostraran «la misma lealtad que ellos tienen».

Morales contestó aceptando, y pidiendo a su vez, «la mayor actividad» de los rifeños, «pues el general es hombre de poca paciencia», y si obtenía los objetivos que se había marcado sin ayuda de ellos, no podrían esperar contrapartidas. Los comentarios son interesantes, por lo que reflejan del carácter del general y de sus propósitos.

Sobre esa base se inició un flujo de intercambios que llegó a ser tan intenso que hizo que Abd el Krim pidiera a Morales, al que escribió al menos dos veces, el 9 y el 21 de mayo, una clave para la correspondencia. En los tratos por parte rifeña, actuó de emisario Mohamed Azerkam, *El Pajarito,* cuñado del dirigente Beni Urriaguel y futuro personaje destacado. Silvestre trasladó a Berenguer[39] un informe del jefe de la Policía sobre una visita que hizo a Melilla, el día 5. Se dijo enviado por Si Mohand «para pedir perdón por su pasada conducta y ofrece trabajar lealmente a favor de España».

«Se le concedió el amán», continúa el texto, magnánimo. Abd el Krim sigue, «estaba dispuesto a abandonar la harca, y se le contestó que siguiera en ella, pues en ese caso podría prestar mejores servicios», contribuyendo «a desorganizarla». Se aseguraba, ya sobre información propia, es de suponer que procedente de confidentes, aunque poco fiables, que en el zoco del pasado jueves había desistido en público de la jefatura de la harca. El comandante general parecía no estar muy seguro de ello, ya que añadía que «de todos modos, parece que la figura de Si Mohand se eleva, y va siendo considerado como verdadero jefe de la harca».

Si *El Pajarito* gozaba de la plena, y merecida, confianza del jefe rifeño, no era el mismo el caso del representante de las autoridades españolas. Prudentemente, Berenguer señaló a Silvestre que «a la intervención del señor Got en la política de Alhucemas no debe dársele un carácter oficial, entre otras cosas, por la naturaleza de las gestiones» que llevaba a cabo. Estaban relacionadas con «compras de terreno» –para explotaciones mineras–, indica el comandante general, que cree saber, aunque rectificará luego, que con ese motivo había entregado 10.000 pesetas a Abd el Krim. El resultado de esas dudas fue la «orden de que vigilen los viajes del señor Got», si bien se aceptaba «la conveniencia de dejar […] continúe sus trabajos políticos»[40].

[39] El 7 de mayo (AHN, TS, 51 N 3, folio 921).

[40] Ibíd., intercambio de comunicaciones entre Berenguer y Silvestre del 29 de abril y del 10, 13 y 14 de junio, respectivamente folios 923, 871, 868 y 862.

Resulta fácil acusar al jefe Beni Urriaguel cuando menos de maquiavelismo, ya que, a la vez que trataba contra España, se armaba contra ella. Quizás se puede argumentar, no obstante, que lo único que hacía era continuar el camino trazado por su padre. La familia no había desistido de su propósito de alcanzar una posición privilegiada en la región, y todavía seguía considerando que España era interlocutor insoslayable para lograrlo, criterio que Abd el Krim no había abandonado totalmente por aquel entonces.

Civantos es inapreciable, también en esta materia. Siempre según sus confidentes, el jefe rifeño «públicamente y repetidas veces ha dicho que la cabila, por su conducto y mando, debe trabajar con las compañías mineras, que le darán dinero abundante y trabajo». Afirmaba, también, que había que «evitar que España se meta en su territorio». Para ello, «organizarán el gobierno», una Policía y un sistema de recaudación de impuestos, a fin de que «España no tendrá que entrar para organizar lo que ya está organizado».

No se trataba, pues, de romper con la potencia protectora, sino de establecer un nuevo modus vivendi con ella, pero ahora más igualitario, no basado en la subordinación.

La harca que reunía sería, desde ese punto de vista, un instrumento de presión, una carta de negociación, que se podía descartar una vez conseguido lo deseado, ya que es sabido que esas concentraciones se disolvían con la misma o mayor facilidad con que se reunían. La oferta de dejar su mando, en cambio, solo se puede atribuir a hipocresía. No tenía ningún sentido para él renunciar a esa espada de Damocles. En cuanto a la petición de perdón, si tuvo lugar, pudo ser una forma de mantener los puentes abiertos. Por consiguiente, todavía no se había dado ningún paso irreversible. Con esa salvedad, se puede compartir el criterio de Vivero[41] cuando afirma, en su afán de acumular culpas sobre Berenguer, que «todo ha cambiado en Beni Urriaguel desde abril». Era cierto, pero ninguno de los protagonistas lo sabía.

Menos que nadie, los españoles. Por eso, Silvestre se estima en situación de pedir permiso al alto comisario, que lo concede, para trasladarse a la península, a fin de asistir a los actos de nombramiento de la reina como coronel honorario del regimiento de Cazadores de Caballería Victoria Eugenia, que tendrían lugar en Valladolid. Permanecerá allí hasta mediados de mayo.

Un viaje a Valladolid

Se ha hablado mucho sobre ese viaje. Algunos autores[42] aseguran que en el transcurso del mismo el comandante general se reunió con el rey, que le animó a

[41] Vivero, pág. 85.
[42] Ver, por ejemplo, Tuñón de Lara, vol. I, pág. 131.

proseguir los avances, sin dejarse frenar por las prudencias de Berenguer. Alcalá Zamora, por su lado, dejó caer en el Congreso[43], que recibió «ímpetus» de «persona alta». Corrió incluso el rumor de que Silvestre le habría prometido Alhucemas como regalo del día de Santiago, patrón del Arma de Caballería[44]. El desplazamiento, entonces, habría respondido a la intención de buscar en instancias más altas apoyo para dejar de lado las cautelas que le imponía el alto comisario. Seco[45] lo niega, aseverando que no existe la más mínima prueba al respecto.

En efecto, no parece que se pueda demostrar la afirmación. Se sabe, porque lo dicen los interesados, que a su paso por Madrid vio a los ministros de la Guerra y de Fomento. Eza[46] manifestó que almorzó con él dos veces, que se reunió una «entre papeles», y que se limitaron a hablar de asuntos corrientes, sin que ni siquiera le pidiera refuerzos. El general le mostró fotos de Alhucemas, que no le impresionaron, ya que existían únicamente «estudios, esperanzas, anhelos» de llegar a ese objetivo, pero nada más. Tres años después seguiría manteniendo la misma tesis: «el viaje no lo motivó ninguna gestión, ni lo aprovechó para ninguna gestión»[47].

Cierva, con el que quizás trató temas referentes a los problemas de comunicaciones, comenta: «me dio muy gratas impresiones coincidentes con las que el ministro de la Guerra nos había expuesto»[48]. Luego, Eza, aludiendo sin nombrarla a esa reunión en Fomento, diría que Silvestre manifestó en ella que «cuando fuera oportuno, él se proponía llegar a Alhucemas sin disparar un tiro»[49]. Berenguer cree que, además, estuvo con el jefe del Negociado de Marruecos, en el Ministerio de la Guerra. No tendría nada de extraño, dada su posición, además de que era público, como ya se ha apuntado, que tenía contacto directo con ese departamento, al margen de su titular, lo que tampoco es sorprendente.

Este, no obstante, admitió luego que, al regreso a Melilla, Silvestre «tuvo alguna jactancia»[50], pero le quita importancia comentando que «a veces, en la intimidad, todos somos, como se dice en palabra muy castiza, jaquetones». Se debe el comentario a que, según se dijo, ya desde la borda del barco que le llevaba de vuelta, el general habría dicho a gritos a subordinados que le esperaban en el muelle que volvía con autorización del rey para operar. Indalecio Prieto se hizo eco del mismo rumor en el Congreso[51].

[43] Sesión del 24 de noviembre de 1922.
[44] Lo recoge, por ejemplo, Azpeitúa, pág. 84.
[45] Seco, págs. 143-144.
[46] *Diario del Congreso* del 21 de octubre de 1921.
[47] AHN, TS, 51 N 26, declaración de Eza en la sesión del 22 de junio de 1924 ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina, pág. 27.
[48] Cierva, pág. 238.
[49] Ver *Diario del Congreso* de 29 de noviembre de 1922.
[50] Ibíd.
[51] Ibíd., sesión de 27 de octubre de 1921.

Sin embargo, es muy probable que tenga razón alguien tan poco sospechoso de monárquico como Fernández Almagro cuando asevera[52] que, en cualquier caso, «Fernández Silvestre hubiese pensado, sin que nadie lo jaleara, en llegar al corazón de la rebeldía, como el rayo de la guerra que él habría querido ser».

Aparentemente el general, cuando salió para la península no albergaba ideas belicosas. El 6 de mayo, Berenguer, que ya había reiniciado las operaciones en la zona occidental, recibió una carta suya, antes de embarcarse. Comentaba la situación y añadía, proféticamente: «hay quien asegura que no habrá fuego mientras no salgamos de Tensaman; yo creo que lo habrá el primer día que nos movamos, sea por donde fuese»[53]. Por esos días también, mencionó a Dávila en el curso de una conversación: «para lo que voy a operar a partir de ahora [...]»[54]. Ante la Comisión de Responsabilidades del Congreso[55] añade este incluso que pocas horas antes de embarcar le ordenó que anulara un movimiento que estaba en curso de preparación en la región de Beni Tuzin, sobre su flanco izquierdo. No obstante, dice, asimismo, que «cuando volvió [...] tenía el propósito de operar [...] Su espíritu cambió», «tengo que operar, quiero operar», le dijo[56].

Se trata de una afirmación que, en parte, choca con los hechos. Porque el 29 de mayo, Silvestre escribe al alto comisario la primera carta[57] desde su regreso.

Da noticias sobre la espléndida cosecha que se avecina, tras años de hambre –con lo que así desaparecería una de sus mejores armas–; subraya la masiva afluencia de notables amigos, hasta 200, junto con 226 niños, a la ceremonia de jura de la bandera, y considera a Beni Said y a Beni Ulichek ganados para la causa española. Pero se muestra abiertamente preocupado con Tensaman y con Beni Urriaguel, a los que estima parte de un mismo problema, señalando que el norte de Beni Tuzin está influido por ambas cabilas.

Sobre todo, hace una semblanza de cuerpo entero de Abd el Krim, al que llama, como siempre, por su verdadero nombre de Si Mohand, calificándolo ya como «figura preeminente». Continúa: «si en vida de su padre, dicen, no se atrevía a hacer nada, al quedarse libre, por la muerte de aquél, se atreve a todo, y, prescindiendo de hábitos adquiridos en su vida entre nosotros, anda sucio y tostado por el sol, como cualquier montañés. Poco a poco ha ido abriéndose paso entre los suyos, y a pesar de no ser guerrero y de la desconfianza que inspira su anterior convivencia con los cristianos, hoy puede decirse que es el jefe indiscutible de la harca, a la cual trata de organizar en cierto modo a la europea». Como se apreciará, este texto está muy inspirado en datos de Civantos mencionados antes.

---

[52] Pág. 385.
[53] El grueso de la carta está reproducido en Berenguer (1948), vol. II, págs. 311-313.
[54] Testimonio de Dávila, en *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 397.
[55] Ibíd., pág. 401.
[56] Ibíd., págs. 401 y 402.
[57] AHN, TS, 51 N 2, folios 640-644.

Agrega que dispone de desertores como instructores, que está abriendo trincheras, que «ha recogido dos o tres cañones y dos fusiles ametralladores que había en las cabilas cercanas», y que los ha repartido entre la harca de Yub el Kama y frente a Alhucemas. De esta forma, un tanto ligera, recogía un informe de Morales redactado el día 10[58], durante su ausencia, en el que se afirmaba que «Si Mohan el Jatabi tiene en su casa cañón y 300 cartuchos cogidos a los franceses en Ain Mediuna […] y que tiene un fusil ametrallador igual procedencia […] Continúa haciendo preparativos resistencia»[59]. Anunciaba, también, la llegada a Beni Urriaguel de «cuatro europeos, que parece que son alemanes escapados de la Legión Extranjera».

Silvestre alude más adelante a las negociaciones paralelas que se venían manteniendo con el jefe rifeño a través de Got, y reconoce que «yo no tengo aún criterio formado» sobre sus verdaderas intenciones. De lo que sí está seguro es de que Abd el Krim ha conseguido elevar «al grado máximo la moral y el entusiasmo de todos los beniurriagueles» y de que «en estas condiciones hay que pensarlo mucho antes de efectuar un avance», sugiriendo llevarlo a cabo por su izquierda por el Midar, línea de penetración más «blanda» que la de Tensaman.

El análisis de la situación es impecable, y no se aprecia en esas líneas el menor atisbo de agresividad.

Para desgracia para su autor, figuran, sin embargo otras frases, ominosas, de cuya trascendencia no se percata. Habla así de que la harca instalada en Yub el Kama, que estima en quinientos hombres, ha puesto varias guardias, y «trata de poner otra en Abarrán. De lograrlo, harían más difícil la situación de la cabila (Tensaman) y podrían amenazar las comunicaciones entre Dar Buimeyan y Sidi Dris». Por este motivo, «he mandado al comandante Villar a Dar Buimeyan para que sobre el terreno trate con los jefes de Tensaman, y sólo si logramos la seguridad de un franco y completo apoyo, previa tu autorización, operaré en aquella zona. Caso contrario, lo pensaré mucho, porque tendríamos una serie de combates sangrientos, muy distintos de los que hasta ahora hemos sostenido en este territorio».

Lo que sorprende, a la vista de la actitud cautelosa proclamada antes de su partida a España, es que existe un documento de 25 de abril, escrito, por tanto, cuando todavía Silvestre estaba en Melilla[60]. Es precisamente del comandante de la Policía Jesús Villar, jefe del sector del Kert, y está dirigido a su superior directo, Morales. Alude a la «orden recibida de V. S. para estudiar tres operaciones en Tensaman», una de ellas en Abarrán. Habla de la situación política en la zona sometida y en la «insometida» (sic); de la harca, a la que ya calcula mil efectivos, y analiza los distintos itinerarios, incluidos los que «pudieran ser utilizados para efectuar una ocupación efectiva con miras al cabo Quilates». Recomienda, para

[58] Ibíd., 51 N 3, folio 918.

[59] En AGMM, Comandancia General de Melilla, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14, existe una nota manuscrita, escueta y sin fecha, que recoge esa misma información.

[60] AHN, TS, 50 N 9, folios 1800-1801.

«amenazar el flanco de la harca», comenzar los movimientos por Abarrán, del que dice que «se desarrolla ante Dhar-Buinyan[61] en dirección perpendicular a la visual que dirigimos a la divisoria del cabo Quilates», agregando que «no es, como parece, un monte paralelo a la dirección del Amekran, sino un macizo».

Parece claro que de este texto se desprende que el comandante general, dijera lo que dijera a sus citados interlocutores en Tetuán, Melilla y Madrid, con anterioridad a su desplazamiento a la península ya meditaba una operación, que emprendería enseguida. Ello supondría también que no actuaba en respuesta a los estímulos supuestamente recibidos de Alfonso XIII en Valladolid.

En efecto, teniendo en cuenta que Morales no era partidario de nuevas aventuras, si ordenó a Villar que las estudiara, solo pudo ser por instrucciones directas del comandante general. Habría que recordar que, por entonces, este había relegado al coronel, que tenía la confianza de Berenguer, más que la suya, a la plaza, alejándole de la línea del frente, quedando en primera línea Villar, que pasaba por ser «íntimo entre los íntimos» de Silvestre[62].

A la vista del informe, se comprende que el teniente Casado comentara que «era del dominio público que aquella primavera salvaríamos la divisoria del Nekor y el Amekran, para dar vista a la bahía de Alhucemas»[63].

En la misma línea habría que situar una frase de una memoria incluida en la *Información mandada instruir por el coronel del regimiento Ceriñola.* Alude, en efecto, «a las operaciones militares que, según se decía, habían de empezar en los primeros días del mes de mayo», y que se aplazaron porque la ampliación del camino hasta Annual no había avanzado al ritmo previsto[64].

Un último apunte sobre la estancia del comandante general en la ciudad castellana, en la que, por cierto, tuvo la coquetería de vestir el uniforme caqui de campaña, que destacaba entre los multicolores de la Caballería. Parece que allí comentó lo difícil del terreno que tenía por delante en Melilla, diciendo que «la ocupación de posiciones, el establecimiento de contacto con Alhucemas» podría efectuarse por la vía política, «con lentitud», «o, por el contrario, marchando ladera arriba, y llegando a la cumbre, ¡a todo trance! [...] Allí sólo han subido hasta hoy los montaraces cabileños, ¡allí subiremos nosotros!»[65].

«Una pequeña operación»

Ajeno a lo que se avecinaba, el 30 de mayo, Berenguer se dirige al ministro. Enfrascado en su campaña en la zona occidental, apenas habla de la oriental,

---

[61] Una versión poco frecuente de Buimeyan o Dar Buimeyan.

[62] Lo afirma Ruiz Albéniz, pág. 213.

[63] Luis Casado, *Igueriben,* Madrid, 2007, pág. 16.

[64] AHN, TS, 51 N 39, pág. 3. *Información* de Ceriñola, ya citada.

[65] Lo narra en *ABC* de 24 de julio de 1921, pág. 24, uno de los presentes, Blanco-Belmonte.

limitándose a mencionar que «imagina» que Silvestre «no tardará en operar», antes de que lleguen los calores del verano.

No se equivocaba. Porque el día anterior, Villar había enviado un telegrama a Melilla, a las 17:10: «Indígenas desean avance Abarrán, ruego de V.E. autorización para efectuarlo miércoles próximo. Lo creo conveniente, pudiendo efectuarlo en forma convenida sección campaña». El 31 tenía la respuesta, mediante una orden al jefe de la circunscripción de Annual para que pusiera a disposición de Villar las dos compañías allí existentes de Ingenieros, un escuadrón y un tabor de Regulares, una estación óptica y elementos de Intendencia y Sanidad. Un telegrama posterior, de igual fecha, añadía un elemento que cambiaba todo: «batería de montaña en ésa destacada quedará también a disposición del comandante Villar». Hubo dos comunicaciones más el 31. Una al alto comisario: «mañana miércoles será efectuada operación ocupar meseta Abarrán». Al referirse a los efectivos que se emplearán, enumera los citados más arriba, junto con tres mías de Policía y excluyendo la batería. Otra, al comandante del cañonero *Laya* describiendo el propósito del movimiento: «ocupar las alturas de Abarrán, en la divisoria del cabo Quilates»[66].

El planeamiento detallado de lo que Berenguer describió como «una pequeña operación» se había iniciado antes. Según el teniente coronel del regimiento de África, Fernández Tamarit[67], se suscitó el 18 de mayo, en el despacho del segundo jefe de Estado Mayor, teniente coronel Rafael Capablanca. Silvestre le preguntó su opinión sobre la misma, a lo que respondió que no era partidario. El comandante general, «su antiguo novato en la Academia General Militar», «muy excitado, dijo que no tenía más remedio que hacerlo, aunque no se le daban los recursos que pidió». Luego, «molesto, terminó la entrevista bruscamente».

Unas líneas más allá, el teniente coronel atestigua que Silvestre, «presa de gran excitación», dijo que «la visita del general en jefe a la isla había estropeado todo», y que «él no tenía más remedio que ir a Alhucemas […], tendría que ir a golpes y en malas condiciones, careciendo incluso de elementos que [donde operaba Berenguer] abundaban». Habría que apostillar que Tamarit era uno de esos hombres omniscientes y, por tanto, no siempre fiable. En cuanto a los recursos mencionados, hasta entonces el comandante se había limitado a solicitar fondos para mejorar la red vial, pero no refuerzos de tropas, al margen de que hiciera o no otras solicitudes, de las que no se han encontrado pruebas documentales, por vías paralelas.

El general Luque lo confirma, cuando describe[68] una conversación con Silvestre «unos meses antes de la catástrofe». En el curso de la misma le había dicho «que tenía tres [columnas móviles] más en diferentes puntos, y que le sobraba

[66] Copia de la serie de telegramas, está en el Archivo General Militar (AGMM), Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 8.

[67] Ver sus declaraciones, ya citadas, de 17 de julio de 1922, folios 13v-14 y 18v-19.

[68] *Diario del Senado* de 14 de diciembre de 1921.

una, añadiendo que lo que le hacía falta era que le mandasen los créditos, porque lo que necesitaba era material y dinero, que soldados le sobraban».

El propio Capablanca[69], por su parte, dice que asistió a dos reuniones sobre el asunto. En la segunda de ellas, el 28 de mayo, Morales mencionó que la harca pensaba situar una guardia en Abarrán, a lo que respondió Silvestre: «¿Por qué no la ponemos nosotros?». A continuación, se lamentó de no contar con «oficiales tan a propósito como él los desearía» para llevar a cabo ese tipo de operación, proponiendo entonces el coronel de la Policía a Villar. Convocado este, se manifestó dispuesto a realizarla. No se tomaron decisiones concretas entonces, pero Capablanca con esa tendencia tan humana a tener siempre razón y a estimar que los demás se equivocan, dice que mientras él albergaba reservas, tanto Morales como Dávila estaban de acuerdo en que se debía ocupar ese punto. La afirmación parece muy discutible, por lo que se deduce de acontecimientos posteriores.

Por otro lado, el informe de Villar citado más arriba demuestra claramente que la toma de Abarrán, a pesar de las afirmaciones de Capablanca, no fue producto de una súbita ocurrencia de Silvestre, el 28 de mayo, sino que se pensaba en realizarla desde antes del 25 de abril.

El libro de Dávila sobre su padre[70], y las declaraciones de este, aportan datos valiosos sobre la fase previa de la operación.

Al parecer, un día que no se precisa, Villar fue a ver a Dávila, como jefe de la sección de campaña, y le dijo:

«–Vengo, mi teniente coronel, a que me dé instrucciones.

–¿Qué instrucciones?, ¿a qué se refiere Vd.?

–A la ocupación de Abarrán.

–¡Pero si no sé una palabra de esto!».

La decisión, según esas fuentes, se habría tomado entre Silvestre, Capablanca, entonces jefe accidental del Estado Mayor, y el propio Villar, quien afirmó que tenía todas las garantías de los notables de Tensaman de que no habría oposición, añadiendo «me juego no ya la vida, sino el honor». Tras la conversación citada, Dávila fue a hablar con el comandante general y con Capablanca, mascullando: «mientras los tensamanes no estén dominados, no quiero nada». Silvestre le confirmó que deseaba que la operación se llevara a cabo, diciendo que «así como el general Berenguer tiene su Castro Girona, que le ha regalado Xauen, yo tengo en la Policía un comandante de huevos [así lo dijo], y quiero explotarlo y que me dé Abarrán». Incidentalmente, es curioso el comentario sobre Castro Girona. Unos meses después, cuando el ministro de la Guerra se lo ofreció como colaborador a Berenguer, este dio la callada por respuesta.

[69] Declaraciones de Capablanca, de 31 de julio de 1922, en AHN, TS, 51 N 1, folios 51-57v.

[70] Valentín Dávila, *Al servicio de España,* Madrid, 1978, págs. 462-463 y declaraciones Dávila recogidas en *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 396-409.

El jefe de la sección de campaña argumentó también que Abarrán era «una posición en punta», y que «no había plan», contestándole Silvestre: «esta operación no tiene importancia».

Convencido, ante la firmeza de su superior, de que la ocupación era cosa decidida, Dávila insistió en que, al menos, se llevase artillería. Villar no era partidario, asegurando que «va a estorbar», pero Silvestre siguió, para su desgracia, el consejo.

El comandante Emilio Alzugaray confirma el aire de improvisación que flota en torno a toda la operación. En efecto, a pesar de ser el jefe de Ingenieros de la zona y de que se iban a emplear dos compañías de su cuerpo, se enteró de ella «por verdadera casualidad». Menciona, asimismo, que «la posición no cumplía ningún objetivo militar, no podría abastecerse después, ni socorrerse, caso de ser atacada». A eso se le contestó que «las operaciones se hacían en plan amigable»[71].

El 31 de mayo, Villar se trasladó desde su base de Buimeyan a Annual, para recoger el grueso de las tropas que compondrían la columna. Allí se entrevistó con el teniente coronel Ros, que mandaba accidentalmente Ceriñola, por hallarse su coronel, Riquelme, en España, y que había recibido ya instrucciones de la Comandancia General. En la conversación entre ambos, Villar le rogó total discreción sobre el plan, «pues si los moros se enteraban, el fracaso era seguro». En cambio, «si salía bien, se tendría ganado el sesenta por ciento para entrar en Alhucemas»[72]. Al poco, sigue narrando Ros, desde Melilla se le ordenó que también pusiera a disposición del comandante de la Policía una batería de Montaña, y 10.000 cartuchos Remington[73] para la harca amiga de Tensaman que le acompañaría.

A las 12:30 de la noche se reunió la fuerza, «pero no hubo sorpresa en la operación, porque a eso de las diez de la noche, los montes aparecían con hogueras»[74], convocando a los rifeños.

No obstante a la una de la madrugada del 1 de junio, se realiza el movimiento, franqueando el Amekran a la vista de la harca, que se halla a solo cinco kilómetros, pero sin encontrar oposición. Villar comentará que «la marcha fue en extremo difícil, por bastantes malos pasos que hubieron [sic] de pasarse de noche, y las pendientes duras en extremo [...] El enemigo, que se veía numeroso [...], no hostilizó». Quizás porque llevaba consigo hasta 1.461 hombres[75]. Alcanzado el objetivo,

[71] AHN, TS, 50 N 5, declaraciones del comandante Alzugaray, de 29 de septiembre de 1921, folio 1116v.

[72] AHN, TS, 50 N 7, declaración del teniente coronel Ros, de 17 de octubre de 1921, folio 1368.

[73] Esta era el arma usual en las harcas amigas. Muchas veces, se distribuía al principio de una operación y se recogía posteriormente. En casos excepcionales también se facilitaron mosquetones Mauser.

[74] Declaración de Ros, folio 1368v.

[75] Del parte de Villar, redactado el 3 de junio. La columna se componía, además de la batería, de las Compañías 5.ª y 6.ª de Zapadores, las compañías de ametralladoras de los Batallones II y III de Ceriñola, un tabor y el 2.º Escuadrón de Regulares, una sección de ambulancia de Montaña, 5.ª Compañía de Intendencia, estación a lomo y 12.ª, 13.ª y 15.ª Mías de Policía (AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 8).

comunica el éxito, que se transmite a Tetuán, y, ante la actitud amenazadora del enemigo, se retira por un trayecto diferente al seguido a la ida. Mientras se repliega, llega a Abarrán una nueva orden de Annual: «la batería de montaña quedará en ésa destacada, además de la compañía de ametralladoras». Probablemente es una orden directa de Silvestre, ya que se conserva un pequeño papel escrito a mano en el que de él se dice: «llegado a este campamento», y se dispone que el comandante Romero, jefe del tabor de Regulares, tome el mando de la nueva conquista.

La contestación, a las once, está pésimamente redactada, pero datos posteriores confirman que en ella se indica que en la posición permanecieron la 1.ª batería de Montaña, una compañía de Regulares –la 2.ª del I Tabor– y la 15.ª Mía de Policía, mientras que las ametralladoras «se retiraron con comandante Villar antes de recibir telegrama de V. E.»[76]. En cuanto al mando, recayó en el capitán Huelva, de la Policía.

Silvestre presenció todo desde Annual, donde había llegado a las nueve. Allí recibió un heliograma chulesco de Villar: «mi general, tengo muy cerca la harca enemiga, en actitud expectante, y me estoy timando con ella»[77]. «Tan grande era la satisfacción del general», comenta Ros, que quiso por tres veces visitar la nueva posición, como acostumbraba, pero, ante el temor a una emboscada, Dávila y Morales lograron disuadirle. Comentó a este, antes de partir para Melilla, que propusiera a Villar para la medalla Militar. En el Archivo General Militar está un borrador de propuesta[78].

También le hizo ver que, a pesar de su opinión, se había ocupado Abarrán sin resistencia, respondiendo el coronel que «aún cuando celebraría equivocarse, ya se vería lo que pasaba después»[79]. Ros, que da una versión ligeramente distinta, manifiesta sin embargo que, en su opinión, Morales «no estaba conforme con la operación»[80].

Por cierto, en el séquito de Silvestre iba un oscuro personaje, Girelli, que gozaba de su confianza como informador, aunque «todos los capitanes de Policía veían mal que se acompañase y saliera campo» con él[81]. Dávila rebaja su importancia, afirmando que aunque «el comandante general se lo presentó como persona conocedora de la idiosincrasia del moro […], todos los servicios de este individuo se limitaron a traer unas fotografías»[82].

---

[76] En ibíd., se conservan dos páginas en las que están mecanografiados los textos de estos telegramas, pero alguno de ellos también figura en el mismo lugar en documentos separados.
[77] Declaración de Ros, folio 1369.
[78] AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 8, en un papel con membrete de Tropas de Policía Indígena.
[79] AHN, TS, 50 N 5, folio 1002v, testimonio del capitán Catalán, del 23 de septiembre de 1921, quien asegura que oyó la conversación.
[80] Declaración de Ros, folio 1369.
[81] AHN, TS, 50 N 3, folio 471, declaraciones del capitán Fortea, de 30 de agosto de 1921.
[82] Testimonio de Fidel Dávila, de 11 de octubre de 1921, AHN, TS, 50 N 6, folios 1296v-1297.

No deja de llamar la atención la ligereza con que se manejaron los elementos. La batería de Montaña se envió a última hora, y no se puso en conocimiento de ello a Berenguer; fue Villar quien decidió dejarla allí, antes de emprender el regreso y cuando aún no había llegado la orden correspondiente, y quien optó por llevarse de vuelta las armas automáticas. En cualquier caso, la guarnición de Abarrán había quedado a su suerte.

Poco duró la calma. A la una de la tarde, el heliógrafo destellea: «grupos crecidos Beni Urriaguel se extienden poblados próximos a ésta», muestran una «actitud hostil», por lo que se pide permiso para abrir fuego de artillería. Entonces, Villar todavía se encontraba en el camino de vuelta. Aunque pudo oír los disparos, no acudió en ayuda de la posición. Tamarit, siempre dispuesto a criticar, y aunque no estuvo presente, se lo reprocha, esta vez con razón: «la columna Villar se retiró prematuramente, no acudió al fuego» y comenta que marchaba «con poco orden y cohesión»[83].

A las cinco, Annual transmite a Melilla, adonde ha regresado Silvestre. El telegrama anuncia que se oye a Abarrán tirar con espoleta cero, y que es imposible comunicar con ella por «intensa niebla». Termina: «tan pronto como sea de noche comunicaré con nueva posición para transmitir V. E. noticias».

El 2 de junio, a las dos de la tarde, tiene entrada en la Comandancia General la contestación del alto comisario a anteriores comunicaciones. Siempre embebido en su propia ofensiva, felicita a Silvestre por la ocupación, y pide datos: «aunque me figuro que operaciones a realizar están comprendidas en el plan que tratamos en mi última visita ésa, deseo conocer más detalles de sus propósitos y muy principalmente la fecha en que tendrán realización».[84]

Estas líneas debieron parecer casi sarcásticas a su destinatario. Porque al rato de llegar a la plaza recibió la información de que Abarrán había caído, perdiéndose gran parte de su guarnición y, sobre todo, los cañones. La noticia se la dieron Capablanca y Dávila –es posible que este con cierto placer maligno–, tras descifrar dos telegramas recibidos de Annual comunicando la derrota. Dávila, poco diplomático, espetó: «se han comido la posición»[85]. Esa misma madrugada se ordenó que las compañías de Ceriñola que estaban en la plaza salieran con toda celeridad para Annual.

En los días posteriores, un goteo de supervivientes desencajados irá llegando a las distintas posiciones del frente. Casi incoherentes por las penalidades sufridas, darán versiones confusas sobre lo sucedido.

[83] Declaraciones ya citadas, de 5 de octubre de 1921, folio 1206.

[84] AHN, TS, 50 N 7, folio 1500. Está también en AGMM, legajo 264, carpeta 8, documentos sueltos.

[85] Testimonio de Capablanca, citado más arriba, folio 57. Entre los folios 55v y 57 se hace una muy interesante descripción de la secuencia de los hechos en Melilla durante la tarde-noche del 1 de junio.

Fue poco lo que en los siguientes se supo. Al parecer, la agresión habría empezado con un largo tiroteo, en el que participó la harca amiga de Tensaman que acompañó a la columna, y que había tenido un enfrentamiento con Huelva. Se dice que los Beni Urriaguel lanzaron dos ráfagas de ametralladora, y que luego se arrojaron al ataque, en olas de asalto, a la europea. El algún momento, se comenta, los policías –pertenecientes a la 15.ª mía, formada pocos meses antes–, hicieron defección, no así los Regulares. Muertos los mandos, los restos de la guarnición se dieron a la fuga. Aseguraron que, antes de hacerlo, quitaron los cierres de tres de los cañones, lo que la experiencia demostró que no era cierto.

Un artillero anónimo, superviviente, daría el 2 una visión truculenta[86]. No solo la harca amiga se había unido a los atacantes, sino que «muchos de la Policía y de Regulares se sublevaron, matando a sus oficiales». Asegura también, otro de los mitos de Abarrán, que los sacos terreros estaban podridos, lo que hizo, unido a la escasez de piedra, que no se pudiera erigir un parapeto suficiente, afirmación que desmiente el oficial de Ingenieros que dirigió la fortificación.

Resulta peculiar que uno de los que aporta más precisiones en su versión de los hechos sea Jesús Aguirre, un capitán, también de Ingenieros, que no estuvo en el combate y que no cita sus fuentes, pero que da curiosos pormenores. Según él[87], la harca había tendido una emboscada a Villar, que este evitó siguiendo un itinerario distinto al esperado. Rehechos de su sorpresa, y cuando la columna se replegó, los rifeños rompieron el fuego; «la posición resistió mientras vivió el capitán Huelva», hasta que el enemigo, percatado de ello, dirigió sus disparos derribándolo. Entonces se produjo el desplome de la defensa. «Los moros todavía le dedican canciones [a Huelva] elogiando su heroísmo».

La correspondencia entre Silvestre y Berenguer, y entre este y el ministro de la Guerra, evoca, no obstante, una clara insatisfacción, y apunta a que la guarnición, oficiales exceptuados, no se batió como hubiera debido. Incluso se dijo que la artillería no llegó a hacer fuego, lo que es manifiestamente falso. El alto comisario mantuvo esta actitud aún después de haber recibido del comandante general el resultado del expediente que mandó incoar para aclarar los hechos[88], que según su propia confesión[89], nunca leyó, «por encontrarse absorbida mi atención exclusivamente por las operaciones de Beni Arós», primero, y luego por la catástrofe de Annual. Esa indiferencia probaría la escasa importancia que dio a Abarrán, y su empecinamiento en dar absoluta prioridad a «su» zona. Silvestre no sería pues, como se ha dicho, el único obsesionado por un objetivo.

---

86 Se la contó a Ros, en Annual (declaración de Ros, folio 1370).

87 La declaración de Aguirre, del 11 de mayo de 1923, está en AHN, TS, 51 N 16, folios 4325-4328v.

88 En AHN, TS, 50 N 1, folios 5-23 se conservan los textos de los telegramas intercambiados entre Berenguer y el ministro de la Guerra en torno a Abarrán.

89 Ver el escrito de Berenguer a Picasso, con fecha de 1 de septiembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 3, folio 508.

Fue tal el revuelo que se produjo en torno a aquel revés, el primer acto de la subsiguiente tragedia, que quizás convendría examinar primero cómo lo vivieron los principales responsables; a continuación la valoración que de él se puede hacer, y, por último, las reacciones que suscitó.

En el primer aspecto, Silvestre, narra Fernández Tamarit, al enterarse de la derrota, salió esa misma noche del 1 al 2 de junio para el frente, llegando a Batel «emocionado hasta el punto que se le saltaban las lágrimas». Le reconoció que había cometido un error, y le confió que temía «otro golpe sobre Sidi Dris o sobre Annual». Terminó exclamando: «yo ahora mismo me voy con el auto a Annual, a ver si me matan, que será lo mejor, pues por culpas ajenas ha caído sobre mí ese borrón». El teniente coronel afirma que le disuadió de «hacer una cadetada»[90]. También paró en Drius, donde dio órdenes al coronel Salcedo de suspender la operación que tenía preparada sobre su flanco izquierdo[91]. Con ello renunciaba, momentáneamente al menos, a mantener la iniciativa, lo que suponía un triunfo para los rifeños.

Berenguer quedó poco complacido con la información que fue recibiendo de lo sucedido. Ello pudo deberse, bien a que el propio Silvestre tardó en tener datos fidedignos y a que en las siguientes horas desarrolló una actividad muy intensa, bien a que deliberadamente intentó no revelar la gravedad de los hechos. Desde luego, se tomó su tiempo, y su precipitada salida desde Melilla camino del frente complicó las comunicaciones. Mandó noticias, muy incompletas, el 1 a las 23:10, que el alto comisario transmitió al ministro de la Guerra, el 2, a las 19:00, en cuanto las recibió, comentando que «he pedido mayores detalles y aclaración de algunos puntos dudosos», ya que le extrañaba la cifra de defensores ilesos que habían escapado. Ciertamente, el comandante general había sido muy poco explícito; en una misma frase narraba que la casa de un notable amigo había sido destruida por el enemigo, que este «había asaltado la posición» y poco más. Añadía el alto comisario en su comunicación que Silvestre le había pedido un cañonero adicional y que se lo había enviado, rogando que, en su lugar, se le mandara a él otro buque.

Frenético, Berenguer, y dado que Silvestre ya no estaba en Melilla, y que no sabe su paradero, contacta, un poco a ciegas, «al general segundo jefe en Melilla o jefe más caracterizado encargado del despacho». Dice que está «sin noticias todo el día, impaciente por conocerlas», y las pide «aunque sea en forma muy sucinta». Pregunta también «dónde se encuentra comandante general y si sabe algo de sus planes»[92]. Navarro, muy a su pesar, no le puede dar aclaración alguna, ya que el comandante general tampoco se la había facilitado a él. Azorado, le cuenta lo poco que sabe. A la vista de ello, el alto comisario manda, a las 9:27, un «telegrama conminatorio», como lo califica él mismo[93]. Señala a Silvestre que «por la

[90] Declaración, ya citada, de Fernández Tamarit, de 17 de julio de 1922, folios 12v-13v.
[91] AHN, TS, 51 N 17, declaraciones del coronel Salcedo, folios 4866-4871.
[92] AHN, TS, 51 N 3, folio 905.
[93] Berenguer (1923), pág. 38.

concisión del telegrama, que, por otra parte tiene errores de transmisión», no se ha podido formar «una idea exacta». Ni siquiera estaba claro si la posición había caído o no[94]. Le pide, por tanto, precisiones tan elementales como si la posición «ha quedado en poder del enemigo o en el nuestro, y suerte que ha corrido la artillería».

Al día siguiente, 3, a la 1:30, Berenguer dice al ministro que todavía no ha recibido los datos requeridos, solo información de un ataque el 2 a Sidi Dris[95], que fue rechazado. A las 19:01 reitera a Silvestre su petición, «con carácter urgentísimo», de noticias, añadiendo que «cuantos datos le pido puede dármelos escalonados a fin de no demorar contestación». Por razones que se desconocen, el original de ese texto fue quemado[96]. A las 21:30, insistirá: «sin noticias durante todo el día, agradecería me diga lo que pueda»[97]. Por fin, a las «11:35», probablemente las 23:35[98], llega un telegrama en el que el comandante general facilita más detalles, pero aún incompletos, y anuncia que ha ordenado abrir diligencias para aclarar los hechos[99].

Se debió cruzar, demorado por las labores de cifrado y descifrado, con otro más del alto comisario, que refleja su irritación: «me extraña no tener noticias de V.E., no obstante habérselas pedido reiteradamente por la radio»[100].

Para entonces, el ministro estaba agobiado por los rumores que corrían en Madrid y en las redacciones de los periódicos, que «alarman a la opinión» y le llevan a solicitar «pormenores» el 4, directamente de Melilla, haciendo caso omiso de los canales reglamentarios[101]. Berenguer, ese mismo día, en un telegrama que dirige a Eza, se lamenta de que «comandante general, no obstante pedirle por la radio periódica y frecuentemente si tiene algo que comunicarme y haberle hecho varias preguntas encaminadas a conocer situación», sigue sin responder satisfactoriamente. A las 12:30, tiene entrada un telegrama de Silvestre, en el que habla de nuevas posiciones que ha establecido y suministra más datos del fallido ataque a Sidi Dris, en el que la harca ha sufrido «duro quebranto», pero no menciona a

[94] AHN, TS, 51 N 2, interrogatorio de Berenguer, folio 466. El texto del telegrama, en AGMM, legajo 264, carpeta 8.

[95] El parte sobre la defensa de Sidi Dris está en AHN, TS, 51 N 3, folios 845-849.

[96] AHN, TS, 51 N 3. El texto aparece como minuta, pero la referencia a que se quemó el original hace pensar que, efectivamente, se transmitió. El que se cita se halla en folio 892.

[97] Ibíd., folio 893.

[98] A veces resulta complicado establecer el momento de envío o de recepción de un telegrama, ya que no siempre se seguía la práctica de sumar doce horas a partir del mediodía, ni tampoco la de considerar que un día termina a las 24:00.

[99] Un borrador de ese telegrama está en AGMM, Comandancia de Melilla, legajo 264, carpeta 8. La carpeta resulta interesante por reunir comunicaciones enviadas desde y a Melilla, completando las mencionadas en la nota 62, que se refieren fundamentalmente a intercambios entre Tetuán y Madrid.

[100] AHN, TS, 51 N 3, folio 888. Tiene hora de las 1:25 del día 4.

[101] Siempre atento, informó a Berenguer de ese contacto directo, por telegrama que existe en la referencia de la nota anterior.

Abarrán. Hastiado, el alto comisario se embarcará en el crucero *Princesa de Asturias,* dando instrucciones a su recalcitrante subordinado de que se le reúna el 5 en aguas de Sidi Dris.

Las posibles reticencias de Silvestre se explican. Como dijo él mismo, y se ha citado antes, Abarrán había sido un verdadero borrón en su hoja de servicios. Nunca, hasta entonces, un general español había perdido cañones en África. Las piezas de artillería, quizás por ser la *ultima ratio* de los reyes, estaban desde antiguo rodeadas de un cierto valor mítico. Para describir la entidad de una victoria, se proclamaba no solo el número de bajas causadas, sino también las banderas y los cañones tomados, equiparando así como trofeo las piezas y las enseñas, encarnación del soberano. Dejarlos en mano de un enemigo irregular e hirsuto era un baldón para cualquier ejército y sus mandos, y más todavía para una personalidad tan arrogante como la del comandante general.

Que tuvo que resentirse de la afrenta, parece evidente, pero quizás se cargan las tintas cuando se afirma que «ya no será el mismo [...], perderá la confianza en sí mismo, resorte capital de su acción»[102]. Todo eso llegaría, pero tras nuevos reveses. Prieto, por su parte, lo presenta «cegado por el afán de venganza»[103]. En opinión de Eza[104], «lo de Abarrán sorprendió absolutamente a todos, y al general Silvestre le produjo un efecto fatal, porque dadas sus condiciones de carácter, su ánimo, su resolución, lo que ocurrió fue algo que atacó a sus condiciones de militar, a su propia historia de jefe militar». Lo que es seguro es que, durante lo poco que le quedaba de vida, no olvidó la derrota, que, inicialmente, actuó más como acicate que como freno de su actividad.

En cuanto a Berenguer, que siempre mantuvo una actitud caballerosa hacia su complicado subordinado, vivió lo sucedido como un abuso de confianza. Para poner en contexto su irritación, resulta útil una carta que le había escrito el año anterior, el 8 de julio de 1920, con motivo de una queja de Silvestre, que se lamentaba de que no había podido realizar un movimiento que deseaba, «porque no tenías mi autorización y no querías desobedecerme», subrayado en el texto. El documento, además, resulta muy ilustrativo para el controvertido tema de las relaciones entre ambos generales, abordado en el capítulo precedente.

Berenguer reprocha a Silvestre «tus apremios de independencia», le recuerda que «a ninguno doy la libertad que tú tienes», y se muestra molesto porque, no contento con ello, «trates de hacer aparecer como que no te dejo libertad». Le recuerda, por último lo importante de «evitar ocasiones análogas de que aparezcamos en público como en desacuerdo», lo que podría llegar a hacer imposible «nuestra labor».

Yendo ya a la operación que había motivado las lamentaciones del comandante general, la ocupación de Abada, su superior le echa en cara que «sólo me

[102] Pabón, vol. II, pág. 286.
[103] *Diario del Congreso* de 21 de noviembre de 1922.
[104] Eza (1923), pág. 45.

avisaste de su inminencia la madrugada del día que se realizó», a pesar de que la había estado preparando por lo menos los catorce anteriores. Ello es prueba de «hasta qué punto habías perdido el contacto conmigo». Admite que «comprendo que es molesto tener que estudiar las operaciones de importancia [subrayado] en todos sus detalles antes de realizarlas, pero es una tarea que exijo a todos los comandantes generales», ya que él, Berenguer, es el responsable ante el Gobierno. Matiza que no es «indispensable mi conocimiento previo del plan» si solo se emplean «indígenas y harcas», y «cuando el desgaste probable que se calculara no pasara de unas cuantas bajas de Policía». Pero recalca que «en ninguno de los otros territorios se realizan operaciones en que toman parte columnas de europeos sin dar cuenta antes al gobierno como éste me tiene prevenido».

Aunque el comandante general le respondió en el acto[105], acatando su autoridad –«nunca apremios de independencia, sino, al contrario, compenetrado en un todo contigo y en mi deseo constante de laborar y ayudarte»–, ahora, casi justamente un año después, se encontraba con que, de nuevo, Silvestre había emprendido una operación con un preaviso tan mínimo que le ponía ante un hecho consumado, sin haberla analizado previamente con el cuidado requerido y empleando tropas peninsulares –la batería de Artillería–, infringiendo las normas en vigor.

La utilización de fuerzas europeas era un tema de fondo que, ya se ha visto, provocaba un reflejo automático de rechazo en el Gobierno, producto del que sentía la opinión pública.

Se lo dijo muy claramente Berenguer a Aizpuru, el antecesor de Silvestre en Melilla. En una carta[106], le hablaba de «la preferencia con que me propongo emplear fuerzas indígenas, precisamente para evitar que las bajas que podamos tener hieran el espíritu sensible de la opinión peninsular». Respecto a los partes de las pérdidas, que «es muy conveniente contrastar muy cuidosamente», dice de forma sibilina, él se reservaba el derecho de informar de las bajas indígenas «en la forma que estime oportuna», mientras que su subordinado se limitaría a dar cuenta de las europeas, habitualmente mínimas. No se puede pasar por alto, como prueba del poco funcional mecanismo del Protectorado, el hecho de que comente que el interlocutor del alto comisario era el ministro de Estado, y el del comandante general, el de la Guerra.

En el caso de Silvestre estaba autorizado, como señaló en su carta al ministro, el 17 de abril, a realizar una «pequeña operación para pasar a la otra orilla del Amekran», una «operación de policía», como el 4 de julio el comandante general todavía insistiría en mantener que había sido. Pero Abarrán «es un importantísimo accidente del terreno [...] un salto al frente de ocho a diez kilómetros»[107], algo

[105] Ambas comunicaciones en AGMM, Documentos del general Fernández Silvestre, signatura 1524, carpeta 13.

[106] Ibíd., signatura 1530, legajo 1, carpeta 7. Es de 22 de marzo de 1919.

[107] Berenguer (1923), pág. 36. Las siguientes citas corresponden a las págs. 34-37.

muy distinto. Estimaba, adicionalmente, que la operación estuvo mal planteada, y que fue producto de «una ligereza de la información, un error de apreciación», «un exceso de confianza», que se agravó exponencialmente al llevar artillería a ella, «empleo, que según me dijo el comandante general, no había autorizado él», con lo que Silvestre habría faltado a la verdad.

Berenguer insistiría en este reproche, el 7 de agosto de 1923, ante la Comisión de Responsabilidades del Congreso, reiterando que «el comandante general de Melilla estaba autorizado para hacer operaciones hasta el río Amekran; para pasar el río a esas distancias, no», añadiendo que, debido a la defectuosa cartografía, él situaba a Abarrán más cerca del río de lo que estaba en realidad. No ocultó ante los diputados su malestar: «había conocido la operación cuando se estaba ejecutando y [...] no había sido previamente consultada conmigo»[108].

Cualquier valoración de esta no puede menos que subrayar la aparente frivolidad con que se llevó a cabo. De un lado, la proximidad de la harca era tal que a simple vista se veía evolucionar a sus componentes. De otro, había indicios sobrados de su actitud hostil. Kadur Namar, notable Beni Said adicto a España, y que «parecía adorar verdaderamente a Silvestre», le había dicho: «no pases el río [Amekran]. Déjalos, que ellos se destrozarán»[109], aludiendo a las dificultades que tenían esas concentraciones para mantenerse unidas. El teniente Margallo, de la Policía, que no era contrario a la ocupación, afirma, sin embargo, que esta se hizo demasiado tarde, cuando muchos hombres de Tensaman ya habían marchado a la siega en Argelia y, por tanto, la cabila no estaba en condiciones de oponerse a la entrada en ella de los Beni Urriaguel. Asegura que el coronel Morales pensaba lo mismo, pero que Silvestre «obraba a veces con completa independencia de los informes del coronel jefe de la Policía, y en ocasiones con criterio opuesto», fiado «de los informes falsos, comprobados por el declarante, que los confidentes daban directamente al comandante general»[110].

Además, desde el 31 de mayo ya se recibían confidencias alarmantes sobre los propósitos de los rifeños, tanto desde el Peñón de Vélez, como del de Alhucemas, centro de servicios de información españoles[111]. Finalmente, Bastos, normalmente bien informado, asegura, aunque sin aportar pruebas, que el 30 de mayo, Villar se reunió con notables amigos, y que cuando les preguntó si bastarían 2.000

[108] *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 301-330.

[109] Declaración de Fidel Dávila del 16 de agosto de 1923 en *La Comisión de Responsabilidades*, pág. 399. Valentín Dávila (pág. 387) aporta una versión ligeramente distinta: «General, vas muy bien, pero vete despacio y no pases todavía el río, deja a los del otro lado, que ellos entre sí han de luchar y llegará el momento de que pases, pero ahora no hagas nada».

[110] AHN, TS, 50 N 6, declaraciones del capitán García Margallo, del 23 de septiembre de 1921, folios 1214v-1217. Este oficial fue cesado por Silvestre, acusado de ineptitud.

[111] Declaraciones de Riquelme ante los miembros de la Comisión, el 30 de julio de 1923, en *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 141-142.

hombres para realizar la ocupación, le dijeron: «no vayáis, Abarrán es malo, no vayáis ni con 2.000 ni con más»[112].

En cuanto al empleo de la artillería, resulta tan incomprensible como lo es que un militar experto como Dávila lo recomendara. Berenguer afirmó siempre, con motivo, que cambió toda la situación. Hay al menos tres razones para apoyar esa opinión. De un lado, si la columna hubiera sido únicamente de tropas indígenas de Infantería, habrían podido, en caso preciso, romper el contacto con facilidad. Los cañones solo sirvieron de embarazo. De otro, la pérdida de las piezas, en sí misma, multiplicaba la trascendencia del revés, a ojos de ambos bandos. Por último, puso en manos de los rifeños un arma que incrementaba muy sensiblemente sus capacidades.

Para acabar con los protagonistas españoles, Villar fue considerado unánimemente como el culpable de todo. Fue él quien valoró mal la actitud de los tensamanes y los riesgos de la operación, y quien no acudió al fuego cuando comenzó el ataque a Abarrán, cuando todavía se había podido auxiliar a sus defensores. Era, además, un chivo expiatorio útil para todos. Para Berenguer, ya que al canalizar sobre él la responsabilidad, se evitaba un motivo de fricción más con Silvestre; para este, porque se difuminaban sus propias faltas; para el Gobierno, porque así se situaban los errores en un escalón modesto. La actitud del propio Villar ese 1 de junio facilitó la crítica. Según un informe[113] de su jefe, el coronel Morales –en el que se exalta el comportamiento de Huelva–, cuando volvió a su base de Buimeyan a las 16:00, al regreso de Abarrán, se metió en la cama, «por hallarse algo indispuesto», y a pesar de que desde las 13:30 se oía el fuego de la guarnición atacada.

Hay un protagonista más, Abd el Krim, aunque, al igual que Espartero, el más destacado de los *ayacuchos,* que no estuvo presente en la batalla que dio nombre al grupo, el rifeño tampoco asistió al choque de Abarrán, a pesar de la fantasiosa versión que aparece en sus mal llamadas Memorias[114]. Y no lo hizo, porque ese día y a esa hora se hallaba en Axdir, conversando con *El Pajarito* precisamente en torno a los tratos que se seguían realizando con los españoles. Es una gran paradoja, que, si para algunos abona la teoría de la doblez del Beni Urriaguel, para otros, como Ayache, sustenta la tesis, que parece acertada, de que Abd el Krim aún no pensaba en una ruptura, sino que seguía manteniendo las opciones abiertas.

El asalto y toma de la posición, dirigidos se ignora por quién, generaría un movimiento espontáneo, que le arrastraría, en palabras de dicho autor[115], y que se apresuró a encabezar. Al parecer, según un informante[116], «cuando se libraba la

[112] Bastos, pág. 122.

[113] AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 14. Tiene fecha del 4 de julio de 1921.

[114] En ellas, págs. 93 y ss., se le presenta poniéndose «a la cabeza» de sus hombres.

[115] Ayache (1996), pág. 92.

[116] Informe de Al Lal Ben Amar Senhayi, de 14 de agosto de 1921, en AGMM, Comandancia General de Melilla, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14.

acción, estaba Abd-el-Krim en su casa, y al saberse que la posición estaba a punto de ser tomada, hizo cinco disparos en señal de contento y, acto seguido, se dirigió a Tensaman con mucha gente, dispuesto a presidir el reparto del botín».

Fue él, pues, el mayor beneficiario de aquel combate. Subido al pavés por Beni Urriaguel, contagiado por el prestigio de los cañones tomados y paseados por los zocos, el 8 de junio preside una gran reunión en el santuario de Sidi Ismail, todavía en la margen izquierda del Amekran. Tensaman, Beni Tuzin, Bocoya acuden en masa, dirigidos por notables tan prestigiosos como el cherif Sidi Hamido, de la *zauia* de Snada, y hasta entonces a sueldo de España. Se celebra el fin del Ramadán y se trazan planes para el futuro y para acumular víveres; de todas partes llegan promesas de apoyo tras la recogida de la cosecha. Surgen hogueras en las cúspides de las montañas convocando a los guerreros; en las cabilas enfervorizadas se agitan los fantasmas de la aniquilada mehala de Bou Hamara.

En la estela de la victoria, Abd el Krim comienza a labrar su leyenda. A los cabileños que se agolpan para escucharle, anuncia que «le predijo un santón que él sería un hombre de gran valía […] Otras veces les lee y explica capítulos del Corán que tratan del exterminio de los cristianos». No por eso pierde el sentido práctico: exige a cada hombre que ha cogido un fusil en Abarrán que entregue 20 duros para alimentar un fondo de guerra que ha creado, destinado a comprar cartuchos en la zona francesa[117].

El mito de aquel choque, que podría no haber tenido mayor importancia, pervivió durante años. Todavía en 1958 Fontaine escribiría que los españoles ocuparon la posición, que llama «ciudad», aunque era un picacho, «tras un combate encarnizado», y que la perdieron después de un feroz «combate de calles»[118].

Se dijo que, tras el éxito, la harca se incrementó hasta los 4.000 hombres. El alzamiento, porque ya lo es, va ganando en amplitud. Se está ante la «mancha de aceite» tan cara a Lyautey, pero en sentido contrario. Abd el Krim, magnífico, paga a buen precio las armas y municiones del botín para mantener el control sobre ellas. A partir de entonces, será reconocido como «Jefe del Ejército de los Combatientes de la Fe».

Aunque sin órdenes suyas, y sin responder a una estrategia concreta, los harqueños habían obtenido un triunfo sonado, en una reacción puramente instintiva al avance enemigo. Tuvieron unos días de expectación, preparándose para la temida reacción española, ya que «aguardaban a que se fuese a recuperar Abarrán, [pero], en vista de que no se hacía […] cambiaron de actitud»[119]. Envalentonados, el 12, pasan el Amekran, su Rubicón, dando un paso irreversible.

---

[117] Ibíd.

[118] Fontaine, pág. 28. Parece que para el autor, Primo de Rivera gobernaba España en la época de Abarrán y Annual.

[119] El análisis es del comandante Écija, y figura en su interrogatorio del 1 de octubre de 1921, en AHN, TS, 50 N 5, folio 1142.

En esta situación, podría suscitar sorpresa comprobar que, a pesar de todo, Abd el Krim siguiera manteniendo los canales con España. Así, escribió al coronel Civantos, insistiendo en su voluntad de llegar a un acuerdo, aunque «desgraciadamente, la operación de Abarrán nos estropeó algo de la edificación; pero queriendo los hombres, todo se arregla». Tuvo respuesta; también por parte española se mantenía el deseo de un arreglo, pero la harca debía retirarse de Tensaman. Como amenaza velada, se le recordaba que el invierno anterior, durante la hambruna, España había permitido a Beni Urriaguel importar víveres, y que de su autorización dependía que los hombres de la cabila pudieran trasladarse a Argelia a trabajar en calidad de braceros, como hacían habitualmente, impelidos por la necesidad[120].

En realidad, continuaba la partida entre tahúres, en la que ninguna de las partes era totalmente sincera. Sin dejar de jugar la carta de la negociación, no renunciaban al uso eventual de la fuerza.

Por eso, los españoles, al igual que los rifeños, no interrumpieron por esas conversaciones los preparativos para lo que se avecinaba. Antes al contrario, se entregaron a una vigorosa actividad desde el primer momento. Como se ha visto, la misma noche del 1 de junio, Silvestre partió para el frente. Su primera medida fue anular la operación prevista para el 2 en Beni Tuzin; a continuación, empezó a acumular medios a vanguardia, movilizando tropas del regimiento de África, a las órdenes del «brillantísimo»[121] Fernández Tamarit; del de San Fernando y, como reserva, de Alcántara. Finalmente, y ayudado por su segundo jefe, Navarro empieza a partir del 3 a instalar posiciones que aseguren la línea, al tiempo que ordena a Tamarit reforzar las defensas de Annual, lo que este llevó a cabo construyendo dos reductos y dos lunetas[122]. Por la tarde del 4 vuelve a Melilla, de donde sale en la madrugada del 5, en el cañonero *Laya* para su cita con el alto comisario. Tiene tiempo antes para enviar un telegrama a su superior, que no lo recibirá hasta unos días después.

En él[123] analizaba el estado de cosas tras la caída de la posición. Aun reconociendo que «la pérdida de Abarrán contraría […] el plan a realizar sobre Quilates», consideraba superados «ciertos recelos» que suscitaba la actitud inicial de fracciones de Beni Tuzin y de Tensaman. Además, prosigue, «contamos con la leal sumisión de Beni Said», que facilitó la harca que se le solicitó, con Kadur Amar al frente, en apoyo de los españoles. Pese a todo, consideraba la situación «delicada todavía», por lo que «conceptúo necesario proceder pausadamente». Ello no le impedía proponer un plan para envolver Abarrán, ocupando «meseta

[120] Ver la correspondencia en Ruiz Albéniz, págs. 264-268. También está en Francisco Hernández Mir, *Del Desastre a la Victoria. Ante las hordas del Rif,* Madrid, 1926, págs. 42-46.

[121] Así se le describe en Casado, pág. 21.

[122] AHN, TS, 51 N 17, folios 5055-5058, testimonio de Dávila, en Melilla, 11 de octubre de 1921, ratificado en Burgos, 9 de julio de 1923.

[123] AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 45.

existente sobre orilla izquierda del Amekran»[124]. Con ese motivo, reiteraba una anterior solicitud de tiendas de campaña individuales; otras, cónicas; material de transmisiones, municiones de artillería, créditos para caminos, que se repusieran las bajas de ganado, dinero para mantener una harca más y, lo que será un caballo de batalla y, más tarde, objeto de largos debates, la creación de un grupo adicional de Regulares en su territorio. Terminaba: «aprovecharé, si V.E. me autoriza, cuantas coyunturas se me presenten para ir desarrollando este plan». En otras palabras, estaba muy lejos de optimismos ciegos y de iras irracionales, pero también de olvidar lo que veía como afrenta. Era la revancha, no el desánimo, lo que dominaba en él.

En aguas de Sidi Dris

La entrevista entre Berenguer y Silvestre tuvo lugar el 5, a bordo del *Princesa de Asturias.* El primero cuenta que encontró que su subordinado –«mi pobre amigo», lo llama–, «realmente desanimado». El revés «le afectó muchísimo», se trataba de «la desgracia más grande de toda su vida». Al verle en ese estado, «yo le animé»[125]. Versión menos caritativa es la que sostiene[126] que ambos generales discutieron «tan en alta voz, tan impetuosamente», que el comandante del buque tuvo que rogarles que bajaran el tono, «porque hasta los fogoneros siguen el diálogo». Al día siguiente, la discusión habría sido la comidilla de las tertulias de Ceuta. Se entiende, porque a veces se olvida que Abarrán había sido el primer combate con bajas serias desde que Silvestre llegó a Melilla. Hasta entonces, y a pesar de su fama de feroche, los avances habían sido precedidos casi siempre por las hábiles gestiones de Morales y por el Banco de España, lo que mantuvo las pérdidas en niveles asumibles.

En todo caso, del intercambio de pareceres salió una decisión común, plasmada en un telegrama[127] enviado ese mismo día al ministro de la Guerra desde el barco.

Se hace en él un diagnóstico de la situación tras Abarrán, atribuido al comandante general, ya sea por deferencia de Berenguer o para trasladar a su subordinado la responsabilidad: «comandante general considera la situación restablecida en el frente de Tensaman, y algo oscura en Beni Tasbaa [de Beni Tuzin] y Tarfesit […] Pero todo esto no es inquietante. Por ahora, Tensaman está rebelde por

[124] Ayensa, pág. 39, contrario a Berenguer, elimina esta frase cuando cita la carta de Silvestre. En el enfrentamiento entre partidarios de uno y otro general, no se vacilaba en recurrir a esas prácticas para sustentar las respectivas tesis.

[125] Intervención de Berenguer en el Senado, *Diario del Senado* de 14 de julio de 1922, pág. 1738.

[126] Gómez Hidalgo, págs. 258-259.

[127] No se ha encontrado en AGMM. Figura, no obstante, en *De Annual a la República. El Expediente Picasso,* Madrid, 1931, pág. 550.

completo; Beni Ulichek, vaciló en los primeros momentos, pero ahora parece asegurado». Con demasiado aplomo, se afirma, «desde luego, las comunicaciones en el frente están aseguradas». La conclusión es prudente: «en resumen, la situación de conjunto, según comandante general, es delicada, y requiere adoptar precauciones y actuar con cautela». No se sabe por qué, Berenguer añadió a tan cómodo corolario un apunte suyo, otro de sus errores, que dice: «por mi parte, no veo por el momento en la situación nada alarmante». Se puede conjeturar si pensaba así realmente, o si deseaba transmitir una idea de tranquilidad en Melilla para continuar con las operaciones en occidente.

El teniente coronel Tulio López, edecán de Silvestre, menciona[128], por su parte, que la reunión de ambos generales fue reservada, y sin testigos. Sin embargo, Abarrán se suscitó en el almuerzo, al que asistió. Cuenta que «el alto mando [Berenguer] quitaba toda importancia» a la misma. En cambio, «el comandante general sostenía que el golpe había sido duro, y que desistía de dar un paso más sin antes haber fortalecido la línea, que consideraba muy débil».

Volvió a solicitar, también –prosigue–, que se creara el grupo de Regulares de Alhucemas, «que le tenía con tanta insistencia pedido». El alto comisario le respondió: «¿para qué quieres el grupo, si cuando estuve en tu territorio tenías descansando la mitad del de Melilla?». Silvestre lo admitió, pero le indicó que entonces se ocupaba menos terreno, y que había menos enemigos. Berenguer le habría contestado, que cuando terminara sus propias operaciones, «que era lo que más le preocupaba», en un plazo de «un mes o mes y medio» le mandaría las tropas indígenas que pudiera.

Se aprecia, de nuevo, la resistencia del alto comisario a reforzar a su subordinado, y su insistencia en considerar casi a toda costa prioritaria la zona occidental.

La apariencia de normalidad que se da del encuentro y de su resultado se disipa si se cree a Capablanca[129]. Manifiesta que habló con Silvestre a su regreso, «valido de la confianza con que me honraba»: «¿Qué hay, mi general? De muy mal humor respondió el general Silvestre: ¿Sabes lo que me ha dicho? –y aquí interpuso una exclamación muy enérgica–, que hasta dentro de tres meses no me podía mandar los refuerzos que le he pedido, y que entonces me mandará una bandera del tercio, una batería de Ceuta y el tabor[130] de Regulares de Ceuta. Diremos a Abd-el-Krim que nos espere; se los puede guardar –reflejando en su semblante profunda contrariedad y pesadumbre–».

El diálogo, que tiene cierto aire de verosimilitud, indica claramente que, a la vista de lo sucedido en Abarrán, Berenguer le había comunicado su decisión de volver a convertir la zona occidental en eje principal de avance sobre Alhucemas.

[128] Sus declaraciones, de 16 de agosto de 1922, están en AHN, TS, 51 N 1, folios 248v-254v.

[129] Declaraciones citadas, folio 58.

[130] Hay un error. En Ceuta existía, como ya se ha dicho, un grupo de tres tabores de Infantería. O Berenguer se había referido a él, y entonces habría que cambiar en la frase «tabor» por «grupo», o le había prometido enviarle solo un tabor, en cuyo caso sobra «el».

Ello no podía sino molestar a Silvestre porque suponía el fin de sus propios planes, pero quizás también, y en conjunción con las dos conclusiones del telegrama del 5, mostraba que el comandante general era más consciente que el alto comisario de la amenaza que suponían los rifeños, posiblemente por tenerla más cercana.

Quizás por ese motivo, se emitirán una serie de órdenes[131] que mostraban una desconfianza nueva hacia los marroquíes, incluso los que estaban al servicio de España. Por solo poner dos ejemplos, se giran instrucciones para que «en ningún modo permita entrar en posición moro paisano alguno», y exigiendo que los destacamentos de Policía que se acerquen a una posición, se detengan para identificarse 150 metros antes de llegar a ella, llevando consigo, a esos efectos, una bandera, aclarando que «han de transcurrir aún unos días para poder dotarles de este distintivo». Por otro lado, se enviaron refuerzos a primera línea, entre ellos, cuatro compañías de Ceriñola que se encontraban en Melilla[132], mencionadas antes. El zarpazo había dejado huella.

Mientras, persistía la desazón en Madrid por los acontecimientos de Abarrán, lo que llevó a Berenguer a dedicar al asunto dos telegramas para Eza, el 6, a su regreso a Tetuán. En uno le dice que Silvestre le ha dado pocos detalles más de lo que pasó, reiterando la teoría de la traición de la harca amiga como causa fundamental. En el otro, para salir al paso de los rumores que seguían corriendo, insiste en que «estimo puede considerarse situación casi restablecida y que actualmente nada ofrece que pueda ocasionar la menor alarma ni inquietud»[133].

El 8, contesta al telegrama que Silvestre le mandó el 5, y que no ha recibido hasta entonces. Le reitera «la conveniencia de abstenerse de todo movimiento en la línea del Amekran, y muy principalmente su orilla izquierda». Cortante, le escribe que, cuando la situación se calme, y se presente una oportunidad para actuar, «se servirá V.E. someterlo a mi aprobación», porque «no hay nada que nos apremie ni nos obligue a forzar los avances», que serán autorizados únicamente cuando se reúnan todas las circunstancias favorables y haya solo una «mínima ocasión de desgaste». Es todo un serretazo, tras la lección de Abarrán. El comandante general, es de imaginar que de mal grado, le responde casi en el acto: «tendré en cuenta y cumplimentaré en todas sus partes»[134] las instrucciones.

El mismo día, el alto comisario dicta una carta[135] de fondo al ministro, en la que confirma el abandono de la zona oriental para la penetración hacia Alhucemas. Pero, antes, dedica varios párrafos a Abarrán, que describe simplemente como

[131] En AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 39 hay varias órdenes de este tenor, emitidas entre el 3 y el 24 de junio. Ver también AHN, TS, 50 N 3, folios 636v-640.

[132] *Información…* Memoria de Ros, ya citada, pág. 7. En concreto, la 6.ª del I Batallón, 4.ª del II y 3.ª y 5.ª del III.

[133] AHN, TS, 50 N 1, folios 21 y 22.

[134] Copia de ambas comunicaciones, del 8 y 9 de junio, respectivamente, se encuentran en AHN, TS, 51 N 3, folio 876. Berenguer aludió a la primera de ellas en su larga intervención en la Cámara Alta, recogida en el *Diario del Senado* de 14 de julio de 1922.

[135] AHN, TS, 51 N 2, folios 645-648.

«un lamentable contratiempo»: «algo extraordinario ocurrió, indudablemente»; «la resistencia duró escaso tiempo», a pesar de la situación de la posición y de que tenía suficientes defensores. Que no llegó a estar cercada, lo revela el crecido número de «fugitivos» que escaparon sin heridas; «fue abandonada [...] antes de apurar la defensa», y considera sintomático que desde otros puntos no se oyera fuego «con aquella intensidad que caracteriza un combate violento».

Respecto a la tan comentada presencia de la batería de Montaña, menciona que, «según me dijo el comandante general, le fue pedida por el comandante Villar». Si eso afirmó Silvestre, faltaba, de nuevo, a la verdad. Ya se ha visto más arriba cómo testigos aseguraron que Villar no quería llevar consigo las piezas, y que Silvestre, con el respaldo de Dávila, tomó la decisión de que fueran a la operación. A propósito, la meticulosa administración militar cumplió su cometido, y el 27 de junio elevó un informe sobre la pérdida que suponía aquella unidad, detallando todos sus elementos, desde cuatro cañones Schneider a dos mondadores de patatas y los calcetines del sargento. En otro documento, se mencionan bajas como el caballo de un alférez de Policía y el mulo *Desbrabado* (sic)[136].

Alaba Berenguer luego la reacción del comandante general ante la derrota, pero, acto seguido, despedaza el telegrama que este le envió el 5. Dice al ministro que en él «habla de operar sobre la orilla izquierda del Amekran y en dirección del cabo Quilates». Agrega que no le planteó la cuestión en el *Princesa de Asturias,* en el que, en cambio, ambos estuvieron de acuerdo en que ese movimiento sería «muy costoso», siendo preferible actuar por el Midar. Berenguer estima descartada esa opción, y que «todo esto trae como consecuencia un retraso en los planes de operar sobre Alhucemas [...], pero hay que resignarse a ello». Lo que no tiene «gran trascendencia», ya que el ataque final resultará más eficaz cuanto mayores sean los avances desde occidente. En efecto, más tarde diría que tras el episodio de Abarrán había vuelto a su «impresión de siempre, que [...] nos convenía estrechar la cabila de Beni Urriaguel por occidente, antes de abordarla por oriente»[137].

Por último, comentando las peticiones del comandante general, piensa que «todas [...] deben ser atendidas». Pero hace a continuación una malévola salvedad. El nuevo grupo de Regulares puede esperar, «y con más razón no abordándose por ahora el problema de Alhucemas». Cuando él acabe sus operaciones, le enviará uno o dos tabores. Indica, además que Silvestre condiciona, lo que no es exactamente cierto, las operaciones a la solicitud de medios. Se puede interpretar, entonces, que al proponer no concederle los Regulares buscaba evitar que se envolviese en nuevas aventuras. Finaliza con una terminante afirmación: «estimo que Melilla tiene fuerzas suficientes, tanto europeas como indígenas».

[136] AGMM, Comandancia de Melilla, legajo 264, carpeta 8.
[137] Lo sostuvo en el Senado, *Diario del Senado* de 14 de julio de 1922.

Así dinamitó Berenguer, con razón o sin ella, todas las expectativas del comandante general, al que dejaba sin objetivos dignos de mención y sin tropas de choque frescas.

Eza le contestó que en cuanto a la formación del grupo solicitada por Silvestre, «lo dejo por completo a determinación de V. E.[…], para lo cual sabe que nada tengo que objetar». Sobre la estrategia, coincidía con él en «no dejarnos ilusionar por alcanzar pronto objetivos fijados en Alhucemas»[138].

El tema de las peticiones de refuerzos por parte del comandante general es uno más de los que se debatieron en torno al desastre. La tesis de Eza y del alto comisario es que no hizo ninguna solicitud importante, excepto por lo que se refiere a créditos para caminos, hasta que ya fue demasiado tarde. En cuanto a la referente al grupo, Berenguer mantiene que la previsión era que solo se empezara a organizar una vez que se ocupara la divisoria de Quilates, no antes. La correspondencia oficial que se ha conservado avala ese punto de vista[139].

Sin embargo, el coronel López de Lamela, jefe del Negociado de Marruecos en el departamento de la Guerra, afirma[140] que durante el viaje de Eza en el verano de 1920, «escuchó en repetidas ocasiones que el comandante general se lamentaba de los pocos recursos que se le facilitaban […], y en todos sus relatos, tanto al ministro como al alto comisario aludía siempre a las solicitudes […] que tenía formuladas». Habla de «su malestar» por ese motivo, y le describe «amargado porque, según él, no se le facilitaban los elementos necesarios para la comandancia».

Varios jefes próximos a Silvestre coinciden en ello, como se aprecia, por ejemplo, en los testimonios de Fernández Tamarit, Capablanca y Tulio López[141]. El primero indica que, aparte del grupo –a cuyo frente pondría a Primo de Rivera–, había propuesto reunir todos los voluntarios de los cuatro regimientos de Infantería que había en Melilla en un batallón, cuyo mando le confiaría a él, y también que le dijo que estaba «vendido y desesperado» por la falta de medios. El segundo afirma que «eran muy frecuentes», «las lamentaciones» por el mismo motivo; el tercero, que, además del grupo, solicitó reforzar la Brigada Disciplinaria –como se ha visto–, y la creación de un cuerpo de voluntarios, «en vista de que disminuían los contingentes de esta clase desde la creación del Tercio». Facilita los nombres de dos mandos de Ingenieros que Silvestre envió con mensajes en este sentido a Madrid, sin precisar fechas, y alude al intenso trato que tenía con López de Lamela.

---

138 Leyó el texto en la sesión del Congreso del 25 de octubre de 1921, recogido en el *Diario* de ese día.

139 Ver, por ejemplo, en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 45, la «copia de comunicaciones relacionadas con peticiones de material y refuerzos», cuyo primer documento es posterior a la pérdida de Abarrán.

140 AHN, TS, 51 N 18, folios 5499-5515. López de Lamela, como muchos otros, sufrió más de un interrogatorio. Las frases citadas pertenecen a dos distintos, uno del 14 de agosto de 1923, y otro, más a fondo, del 20 de septiembre del mismo año.

141 Figuran, respectivamente, en AHN, TS, 50 N 6, folios 1197-1207, de 5 de octubre de 1921; 51 N1, folios 51-73, 31 de julio de 1922, y 51 N 1, 248v-254.

Pero Silvestre no era hombre dado a ceder fácilmente. El 9 de junio volvió a la carga. Sigue conceptuando la situación «algo delicada», pero describe Abarrán como «un hecho aislado», producto de «una equivocación política», que es de suponer que la atribuye a Villar. Se prepara para «infligir al enemigo duro castigo o rechazarle caso de que ataque», por lo que reitera y amplía su petición de elementos, «principalmente, creación del grupo de Regulares»[142]. El 14, hace un comentario en Melilla a una delegación de catedráticos que recoge gráficamente su valoración de lo sucedido: «aquí me tienen ustedes, después de haber recibido un coscorrón. Chichón no me ha salido, pero el coscorrón me lo he llevado [...] Es éste problema de hombres. Vamos camino de Alhucemas. Si hubiéramos dispuesto de hombres, estaríamos ya en Alhucemas»[143].

El 15 de julio, en una carta que por su trascendencia se glosará también en el capítulo siguiente, escribe el epitafio de Abarrán. Todo había empezado por la visita de Berenguer al Peñón. La presencia de los buques de guerra y las salvas de honores habían alborotado a los rifeños; la pésima gestión del capitán Margallo, de la mía de Policía de Tensaman –al que se vio obligado a relevar con Huerta, que murió en la posición–, supuso que la labor política resultase insuficiente, y la defectuosa traducción de las confidencias recibidas, debida a que «el chelja que aquí se habla no fuese bien interpretado», hizo que las informaciones «no fuesen tan exactas y veraces como deberían haber sido». Finalmente, «la traición de la harca, que está plenamente probada» resultó en que la posición, «fue tomada sin un tiro y con fuerzas de sobra para una larga defensa». Parece evidente que, en su criterio, lo sucedido en ella fue algo poco encomiable, ya que se limita a decir que lo describe la información elaborada por el juez instructor que nombró, y que fue remitida «íntegra» a Berenguer[144], como se ha dicho más arriba.

«El trueno de Abarrán»

Las duras acusaciones de los dos generales resultan sorprendentes a la vista de un documento elaborado por el capitán Ricardo Fajardo, secretario de causas de la Comandancia General de Melilla, titulado *Información instruida sobre hechos ocurridos en monte Abarrán el día 1 de junio de 1921*[145], y que parece ser el

[142] AGMM, legajo 254, carpeta 45.
[143] Lo recoge el diario *ABC,* de 27 de julio de 1921, pág. 9.
[144] Copia de la carta está en AHN, TS, 51 N 2, folios 649-652. También, en AGMM, Documentos del general Fernández Silvestre, signatura 1524, carpeta 13. Picasso pediría el 15 de agosto de 1921 toda la documentación sobre Abarrán (AHN, TS, 50 N 1, folios 194-195). Extraña la referencia a que no hubo «un tiro», cuando desde distintas posiciones se oyó el cañoneo y, como se ha mencionado, el siempre bien informado Morales destacó extraordinariamente el comportamiento de Huelva.
[145] AHN, TS, 50 N 8, folios 1699-1714.

expediente que mandó formar Silvestre. Capablanca da noticias curiosas sobre él. Dice que se elaboró «con la más absoluta reserva», y que un oficial se lo llevó en mano a Berenguer[146].

Contiene el parte de Villar sobre la operación, un telegrama y declaraciones de doce testigos, incluido el propio Villar, ocho de los cuales eran supervivientes de la guarnición, entre ellos, europeos y marroquíes de Regulares, miembros de la Policía y artilleros. El capitán Fajardo hizo a conciencia su trabajo, ya que realizó sus interrogatorios tanto en Buimeyan como en Annual, pasando por el «hospital indígena» y el de peninsulares de Melilla donde estaban ingresados algunos de los interrogados. El primer testimonio es del 5 de junio, y del 24 el último, por tanto, con mucha anterioridad a las fechas en que tanto Silvestre como Berenguer seguían criticando la defensa.

Sin embargo, la lectura de los quince folios de deposiciones, hechas por distintas personas en diferentes lugares y, en muchos casos, sin poder comunicarse entre sí, ya que todos los marroquíes requirieron intérprete, transmite una imagen coherente de una resistencia no desdeñable, dadas las circunstancias.

Por lo que se refiere a la traición de la harca amiga, solo el sargento Pedro Verano, de Artillería, la confirma. Los demás, no se apercibieron de ella. Uno[147], incluso, asegura que la vio alejarse, tras haberse batido brevemente con los rifeños.

En cuanto a las causas de la derrota, se atribuyen a que había numerosos ángulos muertos[148] en torno a la posición, que no podían ser batidos desde ella, y que en varios lugares estaba rodeada de monte bajo, lentiscos y jara «que permitían acercarse sin ser visto»[149]. Por eso, cuando, bajo una lluvia torrencial, surgió el ataque –«una cantidad de rifeños enorme que venían como hormigas y que gritaban implorando la ayuda de Dios»[150], «con las gumías en la mano»–, la artillería pasó en muy poco tiempo de tirar a 1.800 metros a hacerlo con espoleta cero, a quemarropa, ya que la vanguardia de la ola de asalto solo fue visible repentinamente y a muy corta distancia. Así, «el enemigo se presentó de pronto en las alambradas»[151], porque no se pudo «ver al enemigo por el ramaje que había y la pendiente rápida»[152].

Otro de los motivos que aparece en el texto fue que se agotó la munición de los cañones, uno de los cuales quedó inutilizado de un tiro; «a poco de cesar el fuego de artillería, entraron los rifeños»[153]. A este respecto, el telegrama que figura en

[146] Declaración de 31 de julio de 1922, AHN, TS, 51 N 1, folio 59v.

[147] Ibíd., 50 N 8, folios 1699-1714, declaración del policía Lesaar El Gurari.

[148] Ibíd., testimonio del teniente de Artillería Fernando Gómez, de esa batería, pero que regresó con el ganado de la misma cuando se retiró la columna Villar. Calcula que «el espacio muerto venía a ser de unos 1.400 o 1.500 metros».

[149] Ibíd., declaración del policía Kaddur Dreus Buayus, de 5 de junio.

[150] Ibíd., testimonio del soldado de Regulares Mohamed Ben Amar, de 8 de junio.

[151] Ibíd., declaración del sargento de Infantería Arquillo.

[152] Ibíd., testimonio del sargento de Artillería Pedro Verano.

[153] Ibíd., testimonio de Hamedi Ben Haddú, de Regulares.

el expediente detalla que únicamente se disponía de cinco cargas por pieza, a 18 proyectiles cada una, 360 disparos en total, de los cuales varios resultaron fallidos.

Respecto a los oficiales, son unánimes los elogios. Un policía «vio morir, cuando el fuego era muy intenso, al capitán Huelva, de un balazo en el pecho», mientras dirigía la defensa, insultando a los atacantes a los que tachaba de «bandidos»[154]. El capitán Salafranca, de Regulares, después de mandar calar bayonetas, fue herido mortalmente de un disparo; un alférez le puso una chilaba para que apoyara la cabeza, pero él también cayó, así como el sargento que le sustituyó para repartir municiones y controlar el fuego. Antes de ser alcanzado, Salafranca «dirigía el fuego en pie, y alentaba a sus hombres», animándoles a que apuntaran con calma, aunque, como vio uno de ellos, «tenía sangre en el pecho».

Se habla del teniente Flomesta, que mandaba la batería, y que, cuando se quedó sin granadas, se dedicó a repartir cartuchos a los fusileros, a pesar de estar «chorreando sangre por la frente y por la parte de detrás de la cabeza»[155] por una de las muchas piedras que tiraron al final los atacantes, y dando vivas a los Regulares y a España. Mohamed Ben Amar le vio morir por un tiro «que le atravesaba la cabeza cerca de la sien […] y aunque hacía esfuerzos por estar en pie no podía, se tambaleaba y dio dos o tres pasos largos y cayó al lado de los cañones». «Se le saltaron las lágrimas» al marroquí, al ver aquello. El oficial moro de Regulares, «poniendo la pistola debajo de la quijada derecha se suicidó», ante los ojos del policía Mohamed Ben Hach, que vio morir al alférez Fernández «en el parapeto, haciendo fuego, de un balazo en la barba que le salió por detrás de la cabeza».

Parece, por tanto, que no hay nada que reprochar, antes al contrario, a la guarnición. Sendas laureadas para Salafranca y para Flomesta lo certifican, pero es gran lástima que en ninguno de sus escritos o sus intervenciones parlamentarias, muy posteriores a los hechos, Berenguer rectificara sus injustas apreciaciones.

Dos últimos comentarios sobre este asunto. Acompañó a Villar cuando se instaló la posición el Cheif El Hach Haddur[156], quien le dijo que «el lugar no era a propósito porque carecía de agua, porque era un terreno movido y sin piedras para hacer un buen parapeto y porque, además, tenía noticias de que había harca numerosa que se ocultaba en las cercanías». El comandante no le hizo caso. Poco después, el marroquí contemplaría su casa quemada y saqueada por los rifeños, en represalia por su colaboracionismo.

Por otra parte, el policía Kaddur Dreus Buayus, que cayó prisionero, asevera que «con los rifeños hay nueve hombres, que son colorados, y que dicen que son alemanes, que fueron los que desarmaron los cañones para llevarlos», y «que tienen los rifeños una ametralladora que disparan los alemanes». Se trataba, indudablemente, de desertores de la Legión Extranjera francesa, al servicio de la harca.

[154] Ibíd., declaración del policía Mohamed Ben Hach.
[155] Ibíd., declaración del soldado Miguel Pozuelo, de Artillería.
[156] Su testimonio figura en ibíd.

Antes de cerrar el capítulo parece inexcusable una valoración de Abarrán, más allá de lo que pensaran los protagonistas, ya que ni Berenguer ni Silvestre, pero tampoco Abd el Krim, que siguió negociando con los españoles, midieron su verdadera trascendencia.

Los autores son prácticamente unánimes al estimar que ninguno de los dos generales supo calibrar lo sucedido y concederle su verdadera trascendencia. La opinión de ambos se podría resumir en las palabras de un modesto soldado, Bernabé Nieto, de Artillería de Montaña, al diputado y periodista Eduardo Ortega y Gasset: «a lo de Abarrán, no se le otorgó en el campamento mayor trascendencia, porque, en realidad, fue un éxito de la traición, y no de la lucha [...] Los Beni Urriaguel entraron sin disparar un tiro»[157]. En palabras de la bien informada *La Correspondencia Militar*[158], «todas las referencias convienen en que se trata de un hecho aislado que no tendrá repercusión».

Pero, en realidad, era algo muy distinto, un punto de inflexión. La harca, quizás de forma confusa, había establecido que el Amekran, aún en Tensaman, pero ya cerca de Beni Urriaguel, definía la línea fronteriza. Que los españoles la traspasaran significaba que estaban dispuestos a seguir avanzando hasta, superando Quilates, pasar el Nekor, verdadero límite de las dos cabilas[159], y llegar a Axdir, el corazón de su territorio, a Alhucemas. Guerreros naturales, los de Beni Urriaguel habían optado por la defensa avanzada. La batalla no se daría en su terreno, sino en el vecino de Tensaman. Al margen de que Silvestre quisiera realizar una simple operación de policía, o de que estuviera dando los primeros pasos para ejecutar un plan que Eza y Berenguer siempre negaron, al cruzar el río había confirmado todos los temores de una invasión. De ahí, la reacción inmediata y violenta, más intuitiva que meditada, que desembocaría en el desastre final.

En insuficiente descargo de los generales se podía alegar la aparente calma que siguió a Abarrán. El marqués de Valderrey comentó en el Congreso que el 2 de junio, al día siguiente del combate, desembarcó en Afrau acompañado de otros dos diputados «para registrar una mina». Se adentraron, sin escolta, hasta llegar a tres kilómetros de Annual y a otros tantos de Sidi Dris, durmieron al raso y por todas partes solo reinaba «paz, tranquilidad y seguridad». Añade, por cierto, que «en mi vida he visto terreno más difícil para todo movimiento militar»[160].

La beatífica impresión que sacó Valderrey se debía compartir en las posiciones, ya que una orden de 20 de junio[161], solo diecinueve días después de Abarrán, alertaba sobre «los descuidos» y «el abandono» que se advertía en las guarniciones

[157] Ortega y Gasset, pág. 39.
[158] Del 7 de junio de 1921.
[159] Ayache (1981), pág. 312.
[160] Las citas están extraídas de sendas intervenciones, una, interrumpiendo a otro diputado, la segunda, en el uso de la palabra, y figuran en los *Diarios del Congreso* de los días 25 de octubre y 15 de noviembre de 1921, respectivamente.
[161] AHN, TS, 50 N 2, folio 390.

debido a «la sensación de tranquilidad» imperante. Recomendaba mantener y reforzar las defensas, y adoptar medidas, que por lo que se sabe no se ejecutaron, como cavar fosos entre las alambradas y los parapetos.

Incidentalmente, la frase del comandante general en su ya citado telegrama del 5, mencionando «el plan sobre Quilates», más un informe del Estado Mayor de Melilla[162] para Berenguer diciendo que la posición se ocupó a fin de «servir de apoyo a los subsiguientes avances para llegar al dominio de la parte septentrional de la cordillera de Quilates», permite albergar serias dudas sobre el verdadero carácter de la operación. No parece, en efecto, que fuera meramente «de policía», sino que se inscribía en una decidida voluntad de seguir avanzando, a pesar de todo, en dirección de Alhucemas. La presencia de Artillería, arma de apoyo por excelencia, abonaría la tesis de que se trataba de algo más que colocar un simple observatorio avanzado.

Sin duda, Silvestre se aventuró más allá de lo que permitían sus medios, y Berenguer, enfrascado en su campaña, le dejó hacer, incumpliendo su deber de controlarlo.

La realidad fue que «el trueno de Abarrán»[163], «cambia todo, hace girar nuestra acción en Marruecos de la ventura a la desgracia, [pero] […] no se percibieron su importancia, o su significación, o sus consecuencias»[164].

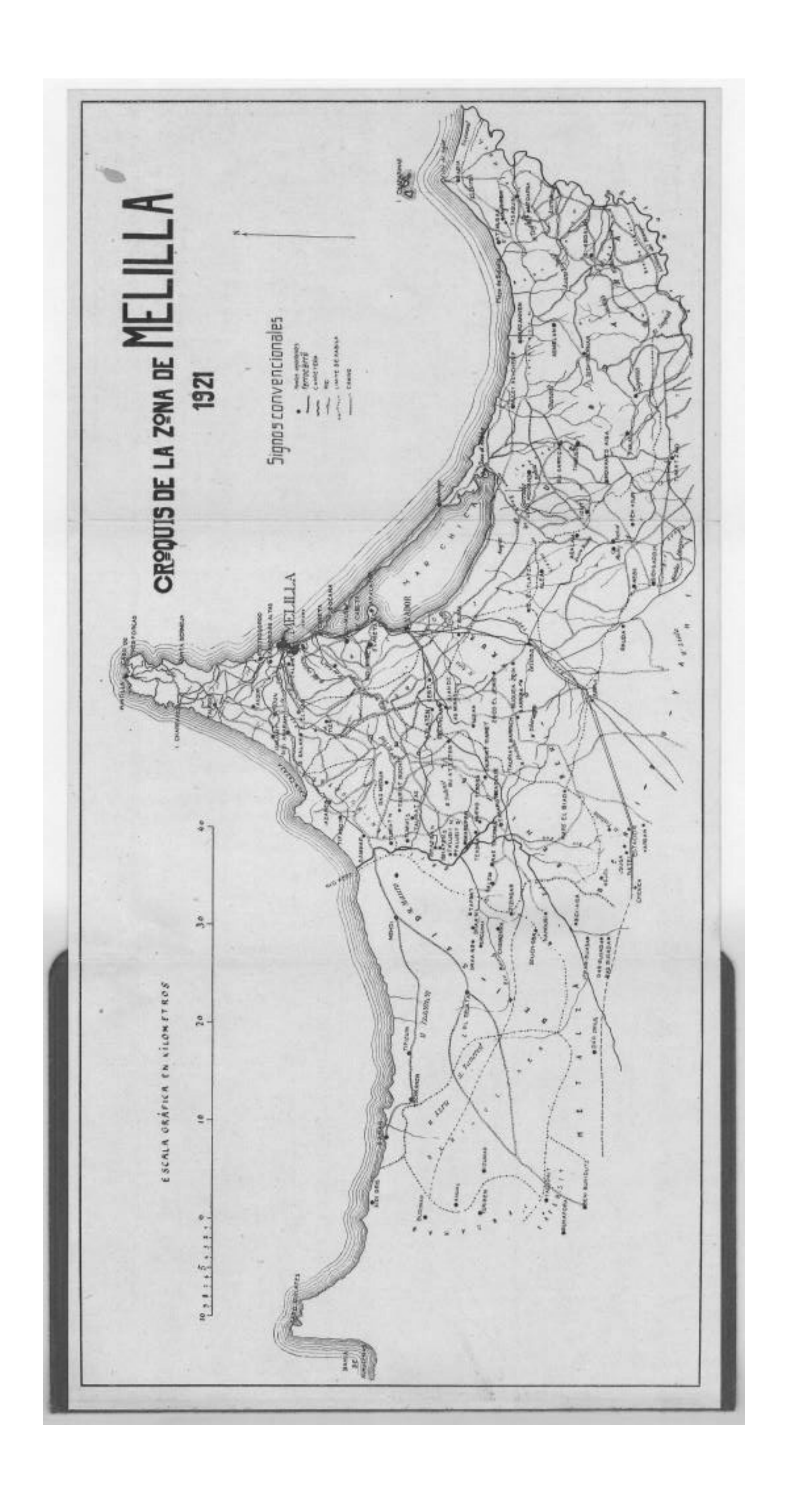
Así fue, y pronto se entraría en el segundo acto del drama. Porque Berenguer, al enumerar los puntos que ha ocupado para apuntalar su línea, como Talilit, entre Sidi Dris y Annual, y las posiciones llamadas A y B, entre este último punto y Ben Tieb, ha mencionado el establecimiento, el día 7 de junio, de una guarnición en un lugar llamado Igueriben.

---

162 Fechado el 4 de julio de 1921. En AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 8.

163 Ayache (1996), pág. 90. La expresión «el zarpazo» que encabeza este capítulo es de Eza, que la utilizó repetidas veces al referirse a aquella derrota.

164 Pabón, vol. II, pág. 282.


CROQUIS DE LA ZONA DE MELILLA
1921
Signos convencionales
ESCALA GRÁFICA EN KILÓMETROS
MELILLA
MAR CHICA

Capítulo VI
En la boca del lobo
(Igueriben, 21 de julio)

Capítulo VI
En la boca del lobo
(Igueriben, 21 de julio)

Igueriben

El revés de Abarrán, aunque insuficientemente valorado en toda su significación, llevó a Silvestre, como se ha visto en el capítulo anterior, a ordenar la ocupación de una serie de puntos, al objeto de apuntalar su primera línea, cuya vulnerabilidad había sido revelada tras lo sucedido el 1 de junio. La aparición de una harca en Beni Tuzin, que podía coordinarse con la de Beni Urriaguel que había perpetrado el ataque, subrayaba la necesidad de tomar medidas. Uno de esos lugares fue Igueriben, en Tensaman, entre Annual y Buimeyan. Su misión sería «impedir, en combinación con Izumar y servicio diurno establecido en la colina intermedia entre Izumar y Annual, que el enemigo pudiera utilizarle [un valle allí existente] para incursar el camino Izumar-Annual», así como «ejercer acción eficaz»[1] sobre varios poblados vecinos y «para hacer más efectiva nuestra acción sobre Beni Ulichek»[2].

Por fortuna, se cuenta con el testimonio de los dos principales actores de la operación, lo que permite hacerse una idea de cómo se desarrolló.

El más destacado de ellos es el segundo jefe de la Comandancia de Melilla, Felipe Navarro. En las oceánicas declaraciones que hizo[3] señala que el 6 de junio, recibió instrucciones de Silvestre para que se trasladara a Annual y desde allí montara la maniobra. Dado que a partir de entonces su papel irá cobrando una importancia paulatina, parece apropiado precisar el ámbito de las responsabilidades que había venido ejerciendo. Él mismo reconoce que había consagrado su «preferente atención» a la presidencia de la singular Junta de Arbitrios, lo que,

---

[1] AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 12. Se trata del borrador manuscrito de un telegrama en que se justifica el nuevo despliegue y se informa de la ocupación de Igueriben.

[2] Discurso de Berenguer, *Diario del Senado* de 14 de julio de 1922.

[3] Figuran en AHN, TS, legajos 51 N 10, N 11, N 12 y N 13. Se realizaron a lo largo de varias sesiones, desde el 23 de febrero al 17 de marzo de 1923, que se encuentran entre el folio 2668 y el 3385. Lo referente a la ocupación de Igueriben está recogido en los folios 2668-2671 y 2673v-2674.

de hecho, le absorbía hasta el punto de mantenerle alejado del proceso de toma de decisiones. Parece muy claro que su superior apenas contaba con él para la dirección de la campaña, que llevaba directamente con su Estado Mayor y con el coronel responsable de Asuntos Indígenas y de la Policía, hasta que este pasó a un segundo plano. Ello refleja una tendencia del comandante general al personalismo, y a rehuir la delegación de su autoridad, que se aprecia también en la rigidez de las instrucciones que impartía[4]. Se trata de un fenómeno común. Con frecuencia, las personas que más autonomía exigen a sus superiores, conceden muy poca a sus colaboradores.

Refleja el carácter extremadamente disciplinado de Navarro que aceptara como natural ese estado de cosas y el verse relegado a desempeñar las funciones de un alcalde sui géneris. Llama asimismo la atención que un Ejército henchido de generales, como era el español, únicamente tuviese dos en Melilla y uno de ellos, además, consagrado en exclusiva a funciones administrativas.

El segundo jefe salió de Melilla el 6 de junio por la tarde, llegando a su destino a las 21:30. El 7, entre las 8:00 y las 15:30, y en ejecución de las instrucciones, queda montada la posición. Se destinan dos compañías de fusiles de Ceriñola, una sección de ametralladoras del mismo cuerpo, la 1.ª Batería Ligera, un puñado de policías y tres telegrafistas. Inicialmente, se había pensado en situar solo una compañía, lo que, a la vista de lo sucedido en Abarrán, sorprende, pero luego se decidió dejar una fuerza más nutrida[5]. El comandante Mingo, del mencionado regimiento, toma el mando. Se dejaron los víveres precisos, pero de «depósitos de agua no quedó ninguno», aunque sí «cubas portátiles» para hacer la aguada. Entre los elementos que se llevaron destaca la «paja de descanso para 120 hombres». Así se vivía en esas posiciones. Como siempre, Silvestre acudió desde la plaza para realizar una inspección, regresando ese mismo día con Navarro a Melilla.

Antes, sin embargo, envió a un oficial de Estado Mayor a una altura que desde allí se divisaba, la Loma de los Árboles, luego de ingrato recuerdo, para que eligiese en ella un sitio para instalar fuerzas. Volvió diciendo que «no había ninguno a propósito», y como, por otro lado, estaba batida desde el propio Igueriben de mayor cota, se estimó que, en caso preciso, «sería fácilmente ocupada», por lo que se la dejó desierta. La solución, visto el papel que jugaba en el dispositivo, y teniendo en cuenta lo indicado en el primer párrafo de este capítulo, llama la atención, ya que suponía dejar un portillo abierto en la línea. Eso sí, se ordenó que desde Buimeyan se mantuviera la descubierta que a diario se hacía en ese lugar.

Mingo aporta algunas precisiones[6]. Indica que quedó una compañía, no una sección, de ametralladoras, que luego fue sustituida por una sección de

[4] Ver, al respecto, en ibíd., 50 N 9, las declaraciones del coronel Riquelme de 28 de noviembre de 1921, folios 1775v-1776.

[5] En la referencia de la nota 1 se conservan dos hojas mecanografiadas con las instrucciones para Navarro. A mano, se han añadido las mencionadas modificaciones de la guarnición.

[6] AHN, TS, 51 N 3, declaraciones de 10 de octubre de 1922, folios 971v-976.

ametralladoras de posición, y, lo que es más importante, que había víveres para cuatro días y que la aguada se encontraba a más de dos kilómetros de distancia, teniendo que pasar dos barrancos y con «el flanco izquierdo completamente al descubierto» para llegar a ella.

Ello suponía, pues, que el abastecimiento de agua, desde un principio, era problemático, y que sería preciso enviar un convoy al menos cada cuatro días para llevar alimentos, sin mencionar las municiones que se pudiese necesitar. Se trataba de dos serias vulnerabilidades, a las que, en el ambiente reinante en la Comandancia, no se les dio gran importancia. Al fin y al cabo, había decenas de posiciones en parecidas circunstancias.

El comandante intentó resolver la cuestión del agua buscando un pozo en el lugar donde, «según referencias de los naturales adictos, había existido otro» anteriormente. Pidió los elementos necesarios, reiterándoselo a Navarro –quien mandó «tomar nota»– en una visita de inspección. Algo se hizo, pero no se llegó a completar el trabajo.

La aparente indiferencia ante tan serios problemas logísticos es aún menos comprensible si se lee el parte de la operación[7]. Se dice en él que ese mismo día, desde la una a las dos de la tarde, se sostuvo un tiroteo, siendo un policía herido, y que «tanto durante la ocupación como en el repliegue» se vio a una harca «constituida por dos fuertes núcleos». Otro parte, del coronel Morales, «jefe de la columna de la derecha» que participó en la operación, lo corrobora, cuando dice que se veía al enemigo «en grandes grupos en las estribaciones de la izquierda del Amekran y se le había visto bajar por los barrancos hacia el río». Eran, naturalmente, los hombres de Abd el Krim, un avispero alborotado por el movimiento español. Berenguer, compartiendo ese estado de complacencia generalizado, se limitó a transmitir el día 8 al ministro la información recibida sobre el desarrollo de la operación, señalando la actividad de los rifeños, sin otro comentario que los contrarios «no hicieron más acto de presencia» que el citado intercambio de disparos[8].

El pequeño episodio de la ocupación de Igueriben puede servir de ejemplo del exceso de confianza con que se operaba. A pesar del escarmiento de Abarrán, se prevé inicialmente una guarnición absurdamente reducida para proteger la posición y la batería que en ella quedaba; se desdeña el problema del abastecimiento de agua y no se da especial importancia a la inmediatez de una fuerza enemiga que había demostrado seis días antes de lo que era capaz. Era una forma peculiar de actuar, sabiendo que se estaba «en la boca del lobo», por utilizar la expresión que Riquelme aplica a Annual[9].

---

[7] Ver nota 1. El primer parte está también manuscrito, y no tiene firma ni fecha. Hay copia, con fecha de 30 de junio, mecanografiada y autenticada, en AHN, TS, 51, N 3, folio 841. El de Morales está datado en Buimeyan, el 23 de junio de 1921.

[8] El telegrama se halla en AHN, TS, 50 N 1, folio 24.

[9] Ver sus declaraciones en *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 147.

Que, además, no dejaba de afilar los dientes. Se calculaba que el 10 de junio la harca ya reunía 3.000 hombres; se sabía que Abd el Krim continuaba su labor proselitista, que había establecido contacto con cabilas de retaguardia para un levantamiento tras la recogida de la cosecha, que fomentaba la deserción en la Policía, ofreciendo una cantidad si, además de dejar las filas, se asesinaba a un teniente o a un capitán y que continuaba instruyendo a sus hombres en el estilo europeo de combate[10].

Había establecido, además, una serie de guardias, formadas por unos veinte o treinta hombres, en puntos dominantes, en paralelo con la línea española, a veces a solo 700 metros de distancia[11].

Todo ello se plasma en un menudeo de hostigamientos. El mismo 10, Annual es tiroteado, y, el 14, Igueriben, durante diez horas, según Mingo. Lo que es peor, ese día no llegó el convoy, y se vio obligado a pagar a «dos indígenas adictos» para que le llevasen agua.

A pesar de que la Policía ha perdido parte de su eficacia para recoger información, porque se la sigue empleando como fuerza de choque, se multiplican las confidencias alarmantes[12]. Hablan de núcleos enemigos desplegados «en correcta formación», del establecimiento de impuestos para comprar armas, de hogueras y descargas al aire convocando a los combatientes, resultado todo ello de la labor del jefe rifeño.

Mingo lo confirma, mencionando que ya desde el día 11, «la harca hacía alarde de su fuerza» y que, según informes, gente de Beni Tuzin se había unido a los de Beni Urriaguel y Tensaman. Pidió autorización para abrir fuego de artillería, pero desde Buimeyan, donde residía el jefe de sector de la Policía y, por tanto, el mando para las decisiones políticas, se lo negaron, «para no provocar al enemigo». Se preguntó, posteriormente, si esa timidez no animó a los rifeños a atacarle el 14. Lo que nadie percibió era que los rifeños habían interpretado la instalación de Igueriben «como parte de un plan general de intimidación de los españoles»[13], que no estaban dispuestos a aceptar sin reaccionar, igual que habían hecho en el caso de Abarrán.

El primero que no se percata es Berenguer. A las confidencias que le llegan directamente y a las que transmite Silvestre, le responderá el 12 de julio que «son exageraciones de los informadores, que siempre se aprovechan [...] para impresionar con sus noticias». Estima además –quizás para justificar que no envía refuerzos–, que «considero la línea Sidi Dris-Annual-Bu Hafora lo suficientemente fuerte para rechazar cualquier ataque»[14].

[10] Ibíd., págs. 143-145.

[11] Los vio el capitán Fortea, según sus declaraciones del 30 de agosto de 1921 (AHN, TS, 50 N 3, folio 470v).

[12] Figuran en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 45. Solo para el mes de junio, se recogen treinta, y veinte para julio.

[13] Pennell, pág. 130.

[14] Lo cita Berenguer en respuesta a la pregunta 15.ª de su interrogatorio, AHN, TS, 51 N 2, folio 477.

Ese mismo día, un modesto teniente de Artillería, Nougués, destinado a morir pronto, tomó la pluma para escribir una carta. En ella, demostrando más perspicacia que su ilustre superior, y refiriéndose a las lecciones de Abarrán, que aleteaban en la mente de muchos, comentaba que «sucedió lo que tenía que suceder, que mientras la cosa iba bien, nadie se preocupó de deficiencias, pero en cuanto han venido los palos, se ha visto que estábamos haciendo equilibrios, y eso no puede ser»[15].

Una loma infausta

Antes de describir el segundo acto del drama de Annual, podría ser útil mencionar los elementos con que Silvestre contaba entonces. Los datos están extraídos de un informe, sin fecha[16], pero que por mencionar la guarnición de Igueriben, se sitúa por aquellos días. La guarnición de la Comandancia General mantenía la que era su estructura clásica: cuatro regimientos de Infantería (San Fernando, Melilla, Ceriñola y África), a tres batallones, de seis compañías de fusiles y una de ametralladoras, con unos efectivos teóricos de 3.000 hombres cada uno. También estaba la Brigada Disciplinaria, un débil batallón de apenas 500 plazas. La Caballería se hallaba representada por el regimiento de Cazadores de Alcántara, unos 600 efectivos agrupados en cinco escuadrones de sables –uno de ellos, de voluntarios–, y uno de máquinas. La Artillería contaba, como unidades móviles, con tres baterías Ligeras y seis de Montaña, una de las cuales, la 1.ª, destruida en Abarrán, se estaba reorganizando en Melilla. Había, además, piezas de posición distribuidas en más de una veintena de guarniciones. Respondiendo a las apremiantes peticiones formuladas, habían llegado a Melilla dieciséis cañones Krupp de montaña, el equivalente a cuatro baterías, para reemplazar a los antiguos, y estaban en camino veinte ametralladoras adicionales.

Los Ingenieros sumaban seis compañías de Zapadores y dos de Transmisiones; Intendencia tenía siete compañías (tres de Montaña, dos montadas, una de plaza y una de automóviles), y Sanidad dos secciones montadas y tres de campaña. Los Regulares eran tres tabores de Infantería, a tres compañías de fusiles, y solo una de ametralladoras para todo el grupo, y uno de Caballería, a tres escuadrones. Por último, la Policía alineaba catorce compañías autónomas, ya que la 15.ª había desaparecido en Abarrán.

Por lo que se refiere a Aviación, se disponía de la 2.ª Escuadrilla, con seis aparatos De Havilland. El comandante Aymat, jefe del Grupo de Escuadrillas de Aviación de Marruecos consideraba[17] que era «material de muy buen tipo para su

---

[15] Un fragmento de la carta, muy citada, está en ibíd., 50 N 6, folio 1320. Tiene fecha de 12 de julio.

[16] Ibíd., 51 N 13, folio 3392. Fue entregado por Berenguer.

[17] Sus declaraciones, de 16 de septiembre de 1921, en ibíd., 50 N 4, folios 939-943.

objeto de reconocimiento y bombardeo» y que se hallaba «en estado magnífico de mantenimiento». Es muy ilustrativo que, mientras la fuerza aérea de Ceuta y de Larache dependía del alto comisario, la de Melilla, en cambio, lo hiciera del comandante general, una prueba más de la autonomía de Silvestre. Este pudo así dar libre curso a su desprecio de los expertos. Por ejemplo, se opuso a sus recomendaciones de que se cambiaran los procedimientos de los vuelos de reconocimiento topográfico, y aunque se le mencionó que, técnicamente era preferible establecer el aeródromo principal en Batel, desechó el consejo, y prefirió que se empezara a construir uno en Nador, «para poder tener [...] más en mano estos servicios y atendiendo a la comodidad del personal navegante, que así podía residir en la plaza». Comodidad, por cierto, que se pagaría cara.

También a iniciativa propia, Silvestre solicitó de Berenguer el envío de una escuadrilla adicional, especificando que fuera de aparatos Breguet. Se le denegó porque aunque tenían «mayor capacidad para el transporte de bombas», se los consideraba con «menos actitud para el vuelo acrobático», que al parecer era el indicado para aquel territorio. Por otra parte, vale la pena anotarlo, se estimaba que la unidad existente en Melilla tenía la capacidad de dar «mucho mayor rendimiento», y que sus bombardeos eran de «poca intensidad».

El conjunto de fuerzas de la Comandancia General estaba repartido entre más de un centenar de posiciones, de las cuales ni una veintena superaba los cien hombres de guarnición[18]. Existían columnas móviles en Kandussi-Quebdani, en Beni Said; en Annual y, a su retaguardia, Dar Drius; en Cheif, al sur de esa línea, y en Zoco el Telatza, cerca ya de la zona francesa. Dichas columnas contaban con un «variable número de compañías [...], de distintos batallones [...] y no atendían a razones orgánicas», lo que llevaba a un estado que Picasso califica de «inorganización [sic]»[19]. Por poner un ejemplo, el regimiento de Ceriñola mantenía en Annual compañías mezcladas de sus tres batallones[20]. La disgregación de los regimientos era así completa, con el de Melilla, por citar otro caso, disperso entre columnas y más de quince posiciones[21].

Lo significativo es que para entonces Annual absorbía diez compañías de fusiles y dos de ametralladoras –por mitad de Ceriñola y de África–, una de las baterías ligeras, tres de montaña, y dos tabores y dos escuadrones de Regulares. Se estaba convirtiendo, ya por entonces, en un pozo sin fondo, que detraía fuerzas del resto del territorio.

[18] Para la distribución de las guarniciones, existe un documento interesante en ibíd., 50 N 1, folios 170-189, datado el 30 de junio. Desgraciadamente, está incompleto, no incluyendo, por ejemplo, a Igueriben.

[19] Ver su informe de 21 de octubre de 1921 dirigido al ministro de la Guerra, ibíd., 50 N 10, folio 1406v.

[20] Informe del despliegue de Ceriñola desde 1 de mayo a 21 de julio de 1921, ibíd., 50 N 5, folios 1020-1023.

[21] Declaración del capitán Araujo, del 6 de septiembre de 1921, en ibíd., 50 N 3, folios 536v-537v.

Una cuestión insoslayable, dado el énfasis que puso en ella Silvestre, primero, y los miembros de su entorno, después, es la que se refiere a las tropas de choque, prácticamente las únicas operativas, debido a limitaciones políticas. Mantuvieron la tesis de que en ese respecto Melilla resultaba desfavorecida, por disponer solamente de un grupo de Regulares, mientras que Ceuta tenía dos, a los que, a todos los efectos, habría que sumar un tercero, el que se hallaba en Larache. Berenguer y Eza siempre lo negaron, señalando que los contingentes de Policía de la zona oriental, muy superiores a los de las otras Comandancias, compensaban esa diferencia.

Lo cierto es que esa afirmación es muy discutible. La Policía, organizada en compañías independientes, distaba mucho de tener la solidez de los grupos de Regulares, y, además, carecía de ametralladoras. Si a eso se añade que, por esas fechas, Ceuta disponía ya del Tercio Extranjero, parece indiscutible que Melilla se encontraba en una situación de inferioridad, por lo que respecta a esa clase de tropas selectas[22].

La escalada de violencia mencionada más arriba da un salto cualitativo el 16 de junio. Lo cuenta Navarro[23], testigo de los hechos. Había llegado a Annual el día anterior, acompañando al coronel Manella, de Alcántara, que iba a relevar en el mando, según el mecanismo de turnos, a Argüelles, de Artillería. En la madrugada de ese día, le llamó Villar, responsable de la cotidiana descubierta en la Loma de los Árboles, desde Buimeyan. Pedía permiso para suspenderla, ante la presencia de enemigo. Atendió el teléfono Valcarce, un capitán en prácticas de la Escuela de Guerra, cuyo testimonio sobre esa época es uno de los más valiosos.

El general no transigió, ya que pensaba que su interlocutor estaba influido «por la presión de aquellos momentos», y que no llevarla a cabo «perjudicaría la moral de la Policía y de todas nuestras tropas», motivos que se han presentado como «elevadas consideraciones»[24]. Por tanto, «le ordenó terminantemente» –lo que implica que hubo ciertas vacilaciones por parte de Villar–, que montara el servicio, añadiendo que le apoyarían los cañones de Annual y Buimeyan.

Al poco de salir la fuerza, empezó el fuego contra ella, proveniente de tiradores emboscados incluso en las copas de los árboles. Pasado el mediodía arreció tanto, sin que la Policía hubiese logrado avanzar, que, después de aguantar tres horas de combate, los hombres intentaron por tres veces abandonar la línea, «siendo contenidos por los oficiales, que tuvieron que apelar al último rigor, disparando contra

[22] Eza facilitó al respecto las siguientes cifras, para julio de 1921, sin especificar el día. Ceuta contaba con los grupos de Regulares 1.º y 3.º, con más de 3.300 hombres; 1.942 policías; 1.100 hombres de la Mehala y 1.600 legionarios; Larache, 4.º de Regulares (1.861 plazas) y 1.881 policías. Melilla, con el 2.º de Regulares (1.818 hombres) y 3.280 policías. La desproporción es evidente (datos facilitados por Eza y publicados en el *Diario del Congreso* de 25 de octubre de 1921, págs. 3752-3755).

[23] Declaraciones ya citadas del 23 de febrero, continuadas el 24, 51 N 10, folios 2671-2676v.

[24] Rodríguez de Viguri, pág. 14.

ellos». Al cuarto intento, sin embargo, «se dispersaron»[25]. Por fortuna, Navarro había dispuesto a tiempo que el teniente coronel Núñez de Prado saliera con su grupo de Regulares, y logró cubrir la precipitada retirada. Fernández Tamarit, con tropas de África y una batería, respaldó la operación.

La versión de Villar[26] aporta algunos datos adicionales. La noche anterior había recibido confidencias –que, por cierto, no trasladó a Navarro–, indicando que la harca estaba dispuesta a batirse, y que fueron confirmadas esa madrugada. Añade que el general le reprendió por haber hecho uso de la artillería de Buimeyan sin permiso, ya que así había «soliviantado» al enemigo.

Por su parte, el capitán de Ceriñola que mandaba en dicha posición subrayó la actuación de las fuerzas de su regimiento y de la artillería, describiendo como un éxito que la harca no lograse su propósito de envolver Buimeyan, cuando, en realidad, sus aspiraciones se limitaban entonces a lo que consiguieron, conservar la loma y rechazar al servicio de descubierta. Facilita, asimismo, una relación de bajas propias: tres europeos y dos indígenas heridos, y el caballo *Redentor* y el mulo *Barítono,* muertos[27].

Aunque en pequeña escala, había sido un nuevo fracaso, tras Abarrán. Lo peor es que, a partir de entonces, se renunció al control de la loma. Con ello se contravenía una de las normas esenciales de la guerra colonial, y la de Marruecos pertenecía a esa categoría. En efecto, el sistema se basaba en la presunta superioridad moral, aún más que material, del colonizador sobre el local, y no se podía permitir que nada la pusiese en cuestión. De ahí, la insistencia permanente en mantener siempre la iniciativa, en sostener que no había mejor defensa que el ataque.

Perder, primero Abarrán y, luego, el dominio de la loma, sin intentar recuperarlos era admitir una impotencia que resultaba incompatible con esa superioridad que se predicaba. Era aceptar que se carecía de fuerza para imponer la voluntad, verdadero anatema.

A la vista de ello, es sorprendente la respuesta de Navarro cuando se le preguntó el motivo que le llevó a no ocupar «definitiva y permanentemente» ese lugar. Arguyó que eso hubiera exigido un combate «de más vuelos, por todas las fuerzas, para el que no se consideraba autorizado», ya que emplear tropas europeas habría sido una «extralimitación» de sus facultades. Él era «un mando subordinado», por lo que «tenía que limitarse a ejecutar lo que se le ordenaba». Pudo, lo admite, consultar por teléfono a Silvestre, pero se guardó de hacerlo para no causar, dice, la misma impresión que le había producido a él aquella mañana el nerviosismo de Villar. Habría que traer aquí a colación la famosa frase de Lyautey, diferenciando

[25] Las dos últimas citas corresponden a la declaración del teniente médico Antonio Vázquez, de la Policía, que participó en la operación (AHN, TS, 50 N 5, folio 1068).

[26] AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 13. Se trata de un parte para Morales, de 16 de junio.

[27] Ibíd., carpeta 14, parte de Jesús Robles, de 16 de junio.

entre el concepto de la disciplina que debía tener un cabo y el que correspondía a un general. Navarro, esta vez, practicó el primero.

La contestación, teniendo en cuenta su grado, parece insatisfactoria. Las explicaciones pueden ser dos: su propia falta de resolución, que demostrará más adelante y el estilo tan personal de mandar que tenía Silvestre, poco proclive –ya se ha dicho–, a delegar. Quizás, también, una combinación de ambas. Hay que aludir, inevitablemente, a la perniciosa y, a la larga suicida, repugnancia a utilizar, por imperativos políticos, unidades peninsulares. El resultado fue la pérdida de un punto a solo tres kilómetros de Annual, y que, como se vio enseguida, era clave, debido a que la aguada de dicha posición «estaba situada al pie de su ladera, a vanguardia, y hostilizada fácilmente desde la loma»[28] mencionada.

Fernández Tamarit aventura la hipótesis de que Navarro no se decidió «a echar la carne en el asador, sin duda porque no tenía confianza en la calidad de las fuerzas europeas»[29]. Agrega además que, según Villar, un asalto hubiese costado 150 bajas. La cifra parece muy elevada, ya que en ese ciclo de operaciones nunca se había llegado a tales pérdidas, pero, incluso si es acertada, hubiera sido poco, comparado con el precio que luego hubo que pagar.

Más belicoso, Mingo opina, por su parte, que «se debió y se pudo recuperar la Loma de los Árboles y nuestra situación hubiera sido más airosa»; «se pecó de excesivamente prudentes, como se venía haciendo desde que [...] el enemigo tomó Abarrán». Lamentablemente, él mismo mostró una cautela aún mayor, haciendo todo lo posible para salir cuanto antes de Igueriben, hasta que lo logró.

Del combate del 16 se extraían dos conclusiones inquietantes. La primera, que la artillería de tres posiciones, más cuatro baterías de montaña y una ligera, e incluso el bombardeo de la aviación[30], no habían sido capaces de desalojar a los harqueños de sus puestos. Se trataba de algo serio, habida cuenta de la dependencia de los españoles en los cañones para compensar la superioridad de los rifeños en la guerra irregular. La segunda, el debilitamiento de la Policía, en teoría la mejor tropa del ejército de Melilla, después de los Regulares. A su comportamiento más que dudoso en Abarrán, se había venido a sumar ahora su incapacidad para vencer la oposición en la Loma de los Árboles. Había sobrado motivo para la preocupación. Sobre todo, porque al poco la harca empezó a cavar trincheras en el terreno ocupado, sistema de defensa, por cierto, que no se practicaba en ninguna posición española y que le dio excelente resultado.

La reacción de Silvestre ante los acontecimientos se puede seguir por los telegramas que trasladó a Berenguer en esos días de junio y que este retransmitió al ministro de la Guerra[31]. El 13, le había comunicado que «sigue considerando

[28] Testimonio del coronel Capablanca, de 31 de julio de 1922, AHN, TS, 51 N 1, folio 60.
[29] Declaraciones de 17 de julio de 1922, ibíd., 51 N 1, folio 16v.
[30] Testimonio de Valcarce, del 7 de septiembre de 1922, ibíd., 51 N 1, folio 259. Salvo error, solo él lo menciona.
[31] Ibíd., 50 N 1, folios 25-28.

delicada» la situación, e insistido en sus peticiones de medios. El 16, le habla de la «rara actividad de la harca», que sospecha que los españoles quieren continuar sus avances, y que se presenta «en nutridos grupos» en la orilla derecha del Amekran, que han sido batidos por artillería y por aviación[32]. Naturalmente, está redactado antes de tener noticias del combate de ese día.

El 17, informa del fracaso de la descubierta, que camufla abiertamente. Presenta, en efecto, el choque en términos apenas inteligibles, ya que dice que las tropas ocupan «posiciones impedir avance la harca», con lo que parece que se repelió un ataque, y no que fracasó un reconocimiento. Reitera lo delicado de la situación; señala que Sidi Hamido, «moro amigo», se ha unido a los de Abd el Krim con un fuerte contingente, y solicita ambulancia automóviles. Cifra las bajas en dieciocho policías y un soldado de Regulares muertos, y los heridos en un teniente de la Policía, «levísimo», 57 policías, tres Regulares y tres europeos.

Señala que el repliegue se realizó «ordenadamente», pero no menciona los dos aspectos más destacados: que hubo que abortar la descubierta y que el enemigo había quedado en posesión de la loma. Al día siguiente rectifica, pero nada más que para puntualizar que las pérdidas en realidad habían sido 16 muertos y 45 heridos.

Así pues, ni el alto comisario ni el ministro tuvieron conocimiento de lo que en verdad había sucedido. Lo mismo pasó, como se recordará, en el caso de Abarrán.

Tan enigmático era el texto que Berenguer, el mismo 17, le pedía aclaraciones[33]. En concreto, «si esa descubierta se efectuaba para asegurar la comunicación con retaguardia o, si por el contrario, fue a vanguardia, hacia el río». También le decía que mientras persistiera la concentración enemiga, cualquier movimiento al frente de la línea estaría «expuesto a combates violentos». Por último, le informaba que pedía las ambulancias y que se realizaban las gestiones solicitadas por Silvestre para intentar que Sidi Hamido abandonase la harca.

El 18, por fin le facilita el comandante general las precisiones que debía haber dado el día antes[34]. Dice que el servicio era a vanguardia, para garantizar las comunicaciones Annual-Igueriben y la aguada del primer punto, y que se trató de una emboscada, lo que no es cierto, porque ya se ha indicado que Villar había recibido confidencias al respecto.

[32] Para la actuación de la aviación durante esas semanas, ver los partes de operaciones correspondientes a junio y a julio en AHN, TS, folios 433-438 y 439-442, respectivamente. Por el corto número de aparatos empleados, raramente más de dos, y su limitada carga de bombas, jugó un papel solo relativo, a pesar del valor de los pilotos. Los marroquíes acostumbraban a llamar a los aviones «pájaros tontones».

[33] AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 45.

[34] No se ha encontrado el texto del telegrama, ni en AHN, ni en AGMM, pero se reproduce en Berenguer (1923), pág. 237.

Agrega que en adelante la comunicación con Igueriben se establecería por retaguardia, como si ello no plantease problema alguno, y destaca que el enemigo sufrió «mucho castigo». Calcula las bajas que tuvo, según informes, en más de treinta muertos y doscientos heridos.

Esto último parece ser cierto, ya que se apreciaron síntomas de disgregación en la harca a causa de las pérdidas, y Sidi Hamido, por ese motivo, o como resultado de la labor política, la abandonó, con su gente. Los rifeños no eran militares. Las bajas sufridas, las valiosas municiones gastadas, tenían a sus ojos escasa justificación, dado que no se había obtenido, a cambio, ningún botín.

Ratifica lo primero un informe de Villar[35], añadiendo que, además, existe insatisfacción con Abd el Krim porque prohíbe aprovecharse de las cosechas y sembrados. Era esta una tradición en la harca; cuando actuaba en terrenos de otra cabila, procuraba sacar de ella todo el partido que pudiera. Al vetarlo, Abd el Krim demostraba ser buen político, al tiempo que daba una nueva prueba de sus aspiraciones a ser un dirigente cuyo ámbito se extendiera más allá de Beni Urriaguel. Pero, por de pronto, sus hombres pasaban hambre, y estaban quejosos por no cobrar la soldada. Respecto a las bajas, eran ciertas, pero el comandante de Policía las disminuye. A él le han hablado sus informadores de veinticinco muertos y cincuenta heridos, lo que «me parece muy exagerado».

Hay que deplorar, una vez más, la tendencia de Silvestre a escamotear a sus superiores la realidad, cuando era desagradable. Como bien dijo el general García, «ni uno solo de los telegramas con que el general Silvestre da cuenta de las agresiones o de los combates, deja de contener una frase propia para tranquilizar al general en jefe»[36], y para disimular la ingrata realidad, se podría apostillar.

En cuanto a Sidi Hamido, se realizaron las gestiones solicitadas, vía el comandante militar del Peñón de Alhucemas. Naturalmente, dicho notable defendía sus intereses, y así, tras hacer protestas de amistad hacia España, manifestó que no pudo «negar su cooperación» a la harca. No obstante, él y sus aliados, «están dispuestos a impedir formaciones harca desde mismo día se les pensione»[37]. Era el juego de siempre, que a Silvestre, con su carácter directo y sin ambigüedades, le costaba admitir.

Tras este segundo revés, se multiplicaron las confidencias preocupantes. Entre ellas destacan algunas que menciona Civantos, como que el enemigo contaba con un artillero desertor, y que Abd el Krim había ordenado una movilización general de las cabilas, y no únicamente de Beni Urriaguel. Lo que es cierto es que la harca estaba espléndidamente armada, tanto con Mauser españoles como el Lebel francés, el *arbaia,* identificable por su «repugnante chasquido»[38], y disponía, además,

[35] Figura en copia en AHN, TS, 51 N 17, folio 5050. Es del 19 de junio.
[36] García Benítez, pág. 15.
[37] Por telegrama del 30 de junio, y por órdenes de Silvestre, Morales transmitió esa información a Berenguer (AHN, TS, 51 N 3, folio 839).
[38] Casado, pág. 81.

cosa nada frecuente, de grandes cantidades de munición. Al tiempo, no dejaba de aumentar, mencionándose cifras muy dispares, que oscilaban entre los 300 y los 10.000 efectivos. Esta última parece desorbitada. En efecto, «jamás se reunió en el Rif una harca de más de 3.000 combatientes»[39]. Aun así, parece indiscutible que el prestigio de Abd el Krim continuaba en aumento. En una carta a la que tuvieron acceso los servicios españoles, notables de Beni Buyahí le titulan «primer jefe de la harca de los rifeños», si bien le ruegan que «no vengan a nuestros terrenos hasta tanto que hayamos recogido la cosecha», lo que demuestra que hasta allí llegaban sus incitaciones al alzamiento[40], pero también los límites de la belicosidad de aquellas cabilas.

No por esos preparativos guerreros el jefe rifeño había desistido de mantener sus contactos con los españoles. Incluso después de todo lo sucedido, seguía creyendo que un acuerdo con ellos era la mejor alternativa, y más aún con las ventajas añadidas que, a sus ojos, sus triunfos le daban para negociar. La consciencia creciente de su propio poder le hizo demandar esta vez, y como condición previa, que Silvestre suspendiera sus avances. Se le respondió aceptando, lo que parece sorprendente y una prueba de debilidad, aunque «dentro siempre del reconocimiento concreto de que ha de ir a Beni Urriaguel», pero exigiendo a su vez algo inadmisible para Abd el Krim: que evacuase el territorio de Tensaman, excepto Trugut, a lo que no estaba dispuesto el jefe de la misma[41]. Se podría decir que de esa manera se perdió la última oportunidad de una solución negociada del conflicto. Pero, en esas circunstancias no se podía esperar del jefe rifeño que, tras sus victorias se aviniese a menos, ni de un general europeo que transigiese más, sobre todo con la mentalidad colonial de la época. El momento de la paz, simplemente, había pasado, arrastrado por los acontecimientos.

Se ha escrito que tras el episodio de la Loma de los Árboles el comandante general fue «presa de un franco desconcierto»[42] que le paralizó. Lo que es seguro es que dio la impresión de que confiaba todo a que la harca se disolviera por sí misma, fenómeno frecuente. Pudieron pesar, también, las llamadas a la prudencia de Berenguer. Lo cierto es que tras el 16 de junio se produce en la zona de Melilla un vacío de actividad por parte española, mientras las espadas continúan en alto, y al tiempo que Berenguer, ya tranquilo por ese lado, juzgando «encalmada la situación»[43], inicia a fines de mes sus propias operaciones en Beni Arós.

---

[39] Ruiz Albéniz (1922), pág. 356.

[40] La traducción tiene fecha de 1 de julio. Por lo que presumiblemente se escribió a lo largo de junio (AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14).

[41] Ver el intercambio de cartas con Civantos en Hernández Mir (1926), págs. 42-45.

[42] Ayache (1996), pág. 104.

[43] AHN, 51 N 2, respuesta a 15.ª pregunta, folio 482.

Pese a ello, Silvestre seguía dolido por sus fracasos. Se advierte en un borrador que preparó el 23[44], y que no salió de su despacho, pero que, elaborado, se convertiría en carta que remitió más tarde, el 15 de julio.

Sangrando por la herida, y manipulando lo que le había escrito Berenguer el 21 de enero, empieza diciendo: «como tú mismo reconocías [...] mis fuerzas habían llegado al límite de elasticidad». Luego, acumula las disculpas, con una serie de «síes»: si a su debido tiempo hubiese tenido todo lo necesario; si los caminos hubiesen estado terminados, y el ferrocarril, prolongado; si no se hubiese retardado la incorporación de los reclutas... Había una causa genérica de sus problemas, «faltar, en un momento crítico, para un avance a fondo, hombres, dineros y elementos».

El texto presenta el interés de que es una excusa no pedida por nadie, sino por su despecho o su mala conciencia. Es fácil imaginar a su autor, en la Comandancia, solo, rumiando amarguras; o paseando como un león enjaulado, dictando a su secretario la catarata de agravios. También llama la atención que, entonces, no juzgara oportuno convertir esos párrafos en una carta.

El 28 se celebrará una fiesta en Beni Said, con nutrida asistencia, que se conceptúa de buen augurio. Los notables que acudieron recibieron un pañuelo de seda valorado en treinta pesetas para cada una de sus esposas.

Era tal la calma, que los permisos para ir a España se reanudan de forma rutinaria. Uno de los beneficiarios fue Navarro. Se ha dicho, venenosamente, que fue «so color de viaje recreativo», pero que en realidad estuvo en Madrid en el mes de junio, para pedir refuerzos, por encargo de Silvestre. El propio interesado lo desmiente, asegurando que estuvo solo en Sevilla y en Granada, y no ese mes, sino del 12 al 19 de julio. Parece, no obstante, que el comandante general sí envió algún emisario con este fin, en los últimos días de junio[45]. Ello explica la que hubiera sido, en caso contrario, extemporánea reacción de Eza, divulgando el 2 de julio en la prensa una nota oficiosa desmintiendo el rumor que corría de que se había solicitado una división. Aprovechó la oportunidad para reiterar su tema favorito de suprimir el tercer año de servicio y de aumentar la recluta voluntaria. Berenguer, a iniciativa propia, lo confirmó públicamente el 5, diciendo que «la información, por su falsedad, no merece ser recogida», pero que juzga oportuno salir al paso de ella, reafirmando que «la situación aquí es absolutamente normal» y negando que «nadie haya pensado en traer un solo hombre de España»[46].

A pesar de todo, se tomaron, sobre el papel, algunas medidas, como ordenar a los jefes de las circunscripciones más avanzadas, incluida Annual, que «el repuesto de agua y víveres» de las posiciones, previsto para cuatro días, se incrementara a ocho[47], lo que no se llevó a la práctica, a la vista de lo sucedido después.

[44] AGMM, Documentos del general Fernández Silvestre, legajo 1524, carpeta 14.

[45] Vivero, págs. 119-124, para este episodio.

[46] Ver, al respecto, las respuestas de Eza el 22 de junio de 1924, en AHN, TS, 51 N 26, págs. 19-24 (están sin foliar).

[47] Ibíd., 50 N 2, folio 418, orden de 4 de julio.

Porque Silvestre estaba por entonces meditando su venganza. Es posible que la concesión de permisos fuera únicamente con objeto de dar un descanso antes de nuevas operaciones. Dejó claro que no había olvidado el día 8, en una conversación con el capitán Fortea de la Policía, en la que describió Abarrán, de nuevo, como «una lección muy dura», de la que estaba planeando tomarse «la revancha». Al parecer, cuando se le preguntó si tenía fuerzas para ir a Alhucemas, respondió «que eran sobrados y que lo que le faltaba era material y otros elementos que no le mandaban»[48].

Mientras tanto, proseguía maniobrando en la sombra contra Abd el Krim, al objeto de disgregar la harca, como se había hecho con Hamido. El 10, por ejemplo, informa a Berenguer[49] de un encuentro de Morales con algunos notables de Beni Urriaguel afines, con vistas a formar un «partido español que suscitaría disturbios atacando» a las fracciones hostiles de la cabila, lo que más abajo llamaba «*lef* español», es decir, una especie de alianza. Proponía pagar cien duros a cada jefe para «comenzar sus trabajos».

El 13 de julio Mingo, que había tenido tiroteos cotidianos desde el 16 de junio, fue relevado por Benítez, de su mismo empleo y regimiento. El 15 se presentó a Silvestre, en Melilla, y le trasladó sus inquietudes ante la pujanza del contrario y las deficiencias de Igueriben. El comandante general llamó a su jefe de Estado Mayor, para que le oyese y tomase medidas. Era ya muy tarde.

Además, para entonces, el comandante general estaba ya preparando una ofensiva. Lo demuestran documentos[50], pocas veces o nunca citados. El primero es del parque de Artillería de Melilla, fechado precisamente ese día. Se trata de una «nota […] formada con arreglo a las instrucciones del Excmo. Sr. Comandante General» sobre las necesidades «en el supuesto de que las operaciones se prolonguen hasta Alhucemas». El segundo, de la jefatura de Sanidad, sobre el mismo asunto, se refiere a «la posición de Annual, indicada para base del ejército de operaciones». «Dado que este ejército ha de ser numeroso», propone el establecimiento de un hospital de hasta cien camas, aunque puede ser «que sea escaso el número». Incidentalmente, menciona que entonces en esa posición había nada más que veinte, «mal instaladas en dos tiendas tortugas sobre el suelo terrizo». Un tercer informe fue elaborado, también el 15 de julio, por el comandante jefe de la unidad automovilista[51], que inspeccionó el camino entre Izumar y Annual, advirtiendo de las deficiencias que se presentarían «cuando las operaciones se encontraran en un momento álgido». Parecen claros, pues, los proyectos que albergaba Silvestre.

[48] Ibíd., TS, 50 N 3, declaración de Fortea del 30 de agosto de 1921, folio 471v.

[49] Ibíd., TS, 51 N 3, de 10 de julio, folio 836.

[50] Ibíd., 50 N 3, folios 582 y 583, respectivamente. El informe de Sanidad es de 9 de julio.

[51] Se menciona en un informe, acompañado por croquis, del Estado Mayor de Melilla (AHN, TS, 50 N 2, 450-455).

Los puso de manifiesto en la carta –la última que escribiría en su vida–, que ese mismo día 15 remitió a Berenguer[52], partiendo del borrador del 23 de junio. Amplía y enriquece con reflexiones adicionales algunos de sus párrafos, y otros los mantiene intactos, como el relativo a Abarrán, revés que no olvida.

De mayor interés son los nuevos que redacta, llenos de optimismo y de proyectos para el futuro, dando la sensación de que para entonces se ha repuesto, por lo menos en parte, «del disgusto de la Loma de los Árboles». Considera desaparecidas tanto la efervescencia en «la zona insometida [sic]», como la expectación en las sometidas, estima «suficientemente asegurada y fuerte nuestra línea de contacto […] para detener cualquier ataque o conato de penetración», y confía en que vayan «esfumándose los contingentes de la harca», por el cansancio y la falta de recursos, entre otros factores.

Hasta entonces, siguiendo las órdenes, se ha abstenido de proponer cualquier movimiento orientado a «dar un golpe a la harca situada en Tensaman» o a expandirse en esa cabila. Pero, a la vista de las buenas perspectivas, ha llegado el momento de salir de la inacción. Se plantea, tras unas «pequeñas operaciones» previas, recuperar lo perdido, y más: «llegar al dominio de Tensaman»; avanzar «por la zona costera sobre Quilates», y «recuperar Abarrán», al tiempo que se apuntala el flanco izquierdo del frente. La harca, «unos mil quinientos fusiles […], repartidos en grupos de cien a cuatrocientos» no será obstáculo, asegura.

Cada línea de la carta encierra un error de cálculo. Lo demuestra que, antes de enviarla, tendrá que añadir una larga posdata que empieza diciendo: «escrita esta carta, y como habrás visto por los partes que te dirigí, la harca ha dado nueva señal de vida». Así era.

El drama de los convoyes

Mientras la retaguardia vivía en calma, no sucedía lo mismo en el frente. Allí, y sobre todo en torno a Igueriben, el paqueo, el incómodo fuego de tiradores individuales, y el hostigamiento eran parte de la vida cotidiana.

El teniente Casado, único oficial superviviente de la posición, ha dejado un testimonio imprescindible[53] sobre aquellas semanas, dedicadas a tareas de fortificación y a quebrar el suelo rocoso en que se asentaba, para que las tiendas de campaña quedaran protegidas por el elemental parapeto y al abrigo de los disparos. Cada dos días, tal es la precariedad, desde Annual, a cinco kilómetros de distancia, se enviaba el convoy, uno de esos eternos convoyes africanos que dejaron sembrados de esqueletos los campos yermos y calcinados por el sol. La larga y

[52] AHN, TS, 51 N 2, folios 649-652.

[53] *Igueriben,* pássim. En *Historia de las Campañas de Marruecos,* vol. III, apéndice V de la octava parte, se recoge un detallado parte redactado posteriormente por Casado.

vulnerable hilera de hombres, tirando entre reniegos de una recua de mulos llenos de mataduras, abrumados por el peso de cajas de municiones y de víveres, serpentea penosamente por «el camino, cruzado por grandes barrancadas y abruptas pendientes». A su alrededor, revolotean guerrillas color garbanzo, de Policía o de Regulares. Como se carece de medios de almacenamiento y hay pocas acémilas, la guarnición tiene que hacer la aguada a diario. Todo era escaso en aquellas desdichadas guarniciones. Incluso el pan, que a veces tenía que durar hasta tres días, cuando ya no era más que un pétreo chusco[54].

Los rifeños tampoco descansan. Ya el 12 de junio, el teniente y sus compañeros habían visto perplejos cómo, «formada con la uniformidad de un ejército regular», se reúne la harca en la meseta de Amesauro, «punto estratégico entre las cabilas de Tensaman, Beni Ulichek y Beni Tuzin». «Hasta nosotros llega el rumor de la salvaje algarabía», dice. Hubo que cambiar de lugar la entrada a la posición, porque ya entonces estaba batida desde unas trincheras en un monte próximo y más alto, Tizzi-Azza.

Debió ser también refiriéndose a esas fechas cuando un capitán comenta que «se veía desde Igueriben hacer la instrucción» a los harqueños, que evalúa en 1.500 hombres[55].

El 14, los enemigos harían un primer ensayo, acosando la posición durante diez horas, impidiendo que se realice la aguada y consiguiendo que se suspenda el convoy. Se trató solo de un preámbulo, pero bastó para apreciar que «el moro […] había dado paso al guerrero a la moderna, hábilmente adiestrado […] sujeto a los dictados de la disciplina». El 16, fue la Loma de los Árboles. El 19, Navarro visitó la posición, y tuvo oportunidad de contemplar un «constante desfile de harqueños […] que con la más descarada tranquilidad, cruzan frente a nosotros en son de reto», sin molestarse en disimular sus movimientos. Confirma esta afirmación de Casado el propio general, que manifestó que ese día «vio una larga hilera de moros enemigos […] que marchaban hacia Tizzi-Azza»[56]. A partir del 1 de julio, se apreció que los rifeños trabajaban afanosamente. Un confidente dice a los españoles que estaban preparando una rampa para subir cañones a una altura que dominaba Igueriben.

A la vista de todo ello, es difícil entender la pasividad española a lo largo de todos esos días. De un lado, Berenguer, embebido en sus propias operaciones, afirma que «desde el día 20 de junio [cuando la harca empezó a mostrar síntomas de disgregación] […] casi nada ocurrió en aquella zona [la oriental]»[57]. De otro, Silvestre ha escrito el 15 la carta que se acaba de comentar pero que aún no había

---

[54] Ver, al respecto, los telegramas intercambiados entre Annual y Melilla el 16 de julio, en AHN, TS, 50 N 9, folios 1918 y 1919.

[55] Ibíd., 50 N 4, folio 896, testimonio del capitán Correa, de Ceriñola, de 15 de septiembre de 1921. Sus declaraciones son de las muy pocas que merecen la mención de «muy importantes» en el índice del Expediente Picasso.

[56] Ibíd., 51 N 10, folio 2676, declaraciones de Navarro, el 24 de febrero de 1923.

[57] Ver su discurso en el Senado, en *Diario del Senado* de 14 de julio de 1922.

enviado. Tenía el enemigo a la vista, ante su primera línea, moviéndose impunemente, y soñaba en llegar a Quilates. Tal parece que el uno había olvidado parte de sus responsabilidades, y que el otro se alejaba cada vez más de la realidad.

Y, sin embargo, seguía recibiendo información preocupante. Así, el 16, Alhucemas[58] le comunica la concentración en la harca de Amesauro de «todo Beni Urriaguel, Bocoya, y parte de Tensaman y Beni Tuzin». Algunas confidencias dicen que para «tomar decisiones pacíficas». Otras, más realistas, hablan de preparativos de «ataques a posiciones, corriendo el rumor de avances para mañana».

El 17, de madrugada, el capitán de Regulares, Francisco Cebollino von Lindeman, otea el horizonte desde el parapeto de Annual[59]. Le extraña ver los campos vacíos, a pesar de que era la época de la trilla. Requiere los gemelos, y divisa grandes grupos enemigos en las zonas donde se montaban los servicios de aguada. Alarmado, se lo señala al coronel Argüelles, entonces jefe de la posición, quien manda disparar un cañonazo contra la Loma de los Árboles. En el acto, aquello es un hormigueo de rifeños, corriendo en todas direcciones. Está claro que ese día habrá combate. Agradecidos por el oportuno aviso, sus compañeros regalarán al capitán una fusta con la siguiente dedicatoria: «me levanto temprano para salvar a mis oficiales»[60].

Rápidamente, se organiza una columna, a la que se encomiendan tres misiones: proteger la aguada de Annual; limpiar el camino entre este e Izumar y llevar el convoy a Igueriben. La forman, de un lado, los Regulares: el II Tabor, dos compañías del I y los Escuadrones 1.º y 3.º, todos bajo el comandante Francisco Romero Hernández. En apoyo, tres compañías de África, dos de Ceriñola, con una de ametralladoras y la 5.ª Batería de Montaña, a las órdenes del teniente coronel Marina, de Ceriñola, que manda el conjunto de la fuerza. Las dos compañías del I Tabor que quedaban, tras haber sido destruida la otra en Abarrán, cubrían la retaguardia.

El parte del comandante Romero describe sin alardes el combate, que fue muy duro. Destaca «el excelente espíritu y disciplina» de sus hombres, y enumera las bajas. Aparte de él mismo, herido, hay un teniente alcanzado tan gravemente que luego murió, y 52 bajas de tropa, entre ellas, cuatro europeos de Regulares. Se consiguieron todos los objetivos, pero con grandes dificultades. Los afanes de la harca empezaban a dar sus frutos.

Al final, «se metió», como se decía, el convoy gracias a un ataque desesperado del Escuadrón 3.º, con Cebollino a la cabeza, y a costa de catorce muertos

---

[58] AHN, TS, 50 N 9, folio 1965. El documento es parte de un conjunto muy útil, fechado el 9 de diciembre de 1921, que se inicia en el folio 1956 y que agrupa «los radiogramas recibidos y expedidos desde el 16 de julio al 9 de agosto». Se recurrirá con frecuencia a él en este y los siguientes capítulos.

[59] Su descripción de los hechos está en AHN, TS, 50 N 2, declaración de 29 de agosto de 1921, folios 424-430v.

[60] La anécdota la recoge Casado, pág. 82. A su obra corresponden las citas anteriores, si no se menciona otra fuente.

y heridos. Tan precaria fue su entrada, que no se atrevió a llevarse de vuelta las acémilas, ya descargadas, con sus conductores, para que no le estorbaran en el rápido repliegue que tuvo que hacer. Por otro lado, el jefe del convoy abundó en esa idea, diciendo que «tenía orden de que si era peligroso el regreso, se quedase en la posición». Benítez quiso retener a Cebollino, a lo que este se negó, indicando, justificadamente, que ello supondría perder su ganado, y que se sentía capaz de abrirse paso de vuelta a Annual[61]. Lo consiguió, a pesar del nutrido fuego, y aún tuvo ocasión de recoger a dos heridos y a siete acemileros que encontró por el camino. Por este hecho fue premiado eventualmente con la laureada.

Luego se hablaría mucho de los mulos que tuvieron que permanecer en Igueriben, pero no de la sección de Intendencia que tiraba de ellos, ni de los efectivos del parque de Artillería que iban también, al mando del teniente Nougués, que se presentó voluntario para participar en la operación. Todos tuvieron que quedarse allí.

Argüelles dio un informe[62] más detallado que Romero, pero menos preciso. Narra que los rifeños hostigaron, a la vez, Igueriben, Buimeyan y Annual, así como el camino a Izumar, y que el combate duró desde las 9:00 hasta las 20:20, lo que da idea de la fuerza del enemigo. Dice que se desalojó al adversario, «ocasionándole bajas vistas, y haciéndole huir a la desbandada», y, alejándose de la verdad, que el convoy quedó en Igueriben «a instancias del jefe de la posición», cuando lo cierto es que no pudo retirarse. Añade que aquel llevaba 67 cargas: 10 de agua, 12 de víveres, 41 de municiones y cuatro artolas. Lo que no dice es que reprendió a Cebollino por haber regresado sin el convoy[63].

Por su parte, Silvestre, ante la noticia, a regañadientes se ve obligado a añadir una posdata a su carta del 15, tan llena de agresividad. Reconoce que la harca «ha dado nueva señal de vida», y que ha atacado «con bastante empuje», por lo cual «la situación vuelve a ser delicada». Aunque sigue sin percatarse de hasta qué extremo lo es. Así, ahora, cuando el tiempo se agota, propone nada menos que establecer una nueva línea de comunicaciones desde la costa, en la desembocadura del río Saleh[64], más abajo de Sidi Dris. Al fin se ha dado cuenta de lo aislada que estaba Annual por tierra. Una vez más, insiste en la «necesidad imperiosa» del nuevo grupo de Regulares, de dinero, de elementos sanitarios y de transporte. Reprocha, finalmente, a Berenguer que le ha obligado a «una inacción morbosa»; «una operación de castigo o de avance» hubiera costado menos bajas que las sufridas en la actitud defensiva que se ha adoptado.

---

[61] Para este episodio, discutido como todo lo relacionado con Igueriben, hemos seguido el relato ya citado de Cebollino.

[62] Ambos partes en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 16.

[63] Lo comentó en el segundo interrogatorio al que fue sometido, el 23 de agosto de 1921 (AHN, TS, 50 N 2, folios 294-302v).

[64] Da noticias sobre ella el coronel Araujo, que debía realizarla con fuerzas de su regimiento. Su declaración, de 24 de marzo de 1921, está en AHN, TS, 51 N 15, folios 4247-4261.

Manda, a la vez, instrucciones a Annual[65] dando la orden de formar dos columnas; aconseja que «por ahora conviene evitar» combates, pero sugiere que se practiquen «paseos militares, sin rebasar el frente», como si fuera todavía tiempo de hacer ese tipo de demostraciones, cuando ya había empezado el asedio de Igueriben.

Al día siguiente Berenguer recibe, casi a la vez, un telegrama del ministro, pidiéndole información, porque en Madrid corrían rumores del combate, y otro de Silvestre, redactado con la habitual opacidad que reservaba para estas ocasiones, aunque es verdad que el parte de Argüelles era poco explícito. Así, habla de huidas «a la desbandada, con bajas vistas», del enemigo, pero agrega, asombrosamente, «columna quedó en Igueriben para proteger servicios de todas clases», lo que ni de lejos reflejaba la situación[66]. Para la tranquilidad de sus interlocutores, precisa que las pérdidas propias «son casi todas indígenas».

Todavía crecido, continúa: «creo podría presentarse ocasión de infringir [sic] castigo rebeldes que se hallan en plena acometividad, y en este caso, contando desde luego con casi totalidad probabilidades de éxito, ruego V.E. me autorice para castigar duramente intentona harca». El alto comisario le contestó, como es lógico, que la actitud defensiva que le había impuesto no suponía que se desaprovechasen las ocasiones favorables para un contraataque, aunque le recomendaba que eligiera «las de menos desgaste»[67].

Poco después, llega otro telegrama de Melilla, que ya deja entrever las poco alentadoras noticias: por falta de espacio en la posición, indica, quedaron 70 mulos fuera de ella, entre el parapeto y la alambrada. La misma noche del 17, fueron muertos a tiros 65, no sin antes destrozar a coces parte de los alambres. Señala que «no comprendo razones» de que las acémilas se quedaran, y dice «trataré de indagar». Pide, por último, que se le reponga el ganado perdido, pues él no puede sustituirlo. El alto comisario trasladó esta información al ministro, con el comentario, erróneo, de que el enemigo había intentado apoderarse de Igueriben, y que se le había hecho huir[68]. Como él mismo reconoce, «estaba algo confuso», y le «desorientaba»[69] la agresividad de la harca, a pesar de que las noticias que habían llegado de Igueriben casi desde el día de su ocupación y las muy numerosas confidencias recibidas en las últimas semanas venían denunciando una creciente actividad de los rifeños.

Mientras, en Igueriben se hacía recuento de existencias. Lo que ha llegado es insuficiente para la guarnición, y menos cuando hay que compartirlo con los

---

[65] Ibíd., 50 N 9, folio 1962.

[66] Ibíd., 51 N 2, folio 490, respuesta de Berenguer a la pregunta 16.ª.

[67] Ibíd., TS, 50 N 9, folio 1982. Por la lentitud en las comunicaciones, cuando Silvestre recibió la respuesta, era ya letra muerta.

[68] Textos manuscritos de los dos en AGMM, legajo 264, carpeta 16. Copias mecanografiadas de ambos en carpeta 45, y, del primero, en AHN, TS, 50 N 9, folio 1981.

[69] Ibíd., 51 N 2, folio 497, respuesta de Berenguer a la pregunta 16.ª.

hombres del convoy que se habían quedado. Esa noche, se acaba el agua, ya que muchas de las cubas que trajo el convoy estaban agujereadas a balazos. A pesar de que los oficiales renuncian a su ración, no llega a un cuarto de litro por plaza. En silencio, comen un mal rancho, en la oscuridad que alberga patadas y relinchos de las acémilas acribilladas. Como pueden, no hay médico, atienden a los heridos del combate. Antes de que amanezca, llegarán a rastras supervivientes del convoy. Uno de ellos, patético héroe, todavía atenaza en la mano la cabezada del mulo que le había sido confiado.

Era tan grande la carencia de ganado, que el quedado en Igueriben provocó hasta tres comunicaciones. En una, Annual pedía que se le repusiera, porque por falta de él no puede enviar a Ben Tieb a recoger municiones «que son precisas con máxima urgencia». En otra, la Comandancia General pregunta si, además de las acémilas, se perdieron sus bastes. En la tercera, se contesta a esta[70]. Se dijo, incluso, que para sustituir a los mulos, hubo que requisar a los animales que tiraban de los carritos de cerveza en las calles de Melilla[71].

Una fuente esencial para seguir la agonía de Igueriben es la obra de Casado, aunque su tono pomposo hurta dramatismo a la excelente defensa. Por eso, puede resultar interesante acudir a los telegramas que envió el jefe de la misma, Benítez[72], ya distinguido el 2 de junio en Sidi Dris, donde resultó herido.

El 18 de julio comunica que no se puede cocinar la comida, ya que solo dispone de habichuelas y garbanzos, que requieren agua para ser preparados, y que carece de ella tras haber dado ese día un octavo de litro por plaza para beber. Planteaba así un problema que se arrastraba desde hacía decenios, sin que se le hubiese puesto remedio; la falta de adecuación de los ranchos a las condiciones de una campaña. Esa misma noche rechazará un asalto, en el que los rifeños llegaron tan cerca que tiraron piedras y bombas de mano hechas con latas de conserva.

Al día siguiente mandará cuatro telegramas sucesivos, que reflejan su creciente angustia. El primero, a las 4:20 de la mañana: «debe venir la columna enseguida, pues me hacen muchas bajas y aumenta el enemigo». A las 12:35, señala que, por falta de agua, los hombres sufren «síncopes». Además, están el día entero en el parapeto, bajo el sol, porque las tiendas se encuentran en zona batida. A las 14:20, indica que la guarnición lleva ya 24 horas sin comer, y que en las últimas 48 ha bebido nada más que 750 mililitros de agua. Por fin, a las 18:45, se refiere a la «urgentísima necesidad agua y municiones; si no, defensa imposible».

El laconismo encierra la dureza de las condiciones. Todo es piedra en Igueriben, desde el parapeto hasta el mismo suelo; no hay ni una sombra para guarecerse del calor abrasador, ni una gota de agua para beber. Se engaña a la sed obsesionante con colonia, tinta y piedrecilla en la boca. En el exterior, se hinchan los cadáveres de los mulos, despidiendo el nauseabundo olor de la putrefacción.

[70] Ibíd., 50 N 9, folios 1970-1971.
[71] Vivero, pág. 162.
[72] AHN, TS, 50 N 2, folio 307.

En los intervalos entre las descargas, solo se oyen los gemidos de los heridos que no pueden ser curados y el bordoneo de moscardones, felices ante tanto botín.

La información oficial se puede completar con la más vívida del sargento Hermenegildo Dávila[73], otro de los supervivientes. Menciona, por ejemplo, que tres cabezas de ganado quedaron dentro de la posición, y que, antes de morir, deshicieron en sus carreras enloquecidas los aparatos de los telegrafistas. Como el heliógrafo había sido roto por un disparo, el único medio de comunicación que quedó fue «un espejo auxiliar». Habla, también, de que para defenderse del calor, «practicaban excavaciones con objeto de meter sus cuerpos desnudos, a fin de que con el contacto de la tierra fresca resistir [sic] mejor tanto sufrimiento». Se recurrió, para aliviar la sed, a la pasta dentífrica, pero, como no dio resultado, se acudió a los orines con azúcar, que servían, además, para refrigerar la única ametralladora que de las cuatro iniciales, quedó útil al final. La colonia de los oficiales, precisa, era un lujo que se reservaba como bebida a los heridos.

Para los mandos no tiene sino elogios. Los presenta fusil en mano, haciendo fuego para sustituir a los hombres «que no podían sostenerse», y a Benítez, «llorando», animándoles con gritos de «¡Viva España!» y «¡Vivan mis soldados!». Recibiría una merecida laureada.

Argüelles, en Annual, no permaneció indiferente. Al contrario, prepara el 19 un convoy con 12 cargas de víveres, 53 cubas de agua, 8 latas de petróleo para quemar el ganado muerto y parque móvil con munición para la artillería y granadas de mano. Irán con él una sección de Ingenieros, para reparar las maltrechas defensas, un médico y una compañía de Ceriñola destinada como refuerzo.

Como protección designa a cuatro compañías –el II Tabor y la 3.ª del I–, y dos escuadrones de Regulares; dos compañías de fusiles y una de ametralladoras de África y la 2.ª Batería de Montaña[74].

A la vez, pide tropas frescas a Melilla, que le contesta[75] anunciando, todavía sin hacerse cargo del verdadero estado de cosas, que se enviaban desde Drius a Izumar, pudiendo Annual, «interesar su cooperación, de juzgarla necesaria». En caso contrario, se retirarían a las cinco de la tarde.

Mandó la operación el teniente coronel Núñez de Prado, de Regulares[76]. Su misión era complicada. Para llegar a Igueriben tenía que recorrer «un terreno muy difícil, por los muchos y profundos barrancos», por caminos dominados por un enemigo protegido entre las rocas o en las defensas que había construido, trincheras, «muros aspillerados y parapetos […] disimulados con haces de paja»[77].

[73] Ibíd., 50 N 5, folios 1010-1011 para su testimonio.

[74] Datos de la segunda declaración de Argüelles, de 23 de agosto de 1921, ibíd., 50 N 2.

[75] Ibíd., 50 N 9, folio 1978.

[76] Seguimos su testimonio, de 23 de agosto de 1921, en ibíd., 50 N 2, folios 392-399.

[77] Ibíd., 50 N 5, testimonio ya citado del teniente Vázquez, folio 255. No son frecuentes los detalles sobre las defensas rifeñas.

Como si eso no bastara, en un punto del itinerario, existía «un paso forzado, en que las acémilas habrían de ir a la desfilada», de una en una, y totalmente batido. La única manera de avanzar en el abrupto laberinto era ir tomando las alturas sucesivas, para proteger la marcha de la recua, lo que exigía más efectivos de los disponibles. Por eso, y por la obstinada resistencia de los rifeños, toda la columna, lentamente, va frenando su progresión, hasta tener que hacer alto.

Cinco horas aguantó a caballo el teniente coronel, con un balazo que llevaba, recibido al principio de la acción. Desesperado ante su impotencia «para hacer llegar el convoy a Igueriben, dada la superioridad del enemigo y la escasez de fuerzas»[78], pide órdenes a Argüelles, que le dice que se mantenga y espere los refuerzos de Drius. Al poco, debilitado por la pérdida de sangre, será evacuado. Le sustituyó Romero López en el mando de la columna, y el comandante Alfaro queda al frente de los Regulares.

Hacia las dos de la tarde llegan los ansiados refuerzos. Se trata de cuatro compañías de fusiles –una quinta ha quedado en Izumar– y una sección de ametralladoras de San Fernando, y una batería de Montaña. Va al frente el teniente coronel Pérez Ortiz, otro de los jefes omniscientes que, al parecer, abundaban en la Comandancia General. Cuenta[79] que, apenas entrado en fuego, ve a los de Regulares que empiezan a retirarse, a pesar de los esfuerzos de sus oficiales que «quieren contener, sin conseguirlo», el retroceso, y que arrastran a África. Únicamente su regimiento permanece impertérrito, cubriendo el movimiento, por lo que «fui efusivamente felicitado».

El capitán de Estado Mayor de Annual, Emilio Sabaté[80], coincide en lo principal de esa apreciación, al afirmar que «cuando ya parecía que estaba todo resuelto, retrocedieron los Regulares, sin que se sepa la causa», agregando que algunos «tiraban al aire», y que su desmoralización contagió a las tropas europeas, sin hacer distinciones.

Por su parte, el comandante de Ingenieros Alzaguray[81] sostiene que fueron sus zapadores, y nadie más, quienes protegieron el repliegue.

Para cuando San Fernando se ha unido al ataque, el mando de Annual ha cambiado de manos. Llevando la rigidez cuartelera a extremos incomprensibles, el coronel Manella ha relevado a Argüelles, dentro del mecanismo de noria, que se mantiene aún en aquellas apuradas circunstancias[82].

---

78 Ver su parte, redactado en Annual, el mismo 19, en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 20. Lo redactó estando herido, igual que había hecho el 17 el comandante Romero, jefe de los Regulares que actuaron ese día.

79 Pérez Ortiz. Lo referente a Igueriben se halla en págs. 30-36. El libro, «mi venganza», como lo llama en el prólogo, es un constante canto de su actuación y de la de su unidad, en detrimento del resto, lo que no le quita todo interés.

80 AHN, TS, 50 N 3, folio 646. La declaración es del 7 de septiembre de 1921.

81 Ibíd., 50 N 5, folio 1117, declaraciones de Alzugaray, del 9 de septiembre de 1921.

82 AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 22, para el parte de Argüelles comunicando la entrega del mando, y destacando «excelente espíritu de la tropa y gran celo de jefes y oficiales». Argüelles a Melilla, 20, a las 1:40.

Es él, pues, quien considera imposible el avance y quien ordena el repliegue, según la versión de Argüelles, en contradicción con Pérez Ortiz y con Sabaté, y tras consultar a los comandantes de las unidades, añade Cebollino, y «vista situación no era totalmente favorable», en sus propias palabras[83], recurriendo a un notable eufemismo. Pero, antes, ordena un último intento. Una compañía de Regulares, con cada hombre cargado con cinco o seis cantimploras, repta hacia Igueriben, para llevar agua a la guarnición. Es apoyada por otras cuatro y dos escuadrones de las mismas fuerzas, dos baterías y dos compañías de ametralladoras. Será un nuevo fracaso, ante un enemigo tenaz, que no solamente prohíbe todo avance con su fuego, quedando la unidad «deshecha en ocho minutos»[84], sino que incluso esboza un peligroso movimiento envolvente[85], que obliga a un repliegue ordenado. A partir de entonces, la posición queda abandonada a su suerte.

Núñez de Prado afirmará luego que el convoy, «con los refuerzos recibidos, pudo llegar», pero reconoce, honestamente que pueden «ser equivocadas sus apreciaciones», por no encontrarse entonces presente, ya que había sido evacuado.

Nunca se sabrá. Manella tenía fama de buen militar, como lo demostrará pronto el comportamiento de su regimiento de Alcántara, hasta el extremo de que incluso Pérez Ortiz le alaba. Aunque había quien lo definía como «chico bien de la Peña de Madrid, es sereno, sí, y valiente, pero no tiene costumbre»[86] de la guerra en África, es muy posible que para entonces las únicas fuerzas de choque allí disponibles empezaran a estar desgastadas por su empleo constante y, simplemente, no pudieron hacer más.

Ese mismo día, Silvestre manda un telegrama a Berenguer[87], que refleja que «por fin, se abren sus ojos […] A partir de entonces, no hará más que acciones desesperadas»[88]. Es el texto de alguien que ve como sus sueños se han derrumbado en apenas unas horas. Él, que planeaba solo cuatro días antes ambiciosas ofensivas, reconoce ahora que la posición Igueriben ha quedado rodeada, sin que se haya podido «romper cerco», que ya reconoce que existe. Súbitamente, se da cuenta de los «contadísimos elementos que me restan» y de que «tengo movilizadas en Annual totalidad fuerzas disponibles». Intenta improvisar nuevas unidades con lo poco que hay en Melilla, y, como último recurso, se propone levantar harcas amigas.

83 Ibíd., para el telegrama de Manella, «el día 20, a las 1'13 h.».

84 Declaraciones ya citadas de Correa, folio 897.

85 Lo menciona el comandante Alfaro en sus declaraciones de 12 de diciembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 9, folio 1909.

86 Bastos, pág. 141.

87 AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 20. Para el tráfico de comunicaciones en aquellas aciagas fechas es muy útil la colección de los que en Eza (1923) se llama «telegramas del desastre», págs. 445-459, en los que reproduce los que el autor envió y recibió entre el 18 y el 22 de julio.

88 Ayache (1996), pág. 110.

Reitera la idea de la base en el Saleh y, de forma imprecisa, solicita «envío refuerzos en hombres y elementos en cantidad V.E. estime suficiente», sin que se comprenda por qué no concreta la petición, con lo que se ahorraría un tiempo que se le está acabando por la posta.

Mantiene aún jirones de optimismo, al hablar de los «numerosísimos heridos» y las muertes de jefes que ha sufrido el enemigo, y al asegurar que «mañana se remediará» la situación. Dando ya muestras de incoherencia, en esas circunstancias, alude a la represión del contrabando de armas.

Alarmado ante lo que prevé, reitera la orden a Annual de que, para hacer frente a todas las eventualidades, fraccione su fuerza en dos columnas, lo que, ante el crecido enemigo, parecería arriesgado[89]. También, envía al frente todo lo que queda. Los Regulares de descanso en Nador –el III Tabor, la 2.ª Compañía del I, reorganizada tras Abarrán, la de ametralladoras y un escuadrón–, se ponen en marcha, así como Alcántara, que se desplaza hasta Drius; Morales, con toda la Policía y los «moros amigos» que pueda reunir, marchará a Annual, adonde también se encaminan dos compañías adicionales de Zapadores, la 2.ª y la 5.ª. Navarro irá desde Melilla para mandar el conjunto.

Hay un cierto aire de pánico en la súbita movilización[90]. Así, por ejemplo, a Ceriñola se le ordenó[91] enviar hacia el frente las tropas formadas que tuviera en la plaza –en la práctica, la 3.ª del II Batallón– y organizar dos compañías de nada más que sesenta hombres con los «destinos» y demás hombres que quedaran en Melilla. Deberían ir mandadas «por capitanes y oficiales de los presentes en ésta [Melilla]», pero salieron solo con tenientes «por no haber ninguno [se refiere a capitanes] disponible»[92]. El propósito era que relevaran a guarniciones de retaguardia que, a su vez, deberían encaminarse a la primera línea. Instrucciones similares recibió África[93]. Otro ejemplo sería el empleo de ambulancias para llevar municiones de artillería a Annual[94].

Berenguer tiene el mal estilo[95] de fingir asombro porque menos de ochenta bajas –6 oficiales y 71 de tropa, según sus cuentas– hayan llevado a la Comandancia General a tal situación, y afirma que el desgaste «no correspondían al que se podía esperar de un esfuerzo tenaz y vigoroso», coincidiendo con otras opiniones de que las tropas no se habían empleado verdaderamente a fondo. Añade que no entiende que los más de 25.000 hombres que había en la zona oriental necesitasen

---

[89] La orden, en AHN, TS, 50 N 9, folio 1961.

[90] Detalles de ella figuran en el decepcionante *Diario de Operaciones* de la Comandancia, en especial, las anotaciones del día 18 de julio (AHN, TS, 51 N 5 folio 1519v).

[91] Ibíd., 50 N 5, folio 1007.

[92] Ibíd., 51 N 39, folio 22. Declaración del capitán Catalán de Ocón.

[93] Para los movimientos de refuerzos, ver ibíd., 50 N 3, folios 614-634.

[94] Lo señala en su interrogatorio de 13 de octubre de 1921 el capitán de Estado Mayor Jacinto Dolz (AHN, TS, 50 N 6, folio 1321v).

[95] Berenguer (1923), págs. 72-73.

refuerzos, tras haber perdido solo unos trescientos[96] desde el combate de la Loma de los Árboles hasta entonces.

Al margen de que Silvestre llevaba tiempo pidiéndole tropas de choque, y si bien las matemáticas le dan la razón, sabe que está jugando con las cifras. La filosofía imperante solamente permitía utilizar ese tipo de unidades, como él mismo hacía en occidente, y Silvestre había dispuesto en Annual de cinco compañías y dos o tres escuadrones de esta clase, menos de ochocientos hombres, aparte de la Policía. Las pérdidas sufridas, pues, suponían un porcentaje no desdeñable: «las dos tentativas inútiles del día 19 […] nos habían destrozado casi por completo el grupo de Regulares», se ha escrito[97], con alguna exageración. En realidad, todo en aquel Protectorado era pobre, incluso en la esfera militar. Así, el nuevo grupo de Regulares por el que suspiraba tanto Silvestre como panacea, no pasaba de mil plazas, y, sin embargo, resultó un objetivo inalcanzable. De ahí que ese puñado de bajas, unido a una pésima organización del territorio, bastase para hacer que se tambaleara el castillo de naipes resultado de los fulgurantes avances de los últimos meses.

El alto comisario alude a un telegrama más de Silvestre[98], del mismo día. En él, le da el parte de la situación e, inexplicablemente, vista la experiencia pasada, apunta que «es posible que al efectuarse el convoy preciso a Igueriben se entable lucha». Agrega que se «precisa cambiar aspecto» de la situación, por lo que sugiere que tres o cuatro buques de guerra se presenten ante la costa frente al Peñón de Alhucemas, la bombardeen y hagan un amago de desembarco, para distraer la atención de Beni Urriaguel. Requiere también, al mismo objeto, una escuadrilla de aviones.

No obstante las anteriores objeciones, Berenguer mantuvo la lealtad a su subordinado, contestándole a ambos telegramas[99], pero no antes de la noche del 20, que pedía medios navales al Gobierno para mandarle tropas, unos mil hombres, desde Tetuán. Sin embargo, le indica, molesto, que se encontraba «en pleno desarrollo operaciones Beni Arós», obsesión de la que solo se desprenderá por imperativo de las circunstancias, y cuando será demasiado tarde.

Evidentemente, y sin medir todavía la relevancia de los acontecimientos, estaba irritado por lo que venía sucediendo, que desbarataba sus propios planes. Por ello, luego resaltará que «a pesar de la falta de justificación de la necesidad de estos refuerzos»[100], había apoyado las peticiones de Silvestre.

---

[96] La muy oficial *Historia de las campañas de Marruecos,* vol. III, págs. 419-430, las detalla así: 62 bajas, entre muertos y heridos, sin incluir contusos, en la Loma; 73, el día 17, y 88, el 19. En total, 223.

[97] «El soldado desconocido» y Osuna Servent, pág. 63.

[98] AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 21.

[99] AHN, TS, 50 N 9, folio 1987. El telegrama está datado el 20 de julio, a las 21:00.

[100] Ibíd., 51 N 2, folio 501, respuesta a la pregunta 16.ª.

A la vez, le comunicaba que había transmitido a Madrid sus solicitudes, y le rogaba que especificase sus necesidades y que le enviase la relación de las columnas móviles, que representaban la fuerza de maniobra existente en el territorio. Indicaba, asimismo, que «juzgo indispensable intensificar línea avanzada por medio de posiciones y blocaos, en forma de asegurar un frente infranqueable», y terminaba que «espero se restablezca en plazo breve» la situación. Seguía, pues, sin ver, o sin querer ver, la gravedad de la misma, quizás, porque como dijo al Ministerio al tiempo que remitía las peticiones de Melilla, «la situación es aquí [la zona occidental] de excepcional interés, pues nos encontramos en momentos en que ha de recogerse el fruto de la campaña».

Todo ese tráfico de comunicaciones causó alarma en Madrid, hasta el punto que el jefe del Negociado de Marruecos se decide a telegrafiar a Eza, que se encontraba en San Sebastián, donde había ido a recoger a una hija que volvía de Inglaterra, aconsejándole que regresara a su despacho[101].

El fracaso definitivo

Para mandar las fuerzas que había ido acumulando en Annual, Silvestre designó, ya fuera por desconfianza hacia la inexperiencia de Manella o por otro motivo, a su segundo jefe, el general Navarro. Partió este de Melilla con orden terminante de hacer llegar un convoy a la guarnición sitiada[102], en la tarde del 19, día que transcurrió sin otras incidencias en el territorio que los continuos ataques a Igueriben.

En la madrugada del 20, se reunió en Ben Tieb con Morales, que marchaba también a Annual con mías de Policía y abigarradas harcas amigas, unos ochocientos hombres en total[103], de ellos unos doscientos harqueños[104]. Pérez Ortiz las ha descrito, «con profusión de banderolas y colorines, con sus caballitos encabritados constantemente, con su habitual desorden y gritos»[105]. En cuanto a los policías, pertenecían a las 5.ª, 6.ª, 8.ª, 11.ª, 13.ª y 14.ª, cuyos capitanes habían reunido, además, voluntarios de sus respectivas cabilas[106].

---

101 El telegrama de López de Lamela, del 21, figura en ibíd., 50 N 1, folio 47.

102 Lo indica en sus declaraciones del 24 de febrero de 1923, ibíd., 51 N 10, folio 2678.

103 Ibíd., 50 N 3, folio 481, declaraciones del capitán Fortea, de la 13.ª Mía, el 30 de agosto de 1921.

104 La cifra la da el teniente Civantos, de la Policía, ayudante de Morales (ver su interrogatorio, 23 de noviembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 8, folio 1740v).

105 Pérez Ortiz, pág. 38.

106 Además de los ya citados, hay varios testimonios de oficiales de la Policía sobre esta concentración en AHN, TS. El del teniente Miralles de la 14.ª mía, en 50 N 2, folios 278-283; el del capitán González Longoria, de la 11.ª, en 50 N 3, folios 491-506v; el del capitán Cayuela, de la 5.ª, en 50 N 5, folios 981-987v, y el del teniente médico D'Harcourt, de la 11.ª, en 50 N 5, folios 1102-1108v.

Sin embargo, al llegar a su destino, hacia las 13:00[107], y a pesar de tan belicoso acompañamiento, Navarro sintió sus ánimos flaquear. Lo puso de manifiesto en el telegrama que, casi inmediatamente, a las 13:15 envió a su superior: «después de una hora de haber llegado aquí, empiezo a dudar en [sic] la posibilidad de hacer nada hoy». Añade, no obstante, que aunque «con pocas esperanzas de éxito», «preparo un ataque», «ante el temor de que cada momento empeore la situación». Luego, debido a lo avanzado de la hora «y las noticias del enemigo que iba teniendo», desistió de la idea. A las 23:40 mandó otra comunicación, anunciando la muerte de Romero López, a causa de la herida recibida la víspera, y mencionando un combate mantenido por los Regulares en los alrededores de la posición. Dice que estuvieron «todo el día en fuego sostenido» y que fueron «hostilizados gran intensidad», con la desconcertante conclusión de que tuvieron «sólo un contuso herido en todo el día».

Indudablemente, Navarro no era el hombre de la situación. No se puede describir así lo que, a la vista de la única baja –se consideraba contuso a un hombre que había sufrido la más mínima herida–, no fue más que un simple tiroteo.

Lo que sí hizo fue establecer una nueva posición, denominada C, para afirmar el camino entre Izumar y Annual, y prohibir, quizás con buen acuerdo, la valerosa iniciativa de un suboficial de Ceriñola, Juan García Bernal[108]. Se ofreció este a llevar esa noche a 35 o 40 hombres, con cantimploras llenas de agua, en socorro de Igueriben. Se le dijo que una fuerza tan nutrida sería demasiado visible, por lo que la cifra se rebajó a 20. Encontró sobrados voluntarios, incluidos soldados de Sanidad, pero se suspendió el proyecto, ya que, según el propio García Bernal, no había «ningún moro que se prestara a servir de guía»; «por no considerarlo procedente el general», de acuerdo con otra versión[109]. Seguramente fue lo más razonable, ya que para entonces la posición estaba bajo estrecho cerco, y un puñado de europeos tenía pocas posibilidades de burlarlos. Fue lástima, no obstante, que a ningún oficial se le ocurriera la idea, y que ninguno se ofreciera a encabezar la expedición.

A Silvestre, mientras, se le acaba la paciencia. En la tarde de ese día mandó a Navarro instrucciones firmes: «mañana primera hora debe efectuarse convoy Igueriben, tanto por humanidad, como por dignidad». Lo debía hacer «a toda costa», y le anunciaba la llegada prevista hacia las diez de la mañana, del resto de los Regulares, sus últimas fuerzas de choque[110].

Luego, se lo debió pensar mejor, porque poco más de una hora después, transmite a Berenguer que el convoy «mañana a primera hora se realizará a toda costa,

[107] Muchos de los horarios que se mencionan solo son aproximativos, por estar basados en declaraciones imprecisas de testigos, realizadas con posterioridad.

[108] Ver su testimonio en AHN, TS, 50 N 8, folio 1581.

[109] Ibíd., 50 N 5, folio 1005, declaraciones del capitán Catalán, de Ceriñola, el 23 de septiembre de 1921.

[110] AHN, TS, 50 N 9, folios 1986 y 1988, respectivamente.

pues es imposible continúe situación en que se encuentra aquella guarnición», y añadía: «me propongo marchar mañana a primera hora a aquel campamento [Annual]». La suerte estaba echada, y en ella apostaba la vida.

Por telegrama separado, le reitera la idea de un amago de desembarco para atraer a la harca que tiene enfrente, única manera de modificar la relación de fuerzas que estima entonces «equilibradas». Deberá hacerse, no obstante, de forma «urgentísima». El alto comisario lo traslada, respaldándolo, al Ministerio ya que «no está a mi alcance complacer sus deseos», frase que deja traslucir su exasperación. Al poco, Silvestre se dirige directamente a Eza sobre el mismo asunto[111].

La guarnición de Igueriben pasó aquella noche en los parapetos. Llevaba para entonces cuatro días sin agua. Casado afirma que repelió un ataque a fondo, utilizando las pocas granadas de mano disponibles. En cambio, según un testimonio conjunto de otros dos supervivientes, fue entonces cuando un marroquí, que se decía sobrino de Abd el Krim y que había estado en España preparando oposiciones para Correos, les ofreció la vida salva si se entregaban, propuesta que Benítez no aceptó[112].

Con la alborada del 21 no habían mejorado los ánimos de Navarro, que plasmó en un mensaje a Silvestre, tras haber consultado a los jefes presentes. De un lado, se temía un ataque al propio Annual, lo que era poco realista, habida cuenta de la concentración de tropas, armas automáticas y artillería que allí había. De otro, «el espíritu de las tropas no es todo el necesario» para acometer la empresa, por lo que mantenía su «desconfianza de conseguir objetivo». En esas condiciones, se temía que «intentar» llevar el convoy podría «no conseguir otro resultado que levantar la moral del enemigo» y «comprometer la suerte de todos». Por tanto, solicita «me ordene V.E. si verifico convoy o preparo evacuación de Igueriben».

Tan pronto como leyó este texto, el comandante general, posiblemente a la vez indignado porque se pensara en abandonar a esa guarnición a su suerte, y alarmado por lo que le podía parecer pusilanimidad, le llamó por teléfono. Desde luego, la operación se debía realizar. Le volvió a hablar de la inminente llegada de los Regulares y le dijo que él mismo acudiría con los escuadrones de Alcántara, maniobrando para envolver al enemigo[113]. Por su lado, Berenguer, que también recibió el telegrama, cree que la alusión a la baja moral de las tropas «daba la clave de muchas cosas, inexplicables hasta entonces»[114]. En otras palabras, no se trataba de un problema de falta de fuerzas, lo que hubiera sido su culpa o del ministro,

[111] Ibíd., 50 N 1, folios 48 y 50, respectivamente. En el folio 49 se recogen mecanografiadas diversas comunicaciones para la movilización de buques.

[112] Casado, págs. 100-101, y AHN, TS, 50 N 7, folios 1414-1415 (declaraciones del cabo Manuel López Prada y del soldado Francisco Martín Prieto), respectivamente.

[113] Hemos seguido las declaraciones de Navarro, de 24 de febrero de 1923, AHN, TS, 51 N 10, folios 2680-2681, en los que figuran entrecomillados los textos de los telegramas.

[114] Interrogatorio Berenguer, respuesta a la 16.ª pregunta, ibíd., 51 N 2, folio 506.

sino de la calidad y estado de las mismas, que era responsabilidad de sus mandos directos, empezando por el comandante general.

Ante la respuesta de Silvestre, no cabía a Navarro sino preparar el envío del convoy. Se formarían tres núcleos. Morales, con su Policía y la harca amiga en vanguardia, seguidas por las compañías de San Fernando, de Pérez Ortiz, actuaría por la derecha, tomando varias lomas sucesivas, prolongación de la malhadada de los Árboles, con las 5.ª y 11.ª Mías en cabeza. En el flanco opuesto, Manella dirigiría a los Regulares, apoyados por elementos de África, «San Fernando y alguna compañía de ingenieros»[115]. En cuanto al convoy en sí, iría por el centro, acompañado por Ceriñola y su teniente coronel, Marina, quien con dos compañías tenía que relevar a la guarnición asediada.

Será otro fracaso[116]. Todo empieza entre las nueve y las diez de la mañana. Ante el cerrado fuego con el que los rifeños acogen a la columna, la harca de aliados se desenfila «y se acogió a un barranco»[117]. La Policía y los Regulares avanzan penosamente, con muchas bajas, sobre todo de oficiales, hasta que la progresión se estanca. Navarro ordena sostenerse sobre el terreno, a la espera de los refuerzos.

Un documento que aportará el 25 de febrero de 1923[118], escrito en plena acción y firmado por Morales, testimonia la creciente desesperación de los mandos españoles: «mi general, he hablado con el comandante Villar, he visto cómo está todo, y con profunda pena le digo que no se puede avanzar el kilómetro y medio próximamente que falta para que el convoy pueda pasar; las harcas están desmoralizadas, la Policía se ha contagiado, faltan oficiales, pues hay cinco o seis bajas [...], y no hay forma de echar adelante a la gente; se necesita fuerza con moral, de la que carecemos; el convoy avanzó unos quinientos metros y tuvo que detenerse».

Más tarde, reconocerá Navarro, con todo, que no se había decidido a atacar a fondo, reconociendo, con su habitual candidez casi enternecedora, que «no se le ocurrió entonces». Quizás, prosigue, porque «estaba obsesionado con la llegada de las tropas anunciadas», y debido a que se hallaba «preocupado, sin duda, con la defensa del campamento»[119], lo que le obligaba a mantener una fuerza en reserva.

Ello parece confirmar que no era el hombre que exigía un momento tan delicado. Le sobraba valor personal, como demostraría abundantemente, pero valorar diversas alternativas, escoger una y ejecutarla sin contemplaciones no era su fuerte. Manejaba mal las incertidumbres. Claro está que resulta imposible saber hasta qué punto el estilo de mando tan personalista de su superior pudo influir en sus vacilaciones.

---

[115] El texto entrecomillado figura añadido a lápiz a la declaración de Navarro del 24 de febrero de 1923, ya citada, folio 2681.

[116] Para todo este ciclo de operaciones en la Comandancia General de Melilla, la, por otra parte excelente *Historia de las campañas de Marruecos*, es decepcionante, y apenas resulta de utilidad.

[117] Declaraciones de D'Harcourt, ya citadas, folio 1103.

[118] Recogido en AHN, TS, 51 N 10, folio 2708.

[119] Declaraciones de Navarro, del 26 de febrero de 1923, en ibíd., 51 N 10, folios 2687v-2688v.

Mientras, Silvestre ha salido temprano de Melilla, en automóvil. Antes de partir, comunicó sus planes a Berenguer: «he ordenado en este momento en que emprendo marcha para Annual, que con un tabor de Regulares y cinco escuadrones Alcántara se amenace flanco derecho enemigo», «a fin de facilitar acción columna que lleve convoy a Igueriben»[120].

A las nueve de la mañana hace su entrada en Izumar, acompañado por todo el regimiento de Caballería, que se le había reunido en Drius. Apoyado en el parapeto, contempló la progresión de las fuerzas de Annual, impaciente. El comandante Martínez Vives, que estaba allí, le oyó decir que «no había más remedio que meter el convoy», agregando, textualmente, «ahora mismo voy a montar a caballo, ponerme al frente de los escuadrones y tratar de conseguir lo que todos deseamos»[121]. Lo hace en el propio Izumar, donde abandona el coche que le había traído desde la plaza.

Llegado a un punto entre dicha posición y Annual, se detiene para presenciar la operación ya iniciada, mostrándose «extrañado [...] por la lentitud del avance». Unas nubes que cubren el cielo vetan el uso del heliógrafo, lo que aumenta su inquietud. Va entonces a Annual y ordena «que formasen todas las fuerzas disponibles [...] para que, unidas a los escuadrones, marchasen bajo su mando»[122]. Chacón, entre otros, lo ratifica, cuando dice que se mandó embastar a las piezas de montaña y que el comandante general pensó en «salir con un grupo de fuerza y empujar enérgicamente la operación»[123]. Comunicó su idea a Navarro, que había salido a recibirle, pero este, con buena lógica, le señaló que no era labor de un comandante general, y que si deseaba que se hiciese un ataque a ultranza, él mismo lo dirigiría[124]. Al final, abandonó el proyecto, según su edecán porque quedó «convencido de que en todos [los jefes] dominaba el ambiente pesimista». Una reunión que improvisó con ellos allí mismo le confirmó esta sensación[125]. Cree Civantos, si bien es verdad que se trataba de un simple teniente, «que si el regimiento de Alcántara [...] hubiese cargado cual él [Silvestre] proponía y alguien le disuadió» hubiese sido posible tomar la loma que bloqueaba el avance de la Policía[126].

---

[120] Ibíd., 50 N 7, folio 1501, 21 de julio de 1921.

[121] Declaración del comandante Martínez Vives, de 3 de octubre de 1921, ibíd., 50 N 6, folios 1154v-1155.

[122] Declaraciones del teniente coronel Tulio López, de 16 de agosto de 1922, ibíd., 51 N 1, folio 250v.

[123] Testimonio del capitán Chacón, de 4 de octubre de 1921, ibíd., 50 N 6, folio 1176v.

[124] Declaraciones de Navarro de 26 de febrero de 1923, ibíd., 51 N 10, folio 2687.

[125] Declaraciones, ya citadas, del 16 de agosto de 1921 del teniente coronel Tulio López (ibíd., 51 N 1, folio 250).

[126] Declaración del teniente Civantos, de 23 de noviembre de 1921, ibíd., 50 N 8, folio 1741. Es dudoso, en principio, que en ese terreno tan quebrado la Caballería hubiese podido hacer mucho.

Finalmente, optaría, alrededor de las tres de la tarde, por enviar a Navarro de vuelta a Melilla, y a Alcántara a Drius. Su segundo propuso quedarse, y que, en cambio, el comandante general volviera a la plaza, pero la propuesta no fue aceptada, por estimar Silvestre que «dada la situación angustiosa de sus tropas, quería participar de ella»[127], por lo que reiteró «enérgicamente»[128] la orden a su segundo.

Un cabo que zascandileaba por allí dice que presenció la siguiente escena. El comandante general mandó a Navarro «que se retirara a Melilla y que abrazara a su madre». Aquel le respondió «que no, que él quería continuar allí hasta ver cómo terminaba la cosa». Silvestre, entonces, «al par que daba un fuerte golpe con su bastón en el suelo, dijo: "ordeno y mando, y obedece"». Afirma el testigo que se dieron ambos un abrazo, y que observó lágrimas en el rostro del comandante general[129].

Es curioso que este también decida que una caravana de camiones que estaba en camino con elementos de fortificación y municiones, regrese a Drius y descargue allí, cuando pronto empezarían a escasear estas[130]. Quizás temía que fuera interceptada.

Ni la presencia de su general, ni el fuego de la artillería de Buimeyan, Izumar y las cinco baterías (2.ª a 5.ª de Montaña y 2.ª Ligera) acumuladas en Annual bastó para abrir brecha, confirmando lo que se había comprobado en los últimos combates: las limitaciones de los cañones disparando contra Infantería Ligera bien asentada en terreno abrupto. También se demostró el rendimiento decreciente de las tropas indígenas, sometidas a un continuo desgaste.

Así, los Regulares habían perdido once mandos en los tres últimos combates, incluidos un teniente coronel y un comandante, muchos de ellos intentando arrastrar a sus soldados, cada vez más tibios. Una de las bajas, con una herida gravísima, era el teniente Mizziam, que llegaría a ser el único marroquí que ha mandado capitanía general en España, y que, más tarde, fue mariscal en el Marruecos independiente. Cabe destacar que no tenía el estatus de «oficial moro», sino que se le consideraba como si fuese español, por haberse formado en la Academia de Toledo. Ello explica que muchas veces se le mencione con el título de «don» antes de su nombre, lo que no se hacía en el caso de los otros mandos marroquíes.

Encorajinado al ver que la Policía no podía superar el espolón rocoso que se oponía a su avance, Silvestre envía órdenes por escrito a Morales de tomarlo a toda costa, sin que lo consiga. Los hombres habían llegado a su límite.

Ante ello, resignándose a tan triste realidad, dispone que la mía más avanzada transmita a Igueriben instrucciones para evacuar. Antes de que pueda hacerlo, se ve que la guarnición salta los parapetos, intentando abrirse paso.

---

[127] Testimonio del capitán Sabaté, de 7 de septiembre de 1921, ibíd., 50 N 3, folio 648.

[128] Lo dice Capablanca, folio 66v de su testimonio ya citado.

[129] AHN, TS, 51 N 39, folio 32, testimonio del cabo Miguel Martín.

[130] Declaraciones, de 26 de octubre de 1921, del comandante de Ingenieros Fernández Mulero, que estaba en Annual y que regresó con Navarro (AHN, TS, 50 N 7, folio 1542v).

La leyenda quiere que desde la posición condenada se mandaran heliogramas, unos heroicos, otros insultantes. No se han encontrado en los archivos, sin embargo. También dice que, o bien los oficiales se suicidaron en el último momento, o bien que protegieron la retirada de sus soldados. No es cierto; se hizo una salida desesperada en forma, con el teniente más antiguo a la cabeza de la vanguardia, como correspondía, y con el teniente Castro al frente de la retaguardia[131]. Lo que sucedió fue que los harqueños, con descargas bien dirigidas, frustraron el intento, y que luego se abalanzaron sobre los restos de la desdichada guarnición. Pocos, algunos de ellos con la cabeza perdida, sobrevivieron. Al parecer, Silvestre, al ver la confusa masa de amigos y enemigos mezclados que se le venía encima de su línea, mandó abrir fuego contra ella[132].

Ante el espectáculo de la matanza y las bajas sufridas, se produce una quiebra en la moral; «flaquearon los policías», según un teniente médico que servía con ellos, aunque el encomiable espíritu de cuerpo distorsiona, a veces, las versiones. Así, Cayuela dirá, por el contrario, que el combate «ha puesto de relieve las condiciones de oficiales y tropa de esta unidad»[133], la 5.ª Mía, exaltando su comportamiento y subrayando que la mitad de los mandos fueron baja. El teniente de la Policía Civantos, hijo del comandante militar de Alhucemas, habla de un 33 % de pérdidas en ella y en la harca amiga, lo que sería muy considerable. Sin embargo, el teniente Martínez Baños[134], de la 11.ª, que piensa que «de serle prestado apoyo, habría podido alcanzar» Igueriben, reconoce que al final del combate tuvo que usar la pistola para contener la desbandada de sus hombres.

En cambio, el comandante Llamas, de Regulares, los tradicionales rivales de la Policía, asegura que vio que «se retiraban desordenadamente todas las fuerzas de Policía», haciendo insostenible la situación del resto de las tropas. Afirma que, desde luego, sus propios hombres, una vez bajo la protección de la artillería de Annual, entraron en el campamento en orden cerrado, como en un desfile[135]. Cebollino, también de Regulares, está de acuerdo: «retrocedieron las harcas amigas, y sucesivamente después, la Policía». Incluso dice que «algunos de la harca tiraban» sobre los españoles[136].

Pérez Ortiz es muy crítico con los policías y sus auxiliares. Considera «no muy resuelto» su avance inicial; califica de «simples espectadores» a los aliados marroquíes, y luego, al final de la acción, dice que «la fuerza indígena se dirigía hacia

---

131 Declaraciones, básicamente coincidentes, del sargento Dávila, del cabo López y del soldado Martín, ya citadas.

132 Lo afirma el comandante Écija, de Artillería, en su testimonio de 1 de octubre de 1921 (AHN, TS, 50 N 5, folio 1143v).

133 Parte de Cayuela, de 24 de julio de 1921, en ibíd., 50 N 9, folio 1839.

134 Testimonio de 6 de octubre de 1921, ibíd., 50 N, folio 1234.

135 Los comentarios forman parte de su declaración de 24 de noviembre de 1921, en ibíd., 50 N 8, folio 1755.

136 Segunda declaración de Cebollino, el 29 de agosto de 1921, en ibíd., 50 N 3, folio 458.

nosotros en desbandada», y que «la harca amiga había arrastrado a la Policía»[137], que, a su vez, forzó un repliegue general.

Los reproches del capitán de Artillería Chacón engloban a ambos tipos de fuerzas, cuando asegura que hubo momentos en que «los policías y los Regulares se pegaban al suelo, sin disparar»[138]. Su compañero, Ruano, también creyó apreciar falta de empuje en las unidades de Regulares. Sugiere, en cambio, cosa insólita para lo que se pensaba entonces, que hubiera sido preferible emplear tropas europeas, «entre las que se encontraban siempre voluntarios»[139] para operaciones arriesgadas. El comentario es refrescante, ante el menosprecio generalizado que se hacía de esas fuerzas.

Finalmente, Valcarce, que también estaba allí, y que ha dejado un relato muy vivaz del combate, aporta dos datos. De un lado, habla de «falta de apoyo» suficiente de la artillería[140]. De otro, hace una afirmación perturbadora, cuando comenta que el teniente Civantos, ayudante de Morales, le había asegurado «que en la vanguardia, las bajas de oficiales habían sido hechas por los policías indígenas»[141].

Entre tanta desmoralización cabe destacar el comportamiento de un sargento, cuyo nombre nunca se supo. Cuenta de él uno de los extenuados supervivientes de Igueriben que debió «su salvación a la energía de un sargento de sanidad, que animándolos a continuar su repliegue detenía fusil en mano a los policías y Regulares para que les protegiesen»[142].

La mayoría de los testigos estima que la retirada final fue en desorden, bajo el acoso de los guerreros de Abd el Krim. Los artilleros apostillan que, de haberse previsto a tiempo la evacuación, podrían haber establecido con sus piezas dos barreras de fuego, formando un corredor a cuyo amparo el retroceso habría sido menos sangriento.

Los cañones terminan el día tirando con granada rompedora contra Igueriben. Era una práctica habitual, que ya se había empleado en Abarrán, dirigida a destruir el material abandonado y, si era posible, a los harqueños que quisieran aprovecharse de él. Quizás ello está en el origen de las afirmaciones, que no ha sido posible al autor confirmar documentalmente, de que Benítez había pedido que dispararan contra la posición, estando él todavía vivo en ella.

Por fin, Annual se cierra sobre sí misma, acogiendo a los pocos que han quedado de la posición perdida y a su propia guarnición. Se atiende como se puede a

137 Pérez Ortiz, págs. 39-41.

138 Manifestaciones de Chacón, mencionadas antes, folio 1176.

139 Testimonio del capitán de Artillería Ruano, de 6 de octubre de 1921, ibíd., 50 N 6, folios 1228v-1229.

140 Declaraciones ya citadas, folio 261v.

141 Segundo testimonio de Valcarce, de 8 de septiembre de 1922, AHN, TS, 51 N 1, folio 266.

142 El informe, de 15 de enero de 1922, dirigido por el general Picasso a Berenguer sobre este suceso, está en ibíd., 50 N 10, folio 2146.

los primeros. A algunos de ellos les tendrán que abrir por la fuerza las mandíbulas bloqueadas, para verter un poco de agua en las gargantas resecas. Luego, todos se acuestan, entre el crepitar de los disparos y los gritos jubilosos de los vencedores. Muy pocos dormirán, atenazados por la incertidumbre del día siguiente.

Es importante resaltar que si la caída de Abarrán, ya se ha visto, sorprendió a Abd el Krim, en la de Igueriben jugó un papel protagonista. Fue de él, al parecer, la idea de sitiarla por la sed; quien logró que los cabileños atacasen «poseídos de un entusiasmo loco» y quien, en un momento en que vacilaban debido a las muchas bajas, especialmente de notables, les galvanizó, poniendo el pie sobre el cuerpo de uno de ellos, animándoles a «seguir adelante, aun pisando para ello los cadáveres de sus hermanos»[143]. No obstante todo lo anterior, de nuevo, la versión que se recoge en sus pretendidas memorias se aleja mucho de la realidad[144].

Mientras se desarrollaba la operación, se habían cruzado varios telegramas entre Melilla y Tetuán que confirman que los acontecimientos habían dejado atrás a los dos generales.

Por la mañana, Berenguer había recibido la información solicitada sobre las columnas móviles de que dispone Silvestre. Lo más significativo es que la de Drius ha dejado de existir, embebida en la guarnición de Annual, que incluye ya diecisiete compañías de Infantería europea[145], casi uno de sus cuatro regimientos de esa clase, y el grueso de sus Regulares. En todo el centro de su frente, pues, solo le queda la Caballería de Alcántara en reserva.

Aprovecha el comandante general la oportunidad para pedir que le manden un regimiento de Infantería al completo, dos baterías de Montaña, «desde luego, las fuerzas indígenas de que V.E. pudiera desprenderse», ganado y cuatro millones de pesetas para el pago de convoyes, harcas y construcción de caminos.

El alto comisario afirma que «la lectura de ese telegrama me tranquilizó», porque demostraba la solidez del despliegue en la zona oriental. Según sus cálculos, Silvestre dispone en la zona de operaciones, unos doce kilómetros, de cinco posiciones «bien guarnecidas y artilladas», de catorce compañías europeas, nueve de Regulares, cinco o seis de ametralladoras, dos de Ingenieros, cinco baterías, además de los cañones de posición, tres escuadrones de Regulares y ochocientos hombres de la Policía. En total, «un efectivo móvil de 6.000 hombres, con gran proporción de tropas de choque»[146]. La aritmética, no obstante, era engañosa. Precisamente dichas tropas no eran para entonces más que una sombra de sí

143 Información, ya citada de Al Lal ben Amar Senhayi.

144 Roger-Mathieu, págs. 98-100.

145 En concreto, cuatro de fusiles y una de ametralladoras de Ceriñola; cinco y una y media, respectivamente, de África y otras tantas, provenientes de Drius, de San Fernando. Subsistían las columnas de Zoco el Telatza, Cheif y Kandussi-Quebdani, reforzado este último con tropas venidas de la plaza para la prevista operación sobre el Saleh.

146 Berenguer (1923), págs. 76-77.

mismas. En cuanto a las restantes, por la peculiar organización del Ejército, apenas se podía contar con ellas, como se verá.

«Pero –agrega Berenguer, que últimamente, siempre encontraba un "pero" en todas las comunicaciones con el comandante general–, cada vez se me hacía más incomprensible cómo se había llegado a la situación grave en que se encontraba». De todas formas, menciona que había tomado medidas para enviar a Melilla a la Legión y al grupo de Regulares de Ceuta[147], quedándose con el de Tetuán como toda fuerza de choque. Podría parecer que habría alguna inconsistencia entre su «tranquilidad», lo «grave» de la tesitura y el despacho de tropas de auxilio tan selectas.

A las tres de la tarde, desde Melilla, el coronel encargado del despacho transmite a Berenguer una nueva petición de Silvestre, además de reiterar la solicitud de municiones. Ahora, de forma desconcertante, desea un batallón de ferrocarriles, para alargar la línea desde Tisutin a Ben Tieb, una labor de semanas, cuando ya solo disponía de horas. Por su lado, el alto comisario –que comenta, y se entiende, que la peregrina solicitud «acrece mi desorientación»[148]–, no se queda a la zaga. Pregunta si las fuerzas que se le han pedido se necesitan para la defensa o para una ofensiva. En el primer caso, él tendría que ir a la zona oriental a discutirlo, porque deseaba no «imponer a la nación mayores sacrificios». Considera, además, «la columna de Annual suficientemente fuerte para hacer frente a cualquier actuación local».

Por su parte, Silvestre, siguiendo con sus planes utópicos sobre el establecimiento de una nueva base en el río Saleh, ha dado orden a la columna de Quebdani para ponerse en marcha[149]. Revela su forma de trabajar que, a las nueve de la noche del 20 hubiera llamado al comandante de Estado Mayor Alfonso Fernández para encargarle que fuera a dicho lugar para servir de guía a la columna que debía establecer primero una base, y, desde ella, comunicación con Annual, para abastecer a dicha posición por vía marítima. Le respondió el comandante que el camino existente era malo, y que únicamente servía para hombres y ganado, lo que ignoró el general, reiterándole la orden.

Para no hacer una escena en público, Fernández fue luego a hablar con el jefe de Estado Mayor. Le dijo que no había agua en el itinerario; que la ruta era pésima, no mejor que la de Annual-Sidi Dris, que apenas se utilizaba, y que, en cualquier caso, se imponía un reconocimiento previo antes de meter a varias compañías con impedimenta por esos derrumbaderos. Por fin, el comandante

[147] La reacción de Berenguer está en su muy extensa respuesta a la 16.ª pregunta del cuestionario, en AHN, 51 N 2, folios 509 y 510.

[148] Ibíd., folio 512.

[149] Las comunicaciones están en ibíd., 50 N 9. La del coronel encargado, folio 1993; la de Berenguer, 1989. Respecto a la operación sobre el Saleh, folios 1990-1992.

desistió de un proyecto que, evidentemente, no había estudiado a fondo[150], pero Fernández fue enviado de todas formas a reunirse con Araujo.

Se trata de una anécdota, pero encierra un dato de interés y es que Silvestre comentó a su interlocutor que había pensado en dicho itinerario para el caso que el enemigo cortara la carretera Annual-Ben Tieb. Así pues, aunque en los plazos se hallaba totalmente fuera de la realidad, dado que entonces era muy tarde para dicha opción, sí que se temía esa noche que Annual pudiera quedar cercado.

Sin duda, la desorientación era más comprensible, aunque tampoco excusable, en el caso de Berenguer, alejado de ese teatro de operaciones, y que tenía que formarse un concepto de la situación a partir de los telegramas, no siempre sinceros, y a veces incoherentes, de su subordinado.

Hay aún más tráfico durante el día. «Por crítica situación», el comandante general ha insistido por enésima vez en su petición de bombardeo naval, que Berenguer transfiere al Ministerio, recomendando que los buques zarpasen, porque el difícil momento que atraviesa su subordinado «parece no admitir demora en su ejecución». López de Lamela, que siente venir la crisis, se lo remite a su vez al jefe de la casa militar del rey. Más tarde, Eza podrá darles, por fin, una noticia alentadora. El crucero *Princesa de Asturias* y los cañoneros *Bonifaz, Lauria* y *Bazán* navegan a toda máquina hacia Alhucemas. Además, se requisan vapores en Cádiz para llevar los refuerzos de Tetuán, que desembarcarán en Sidi Dris o donde se diga. Entretanto, se confía en su «pericia y valor» y en la «abnegación tropas a sus órdenes», esperando que la situación cambie y será «útil y gloriosa para la patria»[151]. Como casi todo en esta triste historia, es demasiado tarde.

En paralelo con este cruce de comunicaciones, Navarro se ha desplazado, ha «bajado», como se decía en el territorio, a Melilla. El comandante general le ha dado como acompañantes al jefe de la sección de campaña de su propio Estado Mayor, comandante Simeoni, en calidad de asesor y a uno de sus edecanes, el teniente coronel Tulio López. A este le entrega, «tristemente […] y muy emocionado» la llave de la mesa de su despacho «con encargo que de ella sacase algunos objetos de su uso particular y mil pesetas, que me dijo entregase a su madre, diciéndome que era el único ahorro que poseía»[152]. Sería una misión que daría que hablar.

No es seguro que la opción de quedarse Silvestre en primera línea y situar a Navarro en la retaguardia haya sido la mejor. De una parte, al permanecer en Annual, el comandante general demostraba una solidaridad digna de elogio con sus tropas en peligro. Pero también contribuía a crear una situación difícilmente reversible, si caía en combate. Por último, renunciaba a mandar el conjunto de las

[150] Declaraciones del comandante Fernández Martínez, de 10 de septiembre de 1921 (ibíd., 50 N 4, folios 808v-809).

[151] Los telegramas citados, en ibíd., 50 N 1, folios 50-53.

[152] Declaraciones de Tulio López ya citadas, folio 215v. Los dos edecanes de Silvestre echaron a suertes quién debía quedarse con él, y quién ir a Melilla.

fuerzas, más aún si se había desprendido de Simeoni. Por otro lado, si Navarro, al contrario que su superior, no era un buen general para la ofensiva, tenía excelentes dotes, que pronto acreditaría, para una defensa a todo trance. Es posible que hubiese resultado más conveniente invertir los papeles, dejando al segundo jefe en el frente, mientras que el comandante del territorio volvía a su cuartel general para coordinar los esfuerzos.

También, enviar a Tulio López casi como albacea testamentario para que se ocupara de los documentos privados que Silvestre tenía en la plaza se aproximaba mucho a un acto de última voluntad, de anticipada resignación.

Y, finalmente, que Navarro partiera sin otras instrucciones que «estar dispuesto a cuanto pudiera ocurrir», no le ayudaba mucho, y denunciaba una preocupante carencia de ideas ante el curso de acción a adoptar en tan grave tesitura.

Es chocante, en este contexto y demuestra el estilo de mando de Silvestre, que Navarro reconozca que Simeoni estaba «más documentado» que él, porque, dice de nuevo, su «atención» había estado «dedicada a los múltiples asuntos que le estaban encomendados como presidente de la Junta de Arbitrios»[153], ese lamentable organismo que acaparaba el trabajo de la mitad de los dos únicos generales existentes en Melilla.

Después de la pérdida de Igueriben, Silvestre mantuvo durante unas horas el optimismo. A las 19:30, tiene entrada en Melilla una orden suya, de hecho, la única que dio hasta el día siguiente. El teniente coronel Primo de Rivera, que manda Alcántara en ausencia de Manella, deberá reunir todos sus escuadrones en Drius. Con ellos, procederá a Ben Tieb, donde recogerá las tres compañías, dos de ellas improvisadas, de Ceriñola que allí había, más una de Zapadores, y procederá a levantar una nueva posición entre la B y Yebel Uddia, en el lugar que indique el capitán Fortea, de la Policía. Llevará con él al capitán de Estado Mayor Sainz Gutiérrez[154], que, aunque miembro de la Comisión de Límites, se ha presentado voluntario, junto con su compañero Sánchez Monge, para prestar servicio, a la vista de la delicada situación.

Sin duda, esas instrucciones[155] reflejan que, entonces, el comandante general pensaba en sostenerse en Annual. En caso contrario, no tendría sentido que desease construir una posición adicional y que, además, dedicase a ello, literalmente, los últimos hombres que le quedaban.

Pero esa noche ya no sigue pensando igual. Silvestre redactará en su tienda, rodeada de los gemidos y del parloteo deshilvanado de supervivientes de la

[153] Se han seguido las declaraciones de Navarro en la tarde del 26 de febrero de 1923, AHN, TS, 52 N 10, folios 2694-2695 y 2696v. Al día siguiente volvió a insistir en «lo poco enterado que estaba», folio 2698.

[154] Dejará unas excelentes memorias, *Con el general Navarro,* Madrid, 1924, esenciales para todos los subsiguientes acontecimientos.

[155] Se encuentran, escritas a mano y sin foliar, en AHN, TS, 51 N 13. El dorso se ha aprovechado para anotar bajas en las aguadas de Monte Arruit.

guarnición heridos o delirantes, el epitafio de Igueriben, y también, aunque en el momento no es consciente, de Annual y de todas sus ilusiones.

En una comunicación dirigida, simultáneamente, a Guerra y al alto comisario, habla de su fracaso, de la «imposibilidad» de superar la resistencia enemiga, «no obstante operar casi totalidad fuerzas este territorio», y de la evacuación de Igueriben, de la que dice que se ha salvado, lo que no era cierto la «mayor parte guarnición». Se describe «totalmente rodeado» y con las comunicaciones cortadas. La situación es «gravísima y angustiosa», «dificilísima», añade pocas líneas después. Necesita «divisiones con todos elementos»[156].

Para entonces, su capacidad de análisis debía estar muy quebrantada. Él, brillante general de grandes victorias y de fulmíneos avances, no había sufrido desde primeros del mes anterior más que derrotas a manos de un enemigo desharrapado que, además, le había arrebatado ya ocho cañones. Tenía que ser duro para un militar que, justificadamente, alardeaba de una excepcional hoja de servicios, haber acumulado en ella tantos borrones, que no manchaban las de ninguno de sus compañeros de armas. Nadie, en efecto, había sufrido en Marruecos tantos reveses como él.

Quizás experimentó una sensación de vértigo ante el abismo que, inopinadamente, se abría a sus pies. Hasta entonces, había venido operando por encima de sus posibilidades, como se deduce de comentarios ya citados que hizo a sus colaboradores, fiando en su audacia y en la falta de consistencia de las harcas. Ahora, cuando Abd el Krim ha aceptado su órdago, se encontraba sin cartas para respaldarlo. De ahí, las angustiadas peticiones de refuerzos de todo tipo y de maniobras de diversión, cuando ya era tarde.

Por otra parte, ha apostado demasiado en la jugada, todas sus tropas de choque, y considera que no le quedan ya triunfos en la mano.

En cuanto a Berenguer, empecinado en su propia campaña, convencido de que Melilla tenía fuerza sobrada, descansando en las dotes de Silvestre, no ha prestado suficiente atención ni a sus movimientos ni a la zona oriental, y no se ha percatado de que bordea el colapso.

Por último, Navarro se ha comportado como el perfecto subordinado, sin más. Poco brillante, siempre dispuesto a secundar a su jefe, pero estimando que la toma de decisiones es monopolio exclusivo de este, como demostró en la Loma de los Árboles, primero, y ante Igueriben, después.

Sin embargo, cuando llegó su hora de la verdad, manifestará más solidez que su fogoso superior.

---

[156] Texto manuscrito en ibíd., 51 N 13, folio 3401. La transmisión de dicha comunicación a Guerra por parte de Berenguer figura en 50 N 1, folio 54. Por cierto, el telegrama de Silvestre contiene la frase «jefe y oficiales muertos en alambrada suicidados» que posiblemente dará origen a la leyenda.

Capítulo VII
Un cielo de ignominia
(Annual, 22 de julio)

Capítulo VII
Un cielo de ignominia[1]
(Annual, 22 de julio)

El estado militar del territorio

En las terribles horas que tuvo que vivir desde las primeras de la noche del 21 a la mañana del 22, es natural pensar que Silvestre, como parte de su proceso de toma de decisión, pasaría revista una y otra vez a la situación de la zona oriental, para mejor valorar el problema en que se hallaba.

Asunto esencial era la fuerza existente. Disponía, sobre el papel, de 24.873 hombres, pero, en la práctica, no pasaban de 19.923[2] de tropa, tras las habituales y abusivas deducciones por los llamados «destinos». La situación entre los mandos no era mejor. Por solo mencionar los cuatro regimientos de Infantería, núcleo, al menos cuantitativo, de la guarnición, cada uno de ellos debería contar con un centenar de jefes y oficiales, pero ninguno estaba al completo. El que más se acercaba era África, con 92 oficiales disponibles sobre 99 –pero, en cambio, tenía únicamente tres de ocho jefes–, y el que menos, Ceriñola, con 88 de 97. Especialmente notable era el caso de la Brigada Disciplinaria. De 21 jefes y oficiales, estaban presentes 15, y de 223 de tropa, 123, teniendo 26 presos y arrestados, reflejo de la índole particular del cuerpo.

Respecto a la distribución de esos efectivos era la ya mencionada. Una parte apreciable de ellos, desperdigada en una multitud de posiciones, escogidas frecuentemente con criterios políticos más que militares; muchas con las defensas en mal estado –no era raro, en la retaguardia, usar las estacas de las alambradas como leña para cocinar– o desmanteladas, para crear otras nuevas más avanzadas; sin reservas adecuadas ni de víveres ni de municiones, y con los sempiternos problemas de suministro de agua, en su inmensa mayoría[3], ya que ninguna tenía aljibes.

---

[1] Utilizó esa expresión el senador Burgos y Mazo, comparando Annual con «el sol de la gloria» de Trafalgar y Rocroi (*Diario del Senado* de 25 de noviembre de 1921).

[2] Estado de fuerzas el 22 de julio de 1921. Está en AGMM, papeles de la Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 41. También, en AHN, TS, 50 N 2, folio 379, donde aparece la suma total de efectivos escrita a mano.

[3] La valoración es del comandante Alzugaray, de Ingenieros, en sus declaraciones de 29 de septiembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 5, folios 1122v y 1123.

Era el resultado de haber «eliminado toda previsión de un levantamiento de las cabilas»[4], y de lo que se ha bautizado[5] como «pulverización de las fuerzas en pequeños puestos, que […] no dominaban más que el terreno al que alcanzaba el fuego de sus fusiles, en vez de dominar con las piernas de los soldados el terreno».

En realidad, ni siquiera controlaban ese espacio, ya que por las razones mencionadas eran incapaces de cualquier resistencia de larga duración. En caso de un revés inesperado, todo el sistema se hallaba, pues, prácticamente «en el aire», y ese momento había llegado.

El resto de las tropas se hallaba agrupado en las tres columnas móviles mencionadas en el capítulo anterior, y en la guarnición de Annual.

El regimiento de San Fernando puede dar una idea del despliegue de las tropas. De sus 3.071 hombres en plantilla, disponía de 2.266. De ellos, 506 se encontraban en columnas; 1.630, en posiciones fijas, y tenía en la plaza 130. Sobre la dispersión de las unidades, se puede citar el caso de Ceriñola, con sus 2.511 hombres efectivos –sobre los 3.074 de los estadillos–, repartidos en más de quince lugares distintos[6]. Resulta extraordinario que, a pesar de los sucesos de los últimos días, el 21 todavía aparecieran 11 oficiales y 535 hombres como «destinos» en Melilla[7]. Y ello, tras haber formado dos compañías improvisadas, de las que se ha hablado antes, que salieron sin capitanes por no haber ninguno disponible.

En lo que se refiere a Annual, en un estado oficial[8] figura la cifra manuscrita de 6.780 hombres destinados en la posición, pero parece equivocada. En efecto, menciona 3.496 efectivos, sin incluir los Regulares, que figuran en nota a pie de página. Pero en ella se acumulan las cifras de la fuerza existente en tres días sucesivos con un resultado de 3.370, sin incluir mandos, que, sumada a la anterior, resulta en los 6.780. Obviamente, atribuir más de 3.000 plazas a Regulares, que, según el estado citado en el párrafo anterior reunían 1.615 de tropa, con 77 mandos, es erróneo. De hecho, en otro estado de fuerza[9] de esa unidad figuran 962 plazas, deducidas las bajas. Por tanto, la guarnición de Annual estaría compuesta por los escasos 3.500 efectivos ya mencionados, más, los 962 de Regulares. A

4 En AHN, TS, 50 N 4, folios 812 y ss., se recoge un análisis en ese sentido del comandante Fernández Martínez, de Estado Mayor.

5 Manuel Goded, *Marruecos, las etapas de la pacificación*, Barcelona, 1932, pág. 45.

6 Ver un estado de la fuerza y la distribución de la misma en ibíd., 51 N 14, folio 3557.

7 Ibíd., 51 N 39, folio 29.

8 AHN, TS, 51 N 20, folio 6049, Annual, estado efectivo de su guarnición en los días 19, 20 y 21 de julio de 1921.

9 Ibíd., 51 N 14, folio 3569. El estado, con fecha de 24 de marzo de 1923, detalla que en Annual los Regulares sumaban 59 jefes y oficiales y 192 de europeos y 711 indígenas de tropa. La considerable diferencia entre esos 962 y los 1539 presentes el día anterior parece excesiva, si solo se atribuye a bajas del fracasado convoy del 21, y puede hacer pensar que ya se habían empezado a producir deserciones, que en el estado aparecerían comprendidas en la denominación de «desaparecidos».

ellos, habría que añadir los 409 integrantes de la harca amiga, que, de acuerdo con un documento de la Policía[10], estaban también allí.

Un tercer estadillo[11] enumera las unidades presentes. Se hallaban en Annual: Silvestre con su Estado Mayor, en el que figuraban, entre otros, los coroneles Morales y Manella, y dos diplomados de Estado Mayor, Sabaté y Valcarce; cinco compañías de fusiles y una de ametralladoras de Ceriñola, con el teniente coronel Marina; cuatro y una, más una sección, respectivamente, de África, bajo el comandante Piña; cinco y una compañía y una sección de ametralladoras de San Fernando, con Pérez Ortiz; el grupo de Regulares con sus tres tabores de Infantería, el de Caballería y la compañía de ametralladoras, con el comandante Llamas; 2.ª Batería Ligera y 2.ª, 3.ª y 4.ª de Montaña; 1.ª, 2.ª, 4.ª y 5.ª Compañías de Zapadores; elementos de telégrafos, de red y de radio; 2.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª Compañías de Intendencia; tres secciones de Sanidad y Mías de Policía 5.ª, 6.ª, 8.ª, 10.ª, 11.ª y 13.ª, casi ninguna al completo. El total arroja 10 jefes, 181 oficiales y 5.155 hombres, cifra bastante similar a la propuesta anteriormente. Indica también la presencia de 1.796 cabezas de ganado.

El comandante general, pues, disponía en Annual de más del 25 % de sus efectivos, incluyendo todas las tropas de choque, así como el grueso de su artillería móvil[12], pero la moral de aquellas, sobre todo de la Policía, alimentaba toda clase de dudas. Por lo que respecta a las unidades europeas, nunca verdaderamente fogueadas, deprimidas ante la impotencia de las admiradas fuerzas indígenas para batir a la harca y por el desolador espectáculo de los supervivientes de Igueriben que deambulaban por el campamento, su capacidad combativa era una incógnita.

En cuanto a las transmisiones, ya se ha visto en la relación de unidades que Annual contaba con todos los elementos, disponiendo «hasta el último momento, de servicio de estación de radio»[13].

Las comunicaciones terrestres, en cambio, eran uno de sus talones de Aquiles. Según una descripción de la época[14], «Annual es un valle casi semicircular, estrecho y profundo, cerrado por todas partes por altísimas e inaccesibles montañas, menos por un boquete estrecho que da al mar». Pero la salida a este, vía Sidi Dris, resultaba impracticable, excepto para Infantería, y extraordinariamente vulnerable, hasta el punto que se podía descartar como opción, ya que, a efectos

[10] Ibíd., folio 3570. Tiene fecha de 7 de marzo de 1923. Dichos auxiliares habían sido reclutados por las Mías 5.ª, 6.ª y 10.ª.

[11] Ibíd., 50 N 2, folios 358-369. Recoge la distribución de todas las fuerzas de la Comandancia.

[12] En efecto, aparte de las dos baterías que había en Drius y la de montaña de Izumar, y deducida la 1.ª Ligera perdida en Igueriben, en el resto del territorio quedaba únicamente la 6.ª de Montaña en Quebdani (informe de 3 de octubre de 1921, en AHN, TS, 50 N 6, folio 1352).

[13] Declaración del comandante del Pozo, de Ingenieros, el 3 de octubre de 1921, en AHN, TS, 50 N 6, folio 1159v.

[14] Figura en la ya citada *Información mandada instruir por el coronel del regimiento de infantería Ceriñola,* en AHN, TS, 51 N 39, pág. 9.

prácticos, «realmente no existía»[15]. Solo quedaba, pues, la ruta que, por Izumar, llevaba a Drius, Monte Arruit y Melilla.

Partiendo de Annual, en su primer tramo era un camino de cuatro metros de ancho[16], apto solamente para «coches rápidos y camiones ligeros». Transcurridos cuatro kilómetros relativamente llanos, se convertía en «una pista de montaña sin afirmar», con pendientes largas y tan enrevesadas y pronunciadas que se le había bautizado como «El Tobogán». Para franquearlas se necesitaban «prolongas para auxiliar a los carros y evitar que se despeñasen»[17]. En cuanto a las piezas de la artillería ligera o rodada, para llevarlas hasta allí cada una había requerido cinco o seis tiros de caballos, más los esfuerzos de doscientos hombres aferrados a tirantes.

La misma clase de camino, aunque comparativamente menos accidentado, era el tramo Izumar-Ben Tieb, que, tras un trecho despejado, se arrastraba por el fondo de un barranco. Todo el trayecto, desde Annual a ese punto, «estaba constantemente dominado por alturas próximas». Entre Ben Tieb y Drius, en cambio, atravesaba una llanura, pero incluso allí, excepto en lugares concretos «sólo permitía el paso de un solo carruaje»[18]. Una vez en Drius había ya carretera hasta Tisutin, y desde ese punto a Melilla, además, una línea de ferrocarril. El recorrido total de Melilla a Annual superaba en poco los cien kilómetros.

Otra descripción del mismo itinerario en sentido contrario, menciona «Drius a Ben Tieb, camino carretero; Ben Tieb a Annual, pista»[19], mientras que del trecho entre estos dos últimos puntos se ha dicho que era «un camino de 18 kilómetros de longitud lleno de vueltas y revueltas, de bajadas y subidas, por lomas y barrancos y precipicios sin fin».

Para complicar la situación, la parte más áspera del trayecto transcurría por territorio de Beni Ulichek, recientemente ocupado y de muy dudosa fidelidad[20].

Los abastecimientos transitaban por la misma línea, siendo los depósitos principales, llamados «de acumulación», Tisutin, Drius y Annual, y los secundarios, los de Nador, Zeluán, Monte Arruit y Ben Tieb. De Melilla a Tisutin iban por

[15] Declaraciones del comandante González Larrea, de Ceriñola, el 5 de noviembre de 1921 (AHN, TS, 50 N 8, folio 1649).

[16] «Rectificaciones y declaración» del comandante Alzugaray, de 1 de agosto de 1922, AHN, TS, 51 N 2, folio 176 (curiosamente el texto está repetido en el mismo legajo, con fecha de 18 de septiembre del mismo año. En la primera declaración se describe a Alzugaray como «en calidad de preso», y en la segunda como «detenido». En ambos casos, se hallaba en el fuerte de María Cristina, en Melilla).

[17] Declaraciones del teniente coronel Fernando Fontán, de 17 de septiembre de 1921, jefe de la Comandancia de Intendencia (AHN, TS, 50 N 5, folios 955-957). Fontán, igual que muchos otros que figuran en esta obra, como, por ejemplo, Riquelme, sería procesado por su comportamiento durante aquellos días. En agosto de 1923 se encontraba en libertad provisional (AHN, TS, 51 N 18, folio 5125).

[18] Informe de la sección de campaña del Estado Mayor de la Comandancia General, 28 de agosto de 1921 (AHN, TS, 50 N 2, folios 450-451).

[19] Ibíd., 51 N 39, folio 19.

[20] Ibíd., loc. cit., folios 4v y 9, respectivamente, Memoria de Ros, ya mencionada.

tren; seguían a Ben Tieb en camiones, y el tramo Ben Tieb a Annual se realizaba a lomo «por las malas condiciones del camino»[21].

En cuanto a los medios de transporte, ya se ha visto en el caso de los mulos abandonados en Igueriben lo precarios que eran. Puede ser ilustrativo, por mencionar otro ejemplo, el estado en que se hallaba la Comandancia de Ingenieros. Contaba con solo veinticuatro camiones, por mitad de cuatro toneladas de carga y de dos y media, de los que seis de los primeros se hallaban en reparaciones. Sin embargo, para satisfacer las necesidades del servicio, «hubiera sido indispensable un número cinco veces mayor»[22]. No estaba mejor la Artillería, que hubiera necesitado más que duplicar el número de sus vehículos[23].

A efectos de evacuación de heridos y enfermos, se ha afirmado que no existía «hasta Drius servicio sanitario alguno»[24].

Sin embargo, el jefe de los servicios de Sanidad es más preciso al describir lo que llama «la línea sanitaria». Annual, en contra de lo previsto, no contaba con un barracón desmontable como hospital, «por dificultar [su] transporte lo abrupto del camino»; Izumar, Ben Tieb y Tisutin disponían de «puestos de socorro» instalados en tiendas de campaña; en Drius existía «un hospital de evacuación», también en tiendas; Zeluán tenía enfermería en la alcazaba y la de Monte Arruit, estaba en un «buen local». Un problema serio lo constituía la escasez de medios de evacuación ya que únicamente había cuatro ambulancias automóviles, de las que una solía estar en reparaciones, aparte de algunos coches ligeros y de mulos para las artolas. El día 22 había trece médicos en Annual, incluyendo los de las unidades allí destacadas[25].

En resumen, Annual era, por tanto, en lo que se refiere a las comunicaciones por tierra, una auténtica ratonera, con dificilísima salida, con el agravante –un pecado, desde el punto de vista táctico– de que casi hasta Drius discurrían en paralelo a la línea del frente, en vez de perpendicularmente al mismo, como para su mejor defensa mandan los cánones. Protegían el itinerario en su trayecto más delicado, las posiciones C, Izumar, B, morabo de Sidi Mohamed, Yebel Uddia y A, todas con una guarnición que no pasaba de simbólica, menos Drius, que albergaba las baterías ligera eventual y 1.ª de Montaña reorganizada.

Por otro lado, al haber acumulado allí todas las fuerzas del sector, no existía reserva alguna, excepto los escuadrones de Alcántara, como ya se ha comentado. El haber convertido a Annual, a la vez, en base y en punto de apoyo de las

[21] AHN, TS, 51 N 2, de Fontán ya citadas, folio 334v.

[22] Testimonio del comandante Fernández Mulero, inspector de los servicios, el 26 de octubre de 1921, en AHN, TS, 50 N 7, folios 1451v-1452.

[23] Declaraciones del coronel Masaller, de 20 de septiembre de 1921, AHN, TS, 50 N 5, folio 971. Su testimonio sobre el estado de la artillería y «su complicada organización», en sus propias palabras, es de gran interés.

[24] Declaración del teniente médico González de Miranda, de 2 de marzo de 1923 (AHN, TS, 51 N 12, folio 3296).

[25] Ibíd., 51 N 9, folios 2498-2514v, declaración del coronel médico Francisco Triviño, de 25 de enero de 1923.

operaciones previstas, se revelaba ahora como un riesgo adicional. En la eventualidad de una retirada, que nadie había previsto, no había, en más de una decena de terribles kilómetros, un lugar donde acogerse.

La noche del 21 al 22 de julio

En esa noche se reveló el aislamiento de Annual. Estaba tan «en punta», tan adelantada y aislada que los otros 15.000 hombres que había dispersados por el territorio, deducidos los existentes entonces en la posición, no podían auxiliarla.

Habiendo pensado solamente en la ofensiva, y sin introducir hasta el final en sus cálculos posibles reacciones del enemigo, Silvestre se hallaba, literalmente, en un callejón sin salida, como él mismo había definido la posición. Era la suya una situación de pesadilla.

El coronel López Pozas, de Ingenieros[26], indica que «por referencias» sabía que el comandante general «apreció en un principio las dificultades» que presentaba, «faltándole, sin embargo, la decisión necesaria» para sustituirla por otra, «tal vez confiando en sus dotes militares».

Jiménez Arroyo[27] lo corrobora, cuando dice que, a raíz de la caída de Abarrán, Silvestre «le manifestó que tenía en proyecto una operación [...] con el fin de rectificar el frente y [...] abandonar la posición de Annual que ofrecía muy malas condiciones», pero no facilita más detalles. En todo caso, se recordará que era un tema que se había comentado durante la última visita a Melilla de Berenguer, quien nunca entendió por qué no se cumplió el acuerdo de trasladar la base de operaciones.

Un factor de algún consuelo sería que la posición, después de la sorpresa de Abarrán, estaba relativamente protegida. Consistía en tres mogotes, con otros tantos campamentos para Regulares, África y Ceriñola, cada uno con parapeto y alambrada, aunque, según una versión[28], únicamente el sector de Ceriñola contaba con ambos; los de Regulares y África carecían de parapeto y únicamente disponían de alambrada en una parte. Tenía además las dos lunetas y los dos reductos últimamente construidos. Mientras dispusiese de un abastecimiento adecuado, nada tenía que temer de un enemigo de la clase del que tenía enfrente. Era en ese aspecto, precisamente, en el que radicaba su vulnerabilidad. Al margen de lo que contuvieran los almacenes, no se había asegurado algo tan esencial como el suministro de agua. En efecto, no existían aljibes, la aguada se encontraba a cuatrocientos metros, y estaba dominada desde alturas próximas[29].

[26] Declaraciones de 30 de septiembre de 1921, AHN, TS, 50 N 5, folio 1131.

[27] Testimonio de 25 de agosto de 1921, AHN, TS, 50 N 2, folio 316.

[28] Coronel Argüelles, de Artillería, declaraciones de 22 de agosto de 1921, AHN, TS, 50 N 2, folios 286v-287. Como se recordará, alternó con Manella en el mando de Annual.

[29] Declaraciones del coronel de Estado Mayor Sánchez Monge, de 21 de agosto de 1921, AHN, TS, 50 N 2, folios 268v y 269.

Complicaban el panorama, en conjunto desolador, las palabras que, se dice, Kadur Amar –que le fue fiel hasta el final–, habría musitado a Silvestre: «no te retires general, no te retires. Mira que cabila abandonada es cabila sublevada», previendo el alzamiento de ellas al compás del repliegue de las tropas[30]. Se ha afirmado que para entonces, ante la alternativa de soportar un cerco en tan precarias condiciones, o arrostrar las consecuencias de una evacuación problemática, el comandante general «había perdido ya toda fe y toda esperanza»[31].

Pero quizás no completamente, porque existe un telegrama suyo de las 23:40[32]. En él manda al coronel del regimiento de Melilla que con las cinco compañías de su unidad que tiene en Kandussi, más una batería de Montaña, marche a Quebdani. Deberá llegar allí a las cinco de la mañana del 22, recogerá las dos compañías de la guarnición y, con el conjunto marchará hasta Afrau, donde recibirá nuevas órdenes. El comandante de Estado Mayor Alfonso Fernández irá desde la plaza a Kandussi con instrucciones.

Se trata, pues, de su largamente acariciada operación destinada a establecer un enlace de Annual con el mar, y que ahora pretende resucitar.

Ese momento de optimismo debió durar muy poco. A las doce y media de la noche convoca una junta de jefes de cuerpo.

Será uno de los episodios más discutidos de aquellos púdicamente llamados «sucesos», sin adjetivos. Asistieron a ella, Manella, jefe de la circunscripción y coronel del Alcántara; el también coronel Morales, que mandaba la Policía; los tenientes coroneles Pérez Ortiz, de San Fernando y Marina, de Ceriñola; los comandantes Écija, del grupo de Artillería y Alzugaray, jefe de sector de Ingenieros, así como, el capitán Sabaté, jefe de Estado Mayor de la columna. Es posible que el regimiento de África, que tenía un fuerte contingente allí, no tuviera representante, ya que no se suele mencionarle[33]. Sería, en todo caso, el comandante Piña, al que nadie atribuye un papel recordable. De esos ocho o nueve, cuatro sobrevivirán –porcentaje notable, para la matanza que se avecinaba–, y cada uno dará su versión.

Los presentes se acomodan como pueden en la tienda, casi totalmente ocupada por una cama de campaña y equipajes, y se abre el debate.

Para Écija, el comandante general empezó diciendo que «él tenía la responsabilidad y que podía hacer lo que quisiera», pero deseaba conocer el parecer de los asistentes. Expuso la situación: había cuatro días de víveres; la artillería de

[30] Testigos afirman que Silvestre también consultó a Burrahail, otro notable que estaba con la harca amiga y que volverá a aparecer en estas páginas. Se ignora, sin embargo, el contenido de la conversación.

[31] Las dos citas, en Hernández Mir (1926), pág. 72.

[32] AHN, TS, 50 N 9, folio 1990. El telegrama está clasificado como urgentísimo.

[33] Incluso en una nota manuscrita sobre la composición de esa Junta, al lado del nombre del regimiento de África se ha escrito «comandante», seguido de un espacio en blanco (AHN, TS, 51 N 30, folio 138).

montaña disponía de doscientos disparos por batería; la ligera tenía munición, que no especificó, y «no se podía contar con socorro por Izumar».

Se puede mencionar, por lo que se refiere a alimentos, que los últimos datos oficiales conocidos apuntan a que el 19 de julio únicamente se disponía de 8.911 raciones de etapa, cantidad muy reducida para el número de tropas que se había concentrado allí, y 2.487 de galleta, que quizás ya se habían consumido para el día 22. Se contaba, además, con ingentes cantidades de café y azúcar y 34.638 raciones de harina[34]. No se hizo referencia a los centenares de caballerías existentes en el campamento, que podían constituir un último recurso, como se vio en Arruit.

Luego tomó la palabra Morales –continúa Écija–, para decir que, si había munición, se debían quedar en Annual, y, en caso contrario, «marcharse, si bien hacía constar que el camino estaría lleno de enemigos y no pasaría nadie». Manella abundó, dice en un principio, pero al término de su declaración rectifica y afirma que propuso «quedarse en la posición a toda costa». Los demás se inclinaron por la retirada. Écija sugirió salir esa noche con sus baterías para emplazarlas en las alturas y proteger la operación, lo que fue desechado. «Quedó acordada en principio la evacuación», y se decidió «volverse a reunir para organizarla». La batería ligera, tras ser inutilizada, permanecería en la posición, porque, a pesar de su engañoso nombre, era de engorroso transporte. Guarniciones vecinas como Buimeyan y Talilit se replegarían, respectivamente, a Annual y a Sidi Dris. Todo, en cualquier caso, estaba condicionado a lo que el ministro de la Guerra respondiera a la petición formulada por Silvestre de dos –cantidad que ninguna otra fuente menciona– divisiones de refuerzo.

Según Alzugaray, Silvestre empezó afirmando: «señores, estamos sitiados [...] no tenemos elementos con que formar una columna que nos socorra [...] Quiero que decidan conmigo si debemos quedarnos o hay que abandonar Annual». Morales respondió el primero que «era tarde» para el repliegue, que «no podrían llegar a Ben Tieb». No dio razones, pero Alzugaray piensa que era debido a la falta de confianza en las tropas indígenas, y a noticias que tenía de un alzamiento general de las cabilas.

Él mismo, Écija, Marina y Pérez Ortiz se inclinaban por la evacuación. Preguntado Sabaté, señaló que tenían comida para cuatro días; «agua, ninguna»; munición, contando con la de dotación, disminuida, unos 200.000 cartuchos de fusil y, de artillería, la pieza que más, veinte disparos. En total, «escasamente para un combate». Al oírlo, Morales se unió a la mayoría. Silvestre decidió «que a la mañana siguiente, a las seis, se organizaría la retirada».

Sabaté, por su parte, indica que el objeto inicial del encuentro era «organizar» una resistencia hasta que llegaran los refuerzos prometidos por el ministro y Berenguer, pero se juzgaron insuficientes en esa «delicadísima situación». Además,

[34] AHN, TS, 50 N 2, folio 417.

hecho el cálculo de los víveres y de las municiones existentes, se descubrió que los primeros durarían solo cinco días, y, en cuanto a las segundas, había nada más que las suficientes para dos aguadas y para resistir un asalto de la harca, que se estimaba entre 8.000 y 10.000 hombres. Después de oír a todos, Silvestre se inclinó por el repliegue sobre Ben Tieb, y aguardar allí a las tropas de refresco. «La evacuación se trató muy superficialmente [...] toda vez que dependía de las circunstancias», en especial, de las disposiciones que tomara la superioridad.

Hay otro testimonio, el del capitán Valcarce que, al parecer desapercibido, asistió en calidad de «oficial informador». Señala que los jefes de Artillería y de Ingenieros se inclinaban por «la retirada inmediata», a lo que se sumó Morales cuando oyó las cifras de municiones de boca y guerra que había. Las cinco de la madrugada les parecía una buena hora para realizarla, bajo el apoyo de las baterías previamente emplazadas cerca de Izumar. Manella, en cambio, planteó «que para el honor de las armas españolas era preciso quedarse». Los jefes de Infantería no dieron abiertamente su opinión, «pero parece ser que se sumaban» a la de la mayoría.

Silvestre, sigue, y esto, de ser verdad sería extraordinario, abogó en varias ocasiones por la retirada «razonándola en la necesidad de cubrir la plaza de Melilla», ya que había apenas fuerzas entre Annual y ella, ni en la propia ciudad. Un repliegue, calculaba, costaría unos mil hombres, que se podían compensar con las guarniciones que se irían recogiendo durante la marcha. Se trataba de llegar a Drius, para sostenerse ocho o diez días, lo que tardarían en llegar los refuerzos.

En ese momento, el comandante general ordenó a Valcarce redactar un telegrama, que fue corregido tres veces antes de ser aprobado.

Parece, pues, que hay consenso en que se decidió, en principio y condicionado, el repliegue, cuyos detalles se concretarían cuando acabara la noche.

El capitán Catalán, de Ceriñola, un poco ingenuamente, apunta que pensaba que «la situación no era desesperada, pero sí debía ser grave», ya que se celebró la mencionada reunión, que terminó a las dos de la madrugada, «guardando todos los que a ella asistieron impenetrable reserva», como habían acordado. La apreciación del capitán, incidentalmente, estaría en la línea de la afirmación de un brillante general[35], según la cual, «ante éstas [las dificultades] los cuarteles generales se desmoralizan más fácilmente que las tropas».

Acabada la reunión, se da salida a las 4:55 al telegrama mencionado, dirigido al ministro y al alto comisario. En él, Silvestre se permite un amargo sarcasmo. Se refiere a la comunicación de Eza anunciando la requisa de barcos en Cádiz, y dice que refleja que «no he acertado a dar a V.E. idea exacta de la situación en que se hallan mis tropas». La resume: «constantemente hostilizadas; aguadas que han de ser sangrientas; cortada por el enemigo mi línea de abastecimiento y de evacuación de bajas; no dispongo otras municiones más que para un combate».

[35] Goded, pág. 47.

«Aceptando toda responsabilidad», tiene «en principio idea de retirarme a Ben Tieb y Beni Said». Allí esperará los refuerzos que, por error dice «no» deberán ser desembarcados en Melilla.

Berenguer, envuelto en sus operaciones, no recibirá este mensaje, que según un texto manuscrito que se conserva se le envió a las 5:15[36], hasta más tarde. Quien le alerta es el ministro que, consternado, se lo ha transmitido. Le responde inmediatamente, según el registro oficial a las 3:45, lo que obviamente es una equivocación[37]. En primer lugar se queja de que Silvestre no le ha informado; luego de que los refuerzos que le mandará van a «dejar incompleta campaña de Beni Arós, frustrando su completo éxito». Ni en tan críticas circunstancias, pues, puede apartar de la mente unas operaciones que la tragedia que se cierne sobre Annual han relegado a segundo plano.

Por último, dice que va a ir a Melilla, para «formarse una idea exacta sobre el terreno, ya que noticias me transmite el comandante general no son suficientes para ello». Realmente, es verdad que Silvestre ha ido encubriendo de forma sistemática, y en lo posible, sus sucesivos fracasos, pero también es cierto que Berenguer, de no haber estado cegado por su maniobra en la zona occidental, podría haber dedicado unas horas a visitar la oriental, donde desde mediados del mes anterior no se cosechaban más que sinsabores.

Fruto de la reunión en la tienda del comandante general fue otro telegrama más, que se recibió en la plaza a las 4:05 de esa madrugada[38]. Dice: «columna Melilla que quede en Quebdani». Supone el fin del intento nonato por abrir la comunicación con el mar.

Mientras, en Annual, ha terminado la insomne noche. El general, quizás abrumado por las implicaciones de un repliegue, y aferrándose a la esperanza de los refuerzos anunciados, cambia de opinión, «por haber pensado durante la noche lo contrario de lo que se había acordado», dice Alzugaray. Valcarce comenta, es de imaginar que con alguna sorpresa, que, cuando le vio esa madrugada, «el general Silvestre pareció desistir durante el amanecer y principios de la mañana […] de hacer la retirada», mandando que se preparara la aguada. Incluso se pasa lista en los cuerpos para que Intendencia distribuya las raciones de comida para los hombres[39], al tiempo que a las seis «nos ordenaron a los ayudantes de las distintas columnas ir al depósito de intendencia con nota del total de tropas y oficiales de

[36] AGMM, legajo 264, carpeta 23. El texto figura enviado a Guerra a las 5:00 y «para conocimiento a alto comisario a las 5:15».

[37] Para el cruce de telegramas, ver AHN, TS, 50 N 1, folios 55-56. El telegrama de Silvestre dirigido al ministro y a Berenguer, y que este recibió con retraso, se halla en ibíd., 50 N 9, folio 1994.

[38] Ibíd., 50 N 9, folio 1192.

[39] Se hizo en la batería del capitán Belda, según su testimonio de 22 de enero de 1923 (ibíd., 51 N 10, folio 2567v).

cada columna para confeccionar un rancho único [...] para todos los días sucesivos, incluyéndonos en él a todos los oficiales»[40].

Pero parece que el comandante general enseguida rectifica, porque a las siete de ese 22 de julio, manda al comandante Llamas, de Regulares, que se le presente. Le dice que, ante «lo crítico de la situación», se ve «obligado a abandonar el campamento porque, de lo contrario, sería un Igueriben en grande». Le ordena, pues, tomar medidas para proteger el repliegue, que fija para las doce. El ayudante del I Tabor, que acompañó al comandante hasta la entrada de la tienda, donde le esperó hasta que salió con instrucciones, confirma este encuentro[41]. También comentó Silvestre «que iba a pretender hacer la aguada», posiblemente para desorientar al enemigo, pero sería una medida que contribuyó luego a aumentar la confusión.

Con motivo comenta Catalán[42] que esa mañana «se notó en el campamento una gran vacilación en las múltiples disposiciones, contradictorias muchas de ellas, que frecuentemente se daban».

El comandante general debió titubear una vez más, ya que a las nueve, hora en la que el capitán Pérez Ruiz-Crespo le vio «extraordinariamente preocupado»[43], convoca una segunda reunión. Acuden a ella los que habían estado en la anterior, a los que se unen ahora los comandantes Gómez Moreno, de Sanidad, y Llamas.

Écija asegura que Silvestre les comunicó que «había desistido de retirarse», y que esperaba refuerzos que desembarcarían en la costa. Los presentes opinaron que no eran suficientes –se trataba de los anunciados por Berenguer–, y que no podrían llegar ni por Sidi Dris ni por Afrau. No facilita más indicaciones, ciñéndose a decir que, más tarde, Silvestre mandó hacer la aguada, con cuyo motivo el enemigo reanudó el fuego, al tiempo que avanzaba por las lomas, por lo que «se decidió a efectuar la evacuación».

Alzugaray presenta una versión sustancialmente similar, que amplía en el sentido de que el comandante general había intercambiado comunicaciones con Eza y con Berenguer, y que los asistentes desaconsejaron tanto Sidi Dris como Afrau como punto de llegada de las tropas de socorro. El primero, porque la harca había cortado el camino con Annual; el segundo, debido a que se hallaba muy alejado y se necesitaría un guía para conducir a las tropas, guía del que no se disponía, según dijo Morales. Silvestre sugirió entonces Melilla para lugar de desembarco, pero eso suponía que los auxilios no llegarían antes del 27.

Manella, por su parte, propuso una negociación con Abd el Krim, a lo que respondió, indignado, el general que no tenía nada que ofrecerle, porque ni siquiera se le había enviado lo que venía pidiendo desde hacía tiempo. A su vez, el jefe de la Policía apuntó que el dirigente rifeño «no tenía influencia entre los suyos más que tratándose de ir en contra nuestra», pero que si los harqueños le

[40] Ibíd., 51 N 39, folio 27, testimonio del teniente Pons, de Ceriñola.
[41] Testimonio del teniente Pocurull, de 2 de abril de 1923, en ibíd., TS, 51 N 15, folio 3846v.
[42] Declaración del capitán ayudante Catalán de 21 de septiembre de 1921, ya citada, en ibíd., 51 N 39, folio 23.
[43] Ibíd., loc. cit., folio 25.

veían adoptar una posición conciliadora, perdería su poder sobre ellos. Se trata de una reflexión interesante, porque indicaría, en criterio de un experto, la fragilidad del mando que el Beni Urriaguel ejercía todavía entonces sobre la harca, siempre rebelde a la autoridad.

En eso estaban los reunidos, cuando vinieron a decirle a Silvestre que Berenguer esperaba al teléfono. Simultáneamente, entró el capitán Carrasco, de la Policía, para informar que los enemigos venían en tres columnas, «formadas como tropas regulares», cada una de más de 2.000 hombres, descendiendo –suprema ironía– de la Loma de los Árboles. Entonces el general, antes de acudir a atender la llamada, «decidió retirarse a la línea Ben Tieb-Beni Said».

Un año después, Alzugaray añadiría algunas precisiones. Dice que fue un teniente de Ingenieros quien comunicó a Silvestre que Berenguer estaba esperando, que respondió, «bueno, ya voy», y continuó la discusión. Insistió el oficial, y entonces se levantó diciendo, «¿Qué, señores, nos retiramos?», a lo que Manella respondió que, ya que iba a tener al alto comisario al aparato, le expusiera la situación para que decidiera. Silvestre se fue y «al cabo de cierto tiempo», volvió Sabaté, quien trasladó a Llamas instrucciones de que saliera a proteger la retirada, extremo que este niega en sus declaraciones, dado que afirma que ya antes había recibido órdenes directas del comandante general. Alzugaray atribuye este nuevo cambio de opinión del comandante general a la conferencia que tuvo con Berenguer.

Sabaté manifiesta que pasó la noche en preparativos para las distintas alternativas, pero que por la mañana, cuando fue a dar el parte, el comandante general le señaló «que acababa de decir al alto comisario que iban a evacuar». No menciona que hablara con el comandante de Regulares.

Gómez Moreno, que desde el fracaso del convoy se había dedicado a atender a heridos y enfermos y a preparar su evacuación, sin ocuparse de lo que sucedía en el campamento, narra que fue requerido para que asistiera a la reunión de esa mañana, con el fin de informar sobre «la cantidad y calidad de alimentos que necesitaba cada hombre», a efectos de calcular cuánto durarían los víveres. Prosigue: «cuando llegué, el general Silvestre leía un radiograma del alto comisario en el que se le anunciaba la llegada de tropas», y se discutía el lugar de desembarco, pero «no se hablaba de evacuación».

Entonces, alguien comunicó a Silvestre que Berenguer le llamaba por la radio, y salió de la tienda, con un edecán y Manella. «Al cabo de algún tiempo» regresó Sabaté, quien les dijo que se había optado por la evacuación inmediata.

Llamas, por su lado, afirma que el comandante general manifestó que la situación estaba empeorando «por momentos», por lo que «había que anticipar la evacuación y hacerla inmediatamente»; «sostenerse, dado el caso de que pudiera hacerse en aquella posición, no tenía objeto militar alguno». Entonces le avisaron de la llamada de Berenguer, y fue con Sabaté a atenderla, no sin antes decir a los asistentes que esperaran para que les dijera «la última palabra». Sin embargo, «no había transcurrido un minuto», cuando el oficial de Estado Mayor volvió

con órdenes de que saliera «inmediatamente» a ocupar posiciones para cubrir la retirada. Esta se haría «inmediatamente –repite la palabra–, y con toda rapidez».

Valcarce no estuvo presente, ocupado en otros menesteres, pero asegura que la reunión duró solo diez minutos, y que al término de la misma «se dieron órdenes verbales precipitadas»[44].

El testimonio menos valioso es el de Pérez Ortiz, siempre amargo, que no da las opiniones que aportó, confunde en una las dos reuniones que hubo, y las simplifica, presentando desde un principio al comandante general decidido a la retirada. Extrae, sin embargo, la misma conclusión final que sus compañeros, señalando que se acordó el repliegue. Lo adoba asegurando que, «en uno de sus altaneros arranques», Silvestre –cuya «arrogancia» destaca– afirmó: «yo asumo la responsabilidad de la operación [...] De ello voy a dar cuenta al gobierno, y de todo respondo yo con mi persona y empleo, y acuérdense de esto el día de mañana»[45].

La unanimidad de los presentes respecto a la llamada de Berenguer suscita perplejidad. Varios testigos, como se ha visto, aluden a ella, pero el general Luque[46], con posterioridad, sostendría que, técnicamente, era imposible que se hubiese producido. Alegó que el alcance de los aparatos era de 65 a 70 kilómetros. Para que hubiera tenido lugar la comunicación, habría sido preciso que existiera una red de aparatos Annual-Melilla-Tetuán-Beni Arós, donde se encontraba el alto comisario, lo que no era el caso.

Es asimismo singular que los asistentes a la reunión atribuyen a Sabaté un papel que este niega ya que sostiene que «como el testigo estaba dedicado a su peculiar servicio y a atender las llamadas que por la óptica le hacían, ignora lo que pudiera ocurrir a la inmediación del comandante general». Solamente «al ir a darle parte de haber quedado montado el servicio [de aguada] le dijo el general que acababa de decir al alto comisario que iba a evacuar». No menciona que Silvestre le ordenara desempeñar la función de mensajero que los jefes supervivientes le asignan en sus declaraciones.

Además, es preciso subrayar que el propio Berenguer negó que hubiese existido tal contacto: «hubiera sido imposible, no contando con comunicación directa»[47] entonces entre su cuartel general y Annual. Lo que sucedió fue, según él, que a las 10:50 le avisaron por teléfono de que había un radio urgente de aquella posición. Enfrascado en una conferencia con los comandantes generales de Ceuta y de Larache, antes de

---

[44] Segunda declaración de Valcarce, de 8 de septiembre de 1922, ibíd., 51 N 1. Consagra a ambas reuniones desde el folio 267v al 270v.

[45] Para las dos reuniones se han seguido las declaraciones de Alzugaray, ibíd., 50 N 5, folios 1118-1120 (las ratificó y amplió en las ya citadas del 1 de agosto de 1922, folios 353v-355v); Écija, ibíd., 50 N 5, folios 1144-1145; Sabaté, ibíd., 50 N 3, folios 649-650; Catalán, ibíd., 50 N 5, folio 1014 (fue su segunda declaración); Llamas, ibíd., 50 N 8, folios 1755-1756v; Gómez Moreno, ibíd., 51 N 6, folio 1564v, y Pérez Ortiz, págs. 44-45. Un relato de este último, de 7 de febrero de 1923, se halla también en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 41.

[46] Ver su intervención en *Diario del Senado* de 28 de junio de 1923.

[47] Interrogatorio Berenguer, respuesta a la pregunta 19.ª (AHN, TS, 51 N 2, folio 530).

partir para Melilla, no acudió en persona, lo que no deja de ser singular. En lugar de ello, envió a un ayudante que tomó «al oído» el mensaje. Decía que «después de consejo de jefes y ante numeroso enemigo que viene en columnas, aumentando por momentos, y no contando más que con cien cartuchos por plaza, ordeno la retirada sobre Izumar y Ben Tieb, haciendo todo lo posible para llegar a este punto».

El alto comisario se limitó a contestar: «quedo enterado, esperando que todos en estos críticos momentos pensarán ante todo en el prestigio y honor de la patria»[48].

Incidentalmente, en el entorno de Silvestre se consideró «redactado con mucha dureza»[49] este texto. Tanta sensibilidad es reflejo de un Ejército que desde hacía más de un siglo no se enfrentaba a otro de parecidas características. En ese periodo, mientras el resto de Europa había conocido varias guerras convencionales (Rusia contra Inglaterra, Francia y Cerdeña; Austria contra Francia y el Piamonte; Alemania contra Austria; Francia contra Alemania), el español estaba envuelto bien en guerras civiles, bien en lo que hoy se llamarían conflictos de liberación nacional. Durante ese tiempo, se había desarrollado un espíritu ampuloso, lleno de grandes frases, de heroísmos por doquier –hasta en las más significantes acciones–, y de partes ditirámbicos y exagerados, cuando no abiertamente falsos[50]. El lenguaje, directo y tajante, pero irreprochable, usado en este caso por Berenguer, chirriaba en ese mundo complaciente.

Pocos minutos después de la reunión, a las 10:54 y a las 10:56, Annual emite sendos telegramas anunciando la retirada. Uno es para el comandante del cañonero *Laya,* al que se le dice que proteja a la guarnición de Sidi Dris y a la de Talilit, que se replegará sobre la primera. Cumplirá la misión de forma más que distinguida. El otro, para Navarro, en Melilla. Reza así: «en este momento ordeno retirada sobre Izumar y Ben Tieb; disponga salga regimiento Alcántara hacia Izumar a proteger retirada»[51]. El segundo jefe, subordinado ejemplar, responderá en el acto, diciendo que ha transmitido esas instrucciones[52].

El alto comisario enviará un mensaje al ministro de la Guerra, a las 11:55[53], comentando el telegrama de Silvestre respecto a su retirada. A pesar de que le «es doloroso hacerlo», pide a Eza tropas de la península, prueba de que todavía no es consciente de la magnitud de lo que se avecina.

El ministro le contestó que «en vista graves circunstancias» ordenaba que salieran directamente para Melilla, seis batallones «incluso grupo de artillería»[54]. No era nada, para lo que se iba a necesitar.

---

[48] Ibíd., contestación a la pregunta 16.ª, folio 519.

[49] Declaraciones del teniente coronel Tulio López, de 16 de agosto de 1921, ibíd., 51 N 1, folio 252v.

[50] Ya se ha indicado que en la campaña de Cuba, por ejemplo, las quejas de los generales en jefe por los partes gloriosos, llenos de falsedades, fueron constantes.

[51] Ambos textos, en AHN, TS, 50 N 9, folios 1995 y 1996.

[52] Ibíd., folio 2003.

[53] Ibíd., 50 N 1, folio 57.

[54] Ibíd., folio 63.

«El pánico de Annual»[55]

Porque Silvestre había tomado una decisión trascendental. El peso de la misma explica sus vacilaciones y sus cambios de criterio durante todas esas horas. Estaban en juego las vidas de miles de hombres que le habían sido confiados por la nación. Lo que no se entiende es que se hubiese llegado a esa situación. Por un lado, la desproporción de medios entre las fuerzas enfrentadas seguía siendo enormemente favorable para los españoles, cuyos enemigos, al fin y al cabo, no pasaban de ser campesinos armados a la ligera. Que se encontraran ahora en tan complicada tesitura solo se debía a una serie de avances demasiado profundos y mal preparados, en un terreno imposible. Tampoco se justifica que súbitamente se descubriera que una base prevista para operaciones ambiciosas no tuviera elementos de vida y combate más que para unos pocos días.

Claro es que parte de la culpa recaía en una serie de Gobiernos cicateros, que nunca habían querido asumir el coste humano y económico de implantar el Protectorado, pero otra parte correspondía a los altos mandos militares. A Berenguer, porque ensimismado en su propia campaña, no había prestado la debida atención a lo que sucedía en la zona oriental. Y a Silvestre, sobre todo, porque él era el responsable del territorio y a él le correspondía adecuar los objetivos a los medios. Se puede acusar de muchas cosas al alto comisario, pero ciertamente no de haber presionado a su subordinado para que acelerara su penetración en la región insumisa. Las prisas provenían en exclusiva del propio Silvestre, empeñado en una carrera hacia Alhucemas, en la que no estaba dispuesto a jugar el papel secundario que se le había atribuido.

Lo peor de todo es que las dudas de la noche incubaron el desastre del día 22. Alzugaray insiste en que se encargó a Manella que hiciera un plan de evacuación, pero, caso de que fuera así, se trazó como mucho un simple esbozo elemental, pero no el imprescindible cronograma detallado por horas y por minutos que requería la salida ordenada de miles de hombres y de cabezas de ganado por una sola puerta y a lo largo de dos caminos –el antiguo, y la pista todavía no perfeccionada– estrechos y dominados por alturas no controladas.

Tampoco es admisible que se acordara que la decisión del repliegue se mantuviera en el mayor secreto, como reconocen que se hizo todos los presentes en la reunión. Se puede entender el deseo de no deprimir aún más a la tropa, pero el empeño en mantener al margen a los mandos subalternos, unido a la falta de un verdadero plan, garantizaba que la evacuación se llevaría a cabo de forma improvisada y caótica, sembrando desde el primer momento lo que más se podía temer: el desorden.

---

[55] Tomado del título de la obra de N. C., *El pánico de Annual y la retirada de Monte Arruit,* Madrid, 1923. Berenguer utiliza la misma expresión como título de un epígrafe en una de sus obras.

Mantener la habitual aguada, aunque, según algunos, solo para los hombres, vino a complicar aún más la situación. Cuando se optó por el repliegue, esa faena se había iniciado, pero no terminado, lo que multiplicó el desconcierto, ya que los que volvían de ella tropezaban con los que habían empezado ya la retirada, con la natural confusión.

Uno de los que salió a por agua fue Correa. Dice que notó «cierta actitud extraña» en quienes le encargaron esa misión y que, posteriormente el teniente coronel Marina le reconoció que le habían dejado «como de cebo al enemigo»[56].

Alzugaray, por su parte, asegura que la idea era que Regulares y Policía se adueñasen, respectivamente, de las alturas que dominaban el itinerario por la derecha y por la izquierda; que el grueso de las unidades a pie europeas, junto con los mulos de Intendencia y de Artillería emprendieran la marcha por el llamado camino viejo a Izumar, y que los heridos y enfermos, los transportes hipomóviles y los pocos vehículos disponibles tomasen la pista parcialmente acondicionada. Las tropas debían llevar consigo exclusivamente armas y municiones, para liberar las acémilas, que se dedicarían al transporte de los heridos. La 2.ª Batería Ligera tenía que ser inutilizada y abandonada. También había que dejar atrás toda la impedimenta, en parte con la esperanza de que el botín retuviera al enemigo, distrayéndole de una persecución.

El comandante precisa que él debería llevar la vanguardia, con sus cuatro compañías de Zapadores, y que dos compañías de Infantería –la 1.ª del I y la 1.ª del II de Ceriñola– cubrirían la retaguardia desde el reducto de Regulares. De las dos, la primera cumplió tan flojamente su cometido que llegaría a Ben Tieb con solo ocho bajas; la segunda, en cambio, quedó casi en cuadro, pero parece que fue debido sobre todo a la dispersión.

Sabaté, que parece en conjunto un testigo más fiable, habla de instrucciones verbales dadas por Silvestre a los jefes de cuerpo, lo que resulta verosímil. Las que menciona, en todo caso, son muy superficiales, y tan elementales que parecen dictadas por el puro sentido común, y no por un detenido proceso de reflexión. En primer término deberían salir los heridos y enfermos; luego, los mulos de Intendencia con municiones; a continuación, la Artillería y, por último, la fusilería europea. La protección de los flancos correspondería a las tropas indígenas que ya cubrían la aguada, reforzadas por el contingente completo de Policía y Regulares. La retaguardia estaría a cargo de las dos compañías peninsulares ya mencionadas, y de policías.

Valcarce va más lejos[57], presentando una versión muy creíble: «sin que diera tiempo a reunir las unidades, se las ordenaba marchar, dándoles objetivos» allí mismo; «todo, realizado en el más completo desorden», «con grandísima precipitación»[58]. Chacón añade una imagen deprimente[59]. Al pasar, vio que «a la puerta de la tienda

[56] Testimonio mencionado, folios 987v y 898v.

[57] Declaración citada, folio 270v.

[58] Testimonio de Catalán de 21 de septiembre, ibíd., loc. cit.

[59] Declaraciones de 4 de octubre de 1921, en AHN, TS, 50 N 6, folio 1177v.

del general discutía acaloradamente un grupo de jefes, entre los cuales estaba el coronel Manella […], que protestaba de que era el único que había votado en la junta de jefes por no abandonarla [la posición] y que estaba dispuesto a suicidarse». Le tuvo que hacer ver que con esas palabras desmoralizaba a los hombres. Donoso espectáculo, un capitán reprendiendo a un coronel ante el enemigo.

Pero incluso si existían esas instrucciones, su puesta en práctica resultó imposible, ya que nada más que los jefes las conocían. Se dieron así casos chuscos, por no decir lamentables, como los de oficiales corriendo detrás de sus unidades, que se habían puesto en marcha sin ellos saberlo.

La ignorancia general afectó a todos los cuerpos. Así, incluso los Regulares y la Policía, destinados a desempeñar un papel tan activo como esencial, salieron en la creencia de que su misión era solamente proteger el paso de un convoy a Izumar, o desde Izumar, no se sabía bien, pero sin la menor información sobre un repliegue general.

En el pavor que sobrecogió a casi todos, se olvidaron las lecciones de una obra que entonces se consideraba la Biblia de la guerra en Marruecos[60]. En ella, su autor apunta unos conceptos básicos. A los soldados hay que «convencerlos de que todo error de maniobra, toda infracción a las reglas de la disciplina, puede acarrear un desastre, y que, al contrario, con sangre fría y una ejecución rigurosa de las órdenes, son invencibles»; hay que «retirarse lentamente, y que la retaguardia sostenga la marcha, apoyada, si es preciso, por flanqueos»; «volveos tímidos, temed al enemigo, y éste acabará con vosotros». Esas líneas anticipan la inminente hecatombe.

Adoptada su resolución, Silvestre se olvida por completo tanto de esos elementales principios como de sus hombres, y se entrega a sus asuntos particulares. Confía a su asistente un maletín con sus condecoraciones y los cordones de ayudante del rey, para que los lleve a Melilla. Decide, también, que su hijo, alférez de Caballería destinado en Regulares, marche asimismo a la plaza. Da con ello, desde luego, un ejemplo lamentable, al paso que, facilitándole un coche para el viaje, dilapida recursos escasos y preciosos, que podrían haber sido destinados a fines más justificados.

Esta versión no coincide con la del propio alférez, quien afirma que «salió de Annual al frente de su sección, sin recibir orden ninguna del comandante general». Pero cuando llegó a Ben Tieb, «por sentirse enfermo […] y sin que se diera cuenta exacta de ello, le pusieron en un automóvil rápido para evacuarlo a la plaza»[61]. Tulio López[62], edecán de Silvestre, afirma que, en efecto, al princi-

[60] René Jules Frisch, *La guerra en África,* Madrid, 1910. Uno de sus traductores fue, precisamente, el general Navarro, segundo jefe de la Comandancia. Las citas pertenecen, respectivamente, a las págs. 67, 171 y 162.

[61] Declaraciones del entonces ya teniente Fernández Silvestre, de 4 de septiembre de 1922, AHN, TS, 51 N 1, folios 133-134v.

[62] Testimonio de 16 de agosto de 1921, ibíd., 51 N 1, folio 252.

pio de la retirada «estaba con su escuadrón, que formaba parte de la columna». Añade, sin embargo, que «regresó a Annual después», enfermo. Una semana más tarde, el hijo del comandante general declarará a la prensa que «escapé, tal como suena de la presencia de mi padre en el momento en que éste me tendía sus brazos»[63], para incorporarse a su unidad, encuadrada en el 3.º Escuadrón de Regulares, de Cebollino. Dicho capitán, por su parte, no lo menciona en sus testimonios[64].

En todo caso, este débil relato no ha sido estimado verosímil. El mismo Picasso, en el interrogatorio que preparó para López, daba por hecho la temprana partida del alférez. Incluso, se le abrió causa, aunque, eventualmente, fue «sobreseída definitivamente». Alzugaray asegura[65] que luego tuvo ocasión de unirse a él, y no en cualquier coche, sino en el automóvil del propio comandante general, en el que viajaba con rumbo a la plaza. El teniente Gilaberte fue testigo de la entrada de ambos en Drius, junto con el capitán Carrasco, hacia las dos de la tarde, entre los primeros fugitivos[66]. Carrasco se quedó allí, y comentó a su teniente, Civantos, «que había llegado en automóvil, acompañando al hijo del comandante general, por haberlo ordenado así el general Silvestre»[67]. El edecán se los encontraría después, entre Zeluán y Monte Arruit, camino de Melilla.

En cuanto a la dejación del mando por parte de Silvestre, no tiene justificación alguna. Sin duda, todo aquello «significaba la labor de muchos años, su vida entera, derrumbada»[68]. Por supuesto, la situación era gravísima, pero, de un lado, era en gran parte por su culpa, y, de otro, precisamente por eso debió multiplicarse para intentar controlarla, en lo posible. Quizás, consciente de lo que iba a pasar, había elegido «el egoísmo de querer perecer»[69], pero era un lujo que su responsabilidad le tenía que haber prohibido. Su deber era ponerse al frente de sus hombres, e intentar remediar lo que posiblemente fuera irremediable. Buscar una muerte oscura era demasiado fácil. Sin duda, «el verdadero sacrificio hubiese sido la salvación de las tropas de su mando y del honor de la Patria, aún con menoscabo de su prestigio personal»[70].

Un militar[71] lo dice crudamente, cuando sostuvo que el general, entonces, «no comprende su papel, que es retirarse al frente de las fuerzas, y, si cree que se ha deshonrado, después de llegar a Melilla, debe saltarse la tapa de los sesos».

---

[63] *La Vanguardia,* de 29 de julio de 1921, pág. 8.

[64] Las hizo en dos momentos distintos del 29 de agosto (AHN, TS, 50 N 2, folios 424-430v y 50 N 3, 457v-461).

[65] Segunda declaración, ya citada, folio 358.

[66] Declaraciones del teniente Gilaberte, de 9 de febrero de 1923, AHN, TS, 51 N 15, folio 3940.

[67] Segundo testimonio del teniente Civantos, del 23 de febrero de 1923, ibíd., 51 N 15, folio 4120.

[68] Meneses, pág. 106.

[69] Bastos, pág. 215.

[70] Ramón Goy de Silva, *Borrón y cuenta nueva,* Madrid, 1923, pág. 314.

[71] *Diario del Senado* de 7 de diciembre de 1921. Intervención del marqués de Cabra.

Lo mismo se podría predicar de Morales y Manella, intachables coroneles por muchos conceptos, pero que en aquel momento culminante eligen no separarse de su jefe, en lugar de dirigir la peligrosísima maniobra que habían acordado.

Así fue cómo, en un Ejército cuyo principal problema era el exceso de mandos, 5.000 hombres tendrán que enfrentarse a tan riguroso trance sin nadie por encima del empleo de teniente coronel para dirigirlos. Es más, ni siquiera se estableció una cadena jerárquica para dirigir la retirada.

Berenguer, desde luego, no tiene palabras bastantes para expresar su ira ante el desencadenamiento de unos hechos que le llevarían al banquillo de los acusados. Sentencia que «desaparece en absoluto la acción del mando», «sobrecogido […] por la amenaza, sin discernir su real alcance, decide precipitadamente el repliegue […], en completo desconocimiento de las reglas más elementales de toda retirada». Habla incluso de «facultades de discernimiento […] enajenadas»[72].

Porque, asombrosamente, todo se produce sin que haya tenido lugar un verdadero ataque a Annual, ya que hasta entonces solo había habido movimientos hostiles de la harca: «llegó el desenlace fatal antes de que la prolongación del ataque hiciese inminente la amenaza prevista como futura», como se escribió con lenguaje barroco en el Congreso[73].

Abd el Krim lo admitirá de plano: «si el general Silvestre no hubiera dado la orden de evacuar esas posiciones, quizás no hubiéramos atacado a fondo […] A medida que avanzábamos, me he dado cuenta de que debía estar condenado [a evacuar], sin duda menos por nuestra presión que por el levantamiento de las tribus que le copaban por retaguardia», aunque es preciso señalar que por entonces no se habían alzado. Continúa: «en efecto, durante esa evacuación no hubo, por así decirlo, combate»; los españoles huían tan rápido que «a nuestros propios guerreros […] les costaba creer que su victoria fuera real»[74].

Uno de sus más próximos colaboradores lo reconocerá también abiertamente[75]: «en ciertos puntos, los nuestros, asombrados de ver a los españoles huir, les preguntaban: ¿Cómo os marcháis? ¿Y por qué? Así se manifestó la voluntad de Alá […] Nosotros mismos nos quedamos sorprendidos, sin que acabásemos de comprender la huida de tantos y tantos soldados armados, y todavía no hemos podido contar la inmensidad del botín. Son acontecimientos completamente maravillosos».

Lo ratifica un informador: «después de lo sucedido en Igueriben […] no tuvieron el pensamiento de atacar a Annual, pero, al ver que esta posición era evacuada, y tras ésta todas las demás, no cesaron en su loca carrera hasta llegar a

[72] Berenguer (1923), págs. 81-83.
[73] *Diario del Congreso* de 15 de noviembre de 1922. Dictamen de la mayoría.
[74] Roger Mathieu, pág. 100.
[75] En una entrevista al periodista francés Jean Taillis, citada en Sánchez del Arco, pág. 192.

Beni Said»[76]. No dice otra cosa García Figueras[77]: «puede asegurarse que produjo mucho más desastroso efecto en la retirada de Annual nuestra propia desorganización y la falta de medidas elementales que garantizaran la retirada, que la propia presión del enemigo, que fue sorprendido por un movimiento de un radio que él no podía soñar».

Así es. Como señaló Abd el Kader a Cabanillas[78], «es absurdo suponer que Abd-el-Krim tuviese preparado el movimiento revolucionario que se inició en Annual […] Era lo bastante inteligente para no acometer semejante locura […] El propósito de Abd-el-Krim en Annual era únicamente defender su territorio». Coincide Ortega y Gasset[79]: «no eran mucho las fuerzas que atacaron Annual […], no fueron las fuerzas de Beni Urriaguel quienes forzaron la retirada y produjeron el Desastre, sino la huída desordenada», añadiendo que «no eran muchas las fuerzas que atacaron Annual».

Lo que, a su vez, subscribe Berenguer[80]: «las confidencias que yo tenía […] era que los contingentes que había el mismo día de la catástrofe de Annual eran pequeños, y, además, estaban dispuestos a marcharse y que no querían seguir las operaciones», por las grandes bajas que también los rifeños habían experimentado en los combates en torno a Igueriben.

Se ha evaluado la harca en más de 10.000 hombres, cifra que no parece nada razonable. Eza afirma que «los informes concuerdan en que no podían pasar de 1.500 los moros que hubiera frente a Annual»[81], coincidiendo con Berenguer y con lo que calculaba, en el otro extremo de la escala jerárquica, un sargento marroquí de la Policía: «lo menos quince cientos»[82]. Un número que oscilase, como mucho, en torno a los 2.500 o 3.000 parece lo máximo razonable. En todo caso, eran fuerzas aptas para defenderse, como habían demostrado, o para hacer un movimiento envolvente, como estaban realizando, pero nunca para asaltar una posición defendida por cinco baterías, varias compañías de ametralladoras y 5.000 soldados organizados y disciplinados, ya que hubiera sido suicida. Por eso, porque, en palabras del alto comisario, «estas harcas no tienen la consistencia que se figura la gente», y porque sus ambiciones no iban más allá de frenar el avance español, hasta entonces los rifeños se habían limitado siempre a reaccionar ante las iniciativas de Silvestre.

Desde ese punto de vista, se trataba, pues, en gran parte de un «enemigo imaginario», que ni podía ni quería buscar un choque frontal contra una oposición de

---

[76] AGMM, Comandancia General de Melilla, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14, informe ya citado de Al Lal ben Amar Senhayi.

[77] García Figueras (1939), pág. 179.

[78] Págs. 57-58.

[79] *Diario del Congreso* de 8 de noviembre de 1921.

[80] Declaraciones ante los diputados, recogidas en *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 317.

[81] Eza (1923), pág. 437.

[82] AHN, TS, 51 N 15, folio 4035.

esa entidad[83]. De ahí, «la viva sorpresa»[84] que el propio Abd el Krim experimentó al ver la acelerada evacuación de Annual.

Compartieron la estupefacción, por cierto, aunque lo expresaron mal, dos modestos oficiales de la Policía, «que no podían darse cuenta de que con las fuerzas allí reunidas se tratase de una retirada»[85]. Parece que «comprender» hubiese sido más correcto.

Sin duda, Berenguer también hubiese estado de acuerdo, como prueban sus palabras: «en realidad, no hubo ataque a Annual; Annual fue evacuado antes de ser atacado […] porque vieron venir los contingentes enemigos y los confundieron con un ataque», cuando en realidad se trataba de un simple relevo[86].

No resulta posible evitar la tentación de mencionar una de las más ridículas versiones que se han dado sobre Annual[87]. Según ella, se izó bandera blanca; los rifeños mandaron parlamentarios para negociar la capitulación y fueron asesinados, lo que provocó la ira de los harqueños y el asalto.

«El vendaval trágico»[88]

No se pretende aquí entrar en los múltiples detalles de la, en general, ignominiosa retirada –«el desastre militar mayor que España ha conocido en esta última etapa»–, en palabras del teniente coronel Fernández Tamarit[89]. El Expediente Picasso y la posterior instrucción abierta por el Consejo Supremo de Guerra y Marina contienen decenas de testimonios sobre ella, y en esta materia se pueden consultar tanto el completo resumen elaborado por el propio Picasso como la muy interesante obra de Pando[90].

A continuación se incluyen, pues, únicamente algunas pinceladas de aquel descalabro, referidas a lo que documentos judiciales de la época denominaron «la acción central de la retirada de las tropas de Melilla [Annual-Drius-Monte Arruit]». Bastará apuntar que el teórico orden de salida colapsó en los primeros

---

83 Ayache (1996), pág. 121.

84 Ayache (1981), pág. 114, citando *Mémoire de la Réunion*.

85 Declaraciones del teniente de la Policía Martínez Baños, de 6 de octubre de 1921, AHN, TS, 50 N 6, folio 1234v.

86 *La Comisión de Responsabilidades*, pág. 234.

87 Fontaine, pág. 30.

88 Utilizó la expresión el diputado Álvarez Gonzalo (*Diario del Congreso* de 24 de noviembre de 1921).

89 Declaración de 5 de octubre de 1921, AHN, TS, 50 N 6, folio 1199.

90 Para el primero, ver *De Annual a la república. El Expediente Picasso,* Madrid, 1931, págs. 5-306, o su reedición titulada *El Expediente Picasso. Las sombras de Annual,* Madrid, 2003, págs. 7-282. La obra de Juan Pando es *Historia secreta de Annual,* Madrid, 1999, págs. 155-186. Resulta de extraordinaria utilidad el informe que Picasso elaboró el 11 de enero de 1922 sobre la retirada, y que se encuentra en AHN, TS, 50 N 10, folios 2082-2116v.

momentos. Hubo, desde luego, unidades que partieron formadas, lo que Sainz llama, con acierto, «los verdaderos soldados»[91], «pero sin cohesión ni enlace, y sin saber los capitanes el objeto y dirección de la salida»[92], por lo que pronto se vieron rebasadas por la chusma cobarde.

Se estableció así desde el principio una dualidad que se mantendría durante toda la primera mitad del repliegue. De un lado, un núcleo ordenado y disciplinado. De otro, una «horda […] desenfrenada y con el espanto reflejado en sus ojos», que recordó a algún oficial culto escenas de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis,* de Blasco Ibáñez, cuando describe la retirada del Marne, durante la Primera Guerra Mundial[93].

Enseguida, los heridos comenzaron a azuzar a los mulos de las artolas, que emprendieron un trote cochinero, atropellando todo lo que se les ponía por delante; lo mismo hicieron los conductores de los carros y de los vehículos automóviles, intentando alejarse lo más pronto posible. Muchas unidades o partieron sin sus mandos, o estos, preocupados por su propia salvación, no ejercieron su autoridad; hombres sueltos y desbandados empezaron a cortar las cinchas de los mulos, para desembarazarlos de las cargas y subirse a ellos.

Si se añade que la mayoría de la Policía hizo defección –lo que no sucedió, o en mucha menor medida, entre los Regulares–, uniéndose a la harca para disparar sobre la indefensa columna, lo que obligó a parte de los fugitivos a apiñarse sobre la pista nueva, renunciando al camino viejo, el resultado es una estampida colosal, de una multitud que ya poco tiene de militar, buscando desesperadamente poner tierra de por medio.

En general, se considera que los soldados marroquíes o desertaron o siguieron combatiendo, pero los hubo que no hicieron ni una cosa ni la otra, ya que se menciona entre el torrente de los huidos a «gran número de Policías y de Regulares en actitud pacífica, pero sin orden alguno e independientes unos de otros»[94].

Parece, también, y aunque lo nieguen oficiales de Regulares, que sus flanqueos avanzaron demasiado rápido, no al compás de la marcha de la retaguardia del grueso. En efecto, todos los testimonios contienen lamentaciones sobre el fuego que se recibía desde los costados, lo que causó la mayoría de las bajas y aumentó el desconcierto. En descargo de esas unidades se debe señalar que ellas también fueron víctimas de las órdenes contradictorias que se dieron. Así, cuando se dispuso que montaran un servicio de protección, a algunos oficiales se les dijo que era para realizar la aguada, y a otros que para cubrir la marcha de un convoy. Quizás para

[91] Declaraciones de 16 de febrero de 1923, ibíd., 51 N 15, folio 4037v.

[92] Capitán Catalán, de Ceriñola, 24 de septiembre de 1921, ibíd., 50 N 5, folio 104. También se lamenta de la previa catarata de «órdenes y avisos contradictorios, y todo apremiantes».

[93] Conceptos y citas extraídos de las muy gráficas descripciones del teniente Troncoso, de 2 de febrero de 1923, ibíd., 51 N 15, folios 3892v-3894, por lo que se refiere al primer tramo de la retirada.

[94] Ibíd., 51 N 39, declaración de Catalán de 21 de septiembre, folio 23v.

aligerar los movimientos, la fuerza más potente de todo el grupo, la compañía de ametralladoras, no se utilizó en esta oportunidad[95].

En medio del desconcierto, hubo espacio para el humor negro. Comenta un oficial[96] sobre esos servicios que, cuando arreció el fuego enemigo, «para tranquilizar a la tropa, se decía que era la protección, y efectivamente era la protección, pero que tiraba a la columna».

Hay que insistir que, inconcebiblemente, entre los miles de hombres y centenares de animales apelmazados en revuelta confusión, solo un puñado, los asistentes a las reuniones en la tienda de Silvestre, sabía lo que estaba pasando. Lo que es peor, ni siquiera ellos tenían la menor idea de quién mandaba la columna que, de hecho, había quedado acéfala desde el primer momento[97].

Indiscutiblemente, la obsesión por guardar el secreto, añadida a las órdenes y contraórdenes previas a la salida, fruto de las vacilaciones de Silvestre, alimentaron la desorientación de las tropas, que pasaron sin transición de una actividad rutinaria, como era hacer acopio de agua, a verse lanzadas a la carrera, sin explicación alguna, hacia un destino incierto. En su modesta escala, el teniente de la Policía Elviro Berdaguer[98] lo refleja, cuando narra como se le mandó montar el servicio de protección de la aguada, primero; luego, desmontarlo y destruir el material «sin incendiar nada, para no alertar al enemigo», y, finalmente, proteger «la retirada de la tropa europea». En el torbellino de las siguientes horas, sus hombres desertaron; él combatió hasta agotar las municiones; se vio envuelto en una lucha cuerpo a cuerpo; fue hecho prisionero; se fugó, y fue capturado de nuevo.

Similar experiencia tuvo el teniente de Regulares Manuel Obeso[99]. En torno a las seis de la mañana se le dieron instrucciones de hacer el servicio de seguridad. Luego, vio salir tropas de Annual, que creyó escoltaban un convoy de heridos a Izumar. Únicamente cuando comentó a su capitán el desorden en que marchaban, este le dijo que se estaba evacuando la posición, y que había que asegurar los flancos, añadiendo que «tan pronto como hiciese una señal con su pañuelo, emprendiese la retirada», lo que no parece forma de organizar la protección de una columna en repliegue frente al enemigo.

El capitán Belda, de la 4.ª de Montaña ha dejado una notable descripción de la retirada. A diferencia de otras, es sobria, pero muestra mejor que muchas, quizás por las palabras que emplea, hasta qué extremo, en determinados tramos del itinerario, la columna parecía más una multitud huyendo de un teatro en llamas

[95] Ver el testimonio del entonces teniente de la misma José Cosidó, en ibíd., 51 N 10, folios 2656-2657v.

[96] Ibíd., folio 25v, testimonio del capitán Pérez Ruiz-Crespo, ya mencionado.

[97] Lo certifica el teniente coronel Pérez Ortiz en sus declaraciones de 14 de marzo de 1923, cuando dice «no saber quién mandaba la columna de retirada» y «que ignora quién pudo mandar la columna, pues a él no se le dijo» (ibíd., 51 N 15, folios 4213 y 4229).

[98] Su informe, de 11 de febrero de 1923, está en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 26. En el texto mecanografiado, el apellido figura como Berdaguer.

[99] Testimonio de 10 de abril de 1923, AHN, TS, 51 N 14, folio 3780.

que una fuerza militar. Habla así de su unidad literalmente «arrollada por los que detrás venían», por la «aglomeración», que, a toda costa, pugnaba por abrirse paso entre las acémilas pesadamente cargadas. Cuenta también cómo, en otro momento, con la muchedumbre algo más calmada, simplemente «la detonación de un disparo […] aumentó la confusión, volviendo los empujones y desbandándose la gente por todas partes»[100]. El miedo más abyecto se había apoderado de lo que una vez fueron batallones y compañías, y de los jefes que los mandaban, convirtiéndolos en «enorme rebaño»[101].

En media hora, no quedaba un español en Annual, dato que por sí mismo es suficiente para dar una idea de la precipitación con que se abandonó.

Hay casos elogiosos, sí. Se podría citar a Sabaté, pistola en mano, colocado en la intersección de los tres campamentos, intentando, sin lograrlo, introducir una cierta racionalidad en ese episodio de demencia colectiva. Resulta elocuente que en esa labor no le acompañó ningún oficial de las armas combatientes, sino un veterinario y un sargento de Sanidad, probablemente el que ya se ha descrito salvando a uno de los supervivientes de Igueriben[102]. También habría que mencionar a ese acemilero anónimo que se vio, en la posición ya vacía de hombres, embastando calmosamente un mulo, cumpliendo con su deber, cuando tantos lo habían olvidado. Y al cabo Furriel de la 5.ª Mía, negándose a irse porque no había recibido órdenes de abandonar «los efectos a su cargo»[103].

El itinerario de la primera fase del repliegue discurrió a lo largo del eje Annual-Izumar-Ben Tieb. Unos mínimos apuntes sobre el paso de la «riada» por esas posiciones pueden dar una idea del desarrollo de ese periodo inicial. A partir de la siguiente, Drius, adonde llega en torno a las cuatro de la tarde, exhausta y sedienta, se entrará en una nueva etapa.

El principio fue lo peor. Los cuatro primeros kilómetros transcurrían por un terreno poco abrupto, pero bajo el fuego enemigo, procedente de las alturas dominantes y de la retaguardia. Luego, el camino trepaba por una pendiente llena de curvas, el famoso «Tobogán», entre una ladera y un barranco profundo, un verdadero despeñadero, hasta Izumar, ya bajo una presión decreciente de los harqueños, pero con la masa de fugitivos para entonces muy castigada y fuera de control.

Un testigo[104], en pocas frases implacables, revela la magnitud del desplome: «se retiraban con más precipitación de la que justificaba el fuego del enemigo […] que no apretaba en la persecución, seducido más bien por la idea del botín»; «el desmoralizador ejemplo» de jefes y oficiales que huían confundidos con los

[100] Declaraciones del capitán Belda, de 22 de enero de 1923, en ibíd., 51 N 10, sobre todo folios 2569v-2670.
[101] Vivero, pág. 195.
[102] Así lo cree Picasso (AHN, TS, 50 N 10, folio 2446).
[103] Lo contó su capitán, Cayuela, el 25 de septiembre de 1921 (ibíd., 50 N 5, folio 985v).
[104] Teniente Bravo, 18 de octubre de 1921, ibíd., 50 N 7, folio 1379.

fugitivos no ayudaba en nada. Completa el cuadro otro[105]: era «tal la cantidad de gente y ganado que había en la pista –único sitio practicable–, así como ganado muerto y camiones y carros volcados, que no se podía dar un paso».

Desde Izumar, el comandante Martínez Vives vio, en torno a las diez, pasar un coche con oficiales y un soldado de Artillería montado en un caballo. Empavorecidos, le hablaron de la retirada que acaba de comenzar. Una hora después, llegó la primera unidad, la Artillería de Écija, medianamente formada. A continuación, la multitud fugitiva.

El comandante no daba crédito a lo que pasaba ante sus ojos, ya que no vio que «persiguiesen a nuestras fuerzas dispersas moros enemigos, aunque se oía algún que otro disparo». La pequeña guarnición acudió al parapeto, lista para hacer fuego, «pero no vio enemigo contra quien dirigirlo». Se escapaba, pues, de nada.

Más allá de esa posición, el camino discurría por el fondo arenoso de un barranco. Por él se enfrascó, entre empellones, la avalancha. En las alturas, cabileños de Beni Ulichek, no ya miembros de la harca, y policías desertores tiraban a placer sobre la enorme nube de polvo rojo que levantaban tantos pies apresurados y los cascos del ganado. Fue un recorrido amargo, cuya descripción añadiría poco al desolador panorama.

Cuando el grueso de la marea humana rebasó la posición, la guarnición de Izumar decidió, sin órdenes, su abandono. La prendieron fuego, quitaron los cierres de los cañones y, simplemente, se marcharon, dirigiéndose a Ben Tieb. Por el camino solo oyeron «disparos sueltos»; «la gente de los poblados se veía en actitud tranquila»[106], y, sin duda, estupefacta ante el inexplicable espectáculo. El apresuramiento de la azorada y mal hilvanada columna se debía nada más que a «la desmoralización de las tropas, pues no la empujaba el enemigo»[107].

Antes de llegar a la siguiente estación de lo que se había convertido en un vía crucis, al otro lado de un puente de madera, la masa fugitiva recibió una lección sobre lo que era una verdadera unidad militar. Correctamente desplegados, impasibles, los sables descansando sobre el hombro, se hallaban los escuadrones de Alcántara. Un muro de disciplina, coronado por las gorras de plato caquis de los oficiales y los gorros redondos celestes y blancos de la tropa. Eran parte de las fuerzas que la noche anterior Silvestre había ordenado que establecieran una nueva posición intermedia. Habían llegado al punto designado, pero los primeros huidos con que se encontraron, lamentablemente todos oficiales, en coches, les habían informado de lo que sucedía en Annual. En el acto, el jefe de la Caballería, teniente coronel Primo de Rivera, que al principio no quiso creer lo que oía,

105 Testimonio del capitán Alau, teniente entonces, de Artillería. Fechado el 22 de enero de 1923 (ibíd., 51 N 9, folio 2523).

106 Las declaraciones de Martínez Vives, de 3 de octubre de 1921, en ibíd., 50 N 6, folios 1153-1158.

107 Testimonio, del 21 de agosto de 1921, del teniente Miralles, de la Policía, en ibíd., 50 N 2, folio 280.

ordenó suspender los preparativos y reunió a sus oficiales: «la situación, como Vds. ven, es crítica; ha llegado la hora de sacrificarse por la patria, cumpliendo la sacratísima misión de nuestra arma. Que cada uno ocupe su puesto y cumpla con su deber. Pueden Vds. retirarse»[108].

Parece que el capitán Dolz, de Estado Mayor, intentó avisarle de lo que estaba sucediendo en Annual, mandando a un grupo de jinetes que «aún cuando reventaran los caballos»[109] se lo comunicaran, pero los cobardes que disponían de automóvil llegaron antes.

A partir de entonces, el regimiento cubriría pausadamente, al paso, el repliegue de la columna, manteniendo a distancia a un enemigo cada vez menos pegajoso, a medida que pasaban los kilómetros, y recogiendo sobre la marcha heridos y rezagados. A juicio de Navarro, «los escuadrones de Alcántara establecieron el servicio de protección por flancos y retaguardia, evitando, con su fuego y hábiles movimientos, que los restos de la columna de Annual fueran exterminados antes de llegar a Ben Tieb»[110].

Lamentablemente, las compañías de Ceriñola que acompañaban a los jinetes, mal encuadradas, no siguieron su ejemplo.

Poco antes de Ben Tieb, un capitán de Regulares gritaba: «¡A mí, planas mayores, no correr [sic], cochinos!», intentando en vano serenar «aquel tropel que amenazaba llegar en su desenfrenada carrera hasta la plaza»[111].

En dicha posición lo veía llegar el teniente médico Peña, agregado al regimiento de San Fernando, que describe una «avalancha […] [en] gran desorden, imposible de contener»[112]. Sigue su marcha alucinada, casi sin resollar, y, como en Izumar, la guarnición queda atrás, después de su paso. La manda el capitán Lobo, con dos secciones de San Fernando. Piensa en resistir, pero los jefes que pasan junto a él no le secundan. El alférez Guedea[113], de Ceriñola, presenció escandalizado cómo le pedía al teniente coronel Marina, de su regimiento, que se quedase allí con sus hombres, «pero le dijo que seguía con su fuerza a Drius», y, tras descansar una hora y media, «el teniente coronel ordenó que saliera la fuerza», y con ella se marchó. Vale la pena mencionar que el alférez tuvo los redaños de llevar consigo a uno de sus soldados, muerto «por asfixia», desde Izumar hasta Drius,

108 Declaraciones, ya citadas, del comandante Sainz. El texto aparece entrecomillado en folio 4037.

109 Testimonio del suboficial Jimeno, de Alcántara, del 27 de octubre de 1921, AHN, 51 N 38, folio 116.

110 Informe ya citado, del general Navarro, de 6 de julio de 1924, sobre los llamados «sucesos», pág. 2, en AGMM. En el mismo lugar, figura otro más breve, de 2 de septiembre del mismo año, destinado a destacar los comportamientos dignos de elogio que se produjeron durante lo que él llama «terrible desbandada».

111 Declaraciones de Sainz, folio 4038v. La alusión a las planas mayores, es porque, en Regulares, estaban integradas por personal europeo, considero más fiable, no por marroquí.

112 Sus declaraciones, de 15 de agosto de 1921, según anotación manuscrita al margen, en AHN, TS, 50 N 4, folios 782-788.

113 Declaraciones de 7 de octubre de 1921, ibíd., 50 N 6, folio 1249.

donde entregó, reglamentariamente, el cadáver. Después, su comportamiento fue más discutible, lo que le valdría ser procesado.

Peña confirma la actitud de los mandos, cuando indica que «los jefes que entre esas fuerzas pasaban rehusaban quedarse [...], alegando que carecían de órdenes para ello», sin que se sepa quién las podría haber dado.

Alzugaray, en cambio, señaló a sus zapadores «que las cuatro compañías debían quedarse en la posición de Ben Tieb», lo que coincidía con lo expresado por Silvestre en su último telegrama. Acto seguido, los abandonó, diciendo que esperasen su vuelta. Parece, sin embargo, que, al poco, Lobo indicó al oficial que había quedado al frente de ellas que Drius había dado instrucciones de evacuación[114]. Pérez Ortiz lo confirma, cuando asegura que también él «recibió del jefe de ésta (la posición) la orden para continuar a Drius» porque así «se había ordenado»[115].

Estas versiones chocan tanto con el episodio de Marina, como con lo que dijo Lobo a sus subordinados. Contó que, al verse solo, tomó la decisión de comunicarse con Drius, y pedir instrucciones, especificando, de forma nada ortodoxa, que las esperaría únicamente durante cinco minutos. Transcurrido el perentorio plazo sin recibir noticias, optó por abandonar la posición. Dado que el capitán murió, es imposible saber lo que realmente ocurrió. Algunos, como el comandante Martínez Vives, afirman que el capitán Dolz, desde Drius dio la orden de evacuación, pero el interesado lo niega[116].

Igual que en Izumar, previamente se quitaron los cierres de los cañones. Se los llevó un artillero, pero pesaban tanto que se los entregó a un suboficial de Alcántara. Los cargó en su caballo y al llegar a Drius, se los dio a Lobo[117].

Sucediera lo que sucediera, el caso de Ben Tieb es una buena muestra del estado de total confusión que predominó durante esas horas. A nadie se le ocurrió, al parecer, cumplir a todo trance lo dispuesto por Silvestre.

Los débiles jalones, como las posiciones B, C, Yebel Uddia y Buimeyan, que se habían puesto a lo largo del camino no sirvieron para nada, ya que fueron evacuados, en ocasiones con grandes bajas, sin que se pueda determinar si en todos los casos se abandonaron siguiendo órdenes superiores.

Fiel reflejo de la desorientación que reinó aquel día, es que, respecto a la posición B, algunos aseguran que tenía instrucciones «de sostenerse y de apoyar el paso de la columna», mientras que otros comentan que el capitán que la mandaba aseguró «que no tenía noticias ni órdenes de ninguna clase, pero que sabría morir

[114] Testimonio del capitán Aguirre, a quien Alzugaray dejó al mando de las compañías, de 18 de febrero de 1923, ibíd., 51 N 15, folios 4050-4051.

[115] Testimonio de Pérez Ortiz, folio 4213.

[116] La versión de Martínez Vives, en sus declaraciones citadas, folio 1157; la de Dolz, de 3 de octubre de 1921, en AHN, TS, 50 N 6, folio 1324.

[117] Declaraciones del suboficial Ramón Jimeno, de 27 de octubre de 1921 (ibíd., 51 N 38, folio 116).

cumpliendo con su deber»[118]. Lo hizo, pero el teniente que le sucedió prefirió optar por abandonar la posición, lo que costó grandes pérdidas.

Finalmente, el tramo Ben Tieb-Drius se recorrió «tranquilamente, puesto que ya no había fuego enemigo». Se siguió huyendo, por simple terror, «por la desmoralización de las tropas, pues no las empujaba el enemigo»[119]. Todo ese azoramiento contrastaba con la calma general reinante, de creer al capitán Dolz[120], que «no oyó ni un solo tiro» entre Ben Tieb y Drius hasta su partida el 22 por la tarde.

Se puede adelantar que los elementos más deleznables de la riada humana que se puso en movimiento cuando el pánico rompió los diques de la disciplina, se dejaron arrastrar por la corriente de miedo hasta los mismos muros de Melilla. Para esa auténtica carrera resulta tan expresivo como descorazonador el testimonio del capitán Almansa, del regimiento Melilla. A pesar de llevar el mando de cuatro compañías, se describe «como uno de tantos, arrastrado en el tropel». Salió de Cheif a las cinco de la mañana del 23, y entró en la plaza a las nueve y media de la mañana del día siguiente, tras una marcha apenas interrumpida, y sin combatir desde Drius, de más de ochenta kilómetros. Para entonces le quedaban, de toda su fuerza, «tres cabos y 28 soldados, una ametralladora, cuatro mosquetones, tres fusiles y cuatro mulos»[121].

Vicente Verdú, un vecino de Monte Arruit, describe bien el espectáculo. Cuenta[122] la llegada, a las once de la noche del 22, del capitán Carrasco y el teniente Civantos a esa posición. Con poco sentido común, «manifestaron públicamente que se había perdido Annual, que había muerto el general Silvestre». El 23, empezó a ver fuerzas españolas «en el estado más lastimoso, en completa desbandada, agotados y despeados en su mayoría, la que no traía armas. Pasaban muchos rápidos ocupados por oficiales». En torno a las dos de la tarde, vio «llegar a dos que dijeron oficiales, que venían con alpargatas y guerreras de soldados», que fueron los primeros en llegar a pie.

El espectáculo de los fugitivos convenció a los pocos civiles que allí vivían de la magnitud de la derrota, y, precipitadamente, abandonando todo, se pusieron en marcha, con dirección a la ciudad, uniéndose a la avalancha caqui. Pronto, «el camino [estaba] totalmente ocupado por vehículos de todo género, jinetes y peatones que, apresuradamente, corrían en demanda de Melilla». Rebasaron así en tromba Zeluán, donde el teniente Fernández, de la Policía, «sujetaba pistola en mano a los que pasaban que llevaban armas, incluso los oficiales». Allí, el

[118] Ver, para ambas versiones contradictorias, y respectivamente, las declaraciones de los capitanes Catalán (ibíd., 50 N 5, folio 1016v), y Jiménez Ontoneda (ibíd., 50 N 7, folio 1462v).

[119] Ambas citas, en la declaración de Miralles, folio 279v.

[120] Sus declaraciones ya citadas.

[121] Su lamentable testimonio, de 27 de septiembre de 1921, figura en AHN, TS, 50 N 5, folios 1090-1098v.

[122] Sus declaraciones, de 18 de noviembre de 1921, está en ibíd., 50 N 8, folios 1717-1720.

telegrafista Llinás[123] vio en la tarde del 22 «pasar sueltos y sin armas algunos soldados, mulos sueltos y otros sin bastes». El 23 observó que «se condensaban esos grupos y muchos de los individuos que los integraban llevaban cerrojos de fusil en la mano[124], sin organización alguna».

Dice Verdú que más adelante, en Nador se formó «una aglomeración muy grande, así de la población civil de toda la zona, como de militares que afluían a Melilla». El 24 el torrente humano todavía seguía pasando, porque Llinás observó «numerosos grupos de soldados y un verdadero chorreo de ellos, que regresaban a la plaza, alguno que otro con armamento».

Algunos episodios

Volviendo a Annual, la suerte de los mandos superiores que había en esa posición fue, desde luego, tema que suscitó gran interés, y que quedó envuelto en un cierto halo de misterio, por la falta de informaciones concretas.

Lo que se sabe de Silvestre es tan confuso como contradictorio, y alimentaría las leyendas que se propagaron sobre su suerte.

Le vio en Annual el teniente Civantos. Lo describe, adecuadamente, «penetrando la inmensidad de la catástrofe, parecía ajeno al peligro y situado en una de las salidas del campamento general, permaneció expuesto al fuego intenso del enemigo, silencioso e insensible a cuanto le rodeaba. A su inmediación estaban los coroneles Manella y Morales, y algunos otros jefes del cuartel general». Civantos no tuvo otra idea que pedir a su coronel un caballo, y cuando le indicó cómo conseguirlo, se fue, sin que aparentemente se le ocurriera ponerse a disposición de su superior. A los pocos momentos, le hirieron a él y mataron a la montura. Un sargento de Artillería lo sacó de allí[125]. En el curso de su retirada, tropezaría en Ben Tieb con el caballo del general, conducido por su ordenanza europeo, y antes de Drius, con el de Morales, que llevaba su ordenanza marroquí.

El soldado Moreno[126], de Alcántara, que oficiaba de ordenanza de Sabaté, explica la razón de que esas cabalgaduras se encontraran lejos de sus propietarios. Cuenta que, al principio de la retirada, vio al comandante general con su Estado Mayor «fuera del campamento, en el emplazamiento de la batería ligera». A gritos, llamaba «cobardes» a los policías que se veía desertar. Ya con los rifeños dentro de Annual, Silvestre hizo venir al sargento de su escolta, y le dio órdenes de que se fuese con los ordenanzas y los caballos a Melilla. Moreno testifica que,

[123] Testimonio de Manuel Llinás, de 8 de noviembre de 1921, en ibíd., 50 N 8, folios 1599v-1602.

[124] Este fue el único reflejo militar que les quedó a muchos soldados, inutilizar las armas que abandonaban.

[125] Primer testimonio del teniente Civantos, de 23 de noviembre de 1921, AHN, TS, 50 N 8, folios 1742v-1743.

[126] Ver su testimonio, de 18 de noviembre de 1921, en ibíd., 51 N 38, folio 152.

a continuación, «el comandante general con los coroneles Morales y Manella y otros oficiales se dirigieron a la tienda» del primero. El soldado se fue con los demás ordenanzas, incorporándose luego a su regimiento.

El cabo García Giménez lo contradice. Afirma[127]: «vi al comandante general, acompañado del coronel de la Policía, Morales, y del de Caballería, Manella. Me detuve un poco y pude oír del [sic] coronel Morales que decía al general que él se quedaba en el campamento, a lo que éste le contestó que para qué se iba a quedar allí solo». Los tres fueron luego al campamento de Regulares, donde «oí decir a un oficial segundo de la Policía al general que montara a caballo, que si no lo iban a matar, negándose a ello el general, por esperar le trajeran el suyo».

Quizás fue un poco antes cuando otro cabo, Miguel Martín[128] vio al comandante general que «estaba en la puerta, acompañado del coronel de caballería Manella, con las manos apoyadas sobre las caderas y en la mano derecha su pistola, viendo cómo desfilaban todas las fuerzas».

Por su lado, Valcarce describe al general en un estado de «completa inconsciencia»[129], que Hernández Mir define mejor como «de abulia, de insensibilidad, de decaimiento»[130], mientras que Pérez Ortiz, menos perspicaz, le muestra «cejijunto, pero muy sereno, impasible»[131]. Junto a él, Kadur Amar, apoyado en el parapeto, dispara pausadamente. Con la ayuda de Manella, consigue sacarle de su ensimismamiento, y, desplegados en guerrilla, porque el campamento está batido, salen de allí. El capitán cuenta, sin ningún detalle, que él sí tenía caballo, deduciéndose que el resto no se hallaba en tan afortunada situación. Al parecer, ni se le pasó por la imaginación ofrecérselo a Silvestre, sino que le solicitó la venia para adelantarse y buscar cabalgaduras para los demás. Llega a las cuadras y las encuentra abandonadas y vacías. Se aleja entonces kilómetro y medio de la posición, galopando hasta lograr encontrar unos policías montados, «a los que amonestó en forma tal que consiguió volvieran grupas en busca del cuartel general».

Afirma que a cuantos jefes y oficiales que se encontró les señaló «el retraso con que venía el comandante general», sin conseguir que se detuvieran. Él tampoco lo hizo, igual que tampoco había juzgado oportuno regresar con los policías, lo que da que pensar sobre el tipo de formación moral que se daba a la oficialidad. Siguió camino, llegando eventualmente, sano y salvo, a Melilla. Curiosamente, no se le abrió un juicio sumarísimo en el acto.

Quizás los imprecisos datos que aporta el suboficial García Bernal, de Ceriñola, el que se ofreció a llevar cantimploras a Igueriben, sea el último testimonio que haya sobre Silvestre. Cuenta que mandaba una guerrilla de su compañía, la 5.ª del III, que fue la postrera en dejar el campamento. En el camino, se encontró

---

127 Su declaración en ibíd., 51 N 39, folio 35.
128 Su declaración, ya citada, está en ibíd., 51 N 39, folios 32-33.
129 Quizás la palabra no es la más acertada (segunda declaración, citada antes, folios 271-272v).
130 Pág. 81.
131 Pág. 48.

con Silvestre y su cuartel general, del que menciona a los dos coroneles, un comandante de Intendencia y «otros oficiales», y recogió a ese grupo de mandos. «Protegiendo al cuartel general», marchó por un barranco que estaba cerca de la posición C. Antes de empezar a subir la cuesta de Izumar, y al ver que arreciaba el fuego enemigo, para responder a él mejor, trepó a la cresta del barranco. Una vez en ella, se volvió, y constató «que no quedaba nadie atrás, y sí varios grupos en retirada, suponiendo que sería el cuartel general».

Siguió su ruta, y antes de llegar a Izumar coincidió con Manella, que iba «con algunos individuos que encontró en el camino», dejándole luego de ver «por haber entrado en un barranco». «Supone [...] que el comandante general y su estado mayor debieron sucumbir en el mismo barranco por donde se internó el coronel de caballería»[132].

En otras declaraciones[133], el mismo testigo precisa que el encuentro tuvo lugar «a 1.300 metros de Annual», y que «al general Silvestre le dieron un caballo para que montara y no quiso aceptarlo. Andaba tranquilamente el trayecto que hay de Annual a la Intermedia».

Es preciso traer a colación, finalmente, las palabras, imposibles de contrastar, de un colaborador muy próximo del jefe rifeño. Según él, el general habría salido de Annual con dos acompañantes –¿su ayudante y su secretario?–, y cuando subía la cuesta a Izumar, un Beni Ulichek, desde unas chumberas, le hirió de un disparo; «Silvestre sacar revólver y buscar moro. Caer antes. Ponerse entonces así y darse tiro bajo cabeza. Darlo él mismo. Los otros morir también»[134].

No hay más noticias de la suerte de Silvestre. Se habló de que el jefe rifeño se adornaba con su fajín, y de que se exhibía en los zocos su cabeza cortada. Florecieron rumores y leyendas, todos sin visos de verosimilitud[135]. Quizás la más extendida es la que le asociaba con un misterioso preso que Abd el Krim guardaba celosamente[136].

Existe, sin embargo, un testimonio con tintes de veracidad, el de Miguel Mendaño, un civil hecho prisionero por la harca. Tras ser liberado, aseguró que, a partir del 25 de julio, durante cuatro días, «y por orden de Abd-el-Krim, con otros muchos prisioneros registraron campamento por campamento, barracón por barracón, piedra por piedra, en busca del general Silvestre, muerto o vivo. En la zona española no se encontró el cadáver ni la persona de dicho general»[137]. Quizás, como se ha apuntado[138], porque efectivamente fuera decapitado, de

[132] Declaraciones de 7 de noviembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 8, folios 1581v-1582.
[133] Las hizo el 2 de octubre de 1921 (ibíd., 51 N 39, folio 28v).
[134] Oteyza, pág. 77.
[135] Ver, por ejemplo, Goy de Silva, pág. 90.
[136] En Alfredo Cabanillas, *La epopeya del soldado,* Córdoba, 2009, págs. 232-236 se hace una dramática descripción, igual que en Arauz de Robles, pág. 95.
[137] La noticia apareció en *ABC* de 5 de noviembre de 1921, pág. 7.
[138] Goded, pág. 36.

acuerdo con la creencia de que así se impedía que el alma de un muerto pudiera acceder al paraíso.

El propio Abd el Krim confirma que buscó su cuerpo, sin éxito, después de que un niño de una cabila le entregara «el cinturón y las estrellas»[139] que había quitado al cadáver de un general. La afirmación quizás pueda ser dudosa. El dirigente rifeño tenía que saber, desde su época melillense, que los generales españoles se distinguían por llevar faja, y que su distintivo principal eran un bastón y un sable cruzados, siendo las estrellas de los distintos grados del generalato relativamente poco visibles.

Zanjó la cuestión el *Diario Oficial* del Ministerio de la Guerra, que en su número de 16 de septiembre de 1922, publicó una real orden del día anterior por la que se disponía la baja en el Ejército del general de división D. Manuel Fernández Silvestre, comandante general que era de ese territorio, desaparecido durante los sucesos ocurridos en esa zona en el mes de junio de 1921[140]. El 20 de enero de 1923, «en Melilla, provincia de Málaga», se inscribió en el Registro Civil su «defunción provisional»[141].

Respecto a los dos coroneles, el soldado Sosa[142], de la 1.ª del II de Ceriñola, afirma que fue una de sus secciones, en la que él iba, quien escoltó a Morales, a Manella y a un capitán médico. «En las inmediaciones de Annual» el fuego enemigo mató al segundo e hirió al tercero. Sosa prosiguió la retirada, y no da más noticias. Menciona, y no es el único, que, habiendo sido capturado, un desertor de la Policía les salvó la vida a él y a un compañero.

El teniente médico D'Harcourt[143], ya citado antes en estas páginas, proporciona, en cambio, muchas precisiones. Con los restos de su mía de Policía, la 11.ª, se encontró, a quinientos o seiscientos metros de Annual, a Morales, «a pie y solo», y lo montaron a la grupa del caballo de un oficial. «Un poco más allá», tropezaron con Manella, «también solo y en un caballo de tropa». A su misma altura marchaba la compañía del capitán Morales, esto es, la misma de Sosa, desplegada en tímida guerrilla. Se batía tan tibiamente, que Manella tuvo que intervenir. Luego, se unió al grupo el comandante Peña, «que apareció por allí». Parece que los disparos del enemigo les separaron. Entre las bajas estaba un soldado, al que D'Harcourt cedió su caballo, que lo aprovechó para huir a la plaza.

Al poco, volvió a topar con Morales, de nuevo solo, y esta vez caballero en una montura de un cabo de Ingenieros. Luego, se les unió Sabaté, a pie. Juntos, llegaron a Izumar. Pensaron hacerse fuertes allí, pero al ver que la posición ardía reanudaron la marcha hacia Ben Tieb. En el curso de la misma vio una de esas

139 Roger-Mathieu, pág. 102.

140 AHN, TS, 51 N 2, folio 339.

141 Según una certificación de 11 de diciembre de 1923 que figura en AHN, TS, 51 N 20, folio 5128.

142 De 30 de septiembre de 1921, en ibíd., 50 N 5, folio 1134v.

143 El relato de su odisea abarca los folios 1105-1107v.

escenas lamentables que se produjeron; un cabo que decía a un mando, «no corra Vd., señor oficial, y venga a defenderse». Como contraste, por el camino se les incorporaron soldados de Ceriñola, procedentes de la posición B. Iban «perfectamente mandados», y con buen continente, «aunque le habían muerto [...] al capitán y era la primera vez que entraban en fuego»[144]. «Los oficiales se habían juramentado para rematarse en caso de ser heridos» añade en punto y seguido, sin saberse a quién se refiere.

Porque luego cuenta que, a la entrada de un barranco, fueron atacados, recibiendo Morales «una grave y dolorosa herida en el hígado». Dice que su primera intención «en cumplimiento de su compromiso», refiriéndose al acuerdo al que habían llegado al respecto, fue pegar un tiro al coronel, y que incluso le puso en la sien el fusil que llevaba, «pero, ante el horror del capitán Sabaté, desistió». Pudo comprobar que el balazo era mortal, y aguardaron a que Morales falleciera. Pensaron en suicidarse, pero renunciaron «ante la dificultad de hacerlo con los fusiles».

Más tarde, y a costa de ser heridos, repelieron un ataque. Toparon después con marroquíes, que «se dedicaban descuidadamente a recoger el reguero de efectos abandonados», un verdadero maná, y que apenas hicieron caso de ellos, aunque se prestaron a darles agua «por dinero y aún sin remuneración». Al fin, llegaron a Ben Tieb.

Sabaté[145] confirma lo dicho por D'Harcourt, y menciona que encontró a este y a Morales cerca de Izumar. Añade que, una vez herido, el coronel «les exigió» que le remataran, a lo que se negaron, quedándose protegiéndolo hasta que murió. Habla del ataque enemigo, del que se defendieron hasta agotar las municiones, y que los marroquíes, luego, «les dejaron marchar». Herido, fue evacuado a Melilla, donde, no lo comenta, llegó en lastimoso estado. Según Tamarit, tan maledicente como bizarro, lo hizo «desnudo, herido y, según se decía, maltratado incluso por mujeres moras que le despojaron de la ropa y alhajas»[146].

González Longoria es más escueto[147], quizás porque su conducta fue menos gallarda. Describe el encuentro con Morales, y confirma que se le cedió sitio a la grupa de un caballo, pero luego dice, sencillamente, que en un momento dado «le había perdido de vista». Añade, sin solución de continuidad, que «en Izumar quedó el coronel Manella», intentando organizar «una extrema defensa», pero los hombres que pasaban no hacían caso a sus llamadas. Unos, «por su estado, lamentable», y otros porque aunque lo hubieran hecho, no «hubiesen sido útiles, por haber perdido el armamento». Ahí le dejó el capitán.

[144] Sin embargo, el soldado Reyes, que estuvo en esa posición, dio una versión muy distinta, el 2 de diciembre de 1922 (AHN, TS, 51 N 16, folios 4363v-4364).

[145] Testimonio ya mencionado, folio 652.

[146] «Ampliación de la declaración» de Fernández Tamarit, 20 de julio de 1922, AHN, TS, 51 N 1, folio 31.

[147] Declaraciones de 1 de septiembre de 1921, ibíd., 50 N 3, folios 494v-495.

Por fortuna, se cuenta con el testimonio de un tercer oficial de esa mía, el teniente Martínez Baños[148], que desciende a mucho detalle. Para empezar, cuenta que D'Harcourt y él salieron de Annual en los caballos de dos ordenanzas, a los que hicieron desmontar, lo que no parece conducta propia de oficiales. Ya a la salida de la posición, se encontraron a Morales, que describe «solo y cabizbajo»; «estaba tan abatido, que nada hacía por salvarse». Costó trabajo convencerle de que subiera a la grupa de Martínez, sin dejar de repetir que le dejasen y continuasen sin él. Como las monturas del médico y de Longoria iban con menos carga, les sacaron delantera.

El teniente tomó un atajo, para ganar tiempo, pero un tiro le mató al caballo. Siguió a pie con el coronel, hasta encontrarse a Manella, en los alrededores de la posición C, junto con un puñado de jinetes. Trataba «de rehacer las fuerzas para hacer frente al enemigo». Martínez le preguntó si podía poner en su grupa a Morales, «asintiendo maquinalmente, preocupado como estaba en organizar alguna defensa». Hecho lo cual, dice con gran desfachatez, «el testigo continuó su camino», dejándoles.

De los tres mandos de los que se ha hablado hasta ahora, Morales mereció un trato especial por parte de Abd el Krim, con el que tuvo una buena relación y que hasta el final lo respetó, considerándolo «un español al que quise mucho, el único que me ha comprendido». Portándose como un caballero, y como «homenaje supremo a un enemigo inteligente y leal»[149], hizo recuperar el cadáver, y avisó a Melilla que se podía ir a recogerlo, lo que se llevó a cabo. Pero también era un hombre práctico, por lo que pasó una factura de 2.000 pesetas por los gastos, que había adelantado de su bolsillo[150]. La devolución del cuerpo, por cierto, motivó una elogiosa referencia al dirigente rifeño en *La Vanguardia,* destacando su «valiosa laboriosidad e inteligencia»[151], lo que es encomiable, dadas las circunstancias.

Pasando de los casos individuales a los colectivos, la evacuación de los heridos y enfermos, naturalmente, era una cuestión de primera importancia, y parece que fue abordada con ejemplar profesionalidad.

El teniente González de Miranda[152] describe que se realizó en cuatro camionetas y treinta o cuarenta mulos con artolas. Por el camino, atendieron a todos los heridos que pudieron. Al llegar a Drius se dedicaron a «rectificar las curas» y a ocuparse de los hombres que llegaban «sincopados y desfallecidos» por la larga huida. De allí, el convoy sanitario siguió a Tisutin, desde donde completó en tren la evacuación a Melilla. Parece, pues, que como venía siendo el caso desde hacía largo tiempo, el Ejército fue bien atendido por sus servicios médicos, lo que no se podría aplicar a la totalidad del sistema sanitario, ya que

148 Declaraciones citadas más arriba, folio 1235.

149 Roger-Mathieu, págs. 101 y 102, respectivamente.

150 Declaraciones del coronel Civantos, de 20 de octubre de 1922, AHN, TS, 51 N 6, folio 1671v.

151 Edición del 5 de agosto de 1921, pág. 7.

152 Testimonio de 2 de marzo de 1923, en AHN, TS, 51 N 12, folios 3295-3298.

la gestión de los hospitales, por desgracia, no estaba confiada a los doctores. Sin embargo, hay que destacar el hecho de que González de Miranda, como otros compañeros de primera línea, en vez de quedarse en ella en unos momentos tan comprometidos, prefiriera acogerse a la plaza. No obstante, parece que la mayoría no siguió su ejemplo; se dijo[153] que de los diecisiete médicos de la Comandancia General, once desaparecieron durante el desastre, lo que confirma que, en general, cumplieron con su deber. El ya citado jefe de Sanidad, por su parte, cifra las bajas del personal a sus órdenes en nueve oficiales médicos muertos y cuatro prisioneros, y un oficial de Farmacia y ochenta y tres soldados muertos.

El comandante Gómez-Moreno[154] aporta alguna precisión. Dice que el 21 no se pudo evacuar a todos los heridos del combate de ese día, por falta de medios, ya que solo había cuatro ambulancias. Por eso, y porque las tiendas tortuga dedicadas a hospital estaban batidas por el enemigo, se les instaló en las del Estado Mayor. Por suerte, a última hora llegaron dos camionetas más. Recibida la orden de retirada, se repartió a los pacientes en la forma indicada en el párrafo anterior, pero especifica que los medios automóviles se reservaron a los europeos más graves, con heridas en cabeza, vientre o pecho. Él mismo en un coche Ford, que luego cedió para el transporte de heridos, encabezaba la columna, mientras las artolas se encomendaron a un teniente.

Es importante señalar que advirtió que, una vez recorridos los primeros kilómetros bajo fuego, «apenas si se oyó algún que otro disparo». Tras completar las distintas etapas del itinerario, llegaron a Melilla unos setenta de los cien heridos que salieron de Annual. Piensa «que los que faltaban fueron, o muertos en el camino, o indígenas heridos leves, que huyeron». Los que iban en los medios automóviles no sufrieron bajas, lo que no fue el caso de los que fueron en las artolas. De estas parece que llegaron «muy pocas», según otro testimonio, que también indica que los mandos heridos «en mayoría fueron evacuados en el convoy rápido»[155], al margen, por consiguiente, de la seriedad de sus lesiones.

Uno de los que se salvaron, y que confirma la eficiencia del sistema, fue el capitán Ripoll[156]. Atropellado por un mulo de Artillería, recogido sobre la marcha, curado en Drius y evacuado a la plaza. Por cierto, certifica que entre lo que se abandonó en Annual estaba el depósito de Intendencia. Manella dio órdenes de no quemarlo «por no convenir llamar la atención del enemigo», como si la masa de fugitivos no bastara para ello.

---

[153] *Diario del Senado* de 30 de noviembre de 1921. Intervención de Gil Casares.

[154] AHN, TS, 51 N 6, folios 1562v-1566v, declaraciones de 15 de octubre de 1922. La cifra de cuatro ambulancias que menciona indica que ese día, afortunadamente, no había ninguna en reparaciones. Sin embargo, el capitán médico García Gutiérrez alude únicamente a dos camionetas Ford (ibíd., 51 N 9, folios 2484v-2486v, testimonio de 29 de enero de 1923).

[155] El del teniente médico Emilio López Galiacho, de 7 de abril de 1923, AHN, TS, 51 N 15, folios 3813 y 3812v, respectivamente.

[156] Testimonio de 28 de julio de 1923, ibíd., 51 N 12, folios 3289v-3292.

Ratificará, muy a su pesar, lo completo de la evacuación de Annual, en lo que se refiere al aspecto sanitario, otro médico. Se trata del teniente Vázquez[157], destinado en la 12.ª Mía. Hecho prisionero, fue conducido al campamento. Pidió visitar las tiendas que habían servido de enfermería, y las halló «sin rastro de heridos». Aunque sabemos que habían sido trasladadas a las cedidas por el Estado Mayor, es de suponer que, si hubiera quedado alguno, se habría percatado de ello.

Menciona, en cambio, que, deambulando, encontró «esparcidos […] cuatro o cinco cadáveres». Esa había sido toda la defensa. «La gente de la harca y la de los poblados inmediatos, incluso mujeres y niños», se entregaba a un frenético saqueo. Fue, por cierto, la salvación de la columna. Para aquellos irregulares importaba más el botín que el acoso y aniquilamiento de los fugitivos.

Otro tipo de unidades oscuras, de las que normalmente no se habla, eran las de Intendencia. Dieron, en este caso, un verdadero ejemplo. Siguiendo una cascada de órdenes sucesivas, llegaron hasta Melilla, pero entraron «bajo la más estrecha subordinación y disciplina»[158], llevadas en mano en todo momento por sus oficiales, y habiendo tenido incluso que repeler al enemigo durante parte del recorrido por sus propios medios, lo que no era usual. Se encontraban en tan buenas condiciones, que al día siguiente estaban situadas en la línea que se improvisó para defender la ciudad. Fueron unidades rústicas, sufridas, permanentemente empleadas en trabajos que no eran de su competencia, ante la tremenda escasez de medios de transporte. Se les negaba, entonces, el derecho a tener bandera, pero se portaron mucho mejor que unidades de mayor prosapia.

Un análisis acerado

El desplome de la columna de Annual no sería sino el preludio de una catarata de desbandadas generalizadas, de mayor o menor entidad. Los otros dos contingentes importantes que existían, las fuerzas de Quebdani-Kandussi y de Zoco el Telatza, se desmoronaron de forma similar, y no más airosa.

La primera de esas posiciones se entregó sin combatir, de forma vergonzosa, en un episodio en el que Kadur Namar jugó un papel oscuro. Su coronel, Araujo, del regimiento de Melilla, organizó una junta de mandos para decidir el curso de acción: de treinta presentes, cinco se inclinaron por combatir; tres, por consultar a la tropa, lo que es extraordinario, y veintidós, por negociar. Araujo tuvo el mal gusto de conservar los «papelitos»[159], con las firmas, de la votación, con lo que se

[157] Prestó declaración el 24 de septiembre de 1921 (ibíd., 50 N 5, folios 1067-1073).

[158] Segunda declaración de Fontán, de 12 de septiembre de 1922, ibíd., 51 N 2, folios 336-337v.

[159] Están en anejo a la lamentable declaración de Araujo, de 24 de marzo de 1923, en ibíd., 51 N 15, folios 4247-4264. Desde el día 15, se encontraba «en prisión rigurosa» en Melilla (ibíd., 51 N 17, folio 939).

han perpetuado las pruebas de las flaquezas de aquellos mandos[160], y de la suya propia. La fuerza, unos setecientos hombres, fue masacrada o capturada.

Reparó algo la maltrecha reputación del regimiento la actuación de la 6.ª del III, al mando del capitán Amador. Aislada de la posición principal, se negó a capitular, y combatió hasta ser aniquilada. Por la bizarra defensa, se concedería al capitán la laureada, a título póstumo.

La segunda, con mil efectivos de África, a las órdenes del teniente coronel Saturio Esteban[161], corrió desalada, sembrando el camino de cadáveres, hacia la zona francesa, donde hubo comportamientos que hicieron sonrojarse al cónsul de España en Uxda. La mitad se salvó. Fue tal la defensa antes de abandonar la posición que nada más hubo tres muertos y «varios heridos».

Sumando las guarniciones que dependían de ambos lugares, se perdieron, solamente en Infantería, quince compañías del Melilla, más de dos batallones, y once del África, en torno a 2.500 hombres, como mínimo, en total.

En inferior escala, sucedió lo mismo en las decenas de posiciones pequeñas, que cayeron sin ofrecer resistencia. Hubo excepciones honrosas. El fingido desertor Lahasan Bou Brahim, del que ya se ha hablado, facilita información[162] sobre alguno de esos minúsculos puestos, abandonados a su suerte y defendidos hasta el final por un puñado de hombres, incluidos algunos marroquíes que permanecieron leales. Uno de ellos fue Ishafen, que resistió, según el cantinero[163] de ese lugar, hasta «carecer de municiones y falta absoluta de agua».

Al parecer, en ocasiones, para precipitar la caída de algunos, los rifeños obligaron a tiros a entrar en ellos a soldados prisioneros, «y de este modo hacer que, concluida antes el agua, tuvieran que rendirse»[164].

Uno de los casos más notables fue de la posición A[165]. Por un olvido del telegrafista, no recibió la orden de retirada que se dio a las demás posiciones similares.

[160] Hay muchas descripciones de los sucesos de Dar Quebdani. Uno de los más interesantes, por su cruda descripción del comportamiento de los mandos, es el del cabo Manuel Pérez, de la 3.ª del I del Melilla (ibíd., 51 N 16, folios 4383-4386).

[161] Sus manifestaciones, no más edificantes, de 18 y 22 de agosto de 1921, en ibíd., 50 N 1, folios 202 y ss. y 292 y ss. Se le abrió la correspondiente causa (ibíd., 51 N 16, folio 4273). Más detalles sobre ambas guarniciones se encuentran en el resumen de Picasso y la obra de Pando, ya mencionados.

[162] Declaraciones de 28 de noviembre de 1921, ibíd., 50 N 9, folios 1792v-1793v.

[163] Testimonio de José Fernández García, de 23 de agosto de 1921 (ibíd., 51 N 39, folio 6).

[164] Lo dijo el teniente Reig, el 4 de octubre de 1921 (ibíd., 50 N 6, folio 1194).

[165] El testimonio de uno de los raros supervivientes, el soldado Antonio Tavirio, figura en ibíd., 51 N 16, folios 4360v-4363. Tiene fecha de 2 de diciembre de 1922. Un singular documento es el escrito que el padre de un teniente de Artillería muerto en la posición dirigió, en reivindicación de su hijo, al presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, el 30 de abril de 1923 (ibíd., 51 N 16, folios 4320-4321v). Dan referencias también sobre ella los tenientes Peña (declaraciones de 15 de agosto de 1921, ibíd., 50 N 4, folios 783-784) y Reig, en sus declaraciones de 4 de octubre de 1921, ya citadas, folio 1192, confirmando las que hizo a la vuelta de su cautiverio, recogidas en los folios 794-801v.

Pero, en vez de replegarse por su cuenta, como hicieron otras, decidió resistir. Cuando, al fin, se pudo comunicar con ella, era ya tarde, por lo que respondió que «como estaba rodeada por el enemigo, le era imposible intentar la salida, y que morirían con honra»[166]. Tras rechazar varios ataques, hasta agotar las municiones, Escribano, el capitán que la mandaba, salió a conferenciar con unos notables. Al ver que los enemigos aprovechaban la ocasión para montar un asalto, mandó a sus hombres que hicieran fuego sobre él y los que le rodeaban, como hicieron. Fue un caso en que se hizo buena la probablemente falsa leyenda sobre Rocroi. Allí, para calcular la guarnición, hubiera bastado con «contar los muertos».

Ya que los comportamientos del día 22 marcaron la tónica del colapso de toda la zona oriental, resulta apropiado hacer un análisis de los mismos.

Se podría resumir en el feroz diagnóstico de Berenguer: las «fuerzas de la Comandancia General de Melilla no se batieron»[167], pero parece necesario refinar la descripción.

Lo hizo, implacablemente, pero con sólidos argumentos, el general Picasso, en una serie de informes sucesivos que elevó al general en jefe del Ejército de España en África, en los que analizó lo hecho por todos los cuerpos y armas, excepto Estado Mayor y Sanidad[168].

Empieza con una revisión demoledora de los jefes de unidad. Salcedo, coronel de San Fernando se quedó en Melilla, y no se incorporó a los combates; tampoco lo hizo el teniente coronel Ros, jefe accidental de Ceriñola, durante la larguísima ausencia del titular, Riquelme. Araujo[169], coronel del Melilla, orquestó la deplorable rendición de Quebdani, y en cuanto a Jiménez Arroyo, de África, pronto se describirá su vacilante actitud, lejos del fuego siempre. Así, de los cuatro jefes de cuerpo de Infantería, tres no estuvieron en el frente, y el cuarto, mejor que no hubiera estado. Es de destacar que Jiménez Arroyo fuera presidente de la Junta

[166] El texto figura entrecomillado en Sainz Gutiérrez, pág. 19.

[167] Lo dijo cuando fue interrogado por el Congreso, el 7 de agosto de 1923 (*La Comisión de Responsabilidades,* pág. 303).

[168] Sus análisis están en AHN, TS, 50 N 10. Para los jefes y regimiento de San Fernando, folios 2120-2124 (12 de enero 1922); para Ceriñola, 2124v-2136, en la misma fecha; para Melilla, folios 2129-2131v (13 de enero); para África, folios 2132-2134, de igual fecha; para la Brigada Disciplinaria, folio 2136v, del 14 de enero; para Alcántara, 2137, también del 14; para el Mixto de Artillería, 2138-2140, del 14; para la Comandancia de Artillería, folios 2141-2143, del 15; para los Ingenieros, 2143-2144v, asimismo del 15; para Intendencia, 2145, también del 15; para la Policía, 2156-2161, del 16, y para Regulares, 2162-2164, también del 16 de enero. Los datos se pueden completar con muchos otros. Por ejemplo, para San Fernando, hay un escrito de 7 de octubre de 1921, en ibíd., 50 N 6, folios 1263-1265. En el mismo legajo, folios 1573 y ss, hay relaciones de jefes y oficiales de los regimientos de la guarnición. Ya que Picasso parece no mencionarlos en su valoración, son interesantes los datos sobre Sanidad y Estado Mayor que aparecen en los folios 1570 y 1571, respectivamente. Un examen de conjunto que hizo para el ministro de la Guerra está en 50 N 7, folios 1403v-1409v.

[169] Ver la opinión de Picasso sobre la conducta de los tres, respectivamente, en ibíd., 50 N 8, folios 1629v-1630 y 1663-1664, y 50 N 9, 1880v-1886.

Regional de Melilla y que Araujo hubiera resultado el más votado para dirigir la Junta Nacional de Infantería. Ello dice mucho sobre el criterio de sus compañeros de arma, teniendo en cuenta, además, que ninguno de los dos podía ufanarse de una hoja de servicios particularmente distinguida.

El comandante de la Brigada Disciplinaria, en cambio, parece que se batió razonablemente bien en Nador, aunque Berenguer pensase siempre lo contrario, criticando acerbamente su conducta.

En Caballería, ya se ha visto desaparecer en combate al coronel Manella, luchando con gallardía, pero sin ejercer al final su principal responsabilidad, como cabeza de la circunscripción de Annual. Su sucesor, el teniente coronel Primo de Rivera, tuvo una actuación ejemplar.

El coronel Masaller, jefe de la Comandancia de Artillería, y el más antiguo que había en Melilla, ni fue a primera línea, ni actuó como jefe accidental de la plaza. Argüelles, coronel del regimiento Mixto de Artillería, también permaneció en la ciudad durante el derrumbamiento. Lo mismo hicieron los tenientes coroneles López Pozas y Ugarte, jefes, respectivamente de tropas y de la Comandancia de Ingenieros. Del comandante de Intendencia, Rafael Gallego, Picasso menciona su «dudoso comportamiento». En la Policía, es conocida la suerte de Morales, valiente, pero que no ejerció el mando de sus fuerzas. Por último, en Regulares, Llamas estuvo en primera línea, pero su labor de flanqueo, ya se ha dicho, no fue lo eficaz que se esperaba, quizás por el desgaste de sus tropas.

En suma, para Picasso, el balance de la actuación de los jefes de cuerpo dejó mucho que desear. La noción de acudir al fuego, que parece una norma elemental, pareció serles ajena.

Le preocupa, también, la actitud de muchos oficiales, destacando las numerosas ausencias de sus puestos respectivos. En varios casos, por «repetidos pretextos de enfermedad» o similares, carentes de toda justificación; en algunos, al amparo de una política de permisos demasiado generosa, y en otros, fruto de un evidente desinterés por reincorporarse a sus unidades en tan crítica situación. Ello, a pesar de que a las ocho de la tarde del 17 de julio se dio orden de reincorporación inmediata «a todos los oficiales que se encontraban en la plaza». No es casual que entre los dieciocho nada más que lo hicieron al día siguiente en camionetas enviadas al efecto, doce fueran de Regulares[170].

No faltaron, tampoco, ejemplos de lo contrario, de mandos haciendo lo posible por unirse a sus hombres, como sucedió, por poner un caso, en Alcántara, pero, ciertamente, no fue la regla.

En cambio, son abundantes, demasiados, los testimonios que certifican los intentos de oficiales por escapar desde el frente a Melilla, abandonando a sus hombres, o que describen cómo se arrancaban las estrellas, y se quitaban las gorras o incluso los *leggings* para pasar desapercibidos. Lo que cuenta al respecto el

[170] Testimonio citado de Correa, folio 896v.

soldado voluntario Garrido, de San Fernando[171], puede servir de ejemplo. También, la conducta del teniente Muñoz, de Ceriñola, que el mismo día 22 ya estaba derrengado «por exceso de fatiga». A pesar de que se le negó la evacuación, debido a lo tenue del pretexto –todo el mundo estaba fatigado–, insistió, hasta conseguir irse a Melilla[172].

No fue, sin duda, único el caso de aquel capitán que vio el suboficial de África Benasch. Cuando le exhortó a que dirigiera un pequeño combate durante la retirada, rehusó, alegando «que no estaba para nada»[173].

Al comentar más arriba el destino de Silvestre, Morales y Manella, ya se ha visto esta falta de espíritu, que hizo que varios mandos, al parecer como cosa natural, se desentendiesen de sus superiores, dejándoles en peligro. Picasso, con mucha razón, manifiesta su especial escándalo en el caso de Morales, «por la dejación de su coronel» que hicieron varios de sus subordinados directos.

Llama la atención, y es una faceta del mismo problema, que en medio de la hecatombe se mantuviera, e incluso se acelerara en algunos casos, el ritmo de relevos de los mandos. Así, la Artillería de Annual tuvo, entre el 20 y el 22 de julio, tres jefes diferentes. En la misma posición, primero el comandante Palacios, que fue sustituido por Écija, dentro del mecanismo habitual de turnos. Ya en pleno repliegue, Marquerie, de forma voluntaria, tomó el puesto de aquel, para que «viniese a Melilla a descansar», según admite el propio interesado[174], como si se tratara de algo natural.

Un caso especialmente chocante fue el del comandante Mingo, de Ceriñola. Cuando, a primeros de julio, mandaba en Igueriben, que estaba entonces bajo constante hostigamiento enemigo, pidió el día 2 «permiso para bajar a la plaza, llevando un mes y un día sin disfrutarlo». Al no recibir contestación, insistió el 4, señalando entonces que hacía veinticuatro días que no había tenido licencia. Se le concedió al fin, siendo relevado por Benítez, que murió en la posición. Ello, sin embargo, no le empujó a salir de Melilla, mientras su regimiento estaba siendo destrozado, en lo que le imitaron hasta cinco jefes más de la unidad. Respondiendo a esa misma mentalidad, cuando el 18 marcharon al frente las compañías que se improvisaron, ningún comandante ni ningún capitán fue con ellas. Con toda justificación, se afeó «el censurable comportamiento de los jefes del regimiento, que, estando en el frente avanzado la totalidad [subrayado en el original] de las fuerzas de él, seis de ellos estaban inactivos en la plaza de Melilla»[175].

[171] Declaraciones de 14 de noviembre de 1921, en ibíd., 50 N 8, folio 1659v.

[172] Narró su poco edificante peregrinaje el 14 de octubre de 1921 (ibíd., 50 N 6, folio 1340).

[173] Testimonio de 16 de julio de 1923, ibíd., 51 N 18, folio 3181.

[174] Declaraciones de Écija, folio 1146v. Regresó a la plaza con tropas sin material y con ganado, pero no parece motivo que justifique dejar el mando ante el enemigo. Se le abrió causa por ello.

[175] Extraído de un pequeño expediente, sin fecha ni firma, pero escrito por Picasso, según una anotación manuscrita al margen, que se halla en AHN, TS, 51 N 29, folios 219-229.

Digno de mención, en ese regimiento, es lo sucedido con el teniente Pons. Se hallaba en Annual el día 22, con el teniente coronel Marina, en calidad de ayudante. Estos se relevaban cada dos semanas, igual que los tenientes coroneles. Se emprende la retirada y ambos llegan a Drius. Allí, su superior le manda ir a Melilla, aunque ni siquiera había llegado su relevo, «ya que había cumplido los quince días de campo», y, además, para que llevara una «nota del número de trajes [sic] y correajes que hacían falta para la tropa, y menaje para la cocina [...] que se necesitaba», –a lo que en una declaración posterior añadiría «y alpargatas»– debido a que había quedado en Annual con toda la impedimenta. Al parecer, en Drius, y no obstante su importancia como base, no se disponía de lo necesario para preparar la comida de la gente que había llegado, y que entre el 19 y el 21 había consumido los ranchos en frío que se distribuyeron.

Resulta chocante la orden a Pons, porque también estaba con ellos el capitán ayudante, Catalán, que había ido voluntario días antes a aquella posición, solo para entregar una carga de suministros. Ya nada tenía, pues, que hacer, y habría podido encargarse del mensaje. Marina, no obstante, decidió que los dos se fueran a la plaza, uniéndoseles el capitán médico, que al parecer estaba enfermo. Una vez en Melilla, Pons se presentaría a dos tenientes coroneles y tres comandantes de su cuerpo, que en la plaza sobraban los jefes de Ceriñola tanto como faltaban en el frente[176].

De esa manera, se cumplió estrictamente la normativa de permanencia en el campo, aun obviando la ausencia de relevo, sin prestar la menor atención al hecho de hallarse en plena crisis y en presencia del enemigo, y perdiendo, en esas circunstancias, los servicios de tres oficiales. Hay que decir, en insuficiente descargo de Pons, que se ofreció a esperar «unas horas» a que llegara su sustituto, pero sin por eso poner nunca en duda que «le correspondía ser relevado».

Porque era tal el peso de la rutina, que, por ejemplo, se estimó justificado que en esa situación, permaneciese en la ciudad un teniente porque se ocupaba «del servicio de transeúntes de todas las baterías y del suministro y transporte de víveres de las mismas»[177], cuando la mayoría de dichas baterías había ya dejado de existir como unidades combatientes, y pronto desaparecerían las demás.

El comandante Alzugaray, por su lado, exhibe como una gran prueba de su espíritu militar el hecho de que se pusiera al frente de las compañías de Zapadores, a pesar de que ello pudiera «herir las susceptibilidades» de sus capitanes, «porque eran autónomos». Cita, al respecto, una real orden de 11 de marzo de 1917 que le daba «el derecho a la pasividad», ya que confería carácter independiente a esas unidades, sustrayéndolas, por tanto, de su responsabilidad[178].

Es preciso enfatizar que, junto a tanta conducta censurable, hay testimonios que muestran oficiales jugándose la vida para salvar la de un soldado, y viceversa,

---

[176] Declaraciones de Pons, de 15 de febrero de 1923, en ibíd., 51 N 10, folios 2664v-2667v.
[177] Informe sobre los mandos de Artillería, de 3 de octubre de 1921, ibíd., 50 N 6, folio 1352.
[178] La extraordinaria afirmación figura en sus segundas declaraciones, ya citadas, folios 355v y 356v.

lo que probaría que las afirmaciones tan en boga en la literatura de la época sobre el odio de los subordinados a sus mandos resulta, cuando menos, discutible.

A la hora de hacer una valoración global del comportamiento de los mandos, quizás la que hizo Fernández Tamarit, «lamentando la conducta dudosa de, aunque escasa, significativa porción de oficialidad que había olvidado el honor militar»[179] sea equilibrada, aunque pecando un tanto de generosa.

Navarro concreta más[180], y cita por su nombre a 43 mandos, desde coronel a sargento, distinguidos tanto en los combates por socorrer a Igueriben, como en la primera fase de la retirada de Annual. La relación parece inobjetable, y constituye un alivio frente a tanta cobardía como hubo. Demasiado larga para incluirla aquí, se podrían resaltar dos aspectos de la misma. De un lado, el caso del capitán Miguel Paz, de Artillería. Hermano del que mandaba la de Igueriben, y que murió allí, se batió espléndidamente, hasta ser, a su vez, muerto en la evacuación de Annual. De otro, que la lista incluye hasta trece mandos de Regulares, que casi todos fueron baja. Ello contribuiría a explicar el excelente rendimiento de la unidad hasta el 22 de julio, y el muy distinto que tuvo después. Entre los mencionados figura Mohamed ben Mizzian, que para 1924, cuando Navarro redactó su informe, era ya capitán.

Se habló mucho en su día de oficiales que se suicidaron antes de rendirse o de ser capturados. Incluso hay al menos un artículo dedicado a la materia[181]. Uno de los pocos testimonios que se han encontrado al respecto es el del soldado José Espacio Cordero, del regimiento de Melilla y destinado en Terbiben. Asegura que su teniente, de apellido Simancas, «al recibir la orden de que entregase el armamento y se salvase quien pudiere, sacó el revólver y se pegó un tiro»[182]. El suicidio no se circunscribió a los oficiales. Al menos un cabo recurrió a él, cuando se le agotaron las municiones[183].

Analizando el comportamiento general de las unidades, quizás de las de Infantería del regimiento de Melilla, que integraba las columnas de Kandusi-Quebani y de Cheif fuese el más deficiente, y el de San Fernando, el mejor, a lo que contribuyó el mando de Pérez Ortiz.

En el caso de este cuerpo, hay que recordar la actuación de un cornetín de órdenes anónimo. Hecho prisionero, sus captores le llevaron de noche ante una

---

179 Se trata de un comentario que hacía «constantemente» en Melilla, y que recoge en sus declaraciones de 18 de septiembre de 1923 el capitán Ochoa (AHN, TS, 51 N 18, folio 5710).

180 En un escrito fechado en Madrid el 6 de septiembre de 1924 (AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 41).

181 Enrique Gudín de Loma, «Un mito convertido en tópico: los suicidios en el Ejército en los días de Annual», en *Revista de Historia Militar,* nº 112, año LVI, 2012, págs. 229-264. Estima que el índice de suicidios no fue excepcional.

182 Sus declaraciones están en AHN, TS, 50 N 8, folio 1768. Espacio fue hecho prisionero, y logró fugarse, llegando a la zona francesa, de la que pasó a la española. Recibió un «socorro» de diez pesetas.

183 Lo cuenta del cabo Francisco Gómez el soldado Tavirio en sus declaraciones ya citadas, folio 4361.

posición, ordenándole que tocara la contraseña de su regimiento, para que los defensores se descuidaran y así poder lanzar un ataque por sorpresa. En lugar de hacerlo, el soldadito, «escondiéndose detrás de unas piedras […] tocó fuego y la contraseña, haciéndolo las fuerzas que la guarnecían, ocasionando numerosas bajas». Se desconoce la suerte del corneta[184].

Para la Caballería de Alcántara, Picasso solo tiene elogios, destacándola en contraste con otras unidades, resaltando «su esforzado proceder y buen comportamiento», y que combatió «hasta el punto de quedar el cuerpo aniquilado y de desaparecer materialmente». De su oficialidad anota que «contrastando con el proceder remiso en otros cuerpos observado, cuantos accidentalmente se hallaban separados de los escuadrones, hicieron decidido propósito, que llevaron a cabo, de incorporarse a ellos». En el siguiente capítulo se verá si las loas eran merecidas.

En Artillería, la pasividad de Masaller merece, naturalmente, sus reproches. Respecto al Mixto, conviene mencionar sus avatares. En el momento de salir de Annual, había perdido ya, aunque no por su culpa, tres baterías; las capturadas en Abarrán y en Igueriben y la 2.ª Ligera inutilizada y abandonada en aquella posición. Doce piezas, en total, lo que para una guerra como esa, era tremendo balance. De Annual partieron con dirección a Drius tres baterías de Montaña. Cuando llegaron a su destino, se habían dejado por el camino prácticamente todo su material, doce cañones más perdidos[185], esta vez sin disparar un tiro. Se puede alegar, como se hizo, que las baterías fueron arrolladas por la multitud en fuga, pero, aun así, tanta pérdida causa extrañeza.

Sobre todo, porque a Miralles le llamó la atención el orden en que iban esas fuerzas. Pudo observar que «el soldado que no podía con el fusil, lo inutilizaba, rompiéndolo, y quitándole el cerrojo y tirando el seguro»[186]. Quizás se dio prioridad a conservar la tropa, por encima del material.

Así, la 3.ª Batería, por ejemplo, solo tuvo como bajas siete hombres y «unos diez» mulos. Su capitán[187] intentó justificar «la desproporción entre el número de acémilas que perdiera y el de las cargas de las mismas extraviadas», porque «algunos mulos tiraron la carga», explicación poco convincente ante tan marcada diferencia. Parecido fue el caso de la 4.ª, que solo perdió un hombre, mientras que entraron en Melilla hasta cincuenta mulos sin cargas[188].

Veremos el destino de la denominada Ligera Eventual y de las 1.ª y 5.ª de Montaña, en Drius y en Izumar, pero se puede adelantar ya que también se

[184] Declaraciones del sargento Hernández Encinar, de Regulares, del 21 de agosto de 1921 (AHN, TS, 51 N 39, folio 2). Se enteró de ese episodio durante su cautiverio, del que escapó «disfrazado de moro».

[185] Écija comenta que a Ben Tieb llegó una sección –dos piezas– de las tres baterías, pero que al entrar en Drius ya no quedaba ninguna (folio 1146 recto y verso).

[186] Declaraciones de Miralles, folio 279v.

[187] Testimonio de Luis Ruano, de 6 de octubre de 1921, AHN, TS, 50 N 6, folio 1228.

[188] Declaraciones ya citadas de su capitán, José Belda, ibíd., 51 N 10, folio 2573.

perdieron, llegando a entrar en fuego únicamente tres de sus piezas. Como en Quebdani desapareció la 6.ª de Montaña, el injustificable resultado es de cuarenta cañones del regimiento Mixto de Artillería dejados atrás.

En el Congreso habría agrias acusaciones al respecto, mencionándose 117, ya que se incluyó los de posición, y poniendo en desfavorable paralelo esa cifra con la relativamente pequeña de bajas. La admirable bizarría de determinados oficiales como el capitán Blanco, de la 5.ª de Montaña, su hermano, y Gay, de la Ligera, no basta para equilibrar el balance.

Aunque Picasso no lo menciona, el marqués de Cabra, senador y artillero, afirmó que las baterías salieron de Annual llevando consigo «hasta las camas de los oficiales»[189]. De ser cierto, se trataría de una violación de las órdenes de Silvestre, que exigían que las unidades empleasen un mínimo de ganado, al tiempo que se habrían ocupado así mulos que mejor hubiesen estado dedicados al transporte de heridos o de material.

Los zapadores son otra de las raras unidades que merecen alabanzas a Picasso, quien señala que, como la Caballería, sus compañías «desaparecen materialmente», «que se han mantenido siempre agrupadas bajo el mando de sus oficiales», y que «han perdido todos sus oficiales y la casi totalidad de la tropa, pues sólo se han salvado los que quedaban en la plaza». El capitán Aguirre ha dejado un excelente relato de su sobresaliente comportamiento[190]. Posiblemente, se merecían un jefe mejor que Alzugaray, que con pretexto poco sólido las abandonó en plena retirada.

La Policía dejó de existir, a todos los efectos. Hubo deserciones masivas y muchos de sus componentes se pasaron al enemigo, formando una de sus tropas mejor instruidas, aunque no de mayor confianza, por no pertenecer a Beni Urriaguel. Como siempre, se dieron excepciones, y no pocos españoles debieron la vida a alguno de sus hombres. Pero, en conjunto, su rendimiento fue desastroso.

Por ello, no se puede leer sin asombro el informe que Riquelme, como jefe entonces de este cuerpo, firmó el 23 de noviembre de 1921[191], y que concluye diciendo que «no parece haya habido casos concretos en que los policías hayan hecho armas contra sus oficiales, sin que esto quiera decir que después haya habido alguno que haya capitaneado grupos hostiles y, en general, han abandonado sus destacamentos para ir a defender sus casas en peligro».

Eventualmente, y con sobrados motivos, dado su comportamiento durante ese periodo, la Policía sería suprimida.

Por último, y siguiendo el orden de Picasso, de los Regulares destaca, caso prácticamente excepcional, que todos sus mandos, hasta los más altos, estaban «en el campo», como se decía, o en ausencia justificada. Ya se ha comentado que en el curso de la retirada, hubo menos deserciones que en la Policía. Luego, el panorama cambió. Por otro lado, incluso en estas unidades selectas, ya muy

[189] *Diario del Senado* de 7 de diciembre de 1921. Intervención ya citada.
[190] AHN, TS, 51 N 15, declaraciones ya mencionadas, folios 4049-4077.
[191] Ibíd., 50 N 9, folios 1815-1833.

desgastadas, se produjeron episodios reprobables. Así, en la 3.ª Compañía del III Tabor su jefe tuvo «que hacer uso de la pistola, para imponerse a la fuerza, que, poseída del pánico, no atendía órdenes»[192].

El balance, pues, resulta, en términos generales, desolador. Fallaron todos los resortes, desde la organización a la disciplina, por no hablar de la moral. Picasso hablaría más tarde de «completa carencia de mando en el territorio y de espíritu en el personal»[193]. España, estremecida, descubrió que en Marruecos apenas tenía Ejército. Un reguero de cadáveres, a lo largo de decenas de kilómetros, y sin que hubiera habido verdaderos combates, lo atestiguaba. Al menos, una última defensa llevada al límite, pero insuficientemente apoyada, salvaría, en parte, el honor.

El otro lado de la colina

Para completar la visión que se ha dado de los acontecimientos a lo largo de los tres últimos capítulos, puede ser interesante completarla desde lo que Liddell-Hart llamaba «el otro lado de la colina», es decir, desde el bando opuesto.

Resultan útiles para ello las conversaciones que el capitán Aguirre mantuvo con rifeños durante su cautiverio, y que trasladó el 16 de mayo de 1923, a su llegada a Melilla[194].

Cuenta cómo, tras la caída de Abarrán, «los más exaltados de la harca» atacaron Sidi Dris. Fue un asalto desorganizado –«no formalizado», dice–, y, por tanto, fracasó. No obstante, la toma de la primera de esas posiciones multiplicó el prestigio de Abd el Krim, y exacerbó tanto la acometividad de sus hombres que «pensaran ya en atacarnos», lo que hasta entonces nunca se había planteado.

Franquearon, pues, el Amekran, y a lo largo de la primera quincena de junio intensificaron sus preparativos. Incluían estos una campaña generalizada entre Regulares y Policía, incitando a la deserción, y también una labor informativa. Al respecto, el capitán indica que, estando prisionero, observó que algún rifeño, al que había visto en tiempos mejores «como vendedor de artículos en el campamento de Annual», conferenciaba «constantemente» con Abd el Krim, de lo que dedujo que se trataba de un espía. Añade que en esa tarea de recabar confidencias, los de Tensaman ayudaron a los Beni Urriaguel.

Refiriéndose al combate del 16 de junio, en torno a la descubierta de la Loma de los Árboles, apunta que intervinieron contingentes de la cabila últimamente citada y de Bocoya. Afirma que, al ver ceder a la Policía, «consideraron la victoria fácil», pero tropezaron con los refuerzos que Navarro mandó y, sobre todo, con

[192] Testimonio, ya citado, del teniente Obeso, folio 2780v. Para entonces, la oficialidad de Regulares estaba tan diezmada que tanto el grupo, como el III Tabor y, al menos, su compañía tenían mandos accidentales, por haber sido baja sus jefes respectivos.

[193] Informe sobre Ceriñola, ya citado.

[194] AHN, TS, 51 N 16, folios 4339v-4343v.

el fuego de la artillería, en especial la que hacía de flanco Igueriben, que les causó numerosas bajas.

Esa noche, algunos combatientes desmandados tirotearon Annual, siendo castigados por su jefe por el «gasto de municiones inútil».

A raíz del fracaso parcial del 16, tuvo lugar una junta, en la que se acordó que «necesitaban a todo trance Igueriben», a la que se decidió poner sitio, ya que estaban convencidos de que «no la tomarían de frente». Para ello, se cortó el acceso a su aguada con atrincheramientos, y se llevó a Amesauro, donde la harca estableció su cuartel general, uno de los cañones cogidos en Abarrán. Poco después, fue reforzada por guerreros de Beni Tuzin, cuyo desfile se pudo contemplar desde el propio Igueriben, como ya se ha visto en su lugar. Muchos de ellos iban armados de fusiles Lebel franceses.

Naturalmente, con cada intento frustrado de enviar un convoy desde Annual, crecía el fervor de los rifeños, aunque paulatinamente se fueron resintiendo de la progresiva escasez de municiones y de la fatiga «grandísima». En efecto, Abd el Krim les había prohibido «abandonar sus puestos ni un momento», por lo que permanecieron en ellos durante días, abastecidos con lo que las mujeres de Tensaman les llevaban por la noche, cuando podían acercarse sin ser vistas.

Hubo un momento, aseguró el propio Abd el Krim a Aguirre, que «para salvar las vidas» de la guarnición, envió una carta, ofreciendo la capitulación, pero «la contestación fue tan categóricamente negativa», que renunció a ello.

Pasa luego a hablar de Annual, y afirma que «la noticia de la evacuación [...] llegó a Amesauro aquella misma mañana». «No fue creída al principio, al menos aparentemente, por los principales jefes, los cuales se apresuraron a enviar emisarios de categoría para comprobarlo». Eso explica, continúa, que, sorprendida, «la harca en masa» no llegó a atacar a la columna en retirada, que solo fue acosada por las guardias que tenían dispuestas, con la ayuda del «país de Tensaman», y, luego, a medida que el repliegue se iba trasladando hacia el este, por gente de Beni Ulichek.

Hasta aquí, el análisis de Aguirre. De él cabría destacar al menos tres aspectos. De un lado, el control que Abd el Krim ejercía sobre sus hombres. Conseguir de fuerzas tan irregulares como eran aquellas que únicamente abriesen fuego cuando se dispusiese, y que permanecieran en sus puestos, a pesar de las privaciones, es tarea titánica y casi imposible, si no se posee una gran influencia. De otro, desmiente, como hacen otras fuentes, el carácter cruel del dirigente rifeño que la opinión pública española le atribuía en la época. Por último, prueba lo inesperado de la evacuación, que nadie en el lado enemigo esperaba.

Mientras la guarnición recorría, desalada, los dieciocho kilómetros que separan Annual de Ben Tieb, Abd el Krim se apresuró a ocupar, es de imaginar que con cierta incredulidad, su nueva conquista. Resulta curioso que, literalmente, se encontrara con dos de las más importantes victorias que obtuvo, esta y Abarrán. Lo mismo sucederá en Monte Arruit.

En Annual le vio ese mismo día 22 el teniente médico Vázquez, al que «dijo que no temiese nada». Al poco tiempo, empezaron a llegar soldados heridos –luego, no se les remataba a todos, como quiere la leyenda–, a los que curó con toda tranquilidad, en mitad de la harca embriagada por el nunca visto botín que se desparramaba ante sus ojos.

También fue llevado a su presencia el sargento de Regulares Saturnino Hernández, a quien el jefe Beni Urriaguel «prometió la libertad y buen trato». Parecida fue la experiencia del teniente Sánchez de Ocaña, de San Fernando. Capturado, con dos heridas de bala y un gumiazo, fue llevado ante «el señor Abd-el-Krim», como él dice y «me recibió muy bien, preguntándonos por los nombres y dándonos ropa y comida y [...] me dejó en el campamento de las tropas hasta reponerme»[195].

El 25, continuaba Abd el Krim en el mismo lugar, lo que le permitió conocer a José Molina, de 66 años, cantinero de Afrau y a su nieta María Martín, de 15. Parece que no se fue hasta el 29, día en que «los llevó a su casa, en el campo de Alhucemas». A propósito, ambos «fueron muy bien atendidos», aunque un tal Reig Kandur les robó 76 pesetas, y, eventualmente, se les dio la libertad, el 13 de agosto, en concreto[196].

Conviene retener, por lo que luego se verá, las fechas de estancia en Annual del dirigente rifeño.

---

195 Ibíd., 50 N 8, folio 1729. La declaración, que llegó a España vía el cónsul en Uxda, fue tomada por un marroquí, parece que cuando todavía Sánchez Ocaña estaba prisionero. Quizás la defectuosa redacción y el apelativo de «señor» que se da a Abd el Krim se deba a la traducción.

196 Los tres testimonios están en ibíd., 51 N 38, folios 65v, 2 y 4 duplicado, respectivamente.

Capítulo VIII
El vía crucis
(22 al 29 de julio de 1921)

Capítulo VIII
El vía crucis
(22 al 29 de julio de 1921)

Navarro

Mientras las tropas de Annual se replegaban precipitadamente, el general Navarro, en Melilla, dudaba sobre el partido a tomar. De un lado, las últimas instrucciones recibidas de Silvestre, que él sitúa a las once, se limitaban a mandarle que el regimiento de Alcántara avanzase para cubrir su retirada; de otro, experimentaba la natural inquietud ante la decisión de evacuar aquella posición. Para un hombre con un sentido tan arraigado de la disciplina, la elección entre cumplir al pie de la letra una orden o ignorarla no era fácil.

Decidió, al fin, dejar la plaza[1]. Ha recordado que, además de la harca amiga que había partido con anterioridad para Annual con Morales y la Policía, se había dispuesto la organización de otra, «último de los últimos recursos», para que igualmente acudiera al frente. Habiéndose iniciado ya una operación compleja y delicada como es un repliegue frente al adversario, esa concentración en la retaguardia de cabileños armados le pareció un enorme riesgo. De ahí que decidiera proceder a su inmediata disolución, con la idea de regresar luego a la ciudad y, desde ella, auxiliar a su superior en lo que pudiera requerir[2].

Prueba de ello es que admitirá, cuando a las dos y media de la tarde[3] monta en coche para partir, que «pensaba que volvería en el día»[4], por lo que no dejó instrucciones ni al coronel Masaller, que asumía por antigüedad el mando durante

[1] Un excelente resumen de solo quince páginas sobre toda la retirada es el realizado por él mismo en Madrid, el 6 de julio de 1924 (AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 41).

[2] Seguimos, esencialmente, las declaraciones del propio Navarro. Las correspondientes a esta fase de los acontecimientos se realizaron en el curso de sendas sesiones de los días 27 de febrero, por la mañana y por la tarde, y 1 de marzo de 1923. Ambas figuran en AHN, TS; las primeras, en 51 N 10, folios 2695v en adelante; las segundas, en 51 N 11, folios 2792 y ss. Sus motivos para salir de Melilla están en folio 2795v.

[3] Menciona la hora el teniente coronel Tulio López, en sus declaraciones de 16 de agosto de 1922 (AHN, TS, 51 N 1, folio 252v). El coronel Capablanca (ibíd., folio 67) dice que fue «muy de madrugada», pero su testimonio, en este punto, contiene numerosos errores. Ya se ha visto que a esa hora, Silvestre, en Annual, vacilaba sobre el curso a seguir.

[4] Testimonio de Navarro, folio 2701v.

su ausencia, ni al jefe de Estado Mayor, el coronel Sánchez Monge. Claramente, imaginaba lo lógico, es decir, que la retirada se haría de una forma ordenada, sistemática y con las tropas en la mano. En esas condiciones, su papel se reducía a comprobar que todo se desarrollaba normalmente y esperar instrucciones del comandante general.

Le acompañan el comandante González Simeoni, jefe de la sección de Campaña, el capitán de Estado Mayor Sánchez Monge y el teniente coronel Tulio López, edecán de Silvestre, quien confirma que entonces «nadie sabíamos lo ocurrido en Annual», excepto, desde luego, que se había iniciado el repliegue, lo que suscitaría la lógica preocupación.

Pero rebasado Zeluán, y antes de llegar a Monte Arruit, topan con otro automóvil, que viene en dirección opuesta. Es el Ford del comandante general, y en él van su hijo y el comandante Alzugaray. El primero, se dice, evacuado por enfermo. El segundo, afirma que en virtud de una «orden terminante [de Silvestre] de llegar a toda costa y personalmente al general Navarro»[5], repetida dos veces, para informarle de los acontecimientos.

Los recién llegados ponen al corriente al segundo jefe de lo sucedido, señalando Alzugaray que «la retirada se estaba verificando con confusión», y mencionando el alférez Silvestre que su padre se ha suicidado. Consternado, el general le dice que siga hasta la plaza, junto con Tulio López, al que indica que comunique la noticia de la forma más suave posible a las hermanas del comandante general, y que se haga «cargo de cuantos asuntos hubiera dejado pendientes»[6] el presunto fallecido. Fue aquella «la primera noticia»[7] de la catástrofe que se estaba fraguando a unas decenas de kilómetros de allí. En cuanto a Alzugaray, «le dejó seguir»[8] a la plaza, aunque el comandante, con gran aplomo, afirmará luego para justificar su conducta que recibió «orden dada por este señor [Navarro] de que el testigo prosiguiese a Melilla»[9] a dar parte de los hechos.

Como dice Navarro con su abrumadora sinceridad, que ya ha habido ocasión de comentar, «ése fue el momento, y no antes, en que vio cuál era su sitio». Esto es, cuando finalmente se disiparon sus dudas sobre si había actuado correctamente o no dejando Melilla, en contra de las instrucciones recibidas. Dilucidado ese punto, cumplirá con su deber hasta el final.

Llega a Monte Arruit, donde deja órdenes de que no se permita el paso hacia la plaza a nadie procedente de Annual; va luego a Batel, y allí le dicen, para su consternación, que la harca amiga ha salido ya camino del frente. Convencido ya por entonces de la gravedad de la situación, envía órdenes al coronel Jiménez Arroyo para que vaya desde Melilla a esa posición, con el fin de reorganizar las

[5] Declaraciones del comandante Alzugaray, de 1 de agosto de 1922, AHN, TS, 51 N 2, folio 356.
[6] Navarro, folio 2696.
[7] Tulio López, folio citado.
[8] Navarro, folio 2702.
[9] Alzugaray, folio 358.

tropas que, se imagina, se acercan en retirada; luego, reanuda el viaje. A propósito de ese mando, Picasso expresará luego su reprobación ante el hecho de que teniendo «absolutamente todas las unidades de su regimiento» en el campo, siguiera tranquilamente instalado en la plaza[10].

En torno a las cinco de la tarde, el teniente Ribera, que cabalga por la carretera, «sintió a retaguardia la marcha de un automóvil». Reconoce el vehículo del general segundo jefe y hace alto para dar la novedad.

Va al frente de la harca amiga, unas decenas de hombres que se han reunido «con muchísima dificultad [...], después de muchos trabajos»[11]. Se les han cambiado sus baqueteados Remington por Mauser y repartido 150 cartuchos por plaza. Están en movimiento desde la cuatro de la mañana, han hecho el trayecto Monte Arruit-Tisutin en tren y, tras almorzar, han salido a las cuatro de la tarde hacia Annual.

Navarro manda al teniente que, en el acto, desande el camino, que los cabileños dejen los fusiles modernos, recojan «el poco, malo y viejo» armamento suyo, y que vuelva cada uno a su casa. Todo ello se llevará a cabo sin el menor incidente.

Resuelto ese problema, el general llega a Drius. Como dirá posteriormente, «ni por un momento pensé en detenerme» en aquella posición, sino seguir a Ben Tieb e, incluso, «si aún era tiempo, a Izumar»[12], movido por la determinación de hacerse cargo cuanto antes de los que venían de Annual.

Sin embargo, no pasa del primer punto citado, porque allí se choca con la terrible realidad. Es la marea caqui salida de Annual, una barahúnda de soldados derrengados, camiones abarrotados, mulos sin bastes, heridos sucios de sangre y caballos agotados, con hasta tres jinetes sobre los lomos. Todos, cubiertos por una capa del fino polvo rojo del camino, buscando agua como azogados, dominados por el ansia de seguir cuanto antes la huida. Luego, cuando se pasará revista a los fusiles, se verá que muchos no habían disparado un tiro. Al margen del caos, algunas unidades formadas esperan órdenes pacientemente, bajo el sol despiadado.

Navarro, antes de bajarse del coche, habla con los jefes y oficiales. La reunión no fue fructífera: «nadie sabía nada de nada [...] a nadie habían encomendado misión alguna [...], todos ignoraban qué enlaces debieron mantener con las demás unidades»[13]. Uno de los presentes es el comandante Llamas, que manda sobre los Regulares, identificado por su gorra de plato encarnado. Sus tropas son las mejores, y las más numerosas, el equivalente a tres batallones de Infantería y un tabor de Caballería de otros tantos escuadrones, aunque disminuidos por los

---

[10] AHN, TS, 50 N 7, folio 1550, escrito de Picasso a Berenguer, de 3 de noviembre de 1921.

[11] Citas de las declaraciones de 3 de octubre de 1921, en ibíd., 51 N 38, folio 76v (se hallan también transcritas en 50 N 6, folios 1222 y ss.).

[12] Navarro, folio 2794.

[13] Sainz Gutiérrez, pág. 12.

recientes combates. Sin embargo, lo que dice, según un testigo, es deprimente: «no respondía de estas fuerzas si no marchaban a sus acuartelamientos»[14].

El siguiente en dar el parte es Pérez Ortiz, que, al llegar a Drius, hacia las cuatro de la tarde, se ha encontrado con que era el más antiguo y ha tomado el mando. Siempre glorioso, hace una descripción paradisíaca del lugar, como si fuera un verdadero campo atrincherado. Había sido levantado «exclusivamente por mí y por mi regimiento», (resulta elocuente que se cite a sí mismo antes que a su unidad); contaba con «despejados alrededores, sobrada fuerza, abundantes municiones de boca y guerra, con su próxima y fácil aguada […]. Nos considerábamos en él tan seguros como en Melilla […]. A depender de mí, allí nos hubiéramos quedado»[15].

Propone, pues, un plan para acabar de fortificarlo, con lo que «quedaban las fuerzas en excelentes condiciones para la defensa […], cuya proposición parece fue aceptada»[16].

Hace entrega, también, de un papel que, milagrosamente, sobrevivirá todos los avatares que le esperan. En él no figura la totalidad de la fuerza disponible, ya que, como admite, en medio de ese desbarajuste le resultó imposible completar los datos. Aparecen relacionadas ocho compañías de fusiles –incluyendo las tres que se hallaban en Drius con el teniente coronel Álvarez de Corral– y dos de ametralladoras de San Fernando; siete y dos de Ceriñola; cinco y dos de África, y la 2.ª y la 4.ª Baterías de Montaña. En total, 1624 hombres organizados[17]. La escasez de efectivos muestra el desgaste que esas unidades habían sufrido.

Por desgracia, el optimismo del teniente coronel parece excesivo. Así, el capitán Aguirre, de Ingenieros, con su sobriedad de técnico asegurará[18] que, si bien el parapeto se encontraba en buenas condiciones, la posición carecía de alambrada. Navarro, por su lado, calificará Drius de «débil muro»[19].

El comandante Sainz, de Estado Mayor, también contradice la imagen positiva que transmite Pérez Ortiz. Ha llegado a Drius aproximadamente a la misma hora que él, antes que Navarro, y ha visto que «la confusión era enorme […]. La gente, extenuada, no hacía caso de nadie ni de nada. Buscaban agua por todas partes»[20]. Por cierto, releva allí a su compañero Dolz, cuyo hermano ha muerto durante la retirada, que se siente enfermo –hubo muchos enfermos repentinos esos días– y que marcha para Melilla.

[14] Navarro, folio 2794v.
[15] Pérez Ortiz, pág. 55.
[16] Declaraciones de Pérez Ortiz, de 14 de marzo de 1923, en AHN, TS, 51 N 15, folio 4214.
[17] Los datos están en Pérez Ortiz, pág. 56-57.
[18] Declaraciones de 11 de mayo de 1923, en AHN, TS, 51 N 16, folio 4326.
[19] En la pág. 2 del informe que redactó el 2 de septiembre de 1924 (AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 41).
[20] Sainz Gutiérrez, pág. 11.

Quizás es entonces, al poco de llegar, cuando Navarro expide a las 18:45 su primer telegrama[21], dirigido a Guerra y a Berenguer, en el que plasma su desconcierto: ha «encontrado restos tropas […] no tengo noticias concretas de lo ocurrido […], tampoco sé a ciencia cierta paradero comandante general». Intentará reorganizar lo que hay en Drius y, cuando tenga más información, la transmitirá. Casi hubiera bastado la primera frase, que indica tanto el desorden total que reina –no es normal que un general «encuentre» a sus hombres–, como el quebranto sufrido por las tropas.

En algún momento, es de suponer que muy pronto, pide hacer un recuento de las existencias de víveres y municiones. Las cifras en comida para dos días, solo 50.000 cartuchos y 1.154 granadas de artillería[22]. Tal era el estado de cosas en aquella Comandancia. Un punto esencial para todo el despliegue español, centro vital de comunicaciones, con la consideración de depósito de acumulación de Intendencia, carecía de todo, según esos datos. Hay que mencionar, no obstante, que un documento del 21 de agosto[23] indica que el 20 de julio había, entre otros productos, 13.800 raciones de etapa y 32.968 de harina. Se trata de una discrepancia difícil de explicar.

Para hacerse una idea sobre el estado del conjunto del territorio, Navarro reúne a los mandos de la Policía que se encuentran allí. Un círculo de gorras garbanzo con aro celeste se forma a su alrededor. Escucha y toma su primera decisión. Los oficiales destinados en zonas ya perdidas se quedarán, junto con las Mías 10.ª y 13.ª. A los otros, les aplica la fórmula castiza: «cada mochuelo a su olivo». Deberán partir, con los restos de la 2.ª, 6.ª y parte de la 14.ª[24], a la base de sus respectivas circunscripciones –la cabecera, como se llamaba–, para intentar tener controladas a las cabilas correspondientes y evitar que se unan a la sublevación. Solo autoriza que se vaya a la plaza a uno, el capitán Fortea, que por señas le indica que a causa de los acontecimientos ha quedado mudo. Se llegó a escribir que ello fue debido a su horror al ver cómo los rifeños destrozaban el cadáver de Silvestre. Lo más pintoresco es que se dice que se curó gracias a las habilidades especiales del ayudante de un general[25].

Tímidamente, el teniente Miralles, de la 14.ª, le indica que su cabecera está lejos, en Beni Tuzin, cerca de la frontera de la zona francesa; que la hora es ya

[21] Se encuentra el texto manuscrito, sin hora, en AHN, TS, 51 N 13, folio 3409; en el impreso oficial de los telegramas, en AHN, TS, 50 N 1, folio 60 (enviado a las 18:45, recibido a las 20:35), y transcrito a máquina, en 51 N 11, folio 2830. Por desgracia, los telegramas de esas horas de los días 22 y 23 se encuentran repartidos en distintos legajos, y a veces sin orden.

[22] Navarro, folio 2799.

[23] AHN, TS, 50 N 2, folio 417, *Relación numérica de la existencia de víveres* citada en el capítulo anterior.

[24] Detalla el reparto de estas fuerzas el teniente Gilaberte de la 10.ª Mía (declaraciones de 9 de febrero de 1923, en 51 N 15, folio 3980v).

[25] Ver *La Vanguardia* de 10 de agosto pág. 9, para las causas de la mudez, y del 20, pág. 9, sobre el ayudante, que ya había curado a otro mudo, un soldado de Alcántara.

avanzada, y que solo le quedan nueve de los cincuenta policías que tenía. La respuesta es cortante: le ordenó marcharse y «que se detuviera donde pudiera»[26], cuando cayese la noche.

La situación en la que súbitamente se encontraba el general hubiera bastado para desconcertar a una persona menos templada. En minutos, había pasado de ser el presidente de la célebre Junta de Arbitrios de Melilla –lo que repetirá varias veces durante su interrogatorio para explicar su desconocimiento de las operaciones en curso–, a convertirse, aunque con carácter accidental, en jefe de una Comandancia que se desplomaba ante sus ojos. Sin el menor preaviso, caía sobre sus hombros la responsabilidad de salvar miles de vidas y, quizás, toda la zona oriental.

Y, para ello, apenas disponía de nada. Carecía, a todos los efectos, de víveres y municiones; ignoraba lo que sucedía en el resto del territorio y en las demás guarniciones; sus tropas selectas, los Regulares, habían dejado de serlo, y la desmoralización se había apoderado de casi todos, hasta el extremo que, dice, «tuvo que dar algunas muestras de carácter» ante «las manifestaciones de cansancio y fatiga» que veía.

Fueron muchos, en verdad, «los que no supieron obtener de las tropas puestas bajo su dirección la eficiencia que era de esperar, aunque no fuera por otro motivo que su número, y que, en momentos difíciles, lejos de conservar la serenidad necesaria para oponerse a la ola de pánico, la acrecentaron con su falta de pericia, cuando no con el desmayo de su espíritu»[27].

Incluso se vio obligado a establecer guardias en las salidas del campamento, con orden de no permitir a nadie, «ni aún a los oficiales»[28], el paso hacia Melilla, a pesar de lo cual la gente se le escapaba a puñados, saltando el parapeto. Eran tantos los que no cumplían con su deber aunque «de la manera más enérgica recordó y exigió», de nuevo, que lo hicieran, que no pudo castigarlos[29].

Afortunadamente, Navarro era hombre de poca imaginación y, quizás por eso, de nervios de acero, que le permitieron hacer frente al desafío que de forma tan inopinada se le planteaba.

Por el momento, decide «alejar todo elemento pernicioso que pudiera contribuir a la desmoralización de las tropas» y desprenderse de lo «inútil», para disponer de una fuerza homogénea y capaz al menos de defenderse por sí misma. A la vista de lo que le ha comentado Llamas, despacha a los Regulares, para que vayan a pernoctar a Uestia, entre Drius y Batel. Manda también a retaguardia a las tropas de Intendencia.

Respecto a la Artillería, las tres baterías de Montaña que han salido de Annual han perdido tanto material que solo pueden reunir entre todas una sección de dos

[26] Declaraciones del teniente Miralles, de 21 de agosto de 1921 (AHN, TS, 50 N 2, folio 280).
[27] Ruiz Albéniz (1922), pág. 533.
[28] Declaraciones de Navarro, folio 2801v.
[29] Ibíd., folio 2801.

piezas. Así, de la 3.ª llegaron dos, «aunque no completas, pues como la batería va en cargas independientes, sobraban unas y faltaban otras»[30]. Sin embargo, «los soldados venían montados»[31], lo que, al no estar previsto por los reglamentos en esa clase de unidades, supone que cabalgaban mulos despojados de sus cargas. En total, quedaban únicamente la 5.ª, incorporada en Izumar, pasado lo peor de la retirada, y que se hallaba casi completa, la Ligera Eventual[32] y la 1.ª de Montaña reconstituida, que están en Drius. Excepto estas tres últimas unidades, y la sección improvisada, el resto de los artilleros –de las 2.ª a 4.ª Baterías de Montaña y 1.ª y 2.ª Ligeras[33]– con su ganado marcharán con la Intendencia, junto con los mulos heridos y extenuados, y con las artolas inservibles de Sanidad. Distintas fuentes señalan que jefes y oficiales aprovecharon la ocasión para mezclarse con el convoy y alejarse del frente.

Puede dar una idea sobre la velocidad que imprimirán a su retirada el dato de que salieron de Drius en la tarde del 22 y llegaron a Batel a las doce de la noche. El 23, a las once y media de la mañana, partieron para Monte Arruit, donde entraron a las tres de la tarde. Se repartió rancho y pienso, y se pusieron en marcha hasta Nador, adonde llegaron a las doce de la noche. A las cuatro y media de la madrugada del 24 estaban de nuevo en movimiento; arriban a Melilla a las siete de la mañana[34].

Dará escolta al conjunto una fuerza de Caballería que se organiza con los veinticinco animales más agotados y con otros tantos hombres de los que se encontraban más exhaustos de cada escuadrón de Alcántara, al mando de dos oficiales designados por sorteo. No irá hasta la plaza, sin embargo, sino que se quedará en Zeluán, en cuya defensa participará brillantemente.

Écija, el hasta entonces jefe de la Artillería, como se ha dejado relevar, aun estando frente al enemigo, por el comandante Marquerie, «marchó a la plaza al objeto de enviar con toda urgencia […] el menaje de cocina»[35] para que se pudiera preparar el rancho de los artilleros de la columna, que habían dejado sus adminículos, siguiendo órdenes, en Annual. Aunque no era este un asunto baladí, ciertamente para gestionarlo no hacía falta un comandante. Ceriñola y África mandaron sendos representantes, de menor grado[36], con el mismo objeto. Se les

[30] Declaraciones de Alau, de 22 de enero de 1923, en AHN, TS, 51 N 9, folio 2523v.

[31] Lo observó el comandante Araujo, de Intendencia. Sus declaraciones, de 30 de noviembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 9, folio 1805v.

[32] Con solo tres piezas, según el testimonio de Navarro (folio 2826v), con el que no coinciden otras fuentes, que aseguran llevaba las cuatro reglamentarias.

[33] Datos procedentes de la segunda declaración del comandante Écija, de 23 de diciembre de 1921 (AHN, TS, 50 N 9, folios 1938-1939). Indudablemente, hubiese sido más gallardo quedarse con las unidades combatientes y con Navarro.

[34] Declaraciones, ya citadas, de Alau, folios 2524v-2525.

[35] Testimonio del capitán Belda, de 22 de enero de 1923. AHN, TS, 51 N 10, folio 2571v.

[36] El capitán Catalán y el suboficial Benasach, respectivamente.

proveyó de un pase, «hecho insólito», lo llama Picasso[37], que acreditaba que iban en misión oficial, diferenciándolos de tantos compañeros que intentaban partir sin permiso.

En cuanto al material de artillería se enviará más tarde mediante camiones. Eventualmente, se perdería todo, en la confusión de la retirada.

A lo largo de la tarde afluyen las malas noticias, de las que van tomando nota minuciosa los oficiales de Estado Mayor: «Beni Said está muy dudosa en lo que se refiere a lealtad, así como Beni Sidel»; de Uestia: «Regulares dicen que huirán de no retirarlos, o se pasarán al enemigo»[38].

Los telegramas de Drius

Mientras, en Madrid han empezado a correr rumores de lo sucedido en Melilla, a pesar de que enseguida se impone una censura de prensa. Sin duda contribuyó a alimentarlos el telegrama recibido a las 18:14, enviado desde la plaza a las 17:50 por el coronel Sánchez Monge a Berenguer[39], y retransmitido por el Estado Mayor de este a Guerra: «Tengo sentimiento participar a V. E. que, según me comunica hijo comandante general, acaba su padre general Silvestre de suicidarse al evacuar campamento Annual. Juzgo del todo indispensable y urgentísima presencia en esta plaza por situación dificilísima».

Existe un telegrama del jefe de Estado Mayor del alto comisario a Melilla, a las 18:40[40], que muy posiblemente contesta al anterior. Dice: «acabo de recibir su telegrama», y asegura que se lo comunicará a Berenguer, que va a llegar de un momento a otro desde el campo. Necesita saber «dónde se encuentran fuerzas han evacuado posiciones avanzadas». Le informa de que, «con gran actividad», se prepara el envío de «tropas más escogidas este territorio». En efecto, el alto comisario fue informado. Parece que exclamó al enterarse: «¡mi obra se ha derrumbado!»[41].

Desde el Ministerio de la Guerra se establece esa tarde una conferencia telegráfica con la plaza, que atiende el jefe de Estado Mayor[42]. Madrid manifiesta su inquietud porque no se sabe nada desde «los últimos telegramas de la madrugada de hoy», en los que se describía la precaria situación en que quedaba Annual. Además, «las noticias oficiosas que se reciben son muy alarmantes».

---

[37] Ver su informe de 11 de enero de 1922, en AHN, TS, 50 N 10, folio 2104.

[38] Sainz Gutiérrez, pág. 13-14.

[39] Está en AHN, TS, 50 N 1, folio 58, con una apostilla de López de Lamela que dice: «el anterior telegrama fue dirigido al alto comisario».

[40] AHN, TS, 51 N 3, folio 807.

[41] Se afirma en Ruiz Albéniz (1922), pág.

[42] AHN, TS, 51 N 3, folio 59. Impreso oficial, fechado a mano «22 julio. 1.10». A máquina no figura la hora, y sí «1',10» con un signo de interrogación a lápiz. Obviamente, las horas no encajan con el contenido.

Contesta Sánchez Monge aludiendo a que «hace un momento puse un telegrama», transcribiendo lo que le había dicho el hijo del comandante general. «Juzgo –prosigue– verosímil infortunada noticia» por «la crítica situación» en que se encontraba Annual y por «el estado moral» de las tropas que había allí. Agrega que la plaza «carece de guarnición»; que «en este momento se ha reunido junta de jefes», de la que más adelante se hablará, y que «ha comunicado a alto comisario necesidad imperiosa su presencia aquí». Estima que «la situación de la plaza puede ser difícil». No sabe nada de Izumar ni de Yebel Uddia.

Hubo otra conferencia ese día, aunque, lamentablemente, se ignora a qué hora tuvo lugar[43]. La información que facilita Melilla sigue basada en los datos del alférez Silvestre, a los que se añaden ahora los facilitados por Sabaté, que debió de llegar después que él, pero sin que se mencione ningún telegrama de Navarro desde Drius. Todo ello hace pensar que se situara durante esa misma tarde, entre la conferencia comentada anteriormente y cuando todavía no había tenido entrada la comunicación de las 18:45 del segundo jefe.

Madrid pide cuanta información haya disponible, y «con toda exactitud y urgencia», debido a que «nada se ha vuelto a saber [quizás desde la anterior conferencia] y las noticias oficiosas que se reciben son alarmantes». También, «que diga algo de la situación de la plaza». Anuncia el envío de diez batallones «nutridos» –ya se verá en qué quedaron– y tres grupos de Artillería. Concluye expresando la esperanza de que «el general Navarro podrá resistir avance enemigo en el caso de persistir en su acometida». Volverán a llamar a las diez de la noche.

Sánchez Monge, que de nuevo está al otro lado de la línea, contesta[44], basándose en los datos que le ha facilitado Valcarce, que ya se encuentra en Melilla, dando su versión de los acontecimientos. Habla de la primera junta habida en Annual, a raíz de la cual «se puso a V. E. telegrama que conoce». En ella, se juzgó «insuficiente y tardío» el refuerzo anunciado. Se celebró después una segunda junta, y «a las once horas, se vio una fuerte columna harqueños que por proximidades Igueriben llegaba a aumentar contingentes que cercaban Annual».

En vista de ello, prosigue, Silvestre ordenó la retirada, «quedándose él allí hasta el último momento con todo su cuartel general para mayor orden de la operación», afirmación sorprendente, a la que sigue otra que también lo es: «asaltada vivamente la posición sin elemento alguno ya en ella», que causa extrañeza, ya que no se sabe cómo se puede asaltar un lugar abandonado.

Hace luego una descripción del caótico repliegue; dice que las posiciones de vanguardia han sido todas evacuadas, incluyendo, por error, la A que aún resistía;

[43] El texto, solo de lo dicho desde Madrid, no de la respuesta de Melilla, está en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 48. Texto manuscrito en impresos con el membrete de «Telegramas de escala».

[44] La respuesta, mecanografiada, está en AHN, TS, 50 N 1, folio 62. A mano se ha escrito, entre interrogaciones «¿4,20?».

que hay rumores de que Silvestre se ha suicidado, y cifra las bajas, entre las que incluye a Morales y a Manella, en torno a un millar.

Habla de que «aumenta la alarma en población» y estima «urgentísimo» el envío de refuerzos para que «levanten decaída moral y garanticen seguridad población». En otras palabras, se teme ya, en horas tan iniciales y con el enemigo aún lejos, por la suerte de Melilla.

En Drius, durante esas horas no se han dejado de recibir datos ominosos. A las 21:45, Navarro manda un segundo telegrama[45]. Considera la «moral de tropas tan deprimida que no me comprometo a operar». Para ello, se requieren tropas frescas «en cantidad y bien organizadas». Sin ellas, y como, además, la «situación política no me inspira confianza», tendrá que continuar la «retirada progresiva», porque las posiciones más adelantadas no podrán resistir y el enemigo «intenta continuar su avance por Tizzi Azza».

Entre tantas malas noticias, debió ser de algún alivio un telegrama de Eza, recibido a las diez, que se le leyó desde Melilla[46]. En él, expresaba su «profundo sentimiento» por las noticias, y porque los refuerzos no hubieran llegado a tiempo para salvar Annual. El Gobierno estaba dispuesto a «reforzar cumplidamente» y «con toda premura posible» a las tropas de Drius. Acababa enviando «sentido y profundo pésame», en nombre propio y del gabinete a la familia de Silvestre, y expresando su confianza en que «las grandes dotes» de Navarro bastarían para organizar «la resistencia contra tan inesperada y cruenta agresión».

Los adjetivos elegidos por Eza muestran el horror, compartido por sus colegas y por España entera, ante la tremenda y nunca pensada novedad. El rey se enteró en San Sebastián, al regreso de unas festividades en Burgos, y el propio ministro estaba en la capital guipuzcoana, adonde había ido a esperar a una hija suya que volvía de Inglaterra. Regresó a Madrid –al igual que Alfonso XIII– a toda prisa y llegó con retraso al Consejo que inmediatamente se convocó. Cierva comenta lo anonadado que se hallaba: «abrumado […] se esforzaba en demostrar que él no tenía responsabilidad, que había previsto todo». Costó trabajo arrancarle de allí para que se fuera a la sede de su departamento a tomar el mando de la situación[47]. No era para menos; «en Annual quedó de cuerpo presente el gobierno de Allendesalazar»[48], primera víctima política de una catástrofe que sacudiría los fundamentos mismos del sistema.

[45] AHN, TS, 51 N 13, manuscrito, sin foliar ni hora; en 50 N 1, folio 61, está el texto en impreso de telegrama y con hora, así como en 51 N 11, folio 2834, mecanografiado y con hora. Este y los documentos que se citan a continuación del legajo 51 N 11 fueron entregados en mano por Navarro al Consejo Supremo de Guerra y Marina.

[46] AHN, TS, 51 N 3, folio 810v. Texto mecanografiado y autenticado, entregado oficialmente por el Estado Mayor de Melilla al Consejo Supremo.

[47] Cierva, pág. 239.

[48] Romanones, pág. 191.

Muy pronto, el titular del departamento de la Guerra presentará su dimisión al presidente, quien le rogó que la aplazara un tiempo.

Reflejando lo extraordinario de las circunstancias, se celebraron consejos de ministros cotidianos; luego pasaron a tres por semana, pero aún así, el gabinete adquirió el hábito de reunirse todas las tardes a última hora en el despacho del presidente. De su lado, el rey ordenó que se le instalara línea telefónica directa con Guerra, que hasta entonces no tenía, e incluso corrió por las redacciones de los periódicos el rumor de que se preparaba su desplazamiento personal a Melilla y de que «costó gran trabajo al gobierno de S. M. conseguir que el rey desistiese de su propósito de salir precipitadamente para Melilla»[49].

Maturana, en su libro publicado de forma acelerada a principios de ese mismo agosto, plasma la desorientación general ante el inexplicable desastre. Inevitablemente, resucita en sus páginas los fantasmas del 98, nunca olvidados[50].

Mientras, en el Protectorado, el telegrama que Navarro había mandado al alto comisario motivó una «conferencia por radio» entre él y Berenguer[51], a las 22:30, el primer contacto directo que tenían ambos. De ella solo se ha localizado lo que dijo Navarro, que indica que «después de los anteriores telegramas, no tengo noticias que darle», añadiendo: «insisto en mis peticiones [es de presumir que se refiere a la solicitud de refuerzos], pues dudo conservar posición alguna más allá de las antiguas».

Más tarde tomará ya la decisión, que plasma en un telegrama[52]. El capitán de la mía de Beni Sidel le ha señalado que probablemente la cabila se levantará al día siguiente. Su línea de comunicaciones con Batel se encuentra «seriamente amenazada» y «como además situación general no permitiría mover los exiguos restos que han quedado, única solución que se me ocurre es replegarme sobre Batel». Al tiempo, ordenará a las posiciones entre Drius y Tafersit que se replieguen a Cheif, para luego, reunidas las fuerzas, marchar a Zoco el Telatza, donde esperarán instrucciones. En caso preciso, podrían retirarse luego a Monte Arruit. Su idea es poner en práctica el plan al día siguiente.

Se trata de una opción discutible, ya que supone alejar fuerzas de su flanco izquierdo, enviándolas hacia el sur, en dirección a la frontera con la zona francesa, en lugar de concentrarlas frente al enemigo. Casi dos años después la justificará, explicando que su propósito era «no mezclar estas tropas con las desmoralizadas […]. Bien sabido es lo contagioso de pánico»[53]. Intentaba, pues, evitar que los derrotados en Annual infectasen a unidades que todavía estaban intactas.

---

[49] Alfonso R. de Grijalba, *Los enemigos del rey,* Madrid 1924, pág. 80.
[50] Maturana Vargas, págs. 104 y ss.
[51] AHN, TS, 51 N 13, folio 3410, manuscrito. En 51 N 11, folio 2835, mecanografiado y con hora.
[52] AHN, TS, 51 N 13, folio 3413, manuscrito, sin hora, y lleno de tachaduras.
[53] Escrito de Navarro, de 8 de abril de 1923, en AHN, TS, 51 N 15, folio 3281v.

En todo caso, Berenguer no recibiría ese texto hasta el día siguiente, ya que para entonces navegaba hacia la plaza y la radio de su barco estaba averiada.

A las 23:15, se celebra la primera de la que será una serie de conferencias entre Eza y el alto comisario[54]. Berenguer le dice que ha intentado comunicarse con Navarro, sin éxito[55]. Alude al primer telegrama de este, que describe como «muy lacónico» y agrega: «ya le telegrafiaré para que, en lo posible se mantenga en la línea de Drius-Azugaj-Kandussi y Quebdani». Acierta cuando sostiene «que el enemigo mayor que tenemos allí ahora es la falta de moral». Se equivoca, sin embargo, al estimar que «lo que se habrá quedado más desorganizado» en la retirada son los servicios, por lo que pide tropas de Ingenieros y de Intendencia. Como era lógico, suponía que el repliegue se había efectuado de una manera mínimamente organizada, y que las fuerzas combatientes habían conservado su estructura básica. No sabía, entonces, hasta qué punto el desplome había sido general, afectando sobre todo a estas últimas.

El ministro le respondió mencionando las fuerzas que se preparaban para partir desde la península y expresando su sorpresa «por la intensidad del estallido». Su interlocutor la comparte. Sabía de la existencia de la harca, pero «nunca podía imaginar que su actuación alcanzara los resultados que ha conseguido», reflexión con la que Abd el Krim habría coincidido. Finalmente, Berenguer pide al ministro que intente que la prensa «no divulgue, en la medida de lo posible, lo ocurrido».

Estando ya próximo a terminar ese aciago día, cabe una breve reflexión sobre el análisis de la situación que se había ido haciendo por parte española. Se ha visto que se consideraba en peligro la propia ciudad de Melilla, y que el general Navarro temía un ataque envolvente del enemigo, que no podría contener con unidades tan desgastadas como las que mandaba.

En contraste con esta agitación, es sabido que, mientras tanto, Abd el Krim seguía en Annual, entre otras cosas, asimilando la súbita victoria, y que su harca, dedicada a saquear el mirífico botín que había caído en sus manos, no había pasado de Izumar. Para un pueblo que situaba entre los bienes más preciados un fusil, siquiera fuera un viejo Remington, y un caballo, los cientos de armas y de animales y el reguero de cajas de municiones que había sembrado a su paso la columna en retirada tenía que ser un tesoro inimaginable. A ello habría que añadir toda la impedimenta de miles de hombres, desde tiendas de campaña a material de cocina que habían quedado en la posición cuando fue evacuada.

Las mismas tentaciones se ofrecían a las cabilas que habitaban en torno al camino Annual-Drius que, además, habían cogido prisioneros por decenas.

[54] AHN, TS, 50 N 1, folios 64-66.

[55] Evidentemente, existe una discrepancia en los horarios, ya que más arriba se ha citado una comunicación entre ambos a las 22:30, pero los datos recogidos son los que figuran en los documentos. Parece lógico pensar que el contacto entre Berenguer y Navarro, en realidad, tuvo lugar después de las 23:15.

Todo ello significa que la presión que el enemigo pudiera ejercer sobre Navarro y sus hombres en esos momentos era relativa. Se limitaba a algunos grupos de cabileños especialmente exaltados, o llegados tarde para beneficiarse de la cosecha que yacía en las cunetas. El resto estaba dedicado a actividades más lucrativas que a actuar como «pacos» tirando contra el campamento español.

Por su parte, el general todavía contaba, descartando a los Regulares y la gente enviada a la retaguardia, con las unidades de Infantería mencionadas por Pérez Ortiz, más seis compañías de Zapadores –a las cuatro de Annual se habían incorporados dos, la 3.ª, que había estado en el destacamento de Primo, y la 6.ª, en Drius–, las tres baterías al completo ya citadas y la Caballería de Alcántara. Claro es que todas esas fuerzas estaban disminuidas, y muchas acobardadas, pero el adversario, en aquellas horas, era de menos que mediano calibre.

Es posible que, además, se le prestasen intenciones y planes inexistentes entonces. Da la sensación de que Navarro pensaba como un militar que se enfrenta a otro, cada uno al frente de un ejército organizado, pero ni su rival lo era, ni disponía de un instrumento perfeccionado con el que maniobrar. Al contrario, como se ha dicho, estaba dedicado a absorber el triunfo, y sus hombres, desparramados recogiendo el botín. Ciertamente, las comunicaciones españolas eran extremadamente vulnerables, pero no a sabias maniobras de gran envergadura, en las que nadie pensaba en el otro campo, de momento, sino a grupos espontáneos de campesinos convertidos en guerrilleros. Es muy posible, pues, que la amenaza, que sin duda existía, no fuera de la entidad que le atribuía la formación profesional del comandante general en funciones.

Parece, por tanto, que se podría haber pensado en algo más que en un repliegue, o en amenazas hipotéticas y, a esas horas nada realistas, sobre Melilla. Quizás, en intentar sostenerse algunos días en Drius, sobre todo sabiendo que ya estaban en camino refuerzos desde Ceuta y desde la península, que llegarían en horas, y que los elementos enemigos que hostigaban la columna distaban mucho de ser las temibles harcas del Rif. Es posible que se infravalorara la capacidad de resistencia del soldado, que, por lo que a las unidades bien encuadradas se refiere, luego se acreditó durante gran parte de la retirada y, especialmente, en Arruit, en condiciones todavía más adversas. Pero también se comprende que el instinto de Navarro le empujara a acercarse todo lo posible a la plaza y al apoyo que, en buena lógica, esperaría recibir de ella, y que nunca se le prestó.

Tenía que tomar asimismo en consideración, desde luego, el riesgo de un levantamiento de toda zona oriental que le dejara aislado, pero, por lo visto, no se calibró que la mejor manera de fomentarlo era, precisamente, mediante una retirada. El dicho «cabila abandonada, cabila perdida» mantenía su vigencia. Abandonar el campo equivalía a abonarlo para la insurrección.

El «deprimido estado de ánimo», como se diría entonces, no era patrimonio ni de Navarro ni del jefe de Estado Mayor de la Comandancia. Esa misma tarde, en

torno a las tres[56] se había reunido en Melilla, como se ha adelantado más arriba, una junta. La convocó, lo que era irregular, dado que no le correspondía, Sánchez Monge. A ella acudieron los sobrados jefes que seguían en la plaza, a pesar de que ya sabían que todas sus tropas se encontraban en serias dificultades en el campo.

Masaller, al que correspondía el mando por antigüedad, al parecer ni hizo ni dijo nada digno de mención, en lo que sería su tónica durante los próximos días. Luego, como gran mérito y para encubrir su pasividad en esas fechas críticas, alegaría que poco antes de Annual había estado «en el frente peligroso»[57]. Las declaraciones sobre el desarrollo de la reunión que hizo otro de los presentes, su camarada de armas Argüelles, son igualmente decepcionantes[58], lo mismo que su comportamiento. Salcedo, coronel del regimiento San Fernando, acudió «envuelto en la capota», a pesar del calor, con el propósito de demostrar que estaba enfermo –aunque «no existen [...] antecedentes de que se diese de baja oficialmente»[59]–, y se volvió inmediatamente a la cama. Ni siquiera se levantó acta de la reunión[60], tan estéril como patética. Resulta ilustrativo leer la contenida indignación de Picasso al respecto[61].

Capablanca aporta información interesante, pero que únicamente sirve para aumentar la perplejidad. Según él, se acordó desplegar los restos de fuerzas que había en la plaza, y que evalúa entre los 2.000 y 2.500 hombres, fuera del recinto de la misma, en Segangan, Zoco el Had, de Beni Sicar, y Nador. Ello hubiera cambiado muchas cosas, porque habría supuesto establecer, desde el primer momento, un perímetro exterior relativamente amplio, «aireando» a Melilla y manteniendo al enemigo a distancia.

Sin embargo, sigue, «ignora el declarante por qué no salieron estas fuerzas»[62]. En efecto, no se hizo nada, y se dejó pasar la oportunidad. Resulta notable que en

[56] Facilita la hora el coronel Salcedo (AHN, TS, 50 N 3, folios 659v-660, declaraciones de 8 de septiembre de 1921). El también coronel Argüelles, de Artillería, otro de los asistentes, se limita a indicar que fue por la tarde, sin más precisiones, y no aporta ningún dato sobre su contenido (AHN, TS, 50 N 2, folios 299v-300, segundas declaraciones de Argüelles, de 27 de agosto de 1921). Sánchez Monge, por error, la sitúa el 23, pero tampoco dice nada sobre su desarrollo (declaraciones de 21 de agosto de 1921, AHN, TS, 50 N 2, folio 271).

[57] Ver sus declaraciones de 20 de septiembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 5, folio 973v.

[58] Segundo testimonio de Argüelles, de 23 de agosto de 1921, AHN, TS, 50 N 2, folio 300.

[59] Lo dijo por escrito el Estado Mayor de Melilla, el 8 de noviembre de 1921 (AHN, TS, 50 N 8, folio 1622).

[60] Ver en AHN, TS, 50 N 2, folio 318, nota del Estado Mayor de Melilla comunicando a Picasso, con fecha de 24 de agosto de 1921, la inexistencia de acta. Sánchez Monge, sin embargo, asegura lo contrario en sus declaraciones (folio 271).

[61] Ver, por ejemplo, lo que tiene que decir sobre Salcedo en AHN, TS, 50 N 8, folios 1629v-1630. Sus comentarios, todos justificadamente negativos, sobre el comportamiento de los jefes de cuerpo en general, están en AHN, TS, 50 N 7, folios 1404 y ss.

[62] Continuación de la declaración del segundo jefe de Estado Mayor de Melilla, Rafael Capablanca, entonces teniente coronel, el 31 de julio de 1922, AHN, TS, 51 N 1, folio 70.

los días siguientes, y aun contando ya con más tropas, el alto comisario considerara que no podía llevar a cabo ni siquiera ese pequeño movimiento.

Fernández Tamarit, por su parte, cuenta que, aunque estaba «recluido en una habitación oscura» por un problema de la vista, como teniente coronel de Infantería más antiguo asistió a la reunión, celebrada en un ambiente «de gran confusión», en la que «no se resolvió nada». En ella propuso, sin éxito, que se enviaran órdenes a Zoco el Telatza, para que, recogiendo sobre la marcha las guarniciones próximas, marchara sobre Drius, «llevando al general Navarro tropas de moral intacta», que pudieran «intervenir eficazmente». Solo consiguió que se le encargara la defensa de la línea exterior de la plaza, con «escribientes y demás destinos»[63].

Ante la general pasividad, Sánchez Monge, sin legitimidad alguna pero afortunadamente, tomó las riendas para mantener una apariencia de mando. Pasada la crisis, un sistema demasiado formalista incluso le llegó a instruir causa por ello.

Evidentemente, la actitud vacilante que creyó ver en Navarro no fue del agrado de Berenguer, a pesar de que, como se ha dicho, no había recibido su último telegrama del 22. Se deduce con toda claridad del mensaje que su jefe de Estado Mayor remite al de la Comandancia General, ya en la madrugada del día 23, enviado a las 4:50 y recibido a las 5:40[64]. Comienza con «dice hoy S. E. a general segundo jefe», y a continuación reproduce el telegrama que el alto comisario había enviado a Navarro. Reconoce que «ignoro situación en momento presente», pero «encarezco a V. E. conveniencia de concentrar todo esfuerzo esas tropas por lo menos en la línea Dar el Quebdani, Kandussi, Drius, Telatza [...], en la seguridad de que resistencia no ha de ser forzada».

Enumera las tropas que le manda y anuncia que «yo salgo para Melilla a las siete desde Ceuta». Saluda «a todos muy cariñosamente».

A las 6:30 remite otro telegrama[65] directamente a la plaza, informando de que emprende viaje para allí, donde espera llegar al anochecer. Pide que se le prepare alojamiento, para él y su séquito de nueve personas, incluyendo su jefe de Estado Mayor y un intérprete, y varios despachos «con su teléfono». Indica que quiere reunirse en Melilla con «moros notables de ese campo», citando expresamente a Abd el Kader, de Beni Sicar.

Anticipándose a sus deseos, la Policía había tomado ya medidas respecto a alguno de esos jefes. En la tarde del 22, en Ben Tieb, el comandante Villar

---

[63] Ibíd., folios 21v-22v, testimonio de Fernández Tamarit, de 17 de julio de 1922.

[64] AHN, TS, 51 N 3, folio 802. El texto del telegrama directo de Berenguer a Navarro está reproducido en las declaraciones de aquel, que indica que se envió a las 3:05 del 23 (AHN, TS, 51 N 2, folios 537-538, respuesta a la pregunta 22.ª). En el mismo lugar figura la afirmación del alto comisario de que, por avería de la radio del barco que le llevaba, no recibió hasta a su llegada a Melilla el telegrama de Navarro sobre sus propósitos de retirada.

[65] Ibíd., folio 803.

había ordenado al capitán Ortoneda que retuviera a Burrahail, al que Sainz Gutiérrez llama «el bandido de Metalza»[66], a Abidalal de la Abada, y a Hasan, de Drius, llegados con la harca amiga, y «a los que debía dar muerte si trataban de escapar»[67]. Cuando se evacuó dicha posición, para ir a Drius, fueron llevados allí, con instrucciones, dice el intérprete Alcaide, menos radical, de que se «les retuviera engañados»[68], concentrándose hasta ocho notables. El teniente Gilaberte, en la última de las varias declaraciones que hizo, confirma que a Burrahail se le dio «carne y té para que comiera [...] pues se trataba de que dicho jefe ignorara que se encontraba en concepto de detenido»[69].

A pesar de todas las precauciones tomadas, el cabileño, que se había percatado de su verdadera situación de prisionero, escapó esa noche. De los distintos testimonios sobre la fuga, solo Sainz Gutiérrez incluye también en ella a Abidalal. Lo hace en un singular documento mecanografiado, con la anotación a mano «esto está puesto en limpio en casa de Abd-el-Krim». Escrito desde el cautiverio, y sin duda dirigido a su familia, ya que incluye sus señas en Melilla y el texto: «Estoy bien y contento, abrazos», es un apretado resumen de su actuación desde el 21 de julio al 9 de agosto. Termina ese día con la mención «continuará»[70].

Mientras, el capitán Ortoneda había marchado a Zeluán con cuatro jefes de Quebdana, también de la harca amiga. Tuvo allí una reunión con ellos y Ben Chelal, encontrando que estaban «en buena disposición», seguramente porque «todavía ignoraban lo de Annual». Él, por su parte, estimaba que la cabila de Mazuza «se mantendría fiel», pero únicamente «si no se sublevaban las [...] vecinas»[71]. Por cierto, Ben Chelal le recomendó que se apresara a Burrahail y a Abidalal, lo que indica las rivalidades existentes entre las distintas tribus, con la consiguiente falta de consistencia del levantamiento.

El largo 23 de julio

Las instrucciones que Berenguer le envió, y que Navarro con delicadeza califica de «indicaciones», le sorprendieron desagradablemente, ya que, como dice,

[66] Sainz Gutiérrez, pág. 18.

[67] Lo dice el propio Ortoneda, de la 2.ª Mía, en su declaración de 27 de octubre de 1921 (AHN, TS, 50 N 7, folio 1463), que coincide casi punto por punto con la del teniente Gilaberte, ya citada. No fue esta la única traición a notables. En Buhafora, catorce de ellos, presentados voluntariamente, «fueron puestos en el parapeto de la batería, para ver si conseguían hacer cesar el ataque» de sus gentes (testimonio del teniente Reig, de 17 de agosto de 1921, en AHN, TS, 50 N 4, folio 797).

[68] Declaraciones de Antonio Alcaide, de 10 de octubre de 1921, AHN, TS, 50 N 6, folio 1282.

[69] Julio de 1923, sin especificar el día (AHN, TS, 51 N 18, folio 5101v).

[70] Está en AHN, TS, 51 N 13, folios 3429-3430.

[71] Ortoneda, folio 1464.

había dispuesto «el repliegue sobre Batel, para llevarlo a cabo en las primeras horas de la mañana del 23»[72].

Así era. A las 23:30[73] del 22 había enviado por señales luminosas órdenes de repliegue a distintas posiciones, pero la niebla impidió que se pudieran transmitir algunas de ellas, por lo que se tuvo que esperar a que la salida del sol permitiera repetirlas por heliógrafo. Ello explica que se las registrara con fecha del 23. Una circular dirigida a nueve guarniciones disponía que la operación se realizara sobre Cheif, a las cuatro de la madrugada, con el «mayor orden», a la vista de la pasada experiencia, y tras inutilizar y destruir todo lo que no se pudiera transportar. Otro mensaje, específico para esa última posición, informaba que debía esperar la llegada de las otras fuerzas para luego retirarse todas a Zoco el Telatza, donde recibirían nuevas directivas. Reiteraba la necesidad del «mayor orden»[74].

Finalmente, se indicó «a Haman y Uestia, sobre la derecha del camino a Batel, que se le incorporaran a su paso […] dejando sobre su izquierda, con órdenes de mantenerse y abandonadas a sus medios, las de Ichtiuen y Dar Azugaj»[75].

Contra su propio criterio, Navarro, espejo de militares disciplinados, acató los deseos de Berenguer, al que dijo por teléfono: «obedezco, pero mañana será tarde»[76]. La evacuación de enfermos y heridos, sin embargo, no se suspendió.

La anulación del repliegue de la mañana de ese día ha sido discutida, como casi todo lo referente a Annual.

Un experto como el comandante Franco observó: «frente a la posición se extiende una enorme llanura. Cuanto más se avanza, menos se explica lo pasado. ¿Cómo no se habrá detenido en Drius la triste retirada?»[77]. «El terreno es ideal para combatir», añade, aludiendo a que era el idóneo para hacer sentir la superioridad española en ametralladoras, Artillería y Caballería. Ayache coincide, desde un enfoque político. Abandonar Drius equivalía a renunciar al control sobre Beni Said y el norte de Metalza[78].

Viguri, siempre defensor de Navarro, opina, en cambio, que las «escasas condiciones defensivas»[79] de la posición exigían su abandono. Llama la atención que compartiera la conclusión, aunque no la premisa, un oficial precisamente de Caballería[80], el arma que en ese ambiente podría jugar un papel esencial. La

[72] Ambas citas están extraídas de AGMM, escrito de Navarro de 6 de julio de 1924, ya citado.

[73] Sainz Gutiérrez menciona esa hora en *Con el general Navarro,* pág. 19. El capitán Catalán, de Ceriñola, precisa menos, situando el envío entre once y doce de la noche (AHN, TS, 50 N 5, declaración de 24 de septiembre de 1921, folio 1017).

[74] Los dos documentos, manuscritos, en AHN, TS, 51 N 13, folios 3414 y 3415, respectivamente.

[75] Testimonio de 7 de diciembre de 1921, redactado por Picasso, ibíd., 50 N 9, folio 1847v.

[76] Versión de Sainz Gutiérrez, pág. 20.

[77] Franco, pág. 161.

[78] Ayache (1996), pág. 127.

[79] Rodríguez de Viguri, pág. 30.

[80] Capitán Chicote, de Alcántara, en AHN, TS, 50 N 9, folio 1874v, declaraciones de 27 de noviembre de 1921.

situación de Drius «no era mala, pero dado el estado de las cabilas hubiera sido imposible su abastecimiento», afirmación que no tenía en cuenta que «el enemigo, entonces, no era gran cosa»[81].

En el Congreso se fue más allá, pasados ya los acontecimientos, presentando como ocasión perdida una alternativa drástica: tras Annual, «hubo cuarenta y ocho horas cuando [...] todavía podía venirse a la plaza de Melilla»[82], lo que hubiera supuesto abandonar, sin combatir, la totalidad de la zona oriental del protectorado.

Navarro sostendría en defensa de su plan que la idea consistía en retirarse a «Batel-Tisutin, cabecera de línea del ferrocarril y centro de comunicaciones con Zoco-el-Telatza, y con Kandussi y con Beni Said»[83], acortando así su línea de comunicaciones, argumento perfectamente atendible, pero con serias implicaciones.

Se inclinó, sin embargo, ante la opinión de su superior, y ordenó esa mañana al capitán Aguirre que perfeccionase la fortificación del campamento propiamente dicho y del lugar llamado Casa Drius, a escasa distancia de este, donde él había pernoctado.

No obstante, se cumplimentó la orden que había dado esa noche a Batel y a Tisutin de que enviaran a Drius «todos los camiones existentes [...], incluso ambulancias», para llevarse los enfermos, los heridos y todo el material que había quedado allí[84], confirmando lo que «insinuó» antes al comandante Araujo, de Intendencia, a quien había dicho, bajo promesa de secreto, que «quizás» se retiraría a las cuatro[85]. En efecto, a esa hora llegaron los vehículos, que, tras cargar, emprendieron el camino de vuelta. La evacuación de las bajas daría ocasión a escenas bochornosas, con «muchos buenos y sanos, oficiales y soldados», intentando subirse, siendo apeados a la fuerza por otros mandos, pistola en mano[86].

Lamentablemente para el asendereado Navarro, como comandante general en funciones que era, su competencia, y su responsabilidad no se agotaban en los restos de la columna de Annual, sino que abarcaban todo el territorio. Habiendo impartido instrucciones al sector de Cheif, a vanguardia de su izquierda, solicitaba ahora su atención el de Quebdani Kandussi, a su derecha. Como se recordará, allí había marchado el coronel Silverio Araujo[87], antes de que Silvestre abortara

[81] Meneses, pág. 101.

[82] Ver, en *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921, las afirmaciones al respecto del nada sospechoso Rodríguez de Viguri.

[83] Escrito de 8 de abril de 1923, ya citado, folio 3821. Dedicó la casi totalidad de su declaración del 2 de marzo de 1923 a desarrollar largamente las razones que justificaban su plan (folios 2805-2814).

[84] Ibíd., folio 3419. Tiene fecha del 22 de julio.

[85] Declaraciones citadas, folio 1806.

[86] Testimonio del teniente Troncoso, de Alcántara, el 2 de febrero de 1923, AHN, TS, 51 N 15, folio 3896.

[87] Su versión de los hechos está expuesta con todo detalle en las declaraciones que hizo el 24 de marzo de 1923 (AHN, TS, 51 N 15, folios 4247-4261).

la planeada operación hacia el Saleh. En la tarde o noche del 22, el general no lo recuerda con exactitud, le propone[88] un repliegue de las tropas de su sector a la línea del río Kert, para hacerse fuerte allí, operación ciertamente plausible. Es casi seguro que en ella influirían sus conversaciones con Kadur Amar, ya de vuelta a su cabila desde Annual, donde se quedó hasta el último momento. Le había dicho que Beni Said permanecería fiel a España, si llegaban refuerzos, pero que, en caso contrario, se vería obligado a unirse a los levantados, habiéndole advertido: «coronel, si querer marchar hoy, marcha; mañana no poder».

Para hacer llegar su proyecto a Navarro, decidió enviar un mensajero a Drius. Al final, escogió a dos: el ayudante del regimiento, hijo suyo, por cierto, y el comandante Fernández, de Estado Mayor[89], mencionado en un capítulo anterior. Ambos llegaron a las diez de la mañana del 23 y se reunieron con el general, que no solo dio su autorización, sino que se la trasladó personalmente por teléfono al coronel. Por desgracia, la condiciona al criterio del capitán de la mía de Beni Said, por considerar que tenía «más medios de información»[90].

La desdichada cláusula costará cientos de vidas. Araujo y González Longoria[91] no se entendieron, y al final aquel optó por la peor de las opciones: no hacer nada, quedando cercado y «paralizando de este modo todos los movimientos y medidas adecuadas que hubieran podido adoptarse»[92]. Su pusilanimidad hizo el resto. La posición caería el 25, de forma lamentable, en manos del enemigo[93]. Solo dos pinceladas al respecto. Una la aporta el soldado Abraham Santonja, que, además de asegurar que no hubo defensa digna de mención, presenta al capitán de su compañía, la 6.ª del I del Melilla, «desesperado, tirándose de los pelos, y con la pistola en la mano», ante la orden de rendirse que se le había dado. Era uno de los pocos oficiales con pundonor de la guarnición. La otra es de Juan de Dios Muñoz, artillero de la 6.ª de Montaña allí destinada. Confirma la falta de resistencia, y añade la patética nota de que se mandó a los soldados ponerse «la mejor ropa» para la capitulación[94].

En el resto de la circunscripción reinaba el mismo ambiente. Así, cuando una de las posiciones dependientes de ella fue atacada y pidió instrucciones, se le

[88] La propuesta se encuentra en AHN, TS, 51 N 11, folio 2833.

[89] Se dispone de los testimonios de ambos. El del capitán Araujo, de septiembre de 1921, en AHN, TS 50 N 3, folios 536-544v, y el de Alfonso Fernández, de 10 del mismo mes y año, en 50 N 4, folios 808v-814.

[90] Declaraciones de Navarro, folios 2803-2804.

[91] Su testimonio, de 1 de septiembre de 1921, está en AHN, TS, 50 N 3, folios 491-506v.

[92] La frase es de Picasso, en un escrito a Berenguer de 9 de diciembre de 1921 (AHN, TS, 50 N 9, folio 1884v).

[93] En AHN, TS, 51 N 17, folio 4939, hay una lista, del 26 de junio de 1923, de mandos de la guarnición que fueron procesados.

[94] El primer testimonio, de 1 de febrero de 1923, en AHN, TS, 51 N 14, folios 3641-3643v; el segundo, de 18 de septiembre de 1922, en 51 N 13, folios 3455v-3457. Ambos fueron hechos prisioneros; Muñoz logró escaparse.

contestó desde la cabecera que adoptaran «la [decisión] más propia de su espíritu y honor. Consideraron ésta, según cree el testigo, la de capitular»[95].

Longoria consiguió escapar, merced a la lealtad de su ordenanza y de un sargento, marroquíes, que no solo le dieron asilo, sino que le acompañaron hasta las líneas españolas, y luego regresaron a sus cabilas. También se salvaron el capitán Araujo y el comandante Fernández. Encontrando la carretera a Kandussi cortada, y «como allí no hacían nada»[96], esa misma tarde se fueron tranquilamente a Melilla.

El coronel sufrió largo cautiverio. Retrata el carácter caballeroso de Navarro que durante el mismo, en sus propias palabras, «ha cuidado el evitar toda conversación que a los sucesos de la campaña se refiriese»[97]. No tuvo, pues, una palabra de reproche para Araujo.

Luego, el general diría que había dado al coronel libertad de acción porque «las indicaciones del mando a distancia [...] más bien complican que resuelven»[98], en una velada acusación a Berenguer, que desde Tetuán le había hecho desistir de su proyecto de retirarse a Batel.

Para completar el panorama, habría que hacer mención de la otra columna importante, la de Zoco el Telatza, que cubría la izquierda del frente. Baste añadir a lo dicho en el capítulo anterior que se retiró el día 25, sin órdenes, a pesar de tener víveres para varios días y municiones, y dejando tras de sí bienes del Estado valorados en 550.000 pesetas. Una junta de todos los mandos decidió que «como no parece una posición avanzada en que defendiera posiciones de muchísima importancia a retaguardia, o bien que un batallón salvara a una gran columna, todo sacrificio de la necesidad de morir todos defendiéndose, lo consideró el testigo estéril en bien de la patria y honor de las armas»[99].

El repliegue fue bochornoso, abandonando material y a los heridos que no estaban en condiciones de andar. Los que sí podían llegaron a su destino, la zona francesa, con balazos mayoritariamente recibidos por la espalda o por el lado izquierdo, señal de que no habían hecho frente al enemigo que les acosó durante el trayecto, de veintidós kilómetros. Una vez en el Protectorado vecino, los mandos apenas se ocuparon de sus hombres, y, por el contrario, según el cónsul de España en Uxda, «se pasaban todo el tiempo en los cafés [...] y todas las noches bailando y alternando con mujeres de la vida». No fue ese el caso, se afirma, del capitán

---

95 Testimonio del comandante Sanz García, del III del Melilla, realizado el 16 de octubre de 1921, 50 N 7, folio 1359.

96 La frase es del capitán, folio 544v.

97 Folio 2804v de su declaración.

98 Ibíd., 2810v.

99 El texto, lamentable en el fondo y en la forma, figura en la declaración, del 18 de agosto de 1921, del jefe de la unidad, teniente coronel Saturio García Esteban, del regimiento de África (AHN, TS, 50 N 1, folio 209). Ver, en 50 N 2, folios 257-259, otro escrito de descargo suyo, de 25 de julio de 1921.

Alonso, de la Policía, que, «antes de abandonar la zona, quiso volverse repetidas veces a su puesto y trató de suicidarse dos veces»[100].

El meticuloso Picasso, sin embargo, investigó lo sucedido, y llegó a la conclusión de que el diplomático había exagerado, si bien consideró probado, y ya es bastante, que se había producido un altercado en un prostíbulo entre oficiales y sargentos, a resultas del cual se prohibió a estos salir después del rancho de la tarde[101]. El teniente coronel al mando, no obstante, describió lo sucedido quitándole hierro y con una redacción execrable: «tuvieron sin importancia algunas diferencias en una casa de lenocinio»[102].

Picasso hablaría, en el caso de Zoco el Telatza, de mando «inhábil o impotente», de «huida» y de «flojedad y desconcierto», y en el de Quebdani, de «oscura» y «escasa defensa», en contraste por la realizada por el capitán Amador[103].

Navarro quedaría así, literalmente, «en el aire», habiéndose evaporado sus dos flancos. Pronto estaría, además, cortado, cuando Burrahail con su gente ocupe posiciones sobre su línea de retirada.

No menos serio era el problema que planteaban las fuerzas llamadas indígenas, hasta entonces columna vertebral del ejército, en las que se había perdido la confianza. A ruego de sus propios jefes, la mayor parte de los policías que permanecían en Drius fue desarmada, mientras que de los Regulares que habían pernoctado en Uestia, solamente se recibían informes descorazonadores. La noche anterior, y esa misma mañana, su jefe, Llamas, habría reiterado que no respondía de sus hombres. Únicamente, y no era seguro, si volvían a sus cantones y a sus familias, podría ser posible retenerlos. El general le autorizó a ello, según dice[104], ratificándolo Sainz Gutiérrez.

El estado de ánimo en Drius iba a la par, no recatándose Villar, el mayor experto en asuntos políticos que había allí, en decir que en catorce o dieciséis días la harca estaría en Melilla[105].

Por si todo ello no bastara, en esa mañana del 23 un lejano tiroteo anuncia que la columna de Cheif se acercaba. En efecto, enterado Navarro de que el

---

100 Los entrecomillados corresponden al durísimo informe redactado por el cónsul, AHN, TS, 50 N 6, folios 1165-1166. Para otras versiones, ver, por ejemplo, las declaraciones de García Esteban ya citadas, folios 202 y ss., continuadas el 22 de agosto (50 N 2, folios 292 y ss.), o la de los capitanes Gil Rodríguez (AHN, TS, 50 N 1, folios 210 y ss.), Alonso (ibíd., 223 y ss.) y Moreno Muñoz (AHN, TS, 50 N 6, folios 1274 y ss.). En 51 N 16, folio 4273 hay una relación, fechada el 21 de abril de 1923, de oficiales de la guarnición que fueron posteriormente procesados por «negligencia contra el honor militar».

101 El informe de Picasso para Berenguer sobre esta cuestión está en 50 N 8, folios 1626-1629.

102 Ibíd., 50 N 7, folio 1374. Nota de García Esteban, de 14 de octubre de 1921, con la relación de los implicados.

103 Citas provenientes de los escritos de Picasso sobre ambas posiciones y su entorno. Están, respectivamente, en AHN, TS, 50 N 8, folios 1.694-1.697v, y 50 N 9, folios 1880v-1886.

104 Declaraciones de Navarro, folio 2821.

105 Sainz Gutiérrez, pág. 16.

itinerario que había fijado estaba ya cortado, le mandó instrucciones de ir a Drius, pero antes de que el mensajero[106] llegara, se encontró con que ya se había tomado esa decisión, por propia iniciativa. Parece que se batió bien durante la primera parte de la marcha, pero muerto su jefe, el teniente coronel Romero, se desorganizó. El general tuvo que mandar a su encuentro una batería y fuerzas de Alcántara. Al constatar estas que no se presentaba ocasión de cargar a los enemigos, que «en cuanto veían la caballería se perdían de vista»[107], echaron pie a tierra, combatiendo por el fuego «como en un ejercicio de instrucción [...], en perfecta guerrilla»[108], amparando de esa manera la retirada de la columna. A propósito, la facilidad con la que esta se desarrolló bajo la protección de la artillería y de los jinetes indica tanto la escasa solidez del enemigo que la acosaba como el potencial de ese tipo de unidades en aquel terreno abierto. Los pocos supervivientes de Cheif llegaron a Drius «en estado de deplorable moral», según Navarro.

En mucho mejores condiciones –«con perfecto orden, gran disciplina y retirando todas sus bajas», prosigue el general–, fueron entrando en la posición las fuerzas de otros puestos, como Ain Kert y Carra Midar, a cubierto de elementos de Alcántara, que tuvieron que dar alguna carga para protegerlos. En el caso de Buhafora, en cambio, tras resistir «heroicamente las acometidas del enemigo la noche del 22 al 23 [...] fue acuchillada su guarnición europea por los mismos individuos de la Policía Indígena que formaban parte de ella»[109].

«*Pa* salvar la buena fama»

El alivio de Navarro por la llegada de las guarniciones duró poco. En torno a las diez, avisaron de Uestia que parte del convoy de camiones, en su segundo viaje[110] llevando heridos y enfermos evacuados de Drius, estaba siendo atacado. En el acto, Alcántara tocó botasillas y media hora después partió, rumbo al aniquilamiento y la gloria. El regimiento va con las sillas *peladas,* para ahorrar fatigas a los caballos, y al completo de sus efectivos, deducidas las bajas en combate.

---

106 Era el teniente Gilaberte, cuya versión seguimos (declaraciones ya citadas, folio 3981).

107 Testimonio del soldado Albert, del 4.º de Alcántara, 11 de febrero de 1923 (AHN, TS, 51 N 11, folio 2951v).

108 Gilaberte, testimonio citado, folio 3983.

109 AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 41. Se trata de un informe elaborado por Navarro, el 2 de septiembre de 1924, dedicado a llamar la atención del ministro de la Guerra sobre hechos destacados realizados por distintos mandos o por guarniciones enteras. Muchos de los más notables se recogen en estas páginas.

110 Para el movimiento de vehículos ese día son muy útiles las declaraciones, ya mencionadas, del comandante Fernández Mulero, folio 1454, especialmente.

En unos días en los que muchos mandos y soldados habían desarrollado una obsesión por alcanzar Melilla, o por no salir de ella[111], los oficiales de la unidad que se hallaban en la plaza, en un movimiento contracorriente, por desgracia poco frecuente, han partido para la primera línea. Se trata de los comandantes Berrocoso y Zaragozá, el capitán Castillo –que había sido trasladado a Regulares, pero que escogió combatir con sus antiguos compañeros–, y el teniente Carrasco, secretario del coronel, que, a pesar de ser poco ducho en la materia, condujo el coche que les llevó. El capellán y el teniente Pérez de Guzmán hicieron el trayecto en el automóvil, propiedad de este último, que luego fue dedicado al transporte de heridos.

Los avatares de Alcántara resultan difíciles de seguir[112], por la fluidez de movimientos propia de la Caballería, los testimonios contradictorios y la circunstancia de que, parece, la unidad actuó dividida. Así, por ejemplo, se dice que salió completa de Drius, con sus cinco escuadrones de sables y el de ametralladoras, pero se sabe que al menos una sección se quedó atrás[113].

El regimiento, al galope, marchó por la carretera en dirección de Batel, al encuentro del convoy, hasta que, poco después de Uestia, topa con el enemigo «que aparecía por todas partes». Ha cortado el paso con grandes piedras a dos[114] vehículos llenos de heridos y enfermos, rematando a algunos de ellos y asesinando y mutilando a sus conductores. Las escenas fueron dantescas. Un teniente superviviente[115] cuenta que «atacaron la ambulancia, matando a todos los heridos que iban en ella, y después de despojar a dicho oficial del dinero, armamento y vestuario que llevaba encima, le dieron veintiocho gumiazos en la cabeza, brazos y espalda, dejándole por muerto». Un soldado[116] que pasaría después por ese lugar, comentaría que vio en una ambulancia «muerto el conductor y mutilado en la carretera, y sintiéndose dentro los lamentos de los heridos».

---

111 Por solo citar un ejemplo entre muchos, véase el caso del teniente coronel de Ingenieros Luís Ugarte, que salió de Melilla el 22 y, sin pasar de Zeluán, regresó a la plaza pocas horas después «a dar cuenta al coronel», no se sabe de qué (AHN, TS, 50 N 7, folio 1363v, declaraciones de 17 de octubre de 1921).

112 El mejor esfuerzo por establecer sus movimientos es el de Antonio Bellido, *El Alcántara en la retirada de Annual,* Madrid, 2006, que analiza con gran detalle la actuación de la unidad. Ver, también, teniente coronel Repollés, «Resumen de los sucesos acaecidos en la comandancia general de Melilla», Melilla, 1967, y, en escala más modesta, Julio Albi, *El Alcántara, 1921,* Madrid, 2011.

113 La del teniente Bravo, del 1.º Escuadrón.

114 Es la cifra más comúnmente mencionado. Sin embargo, D'Harcourt, que fue evacuado, asevera que regresó a la plaza, «solo uno de los cuatro coches» que se emplearon (declaraciones citadas, folio 1108v).

115 El teniente Ríos, del Melilla, procedente de Cheif. Habla de sí mismo en tercera persona (AHN, TS, 51 N 38, folio 7, declaración de 24 de agosto de 1921).

116 Vicente Garrido, de San Fernando (declaraciones de 14 de noviembre de 1921, AHN, TS, 50 N 8, folio 1660).

Los escuadrones, entonces, entran en fuego, combatiendo «a pie y a caballo, cargando repetidas veces»[117], hasta despejar el camino. El herrador de tercera Macario Pavón especifica[118] que allí actuaron solo el 2.º, el 4.º y el de ametralladoras.

Cumplido el objetivo, se suscitan dudas de lo que sucedió a continuación. Sainz Gutiérrez dice que a Drius llegó un oficial, enviado por Primo de Rivera, para comunicar que su unidad estaba agotada –se sabe que la noche anterior, por precaución, no se habían quitado las sillas a los caballos–, por lo que seguía a Batel, para pernoctar allí y reponerse, tesis que coincide con el escrito de Navarro de 6 de julio de 1924, en el que menciona, sin, desde luego, reprochárselo, que, debido a ello, «me vi privado de un elemento tan eficaz para mi retirada sobre Batel».

Sin embargo, varios testimonios de hombres de Alcántara, pertenecientes a distintos escuadrones, coinciden en que, terminada la operación anterior, se emprendió el regreso al punto de partida, lo que le daría ocasión de batirse de nuevo.

El teniente Troncoso del 1.º Escuadrón afirma que «cree» que cuando el regimiento iba camino de regreso a Drius, después de haber despejado el paso del convoy, recibió órdenes de Navarro de dar media vuelta y «volver a combatir para abrir paso a la columna», añadiendo que esta no pudo ver los movimientos de los jinetes porque «los escuadrones, que iban a vanguardia, le abrían camino a ésta y llegaron a Batel antes que la columna»[119]. Ello explicaría que ni el general y ni Sainz se hubiesen percatado de que Alcántara peleó en dos ocasiones, antes de completar su repliegue sobre Batel. Hay que añadir, no obstante, que en el margen de las frases mencionadas alguien, es posible que el propio Picasso, escribió a mano, respectivamente: «no consta nada de esto en la declaración de Navarro, tal orden» y «no hubo tal cosa».

Eran momentos de confusión y, además, el regimiento había luchado fraccionado, incluso a escala de secciones, no de escuadrones, y en continuo movimiento. Lo que parece seguro es que no formó, como tal, la vanguardia de la columna, ya que entonces el general y Sainz Gutiérrez lo habrían mencionado. Ello no excluye que Alcántara, o parte de él, pudieran haber actuado por segunda vez en el Gan, pero por delante de la columna, y fuera de las vistas de la misma.

Pérez Ortiz[120], sin embargo, afirma que, antes de que la fuerza que iba con Navarro hubiese llegado al río, «los escuadrones que salieron del campamento se habían agrupado ya a la columna».

Sea como fuese, una vez despejada la carretera, se reanudó la circulación. El oficial herido ya mencionado describe cómo se puso en la carretera, haciendo señales. A pesar de su estado, un coche y un camión pasaron sin detenerse a

[117] Los dos entrecomillados corresponden a las declaraciones del capitán Chicote, ya citadas, folio 1895.

[118] Testimonio de 15 de diciembre de 1921, AHN, TS, 50 N 10, folio 2055v.

[119] Declaración, ya citada, de Troncoso.

[120] Pág. 66. Quizás el texto original diga «agregado». La edición que se ha manejado contiene numerosas erratas.

recogerle. Un tercero, al menos disminuyó la velocidad, lo que le permitió subirse en marcha y ponerse a salvo.

Mientras los jinetes estaban combatiendo, Navarro, en Drius, ha decidido partir hacia Batel, volviendo a su propósito original, e ignorando los deseos de Berenguer. Renuncia así a la posibilidad de dejar reponerse un tanto a sus hombres y de restaurar la disciplina. Sus fuerzas, que ya han recorrido veinticuatro kilómetros y medio desde Annual, tendrán ahora que andar otro tramo adicional de más de veinte[121]. La opción implica, al tiempo, abandonar una amplia extensión del territorio.

Pero las informaciones sobre la actitud de las cabilas y la noticia de que la carretera había sido cerrada por el adversario, le hicieron ordenar la retirada antes de que, en su criterio, fuera demasiado tarde. Las comunicaciones, por otro lado, estaban ya cortadas, de forma que no pudo transmitir su determinación al alto comisario. Sainz Gutiérrez añade, como argumentos adicionales, que únicamente tenían 50.000 cartuchos, que no quedaba harina y «otras mil circunstancias»[122].

Al enterarse de la novedad, escribirá Pérez Ortiz después: «no puedo creerlo […]. Indudablemente [el general] no conoce el estado moral de las tropas […]. Yo, que he presenciado la tragedia de Annual a Drius, tiemblo por la desbandada que presiento»[123].

Para evitarla, se tomaron todas las precauciones posibles. Había en la posición 2.566 hombres, con 91 caballos y 193 mulos[124]. La columna se articularía en una vanguardia, formada por una compañía de Ceriñola, a la que seguirían, por este orden, los heridos, las municiones, dos compañías más del mismo regimiento, la artillería, los zapadores, Melilla y África. Cubriría la retaguardia el núcleo de San Fernando. Dos de sus compañías, las mismas que se habían lucido en su repliegue desde Ain Kert y Carra Midar, al mando de Álvarez del Corral, y los policías que seguían fieles, al de Villar, cerraban la marcha.

El movimiento se inició a las dos de la tarde del 23, en un orden perfecto, por lo que se refiere a las fuerzas formadas, con los oficiales de Estado Mayor, como correspondía, dando la salida a cada unidad cuando llegaba su turno. No obstante, de entre los hombres desmandados «mucha gente se subía a las ambulancias, habiendo que apearla a viva fuerza»[125]. Por desgracia, alguien –no se sabe quién–, prendió fuego a un pajar, lo que alertó a los cabileños de los alrededores, gente de Burrahail.

A pesar de eso, la marcha transcurrió sin dificultades en su primera fase, hasta, según varios testigos, encontrarse a los diez kilómetros con Alcántara, que tomó la

[121] Veinte y medio, según la Comandancia de Ingenieros. Todas las distancias que se mencionan están extraídas de un documento de la misma, de 3 de octubre de 1921 (AHN, TS, 50 N 6, folio 1163).

[122] Sainz Gutiérrez, pág. 24.

[123] Pérez Ortiz, págs. 62-63.

[124] Sainz Gutiérrez, pág. 25. Los contingentes principales eran 720 hombres de San Fernando; 543 de África; 260 de Ceriñola; 162 de Melilla; 342 artilleros de las tres baterías y 480 zapadores.

[125] Declaraciones del teniente D'Harcourt, de 28 de septiembre de 1921, AHN, TS, 50 N 5, folio 1108.

cabeza de la fuerza. El capitán Aguirre «vio personalmente cómo el general Navarro ordenaba repetidos altos a la columna para recoger los muertos»[126], diciendo que «o entrábamos todos en Batel, sanos, heridos y muertos, o todos nos quedaríamos en el camino»[127]. Aun así, oficiales tienen que echar mano a la pistola para vencer la «resistencia pasiva»[128] de los soldados renuentes a obedecerles, dispuestos a abandonar a sus compañeros con tal de seguir alejándose del enemigo. En algún momento hubo que renunciar a cargar los muertos, por falta de ganado para llevarlos, y limitarse a salvar a los heridos, continuando el repliegue en relativo orden.

Al llegar al cauce del Gan, sin embargo, las cosas cambiaron de cariz. El enemigo aguardaba, parapetado en una barrancada y en el talud de la vía del ferrocarril, que estaba en construcción. Fue tan encarnizada la resistencia que opuso, que la batería Ligera tuvo que entrar en fuego. Se intentó que desplegaran algunas unidades, pero «los oficiales de las fuerzas de vanguardia iban confundidos con los mulos. Nadie hacía caso»[129]. La gente, acobardada, no se atrevía a dejar el amparo de la masa. Con mucha razón, los soldados respondían a los mandos más animosos, que les ordenaban que combatiesen «que fueran con ellos sus oficiales, quienes continuaron en la carretera, protegiéndose entre los mulos»[130]. Al final, hubo que improvisar unas guerrillas con voluntarios, sargentos y cabos casi todos. Los capitanes Blanco, de la 5.ª de Montaña, y Sainz se pusieron a su cabeza, para oprobio de la Infantería presente[131].

Por su parte, y según aseguran muchos, Alcántara se suma al combate[132]. Los Escuadrones 3.º y 5.º desplegaron a la derecha; los 1.º, 2.º y 4.º, por la izquierda[133], y por el centro, el de ametralladoras, que emplaza sus máquinas. «Protegidos por sus fuegos»[134], se dieron «varias cargas [...] hasta que resistió el

[126] Testimonio de Aguirre, folio 4419v. Resulta interesante la importancia que en su día se dio a las declaraciones de este oficial, a pesar de su relativamente modesto empleo. Se solicitaron, en efecto, el 18 de febrero y el 11, el 16 y el 18 de mayo de 1923. Prestó la primera en Melilla, y en Madrid las restantes.

[127] Sainz Gutiérrez, pág. 26.

[128] Segundas declaraciones del teniente Gómez López, de 11 de septiembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 4, folio 834v.

[129] Sainz Gutiérrez, pág. 27.

[130] Testimonio ya citado de Gómez López, folio 835. Es uno de los más duros, por lo que respecta al comportamiento de muchos oficiales.

[131] Lo subraya el general Navarro, en el folio 3069v de sus declaraciones, añadiendo que la operación se realizó «casi sin auxilio de jefes y oficiales».

[132] No está claro el momento en que se produjo este episodio, aunque no se discute que el regimiento cargó hasta la extenuación. Según algunos, tuvo lugar esa mañana, en torno al convoy asaltado. Así, Berenguer (1923), pág. 86, no habla de Alcántara al describir el paso del Gan. Muchos testimonios, en cambio, apuntan a que luchó dos veces en ese lugar, primero, defendiendo a las ambulancias y, más tarde, protegiendo a la columna de Navarro.

[133] Testimonio de Pavón, folio 253v.

[134] Testimonio del comandante Gómez Zaragozá, 12 de marzo de 1923, AHN, TS, 51 N 15, folio 4200v.

ganado»[135], las que luego se harían famosas como «las cargas al paso», debido a que las cabalgaduras llegaron al agotamiento.

Parece que Primo se puso en persona a la cabeza de un escuadrón, ya que de él se dice que «cargó al frente de unos cincuenta caballos, logrando, a costa de muchas bajas, abrir paso a la columna». De hecho, de ellos solo sobrevivieron quince o veinte hombres[136]. El soldado Albert, por su parte, afirma que «de cuatro partes, al meterse entre los moros murieron tres»[137]. En cuanto a Benito Gómez Fernández, señala[138], se supone que refiriéndose a su escuadrón, que tuvo seis o siete muertos y veinticinco heridos, y perdió cincuenta caballos. Gómez Zaragozá[139] aporta algunas precisiones: los Escuadrones 3.º y 4.º quedaron con treinta plazas entre los dos, y el 5.º, con dieciséis. No obstante, la orden de despejar el camino «a todo trance» se había cumplido.

Lo cierto es que «las cargas fueron continuas», siendo «los escuadrones, diezmados, y, los que quedaron, extenuados […]. Ya habían perdido su organización, resultando un conglomerado de fuerzas, más que una unidad definida». A pesar de ello, como se verá, sus restos combatieron con bizarría hasta el 9 de agosto, fecha que se puede considerar el fin de la guarnición inicial de la Comandancia.

El 2 de septiembre, había en Melilla, procedentes del campo enemigo, tres oficiales, un veterinario y «un máximo de cuarenta individuos»[140] de Alcántara. Poco más se puede decir de la brillante actuación de un cuerpo que, en 2012, sería finalmente recompensado con la laureada ganada noventa años antes.

La hazaña, en aquellos momentos en que escasearon tanto, quedó grabada en la mente de muchos. Solo la pluma maestra de Sender ha sabido transmitir, en unas pocas frases tétricas, la imagen onírica de esos escuadrones muertos: «rumores lejanos de tropel [...] Son caballos al galope [...] Ese tropel trae violencias gallardas y lo precede una brisa de espuma y hierro […], jinetes doblados sobre el arzón, patas de acero redoblando y sacando chispas de la tierra […], un relámpago vacilante ilumina los caballos de cuellos tensos, las siluetas rígidas de los jinetes, agrupados en un galope uniforme»[141]. Uno de ellos dice: «mi teniente coronel, *pa* salvar la buena fama de los oficiales que se arrancan las insignias y salen corriendo, está con el escuadrón por ahí día y noche, cazando a los moros a sablazos, chorreando sangre».

[135] Declaraciones, de 18 de noviembre de 1921, del soldado Florentino Moreno, del 5.º Escuadrón, de voluntarios (AHN, TS, 51 N 38, folio152v).

[136] Testimonio del soldado Hermenegildo Cabús, del mismo escuadrón (10 de octubre de 1921, mismo legajo, folio 89). Para entonces, y tras deducir los hombres que salieron la tarde anterior de Drius, posiblemente los escuadrones estaban reducidos a una cincuentena de plazas.

[137] Pertenecía al 4.º Escuadrón. Lo dice en su testimonio ya citado, folio 2952.

[138] También del 4.º. Testimonio de 7 de octubre de 1921, en AHN, TS, 51 N 38, folio 87.

[139] Declaraciones citadas, folio 4201.

[140] Todas las citas del párrafo corresponden a la declaración de Emilio Fernández Pérez, que en agosto tomó el mando del regimiento (AHN, TS, 50 N 3, folios, respectivamente, 499 y 500).

[141] Ramón J. Sender, *Imán,* Barcelona 1976. Las citas corresponden a las págs. 163, 164,166 y 168.

El ejemplo de Alcántara fue poco imitado en las orillas del Gan. El teniente Gómez López, de la 1.ª de Montaña, narra[142] que perdió entonces dos de sus cuatro cañones, con todas sus cargas, porque los hombres «para montar los mulos, las habían tirado a tierra». Por cierto, asegura que la Caballería «sostuvo verdaderos combates, y logró abrir paso a la columna». Ya que él formaba parte de esta, sus palabras son de gran valor para corroborar los testimonios ya citados.

Según otra descripción[143], también referente a ese tipo de artillería, «muchos soldados con los machetes cortaban las cinchas de los bastes, para, tirando las cargas, subirse al ganado [...] Los muertos y heridos que había en el camino, ordenó el general subirlos a los mulos de mi batería y armones de la eventual [...] teniendo que obligar a la tropa a sablazos a recoger los muertos y heridos, y al menor descuido los tiraban al suelo, para volver a subirse» ellos. En el mismo testimonio se alude a Alcántara «cargando bizarramente contra el enemigo, con su jefe al frente y dando vivas a España y a sus jefes [...] llegando al cuerpo a cuerpo».

En cuanto a la batería Ligera, tuvo que abandonar una de sus piezas, tras inutilizarla, porque la inmovilizó el gentío que se agolpaba a su alrededor, intentando subirse a los caballos que tiraban de ella.

Finalmente, varios de los policías aprovecharon la confusión para desertar y unirse al enemigo, encabezados por un oficial moro de segunda de la 10.ª Mía que había permanecido fiel hasta entonces.

Una vez superado el obstáculo, las tropas se reordenaron un tanto, pero de forma tan precaria que, cuando Navarro las detuvo a tres kilómetros de Batel, para comprobar que la posición no había caído en manos del enemigo, se dejaron llevar por el pánico, emprendiendo veloz carrera, a pesar de que algunos oficiales dispararon sobre ellas para que se detuvieran. Se entró así, entre las seis y las siete de la tarde, «en columna de barullo»[144], de cualquier manera. Parece que el destacamento de Pérez Ortiz mantuvo la formación, seguramente en parte porque al llegar al río encontró el camino tan despejado ya que en cuatro compañías únicamente tuvo seis bajas[145].

La extrema retaguardia, mandada por Álvarez del Corral se distinguió durante esa retirada, dando «ejemplo de moral y de entusiasmo [...] Pudo verlos el declarante agitando una bandera nacional y dando vivas a España, hacer fuego en retirada»[146]. En realidad, se trataba de un pañuelo de mochila de los mismos

[142] Declaraciones de 11 de septiembre de 1921, AHN, TS, 50 N 4, folios 835v y 836.

[143] Primer testimonio del teniente Fernando Gómez López, del 3 de septiembre de 1921, al regreso del cautiverio, en AHN, TS, 51 N 38, folio 39. Lo ampliaría más tarde, el 11 (AHN, TS, 50 N 4, folios 831-842).

[144] Sainz Gutiérrez, pág. 29.

[145] Pérez Ortiz, pág. 67. De todas formas, siempre hay que tomar con precaución las palabras de Pérez Ortiz cuando se refieren a sí mismo o a su regimiento.

[146] Testimonio de Gilaberte, folio 3983v.

colores, porque hacía casi medio siglo que no se llevaban las banderas al combate. Por lo que respecta a ese tipo de fuego, consistía en ir disparando mientras las unidades se replegaba ordenadamente por escalones sucesivos, ejercicio que requería tropas muy sólidas.

Ya en Batel, se repitieron las amargas escenas tantas veces vistas. Domingo Tortosa, del regimiento África, observó que el general «reprendía severamente a varios oficiales y se mostraba muy disgustado […] Llegó a pegar con el bastón que llevaba a un teniente que […] iba como muchos otros, sin estrellas y emblemas». Gritaba: «¡no quiero agua; soy viejo; que se marche el que quiera!»[147].

El también soldado Ángel Palacios, de Ceriñola, cuenta[148] que el capitán y el teniente de su compañía se perdieron de vista en Drius, por lo que un sargento tuvo que mandar la unidad durante la marcha. El capitán Pinilla, por su lado, recuerda a un capitán médico increpando a dos oficiales que pretendían hacerse pasar por enfermos, y a otro oficial de Intendencia «quejándose de que venía medio muerto, no trayendo herida alguna»[149].

Completaría el caos la aparición, según dice Vicente Garrido, de «un individuo completamente desnudo y lleno de machetazos, al que tapaba con una sábana la cantinera de Batel»[150], que llegó en el sidecar de una moto. Garrido es otro de los testigos que confirma las cargas de la Caballería en el Gan.

En la confusión, parte de la columna –San Fernando, Ceriñola, los restos de Policía y elementos de Alcántara– quedó con Navarro; otra parte, perteneciente a Ingenieros, Melilla, África, fuerzas de Caballería y algo de Artillería, fueron a la próxima posición de Tisutin. En cuanto al 1.º Escuadrón de Alcántara, una serie de órdenes sucesivas[151] le llevarían hasta Zeluán, «por temerse que de un momento a otro se iban a sublevar las fuerzas Regulares». Allí, como se sabe, ya se hallaba el provisional que había escoltado el convoy de hombres y ganado desde Drius.

Por fin, tropas de todos los cuerpos siguieron hasta Monte Arruit e incluso hasta la plaza, algunas por simple desorientación, y otras de forma deliberada para alejarse del peligro. Entre ellas estaban las Baterías 1.ª y 5.ª de Montaña, que llegaron a aquel punto habiendo perdido todo el material. Con parte de sus efectivos se improvisaría una unidad equipada como Infantería, que se unió a la organizada de forma similar con la fuerza de Artillería que había pasado anteriormente llevando el ganado.

147 Declaración de 16 de enero de 1923, AHN, TS, 51 N 38, folio 194. Posteriormente haría otras declaraciones en Barcelona, de muy distinto tenor.

148 Su testimonio, de 13 de enero de 1923, está en ibíd., folio 193.

149 Testimonio de 24 de agosto de 1923, en AHN, TS, 51 N 18, folios 5697v-5698.

150 Declaraciones mencionadas, folio 1660v.

151 Las describe en teniente Bravo, en sus declaraciones de 18 de octubre de 1921 (AHN, TS, 50 N 7, folios 1380v-1381v.

Los supervivientes de Cheif se señalaron por su cobardía, emprendiendo «desatentada marcha […], en fantástica carrera»[152], que no cesaría hasta acabar en Melilla, en la mañana del 24.

En pálido contraste, en Batel y Tisutin se recibieron unos mínimos refuerzos: el teniente coronel Piqueras, y el capitán La Lama, de África, y un capitán y dos tenientes de Ingenieros, todos incorporados voluntariamente.

De esa manera tan poco airosa acabó el interminable 23 de julio para la maltratada columna. Pero en relación con ella, aún quedan por reseñar otros hechos del olvidable día.

Un enfermo imaginario y dos infortunios más

Como se recordará, Navarro había ordenado al coronel Jiménez Arroyo que saliera de la plaza y se acercase a primera línea, para intentar encauzar el caos iniciado el 22 y reorganizar las fuerzas desbandadas, impidiendo que llegaran a Melilla y alarmaran a la población. En concreto, debería estar en Batel a las 7:00 de la mañana del 23, y esperarle allí[153]. Así lo hizo, hablando con el general, que se hallaba en Drius, por teléfono. A la vista de las condiciones de la tropa y la cantidad de ganado que Navarro había despachado, pidió, y obtuvo, autorización para que siguiera a Monte Arruit, despejando así la retaguardia de esa aglomeración, parte de la cual tenía poca utilidad militar. Desanduvo luego camino, yendo a Tisutin, para volver a Batel en torno a las diez de la mañana, donde constató que se habían cortado las comunicaciones con el frente.

Partió a continuación para Monte Arruit, acompañado por un hijo suyo, alférez de Regulares, cuya presencia en ese lugar, y no con su unidad, no explica. Una vez llegado, se encontró con el convoy de hombres y ganado de Artillería y de Intendencia procedente de Drius, y tuvo la feliz iniciativa de retener un centenar de los artilleros, con carabinas, para que reforzara la posición. El resto, prácticamente desarmado, continuó viaje a la plaza, acompañado por el escuadrón provisional de Alcántara hasta Zeluán, donde ya se ha dicho que se quedaron los jinetes.

Después, y ayudado por el capitán Carrasco, de la 6.ª Mía, que tenía allí su cabecera, se dedicó a embarcar en el tren a los hombres fuera de estado de combatir, teniendo «hasta que sacar el revólver para hacerse obedecer» por los sanos que querían huir a Melilla. Diole entonces, cuenta «un vahído, precursor de una congestión cerebral», por lo que decidió, sin autorización de nadie,

[152] La afirmación es de Picasso, en su informe citado, folio 2104v.

[153] El texto de la orden está en AHN, TS, 50 N 2, folio 402.

volverse a la plaza, «a su domicilio, en el que tuvo una congestión que le duró tres días»[154].

Por desdicha para su reputación, fueron muchos los oficiales que le vieron durante esas horas, y la opinión de todos coincide con la de Verdú, que «no advirtió nada anormal»[155] en él, lo que alimentó la duda sobre la veracidad de su repentino mal. Así, por citar a otro testigo, en su rápido regreso a Melilla, su coche, en el que también iba Carrasco, adelantó a la Artillería que se replegaba. Ruano, que cabalgaba con ella, «ni en el aspecto del uno ni en el del otro notó nada extraordinario»[156]. De forma tan poco airosa, salió de la palestra el único coronel que desde la plaza se atrevió a acercarse al frente durante esas fechas. Picasso, mordaz, hablaría de su «episódica intervención» y de «la dolencia que dice que padeció»[157].

Como se recordará, Navarro, al tiempo que ordenaba el alejamiento de personal de Artillería, Intendencia, Sanidad y Caballería, había dispuesto que el grupo de Regulares fuese a pernoctar a Uestia, entre Drius y Batel. Así se abrió otro más de los interrogantes que planean sobre Annual.

Se ha visto que tanto el general como Sainz Gutiérrez afirman que el comandante Llamas, jefe de esas tropas, les dijo, y les reiteró luego, que no le merecían confianza, lo que motivó su alejamiento.

Pues bien, dicho jefe hizo posteriormente tres afirmaciones que les contradicen. En primer lugar, asegura que en Drius no vio al general, sino al teniente coronel Álvarez del Corral, que fue quien le envió a Uestia. En segundo lugar, sostiene que el 22 a las ocho de la tarde, habló desde allí por teléfono con González Simeoni, al que dijo que «nada de particular ocurría», y que su gente «descansaba muy tranquila». Por último, habla de otra conversación, el 23, a las cinco de la mañana, esta vez con Navarro, quien le mandó que «inmediatamente» reanudara el camino hacia la retaguardia, «pues quería separar de la columna todo elemento indígena»[158].

Se ratificaría posteriormente, precisando que a Simeoni le indicó «que el estado de disciplina de la gente era bueno», y que la frase de que «nada de particular ocurría» la había empleado cuando hablaba con el general[159]. Esto es, en ningún momento había expresado recelos sobre la solidez de sus tropas.

---

[154] Los entrecomillados pertenecen a las declaraciones del coronel Jiménez Arroyo, de 25 de agosto de 1921 (AHN, TS, 50 N 2, folios 313v-314).

[155] Testimonio de 8 de octubre de 1921 del comandante Verdú, de la Policía, que asumió el mando de la misma (AHN, TS, 50 N 6, folio 1256v).

[156] Testimonio del capitán Ruano, de 6 de octubre de 1921 (AHN, TS, 50 N 6, folio 1231).

[157] Ver su escrito a Berenguer, de 3 de noviembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 7, folios 1549-1550v.

[158] Declaraciones del comandante Llamas, de 24 de noviembre de 1921, AHN, TS, 50 N 8, folio 1758.

[159] Segundo testimonio de Llamas, del 26 de mayo de 1923, AHN, TS, 51 N 17, folios 4559v-4560.

Contradice la primera de sus manifestaciones el capitán García Margallo, de Regulares de Caballería, que expresamente señala que Llamas habló con Navarro en Drius[160]. En cuanto al comentario sobre el «elemento indígena», en aquellas fechas todos los españoles desconfiaban de él, pero no es menos cierto que, a pesar de ello, el general integró policías en su columna, hasta que paulatinamente todos acabaron por desertar.

Sobre su confianza en la unidad, resulta interesante lo que escribió el teniente coronel Pardo, jefe de la guarnición de Nador. Dice que le preguntó a Llamas, cuando llegó allí, si podía contar con los Regulares para cooperar a la defensa, a lo que le habría contestado que tenía consigo «poca tropa indígena», y que, «además de dudar acudiesen al toque de llamada, no creía prudente darles armas en las circunstancias actuales»[161].

En todo caso, los acontecimientos se encargarían de dar un rotundo mentís a las afirmaciones que el comandante pretendió haber hecho sobre la solidez de sus tropas.

De acuerdo con las órdenes, los tres tabores de Infantería y el de Caballería emprendieron la marcha muy de mañana, llegando a Tisutin en torno al mediodía. Allí, los primeros abordaron un tren con dirección a Nador, su acuartelamiento, mientras que los jinetes cabalgaban hacia el suyo, Zeluán.

Llegados a su destino los infantes, se les mandó que, como era costumbre, dejasen las armas, quedando los hombres en libertad hasta las siete de la tarde, cuando se pasaría lista. Los que tenían a sus familias en el poblado, se fueron con ellas, y los demás se dedicaron a pasear. Los mandos marcharon a descansar a una casa que allí tenían, sobre todo como lugar de reunión, ya que si estaban francos de servicio dormían en Melilla. Una excepción fue el comandante Alfaro, del II Tabor, que «hallándose contuso de bala», lo que, por definición, implica que la herida no llegaba a leve, «regresó a la plaza» directamente.

Cerca de las seis se tocó «llamada de oficiales». Acudieron estos a la misma, para oír que el comandante de la plaza, teniente coronel Pardo, de la Brigada Disciplinaria, encargaba que se organizasen patrullas, «para dar sensación de tranquilidad al elemento civil».

Cuando fue la hora de la lista, ningún marroquí se presentó, haciéndolo solo los pocos europeos que quedaban. A partir de ese instante, de hecho, la Infantería del Grupo de Regulares n.º 2 dejó, por el momento, de existir. Se confirmaban así los temores de Navarro, al tiempo que se demostraba el poco fundamento de la pretendida seguridad de Llamas y el mucho de los comentarios que Pardo asegura que le hizo. Al tiempo, la masiva deserción, unida a la de los policías, daba alas al levantamiento y lo apuntalaba.

---

[160] Lo dijo en sus declaraciones de 14 de febrero de 1923 (AHN, TS, 51 N 12, folio 3208v).
[161] AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 969, carpeta 32.

Los oficiales, parece, se quedaron suspensos ante tamaña novedad, pero no consta que hicieran nada concreto para recuperar a sus tropas. Avanzada la noche, serían las doce, Pardo, en presencia de su jefe, les dio la orden de que se fueran a Melilla, donde «más falta haríamos que en Nador». Se dice que «fue desobedecida por todos los presentes, pues ninguno quería abandonar el poblado», hasta que se les reiteró. Al fin, lo hicieron, excepto uno que consideró más decoroso permanecer allí, ante la turbonada que se avecinaba[162], como también lo hizo un «oficial moro» de segunda. Claro está que Picasso reprocharía a los demás que actuaran de esa manera, «como si se tratara de la más ordinaria normalidad»[163], cuando la situación era todo menos normal. Los que se encaminaron a la plaza fueron recibidos por su teniente coronel que, no obstante estar herido, se apresuró a volver a su puesto de mando.

El armamento, los equipos y la impedimenta de la unidad, quedó todo en Nador, sin destruir, lo que es pasmoso. A un oficial que se inquietó sobre la suerte de ese material, Llamas respondió que «ya estaba ordenado todo y que no se ocupara de esto». Únicamente se salvó lo que correspondía a la compañía de ametralladoras, que llegó intacto a la plaza.

En cuanto a la Caballería, durante la noche del 23 al 24, cerca de la madrugada de este último día, los tres –dos, según algunas fuentes– «oficiales moros» del tabor desertaron, a la cabeza de un buen golpe de hombres, sobre todo del 3.º Escuadrón, «matando en su huida algunos europeos e indígenas fieles». Sus mandos peninsulares, que maliciaban que algo tramaban, habían encarecido previamente a la guardia de Alcántara que si veían un movimiento sospechoso, hiciera fuego sin vacilar. Así fue, pero los desertores lograron escapar, no sin bajas, y al poco empezaron a tirotear, «en unión de algunos moros paisanos», a sus antiguos compañeros de armas.

A la mañana siguiente se formó un escuadrón con los leales, que marchó hacia Melilla a las órdenes del único capitán que quedaba, ya que el comandante había sido evacuado anteriormente por enfermedad, y de un teniente. Desgraciadamente, fueron tomados por enemigos, siendo blanco de varias descargas disparadas por la guarnición de Nador. Parte de los que sobrevivieron se dieron entonces a la fuga, pero el resto entró en la plaza con todo su armamento. Eran 166, se ha dicho, exagerando[164], los que dieron esa magnífica prueba de lealtad, además de

[162] El relato está extraído de los testimonios de varios mandos de Regulares. Además de los citados hasta ahora, los del comandante Alfaro (AHN, TS, 50 N 9, folios 1908-1911); capitán Asensio Cabanillas (AHN, TS, 51 N 10, folios 2610-2612v) y de los tenientes Mata, Obeso, Sanz, Rodrigo y Porcull (51 N 12, folios 3213v-3214v; 51 N 14, folios 3778v-3782v; 51 N 15, folios 3839-3840, folios 3840v-3842, y folios 3846v-3849).

[163] Escrito de Picasso a Berenguer, de 16 de enero de 1922, en AHN, TS, 50 N 10, folio 2163.

[164] Cifras procedentes de Regulares. Berenguer, en su respuesta a la pregunta 23.ª (AHN, TS, 51 N 2, folio 541), habla de ochenta, de los que cincuenta cayeron por el fuego de los españoles.

seis peninsulares. De ellos, 36 nada más llegaron a su destino, habiendo sufrido, por «el intensísimo fuego», casi tres cuartas partes de bajas[165].

En todo caso, el tabor y, con él, todo el grupo, habían desaparecido como unidad operativa. En su relativo descargo hay que apuntar que había sido empleado sin tregua, calculando su teniente coronel[166] que nada más que en los combates en torno a Annual había sufrido unas trescientas bajas. Respecto a las pérdidas de mandos, figuran detalladas en una relación nominal[167], que las sitúa en trece, entre muertos y heridos. De ellos, dos «oficiales moros», cifra desproporcionadamente alta, ya que en total había 68 europeos para 10 marroquíes. Entre los ocho restantes, cinco se consideran desaparecidos, lo que equivale a que desertaron, y tres permanecieron leales.

Prueba del empeño con que la unidad se había batido en los días anteriores a la retirada es que sus ametralladoras quedaron inútiles por haber roto todos sus percutores, de tanto tirar. No solo se rompieron los catorce de dotación, sino hasta seis más, que llevaron como reserva.

Permanecieron en Zeluán los oficiales mencionados, «con los europeos de Regulares y unos quince indígenas que con las familias de los que marcharon a Melilla quedaban en la posición y unos cuarenta, también indígenas, que por ser de cabilas que quedaban a vanguardia fueron desarmados y encerrados»[168].

La conducta de la mayoría de los hombres, a los que se pedía, no cabe olvidarlo, luchar contra sus hermanos de sangre y de religión, y a favor de los infieles, no basta para oscurecer lealtades como la del *askari* o soldado Muley Alí Ben Mohamedi, de la 2.ª del II Tabor. Intentó incorporarse a su acuartelamiento, pero fue detenido y hecho prisionero por compañeros desertores. Logró obtener la libertad, a cambio de alistarse en la harca, cosa que no hizo, debido a lo cual sufrió «malos tratos por haber estado al servicio de España». Capturado de nuevo, permaneció meses en cautiverio, hasta que escapó, presentándose tan pronto como pudo en las líneas españolas para reanudar su servicio[169].

---

165 Declaraciones, de 9 de febrero de 1923, del teniente Carvajal, que participó en la galopada hasta Melilla (AHN, TS, 51 N 10, folio 2659).

166 Testimonio de Núñez de Prado, de 26 de agosto de 1921, en AHN, TS, 50 N 2, folio 398. El teniente coronel creía que en Nador se habían destruido los fusiles que quedaron allí, pero parece que no fue así.

167 Ibíd., 50 N 3, folios 460-464. Se trata de un documento emitido por el propio grupo. Incluye las bajas y la situación del 16 al 31 de julio «de los señores jefes, oficiales, asimilados y clases de segunda categoría, europeos e indígenas».

168 Todas las citas corresponden al muy interesante testimonio, de 21 de febrero de 1923, del teniente Dalias, en AHN, TS, 51 N 15, folios 4078-4087. Las declaraciones ya mencionadas de los capitanes de Caballería Cebollino y García Margallo también contienen datos sobre estas fuerzas, aunque el primero se separó de su escuadrón –precisamente el 3.º–, en Batel por prescripción facultativa.

169 Su testimonio, de 24 de diciembre de 1921, en AHN, TS, 51 N 38, folio 180.

Abd el Kader ben Berkan, de la 3.ª del II, también dio sobradas muestras de lealtad. En Batel se hizo cargo del caballo de su teniente, para llevarlo a Nador. Al pasar por Zeluán, un sargento europeo le ordenó que se incorporara al escuadrón de fieles que iba a marchar a Melilla, pero al pasar por Tauima su montura fue derribada a tiros, mientras el resto de sus compañeros seguían galopando. Continuó a pie, despojándose del uniforme, e intentó entrar en Nador, pero se hizo fuego sobre él, se ignora si fue la guarnición o cabileños. En vista de ello, se alejó, refugiándose en un barranco, donde pasó la noche. A la mañana del día siguiente, logró llegar a la plaza, se presentó a sus mandos y se puso a sus órdenes[170].

Otro fue el caso del «oficial moro» de segunda Sidi Buchaid ben Mohamed Ed duceli, de Infantería, que el 22 de noviembre de 1921 compareció ante el cónsul de Uxda «manifestándome que desea incorporarse a nuestras fuerzas»[171].

El levantamiento de Zeluán tuvo una muy seria repercusión en el que sería el segundo de los dos infortunios a los que se ha hecho referencia más arriba.

La 2.ª Escuadrilla de Marruecos o de África, como, indistintamente, se la menciona en documentos oficiales, disponía de seis aparatos Havilland en buen estado, basados en el aeródromo de Zeluán, a ochocientos metros de la posición del mismo nombre. Contaba en esos días, sin embargo, con solo cuatro pilotos y cinco observadores, estando dos de sus integrantes, un piloto y un observador, de permiso en España. Había, además, tres sargentos con cuarenta soldados de aviación, del Melilla y de otros cuerpos, seleccionados «por razón de sus oficios». El alférez de Ingenieros Martínez, de la escala de reserva, era el jefe del destacamento de tierra. El capitán piloto Pío Fernández Mulero, también de Ingenieros, mandaba la unidad.

La actividad de esta en las semanas anteriores a la retirada de Annual se podría resumir en los siguientes datos: en el mes de junio, había realizado trece misiones de bombardeo, concentradas en diez días, en las que intervinieron, según los casos, uno, dos o tres aparatos. Solo una vez se emplearon cuatro, que arrojaron 41 bombas. En el mes de julio, hasta el día 17 –faltan los datos sobre el 18 y el 19–, hubo tres salidas, con siete aviones en total, contra la Loma de los Árboles y Amesauro, donde se hallaba la harca. El 20 y el 21, volaron cuatro aparatos por la mañana, y uno en la tarde de ese último día, sin que se especifique el número de bombas lanzadas.

El 22 por la mañana despegan cuatro aviones, una de cuyas misiones es bombardear Igueriben, ya abandonado. Resulta curioso que por la tarde, ya en marcha la evacuación de Annual, y según el *Diario de Operaciones* de la escuadrilla

170 Ibíd., 50 N 4, folio 805. El documento está incompleto, faltando la fecha y la firma. Es un papel con el membrete del Grupo de Regulares n.º 2.

171 Ver el despacho del cónsul, de ese día, en AHN, TS, 50 N 9, folio 1.920. Pertenecía a la 3.ª Compañía del II Tabor, y en la relación citada antes se le da por desaparecido en Nador. Posiblemente, se arrepintió.

que estamos siguiendo[172], «no sube el personal al aeródromo por no tener orden de bombardeo».

Contrasta con ese documento, firmado por Fernández Mulero, lo que declara otro miembro de la escuadrilla, el capitán piloto García Muñoz[173], quien asegura que, cuando miembros de la misma iban camino del aeródromo para operar, «les comunicaron los desgraciados sucesos de Annual». No da detalles, pero dice que volvieron en el acto a Melilla a informar a su superior. Le hallaron, añade, «en su casa, acostado en la cama durmiendo la siesta». Al oír la noticia, «les dio la orden de suspender aquella tarde los vuelos que iban a efectuar», decisión que es difícil de explicar, teniendo en cuenta que Silvestre había comunicado esa mañana a Melilla su intención de replegarse.

Fernández Mulero, por su lado, manifiesta que esa tarde, «en reunión de jefes de cuerpo» –se refiere a la ya mencionada más arriba–, se enteró «de la muerte del Excmo. Sr. Comandante general y de la retirada de Annual»[174]. Lo ratifica el *Diario de Operaciones* de ese día: «A las seis de la tarde, se recibe en esta comandancia la noticia de la retirada de la posición de Annual y la muerte del Excmo. Sr. Comandante General».

El 23, a las siete de la mañana, y cumpliendo «orden telefónica urgente», salen cuatro aparatos. Uno bombardea Annual; otros dos, Axdir y Tuguntz. El jefe de la escuadrilla asume la misión más peligrosa, observar Tafersit y Midar, y bombardear al «numeroso enemigo» que se aprecia en Ben Tieb. En el curso de la misma es herido su observador, pero, a pesar de ello, se cubren los objetivos. Llama la atención la dispersión del esfuerzo entre varios objetivos, en lugar de concentrarlo sobre el eje principal del repliegue. Según el diario, esos vuelos se realizaron «sin que ninguno observara movimiento alguno en el campamento de Drius que denotase retirada alguna».

La tarde de ese día se producen varios hechos que culminarán en la desaparición de la fuerza aérea de Melilla, que priva a Navarro de un apoyo vital en su arduo empeño.

Fernández Mulero se quedó en la plaza, porque había sido citado previamente por el jefe de Estado Mayor a las seis y media de la tarde, para discutir el traslado de la escuadrilla a una nueva base cerca de Nador. Ello suponía una disminución de los pilotos y, por tanto, de los aparatos disponibles. Pero lo que sorprende es que, además, en medio de esa crisis, y según reconoce el propio capitán, dio

---

[172] *Diario de operaciones y novedades* de la 2.ª Escuadrilla de Marruecos (AHN, TS, 50 N 2, folios 433- 442).

[173] Ampliación voluntaria del capitán García Muñoz, de 6 de octubre de 1921 (lbíd., 50 N 6, folios 1225-1227), a sus declaraciones de 9 de agosto (lbíd., 50 NS, folio 951).

[174] Oficio de 5 de agosto de 1921 de José M. Aymat, jefe del Grupo de Escuadrillas de Marruecos, al alto comisario, reproduciendo un parte que le envió Fernández Mulero (AHN, TS, 50 N 4, folio 439).

permiso a otro piloto para que fuera a visitar en el hospital a un hermano suyo, herido. De esa forma, únicamente se podría operar con dos aviones.

El resto del personal, dos pilotos y cuatro observadores, ya que como se ha dicho el quinto había sido alcanzado esa mañana, «suben», como se decía, al aeródromo. Su jefe afirma[175] que «ordené, por mi propia iniciativa, el que subieran los oficiales al aeródromo, sin tener orden de ninguna autoridad de la plaza para efectuar servicio». Prosigue diciendo que dijo a sus compañeros que «si no estaban cansados por el enorme servicio que ha pesado sobre nosotros, que subiese y volase el que quisiera, y que bajasen a la plaza cuando lo considerasen oportuno». No se sabe qué sorprende más, en unos momentos en los que la comandancia se derrumbaba, si la ausencia de órdenes superiores para que la aviación actuara o el hecho de que el jefe de la escuadrilla, dejara a la elección de sus subordinados volar o no. A todo ello se agregaba la mencionada reducción de los pilotos disponibles de cuatro a dos, cuando había seis aviones utilizables. Todo ello da una cierta sensación de inconsciencia.

El teniente de navío Cadarso (observador), el capitán García Muñoz (piloto), y los tenientes Barrón (piloto), Ruano y Arizón (observadores) marcharon al aeródromo, aunque vale la pena mencionar que el segundo afirma que lo hicieron siguiendo órdenes, no por decisión propia.

Por el camino se topan con el comandante de Ingenieros Andrés Fernández Mulero, ya mencionado antes, que en esos días había seguido una trayectoria complicada, reflejo del desconcierto reinante. El 21 por la mañana había ido a Annual con Silvestre; salió por la tarde, con Navarro, y pernoctó en Drius; el 22, fue desde allí hasta cerca de Ben Tieb, donde tropezó con la avalancha de fugitivos; volvió a Drius y, como oficial más antiguo, tomó el mando provisionalmente. Cuando llegó Navarro, se ocupó de la evacuación de enfermos y heridos, como inspector que era de transportes, y por la noche se fue a Melilla, dejando a solo un teniente al cargo.

Por la mañana del 23, a las once, lo que indica que se tomó las cosas con calma en medio de la catástrofe, se presentó en Batel. Por la tarde, y sin esperar a la columna en retirada, se fue con un convoy de evacuados, incluyendo civiles, a la plaza, donde arribó a las nueve de la noche, dice, anotando que, durante el trayecto, «el aspecto del campo era pacífico, dedicándose los moradores a sus trabajos, y todavía subordinada la Policía»[176].

El comandante informó a los aviadores que la columna Navarro «se retiraba sobre Batel, que tuvieran cuidado y que iba a avisar a su hermano el jefe de la escuadrilla»[177].

[175] Ibíd., 50 N 6, folios 1186v-1190, testimonio del capitán Fernández Mulero, de 21 de septiembre de 1921.
[176] Declaración ya citada del comandante Fernández Mulero, folio 1456.
[177] Primera declaración, ya citada, de García Muñoz.

Los pilotos y los observadores continuaron al aeródromo. Según el *Diario de Operaciones* solo salió el aparato de García Muñoz, con Cadarso, «observando con gran sorpresa que la columna de Drius se estaba retirando hacia Batel», lo que es inverosímil, ya que el comandante Mulero les acaba de poner al corriente. No se menciona, en cambio, al teniente Barrón[178], que también voló, y que «observó mucho enemigo en Drius... y la columna concentrada en la posición de Batel». Apostilla, no se sabe por qué razón, que «con esto se desvanecieron sus motivos de alarma», cuando lo normal es que hubiera tenido la reacción contraria.

Al regreso de la misión, y por no estar disponibles en ese momento las comunicaciones telefónicas con Melilla, se decidió enviar al jefe de las tropas del aeródromo a dar el parte a Fernández Mulero.

Antes de que este saliera hacia la reunión prevista con el jefe de Estado Mayor, a las 18:30 se presentó en su casa el alférez Martínez, llegado en un coche en el que iba la esposa de un sargento que, ante el cariz que tomaban los sucesos, había preferido pernoctar en Melilla. Según declaró el capitán el 21 de septiembre, su subordinado le informó que «nada anormal ocurría», aunque «la tropa estaba algo soliviantada por las noticias», y le comunicó que el teniente Ruano se quedaría esa noche a dormir en la base. No indica que le hiciera ninguna observación al respecto. El 25 de agosto, en cambio, había asegurado que, además de Ruano, Arizón había expresado el mismo deseo, y que respondió «que si no ocurría nada anormal, no convenía que se quedaran allí, para no soliviantar a la tropa»[179].

Por su parte, el capitán García Muñoz dijo el 9 de agosto que Martínez fue «a enterarle de todo» al jefe de la escuadrilla, refiriéndose a lo observado en los vuelos de la tarde, versión que cambió el 6 de octubre por «a recibir órdenes». Esto opina también la esposa del alférez, con el añadido de que la respuesta fue «que el que quisiera se quedase en el aeródromo, y el que no, que regresara a la plaza»[180]. El teniente Ruano confirma[181] que Martínez regresó con la orden de que todos fuesen a pernoctar a Melilla, excepto el propio Martínez, por estar de servicio, y Vivancos, que vivía en la base.

Conviene aclarar que el debate sobre el lugar de pernocta se debía a que, lo dice Mulero, «en virtud de la tolerancia y órdenes verbales del comandante general», y con conocimiento del jefe del Grupo de Escuadrillas de África, todos los mandos de aviación vivían en la plaza, durmiendo solo en Zeluán, donde había habitaciones para todos, y los que tuvieran servicio.

Volviendo a las actividades de dicho oficial, acudió a su reunión vespertina con el coronel Sánchez Monge, en la que se acordó no realizar el desplazamiento

[178] Su declaración, en AHN, TS, 50 N 5, folio 952. Es de 10 de agosto de 1921.

[179] Lo dice Fernández Mulero en un parte a Aymat, de 25 de agosto de 1921 (AHN, TS, 50 N 4, folios 690-691).

[180] Declaración de María Serrano Bueno, de 19 de septiembre de 1921, en AHN, TS, 50 N 5, folios 961-962.

[181] Declaraciones de 10 de agosto de 1921, AHN, TS, 50 N 5, folio 953.

a Nador, «y reforzar el [aeródromo] de Zeluán cuando lo estimara oportuno». A las ocho y media de la noche recibió una llamada de la base, dándole información, que transmitió al coronel, sobre los resultados de los vuelos, «y que no se diferenciaba en nada [dice] de la dada por el comandante Mulero», refiriéndose a su hermano.

Continúa: «en vista de que reinaba absoluta tranquilidad, autorizó [él] a los oficiales de la escuadrilla para que bajasen a la plaza, llegando todos menos el de servicio y el jefe de tropa a las nueve treinta».

Esta manifestación alborotaría, luego, a sus subordinados, ya que implicaba que habían dejado el aeródromo por su voluntad. Así, García Muñoz, Barrón, Ruano y Arizón[182] aseguran unánimes que su capitán les llamó a las nueve de la noche para darles la orden de volver a pernoctar en Melilla, lo que hicieron «sin que nadie hiciera objeción», comenta Barrón.

Para su desdicha y su vergüenza, en el curso de esa noche se produce el alzamiento ya comentado de los Regulares.

Fernández Mulero atestigua que a las diez y media de la noche telefonearon desde Zeluán que «la policía, los Regulares y los moros de los poblados vecinos tiroteaban con gran insistencia el aeródromo». No pudo contactar con su unidad, por estar ya las comunicaciones cortadas. Permaneció, sin recibir más noticias, en la Comandancia hasta las 5:00 de la mañana del 24, cuando intentó ir a la base, pero no pudo pasar de la Segunda Caseta a causa del fuego de los cabileños. Agrega que no avisó para que le acompañara «al resto del personal, por no someterle a un sacrificio estéril», ya que «estaba convencido de que la escuadrilla no podría salvarse nunca y que, por lo tanto, el jefe era el único que tenía sitio cuando se toman las armas», afirmaciones todas ellas discutibles.

Regresó a Melilla, donde le esperaban sus subordinados para ir juntos al aeródromo, pero desistió de intentar pasar con ellos, porque «eran pocos».

El resultado es que, cuando cayó Zeluán se perdieron todos los aparatos. Así, los españoles se vieron privados de un arma que les daba una gran superioridad y, más importante entonces, capacidad para observar los movimientos del enemigo y formarse una idea de la situación de todo el territorio.

Naturalmente, aquello generó un escándalo, hasta el punto de que se abrió una información sobre lo sucedido. Los afectados se apresuraron a echarse la culpa los unos a los otros, con Fernández Mulero insistiendo en que él no tenía competencias para ordenar a sus hombres que pernoctaran en un sitio o en otro –lo que, indudablemente es falso, en caso de emergencia–, subrayando que si habían estimado que la situación era peligrosa, su deber les dictaba permanecer esa noche en la base, con instrucciones o sin ellas. Añade, con pésimo estilo, que el más antiguo de ellos, el teniente de navío Cadarso, «se opuso terminantemente

[182] Los testimonios de Barrón y Arizón, de 10 de agosto de 1921 ambos, están en AHN, TS, 50 N 5, folios 952 y 954, respectivamente.

a que se quedaran», y que expresó malestar porque se le hubiera consultado a él, diciendo: «ahora Mulero no nos va a mandar el coche, y por una tontería tuya [de Martínez] nos vamos a tener que quedar a dormir aquí, a la fuerza».

Lo sucedido debió criticarse en los mentideros de la plaza, porque el capitán comenta que en ellos sus oficiales hablan con «poca delicadeza», y que uno «en un arranque bélico» aseguraba que se habrían podido salvar los aviones, de no haber recibido órdenes de que se fueran a Melilla[183].

La cuestión de la pérdida de los aparatos le irritaba por encima de todo. Insistió que estaban «irremisiblemente» condenados, y que aun habiéndose quedado la oficialidad, «no hubieran podido salvar los aparatos, ni de noche ni de día», por falta de aeropuertos alternativos. Agrega que «aun suponiendo que los dos pilotos que había se hubiesen decidido bajo su responsabilidad [...] a sacar de noche dos aparatos», se habría producido «el funesto desenlace de un vuelo de noche, sin campos conocidos de aterrizaje y con aparatos que no tienen equipos para esta clase de vuelo, aparte de lo estéril de esta empresa, salvar dos aparatos», frase esta última que causa asombro.

Insistió siempre, también, en que «el enemigo estaba muy lejos, y que tanto ellos [los oficiales], como el declarante y todas las autoridades de Melilla no consideraban el momento tan grave» como para tener que tomar medidas especiales, siendo, al parecer, una de ellas, que unos militares durmieran esa noche fuera de casa.

A pesar de lo que dice su superior, el capitán García Muñoz opinó que habrían podido salvarse, «si no todos, tres o cuatro aparatos», llevándolos al terreno de La Hípica, donde más tarde se crearía una base.

En realidad, el comportamiento de los implicados, sin excepciones, parece censurable. Tan injustificada como la permanencia de Fernández Mulero esa tarde en Melilla, es la partida de sus oficiales del aeródromo, tuvieran o no órdenes. La prioridad para todos tendría que haber sido intentar salvar los aviones, y no lo fue para ninguno. Que se hubiese conseguido es relativamente secundario.

Nadie fue más crítico que el jefe de la aviación del Protectorado. Además de fustigar duramente el comportamiento de sus subordinados, señaló que hubiera sido posible, «desde luego, aterrizar sin grandes posibilidades de romper en los campos del Hipódromo o algún otro [sitio] que debían tener observado en sus frecuentes vuelos»[184]. Es significativo, porque refleja la consternación ante lo sucedido que en fecha tan temprana como el 7 de agosto de 1921, el general director del Servicio de Aviación le encargara «el esclarecimiento de los hechos que ocasionaron el abandono por el personal navegante de los aviones». Tras investigarlos, llegó a la conclusión de que Fernández Mulero, efectivamente, ordenó el regreso a Melilla[185].

[183] Oficio de 25 de agosto, folio 690v.
[184] Declaraciones ya citadas, 50 N 4, folio 941v.
[185] Oficio de Aymat, de 24 de agosto de 1921, al jefe de Aviación (50 N 2, folio 445).

Indignado con tanto desafuero, Picasso remitiría el expediente completo a Berenguer, por si los hechos «pudieran constituir materia punible». Lo hizo el 21 de octubre de 1921[186]. Fue uno de los primeros de los 37 escritos que enviaría sobre casos similares, lo que prueba la gravedad que le atribuía. Se trató, como tantos otros relacionados con el desastre, de un asunto poco grato. Las autoridades judiciales de la Comandancia de Melilla estimaron como atenuante que los aparatos de la escuadrilla estaban condenados en cualquier caso, al carecerse de aeródromo alternativo. Ante ello, el Consejo Supremo de Guerra y Marina tuvo que dar una lección de pundonor militar recordando que la decisión «más en armonía con el honor militar hubiese sido la de haber intentando con la salida de aquellos, el tratar de conseguir la salvación, si no de todos, por lo menos de algunos de los expresados aeroplanos»[187].

Berenguer en Melilla

Mientras, el alto comisario había pasado la mayor parte del 23 navegando. La avería de la radio de su barco acentuó más su aislamiento, durante esas horas cuajadas de acontecimientos. Al llegar, acompañado de Gómez-Jordana, a las once de la noche[188], le impresionó la ciudad, oscura y amedrentada, presa de toda clase de rumores catastróficos. Ese estado de ánimo tardaría en desaparecer. El domingo 24 un hombre provocaría el pánico a los feligreses de la Concepción, cuando entró en la iglesia gritando a todo pulmón: «¡Que vienen los moros!». El sacerdote se vio obligado a interrumpir la misa para tranquilizar a los atribulados asistentes. En los siguientes días habría detenciones de «moros sospechosos»; marroquíes adoptarían el traje europeo, para pasar desapercibidos, y se instalaría un zoco fuera de la ciudad tanto para evitar la entrada de posibles espías como para sustraer a los cabileños de las iras de la acobardada población.

Esperaba a Berenguer al desembarcar una enésima anomalía. Solo estaba para recibirle Sánchez Monge, con Capablanca, sin que ni Masaller, comandante accidental de la plaza, ni ninguno de los jefes presentes en ella hubiera considerado oportuno acudir.

Por las calles muertas se encaminó a la Comandancia General, donde el coronel le puso al corriente de la desoladora situación: «por todas partes se hundían nuestras líneas […] ya había indicios de levantamiento general». Se le informó de la entonces solamente sospechosa actitud de los Regulares, y habló con alguno de los «oficiales moros» de Caballería. «No puedo apercibirme de que están en mala actitud», dice, pero al poco, se amotinaron.

---

186 Está en AHN, TS, 50 N 6, folio 1349.

187 AHN, TS, 51 N 29, folios 309v-317. Lamentablemente, el texto, manuscrito, no tiene fecha.

188 Es la hora que facilita el propio general, pero documentos que enseguida se mencionarán indican que debió de ser antes, quizás hacia las diez.

Berenguer envió entonces un primer telegrama[189] a Eza. Pide seis batallones y un grupo de Artillería más, pero se teme que, incluso con ellos, no será posible sostenerse en la antigua línea del Kert. Pero ni aún en lo que llama «una situación trascendental», estima que «conviene sacar más fuerzas de zona occidental», que seguía viendo como cosa propia.

Seguramente esta actitud, similar a la de Lyautey cuando, al principio de la Primera Guerra Mundial se negó a evacuar parte del Protectorado, como se lo pedía el Gobierno, fuera la más acertada, y permitió conservar dicha zona. De todas formas, es interesante que ni en tan duras circunstancias la alejara de su mente.

Resulta revelador que su siguiente encuentro fuera con los notables de varias cabilas, a los que había ordenado convocar antes de salir de Ceuta, y que, como se ha visto, oficiales de Policía se habían encargado de reunir y enviar a Melilla. Pertenecían a Beni bu Yahi, Quebdana y la confederación de Guelaya –integrada, de este a oeste, por Beni Sicar, Mazuza, Beni bu Gafar, Beni bu Ifrur y Beni Sidel–, cuyos territorios, que se extendían entre la plaza y el Kert, fueron los primeros en caer bajo la dominación española en su avance hacia occidente. Se las consideraba, por tanto, definitivamente pacificadas y sometidas, grave error, como los hechos demostrarían, esos jefes habían llegado el día antes a la ciudad, observando una «actitud cada vez más sospechosa»[190] a medida que pasaba la tarde y que aumentaban los rumores sobre Annual.

Con su larga experiencia en asuntos marroquíes, el alto comisario pensó, sin duda, que su apoyo resultaba esencial, más aún tras haberse quedado casi sin tropas. Sus interlocutores, crecientemente recelosos, mostraron, aunque no la expresaron abiertamente, la actitud lógica que, por otra parte, fue la más generalizada en todo el territorio sometido. En la medida en que España les pudiera apoyar, estarían con ella; en caso contrario, se sumarían al alzamiento, sea porque lo exigirían sus convecinos, sea porque los Beni Urriaguel y sus aliados se lo impusieran[191]. No otra cosa había dicho Kadur Amar, de Beni Said, a Jiménez Arroyo y a Longoria. La conclusión parece evidente: se podría contar con las cabilas todavía indecisas solamente si se daban pruebas de fuerza y de determinación.

El caso de los jefes de Beni Sidel fue singular. Marcharon a Melilla con el capitán Cayuela, de la 5.ª Mía. Estando en la ciudad, este supo que se había amotinado su unidad y levantado la cabila, resultando muerto un alférez de Policía, cuyo cadáver, por cierto, fue entregado a los españoles. Ocultó la noticia a los notables, que se reunieron con Berenguer. A la mañana siguiente, cuando se enteraron del alzamiento, regresaron a sus tierras, no permitiendo que les acompañara el capitán, como pretendía, ya que temían por su seguridad[192].

[189] Es de las «11», en realidad, las 23:00. Copia del mismo se encuentra en AHN, TS, 50 N 1, folio 69.
[190] Ortoneda, declaraciones citadas, folio 1464v.
[191] Se ha seguido el testimonio de Berenguer, respuestas a las preguntas 21.ª y 22.ª, AHN, TS, 51 N 2, folios 532-540.
[192] Relato de Cayuela, el 21 de septiembre de 1921, AHN, TS, 50 N 5, folios 986v-987.

Melilla llamará al palacio de Buenavista, sede del Ministerio de la Guerra, a las 0:45 del 24. Lo hace Sánchez Monge, por encargo del alto comisario, quizás todavía en reunión, para anunciar la llegada de este. El ministro, mostrando una mentalidad más moderna que sus colaboradores, se ofrece a enviar ocho aviones; cuatro, de los catorce que hay en Tetuán; los otros cuatro, y no más «por falta de pilotos», irían desde Madrid[193].

A las 1:40, Berenguer celebra una conferencia con Eza, que, impaciente, había hablado ya dos veces con Sánchez Monge a lo largo de la tarde. Este solo le había podido decir, a las 16:20, que Navarro, con el que no había comunicación desde las 13:35, había suspendido su retirada a Drius, pero que, de no recibir refuerzos «en plazo muy breve, se vería obligado a replegarse en peores condiciones», y que el comandante de Estado Mayor Fernández acababa de llegar, procedente de dicha posición. Describía la situación de Melilla como de «ansiedad y excitación».

La conversación de las 18:45 fue, si cabe, aún más pesimista. Por información facilitada por un comandante de San Fernando, se sabe que la columna de Navarro había sido «sorprendida y cortada» entre Drius y Batel –lo que era falso, claro–; «es tal el estado moral de las tropas, que se precipitan desordenadamente hacia retaguardia»; algunos, en su carrera, están ya cerca de la plaza; «no dispongo de fuerza alguna en todo el territorio»[194].

Es posible que como reacción, Eza telegrafiara a Melilla, tras la reunión del Consejo de Ministros, celebrada a las siete y media, que «no puede por menos el gobierno que deplorar decaimiento moral producido en esa población». Promete situar allí dieciséis batallones, «siempre que la moral se mantenga a la altura debida»[195], como si eso fuese una condición realista.

Es difícil permanecer indiferente a la lectura de la transcripción[196] del diálogo entre Berenguer y el ministro, que refleja la angustia de dos hombres que, repentinamente, han visto abrirse una sima a sus pies. Para el primero, era el colapso de todos sus proyectos; para el otro, el fin de su vida política. Ambos, no obstante, tienen la gallardía de apoyarse mutuamente, y de intentar hacer frente a la crisis, sin alharacas, sin recriminaciones.

El diagnóstico que hace Berenguer es demoledor: «la comandancia general de Melilla se ha fundido en unos cuantos días […], no hay nada aprovechable […], la moral se ha perdido en casi todos los resortes del ejército». Habrá que construir uno nuevo, frente al enemigo. Para ello, pide más fuerzas de las anunciadas[197], pues únicamente han quedado «partidas de asistentes y escribientes».

---

193 AHN, TS, 50 N 1, folio 79.

194 Transcripción de ambas conferencias en ibíd., folios 74-75 y 76-77, respectivamente.

195 Sin hora, ibíd., folio 78.

196 Ibíd., folios 80-83.

197 Dos regimientos de Caballería, seis compañías de Intendencia de Montaña («montada», dice por error el texto), cuarenta «camiones automóviles», por lo menos dieciséis ambulancias, también automóviles, y un barco hospital.

No todo está perdido, sin embargo, si se actúa velozmente, como se está haciendo, «una rápida reacción nuestra podría, a mi juicio sin grandes dificultades, rehacer en gran parte lo perdido [...] quizás no fuese tan difícil como a primera vista parece». Muy posiblemente estaba en lo cierto, pero enseguida cambiará de opinión.

Eza respondió aludiendo a «la enorme catástrofe», prometiendo su total apoyo –cita la cifra de dieciséis batallones– y mencionando «la defensa de esa ciudad, que ha de considerar como primordial». Es una frase, en la mitad de veintitrés líneas, pero tendrá serias consecuencias.

De hecho, para entonces el ministro ya había enviado un telegrama a los capitanes y a los gobernadores militares de Madrid, Sevilla, Valencia, La Coruña, Badajoz, Algeciras, Cartagena y Granada. Ordenaba que, «en tanto fuerzas comandancia [de Melilla] restablezcan situación», se mandaran a ella seis batallones[198]; un grupo de Artillería del 4.º Ligero y otro del 3.º de Montaña. Cada batallón será a cuatro compañías de fusiles más la de ametralladoras, y llevará «la totalidad de la fuerza presente en la plaza o en uso de permiso». Se completarán las plantillas de mando; irá un médico, pero no la música.

De ganado marchará el de ametralladoras, el preciso para dos carros de víveres y bagajes y para uno de municiones. Cada compañía de fusiles dispondrá de una sola acémila para su impedimenta. Previendo que ni en todo el regimiento podría haber bastante para eso, se manda que el otro de la brigada lo complete, incluso hasta quedar únicamente con dos mulos. La Artillería debería partir «sin columna de municiones». La uniformidad para todos será la caqui, «con guerrera de paño en el morral»[199]. Era el principio de la movilización, pero anunciaba ya serias limitaciones. La carencia de columnas de municiones y la adscripción de un solo mulo –aunque luego fueron dos– por compañía crearían pronto graves problemas.

Lo último que hará Berenguer esa angustiosa madrugada será telegrafiar de nuevo a Madrid, reiterando y ampliando un pedido de munición hecho por Silvestre y no cumplimentado[200].

La última retirada

Cuando llegó a Batel, Navarro descubrió que había ganado poco con su repliegue allí, solo acortar la distancia que lo separaba de Melilla. Por lo demás, la situación no era mejor que en Drius. Había más víveres, pero pertenecían al depósito del regimiento África. Costó trabajo lograr que se distribuyeran sin extender antes los vales reglamentarios, como inicialmente pretendió su encargado, pero eran tan escasos que no pudo darse más de un rancho al día. De municiones, únicamente se contaba con las que había llevado la columna, y algunas cajas que

[198] Granada, Extremadura, Castilla, Borbón, Corona y Sevilla.
[199] El telegrama, sin hora, pero del 23, en AHN, TS, 50 N 1, folios 70-72.
[200] A las 2:30, ibíd., folio 84.

se encontraron abandonadas, y se carecía de medicamentos. La posición, además, tenía el parapeto medio derruido, y se había permitido la construcción, adosadas a él, de casas civiles, dedicadas a viviendas o a cantinas. Una vez más, costaba caro el abandono que reinaba en el territorio.

Estaba dominada por el monte Usuga, en cuya cúspide existía un fortín ocupado por tropas españolas, pero el enemigo se había instalado en las anfractuosidades de sus laderas, batiendo desde ellas el campamento. Por si todo eso no bastara, carecía de comunicaciones con el exterior, ya que un sargento de Ingenieros había destrozado los aparatos, antes de irse y sin órdenes. Peor aún, el agua que un motor renqueante extraía de un pozo noria era muy escasa y salobre; apenas bastaba para dar de beber a los hombres, sin que quedara nada para el ganado.

El general intenta resolver algunas de estas deficiencias, por lo que a las cinco de la mañana del 24 ordenó a la Policía que estableciera un enlace con Tisutin. Pero Villar no se fiaba de sus tropas, por lo que decidió utilizar casi exclusivamente oficiales. Reunió a nueve, junto con cuatro ordenanzas, a los que explicó la misión[201]. Se trataba de ir a la posición vecina, recabar información sobre la fuerza refugiada allí y sobre el conjunto del territorio, y regresar a Batel trayendo personal médico y de Ingenieros, con medicinas y elementos de transmisiones.

A galope tendido, muy desplegados y bajo intenso fuego, se cumplió lo ordenado. El pequeño grupo volvió al completo, con solo un caballo herido, habiendo matado por el camino a un cabileño, y con un doctor, un teniente de Ingenieros, un cabo y dos soldados de Ingenieros y algún material a la grupa de sus monturas. Fue una operación mínima, pero bien planeada, y ejecutada con notable valor.

Las noticias que Villar dio a su superior eran, por una vez, no todas descorazonadoras. Le informó de que parte de las tropas habían seguido camino en dirección de Monte Arruit, y de que las que quedaron en Tisutin estaban en precarias condiciones.

Pero pudo decirle que la noche anterior el capitán Aguirre había logrado establecer fugaz comunicación con la sección de campaña del Estado Mayor de Melilla. Enseguida quedaría cortada, de forma definitiva, pero no antes de transmitir una novedad importante: «de madrugada, saldría de la plaza una pequeña columna compuesta de dos compañías de fusiles y una de ametralladoras del regimiento Ceriñola; habían desembarcado ya los Regulares de Ceuta y lo estaban haciendo compañías del Tercio»[202]. Nunca se supo el origen de esta información, cuya primera parte, además, se revelaría falsa. Berenguer, desde luego, declinó tener cualquier relación con ella, pero en ese momento se la consideró verosímil. Había, pues, parecía, un margen para la esperanza.

Si el tramo Drius-Batel de la retirada fue la hora de Alcántara, la estancia de la columna en Batel y Tisutin sería la de los Ingenieros. En la primera de

[201] La mejor descripción es la del teniente Gilaberte, que tomó parte en la cabalgada (testimonio citado, folios 3986v-3987).

[202] Testimonio del propio Aguirre, de 18 de febrero de 1923, AHN, TS, 51 N 15, folio 4054v.

esas posiciones, el recién llegado teniente de ese cuerpo Martínez Fernández, se consagró a la tarea vital de mantener funcionando el motor del pozo, cuyo rendimiento fue disminuyendo, hasta cesar totalmente, por una avería. Trabajó día y noche para repararla, negándose a comer y a descansar, y exponiéndose continuamente al fuego, pero no tuvo éxito. Desde el 24, Batel se quedó sin agua.

Logró, en cambio, utilizando medios de fortuna, como los alambres que sujetaban las pacas de paja, establecer comunicación con el fortín que, a su vez, se entendía mediante heliógrafo con Tisutin, pero como esa posición no había podido recuperar el contacto con Melilla fue poco lo que se consiguió.

Es gran lástima que Pérez Ortiz, en su afán de figurar, pretenda que fue él quien trabajó en el motor[203]. Se trata de un absurdo intento de opacar los meritorios esfuerzos de Martínez, al que Sainz Gutiérrez no duda en calificar de «mártir» por lo mucho que hizo. A Pérez Ortiz le sobraban virtudes propias como para hacer innecesario que se adornase con las ajenas. En gran parte gracias a él, probablemente, su regimiento fue el mejor de todos los de Infantería a lo largo de la retirada.

Si en Batel se distinguió el joven teniente, en Tisutin lo hizo otro oficial de Ingenieros, el capitán Arenas. Se quedó voluntariamente allí, tomando el mando, hasta que llegó el capitán Marciano González Vallés, de África, que, como más antiguo, lo relevó. Desde entonces, estuvo al frente del edificio llamado la Yesería, cuyas condiciones defensivas mejoró, ya que ese campamento tenía los habituales problemas: estaba dominado desde alturas vecinas y, por desidia, se había descuidado el mantenimiento del parapeto, al tiempo que se había permitido la construcción de edificaciones civiles adosadas a él.

Arenas fue incasable. Jugándose la vida, prendió fuego a un almiar vecino, en el que se parapetaba el enemigo, y a una tienda «donde había unos cadáveres que olían espantosamente», haciéndolo «con una sangre fría que ponía los pelos de punta». Asimismo, restableció la disciplina de la guarnición hasta el punto de que se hacían «los relevos de la guardia como en un cuartel»[204]. Por último intentó, sin conseguirlo, y de nuevo arriesgándose mucho, erigir un heliógrafo sobre montones de sacos de cebada, para comunicarse con la retaguardia.

Tanto esfuerzo, sin embargo, quedó anulado por la falta de agua, el peor enemigo de los españoles, que obligó a los hombres a beber hasta el líquido de las latas de conservas. Por ella, a las cuatro de la tarde del 27, Navarro se vio forzado a ordenar un repliegue de Batel a Tisutin, renunciando a su propósito de, según escribió, permanecer allí «hasta la llegada de los refuerzos», para, una vez incorporados, «en rápida reacción ofensiva recuperar, por lo menos, Dar Drius». El movimiento se hizo ordenadamente, flanqueado por lo poco que quedaba de Alcántara y recogiendo los muertos y los heridos, figurando entre estos el capitán Lobo. Fue

[203] *18 meses de cautiverio*, pág. 74-75. Sin embargo, en sus declaraciones del 14 de marzo de 1923 (AHN, TS, 51 N 15, folios 4211 y ss.) no se atrevió a hacer ese tipo de afirmaciones.

[204] Las citas están entresacadas de la carta que Aguirre escribió a López Pozas, desde el cautiverio, el 29 de agosto de 1921 (AHN, TS, 50 N 4, folios 864-865).

tan acosado, que en esos menos de tres kilómetros hubo 34 bajas. También por el mismo motivo, en la madrugada del 28 al 29, tuvo que disponer una nueva retirada, de una veintena de kilómetros, y que sería la última, a Monte Arruit.

Además, desde este último lugar se había logrado enviar a Tisutin, a las nueve de la noche del 28, un telegrama que decía: «alto comisario ordena columna Navarro se retire sobre Monte Arruit». Según otra versión[205], las instrucciones de Melilla llegaron a esa posición vía Zeluán, por heliógrafo, pero «no pudieron establecer la comunicación óptica» con Tisutin, para retransmitirla. Ante este problema, tanto Zeluán como Arruit, cada uno por su lado, enviaron la orden al general mediante sendos muchachos marroquíes, que llegaron a su destino. Luego, por la tarde de ese día, desde Arruit «se consiguió comunicación, aunque no se entendieron los telegrafistas», lo que no tuvo importancia porque ya Navarro conocía, por uno u otro medio, los presuntos deseos del alto comisario. Porque es importante indicar que este siempre negó haber enviado dichas instrucciones, asegurando que desconocía quién las habría podio remitir[206]. En cuanto a los anunciados refuerzos, nunca se materializaron.

Triste es decirlo, pero en esos días, y al igual que había sucedido desde el momento mismo en que se abandonó Annual, la columna seguía teniendo en su seno dos elementos muy diferentes. De un lado, un sólido núcleo de tropas que mantuvieron la moral, con mandos sobresalientes. De otro, una caterva de hombres de todas las categorías, que habían perdido el valor militar y el espíritu. Recordaría así Navarro que en Batel «reunió una vez más a los oficiales, increpándolos en los términos más duros»[207] para recordarles sus deberes, esfuerzo que, en muchos casos, cayó en oídos sordos.

El movimiento desde Tisutin a Monte Arruit se preparó con toda minuciosidad, y se desarrolló de la mejor manera posible, habida cuenta de las circunstancias. Para entonces, las tropas llevaban una semana de calor sofocante, con continuos ataques, y sin haber tenido durante ese tiempo un solo día en el que pudieran descansar, beber o comer lo suficiente. Tampoco habían dejado de perder terreno, y habían visto caer a su alrededor a centenares de compañeros. No se podía esperar de ellas, pues, milagros. Y, sin embargo, estuvieron a punto de lograrlo.

Antes de ponerse en camino, el general, aprovechando que el 27 de julio se pudo establecer comunicación con Monte Arruit, mandó un mensaje. Pedía noticias sobre el estado de la posición y sobre Melilla, y anunciaba su repliegue, pidiendo que se le protegiera en su último tramo con una salida. Conociendo la ralea de una parte de su gente, anunciaba que «si ven llegar algún fugitivo, no se alarmen, pues detrás marchan los combatientes»[208]. Sabía que, como había sido

[205] Segundas declaraciones de Gómez López, folio 839.
[206] Ver su declaración adicional, de 2 de febrero de 1924, en AHN, TS, 51 N 20, folio 6142v.
[207] Sus declaraciones, folio 3303.
[208] Testimonio de Aguirre, folio 4056v-4057.

el caso repetidas veces ya, los elementos menos sólidos se adelantarían al grueso para ponerse a salvo. En todo caso, el envío de ese telegrama certifica que había tomado la decisión de abandonar Tisutin con anterioridad a recibir la orden de Berenguer.

Se dispuso que la columna adoptara la forma de un gran cuadro. En vanguardia, dos compañías de San Fernando, con Pérez Ortiz; a la derecha, efectivos de ese regimiento y de África, con Álvarez del Corral; a la izquierda, fuerzas de ambos cuerpos, con Piqueras. La retaguardia se confió al capitán Arenas, que había solicitado ese privilegio. Mandaba los hombres que habían estado con él en la Yesería, y que se habían presentado voluntarios para acompañarle –140 zapadores que quedaban, agrupados en las Compañías 2.ª y 5.ª, y 60 de Infantería–, y cuatro oficiales, que eligió, dos de Ingenieros –uno de ellos, Martínez Fernández–, y otros tantos de Infantería. En apoyo de esa retaguardia iban elementos del Melilla.

En el centro marchaban los heridos y enfermos, unos en caballos tirados del diestro por jinetes de Alcántara y otros en camillas improvisadas, con 176 hombres que se relevaban para llevarlas; lo que quedaba de municiones, en dos carricubas y en catorce cajas cargadas en mulos; la artillería y los pocos policías que aún no habían desertado. El convoy estaba dirigido por Primo de Rivera, cuyo regimiento había dejado de ser de Caballería. La mayor parte del ganado había muerto de bala o de sed en Batel y Tisutin y el restante, agotado, transportaba los heridos. Navarro iba con su Estado Mayor, y con jefes y oficiales, como Villar o Zaragozá, que se habían quedado sin tropas. Es de suponer que con ellos fuera el comandante Marquerie, de Artillería, que desde hacía días mostraba «síntomas de debilidad mental»[209].

Según se puede leer en dos hojas, apresuradamente escritas a lápiz[210], el total sumaba 1.295[211] hombres útiles, con tres piezas de la batería Ligera, y 252 heridos y enfermos –de ellos 43 graves–, a cargo de dos hermanos médicos, los García Martínez. De las bajas, 22 viajaban en camillas, 60 en caballos, 13 en mulos, y el resto, a pie, por falta de medios para llevarlos. Las 11 acémilas restantes llevaban la munición.

La marcha se inició a las dos de la madrugada del 29, realizándose sin problemas mientras duró la noche, en perfecto orden y con frecuentes altos para relevar a los camilleros. Sin embargo, a medida que empezaba a clarear, la situación se fue complicando, acudiendo cabileños por todas partes. A pesar de ello, prosiguió el movimiento. La retaguardia fue atacada la primera, frenando al enemigo con

[209] Declaraciones de Navarro, folio 3306v.

[210] Están en AHN, 51 N 13, sin foliar. Muy probablemente las escribió Sainz Gutiérrez, en cuya obra, pág. 45, figuran los efectivos de la columna.

[211] Eran, según dicha nota, y respetando el orden en que aparecen, 130 de Ingenieros, 110 de África, 182 de Melilla, 199 de Artillería, 350 de San Fernando, 83 de Alcántara, 206 de Ceriñola, 8 de Sanidad, 23 policías y 4 de Intendencia. Obviamente, para entonces apenas se consideraba a los de Ceriñola como tropas combatientes.

descargas cerradas y pausadas. Se trataba de una excelente táctica. De un lado, ahorraba munición y, de otro, ayudaba a los hombres a mantener la calma y la disciplina. Requería, en cambio, buenos oficiales, que en aquel lugar, y en ese momento, sobraban. Dada la falta de ganado, los muertos se abandonaban, pero se seguía recogiendo a los heridos.

Ya a pleno sol, y menos de dos kilómetros del objetivo y cerca de la casa llamada de Muñoz, la presión se incrementó. Sucedieron entonces varias cosas a la vez. Para frenar al enemigo, Navarro mandó emplazar la artillería, lo que dio lugar a otro episodio más abierto a la controversia. Dado que los cañones se perdieron, con los resultados que veremos, se discutió acerbamente si llevaban o no puestos los cierres. Resolvió la disputa, que se arrastró durante años, el capitán Correa, testigo presencial, al que los investigadores fueron a buscar a Toledo, 15 de julio de 1923[212].

Contó que las piezas salieron sin ellos de Tisutin, probablemente para evitar, como ya había sucedido antes, que si el enemigo se apoderaba de ellas las pudiera utilizar. Cuando el general dispuso que entraran en fuego, Correa, personalmente, fue a la batería, y vio cómo se colocaban los cierres. Los cañones, por tanto, quedaron listos para tirar.

Pero, al tiempo, se acabaron las municiones de la retaguardia, a pesar de que oficiales sin mando distribuían cuantas podían de las que llevaban los camilleros en sus cartucheras. Se envió un mulo cargado con una caja, pero fue muerto antes de llegar. Sin cartuchos, la tropa se replegaba en relativo orden, cuando entonces se colapsan los flancos, fusilados por los cabileños desde las casas y azoteas del poblado de Monte Arruit, que la guarnición del campamento no había ocupado, como tampoco realizó la salida que el general le había pedido. Probablemente, «la situación final hubiera cambiado muy favorablemente si un par de compañías de las cinco que había en la posición hubiesen salido a nuestro encuentro»[213], pero, acobardadas, no lo hicieron. En cuanto a los treinta policías que quedaban, desertaron, uniéndose a los enemigos.

La columna, «rodeada de fuego por todas partes»[214], acribillada, simplemente se desplomó. Un «revuelto montón» de hombres, como dice Aguirre, cayó sobre la batería y se apoderó de los caballos que no habían muerto para huir más rápido; el resto, despavorido, corrió hacia la posición, que coronaba aquella «llanura trágica»[215]. Fue inútil que muchos oficiales recurrieran a las pistolas para detener la fuga. Quedó en la carretera Arenas, ya alcanzado por una bala, defendiéndose con un fusil hasta que la marea de los cabileños le aplastó. Una laureada a título

---

212 Su testimonio de ese día, en AHN, TS, 51 N 18, folios 5166-5167.

213 Pérez Ortiz, pág. 93.

214 Declaraciones de Aguirre de 18 de febrero de 1923, folio 4058v.

215 Josep María Prous i Vila, *Cuatro gotas de sangre,* Barcelona, 2011, pág. 239. Es otra de las desgarradas novelas escrita por soldados que sirvieron en Marruecos por esas fechas. Todas ellas parecen obras de vencidos, aunque formalmente fueron vencedores.

póstumo reconocería sus muchos méritos. De sus cuatro oficiales, tres habían sido heridos, y uno, muerto.

Navarro, con su cuartel general, no fue menos bizarro. Muerto su caballo, se retiró lentamente, hasta que Primo le consiguió otro. Aun así, continuó al paso, rodeado de jefes y oficiales que disparaban con pistolas, fusiles y carabinas. Un enemigo montado le apuntó, a pocos metros, pero el asistente del capitán La Lama, de África, otro excelente mando, le derribó antes de que pudiera apretar el gatillo. Estaba tan cerca que cuando el general entró en Arruit, entre los últimos hombres, tenía la cara y la guerrera manchadas por la sangre y los sesos del cabileño[216]. Parece que el sargento de la policía Abd el Kader, fino tirador, que se había destacado en Batel como «contra-paco», le escoltó hasta la misma puerta, y solo entonces desertó[217].

El general sitúa en 140 muertos y desaparecidos, y numerosos heridos[218] las bajas de tropa en la retirada, pero parece que se equivoca, por mucho. La cifra real se acercó al millar, en total. Entre las de mandos habría que mencionar, además de las ya citadas, a los tenientes coroneles Piqueras y Álvarez del Corral, y a los médicos García Martínez.

En la desbandada postrera se abandonaron los heridos y las piezas. Varios oficiales se presentaron voluntarios para recuperarlas, pero les fue denegado el permiso. A partir de entonces, la guarnición queda sitiada. Empezaba el asedio de Monte Arruit.

---

[216] Lo narra Gilaberte, que iba con él, en sus declaraciones citadas, folio 3989. Navarro, con buen estilo, no menciona este incidente en su testimonio.

[217] Testimonio de Gómez Zaragozá, folio 4203v.

[218] Declaraciones de Navarro, folio 3324.

Capítulo IX
La abnegada guarnición
(Melilla, 24 de julio-9 de agosto; Monte Arruit, 29 de julio-9 de agosto)

Capítulo IX
La abnegada guarnición
(Melilla, 24 de julio-9 de agosto; Monte Arruit, 29 de julio-9 de agosto)

Las conversaciones entre Berenguer y Eza

El asedio de Monte Arruit constituye un acto del drama de Annual al menos tan importante como la retirada desde esa posición, y de mayor complejidad. En efecto, se puede interpretar Annual como un caso de pánico colectivo, pésimamente manejado por el mando de la Comandancia, en todos sus escalones, con muy pocas excepciones. Son solo unas horas, decisivas, desde luego, que producen un efecto dominó que únicamente se estabiliza, y de forma temporal, cuando Navarro entra en Arruit, en la mañana del 29 de julio.

Pero, a partir de entonces, los movimientos se congelan. El general quedaría bloqueado allí diez días, durante los cuales se produce en España una movilización sin precedentes desde la guerra de Cuba y Filipinas; cae un Gobierno y Berenguer permanece casi encerrado en una Melilla inundada de refuerzos peninsulares, hasta el punto de que llegan a no caber dentro de los límites de la ciudad.

Al final, se perderá la posición, sin ser auxiliada, lo que dará lugar a un escándalo de tales proporciones que, tras el expediente Picasso, circunscrito en el espacio y en el tiempo, se abrirá, en medio de una aguda crisis política, un proceso de hondas repercusiones, que, en cierto modo, nunca se llegó a cerrar.

Esta es la cuestión que intenta abordar la tercera parte de este libro, y que requiere, como paso previo, una descripción de la situación del territorio desde la llegada de Berenguer.

Sin exagerar, se podría decir que el 24 de julio la Comandancia General se había derrumbado. Como fuerzas mencionables solo quedaban fuera de Melilla la columna Navarro, recorriendo entonces su vía crucis, y sendas improvisadas y pequeñas guarniciones en Nador y Zeluán.

En ese contexto, resultaba esencial la actitud de las cabilas a la derecha del Kert, dado que las situadas a la izquierda o se habían levantado, aglutinándose en torno a la harca de Abd el Krim, o estaban a punto de hacerlo, como sucedería enseguida con Beni Said.

Ya se ha dicho algo sobre cuál era dicha actitud, pero quizás sería útil aportar algunos datos más. Así, el comandante Verdú[1], de la Policía, dice de los jefes de Mazuza, con los que cenó en Nador la noche del 23 al 24, que estaban «a la expectativa» y «dispuestos a seguir siéndonos fieles si la llegada de las tropas les demostraba que no se abandonaba el territorio». De no ser así, se alzarían, además de por temor a las represalias de los rifeños, «para no perder el botín». Es decir, si iba a haber una rebatiña impune, deseaban participar en ella.

El capitán Ortoneda[2] transmite una sensación similar, con la ventaja de que facilita una especie de horario. Llegó a Zeluán en la noche del 22, y encontró a los notables reunidos allí «muy animados, no teniendo noticias de la retirada». A la mañana siguiente, en torno a las doce, fue a Nador, y le pareció que mantenían «una actitud muy reservada». En la cena recién citada, en la que participó, «la impresión era cada vez peor [...] preguntándonos con frecuencia si era que España abandonaba los terrenos [sic]».

Las tribus, en efecto, vacilaban entre el yunque español y el martillo rifeño, temiendo a ambos, al margen de consideraciones de religión o de raza. Para ellas era una elección difícil, en la que importaba tanto no apresurarse como no retrasarse. Por eso, dejan transcurrir unas horas antes de decidirse a tomar partido, para ver hacia dónde se inclina la balanza. Recurriendo a una expresión tan manida como gráfica, estaban dispuestas a volar en auxilio de la victoria. El problema era pronosticar acertadamente en qué bando recaería esta.

Resulta evidente, pues, que si no había lugar para contar con una lealtad incondicional hacia España, tampoco se estaba ante una abierta hostilidad. Todo era posible, entonces, pero la oportunidad desapareció en muy pocos días, ante una combinación de ausencia de respuesta de los españoles, noticias de derrotas sucesivas de estos y la defección de los Regulares en puntos claves como eran Zeluán y Nador.

Pero incluso una vez que las cabilas optan por ponerse en pie de guerra, es importante calibrar la amenaza real que representaban. Está fuera de dudas que en esos días la harca todavía no había franqueado el Kert, y que las tropas españolas se enfrentaban nada más que a una mezcla de población local, a veces procedente de los alrededores, y de desertores.

Por ejemplo, un soldado fiel de Regulares, Abd el Kader ben Berkan, de la 3.ª del II Tabor, en unas declaraciones sin fecha[3], pero sin duda muy tempranas, y que otro documento sitúa en el día 26, afirma que en el trayecto desde Batel a Melilla «no vio a ningún rifeño, pues todos los que hay en Nador y alrededores de Zeluán son los que viven por allí».

[1] Declaraciones de 8 de octubre de 1921, AHN, TS, 50 N 6, folio 1257.
[2] Testimonio de 6 de septiembre de 1921, ibíd., 50 N 9, folios 1835-1836.
[3] El documento, en ibíd., 50 N 4, folio 805, está incompleto.

Igual opinión tiene el teniente Lledó[4], de la Policía. Un capitán le ordenó evacuar su puesto en Zoco el Arbaa. Cuando le dijo que «allí no había razón apremiante para marcharse», su superior le respondió que «él sí la tenía, porque venían los moros persiguiéndole». Emprende entonces la retirada, siendo tiroteado, pero observa que quienes hacían fuego «no eran gente de la cabila, sino de Mazuza y de Beni Sicar».

Todavía el 26, otro oficial de la Policía manda a un marroquí como mensajero a la plaza, para informar de que «hay tranquilidad y que ha puesto guardias [de marroquíes] por el Gurugú». Por Nador, añade, hay «partidas de ladrones», que convocaban a gente de Beni Sidel y Beni bu Ifrur. Pide un avance rápido, para asegurar Mazuza, Frajana y Beni Sicar, que no da por perdidas[5].

Por otro lado, confidencias del 25 de julio[6] indican que la cabila de Cabo del Agua hace «continuas demostraciones de lealtad y adhesión». «Hasta Zeluán no hay quien dé un tiro; con confianza puede pasar columna con batería», agregan; en Zeluán solo combaten unos cincuenta hombres de Regulares que han desertado; en Nador, «unos 500 moros hacen frente, pero no tiran más que 50 en el momento que vean tropas»; «moros de Frajana han dado palabra no dar un tiro y que, llegando tropas, salen».

En cuanto al teniente Miralles, encerrado en Zeluán, calcula el número de enemigos presentes en doscientos[7].

Todo parece indicar, pues, que, inicialmente, el levantamiento en las inmediaciones de Melilla tenía una fuerza muy relativa. Ello plantea otro más de los puntos controvertidos: hasta qué extremo había sido o no preparado con antelación. Fueron muchos los que opinaron que fue fruto de una larga labor previa, y es indiscutible que, desde un primer momento, Abd el Krim sembró el Protectorado de misivas animando a la resistencia, pero estas tuvieron una eficacia muy relativa. En realidad, las rebeliones se produjeron en cascada, al compás de las noticias del repliegue español. A medida que la retirada fue ampliando su ámbito, lo mismo iba sucediendo con las alteraciones en las cabilas. Lo diría el nada sospechoso Cierva[8], de forma tajante: «la zona oriental no se habría sublevado si no hubieran visto correr a nuestras tropas». Parece que, en efecto, fueron los mismos cabileños, según alguien que vivía próximo a ellos[9], «los primeros sorprendidos por los mismos acontecimientos».

La circunstancia de que el propio dirigente rifeño no esperara un desplome tan fulminante de su enemigo, contradice la idea de un movimiento sabiamente

[4] Testimonio de 25 de octubre de 1921, ibíd., 50 N 7, folios 1439v-1440.
[5] Transmitió el informe un teniente del tercio, el 26 (ibíd., 50 N 4, folio 806).
[6] Ibíd., folios 698-699, «Noticias y confidencias recibidas en el día de hoy».
[7] Declaraciones de 21 de agosto de 1921 (ibíd., TS, 50 N 2, folio 282).
[8] Pág. 241.
[9] AHN, TS, 50 N 8, folio 1734, declaración del agricultor Vicente Falcó, de 21 de noviembre de 1921.

planificado de antemano. Nadie había previsto lo que sucedió, y por ello, y durante semanas, la rebeldía careció de una verdadera organización.

Así, el alzamiento afectó en grados distintos a las diferentes cabilas y careció totalmente al principio de un mando centralizado y de una estrategia global. Su principal componente –hablamos siempre del sector al este del Kert– fueron hombres que llevaban años viviendo en paz, muy distintos del auténtico rifeño, el llamado moro de montaña. Existían entre ellos, desde luego, desertores bien entrenados, pero por entonces no formaban, al contrario de lo que había sucedido durante la revolución filipina, unidades propias, sino que combatían a título individual, disueltos en la multitud, por lo que habían perdido cohesión y, por tanto, eficacia.

Finalmente, hay que tener en cuenta que la mejor parte del material perdido durante la retirada lo había sido en las fases iniciales de la misma, antes de Batel. En consecuencia, las cabilas locales no habían tenido apenas acceso a un botín comparable al sembrado en el tramo Annual-Batel, donde había quedado la mayor parte de las ametralladoras y de los cañones.

Sin embargo, la imagen que se percibía desde Melilla era muy distinta. A su llegada, Berenguer se encontró una guarnición de unos 3.000 hombres. Sin duda, se trataba de tropas «completamente heterogéneas»[10], de un valor militar discutible, pero eran más que una masa informe. Entre ellas estaban, por ejemplo, las unidades de Intendencia, que entraron en la plaza casi intactas, formadas, con sus mandos y con su armamento reglamentario, «en perfecto estado moral y material»[11], y que, según parece, en el curso de la retirada habían demostrado su capacidad de defenderse por sí mismas. O el personal de las baterías de Montaña y de la 2.ª Ligera, que, si había perdido sus piezas, apenas había sufrido bajas, como se ha visto.

Más importante aún. El mismo día 24 empezaron a llegar refuerzos. El primero de todos, el batallón de la Corona, a las 8:00 de la mañana; luego, a partir de las 13:00 de la tarde, las fuerzas de Ceuta, con el Tercio en cabeza, aunque la habilidad de Millán Astray como propagandista, y la imagen romántica que había creado en torno a esa unidad, hizo que la opinión pública se fijara, sobre todo, en ella, olvidando las demás; después, los Regulares[12] y batallones de Borbón, Extremadura y, por la noche, Granada. Una sección de carabineros y la música de uno de los regimientos destruidos fue toda la aportación de la guarnición a su recibimiento.

---

[10] Testimonio de Sánchez Monge, de 21 de agosto de 1921, en ibíd., 50 N 2, folio 273. En cuanto a la cifra de efectivos, es la que menciona el coronel. Dado que, en la práctica, asumió el mando hasta la llegada de Berenguer, el dato parece fiable.

[11] La expresión es del juez que instruía la causa contra el teniente coronel Pardo, por su insuficiente defensa de Nador (ibíd., 51 N 10, folio 2640v).

[12] Para la historia de esta unidad, ver Carlos González Rosado y Juan García del Río Fernández, *Grupo de Fuerzas Regulares de Ceuta n.º 3,* Ceuta, 2012.

Solo las tropas ceutíes, que antes de embarcar habían hecho una marcha brutal de cien kilómetros en 36 horas, sumaban dos tabores y dos banderas, con tres compañías de ametralladoras, 1.615 hombres en total, a los que se añadiría el 25 una batería de la misma procedencia. Convendría recordar, para apreciar lo que eso suponía, que tanto la Comandancia de Melilla como la de Ceuta hasta la creación del Tercio habían realizado todas sus ofensivas con efectivos no mayores de unidades selectas. Sus mandos, además, como subraya Payne[13], eran excelentes, «los dos mejores comandantes de batallón de la zona occidental, González Tablas, de Regulares, y Franco, que mandaba la 1.ª bandera». En cuanto al general que llevaban a su frente, era Sanjurjo, que había ganado la laureada, como González Tablas. Era un hombre al que «le faltaba el instinto de la conservación», tanto que en la academia por juego, dormía o descansaba en un reborde de cuarenta centímetros de ancho, bajo el alféizar de su ventana, a setenta u ochenta metros de altura[14]. Estaba también el teniente coronel Barrera, pero como su batallón, del regimiento de La Corona, era peninsular, y por tanto menospreciado, nadie le prestaba importancia.

Se trataba, sin duda, de un magro contingente, pero parece muy dudoso que su adversario, en aquella época, tuviera mucha mayor entidad. De ahí que en su conferencia del 23 con Eza, Berenguer apuntara, como se ha visto, optimismos, adelantando que lo que luego se denominaría «reconquista» quizás no fuera «tan difícil como a primera vista parece». Ese estado de ánimo le duró poco, aparentemente, si hay que creer a Salcedo. Afirma este que cuando se le presentó el 24, ofreciéndose para dirigir una columna que avanzara hacia Nador, Zeluán y Arruit, le contestó que «ni era oportuno ni podía hacerse»[15].

Es posible que, desde muy pronto, el alto comisario sobrevalorara el calibre del enemigo. Seguramente, contribuyó a ello el recelo a una segunda edición del desastre. Igual que Silvestre en Annual quiso evitar una repetición «a lo grande», como él dijo, de Igueriben, Berenguer en Melilla temía un segundo Annual. Sin duda, también serían un factor importante las recomendaciones que el ministro no dejaría de hacerle, recordando que la seguridad de la plaza era vital. Por otra parte, las dos horas solamente que dormía cada noche, según confesó a Eza, tendrían que afectar a su perspectiva de los acontecimientos.

Finalmente, parece lógico que le influyera el ambiente desolador que se encontró en Melilla, poblada de habitantes aterrorizados, de refugiados procedentes del interior, todavía traumatizados por la experiencia vivida, de soldados fugitivos –los más cobardes fueron los que antes llegaron–, y de mandos timoratos que o habían abandonado a sus hombres o no se habían atrevido a salir al campo a ponerse al frente de ellos.

---

[13] Payne, pág. 146.

[14] Bastos, pág. 244.

[15] Declaraciones de 8 de septiembre de 1921, AHN, TS, 50 N 3, folio 660. En todo caso, para entonces su reputación estaba en entredicho, debido a su lamentable comportamiento.

Aunque suponga adelantar acontecimientos, y solo para dar una idea de cuál era ese clima, quizás se pueda mencionar aquí que, todavía el 7 de agosto, y ya con miles de refuerzos en la plaza, un observador anotó que cuando salían de ella los buques para la península había tal muchedumbre ansiosa por embarcar, que era preciso abrirse paso entre ella «a codazo limpio», y que el muelle estaba atestado de «baúles, maletas, cajas, enseres, sacos, máquinas de coser, jaulas, perros, colchones». «Melilla se está quedando sin mujeres», comenta. Se temía, aunque parezca inverosímil, que el día siguiente Abd el Krim iba a asaltar la ciudad, a pesar de que *El Gato,* un famoso «moro amigo», más sensato que muchos españoles, ya desde más de un semana antes, cuando había muchas menos tropas, mascullaba «displicente y desdeñoso»: «Tonterías, desir que harca atacar Melilla [sic]»[16].

No parece, en efecto, y a pesar del tremendismo que se extendió en la época, que la plaza estuviera nunca en verdadero peligro. Si la turba que rodeaba Nador y Zeluán necesitó días para apoderarse de esos dos pequeños puntos, y lo logró por las privaciones, tanto o más que por la fuerza, resulta inconcebible que pudiera tomar una plaza fortificada, aunque imperfectamente, y en constante comunicación con la vecina península.

Hubiera necesitado para ello, además, una organización y una dirección de las que carecía en absoluto. No hay que olvidar que entonces Abd el Krim seguía en Annual, a un centenar de kilómetros, y que todavía no había iniciado el menor movimiento hacia Melilla.

Él mismo, aunque incurre en contradicciones, al afirmar que no conquistó la ciudad –«su gran error»–, por miedo ante las «complicaciones internacionales» que ello hubiera supuesto, reconoce «mi organización militar era entonces muy embrionaria»[17].

Ya se ha visto que Navarro atribuyó en Drius a los cabileños grandes maniobras envolventes. Parece que Berenguer, asimismo, les concedía capacidades de las que carecían. Quizás pensó, como aquel, que el jefe enemigo actuaría de la misma forma que habrían hecho ellos, de estar en su lugar, sin tener en cuenta que Abd el Krim no era un general, por mucho talento político innato que después demostrará, y que carecía de un estado mayor y de un ejército que pudieran concebir y realizar planes de tal envergadura. Luego, todo cambió, pero, ciertamente, en los últimos días de julio y los primeros de agosto la amenaza no tenía las dimensiones que se le prestó.

Da la sensación de que, en efecto, el alto comisario había olvidado lo que escribió: «ningún contingente marroquí, por numeroso que sea, puede hacer mella en una columna […] de 4.000 combatientes y tres baterías de campaña. Una columna de estas fuerzas no tiene más límite de acción que el que le impongan las necesidades del transporte de víveres». Calculaba que, contando con artillería y

[16] *El Heraldo de Madrid* de 10 de agosto de 1921. Crónica de Juan Guixé de 7 de agosto.

[17] Roger-Mathieu, págs. 104 y 105.

ametralladoras, el enemigo «quedaría deshecho» a quinientos o seiscientos metros de distancia[18], mucho antes de llegar al choque. Enseguida tendría medios muy superiores a los mencionados, pero tardaría semanas en decidirse a utilizarlos.

La mejor forma de seguir la evolución del estado de ánimo del general es a través de las muchas conferencias que sostuvo con Eza, que, por tanto, se van a utilizar como fuente primordial.

El día 25 hubo dos, pero antes de comentarlas conviene aludir al telegrama que previamente le envió, en el que somete a su consideración «peligro que entraña publicar prensa defección de fuerzas indígenas de Melilla, por efecto puede producir»[19] en la moral de sus compañeros de la zona occidental. Es curioso que mientras el creador de esas tropas se expresa así, en cambio, otro oficial que había iniciado su carrera en ellas, hable de «la mal llamada traición de los Regulares de Melilla»[20], cuando lo cierto es que dichas unidades se volatilizaron. Muchos dejarían las banderas por los mismos motivos que el sargento Abd el Kader, «porque todos desertaban y si él no lo hacía le *raziarían* y le quemarían la casa»[21], pero el resultado fue que esas unidades dejaron de existir cuando más se las necesitaba, y propiciaron la pérdida de dos lugares de primera importancia como Zeluán y Nador.

La primera conferencia tuvo lugar a las 14:45. Berenguer informa de un conato de pánico que hubo en la población civil, por su «depresión moral grande», que fue conjurado con la llegada de refuerzos, especialmente, del Tercio, que «en este momento está desfilando [...] en medio delirante ovación». Lo que no le dice es que se ha visto obligado a publicar una proclama en la que amenazaba con aplicar «todo el rigor de la ley» a «aquel que fuera inspirador de un pánico injustificado»[22]. Estima que «no hay medio de poner límite a este desastre», pero «confía» que Melilla «está asegurada».

Le responde el ministro, diciéndole que «en dos o tres días más» estarán allí los dieciséis batallones, la artillería y todo lo que ha pedido, incluidas las municiones y el barco hospital.

Le recuerda, también, la oferta que le había hecho de aviación. A ese respecto, y es una anécdota elocuente, pregunta si sabe algo de un aeroplano civil. Contesta Berenguer que no tiene noticias, y que «realmente no dispone de ningún campo de aterrizaje». Quizás sea por eso, aunque el anterior comentario lo hace en referencia a dicho avión, que añade: «en cuanto aviación, no la necesito». Con respecto a los refuerzos, los estima «suficientes», pero sugiere que se preparen seis batallones adicionales, por si fueran precisos.

---

[18] Berenguer (1923), págs. 155 y 159, respectivamente.
[19] AHN, TS, 50 N 1, folio 85. Se envió a las 10:20.
[20] Franco, pág. 99.
[21] Pérez Ortiz, pág. 172.
[22] Está en AHN, TS, 51 N 6, folio 1643.

La siguiente conversación se celebra a las doce de la noche[23]. El alto comisario enuncia en ella la estrategia que ha adoptado: «me he impuesto que lo primero es salvar la plaza»; una vez conseguido, ayudará a «los demás» con los Regulares y el Tercio; los «movimientos, los haré, desde luego, de acuerdo con las cabilas».

Sigue, pues, creyendo que la ciudad se halla en peligro, aunque «la noche está transcurriendo en absoluta calma»; no piensa en las tropas europeas para operar y solamente actuará con apoyo de harcas amigas. Todos eran espejismos. Melilla no estaba amenazada; tendrá que recurrir a las unidades peninsulares, y los aliados marroquíes jugarán un papel muy limitado.

De las fuerzas ya llegadas, alaba «su buen espíritu» y su «brillante instrucción», aunque las encuentra «tiernas».

Dicho esto, la situación presenta «caracteres tenebrosos», y el levantamiento, «inexplicable extensión».

No se olvida del famoso avión civil, señalando, como si fuera algo natural, que «aterrizó esta tarde en Rostrogordo, después de haber reconocido los aeródromos de Zeluán y Nador, y dándose cuenta de que eran hostilizados por enemigo». Esto es, a un general de división no le parece sorprendente que, existiendo una Aviación Militar o Aeronáutica Militar, que de las dos maneras se le titulaba en la época, fuera un periodista –Espinosa de *El Liberal*– el primero que sobrevolara el territorio perdido, interesándose por su situación, y que luego su aeroplano resultara capaz de tomar tierra, a pesar de que no existía ningún aeródromo. Ciertamente, al aterrizar en malas condiciones quedó fuera de uso, pero se trataba de un coste menor, a cambio del cual Berenguer obtuvo datos fidedignos sobre la situación del entorno de la plaza, que deberían haber sido conseguidos por aparatos militares.

Los comentarios del ministro están, asimismo, llenos de interés. Indica que los refuerzos van sin los veteranos del tercer año porque estaban gozando de permiso, por motivos económicos, habría que apostillar. Hay otra razón: «para evitar cualquier repercusión en la península ante esa idea popular explotada otras veces [se trata de una alusión a la Semana Trágica de Barcelona] de que se sacaban los hijos del pueblo para sacrificarlos». Ello ha permitido, también, imprimir tal rapidez a la movilización «que las gentes no se han enterado hasta después». Por fortuna, «la opinión está serena, y la prensa, bastante patriótica». Finalmente, expresa la esperanza de que los batallones enviados «darán pruebas de excelente organización».

Eza estaba siendo injusto con sus compatriotas, como sucede en ocasiones con los políticos. En realidad, ante el desastre se había producido «una unanimidad bien extraña a nuestro carácter»[24]. Como dijo Cambó, «no hubo diversidad de

[23] Ibíd., folios 86-89 y 90-93, respectivamente, para ambas comunicaciones.
[24] Bastos, pág. 12.

opiniones, ni vacilaciones; era un deber inexcusable de España realizar un gran esfuerzo militar»[25] para –citando a Maura, siendo ya presidente del Gobierno–, «restablecer el honor de las armas y el prestigio nacional»[26].

Es posible que desde la guerra de 1859-1860, y a pesar del amargo recuerdo de Cuba y Filipinas, no se hubiera producido en España un apoyo similar a los combatientes. Llovieron los donativos, y no hubo pueblo en el que no se organizaran actos, por modestos que fuesen, para allegar fondos destinados a los soldados o a los heridos.

Como resultaba inevitable, los deseos de venganza jugaban un papel. En el caso de un batallón que se desplazaba a su puerto de embarque, «con frecuencia, en el largo trayecto de ferrocarril, sencillas mujeres y rudos campesinos nos salían a la vía, y unos llevando la mano al cuello, con gritos otros, nos decían: ¡Que no dejéis denguno!»[27]. No solo pensaban así los pueblerinos. Un general[28] propuso que en Monte Arruit, tras la reconquista, «debe levantarse una columna tan alta como la columna Vendôme, y al remate un soldado español y a los pies un moro humillado, mordiendo el polvo y pidiendo perdón».

Seguramente acierta Bastos[29] cuando describe el espíritu de las tropas, al margen de las prosopopeyas oficiales, diciendo que «sin ser de entusiasmo, era de determinación», cualidad a largo plazo más duradera.

En cuanto al «ingenuo vizconde»[30], sin dejar de trabajar hasta el límite de sus posibilidades, estaba desbordado. El 26, reunió a todos los periodistas[31] para proclamar su total falta de responsabilidad en el colapso, como ya había expuesto en el Consejo de Ministros. Había hecho cuanto pudo, no dejó de atender ninguna petición de los mandos de África, el problema habían sido los limitados presupuestos…

Ciertamente, no regateó esfuerzos, y así, el 25 ya había en Melilla tres batallones más[32].

Otra cuestión que se planteó ese día fue el nombramiento de un comandante general, en sustitución de Silvestre. Se ofrecieron a Berenguer dos nombres para que eligiera: Burguete y Cavalcanti, a lo que contestó que el primero «tiene la

---

[25] *Diario del Congreso* de 30 de junio de 1922.

[26] Ibíd., 20 de octubre de 1921. En Maura y Fernández Almagro, pág. 351, se cita una carta suya, de 29 de julio de 1921, que contiene una frase prácticamente idéntica, con el añadido de que «la reacción de desquite vindicadora es ahora lo primero de todo», con las últimas cinco palabras subrayadas.

[27] Moreno Gilabert, nota en pág. 98.

[28] *Diario del Senado* de 12 de diciembre de 1921. Intervención del general Luque.

[29] Pág. 245.

[30] Ibíd., pág. 190.

[31] Gómez Hidalgo, nota en pág. 260.

[32] Sevilla, Castilla y España. Todos los datos sobre la llegada de refuerzos durante esos días proceden de AHN, TS, 51 N 3, folios 988-1004.

ventaja de conocer ya esta zona»[33]. No dice nada del segundo, lo que es singular, ya que no solo estaba también familiarizado, con ella, sino que había ganado la laureada en la misma, dirigiendo una carga de Caballería. Al final, fue Cavalcanti el designado, incorporándose a fin de mes.

El mismo día hubo otras dos conferencias, a las 17:30 y a las 23:40[34], en las que se abordaron tres temas importantes. El primero es el comienzo de establecimiento de un perímetro de seguridad en torno a Melilla, con la ocupación de varias posiciones, la más estratégica de las cuales era el Zoco el Hach[35], a la derecha española. Las operaciones, incruentas, se «realizan con moros», unas veces voluntarios y otras en calidad de rehenes. Con ellas, Berenguer estima «cerrada la península de Tres Forcas y el campo exterior de la plaza», y aseguradas las cabilas de Frajana, Mazuza y Beni Sicar, fracciones de las cuales nunca se habían unido al levantamiento, contándose en la última mencionada con el apoyo incondicional del antiguo enemigo que era el jefe Abd el Kader. A pesar de ello, el alto comisario sigue hablando, sin justificación alguna, de «completo levantamiento» del territorio, destacando la agresividad de los desertores de la Policía.

En esas operaciones participó el coronel Riquelme, que había puesto fin a su larga convalecencia en la península, para reincorporarse el 24 al frente de Ceriñola. Luego pasaría a ocuparse de asuntos indígenas, siendo un colaborador tan imprescindible como impertinente.

El segundo tema se refiere a la aviación. Ante todo, hay que decir, lo que causa perplejidad, que hasta ese día no se enteró el ministro de que la escuadrilla se había perdido enteramente. Es él, por otro lado, quien señala a su interlocutor que «causa aquí efecto que haya un aparato civil en esa, y, en cambio, la aviación militar permanezca inactiva», por lo que «reitera» su oferta de aviones. Berenguer, tras consultar a sus expertos, le dice que el lugar donde aterrizó el que llevó al periodista únicamente es apto para pilotos de gran pericia. Acordaron buscar uno de estos, que, siguiendo el ejemplo del anterior, sobrevolara y reconociera el campo enemigo antes de tomar tierra.

Es obligado mencionar, no obstante, que en la época el vuelo de la península a Melilla se consideraba casi una hazaña. Hidalgo de Cisneros comenta que en su unidad de Bristol que fue enviada como refuerzo, cinco de sus seis aviones se averiaron entre Madrid y Granada[36], mientras que Acedo señala que su escuadrilla de seis aparatos donados por distintas provincias tuvo que desviarse por Málaga

[33] Berenguer a Eza, 25 de julio, a las 7:56, en ibíd., 50 N 1, folio 94.

[34] Ibíd., folios 95-98 y 101-105, respectivamente.

[35] Ver el parte de Riquelme, que mandó la operación, en ibíd., 51 N 17, folios 4946-4947. Participaron en ella, además de tropas expedicionarias, elementos de la antigua guarnición, pertenecientes a Alcántara y Ceriñola.

[36] Hidalgo de Cisneros, vol. I, págs 137-139, y Felipe Acedo, *El alma de la Aviación española,* Madrid, 1928, pág. 21. Era tan peligroso volar que este último autor y piloto indica que hasta 1928 la Aviación tuvo 109 muertos en accidente, frente a 32 en combate.

y Tetuán para poder llegar a aquella plaza. A pesar de estos problemas iniciales, eventualmente se afirmaría que «la Aviación militar, en realidad, se cuaja en la Reconquista del año 21»[37].

La tercera cuestión afectaba a la prensa. Hay ya cuatro periodistas en Melilla, y Berenguer solicita instrucciones. En la conferencia de la tarde, el ministro, en actitud muy liberal, le dice que no debe haber «más límites que el que patriotismo al servicio de la verdad [les] imponga». Contesta el alto comisario que «el asombro» de los periodistas ante la entidad del desastre «no tiene límite», lo que puede suponer un problema cuando redacten sus crónicas. De momento, les ha prohibido telegrafiar información sobre las deserciones en las tropas indígenas.

Por la noche, Eza ha modificado su postura: se ha impuesto la censura previa[38]. Berenguer responde que él ya lo había hecho, pero que «resulta muy difícil negarles la transmisión de lo que ellos mismos ven con sus propios ojos».

El establecimiento de la censura se plasmó en sendos telegramas[39], a todos los capitanes generales y a todos los comandantes militares. Se ordena en ellos que se desmientan los rumores que corrían sobre el número de bajas, ya que carecían de fundamento. Así era, ni el Gobierno sabía las que se habían producido. Vale la pena destacar que en ellos se dispone el establecimiento de «la más estrecha vigilancia en los cuarteles y a todas horas, para evitar propagandas perniciosas encaminadas a relajar la disciplina y deprimir la moral». «Con el mayor tacto», los oficiales debían «excitar el patriotismo y exaltar el espíritu militar» de la tropa. No hacían falta tantas precauciones; como se ha dicho, los soldados marcharon a Marruecos sin problemas, pero las instrucciones presentan el interés de plasmar la desconfianza del gabinete hacia sus propios compatriotas.

La censura se impondría al principio de forma draconiana, autorizándose solo la publicación de los partes oficiales. Incluso se dio el caso de que algún gobernador civil llegara a eliminar líneas de ellos. Paulatinamente, se iría relajando, pero los diarios siguieron apareciendo en ocasiones, debido a ese control, con espacios en blanco o con referencias a que se habían suprimido fragmentos de una crónica, a pesar de los pintorescos deseos de alguna autoridad de que «no haya blancos ni puntos suspensivos en los periódicos, pues entiendo que eso es desnaturalizar la censura»[40].

Dos anotaciones más respecto a los intercambios entre el ministro y su subordinado. De una parte, este empieza a quejarse de los refuerzos recibidos: «por

---

[37] Acedo, pág. 17.

[38] Celso Almuiña Fernández, «El desastre de Annual y su proyección sobre la opinión pública de España», en *Revista de Investigaciones Históricas. Época Moderna y contemporánea,* n.º 8, Valladolid, 1988, págs. 207 y ss.

[39] AHN, TS, 50 N 1, folios 99-100.

[40] Ver, por ejemplo, en *El Heraldo de Madrid* de 3 de octubre de 1921 un duro editorial contra la censura, quejándose de «la arbitrariedad desenfrenada» y de que era más estricta que durante la campaña de 1909 e incluso las de 1895 en Ultramar.

el momento sólo dispongo de hombres y fusiles», y de los demás elementos «no existe nada aquí, porque todo se perdió en el campo», por lo que necesita que se le envíen. Sin embargo, persiste todavía en su idea de un avance, aunque sea limitado, porque planea enviar un convoy a Nador y reforzar su guarnición, aunque, «en bastantes días no estaré en condiciones de ir más allá». Ya veremos que necesitó semanas nada más que para llegar a ese poblado.

El 26 es un día excepcional. De un lado, Berenguer no asiste a la primera conferencia, a las doce. Lo hace en su lugar Gómez-Jordana, que se muestra muy optimista, y asegura que «la situación va mejorando por momentos». Las familias de los cabileños de Mazuza están regresando a sus hogares, que habían abandonado, lo que era un buen síntoma. De otro, la segunda[41] se celebra desde palacio, a las 15:15, y en ella participa el rey.

Berenguer está exultante; se han ocupado sin problemas Sidi Hamed el Hach, en Frajana, y el Atalayón, en la izquierda española, quedando «asegurado todo el valle que rodea a Melilla hasta las laderas del Gurugú». Ha habido solo un contratiempo; por la mañana se ha intentado socorrer Nador desde el Atalayón, mediante un desembarco, pero el adversario lo ha impedido. No importa, «mañana [...] o, mejor, pasado mañana [...] marchará la columna a ocupar» ese punto, si bien «dependiendo de la presión que haga el enemigo». Curiosamente, en el *Diario de Operaciones* no se menciona ese movimiento, ni que se haya producido baja alguna[42].

Sigue sin fiarse de los refuerzos. Son tropas «muy tiernas en instrucción» por lo que no se atreve «a exponerlas en campo abierto». Olvidando a los Regulares de Ceuta, se lamenta: «todo ha de ser a base del Tercio». Concluye: «hasta que no disponga de una columna con todas las garantías de eficacia, no me lanzaré adelante para no comprometer en un combate la suerte de todo»; ello requerirá «algunos días». Eza le apoya; califica de digna «de aplaudir la cautela» del general.

Termina la conversación Berenguer, diciendo que sigue sin noticias de Navarro. Por el contrario, Sanjurjo está en comunicación con Nador, donde reina «el mejor espíritu». Alfonso XIII le ruega que transmita su felicitación a los defensores.

Ese día caen, como casi siempre debido a la falta de agua, Afrau y Sidi Dris, dos posiciones aisladas en la costa, tras brava defensa. La Armada[43] se luce apoyándolas y, al final, colaborando en su desesperada evacuación, realizada siguiendo órdenes, que acaba con relativo éxito en la primera, y con una masacre en la segunda.

---

[41] AHN, TS, 50 N 1, folios 106 y 107-110, para ambas conversaciones.

[42] Ibíd., 51 N 5, folio 1521 para las operaciones de ese día.

[43] Los partes de dos de los buques actuantes, el cañonero *Laya* y el crucero *Princesa de Asturias,* están, respectivamente, en ibíd., 50 N 4, folios 905-938, y 50 N 5, 1112-1115. En 50 N 9 hay una veintena de telegramas intercambiados con motivos de esos asedios entre las posiciones, Melilla y los barcos, folios 2009-2035, aunque el foliado no sigue siempre el orden cronológico.

En Afrau, el cabo García Martín, de Ceñola, ganará una laureada a título póstumo cuando, herido, se presenta voluntario para quedarse el último, cubriendo a sus compañeros. Mandaba la posición, por muerte en combate de su titular, el teniente Vara del Rey, de ametralladoras de posición, que supo mantener el lustre de un apellido que tanto se distinguió en Cuba.

En Sidi Dris obtendrá, a su vez, la laureada el comandante Velázquez, del Melilla, jefe de una guarnición que había combatido durante cuatro días sin beber. Era este, por cierto, conocido personal de Abd el Krim, lo que impulsó a su suegra a escribir al dirigente rifeño pidiéndole noticias sobre su suerte. Respondió con una carta en la que le comunicaba que había muerto, añadiendo: «lo lamento muchísimo, dándole mi más sentido pésame»[44].

Berenguer tuvo la desagradable experiencia de recibir un telegrama de dicho comandante diciendo «estamos perdidos […] y que le digan al alto comisario que mande fuerzas pronto y que a ver si quieren salir enseguida de la plaza» y de creerse en la obligación de tener que contestarle: «con harto dolor de mi corazón, me veo imposibilitado de enviarle refuerzos […], le autorizo para parlamentar»[45]. Por su parte, Vara del Rey[46] comentaría con desparpajo que «no hizo caso» de la misma autorización que también se le dio.

Velázquez contó para la defensa con el minúsculo refuerzo de otra posición, Talilit, que recibió órdenes de evacuación y de incorporarse a Sidi Dris. Lo hizo «luchando su guarnición heroicamente, muriendo la mayor parte en el camino, llegando muy pocos»[47].

En la noche del 26 a 27[48] se produce otra conferencia, en la que Berenguer ya empieza a ver crecientes dificultades para tomar la iniciativa. Teme un ataque contra Zoco el Hach, donde es «cada vez más intensa la amenaza», y «todavía le falta mucho en organización y en educación» a la columna que quiere formar. Estima, lo que resulta extraordinario, que «el enemigo en número, condiciones y recursos es muy superior a nosotros». Se trata, pues, de consolidar, no de soñar en avances, y de fiar más que en la acción militar, en la política, «por muchas y dolorosas que sean las transigencias a que ésta nos lleve». Comenta, también, algo deplorable. Necesita uno o dos generales de brigada, dos coroneles y diplomados de Estado Mayor, pero no tiene nombres que proponer, ni nadie le ha solicitado servir en Melilla[49].

---

[44] Ver *La Vanguardia* de 19 de agosto de 1921, pág. 7.

[45] AHN, TS, 50 N 9, folios 2022 y 2025, ambos del 25 de julio.

[46] Ver su interesante testimonio, de 26 de septiembre de 1921, en ibíd., 50 N 5, folios 1079-1084v. Su negativa a capitular está en folio 1083v.

[47] AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 41, informe de Navarro de 2 de septiembre de 1924.

[48] AHN, TS, 50 N 1, folios 111-115. Tuvo lugar a las 0:10.

[49] El ministro le había ofrecido, el 25 de julio, al excelente Castro Girona, para la zona occidental, pero Berenguer no mostró el menor entusiasmo.

Eza le responde: «comprendo y comparto sus cautelas», y añade una frase que luego se le reprochará y que Berenguer utilizará como escudo: «debiendo sacrificarlo todo a la seguridad de la plaza y a evitar cualquier quebranto militar». Le anuncia el envío de un avión para hacer el reconocimiento aéreo acordado.

Cuesta trabajo entender por qué el alto comisario, que estimaba «brillante» la instrucción de los refuerzos, el día 24, la considera en la madrugada del 27 insuficiente. En cuanto al volumen de la amenaza, no podía ser tan grande, cuando todavía no se había registrado una sola baja. Por otra parte, hasta el último día citado habían llegado, sin contar los del 24, más de 2.000 soldados de Infantería adicionales, amén de Artillería de Ceuta y del 4.º Ligero[50].

Respecto a la harca, no es que siguiera sin dar señales de vida, sino que ese mismo día Berenguer tenía que haber recibido una confidencia informando que «los rifeños han escrito a los Guelaya diciéndoles que se defiendan o que huyan». Eso les había puesto «en grave aprieto […]. Con sólo 200 soldados depondrían su actitud […] Están muy temerosos»[51]. En efecto, distaba mucho de existir en el lado «rebelde» la unión que algunos españoles le prestaban. No se enfrentaban, en absoluto a un movimiento unívoco ni unánime. Un ejemplo podía ser el caso de los Beni bu Yahi, que figurarían entre los sitiadores de Arruit. A diferencia de los rifeños, hablaban árabe, no bereber, y tenían sus propios agravios con los españoles, que les habían arrebatado sus tierras para colonizarlas. Así pues, ni sus intereses ni su cultura les identificaba con los Beni Urriaguel. De ahí, como se verá enseguida, las reticencias que demostraron para aceptar la jefatura de Abd el Krim.

Todo ello hace inexplicable la actitud del general, que parecía paralizado por la responsabilidad. La complacencia de Eza, que nada le discutía, contribuiría a ello. Es posible, ya se ha insinuado más arriba, que su desgaste personal tuviera algo que ver. Parece significativo que, al acabar la conferencia, un hombre tan formalista como él se despidiera del ministro diciendo: «al fin voy a acostarme esta noche tranquilo, y aspiro a permitirme el lujo de cinco horitas de sueño». Da la impresión de que se había quitado un peso de encima al decidir que no se aventuraría lejos de Melilla.

Sus palabras en las otras dos conferencias[52] que tienen lugar ese día –a las 15:30 y a las 20:30– no aportan datos concretos que justifiquen su prudencia. Al contrario, dice respecto al enemigo que se ignora «si trata de formar harca o son sólo policías desertores» y alude a que en Guelaya «reina el temor de la llegada de la harca del Rif», lo que implica que esta todavía seguía sin entrar en acción. En contraste, se enumeran las fuerzas recibidas, que incluyen ya, junto al Tercio

[50] Las llegadas diarias de tropas, con nombres de unidades y de los barcos que les transportaron figuran, para el periodo 24 de julio al 9 de agosto, en AHN, TS, folios 988-1004.

[51] Ver en AHN, TS, N 17, el documento titulado *Índice de las confidencias e informaciones políticas.* La citada se encuentra en folio 4963.

[52] Ibíd., 50 N 1, folios 116-118 y 119-121.

y los Regulares de Ceuta, nueve batallones completos, y elementos de otros dos, cinco baterías, cuatro compañías de Zapadores, una de telégrafos y elementos de Sanidad. A la vista de ello, bajo ningún concepto se podía seguir sosteniendo que el enemigo que entonces se tenía enfrente era superior.

En otro orden de cosas, recibe, al fin, noticias de la columna Navarro, a través de Tisutin y de confidentes indígenas. Nada más se sabe que «resiste aún».

El 28[53] se abre un campo nuevo. Berenguer informa al ministro que ha recibido una propuesta de Beni Said para rescatar al coronel Araujo y a una cincuentena de sus hombres a cambio de 4.000 duros. Eza le da autorización para aceptar, y añade: «es doloroso, en efecto, no poder acudir en socorro de la columna Navarro, pero seguramente esas cabilas no harían caso de cualquier proposición que V. E., si lo juzgaba oportuno, pudiera hacerlas». A ello, contesta el general: «no confío gran cosa en gestiones para que permitan repliegue de fuerzas cercadas, lo que discretamente había iniciado». Ambos han renunciado a salvar por la fuerza a Navarro, y piensan, como se decía en la época de los avances, en el Banco de España como solución.

Lo cierto es que, incluso en esas circunstancias, no se habían cortado totalmente las relaciones entre ambos bandos, como lo prueba que el alto comisario comente que estaba en contacto con Abd el Krim para repatriar el cadáver de Silvestre, habiendo recibido la respuesta de que «no lo encuentra por ninguna parte».

En cuanto al tan temible enemigo, el alto comisario alude a que en Nador «se ha formado ya una pequeña harca, con contingentes locales». Ha habido unos choques menores, en Sidi Hamed el Hach, con el resultado de un muerto y ocho heridos. Nada serio, si se tiene en cuenta que ese día ya había en Melilla doce batallones, dos baterías de Montaña y dos grupos de Artillería Ligera.

Por fin, el 29[54], empleando un expresivo símil del que gustaba Napoleón, se descorre el velo. Ese día, Navarro, como se ha adelantado, ha hecho su entrada en Arruit, estableciendo comunicación con Melilla vía Zeluán. Ha anunciado su llegada con un telegrama «muy incompleto y aún no terminado de recibir», a causa de la bruma.

La novedad no altera la decisión ya tomada por Berenguer: «estoy convencido de que marchar con estas fuerzas a auxiliar Zeluán y Monte Arruit sería exponerlas a un fracaso, y dejar descubierta la plaza que está hoy amenazada por casi todo su frente»; «ni dispongo de efectivos para ello […] ni la gente está instruida para poder batirse».

O le mandan los soldados del tercer año, o necesitará diez batallones adicionales; solo así podrá «intentar» un avance, y hasta Zeluán, no más allá, y únicamente si no llega la harca del Rif. Pasa luego a hacer una demoledora descripción de los

[53] Hubo las dos conferencias habituales, a las 12:20 y a las 20:00 (ibíd., 50 N 1, folios 124-127 y 128-131).

[54] Conferencia de las 12:30, ibíd., 50 N 1, folios 132-135. La de la tarde de ese día, en folios 136-138.

refuerzos. Se requerirá «por lo menos un mes para organizar este ejército, que hoy no existe […] Esto es un conglomerado de unidades, deficientes todas ellas en material, instrucción y efectivos».

En lo que se refiere a las fuerzas de la antigua guarnición, tienen la moral «que V. E. puede figurarse». Pero no hay que desesperar: «una vez aquí cuarteles generales y organizado mando […] espero en breve plazo estar en condiciones de combatir».

El bienintencionado Eza aguanta la turbonada de quejas. Ofrece su plena colaboración que, en realidad le está prestando desde el primer día. Ahora piensa que movilizar al tercer año «no tendría repercusiones políticas en la península». Aparentemente, se ha percatado ya del verdadero estado de ánimo de la opinión pública, más decidida a apoyar la campaña de lo que él pensaba.

Ante la imposibilidad de socorrer a Navarro, se continúa debatiendo la otra opción. «Cabría –aventura el ministro–, buscar con presteza el medio de que el enemigo se allanara al paso a la plaza, o autorizar al general para dar por concluida su resistencia». Abunda el alto comisario: «me ocupo activamente medio facilitar llegada guarniciones a plaza, pero no confío mucho». Y sigue: «si el general Navarro no pudiera refugiarse en Zeluán y esperar allí algunos días […] le autorizaría para, como dice V. E., a cesar las hostilidades».

Un apunte más. Ya se cuenta con un avión[55], un Bristol que ha sobrevolado Arruit y que, sorprendentemente, cifra las fuerzas allí reunidas en solo quinientos hombres.

Esa misma tarde, a las 20:20, Eza llama a Melilla: «ya salieron las órdenes para incorporación tercer año y demás con licencia». No podía desear un general en campaña ministro de la Guerra más complaciente.

Se ha optado, pues, por no hacer nada a favor de Navarro por la vía militar. Los diecisiete batallones, las dos baterías de Montaña y seis Ligeras que Berenguer admite tener ya, junto a unidades de Ingenieros –incluidas tres compañías de Zapadores–, Intendencia y Sanidad, no son bastantes para avanzar unos kilómetros contra unos cabileños que llevaban años sin disparar un tiro.

Tampoco cuentan los más de 2.700 hombres[56] de la antigua guarnición. Ni que las confidencias señalaran el día 28 que en Nador el enemigo se redujera a «200 a pie y 14 caballos contados», y que el 29 hablaran de «luchas intestinas entre las fracciones de la cabila de Quebdana», con tiroteos entre ellas, y que «la

[55] Se retrasó a causa de una avería del motor, que le obligó a hacer un aterrizaje forzoso en un campo, a dos kilómetros de Calzada de Calatrava.

[56] No hay datos para el 29, pero el 28 esa era la cifra, que comprendía cuatro compañías de San Fernando, dos de Ceriñola, y algo más de una de África y de Melilla. Los Regulares reunían tres, muy cortas de efectivos (AHN, TS, 51 N 5. El estadillo está sin foliar. Forma parte del documento *Estados de fuerzas reorganizadas,* folio 1417).

mayor parte […] de las cabilas de Beni bu Gafar, Beni bu Ifrur, Quebdana y Ulad Settut no han visto bien el levantamiento»[57].

Casi justamente dos años después[58], el general resumiría su análisis de la situación en unas pocas frases: «el día 28 o 29, en que se confirmó el levantamiento de Guelaya, comprendí yo que bastante teníamos con guardar la plaza […] Ya el día 29 o 30 de julio, había fijado el concepto que me merecían aquellas fuerzas [las suyas], y sabía que no podíamos movernos de la plaza».

Por fortuna para el honor de las armas, Navarro tenía más coraje que sus jefes de Melilla y de Madrid.

En Monte Arruit

Antes de describir sucintamente el asedio de Monte Arruit, habría que referirse a lo que el general se encontró al llegar.

El teniente Gómez López, al que ya se ha mencionado antes, presenta un cuadro útil. No conviene olvidar, sin embargo, que era hombre tan vanidoso como para solicitar para sí la laureada[59], por lo que las alusiones a sus propios méritos se deben tomar con cautela.

Cuenta[60] que cuando llegó desde Tisutin con las dos baterías que habían perdido todas sus piezas, estaba allí el centenar de artilleros, sin cañones, procedente de Drius que había dejado Jiménez Arroyo. También, la guarnición original, una compañía de Infantería, con nada más que 60 hombres, a la que se habían unido fugitivos hasta sumar 1.500. Mandaba todo un capitán de Artillería, otro ejemplo del desorden que imperaba por doquier.

El poblado adyacente a la posición se hallaba en manos de desertores de la Policía, que hacían la aguada tan costosa que el 24 de julio no se llevó a cabo, y el 25, tan parcialmente que solo correspondió un vaso por cabeza. Al principio era tal el desánimo de la gente que se dejó robar por mujeres y por muchachos la mitad del ganado, que estaba fuera del parapeto.

Poco a poco, sin embargo, las cosas se organizaron. La aguada se normalizó, a costa de catorce o quince bajas diarias, y dos sargentos voluntarios, con una cuarentena de soldados que también lo eran, salían cotidianamente a *raziar* el poblado. Varios oficiales se habían ofrecido a realizar esas expediciones, pero lo prohibió el mando. Se volvía de ellas sin víveres, porque todo estaba saqueado, pero «con camas, y trapos, y unos cuarenta cerdos». Traían, además, los fusiles de los policías desertores que mataban en el curso de las correrías.

---

[57] *Índice de las confidencias,* ya citado, folios 4966-4967, 4968 y 4969, respectivamente.

[58] El 7 de agosto, ante la comisión del Congreso, ver *Comisión de Responsabilidades,* pág. 207.

[59] Se alude a su solicitud en AHN, 50 N 10, folio 2044.

[60] Ibíd., 50 N 4, folios 837v-839, declaraciones de 11 de septiembre de 1921.

Entre eso, la felicitación que les mandó el alto comisario y los rumores sobre la llegada de refuerzos, asegura el teniente que la tropa se hallaba «alegre y animada». Tal sería la situación, según él.

La realidad es que cuando Navarro se puso en comunicación con Arruit, como se ha indicado en el capítulo anterior, la respuesta que recibió indicaba una floja moral, y que, en contra de lo que había pedido, desde la posición no se apoyó en absoluto la trágica llegada de su columna.

En el Archivo Histórico Nacional[61], se conserva una serie de manuscritos, escritos a lápiz y apresuradamente, algunos apenas legibles, y otros de un tamaño mínimo, que recogen, mejor que cualquier otra fuente, el horror de aquella defensa. Son patéticos pedazos de papel, casi insignificantes, pero reflejan que, en medio de la inexorable carnicería, todavía quedaban hombres que, calmosamente, sin inmutarse, tomaban nota de cada cañonazo que recibían, y de cada compañero que caía muerto o herido, sabiendo que ellos podían ser los siguientes. En esos mandos y soldados que «supieron mantener la cabeza fría, cuando todos a su alrededor la perdían»[62], reside la gloria de Monte Arruit.

Según una de esas notas, Navarro entró con 2.201 hombres válidos, y 252 heridos y enfermos, tras haber experimentado en la retirada 728 desaparecidos –muertos casi todos, es de suponer–, y 139 heridos. A ello habría que sumar los 964, no 1.500 que dice Gómez López, de la guarnición. Entre estos figuraban los batidores y la escolta de Silvestre, pertenecientes a Alcántara, y la cantinera Juana Martín López, mujer bragada que pocos días antes, junto con su hijo, se había defendido a tiros del enemigo, utilizando fusiles cogidos a soldados muertos[63]. Al término del asedio, la escolta entera sería dada por desaparecida[64].

Ya en Arruit, el general mandó un telegrama al alto comisario: «a las siete he llegado […] con último resto columna […] Estoy convencido de la imposibilidad de replegarme más, si no es con el apoyo de refuerzos. No tengo municiones; enemigo se apoderó de las últimas piezas, con las que ha roto el fuego»[65].

Desde el hundimiento de Annual, Navarro llevaba casi una semana viviendo algo muy parecido a una pesadilla. En Arruit debió pensar que había llegado ya al infierno. Pronto se informó de que las aguadas eran difíciles y sangrientas; que en el campamento por falta de medios de cura «se había presentado la infección,

---

[61] Ibíd., 51 N 13. El papel mencionado se encuentra en folio 3452, y tiene muchas tachaduras y correcciones. Da un efectivo total de 2549, que quizás no sea fiable. Parece que Sainz Gutiérrez sea el autor de esas notas, ya que no solo reproduce muchos de los datos en su libro, sino que en un apunte de 7 de agosto se lee: «hoy me hieren», lo que fue justamente lo que le sucedió a él ese día.

[62] *If*, de Kipling.

[63] Ver su testimonio, de 29 de agosto de 1921, en AHN, TS, 50 N 3, folios 455-457.

[64] Ibíd., 51 N 8, folio 2205, *Relación nominal de la tropa que constituía la escolta montada.* Tiene fecha de 11 de diciembre de 1922. La constituían seis hombres, todos de Alcántara.

[65] El texto se encuentra reproducido en ibíd., 51 N 5, folio 1541.

a consecuencia de la cual morían los heridos»[66]; que apenas había víveres[67], y en cuanto a municiones, prácticamente sólo las que había traído él. Además, el poblado y las ruinas de un antiguo campamento, estaban en manos de los enemigos, lo que les permitía hostigar la posición a cubierto, y desde tan poca distancia, menos de veinte metros, que podían lanzar granadas de mano.

Para mayor complicación, y como decía el general, los cabileños habían cogido los tres cañones abandonados, y enseguida empezaron a disparar con uno de ellos, al que luego se uniría otro. Su tiro, al principio poco preciso, cada vez se fue afinando más. El mismo 29 murió a consecuencia de él, y entre otros, el bravo capitán Blanco, de Artillería.

El general, como primera providencia, distribuyó sus tropas, atribuyendo a los supervivientes de Alcántara, con el capitán Triana, el sector más peligroso, la puerta, apresuradamente tapiada con sacos de cebada. Era la mejor prueba de que la tan castigada unidad seguía conservando un espíritu sobresaliente. Pérez Ortiz mandaba a San Fernando; Villar, que se había quedado sin policías, al Melilla; Zaragozá, de Alcántara, a Ceriñola; el excelente capitán que era Vallés, al África; Aguirre a los Ingenieros, y los artilleros estaban a las teóricas órdenes de Marqueríe, cuya «debilidad mental» persistía. Es posible que no hubiera resistido la brutal presión a la que estaba sometida la columna desde hacía días, triste destino para un militar que había tenido el coraje de presentarse voluntario para ir al frente, a diferencia de muchos.

Aunque otros relatos no lo mencionan, Marina había sido relevado del mando de Ceriñola «a causa de su falta de espíritu e ineptitud»[68]. La nobleza de Navarro, que no solo residía en su título de barón de Casa Davalillos, le impele a limitarse a decir que, debido al «estado físico y mental» del teniente coronel, le designó a Zaragozá como «auxiliar»[69], si bien más tarde aludiría a su «deprimida moral»[70]. Ese mismo carácter le haría, más tarde, recomendar a su asistente que se escapara del cautiverio en cuanto pudiera, «lamentando él no poder hacerlo por estar obligado a permanecer prisionero mientras quedara un soldado en poder del enemigo»[71].

El habitualmente circunspecto, pero siempre bien informado Sainz Gutiérrez va más lejos, cuando afirma que Marina «fue arrestado e incomunicado»[72]. Hubo que agregar oficiales de Policía a su regimiento para apuntalar la vacilante moral,

[66] Gómez López, folios 838v-839.

[67] 23 sacos de arroz, 5 de café, 28 de azúcar, 10 de garbanzos y 16 de judías. También había 228 de cebada y 109 litros de aceite (según una relación que figura al mismo folio que las bajas y los efectivos).

[68] Testimonio del teniente Gilaberte, de 9 de febrero de 1923, en AHN, TS, 51 N 15, folio 3390v.

[69] Declaraciones de Navarro, de 12 de marzo de 1923, en ibíd., 51 N 13, folio 3325.

[70] Ibíd., de 16 de marzo de 1923, folio 3372v.

[71] Ibíd., 51 N 38, folio 59v, declaración, de 19 de septiembre de 1921, del cabo Sáez Pardo.

[72] Sainz Gutiérrez, pág. 78. Alude a «su ineptitud para el mando y sus conversaciones polígrafas ante la tropa». Pérez Ortiz (pág. 97) señala, en cambio, que «atacado por una afección a la vista, estaba casi ciego».

pero es de justicia reseñar que la compañía de ametralladoras del II Batallón mantuvo la suficiente disciplina como para llegar con sus cuatro armas automáticas[73], logro no menor, habida cuenta del peso y de lo embarazoso de las mismas.

Zaragozá[74] señala que había un escalón superior, con él dirigiendo a los Ingenieros y a los 280 hombres con 200 fusiles de Ceriñola; Berrocoso, también de Alcántara, al África, y Primo a su propio regimiento y a la Artillería.

En conjunto, en el estrecho recinto se reunían una serie de mandos a cuyos testimonios se ha prestado especial atención en el presente trabajo para seguir los llamados sucesos de Melilla. Allí estaban, en efecto, para la última defensa, Pérez Ortiz, Sainz Gutiérrez, Aguirre, Correa y Gilaberte, la mayoría de los cuales resultarían heridos.

La principal preocupación de Navarro, naturalmente, era el abastecimiento de agua, del que todo dependía. Hubo que pagar por él un alto precio en bajas, pero no era ese el único coste. Cada aguada implicaba un gasto de municiones, y en Arruit la pólvora era aún más cara que la sangre. Se establecía así un círculo imposible: sin agua no se podía resistir, pero para conseguirla se consumían vidas y cartuchos que eran imprescindibles para la defensa.

En un intento de facilitar la operación, para protegerla se destacó una compañía de San Fernando a una casa vecina. Aguantaría en ella sin relevo, y suministrada precariamente, hasta el final.

En las aguadas se empleaba un núcleo de tropas, por turno entre los cuerpos, aunque los mandos de ellos tienden a sostener que únicamente los suyos las realizaban. A su amparo, salía un grupo de hombres desarmados –un sargento y dieciséis hombres, era lo usual– que, bajo el fuego de un enemigo bien atrincherado, atravesaba una extensión de entre doscientos y trescientos metros, llenaba apresuradamente las carricubas, y las llevaba de vuelta a la posición. Al menos en una ocasión participó una mujer, María Gómez, de 57 años de edad, cantinera de la posición, que recibió dos tiros en una pierna[75].

Se trataba de una labor tan penosa como arriesgada, pero irrenunciable. Hubo ocasiones, sin embargo, que al ser tan fuerte la oposición que se encontró, se tuvo que suspender, aunque solo para renovarla al día siguiente, si se quería evitar que los soldados, deshidratados por el intenso calor, se derrumbaran.

Se utilizaron al principio las dos carricubas y las dos petrolinas que había, hasta que algunas de ellas quedaron tan atravesadas a balazos que se recurrió a las cantimploras y latas, lo que alargaba considerablemente el proceso de acopio de agua, aumentando el riesgo.

Los papeles del Archivo Histórico detallan todas las aguadas desde el 29 de julio al 9 de agosto, cuando terminó la defensa. Las desconsoladas líneas[76] dicen

[73] Declaraciones del soldado Ángel Palacios, el 13 de enero de 1922, en AHN, TS, 51 N 38, folio 93.
[74] Ibíd., 51 N 15, declaraciones de 12 de marzo de 1923, folio 4205.
[75] Su testimonio, de 3 de septiembre de 1921, está en ibíd., 51 N 38, folio 42.
[76] Ibíd., 51 N 13, sin foliar.

el 30 de julio, «se intenta aguada […] imposible conseguirlo»; el 2 de agosto, «aguada interrumpida»; el 3, «no se puede hacer aguada»; el 4, «no se hace aguada»; el 7, lo repite, añadiendo, «imposible salir por mucho fuego»; el 8 y el 9, «sin agua». Más de la mitad de los días, pues, la guarnición o no tuvo nada que beber o, como sucedió tras una salida fracasada, la ración se redujo a únicamente un jarrillo para cada cuatro hombres, y para todo el día. Los orines mezclados con colonia que se utilizaron por algunos como sustitutivo, no solo eran repugnantes, sino que no engañaban la sed.

La comida fue otro problema. El 2 de agosto la ración estaba reducida a treinta gramos de legumbres, «un puñadito de arroz», mientras duró, y dos mililitros de aceite, por lo que se empezó a distribuir carne de los caballos que morían de sed o por los disparos. Debido a la escasez de agua, los garbanzos, y la cebada, que también se incluyó en el rancho, se tostaban, mientras que la carne se asaba.

Pérez Ortiz[77] ha dejado la descripción de escenas dignas de una pintura negra. Un día que un cañonazo ha acertado en un grupo de caballos, «se ven por todas partes grupos de soldados cebándose como buitres en los recientes cadáveres, a los que, con los machetes, con navajas, como pueden, descuartizan y descarnan, hasta dejar sobre un charco de sangre y basura los abultados despojos del animal».

Por la noche, se arrastraban fuera del parapeto los cuerpos de los animales, que se quedaban pudriéndose al sol, despidiendo un olor nauseabundo. Los de los hombres que fallecían planteaban una dificultad añadida. La posición estaba batida en su totalidad, el suelo era muy duro, y nada más se disponía de dos picos y una pala. Los Ingenieros, jugándose la vida, los sepultaban, pues, someramente, casi a ras de tierra, con lo que su hedor contribuía al ambiente dantesco. A veces, una explosión los desenterraba, dejando al aire unos restos espeluznantes. Finalmente, se apilaron los muertos, renunciando a cavar tumbas.

La suerte de los heridos era terrible. La «infección» se había extendido, y, ante la falta de medios y de higiene, cualquier rasguño acarreaba la muerte. Un cañonazo impactó en el local usado como enfermería, matando a los pacientes y destrozando los pocos medicamentos que quedaban. Frente a tanta adversidad, los cinco médicos presentes realizaron una encomiable labor, continuando en su puesto incluso después de haber sido heridos ellos mismos. La cantinera de Batel[78] y enfermeros, algunos de los cuales resultaron muertos, les auxiliaban como podían. El único capellán que había, de Alcántara, se distinguió atendiendo bajo el fuego a cuantos requerían sus servicios. Desapareció, como se calificó a los fallecidos cuyos cadáveres no se identificaron, el último día del asedio.

De nuevo, hay que acudir al teniente coronel de San Fernando[79] para un lastimoso retrato de los heridos: «sucios, derrotados, cubiertas de mala manera sus heridas con guiñapos ensangrentados, cojos unos, arrastrándose con improvisadas

[77] Pág. 131.
[78] Testimonio de Juana Martínez, de 27 de agosto de 1921, en AHN, TS, 51 N 38, folio 15.
[79] Pérez Ortiz, pág. 133.

muletas, mancos otros, lisiados de toda especie, formando apretados grupos a lo largo de los muros, donde encuentran un poco de sombra».

Sobre todo ello, el bombardeo y el tiroteo incesantes, que barrían todo, no dejando un rincón a salvo, en «un espacio que no excede la tercera parte de lo que ocupa la Puerta del Sol»[80] de Madrid. Entre las primeras víctimas estuvo Primo de Rivera, con un brazo arrancado. Se le operó con medios de fortuna, con un pañuelo empapado en agua de Colonia por todo anestésico, y soportó la intervención con un valor que causó general admiración. Al poco, la gangrena lo mató[81]. También murieron bajo el fuego de la artillería el comandante Simeoni y el capitán Sánchez Monge, este último tras serle amputada una pierna destrozada. El propio Navarro fue herido en una pierna, y resultaron alcanzados Sainz Gutiérrez y Gilaberte, mientras que al intérprete Alcaide «una granada le hizo un surco en la espalda y le llevó dos dedos de la mano derecha», teniendo que recurrir a unos trapos viejos como vendaje[82]. Con él, prácticamente todo el cuartel general fue baja, por lo que para que continuara funcionando, se tuvo que recurrir a los servicios de Aguirre, diplomado de Estado Mayor.

Se explica, en tan ásperas circunstancias, que en una ocasión soldados –parece que la mayoría de Ceriñola, y que algunos estiman en hasta doscientos– saltaran desesperados el parapeto, fiados de las promesas de libre paso que los cabileños les hacían a gritos. No bastaron para detenerles las amenazas de sus oficiales. No se volvió a repetir el hecho, porque casi todos fueron asesinados a la vista de la guarnición. Solo algunos afortunados llegaron a Melilla, donde contaron fantásticas historias para ocultar su cobardía.

Los días discurrían bajo el implacable fuego enemigo, que dejaba una larga lista de muertos y heridos. Por citar un ejemplo, el 5 de agosto fueron baja 2 oficiales y hubo 28 muertos y 57 heridos de tropa[83]. La guarnición, corta de municiones, apenas podía responder, teniendo instrucciones de disparar únicamente a blancos que distaran menos de cincuenta metros. No se aplicó esta norma a los tenientes Climent, de Alcántara y Prieto, de la Policía, que por su excepcional puntería fueron designados francotiradores, «contra-pacos».

Por las noches, la guarnición derrengada, sedienta y hambrienta, oía las burlas de los cabileños, que se mofaban imitando el ruido de la locomotora y de la campana del tren de Melilla, que nunca llegaría a la estación.

No hubo día bueno en Arruit, pero quizás el peor fue el 2 de agosto, cuando, al amparo de banderas blancas, seiscientos sitiadores lanzaron un asalto, logrando coronar los parapetos. Se les rechazó tras un estrecho cuerpo a cuerpo, en el que

[80] Rodríguez de Viguri, pág. 52.
[81] En un gesto muy infrecuente, Alfonso XIII iría a visitar a su viuda para darle personalmente su pésame.
[82] Ver sus segundas declaraciones de 27 de junio de 1923, en AHN, TS, 51 N 17, folio 5012.
[83] Ibíd., 51 N 13, folio 3432.

se distinguieron Alcántara y África, causándoles unas pérdidas que los distintos testimonios sitúan entre cincuenta y setenta.

La falta de agua y de comida, las bajas y el calor sofocante fueron desgastando a los hombres, hasta que incluso los heridos menos graves prestaban servicio, y se tenía que relevar a los centinelas cada cinco minutos, «pues se hallaban totalmente extenuados»[84]. El teniente García Benítez afirma que «sus soldados, más que hombres, parecían espectros». Su compañía, del África, que contaba 63 efectivos al llegar a Monte Arruit, estaba reducida al final a 12, y tenía heridos a los 2 oficiales[85].

Ciertamente, la sensación de sentirse abandonados tuvo que afectar también a la guarnición. Como se verá en el siguiente epígrafe, Berenguer no mandó un soldado en su ayuda. Se limitó a ordenar que la exigua aviación realizara vuelos de abastecimiento, aunque quizás hubiesen resultado más útiles si hubiesen sido de bombardeo. Sin embargo, la escasez de aviones, la poca precisión en los lanzamientos, que supuso que la mayoría de los paquetes cayeran en el campo contrario, y los medios de fortuna con que se hicieron –unos toscos paracaídas improvisados– garantizaban que los envíos fuesen casi anecdóticos, a pesar del valor de las tripulaciones[86].

Se arrojaron así algunas barras de hielo, que se utilizaron para mitigar la sed de los heridos; munición, que quedaba fuera de uso por el impacto contra el suelo y sacos terreros con panes, en tan corta cantidad que tocaban a dos piezas por compañía, lo que hizo que se reservaran para los heridos y enfermos. También, dos cajas de medicamentos; en una, llegaron «todos revueltos y sin poder utilizarse»[87]; en la otra, en cambio, cerca del fin del asedio, «bien preparados entre los algodones [...], había frascos de tintura de yodo y de cloroformo»[88]. Uno de los paquetes traía un ejemplar del *Telegrama del Rif,* que relataba la masiva llegada

[84] Lo afirma el soldado Domingo Tortosa, en su segundo testimonio, el 10 de mayo de 1923 (ibíd., 51 N 16, folio 4467).

[85] Declaraciones de 1 de febrero de 1923, en ibíd., 51 N 20, folio 6172v.

[86] La aviación actuaba desde un aeródromo improvisado en los terrenos de la Hípica, establecido por los ingenieros con ayuda de Infantería. El *Diario de Operaciones* facilita la siguiente información sobre su actividad: mes de julio, día 29, «vuelos de observación buscando la columna del general Navarro»; 30, «tres vuelos», «arrojando víveres»; 31, «vuelos», sin más precisión. Agosto: día 2, «un vuelo» de cinco aparatos, con víveres, municiones y material sanitario; 3, cuatro aparatos vuelan dos veces, con municiones; 4, «tres vuelos por dos aparatos», llevando «efectos»; 5, cuatro aparatos, con pan; 6, «ocho vuelos por cuatro aparatos», con víveres y material sanitario; 7, cuatro aparatos, nueve vuelos, víveres, municiones y material sanitario; 8, cuatro aviones, siete vuelos, con víveres; 9, tres aviones, cinco vuelos, víveres y material sanitario; 10, vuelo de reconocimiento (para confirmar la pérdida de la posición). Parte de esos vuelos se hicieron sobre Zeluán, donde fueron aún menos eficaces por el reducido tamaño de la zona de lanzamiento. Berenguer, respetuoso con las tradiciones, llamaba «convoyes» a esas operaciones de suministro aéreo. La duración del vuelo de Melilla a Arruit era de veinticinco minutos.

[87] Testimonio ya citado de García Benítez.

[88] Pérez Ortiz, pág. 142.

de refuerzos a la plaza. Su lectura en público provocó inusitado júbilo en aquel cementerio, pero el paso de los días se encargó de apagarlo.

Gran parte de las cargas cayó fuera de la posición, lo que se debió, en parte, a las reducidas dimensiones de la misma. Cabanillas aduce otra razón: «puedo asegurar que […] había orden de que los aviadores no se arriesgasen demasiado, porque sería inútil todo esfuerzo». Se les habría aconsejado «prudencia», llegándose incluso a amenazar «cordialmente» con arrestar al que volviera con impactos enemigos[89]. Sainz Gutiérrez corrobora que los lanzamientos se realizaban desde bastante altura, menos en una ocasión, cuando el piloto Hidalgo de Quintana «se tiró sobre Monte Arruit, así, materialmente, parecía venía a estrellarse contra nosotros», volando a menos de cien metros, entre las ovaciones de los sitiados y la fusilería enemiga. Los tres sacos que llevaba cayeron en el objetivo[90].

Dos días de luto

En realidad, la senda hacia la muerte de la guarnición de Monte Arruit empezó el mismo día que Navarro entró en la posición, habida cuenta de que, como se ha visto, el 29 de julio Berenguer ya había decidido que carecía de medios para auxiliarla.

Como permiten apreciar sus conferencias con Eza durante esos días, mantuvo esta actitud inalterable hasta el 9 de agosto, no obstante la constante llegada de refuerzos desde la península.

La opción del alto comisario condenaba, asimismo, a otras dos posiciones sitiadas, Nador, a una decena de kilómetros de Melilla, y Zeluán, aproximadamente a la misma distancia de aquella.

Mandaba en Nador[91] el teniente coronel Pardo, jefe de la Brigada Disciplinaria, cuyo comportamiento le valió la inquina, quizás excesiva, de Berenguer, quien más de un año después escribirá afirmaciones como «no se vio en toda la actuación de este jefe ningún destello de voluntad de sacrificio por la patria»; «no podía contar con el espíritu de aquel jefe»[92], o que se preocupaba más «de su

[89] Cabanillas, págs. 43-44.
[90] Sainz Gutiérrez, pág. 80.
[91] Resulta muy útil para los aspectos más discutidos de este asedio la documentación existente en AHN, TS, 51 N 10, folios 2633-2651v. En 51 N 5, folios 1545v-1548, bajo el título *Noticias de Nador,* figura una transcripción de las comunicaciones enviadas y recibidas. Las declaraciones de Pardo, de 3 y 20 de agosto de 1921, están en 50 N 2, folios 244-255 y 261-266, respectivamente; las del teniente Fresno, de la Guardia Civil, en 50 N 9, folios 1863-1865. Falta el primer folio, por lo que se desconoce la fecha en que se hicieron.
[92] Lo dijo en respuesta a la pregunta 26.ª, en ibíd., 51 N 2. Las citas en concreto corresponden a los folios 553 y 556, pero entre los folios 550 y 556 expone su punto de vista sobre la defensa de Nador, con transcripción de las comunicaciones entrecruzadas.

abandono [del poblado] que de ponerlo en condiciones de resistir»[93]. Dos años después de la caída, el general continuaría manteniendo la misma tesis[94].

Indiscutiblemente, Pardo, tras su incorporación el 23, cometió errores de bulto. Dejó seguir a la plaza a las fuerzas de Intendencia que se replegaban, por orden, armadas y organizadas, y envió a Melilla, junto a la bandera de su unidad, más de un centenar de fusiles, que nadie le había pedido, quemando el resto. Sin pensar en oponerse a la turba de simples merodeadores que el 24 invadió las calles, se encerró en la fábrica de harinas con tanta precipitación, que no llevó consigo suficientes municiones ni víveres, que sobraban en el poblado. Quedó así cercado, con 164 hombres. Entre ellos, 24 guardias civiles; un teniente y 18 soldados de Regulares –tres de ellos marroquíes[95]– con el «oficial moro» de la 3.ª Compañía del III Tabor del mismo cuerpo, que prestó destacados servicios–, y nueve civiles. También había dos mujeres con dos niños.

Por todo alimento se contaba con «harina de cebada sin cribar –que se acabó el 1 de agosto–, trigo tostado y ajos asados»[96]; se carecía de medicinas y solo disponían de una corta reserva de agua dulce que se acabó pronto, teniendo que recurrir a la salobre que «causaba vómitos y diarreas, sin apagar la sed». Hay que añadir, asimismo, que el enemigo disponía de una pieza de artillería, con la que cañoneaba impunemente la posición.

Lo peor es que Pardo mostró desde el principio un irrefrenable deseo de retirarse a la plaza, reflejado en sus poco gallardas comunicaciones y en cómo exageró sus innegables dificultades. Así, por ejemplo, el 25 de julio anunció que «para media noche espera quedar sin un disparo», lo que era manifiestamente falso.

En su parcial descargo hay que anotar que, desde el principio, antes de la llegada de Berenguer, Melilla le negó toda ayuda, y que después del desembarco de aquel se le alentó con promesas de socorro que nunca se cumplieron, habiéndosele asegurado el 26 de julio «no tardar dos días» en auxiliarle[97].

Por fin, el 2 de agosto, cuando horas antes el alto comisario le había dicho que resistiera «cinco o seis días, que es tiempo que calculo tardaré en poder moverme hacia ese poblado», capituló, con el apoyo unánime de todos sus oficiales, convencido de que, en caso contrario, «la catástrofe era inevitable e inútil el sacrificio». Para entonces, en la posición «el olor era insoportable, por la

[93] Respuesta a la pregunta 27.ª, dedicada a Nador, folio 567. La 28.ª, folios 572-573, versa sobre el mismo asunto.

[94] *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 333, declaraciones de 7 de agosto de 1923.

[95] Declaraciones de 14 de marzo de 1923, del teniente Rodrigo, que se quedó voluntario (AHN, TS, 51 N 15, folio 3841). La improvisada guarnición, aparte de los miembros de la Brigada Disciplinaria y de Ceriñola, refleja el desplome de la Comandancia General. Había allí gente de San Fernando, Melilla, África, Ametralladoras de posición, Ingenieros, artilleros, Sanidad, Intendencia, Policía y hasta de la guardia urbana (ibíd., 50 N 3, folios 671-673, con una relación nominal.

[96] Ibíd., 50 N 3, folio 514v, declaraciones del comandante Almeida, de 3 de septiembre de 1921.

[97] Ver el extenso informe de Pardo, de 2 de agosto de 1921, en AGMM, Comandancia General de Melilla, signatura 969, legajo 264, carpeta 32.

descomposición de los cadáveres, y estar convertida la fábrica en una letrina»[98]. Excepcionalmente, los cabileños respetaron los términos del acuerdo, y la guarnición, con sus enfermos y heridos, llegó a Melilla[99]. Había tenido veintitrés de estos y nueve muertos[100], cuyos cadáveres no se retiraron «por haber sido quemados y estar candentes las cenizas»[101].

Una crónica describe el fin. Cuando el periodista se encontró con la columna Sanjurjo, que estaba en movimiento, le preguntó el general:

«–¿Pero Vd. sabe lo que va a ver?

–Se dice que van a Nador.

–Todo lo contrario; los de Nador vienen.

Sanjurjo estaba enojadísimo».

Agrega el reportero: «se veía venir. Dieciséis mil hombres en Melilla y [...] estar a la vista de Nador todos los días y no ir en su auxilio, tenía que tener este final»[102].

Casi simultánea a la caída de esa posición, fue la pérdida de los dos núcleos de resistencia que existían en Zeluán[103], el aeródromo y la alcazaba. En el primero dirigieron la resistencia los dos oficiales mencionados en el capítulo anterior cuando se comentó la suerte de la escuadrilla allí basada: el teniente observador Martínez Vivancos, y el alférez Martínez Cañadas, con 46 hombres. En la segunda, el peripatético capitán Carrasco, de la Policía, que del 22 al 23 de julio no dejó de ir de un lugar a otro. Disponía de 482 hombres, de los cuales, según dictamen facultativo, solo doscientos útiles. Entre ellos, figuraba la guarnición original –una sección de una compañía provisional de Ceriñola–, y una colección abigarrada de fugitivos de distintas armas y cuerpos retenidos a la fuerza cuando huían hacia Melilla desde el frente. Mucho más sólidos eran los 135 jinetes de Alcántara, llegados allí por órdenes. Parte pertenecían al escuadrón que se había improvisado en Drius con los hombres y los jinetes en peores condiciones del regimiento, y los demás eran restos de los Escuadrones 1.º, 2.º y 4.º, y una sección del de ametralladoras, deshechos en combate. Había, también un pequeño grupo de guardias civiles y otro de Ingenieros, enviados por sus mandos desde Arruit, así como mujeres, niños y civiles, españoles, y familias de los Regulares desertores. De estos habían quedado algunos leales, como el askari Abd el Kadel el Hosti,

98 Declaraciones de Almeida, folio 515.

99 Pardo fue procesado, por advertir el juez instructor posibles delitos de desobediencia, negligencia y contra el honor militar.

100 Una lista de bajas está en AHN, TS, 50 N 3, folios 674 y 675.

101 Testimonio de Almeida, folio 515v.

102 Crónica de Corrochano en *ABC* de 5 de agosto de 1921, pág. 7.

103 Para los intercambios de comunicaciones con esta posición, ver *Noticias de Zeluán*, en AHN, TS, 51 N 5, folios 1548-1550v. También, las declaraciones ya citadas de Berenguer, folios 556-558, que contienen algunos comentarios.

del 3.er Escuadrón, que tuvo instrucciones de quedarse «por no ser de este país y considerársele fiel»[104].

Como primera providencia, y ante la escasez de efectivos del aeródromo, Carrasco le envió como refuerzo al alférez Maroto, de Alcántara, que se presentó voluntario, igual que treinta soldados de su regimiento. Con ello solo se resolvió un problema, aunque existía otro igualmente o más grave; la alcazaba tenía alguna cantidad de comida y municiones, pero la aguada requería salidas muy costosas, mientras que el aeródromo carecía de los dos primeros elementos, aunque disponía de un aljibe, si bien también muy batido por el enemigo.

Las dos posiciones, cercadas desde el 24, se apoyaron mutuamente, en la medida de lo posible. El 26, la alcazaba envió un destacamento montado a través de las líneas contrarias, con un borrego y un saco de arroz, que, haciendo fuego a caballo, llegó a su destino. En la operación murió el capitán Fraile, de Alcántara, y un soldado del mismo regimiento acabó con tres enemigos, regresando con sus fusiles. Parece que el 30 se pensó en una salida de la guarnición para alcanzar la Restinga, pero se desistió de ello, ante la falta de medios para evacuar a los heridos. El día siguiente un sargento del mismo cuerpo, junto con dos hombres, logró llegar al aeródromo, llevando otro borrego y un saco de café. A diferencia de la primera expedición, esta no regresó, quedándose allí y siendo utilizadas sus monturas como comida. Por su lado, el aeródromo mandó el único camión que tenía, con agua sacada del aljibe a costa de pérdidas serias. La idea era que volviera con alimentos, pero en el viaje de vuelta sus ocupantes fueron muertos por los cabileños[105].

El día 3 de agosto ambos puntos se perdieron, en circunstancias confusas, pero parece que debido a que los sitiadores aprovecharon unas negociaciones de capitulación para abalanzarse sobre ellas. «La invasión de los moros fue espantosa»[106]; entraron asesinando a diestro y siniestro, y encerraron a los supervivientes en la llamada casa La Ina, donde acabaron con ellos, entre torturas. Los españoles que entraron allí semanas después dejaron descripciones horripilantes de lo que se encontraron. Muy pocos lograron huir.

Habían resistido honorablemente, más que al enemigo, cuya presión careció de mordiente, ya que había «poco fuego, que se hacía muy intenso cuando trataban de salir por agua»[107], a las privaciones y falta de medios. Así, en el aeródromo se aguantaron los tres últimos días comiendo carne de caballo cruda[108] y bebiendo

---

104 Su testimonio, de 24 de diciembre de 1921, figura en ibíd., 51 N 38, folio 181.

105 La alcazaba les había comunicado que «por cada cubo de agua que les enviasen, mandarían un borrego» (declaraciones del alférez Maroto, de 1 de febrero de 1923, ibíd., 51 N 15, folio 3877).

106 Declaraciones del teniente Ribera, de la 7.ª Mía de Policía, de 3 de octubre de 1921 (ibíd., 51 N 38, folio 77v).

107 Testimonio del soldado Hermenegildo Cabús, de Alcántara, el 10 de octubre de 1921, en ibíd., 51 N 38, folio 89v.

108 Nota del servicio de aviación, en ibíd., 50 N 2, folios 447-448.

el agua de los radiadores de los aviones, que estaban acribillados a balazos. En la alcazaba, al final llevaban dos días sin beber, porque el agua del río en el que se abastecían estaba corrompida por los cadáveres que arrastraba; contaban únicamente con tres cajas de municiones y se les habían acabado los borregos y las cabras, muertos de sed, quedando únicamente dos sacos de harina, usados como parapetos[109]. Aún así, Civantos[110] estima que la defensa se «pudo seguir sosteniendo más tiempo», lo que no es evidente, desde luego a medio o largo plazo. Quizás Troncoso sea más creíble cuando dijo que «bien pudo resistir la defensa algunos días más, si hubiera tenido la más ligera idea de que las tropas españolas en Melilla se movían»[111].

En cuanto a la moral, al menos en al aeródromo se mantuvo alta, con un soldado de Caballería dedicándose a tocar la guitarra en los momentos de calma, demostrando que, tras once días de fuego Alcántara seguía siendo el mismo. El alférez Maroto, de esa unidad, tuvo la serenidad suficiente para, en el último momento, quemar los seis aviones. Por otro lado, el soldado de Ingenieros Francisco Martínez Puche, ganaría una laureada, por su heroísmo durante uno de los convoyes entre ambas posiciones.

En el lado negativo había que referirse al escandaloso comportamiento de un auxiliar de Intendencia, que en la alcazaba tuvo la bajeza de vender a la guarnición los víveres del Estado de que era depositario[112]. Picasso lo quiso procesar[113], naturalmente, pero el individuo desapareció antes de que pudiera hacerlo.

Después de haber comentado tantas traiciones, es gratificante anotar que casi todos los que se salvaron de la matanza se lo debieron a marroquíes. Fue el caso de Francisca Valenzuela[114], que tras resistir todo el asedio pudo escaparse, con un tiro en el brazo. Un cabileño la llevó a las líneas españolas, junto a la cantinera de Batel y el intérprete Alcaide. María Martínez y su hija, Antonia Galán, asimismo supervivientes de la alcazaba, se salvaron merced a la actuación sucesiva de un sargento de Regulares, de Ben Chelal y de un judío, que aportó dinero de su bolsillo[115]. El suboficial Jimeno, de Alcántara, cuando empezó la matanza, «se puso una chilaba y se quitó el gorro y las medias botas». Pudo así llegar hasta el proveedor de carne del regimiento, que le ayudó a huir[116].

---

[109] Primeras declaraciones del teniente Bravo de Alcántara, en ibíd., 50 N 4, folio 803. No figura fecha.

[110] Testimonio de 27 de febrero de 1923, en ibíd., 51 N 15, folio 4241.

[111] Ibíd., folio 3903v. Testimonio del teniente Troncoso.

[112] Segundo testimonio del teniente Bravo, de 18 de octubre de 1921 (ibíd., 50 N 7, folio 1382). Un capitán le compró harina para alimentar a sus soldados. También vendió vinagre, a 40 céntimos el litro, que se utilizó para disminuir la salinidad del agua salobre de que se disponía.

[113] Ibíd., 50 N 10, folio 2047.

[114] Sus declaraciones, de 3 de septiembre de 1921, están en ibíd., 51 N 38, folio 43.

[115] Ver el despacho de 19 de octubre de 1921 del cónsul de España en Uxda, en ibíd., 50 N 8, folios 1771-1772v.

[116] Su testimonio, de 27 de octubre de 1921, en ibíd., 51 N 38, folio 116v.

Hay que añadir, por lo que respecta a los temores del alto comisario respecto a la harca del Rif, que «la totalidad de los moros era conocida de aquellos lugares, muchos de la Policía, sin que vinieran entre ellos rifeños»[117]. Otras fuentes añaden, además, a desertores de Regulares.

Para el Gobierno, la caída de Nador y de Zeluán fue el golpe de gracia. Muy combatido desde el principio del desastre, el 4 de agosto somete al rey la cuestión de confianza, conociendo de antemano el resultado que tendría[118].

Para Berenguer, que puso su cargo a disposición del ministro, también suponía un serio contratiempo. Nador estaba situado en el boquete existente entre la Mar Chica y las estribaciones del Gurugú, la salida natural de Melilla hacia el interior del territorio. Era, por tanto, la primera y más sencilla etapa para un eventual avance en dirección de Arruit, siendo Zeluán la segunda. Pero precisamente la importancia de ambas posiciones hace inexplicable, de un lado, que el 22 ambas estuvieran guarnecidas por solo una sección de una compañía provisional de Ceriñola, y, de otro, que se dejaran transcurrir nueve días sin socorrerlas, cuando el 2 de agosto ya había 16.853 hombres de refuerzo en Melilla, con 4.145 cabezas de ganado[119], lo que ciertamente les daba capacidad de movimiento, y con sendos grupos del 1.º de Artillería de Montaña y del 3.º y el 4.º de Ligera, además de las dos baterías de Ceuta[120].

Porque durante esos días la maquinaria puesta en marcha por Eza, si bien a trompicones, ha seguido generando fuerzas. El alto comisario[121], condescendiente, admite que «si es cierto que las unidades vienen deficientes, no se podía pedir más a tan rápido tránsito del pie de paz al de guerra». Pero, de hecho, sí que pide más: artillería pesada del 15; tanques, «aunque ya sé no los tienen»; el 2 de agosto, diez batallones adicionales; incluso un acorazado, el día siguiente… Por lo que se refiere a lo ya recibido, está plagado de defectos, asegura. La transcripción de una de las conferencias incluye hasta treinta apretadas líneas enumerándolos. En cuanto a los anhelados carros de combate, llegarían, eventualmente. El 15 de marzo de 1922 desembarcaron once de ellos. Su armamento consistía en una ametralladora, y se comentó con admiración que podían alcanzar hasta los tres kilómetros por hora.

Ve otro problema cuando Eza le dice que se está replanteando el llamamiento de los hombres del tercer año, «previniendo así cualquier posibilidad de mal efecto», y reacciona indicando que eso impondría un retraso más en sus preparativos.

[117] Nota de aviación, ya citada.

[118] Se lo dijo Eza a Berenguer ese mismo día mediante telegrama calificado de «personal y reservado. Descifre V. E. personalmente» (lo transcribe Berenguer en su respuesta a la pregunta 30.ª, folio 587).

[119] AHN, TS, 51 N 17, folio 5061, *Estado que manifiesta las fuerzas que había en Melilla*. Solo incluye cifras de hombres y de ganado, no de material.

[120] Para la artillería llegada hasta ese día, ver ibíd., 51 N 3, folios 988-997.

[121] Sus conferencias con Eza del 30 de julio al 2 de agosto están en ibíd., 50 N 1, folios 139-163.

Le preocupa, especialmente, el caso de los apuntadores y otro personal especializado de Artillería. Parece olvidar que en Melilla tiene varios cientos de hombres de ese arma, pertenecientes a la antigua guarnición.

Con todo, el goteo de envíos no ha cesado, e incluye ya una brigada de Caballería incompleta, por lo que tuvo que ser aumentada en un tercer regimiento; un Bristol y cinco De Haviland, tres de la escuadrilla de Ceuta y dos de Larache[122], y cuatro generales: Cabanellas, Fresneda, Neila y Cavalcanti, en calidad de comandante general este último[123].

Mientras, los días en Melilla han transcurrido «con absoluta tranquilidad», y las bajas han sido casi inexistentes, un muerto y un herido, entre el 29 de julio y el 2 de agosto.

Las noticias del enemigo, dejando al margen los rumores sobre grandes movilizaciones, parecen alentadoras: «sigue desconcierto entre cabileños […] La harca rifeña continúa aún en Annual»[124].

Pero de todo ello no deduce Berenguer nada que le haga cambiar de opinión, al contrario. Cuando el ministro, cauteloso, había aventurado que «da pena tener relativamente cerca a Navarro y no poder realizar un esfuerzo que sería tan propio de nuestra legendaria hidalguía», le respondió el 31 de julio: «haciendo un gran esfuerzo, y arriesgando un importantísimo combate, podría intentar algo sobre Nador […], pero debilitaría la capacidad de la plaza con grave exposición». Se lo repite, el 2 de agosto, día de la capitulación: «la marcha de la columna sobre Nador podría ser muy sangrienta». Además, afirma, sus generales están de acuerdo en esa valoración. Ante la andanada, Eza se repliega.

Parece que, en cambio, el alto comisario no le comentó un telegrama de Alhucemas, del día anterior[125], por el que se transmitía una petición de su emisario Dris Ben Said diciendo que necesita «1.000 duros, para empezar», a fin de «disolver las harcas», para lo cual está en contacto con varios notables; «conseguidos propósitos satisfactoriamente», habría que aportar otros 8.000. En efecto, el general, firme partidario de la «acción política», y desconfiando de su potencial militar, ha recurrido a un fiel aliado para que, de un lado, siembre la discordia entre los enemigos, al tiempo que, de otro, realiza gestiones cerca del dirigente rifeño.

Berenguer se hace eco en la conversación de «grandes desavenencias entre Beni Urriaguel con [sic] Beni Bu Yahi y Metalza, pues el deseo de Abd-el-Krim de permitir posición Monte Arruit sea evacuada después de entregar las armas» molesta a esas cabilas, que «no quieren dejar libertad columna», lo que ha generado

122 Berenguer anunció la llegada del Bristol el 29 de julio, y la de los demás aparatos en la madrugada del 2 de agosto. Sin embargo, según noticias de prensa, había también, al menos, un Avro, y dos Havilland más, procedentes de Madrid.

123 No llegaron hasta el 30 y el 31 de julio, una semana después del inicio del desastre. Mucho tiempo parece.

124 Conferencia del 31 de julio, a las 20:15.

125 AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo 1, carpeta 8.

«grandes disgustos», alimentados porque «Abd-el-Krim no quítales armas a los suyos y sí a los de aquí». En resumen, quizás «el momento sea el más oportuno para tratar de separarles y hacer que lleguen a las manos».

El alto comisario, pues, estaba al corriente de los problemas internos de los enemigos, lo que, obviamente, les debilitaba, y los intentaba fomentar, pero sigue sin operar. Es posible que esperara que estallasen en una confrontación abierta entre ellos. Al fin y al cabo, y como se ha visto antes, ese era uno de los elementos tradicionales de la estrategia española, como se había demostrado en su permanente interés en anular el sistema de multas para que se impusiera la deuda de sangre.

Las reticencias del general engloban cualquier movimiento en cualquier dirección. El 2 de agosto el Gurugú sigue siendo tierra de nadie; sin embargo, se niega a tomar posiciones en él, no únicamente por falta, en su opinión, de fuerzas, sino porque «aun disponiendo de elementos, era cosa a pensar antes de decidirse», ya que «tiene un aprovisionamiento muy difícil». Se arrepentirá amargamente, luego, cuando sea demasiado tarde.

Porque la única carta para el alto comisario, inconmovible a pesar del flujo continuo de tropas, sigue siendo la negociación, no la fuerza, hasta el punto de que dice que cuando avance será, sobre todo, «para producir la sensación de reacción que nos permita ganar terreno para la acción política». De hecho, cuando se produjo la capitulación de Nador y de Zeluán, él ya la estaba pactando por su lado. Por cierto, las noticias de esos tratos, que implicaban que no habría columna de socorro, disminuyeron «muchísimo la moral» de los defensores, según asegura uno de ellos[126]. Efectivamente, tuvo que resultar demoledor no ser auxiliado estando «a la vista y bajo los fuegos de posiciones amigas, como lo eran el Atalayón y Sidi Hamed, a cuyas baterías les sobraba alcance para batir Nador»[127]. Otro efecto perverso de la opción por negociar fue que, en cierto modo, los mandos de las dos posiciones consideraron que al capitular no hacían sino seguir la línea trazada por su superior.

Berenguer mantendrá esa actitud en el periodo que media entre la pérdida de Nador y de Zeluán y la catástrofe final de Monte Arruit, es decir, entre el 2 y el 9 de agosto. Resulta inevitable tratarlo con un cierto detenimiento, ya que sus decisiones costarían la vida a unos dos millares de españoles y a él, aunque temporalmente, su carrera.

Ante todo, hay que examinar la información que continuó recibiendo del campo enemigo, que se puede sintetizar en tres puntos: no era numeroso, estaba dividido y no contó con la ayuda rifeña, excepto durante los últimos días.

---

[126] Testimonio del 2 de febrero de 1923 del alférez Troncoso, de Alcántara, AHN, TS, 51 N 15, folio 3901.

[127] Escrito de Pardo, de 9 de enero de 1923, en la documentación ya citada, en ibid., 51 N 10, folio 2639.

Así lo testimonian todos los informes del servicio de inteligencia[128], confirmando lo que venían diciendo desde antes.

El 30 de julio, comunicaron que los Guelaya habían pedido a Abd el Krim que enviase una harca, recibiendo por respuesta «que ellos [los rifeños] pelean por defender la independencia de su territorio, y que éste se extiende hasta el Mauro, donde tiene su límite». Si querían su ayuda, «que trasladen sus familias al Rif», lo que era una forma de pedir rehenes; «si no proceden así, ellos, los rifeños, no pasarán el Kert, dejarán a los Guelaya que independientemente hagan lo que tengan por conveniente»; «de lo contrario, los Beni Urriaguel se limitan solamente a defender su territorio»[129]. En efecto, veían ese río como una verdadera divisoria: «nosotros no queríamos pasar el Kert, y establecer allí la frontera», dirá el hermano de Abd el Krim a Oteyza[130].

En una carta con la misma fecha, notables Beni Sidel aseguraban al capitán Cayuela que «nosotros no hemos tomado parte en el levantamiento, sólo lo ha hecho el pueblo», mostrando las diferencias entre clases mencionadas en un capítulo anterior, y un punto más de debilidad de las cabilas; «cuando éste [el Gobierno español] llegue, nosotros estaremos con él». Afirma que los Beni Urriaguel llegarán el lunes [el 30 era sábado] y que «les tememos [...] Esperamos a vos antes de que llegue la harca de Beni Urriaguel».

El 31, se dice que en el zoco hubo gran debate entre Guelaya, Ulad Settut y Quebdana, y que «acordaron no unirse a la harca por miedo a las represalias de nuestras fuerzas»; «en general, la situación hoy es buena, la gente está temerosa del castigo y aún no se sabe si vendrá harca del Rif»[131].

El 1 de agosto, según los confidentes, Abd el Krim ha anunciado «que llegará de un momento a otro»; mientras, ha prohibido los ataques a Melilla. Afirman que en Nador hay 1.500 cabileños, de los cuales, «gente que valga, unos 400, pues los otros sólo se dedican al robo y a la piratería». Berenguer corrobora la escasez de efectivos enemigos, cuando escribe que había «una pequeña harca con contingentes locales»[132].

El 2 se confirma que en Guelaya «los jefes están en buena disposición, y si aún no se han decidido a presentarse y a ponerse abiertamente a nuestro lado es porque ven que el gobierno no se ha decidido a avanzar, cosa que les pone a ellos en una situación muy crítica».

Al día siguiente, se sigue afirmando que la llegada de Abd el Krim es inminente. Caso contrario, «dicen los indígenas que si no viene harca del Rif podrá

---

128 Las citas que figuran a continuación provienen, si no se menciona otra fuente, de informes de confidentes, extraídas de ibíd., 51 N 17, folios 4971-4989. Llegan hasta el 7 de agosto, y se reanudan el 12.

129 AGMM, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14.

130 *Op. cit.,* pág. 80.

131 *Resumen general de confidencias,* facilitado por el coronel Riquelme, AHN, TS, 51 N 1, folio 80.

132 Respuesta a pregunta 27.ª, folio 570.

solucionarse todo fácilmente, que en el caso de que venga nos harán la guerra». Ha habido enfrentamientos entre Beni bu Ifrur y Beni Sidel en Nador, con tres heridos. El ambiente sigue siendo «de expectación»; «la situación general en Guelaya es indecisa, no saben si inclinarse a la paz o a la guerra»; la guardia en el Gurugú «es fácil de alguna sorpresa durante la noche»; «han venido gentes de Beni Urriaguel [...] para tantear la actitud de los Guelaya»[133]. No obstante, «las cabilas no se encuentran conformes con que los Beni Urriaguel constituyan una nación independiente»[134].

El 4, menciona la llegada de setecientos Beni Said y Beni Ulichek; cuatrocientos han ido a Nador y el resto a Sidi Mesaud. Rumores, luego desmentidos, hablan de que el 3 Abd el Krim había entrado en Nador, con gente de Beni Urriaguel. Las harcas no están todavía organizadas. Ben Chelal manda en Zeluán y Arruit –luego se verá que muy relativamente–, y el Mizzian en Nador, pero en otros puntos, como el Gurugú, donde ya hay rifeños, dicen, no existen jefes.

No cesan, además, las disensiones, por un lado, entre el jefe Beni Urriaguel y Beni Said, Beni Ulichek y Guelaya, y, de otro, en el seno de esta última confederación por disputas sobre el destino del botín de Nador. Unos quieren almacenarlo; otros, distribuirlo. El conflicto se debe, de una parte, a que Abd el Krim ha exigido la entrega del botín, a lo que Beni Said y Beni Ulichek han contestado «que como él no es sultán, que no tienen por qué darle lo que Dios les ha deparado». De otra, a la molestia de Beni bu Yahi con Guelaya por no haber recibido su parte del botín[135].

Un informador señala ese día que los Beni Urriaguel siguen sin llegar. Después de Pascua decidirán qué hacen, aunque, en principio, la idea de la cabila es que «ellos tenían que pelear hasta arrojarnos [a los españoles] de sus terrenos, pero que, una vez conseguido esto, que los Guelaya se entiendan con el gobierno para expulsar a éste». Cercando Monte Arruit hay 1.500 hombres, de Quebdana, Beni bu Yahi, Metalza y Ulad Settut.

No es sino el 5 cuando se avisa de la llegada el día anterior, de doscientos Beni Urriaguel y Bocoya, mandados por un jalifa de Abd el Krim. Los Beni Said y Beni Ulichek han prometido su ayuda a los Guelaya «si cumplen los pactos que acordaron», posiblemente relativos al desplazamiento de sus familias. Otra fuente, sin embargo, cree saber que «aún cuando dicen que esperan contingentes del Rif, esto no es cierto, y propalan esa noticia para tener levantado el ánimo de la gente y ver la manera de decidir a Beni Sidel que haga causa común con ellos». La conclusión de ese día es que «la situación sigue con ambiente hostil hacia nosotros, pero estacionaria»[136].

[133] *Resumen General de confidencias,* folio 81.
[134] AGMM, Comandancia de Melilla, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14.
[135] *Resumen general de confidencias,* pero situando esta información el 3 de agosto, no el 4.
[136] Ibíd., folio 83.

El 6 se identifica al enviado de Abd el Krim. Se trata del faquí Ben Alí bu Behaia, y ha traído el mensaje de que aquel «no enviaba contingentes a Guelaya, y que ésta observase con el gobierno la conducta que mejor le parezca». Se afirma que el faquí ha estado en tratos con Navarro, y que han acordado la evacuación de Arruit a cambio de entregar las armas. Ha pedido a los Guelaya «que no hicieran traición a lo por él pactado con el general», lo que se le ha prometido. Otro informador afirma que los Beni Urriaguel están en movimiento «a fin de cooperar al ataque de dicha posición [Arruit] para obligar a nuestras fuerzas a evacuarla». Además, «se dice que Abd-el-Krim llegará hoy a Beni Said».

El 7, la noticia es que ha entrado Bu Ermana, todavía en Beni Said. Trae 1.500 hombres, de los que ha enviado 300 a Nador y otros tantos a Monte Arruit. «Desconfía» de los Guelaya. En previsión de la capitulación de Navarro en Arruit ha enviado caballos, para facilitar la evacuación, y ha reiterado la orden de respetar a los prisioneros españoles. Por otro lado, se asegura que Ben Chelal está en negociaciones con estos. Por último, se afirma que los Beni bu Gafar han enviado representantes al Mauro para hacer acto de sumisión al jefe rifeño[137].

Esta es, pues, al menos parte de la información recibida por Berenguer día a día, que parece confirmar los comentarios hechos más arriba. Llama la atención la escasez de los efectivos contrarios: cuatrocientos verdaderos combatientes en Nador, cien en el Gurugú… Hasta el 4 o el 5 de agosto no se habla de rifeños en el frente y en cantidades de solo unos pocos cientos, cuando, a riesgo de ser reiterativo, se recuerda que desde el 24 de julio, cada día había llegado a Melilla cifras superiores de tropas, con cañones y ametralladoras. Habría que anotar, asimismo, la desconfianza visceral de los rifeños hacia las cabilas de la llanura, justificada, porque la mayoría de ellas permaneció a la expectativa y sin pronunciarse durante más de una semana. Es singular, temían estas a los españoles casi tanto como estos les temían a ellas.

A este respecto, es elocuente la traducción de una carta, sin fecha ni firma, dirigida por unos notables a Abd el Krim. En ella, dicen que «esperamos de vos que habléis con los muyahidín que están en Azulaf para que nos dejen tranquilos […] Deben no molestar a los musulmanes»[138]. Como ya se ha apuntado antes, la llegada de una harca no era siempre una bendición para sus aliados, por lo que no necesariamente su presencia despertaba entusiasmo entre sus propios correligionarios.

En cuanto a los verdaderos movimientos de Abd el Krim en esos días, hay una fuente inesperada en la hoja de servicios del coronel Araujo[139], basada, sin duda, en datos facilitados por él. Cuenta que, estando prisionero en Quebdani, el 4 de agosto llegó allí el jefe rifeño, con una guardia de trescientos hombres, pernoctando

[137] Ibíd., folio 85.

[138] AGMM, Comandancia General de Melilla, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14. Es interesante la palabra que utilizan para designar a los combatientes rifeños.

[139] AGM de Segovia, legajo A 2084. Entrada en la hoja de servicios correspondiente a 1921.

en el poblado, para seguir al día siguiente a Bu Ermana, adonde fueron enviados todos los capturados el 6. El 9 de madrugada, marcharon de vuelta a Quebdani, donde se celebró una reunión del Beni Urriaguel con notables de Beni Said. Asistieron representantes de los prisioneros, a quienes Abd el Krim preguntó «con gran solemnidad» si deseaban permanecer en esa cabila o ir a Alhucemas.

Se inclinaron por esta última opción, «y se emprendió la marcha acompañados por Abd-el-Krim y su escolta personal». Hicieron noche en Beni Ulichek, y el 10 llegaron a Annual a las 9:30; «la pista [estaba] intransitable por el número de cadáveres que sobre ella había y por los restos de toda clase de material de guerra».

En el campamento encontraron a quinientos prisioneros de tropa. Una vez allí, Araujo rogó a Abd el Krim que admitiera la evacuación de los heridos graves, mujeres, ancianos y niños que tenía en su poder. Le contestó con una carta en la que decía, entre otras cosas, «le ruego me perdone que no haya podido saludarles, me encuentro algo indispuesto», y autorizó la repatriación de catorce heridos, la cantinera de Quebdani con sus dos hijas, y el anciano cantinero de Bu Hafora, que fueron acompañados por Dris Ben Said.

Al día siguiente, los demás salieron en dirección de Alhucemas. Así, pues, hasta al menos el 11 de agosto parece que Abd el Krim seguía en Annual, y delicado de salud.

Que, no obstante lo anterior, el alto comisario consideraba poderoso al adversario y que no se fiaba de sus propios hombres se advierte en la extraordinaria cautela de sus movimientos.

Tras las pequeñas operaciones mencionadas antes, no hay ninguna hasta el 1 de agosto, cuando se intenta establecer un blocao cerca de Sidi Hamed. Se renuncia «a causa de la hostilidad de que fue objeto la columna», pero luego se admite que no hubo más que un herido. El mismo día, hay «intenso fuego» en Tizza, pero su resultado no pasa de otro herido[140].

El 4 se produce el primer combate serio, con motivo del envío de un convoy a esa localidad. Logró pasar, a costa de dos muertos y 37 heridos, y al menos 12 cabileños caídos, que las confidencias elevan a 35, con numerosos heridos. Los derrotados fueron trescientos hombres de Beni bu Gafar y de Beni Sidel. Pero lo que debió ser más alentador para Berenguer fue que los vencedores pertenecían a un tabor de Regulares de Ceuta, lo que no resultaba sorprendente, pero también a tres compañías de La Corona, uno de los despreciados batallones expedicionarios, y a otra del 5.º de Zapadores, también perteneciente a los refuerzos. Según el parte, los dos primeros cuerpos dieron «prueba de su acometividad, valor y espíritu militar […] y de tener verdadero concepto de la disciplina y superioridad sobre el enemigo»[141]. La guarnición, del regimiento Granada, también se distinguió.

[140] *Diario de Operaciones citado,* folio 1522.
[141] AHN, TS, 51 N 17, folio 4950. Ver también, AGMM, legajo 264, carpeta 43.

Fue tal su triunfo que, dicen los confidentes, «en el ataque a Tizza se pudo haber ocupado la cabila, pues [los enemigos] huyeron atropelladamente».

La Corona se crearía una leyenda, siendo objeto de grandes elogios en la prensa y en el Congreso, al igual, aunque en mayor medida, que otros batallones del mismo origen. Eventualmente, ganó la medalla Militar, y, por privilegio, cuando su teniente coronel falleció en campaña, de enfermedad, el Parlamento concedió a su viuda los mismos derechos que si hubiese muerto en combate[142].

El propio 4 de agosto se realizó con éxito un desembarco en La Restinga. No tuvo gran mérito, ya que el enemigo se reducía, según el parte oficial, a veinticinco hombres. Aun así, se estimó preciso el apoyo de la escuadra. En cuanto a las fuerzas actuantes, fueron todas de la tan denostada antigua guarnición de Melilla[143].

Así pues, en ese día se utilizaron, con buenos resultados, los dos tipos de tropas con que contaba: expedicionarias y de la vieja guarnición. A pesar de ello, Berenguer persistió en su prudencia, que tan cara resultaría. Respecto a las primeras, dirá que con «el estado en que venían los elementos que recibía, no sería posible acudir en su socorro [de Nador]». Sobre las segundas, que «no se podían emplear»[144], olvidando que había recurrido a ellas para la ocupación de las primeras posiciones.

Con ese concepto de sus hombres, y si consideraba un coste elevado 39 bajas sobre cerca de 20.000 efectivos, era evidente que no se podía mover. El problema es que en Arruit, a diario, una guarnición muy inferior soportaba pérdidas mucho mayores, únicamente para poder beber, y que «los moros, en vista de nuestra pasividad, arrecian la ofensiva y atacan nuestras posiciones»[145]. Mientras, en Melilla se amontonaban las tropas hasta tal punto que un testigo[146] dirá: «allí estaban los hombres los unos sobre los otros, apretadísimos, y acongojaba ver cómo llegaban los regimientos y no tenían dónde meterse». Había incluso soldados durmiendo «en los quicios de las puertas, como golfos perdidos en las calles de Madrid».

Hasta el día 9 no hubo operaciones mencionables. El 5, un pequeño choque resultó en un herido; el 8, se dice que una columna de dos escuadrones, tres batallones y una batería fue «fuertemente hostilizada». Como las bajas no pasaron de un muerto y once heridos, el adverbio parece fuera de lugar.

En resumen, el total de pérdidas durante la primera decena de agosto de un ejército que superaba ya los 25.000 hombres había sido de 46, de ellas solo dos muertos. Una cifra extraordinariamente baja, si se tiene en cuenta que el mismo 9, a unos pocos kilómetros, más de 2.000 españoles habían sido asesinados.

---

142 *Diario del Senado* de 18 de julio de 1922, pág. 1866.

143 Tres compañías de fusiles de San Fernando, una de ametralladoras de Ceriñola, una sección de Regulares de Melilla y otra de zapadores.

144 Respuesta de Berenguer a la pregunta 30.ª, folios 581 y 589.

145 *ABC* de 7 de agosto, pág. 7, crónica escrita el día 2.

146 *Diario del Senado* de 30 de noviembre de 1921. Intervención de Gil Casares.

La carnicería

Los últimos días de Arruit están recogidos en las mismas fuentes principales seguidas hasta ahora. De un lado, las conferencias entre Eza y Berenguer, a las que este dio tanta importancia que las usó como base para contestar a las preguntas del Consejo Supremo de Guerra y Marina; de otro, los telegramas cruzados con la posición; finalmente, las declaraciones del alto comisario y de Navarro.

En cuanto a las conferencias, el pesimismo no abandona en ningún momento a Berenguer. El 5, considera que hay que «descartar la posibilidad de socorrer la columna Navarro, si aún existe», y que «no se puede pensar en ninguna reacción, por pequeña que sea». Cuenta con dieciséis batallones, pero no bastan para defender los diez kilómetros de perímetro de Melilla y, al tiempo, auxiliar a Arruit[147]. El día siguiente habla de «mi opinión expresada desde el principio de que no se podía socorrer esa columna». Sus generales están de acuerdo, sería «insensato» hacerlo[148]. A título casi de anécdota se puede mencionar que reitera que «he hecho buscar con el mayor interés el cadáver de Silvestre», sin éxito. El 7, admite que «veo muy difícil que [Navarro] pueda resistir esta noche», lo que no le espolea a marchar en su ayuda[149].

Tampoco le estimula saber que los periódicos españoles están «extrañados de nuestra inacción». El ministro se apresura a tranquilizarle: «toda la opinión reflexiva y sensata se da perfecta cuenta de las razones […], no confundiendo la inacción con la serenidad y confianza». Confirma que Madrid es un hervidero de rumores: se dice que Navarro ha llegado a Melilla; que el hijo de Silvestre le ha traído un diario que asegura que su padre vive…[150]. Si Eza era sincero al hacer la primera afirmación, erraba. Más cierto era que «lo que llega a Nador, y pasa, es la impaciencia de la gente», cansada ya de que «la situación es la misma, no se avanza un paso. Todos los días se hace lo mismo, y se encuentra la misma resistencia»[151], muy ligera, por otra parte.

Evidentemente, si no se puede ayudar a Arruit con la fuerza, solo queda la vía de la negociación. Siguiendo la línea acordada con el ministro el 29 de julio, Berenguer manifestó a Eza el 31 que «le he autorizado [a Navarro] para seguir conducta que dicten las circunstancias. Es sensible, pero no cabe otro recurso»[152]. Le ha mandado, en efecto, el siguiente mensaje: «convencidos todos de que esa guarnición ha llegado en la defensa de su puesto al límite del heroísmo, dejo a V. E. en libertad de adoptar la resolución que las circunstancias le aconsejen», y

[147] Las conferencias de esas fechas, que pasaron de dos a una al día, se encuentran en AHN, TS, 51 N 3. Las citas corresponden al folio 737.
[148] Ibíd., conferencia del 6, folios 739-740v.
[149] Ibíd., conferencia del 7, folios 741-742.
[150] Conferencia del 6, folios 739v-740.
[151] Lo decía ya el día 1 de agosto Corrochano, en una crónica publicada en *ABC* del 4, pág. 7.
[152] Ibíd., folio 149.

sugiere que trate con Ben Chelal[153]. Nótese que transfiere la responsabilidad al general.

El 3 de agosto se lo confirma al ministro: «el general Navarro estaba autorizado para ello [capitular]»[154]. Se lo ha indicado en otro mensaje: «le autorizo para adoptar resoluciones que propone», esto es, negociar, «u otras que de momento estime oportunas»[155]. Él se está moviendo, por su lado. Como dice a Arruit el 4, «he gestionado del Jatabi [Abd el Krim] envíe emisarios con los que va nuestro amigo Dris ben Said […] para que facilite evacuación de esa columna, lo que puede hacer V. E. en condiciones que estipule con el enemigo»[156]. Ignora, no obstante, señala a Eza, «si ha llegado a tiempo para salvarle la gestión que realizaba con Abd-el-Krim» el propio Berenguer[157], aunque Dris ha comunicado vía Alhucemas que «ayudado por Jatabi» se propone llegar a Arruit para colaborar en el «repliegue». Espera poder hacerlo, siempre y cuando «columna Sanjurjo no prosiga avance durante esta negociación»[158].

El 6, señala a Navarro que «aprovechando ofrecimiento Ben Chelal para facilitar retirada esa columna a la plaza, le he enviado este mediodía emisario aceptando su mediación, diciéndole que éste sería el mejor servicio podría prestarnos, por el que obtendrá todo lo que desee»[159]. Las confidencias de esa fecha indican que Abd el Krim ha ordenado «que se respete bajo pena de muerte a los soldados que entreguen el armamento», y que ha insistido que no mandará contingentes a Guelaya y que «ésta siga la conducta que quiera»[160].

Al día siguiente, y ante la falta de noticias de Dris, Berenguer le indica: «si no ha llegado emisario, le autorizo para tratar con enemigo que le rodea»[161].

El 7, Alhucemas amplía: «Idris ben Said fue al campo tarde día dos, manifestando intentaría parlamentar columna Navarro. Salió de Axdir el tres mañana enviándome carta en que me decía iba a Arruit»[162].

El 8, en vísperas de la hecatombe, el alto comisario menciona a Eza que «tuve carta del enviado cerca de Abd-el-Krim», que está en monte Mauro. El problema

[153] El texto del telegrama, en AHN, TS, 51 N 3, folio 796. Existe también, bajo el título de *Noticias de Monte Arruit,* una serie muy útil de transcripciones de comunicaciones intercambiadas en 51 N 5, folios 1539-1544v. Más incompleta, aunque con el mérito de reunir manuscritos redactados en el propio Monte Arruit, es la serie de documentos que figuran en 51 N 13, sin foliar.

[154] Ibíd., 50 N 1, folio 165.

[155] Ibíd., 51 N 3, folio 794 (estos telegramas no están ordenados cronológicamente).

[156] Ibíd., 51 N 5, folio 1542v.

[157] Ibíd., 51 N 3, folio 167.

[158] El texto del telegrama figura en ibíd., 51 N 2, folio 655, pero también en 51 N 3, folio 983 y 51 N 7, folio 1935. La transcripción de la comunicación de Alhucemas a Melilla está en 51 N 5, folio 1544.

[159] Ibíd., 51 N 5, folio 1543.

[160] AGMM, loc. cit.

[161] AHN, TS, 51 N 15, folio 1543.

[162] Ibíd. Folio 1544v. Dicho notable era mencionado, indistintamente, como Idris o como Dris.

es que «Beni bu Yahi y Metalza no le obedecen»[163]. La negativa a aceptar la autoridad del jefe rifeño era una muestra más de la fragmentación del levantamiento.

Esa fue toda la ayuda que Navarro recibió de su superior quien, faltando a la verdad, había asegurado de Nador que «desde el primer momento, el mando –es decir, él– se preocupó […] de restablecer la situación en aquel sector». Lo cierto es que ni auxilió a Nador, ni auxilió a Arruit. Lo más que hizo fue preguntar, reflejando lo alejado que estaba de la realidad, «si con pequeño abastecimiento aeroplano, que intensificaré pasado mañana, que llegan aeroplanos de Tetuán, podrá seguir sosteniéndose»[164] y enviar aviones con el resultado ya descrito. A este respecto, conviene traer a colación la sorpresa que un diputado expresará en el Congreso, meses después, ante el hecho de que de los veintidós aparatos que había entre esa ciudad y Larache, solo se enviasen cinco a Melilla en aquellos momentos críticos. Posiblemente la explicación fuera la falta de un aeródromo en buenas condiciones, pero lo que no es fácil de entender es que en noviembre siguieran sin emplearse los catorce hidroaviones que la Armada tenía en Barcelona[165].

Resulta verdaderamente extraordinario que, a pesar de los datos objetivos sobre la entidad del adversario, sus disensiones internas y el rendimiento demostrado por varias unidades, todos los generales presentes en Melilla coincidieran con el pesimista análisis de Berenguer. Entre ellos figuraban, además, los laureados Sanjurjo y Cavalcanti, cuyo valor personal y experiencia estaban sobradamente acreditados, lo que se puede predicar también del propio alto comisario. Sin embargo, el acta de la reunión que celebraron el 6 de agosto[166], sobre la que se volverá en el capítulo siguiente, es bien explícita a la hora de dictaminar la total imposibilidad del socorro.

Navarro no participó del derrotismo, y así, el 2 todavía escribía: «confío poder extremar defensa, caso fuerzas no demorasen». Otra versión del mensaje, a pesar del permiso recibido días antes, alude a «negociaciones, si V. E. me autoriza»[167]. En la misma línea, cuando se le pregunta que para cuántos días tenía víveres, responde añadiendo dos a la cifra real, «porque siempre fue su intención […] no recargar los partes con angustiosas impresiones»[168]. Parece clara su voluntad de resistir todo lo posible, y su repugnancia a negociar con un enemigo del que desconfía y al que desprecia.

[163] Conferencia del 8, ibíd., 51 N 3, folios 742-743v. Lo comentará, asimismo, en su respuesta a la pregunta 26.ª, folio 564.

[164] Envió el mensaje la noche del 30 al 31 de julio (respuesta a la pregunta 26.ª, folio 560).

[165] *Diario del Congreso* de 17 de noviembre de 1921, intervención de Nougués, republicano federal.

[166] AHN, TS, 51 N 3, folios 981-982. Formalmente, la junta no se convocó para decidir sobre el socorro a Arruit, sino para que Berenguer oyera las opiniones de sus subordinados más directos respecto al estado de las tropas de refuerzo.

[167] Este telegrama presenta una particularidad. La versión manuscrita solo incluye la primera frase citada. La transcripción añade varias líneas más, entre ellas las que se recogen en la cita. Quizás la primera sea un simple borrador.

[168] Declaraciones de Navarro, de 13 de marzo de 1923, AHN, TS, 51 N 13, folio 3351v.

Al fin, aunque «sin dejar de extremar defensa», se resigna a tratar con sus sitiadores, dado que el alto comisario le ha insistido en que no cuente con una columna de auxilio y que le ha autorizado repetidamente a hacerlo. Pero no a cualquier precio. Por ello le dice el 6 que: «Policía y chusma que nos rodea ha querido varias veces negociar entrega campamento; como carecen garantías, me he negado». Añade, de pasada, «acaban de herirme, pero conservo mando»[169]. Es digna de mención la calificación, acertada, que hace del adversario, y que debería de haber disipado, al menos en parte, los temores de Berenguer sobre su peligrosidad frente a un ejército regular. Después, cuando todo se hubo consumado, un parte oficial del Ministerio de la Guerra, publicado por todos los periódicos, hablaría «del núcleo de fuerzas moras, compuesto principalmente de merodeadores y gente maleante».

El 8, un sargento desertor de la Policía, Yamani, envió una carta a Navarro intimándole a que se entregase que «no fue ni contestada»[170]. Es más, parece que indicó al mensajero, un soldado capturado, «dile a los moros que "suai, suai"[171], que no tengo prisa». En represalia, esa noche los sitiadores abrasaron la posición a tiros, entre gritos de «¡Toma "suai, suai", general!» y «¡paisas[172], dejad ese general que tener mucha fantasía por la cabeza!»[173].

Navarro tenía, con motivo, la obsesión de no tratar con indeseables, preocupado por la idea, que recogía en su ya mencionado telegrama del 6, de que «tumulto chusma sería desastroso» en caso de una capitulación. Como dice Alcaide, «los moros intentaron varias veces parlamentar, pero el general no quiso admitirlos por ser lo que venían gente de poca representación»[174]. Su negativa a pactar con la masa desarrapada hizo que los contactos que eventualmente se establecieron con los sitiadores fueran materia compleja, en la que intervinieron varias personas de ambos bandos. A ello se sumó la desconfianza de Berenguer hacia Carrasco, que mandaba en Zeluán, que le llevó a situar esa posición bajo la dependencia de Arruit, a efectos de discutir una evacuación.

Entre los que participaron en las conversaciones estuvo el intérprete Antonio Rueda. Carrasco le ordenó escribir una carta a Ben Chelal, el 1 de agosto, quien al día siguiente mandó un emisario con bandera blanca. Los tenientes Dalias, de Regulares, y Fernández, de la Policía, junto con Rueda[175], salieron a parlamentar, aunque el segundo fue rechazado debido a que un cabileño le

[169] Ibíd., 51 N 5, folio 1542v.

[170] Testimonio de Navarro, de 15 de marzo de 1923, en legajo ya citado, folio 3362v.

[171] «Despacio, despacio».

[172] Soldados españoles.

[173] Primer testimonio del capitán Aguirre, de 18 de febrero de 1923, en AHN, TS, 51 N 15, folio 4066v.

[174] Declaraciones del intérprete Antonio Alcaide, de 10 de octubre de 1921, en ibíd., 50 N 6, folio 1304. El 27 de junio de 1923 hizo otras adicionales (51 N 17, folios 5010v-5013v).

[175] Seguimos sus declaraciones, de 22 de febrero de 1923 (ibíd., 51 N 15, folios 4126-4133v) y las de Dalias, del día anterior (ibíd., folios 4078-4087), aunque no son totalmente coincidentes.

buscaba para vengarse de una paliza que le había dado tiempo atrás. Se llegó a un principio de acuerdo, con el cual los negociadores volvieron a Zeluán para sometérselo al capitán.

Este, que había recibido órdenes de Berenguer de no aceptar ningún arreglo sin autorización de Navarro, envió a Dalias a Arruit, y mandó al teniente Civantos y a Rueda que regresaran junto a Ben Chelal y los demás notables, para acabar de perfilar los términos de una capitulación. Cuando llegaron, fueron hechos prisioneros por la gente de Yamani, que retuvo al teniente, diciendo al intérprete que fuera a ver al general.

Mientras, Dalias entró en Arruit el 2, después del fracasado ataque de los cabileños, y se entrevistó con Navarro, al que sometió la propuesta de los sitiadores, basada en la entrega del armamento y la evacuación de ambas posiciones, a cambio de lo cual la guarnición volvería indemne a Melilla. Le respondió: «dígales en mi nombre que, en principio, acepto esas condiciones, pero que necesito garantías». Retornó Dalias con la contestación, pero «fue registrado, desarmado» y hecho prisionero. El día 4, en calidad de tal, fue enviado al Rif.

La negociación quedó de esa manera en manos de Rueda. A diferencia del teniente, este asegura que el general le dijo que «no solamente no aceptaba […] sino que tampoco trataba con ellos sin que viese durante veinticuatro horas despejado de enemigos un radio de mil metros alrededor de la posición y poder hacer la aguada». Durante los siguientes días prosiguieron las conversaciones. Los notables, tras vacilar, se plegaron a las exigencias de Navarro, pero, a pesar de sus esfuerzos, no lograron alejar a la chusma, consiguiendo solamente que permitiera el abastecimiento de agua. Luego, el general demandó acémilas para llevar a sus heridos y enfermos. Se le argumentó que las condiciones eran las habladas con Zeluán, que los hombres que no pudieran ser transportados se quedarían protegidos por una guardia marroquí, y atendidos por médicos españoles, lo que rechazó Navarro, diciendo que «bajo ningún concepto dejaba un herido en la posición». En eso sobrevino la caída de Zeluán, y Civantos y Rueda fueron capturados e internados en el Rif, quedando roto ese contacto.

«Sin embargo, apremiaron las circunstancias»[176], y Berenguer seguía trabajando en un acuerdo, ante su impotencia para enviar socorros, por lo que el 6 Navarro mandó al comandante Villar y a Alcaide que ondearan bandera blanca de parlamento, que fue acogida a tiros. Lo intentó al día siguiente el teniente Suárez, de la Policía, recibiendo un disparo en la cabeza. Para entonces, la resistencia ya era insostenible, lo que obligó al general a enviar a Berenguer dos mensajes, a las dos y a las siete de la tarde, hablando en ambos de la «situación apuradísima»[177].

El 8, por fin, con gran retraso sobre lo anunciado por el alto comisario, llegaron unos emisarios que parecían fiables, y Navarro ordenó a Villar que fuese

[176] Testimonio de Alcaide, ya citado, de 10 de octubre de 1921, folio 1304v.
[177] El texto manuscrito de ambos, en AHN, TS, 51 N 13, sin foliar.

con ellos «para ver si encuentra jefes autorizados con quien negociar». Esa tarde, «grupos de moros a caballo, y de mejor aspecto desalojan el poblado» de Arruit. Es entonces cuando, por primera vez, Navarro alude a la presencia de «fuertes contingentes de Beni Urriaguel»[178] entre los sitiadores. Pero todo indica que habían llegado el 5, tomado posiciones en el lugar más estratégico, los parapetos y trincheras que batían la aguada. Pérez Ortiz los reconoció «por la corta chilaba y por la característica cartera»[179] que usaban. Incidentalmente, ello supone que durante los ocho primeros días del asedio, los harqueños que tanto obsesionaban a Berenguer no hicieron acto de presencia.

El 9, se cierra el acuerdo. La guarnición, desarmada, marchará al Atalayón; los heridos y enfermos que no puedan ser transportados, permanecerán en Arruit, con médicos y con una escolta de cincuenta cabileños. El general, renqueante por su herida, apoyado en un bastón, y acompañado por Sainz Gutiérrez, Aguirre, Gilaberte y Alcaide, sale hasta la puerta, para reunirse con los notables, «muchos de él conocidos y bien distintos de la chusma»[180]. En efecto, entre ellos, junto a Muley Alí y el faquí Bulahaia, emisarios de Abd el Krim, estaban Ben Chelal, de Beni bu Ifrur, representando también a Ulad Settut; Burrahail de Metalza, y Abidalal, de la Abada. Poco antes, ha enviado su último telegrama a Berenguer, al que este no hace alusión, probablemente porque nunca llegó a recibirlo. Se conserva en un pequeño papel roto, escrito a lápiz y apenas legible. Dice: «En este momento, y según instrucciones de V. E., acabo pactar con enemigo evacuación posición, base entrega armamento y ser escoltada columna hasta esa plaza. Esta noche pernoctaremos, según dicen, en campamento enemigo situado aguada antigua. Oficiales conservarán pistolas»[181].

En Arruit se ha formado el convoy de heridos y enfermos, en parihuelas improvisadas; los hombres han empezado a dejar las armas, por cuerpos, y unos notarios marroquíes han entrado para tomar nota del material entregado. Con pretextos, «aquí estar mucha candela, mejor allí»[182], los notables van alejando paulatinamente a Navarro y un grupo de oficiales. Es entonces cuando se desata el pandemonio: masas de sitiadores invaden la posición, asesinando a todo el que ven, incluidos los hombres que yacen en las camillas. Las unidades que aún no se han desarmado, Alcántara y África, aunque sorprendidos, se defienden bizarramente, haciendo nutrido fuego, pero acaban por ser anegadas. Allí murieron dos valientes capitanes de esos cuerpos, Vallés y Triana.

[178] Los entrecomillados del párrafo pertenecen a declaraciones de Navarro, ya citadas, del 15 de marzo de 1923, folios 3362v y 3363.

[179] Pérez Ortiz, pág. 146. En contraste, se describía a los Ulad Setut con «sus largas chilabas pardas, sus amplios albornoces de un amarillo siena, sus turbantes y jaiques blancos» (Goy de Sila, pág. 101).

[180] Declaraciones de Navarro, del 18 de marzo de 1923, AHN, TS, 51 N 13, folio 3370.

[181] La nota manuscrita, en ibíd., 51 N 13, sin foliar. Navarro la transcribe en ibíd., folio 3371.

[182] Primer testimonio del capitán Aguirre, ya citado. Folio 4069.

Nunca se sabrá si hubo deliberada traición o si la gentualla que tanto despreciaba el general escapó al control de sus dirigentes; desde luego, en opinión de Berenguer es lo que sucedió, ya que en una nota oficial del 10 de agosto, distribuida a la prensa, diría que «un nutrido grupo de descontentos de la chusma irrumpió en actitud hostil contra los jefes indígenas y sus adictos que protegían la retirada de la columna».

Lo que parece indiscutible es que se ignoraron las órdenes de Abd el Krim, que, desde el principio, había predicado el buen trato a prisioneros y heridos. Uno de sus representantes, incluso, diría a Navarro «que aquel tenía muchos deseos de que la guarnición saliera con muchos honores»[183].

En todo caso, el resultado fue una matanza desenfrenada. Cientos de hombres perecieron en ella, cazados como perros, muchos de ellos torturados. A algunos, les salvó la codicia de sus perseguidores; a otros, la bondad de los mismos. También hubo quien debió la vida a su coraje y a su ingenio, como aquel soldado que, para esconderse, «se puso encima tres cadáveres. En la mañana siguiente, las moras le dieron con piedras en la cabeza para ver si estaba muerto»[184]. Capturado, a los dos meses se fugó, como muchos compañeros que llegaron a Melilla cargados de historias de crueldad, de avaricia y de caridad.

En un sarcasmo involuntario, fruto de la lentitud de medios de la época, los días 10 y 11, cuando ya los cadáveres empezaban a pudrirse bajo el sol, *ABC* titularía: «Mejora la situación en Monte Arruit»; «Se espera que hoy llegue a Melilla el general Navarro, con parte de su columna».

Las cuentas de Monte Arruit

Para valorar la defensa que se hizo de Arruit hay que traer a colación algunas cifras. La guarnición resistió 379 cañonazos, y tuvo 14 jefes y oficiales muertos, y 37 heridos, y, de tropa, 252 muertos por fuego enemigo, 167 por enfermedad, y 434 heridos, lo que para un total de poco más de 3.000 hombres supone un índice de bajas considerable[185]. Se entregaron 1.961 fusiles, un tercio de ellos sin cerrojo o con el percutor roto, las cuatro ametralladoras de Ceriñola, inutilizadas, y solo 11.000 cartuchos.

Cuestión debatida es la moral de la guarnición. Todo indica que incluso allí se manifestó la dualidad que se había presentado desde el principio de la retirada; de un lado, oficiales sólidos al frente de buenas unidades; de otra, gente acobardada, con estrellas o sin ellas. Respecto a los mandos, se sabe que Navarro «reunió

183 Ibíd., folio 4068v.

184 Testimonio de José Rodríguez Pérez, del África, del 10 de octubre de 1921, en AHN, TS, 51 N 38, folio 90.

185 Ibíd., 51 N 13, folios 3393, 3396-3397 y 3399, respectivamente. Los datos parecen provenir de Sainz Gutiérrez, quien, por su puesto en el Estado Mayor, es posiblemente la mejor fuente.

diferentes veces a los más caracterizados de cada cuerpo y tuvo frases duras de amonestación para algunos»[186], y, en cuanto a la tropa, es indiscutible que parte de ella mantuvo una actitud deleznable.

Sin embargo, en conjunto, se hizo una defensa espléndida: «en general, fue admirable el espíritu del soldado en Monte Arruit»; siempre hubo voluntarios, «pidiendo muchas veces salir a *raziar* la cabila y haciendo salidas para coger los pacos»[187], y eso, «a pesar de las privaciones y la falta que socorro, que se esperaba y nunca llegaba»[188]. Sobre la conducta de los mandos, la opinión más valiosa es indefectiblemente la de los soldados: «fueron siempre muy bien mandados por los jefes y oficiales, siempre acudiendo a los sitios de más peligro, dando con su ejemplo valor y ánimo a la tropa, cuyo ánimo era grande»[189]. Es muy posible que, como es habitual, los hombres bien encuadrados respondieran satisfactoriamente, y mal los dirigidos de forma deficiente.

Por unidades, hay unanimidad en que Alcántara, San Fernando, los ingenieros y los artilleros sobresalieron por su conducta, y que la de Ceriñola, en cambio, no estuvo a la altura de las circunstancias. Se alaba también el comportamiento del escaso contingente de África y de Melilla, que solo el doctor Peña critica[190]. Bien es verdad que servía en San Fernando, y tendía a considerar inferiores a las restantes fuerzas de Infantería.

Por lo que se refiere a los mandos, el propio Navarro, Primo, Simeoni, Pérez Ortiz, Vallés, Sainz, Sánchez Monge, Triana, Gilaberte y Gay, por mencionar algunos, tuvieron un comportamiento digno de todo elogio, lavando las deshonras de otros.

No obstante, se llegó a exagerar el espíritu de los defensores, afirmándose que Navarro, sin instrucciones, «no hubiese pactado nunca con el enemigo, y todos hubiesen perecido dentro de la posición, pero nunca hubiera capitulado […] Más de una vez le oyó decir que, si recibiese orden, no le hacía falta ningún auxilio para con su columna meterse en Melilla, pero, como nada le decían, resistirían hasta morir todos en Monte Arruit»[191].

La verdad es que al general le hubiese sido imposible llegar a la plaza por sus propios medios, y que al final, aunque se pactó «por orden», como subrayan muchos testigos, la guarnición, después de tres días sin beber, en el calor de agosto, mal alimentada desde hacía semanas, sin apenas munición ni elementos de cura, presa de la gangrena gaseosa y de la disentería, respirando el olor mefítico de

[186] Terceras declaraciones del capitán Aguirre, de 18 de mayo de 1923, ibíd., 51 N 16, folio 4420.
[187] Citas del testimonio del teniente Gómez López, prestado inmediatamente después del fin de su cautiverio, en ibíd., 51 N 38, folios 39-40.
[188] Declaraciones del capitán Correa, de 2 de febrero de 1923, ibíd., 51 N 15, folio 3918.
[189] Testimonio del soldado Francisco Albert, ibíd., 51 N 11, folio 2953v.
[190] Ver su testimonio de 15 de agosto de 1921, en AHN, TS, 50 N 4, folio 78.
[191] Declaraciones del teniente García Benítez, del África, del 1 de febrero de 1923, ibíd., 51 N 20, folios 6172v y 6173v.

cadáveres de hombres a medio sepultar y de caballos en estado de putrefacción, y bombardeada sin cesar por una artillería a la que no podía responder, había llegado a su límite. Al menos, había borrado muchas vergüenzas.

Para cerrar lo relativo a la ardua defensa, quizás se podrían citar dos opiniones, de ambos campos. Cuando Navarro, tras meses de cautiverio, fue a despedirse de Abd el Krim, este «le expresó la admiración que sentía hacia su persona por la heroica defensa de Monte Arruit, [diciéndole] que nadie mejor que él se podía dar cuenta hasta dónde las tropas españolas habían llegado a la resistencia, faltos de todo elemento, y que si un día necesitaba saberse en España lo que allí se había hecho, que se lo preguntaran a él, que con gusto lo diría»[192].

En el otro extremo de la escala, un simple soldado apuntaría, sobriamente, sin alharacas: «todos se comportaron muy bien»[193].

La valoración de Abd el Krim sobre el mando del general coincide con la que, masivamente, hicieron todos los subordinados de este, elogiando sin reservas su sangre fría y su valor personal, que obligó a varios a rogarle que no se expusiera tanto al fuego enemigo. Inexplicablemente, más tarde se le arrastraría ante un tribunal. Por fortuna, aunque tuvo que someterse a tamaña humillación, se le hizo justicia.

El severo Picasso, por su parte, en un oficio de 11 de enero de 1922, dirigido al ministro de la Guerra, hablaría de la «abnegada guarnición», integrada por fuerzas «merecedoras de reconocimiento por el honroso sacrificio» que habían consumado[194]. En la península, «de Navarro había hecho el pueblo español su ídolo […]; tal era el grado de popularidad» que alcanzó, «que fueron varias las ciudades que dieron el nombre del heroico general a sus calles y plazas»[195].

Con la caída de Arruit, terminaba la tragedia comenzada en Abarrán. Pero quedaban pendientes muchas otras cuestiones, que dominarían durante años la vida española.

Porque el 1 de agosto, en el curso de sus habituales conferencias, el ministro había preguntado a Berenguer «si ha ordenado ya las oportunas informaciones para depurar muchos de los hechos acaecidos». Se hacía así eco, probablemente, del malestar que reinaba en la península ante la aparente impunidad de que gozaban en Melilla militares que durante el desastre no habían estado a la altura de las circunstancias, sin que, a pesar de eso, se hubieran tomado medidas contra ellos.

Romanones se había referido a este asunto en su carta de 2 de septiembre a Cierva, citada en un capítulo anterior[196]. Decía al respecto, aludiendo a los rumores que habían corrido de fusilamientos como consecuencia de juicios sumarísimos, que «ni un solo momento creí tal noticia, porque para que hubiese

[192] Primer testimonio de Aguirre, folio 4076v.
[193] Declaraciones citadas de Domingo Tortosa, folio 4467v.
[194] AHN, TS, 50 N 10, folio 2110v.
[195] Víctor Ruiz Albéniz, pág. 507.
[196] *Diario del Congreso* de 1 de diciembre de 1922.

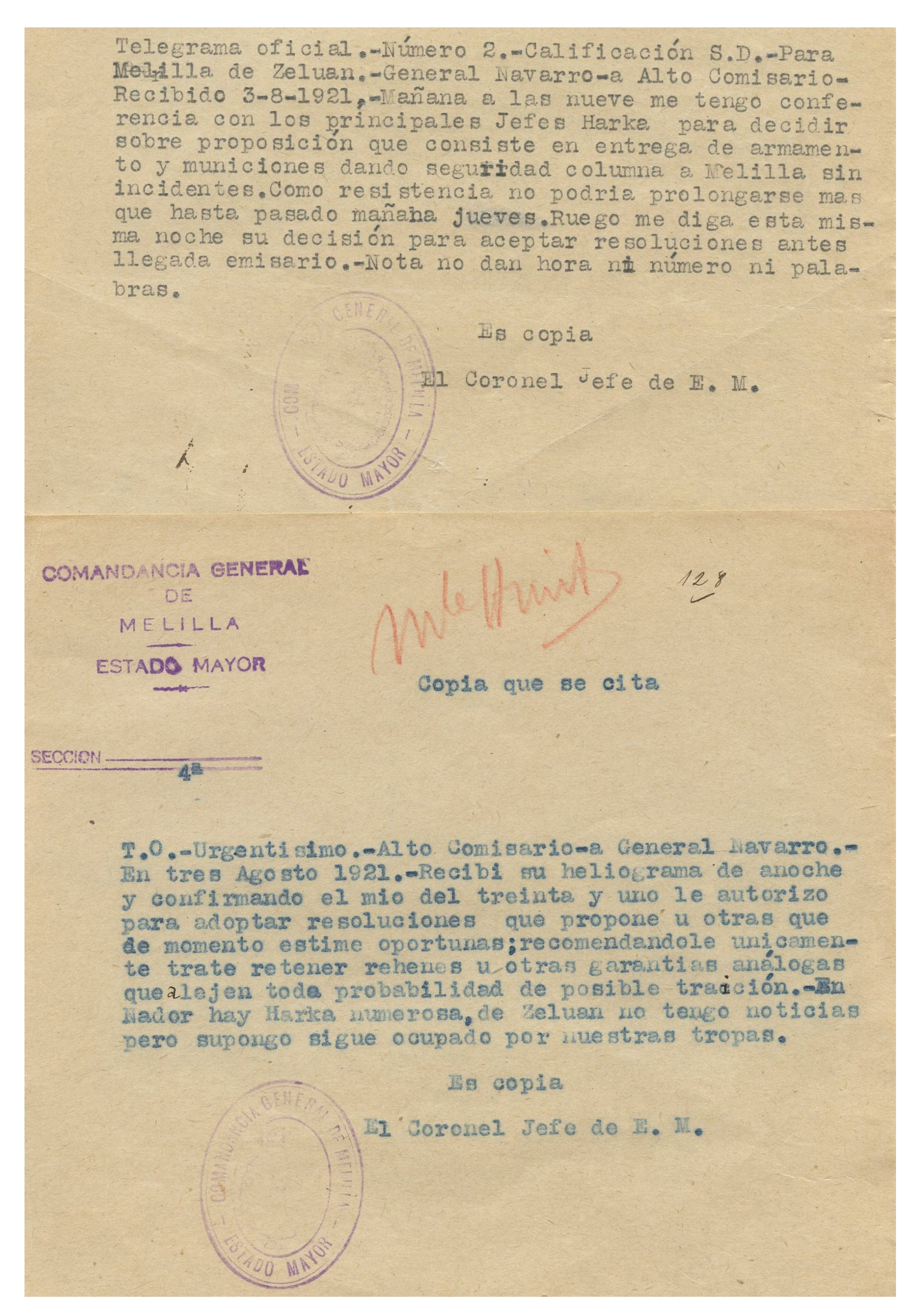
sido cierta era preciso que existiese en Melilla lo que precisamente faltaba: el principio de equidad incólume», aunque «tales juicios sumarísimos habrían sido tan solo la aplicación estricta del Código de Justicia Militar».

Contestó a Eza el alto comisario que se «había limitado hasta ahora a una serie de interrogatorios», pero que «ante la magnitud de lo sucedido, pensaba proponer a V. E. que se instruyera una información de carácter especial, de la que pudieran derivarse los cargos, por una instancia de categoría», ya que él no tenía en Melilla generales que se pudieran ocupar de ello. El ministro, que acogió con agrado la sugerencia, le preguntó el día siguiente «si le parecería bien el nombre del general Picasso», consultándole si pensaba que la iniciativa de la propuesta debería provenir del Gobierno o del propio Berenguer.

La respuesta fue: «me parece muy bien el nombramiento del general Picasso; justamente esta tarde […] había ya redactado telegrama pidiendo el nombramiento juez especial […] El telegrama se transmitirá a continuación»[197].

Se abría de esa manera una caja de Pandora, con repercusiones que ninguno de los dos interlocutores previeron. De haberlo hecho, quizá no hubieran suscitado el espinoso tema.

[197] El diálogo figura en la transcripción de las correspondientes conferencias, en AHN, TS, 50 N 1, folios 155 y 156, para el 1 de agosto, y 160, para el 2.



Telegrama oficial.-Número 2.-Calificación S.D.-Para Melilla de Zeluan.-General Navarro-a Alto Comisario-Recibido 3-8-1921.-Mañana a las nueve me tengo conferencia con los principales Jefes Harka para decidir sobre proposición que consiste en entrega de armamento y municiones dando seguridad columna a Melilla sin incidentes.Como resistencia no podria prolongarse mas que hasta pasado mañana jueves.Ruego me diga esta misma noche su decisión para aceptar resoluciones antes llegada emisario.-Nota no dan hora ni número ni palabras.

Es copia

El Coronel Jefe de E. M.

COMANDANCIA GENERAL DE MELILLA ESTADO MAYOR

Monte Arruit

128

Copia que se cita

SECCION 4ª

T.O.-Urgentisimo.-Alto Comisario-a General Navarro.-En tres Agosto 1921.-Recibi su heliograma de anoche y confirmando el mio del treinta y uno le autorizo para adoptar resoluciones que propone u otras que de momento estime oportunas;recomendandole unicamente trate retener rehenes u otras garantias análogas que alejen toda probabilidad de posible traición.-En Nador hay Harka numerosa,de Zeluan no tengo noticias pero supongo sigue ocupado por nuestras tropas.

Es copia

El Coronel Jefe de E. M.

Telegrama del general Navarro al Alto Comisario, general Berenguer, fechado el 3 de agosto de 1921, solicitando autorización para aceptar propuesta de rendición de Monte Arruit; y contestación del último, autorizando la misma. AGMM, Comandancia General de Melilla, leg. 264, carp. 41.

Tercera Parte

«Somos todos responsables. Todos, menos el país, que ha dado cuanto se le ha pedido»

(General Luque, intervención en el Senado, el 14 de diciembre de 1921)

Capítulo X
Tras Monte Arruit
(Primera quincena, agosto 1921)

Capítulo X
Tras Monte Arruit
(Primera quincena, agosto 1921)

Las bajas y las reacciones

La pérdida de Arruit tuvo, en su época, un tremendo impacto. Maura confesó que Alfonso XIII le había dicho antes de la caída de la posición, y haciendo referencia a Annual: «todo eso que es tan horrible, todo eso, a mí me parece nada cuando lo comparo con el hecho de que mi patria no haya podido acudir todavía a Monte Arruit»[1].

Un año después, Alcalá-Zamora afirmaría algo parecido: «por el calvario de Annual, han pasado todos los países que han tenido empresas coloniales; por el calvario ignominioso de Monte Arruit, de Zeluán, y de Nador, no ha pasado en el mundo ningún ejército»[2]. En otro lugar, y a pesar de no ser crítico con Berenguer, para dar una idea de la distancia relativa entre esos tres lugares y la plaza, la describe gráficamente: «Monte Arruit, cerca de Melilla; Zeluán, a su vista; Nador, a sus puertas»[3].

Gómez Hidalgo[4], aun escribiendo antes de la pérdida Arruit, coincide: «más desprestigio para el Estado es la evacuación de Nador y Zeluán que la retirada de Annual». Burgos y Mazo lo ratifica[5]: «pero mayor desastre que el de Annual, el verdadero desastre […] es lo que vino después», refiriéndose a la guarnición de Monte Arruit, a la que se «dejó sucumbir», teniendo «encerrados en Melilla 60.000 hombres».

Con la estrepitosa caída de Monte Arruit se corría el telón del drama titulado el Desastre de Annual, o «sucesos de la comandancia general», según la nomenclatura oficial, para entrar en una nueva fase, que se calificaría como de reconquista o de desquite.

Simplificando, la magnitud de lo que había sucedido respondía a dos factores. El elevadísimo volumen de las bajas era uno, pero el otro, la decisión de no enviar auxilio desde Melilla, tuvo una importancia al menos comparable.

---

[1] *Diario del Congreso* de 10 de noviembre de 1921.
[2] Ibíd., 24 de noviembre de 1922.
[3] Alcalá Zamora, pág. 210. El autor visitó la zona, y hablaba por experiencia.
[4] Pág. 21.
[5] *Diario del Senado* de 25 de noviembre de 1921.

A continuación se intentan abordar ambas cuestiones, que tan debatidas fueron entonces.

Por lo que se refiere al balance de las pérdidas totales, se trata de una materia controvertida, que dio origen a muchas fantasías.

Un documento oficial, de 15 de diciembre de 1922, titulado *Relación numérica de las bajas sufridas por fuerzas de esta comandancia general desde el 17 de julio al 10 de agosto de 1921*[6], parece la fuente más fiable. La circunstancia de que abarque un día más allá de la pérdida de Arruit no supone un problema, ya que en él las fuerzas de la primitiva guarnición no experimentaron pérdidas. El documento recoge, por unidades, los efectivos existentes entre los dos días mencionados. Sumando el total, la cifra es de 12.214 hombres menos. Ese pues, habría sido el coste de la monumental derrota.

Se imponen, sin embargo, algunos comentarios. De un lado, incluye las pérdidas sufridas en torno a Igueriben, aunque no las de Abarrán; de otro, parece que utiliza el concepto «bajas» en su sentido más amplio, comprendiendo muertos, heridos, desaparecidos, desertores y prisioneros. Es decir, recoge los efectivos disponibles el 10 de agosto, lo que no implica que todos los que no lo estaban hubiesen muerto. Así, el 8 de junio de 1922 se cifraban oficialmente los prisioneros en 333, además de 40 civiles, incluyendo cinco mujeres y cinco niños[7]. En el caso de Regulares y Policía, el documento da por prácticamente aniquilados a ambos cuerpos, cuando es sabido que, en realidad, a partir del 22 desaparecieron debido a la deserción masiva, no a los combates. Si se detraen del conjunto las cifras correspondientes a las denominadas tropas indígenas, el total quedaría en 7.975 bajas peninsulares. Una última acotación. En general, las cantidades dadas por cuerpos resultan verosímiles, excepto en el caso de Alcántara. Se atribuye, en efecto, a este regimiento una disminución de solo sesenta efectivos –que se suman mal, además, ya que en el documento aparece por error el número de cuarenta. Sin embargo, es conocido que, sin incluir oficiales, de los que cayeron muchos, sus bajas ascendieron a 517. Habría, pues, que añadir unas quinientas a la cifra global mencionada más arriba, que, por otra parte, se aproxima mucho a la de 7.915 que aporta Poveda[8]. Del total, 106 eran mandos de Infantería. Llama la atención, sobre todo en un ejército como el español, sobrecargado en las escalas superiores, que entre ellos únicamente hubiera tres tenientes coroneles y tres comandantes[9].

Conviene destacar que se trata de datos con un valor solamente orientativo, ya que existen discrepancias entre los mismos textos oficiales. Así, por ejemplo,

[6] AHN, TS, 51 N 8, folios 2173-2174.

[7] Ibíd., folio 1786.

[8] Fernando Caballero Poveda, «La campaña del 21; las cifras reales», en la revista *Ejército,* n.º 522 y n.º 523, de julio y agosto, respectivamente, 1983, año XLIV.

[9] En el *Diario del Senado* de 2 de diciembre de 1921 se publicó la relación nominal.

un estado de fuerza del regimiento Ceriñola, de 5 de noviembre de 1922[10], sitúa las pérdidas en 1.199 hombres, mientras que el citado antes las evalúa en 1.779.

En todo caso, la «factura del carnicero», como con crueldad dicen los ingleses, había sido brutalmente elevada, y el calificativo de desastre que se aplicó, y todavía se aplica, a aquellos días de triste recordación parece más que apropiado.

Podría tener interés aportar alguna información relativa al número de supervivientes, detallada por cuerpos. Ceriñola los estima en 1.253; Melilla[11], en la cifra escalofriantemente baja de 447, además de 29 mandos. Alcántara[12], en 167, y únicamente tres oficiales, prueba del coraje con que se habían batido. La Brigada Disciplinaria[13] es un caso curioso, por su especial reclutamiento. Sobrevivieron 17 oficiales y 130 entre clases y tropa. Pero de ellos, tres eran desertores; veintisiete estaban presos en cárceles españolas y había cinco en el manicomio de Ciempozuelos, lo que podría ser testimonio de la terrible experiencia sufrida.

Las declaraciones del coronel Salcedo[14], de San Fernando, dan una idea de la magnitud de la derrota: «le faltan más de 60 jefes y oficiales y, aproximadamente, unos 1.400 soldados […] Han quedado en el campo 20 compañías completas orgánicas, más una provisional». El regimiento había perdido todo su material y equipo, más once carruajes y noventa mulos. El 8 de septiembre de 1921 estaba reducido a cinco compañías de fusiles, «en disposición de salir al campo», una de destinos, y una de ametralladoras, gracias a «que era la única que estaba en la plaza, por tener las cuatro máquinas en el parque», en reparaciones.

En Regulares[15], quedaban 79 hombres de Infantería, prácticamente todos europeos, y 19 de Caballería, de ellos 12 marroquíes. En cambio, tenían 54 jefes y oficiales, desproporción debida al peculiar fin de la unidad, en forma de deserción masiva de la tropa.

La Policía[16] reunía 56 oficiales, de ellos, ocho «moros», y 78 peninsulares y 208 marroquíes entre clases y tropas. Pertenecían a las Mías 1.ª, 2.ª y 3.ª, cuyas cabeceras estaban próximas a Melilla. Las restantes, hasta quince, habían desparecido.

En cuanto al material perdido, las unidades de la guarnición sumaban quince compañías de ametralladoras: tres por cada uno de los cuatro regimientos de Infantería; una de Regulares; otra de Alcántara y la compañía de posición. Menos esta última, que disponía de doce máquinas, y la Caballería, que tenía seis, las demás contaban con cuatro[17]. De todas ellas solo se salvaron una de San Fernando,

---

[10] AHN, TS, 51 N 6, folios 1674-1683.
[11] Ibíd., folio 1713.
[12] Ibíd., folios 1740-1743.
[13] Ibíd., folios 1736-1738.
[14] Ibíd., 50 N 3, folios 654-663. Son de 8 de septiembre de 1921.
[15] Ibíd., 51 N 6, folios 1771-1772.
[16] Ibíd., folios 1773-1777.
[17] Los datos del número de ametralladoras de Alcántara y de la compañía de posición proceden, respectivamente, de AHN, TS, N 9, folios 2324 y 2334.

por los motivos que se acaban de citar, y la de Regulares. Se habrían perdido, entonces, 62 máquinas.

Respecto a Artillería, el Regimiento Mixto contaba con nueve baterías, incluida la Ligera eventual, más una que se reorganizó, todas las cuales dejaron sus piezas en el campo. En total, se perdieron cuarenta, una parte de ellas inutilizada.

La Artillería de posición, según un documento de la Comandancia del Cuerpo, de 27 de septiembre de 1921[18], habría perdido setenta cañones, de distintos modelos y calibres; pero otro, de 5 de noviembre de ese año[19], menciona 84.

Las piezas caídas en manos del enemigo revisten especial importancia, tanto por su valor simbólico como por el peligro que representaban para los propios españoles.

Un telegrama de Alhucemas, de 29 de agosto[20], indica que sesenta de ellas no están en condiciones de usarse, «lo que significa las pocas piezas que les quedan útiles» a los rifeños.

Sobre ellas dio noticias el teniente Roque Reig, perteneciente a esa arma. Hecho prisionero y habiendo logrado evadirse, fue interrogado hasta tres veces por el interés que se concedió a los datos que aportaba, figurando sus respuestas en tres legajos diferentes. Señaló que al evacuarse Bu Hafora, él mismo puso fuera de uso dos de los cuatro cañones Krupp que allí había, desmontando los cierres. Una vez capturado, durante su peregrinaje por el territorio perdido, anotó que en Annual había cuatro Schneider y cuatro Saint Chamond, del 7,5, todos inútiles; en Azib el Midar, ocho piezas, de las que no dice su estado; una en Arruit; otra, en Amesauro; dos en Nador y «en Azrú cuatro Krupp de 8 cm, inútiles como la mayoría de las enumeradas. Cuenta que sólo debe haber en el campo ocho piezas útiles».

En relación con la de Arruit menciona que estaba «servida obligatoriamente por un artillero, con el que estaba un teniente de Artillería que por las señas que le dieron supone fuera Balias o Arango», y también indica que para que manejaran los cañones capturados, «son preferidos los prisioneros artilleros, si bien no aparece ninguno, pues o se vistieron todos con chilabas o se pusieron trajes de infante». Al tiempo, hace un comentario que merece reseñarse, cuando habla de siete indígenas de Regulares del III Tabor que se hallaban en Annual «en calidad de prisioneros, a los que dan malísimo trato»[21].

Nueve días después, quizás algo repuesto de su fuga, aportó nuevas precisiones[22]. En Bu Hafora se habían inutilizado tres piezas, no dos; frente a Arruit, había cuatro; la de Amesauro procedía de Abarrán, y «las piezas útiles son unas

[18] Ibíd., 50 N 5, folio 1101.

[19] Ibíd., 50 N 8, folios 1606-1609. Menciona también doce ametralladoras que da por perdidas en Annual, pero no alude a las restantes.

[20] AGMM, Comandancia General de Melilla, documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14.

[21] AHN, TS, 50 N 4, folios 795-801v. Declaraciones de 17 de agosto de 1921.

[22] Ibíd., 50 N 38, folio 10. Testimonio de 26 de agosto.

doce». En cuanto al teniente al que aludió, pensaba que era el teniente Valía, y agrega que «lo mataron por no querer disparar bien», y que para manejar las piezas quedaban «un artillero desertor de hace años, que era madrileño», y otro capturado recientemente.

Finalmente, el 4 de octubre añade nueva información[23]. La guarnición de Azrú intentó una salida, siendo aniquilada, pero, antes, voló el polvorín y quitó los cierres a las piezas, «pues los moros le dijeron al testigo que habían encontrado los cierres por el suelo». Sobre el mencionado teniente, «muy bajo de estatura», creía que era González Valía, de Azrú, y que «fue muerto por los moros, según le han dicho, por no querer tirar sobre Monte Arruit».

El sargento Basallo, que tanto se distinguiría durante el cautiverio, confirma el interés de los harqueños por los artilleros. Cuenta[24] que llevaron a cuatro de ellos con un sargento del mismo cuerpo a que inspeccionaran una serie de piezas de repuesto que habían caído en sus manos. El sargento, de nombre Alfonso Ortiz, aprovechó la oportunidad para quitar los percutores a veinticuatro cierres de respeto, inutilizándolos. En su lecho de muerte, todavía prisionero, se los entregó a Basallo, que los enterró. Dice también que dos cabos, que se negaron a enseñarles el manejo de los cañones, sufrieron por ello «durísimos castigos».

En lo que se refiere al ganado, los cabileños cogieron tanto que, tras satisfacer sus necesidades, les quedó un importante excedente que vendieron en la zona francesa, donde lo recompraron enviados del Gobierno español.

Por no alargar excesivamente esta enumeración se puede indicar que, de acuerdo con el estado de 5 de noviembre, se perdieron más de tres millones de cartuchos Mauser y varios miles de granadas de artillería, datos que no hacen sino corroborar la magnitud de lo sucedido.

En suma, «en 72 horas se derrumbaron las 100 posiciones […] que cubrían 5.037 kilómetros cuadrados»[25], cifra esta última que coincide con la que el general Aguilera mencionó en el Senado, y quizás inspirada en ella.

Fue de tal entidad el desplome que, inicialmente, la prensa no había dado crédito a sus dimensiones: «hemos sufrido un revés, como lo sufren todos los pueblos que hacen campañas coloniales […] Contratiempo lamentable, sin duda, pero que no compromete nada»[26]; «no es una catástrofe, ni el derrumbamiento de la campaña […], ¡el bombardeo de Melilla se llegó a escribir ayer, en serio!», se dijo burlonamente; «sería absurdo el admitir siquiera la idea de que pueda consolidarse la posición de los rebeldes»[27].

[23] Ibíd., 50 N 6, folios 1191-1195, de 4 de octubre de 1921.
[24] Ibíd., 51 N 14, folio 3667v.
[25] Sánchez del Arco, pág. 182.
[26] *La Voz* de 23 de julio de 1921, pág. 1.
[27] *ABC* de 24 de julio de 1921, pág. 19.

Desde el maurismo, *La Acción*[28] indicó que «la carencia de noticias oficiales hizo que la fantasía popular se desbordara, y que refiriesen detalles fantásticos relacionados con combates, copos de columnas, suicidios de generales [...] cuanto la inventiva popular creía que podía adornar». Admitía, sí, que «existe un fondo de verdad», pero sospechaba «campañas antimilitaristas» tras los rumores en «los casinos y cafés». El liberal *El Imparcial*[29] hablaba de «alarmas injustas [...], exageraciones perniciosas»; dice que hay que «exigir que lo ocurrido no vuelva a producirse [...], pero ni es sensato acrecer su importancia, añadiéndole invenciones, ni resulta lícito y patriótico aumentar sus consecuencias naturales»; «es un percance de guerra», similar a otros sufridos por los franceses. Apuntaba ya, sin embargo, directamente contra Silvestre y su «temerario arrojo», añadiendo que «harto sabía [el Gobierno] como en la zona melillense se efectuaban operaciones sin previo conocimiento del general Berenguer, y aún contra sus propósitos».

La Época, tomando sus deseos por realidades, hasta llegó a anunciar en titulares la muerte de Abd el Krim en el curso de los combates[30].

También se hizo poesía: se había suicidado «el general Silvestre, el joven y valeroso caudillo militar [...] en un momento supremo, épico, inenarrable, completamente solo» por la deserción de las fuerzas indígenas[31].

Pero ya el 24 de julio, superados los «momentos de estupor»[32], *El Imparcial* dedicó el sacrosanto espacio de sus famosos *Lunes* no a literatura y arte, como era costumbre, sino a la tragedia de Annual, asumiendo su importancia, mientras que los títulos de los editoriales citados de *La Voz* y *La Acción*, tenían una palabra en común: «serenidad». Esa sería la actitud que prevaleció.

Ante la entidad y lo inesperado de la derrota, señala *La Vanguardia* en uno de los impecables editoriales que dedicó al problema marroquí, la clase política «gubernamental», como se decía, «se temió que, al saberse la noticia del desastre, se levantaría amenazadora la protesta popular, exigiendo la depuración de responsabilidades y negando esfuerzos [...] La verdad es que se ha formado un ambiente patriótico, sin alharacas, sin estrépitos de ninguna clase, y marchan los soldados animosos a Melilla mientras en toda España se organizan suscripciones»[33].

Así fue. La reacción nacional fue muy distinta a la que esperaban sus propios dirigentes. Hubo una «augusta serenidad», según la describió Sánchez Guerra con una sorpresa que reflejaba su pobre, y equivocada, opinión sobre sus compatriotas,

[28] De 23 de julio de 1924, pág. 1.

[29] De 24 de julio de 1921, pág. 21.

[30] Ver el número de 23 de julio de 1921.

[31] *La Correspondencia Militar* de 23 de julio de 1921, pág. 1.

[32] Así se titulaba el editorial de *El Heraldo de Madrid* de 23 de julio de 1921. Un fiel reflejo del desconcierto y la desorientación iniciales se encuentra en Fernando Soldevilla, *El año político 1921,* Madrid, 1922, pág. 233 y ss.

[33] *La Vanguardia* de 20 de agosto de 1921, pág. 8.

lo que atribuyó a que «el revolucionarismo [sic] está desorganizado o que sus hombres sienten más el concepto de patria»[34] de lo que él había imaginado.

Cambó sería mucho más positivo, y se aproximó más a la realidad cuando dijo que «no hubo diversidad de opiniones, ni vacilaciones; era un deber inexcusable de España realizar un gran esfuerzo militar»[35].

Porque, en contra de los pesimismos agoreros, el país adoptó una posición unánime, que los editoriales de *La Vanguardia* mencionados reflejan. Por la precisión de sus análisis y por la solvencia y significación del periódico, parece oportuno recogerlos con alguna extensión.

Lo ocurrido en Melilla, «ha servido para que vibrara patrióticamente el alma española, salida hoy de su marasmo [...] No es ocasión de que estalle el patriotismo aparatoso y tonante [...] Ahora nos hallamos ante un gran dolor colectivo, al cual se sobrepone el deseo unánime de poner a salvo, cueste lo que cueste, el decoro nacional, gravemente comprometido [...], dejando para después el esclarecimiento de responsabilidades... No es el momento oportuno para volver a *La marcha de Cádiz* [...] Por dignidad, ha de restablecerse el prestigio español en Marruecos. Renunciar a ello sería tanto como prescindir de la propia estimación y de los anhelos de vida internacional [...]. El hecho de que esta vez se vaya a la guerra sin desplantes, sin ruidos, seriamente, es un buen síntoma [...] El país recobra su patriotismo porque ve comprometida su dignidad»[36].

Unos días después, se remachaba: «el pueblo está dando pruebas de un patriotismo y de una conciencia del momento actual que no demuestran poseer en el mismo grado alguno de sus dirigentes»[37]. Como se decía bajo la firma de *Siliceo,* se demostró una «admirable serenidad [...], no hubo manifestaciones patrioteras, no se voceó por las calles»[38].

El desplome de la Comandancia General ofrecía espacio para reflexiones de fondo. Un artículo parcialmente censurado[39] señala con acierto que «el espíritu público [...] se ha mostrado ante el desastre virilmente sereno, y no regatea a los gobernantes los medios de rehacer nuestro prestigio en África», pero destaca que lo sucedido es consecuencia de «una política disparatada, dirigida por hombres ineptos». Porque «el desgraciado suceso de Melilla no es un hecho aislado de nuestra vida colectiva; es simplemente una demostración palmaria y muy dolorosa de cómo funciona el organismo nacional [...] El ejército, entidad compleja y de difícil manejo, se resiente más que ningún otro órgano del cuerpo nacional de esta falta de ordenación de la vida pública»[40]. En efecto, «está en la conciencia

[34] Declaraciones recogidas en *ABC* de 10 de agosto de 1921, pág. 9.
[35] *Diario del Congreso* de 30 de noviembre de 1922. Intervención de Cambó.
[36] *La Vanguardia* de 9 de agosto de 1921, pág. 9.
[37] Ibíd., de 11 de agosto de 1921, pág. 11.
[38] Ibíd., de 14 de agosto de 1921, pág. 10.
[39] Ibíd., de 11 de agosto de 1921, pág. 8. Firmado por Emilio Sánchez.
[40] Ibíd., de 14 de agosto de 1921, pág. 10. Firmado por Mariano Rubió.

de todo el mundo que la responsabilidad del revés sufrido por el ejército en Marruecos alcanza principalmente a los malos gobiernos que ha venido padeciendo España»[41].

Curiosamente, el descalabro sirvió para descubrir en el carácter español facetas que sus propios dirigentes estimaban extinguidas. Un país al que consideraban hundido en un marasmo secular, carente de pulso, incapaz de afrontar fríamente los problemas, bueno solo para desgarrados esfuerzos espasmódicos, para el patrioterismo, no para el patriotismo, revelaba ahora una fortaleza interna, una solidez, en la que nunca habían creído. Para su asombro, constataron que la España de sol y moscas escondía reservas de sobria energía y que aportaba sin regatear sus hombres y sus caudales a un proyecto en común.

La catástrofe, pues, actúa como una oportunidad para la tan añorada regeneración, y para acabar con el aislamiento exterior: «lo importante es que el revés nos aproxima al mundo [...], nos saca de la cómoda y ruinosa posición de quien se refugia en la tranquilidad de un ángulo del continente»[42]; «Marruecos es la única puerta de salida a vida internacional»[43].

En el nuevo ambiente que se genera no hay lugar ni para el triunfalismo suicida que acompañó a las decenas de millares de soldados que partieron para morir en Cuba y en Filipinas, precisamente a los compases de *La Marcha de Cádiz,* ni tampoco para el derrumbamiento moral que se produce tras el 98. En el verano de 1921, el espíritu es bien otro. El país se enfrenta con determinación a la crisis, olvidando, desgraciadamente solo por un instante, los intereses particulares. Es un momento de exaltación tranquila, más reposada que la producida a raíz de la guerra de África de 1859, con la que existe un cierto paralelismo.

Se percibió en el aluvión de aportaciones desinteresadas, de muy distinta índole. En Granada, la compañía de zarzuela de González Serrano entrega 1.897 pesetas para un hospital; la asociación de maestros de Vizcaya, un día de sueldo; igual hacen los ferroviarios, el Cuerpo de Vigilancia, y los empleados de banca en Málaga; todos los empleados de la Delegación de Hacienda de Salamanca se presentan voluntarios; lo mismo hace el diputado de Almadén, Ramón Collado, solicitando un puesto defensivo debido a que «no puedo correr, porque soy cojo».

En Tortosa, el Ateneo prepara un torneo de fútbol a beneficio de los soldados; en Málaga, los cocheros de punto transportan gratuitamente a los heridos, entre los que figuran tres mudos y seis locos, otra prueba de la dureza de la experiencia sufrida; en Santander, el Casino del Sardinero ofrece una función de gala, en la que actuará la cupletista *La Cordobesita;* en Zaragoza, el Ayuntamiento obsequia cajetillas de cigarrillos a las tropas; los vecinos de la calle Casta Álvarez, más generosos, regalan puros; en Pola de Siero, los niños del batallón infantil donan cien pesetas; en Vigo, los talleres de modistas y sastras hacen una colecta para

[41] Ibíd., editorial del 16 de agosto de 1921, pág. 8.
[42] *ABC* de 2 de agosto de 1921, pág. 3.
[43] Editorial de *La Vanguardia* de 11 de agosto de 1921, ya citado.

misas en memoria de los que mueran en campaña; en Barcelona, el Círculo del Liceo organiza una corrida de seis astados lidiados «por seis astros del toreo»; los desertores del penal de Cartagena de presentan voluntarios; Fermín Sosa, de Toledo, es muy mayor para acudir como voluntario, pero ofrece a sus dos hijos, de veinticuatro y veintisiete años; Fulgencio Spa, consignatario de botes a motor, de Almería, entrega cien pesetas destinadas al más valeroso soldado del regimiento de La Corona; el Ayuntamiento de Almansa, «un saco para cama y una cajetilla de 60 céntimos para cada soldado».

Siempre hay categorías, no obstante, y en Madrid se distribuyen «cajetillas a los soldados; puros, a las clases, y habanos a los oficiales» del batallón de Ferrocarriles que parte para Marruecos.

Igual que en la guerra de África, se habla de formar un batallón de voluntarios catalanes y otro de alaveses. Los socios de las asociaciones de Tiro de Pichón y de Tiro Nacional proponen organizar uno, a su costa. Las colonias españolas en Argentina, México y Chile recaudan fondos; la de Cuba, además, ofrece crear un batallón de voluntarios.

Se pone de moda abrir hospitales por doquier: municipios y particulares brindan edificios y terrenos. Pero los favoritos son los aviones. En Oviedo, «varios capitalistas» se proponen entregar cinco, con el nombre de *Asturias* y numeración separada; Alicante, Almería, Granada, Badajoz, Vigo, Zaragoza, todas ofrecen uno; una peña de amigos del Gran Café Moderno, de Vitoria, abre una suscripción para otro; el presidente del Real Aero Club de Cataluña también promete un aeroplano. El ingeniero asturiano Luís Acedo sugiere construir aparatos en sus talleres de forja en el río Lérez, a un coste que oscilaría entre las 20.000 y las 25.000 pesetas por unidad. Se sale de la tónica general el Club Náutico de Bilbao, que prefiere donar «dos hermosos tanques» y organizar una fiesta patriótica para recaudar fondos.

Son tantos los ofrecimientos que los diarios consagran una sección especial para recogerlos y que se atribuye al departamento de Justicia y Asuntos Generales del Ministerio de la Guerra la misión de canalizarlos, mientras que la de Aeronáutica, junto con el presidente del Aero Club de España, se encarga de encauzar los donativos de aviones. Son multitud las localidades que suspenden festejos programados, para consagrar su importe a los combatientes en Marruecos[44]; «todas las regiones rivalizan en entusiasmo, pero entre todas, Cataluña ha sabido destacar por su sereno patriotismo», se alardea[45].

La respuesta del Estado ante tanta generosidad es mitigada. Se dispone que las familias de los dados por desaparecidos sigan percibiendo el sueldo, «sin bonificaciones», con la condición de que, si luego se constata su fallecimiento, lo devolverán a cargo de la pensión que pasarán a recibir[46].

[44] Datos provenientes de periódicos de la época.
[45] M. French, en *La Vanguardia* de 23 de agosto de 1921, pág. 10.
[46] El real decreto, de 20 de agosto de 1921, se publica en la *Gaceta de Madrid* del día siguiente.

Toda esa efervescencia patriótica se produce de forma espontánea, sin pedir nada a cambio. Pero resultaba evidente que lo que había sucedido en Melilla debía tener un coste, además del humano y del económico.

El primero que se empieza a pagar es el político. Inicialmente, Allendesalazar cree que se puede mantener en el poder. Dirá así que «ni puede hablarse de crisis, ni debe haberla», equiparándola, en esas circunstancias, a «una deserción»[47]. Paulatinamente, irá revisando esa postura, quizás, «para no tener nada que explicar»[48] de lo sucedido en Marruecos. Se habla de mantener el Gobierno hasta que se restablezca la situación, pero, a medida que pasan los días y se percibe la gravedad de la misma, se abre camino de la idea de un cambio. El principio será la apertura de las famosas consultas por parte del rey, de momento disimuladas: «plantearé ante S. M. no la crisis, sino el problema, y abiertas las consultas, las circunstancias determinarán las derivaciones»[49].

Pero esa «derivaciones» pronto quedan claras: «el gobierno no se considera revestido de la suficiente fuerza parlamentaria para resolver por sí esta cuestión»[50]. Aunque la oposición anuncia, por boca de García Prieto, que «los liberales deben subir al poder»[51], Santiago Alba le rectificará más tarde: «la hora de los liberales no ha llegado»; es preferible mantenerse como una fuerza en reserva[52].

La solución vendrá del hombre de los grandes momentos, Antonio Maura, que recibe el encargo de formar Gobierno, lo que logra en veinticuatro horas, tras múltiples reuniones con responsables de distintas sensibilidades. La cartera de Estado va a González Hontoria, reputado africanista; la de Gracia y Justicia, a Francos Rodríguez, presidente de la Asociación de la Prensa; Guerra, al belicoso Cierva; Marina, al marqués de Cortina; Hacienda, a Cambó, en un gesto lleno de significado; Gobernación, al conde Coello de Portugal, sin afiliación política, eficiente gobernador civil de Zaragoza y que, siendo coronel de Estado Mayor, se ha ofrecido voluntario para marchar a África; Instrucción Pública, a Silió; Fomento, a Maestre, un ciervista y gobernador del Banco de España, y Trabajo, a Matos, un conservador que fue gobernador civil de Barcelona.

Se trata de «una especie de taracea política»[53] o, si se prefiere, «un conglomerado de partidos que no dejó de sorprender al país»[54], un conjunto de mauristas, conservadores, regionalistas, ciervistas, romanonistas y demócratas, junto con un «indefinido». Lo importante, frente a la próxima reapertura de las Cortes, es que dispone de una amplia mayoría, con 310 votos en el Congreso. El 14 de agosto,

[47] *ABC* de 30 de julio, pág. 8, y de 31 del mismo mes, pág. 16, respectivamente.
[48] Ruiz Albéniz (1922), pág. 437.
[49] *ABC* de 4 de agosto de 1921, pág. 8.
[50] Ibíd., de 5 de agosto de 1921, pág. 8, declaraciones del ministro de la Gobernación, conde Bugallal.
[51] Ibíd., pág. 4.
[52] *La Vanguardia* de 12 de agosto de 1921, pág. 11.
[53] La expresión, de Melquíades Álvarez, figura en el *Diario del Congreso* de 24 de noviembre de 1921.
[54] Ruiz Albéniz (1922), loc. cit.

el gabinete, «nacido sólo por el problema planteado en Marruecos»[55], aunque algunos prevén que tendrá larga vida por sus apoyos parlamentarios, jura el cargo.

La elección de Maura implica, sobre el papel, un giro importante en la política marroquí. Son conocidas sus tesis sobre ceñir la ocupación efectiva al litoral del Protectorado, para que desde allí irradie la influencia española al interior; apoyar firmemente al jalifa, a fin de reforzar su autoridad, y conceder prioridad a la acción civil sobre la militar.

Pero la coyuntura se impone. Hasta *La Vanguardia,* diario habitualmente equilibrado, señala: «nunca fueron las campañas de Marruecos populares, pero igualmente es cierto que nunca gustaron tampoco a los políticos […] La penetración pacífica queda para después que se haya restablecido el prestigio de nuestra armas […]; eso de la penetración pacífica no es sino un comodín de los políticos […] La acción militar en Marruecos, aunque no sea de nuestro gusto, es de todo punto indispensable»[56]. Esa será la línea que se seguirá.

Entra Picasso

Saldada una parte del precio político, la magnitud del drama conlleva otro, que se arrastrará durante más de un decenio. Se trata de la espinosa cuestión de las responsabilidades. Lo acaecido no podía liquidarse con un puñado de dimisiones de ministros. Los miles de muertos, todavía insepultos, y la enorme cifra de millones derrochados, para nada, por lo que ahora se veía, exigían una reparación, incluso desde el punto de vista jurídico.

De ahí la designación, adelantada ya en el capítulo anterior, del general de división Picasso, miembro del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Fue una decisión acertada. Gozaba de gran prestigio, como lo demuestra que Maura, ya presidente del Gobierno, lo calificara de «general integérrimo, inteligentísimo», y que Martínez Campos, marqués de Viesca, diputado y militar, dijera de él que «era uno de los mejores generales del ejército»[57]. Demostrará, en efecto, ser un investigador implacable y sin concesiones. Contaba, además, con una credencial que todo el ejército ha reverenciado desde que se instituyó: la laureada de San Fernando.

La había ganado en Marruecos, en 1893, durante la denominada guerra del Rif, aunque tuvo lugar a muchos kilómetros de esa región. Se trató de una desventurada campaña, que nada añade a los anales de la Historia, una mezcla de provocación, imprudencia e improvisación, que llevó, en su primera fase, a la triste escena de dos generales en posición tan desairada como comprometida,

---

[55] *Diario del Congreso* de 1 de diciembre de 1922, intervención de Romanones.

[56] Editorial del 11 de agosto, ya citado.

[57] Las citas corresponden, respectivamente, al *Diario del Congreso* del 20 y del 21 de octubre de 1921.

cercados junto con un puñado de hombres. Ahí destacó el capitán de Estado Mayor Juan Picasso, en una arriesgada galopada, en la madrugada del 28 de octubre, a través de las líneas enemigas, desde el sitiado fuerte de Cabrerizas Altas al de Rostrogordo, en demanda de auxilios. Llegado a su destino, comprueba que las comunicaciones con Melilla están cortadas, por lo que monta a caballo de nuevo y, bajo el fuego contrario, lleva el mensaje a la plaza[58].

Se trató de un rasgo brillante, en una campaña que reveló tantas deficiencias del ejército que, se dice, animaron a los insurrectos cubanos desterrados allí a lanzarse a una segunda rebelión, que sería la definitiva.

Solo hay en ella dos aspectos de significación. De un lado, el comienzo de la introducción en el servicio del fusil Mauser, limitado entonces a una sección de tiradores selectos por batallón. De otro, la adopción para campaña del uniforme de faena, el luego famoso rayadillo, en lugar del rojo y azul tradicional.

Picasso fue nombrado para su puesto el 4 de agosto. La real orden correspondiente especifica que su misión consistía en establecer, «con el carácter de juez instructor, una información escrita de carácter gubernativo, para esclarecer los antecedentes y circunstancias que concurrieron en el abandono de las posiciones»[59]. Es preciso añadir que, como se pondría luego de relieve en los debates parlamentarios[60], el título de juez que se adjudicó respondía a la nomenclatura usual del Consejo Supremo, pero no reflejaba, en puridad, sus funciones. Como secretario, le acompañaría el auditor de brigada Juan Martínez de la Vega.

Prueba de lo importante y delicado de su misión, es que, antes de partir, Alfonso XIII le convocó a una audiencia, de lo que se hicieron eco los periódicos. A pesar de que el texto de su designación había sido cuidadosamente sopesado, la prensa interpretaría, desde el primer momento, que su labor residía en «depurar responsabilidades», fórmula que durante los siguientes años ya no dejaría ni las calles, ni los diarios, ni el Parlamento, hasta acabar ante los tribunales. El 13 Picasso estaba en Melilla.

Desde el principio, demostró que se tomaba en serio su trabajo, y que tenía el propósito de realizarlo a fondo. El citado día remite ya la primera[61] de las muchas comunicaciones[62], que dirigirá tanto a Guerra como al alto comisario, pidiendo una amplia documentación.

Cuando Berenguer recibe, el 15, una solicitud demandando los planes de operaciones que existieran, así como el «límite de las autorizaciones» que dio a Silvestre y su «juicio y comentario de los sucesos», reacciona con indignación. Estimaba que «la investigación tomaba una dirección distinta de lo que yo había

[58] Rafael Guerrero, *Guerra del Rif,* Barcelona, 1895, pág. 124.

[59] AHN, TS, 50 N 1, folio 1.

[60] Ver, por ejemplo, la intervención de Sánchez de Toca en el *Diario el Senado* de 28 de junio de 1923.

[61] AHN, TS, 50 N 1, folio 190, y en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 45, junto con la respuesta a algunas de las preguntas que formulaba.

[62] Hubo decenas de ellas. Ver, por ejemplo, en ibíd., folios 193-196, varias del 15, 16 y 17 de agosto.

solicitado del ministro». Lo que requería Picasso estaba «fuera de la órbita de su mandato», que se ceñía a la Comandancia General, nada más, y «si hubo ineficacia, negligencia o torpe empleo de los elementos de aquel ejército»[63]. El 20, envía un telegrama a Eza exponiendo sus quejas. Se lamenta: «palpablemente se ve que la investigación iniciada se orienta de forma muy distinta a la por mí solicitada en mi telegrama del día 2, tomando todo el carácter de un esclarecimiento de los actos del mando»[64].

La posición de Berenguer era diáfana. Consideraba que él no había tenido nada que ver con el desastre. La culpa era exclusivamente de Silvestre y de «aquel ejército», el de Melilla, como si no estuviera también a sus órdenes y fuera propiedad personal de su finado compañero.

Lo expuso muy claramente ante el Senado, el 14 de julio de 1922[65]: «yo entendía que la misión que llevaba el general Picasso a Melilla era depurar los hechos ocurridos en la comandancia; es decir, por qué un ejército que contaba con veintitantos mil hombres no había tenido la eficacia que se le podía atribuir; qué había ocurrido allí para que ese ejército se desbandara como se había desbandado». Añade, mordaz, «pero parece que el general Picasso no lo había entendido así [...], me hacía preguntas en que venía a resultar que el acusador del general Silvestre iba a ser yo».

Se trata de un papel que no quiere jugar. Sin embargo, aunque dice que «estaba convencido de que mi compañero, mi pobre compañero, había hecho todo lo posible para salvar la situación militar», añade: «si sufrió un desvarío [...] y a él, indudablemente, le enloqueció la pérdida de Igueriben, después de la de Abarrán, no puede atribuirse más que a motivos de enfermedad, no es una falta militar». La argumentación resulta cruel: Silvestre es el culpable, pero no es responsable, porque no ha sabido soportar la tensión y ha perdido la cabeza.

En cuanto a Picasso, sostiene Berenguer, su obligación se limitaba a indagar si Silvestre había utilizado bien o mal las poderosas fuerzas de que disponía.

Así, desde el principio, se estableció una relación de profunda desconfianza entre el alto comisario y el juez, que partió de una indefinición inicial, al estimar Berenguer que Picasso dependía de él, no del ministro, lo que no era evidente para el propio interesado[66]. Consideraba, además, que tenía «a su lado a un juez que estaba actuando en contra mía»[67], tesis que recogerían, literalmente, sus partidarios: «el comandante en jefe de un ejército en operaciones tenía a su lado a un

[63] Declaraciones Berenguer, respuesta a pregunta 34.ª, en ibíd., 51 N 2, folios 601-606.

[64] No se ha encontrado su texto en los legajos del expediente, pero figura en la obra *De Annual a la República. El Expediente Picasso,* pág. 607. En este epígrafe, todas las alusiones al «mando» o al «alto mando», en el original siempre con mayúsculas, se refieren al ejercido por Berenguer.

[65] *Diario del Senado* de esa fecha.

[66] Ver la carta que escribió al respecto, el 21 de agosto de 1921, al ministro de la Guerra, y que Cierva leyó en el Congreso durante una intervención (*Diario del Congreso* de 11 de julio de 1922).

[67] *Diario del Senado* de ese día.

juez que estaba en contra suya»[68]. Por su parte, Picasso nunca olvidó las que veía como trabas impuestas a su labor por Berenguer.

Porque no más tarde del 24 de agosto de 1921, Cierva, para entonces ya ministro, expide al juez una real orden, que el alto comisario, satisfecho, reenvía al instructor[69]: «la información no debe extenderse a los acuerdos, planes, o disposiciones del alto mando, concretándose a los hechos realizados por jefes, oficiales y tropa»[70]. El mismo día, escribe a Berenguer, confirmándole que «nunca estuvo en la intención del gobierno anterior, ni lo está en la del actual, que la necesaria y conveniente información que ha de practicarse […] pudiera referirse a la gestión de usted». Le exhorta, no obstante, a que facilite «al general Picasso cuantos elementos sean precisos»[71].

Viajó posteriormente a Melilla, donde el juez le plantea dudas sobre si su actuación abarca también a los generales. Fruto de esta consulta es otra real orden, de 1 de septiembre. Dice que «en vista de que el juez interesa de su autoridad [la de Berenguer] datos y antecedentes que significan esclarecimiento de los actos del alto mando», «el rey (q. D. g.) se ha servido resolver […] que la información en nada debe relacionarse con los acuerdos y planes del alto comisario […], sino con los hechos realizados por personal del ejército, sin excepción alguna, en las operaciones que dieron lugar a la rápida evacuación de las posiciones ocupadas en la zona de Melilla»[72]. Dejando aparte el pasmoso eufemismo, se ampliaban las competencias de Picasso para incluir en ellos actos de Silvestre y de Navarro, pero se excluía totalmente a Berenguer.

Cierva lo justificaría: «no podíamos obrar de otro modo, so pena de quebrantar la indispensable y suprema autoridad del jefe de un ejército en campaña». El gabinete, sigue, aprobó por unanimidad los dos textos, y «Picasso no objetó nada»[73]. Esto último, en puridad, es discutible; se acaba de ver que le planteó el asunto en Melilla, y el 31 de agosto, bien es verdad que antes, por tanto, de conocer la orden del 1 del mes siguiente, envió al ministro lo que en realidad era una dimisión encubierta, con el pretexto de una reunión de la Sociedad de Naciones. Cierva le respondió rogándole que permaneciera en el puesto y que activara su labor[74].

Hubo un tercer escrito del titular de Guerra. El 6 de septiembre, comunica al alto comisario, por telegrama «personal y reservado» que «aunque es mi propósito […] contribuir dentro de mis facultades a que se juzgue esos tristes hechos con imparcialidad, serenidad y necesaria extensión, dentro de las disposiciones que he dictado fijando el límite de la investigación, paréceme que ha llegado el momento»

[68] Ruiz Albéniz (1922), pág. 523.
[69] AHN, TS, 50 N 2, folio 413.
[70] Ibíd., folio 411.
[71] La leyó Cierva en la sesión del Congreso ya mencionada.
[72] AHN, TS, 50 N 3, folio 525.
[73] Cierva, pág. 254.
[74] El intercambio de cartas figura en la intervención de Cierva, ya citada, del 15 de julio de 1922.

de que los hechos en los que aparezcan indicios de delito pasen a instrucción judicial. Por tanto, «el general Picasso deberá dar cuenta a V. E. de cada uno de esos hechos […] y V. E. […] podrá designar los jueces que sean necesarios». «Confío [agrega el ministro] que se terminará la investigación y depuración para todos los efectos de las causas y responsabilidades»[75]. Berenguer remitió el texto al juez instructor al día siguiente[76].

El ministro, fiel a su carácter, intentaba acelerar los acontecimientos, quizás por la creciente presión popular y política en demanda de respuestas, incrementada por el abandono de Monte Arruit a su suerte; quizás, debido a la próxima apertura de las Cortes, o, posiblemente, en un intento de limitar daños, procurando evitar que el círculo de los responsables se fuera ampliando.

Era ilusorio, sin embargo, pretender tan rápido fin. La entidad de los hechos impedía que se aclararan en tres semanas, más con la conocida lentitud de la justicia española, y Picasso no era hombre que se dejara intimidar. De hecho, continuó imperturbable su trabajo, que dio por terminado el 11 de enero de 1922, aunque un documento alarga ese momento hasta el 17[77].

Durante ese periodo, desplegó una actividad extraordinaria, recopilando datos, interrogando a testigos de toda laya; «prisionero rescatado, soldado que vuelve, se está tres horas delante del general Picasso»[78] y decenas de supervivientes recibirán citación para acudir a su despacho, en O'Donnell 32, principal izquierda[79], donde pasaba días enteros acumulando información de las más diversas fuentes.

Parece que hubo algún intento de mitigar su severidad. Así, Cordón cuenta que su coronel fue encargado de ayudar a Picasso en su labor y que «procuraba dar a las preguntas que hacía a los oficiales... un contenido y un giro tales que ellos pudieran responder eludiendo, o atenuando por los menos, la responsabilidad que pudiera corresponderles en el abandono de la posición o en la huída»[80].

El afán investigador de Picasso llevaría eventualmente a lo que fue entonces un escandaloso incidente, relacionado con lo que se podría llamar en términos periodísticos el caso de los papeles de Silvestre.

Con el fin de satisfacer las peticiones de información del juez, la sección de campaña del Estado Mayor de Melilla examinó «cuantos muebles había en las habitaciones particulares del Excmo. Sr. general don Manuel Fernández Silvestre», en busca de «noticias o datos que, sin alcanzar carácter oficial, se relacionan con actos del servicio y son como premisas o antecedentes», «encontrando como único documento oficial un cheque a su nombre con un talón cortado, cuya matriz

[75] Hay copia en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 264, carpeta 45.
[76] AHN, TS, 50 N 4, folio 688.
[77] Ibíd., 51 N 12, folio 3248.
[78] Prieto, pág. 90.
[79] Ver uno de los muchos ejemplos de citación en AHN, TS, 50 N 2, folio 392.
[80] Cordón, pág. 72. Es muy posible que, en realidad, se refiera a las indagaciones judiciales que se realizaron posteriormente.

estaba sin llenar, y otro talón firmado en blanco por el interesado». Estaban «los muebles en buen orden, excepto una mesa de despacho que utilizaba el comandante de Intendencia don Juan Pedro Hernández que apareció descerrajada»[81].

Despertó ello sospechas y rumores, hasta el punto que las indagaciones seguían abiertas dos años después.

Con este motivo, fue interrogado Tulio López, edecán de Silvestre. Se ha visto en su momento que, el mismo día del inicio del desastre, el comandante general le mandó desde Annual a Melilla, dándole la llave de la mesa de su despacho, con el encargo de que sacara de ella «algunos objetos de su uso particular» y mil pesetas que debía entregar a su madre. Así lo hizo el teniente coronel, pero, además, descerrajó «un pupitre» que tenía en el despacho de ayudantes el comandante Fernández, que murió junto al general. Tomó esa decisión «por saber contenía papeles y otros objetos de carácter particular que podían ocasionarle disgustos de familia, haciendo esto por ser convenio de antes establecido entre ambos, que no contenía en él documento alguno oficial ni que afectase al comandante general». Según esa versión, pues, el mueble violentado, y que tanto dio que hablar, porque se rumoreó que contenía papeles comprometedores, que podían incluso alcanzar hasta el rey, ocultaba solamente pruebas embarazosas, quizás de índole sentimental, pertenecientes a un militar del entorno de Silvestre, pero no a este. En cuanto a «lo encontrado en su mesa [de Silvestre] era todo de uso particular»[82].

Para corroborar esta versión, se interrogó al capitán Gil Pina, secretario particular del fallecido comandante general. Confirmó que Silvestre «tuvo por norma no mezclarla [a la secretaría particular] en los asuntos oficiales» y que esta únicamente se ocupaba de asuntos privados, «cartas de recomendación, en su mayoría». Ignoraba que López hubiera forzado el pupitre, pero estaba convencido de que solo contenía papeles particulares o familiares y, quizás, la contabilidad de la residencia de la Comandancia[83].

También se preguntó al hijo del general, que respondió que «no ha visto documentos relacionados con el asunto objeto de esta causa», pero que los revisaría y, de hallar alguno, lo entregaría en el juzgado[84].

Este ejemplo puede servir para mostrar la minuciosidad de Picasso –y de sus sucesores–, que, sin embargo, inicialmente, provocó grandes escepticismos. Uno de ellos, el de Indalecio Prieto[85], que se atrevió a afirmar que «quien pretenda enterarse de lo ocurrido en la zona de Melilla por esta información, habrá de dedicar un par de años a la lectura, no se enterará de nada y acabará por perder la cabeza; veinte generaciones de ratones harán su nido en esta montaña de papel.

[81] Ibíd., 50 N 1, folio 192. El informe es de 14 de agosto de 1921.
[82] Ibíd., 51 N 1, folios 251v y 253. Declaraciones de 16 de agosto de 1922.
[83] Ibíd., 51 N 17, folios 4859-4861. Falta el principio, por lo que no tiene fecha, pero es de 1923, probablemente de principios de junio.
[84] Ibíd., 51 N 1, folio 134. Testimonio de 4 de septiembre de 1922.
[85] Op. loc. cit.

He aquí en qué parará toda la depuración de responsabilidades», lo que es un pésimo pronóstico y un aviso a los investigadores. Meses después, todavía seguía manteniendo ese criterio, no se sabe si por obcecación o para presionar al Gobierno, asegurando: «Picasso no existe […], es un camelo»[86].

Sánchez del Arco[87], aunque menos corrosivo, hizo un juicio similar: «folios, miles de folios, enturbiaban y confundían más y más lo que ya estaba perfectamente claro: que había habido un terrible pánico; que se habían abandonado posiciones sin combatir».

Ambos se equivocaban, y Prieto, más tarde reconocería que lloró sobre las páginas escritas por el juez[88].

Picasso hizo, en efecto, un trabajo modélico, que se extiende a lo largo de cientos de folios. Por fortuna, lo abrevió en un *Testimonio deducido del expediente gubernativo que instruye…*[89], que, con posterioridad, fue incorporado a la publicación titulada *De Annual a la República. El Expediente Picasso*.

No olvidó en él a Berenguer, y así habla de las reales órdenes que «limitando el campo de acción del juzgado, sustraía al conocimiento del mismo la investigación de las causas primordiales que estimaba habían conducido a la catástrofe»[90]. Recogió la antorcha el fiscal del Consejo Supremo que examinaría más tarde el informe, quien destaca el «hecho extraño […] [de] la limitación impuesta al juez instructor por las reales órdenes de 24 de agosto y de 1 de septiembre», llegando a decir que quedó por ellas «coaccionado»[91], y hasta poniendo en duda su legalidad. Hay que mencionar también, sin embargo, que el 18 de enero, antes de salir de Melilla, Picasso escribió al alto comisario, para despedirse de él y «para felicitarle muy sinceramente por sus bien conquistados éxitos […] [y] con el deseo vehemente de su bien merecido ascenso»[92].

El general Picasso, desde Melilla, remitió al ministro, que entonces seguía siendo Cierva, una primera versión, muy resumida, un «testimonio», el 11 de enero de 1922[93], y 18 de abril, ya en Madrid, hizo entrega a Olaguer Feliu, nuevo titular del departamento, de toda la información que había acumulado en 2.418 folios. A su vez, este la envió al Consejo Supremo de Guerra y Marina el 21[94], sin duda sin leerla, ya que no tuvo tiempo material para hacerlo.

[86] *Diario del Congreso* de 4 de mayo de 1922.

[87] Pág. 194.

[88] *Diario del Congreso* de 21 de noviembre de 1922.

[89] Se encuentra en AHN, TS, 50 N 10, folios 2172-2417v. Lo remitió al alto comisario el 24 de diciembre de 1922.

[90] Ibíd., folio 2173v.

[91] Ibíd., 51 N 22. El escrito del fiscal militar, en folios 1-68v; el del fiscal togado, en 69v-70v. La cita corresponde al folio 2.

[92] El marqués de Cortina leyó la carta en el Senado, el 22 de junio de 1923 (ver el *Diario* de la cámara de ese día).

[93] AHN, TS, 50 N 10, folios 2082-2116v.

[94] Ibíd., 51 N 36, folio 2, para un escueto resumen de la misma.

Por otro lado, el testimonio fue a su vez reenviado para informe al auditor general del ejército de operaciones en Marruecos, con fecha de 5 de marzo. Redactó este el correspondiente dictamen, el 21 de abril, que sometió a su superior, el alto comisario. El 12 de septiembre, el general Burguete, que para entonces ocupaba ese puesto, ordenó que se hiciese llegar al presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina[95]. El asunto llevaba para entonces, pues, seis meses en Tetuán.

Así inició su complicada andadura la explosiva herencia de Picasso, que se examinará con algún detenimiento más adelante.

Junto a esos textos, redactó también, el 10 de marzo de 1922 y en Madrid, una relación[96] de «los testimonios e informes» que había ido enviando a Berenguer. Eran un total de 37, la mayoría de ellos relativos a hechos que pensaba requerían una más profunda investigación, por reunir circunstancias que podían ser constitutivas de delito. Por real orden de 23 de mayo se designaron los tres primeros jueces, con sus secretarios, que debían partir para Melilla para iniciar «los procedimientos que se les ordene, derivados de los expedientes instruidos por el general de división don Juan Picasso González».

Así pues, en contra de lo que vaticinaban algunos, este no solo se negó a cerrar la caja de Pandora, sino que la mantuvo tan abierta como le fue posible.

La cuestión de los refuerzos

Cuando el general instructor llegó a Melilla, pocos días antes había caído Monte Arruit, y España entera empezaba a percatarse de la amplitud de esa nueva derrota, directamente relacionada con el desastre sobrevenido en Annual, pero con entidad propia, por sus dimensiones y por sus implicaciones, y quizás aún más difícil de justificar que lo sucedido a Silvestre el aciago 22 de julio.

Arruit, Zeluán y Nador fueron casos mucho más complejos, a los que no se aplica lo que años después un coronel francés anónimo diría a Bobard, en el contexto de otra gran derrota colonial, la de Dien Bien Phu: «uno de los misterios de la guerra es el del desplome. No se puede nunca prever el momento en que, para una tropa o para una guarnición, el agotamiento trae el fin. De golpe, se derrumba»[97].

Sin embargo, en las posiciones mencionadas, se está ante defensas de días, no frente a un súbito colapso, y los hechos suceden a unas decenas de kilómetros, nunca más de tres, de la base principal, no a casi cien, como era el caso de Annual. Finalmente, mientras las resistencias continúan, sigue llegando a Melilla un flujo ininterrumpido de tropas.

---

[95] Ibíd., 51 N 25, folios 1-16 para el dictamen, y 17 para la resolución de Burguete.

[96] Ibíd., 50 N 10, folios 2167-2169.

[97] Lucien Bodard, *L'epuisement,* París, 1963, pág. 11.

Que en esas circunstancias se dejara morir a las tres guarniciones era algo difícil de entender para la opinión pública, para la prensa, y para la clase política. Tanto Eza, todos menos un político taimado, como Cierva, que sí lo era y que tenía un temperamento opuesto, comprendieron que se necesitaba encontrar responsables de la tragedia, y para ello mandaron a Picasso, aunque el segundo le impuso las condiciones que se han visto, en un vano intento de limitar daños. Al final, el agua colmaría el vaso; a hombros de la indignación se romperían los diques tanto espaciales como temporales como jerárquicos, y se abrirá un proceso judicial que no se limitará al «hecho central», la retirada desde Annual a Arruit, ni a culpas de subalternos.

Porque lo cierto es que no resulta fácil entender la actitud adoptada por Berenguer durante esas semanas. En un intento de hacerlo, habría que describir cuál era su interpretación de la situación, ampliando lo expuesto en el capítulo precedente y prolongándolo al periodo subsiguiente a la pérdida de Monte Arruit.

La expuso muy claramente en las conferencias que siguió manteniendo con Madrid desde Melilla en aquellos días, pero quizás mejor aún en las respuestas a las preguntas que se le plantearon el 12 de julio de 1922 que, por otro lado, recogen grandes fragmentos de aquellas. Empieza definiendo su estrategia inicial: «Propósito del mando era ir ocupando los puntos importantes de los alrededores de Melilla de acuerdo con las cabilas [...] resolver pacíficamente estos primeros problemas». Así se llevaron a cabo las operaciones hasta el 26 de julio. Esa misma noche estaba prevista una reunión con notables, con la idea de seguir actuando con su concurso, pero no se celebró, ya que no se presentaron. El 27, empiezan los hostigamientos; dos días después, la columna Navarro, diezmada y exhausta, queda encerrada en Arruit, sin posibilidad alguna de romper el cerco.

Todo ello no hace variar de opinión al alto comisario, persuadido, a pesar de la continua llegada de tropas de la península, de que «era evidente que con las fuerzas de que se disponía por aquella fecha [el 31] no se podía conservar Nador». Al contrario, cada vez su visión se irá haciendo más pesimista, ya que reconoce que abandonó «las ilusiones que al principio nos hacíamos». Una reunión con sus subordinados en la noche del 1 de agosto le confirma en esa idea de lo impracticable del socorro, que mantendrá hasta un mes después de la caída de Monte Arruit, no obstante el coste que supuso para las guarniciones sitiadas.

Se fundamenta en «mi experiencia de esta guerra [...], en mi conocimiento del enemigo, en la práctica del mando de columnas y operaciones de guerra, que permitía darme cuenta de lo que se puede exigir a una tropa, de su coeficiente de empleo, según las ocasiones». «Hoy [escribe el 30 de septiembre de 1922], volvería a hacer lo mismo». Además, en la guerra, «no es la urgencia lo que hay que tener en cuenta, sino las probabilidades de éxito»[98], filosofía de

[98] AHN, TS, 51 N 2, Declaraciones de Berenguer. Las citas corresponden a los folios 569, 571 (respuesta a la pregunta 27.ª), 588 y 599 (respuesta a la pregunta 30.ª).

cirujano deshumanizado que quizás sea cuestionable en un general en jefe. Y siempre, como trasfondo, una preocupación obsesiva por la seguridad de Melilla, a la que alude casi en cada página, y que, para cuando cayó Arruit, distaba mucho de hallarse en peligro, suponiendo que alguna vez lo hubiera estado realmente, ni siquiera en los primeros días del desastre.

Hay que añadir que, como se ha adelantado, en una junta con todos sus generales, que se celebró el 6 de agosto, su planteamiento recibió un apoyo unívoco, que conviene examinar ahora más de cerca, ya que en ella se establece una estrategia que perdurará hasta mediados de septiembre.

Se lee en ella que «con unanimidad absoluta y sin la menor reserva» coinciden con el análisis de Berenguer y «manifestaron no encontrar, en el plazo brevísimo que hubiera sido menester para que resultara eficaz, medio hábil de realizar acción alguna militar para socorrer a la columna del general Navarro». Lo hacen con gran dolor de corazón, «prescindiendo de insensatas corrientes de opinión», y persuadidos de la imperiosa necesidad de «evitar a todo evento un revés que, después de los anteriores, arrastraría tras sí definitivamente la suerte de España y del ejército».

Ello, y el recuerdo de lo sucedido a Silvestre, fueron, sin duda, consideraciones de peso a la hora de alcanzar la decisión. Como diría Cavalcanti a un periodista, «estoy convencido de que un paso en falso ahora sería terrible para España. Ya ha habido bastantes impulsividades»[99].

Parece preciso señalar que, en su exposición previa ante sus compañeros, el alto comisario ha aludido, «como elementos de juicio importantísimos», a «las negociaciones de orden político que había emprendido […] consistentes en el empleo del moro adicto a España Dris ben Said, que a tal fin había sido enviado a Abd-el-Krim El Jatabi, y que comunica buenas impresiones […] y, además, en otra gestión cerca del caíd Ben Chelal […] En ambas negociaciones podían cifrarse esperanzas»[100]. Esto es, a seis generales –además de Berenguer, asistieron Cavalcanti, Cabanellas, Sanjurjo, Neila y Fresneda– al frente de más de 22.000 hombres, les parece adecuado fiar la suerte de sus compañeros a un tránsfuga y a un traidor.

Inevitablemente, el acuerdo de la junta provocaría un escándalo, y los firmantes del acta se verían obligados a dar explicaciones.

Lógicamente, la decisión a la que llegó Berenguer tenía que partir de dos factores primordiales: las fuerzas del contrario y las suyas propias.

En su análisis, reputaba al primero como «un enemigo numeroso, aguerrido, y bien armado y municionado […], su moral se hallaba en el máximo de tensión y de entusiasmo, y la confianza en sus fuerzas no tenía límites». Además, estaba dispuesto a «desesperada defensa contra la probable represalia con que habíamos de castigar a los que nos traicionaron»[101].

[99] José Luís Vila San-Juan, *Lo que no tiene nombre,* Barcelona, pág. 323.
[100] El texto del acta, en AHN, TS, 51 N 3, folio 981.
[101] Declaraciones Berenguer, contestación a la pregunta 33.ª, folio 594.

Sin embargo, las confidencias que recibía no respaldaban esa impresión. Sin necesidad de recordar que Navarro calificaba de «chusma» a gran parte de sus sitiadores, el 10 de agosto los informadores hablan de una harca de doscientos Beni Said, Beni Sidel y Beni bu Gafar cerca del límite de Beni Sicar, otra guardia cuyos efectivos no mencionan y una tercera de otros doscientos. En Nador, hay seiscientos rifeños. Agregan, lo que es significativo, que las cabilas llaman a Abd el Krim, «pero se cree no vendrá, como no sea con mucha gente, por temor a una traición»[102]. Pérez Ortiz[103], hecho prisionero en Arruit, certificará que «los rifeños no han llegado aún a aquella parte» en la que se encontraba, a cinco kilómetros de Zoco el Arbaa, donde solo «hay una harca de 100 hombres para vigilar Mar Chica y la playa».

El 14, se dice[104] del dirigente Beni Urriaguel que «ahora está […] dedicado a recoger todos los elementos y material de guerra abandonados, y obliga a nuestros oficiales prisioneros a arreglarlo», afirmación esta última que parece dudosa.

Desde la caída de Monte Arruit hasta fines de agosto, esta será la tónica[105]. Todos son llamamientos de las cabilas al jefe Beni Urriaguel para que acuda con el grueso de su temible harca, y todos son dilaciones por parte de este. A la vez, son abundantes las referencias a rencillas[106] internas, a veces saldadas con muertos[107].

Es preciso tener en cuenta que entonces Abd el Krim distaba todavía de haber impuesto su autoridad sobre la zona oriental, y que su prioridad fue consolidarse en el Rif, antes de avanzar más allá. Cuando comience a extenderse al este del río Kert lo hará, en gran medida, debido a la pasividad española, y, aun así, tendrá que multiplicar las multas[108] y las tomas de rehenes para poder asentar su dominio. Faltaba todavía tiempo para que pudiera exigir de sus compatriotas, como lo haría en 1925, que fuesen «dóciles a mi voz y ciegos ante mis órdenes»[109]. En la época que nos ocupa era más aplicable lo que comentó a un periodista el comandante Sanz, tras escapar del cautiverio. Cuenta que «la mayoría de los indígenas de Beni Said no conocían a Abd-el-Krim, y cuando le vieron la primera vez sufrieron una desilusión y exclamaron, poco más o menos: Abd-el-Krim estar muy pequeño y no tener fantasía»[110].

---

[102] AHN, TS, 51 N 1, folio 183.

[103] Pág. 150.

[104] AGMM, Comandancia General de Melilla, documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14. Informe, ya citado, de Al Lal ben Amar Senhayi.

[105] Las confidencias para esos días se encuentran en AHN, TS, 51 N 1, folios 184-208.

[106] Confidencias del 29 de agosto, para el rechazo de los Beni bu Gafar por parte de los Beni Said. Las afirmaciones que se hacen en el texto están casi todas apoyadas en más de una confidencia. Para simplificar, sin embargo, se cita solo la que ha parecido más significativa.

[107] Confidencias del 22 de agosto.

[108] Confidencias del 17 de agosto.

[109] La cita está entresacada de una proclama suya reproducida en Goded, pág. 124.

[110] *ABC* de 21 de octubre de 1921, pág. 7.

No obstante, parece probable que las mismas dimensiones del inesperado éxito le han abierto nuevas perspectivas. Se habla ya de que «su más ferviente afán» es constituir una nación, para lo que está dispuesto, conociendo las limitaciones de su enemigo, a «llevar a España a la ruina, bien promoviendo una huelga general, o bien combatiendo encarnizadamente hasta agotarla, aunque queden ellos [los rifeños] también deshechos». Se dice que sueña con una «cruzada» que le conducirá «hasta Tetuán», en la que está dispuesto a empeñarse y a «luchar hasta que no queden más que mujeres» en las cabilas[111].

El capitán Soler, de la Policía Indígena, destinado en Alhucemas, confirma alguna de estas afirmaciones[112]. Tras hablar de la sorpresa de los rifeños ante el desplome español, comenta que Abd el Krim ha hecho concentrar el botín en Annual, y que lo ha repartido entre las cabilas, «quedándose él, naturalmente con lo mejor. Lo único que no entregó, [fueron] cañones y granadas», que pagaba a un duro cada una a quien se las traía. También, «hizo circular la especie de que España se retiraría del territorio, que se desencadenaría en nuestro país la huelga general, que España no tendría potencia para reconquistar lo perdido [...] Al mismo tiempo, mandó pregonar [...] la guerra santa».

Las alusiones a la huelga se explican porque el dirigente de Beni Urriaguel creía conocer a España, cuya prensa leía ávidamente, y quizás esperaba una reedición, multiplicada, de la Semana Trágica, ante las noticias del desastre.

A pesar de su intensa labor propagandística, solo el 31 de agosto se empieza a hablar de la llegada de contingentes considerables de rifeños, resultado de que «han ido los jefes de Guelaya a presentarse a Sidi Mohand Abd el Krim para proclamarlo jefe único». No obstante, siempre subsistirán los recelos entre las gentes del Rif y las de Guelaya.

Por otra parte, las harcas o las mehallas que se formaban distaban mucho de ser organismos sólidamente estructurados. De hecho, su composición variaba de día en día, en un continuo ir y venir de combatientes, que marchaban a sus casas o volvían de ellas a su arbitrio. Por todo ello, el número de hombres que las formaban raramente superaba la cifra de unos pocos centenares, aunque los suficientes para mantener aterrorizada al menos a una parte de sus propios compatriotas, los habitantes de las zonas donde desplegaban[113], sometidos a la dura obligación de alimentarlos[114].

En cuanto a lo que de «aguerrido» que, según Berenguer, pudiera tener el enemigo, no se sostiene, atendiendo a la definición del término que da la Real Academia. Se podía aplicar el adjetivo exclusivamente a los rifeños, y ya se ha

[111] Informe de Al Lal ben Amar Senhayi. Es importante recordar, para situar la evolución del pensamiento de Abd el Krim, que tiene fecha de 14 de agosto.

[112] Declaraciones a *El Sol* de 9 de octubre de 1921.

[113] Confidencias del 31 de agosto.

[114] Confidencias del 30 de agosto.

visto que entonces su número era reducido, pero no a los pobladores de las cabilas aledañas a la plaza, que llevaban años de paz.

Pero incluso los primeros tenían grandes limitaciones, como reconocería Cavalcanti[115]: la suya era «una estrategia primitiva, y toda su ciencia militar no es otra cosa que hacer un movimiento envolvente […] Ante el temor de que se les corte la retirada, los rifeños se acobardan», ya que tenían «un miedo grandísimo» a verse copados. En cambio, «mientras juzgan que, en último caso, tienen una salida fácil, son valentísimos».

Ese, y no otro, era el tan sólido adversario, una serie de cabilas todavía desgarradas por desconfianzas y recuerdos de querellas viejas. Lo confirma el nada sospechoso y muy fiable Ayache, cuando asegura que las tribus, enloquecidas ante la perspectiva de saqueo, rechazan a tiros a los destacamentos de Beni Urriaguel que envía Abd el Krim para intentar imponer algún orden en el reparto, matando a veinticinco de ellos. Dice, asimismo, que el grueso de los rifeños, Beni Urriaguel, Bocoya, Tensaman, Beni Ulichek y Beni Tuzin, se detuvo en el Kert. Mientras, Abd el Krim organiza la victoria y envía a retaguardia todo el botín. Por fin, le sitúa el 16 de agosto en su localidad de Axdir, enfermo[116]. De hecho, el 11 ya se decía que había contraído fiebres en Bu Ermana[117], lo que se reafirma el 19: «se retiró por encontrarse enfermo»[118], ratificando lo dicho en el capítulo anterior en base a datos del coronel Araujo.

Habría que añadir, también, que para los propios marroquíes el establecimiento del dominio rifeño, si bien era una garantía frente a la potencia llamada protectora, suponía contrapartidas no siempre deseables. Para los notables, implicaba la erosión, como mínimo, de su propia influencia; para los cabileños, la renuncia de todo o parte de su botín, incluyendo los prisioneros, que Abd el Krim exigía que se le entregaran, escamoteándoles así los beneficios de un eventual rescate. Podía ser una pérdida notable, ya que existía la posibilidad de obtener dinero por ellos, hasta doscientos duros, o de canjearlos[119] por un familiar apresado por los españoles. Habría que mencionar, asimismo, la carestía provocada por la guerra, fruto de la interrupción de los canales comerciales a través de las plazas de soberanía. Así, un producto de la importancia del azúcar pilón, pasó de costar 2,10 pesetas, a 3,50, un aumento superior al 50 %[120].

Por otro lado, Berenguer seguía haciendo todo lo posible por desarticular el bando rifeño. Lo demuestra un telegrama a Alhucemas, «para transmitir a nuestro emisario Ben Said», que alude a «proposición jefes prestigiosos que tratan de disolver harca y quitar poder hijo Si Abd-el-Krim», que no se toma en

[115] Declaraciones en *ABC* del 12 de noviembre de 1921, pág. 7.
[116] Ayache (1996), págs. 150 y 190-192.
[117] Ver la confidencia de ese día.
[118] AGMM, Comandancia General de Melilla, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14.
[119] Confidencias del 25 de agosto.
[120] Confidencias del 13 de agosto.

consideración porque están pendientes «otras importantes negociaciones con Sidi Hamido, que es el jefe que nosotros queremos intervenga en toda nuestra política en esa zona»[121].

Finalmente, la moral de los cabileños no era tan firme como pretendía el Estado Mayor de Melilla. A la euforia inicial de la victoria, adobada por rumores como que en España había habido una revolución, con asesinato de Alfonso XIII incluida, y que no se mandarían refuerzos[122], se fue imponiendo paulatinamente el desamparo debido a que la harca rifeña no llegaba, y el miedo a las represalias españolas, que llevó a diversos notables a tantear la posibilidad de ponerse bajo salvaguardia francesa[123]. Por otro lado, la presencia de tanta gente desbandada –«personas de poca significación y merodeadores»[124]– y en armas, propiciaba una anarquía[125] de la que era víctima la población, y que matizaba su respaldo al alzamiento.

Las confidencias, en resumen, aportan una imagen del adversario que en nada coincide con la esgrimida por el alto comisario para explicar su pasividad tras la caída de Monte Arruit.

El otro argumento que manejaba Berenguer eran las enormes limitaciones de los refuerzos llegados de la península, que no permitían su empleo en operaciones.

Antes de entrar en la calidad de los mismos, resulta imprescindible mencionar su cuantía. El 10 de agosto, por situarnos tras la pérdida de Arruit, había 14.606 infantes, con 11 compañías y una sección de ametralladoras (46 máquinas, dos de ellas inútiles), 213 caballos, 845 mulos y 65 carros; 1.092 jinetes con 1.111 caballos; 2.142 artilleros, con 36 piezas de Artillería Ligera y 32 de Montaña, 1.276 caballos y 485 mulos; 1.456 Ingenieros, con 56 caballos, 333 mulos, 48 camiones y tres coches ligeros; 740 de Intendencia, con 32 caballos, 295 mulos y 11 camiones, y 193 de Sanidad con 14 caballos, 88 mulos y 11 camiones (es de suponer que serían ambulancias). Si a esos más de 20.000 hombres se les añade los supervivientes de la antigua guarnición, el total supera los 26.000[126]. Evidentemente, y desde cualquier punto de vista, era una masa de fuerzas muy considerable.

---

121 AGMM, documentos de Abd el Krim, legajo 1, carpeta 8, telegrama de 11 de agosto de 1921.

122 Confidencias del 12 de agosto.

123 Confidencias del 29 de agosto.

124 Confidencias del 28 de agosto.

125 Confidencias del 19 de agosto.

126 Datos de los *Estados demostrativos de las fuerzas, armamento, material y demás elementos desembarcados en Melilla desde el 24 de julio al 10 de agosto de 1921* (AHN, TS, 51 N 27, folios 42-54). Para no hacer demasiado tediosa la enumeración, solo se ha mencionado el material que aparece con las unidades, no el que figura en una relación separada. De la misma fuente procede la cifra de efectivos existentes el 6 de agosto, que arroja un total de 22.579 hombres. El *Estado de las fuerzas existentes en el territorio de Melilla en los días que se indican*, en ibíd., 51 N 6, folio 1655, menciona cifras muy similares.

Al analizar su valía, y al margen de que existía de un núcleo de tropas de choque procedentes de Ceuta, además de las reorganizadas en Melilla[127], nada desdeñable para los volúmenes de tropas habituales en el Protectorado, se tropieza con discrepancias insalvables. Para los generales que las recibían, carecían prácticamente de toda utilidad; para aquellos que las enviaban, estaban en condiciones correctas, si no perfectas.

Podría resultar interesante exponer ambas posturas.

Sostienen la primera los firmantes del acta de 6 de agosto. Berenguer, sin ambages, asegura que «aquellas fuerzas no estaban en condiciones de combatir, y necesitaban, no una preparación especial, sino una verdadera instrucción». Saca a relucir, al efecto, sendas memorias del Estado Mayor Central, para 1920 y 1921, que señalan que la instrucción en general es «mediana», que la de tiro casi no se ha podido realizar por falta de campos, y la de ametralladoras tampoco, por la misma razón.

Enfatiza el alto comisario que de los cuerpos se había «segregado el contingente más instruido, dentro de esas imperfecciones, los de tercer año, quedando en la península con licencia la mayoría del segundo año». Le habían mandado, pues –hasta el 6 de agosto, cuando la situación empezó a cambiar–, básicamente reclutas, con poco más de tres meses en filas. El caso de los voluntarios era todavía peor, llevaban veinte días[128] en sus unidades.

Eza, acosado por lo reproches de no haber movilizado desde el principio a los hombres el tercer año de servicio, se defendió diciendo que «se licenciaba al tercer año apenas entrado el segundo de reemplazo», en primavera, para que pudieran a atender a la recolección y a las faenas del campo, y para ahorrar costes, ya que para cuadrar los presupuestos había que mandar a sus casas durante cuatro meses a 51.000 soldados. Concluía, pues, que «la instrucción del tercer año no era superior a la del segundo»[129].

Incluso publicó en *El Imparcial*[130] un artículo al respecto, saliendo al paso de las críticas que el siempre difícil Weyler le había formulado al respecto, cuando en el Senado le acusó, entre otras cosas, de que «los soldados de tercer año, que eran los más instruidos, los excluyó»[131]. Afirmaba el antiguo ministro en el diario que se había asesorado sobre el asunto y que «todo los informes coincidían en que del segundo al tercer año no había ninguna diferencia apreciable a favor de los últimos. Y se comprende. Pasan en febrero al tercer año; hacen vida puramente de cuartel, con poca instrucción de tiro y ninguna de movimientos, por causa de la inclemencia de la estación. En mayo, se marchan, y sólo aprenden algo en las

[127] El grupo de Melilla reclutó intensamente en la zona occidental, lo que le permitía disponer de 718 hombres el 10 de agosto.

[128] Declaraciones Berenguer ya citadas, respuesta a la pregunta 33.ª, folios 595-597.

[129] *El desastre de Melilla,* pág. 73.

[130] El 14 de diciembre de 1921.

[131] *Diario del Senado* de 12 de diciembre de 1921.

escuelas prácticas que, por celebrarse en otoño, no habían utilizado todavía en este año». Llega a decir, «en la realidad, viene estando casi suprimido [el tercer año]».

Presenta, además, otro argumento. Teniendo en cuenta que los soldados de esa clase necesitaron, por término medio, ocho días para incorporarse a filas, una vez llamados, «¿Dónde estaría la soberanía de España si esperamos a mandar refuerzos a que se hubieran reconcentrado los del tercer año?».

En el Congreso[132] aportaría una razón adicional: «la Ley de Reclutamiento manda que se tome primero al más moderno que al más antiguo», lo que resulta sorprendente ya que se diría que es preferible enviar al frente a un veterano antes que a un bisoño.

Así pues, en su opinión, tanto por imperativo legal, como por la premura de tiempo, como debido a la escasa diferencia en el grado de instrucción, su decisión estaba justificada.

Por otra parte, Weyler, que en su afán crítico no vacilaba en apartarse de la consistencia, habría asegurado también, contradiciéndose con lo afirmado en el Senado, que «siempre se ha enviado a aquella plaza [Melilla] los soldados de primer año de servicio, y ahora se han enviado a los de dos años. Van, pues, con la instrucción suficiente»[133]. En su opinión, por tanto, no era una situación excepcional la que afrontaba Berenguer.

Ciertamente, hubo unanimidad en la junta del 6, tanto por lo que respecta a la imposibilidad del socorro a Arruit, como por lo que se refiere a la nula capacidad de los refuerzos recibidos. Pero si se miran un poco más de cerca las palabras de algunos de los asistentes, se aprecian matices.

Dos de ellos son tajantes. Cabanellas, que dirigía la brigada de húsares, no alberga dudas sobre lo correcto de la decisión, y hace una crítica devastadora no solo de las unidades de la península, sino, especialmente, de la guarnición de la plaza.

Cuenta que cuando llegó a Melilla y se encargó interinamente de la Comandancia General, hasta que la ocupó Cavalcanti, «no encontró a nadie que le diera ninguna clase de informes, por estar los jefes de aquel estado mayor bajo la impresión del desastre». Asegura que «jefes y oficiales de la antigua guarnición, no vio ninguno […] Varios decían que estaban enfermos, y ningún jefe de cuerpo se le presentó. Se encontró a un coronel de Artillería [Massaller, es de suponer], con un pañuelo rodeándole la cabeza, y le dijo que estaba enfermo»[134]. En cuanto a los soldados, «estaban aislados, sin permitírseles salir de sus cuarteles», ya que «el contacto con ellos era deprimente» para la moral[135].

[132] *Diario del Congreso* de 29 de noviembre de 1921.
[133] *La Vanguardia* de 5 de agosto de 1921, pág. 7.
[134] AHN, TS, 51 N 17, segundas declaraciones, de 6 de julio de 1923, folio 4928.
[135] Ibíd., 51 N 3, primeras declaraciones, de 7 de octubre de 1922, folio 690v.

Sanjurjo es igualmente terminante. No había forma de auxiliar a Monte Arruit, ya que se trataba no solamente de llegar hasta allí, sino de volver con la guarnición evacuada, y los refuerzos «muchos de ellos carecían de elemental instrucción, de tiro, principalmente; desconocían otros a sus jefes y oficiales, y [...] carecían de elementos de combate necesarios». La conclusión es que «no tenían eficacia, ni se podían emplear esas tropas» hasta pasada la primera quincena de agosto, cuando empezaron a completarse en todos los aspectos. En contraste con tanta deficiencia, alude a «la enorme cantidad de elementos» que poseían «las cabilas excitadas por sus triunfos»[136]. Parece olvidar que, cuando cayó Monte Arruit, solamente habían empleado tres cañones (dos contra esa posición y uno contra Nador), lo que no parece especialmente «enorme».

Los otros tres asistentes no son tan radicales. Cavalcanti, el más antiguo después del alto comisario, habla de la exposición inicial que hizo Berenguer, aludiendo a los peligros que corría la propia Melilla, sujeta a «amenazas serias», y a que «la situación de España se agravaría si, como era seguro, las fuerzas salvadoras no podían cumplir su cometido». Reconoce que quedó «impresionado por las manifestaciones», y alude a «la reputación» de su superior, «mejor conocedor que nadie de la situación». Por ello, «no trató de discutir los razonamientos del general en jefe», lo que deja la impresión de que no necesariamente los compartía en su totalidad.

Eso sí, para el caso de que, a pesar de todo, se optase por enviar la columna de auxilio a Monte Arruit, reclamaba –como hicieron otros de los asistentes– el mando de ella, a sabiendas de que «no podría quizás, y aun seguramente», proteger la retirada de la guarnición «con el cúmulo de enfermos y heridos» que tenía. Sin embargo, «sabría morir» en el intento[137].

Era tanta, no obstante, su preocupación por los refuerzos, que, al día siguiente de la caída de Zeluán, tomó la inusual iniciativa de mandar «rapidísimamente» un mensajero personal para informar «a los Poderes Supremos del Estado» de la situación, «principalmente [...] la seguridad de la plaza» y de las necesidades de material, así como para exponer «con verdadero empeño» los inconvenientes de «no haber enviado los hombres del tercer año, únicos de verdadera aptitud». El enviado se reunió el 4 de agosto con Eza, y luego con Cierva, dado que ya era un secreto a voces que iba a ocupar la cartera de Guerra en el nuevo Gobierno. El primero, «tomó nota» de lo que se le decía, ignorándose la reacción del segundo y si tuvo lugar alguna entrevista más[138].

---

136 Ibíd., 51 N 7, 8 de noviembre de 1922, folios 1924-1926v.

137 Sus primeras declaraciones, de 25 de septiembre de 1922, en AHN, TS, 51 N 2. Los entrecomillados están extraídos de los folios 369-370v.

138 Testimonio del mensajero, capitán de complemento de Caballería Jaime Quiroga, de 2 de octubre de 1923, en ibíd., 51 N 18, folios 5717v-5720. Eza y Berenguer hicieron alusión a este viaje en su conferencia del 6 de agosto (ver ibíd., 51 N 3, folio 740).

De su lado, Fresneda, muy escueto, ratifica que el socorro estaba «expuesto a un fracaso», debido a las condiciones de los refuerzos, «y que, dado el estado de la opinión de la península, había que meditarlo mucho por las consecuencias que pudiera tener»[139], pero no va más allá.

Es Neila, conocido porque de capitán mandó en Cuba la defensa del fuerte de Cascorro, en la que Eoly Gonzalo realizó su hazaña, quien provoca un cierto alboroto con sus afirmaciones posteriores, escritas, por cierto, con un número de faltas de ortografía realmente abrumador[140]. Dice[141] que, en su criterio, «procedía marchar en socorro de Monte Arruit». No obstante, al no encontrar eco su propuesta, se adhirió a la mayoritaria de sus compañeros, «que llevaban más tiempo en el territorio» y que eran «mejores conocedores» de las circunstancias, que se convirtió (en el original aparece con «m» y con «b») así en unánime.

Sanjurjo, luego, salió al paso de tal afirmación, asegurando, implacable, «que lo que dijo el general Neila en la reunión […] fue lo que consta en el acta»[142], es decir, que no se podía hacer el socorro. Similar fue la reacción de Cavalcanti y de Cabanellas, agregando el segundo que ese general «no hizo presente nada» durante la reunión[143].

Por último, Gómez-Jordana, que asistió como secretario, afirma que «el resultado de dicha reunión se refleja bien claramente en el acta»; no fue posible el socorro debido a las «fuerzas escasas, indotadas aún, y sin la moral e instrucción precisas»[144]. En su libro[145] es más explícito al respecto, a la hora de negar que se hubiese podido enviar auxilio.

Hasta aquí, las opiniones de los receptores. Pero los que enviaron los refuerzos, tienen un criterio muy diferente. Por no citar a todas las regiones militares, se han escogido cinco.

El infante don Carlos de Borbón, de la 2.ª[146], es el más negativo. Admite que las tropas que partieron de Sevilla «no tenían, en general, la suficiente instrucción de tiro, por no haberse practicado, por falta de campos». Se contaba con solo un polígono, tan estrecho que nada más se podía disparar «de uno en uno». Alude, también, a que las fuerzas salieron con entusiasmo, pero que «pudo haber decaído

139 Ibíd., 51 N 7, folios 1931-1932v.

140 En este trabajo se han subsanado los numerosos errores ortográficos que se han encontrado, por atribuirlos a escribientes apresurados y no necesariamente bien preparados. Pero el caso de Neila, un general, que escribe de su puño y letra, y que en dos líneas estampa «tube» en vez de «tuve»; «devida», en lugar de «debida», y «llebaban», y no «llevaban», llama la atención.

141 AHN, TS, 51 N 3, folios 979-980. Son de 7 de octubre de 1922.

142 Ibíd., 51 N 20, segunda declaración de Sanjurjo, folio 6166, de 14 de febrero de 1924.

143 Terceras declaraciones de ambos, en ibíd., folios 6219-6220 para las de Cavalcanti, del 7 de marzo de 1924, y 6220v-6221v para las de Cabanellas, del día siguiente.

144 Ibíd., folio 1017.

145 Pág. 40.

146 AHN, TS, 51 N 7, folios 1978-1979, del 25 de noviembre de 1922. En ibíd., 51 N 2, folio 657v, hay una relación muy útil de quienes ostentaban en la época las capitanías generales.

después de su llegada a dicha plaza [Melilla], al enterarse en la misma, con todos sus detalles, de la catástrofe de Anual, que la mayor parte desconocían al embarcar».

En la 3.ª, Aizpuru manifiesta que las tropas embarcaron «con levantado espíritu y sano patriotismo», lo que no les regatearon los generales de Melilla, y se refiere a «su completa instrucción», tanta, que «bien pudieran haber sido empleadas en cualquier operación de guerra a los pocos días de su desembarco». Para corroborarlo, apela a los «excelentes informes» que emitieron cuantos las inspeccionaron. «Llevaron, pues, a Marruecos una buena base doctrinal, adquirida en constantes y variadas marchas, ejercicios de combate, ejercicios de tiro, etc.», concluye[147].

Carbó, que mandaba la 6.ª, también habla de la sólida moral de las unidades, que pueden confirmar todos los que las vieron en «los puertos de Bilbao, Santander, Pasajes y población de San Sebastián», y que se mantuvo aun cuando, en ocasiones, fueron a Melilla «en las bodegas, utilizadas antes para carboneras», con improvisadas «cocinas sobre cubierta», y habiéndose tenido que «comprar sillas en que pudieran sentarse los jefes y oficiales». En todas las guarniciones habían tenido lugar «ejercicios de columnas mixtas, campañas logísticas», y «la tropa había recibido toda la instrucción correspondiente al periodo de servicio en que se encontraban […] Corresponde, pues, a lo expuesto, la capacidad combatiente y valor real» de esas tropas[148].

Por fin, para no alargar interminablemente la relación, López Herrero, en la 7.ª, asegura que «el gran entusiasmo[…], unido a la instrucción que habían recibido, me hacen contestar en el sentido […] que estaban en condiciones de llenar perfectamente su misión». Y añade una malvada coletilla: «la capacidad combatiente y el valor real […] dependía ya solamente del mando»[149]. El argumento definitivo lo dio el general Ampudia[150]: «por mi parte, no hubiera tenido inconveniente alguno en entrar con ellas en fuego al día siguiente de su desembarco».

[147] Ibíd., 51 N 10, folios 2582-2584. Son de 19 de febrero de 1923. La capitanía mandó batallones de Infantería de La Corona, Sevilla, España, Otumba, Princesa, Mallorca y Guadalajara; parte del 6.º de Artillería Ligera y del 6.º de Pesada, y elementos de 5.º de Zapadores, y de las terceras Comandancias de Intendencia y de Sanidad.

[148] Ibíd., 51 N 6, folios 1626-1627v. De 4 de noviembre de 1922. Envió a Melilla batallones de San Marcial, Valencia, Garellano, Sicilia, Guipúzcoa y Andalucía, Bailén y Cantabria; elementos del 1.º de Zapadores; grupos del 11.º de Artillería Ligera y del 2.º de Montaña, así como fuerzas de Intendencia y Sanidad. También mandó tropas a Ceuta y a Larache.

[149] Ibíd., folios 1630-1632v. De 5 de noviembre de 1922. Dicha región envió a África batallones en los regimientos de Infantería Reina, Granada, Córdoba, Borbón, Álava, Extremadura y Pavía; la compañía de ametralladoras de Ronda; el regimiento de caballería Lusitania; el 4.º de Artillería Ligera y tropas de Intendencia y Sanidad. Mandó batallones de Isabel II, Toledo, Segovia y La Victoria; el regimiento de Caballería Farnesio; un grupo del 14.º de Artillería Ligera y dos baterías del de Posición, y sendas compañías de Intendencia y de Sanidad.

[150] Mandaba la 5.ª región, que envió batallones de Tetuán, Gerona y Galicia, un grupo del 9.º de Artillería Ligera, una compañía de alumbrado en campaña y una compañía de Intendencia. Las declaraciones son del 15 de noviembre de 1922 (ibíd., 51 N 7, folios 1942-1944 bis v).

Había, pues, dos escuelas, meridianamente deslindadas por la respectiva responsabilidad. Los que tenían la de emplear las tropas, pensaban que eran malas; las que habían tenido la de formarlas, creían que eran operativas.

Pero surgió un tercero en discordia, alguien que no era general, que había utilizado a las fuerzas, que no participó en su preparación y que aseguró que el auxilio fue posible.

Se trata del coronel Riquelme, al que se ha visto mandando la que, de hecho, fue la primera columna que operó, y que a principios de agosto pasó a jefe de la Policía y de Asuntos Indígenas. Era un puesto que se adecuaba a su formación y a su experiencia[151], y que le había estado vedado anteriormente porque, sin ningún motivo de fondo que lo justificase, había sido coto reservado a los diplomados de Estado Mayor. En él desarrollaría una labor inapreciable, esmaltada de enfrentamientos con los mandos de Melilla.

De hecho, sería cesado el 13 de abril de 1922, aunque ya en diciembre del año anterior el ministerio hubiera publicado una nota desmintiendo que se hubiese ofrecido a socorrer a Monte Arruit. El ministro de la Guerra, con poco tacto, dijo que el motivo del relevo fue que «por lo visto, le estorbaba» a Berenguer[152]. Sanjurjo fue aún más brutal, ya que, asegura, le espetó al coronel: «Para que sepas a qué atenerte, el que te releva soy yo, que he pedido que te quiten por desleal». Insistiría más tarde: «Riquelme fue desleal en Melilla, y sigue siendo desleal en Madrid […] No colaboró con el mando, fue insidioso al hablar con la prensa para inspirar campañas y llevó su pasión a equivocarme con las confidencias e informes de la Policía […]; en vez de ser un colaborador, era un peligro»[153].

Berenguer le apoyó. Sustituyó al coronel, declaró, «porque Sanjurjo me lo pidió así, acusando por escrito a Riquelme de ser desleal al mando, cosa que, por mi parte, yo comprobé suficientemente». Añade, lo que es innegable, que «el propio Riquelme en sus declaraciones primeras ante Picasso, no habló para nada de su famoso plan»[154], pero es igualmente verdad que ese general en ningún momento indagó sobre el socorro a las posiciones citadas, ya que circunscribió su investigación a Annual y sus consecuencias inmediatas.

Lo cierto es que, tanto ante medios periodísticos, donde tenía muy buenos contactos –Goy de Silva es un ejemplo claro–, como ante el Consejo Supremo de Guerra y Marina, el entonces coronel sostuvo que él había sido siempre partidario de marchar en socorro de las posiciones sitiadas, especialmente de Arruit; que el

---

[151] Al parecer, tanto el hermano de Abd el Krim como muchos rifeños sentían «genuino respeto» por Riquelme, al que consideraban gran conocedor del país y de sus habitantes (Sheean, pág. 240).

[152] *Diario del Congreso* de 2 de junio de 1922.

[153] Declaraciones de Sanjurjo en *ABC* del 27 de mayo de 1923, pág. 7. Más adelante se verá el hecho concreto que desencadenó el enfrentamiento, pero el tema de fondo fueron las declaraciones de Riquelme sobre el abandono de las posiciones cercadas.

[154] Manifestaciones de Berenguer en ibíd., de 18 de mayo de 1923, págs. 11 y 12.

enemigo no era tan poderoso como se decía, y las fuerzas de refuerzo, mucho mejores de lo que se comentaba. Con «cuatro o cinco batallones, un regimiento de caballería, un grupo ligero de campaña y una harca amiga», se había comprometido a hacerlo, exponiendo un «plan» al respecto.

Añadió que, en una reunión, jefes y oficiales de la antigua guarnición se habían ofrecido también a lo mismo, al frente de sus propias tropas. Todo ello fue rechazado, igual que propuestas de ayuda, que enumera, de «moros amigos»[155]. Berenguer, Cavalcanti y Jordana, dijo, estaban al corriente de sus ideas, incluso se las había expuesto al segundo por indicación del primero.

Los generales de Melilla, y el coronel Gómez-Jordana, reaccionaron en bloque contra esas afirmaciones, negándolas en sus respectivos testimonios. Ante ello, Riquelme rectificó, pero solo parcialmente. Aclara que cuando habló de «plan», aludía en realidad a «ofrecimientos y opiniones […] favorables al socorro de Monte Arruit […] No se refería a un plan escrito en la verdadera acepción militar de la palabra».

Pero insiste en alabar el comportamiento de batallones como La Corona, Extremadura, Granada y Tetuán; de los Zapadores, y de las baterías del 4.º y del 11.º de Artillería Ligera. Manifiesta que «el enemigo, en realidad no demostró actividad y pujanza hasta el 31 de agosto». Reitera el ofrecimiento formulado por la vieja guarnición, añadiendo datos nuevos, y el suyo propio, que repitió dos veces. Sin embargo, Berenguer lo rechazó, asevera, porque «llevaba personalmente unas negociaciones». «Le dijo que tenía grandes esperanzas en el éxito de unas gestiones que había encomendado a Dris ben Said, cerca de Abd-el-Krim», que había «muy buenas noticias» y que «en breve llegarían los sitiados [de Arruit] sanos y salvos a la plaza»[156].

Lo que daban a entender sus palabras era materia de mayor cuantía: el alto comisario había renunciado a una opción militar, posible, en auxilio de Navarro, para inclinarse por una fórmula política, ilusoria, con el conocido y funesto resultado.

El escándalo alcanzó grandes proporciones, llegando a la prensa y ante los tribunales. No ayudó en nada que Fernández Tamarit, que ya ha aparecido antes en estas páginas, hombre difícil, pero de gran prestigio, terciara. Confirmó que «en Melilla se deseaba y creía posible intentarlo [el socorro] […] que cree haber oído se ofreció el teniente coronel Núñez de Prado», de Regulares, «y ha oído afirmar al coronel Riquelme que propuso lo mismo»[157].

Riquelme persistió, tenaz, en su tesis. Notable fue, en ese sentido, su comparecencia ante la Comisión de Responsabilidades del Congreso, el 29 y 30 de junio

[155] AHN, TS, 51 N 1, declaraciones de 20 de julio de 1922, continuadas al día siguiente, folios 33v-47.
[156] Ibíd., 51 N 17, segundo testimonio, de 4 de julio de 1922, prolongado al 5, folios 4915-4926v.
[157] Ibíd., 51 N 1, segunda declaración, de 17 de julio de 1922, folio 24.

de 1923. La transcripción de sus declaraciones abarca noventa páginas, desmesurada extensión, que le sirvió para reiterarse, largamente, en sus argumentos[158].

Adquirió tal dimensión el asunto, que tuvo lugar la escena, nada frecuente, de un careo entre generales. De un lado, Riquelme, que ya lo era entonces de brigada, frente a Calvacanti; de otro, este frente a Tamarit.

Riquelme, aunque ratificándose en su propuesta y en que habló de ella a Cavalcanti, se muestra obsequioso, y dice que lo hizo «amparándose en la confianza y benevolencia» de su superior. Cavalcanti, aristócrata y procedente de Caballería se muestra intratable: «se afirma de una manera terminante y absoluta en lo dicho [...] asegura rotundamente que el coronel Riquelme nada le dijo por orden, de parte, ni por encargo del general en jefe»[159]. El segundo encuentro no tuvo sustancia alguna[160], ya que Tamarit se había limitado a aludir a rumores, sin hacer ninguna afirmación taxativa.

Vino a erosionar más aún la credibilidad de Riquelme el comandante de Estado Mayor Abilio Barbero[161], citado por él en un testimonio, cuando dijo, refiriéndose a la presunta propuesta de socorro, «que no tuvo la menor noticia antes de la rendición de Monte Arruit». Solo le habló del asunto después, asegura, comentando que hubiera sido posible el auxilio, en lo que Barbero se mostró conforme.

En cualquier caso, el debate creado fue otro episodio lamentable más, que se vino a sumar a todos los otros relacionados con el desastre. Corrochano diría que «no pasa de ser un chismecillo de cabaret entre bebedores de whisky y tanguistas a sueldo»[162], pero el público entrecruce de reproches entre militares deja una sensación penosa. Cabe mencionar que, al menos en Melilla, se hablaba en los mentideros de ofrecimientos de efectuar el socorro: «¿No estaban decididos Cavalcanti y el coronel Riquelme con otros jefes y oficiales a acometer la empresa?», se escribió[163]. Es posible, sin embargo, que fuese el propio coronel el que hiciera circular el rumor, a través de sus amigos periodistas.

Si se pueden poner en tela de juicio los ofrecimientos de Riquelme, parece indiscutible el de Millán Astray, quien, encorajinado al ver la agonía de Nador, a pesar de su proximidad a las líneas españolas, solicitó autorización para enviar allí una compañía o una sección del Tercio, «algo que les dé ánimos y alivio»[164], siéndole denegada por un Berenguer dispuesto a no asumir el menor riesgo.

Por lo que respecta al estado de las unidades en sí, es materia ardua y oceánica, ya que se conservan muchas decenas de folios dedicados a describirlo, a veces con

[158] Págs. 158 y ss.
[159] AHN, TS, 51 N 20, folios 6242-6245v. Tuvo lugar el 20 de marzo de 1924.
[160] Ibid, folios 6239v-6241v. Se celebró el 17 de marzo de 1924.
[161] Ibíd., 51 N 6, folio 1591v, declaración de 20 de octubre de 1922.
[162] *ABC* de 27 de mayo de 1923, pág. 7.
[163] Cabanillas, págs. 42-43.
[164] Franco, pág. 101.

exhaustivo detalle, como estados diarios de sus efectivos o libros de órdenes con los ejercicios que cada unidad debía realizar cotidianamente, especificados por horas.

Se ha preferido obviar tanto pormenor, y ofrecer solamente algunas pinceladas, que quizás sean significativas. Se dedicará a continuación alguna mayor atención a dos unidades concretas, el batallón de La Corona y la brigada de húsares. De un lado, por su particular significación y, de otro, por su escasa entidad numérica, que las hacen más manejables.

Antes, sin embargo, hay que mencionar algo curioso. Ya se ha visto la mala opinión de los generales de Melilla sobre los refuerzos. Sin embargo, cuando mencionan cuerpos que conocían personalmente, introducen excepciones. Cavalcanti elogia al batallón de Guipúzcoa, «uno de los más aguerridos», y al grupo del 2.º de Montaña, aunque no llevaba hombres del tercer año y carecía de apuntadores y de artificieros. Neila, por su parte, califica de «excelentes» a Córdoba y a Gravelinas.

En cuanto a los numerosos jefes de unidades que prestaron declaración, respondiendo a un cuestionario de dieciséis preguntas, la inmensa mayoría coincide en afirmar que, si bien presentaban deficiencias, debidas a la rapidísima movilización –a veces, transcurrieron pocas horas entre la orden de preparar una fuerza y su embarque–, de hecho muchas fueron empleadas al poco de llegar a Melilla, incluso el mismo día. Aluden también, masivamente, a felicitaciones recibidas de los generales que allí estaban, lo que se puede deber a que no eran tan ineficaces como se decía, a la ya comentada afición a la ampulosidad de aquel ejército, o a una combinación de ambos factores.

Los testimonios rayan en la monotonía, por su similitud, pero algunos de ellos incluyen comentarios interesantes.

Es el caso del 6.º de Artillería Ligera, el primer cuerpo de ese tipo que salió de la península. Indica su coronel que «la capacidad combativa de la unidad, tanto el grupo como las baterías, era excelente, y, desde luego, muy superior a la necesaria para una campaña en que el enemigo no podía oponer una artillería organizada»[165]. En parecidos términos se expresa su compañero del 4.º de Ligera: «la capacidad combatiente y el valor real del grupo [expedicionario], considerado como unidad táctica, al depender de los elementos de combate en relación con los del enemigo, y de la instrucción y disciplina de las tropas y espíritu de la oficialidad, teniendo en cuenta los anteriores conceptos, eran muy superiores por los elementos de combate a los de los enemigos, por la instrucción y disciplina de las tropas, perfectos [sic] y por el espíritu de los jefes y oficiales, excelente»[166]. Lo mismo dice el que mandaba el regimiento de Infantería de Otumba, cuando

[165] AHN, TS, legajo 51 N 18, folios 5644-5647. Declaraciones de 27 de julio de 1923.

[166] Ibíd., N 7, declaraciones de coronel, que ciertamente no son un modelo de claridad, en folios 2001-2002.

afirma que la instrucción de sus hombres era superior «con relación al enemigo que tenían que combatir»[167].

Primo de Rivera, que cuando el desastre mandaba la 1.ª región, antes de pasar a la 4.ª, coincide: «si bien los efectivos y material no eran los que hubiera requerido una gran guerra, permitían una aplicación eficaz a misiones de las que podía requerir la campaña de Marruecos, como se demostró cuando estas unidades fueron empleadas»[168]. Lo expresó de forma más inteligible su colega Rubín, de la 8.ª: «para batirse contra un ejército bien organizado, armado y municionado, no llevarían tal vez instrucción suficiente las fuerzas expedicionarias, pero para emplearlas contra los moros, sí»[169]. Un simple capitán, que sirvió allí, coincide: «estábamos desorganizados, cierto, pero, ¿estaban mejor organizados los moros, y mejor armados que nosotros?»[170].

Aluden de esa manera todos ellos a un criterio importante, que quizás Berenguer no valoró. No eran precisas fuerzas sobresalientes; bastaba que fueran superiores a un contrario que, sin duda, en términos de equipamiento, disciplina y cohesión presentaba serias deficiencias. Parece, en efecto, que no tuvo en cuenta que, en general, durante las campañas de Marruecos «contábamos [los españoles] con superioridad técnica, superioridad de organización, superioridad de medios y numérica»[171].

Un aspecto que el alto comisario y sus inmediatos subordinados no dejaron de enfatizar fue la merma que suponía haber prescindido de los soldados del tercer año, especialmente en cuerpos como la Artillería. Sin embargo, el ya citado 6.º Ligero marchó con los apuntadores y artificieros reglamentarios, igual que el 1.º y el 3.º de Montaña[172], otras dos unidades de la primera oleada de refuerzos. En Infantería también se relativiza esa presunta limitación: los soldados del primer año ya habían realizado su instrucción de tiro, y aunque no habían hecho «del tiro conjunto más que ejercicios con fuego simulado, como ya en su trabajo táctico estaban mezclados [con los más veteranos], considera que la unidad tenía capacidad combatiente»[173]. Habría que precisar que los ejercicios que les faltaban por

---

[167] Ibíd., folios 5649-5651, de 29 de julio de 1923.

[168] Ibíd., 51 N 8, folios 2003-2004v, de 6 de diciembre de 1922.

[169] Ibíd., loc. cit., folios 2170-2172, de 15 de diciembre de 1922. Mandó a Melilla sendos batallones de Príncipe, Zaragoza, y Burgos; un grupo del 3.º de Montaña, una batería de la Comandancia de El Ferrol, y una ambulancia, así como otras unidades a Ceuta y a Larache.

[170] Cordón, pág. 73.

[171] Goded, pág. 47.

[172] Ver las declaraciones de sus respectivos coroneles en AHN, TS, 51 N 18, folios 5187v-5194v y 51 N 19, folios 5846-5868, de 30 de julio y de 6 y 11 de agosto de 1923, respectivamente. El 3.º de Montaña, por escasez de personal y ganado solo pudo, inicialmente, destinar a operaciones una batería y una sección, la mitad de su fuerza, pero a medida que se completaron sus efectivos, también lo fueron las unidades combatientes que puso en línea.

[173] Testimonio del coronel del regimiento de Gerona, del 26 de julio 1923, en ibíd., folios 5203v-5205.

hacer eran ya «los últimos del plan de instrucción del recluta» que, menos en ese aspecto, estaba completo[174].

Tampoco se podría infravalorar la magnífica moral de las unidades, un elemento esencial a la hora de establecer su valor militar, que se puede apreciar en la actitud de los hombres de tercer año, que se hallaban de permiso indefinido. En el regimiento de Infantería de Valladolid, basado en Huesca, «los pueblos natales de la mayoría del contingente del batallón son fronterizos con Francia. Cuando fueron llamados los soldados para marchar a África, tan solo uno consumó la deserción»[175]. En el 6.º Ligero, los «que se encontraban en sus casas en licencia ilimitada, se incorporaron a estandartes tan pronto como recibieron la orden».

Más notable fue el caso del Toledo[176]. En el trayecto hacia Melilla, «salieron a las estaciones del ferrocarril, al paso del tren, algunos soldados de los del tercer año, que se hallaban licenciados [...] para incorporarse al batallón, aun cuando todavía no se les había avisado». Acudieron al cuartel, en Zamora, muchos de los restantes, «procedentes de Barcelona, con anterioridad a la orden de incorporación, y sin más noticias que las recibidas por periódicos».

En efecto, cuando, eventualmente, se llevó a cabo el llamamiento del tercer año, no se produjeron incidentes, si bien las autoridades, curándose en salud, se consideraron en la necesidad de enfatizar que no se trataba de una movilización general que afectara a los reservistas, como sucedió cuando el desdichado combate del Barranco del Lobo. Parece, pues que la moral de la tropa era, en términos generales extraordinariamente alta.

Entre los mandos, caben los matices. Por ejemplo, en el batallón de Guipúzcoa hubo que sortear los oficiales que irían a Melilla, porque todos querían hacerlo, mientras que en el 1.º de Artillería de Montaña, los sargentos en bloque se presentaron voluntarios, y, al llegar la unidad expedicionaria a la plaza, su jefe se ofreció a marchar hacia Arruit.

Hubo, sin embargo, conductas que reflejaban una actitud muy distinta, como la de aquel teniente coronel del batallón de Borbón, castigado por embriaguez, en base al parte dado por un capitán, o la del de Álava, que dejó su puesto por una presunta enfermedad que tenía todas las apariencias de ser fingida. En cambio, el comandante que le sustituyó interinamente cayó en combate, batiéndose con gallardía[177].

De todas formas, hay indicios de que, al menos en los primeros momentos, costó pasar de la mentalidad de paz a la de tiempos de guerra. Solo así se explica que

---

[174] Testimonio, del 2 de agosto de 1922, del teniente coronel que mandó el batallón expedicionario de Segovia (ibíd., loc. cit., folios 5575-5578).

[175] Declaración del coronel del regimiento, de 29 de julio y 3 de agosto de 1923, en ibíd., loc. cit., folios 5278v-5283.

[176] Testimonio de su coronel, del 24 de agosto de 1923, en ibíd., folios 5585v-5593v.

[177] El informe, de 9 de noviembre de 1922, del general de la brigada a la que pertenecían está en ibíd., 51 N 7, folios 2008-2043.

se necesitase un real decreto de 31 de agosto[178] para establecer que los mandos de las tropas desplegadas en África debían continuar en sus destinos aun cuando hubiesen superado el plazo mínimo de permanencia obligatoria, cuando parece que el propio pundonor debería haber bastado para que siguiesen al frente de sus hombres mientras estuviesen empeñados en operaciones.

Es de resaltar que, en muchos casos, se destaca de una unidad que combatió «en primera línea, al lado del Tercio»[179].

Porque esa campaña sería la consagración definitiva de lo que entonces muy pocos llamaban la Legión, que, tras sus primeros éxitos en la zona occidental, establece de forma permanente su prestigio en la oriental. Corrochano comenta[180] que «el moro ha cogido tanto miedo al Tercio que ya procura atacar esquivando encontrarse con ellos, y dice: "soldados del Tercio estar peor que chacales"».

Mucho se debe, además de a sus hechos de armas, al ya mencionado genio de Millán Astray como publicista. Se escribió de sus hombres, atinadamente, que «siendo, como son uno de los valores más positivos y una de las organizaciones más eficaces de nuestras tropas de África, son también los que tienen mayor valor literario».

En efecto, su aire peculiar, «no hay dos iguales; algunos van en mangas de camisa porque no tienen guerrera […] Los legionarios se distinguen por su falta de uniformidad»[181], y las leyendas más o menos fantásticas que se tejieron a su alrededor, crearon un halo especial de romanticismo en torno a aquellos hombres malditos, de pasados presuntamente borrascosos y que se jugaban la vida en tierras africanas.

Se plasmó «en una literatura a veces ficticia, a veces inflada y cursi, pero fecunda»[182], y que incluía obras de mayor calidad como *La bandera* o *Tras el águila del césar,* pero que también fue recogido y alimentado con arrobo por los periódicos, que, por ejemplo, informan del alistamiento de un príncipe, ruso, quizás apócrifo, llamado Berka[183], con el que Micó mantuvo una novelera conversación[184]. Todo ello daría excelentes resultados en el aspecto que más contaba, el alistamiento: «el entusiasmo popular hace que se agolpen en los banderines, muy principalmente en Cataluña, los hombres, pidiendo el enganche»[185].

Un caso curioso fue el de Dionisio Laguía, redactor de *El Heraldo de Madrid,* que, llevado por ese ambiente, sentó plaza, y escribió un artículo sobre sus motivaciones, que iban, desde «los ojos diabólicamente cobrizos» de una mujer que

[178] *Gaceta de Madrid* de 2 de septiembre de 1921.
[179] Ver por ejemplo, entre muchas otras, las declaraciones del coronel del Sevilla, de 16 de agosto de 1923, en AHN, TS, 51 N 18, folios 5664-6573.
[180] *ABC* de 8 de septiembre de 1921, pág. 8.
[181] Ibíd., de 29 de julio de 1921, pág. 7.
[182] Arauz de Robles, pág. 196.
[183] *La Vanguardia* de 9 de agosto de 1921, pág. 10.
[184] Micó, págs. 181-183.
[185] *La Vanguardia* de 14 de agosto de 1921, pág. 11.

lo desdeñó, hasta su hartazgo frente a «los infinitos "pacos" que en el mundo son, más traidores y sangrientos que aquellos del Rif». Considerándose una de «las víctimas de esta sociedad nauseabunda», manifestó que «busco a la Pálida en el sitio más seguro de encontrarla»[186].

Por su parte, la clase política, tanto de la derecha como de la izquierda, aplaudía sin reservas los triunfos de la unidad, contribuyendo a aumentar su popularidad.

Se consigue así incrementar sin dificultades sus efectivos, creándose dos banderas adicionales; aumentando sus ametralladoras a ocho por compañía de máquinas, el doble de lo normal, y dotando de un arma tan moderna como el fusil ametrallador a las de fusiles, a razón de ocho por cada una, de las que, además, se organiza una nueva en cada bandera. De esa manera, dichas unidades adquieren una capacidad de fuego muy superior a la de cualquier batallón convencional, con lo que se refuerza su eficacia, en términos comparativos. También, con fino instinto, se introduce la posibilidad de enrolarse solamente por la duración de la campaña, con una prima de trescientas pesetas, frente a las setecientas o quinientas concedidas por los alistamientos tradicionales de cinco y cuatro años, respectivamente.

Naturalmente, todo ello tenía un precio. Lo dijo, mordaz, Sánchez Guerra, siendo presidente y ministro de la Guerra. Tras mencionar que en julio de 1922 el Tercio contaba ya con 6.000 efectivos, añadió: «cada uno de estos soldados cuesta quizás triple de lo que cuesta uno de nuestro ejército peninsular. Eso del ejército voluntario llega menos al corazón, pero llega más al bolsillo»[187].

A pesar de las ideas iniciales de su fundador, se calcula que los extranjeros no pasaban del 15 %[188]; «los demás son españoles, muchos de familias aristocráticas»[189], como quiere un mito discutible. Lo que resultaba incuestionable era su excelente rendimiento bajo el fuego. Fue tanta su aceptación, que todo general quería incluir al menos una bandera en su columna, y que cuando Alfonso XIII invitó a Millán Astray a almorzar a Palacio, le ordenó que acudiera vistiendo el uniforme de campaña que usaba en Marruecos. Sin duda, la creación de esta fuerza fue el mejor legado de Eza, hoy olvidado.

Tuvo, sin embargo, el inconveniente de opacar a otras unidades, no menos distinguidas, pero que no gozaban de su visibilidad.

[186] *El Heraldo de Madrid* de 9 de noviembre de 1921, pág. 2.

[187] *Diario del Senado* de 17 de julio de 1922.

[188] Se decía en la época que servían en el Tercio británicos, rusos, alemanes, portugueses, argentinos, cubanos, franceses, mexicanos, suizos, chilenos, búlgaros, colombianos, holandeses, finlandeses, peruanos, suecos, ecuatorianos, rumanos y japoneses. Los primeros dieron pésimo resultado, ocasionando un principio de incidente diplomático, que se obvió con su licenciamiento prematuro.

[189] *La Vanguardia* 14 de agosto de 1921, pág. 11.

Caso paradigmático fue el del batallón de La Corona, al que se ha aludido anteriormente. Se trataba, en apariencia, de un modesto cuerpo de línea. Tenía un nombre ilustre, directamente emparentado con los tercios de Nápoles, y era tal su prosapia que, cuando en el primer tercio del XVIII se entabla en el ejército una polémica sobre antigüedades, que daría lugar al célebre trabajo de Samaniego[190], la referencia fue precisamente la que se atribuía a ese regimiento.

Sin embargo, la inconsistente política que se ha llevado en España durante los dos últimos siglos a la hora de disolver y formar regimientos[191] hizo que en 1921 se le considerara de nueva creación, ya que había sido reorganizado recientemente. Así el que había sido el tercero de los Grandes Tercios Viejos, recibió el número 71 de orden. Se hallaba destinado en Almería, lejos de la benevolencia del rey y de los ministros. El teniente coronel que lo mandó acababa de ser nombrado, ya que su antecesor había sido despojado del mando y expulsado del ejército por un tribunal de honor, tras haberse apropiado de 10.000 pesetas –que luego devolvió– destinadas a «instrucción y ejercicios prácticos» de su unidad[192].

Embarcó para Marruecos con solo 472 hombres, con dos mulos por compañía, la mitad de ellos sin baste, y, en lugar de una compañía de ametralladoras, tan solo una sección –dos máquinas nada más–, y de tipo Colt, el más ineficaz del ejército, prestada por el regimiento de España[193]. Únicamente alineaba 39 soldados del tercer año, mientras que en torno a la mitad de los efectivos eran reclutas. Esto es, cumplía todas las condiciones que Berenguer criticaba: tenía poca fuerza, veteranos escasos y armamento insuficiente.

Y, no obstante, fue la primera unidad en llegar a Melilla, se batió siempre magníficamente, incluso a la bayoneta, siendo merecidamente condecorada. Se trata de un ejemplo extremo, pero quizás sirva para apuntar que las fuerzas peninsulares eran más valiosas de lo que pensaba su general en jefe. Como dijo Eza, con intención, el batallón «respondió. Lo mismo habrían respondido todos […], no es cuestión de instrucción, sino de mando». Si este es de calidad, «el soldado responde y sigue a sus jefes»[194].

Alcanzó tal aplomo esa unidad, que cuando un cabo de ella se quiso alistar en unidad de choque como eran los Regulares y se le preguntó si sabía dónde se

[190] Juan Antonio Samaniego, *Disertación sobre la antigüedad de los regimientos,* Madrid, 1738. Para La Corona, ver págs. 4 y 229 y ss.

[191] Se aprecia bien en Antonio Gil Álvaro, *Glorias de la Infantería española,* Madrid, 1893, donde, al enumerar las unidades existentes, aparecen decenas con nombres sin ninguna tradición, recientemente organizadas, mientras que no figuran otras con antigüedades seculares, como La Corona, que habían sido suprimidas.

[192] Así lo contó Eza en el Parlamento, ver *Diario del Congreso* de 29 de noviembre de 1922.

[193] AHN, TS, 51 N 4, folio 1231 para el primer estado, de 26 de julio; folios 1231-1238 (están desordenados), para un conjunto de estados, y 51 N 18, folios 5677-5682 para testimonio de su coronel y datos adicionales sobre esta unidad.

[194] Intervención de Eza en el Congreso, citada más arriba.

metía, se cuenta que respondió: «Mi capitán, ¿ignora Vd. que procedo del regimiento de La Corona?»[195].

Habiendo hecho lo que hizo, es triste encontrar la melancólica descripción del embarque de los hombres de la unidad, de regreso a la península: «son pocos los que los contemplan. Tienen los rostros curtidos, consumidos por el sol y el viento [...] Muchos pechos ostentan aspas rojas. Cuando se alejan al son de la musiquilla, sin vítores, sin aplausos, se encoge el corazón»[196].

Otro caso que, en cambio, justifica las aprensiones del alto comisario es la brigada de húsares. Formada por dos regimientos, Princesa y Pavía, era la más próxima a la Corte, y servían en ella desde hijos de infantes de España, como Alfonso de Borbón, a vástagos de la nobleza, como el mayorazgo de los marqueses de Urquijo, a familiares de la clase política, como el hijo de Cierva o el sobrino del presidente de Gobierno, o de la militar, como José Antonio Primo de Rivera. Tanto Cabanellas como Cavalcanti habían estado destinados en esos «brillantes regimientos de húsares, que Madrid acaricia y festeja»[197].

Destinados en Alcalá de Henares y en la capital, se enorgullecían de los que eran quizás los uniformes más vistosos nunca diseñados en España. Para Pavía, dormán rojo y pelliza celeste, que en Princesa eran, respectivamente, celeste y blanca. Ambos, con pantalones celestes, alamares dorados, botones de cabeza de turco, colbac negro y pieles del mismo color.

Naturalmente, existía una profunda rivalidad entre ambos regimientos, que se reflejaba, por ejemplo, en las bromas que cada uno de ellos hacía de las contraseñas propias de los clarines del otro. Si la de Pavía era para los de Princesa: «Pavía tiene pavor», la de Princesa era para Pavía: «Los niños de la Princesa, qué tontos son»[198].

Sobre el papel, eran más que unidades de aparato; Princesa había ganado tres laureadas, cosa excepcional, y Pavía, una. Por otro lado, el terreno que rodeaba a Monte Arruit era una extensa llanura, ideal para el despliegue de este tipo de fuerza. De ahí que Pérez Ortiz, encerrado en la posición, escriba, anhelante: «desembarcarán los Regulares, las banderas del Tercio, la brigada de húsares», y hable «del brillo de los sables de aquella suspirada brigada de húsares»[199].

Por desdicha, los regimientos de tan deslumbrante indumentaria no eran nada más que apariencia. Cuando Princesa desembarcó en Melilla, el 30 de julio, en teoría con cuatro escuadrones más el mixto, sumaba 373 de tropa, con tres ametralladoras Colt. La mitad de los hombres eran reclutas, que solo «habían empezado

[195] «El soldado desconocido», pág. 273.

[196] Arauz de Robles, pág. 159. Las cruces rojas eran el símbolo de heridas.

[197] *Diario del Congreso* de 22 de noviembre de 1921. La frase es del diputado Sr. Armiñán.

[198] Meneses, pág. 166. La contraseña era el toque específico que permitía distinguir la unidad a la que se dirigía o que emitía una orden acústica. Por vieja tradición, se les ponía letrilla, para ayudar a identificarlas.

[199] Pérez Ortiz, págs. 112 y 120.

el trabajo de brida». Su coronel admite que no estaba en condiciones de operar, ya que «empezaron a practicar el servicio de campaña al día siguiente de la llegada»[200].

Un informe sin fecha, pero posterior al 3 de agosto[201], indica que de sus ametralladoras «dos están funcionando hoy por primera vez, y la tercera está en mal estado […] Nada han practicado los escuadrones de servicios de campaña; sin haber empezado el trabajo sin brida».

No estaba mejor su gemelo, que entró en Melilla el 30 de julio. Para empezar, a su paso por Madrid le cambiaron las pésimas Colt por Hochtkiss, con las que no estaban familiarizados sus servidores; el regimiento de María Cristina le tuvo que ceder 120 o 130 caballos para suplir sus deficiencias y «los reclutas del último año, que constituían mayoría, no habían aprendido todavía el servicio de campaña»[202].

Los informes más tardíos sobre Pavía son muy similares a los mencionados de Princesa, y subrayan que menos del 10 % de los efectivos pertenecía al tercer año[203].

Cabanellas, que mandaba la brigada, no ignoraba la precaria situación de su fuerza. Quizás ello influyó en su juicio sobre las demás. En cuanto a Berenguer, que necesitaba una brigada de verdad, pidió un regimiento más para completarla. Se le enviaron dos escuadrones de otro cuerpo famoso, Lusitania, también cortos de efectivos, ya que únicamente sumaban 265 de tropa[204], y más tarde, el de Treviño.

Para terminar el comentario sobre el valor de los refuerzos, el general Rubín hace una reflexión impecable, aunque quizás expresada en términos poco claros: «sin haber sostenido fuego con un enemigo, no puede conocerse a priori la capacidad combatiente y valor real […] Por regla general, el coeficiente de la capacidad de combate de una agrupación de unidades, es el jefe de la agrupación y los oficiales que mandan las unidades que la componen, y a éstos tampoco se les conoce hasta que los tiros les ponen a prueba»[205]. O, dicho en

---

200 Declaraciones de su coronel, de 4 de agosto de 1923, en AHN, TS, 51 N 19, folios 5735-5738. En descargo de las unidades de Caballería hay que recordar que su instrucción, por motivos evidentes, requería más tiempo que la de Infantería.

201 Ibíd., 51 N 4, folio 1271. Es parte del documento titulado *Estados numéricos de las fuerzas de caballería expedicionaria, anteriores a 19 de agosto de 1921.* Comprende los efectivos de Lusitania, folios 1250-1258v; Princesa, 1259-1271v; Pavía, 1272-1285 y del últimamente llegado Treviño, 1286-1289.

202 Testimonio, de 7 de agosto de 1923, de su coronel que, por la sequedad de sus respuestas debía ser hombre antipático, en ibíd., 51 N 19, folios 5742v-5744v.

203 Ibíd. *Estados numéricos,* folios 1.272, para un informe de 18 de agosto; 1284, para uno de 31 de julio y 1285, para otro sin fecha.

204 Ibíd., folio 1258, *Estado de fuerza*, de 3 de agosto. Una alentadora declaración de su coronel figura en ibíd., 51 N 7, folios 2002-2003.

205 Testimonio ya citado, folio 2172.

otras palabras, la tropa «es heroica cuando se la manda bien, y cobarde cuando se siente abandonada»[206].

Es preciso añadir, también, que, en la práctica, se mandaron dos oleadas de tropas con diferencias muy sustantivas. La primera, enviada apresuradamente, sobre pie de paz; la segunda, posterior a la caída de Arruit, ya en pie de guerra. El caso de dos batallones, pertenecientes a la misma brigada, es muy elocuente. Borbón, que salió para Marruecos el 24 de julio, llevó 505 hombres, con 335 fusiles y sin ametralladoras, que le fueron entregadas en Melilla; Álava partió el 23 de septiembre, con 986 plazas, 836 fusiles y las ametralladoras reglamentarias[207]. Aunque también es cierto que como la primera tanda se nutrió de las unidades que quedaban en la península, cuando estas, a su vez, fueron movilizadas, hubo problemas para dotarlas, especialmente por lo que se refiere al ganado.

Aun así, y merced a un esfuerzo de organización digno de todo encomio, los cuerpos que fueron en la segunda oleada eran realmente potentes. Lo testifica el entonces coronel del regimiento del rey, Leopoldo Saro, ya general cuando prestó declaración, y que como tal jugaría un papel brillante en el desembarco de Alhucemas. Dice de su batallón expedicionario que constaba de 930 hombres de tropa –de ellos, 295 entre reenganchados y voluntarios–, lo que, sumando los mandos, daba un total superior a los mil efectivos; llevaba todas sus ametralladoras y fusiles ametralladores; respecto al ganado, que para Berenguer fue una pesadilla, tenía ocho caballos, treinta mulos de tiro y 49 de carga. La moral era «elevadísima», y la unidad llegó en condiciones de combatir «desde el primer día, como lo ha demostrado», por lo que, en el mismo muelle de Melilla, su jefe ya informó a Cavalcanti que «aquella unidad al completo de personal, ganado y material, con su moral e instrucción perfectas, estaba a disposición […] para intervenir en cuanto se le ordenara»[208].

Como si no bastara la disparidad de opiniones entre los que hemos llamado generales de Melilla, por un lado, y capitanes generales y coroneles de cuerpos, por otro, entraron en la polémica viejas glorias del ejército. Para empeorar las cosas, escogieron la prensa y el Senado para airear sus opiniones.

Una de ellas fue el general Luque, antiguo ministro de la Guerra, quien sentenciaría: «sobre todo y por encima de todas las consideraciones, hay que salvar al general Navarro y a su columna», añadiendo que con 2.000 jinetes y el regimiento de Artillería a caballo se podía hacer, al tiempo que lamentaba que Eza no hubiese adquirido más material moderno, del sobrante de la Primera Guerra Mundial[209].

---

[206] *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921. Intervención de Rodríguez de Viguri.

[207] Informe, ya citado, del general de la brigada, folios 2014-2017.

[208] AHN, TS, 51 N 19, folios 5731-5735, declaraciones del general Saro, de 30 de julio de 1923. El batallón del Rey llegó a Melilla el 16 de agosto.

[209] *La Vanguardia* de 3 y 4 de agosto de 1921, págs. 9 y 11.

Tovar comentó por su lado que se había reunido con el rey para hablar de «la urgencia de acudir en auxilio de las fuerzas que se defienden en Monte Arruit»[210]. Se preguntó en la Cámara Alta[211]: «¿Que no se podía socorrer a Monte Arruit? Ése es un punto delicadísimo sobre el cual no me atreveré a hacer manifestación alguna». Agregó, sin embargo y de forma sibilina, estar convencido de que cuando Cierva apoyaba firmemente la decisión de Berenguer al respecto, «ha hecho un sacrificio».

Alfau[212], tras subrayar que «hay órdenes que se acatan, pero que no se cumplen», finge creer que la ausencia de socorro a las posiciones cercadas «fue porque el gobierno le ordenó terminantemente [a Berenguer] que no hiciera», pero no se priva de asegurar que «esas fuerzas, bien dirigidas, bien distribuidas, en una llanura que nos favorece» podrían haber cumplido la misión. Primo de Rivera apostillaría que esa llanura tenía 32 kilómetros.

Este último general[213] desplegó sarcasmo o cierta simpleza cuando habló de «un error de percepción»; «el alto comisario lo ha confundido [la falta de instrucción] con el estado de fatiga en que iban los soldados después de dos noches de tren, en coches de bancos duros, viajando a diez por coche, con las mochilas puestas», y siendo agasajados «por demás» en las estaciones de paso. «Por todo eso han llegado con la fatiga provisional que tiene el hombre joven que viene de un baile de máscaras». Pero «no eran soldados mal preparados, porque aquellos soldados, a las pocas horas, cuando han descansado, se han batido muy bien».

Respecto a que no se auxiliara, y tras poner tibiamente a salvo la responsabilidad de Berenguer, añade[214]: «había soñado yo con […] una campaña más rápida, más viril, más arrolladora».

Para Aguilera, «el soldado ha ido a África bien instruido, mejor que en el año 9»[215]. Conviene recordar, no obstante, que ambos, como sucesivos capitanes generales de la 1.ª región, habían tenido responsabilidad en materia de instrucción.

Burguete, gran rival de Berenguer, se mostró explícito ante la Comisión del Congreso. Cuando se le preguntó si se debió dejar caer Nador, Zeluán y Monte Arruit, respondió: «Nunca, costase lo que costase […] por lo menos, intentarlo y convencerse con razones más fundadas que aquellas que se alegaron»; «yo puedo decir que había elementos para hacerlo [el socorro]; yo hubiera ido; por qué no fueron los demás, no lo sé»[216]. Alfau tampoco lo dudó: «yo insisto en que se debió socorrer a Monte Arruit»[217].

---

[210] Ibíd., de 4 de agosto, pág. 12.
[211] *Diario del Senado* de 6 de diciembre de 1921.
[212] Ibíd., de 2 de diciembre de 1921, para la intervención de Alfau y la interrupción de Primo.
[213] Ibíd., de 6 de diciembre de 1921, intervención de Primo.
[214] Ibíd.
[215] Ibíd., interrumpiendo al marqués de La Hermida.
[216] *La Comisión de Responsabilidades*, págs. 60 y 65.
[217] *Diario del Senado* de 2 de diciembre de 1921. Intervención de Alfau.

Pero el más terminante fue el valeroso y avinagrado Weyler, la más brillante espada de España, y «el más encarnizado enemigo de Berenguer»[218]. Comentó que a lo largo de su distinguida carrera, «nunca dudé, ni me detuve a pensar, si podía o no socorrer a las tropas que el enemigo tenía sitiadas y en condiciones angustiosas; para ir en su auxilio, me bastó comprender que debía ir». La conclusión, para él, era evidente: «yo habría ido en su auxilio, habría perdido 200 caballos, pero habría salvado millares de hombres»[219]. Añadió: «juzgo un deber ineludible atender inmediatamente al socorro», había que «acudir a todo trance [...] no reparándose en el sacrificio de unos hombres para salvar otras vidas»[220].

Vivero[221], sin citar fuentes, precisa más. Según él, el anciano general habría asegurado que «con 4.000 o 6.000 caballos, hubiera intentado una sorpresa, y lo hubiera conseguido, porque estos procedimientos en campaña me han resultado siempre bien». Entre paréntesis, habría que puntualizar que muy probablemente no habría en toda España tal masa de jinetes operativos.

Respecto a los refuerzos, Weyler fue terminante: «esa idea de que las tropas iban sin instrucción, es completamente falsa [...] Tenían una instrucción tan completa como nunca»[222]. Interrumpiendo repetidamente sin compunción al ministro de la Guerra[223], mantendría en el Senado que «la instrucción ha aumentado de manera extraordinaria» y que «pudo haberse acudido en socorro de África enseguida».

Al general, con su extensa experiencia de la guerra en tres continentes –había combatido en la Península, Santo Domingo, Cuba y Filipinas–, la idea de dejar abandonada una guarnición le resultaba inconcebible. Incluso se ofreció, aunque rondaba los noventa años, a ir personalmente a tomar el mando en Marruecos: «hubiera sido para mí gran honor ir a la cabeza de aquellas tropas»[224].

Quizás, ese fuera uno de los motivos de la acritud del veterano general. Porque lo cierto es que, a pesar de su brillantísima hoja de servicios, ni el Gobierno de Allendesalazar ni el de Maura le tuvieron apenas en cuenta cuando estalló la crisis de Annual. Y ello, a pesar de que, entre otras cualidades, reunía la de ser jefe del Estado Mayor Central del Ejército. No obstante, como según los estatutos de este solo asumía funciones ejecutivas en caso de guerra[225], los ministros, amparándose en que

---

[218] Cierva, pág. 235.

[219] Weyler, págs. 231 y 235.

[220] *La Vanguardia* de 5 y 18 de agosto de 1921, págs. 7 y 9.

[221] Pág. 264. Desde luego, en aquella época no había disponible en África esa cantidad de Caballería. En cuanto a la Artillería a caballo, diseñada para acompañar a las tropas montadas, el único regimiento existente no recibió órdenes de enviar un grupo expedicionario hasta el 12 de agosto (ver declaraciones de su coronel, de 27 de julio de 1923, en AHN, TS, 51 N 19, folios 5725v-5730v).

[222] *Diario del Senado* de 12 de diciembre de 1921. Intervención de Weyler.

[223] En la intervención recogida en ibíd., de 24 de noviembre de 1921.

[224] Ibíd., de 12 de diciembre, citada más arriba.

[225] Artículo 3.º del real decreto de 24 de enero de 1916 por el que se crea nuevamente el Estado Mayor Central (*La Gaceta de Madrid* de 26 de enero de 1916). En tiempo de paz (artículo 11.º),

formalmente España no se hallaba en esa situación, y en que «los reales decretos que se han expedido hace algunos años dieron al alto comisario en Marruecos facultades de general en jefe y de inspector de todos los servicios»[226], prescindieron de tal organismo. De esa manera, «en la única campaña que tenemos, se dice que el Estado Mayor Central no intervenga»[227], lo que parece bastante absurdo.

Inevitablemente, la creciente impaciencia ante la inactividad se reflejó en la prensa, incluso en la más afín: «una cosa es obrar prudentemente, y otra abandonar a ese puñado de hombres que defiende el honor de España como único baluarte de este desastre»[228]; «los profanos no podemos explicarnos [...] la aparente impotencia, la impotencia circunstancial de nuestro ejército aquí para acudir en socorro de Navarro, y lo mismo en el abandono de Zeluán y Nador»[229].

Expuestas las posiciones respecto al auxilio a Monte Arruit, es posible que, en medio de todo, el análisis más correcto sea el de Riquelme. Quizás el adversario no fuera, al principio, tan terrible, ni los refuerzos tan deleznables, y se hubieran podido socorrer al menos algunas de las posiciones cercadas, como Nador, cuya fábrica de harinas estaba «de ochenta a cien metros, a lo sumo» de la Mar Chica[230], y que, por tanto, era fácilmente accesible. Quizás los tropeles de saqueadores y desertores que cercaban las posiciones efectivamente «hubieran corrido en los llanos de Ulad Setut y de Beni bu Yahi ante un solo amago de carga de nuestros húsares»[231] y, sobre todo, ante una enorme superioridad artillera.

Ciertamente, en lado español existían grandes limitaciones, en especial por lo que al ganado se refiere, factor esencial en un ejército que para moverse necesitaba de él. Como Eza dijo, las primeras fuerzas partieron en pie de paz, con solo dos mulos por compañía de Infantería[232], lo que limitaba su radio de acción. Lo subrayó Cabanellas: «hubiéramos podido llegar allí, pero la dificultad era volvernos», acarreando los heridos y enfermos que se amontonaban en Arruit. Además, «no había con qué llevar la comida»[233]. Aunque también es cierto, como se reprocharía a Berenguer en sede judicial, que parece que hubiese sido posible agrupar los elementos, en especial de transporte, dispersos entre las distintas unidades, para equipar convenientemente a un grupo elegido de ellas.

le correspondía supervisar la instrucción de los cuerpos, lo que posiblemente afectó la valoración de Weyler sobre la misma.

[226] Intervención de Weyler de 12 de diciembre.

[227] *Diario del Senado* de 7 de diciembre de 1921. Intervención del marqués de Cabra.

[228] *ABC* de 9 de agosto de 1921, pág. 7. La crónica es del 5.

[229] *El Heraldo de Madrid* de 12 de agosto de 1921. La crónica está fechada el día 9.

[230] Primeras declaraciones de Riquelme, folio 45.

[231] Pérez Ortiz, pág. 197.

[232] Eza (1923), pág. 73.

[233] *La Comisión de Responsabilidades*, págs. 284 y 286.

Pero «al mando le preocupó ante todo el cuidado de evitar un revés y no confiaba en el temple y calidad del instrumento que había de emplear»[234]. Esa fue la clave.

Berenguer, de un lado, no se fiaba de los refuerzos. Ya se ha visto que desde el principio, cuando se dio cuenta de que la «acción política» no resolvería el problema y que habría que combatir para avanzar, renunció a hacerlo hasta acumular medios sobrados, y apeló a la negociación con el enemigo como única forma de salvar a Navarro.

Por otro lado, escarmentado y anonadado por lo sucedido a Silvestre, no quería correr el más mínimo riesgo, ni quiso moverse hasta contar con una superioridad abrumadora; «a los exagerados optimismos que despreciaron Abarrán, sucedió el pesimismo más negro. A la ciega confianza en los gastados elementos de que dispusiera Silvestre, siguióle el exagerado temor a muy quiméricos desastres. Al extremo optimismo que no se distinguió por el predominio de la prudencia, oponíasele el de una falta absoluta de fe en el rendimiento del soldado»[235].

El precio de ello fue enorme: las vidas de dos guarniciones, la prolongación de la guerra y la pública humillación personal de Berenguer.

A ello, habría que sumar las bajas por enfermedades de aquella tropa hacinada, teniendo que compartir entre treinta una tienda diseñada para doce hombres[236]. En diciembre, cinco meses después de iniciado el envío de refuerzos, Cierva diría en el Congreso que estimaba que ya había en Marruecos todas las tiendas necesarias, pero un artículo de prensa del 16 de ese mes todavía hablará de que «en el Fondak casi todos los soldados duermen en el suelo, ateridos de frío, porque no tienen una manta, una colchoneta, un abrigo cualquiera», y apelaba a la generosidad de los lectores para que suplieran esas carencias[237].

Se puede alegar que la decisión del alto comisario fue la correcta. Es posible. Sin embargo, parece que repugna el espectáculo de tantos centenares de hombres muriendo lentamente, a un puñado de kilómetros, sin ayuda, ante los ojos de miles de compañeros. Lo que resulta indudable es que la prudencia llevada al extremo nunca ha sido virtud característica de los grandes capitanes que, en cambio, se distinguen por la audacia sabiamente calculada. Por desgracia, no era ese el caso de Berenguer, un excelente técnico, un hombre valiente, a título personal, pero sin la imaginación ni el genio que requieren las grandes ocasiones. Por eso, en vez de arrebatar la iniciativa al contrario con una maniobra osada, se empantanaría en

[234] Segundo testimonio de Fernández Tamarit, folio 24.

[235] Hernández Mir (1926), págs. 113-114.

[236] Cierva daría en el Senado (*Diario del Senado* de 1 de diciembre de 1921) las siguientes bajas temporales por enfermedades y heridas, sin distinción, pero siendo las primeras muy superiores a las segundas, en el periodo agosto-fines de noviembre: en los hospitales de Melilla, 4456 hombres; repatriados por esas causas, de todo el Protectorado, 3798; convaleciendo en sus hogares, 2085.

[237] *El Heraldo de Madrid* de 16 de diciembre de 1921.

una serie de pequeñas operaciones de desgaste, menos espectaculares, más seguras y, también, a la larga, más costosas.

Los «cuotas»

No cabe duda de que las tropas, en general, partieron para Melilla sin dificultades, a diferencia de lo que había sucedido en el pasado, ante todo porque eran muy conscientes de la necesidad de enmendar el tremendo desafuero. Pero, también, porque, en un momento de inspiración, Eza se dio cuenta de que los llamados «cuotas» tenían que ser movilizados. Dio así el vizconde una notable muestra de sensibilidad, ya que su decisión supuso que, por primera vez en la historia de España, se enviaba a primera línea a los mozos en edad de entrar en filas, sin distinciones sociales ni económicas.

Él mismo ha contado cómo, cuando se dirigía a una de sus cotidianas conferencias con Berenguer, comentó a su jefe de Estado Mayor: «es indispensable que vayan los "cuotas", porque así lo exige la catástrofe sufrida»[238].

Y así fueron movilizados, junto con el resto de su quinta. En los cuarteles, antes de partir, resultaba fácil apreciar las diferencias entre los distintos tipos de soldados: «los más pobres se esfuerzan en comprimir [en el macuto] el lienzo tieso de las prendas de almacén, y limpian por décima vez la negrura de su platillo de rancho y su cuchara; los afortunados, los cuotas –¡algunos cuotas!–, los que llevan trajes mejores, colocan en su bolsa termos, estuches de campo, peines, máquinas de afeitar, jabón, etc.»[239].

Porque, y eso explica las palabras entre interjecciones, también había en «ese contingente de cuotas pobres ciudadanos, que en la ordinaria vida social luchan con la escasez para abrirse paso». Era tal el horror al servicio, que «con sacrificios múltiples y escogiendo el mal menor, reunieron las familias el puñado de pesetas que representaban reducción del tiempo en filas»[240].

No eran, pues, solo los señoritos de la Peña o de Neguri los que se apuntaban a ese privilegio. Las clases medias, aún las modestas, lo hacían también, si lo permitían sus posibilidades, de forma que únicamente los más desfavorecidos entraban en filas. En efecto, «no todos los cuotas son ricos. Muchos son empleados, incluso obreros que para pagar la cuota echaron mano de sus ahorros. Algunos incluso pidieron prestado dinero»[241]. De ahí que, merced a la medida de Eza, se pudiera decir: «ahora ya los soldados no son los indocumentados, los pobres»[242], y que

238 Eza (1923), pág. 73.

239 Arauz de Robles, pág. 25.

240 Hernández Mir (1922), que dedica un capítulo a los «cuotas», págs. 133-139.

241 Prous i Vila, pág. 202. Cita entre los cuotas a «chóferes, metalúrgicos, estudiantes , escribientes, oficinistas e hijos de campesinos».

242 *Diario del Congreso* de 17 de noviembre de 1921, intervención del diputado Crespo de Lara.

en un artículo titulado «Elogio de nuestra clase media» se aplaudiera el final de la secular «leva de pobres»[243].

A partir de entonces, «el ejército español empezó a adquirir características más acentuadas de ejército nacional»[244], acabando con «una irritante desigualdad» mediante la cual, y junto a su tranquilidad, «las clases acomodadas [...] recibían una patente de ineptitud y de cobardía»[245] ante el país. «Por primera vez en España, no hubo distinción de clases ante el cumplimiento del deber»[246], «ya no cabían distingos, ya todos padecían»[247]; «las calamidades, el dolor, la misma muerte, habían borrado todos los prejuicios»[248].

De ahí que se llegara a afirmar que «esta innovación es la que ha salvado la campaña»[249]. Fue esencial para ello que a muchos se les empleara en unidades de combate, a diferencia de lo sucedido en la campaña de 1913, cuando «se había dado un vergonzoso espectáculo»[250]. Entonces, también se les movilizó, pero, acabado el primer periodo de instrucción, se les empezó a repatriar a la península. Ante las protestas que ello generó, se les mantuvo en Marruecos, pero se consintió que la mayoría se emboscase en puestos de retaguardia, llenando los bares de Melilla[251].

En 1921, en cambio, se procuró enviarlos a primera línea, donde lucharon con distinción, hasta el punto que en el Congreso se afirmó que «los soldados de cuota, en general, se han batido heroicamente»[252].

Desde luego, también los hubo que procuraron desenfilarse cuidadosamente, alejándose lo más posible del fuego enemigo. Sistema muy extendido fue regalar un coche al regimiento al que se pertenecía. Así, el donante adquiría una plaza de conductor y, con suerte, otra de mecánico para un amigo o un criado, y la seguridad de no entrar en combate. Hubo, de esa manera, «cuotas» que «eran soldados de verdad», pero, también «algunos "niños bien" que, emboscados detrás de la comandancia general o con el truco de una camioneta o un auto Ford, se zafaban feamente de las penalidades de la campaña»[253]. Por cierto, el Ford costaba unas 4.000 pesetas[254].

---

243 *El Heraldo* de 18 de octubre de 1921.
244 Payne, pág. 152.
245 Martínez Campos, pág. 184. El autor era diputado, capitán de húsares y marqués.
246 Hernández Mir (1922), loc. cit.
247 «Ben Cho Shey», pág. 58.
248 Arauz de Robles, pág. 170.
249 *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921, intervención de Rodríguez de Viguri.
250 Ibíd.
251 Ver Alberto Bru Sánchez-Fortún, «El debate sobre el ejército colonial en España», *Revista de Historia Militar,* n.º 112, año LVI, 2012.
252 *Diario del Congreso* de 20 de octubre de 1921. Intervención del diputado Sr. Solano.
253 Meneses, pág. IV del prólogo.
254 *Diario del Congreso* de 28 de abril de 1922. Intervención del diputado Sarradell.

En su campaña por justificar que inicialmente no se movilizara a los soldados del tercer año, Eza sostuvo, incluso, que los «cuotas» les sustituían sobradamente: «¿No estaba, por lo menos tan suplido, no diré más, el tercer año con el envío de los "cuotas"?»[255]. En esto último, se equivocaba. Al contrario, muchos jefes se quejaban de que ese tipo de soldado estaba particularmente mal preparado para las necesidades reales de ejército rústico y tan poco modernizado como el español. Por ejemplo, en las unidades de Sanidad, donde como se sabe abundaban los «cuotas», por ser consideradas menos peligrosas que la Infantería, un porcentaje elevado de la plantilla tenía que manejar ganado, lo que resultaba fácil para un campesino, pero era un misterio insondable para un licenciado en derecho o en medicina. Lo que se requería, aducían, era gente sencilla, dócil, familiarizada con los mulos, no intelectuales.

Parece difícil negar que, aún con las limitaciones que esos soldados privilegiados pudieran tener para el servicio, movilizarlos fue no solo una decisión de elemental justicia, sino también acertada desde la perspectiva política.

Sin duda, la opción de enviar a África, inicialmente, sobre todo a los del primer año y a los «cuotas»[256], dejando en la península, en un principio, a los hombres del tercero que ya estaban en sus casas, y aparte de los del segundo, evitó muchos problemas, aunque pueda haber tenido un coste en la eficiencia de las unidades y haya dado pie a corruptelas difícilmente evitables.

Lo que sorprende es que, a pesar del difícil momento que España atravesaba entonces, se levantaran tantas voces en contra de la utilización de los «cuotas». Un ministro de la Guerra dijo en público[257] que «a mí me parece mal el soldado de cuota, me parecería mejor la redención a metálico», sistema aún más injusto, y se escribió sobra «la exageración igualitaria» cometida con aquellos hombres. Se aducía al respecto que estaban obligados por ley a ser movilizados solo si lo era su regimiento, y que como se habían enviado a Marruecos batallones o grupos, pero no, salvo excepciones, cuerpos enteros, el Estado vulneraba los derechos de los «cuotas» pertenecientes a unidades que quedaban en la península, al incluirlos en los sorteos para completar las plantillas. La conclusión era que «los cuotas han sido sacrificados»[258].

Es muy posible que Cavalcanti aludiera veladamente a ellos, señalando uno de los problemas que planteaban, cuando comenta que las unidades que llegaron a África tenían «elementos que la mayor parte de los oficiales no estaban

[255] Eza, *El desastre…* (1923), pág. 73.

[256] *Diario del Congreso* de 28 de noviembre de 1922 para una lúcida exposición de Marín Lázaro. Se puede completar con las declaraciones de Cabanellas ante los diputados, a los que entregó copia de las reales órdenes que regularon la movilización (*Comisión de Responsabilidades*, pág. 284; los textos legales están reproducidos en págs. 292-294).

[257] Intervención de Olaguer Feliú, *Diario del Senado* de 12 de julio de 1922.

[258] El argumento se desarrolla en el Hernández Mir (1922), loc., cit.

acostumbrados a mandar»[259]. Curiosamente, preocupaba esto tanto que Robles Vega[260], uno de los que conspiraron con Primo para dar el golpe de Estado, comentaría que entre las razones del disgusto del ejército figuraba que no se hubiera «preparado antes a la oficialidad que había de mandar a las clases ilustradas» que ahora entraban en filas. Hablaba así de la complicación que suponía verse obligado a mandar a «un caballero» a «un calabozo, fiel reflejo de la antigua mazmorra inmunda».

Lo que no dicen, sin embargo, ni Cavalcanti ni Robles es algo que nadie discute, que solo la presencia de los «cuotas», y la presión de sus familias, forzaron al Ejército a iniciar un proceso largamente retrasado de mejoras en aspectos como la alimentación o el alojamiento. Al tiempo, su movilización supuso que las clases medias, que hasta entonces habían visto las guerras de Marruecos como algo remoto y ajeno, ahora, por primera vez, las vivieran como algo propio, y empezaran a tomarse un interés nuevo por las decisiones políticas relacionadas con la campaña.

Ramiro de Maeztu planteó todas estas cuestiones en un excelente artículo[261]. Resalta que «ésta es la primera guerra española en que los hijos de los ricos están peleando como soldados junto a los hijos de los pobres» y comenta el «complejo» problema que supone para un oficial acostumbrado a mandar solo «a campesinos o aprendices de obreros», tener que dar órdenes a hombres «que pertenecen a una clase social de rango igual o superior a la suya propia». No obstante, considera beneficioso el nuevo sistema, entre otros motivos porque obliga a «las clases gobernantes» a prestar atención a los asuntos militares, ya que «una cosa es no considerar en el ejército sino lo que cuesta, y otra muy distinta tener un hijo en él».

Es notable, incidentalmente, que comente que «a los mozos influidos por la predicación antimilitarista del sindicalismo rojo» se les destinaba «a regimientos estacionados en zonas rurales de pequeños propietarios, inmunes a las propagandas extremistas».

Mola[262], en cambio, no era partidario de esa modalidad de servicio, afirmando que «hizo más patente la división de clases», con el resultado de «aumentar el antagonismo entre humildes y poderosos», porque mientras los primeros servían en primera línea, «bien pronto los adinerados obtuvieron concesiones que les colocaron a cubierto de las penalidades de la vida de campaña, y aún de las molestias de la guarnición».

Alguna razón debía tener, cuando Berenguer se vio obligado a publicar, en agosto de 1921 una orden general, que recogieron todos los periódicos, señalando que «se viene observando cada día con mayor intensidad el gran número de recomendantes en súplica de que se concedan destinos sedentarios o burocráticos

[259] Declaraciones de 25 de septiembre de 1922 (AHN, TS, 51 N 2, folio 372v).
[260] Citado en Seco (1984), pág. 310. Robles era teniente coronel de Estado Mayor.
[261] Publicado en *El Sol* de 13 de octubre de 1921.
[262] *El pasado, Azaña y el porvenir,* pág. 964.

que eviten las penalidades de la campaña», y amenazando con severos castigos a quien incurriese en esa práctica.

A la vez, hacía presente la obligación de restringir estrictamente el número de los llamados «destinos» a lo reglamentado. Es este un recordatorio que demuestra que ni siquiera el sangriento escarmiento del desastre, en parte atribuible a que los efectivos reales de las unidades estaban diezmados por esos «destinos», había bastado para acabar con una mala práctica inadmisible, pero profundamente enraizada.

Indudablemente, a medida que se alargaba la campaña fue disminuyendo el entusiasmo de todos los hombres, pero, en especial el de los «cuotas»: «el soldado de cuota a estas horas está extendiendo ya el estado de protesta [...] por todos los hogares», se diría en noviembre de 1921[263]. En diciembre, una comisión de madres de cuotas visitó al ministro de la Guerra, pidiendo que se les repatriara, dado que «no debían estar allí [en Marruecos] porque habían pagado su dinero»[264].

Unos meses después, la tendencia se acentuó, sin que le faltaran muy altos defensores: «hay un movimiento naturalísimo, disculpable [...] para que el servicio de algunos soldados de cuota que están en África se termine»[265]. Al final, se aglutinaría en una asociación de padres y tutores de soldados de cuota, dotada de un Comité Nacional y que llegó a celebrar congresos de ámbito estatal.

No obstante todo lo anterior, parece que habría que concluir que el llamamiento de los «cuotas» fue una medida acertada. Eza aseguró en el Congreso que, al principio, la «prudencia política» no permitía llamar al tercer año. Habría podido decir que, en cambio, exigía movilizar a los «cuotas». Es más que posible que gracias a ello se evitaran otras semanas trágicas.

263 *Diario del Congreso* de 23 de noviembre de 1921. Intervención del diputado Rodés.

264 *Diario del Senado* de 13 de diciembre de 1921. Lo comentó Cierva en el curso de una intervención.

265 *Diario del Congreso* de 3 de mayo de 1922. Intervención del presidente del Gobierno, Sánchez Guerra.



Movimientos de fuerzas expedicionarias a África, del 23 de julio al 20 de septiembre de 1921. Cartoteca del AGMM, sig. MAR-28/15.

Capítulo XI
El desquite
(Segunda quincena de agosto-diciembre 1921)

Capítulo XI
El desquite
(Segunda quincena de agosto-diciembre 1921)

Berenguer prepara su ofensiva

El 15 de agosto, Berenguer estima contar con la fuerza suficiente para ponerse en campaña. Había acumulado para entonces, según sus propios datos[1], veinticinco batallones de Infantería, dos banderas del Tercio, dos tabores de Regulares, cinco regimientos de Caballería, veintitrés baterías, diecisiete compañías de Ingenieros y seis de Intendencia. En total, y sin contar la antigua guarnición de Melilla, 36.000 hombres. En cuanto a esta, según un estado del día siguiente, reunía ya veintidós compañías de fusiles y cuatro de ametralladoras, seis secciones del Alcántara y dos baterías y una sección de Artillería[2]. Como simple referencia, se puede apuntar que en el desembarco de Alhucemas, frente a un enemigo de superior calidad –todos de Beni Urriaguel y Bocoya–, y mucho mejor armado, se emplearon menos de 20.000. Nadie, pues, le podía acusar de haberse precipitado, ni de ser imprudente.

Aun así, no se considera satisfecho. Lo refleja un documento, fechado el 31 de agosto y titulado *Peticiones hechas a Guerra y pendientes de recibo*[3], que abarca desde el 25 de julio al 26 de agosto y que ocupa seis páginas. Aunque incluye a la zona occidental, la mayoría de las solicitudes se refiere a la oriental. Para dar una idea de la magnitud de las peticiones se mencionarán algunas de ellas: «40 ametralladoras más de las 100 pedidas»; «una batería de obuses de 15 cm como la llegada de Mérida y una de 12, si no es posible enviar material pesado moderno»; seis baterías adicionales; «completar los 30 millones de cartuchos de Mauser, si no se pueden los 50», partiendo de que el 18 de agosto había en el parque de Melilla casi 16[4]; «se pidió [el 30 de julio] como ensayo seis camiones blindados [llegados dos]», a los que el 20 de agosto se añadieron «más camiones blindados del modelo enviado, con torreta para ametralladora, motor más potente y periscopio», y el

[1] Los estados de fuerza existentes en AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 275, carpeta 5 indican para ese día: 792 mandos y 26.382 de tropa procedentes de la península; 90 y 2.549, de Ceuta, y 97 y 3.274 de fuerzas de Melilla reorganizadas.

[2] AHN, TS, 51 N 5, folios 1435-1440, *Estado de fuerza y situación en 16 de agosto de 1921*.

[3] Ibíd., 51 N 4, folios 1049-1052.

[4] Ibíd., 51 N 5, folio 1488.

22 se especificaba que fueran diez, además de quince tanques. También, 51.000 estacones, 1.450 kilómetros de alambre y por encima de medio millón de sacos terreros.

Más ominosamente, el 20 de agosto se demandaban «gases asfixiantes para cargar bombas, y espoletas», y el 22, «3.000 máscaras contra gases asfixiantes». Entre las armas especialmente mortíferas requeridas hay «200 fusiles de repetición con balas explosivas». Hay que mencionar, asimismo, sesenta aviones, entre de caza, bombardeo y observación.

Se trata de un arsenal formidable, y más ante un enemigo irregular, dotado de una artillería improvisada y escasa, que tenía dificultades para manejar adecuadamente.

A este respecto, es instructivo el testimonio conjunto[5] de los soldados de Ceriñola Juan Gámez Oria y José Piñas Serra, huidos del cautiverio, sobre los servidores de los cañones contrarios. Hablan del «cabo que voluntariamente se prestó» para esa tarea, «un cabo voluntario del regimiento de África, que servía las piezas de las Tetas de Nador, cuyo nombre ignoran, y que este cabo delató a los soldados de artillería prisioneros para obligarles a servir las piezas, distinguiéndose por maltratar a los demás prisioneros». A estos, les manifestó «que sirvió el cañón que utilizaron contra Arruit, haciendo más ochenta disparos; los moros le llamaban Amar». Mencionan, asimismo, un caso terrible: «el apuntador que obligaron a servir las piezas situadas en las Tetas de Nador, por delación del cabo, se ponía cuando contestaban nuestras baterías en lo alto del parapeto para que lo mataran, pues, no obstante las amenazas de que fue objeto, procuró no hacer daño a las posición de Sidi Hamet, contra la cual le obligaron a tirar. Desconocen el nombre de este soldado».

Otro testimonio confirma este dato, añadiendo que al apuntador «le llevó la pierna una granada de cañón»[6] español, mientras un tercero aporta un detalle estremecedor; murió «a los dos días, después de haberle amputado la pierna con un cuchillo el mismo artillero que lo descubrió»[7].

La artillería contraria fue siempre una preocupación para los españoles, que dedicaron todos sus esfuerzos a aniquilarla, recurriendo sobre todo a la contrabatería y a la aviación. Informes de prisioneros evadidos, a los que utilizaban los cabileños para subir a brazo las piezas a las alturas y para cavar cavernas para disimularlas, fueron dando cuenta de los resultados obtenidos. El 10 de septiembre[8], «de los cinco cañones que tenían en Nador, uno fue inutilizado por un aeroplano, otro cañón de artillería ligera de los establecidos en el Gurugú fue inutilizado hace cuatro días por un disparo de piezas de grueso calibre [...] y otra de montaña, que el moro que hacía la guardia ha desaparecido con el cierre y suponen lo ha traído

[5] Ibíd., 51 N 38, folio 58. Declaración de 19 de septiembre de 1921.

[6] Ibíd., folio 57, declaración, del mismo día de los soldados Guzmán Cabello, de Andrés Domingo, González Pérez y Juan Cebrián Calvi, del regimiento de Melilla.

[7] Ibíd., folio 59, declaración, del mismo día, del soldado Blas Sáez Pardo, de Ceriñola.

[8] Ibíd., folio 45, declaración del cabo de Ingenieros Severino Soriano.

a la plaza. En la actualidad, tienen en servicio una pieza de montaña en las Tetas de Nador y una de la comandancia [de Artillería] en el Gurugú, y se dicen que van a traer cuatro piezas más».

Diecisiete días después, de «las cuatro piezas que allí tienen establecidas, dos de montaña y dos de plaza [...], están inutilizadas tres, una por nuestra artillería, otra por haberle quitado un moro el cierre y la tercera por tener roto el percutor, quedando útil para disparar sólo una de plaza»[9].

Porque mientras Berenguer acumulaba medios, también lo hacían sus adversarios.

Una vez más, las confidencias para ese periodo[10] resultan imprescindibles. De ellas se desprende una serie de elementos. De un lado, a pesar de sus recientes éxitos, las cabilas del entorno de Melilla siguen temiendo la que creen inminente reacción española, que aguardan con aprensión. Por eso, son continuas las llamadas a Abd el Krim para que acuda en su ayuda con los rifeños, peticiones que se contestan con evasivas, diciendo que no tomará decisiones hasta después de la Pascua musulmana. Subsisten, por otra parte, los recelos de aquel hacia los Guelaya, y las disputas constantes entre las distintas cabilas y fracciones de las mismas.

Hay que anotar, además, que lentamente van apareciendo al este del Kert indicios del nuevo orden rifeño, a través de los instrumentos de que el dirigente Beni Urriaguel dispone ya en la región: sus enviados y los primeros contingentes, a los que se ha aludido en un capítulo anterior. El comienzo de organización de una Policía, cuyos miembros cobrarán dos pesetas diarias más la comida, y que ha empezado ya a imponer multas, es un paso en esa dirección.

No todo son alabanzas ante ese estado de cosas. Así, se acogen sin entusiasmo los pregones exigiendo que quien tenga más de un fusil lo ceda a la harca, o que el que posea dinero, animales o grano ya sean procedentes del saqueo o de tratos con judíos o cristianos, los done también a la harca.

Irrita aún más la insistencia en la exigencia de que se entreguen los prisioneros. Notables como Kadur Namar, con el coronel Araujo y sus oficiales, y Ben Chelal, con Navarro y los suyos, los consideraban tanto como una posible fuente de ingresos, como un medio para congraciarse con los españoles, por lo que no les complacía en absoluto la idea de renunciar a ellos. En más modesta escala, lo mismo sucedía a los numerosos cabileños que guardaban algún cautivo.

No obstante estos problemas, y a la espera de una ofensiva de Berenguer, los cabileños siguen tomando medidas militares, especialmente llevando a vanguardia los cañones que han cogido, y consolidando sus líneas.

Es posible, pues, que se dejara pasar la ocasión de tomar la iniciativa cuando «el levantamiento andaba aún entretenido en el botín de las posiciones moribundas, y las harcas sin cohesión –sabido es que no aguantan una acción medianamente

[9] Ibíd., folio 67, declaración del soldado del Melilla Tomás Pérez Flores.
[10] Ibíd., 51 N 1, confidencias del 10 al 31 de agosto, folios 183-208.

continuada–». Pero, «la lentitud, les permitió rehacerse, retirar bienes y familias, cebarse en los convoyes». Entonces, «el entrenamiento y práctica mayor de las tropas expedicionarias» no habría compensado «el aumento de las resistencias y la pérdida del entusiasmo»[11].

Aunque quizás esto último sea dudoso, resulta innegable que la larga espera en la plaza y la aniquilación de las guarniciones próximas a ella en algo tuvo que afectar a la moral de las tropas, lo que se añadió a las tensiones existentes entre los expedicionarios y los miembros de la antigua guarnición. Se dice, en este sentido, que los primeros denominaban «vengo de Annual» al correaje usado por los segundos, y estos, «no pude llegar a Monte Arruit» al chambergo de los europeos[12]. La política de procurar «el aislamiento entre quienes estaban aquí el 24 de junio [sic] y quienes vinieron después»[13], y que tanto les despreciaban, aumentó la frialdad entre ambos núcleos, haciendo «muy tirantes»[14] las relaciones entre ellos.

Otra consecuencia ya mencionada de la prolongada estancia en Melilla de miles de hombres hacinados, mal alojados y en pésimas condiciones sanitarias, sería la propagación de enfermedades.

Todas las fuentes coinciden en que los servicios se vieron desbordados por el problema, revelando las graves carencias con las que se había convivido hasta entonces. Los enfermos y heridos se amontonaron en los tristemente famosos Dockers, unos barracones «más odiosos que las cárceles»[15], en principio solo provisionales, pero que llevaban años en servicio. Abundan las descripciones sobre su repugnante suciedad, la falta de higiene y el horror de los soldados a ser conducidos a ellos. Se les llegó a comparar con «leproserías del siglo xvi»[16].

En contraste, el hospital que montó la Cruz Roja, dirigido por la duquesa de la Victoria y señoras de la alta sociedad madrileña, se convirtió en un modelo, y en una prueba, tanto de lo que se podía hacer como de la incapacidad de la administración militar, mereciendo los elogios de todos los combatientes, entre ellos, el legionario Micó[17]. Para mayor escarnio, la estadía en él resultaba más barata que en los hospitales oficiales.

Antes de exponer los planes de Berenguer, resulta preciso hacer una mínima alusión al terreno que rodeaba a la ciudad y que sería el teatro de las operaciones. A su derecha, de norte a oeste, se extendía la península de Tres Forcas y el espacio comprendido entre la misma y el Gurugú. El Zoco el Hach era allí la principal posición española, complementada por otras como Tizzi Azza y Casabona. A

[11] Arauz de Robles, pág. 272.
[12] Meneses, pág. 81.
[13] Indalecio Prieto, pág. 22.
[14] Bastos, pág. 185.
[15] *Diario del Congreso* de 20 de octubre de 1921. Intervención de Martínez Campos.
[16] Ibíd., de 28 de octubre de 1921. Intervención del marqués de Burriel.
[17] Carlos Micó, pág. 139.

continuación se hallaba el Gurugú que, recordémoslo, había permanecido abandonado por ambas partes durante días, pero que ya había sido ocupado por los cabileños. Entre él y la Mar Chica se abría un boquete que llevaba a Nador. Sidi Hamed el Hach, tomado en julio, sería una base de partida para la ofensiva. Por fin, entre la Mar Chica y el Mediterráneo se extendía una lengua de tierra, en la que se situaba La Restinga, otro trampolín para el avance.

En ese sector se presentaba la dificultad que suponía la bocana abierta por las corrientes, y que ponía en comunicación las dos masas de agua, complicando el tránsito de las tropas. Al parecer, se pidió opinión al respecto a unos mandos de Ingenieros que, «sin salir de la plaza de Melilla», decretaron que no era posible franquear el espacio con un puente. En vista de ello, se tuvo que hacer pasar en embarcaciones a los hombres de la columna de Cabanellas, destinada a actuar desde La Restinga, y a toda su impedimenta, tarea tediosa que consumió catorce días[18].

Cuando ya estaba avanzada, se apeló al regimiento de pontoneros, que envió una compañía que salió de Zaragoza el 1 de septiembre y llegó a la plaza el 5. El 9 resolvió el aparentemente insoluble problema, tendiendo un puente de barcas de 169 metros, sin mayores inconvenientes. Es de anotar que la unidad tenía 113 hombres de primer año, 40 de segundo y solo 8 de tercero, y que, a pesar de ello, sus mandos la consideraron capaz de realizar «cumplidamente su misión»[19], como lo hizo, de hecho. Se presenta así un nuevo ejemplo del excesivo pesimismo de Berenguer y sus generales a la hora de valorar los refuerzos recibidos, y la importancia exagerada que se prestó a la ausencia de individuos de tercer año. Por cierto, el jefe de la compañía fue uno de los muchos hombres que contrajeron una enfermedad en Melilla y murieron de ella.

Paradójicamente, la construcción del puente, mérito que Cierva[20] se atribuye, suscitó a su vez un problema debido a la fecha tan tardía en que se realizó. Para entonces, el grueso de la fuerza de Cabanellas estaba ya en posición, y para suministrarla resultaba más eficaz el transporte por medios navales que por convoyes terrestres. De esa manera, el puente, que habría sido antes una solución, se convirtió ahora en un obstáculo para el tránsito: «en el instante en que ya las columnas de avance en la Restinga necesitan sólo los aprovisionamientos, que se hacen todos por mar, se cierra la bocana con este puente, que retrasa esos servicios», se lamenta Cabanillas, que estaba allí[21].

Se trató de un típico problema de gestión, que ponía al descubierto las enormes deficiencias que arrastraba el Ejército.

---

18 Para las quejas de Cabanellas por ese motivo, ver *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 286. El punto de vista de Berenguer está en pág. 309.

19 La información sobre esa compañía, procede de la declaración del coronel del regimiento, en 28 de julio de 1923 (AHN, TS, 51 N 18, folios 5211v-5213).

20 Pág. 249.

21 Pág. 174.

El plan[22] que Berenguer sometió al nuevo Gobierno, tras una nueva presentación de dimisión, rechazada, consistía en las siguientes fases.

En primer lugar, la columna Cabanellas atacaría el Zoco el Arbaá, y, simultáneamente, otra tomaría Nador. Luego, tras consolidar lo ganado, se avanzaría contra Zeluán y, a continuación, se ocuparía el valle de Segangan con Atlaten, en combinación con tropas procedentes de Zoco el Hach, quedando el Gurugú cercado. Eventualmente, «después de un prudencial descanso [...] y según la energía de las tropas y la intensidad de la resistencia», se llegaría hasta las proximidades del Kert, recuperando Monte Arruit, pero sin ir más allá, porque el alto comisario deseaba asegurarse bien Guelaya antes de abordar Beni Said.

Para llevar a cabo la maniobra dispuso a sus fuerzas en cuatro grupos. Cabanellas llevaría 6.000 hombres, con cinco baterías; en el centro operaría en vanguardia Sanjurjo, con 8.500, incluyendo las unidades de choque, y con otras cinco baterías, apoyado por Federico Berenguer, hermano del alto comisario, con 7.500 y cuatro baterías. En reserva quedaban 3.500 y dos baterías. Llama la atención que se hubieran asignado a Sanjurjo «los restos reorganizados de Alcántara», prueba de que ese regimiento, tras el tremendo castigo que había experimentado, se hallaba de nuevo operativo y en condiciones de operar con la vanguardia.

Dice mucho sobre el estado de ánimo de Berenguer que aún en esas fechas siguiera hablando de «las serias amenazas que sobre la plaza pesaban», como si más de 40.000 hombres, incluyendo la guarnición, con casi cien cañones y aviación no fueran sobradamente suficientes a la hora de garantizar su seguridad. Se diría que el general que tan magnífica campaña acababa de realizar en la zona occidental, en Yebala, estaba todavía bajo la impresión del desastre sufrido por Silvestre.

En cualquier caso, necesitaba tiempo para completar sus preparativos para la ofensiva prevista y para colmar el déficit en munición de artillería que juzgaba que había experimentado desde su llegada.

Berenguer no hubiese sido Berenguer si, a la vez que afinaba su máquina militar no hubiese proseguido con la acción política, orientada a obtener el rescate de los españoles prisioneros y a debilitar a sus contrarios, labor que continuaría mientras estuvo en el cargo. No se puede negar, en efecto, que «mientras se negociaba directamente con él [Abd el Krim], se procuraba, bajo cuerda, provocar una rebelión entre las cabilas que le son afectas»[23].

Resulta instructiva, en este sentido, la correspondencia con el Peñón de Alhucemas sobre las maniobras de Sidi Hamido y Dris ben Said con la finalidad de obtener la disolución de la harca. De la importancia del primero de ellos da idea que se diga «que ha recibido carta de Abd-el-Krim diciéndole marche a sustituirle en la jefatura de la harca, por encontrarse enfermo, contestando que no le es posible acceder por encontrarse también enfermo y en vísperas de casar una

[22] Berenguer (1923), págs. 105-107.
[23] Prieto, pág. 111.

hija». A cambio de sus servicios, Hamido pretendía ser «jefe único» de todo el territorio que se extendía entre Bocoya y Tetuán[24]. En cuanto a ben Said sería, hasta su muerte en el frente –en condiciones sospechosas, se ha escrito–, uno de los más fieles colaboradores de España[25]. Incidentalmente, Prieto tuvo con él una conversación interesante en Melilla, de la que dejó constancia[26]. Abd el Malek, otro de los grandes leales, también caería en combate.

El plazo que el alto comisario se dio para acumular recursos dio oportunidad al enemigo, cada día más crecido, de incrementar su hostigamiento contra la línea española. Esta, según la práctica habitual, se había ido apuntalando con una serie de blocaos y posiciones secundarias –algunas de ellas erigidas a petición de los «moros amigos» de Beni Sicar como protección frente a la harca– que apoyaban a las principales, lo que, a su vez, imponía continuar con la práctica habitual de convoyes para abastecer esos puntos, proceder a los relevos y evacuar bajas, ofreciendo un blanco fácil para los contrarios. El *Diario de Operaciones* de la segunda mitad de agosto[27] contiene numerosas alusiones a los combates que se dieron por ese motivo, con el consiguiente goteo de muertos y heridos, mientras que las confidencias completan la perspectiva aportando la visión desde «el otro lado de la colina».

Los choques fueron frecuentes, y una enumeración resultaría tediosa. Tendrá que bastar una referencia al que se produjo con motivo de la instalación de dos nuevas posiciones, entre Ixumart y Tizza. Tuvo lugar el 15 de agosto, el mismo día que Berenguer sometía su plan.

Realizó la operación la columna Sanjurjo, formada por el Tercio, cinco batallones, tres escuadrones, seis baterías y una compañía de Ingenieros, en colaboración con otra, al mando de Riquelme, que reunía todas las fuerzas disponibles en el Zoco el Hach. Se alcanzaron los objetivos, frente a un enemigo «muy numeroso», que hizo «fuego intensísimo». El *Diario* da constancia de las bajas, seis muertos, incluidos un teniente del Tercio y un «oficial moro» de Regulares, y quince heridos. Asegura que «al enemigo se le recogieron 22 muertos, 13 de ellos con armamento»[28]. Las confidencias, por su lado, detallan que los adversarios eran setecientos: trescientos Beni Sidel, trescientos Beni bu Gafar, cuarenta Beni Said y Beni Urriaguel, y sesenta Beni Sicar. En cuanto a las bajas, «el manifestante vio 14 muertos y 10 heridos»[29].

---

[24] En AGMM, Comandancia General de Melilla, legajo 1, carpeta 8, hay abundante documentación sobre este asunto. El texto entrecomillado corresponde a un telegrama de 21 de agosto de 1921, del comandante militar del Peñón al secretario del gabinete del alto comisario.

[25] Una visión opuesta es la de Hernández Mir (1922), págs. 142-147.

[26] Págs. 51-54.

[27] Está en AHN, TS, 51 N 5, folios 1522-1534v.

[28] Folio 1527v.

[29] Folio 192.

Este pequeño ejemplo pone de relieve algunas de las constantes del periodo que se va abrir enseguida. De una parte, la gran superioridad numérica y material española, con especial énfasis en la artillería, y utilización por parte de Abd el Krim de sus valiosos rifeños únicamente para encuadrar una masa mayor de gente de otras cabilas. De otra, que, cumplida su misión, el grueso de las fuerzas españolas volvieron a sus bases, en el habitual y tan costoso movimiento de vaivén que se había institucionalizado en esas campañas.

Goded[30] criticaría el sistema acerbamente, y con razón: «regresar la columna al sitio de partida, desandando por la tarde lo andado por la mañana, y sufriendo en cada operación el quebranto inevitable del repliegue, previsto por el enemigo a hora fija», y con olvido del viejo dicho: «de moros, no puede uno retirarse», por el peligro que ello supone. Teniendo en cuenta, además, que «la mayoría de las bajas» se producen en un momento anterior a la retirada, ya que «son ocasionadas durante las interminables esperas en tiroteo con el enemigo mientras se construyen las posiciones»[31].

Algún corresponsal[32] también comentó lo que se había convertido en rutina: «todos los días salen las tropas de Melilla, conquistan, luchan, toman una posición y por la tarde vuelven a la plaza», dejando atrás un contingente de hombres que requiere «la tragedia del convoy diario» para mantenerse.

A medida que transcurre el mes, si Berenguer va incrementando sus fuerzas, también lo hace el enemigo. Así, el 18 se habla de la llegada de quinientos rifeños y de que se esperan mil más; de que se empiezan a abrir trincheras y de que siguen emplazando cañones. El 25, se anuncia la presencia de trescientos Beni Urriaguel adicionales, pero se matiza que, como es habitual en las harcas, «diariamente llegan unos grupos y se van otros». En cualquier caso, las cifras que se citan son limitadas: cuatrocientos de guardia en el Gurugú, mil hombres en Nador, de ellos trescientos rifeños…, y se sigue mencionando a gente «de poca significación y merodeadores». También son diarias las referencias a los problemas entre cabilas, y se comenta que hay cañones inutilizados porque les han robado piezas, se ignora con qué motivo, pero muy probablemente debido a actividades de los servicios de información españoles.

A fines de agosto las confidencias recogen datos alarmantes. El 29, aluden a reuniones en los zocos de Guelaya para celebrar la entrada del año 40[33], en el que «según profecías deben ocurrir grandes acontecimientos». Han llegado cuatrocientos rifeños; doscientos, para quedarse; los demás, se han llevado a Beni Urriaguel a 48 prisioneros, y otros 28, enfermos, «han sido muertos […] por negarse a trabajar».

30 Goded, pág. 76.

31 Franco, pág. 177. Sus comentarios sobre la pequeña guerra, en ibíd., págs. 173-178, y en sus «Reflexiones políticas», págs. 239-243 son tan interesantes como los de Goded, más centrados en la gran táctica.

32 Vila San-Juan, pág. 245.

33 1340, en realidad.

Abd el Krim, ya repuesto, está en Amesauro. El 30, se habla de una zanja abierta en el camino a Casabona, rodeada de minas. Los Guelaya, por su parte, sufren el dominio rifeño: se les prohíbe que lleven sus familias al otro lado del Kert, para obligarles a combatir, y se les fuerza a dar pan a la harca, lo que genera incidentes porque alegan «que no es justo que ellos tengan que alimentarlos después de que se han beneficiado [los rifeños] con el botín que han recogido en nuestro territorio».

Al día siguiente, se multiplican las novedades. La más importante: «han ido los jefes de Guelaya a presentarse a Si Mohand Abd-el-Krim para proclamarlo jefe único, habiendo tenido lugar con este motivo una gran fiesta». No es fácil saber si las evidentes reticencias de Abd el Krim a pasar el Kert no eran más que una calculada maniobra destinada a obtener, precisamente, ese sometimiento, o si obedecían a la profunda y tradicional desconfianza de los rifeños hacia los Guelaya. Lo que resulta innegable es que esta existía –el dirigente Beni Urriaguel hacía registrar por su guardia a los cabileños que deseaban verle–, y que los Guelaya nunca le dieron el apoyo que él hubiese deseado[34]. Como es cierto que el dominio rifeño nunca dejó de ser considerado como «una fuerza exterior a la tribu»[35], en muchos casos. Extraña que Berenguer, tan buen conocedor del Protectorado, no valorara más este hecho a la hora de calibrar a su enemigo.

En cualquier caso, la sabia dosificación practicada por Abd el Krim en el envío de refuerzos le había dejado todas las opciones abiertas. Ahora, por fin, parecía decidido a dar el gran paso de aventurarse más allá del Rif. Por eso, las confidencias de ese día anuncian que «todos los días siguen viniendo grupos del Rif y se van aumentando los contingentes», y que «han llegado contingentes del Rif a Guelaya», mientras que un telegrama de Alhucemas, de esa fecha[36], anunciaba que «mañana» una «harca grande» avanzaría hacia Melilla para «unirse con los ya numerosos que están en proximidades de Nador con el caíd Si ben Ali de Beni Tuzin, delegado del Jatabi». Un mes largo tras Annual, las temidas «hordas» iban a aparecer con relativa fuerza en el campo de batalla.

Todo ello, en un ambiente enfervorizado: «están fanatizados porque creen que el año 40 se ha de cumplir una profecía antigua que tienen en sus leyendas […] y que les hará invulnerables a todo poder, sobre todo en los primeros días del año». La conclusión es que «convendrá extremar las precauciones»[37].

Por el momento, se estiman los enemigos en 3.000, 700 de ellos Beni Urriaguel.

Las entradas en el registro de confidencias correspondientes al 30 y al 31 de agosto son especialmente significativas por los acontecimientos que se producen en el frente en esos días. En efecto, la noche del 30 al 31, y el día 31, tuvieron lugar dos choques de singular envergadura, en torno al blocao Mezquita y a Casabona.

---

[34] Pennell, pág. 148.
[35] Ibíd., pág. 196.
[36] AGMM, Comandancia General de Melilla, documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14.
[37] Las confidencias del 31, en AHN, TS, 51 N 1, folios 207-208.

El primero, llamado *El de la Muerte,* era uno de los construidos para reforzar la línea española. En la noche del 30 fue atacado, según los informantes, por hombres de Mazuza y de Beni bu Ifrur, con gran derroche de granadas de mano artesanales, improvisadas con latas, dinamita y balas. Defendido por soldados del regimiento Almansa, resistió durante seis horas, sin recibir la menor ayuda, a pesar de que se hallaba solo a kilómetro y medio de Melilla. Al fin, cuando los parapetos quedaron deshechos y muerta parte de la guarnición, supervivientes, con su jefe, el teniente Maffioli, lograron escapar.

Franco, que llegó al día siguiente con las primeras tropas, da una versión menos favorable, hablando de «ola de pánico» que llevó al abandono de la posición. Presenta al teniente, «sentado sobre una piedra, con la cabeza baja, [que] empieza su confesión» con Sanjurjo. Cuando se levanta, el general está muy contrariado: «¡Desgraciado!, exclama»[38].

Maffioli fue inmediatamente arrestado, y se le facilitó una pistola para que, de acuerdo con las viejas leyes del honor, se pegase un tiro. Lo hizo, pero con tan mala suerte que no murió, siendo ingresado en los Dockers. Se dijo que, a partir de entonces, el hospital recibió llamadas, no para preguntar por la salud del teniente, sino con el deseo de saber si ya había fallecido, como sucedió tras casi un día de agonía.

El asunto provocó un escándalo, causando sorpresa indignada tanto rigor contra alguien que, al fin y al cabo, se había batido dignamente, o que, en el peor de casos, no lo había hecho peor que decenas de jefes y oficiales que, en cambio, se paseaban con toda tranquilidad, gozando de la más absoluta impunidad, por el Parque Hernández de la plaza, cuando era sabido que habían abandonado en Annual a sus hombres y las posiciones que tenían encomendadas. Fue un pequeño y doloroso incidente, pero hizo pésimo efecto, demostrando lo insostenible de la política de lenidad seguida con motivo del desastre. Llegó hasta el Congreso, donde fue objeto de debates.

Al margen de ello, que se dejara el blocao a su suerte, cuando a 1.500 metros de él había varios millares de hombres con nutrida artillería acentuó la penosa impresión.

Hubo otros blocaos como el Mezquita, «que dan la sensación de comida que se arroja a las fieras para que no se vuelvan contra el domador»[39], y cuyo sostenimiento costó un precio desproporcionado, pero la cautelosa estrategia adoptada –«por cada agresión del enemigo instalamos un blocao más»[40]–, obligó no solo a mantenerlos, sino, eventualmente, a multiplicarlos. El mismo de Mezquita, y otro denominado *El Malo,* en Dar Hamed, entraron en la leyenda del Tercio, que protagonizó en ellos numantinas defensas.

[38] Franco, pág. 109.
[39] Cabanillas, pág. 143.
[40] Martínez Campos, pág. 202.

El convoy a Casabona del 31 fue otro episodio poco edificante. Despreciando las confidencias, se mandaron suministros a ese puesto, enviando uno de los nuevos camiones blindados por la carretera. Cayó este en una zanja excavada por el enemigo, quedando su dotación a merced de los cabileños que habían tendido una emboscada. Hubo que improvisar un contraataque, al tiempo que el teniente coronel Muñoz del Extremadura decidió que saliera un auto-aljibe a recuperar el vehículo, haciendo caso omiso de las advertencias del conductor de que carecía de potencia para ello.

Como resultado, fueron dos los camiones que quedaron bloqueados. Riquelme tuvo que acudir en persona para restablecer la situación, encargándose del mando en lugar del teniente coronel, que había perdido el control de la misma. Todo se resolvió gracias a la bizarría de dos de las denostadas unidades expedicionarias, Corona, de nuevo, y Sevilla, que llegaron a recurrir a la bayoneta, pero no sin un alto precio; 24 muertos, un desaparecido y 53 heridos, según el *Diario de Operaciones*. La orden general del 1 de septiembre reconoció el coraje de ambos batallones[41].

Lo sucedido demostró, de una parte, la creciente agresividad del adversario; de otra, la dudosa eficacia de algunos mandos y, finalmente, el valor de las fuerzas peninsulares que en esta ocasión, como en otras, se comportaron tan bien como las famosas tropas de choque, tan alabadas. Hasta Franco, producto acabado de estas, habiendo servido en Regulares y en el Tercio, llegó a calificar de «brillante»[42] al batallón de La Corona, y no fue el único que mereció tal calificativo. No muchos días después, en Tizza, se verían de nuevo todos esos aspectos.

Un oficial de la Legión explica el cambio en el rendimiento de las unidades europeas[43]: «aquellos [soldados] del desastre confiaban plácidamente en que los Regulares y la Policía les abrirían camino, y vea Vd. lo sucedido. Ahora, éstos que van, que están luchando heroicamente, saben que aunque vaya el Tercio delante, también tienen que poner el cuerpo, y no pueden confiarse en nadie. Y ya ve Vd. qué resultado tan distinto».

La lucha con motivo de aquel convoy suscitó la atención de un nuevo elemento que aparece en el escenario, los corresponsales de guerra que se harían eco de los acontecimientos, como, entre otros, Cabanillas y Guixé para *El Heraldo de Madrid,* Martínez Campos para *El pueblo manchego,* en un guiño a su electorado, Goy de Silva para *La Correspondencia de España,* Corrochano para *ABC,* «Ben-Cho-Shey» para *La Zarpa,* Ortega para *La Libertad,* Vila San-Juan para *El Noticiero Universal,* de Barcelona, Prieto para *El Liberal* y Mariscal de Gante para *La Correspondencia Militar,* único diario que contó, además, con una mujer como corresponsal, Rosa Moreno Carreras de Mariscal. A través de sus crónicas, más elocuentes que los escuetos partes, se seguirán los combates de ese periodo[44].

41 En *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 177-178, figura la versión de Riquelme.

42 Franco, pág. 113.

43 Vila San-Juan, pág. 392. Conversación con el capitán Jacinto Pérez Tajueco.

44 Para esta fase, posterior al desastre de Annual, *La historia de las campañas de Marruecos,* del Servicio Histórico Militar, vol. III, recupera su interés.

El 4 de septiembre hubo otra novedad desagradable. Desde el Gurugú, los cañones enemigos, a los que se bautizó como «Don Franciscos», al considerarlos como «pacos» grandes, empezaron el fuego sobre Melilla. Los efectos materiales fueron pocos, pero muchos los morales: «la alarma que sembraron entre el vecindario fue indescriptible [...] Muy decaído está el espíritu de la población civil»[45]. Por la noche se apagaron las luces en los lugares públicos, incluso en la residencia de Berenguer, y los habitantes abandonaron los barrios más expuestos.

El fuego fue de escasa intensidad, dado que solamente tiraban dos o tres piezas, y de escasísima precisión, ya que los cabileños carecían de artilleros y que la mayor parte de los prisioneros españoles que utilizaron hicieron lo posible por limitar los daños: «disparaban los artilleros indígenas sin puntería determinada, al azar. Y como no acertaban a graduar las espoletas, los proyectiles no estallaban»[46], en su mayoría. Sin embargo, que la plaza misma estuviese sometida a un cañoneo, cuando un ejército entero desplegaba en ella y en su entorno, constituyó un fuerte golpe sicológico. Demostraba, además, de nuevo, los resultados de las tácticas fabianas seguidas por Berenguer. El Gurugú fue ocupado tardíamente por el adversario, y hasta la última semana de agosto no hubo en él más que una débil guardia, sin artillería. No haber tomado antes ese monte que dominaba completamente la ciudad fue un serio error.

Los renovados ímpetus de la harca se manifestaron también el día 8, con motivo de otro convoy a Casabona. Se logró «meterlo», pero tras un sangriento combate: «¡todo el peso de la operación caía sobre los sufridos Regulares de Ceuta!»[47]. Fueron ellos sobre todo, en efecto, los que, con muchas bajas, consiguieron romper el frente enemigo. Entre los caídos estaba su jefe, el laureado teniente coronel González Tablas, al que Prieto describió como «una de las primeras figuras combatientes»[48], gravemente herido. En el Tercio las pérdidas fueron, asimismo, altas; hasta la tercera parte de los efectivos empleados. La orden general del 10 alabó la bizarría de unos y de otros, parva compensación para tantas bajas, fruto de la rigidez del sistema adoptado.

El desquite

Al fin, el 12, el alto comisario asume la iniciativa. Lo hace con un avance de la columna Cabanellas contra el Zoco el Arbaá, con un despliegue inusitado de medios. Desde el Mediterráneo, el acorazado *Alfonso XIII,* el crucero *Princesa de Asturias* y los cañoneros *Laya* y *Bonifaz,* y desde la Mar Chica las barcazas M-3 y M-6, de doscientas toneladas y dotadas de cinco cañones, arrasaron con sus

[45] Cabanillas, págs. 124 y 126.
[46] Ibíd., págs. 79-80.
[47] Ibíd., pág. 134.
[48] Pág. 43.

piezas las posiciones enemigas, bombardeadas también por la aviación, a la vez que 6.000 hombres, apoyados por Artillería, se lanzan al asalto. No hubo apenas resistencia ante tal avalancha, entre otras cosas porque las huestes adversarias se reducían a «11 guardianes»[49]. Cabe pensar si fue imprescindible acumular tantos medios, a costa de tanto tiempo, para tan nimia oposición.

Se esperaba que con esa derrota «la blandura conocida de las gentes de Quebdana»[50] les empujara a la sumisión. No fue así, sin embargo, y Berenguer decidió no profundizar el avance que tenía previsto en esa dirección, para dirigirse contra otra.

El siguiente objetivo, el 17, fue Nador. De nuevo, la armada y la aviación colaboraron, con la añadidura, esta vez, de un globo cautivo. En total, actuaron 19.553 hombres, contra un adversario calculado, exageradamente, en 8.000. El combate fue más reñido, especialmente en el flanco derecho, donde el enemigo, establecido en las barrancadas y las ondulaciones de las Tetas, y sostenido por su artillería, ofreció alguna mayor resistencia. Ahí fue herido de gravedad Millán Astray, que mandaba el Tercio, pero, en general, se estimó que «el enemigo ha estado flojo»[51], lo que no sorprende, ante la tremenda desproporción de medios. Pronto, «Alcántara, con los jinetes sable en mano, a galope tendido, penetraba en el poblado»[52].

Se aplaudió mucho el ataque, realizado «derrochando metralla y ahorrando vidas. No se puede poner tacha a toda la operación»[53]; «tuvimos la satisfacción de ver a nuestro ejército actuar como una milicia moderna, provista de los medios de ofensión y resguardo de la ciencia guerrera [...] Se ha logrado el éxito, como únicamente puede serlo cuando choca una nación moderna con tribus bárbaras y desorganizadas, por aguerridas que sean»[54]. El coste en bajas de la toma de tan importante posición, en la que se cogieron dos cañones, fue muy inferior al de muchos de los convoyes que nada resolvían.

Es interesante que un testigo apunte a que «estos Guelaya fiaban todo al apoyo de Abd-el-Krim, [pero] las huestes de Abd-el-Krim no han tomado parte en la pelea, ni han venido por aquí [...] Los Beni Urriaguel sienten un profundo desprecio hacia estos Guelaya»[55].

En Nador los españoles se toparon, por primera vez, con horrores que pronto se convertirían en familiares. El lugar era un matadero de compatriotas: «han matado con crueldad, con torturas infamantes, y los cuerpos mutilados, con las trágicas

49 Martínez Campos, págs. 205-207 para una descripción de la operación.
50 Prieto, pág. 55.
51 «El soldado desconocido», pág. 163.
52 Martínez Campos, pág. 219.
53 Prieto, pág. 66. En la época, el autor no tenía más que elogios para la cautela de Berenguer. Luego cambió radicalmente de opinión.
54 Ortega y Gasset, pág. 189.
55 Prieto, págs. 75-76.

muecas de la putrefacción avanzada, han permanecido insepultos»[56]. Si ya antes, por los relatos que habían ido llegando a la plaza, las tropas habían mostrado escasa tendencia a coger prisioneros y a respetar heridos, a partir de entonces la guerra adquirió tintes cada vez más sombríos. La práctica de cortar cabezas del enemigo se generalizó entre las tropas de choque. Fue otra cuestión debatida en el parlamento. Cierva se defendió tachando las acusaciones al respecto de «mera leyenda», «leyendas todas, falsedades»[57], pero, al margen de declaraciones, existen fotografías irrefutables[58], que, como reconoció llanamente más tarde otro ministro de la Guerra, el Gobierno «ha tratado de impedir que se publicaran»[59], sin éxito.

El poblado fue raziado, una práctica sistemática, en la que se distinguían el Tercio, los Regulares y la Policía, secundados con entusiasmo por las «harcas amigas» que desde el principio prestaron su colaboración. Más tarde, se les cambiaría el nombre: «ya no se dirá más "harca amiga", porque con el nombre de harca ha de entenderse toda tropa formada por gentes de las cabilas rebeldes. Las adictas se llamarán *idala,* que en árabe significa guardia rural»[60].

Los saqueos eran concienzudos: «arramblaban con todo cuanto podían, y lo que no era posible llevarse lo echaban a las llamas. Ni aún los árboles respetaron, y los olivos, los albaricoques, los perales y los manzanos eran talados sin vacilación [...] Hogueras por todas partes» marcaban el avance[61].

La toma de Nador fue, en cierto modo, un punto de inflexión, y se prestó especial valor simbólico a la actuación que en ella se atribuyó, precisamente, a Alcántara, el regimiento cuyo nombre estará para siempre asociado a Annual: «no ha empezado a huir la pesadilla febril hasta que hemos visto galopar con marcialísimo empuje a los caballos de Alcántara por las calles de Nador»[62]. Otro testigo[63] alude a «los escuadrones, que ahora sé que pertenecían a Alcántara y al regimiento de Lusitania, entran en el poblado en impetuosa carga, en un alud», refiriéndose a otro prestigioso cuerpo de Caballería, muy identificable porque llevaba «el emblema de la muerte en el chambergo»[64]. Se trata de sus famosas calaveras de plata, que le acompañaron en la campaña.

Tras ese combate, Quebdana y fracciones de Ulad Settut, escarmentadas, hicieron sumisión a las autoridades españolas.

Siempre cauteloso, y ante la noticia de que el enemigo recibía refuerzos adicionales, Berenguer pidió cinco batallones más, que le fueron concedidos.

[56] Ortega, loc. cit.

[57] *Diario del Congreso* de 27 de octubre de 1921, intervención de Cierva.

[58] Ver el testimonio de Cordón (pág. 77), aunque el autor es poco objetivo cuando habla de la Legión. Luys Santa María, en su novela, es especialmente elocuente al tratar el tema.

[59] *Diario del Congreso* de 4 de mayo de 1922. Intervención de Olaguer Feliú.

[60] Goy de Silva, pág. 70. Crónica del 25 de noviembre de 1921.

[61] Ibíd., pág. 71. Se refiere a otra operación, pero la descripción es aplicable a todas.

[62] Ortega, pág. 192.

[63] Micó, pág. 137.

[64] Prieto, pág. 34.

Continuando con el impulso ofensivo, el 23 la columna Cabanellas, partiendo del Zoco, ataca los pozos de Agroaz, rodeando la Mar Chica, mientras que Sanjurjo y Federico Berenguer, desde Nador, se lanzan sobre Tauima. Se lucieron los restos que había del grupo de Regulares de Melilla después del desastre: «como se había quedado sin moros», combatieron «escribientes, ordenanzas, asistentes etc., más algunos voluntarios españoles»[65]. En el consabido repliegue, una vez conseguidos los objetivos, el momento más peligroso, destacó Núñez de Prado, de la columna Cabanellas, que realizó la retirada «al estilo Regular, rápida y en orden»[66], manejando con maestría a los supervivientes de su grupo, tanto montados como a pie, a tres escuadrones de húsares –uno de Princesa y dos de Pavía–, y a la Artillería a caballo. Se aplaudió, asimismo, el comportamiento de los regimientos de Infantería Rey y Córdoba, dos unidades expedicionarias y, una vez más, el de Alcántara.

Terminada la operación, las columnas se concentraron en Nador, de donde partirían las siguientes ofensivas.

Cuatro días después se pone brusco fin a esa serie de éxitos, cuando los cabileños consiguen hacer fracasar un convoy a Tizza, tras infringir duras pérdidas, especialmente entre «los soldados de intendencia, que son siempre los más castigados en estos lamentables episodios de la guerra de África»[67]. Por desafortunada coincidencia, el mismo 27, a las 11 de la noche, según el *Diario de Operaciones*, llegó Cierva a Melilla, en una visita sin duda programada en la euforia de los triunfos anteriores.

Su propia versión sobre la misma fue, claro, muy positiva[68]. Para empezar, «me encontré con la grata sorpresa de que quedaban 10.000 hombres más de los que habíamos supuesto perdidos». Matiza luego, diciendo que no recuerda con exactitud la cifra, «pero eran muchos, que estaban con licencia u ocupados en otros servicios y no en el de las armas». Dice mucho sobre la desorganización que había reinado en aquel ejército que, dos meses después de Annual, el ministro de la Guerra pudiera llevarse esa clase de «sorpresas».

Entre los comentarios que hace, vale la pena reproducir su opinión sobre los vergonzosos Dockers: «descuidados, sin pintar, semidestruidos […] Estaban llenos de parásitos tan tenaces que las más fuertes pinturas no los ahuyentaban, porque las maderas estaban podridas». A ellos, España había enviado desde hacía trece años a sus heridos y a sus enfermos. Ante la desidia de la administración militar –en un hospital no había orinales porque el oficial de Intendencia no firmaba los correspondientes vales–, los confió a las Hermanas de la Caridad, que hicieron una excelente labor.

Desde luego, no todos compartieron su entusiasmo con la visita. Se habló del «Marte […] orondo y magnífico»[69], de que «Mambrú había ido a Melilla»,

[65] Martínez Campos, págs. 228-229.
[66] «El soldado desconocido», pág. 168.
[67] Cabanillas, pág. 182.
[68] Cierva, págs. 247-248.
[69] «Ben-Cho-Shey», págs. 36-37.

y de que partió «dejando en general, lamentable impresión y una estela de risas murmuradoras»[70].

Anécdotas al margen, lo importante era que tras el revés del 27, el convoy tenía que llegar como fuera a Tizza. Ya los sitiadores gritaban a la guarnición: «hoy, beber poquito; mañana, nada; pasado, morir»[71]. La operación que se montó ese 29 de septiembre merece ser tratada con algún detenimiento[72], porque en el curso de la misma reaparecieron espectros que se daban ya por definitivamente enterrados. En efecto, aquel día muchos creyeron oír soplar vientos de un nuevo desastre.

El mando lo tuvo el general Tuero, que había dirigido ya el fracaso del intento anterior. Disponía de dos columnas. La de la izquierda, con el coronel Sirvent, de tres batallones, cinco baterías y una compañía de Ingenieros, asaltaría y destruiría unas casas situadas el pie del blocao llamado de La Corona. El esfuerzo principal correspondería a la del coronel Lacanal, con el tabor y el escuadrón que quedaban de los Regulares de Melilla, cuatro batallones de Infantería, más otros dos en reserva, ocho baterías y cuatro compañías de Ingenieros. Su misión era tomar y arrasar las construcciones que había en torno a Tizza y, a continuación, introducir el convoy y reforzar la posición.

Tras una intensa preparación de la masa artillera disponible, Sirvent se puso en movimiento, alcanzó sus objetivos y ya no se movió, a pesar de lo que sucedía en sus inmediaciones. Solamente tuvo cuatro heridos.

En el otro sector, todo fue mal. Tuero, que ya había dado pruebas de su ineptitud en anteriores ocasiones, se quedó en la posición de El Garet y no hizo nada. Lacanal, aunque el terreno era por todas partes accesible a la Infantería, metió por un camino encajonado a sus batallones. Además, tuvo la peregrina idea de dividir a los Regulares en dos mitades, cada una de las cuales puso a la cabeza de sendos batallones, logrando así desarticular a los primeros y alterar la estructura habitual de los segundos. No contento con ello, dio la salida al convoy antes de que las tropas hubieran asegurado su marcha, ya que solo parte de los batallones de Borbón y Reina habían desplegado en las lomas denominadas Triangular y de los Regulares. Muy pronto empezaron a caer hombres y mulos y tuvieron que retroceder, quedando a vanguardia y expuesto con un pequeño núcleo el capitán Aranguren de Intendencia, que mandaba el convoy y que había sido herido.

[70] Cabanillas, pág. 152.

[71] «El Soldado Desconocido», pág. 169.

[72] El subsiguiente proceso, que ocupó más de mil folios, está en AHN, TS, legajos 51 N 31 a N 35. Resultan de particular interés las tres declaraciones de Cavalcanti (legajo N 31, folios 4-19v; N 33, folios 728-732v y 740); las dos de Berenguer (legajo N 31, folios 298-300, y N 33, folios 679-681); las otras tantas de Aranguren (legajo N 31, folios 251-252v y 265v); y la serie de testimonios recogidos entre los folios 278 y 294. La de Abilio Barbero, que se menciona expresamente en el texto, se halla en el legajo 31, folios 233-235v. Las declaraciones Tuero, Sirvent y Lacanal son notables solo por el desparpajo de sus autores. Hay un plano útil de la acción en 51 N 31, folio 219.

La situación se degradó en pocos minutos. El convoy estaba bloqueado, y la Infantería inmovilizada en una barrancada, embotellada en el camino bajo el fuego enemigo. Todo empeoró cuando, en lugar de esperar a que se deshiciese el atasco, se envió allí primero al batallón de Vergara, y luego al de Valencia, metiendo aún más gente en «tan batido y corto espacio que no permitía el despliegue de tanta fuerza como se iba acumulando».

El comandante del último cuerpo citado dice que cuando llegó con las dos compañías de retaguardia le dijo a Tuero: «eso es un hervidero de gente, y materialmente no quepo», a lo que le contestó: «pues nada, entre Vd. como pueda». Y así, «mis soldados tuvieron necesidad de [...] pisotear [...] una alfombra humana [...] en aquel hormiguero». Pidió a Lacanal que le designara su objetivo, porque «estamos dispuestos, no a ir a Tizza, sino hasta Alhucemas», a lo que este respondió preguntando: «¿dónde está Tizza?».

Por suerte, el teniente coronel, con las dos compañías de vanguardia, tuvo la iniciativa de hacer desplegar a la primera fuera del camino, al grito de «¡Viva la Montaña!», que sus soldados eran cántabros. Cayó herido, igual que los jefes de las dos primeras secciones, pero logró que también desplegara la segunda.

Cavalcanti, el comandante general, había estado contemplando con creciente irritación los acontecimientos desde Sidi Amarán, más a retaguardia. Galopa a entrevistarse con Tuero quien, «como atacado de cobardía repetía incesantemente,“nos fríen, nos fríen”». Llega luego donde estaba Lacanal que, «impotente», estaba «entre una masa inerte de tropa que sufría los efectos de un fuego violento». Le da «enérgicas órdenes de avanzar» y vuelve donde Tuero, que seguía sin resolver nada. Habla por teléfono con Berenguer, que veía horrorizado lo que estaba sucediendo, grita «¡Ya estoy harto!», y ordena a su Estado Mayor y a su escolta que monten a caballo.

Seguido por ellos, se dirige a Tizza. Por el camino, encuentra a fuerzas de Ingenieros tumbadas cuerpo a tierra. Les da orden de que se levanten y le sigan, que ejecutan en medio del espeso tiroteo. Con los caballos al paso, «no obstante hallarse materialmente rodeado de balas, que se notaban por las nubecillas de polvo que a su alrededor levantaban», atraviesa la zona batida por el fuego contrario, y, con veinticinco hombres del 3.º y del 5.º de Zapadores detrás, entra en Tizza. Su séquito tuvo un muerto y un herido, y perdió dos caballos. Arrastradas por el ejemplo, las tropas avanzan, y la situación se resuelve.

Martínez Campos[73], entre otros, tejió la leyenda de que, antes de partir, Cavalcanti había dado cita a Aranguren en Tizza, y que tras entrar el general el primero en la posición, el capitán, al poco, le dio, reglamentariamente la novedad de que había llegado en convoy. Parece que no fue así. Aranguren, que por sus declaraciones da la impresión de ser un hombre modesto, dijo que fue él quien llegó antes, y que le estaban curando la herida cuando Cavalcanti hizo su entrada.

[73] Págs. 236 y ss.

El comandante de Estado Mayor Abilio Barbero, que participó en los sucesos, lo confirma.

Detalles aparte, es innegable el coraje del general, que con su comportamiento resolvió una crisis, rompiendo el cerco y «metiendo» el convoy. Por cierto, se quedó tan poco impresionado por la experiencia que en el camino de regreso se detuvo a recoger el bastón que se le había caído en el curso de su avance.

Fue «tal vez el combate más rudo de la campaña, por falta de mando y exceso de fuerzas»[74]. En él quedó «deshecho el grupo de Regulares de Melilla»[75], que perdió 7 oficiales y 53 soldados europeos, y 30 indígenas, lo que demuestra su composición por esas fechas. Las bajas españolas ascendieron a más de 400. Las pertenecientes a los zapadores que participaron en el avance decisivo fueron objeto de una atención especial; la ciudad de Salamanca donó 220 pesetas a la familia de cada uno de los muertos, y 50 a cada herido.

Menudearon los comentarios recordando el pasado reciente: «si llega a salirle mal [a Cavalcanti] se hubiera quedado pequeño lo de Annual»[76]; «indudablemente se habría repetido lo de Igueriben, lo de Annual»[77]; «pudo ser aquel día otro 21 de julio»[78]. Que el comandante general se hubiera visto obligado a tomar las riendas, demostraba la incapacidad de unos subordinados que, ni contando con una aplastante superioridad –los cabileños tenían dos cañones– supieron resolver la situación.

Una complicación más fue que Lacanal era, por elección, el presidente de la Junta Superior de Infantería, la máxima expresión del fenómeno juntero, aunque no había tenido tiempo de posesionarse de su cargo. Resultaba elocuente que un militar que tantas limitaciones había demostrado bajo el fuego hubiese sido votado por sus pares para tal puesto.

Fue tal el escándalo ante la mala gestión de la operación, que Berenguer en el acto separó del mando a Tuero, Lacanal y Sirvent, ante el alboroto escandalizado de las juntas, que vieron en ello un ataque directo, lo que recrudeció el cada día más abierto enfrentamiento entre los africanistas, que atribuían el desastre de Annual al ejército apoltronado fruto de las Juntas de Defensa, y estas, encaramadas en sus privilegios y negándose a abrir los ascensos al mérito. Exigieron, en efecto, el procesamiento del comandante general, alegando que había actuado de

74 «El Soldado Desconocido», pág. 174.

75 Cabanillas, pág. 190. En sus filas figuraban un hijo de los duques de la Vega, el conde Consuegra, y otro de los marqueses de Casa Madrid. El primero, que servía como cabo, murió en combate en marzo de 1922. En la misma ocasión fue herido el segundo, al igual que Meneses, el autor de *La Cruz de Monte Arruit,* al que se ha hecho alusión en el capítulo III. Aunque no tanto como el Tercio, los Regulares se habían colocado entre las unidades más prestigiosas.

76 Martínez Campos, pág. 238.

77 Carta del redactor-secretario de *El Heraldo de Madrid* a Cavalcanti, reproducida en AHN, TS, 51 N 31, folio 293.

78 Ruiz Albéniz, pág. 449.

forma impulsiva, y en un puesto que no correspondía a su jerarquía[79], mientras aquellos le consideraron merecedor de una segunda laureada. El resultado de esas disputas fue que «nació en aquellos momentos la resistencia indisciplinada, y ya no desapareció en ninguno. Cierva, Berenguer y el mismo Cavalcanti [...] fueron víctimas de la malquerencia de las Juntas, que a los tres llevó a situación difícil, imposible de sostener»[80]. En efecto, «Tizza sirvió para ahondar todavía más el foso que separaba a los militares de la península de los típicamente colonialistas»[81].

No obstante, en junio de 1922, el Consejo Supremo de Guerra y Marina procesó a Cavalcanti, junto con Tuero, Lacanal y Sirvent. El 29 de febrero de 1924, dictó sentencia. El primero fue absuelto, e incluso sería propuesto para la mencionada condecoración; el segundo, condenado a un año de prisión militar; el tercero, a seis meses y un día, y el cuarto, a un año, más tres de suspensión de empleo.

Los «resultandos» y «considerandos» de la sentencia son demoledores[82]. De Tuero dijo que ni dio órdenes ni se movió de El Garet ni acompañó al comandante general, manteniendo una «completa inactividad [...] con infracción de inexcusables deberes militares». Tampoco, al igual que Lacanal, se molestó en reconocer el terreno. De este dice que, con su lamentable dirección, «contribuyó señaladamente al desorden de la operación y al decaimiento de las tropas». Al menos «permaneció con insistencia en sitios de peligro». De Sirvent estimó «débil y pasiva su actuación», y criticó que «no avanzó [...] por su propia iniciativa» permaneciendo inmóvil, «bastante alejado de la vanguardia» y «sin cuidarse de ponerse en comunicación con sus superiores».

No obstante tan serios cargos, los condenados lo fueron por el delito de negligencia, débil calificativo para sus culpas, pero que sería aplicado con profusión cuando se abrieran las causas por el desastre. Los tres serían indultados en virtud de un real decreto de 4 de julio del mismo año.

El episodio del convoy a Tizza reveló la fragilidad de aquel ejército, dando, aunque solo hasta cierto punto, la razón a las desconfianzas de Berenguer. La evocación de Igueriben y de Annual demuestra, por otro lado, lo presente que estaba en la mente de todos, como es lógico, el reciente desastre. Con independencia de que el enemigo a fines de septiembre disponía de un armamento y de una moral muy superiores a los de julio, lo que complica las comparaciones, no cabe, sin embargo, extrapolar los hechos.

En efecto, lo sucedido ni justifica el abandono de las posiciones cercadas como Nador, ni fue en ningún momento equiparable a Annual. Mientras que allí Silvestre

[79] Ver *La Correspondencia Militar* de 22 de octubre de 1921 para una versión del combate en la que se mantiene lo superfluo del gesto de Cavalcanti, «no habiendo, por lo tanto, ocasión de sacrificios ni de heroísmos» y, contra toda la evidencia, se dice que Tuero entró con él en la posición.

[80] Ruiz Albéniz, pág. 450.

[81] Cordón, pág. 77.

[82] AHN, TS, 51 N 35, folios 1205-1210.

tenía empeñadas todas sus tropas y carecía de reservas, en Tizza se empleó únicamente una porción, y no la mejor, de las fuerzas disponibles, ya que tres de los batallones acababan de desembarcar. Además, el predominio en material de los españoles imposibilitaba una contraofensiva del adversario en un terreno muy distinto al Rif. De haber fracasado el convoy, el revés habría sido local y fácilmente reparable, aunque hubiese tenido un precio en la moral.

Por otro lado, el momento delicado que se atravesó no respondió a falta de calidad de las tropas, sino únicamente a la absoluta ineptitud de tres jefes. El excelente comportamiento del Valencia, batallón bisoño llegado con los últimos refuerzos, demostraba la verdadera valía de muchas unidades, y no solamente las de choque.

El 2 de octubre, tras el deplorable paréntesis, se reinicia la ofensiva, con un ataque contra Sebt. La disposición adoptada fue la que se haría clásica: Cabanellas, con una columna de Caballería, cubría el flanco izquierdo, el más abierto; Sanjurjo, con las tropas de choque, el derecho, expuesto a flanqueo desde el Gurugú y sus estribaciones. Por el centro, actuaba Federico Berenguer, con la masa principal. En total, había dos banderas del Tercio, los Regulares de Ceuta, doce batallones, cinco regimientos de Caballería y dieciocho baterías, dos de ellas pesadas.

Fue «quizás el [combate] más importante y mejor llevado de aquella campaña»[83]; «la más ventajosa operación que hemos realizado, como nunca»[84]. Aunque los enemigos, sólidamente fortificados, «no gradúan las espoletas»[85] de sus proyectiles de artillería, que «tampoco en esta ocasión estallan»[86], entre ellos figura ya un aguerrido contingente rifeño, –de Beni Urriaguel, Tensaman, Beni Said, Beni Ulichek y Beni Tuzin–, junto con Guelayas, mandado por Abd el Krim en persona. Los Regulares y el Tercio, como acostumbraban, vencen toda resistencia, mientras en el costado opuesto, la Caballería de los primeros y Pavía realizan «un fantástico y precioso avance»[87], pero «no precisan llegar al choque, porque en cuanto el enemigo los divisa en las proximidades de la posición, empieza a ceder y a evacuarla»[88]. Entre las 350 bajas del combate figuraba el teniente coronel Mola, que había relevado a González Tablas, una muestra más del quebranto a que se sometía a las tropas selectas.

Durante la acción se produjo un incidente singular cuando, inadvertidamente, un avión al despegar cortó con una de las alas el cable que retenía al globo cautivo, ocupado por un observador de Ingenieros. Llevado por el viento, se adentró en el mar a una altura de más de 2.500 metros, al tiempo que varios barcos salían tras él. En uno de ellos iba otro teniente de Ingenieros, que ofreció diez duros al primero que localizara el globo. Pudo este descender lo suficiente para que el

---

83 Alcalá-Zamora, pág. 209, que asistió a él.
84 *ABC* de 4 de octubre de 1921, págs. 7 y 8. Crónica de Corrochano.
85 «El Soldado Desconocido», pág. 180.
86 Cabanillas, pág. 210.
87 «El Soldado Desconocido», pág. 181.
88 Martínez Campos, pág. 242.

roto que arrastraba fuera atrapado por el bote de un cañonero, y así se logró hacer amerizar la barquilla, con el oficial dentro y, es de suponer, algo sobrecogido por la aventura. El aeroplano se estrelló, quedando destrozado, pero sus dos ocupantes salieron de entre los restos con pequeñas contusiones. Tuvieron suerte, porque cargaba nueve bombas.

Para Berenguer, que destaca, exagerando mucho, «el magnífico armamento» del adversario, se trató de «una verdadera batalla», una de las operaciones «más delicadas y difíciles» de la campaña[89]. Lo innegable, y lo esencial, es que las grandes bajas sufridas hicieron plantearse a Abd el Krim la conveniencia de combatir por una región que, al fin y al cabo, le era ajena. No obstante, y curándose en salud, el general requirió diez batallones adicionales más, que le fueron enviados.

Por parte española, la alegría del triunfo no impidió que se comenzaran a generar dudas ante la estrategia adoptada por el alto comisario. La superioridad material era aplastante, y en ese terreno, abierto a partir de Nador, quedaba claro que la harca no era capaz de resistir un ataque frontal; «en el llano, no aguantan los indígenas el choque de fuerzas considerables»[90], sobre todo, con los españoles «disparando tantos cañonazos como balas de fusil el enemigo»[91]. Como se dijo tras una operación posterior, «los moros no llegan al arma blanca más que cuando los soldados corren»[92]. Quizás, pensaban muchos, se había esperado demasiado antes de iniciar al avance; quizás la falta de socorro a Arruit, Zeluán y Nador no estuvo justificada.

Posiblemente como resultado de Sebt, la toma de Atlaten, el 5, «la operación [...] más trascendental hasta entonces»[93], no pasó de un «ataque teatral [...] Para tomar un poblado [...] no era preciso un derroche semejante al que en diversos puntos pudo observarse ayer». Todo ello hacía menos explicable «el procedimiento actual, de regresar a Nador, en viaje de ida y vuelta» tras cada operación[94]. Se trató, en efecto, de un paseo militar, ante la casi nula defensa contraria, que parecía no requerir tantas precauciones como tomaba Berenguer.

Fue la última acción de los Regulares de Ceuta, diezmados. En dos meses, el grupo «había perdido la mayoría de sus soldados»[95]; «800 hombres quedaron reducidos a 140»[96]. Para Sánchez del Arco[97], de 651, 481 fueron muertos o heridos, y de 33 mandos, tres quedaron ilesos, mientras que Mariscal de Gante afirma[98] que sus bajas fueron de veintisiete oficiales, entre ellos dos jefes del cuerpo, y

[89] Berenguer (1923), págs. 122-123.
[90] «El Soldado Desconocido», pág. 207.
[91] Martínez Campos, pág. 198.
[92] Franco, pág. 176.
[93] *Las campañas de Marruecos,* vol. III, pág. 507.
[94] Martínez Campos, pág. 248.
[95] Franco, pág. 127.
[96] Micó, pág. 142. Seguramente la cifra de bajas es exagerada.
[97] Pág. 233.
[98] *La Correspondencia Militar* de 17 de octubre de 1921.

seiscientos entre clases y tropa. Prieto[99], que los vio embarcar en Melilla, «con la música pastoril de sus chirimías y tambores», asegura que «vinieron 800 y apenas vuelven 400». Aporta una razón adicional para su repatriación; se iba a empezar a operar contra cabilas de las que muchos de ellos eran originarios. Una nota difundida por el ministerio cifra los repatriados en 30 jefes y oficiales, 18 suboficiales y sargentos y 501 de tropa, pero hay que tener en cuenta que el grupo, igual que el Tercio, había recibido refuerzos durante su campaña en la zona oriental, a fin de cubrir pérdidas.

Fue lamentable que la población de Melilla, que con tan desesperado entusiasmo acogiera a los Regulares en los difíciles días del mes de julio, no se molestara ahora en salir a las calles para despedirlos.

La nueva derrota tuvo consecuencias significativas: «el [combate] de Atlaten determinó la retirada de Abd-el-Krim y sus rifeños hacia el Kert»[100], al tiempo que se producen nuevas sumisiones entre Beni Sicar, Beni bu Gafar, Mazuza y Frajana. También las intentaron fracciones de Beni bu Ifrur, pero no se admitieron, por estimarlas especialmente culpables y merecedoras de mayor castigo. Por esas fechas, el periódico *Le Temps,* de Orán, publicó lo que dijo ser una entrevista con un colaborador del dirigente rifeño, que fue recogida por la prensa española[101]. En ella se afirma que «lo que Abd-el-Krim teme, ante todo, es la traición que ronda a su alrededor» y que «como no está muy seguro de sus contingentes, desenvuelve una gran actividad, presentándose sucesivamente en todas las cabilas [...] y predicando el odio al cristiano y la guerra santa».

A propósito de los desplazamientos del dirigente rifeño, no siempre bien conocidos, puede resultar interesante comentar el testimonio, fechado a 28 de septiembre, del teniente José Gracia, del III Batallón, de voluntarios, del regimiento África. Indica que fue hecho prisionero en Arruit, y que sus captores le llevaron a una cabila, donde permaneció dos meses, siendo bien tratado. Luego, fue conducido al campamento de la harca en el que estuvo cinco días «y sufrí toda clase de trabajos», y, tras una marcha de setenta kilómetros, llegó a Annual, donde «fui recibido por Abd-el-Krim, el cual me tuvo toda clase consideraciones y me facilitó vestiduras, de las que carecía casi por completo»[102].

El 10 de octubre fue sonado, ya que ese día se coronó el temido Gurugú, la pesadilla de la plaza. En realidad, se trató de «una comedia militar». El monte estaba abandonado, y se rumoreó que cabileños sobornados por Riquelme, –«este militar astuto que sabe atraer a los moros con su hábil y discreto chau-chau»[103]– habían entregado los cierres de los cañones en la Alta Comisaría.

[99] Págs. 98 y 112, respectivamente.

[100] Berenguer (1923), pág. 125.

[101] Ver, por ejemplo, *El Heraldo de Madrid* de 13 de octubre de 1921.

[102] AHN, TS, 50 N 8, folios 1727-1728. Se trata de una de las declaraciones remitidas por el cónsul en Uxda.

[103] Cabanillas, págs. 226 y 225, respectivamente.

Sin embargo, la columna Sanjurjo, en la derecha, desplegada como siempre en el punto de mayor peligro, sufrió en la meseta de Taxuda un contraataque brutal, que llevó a los harqueños a llegar hasta las ametralladoras y los cañones, que tuvieron que tirar a cero, y a abrazarse a ellos; «la lucha es formidable, intensísima como ninguna otra de esta campaña»[104]. El momento del repliegue fue especialmente crítico. «El coeficiente moral de las tropas peninsulares es sobrepasado» y los acemileros del Tercio tienen que entrar en fuego para apuntalar la línea de guerrillas. Sanjurjo, «con su típico pijama a rayas»[105], dirige impasible la maniobra, que se realiza con tanto orden que no se dejan atrás ni las cajas de cartuchos vacías.

Fue una de las más brillantes jornadas del Tercio, que evitó un serio desplome. Hubo, no obstante, batallones europeos que fueron felicitados, como el de Toledo, o el de Infantería de la Princesa, que perdió todos sus capitanes. Berenguer quitó importancia a lo sucedido, al afirmar que «como se suponía»[106], sobre Sanjurjo cayó el peso de la reacción enemiga, pero eso no excusa que ninguna de las otras columnas actuantes le prestara la más mínima cooperación.

Un testigo[107] comentará lo que, por otra parte, era un aspecto frecuente de aquellos combates: «he visto a las mujeres moras desafiar las balas, recogiendo muertos», llevando agua a los harqueños en primera línea e, incluso, haciendo fuego.

Tras el desgaste de los últimos combates y el repliegue de los rifeños, la ocupación de Zeluán se llevó a cabo el 14 de octubre con «sólo algún disparo»[108], y sin muertos. En ese poblado, «mejor que la mayoría de los pueblos de la península, con calles rectas y casas amplias», los españoles se toparon de nuevo con el horror. «Por todas partes se encontraban cadáveres», hasta 350. La casa La Ina ofrecía un cuadro dantesco: «más que casa parecía un matadero, pues en su recinto hallamos más de cien cadáveres, abiertos unos en canal, otros, clavados en la pared, muchos con los atributos sexuales carbonizados, y todos con la mueca del dolor más agudo en la lividez de los rostros»[109].

En esa operación y las siguientes, la aviación, que había actuado intensamente desde un aeródromo improvisado en la Hípica rodeado de líneas telegráficas y bajo el fuego artillero, bombardeando cañones, posiciones y concentraciones enemigas[110], contó ya con el refuerzo de seis aparatos donados, a razón de dos por cada una, por las provincias de Murcia –el feudo de Cierva–, Salamanca y Zaragoza[111]. Ya que se

---

104 Martínez Campos, pág. 251.

105 Franco, págs. 128. Cordón (pág. 88) confirma esta pintoresca costumbre del general.

106 Berenguer, pág. 126.

107 Vila San-Juan, pág. 160.

108 Prieto, pág. 103.

109 Martínez Campos, págs. 257 y 258, respectivamente.

110 Ver Severiano Gil Ruiz, «El apoyo aéreo en el desastre de Annual», revista *Ejército,* agosto 1989.

111 A mediados de septiembre los donativos comprometidos alcanzaban los veintidós aparatos, de los que estaban disponibles los seis mencionados. Entre los que se encontraban pendientes de entrega estaban un tercero de Murcia; otro regalado por el conde de Godó, de *La Vanguardia;* dos donados por un banquero de Oviedo; otro financiado por un donante anónimo de Badajoz y sendos aparatos costeados por Cartagena, Vigo, Ávila y Granada.

menciona a la fuerza aérea, no se puede soslayar una mínima referencia a la desdichada cuestión del uso de los gases asfixiantes, aunque se recurrió a ellos en una fase de la campaña posterior al periodo que intenta abarcar este trabajo[112].

Se ha visto al principio del capítulo que el Estado Mayor de Melilla los incluye, con perfecta naturalidad, entre las necesidades de material. Con la misma, se habló de ellos en el Congreso[113], y Cierva[114] los nombra expresamente cuando, al comentar que en sus visitas a las fábricas de armas había comprobado su «excelente funcionamiento», cita como ejemplo «la preparación de los gases asfixiantes, que, si los necesitáramos, podíamos, pasado algún tiempo, utilizar». No sorprende esa actitud si se piensa que, en la época, ante las atrocidades perpetradas por los cabileños se proclamaba que «hay que arrasar los aduares […], cortar multitud de cabezas»; «sólo resta el castigo, el castigo terrible, implacable […] haría falta arruinar el territorio, exterminar la raza»[115]. Otro motivo para justificar su uso era el deseo de ahorrar bajas españolas, como se refleja, por ejemplo, en el terminante editorial de *El Imparcial* de 29 de julio de 1921 titulado «Más dinero y menos vidas».

Desde Zeluán, Cabanellas dirigió una célebre carta a las Juntas de Defensa, cada vez más desprestigiadas desde Annual. Decía en ella, entre otras cosas: «no puedo por menos de enviar a ustedes mi más dura crítica. Creo a ustedes los primeros responsables, al ocuparse sólo de cominerías, desprestigiar el mando y asaltar el presupuesto con aumentos de plantillas, sin preocuparse del material […] ni de aumentar la eficacia de las unidades»[116]. Era la hora de los africanistas, frente a unos junteros en declive, pero todavía con suficiente poder como para vengarse, exigiendo, y obteniendo, el cese del general[117].

Con la nueva victoria se alcanzaban los límites de la campaña de 1909. Para entonces, Berenguer alineaba treinta batallones, que pronto serían cuarenta, cinco regimientos de Caballería, veintiuna baterías y diez compañías de Ingenieros, además de los correspondientes servicios auxiliares.

---

112 Ver Pando, págs. 263-264, y Courcelle-Labrouse y Marmié, pág. 106, para el uso de esos gases por los españoles, y 159-160 para el intento, frustrado, de Lyautey por hacer lo mismo. También, Sebastian Balfour, *Deadly Embrace,* Oxford, 2002, págs. 132 y ss. Hidalgo de Cisneros (vol. I, págs. 193-197) afirma que fue el primero en lanzar gases, y que producían tan limitados efectos que fue objeto de burlas por parte de sus compañeros. Lo atribuye a la baja concentración de iperita que se obtenía con los bombardeos. Afirma que en «el año 1925 hablé con un moro que había presenciado varios bombardeos con iperita: me confirmó que no hacían daño». Sheean (pág. 334) comenta también su escasa efectividad.

113 Ver, por ejemplo, la intervención de Crespo de Lara en el *Diario del Congreso* del 17 de noviembre de 1921.

114 Pág. 265. Alude, también, en el mismo lugar a «la fabricación intensísima de bombas de aviación, que incendiaban y producían un gran estrago».

115 Cabanillas, págs. 104 y 276, respectivamente.

116 El texto, en Alonso Ibáñez, págs. 580-581.

117 El episodio propició una dura polémica en la Prensa, entre *La Correspondencia Militar,* de un lado, y *El Imparcial, La Voz* y *El Sol* de otro (ver sus respectivas ediciones del 18 al 21 de noviembre de 1921).

Propone entonces un nuevo plan al Gobierno, que fue aceptado. Se trataría de operar en ambas zonas. En la occidental, acabar, por fin, con la pesadilla que era el Raisuni. En la oriental, terminar la ocupación de Guelaya y avanzar hasta las cercanías del Kert, recuperando lo conquistado en la campaña de 1911-1912. Entre ambas, quedaría «una cortina estrecha que comprende las tribus rifeñas situadas entre las montañas de Rif y la costa»[118]. Al tiempo, se iniciaría la preparación de estudios para un desembarco en Alhucemas.

El 24, de nuevo casi sin combatir, se entra en Arruit, «a 32 kilómetros de Melilla, en medio de una gran llanura, pues desembarcando en La Restinga, todo era llano, todo terreno favorable»[119], como se dijo en poco velada crítica hacia la cautela del alto comisario. Allí, el espanto llegó a su paroxismo; «como en una pesadilla, se ve uno rodeado por todas partes de momias espantosas [...] Tienen como una peluca postiza sobre las sienes vacías; no se pueden recordar sus ojos hundidos; las narices y los labios son carcomidos rebordes; cae la piel reseca sobre los huesos del pecho, y se hunde en los vientres huecos –algunos agujereados en su parte baja, otros rellenos de piedras– como una sábana mojada [...] Sólo las plantas de los pies relucen tersas, como untadas de grasa»[120]. Ante los montones de muertos profanados, la alegría habitual en las tropas, «duró hasta la toma de Monte Arruit, donde el espectáculo de horror que allí presenciaron los soldados les hizo callar para siempre»[121].

Continúa el lúgubre avance, con una sucesión de victorias, de la que habría que resaltar la toma, el 11 de noviembre, de Yazanen y Tifasor, dado que tras ella Abd el Krim y su harca repasan el Kert, llevándose el material de guerra cogido a los españoles tras el desastre y abandonando ya definitivamente la lucha por el resto de la zona, para disponerse a la defensa del Rif. El 21, durante la ocupación de Ras Medua, cabileños de Beni Sidel combaten ya en vanguardia de las tropas españolas, lo que es un símbolo del cambio de las relaciones de fuerza. A título anecdótico vale la pena mencionar un telegrama de Alhucemas, del 1 de ese mes, por contener detalles curiosos sobre cómo realizaba sus movimientos el dirigente Beni Urriaguel: «me confirman no haber llegado Abd-el-Krim con los contingentes anunciados, pero lo esperan en breve por haber enviado ya efectos de su uso personal, libros sagrados y algunos criados»[122].

Muchos hombres de Guelaya, con sus familias y los bienes que pueden transportar, se suman al éxodo, huyendo de los españoles, y se instalan en tierras de Beni Said y Beni Sidel, donde la convivencia no será siempre pacífica.

Precisamente esa emigración masiva se esgrimirá por aquella cabila como razón para negarse a dar alimentos a la harca en retirada. Para agravar las cosas, fracciones de Beni Tuzin se niegan a reconocer la autoridad del jefe Beni Urriaguel, quizás por considerarlo vencido, mientras que los Beni Ulichek abandonan malhumorados la harca

[118] Berenguer (1923), pág. 130.
[119] «El Soldado Desconocido», pág. 80.
[120] Arauz de Robles, pág. 115.
[121] «Ben-Cho-Shey», pág. 69.
[122] AGMM, Comandancia General de Melilla, Documentos de Abd el Krim, legajo 2, carpeta 14.

tras haber visto que se les imponía una multa de quinientas pesetas por no luchar con suficiente arrojo[123].

La primera fase de la campaña de desquite terminó así con completo éxito para los españoles.

Las causas del desastre

A pesar de todos los triunfos, el foco de atención se traslada ese invierno a Madrid, donde el 20 de octubre se han abierto las Cortes. El desastre de Annual; el abandono de Nador y Zeluán y, sobre todo, la suerte de los centenares de prisioneros en manos enemigas serán objeto de cerrados debates, que atañen directamente a Berenguer. El general, ante «el ambiente de hostilidad» que percibe a su alrededor, presenta una vez más la dimisión, que le es rechazada.

Parece este un momento adecuado para examinar el tan discutido asunto de las causas del desastre, nunca resuelto, quizás porque no existe una respuesta satisfactoria que explique lo sucedido, sin entrar por ahora en la cuestión de las responsabilidades personales.

En su día se presentaron las más diversas tesis, que van desde una culpabilidad global, de ámbito nacional, hasta a razones puramente técnicas. Resulta imposible aludir a todas, pero se pueden mencionar algunas.

Entre las de más amplio espectro figuran aquellas que señalan que «todos los españoles éramos responsables de aquel desastre»[124]; «fue el fracaso de España entera»[125]; «la derrota de Annual no es una derrota militar [...] Es la derrota del estado español»[126]; «lo de Melilla viene a ser la proyección, la recapitulación, de aquel conjunto de inmoralidades que corrompían nuestra vida social, y de las desviaciones y errores políticos hijos del régimen imperante»[127]; «creo que no hay un solo español que se pueda considerar que no tiene culpa». Gobiernos, parlamentos, los medios de comunicación, el Ejército, todos la tienen[128]. Se trata incluso, para algunos, de un problema profundo, que va más allá de las instituciones: la «crisis de ideales, que convirtió en derrota lo que debió haber sido un pequeño revés»[129].

El desastre, desde ese punto de vista, da pie a una exaltación del más negro pesimismo, resucitando recuerdos del 98. La lamentable situación y la falta de eficacia del ejército no son más que «un reflejo» de un mal mayor: «en todas partes,

---

[123] Pennell, págs. 148-149.
[124] Meneses, pág. 156.
[125] Gómez-Jordana, pág. 46.
[126] Ayensa, pág. 21.
[127] Arauz de Robles, págs. 2 y 3.
[128] *La Comisión de Responsabilidades,* declaraciones del teniente coronel Dávila, págs. 385-386.
[129] Franco, pág. 173.

en todos los órdenes el mismo desgobierno e igual relajación»[130]: hay «un Annual en la Instrucción Pública»[131] y en todas las ramas de la Administración; el Ejército no es «lo único podrido, lo único defectuoso, lo único viciado», lo está «nuestra organización social, nuestra organización política, nuestras costumbres»[132]. «El verdadero enfermo es la Patria»[133].

La demoledora derrota ha puesto «al desnudo la vida interior del estado español, llena de lacras y de podredumbres [...], un estado que vive de apariencias, pero que no tiene realidades [...] Todo, todo [...] ha fracasado aquí: ha fracasado la política [...], el ejército, el Protectorado»[134].

Otras opiniones limitaban el alcance de lo sucedido. Se habla así de una cuestión «puramente militar», del resultado de «una relajación del espíritu militar»[135]; «lo que se desplomó fue un sistema, sólo un deplorable sistema [...] Daba la sensación de que éramos dueños del terreno que ocupábamos, [cuando] era el terreno el que nos tenía prisioneros». Era la consecuencia de mantener un frente sin comunicaciones aseguradas y sin reservas[136], «una línea que se tambaleaba sin tocarla y que ha caído al menor empuje»[137]; «todo estaba prendido con alfileres»[138]; «las débiles condiciones de aquella línea tan avanzada, tan indebidamente ocupada y tan expuesta a un segundo golpe; la catástrofe data de entonces»[139]. A lo que se añadía «falta de instrucción, falta de contacto entre los jefes, y aún los oficiales y la tropa, el gran número de vacantes de oficiales y de permisos [...] el abandono del soldado»[140]. El desastre «dependió, más que del enemigo, de errores locales, de táctica o de apreciación»[141].

Inevitablemente, salieron a relucir las Juntas de Defensa. Balparda hablará de su «acción destructora y corrosiva», y Rodríguez de Viguri achaca en parte lo sucedido a «la escala cerrada, que va minando toda la actividad y todas las energías del ejército»[142]. Berenguer coincide; Burguete[143], en cambio, lo niega.

Surge, de nuevo, la tesis de una gran conjuración oculta, montada por Abd el Krim, de la que ya se ha dicho algo. Su hermano Mohamed, naturalmente, la mantiene, haciendo alarde de un poder que el dirigente rifeño seguramente no

130 *Diario del Congreso* de 10 de noviembre de 1921, intervención de Antonio Maura.
131 Ibíd., de 8 de noviembre de 1921, intervención de Ortega y Gasset.
132 Ibíd., intervención de Alcalá Zamora.
133 *Diario del Senado* de 1 de diciembre de 1921. Intervención del marqués de Hoyos.
134 *Diario del Congreso* de 24 de noviembre de 1921, intervención de Melquiades Álvarez.
135 *La Comisión de Responsabilidades*, testimonio de Aguirre de Cárcer, págs. 39 y 41, respectivamente.
136 Ibíd., declaraciones del general Burguete. Los entrecomillados corresponden a la pág. 63.
137 Carta de Fanjul a Maura, de 24 de septiembre de 1924, recogida en García Venero, pág. 121.
138 Cabanillas, pág. 8.
139 Weyler, pág. 235.
140 *Diario del Congreso* de 2 de noviembre de 1921, intervención de Rodríguez de Viguri.
141 Berenguer (1923), pág. 34.
142 Loc. cit.
143 En las declaraciones ya citadas.

tenía en julio de 1921[144]; otros, lo niegan: «lo ocurrido no era un plan premeditado», obedeció «al triunfo enorme e inesperado de la harca, a su rápido avance, a las noticias que se habían circulado y difundido de que España no enviaría refuerzos»[145]; «se debió más a la desmoralización de los españoles que a proezas de los bereberes»[146]; «el levantamiento general del campo moro [...] lo ha producido el contemplar la huida»[147]. Quizás la voz más cualificada sea la de Azerkan, que en la entrevista a un periódico francés citada en un capítulo anterior, afirmó que «aún no habíamos concertado nuestros planes para sacudir el yugo».

Es muy posible, como señala el teniente coronel Fernández Tamarit, uno de los más perspicaces analistas de aquellos acontecimientos, que «algo había preparado para el levantamiento general en cuanto hubiera ocasión propicia» en el Rif, pero «las demás [cabilas] se fueron alzando a medida que veían llegar las tropas fugitivas»[148]. Piensa que «el natural instinto de rapacidad de los indígenas bastaba por sí solo [...] para que saquearan [...] en evitación de que luego llegaran los demás y lo hicieran en su provecho». Añade que eso «ha sido la providencia de la plaza de Melilla»[149], lo que no es fácil de compartir, ya que, como se ha dicho en su momento tomar una plaza, aun por sorpresa, no es tarea sencilla, y menos para una turba invertebrada.

Se produjeron algunas alusiones a las tropas, aparte del universal comentario del excesivo desgaste de los Regulares y del amilanamiento de las fuerzas peninsulares[150], por la obsesión de los políticos de evitarles bajas: «tengo el firme convencimiento de que en Annual pudieron defenderse durante mucho tiempo»[151]; «faltó serenidad en el mando, disciplina en las tropas y abnegación en todos»[152]. En ese sentido, Berenguer[153] fue elocuente al subrayar que ni se había llegado al límite de elasticidad de las unidades, ni habían sufrido pérdidas que justificaran el desplome: «120 o 130 bajas de indígenas, de Policía, de regulares, y seis oficiales Ése era todo el desgaste de la comandancia general antes y después de Abarrán».

La Policía fue blanco de acerbas críticas, mencionándose la baja calidad de los oficiales, por inexperiencia unos, por inmoralidad, otros; casi todos «desconocedores

144 Oteyza, pág. 67.
145 Martínez Campos, pág. 197.
146 Payne, pág. 145.
147 Ortega y Gasset, pág. 84.
148 AHN, TS, 51 N 1, declaraciones del teniente coronel Fernández Tamarit, de 17 de julio de 1922.
149 Ibíd., 50 N 6, folio 1203, declaraciones del mismo, el 5 de octubre de 1921.
150 Ver, por ejemplo, en ibíd., 50 N 2, folio 397, las declaraciones del teniente coronel Núñez de Prado, de 23 de agosto de 1921, y en 50 N 5, folio 997, las de Ángel Morales Reinoso, nuevo coronel de Ceriñola, de 22 de septiembre de 1921.
151 Cierva, pág. 24.
152 Mola, *El pasado...*, pág. 936.
153 *La Comisión de Responsabilidades*, declaraciones de Berenguer, en especial, págs. 303-304.

del idioma y costumbres»[154] de sus teóricos administrados. Por otro lado, se recordó, a esa institución se le habían atribuido una variedad de cometidos no siempre compatibles y con excesivo énfasis en lo militar, fruto de «la equivocada implantación del Protectorado, por ejercer la nación protectora las funciones peculiares de la protegida»[155]. En efecto, el resultado fue «una Policía que ni son militares combatientes, ni son policías, ni son administradores [...], con una ignorancia completa de las costumbres, de la religión»[156]. Sin duda no estuvo a la altura de las circunstancias, pero se exigió demasiado de ella, manejándola como una tropa de choque, lo que no era, ni por vocación ni por organización.

Hubo explicaciones basadas en la ausencia de las mismas: «fue una cosa imprevista, pues se tomaron todas las precauciones que se podían tomar»[157]; «la fatalidad», según dos ministros de la Guerra y un general[158], lo que mereció una tajante respuesta, «no es una fatalidad, es un error; lo hemos hecho mal»[159].

La multiplicación de causas implica también un sinnúmero de respuestas a ellas, una verdadera «plaga de soluciones»[160], ya que todos tenían una. Pero lo cierto es que, al margen de las culpas concretas, la catástrofe resultaba inmanejable para un Estado profundamente debilitado, dividido entre la España real y la oficial, con una sociedad desestructurada, con un sistema político artificial, incapaz de asimilar los nuevos movimientos emergentes.

Maura quiso ver en Annual una oportunidad de regeneración, pero, a la vista de lo sucedido durante los siguientes años, quizás tenía más razón Maciá cuando hablaba en términos apocalípticos del futuro[161].

Al margen de consideraciones de esa clase y para terminar con una materia casi ilimitada, ya que parece que cada español tenía un criterio propio al respecto, se pueden citar dos diagnósticos, procedentes de personalidades tan dispares como un general y un franciscano. El primero, en una carta[162] califica de simple «traspiés» Abarrán, «mas lo que sucedió después fue realmente producto de ineptitud, seguida de incomprensible e inexplicable aturdimiento, generador de lo que... [los puntos suspensivos, en el texto original] sonroja [...] Y ya es el caos, pues ni la harca pasó los primeros días de Annual, ni hubo sublevación confabulada de las cabilas».

---

154 Declaraciones de 5 de octubre de 1921, ya citadas de Fernández Tamarit, folio 1204.

155 Ibíd., 51 N 18, folio 1511v, declaraciones del coronel López de Lamela, del 20 de septiembre de 1923.

156 *Diario del Congreso* de 28 de junio de 1922, intervención de Martínez Campos.

157 Berenguer, en *La Comisión de Responsabilidades,* pág. 296.

158 Intervención de Eza, en el *Diario del Congreso* de 21 de octubre de 1921, de Olaguer Feliú, el 28 de junio de 1922 y de Tovar, en el *Diario del Senado* de 12 de diciembre de 1921. Los tres utilizaron la misma expresión, añadiendo Tovar: «y un exceso de confianza».

159 Ibíd., de 2 de noviembre de 1921, intervención de Bastos.

160 Azpeitúa, pág. 14.

161 *Diario del Congreso* de 24 de noviembre de 1921 para el debate entre ambos.

162 De marzo de 1922, sin día, al general Portillo, recogida en Dávila, págs. 527-528.

Alude el segundo[163] al «abandono en que estaba la vigilancia antes de declararse los hechos, y el miedo[164], después».

No obstante, se puede considerar como diagnóstico oficial la despiadada línea que aparece en el preámbulo del real decreto de 4 de julio de 1924[165]. En ella se habla «del momentáneo desequilibrio mental o espiritual de un caudillo», en clara referencia Silvestre. El texto, en realidad una sentencia encubierta, está firmado, naturalmente, por Alfonso XIII, a propuesta de Primo de Rivera.

Entra el Congreso

Una vez producido el desastre, superada la conmoción inicial y a medida que se iban conociendo detalles sobre las dimensiones de la tragedia, sus efectos fueron ganando en amplitud. Ante el clamor general que paulatinamente fue creciendo, como se ha visto, primero se hizo intervenir al Consejo Supremo de Guerra y Marina, a través de Picasso, aunque solo a título «gubernativo»; luego, cayó el Gobierno Allendesalazar. Ahora, en el último trimestre de 1921, empieza a actuar el Congreso.

El 20 de octubre, Maura hizo ante él una presentación de su programa para Marruecos. Ante todo, se trataba de «restablecer el honor de las armas y el prestigio nacional»; se castigaría a los «rebeldes», y se enviarían los medios precisos, con la esperanza de que «se proporcione el resultado con el esfuerzo», pero siempre sin «aventurar ni remotamente la posibilidad del menor revés» y recordando «la preponderancia de la acción política» sobre la militar[166]. El presidente, nunca partidario de aventuras africanas, quería limitar las operaciones a lo imprescindible.

En esa sesión, «la primera ocasión en que el Parlamento se ocupa de lo acontecido desde el mes de julio acá»[167], se marcó la tónica de las futuras. Hubo, en efecto, una catarata de críticas, de las que fueron objeto desde los oficiales –«que se entregaban a toda clase de excesos»–, y los askaris de la Policía[168] –«los creíamos fieles y eran traidores»–, hasta la «inmoralidad ambiente en Melilla». Todos los oradores tenían opiniones sobre las respectivas actuaciones de Berenguer y de Silvestre. Cierva capeó el temporal como pudo, pero quedó claro que la amarga cuestión de Annual lastraría cada día de la vida del Gobierno.

Entre las pocas cosas positivas que se dijeron hay que anotar las alabanzas a «los admirables regimientos de Granada, La Corona y Burgos». No es casualidad

---

163 AHN, TS, 50 N 2, folio 405v, declaraciones de Francisco Alfonso Rey Vázquez.

164 Las referencias al «pánico» fueron múltiples. Recurrieron a esa palabra, entre muchos otros, los generales Luque, Marina y Tovar.

165 *Gaceta de Madrid* de 5 de julio de 1924.

166 *Diario del Congreso* de ese día.

167 Ibíd., intervención de Cierva.

168 Ibíd., intervención del conservador Lazaga.

que, además, se considerara a los tres, junto con el Tercio, excepcionalmente bien administrados.

Parecidas fueron las sesiones siguientes, del 21, 25 y 26, destacando en las dos primeras de ellas los débiles intentos de Eza por defenderse: «todos nos habremos equivocado, pero no hay en ello responsabilidad»[169], y su caballerosa actitud de solidaridad con el alto comisario. Tuvo el mérito, sin embargo, de acompañar sus discursos con documentos y datos de gran interés para el curioso. A propósito, el 25, Cierva, con total falta de tacto, presentó una propuesta de ascenso, por méritos de guerra, de Berenguer y otros diecisiete mandos, lo que crearía complicaciones añadidas.

El 27, tomó la palabra Prieto, y el debate adquirió un cariz más peligroso.

En su intervención, que prácticamente monopolizó la sesión y entre frecuentes amonestaciones del presidente, haría ver la estrategia que seguiría, implacable, a lo largo de los próximos meses. Tras criticar, como habían hecho diputados de todo el espectro político, distintos escándalos descubiertos en Melilla y otros producidos por el envío de refuerzos, señaló que «ciertamente, hay una responsabilidad muy difusa y extendida, pero también hay responsabilidades personales muy concretas», comentando que «¡ojalá que [Silvestre] no hubiera estado nunca!» en la casa militar del rey. Más adelante afirmó que Berenguer era contrario a excesivos avances, para añadir: «¿Quién, entonces autorizó la operación sobre Alhucemas? [...] Fue el rey». Aludió, también, a una «frase altísima, según la cual resulta cara la carne de gallina»[170]. Se refería así a unas palabras atribuidas a Alfonso XIII, en relación con el coste del rescate de los prisioneros. De esa manera, anunciaba los dos objetivos que seguiría: de una parte, hay responsabilidades específicas, no bastaba con condenas genéricas; de otra, la corona estaba implicada en Annual. Ciertamente, nunca se pudo demostrar la autoría de la inaceptable frase citada, y menos aún que Silvestre actuara por órdenes del monarca, pero el mal ya estaba hecho, y no dejaría de agravarse.

Línea similar mantuvo el también socialista Besteiro el 3 de noviembre. A pesar de que el presidente, Sánchez Guerra, le recordó que «no, de los actos del rey no puede hablarse», sacó a relucir el famoso y comentado viaje de Silvestre a Valladolid, y subrayó que «la acción en Marruecos es el fundamento de este régimen» y que «España no es la que ha ido a Marruecos; a Marruecos ha ido la monarquía española, ha ido el rey, nosotros, no». Ríus, de Unión Monárquica Nacional, introdujo ese mismo día un nuevo elemento, cuando recordó que no solo se debían examinar las responsabilidades por Annual, sino también por Monte Arruit, lo que apuntaba directamente a Berenguer y a Navarro[171].

González Hontoria habló el 4 de noviembre. Sus palabras son importantes por varios motivos. Era ministro de Estado, se le consideraba un profundo conocedor

[169] Ibíd., de 21 de octubre de 1921. Intervención de Eza.
[170] Ibíd., del 27 de octubre de 1921.
[171] Ibíd., del 3 de noviembre de 1921, para ambas intervenciones.

de Marruecos y encarnaba una de las distintas sensibilidades que subyacían en esa materia en el seno del gabinete. Estimaba que España debería ocupar sendas zonas en la parte oriental y en la occidental del protectorado; entre ambas «cortinas» –símil que le costó que se hablara de «política de tapicería»[172]–, se aislaría «el foco de insurrección». Menos belicoso aún que Maura, propugnaba «la política a través del jalifa», y limitar las operaciones militares, aunque reconocía, que en las circunstancias presentes, seguía siendo imprescindible un general al frente de la Alta Comisaría. Incluso en aquellos momentos, en plena campaña de reconquista, plantea ya la idea de una repatriación de las tropas[173].

De los siguientes días es destacable el cerrado debate del 10 de noviembre entre el presidente del Gobierno y Besteiro, en el que este tuvo una frase premonitoria. Era partidario del abandono de Marruecos para que España «pudiera reconstruirse íntimamente». Anuncia que, de no hacerlo, no se salvará «sin gran esfuerzo; ese esfuerzo, probablemente tendrá que ser cruento, supondrá, quizás, una guerra civil»[174]. De esa forma, la cuestión abierta por Annual empezaba a adquirir tintes cada vez más trágicos.

No los alivió Companys, cuando, abiertamente, y tras propugnar «el abandono inmediato de Marruecos», habló de «responsabilidad directa para el rey y para el general Berenguer», y cuando criticó la falta de socorro a Monte Arruit, Zeluán y Nador, enfatizando que esta se hallaba «a un kilómetro, o un kilómetro y medio todo lo más, del Atalayón». Por ello, solicitaba la destitución de Berenguer, esgrimiendo el artículo 278 del Código de Justicia Militar referente a la denegación de auxilio. Cada vez parecía más claro que, como dijo también ese 11 de noviembre el diputado conservador Canals, existía una corriente en la Cámara «para ir, en conclusión, contra la forma de gobierno»[175].

El 15, siguiendo el *crescendo,* una figura del peso de Romanones[176] define ya tres tipos de responsabilidades: las previstas en el Código de Justicia Militar; las gubernativas, en alusión al expediente que preparaba Picasso, y las políticas. Presenta una proposición incidental, que será rechazada, admitiendo la «necesidad momentánea de una acción militar», pero limitada y condicionada por «la preferente urgencia de acudir a la reconstitución inaplazable de la hacienda y a la interior del país». Melquiades Álvarez, Alcalá Zamora y Santiago Alba, entre otros, la apoyan. Al día siguiente, ya menciona la necesidad de establecer una comisión parlamentaria para examinar las responsabilidades[177]. En ese clima cada vez más enrarecido, no extraña que el 17[178], en el curso de un debate sobre la situación de

[172] Ibíd., de 7 de abril de 1922. Intervención de Sarradell, de Izquierda Liberal.
[173] Ibíd., de 4 de noviembre de 1921. Intervención de González Hontoria.
[174] Ibíd., de 10 de noviembre de 1921.
[175] Ibíd., de 11 de noviembre de 1921 para las dos intervenciones.
[176] Ibíd., de ese día.
[177] Ibíd., del 16 de noviembre.
[178] Ibíd., de ese día.

la Marina, el ministro del ramo, marqués de Cortina, se refiriera a que «si, contra toda evidencia y probabilidad, siguiéramos en el poder».

Afectado por los cada vez más duros ataques a su mando en la prensa y en las Cortes, por las alusiones a las responsabilidades y quizás especialmente dolido por las manifestaciones de Weyler, que no perdía ocasión de refunfuñar contra todo, el alto comisario envía al Gobierno, el 6 de noviembre, su irrevocable dimisión, con su deseo de que «se someta mi gestión a la depuración imprescindible»[179].

En su cotidiana conferencia[180], Eza le disuade el 7. El telegrama le ha causado «dolorosa impresión», dice, y tiene «el convencimiento de que en los sucesos pasados [Berenguer] no merece reproche alguno, y en su gestión actual ha salvado a nuestro país de las más graves consecuencias». Insiste, «nadie hoy puede desempeñar ese cargo con mayor beneficio para España», y «por creerle absolutamente libre [de las responsabilidades] le ratifiqué desde el primer día la confianza». Apela a su patriotismo; se ofrece a rectificar si en el Congreso ha dicho algo que le hubiese molestado, y alude, refiriéndose a Weyler sin nombrarlo, «a las medidas que desde hace tiempo proyecto». Ante todo ello, su interlocutor no puede menos que dejarse convencer. En cuanto al coriáceo Weyler, siguió de jefe del Estado Mayor Central hasta que presentó su dimisión en enero del año siguiente.

El remate fue un telegrama de Alfonso XIII, del día 8[181], firmando «tu Rey, amigo y compañero», en el que exaltaba su «alteza de miras y alto ejemplo que estás dando de sacrificio y patriotismo». Ante ese texto, resultaba imposible dejar el cargo.

Es preciso anotar que, en el curso de su conversación con el ministro, el general hizo una confesión notable, que se parece mucho a un reconocimiento de dejación de la responsabilidad. Hablando de los sucesos de Annual, dijo que «en ese tiempo, enfrascado en las operaciones de Beni Arós [en la zona occidental], casi no tuve relaciones con Melilla»[182].

En ese ambiente enrarecido, Berenguer llega a Madrid el 22 de noviembre, siendo recibido en la estación por el soberano –«el único caso que registra la Historia»[183]–, y el gabinete en pleno, como prueba de apoyo cuando la figura del general estaba sometida a crecientes ataques. Sin embargo[184], aquella «honra grande, inconcebible para muchos», fue un error de parecidas dimensiones. Entre «unos por atacar al rey, otros por hacer daño al gobierno, y a Cierva singularmente, y otros, en fin por antipatía personal hacia Berenguer» se levantó una corriente

---

179 AHN, TS, 51 N 20, folio 6115.
180 Ibíd., folios 6106v-6114.
181 Ibíd., folio 6117.
182 Ibíd., folio 6106.
183 Ayensa, pág. 85.
184 Seguimos a Ruiz Albéniz (1922), págs. 466 y ss. La condición del autor de gran admirador de Berenguer explica la referencia a la «antipatía personal». Al margen de ella, su labor estaba siendo ya criticada en amplios sectores.

de opinión, que no dejaría de aumentar, contra la forma de gestionar los asuntos en África. Hasta se llegó a decir[185] que tal recibimiento «es, en el fondo, un verdadero golpe de estado». Que el monarca se hubiese asociado a aquella especie de homenaje público fue también una equivocación, al margen de que se tratase de un gesto gallardo.

La «inoportuna»[186] iniciativa del ministro de la Guerra en materia de recompensas, cuando lo que se exigía eran castigos, contribuyó al malestar general, con independencia de que los premios se propusieran para actuaciones anteriores al desastre. Reflejaba, en efecto, una total falta de sensibilidad ante la creciente indignación de toda España por lo sucedido.

A pesar de la evidente debilidad del Gobierno, el alto comisario, tras reunirse con Maura, Cierva y González Hontoria presenta un plan de operaciones, en realidad una elaboración de su propuesta de octubre, que es aceptado. En la zona occidental, se seguiría actuando contra El Raisuni, para obtener su sumisión o para derrotarlo; en la oriental, se llegaría hasta Batel y Drius. Desde allí, se «irradiaría» sobre las cabilas próximas, en la línea de los deseos de Maura de no adentrarse demasiado en el interior, al tiempo que se empezará a introducir el régimen Majzén, es decir, un verdadero protectorado, no una ocupación. A la vez, «se activarán los trabajos de preparación para ocupar la bahía de Alhucemas»[187]. Hay que resaltar que se piensa solamente en una operación limitada, dentro de la estrategia de ocupar puntos del litoral, en nada parecida a la que después Primo acabará por hacer.

Con esas instrucciones regresa a los pocos días a Marruecos, donde no se ha interrumpido el avance. Por entonces, España había acumulado allí 145.470 hombres, 74.258 en Melilla, 43.129 en Tetuán y 28.083 en Larache[188], todos los cuales seguían teniendo como general en jefe a alguien que solo lo era de división, a pesar de que en la península vegetaban 21 tenientes generales, la mayoría de los cuales no mostró ningún celo a la hora de reclamar el mando en África.

El 14 de diciembre, Sanjurjo sustituye en la Comandancia General a Cavalcanti, relevado por expresar en público su disconformidad con la política de no rescatar a los prisioneros en manos de Abd el Krim; Neila, más antiguo, molesto, por haber sido preterido, presentó la dimisión. Para esas fechas, las unidades peninsulares habían adquirido tal aplomo, que se menciona cómo, en un combate, «el batallón de Sicilia, que se encontraba adelantado en tiroteo con el enemigo, se retira por escalones con la tranquilidad de un ejercicio; es el primer día que entra

[185] *Diario del Senado* de 25 de noviembre de 1921. Intervención del conservador Burgos y Mazo.
[186] Hernández Mir (1922), pág. 95.
[187] Berenguer (1923), pág. 149.
[188] *Diario del Senado* de 13 de diciembre de 1921. La cifra la dio el general Aguilera. El ministro de la Guerra, presente en la sesión, la confirmó indirectamente, al dolerse de que se hubiera mencionado en público.

en fuego, y a todos nos produjo gratísima impresión»[189]. Ese era el rendimiento que podían dar los menospreciados quintos, si estaban bien mandados.

El 21, caen Batel y Tisutin, sin resistencia; el 22, en cambio, no sucederá lo mismo, cuando las tropas crucen el Kert en Ras Tikermin, entrando en territorio que Abd el Krim ha decidido defender. No obstante la fuerte resistencia, y a costa de cerca de cien bajas, se consigue el objetivo. La historia oficial[190] destacará la intervención ese día de Alcántara y del Tercio, que llegó al cuerpo a cuerpo, teniendo que recurrir de nuevo a acemileros, conductores de ametralladoras, ordenanzas y enlaces[191] para frenar al enemigo.

A fines de año, Cierva organiza un nuevo viaje a Melilla, esta vez acompañado por una pléyade de directores de periódicos. Despertó con ello una gran expectativa, pensando los invitados que iban a asistir a un acontecimiento de relieve como solo podía ser entonces la liberación de los prisioneros. Al no producirse esta, ni ningún otro suceso de particular interés, se generó una frustración de las mismas dimensiones. Alimentada, además, porque en su anterior desplazamiento también se había corrido la voz, deliberadamente o no, de que se produciría alguna novedad respecto a los cautivos, sin que tampoco sucediera nada[192].

Por otro lado, los visitantes pudieron presenciar la abierta hostilidad que en los cuarteles generales de la plaza, no en las tropas de primera línea, existía hacia Cierva y Berenguer, «ya declarados "poco gratos" a las Juntas de Defensa [...] En Melilla eran públicos los comentarios político-militares contra el ministro y el mando». Incluso se cruzaron apuestas sobre la caída de ambos antes del 15 de enero[193].

Por su parte, Abd el Krim aprovecha la tregua impuesta por el mal tiempo invernal para lanzarse a una verdadera política de construcción nacional. Se trataba de aglutinar las distintas cabilas, muchas de ellas rivales entre sí, bajo un mando único, y con un objetivo común. Para ello, y no sin vencer grandes resistencias que llevarán, en caso preciso, a «una política de intimidación»[194], introduce un sistema centralizado y paralelo al local.

Está basado, por un lado en el nombramiento por parte de Abd el Krim en cada cabila o fracción importante de un caíd, así como de un cadí, que se ocupa de impartir la justicia coránica, la sharía, no la consuetudinaria bereber. Implanta a la vez la pena de muerte, aplicada con parsimonia, y la de prisión, como medio de poner fin a las seculares venganzas familiares arrastradas durante generaciones. Por otra parte, un entramado de oficinas o *mahcamas,* que representan el poder central, y una red de comunicaciones terrestres, con la apertura de nuevos caminos,

189 Franco, pág. 151. También elogia al batallón de Toledo.
190 *Historia de las campañas de Marruecos,* vol. III, pág. 528.
191 Franco, pág. 156.
192 Ver *El Imparcial* de 10 de septiembre de 1921.
193 Ruiz Albéniz, que participó en el viaje, págs. 473-474 y 504.
194 Pennell, pág. 150. Para la evolución del proceso, pág. 177 y ss., y Madariaga, págs. 387-423.

empleando en muchas ocasiones a prisioneros para ello, y telefónicas, con 77 estaciones, completarán eventualmente el largo y complejo proceso.

De esa manera obtiene un control absoluto sobre la población, al tiempo que se produce un «vaciado»[195] de la tribu, en beneficio de una organización superior, la República del Rif, que se proclamará el 1 de julio de 1923. Al parecer, el propio Abd el Krim no era partidario de esa denominación, que ni siquiera existía en su idioma, y que era contraria a todas las tradiciones rifeñas. Atribuía su paternidad a la prensa anglosajona. Aseguraba que «nunca hemos contemplado» esa forma de gobierno, mostrándose partidario en cambio de «una monarquía absoluta», que evolucionaría eventualmente hasta convertirse en constitucional[196].

Establecerá también un aparato fiscal, con aduanas, que generarán 5.000 pesetas diarias; el impuesto tradicional *terbib*, que proporcionará 300.000 anuales y tributos sobre los zocos. A ello habría que añadir el importe de las multas, que en un caso excepcional alcanzaron el medio millón de pesetas, y el producto de los bienes habús, de los que se apropió para financiar la guerra santa, que generaban 75.000 pesetas al año.

Paulatinamente, se crearán milicias cabileñas, al tiempo que se comienza la creación de un ejército permanente, todo de rifeños de Beni Urriaguel, Beni Tuzin, Beni Ulichek, Tafersit, Tensaman y Bocoya, articulado en tabores, bien armados, disciplinados y uniformados, de los que llegará a haber tres, con nueve mías, más uno especializado que agrupará a las doscientas ametralladoras y los cien cañones, de procedencia española y francesa, que reunirá en el máximo de su apogeo. Estas excelentes fuerzas regulares, de unos 2.000 efectivos, actuarán como columna vertebral de un conjunto que alcanzará los 80.000 combatientes[197]. Se habló mucho de mercenarios extranjeros, sobre todo desertores de las legiones española y francesa, pero Abd el Krim aseguró que nunca pasaron de cincuenta. El más conocido, claro, es el famoso Joseph Klemms[198], procedente de la segunda, al que el dirigente rifeño calificaba de «mi gran artillero».

---

[195] Courcelle-Labrouse y Marmié, págs. 207-227. La expresión citada está en pág. 219.

[196] Sheean págs. 177-178. Conversación con Abd el Krim.

[197] Goded, págs. 83 y ss., basándose en documentación capturada a los rifeños. Las tropas regulares llevaban chilabas pardas, con la funda del fusil arrollada en la cabeza como un turbante. Era verde para la Infantería, y negra para los cañones y las ametralladoras. Ver también, para la organización del Estado rifeño, Jesús F. Salafranca, *La República del Rif,* Málaga, 2004; Madariaga, págs. 387-423; Pennell, págs. 177-210; y Rupert Furneaux, *Abd el Krim,* Londres, 1967, págs. 76-96. Para la versión del propio Abd el Krim, que, quizás deliberadamente, infravalora la calidad de sus fuerzas, Roger Mathieu, págs. 141 y ss.

[198] Sheean, que asombrosamente le califica de Robin Hood, mantuvo largas conversaciones con él (págs. 226-228 y 252-277). Al parecer el alemán lo engañó, haciéndose pasar por antiguo teniente de la Legión Extranjera francesa, aunque no pasó de sargento, antes de ser degradado.

El dirigente rifeño también intentó dotarse de una aviación, pero realmente solo llegó a contar con un aparato que fue destrozado en tierra por los pilotos españoles el 21 de marzo de 1924[199].

Eran de tal calidad las tropas rifeñas que en el invierno de 1926, cuando los españoles organicen una harca amiga de Beni Urriaguel, escogerán para formarla a diez caídes de mía que habían servido con Abd el Krim. La unidad dio magnífico resultado, y sufrió 900 bajas en las operaciones subsiguientes, teniendo que renovar dos veces su personal de 1.500 hombres. En ella servían únicamente tres españoles, uno de ellos con funciones meramente administrativas.

Su hermano Mohamed, jalifa y «el guerrero valiente e infatigable que acudió a todos los frentes»[200], su tío Abdselám, ministro de Hacienda y su cuñado Mohamed Azerkam, *El Pajarito,* titular de Exteriores, serán los principales colaboradores de Abd el Krim, y los hombres de su cabila, sus representantes de confianza en todos los puestos.

Así, mientras el enemigo se reforzaba a la par que el Gobierno español se debilitaba, terminó el luctuoso año de 1921.

---

199 Acedo, pág. 66, para una descripción del ataque. En el libro de Goded se incluye una fotografía del avión.

200 Goded, pág. 104.

Capítulo XII
La rendición de cuentas
(1922)

Capítulo XII
La rendición de cuentas (1922)

La caída de Maura

Ya se ha visto que Maura formó Gobierno con un precario conglomerado de personalidades que, en principio, solo se representaban a sí mismas, no a su partido[1]. Era, parafraseando lo que dijo Besterio sobre la formación política que dirigía el propio Maura, una frágil «nebulosa»[2], que tuvo que enfrentarse no solamente a problemas que parecían enquistados, como el pistolerismo[3], la agitación social, una precaria situación económica, y el regionalismo catalán, sino al de Marruecos, que cada vez se fue enconando más y más con dos cuestiones adicionales, la de los prisioneros –«triste y tenebroso asunto»[4]– y la exigencia de responsabilidades, materia en la que, paulatinamente, «se fue desplazando la responsabilidad a la culpabilidad, y la culpabilidad hacia la delincuencia»[5]. Al final ambas se convirtieron en inmanejables.

Maura había encarado la cuestión marroquí desde una meditada posición, producto de su larga experiencia en el poder. Como anunció en el Congreso[6], se creía «obligado a variar el cauce de la política» allí seguida hasta entonces, corrigiendo «la inmensa equivocación de haber comparecido nosotros en la zona de Protectorado con todo el semblante de dominadores, con todo el ruido de las armas». Estimaba estas, sin embargo, esenciales hasta que no se hubiese obtenido una reparación proporcionada a la «sublevación» de las cabilas, aunque «no habíamos de dejarnos guiar por el enemigo, y sólo iríamos a donde conviniera a

---

1 *Diario del Congreso* de 20 de octubre de 1921, intervención de Maura.
2 Ibíd., de 3 de noviembre de 1921.
3 Era tal la extensión de fenómeno que llegaron a establecerse tarifas de 15 a 20 duros al mes de sueldo para los pistoleros. Se cobraba una prima de 1.000 pesetas por atentado. Durante 1921 se produjeron en Barcelona al menos 145 de estos con más de 90 muertos y 132 heridos (Soldevilla, págs. 161 y 451; el mismo autor menciona en pág. 150 la cifra de 250 autopsias por esas causas entre mayo de 1920 y mayo de 1921).
4 Ayache (1996), pág. 223. Para la posición de Maura en el delicado asunto de los prisioneros, ver su intervención en la Cámara Alta del 1 de diciembre de 1921, en el *Diario del Senado* de ese día.
5 Pabón, vol. II, 1.ª, pág. 298.
6 *Diario del Congreso* de 17 de noviembre de 1921.

España […] No necesitamos por ahora más que la costa, y en el interior, allá se las arreglen las cabilas»[7].

No existía, sin embargo, unanimidad en el seno de su gabinete sobre la amplitud de dicha reparación, ya que coexistían en él diversas sensibilidades, encarnadas sobre todo en los ministros de Estado, González Hontoria; Hacienda, Cambó, y Guerra, Cierva, que desde muy temprano obstaculizaron la adopción de una política gubernamental consensuada.

Al margen de ello, y en función del plan ya aprobado, en los primeros días de enero las tropas prosiguieron su avance. El 9, la toma de Dar Buxada y de Dar Azuggaj provoca un duro combate, en el que Alcántara carga hasta dos veces, para frenar un intento de envolvimiento del flanco izquierdo: «destrozan al regimiento una vez más, pero se cubre de gloria»[8], frustrando el ataque enemigo. El 10, las columnas entran, con apoyo de camiones blindados igual que el día anterior, en Drius, casi sin resistencia. Se recuperaron allí siete cañones, dos de ellos disparados recientemente, y sin cierres el resto, así como catorce «camiones-automóviles» de los perdidos en la retirada de julio. La reconquista de esta posición, como de las anteriores en el camino recorrido por la columna Navarro en sentido inverso, llevó aparejada nuevas imágenes de cadáveres y de mutilaciones, atizando el horror ante lo que había sucedido y la exigencia de responsabilidades por la inicua matanza.

Ese mismo mes tiene lugar ya el choque frontal que venía incubándose desde Tizza entre las Comisiones Informativas, que, a pesar de su cambio oficial de nombre seguían siendo conocidas como Juntas Militares, y Cierva. En el interior del movimiento venía produciéndose, a partir de Annual, deslizamientos de opinión hacia cauces más ortodoxos. Al fin y al cabo, era innegable que el ejército que había sido derrotado en julio, y el que había mostrado serias deficiencias en la movilización era el propiciado por los junteros, mientras que las unidades y el empuje que estaban encabezando la reconquista encarnaban el espíritu africanista.

Ante el obvio fracaso del sistema, las Juntas más ilustradas empezaron a retraerse, y así, la de Estado Mayor proclamó su autodisolución, mientras que la de Artillería dejó, en la práctica, de desempeñar un papel activo.

Fue la de Infantería, apoyada por la de Caballería, que luego iría tomando, a su vez distancias, la que protagonizó un tenso incidente con el ministro, llegando incluso a exigir su dimisión. Pero Cierva, que tanto las había apoyado en el pasado, para entonces había cambiado de opinión respecto a ellas, y, en todo caso, no era hombre al que pudieran presentarse un ultimátum.

Recogió el guante sin vacilar, hubo gran escándalo, tuvo que intervenir el rey y la Junta se vio obligada a retirar su amenaza y a presentar excusas.

No bastaron; la oportunidad era demasiado buena para no tomar las medidas que la calle y la clase política venían demandando desde hacía tiempo, por lo que

[7] Cierva, pág. 259.
[8] «El soldado desconocido», pág. 236.

el ministro preparó un proyecto orientado a cortarles el vuelo, que fue presentado a Alfonso XIII. Vaciló este, viendo «dificultades» en el texto, quizás, como se ha dicho, porque tras haber obtenido hacía pocos días la rectificación de los junteros, no quería tensar demasiado la cuerda. Ofrecióse Cierva a firmar él, de real orden. Opúsose Maura, haciendo de ello cuestión de gabinete y presentando, el 11, la dimisión del Gobierno. Al fin, el 16, el rey, del que se dice que había dirigido a las Juntas una carta diciendo «estad tranquilos; si se presenta ese decreto, como soy bastante torpe, tendré que estudiarlo algunos días»[9], tuvo que ceder. Se publicó así el real decreto, que reducía las Juntas a «un órgano consultivo»[10], integrado en las secciones del ministerio, y cuyos miembros serían elegidos de entre una terna por el titular del departamento.

Jugó en todo este problema un desairado papel el gobernador militar de Madrid, general Burguete, un veterano de Cuba, Filipinas y Marruecos, gran rival de Berenguer, que por su empleo nada tenía que ver con las Juntas ni debía haberse mezclado en cuestión tan turbia. Era un hombre difícil y áspero –como se recuerda, había calificado de «alimañas» a los mineros asturianos en huelga–, al que luego habrá que volver a hacer referencia.

Riquelme mantiene que la Alta Comisaría, con la complicidad de Sanjurjo, realizó una campaña en el ejército de África en apoyo de Cierva; Berenguer lo negó, lo que es coherente con el constante desacuerdo que existía entre ambos[11].

Resuelta satisfactoriamente la crisis, no por eso se habían solucionado las desavenencias en el Gobierno. Maura decide entonces convocar una magna reunión para establecer los siguientes pasos en la campaña de reconquista. A fin de obviar la presencia en Madrid del alto comisario, cada vez más cuestionado, tuvo lugar del 4 al 6 de febrero en una finca del conde de los Andes, cerca del pueblo malagueño de Pizarra.

Asistieron el presidente, los ministros de Estado, Guerra y Marina, el presidente y el vicepresidente del Estado Mayor Central, el presidente del Estado Mayor de la Armada, el subsecretario de Guerra, el alto comisario y el jefe de las fuerzas navales en África; «no cabe mayor desproporción entre el objeto de esta conferencia y la cuantía y la calidad de los que tomaron parte en ella. ¡Ridículo e infructuoso alarde!», se ha dicho[12] con inmerecida sorna.

---

[9] Mola, pág. 1020, haciéndose eco de informaciones periodísticas.

[10] Cierva, pág. 271. Para este episodio, ver Alonso Ibáñez, págs. 587-588. El real decreto, de 16 de enero de 1922, se publicó en la *Gaceta* del 17.

[11] *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 199 y 314 para las respectivas declaraciones de los dos. La verdad es que aunque no eran infrecuentes las rencillas entre militares, Riquelme tenía especial propensión a verse enredado en ellas. A las ya mencionadas, se añadiría su enfrentamiento con Queipo, en la causa abierta con motivo de la retirada de Zinat, el 26 de septiembre de 1924, que le acusó abiertamente de cobardía. Todo acabó con un sobreseimiento (G. Queipo de Llano, *El general Queipo de Llano perseguido por la Dictadura,* Madrid, 1930, págs. 72, 77-80, 164-201 y 205-207). Desde luego el propio Queipo era un personaje peculiar.

[12] Gómez-Jordana, pág. 122.

Las discusiones fueron difíciles, reflejando lo que sucedía en las sesiones del gabinete: «en el seno mismo del gobierno había surgido una honda discrepancia entre el ministro de Estado […] y el de la Guerra. Los consejos eran accidentadísimos». Aquel, «cada vez más hostil a la acción militar»[13], y preocupado con el coste político y económico de mantener tantas tropas en Marruecos, aspiraba a iniciar las repatriaciones de efectivos, convencido de que bastaba lo ya conseguido, por lo que se debía «hacer alto, por el momento, en Drius»[14]. Para Cierva, en cambio, tanto esa actitud como la «política de la cortina», ya mencionada, de su colega, o la cautela de Maura eran «una temeridad»[15]. España, pensaba, por fin disponía en la zona de un ejército eficiente y bien equipado; los rifeños eran irreductibles; había llegado, pues, el momento de asestar el golpe de muerte, antes de que pudieran reforzarse y reorganizarse.

Con gran trabajo, el presidente logró un acuerdo de mínimos, que plasmó en una nota oficiosa[16]. En occidente se continuarían las operaciones contra El Raisuni, que Berenguer llevaba a buen ritmo; en oriente, era esencial batir a los Beni Urriaguel, pero ello «no se puede conseguir, ni se debe intentar, acudiendo a combatir con ellos de cerro en cerro en su propio territorio». De ahí, la necesidad de un desembarco en Alhucemas, «para establecer la continuidad de la zona del Protectorado, por el litoral siquiera», a fin de establecer «un bloqueo general, metódico y riguroso» de la costa, y asfixiar de esa manera a la resistencia.

De lo que se trataba era de culminar «la obra nacional de establecer el verdadero Protectorado […], el Protectorado genuino», limitando todo lo posible las actuaciones militares y ciñendo la ocupación a la costa, lo que permitiría «recontar cuál sea el contingente necesario» que se debía mantener en África, abriendo, por tanto, la puerta a una repatriación.

A última hora se decidió incluir Sidi Dris, que se había descartado inicialmente, entre los objetivos, pero mediante una operación anfibia y únicamente con la idea de estrechar el bloqueo naval y el cerco a Beni Said.

Se ha rebajado la importancia de la reunión apuntando que «tan solo aspiraba a contentar a todos, pacifistas y belicistas»[17], e incluso que Berenguer debería haber presentado su renuncia, ya que lo acordado le reducía, en la práctica, a la inacción[18].

Sin embargo, en virtud de lo decidido en Pizarra, se creó una comisión, que emitió una minuciosa Memoria con el plan más detallado para un desembarco en Alhucemas que se había realizado hasta entonces. Se preveía que se llevara a cabo a fines de mayo o primeros de junio, empleando 16.000 hombres y, entre otros muchos medios, dos acorazados y dos cruceros.

---

13 Ruiz Albéniz (1922), pág. 475 y 476, respectivamente.
14 Pabón, vol. II, 1.ª, pág. 332.
15 Cierva, pág. 260.
16 El texto aparece en *Las campañas de Marruecos,* vol. III, apéndice VII, págs. 647-649.
17 Hernández Mir (1926), págs. 230-231.
18 Ruiz Albéniz (1922), pág. 481.

Los resultados, pues, no eran tan magros. El problema fue lo que sucedió después. Porque Cambó anunció que no podía asumir lo aprobado, y se ofreció a dejar el gabinete, en las condiciones que Maura estimara más convenientes. Opinaba que Marruecos no era más que una moneda de cambio internacional, y «una desviación absorbente de energías»[19] que estarían mejor consagradas a la reconstrucción interna de España.

A sus reticencias se unían las de González Hontoria, del que se murmuraba que no buscaba más que un pretexto para dejar un gabinete en el que se sentía incómodo. Pero la estocada la daría Romanones. Para él, el problema de fondo no era la campaña en el Rif, «el grave escollo seguía siendo el de las responsabilidades […] [Yo] juzgaba que no convenía en modo alguno a las fuerzas liberales tener en aquel trance un ministro suyo en el gobierno», y añade: «en el fondo existía otra causa; la actitud de las Juntas Militares en sus relaciones con el ministro de la Guerra», y que estas «para cerrar el paso a las responsabilidades […] estaban dispuestas a todo»[20]. Por eso, retira al hombre que había puesto en el gabinete, el marqués de Cortina, al tiempo que lo abandonan otros dos ministros liberales, en apariencia por motivos distintos.

Cierva[21] mismo se abona a esa tesis: «la crisis la provocó el rey», espeta, por compromisos que había contraído con las Juntas, deseosas de vengarse del golpe que se les había asestado.

Así, falto de apoyos, cayó el Gobierno, el segundo que era víctima de Annual.

Para Berenguer debió de ser una experiencia amarga, que le dejaba en situación ingrata. Se había allanado a lo acordado en Pizarra, adelantando incluso la posibilidad de repatriar 20.000 hombres antes de junio; arreciaban los ataques contra él, y tenía que ser consciente de que «hasta el mes de enero, hasta la toma de Drius, el espíritu público acompañó a nuestro ejército en la campaña […] Después de ocupado Drius empezó la vacilación del gobierno y vino la vacilación del país»[22]; «los entusiasmos se enfriaban, el pesimismo se apoderaba de los ánimos, la cronicidad de la guerra vislumbrábase en todos los hogares»[23]. En efecto, el respaldo oficial y popular a las operaciones se resquebrajaba y la situación del general se hacía cada día más vulnerable.

Sánchez Guerra

Maura dimitió el 5 de marzo, y Sánchez Guerra formó el que sería el último Gobierno conservador de la monarquía el 7, con Fernández Prida en Estado y Olaguer

---

[19] Pabón, vol. II, 1.ª, para la posición de Cambó en la crisis. La cita corresponde a la pág. 339.

[20] Romanones, págs. 192-194.

[21] Pág. 277.

[22] *Diario del Congreso* de 30 de junio de 1922, intervención de Cambó. No deja de ser singular que hiciera esas afirmaciones, cuando él era uno de los responsables de esas «vacilaciones».

[23] Hernández Mir (1926), págs. 218-219.

Feliú en Guerra. Era el nuevo presidente hombre «más listo que inteligente [...], más inquieto que activo»[24], características ambas demasiado comunes. Se ha comentado, es de suponer con ironía, que «su fino instinto político y su deseo de captarse el aplauso de la opinión dominante y de los periódicos de gran circulación, le llevó a cometer un grave error: el de hacer base de su programa la aprobación del expediente Picasso»[25], sin caer aparentemente en la cuenta de que dos de sus propios ministros y quien le había sustituido al frente del Congreso formaron parte del gabinete Allendesalazar, y que, por tanto, podían verse salpicados por el escándalo.

No era, sin embargo, el único que incurrió en tal equivocación. «Más ciegos todavía», liberales y demócratas, estimando «terminada virtualmente la campaña reconquistadora y punitiva»[26], «descaradamente deseábamos el poder»[27] y desde la oposición llamada «gubernamental» entraron en tan peligrosa maniobra, sin percatarse de que hacían el juego a «las izquierdas revolucionarias» –quizás hubiese sido más preciso decir «antimonárquicas»–, que «ya tenían una bandera y un lema: ¡las responsabilidades de Annual!»[28].

Como es natural, la salida que se dio a la crisis no satisfizo a todos, afirmando uno de los descontentos[29] que «en los campamentos se esperaba con ansiedad», y que hubo «sorpresa, al ver cómo a los siete meses de la retirada de Annual, vuelven a encargarse del poder los mismos hombres que ocasionaron la catástrofe», y asegurando otro[30] que «el gobierno no tiene en absoluto ni programa ni orientación».

Antes de entrar en esa materia conviene hacer una rápida alusión a la situación que el recién estrenado ejecutivo encontró en Marruecos. La describe con precisión un informe del 5 de marzo[31], el día de la caída de Maura. Estima sometida toda Quebdana y Ulad Settut. De las cinco cabilas de la confederación Guelaya, Beni Sicar lo está en dos terceras partes; Mazuza y Beni bu Ifrur, en una; Beni Sidel, en más de un cuarto y Beni bu Gafar, en solo un décimo.

Hace una interesante división de las restantes tribus. Los nómadas de Beni bu Yahi y de Metalza realmente no han tomado partido, y se piensa que no será difícil atraerles. Beni Tuzin, Tafersit y Beni Ulichek, son otro grupo, en el que «reside actualmente la verdadera resistencia y la organización rebeldes». Beni Said, por su extensión y riqueza, constituye una entidad en sí misma. Sus «importantes poblados y fértiles valles» la hacen vulnerable a una ofensiva, y por experiencia sabe que puede ser dominada. Gueznaya, Tensaman, son la retaguardia del

[24] Maura y Fernández Almagro, pág. 358.
[25] Romanones, pág. 193.
[26] Maura y Fernández Almagro, pág. 356.
[27] Romanones, pág. 198.
[28] Cierva, pág. 278.
[29] «Ben-Cho-Shey», pág. 106.
[30] *Diario del Congreso* de 28 de abril de 1922, intervención de Sarradell.
[31] *La Comisión de Responsabilidades*, págs. 257-273. Tiene fecha de 5 de marzo de 1922. Es obra de Riquelme.

movimiento, cuyo corazón es, naturalmente, Beni Urriaguel. Bocoya, por fin, está «completamente supeditada» a esta última.

No se considera a ninguna, ni siquiera a Beni Urriaguel, impermeable a la acción política, que, en distintos grados, puede ejercerse sobre ellas para desarrollar la vieja estrategia de sembrar «desconfianzas mutuas». Bombardeos intensivos de la aviación sobre los zocos son un complemento eficaz de la misma.

Muchas de las cabilas, afirma el documento, se siguen debatiendo entre el temor a las represalias de los españoles y el que les suscitan las harcas de Abd el Krim. Este, por su parte, les presiona, bien mediante los caídes que ha nombrado en ellas, y que realizan una labor de intimidación, bien directamente, a través de detenciones, razias y confiscaciones. Entre las servidumbres que se les imponen figuran en lugar destacado aportar combatientes, y cavar trincheras, que podían llegar hasta un kilómetro de largo, por un metro de ancho y uno con veinte centímetros de profundidad, separadas entre sí por cincuenta metros.

El análisis se hacía eco de la sorda lucha entre lo que se podían llamar los servicios de información rifeños, siempre atentos a localizar y eliminar deslealtades, y los españoles, dedicados a fomentarlas.

En paralelo con esa guerra en la sombra, en un primer momento continuaron las operaciones militares previstas, una vez que, como consecuencia de la crisis de Gobierno, el día 9 Berenguer hubiera presentado su dimisión, que, al igual que las anteriores, fue rechazada.

Se reanuda, pues, la campaña, entre noticias de la concentración de nuevos contingentes de Beni Urriaguel, Tensaman y Tarfesit, y el 14 se produce un combate, con el apoyo de los quince aviones disponibles, significativo por ser el primero en el que intervienen activamente seis tanques de Artillería, con resultados alentadores, que fueron muy elogiados por los observadores. La operación fue un éxito, ocupándose Kandussi y la totalidad de la meseta de Ras Tikermin, en la orilla izquierda del Kert, con lo que se cubría el flanco derecho español, expuesto tras el avance en punta hasta Drius, y se iniciaba el cerco de Beni Said, cabila que tuvo sensibles pérdidas. Se distinguió otro batallón europeo bisoño, el de Albuera, recién desembarcado.

El 18, prosiguiendo el envolvimiento de Beni Said, tendrá lugar otro choque, en Imehalen y Ambar, que supone el estreno de los carros de asalto de Infantería, llegados a Melilla cuatro días antes[32], con peor fortuna, a pesar de que el parte oficial alabe su «gran osadía y pericia». En efecto, empezaron a actuar por sus propios medios, sin ser remolcados por tractores, de forma que en el curso de la acción, se quedaron sin gasolina. Los rifeños, de Beni Urriaguel, Beni Ulichek y Tensaman, entre otros, «la emprendieron a golpes de gumía contra las enormes tortugas. Claro

32 *ABC* del 15 de marzo de 1922, informó de su llegada, indicando que cada uno tenía una tripulación de dos hombres, y que estaban dotados de una ametralladora. El vehículo número 1 llevaba una estación de radio de treinta kilómetros de alcance. Les acompañaban «camionetas para municiones y tanques para depósito de gasolina y aceite».

es que los tanques hicieron una carnicería»[33]; «con piedras fueron golpeados los pobres artefactos por las turbas rifeñas, con piedras y no de lejos, arrojadas a honda ni a mano, sino de cerca, pegados los cabileños a sus flancos indefensos, que debían proteger nuestras guerrillas»[34]. Tan cerca, que uno de los ocupantes fue herido por la gumía que un harqueño introdujo por una mirilla.

En efecto, al quedarse inmovilizados se convirtieron en fácil presa. El Tercio y los Regulares tuvieron que contraatacar a la bayoneta para salvar a las tripulaciones que abandonaron los vehículos números 2 y 4, y al día siguiente hubo que impedir por el fuego que el enemigo se apoderara de ellos. Las bajas ascendieron a 180, entre ellas Fontanes, el valeroso jefe de la segunda bandera. Los blindados soportaron mal la prueba, quizás por la deficiente instrucción de la tripulación. Por ejemplo, no estaba familiarizada con el uso de las ametralladoras que acababan de ser instaladas el día anterior[35]. Pocos días después se anunciaba que se estaban reparando diez de los vehículos en la maestranza, sin contar a los dos que quedaron inutilizados.

Con motivo de este combate hubo un nuevo incidente entre Riquelme, que mantiene que se había opuesto a la operación, y Sanjurjo, que asegura que le ocultó los datos de que disponía en el sentido de que la harca había concentrado sus fuerzas para oponérsele. La disputa llevaría a acusaciones en la Prensa, dimisiones, y un juicio que sería sobreseído el 5 de febrero de 1923[36].

Al margen de esa discusión, resultaba claro que la campaña se iba haciendo más difícil, a medida que las tropas se adentraban en el Rif: «no son aquellas extensísimas y limpias llanuras del Gareb, que dejamos atrás, sino un suelo muy accidentado, lleno de barrancos y cortaduras, y poblado de maleza». Además, «los encuentros de esta etapa son mucho más duros; se nota la presencia de fuertes núcleos de Beni Urriaguel, con sus características chilabas cortas […] Siempre que han intervenido en un combate, han dado la nota saliente»[37].

Da una idea de la envergadura que habían adquirido las operaciones, el dato de que en la del 18 operaron cuatro escuadrillas de aviación y veintiuna baterías de Artillería, al tiempo que la escuadra realizaba un amago de desembarco en Afrau. Ese mismo día, los cañones rifeños hundieron el buque correo *Juan de Juanes* en aguas de Alhucemas, dando así una prueba preocupante de su capacidad ofensiva.

---

33 «Ben-Cho-Shey», pág. 116.

34 Goy de Silva, pág. 249. Calificar a esos vehículos de «pobres artefactos» parece bastante peculiar.

35 Franco, págs. 164-165. Aunque, como siempre, reticente a la hora de la crítica, admite los problemas que plantearon los carros. No obstante, era gran partidario de ellos (ver págs. 166-177).

36 *La Comisión de Responsabilidades*, págs. 191-201 para la versión de los hechos por parte de Riquelme. Se planeó, asimismo, «una cuestión de honor» entre ambos, que fue solventada tras una reunión de los padrinos respectivos, en la que se acordó que, según la legislación vigente y «los tratados y códigos de honor», no podía ser admitida, firmándose al respecto el acta correspondiente el 5 de junio de 1922 (Fernando Soldevilla, *El año político 1922,* Madrid, 1923, pág. 190). La prensa también se ocupó del incidente, sobre todo *El Heraldo de Madrid,* en cuyas ediciones de 24 de marzo (pág. 4) y 1 de abril (pág. 2) se inició la polémica.

37 «Ben-Cho-Shey», pág. 127.

El Gobierno Sánchez Guerra, por otra parte, tenía sus propias ideas; «representaba a la parte de opinión pública española que, entregada al fatalismo por efecto de la inutilidad del esfuerzo en 1921, trataba por cualquier medio de salir del mal paso, a costa de todo lo que fuese necesario sacrificar»[38]. «Se dejó ganar por la impaciencia de los que deseaban a todo trance terminar las operaciones, fuera como fuera»[39], y deseaba poner límites a sus compromisos militares. Lo comprobó Cierva, al que Alfonso XIII comentó, durante su audiencia de despedida como ministro, que se iba a aplazar el proyecto de desembarco en Alhucemas.

El 26, el alto comisario viaja a Madrid, donde, tras reunirse con el presidente y los ministros competentes, recibe el 3 de abril instrucciones que recogen la nueva estrategia[40]. Los puntos más destacados se referían a la implantación del bloqueo, la continuación de la maniobra para doblegar a Beni Said y el carácter prioritario del establecimiento de un Protectorado civil. Pero se fijaba, también, la determinación de repatriar 20.000 hombres antes del 1 de junio, a la que Berenguer no se oponía en principio, aunque prefería una cuantía menor. Sobre todo, se le comunica que «el gobierno estima que, sin renunciar de un modo definitivo a la operación de desembarco en la bahía de Alhucemas, por el momento es imposible su realización». En la zona occidental, por otro lado, en uno de los eternos vaivenes, se opta por volver a la vía negociada para resolver el problema que suponía El Raisuni. Era, pues, el fin de Pizarro y, casi, de la campaña.

Prosigue esta, siguiendo las mencionadas directrices. El 8 de abril cae Quebdani, en pleno corazón de Beni Said, cabila que en el consiguiente combate se mostró «algo retraída» ya, dándose por batida, y dejando el protagonismo a los Beni Ulichek; el 11, es el turno de Timayast –donde se cogieron quince cañones, dos de ellos operativos–, con lo que se cierra el cerco sobre dicha cabila; el 17, se entra en Cheif, y el 27, en Afsó, obteniéndose la sumisión de Beni bu Yahi, mientras que Abd el Krim abandona las tierras de Beni Said y se repliega sobre las de Beni Ulichek. El 9 de mayo vuelven a España 15.000 efectivos, incluyendo a viejos conocidos como el batallón de La Corona y la brigada de húsares.

Todo eso tenía una importancia relativa, porque los enfrentamientos decisivos se habían trasladado a Madrid. Había allí dos frentes abiertos, el jurídico, con el Consejo Supremo de Guerra y Marina estudiando el expediente Picasso que le había sido entregado en abril, y el político.

En el segundo, el presidente tenía un margen de maniobra reducido, a la vista de su decisión de hacer llegar dicho informe al Congreso. Cierva, prestándole quizás excesivo maquiavelismo, asegura que «Sánchez Guerra manejaba el expediente Picasso con habilidad para él». Acierta, en cambio, cuando compara

---

38 Hernández Mir, *Ante las hordas…*, pág. 235.

39 García Benítez, pág. 52. El entrecomillado está extraído de un texto sin firma, titulado *El general Berenguer en la alta comisaría,* que figura al final de la obra.

40 Figuran entre los documentos entregados por el general Burguete a los diputados. Ver *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 70-71.

el resultado de esa determinación con echar «pólvora sobre una hoguera»[41], en lo que coincidía con Alfonso XIII; «se labró el rey un profundo convencimiento: el que constituía una temeridad que las Cortes entendieran en el expediente Picasso»[42]. Pabón[43], por su parte, estima que la medida de enviarlo al Parlamento fue fruto de «un arranque», y no de una maniobra, lo que parece más acertado.

En todo caso, parece fuera de duda que el presidente no midió las consecuencias. No se percató de «la gravedad de la situación que iba creando»[44], y llegó un momento en el que «no podía retroceder»[45].

Porque, enseguida, desde los escaños se le empezó a exigir el documento. Así, ya el 16 de marzo, apenas formado el Gobierno, el diputado republicano federal Nougués, apoyado por Prieto, había solicitado la remisión del informe a la Cámara, contestándole Olaguer Feliú que no estaba terminado, pero que él era partidario de que se enviara[46]. El 7 de abril el diputado Sarradell, de Izquierda Liberal, ya mostraba su recelosa inquietud: «¿Se ha perdido, o dónde se encuentra el famoso expediente?», añadiendo, con lo que descubría la trampa en la que había caído el presidente: «se ha dicho reiteradamente que este expediente lo conocería el Parlamento como antecedente para la concesión de recompensas».

Respondió Sánchez Guerra, sin mentir, que estaba «a punto de terminarse», y que «cuando se termine, el gobierno lo examinará y determinará lo que a juicio del gobierno debe venir y lo que no»[47], afirmación que demostraba su desconocimiento del mecanismo que había puesto en marcha.

En efecto, el Gobierno, se ignora por qué motivo, había optado por desempolvar la controvertida propuesta de recompensas que formulara Cierva. Con ello abría una puerta no solo a la crítica de las mismas, sino también a reclamaciones por conocer el informe Picasso como antecedente y a un debate sobre la cuestión de Marruecos. La solicitud de Berenguer de que su nombre se retirara de la lista presentada, lo que el presidente se precipitó a hacer, no bastó para quitar la espoleta al problema, como tampoco la incomprensión que expresó Sánchez Guerra porque se pretendiera mezclar recompensas con responsabilidades.

De esa manera tuvo ocasión Prieto, el 4 de mayo, de lanzar una de sus temidas andanadas: «Picasso es el constructor del pabellón del olvido […] no existe […], es un camelo». Es inconcebible, señala, hablar de premios, cuando no se ha procesado a nadie por el desastre, y únicamente se ha culpado al patético Mafioli, al que se forzó a suicidarse. Y, ampliando el objetivo, espetó: «no podemos ni física ni moralmente con la guerra»; «las guerras coloniales son un lujo que se pueden permitir las naciones fuertes»,

41 Cierva, págs. 279 y 278, respectivamente.
42 Romanones, pág. 199.
43 Vol. II, 1.ª, pág. 368.
44 Cierva, op., loc. cit.
45 Romanones, op., loc. cit.
46 *Diario del Congreso* de 16 de marzo, con las tres intervenciones.
47 Ibíd., de 7 de abril de 1922, para ambas intervenciones.

lo que no era el caso de España. Por tanto, «terminemos aquella guerra como sea [...] para reconstruir nuestra España»; «hay que liquidar el problema de Marruecos», «ha llegado la hora de pactar».

Le salió al paso Olaguer Feliú, como pudo. El expediente está en el Consejo Supremo y de él se han deducido otros 37, ya en vías de tramitación, y «está leyendo el resumen el presidente para ver si lo somete a toda la Cámara o a la Comisión Permanente».

Prieto, entonces, acusa, sin conocer lo escrito por Picasso: «Berenguer es la figura más predominante entre los presuntos responsables, entre los presuntos culpables»[48]. Contrasta con esta opinión, por cierto, lo que había escrito desde Melilla, describiendo al general como «hombre ponderado, reflexivo, ecuánime», celebrando «la cautela, la parsimonia» que demostraba, porque «quizás el mayor acierto de Berenguer haya consistido en no intentar hasta ahora [el 7 de septiembre] nada fundamental»[49].

Al día siguiente, tomó el relevo Nougués, preguntándose si la remisión del expediente Picasso al Consejo Supremo no era sino una añagaza para retrasar su envío a las Cortes, presentando incluso, junto con Prieto y otros, una proposición para que no se estudiara la cuestión de las recompensas mientras dicho expediente no tuviera entrada en el Congreso[50].

El 16 de mayo, el antiguo ministro conservador Bergamín pronunció una conferencia en el Ateneo de Madrid que fue muy comentada. Aludió en ella al peligro de que en la cuestión de las responsabilidades, las derechas, buscando la implantación de una dictadura, y las «izquierdas revolucionarias», deseosas de un cambio de régimen, se unieran de hecho aunque por motivos diferentes, en los ataques al Gobierno[51].

No ayudó en nada a la crispación del ambiente que, muy pocos días después, se abriera el debate sobre los presupuestos, en el que el Gobierno solicitaba 329 millones de pesetas para la partida de Acción en Marruecos, al margen de las cantidades correspondientes al propio ministerio de la Guerra como tal. Resulta interesante que de esa cifra, hasta 279 fueran para Guerra, siguiendo la doctrina habitual de que ese departamento recibiera fondos separados para África y para la península, a los que habría que añadir catorce para la Policía, que pasaba a depender de Estado, mientras que para la segunda enseñanza –la primera iba a cargo del presupuesto del departamento del ramo–, se destinaran solo 100.000 pesetas; 38.000 para agricultura y 3.000 para minas. Al menos, a los algo más de cinco millones para obras públicas, se sumaban otros nueve para aquellas que tenían carácter urgente. En cualquier caso, quedaba claro el carácter eminentemente militar del Protectorado[52].

[48] Ibíd., de 4 de mayo de 1922, para ese debate.
[49] Prieto, págs. 16 y 21.
[50] *Diario del Congreso* de 5 de mayo de 1922.
[51] Reseña del diario *ABC* de 17 de mayo de 1922, pág. 11.
[52] *Diario del Congreso* de 26 de junio de 1922, apéndice 5.º y *Diario del Senado* de 12 de julio del mismo año, apéndice 1.º.

Para poner esas cifras en su contexto, se podría decir que a Instrucción Pública dedicaba España 163 millones[53] y que, aunque se estimaba que se necesitaban 454 para reparar las carreteras, solo se habían asignado 26.

Finalmente se concederían los ascensos, que favorecieron, entre otros, a personalidades indiscutibles como Gómez-Jordana, Castro Girona, Mola o Yagüe, pero, por unos motivos u otros, la herida de Marruecos seguía sin cerrarse.

Cambó lo dejó claro, el 30 de junio. «Se está elaborando una explosión» en el país, anunció. Tras Annual, «no hubo diversidad de opiniones, ni vacilaciones; era un deber inexcusable de España realizar un gran esfuerzo militar», y se hizo, pero «desde el mes de febrero nuestra acción en África no tiene finalidad conocida […] Ha empezado la depresión del espíritu público [y] se están agotando los fondos de tesorería». Así pues, el Gobierno tiene que definirse, «si entiende que la campaña ha terminado o si entiende que está abierta, y si está abierta, nos diga por qué». Defiende el repliegue a la costa para terminar con la hemorragia humana y económica, olvidando «el eterno problema del honor», y recordando que «hemos inventado en España tantos problemas de honor, en cuya resolución hemos perdido el honor y todo lo demás»[54].

Pedir a ese Gobierno ya debilitado, a pesar de sus pocos meses de vida, que se pronunciase era una embarazosa exigencia. ¿No había afirmado Sánchez Guerra en su presentación ante el Congreso «no esperéis de mí un programa; ahora no hay libertad para hacer un programa»?[55]; ¿No acaba de decir en el mismo lugar su ministro de la Guerra, refiriéndose a Alhucemas, que el gabinete «ni ha pretendido ni dejado de pretender que nuestro ejército ocupara dicha zona»?[56].

Vino a emponzoñar la delicada situación la entrada en juego de un factor más.

Picasso revienta

Mientras cambiaban los gabinetes y seguían la guerra en Marruecos y los debates en torno a ella, el Consejo Supremo de Guerra y Marina había proseguido inexorable su labor. No es ocioso señalar que su presidente era, desde el 8 de junio, el general Aguilera. Se trataba de un veterano de la última guerra carlista, de las dos de Cuba y de tres campañas de Marruecos, que se habían ganado todos sus ascensos, menos dos, por méritos de guerra[57]. Era hombre «caballeroso, impulsivo, bienintencionado», pero «inmerso en la corriente responsabilista»[58], y decidido a hacer justicia a cualquier precio, lo que, no es ocioso señalar, dio una amplia base de popularidad a sus supuestas ambiciones políticas. El 26 de junio,

[53] Ibíd., de 4 de julio de 1922.
[54] Ibíd., de 30 de junio de 1922.
[55] Ibíd., de 14 de marzo de 1922, intervención de Sánchez Guerra.
[56] Ibíd., de 28 de junio de 1922.
[57] Una biografía de este general es Francisco Alía, *Duelo de sables,* Madrid, 2006.
[58] Pabón, vol. II, 1.ª, pág. 367.

García Moreno, el fiscal militar que se ha designado, emite su dictamen, y el 28 lo hace Romano, el fiscal togado.

Como ambos documentos[59], sobre todo el primero, constituyen el fundamento de todo el edificio jurídico que luego se erigió, resulta obligado hacer algunos comentarios, el primero de los cuales se debe referir al celo de sus autores. Tan solo el 24 de abril, dos meses antes, se les había remitido el expediente Picasso completo. Leer, asimilar y valorar en ese espacio de tiempo sus 2.418 folios, la mayoría manuscritos, con dos «accesorias» de 285, es tarea en sí misma considerable, que demuestra desusado interés.

Pasando al contenido, lo más importante del informe del fiscal militar, cuyo cuerpo se consagra a resumir lo sucedido, es su introducción y su conclusión. En la primera, tras subrayar la trascendencia de la misión que se le ha encomendado –«se ventilan el prestigio y el porvenir de los elementos armados de la nación y, por tanto, los sacratísimos de la Patria»– critica algo que se ha adelantado en un capítulo anterior, las limitaciones que le fueron impuestas a Picasso.

Menciona luego una cuestión muy importante, «la aparente anormalidad» de que una mera información gubernativa, como la encargada a dicho general, que, «en buenos principios de Derecho […] parece que no podía ni debía tomar más alcance, por el momento, que el que su propio nombre indica, informar al gobierno», para que este, si «se deducían responsabilidades en el orden penal», lo trasladase al poder judicial, hubiese tomado un rumbo distinto. Lo explica porque «las circunstancias, sin duda; el estado de anormalidad de funciones, que desde que ocurrieron los lamentables sucesos ha dominado en todos los organismos […] han hecho que, sin embargo, no se siguiese ese camino natural, lógico y legal». Lo atípico de la estrategia seguida por el expediente Picasso, trasladado directamente del ejecutivo al Consejo Supremo es, en efecto, singular, y, sin embargo, tanto el descontento como el desconcierto reinantes lo avalaron y lo santificaron.

Expresa, a continuación, su cierta perplejidad ante cuál podía ser su cometido como fiscal, y expone la línea por la que se ha inclinado: tomar «en toda su amplitud, la orden de informar, prescindiendo para ello y venciendo […] esas dificultades [que incluyen las limitaciones mencionadas] y tratando a fondo el asunto como su criterio le dicte». Es lo que hizo.

Su conclusión es que, además de los 37 testimonios deducidos por Picasso, «de los que la mayoría implican o pueden implicar responsabilidades», pueden «ser considerados punibles» otros 40 casos. Los tres últimos son los de Navarro, «por la inexplicable retirada de Drius […], la orden de abandono de posiciones […] y la rendición de Monte Arruit»; Silvestre «en caso de vivir, "por el abandono de Annual y la pérdida de las posiciones"», y Berenguer, en su condición de

[59] AHN, TS, 51 N 22, folios 1-68v y 69-70 para los informes del fiscal militar y del togado, respectivamente. En *El Expediente Picasso. Las sombras de Annual,* Madrid, 2003, págs. 285-374, figuran ambos textos; en Antonio Carrasco García, *Annual 1921,* Madrid, 2007, págs. 5-101, el primero está reproducido casi en su integridad.

general en jefe. Los tres, como la mayoría de los demás, podían haber incurrido en los delitos previstos en los artículos 274 y 295 del Código de Justicia Militar.

Por último, estima que por existir «indicios de responsabilidades penales, debe pasar lo actuado al Consejo, reunido en Sala de Justicia».

En cuanto al fiscal togado, básicamente se limitó a expresar «su completa conformidad» con su colega.

El Consejo, reunido en Sala de Justicia el viernes 7 de julio, cuando solo le quedaba una semana para cerrar por vacaciones, decide por unanimidad formar causa a los generales citados, nombrando instructor al consejero y general de división Ataulfo Ayala. Respecto a los otros casos, determina que se envíen al alto comisario para que se sustancien en Melilla. La bomba de relojería que era el expediente Picasso, cuyo autor, por cierto, participó en esa reunión, había estallado.

Ese mismo día, con rara inoportunidad, a preguntas de periodistas contestaba Sánchez Guerra que «se exagera mucho al hablar del propósito que se atribuye al Consejo […] En ningún caso podrá adoptar determinaciones que corresponden íntegramente al Parlamento […] La iniciación de procedimientos no se le han ocurrido ni al juez ni al fiscal»[60].

Precisamente por esas fechas, el alto comisario se encontraba en Madrid, donde había ido a despachar con el Gobierno. Tras ser recibido el domingo 9, entre otros, por el presidente y los ministros de Guerra y Marina en la estación de Mediodía, se trasladó a su domicilio, en el automóvil del primero. Esa tarde celebraron, desde la cuatro y media a las ocho y media, una larga reunión en la sede de la presidencia, considerada en la nota oficiosa que se publicó como «preparatoria», la primera de «una serie de ellas». Quizás fuera durante el curso de la misma cuando Sánchez Guerra le dijera, en términos tan vagos que no despertó sus sospechas, que había sabido «por la referencia de un transparente de un periódico que se decía que había nombrado el Consejo Supremo a don Ataulfo Ayala para instruir no sé qué procedimiento»[61].

Al término del encuentro, se reunió con su buen amigo Ruiz Albéniz, quien le comentó los rumores que corrían por la capital de que iba a ser encausado. Contestó negándolo: «acabo de cambiar impresiones con el gobierno, y si algo hubiera de verdad en lo que se dice, por fuerza me lo hubiera advertido»[62].

Parece que en esa conversación, o en otra, pocas horas más tarde, «bien entrada la noche», alguien le confirmó la veracidad de la noticia; el general «no salía de su asombro, decía "pero, ¿es que se ha enviado el expediente Picasso al Consejo?"»[63]. De ser verdadera esta versión, ciertamente se había observado con él una opacidad inadmisible.

60 Diario *ABC* de 8 de julio de 1922, pág. 20.

61 *Diario del Senado* de 14 de julio de 1922, intervención de Sánchez Guerra.

62 Ruiz Albéniz, pág. 525.

63 Lo aseguró el general Luque en el Senado, el 28 de junio de 1923 (ver *Diario del Senado* de esa fecha).

Justificadamente indignado y dolido, presenta la que fue su quinta dimisión, esta vez con carácter irrevocable, que le fue aceptada.

Se trató de un episodio desdichado. Parece fuera de duda que Aguilera informó verbalmente[64] a Olaguer Feliú el propio viernes o, como tarde, el sábado, de la decisión. Se ignora si el ministro no lo transmitió a Sánchez Guerra, como este asegura, o sí lo hizo. En todo caso, el alto comisario, que estaba «investido de la total, absoluta y completa confianza del gobierno»[65], según el presidente, había quedado desautorizado. En efecto, que un general en jefe «se entere por la pizarra de un periódico de haber sido encartado en el proceso de las responsabilidades»[66] le colocaba en una posición insostenible. No parece que se hicieran grandes esfuerzos por retenerle, lo que en esa tesitura resultaba ya imposible.

También el 10, el Consejo envía al instructor la providencia adoptada el viernes anterior[67]. En él se muestra «de conformidad en lo esencial con lo propuesto por el fiscal militar»; considera que existen «hechos y omisiones que ofrecen carácter de delitos militares», y decide: «fórmese causa para depurar las responsabilidades consiguientes, en vía judicial,», contra los tres generales. Se remite el expediente Picasso y el informe del fiscal militar a Ayala, «a quien por turno reglamentario corresponde la instrucción», para «que practique cuantas diligencias tiendan al más exacto y debido esclarecimiento de las indicadas responsabilidades», «con especial actividad». Para ello, contará como secretario con el relator auditor general de brigada Ángel Ruiz de la Fuente.

Simultáneamente, se enviarán al general en jefe del ejército de África, «para que instruya allí los oportunos procedimientos», los propuestos por el fiscal.

Olaguer fue cesado el 15 de julio, por no haber mantenido al tanto de esos acontecimientos a su presidente, y Sánchez Guerra asumió la cartera de Guerra. Como era previsible, se dijo que había habido una «maniobra», una «conjura»[68] contra Berenguer. Quizás solo fue un error, lo que es peor.

Con la misma fecha, el travieso general Burguete, al que ya se ha encontrado en estas páginas, fue designado para la alta comisaría. No cabe aquí un relato de su gestión. Es muy posible que «comenzó fracasado». Se trataba de un hombre ambicioso, que llegó a decir a un periodista que «estaremos en Alhucemas sin que nos haya costado un combate […] y si todo eso no he podido conseguirlo en enero, me consideraré fracasado y me marcharé»[69], pero la misión que le había encomendado el vacilante Gobierno era casi imposible de cumplir.

---

64 La comunicación oficial se hizo el lunes 10 de julio, según un borrador y un acuse de recibo que están en AHN, TS, 51 N 27, folios 148-150.

65 *Diario del Congreso* de 7 de abril de 1922. Intervención de Sánchez Guerra.

66 García Benítez, op., loc. cit.

67 AHN, TS, 51 N 1, folios 1-3.

68 Ruiz Albéniz (1922), págs. 529 y 530.

69 Gómez-Jordana, pág. 50 para ambas citas.

En la zona occidental, no fue más allá, y a costa de un nuevo desgaste del prestigio de España, que de una «falsa reconciliación con el Raisuni»[70], que siguió campando por sus respetos. Se desaprovecharon así las ventajas obtenidas sobre él por Berenguer, que el 12 de mayo le había sido expulsado por las armas de su nido de águilas de Tazarut, en una operación que costó la vida al brillante González Tablas. En la oriental, poco podía hacer cuando el mismo presidente le había telegrafiado que, aunque se lograra desembarcar en Alhucemas «sin operaciones militares […], sería más causa de preocupación que de regocijo para el gobierno»[71]. A pesar de ello, dio el paso de ocupar Tizzi Azza, el 28 de octubre, en contra de las instrucciones que se le habían impartido. La maniobra tenía sentido, pensando en una ofensiva, ya que, en sus propias palabras, era «una formidable base para preparar, y realizar después, nuestros avances hacia Alhucemas»[72]. Pero dado que el Gobierno no se prestó a ello, únicamente sirvió para crear un peligroso saliente en la línea. En conjunto, y como era previsible ante la irresolución y las cautelas del gabinete, la gestión de Burguete fue estéril.

Los nueve días preñados de acontecimientos que transcurren entre el 7 y el 15 de julio dieron espacio para aún mayores turbulencias, esta vez en las Cortes, que presenciaron duros enfrentamientos, en los que a la cuestión de Marruecos se vino a añadir la discusión de los presupuestos.

Empezando por el Senado, la semana empezó con duras críticas a los gastos militares y al capítulo titulado «Acción en Marruecos», que recogía todos los allí realizados por los distintos departamentos. No se trataba de nada nuevo, ya que, desde 1909, no había habido Gobierno que no fuese atacado por ese motivo. Sin embargo, Annual cambiaba todo, al haber demostrado que tales dispendios, a la hora de la verdad, no habían servido para nada, y que España se encontraba inerme.

Distintas intervenciones recalcaron lo insatisfactorio de la situación. A pesar de un plan de amortización de personal que llevaba dos años en vigor, el número de tenientes coroneles había pasado de 1.130 a 1.276; en Infantería, había tantos subalternos –alféreces y tenientes–, como capitanes, y un jefe por dos subalternos. En Artillería, con tres jefes y tres capitanes por subalterno, era peor. Infantería contaba con 198 coroneles para solo 78 regimientos, pero faltaban oficiales de complemento, imprescindibles en caso de movilización.

Sobraban en cambio las bandas de música, de las que había un centenar: «¿no les parece a los señores senadores que, en las actuales circunstancias de España, es mucha música?», preguntaba zumbón uno de ellos. A la vez, escaseaban los médicos militares, por sus poco atractivas condiciones laborales. Para una convocatoria

---

70 Maura y Fernández Almagro, pág. 360.

71 Lo dijo el propio Burguete ante la comisión de diputados (*La Comisión de Responsabilidades,* pág. 81).

72 Citado en Hernández Mir (1926), pág. 46.

ordinaria de 125 plazas, se presentaron 70 candidatos, de los que fueron admitidos 24; para una extraordinaria, las cifras respectivas fueron 100, 29 y 8[73].

En suma, se afirmó, «la organización militar de España no puede ser ni más absurda ni más contraproducente», estando orientada a satisfacer los derechos adquiridos de los militares, pero con total olvido de las necesidades reales.

Pero todo eso no fue nada comparado con lo que sucedió el 14. Ese día, Berenguer tomó la palabra para hacer durante varias horas una defensa de su gestión, que incluyó la lectura de una copiosa documentación hasta entonces desconocida. Muchos de sus puntos de vista han sido ya recogidos en estas páginas, por lo que no parece preciso repetirlos.

Sí se destacarán, en cambio, las manifestaciones que hizo sobre las circunstancias de su dimisión. Dirigiéndose al presidente del Gobierno, apuntó que «conmigo se ha procedido de una manera irregular […], de una manera sorda». Estima que «el Consejo Supremo no puede intervenir si no es por una orden del gobierno»; «¿con qué derecho interviene el Supremo?», se pregunta. En todo caso, no se puede «tirar a un hombre del mando de un ejército para dejarlo en la calle».

Acorralado, Sánchez Guerra se defiende débilmente: «yo no supe nada por el señor ministro de la Guerra, y si él lo supo o no lo supo, no lo sé». El Consejo Supremo es un órgano independiente, alega, y el fiscal militar actuó de oficio, sin instrucciones. Después de haber dejado a Berenguer a las patas de los caballos, exaltó «sus meritísimos servicios», entre los que sobresalía «haber tenido que aconsejar el no acudir a Monte Arruit», precisamente uno de los cargos que le haría el mecanismo que el propio presidente, por omisión o por comisión, había puesto en marcha. Desconcertado, reconoció expresamente que estaba pasando un trance incómodo. «Empeñado en una lid en la que me sobran contradictores», llega a alterar, cuando lo lee, el texto legal que establece la subordinación del fiscal al ejecutivo.

Olaguer Feliú, todavía ministro, acude torpemente en su ayuda. Es «uso y práctica» habituales, afirma, remitir un expediente informativo de carácter gubernativo como era el de Picasso al Consejo, ya que este «reúne la calidad de ser cuerpo consultivo, además de tribunal superior de justicia». Admite que «no se me ocurrió estudiarlo antes», lo que resulta extraordinario.

Facilita, también, su versión de lo sucedido. Aguilera le llamó el sábado a las nueve y media de la noche, y le dijo: «hemos terminado y hemos nombrado a Ayala para las responsabilidades que se deduzcan». No le dio nombres de encausados, y le anunció que el lunes o el martes le enviaría copia del informe del fiscal y de lo acordado por el Consejo, labor para la cual le facilitó dos mecanógrafos del ministerio, a fin de que trabajaran en ello toda la semana. Ese mismo día 14 acaban de completar su labor.

En suma, él no sabía nada, por tanto, nada pudo decir al presidente, quien, por consiguiente, tampoco había ocultado nada a Berenguer.

73 Datos entresacados de las intervenciones de Martínez Fresneda, Galarza, Izquierdo Vélez y Gil Casares en el *Diario del Senado* de los días 12 y 13 de julio de 1922.

La explicación no resultó convincente. Como señaló Luque, uno de esos generales y antiguos ministros que no dejaban pasar ocasión de enredar, todo Madrid sabía desde hacía diez días que se pensaban enjuiciar a Berenguer.

La tormentosa sesión acabó con un agrio cruce de palabras entre este y Aguilera, señalando el segundo que se haría justicia y recordándole el primero que había presentado un plan de operaciones en Marruecos que disentía del suyo[74], lo que era cierto. Lo había hecho, además en el curso de otra sesión del Senado, a la que acudió incluso con copias de mapas para repartir a los asistentes para que pudieran seguir mejor su explicación[75].

Todo se complicaría más después, con la aparición de unas pretendidas declaraciones de Berenguer[76] en las que indicaba que Aguilera no tenía títulos morales para juzgarle, cuando, como jefe de la 1.ª región militar, era uno de los culpables del lamentable estado en que llegaron los refuerzos a Melilla tras Annual. Al día siguiente, círculos próximos al general desmintieron que se hubieran producido esas declaraciones.

En el asunto de los refuerzos habría que apuntar, por otro lado, que Primo de Rivera, que tomó posesión de dicha región el 13 de junio de 1921, puso por escrito[77] que encontró que en ella todo se hacía «con arreglo a los reglamentos vigentes, y [los soldados] se encontraban a la altura que correspondía [...] según el tiempo que llevaban en filas [...] En todos los cuerpos estaban fogueados y habían realizado los tiros reglamentarios».

Al margen de ese debate concreto, algunos siguieron pensando que Aguilera abrigaba «móviles de hostilidad y enconada animadversión hacia el joven general» que era Berenguer[78]. Tenía este, en efecto, una brillante carrera, y había cosechado importantes triunfos en Yebala, crímenes ambos que no todos sus compañeros sabían perdonar.

Entre unas cosas y otras, la discusión fue, pues, muy incómoda para el presidente –Melquiades Álvarez en los pasillos hablaría de «Annual parlamentario»–, que no dejaría de oír, en ambas cámaras, recriminaciones por la forma con que había manejado todo el asunto.

Lo comprobó en la siguiente sesión, cuando Goicoechea, tras describir como «una serie ininterrumpida de actos de vesania todo cuanto ha acontecido en las relaciones del gobierno con el alto comisario en los seis últimos meses», le recordó la dependencia que el fiscal militar tiene respecto al ejecutivo, y se mostró extrañado de que «lo que era atribución gubernativa se convierte en expediente judicial» por decisión del Consejo Supremo. Opinó que este se debió limitar a elaborar un informe para que el gabinete tomase la resolución que estimase oportuna, y no entendía por qué pirueta se había cambiado la naturaleza del trabajo de Picasso. El Gobierno, añade, si era verdad

[74] Ibíd., del 14 de julio de 1922 para ese debate.

[75] Ibíd., del 13 de diciembre de 1921. Intervención de Aguilera.

[76] *El Heraldo de Madrid* de 28 de octubre de 1922.

[77] AHN, TS, 51 N 8, folios 3003-3004v. Escrito de 6 de diciembre de 1922. Fue cesado por su incontinencia verbal en el Senado, defendiendo posturas «abandonistas».

[78] Benzo, pág. 115.

su alegación de que había guardado una actitud de estricta neutralidad, había pecado entonces de negligencia al no dar instrucciones al fiscal. Se preguntaba si, a la postre, todo no sería una manipulación para retrasar el debate de las responsabilidades en las Cortes[79].

En la otra Cámara las cosas no fueron más sencillas. Así, el 11 de julio, Prieto exige que «inmediata, rápidamente, venga el expediente total del general Picasso», para poder «enjuiciar la conducta del sr. Cierva, del sr. vizconde de Eza, del sr. general Berenguer y de todos aquellos incubadores y autores del desastre». Añadiría luego, ya lanzado, una alusión a «enjuiciar, derribar y apartar de la gobernación del país» no solo a los dos políticos mencionados, sino «a todos los servidores del régimen, e incluso al régimen mismo». Para mayor consternación de Sánchez Guerra, no solo los republicanos, lo que era de esperar, sino también los liberales, se suman a la reclamación del expediente completo, y agregan que «o trae Su Señoría el original, o no se moleste en traer nada», al tiempo que todos demandan que se cree una comisión.

El presidente se defiende como puede de tanta estocada: «no hay hasta ahora sumaria alguna» en el Consejo Supremo; él mismo solamente tiene un resumen del expediente; en principio, no ve inconveniente en remitirlo al Congreso; tras negarse a que se forme la comisión, lo acepta…[80]

Ante la situación, el 17 Sánchez Guerra decide enviar el expediente Picasso, entendiendo por tal el resumen redactado por dicho general, al Congreso. Eso no le pone al abrigo de nuevas críticas, con Sarradell y Nougués, que siempre se mostraron particularmente beligerantes en la materia, exigiendo uno que se debatiera en el pleno, y el otro reiterando que se remitiera todo lo investigado por el general, sin tener ninguna idea del volumen de folios que ello suponía[81].

No prosperaron sus propuestas, y se formó una comisión de veintiún miembros, once de ellos conservadores y el resto pertenecientes a distintos partidos[82]. Con ello, se cerraron las Cortes.

El verano, con las vacaciones parlamentarias, supuso un breve respiro para el acosado Gobierno, pero los diputados no esperaron a la reapertura para proseguir su labor. El 21 de septiembre se reúne la Comisión de Responsabilidades, que acuerda centrarse en tres aspectos: la gestión de los Gobiernos en Marruecos, el examen de la actuación de los tribunales militares y la elaboración de recomendaciones para el futuro. También se decide solicitar diversa documentación a Guerra[83].

---

79 *Diario del Senado* de 17 de julio de 1922.

80 *Diario del Congreso* de 11 de julio de 1922.

81 Ibíd., de 19 de julio de 1922.

82 Por los conservadores: Matos, Lazaga, Estrada, Sánchez de Toca, Rodríguez de Viguri, Saiz Pardo, Canals (hijo), Marfil, Marín Lázaro y Sala, de Unión Monárquica; por los demócratas, Alvarado; albistas, Armiñán; reformistas, Pedregal; republicanos, Lerroux; regionalistas, Bastos; gassetistas, Nicolau; zamoristas, Alcalá-Zamora; ciervistas, Álvarez Arranz; mauristas, Lequerica; y socialistas, Prieto. Lerroux no asistió a ninguna de las reuniones.

83 «Nota oficiosa» de ese día, elaborada por la Comisión y reproducida en los periódicos del 22 de septiembre.

Con las Cortes todavía cerradas, ya que el ejecutivo se resistía a abrirlas, temeroso de lo que se avecinaba, la Comisión celebra varios encuentros a lo largo de octubre, en los que salen a relucir las discrepancias existentes en su seno y la imposibilidad de presentar un texto conjunto. Sin perjuicio de ello, seguirá pidiendo y recibiendo documentos, lo que en ocasiones genera la exasperación de un Ayala desbordado, encargado de facilitárselos.

No obstante, Annual había abierto tantos frentes, o, por mejor decir, había sacado a la luz tantos problemas largamente larvados, que nuevas dificultades se añadirían a las políticas. Así, fue sonado el incidente provocado por el teniente coronel Millán Astray cuando, el 9 de noviembre, dirige un extenso escrito que recogen los periódicos del día siguiente.

Es un documento ciertamente curioso. Empieza dirigiéndose «a la Nación», y reproduciendo una carta que ha dirigido al ministro de la Guerra en la que pide el retiro. La acompañan diversos papeles, que van desde otra carta que mandó al presidente del Gobierno, en la que el militar asegura «haber estado en contacto con la opinión pública y haber escuchado los latidos del alma nacional»; a referencias a conversaciones con Sánchez Guerra y pasando por documentos internos de las Juntas de Defensa.

Estas son el verdadero objetivo de toda la maniobra. Exige su «desaparición», alegando, con motivo, que son incompatibles con la disciplina militar y que se entregan a «persecuciones» de los que no pertenecen a ellas, utilizando como arma los tribunales de honor y llegando a imponer que «se me niegue el saludo amistoso, que se me abrace». Señala, lo que es cierto, que la mayor parte de la oficialidad de las tropas de choque y de muchos batallones en Marruecos compartía su repulsa a las Juntas. Se puede apostillar incidentalmente que los miembros de la directiva de estas en Melilla no habían tenido ni una sola baja durante el desastre, lo que es elocuente.

La circunstancia de que los coroneles Jiménez Arroyo y Araujo, totalmente desprestigiados, fueran conspicuos junteros tampoco ayudó al maltrecho prestigio de esas organizaciones.

Resulta sintomático que el escrito del fundador del Tercio provocó manifestaciones estudiantiles de apoyo, con cargas policiales, heridos y detenciones, y largas colas en el domicilio de Millán, formadas tanto por militares como por civiles deseosos de mostrarle su simpatía.

El teniente coronel, «el más teatral de todos los legionarios»[84], será cesado por su iniciativa, como no podía ser menos, y se abrieron diligencias previas de enjuiciamiento por la multitud de infracciones legales que había cometido. Tuvo el mérito, sin embargo, de causar «una explosión»[85], reventando un absceso ya insoportable. Añadía peso a sus palabras que, según Cierva, fuera «amigo íntimo

[84] Así le bautiza Corrochano en el *ABC* del 12 de noviembre de 1922.

[85] *Diario del Senado* de 15 de noviembre de 1922. Intervención del general Luque.

del rey», a pesar de lo cual o quizás por ello, ya que no lo desvela, «no le admitían en ningún cuerpo»[86]. Fue sustituido al mando del Tercio por un distinguido jefe, Valenzuela.

El golpe de efecto de Millán Astray se fundaba en un largo desencuentro con las Juntas, pero también en un acontecimiento reciente. En octubre, Alfonso XIII había ido a Sevilla, a entregar la bandera a los Regulares de Larache, que, con el tiempo llegarían a ser la unidad más condecorada del Ejército español, y a imponer a Varela las dos laureadas que había ganado en Marruecos, un caso único. Se trataba, pues, de unos actos profundamente africanistas y que, por ello, erizaron a los junteros, que llegaron incluso a comentar que se debía hacer un desplante público a sus compañeros de armas. Lo evitó el rey, pero muchos mandos del Tercio y de Regulares estimaron que las cosas habían ido demasiado lejos y que había que ponerles coto.

Por fin, el 14 de noviembre se abren las Cortes. Sánchez Guerra se presentó ante el Congreso con un as en la mano. No se sabe si inspirado por el acto de Millán Astray o, como él aseguró, tras una decisión adoptada ya antes del verano, sometió a la Cámara un proyecto de ley «suprimiendo y disolviendo las Comisiones Informativas»[87]. Lógicamente, aunque no lo reconociera, tuvo que influir considerablemente un sonado discurso pronunciado por Romanones en el Círculo Liberal, el 31 de octubre, en el que, además de manifestar la disponibilidad de esa orientación política para formar Gobierno, subrayaba de forma enfática la radical incompatibilidad entre las Juntas y un sistema democrático, palabras que fueron acogidas con general aplauso.

Se trataba, en efecto, de una medida que reclamaban desde hacía años tanto la opinión como la mayoría del ejército, y el Congreso la acogió con satisfacción. Con ella, se ponía fin a un régimen anómalo que había durado demasiado, y que tanto daño había hecho al país y a las instituciones armadas. Sin duda, el rey, tan favorable inicialmente a las Juntas, jugó ahora un papel en su disolución[88], lo que ha llevado a describir su actitud al respecto de «sumamente equívoca»[89].

En todo caso, la disolución fue un paso importante, pero no decisivo. En efecto, «las Juntas murieron, pero no los junteros»[90], que incluso llegaron a ocupar puestos significativos en la época de Primo de Rivera, pero habían perdido definitivamente la batalla contra los africanistas.

Se equivocaba el presidente, sin embargo, si creía que de esa manera iba a apaciguar a los diputados. Su proyecto, que fue aprobado, incluía también una

---

86 Cierva, págs. 277 y 281, respectivamente.

87 El texto definitivo está en el apéndice 1.º del *Diario del Congreso* de 23 de noviembre de 1922.

88 Fueron muy comentadas las duras palabras que pronunció contra las Juntas en un acto público en Barcelona el 7 de junio. No obstante, desde distintos sectores se le acusó de haber ido más allá de los límites que le marcaba la Constitución.

89 Payne, pág. 157.

90 Mola, pág. 1020.

modificación a la normativa en materia de recompensas[91], cuestión que, como se recordará, había estado en el origen de las Juntas. Ello dio pie para que, en esa especie de laberinto perverso que se había convertido todo lo relacionado con Annual, se volvieran a elevar voces protestando porque se estuviera hablando de recompensas cuando las responsabilidades seguían sin depurarse.

Ese mismo día, un grupo en el que figuraban, entre otros, Romanones, Melquiades Álvarez, Alcalá-Zamora y Santiago Alba, presentó una proposición «sobre el restablecimiento de la disciplina en el ejército» en cuyo párrafo tercero se decía que «el gobierno declara también que es indispensable la plena depuración de las responsabilidades militares y políticas». Con ello, Sánchez Guerra pierde de nuevo la fugaz iniciativa conseguida con su proyecto de ley, y vuelve a la defensiva. Hasta el punto, que proclama: «rechazo la proposición y hago cuestión de gabinete que no se apruebe»[92]. Logra así que se retire, pero no ha ganado más que unos minutos, porque en el acto se abre otro debate aún más complicado.

En efecto, siempre en ese inacabable 14 de noviembre, se hacen públicos los dictámenes de la Comisión de Responsabilidades. Al final, por las discusiones en su seno, serán tres; uno de la mayoría conservadora; otro, de las minorías, y un tercero de Prieto, en solitario[93].

El de la mayoría, respaldado por diez votos, tras analizar y criticar lo sucedido en Melilla en julio y agosto del año anterior, concluye que fue «un desastre de carácter militar, en que sólo juegan los factores técnicos», «una deficiencia técnica puramente militar, no imputable al ministerio». Por tanto, «no procede exigir ninguna responsabilidad ministerial». No exoneraba, por consiguiente, a los generales, ni discutía la competencia del Consejo Supremo, pero intentaba limitar daños, excluyendo a los políticos.

Pide, asimismo, que se aceleren los juicios militares y encomia la labor de Picasso, temas en que coincide con los otros dos dictámenes. Tampoco concede particular trascendencia a las limitaciones que Cierva impuso a dicho general.

El de la minoría, apoyado por ocho diputados, en cambio, si bien no detecta ningún «elemento intencional» en lo sucedido, considera que existió «negligencia no delictiva, pero sí inexcusable», merecedora de «censuras enérgicas […] que impliquen el alejamiento y aún el apartamiento de los así condenados». La propuesta concreta es que «el Congreso vote la censura contra el gobierno entonces en el poder, en especial los ministros de Guerra, Estado y el presidente», Allendesalazar.

El texto contiene un anejo interesante. Para resaltar «el contraste abrumador entre la magnitud de los dispendios con la pequeñez de los resultados», por traer a colación una cita del texto de los conservadores, incluye un anejo. En él se aprecia que, de 1913 a 1922-1923, el presupuesto nacional había pasado de poco más de 1.000 millones de pesetas, a 3.000; el déficit, inexistente en el primer año

[91] En concreto, la base 10.ª de la ley de 29 de junio de 1918, que figura en el mismo apéndice.
[92] *Diario del Congreso* del 14 de noviembre de 1922 para el debate.
[93] Ibíd., apéndices 2.º y 3.º para los dos primeros; del 15, apéndice único, para el tercero.

citado, se elevaba ahora a 400 millones; los gastos de Guerra, de algo más de 159 millones se habían convertido en 500, y lo que Estado, Guerra y Marina habían destinado a Marruecos había aumentado de menos de 47 millones a 320. Eran cifras demoledoras.

Los dos dictámenes hacen observaciones muy similares, más duras en el caso de los liberales, sobre diversos extremos, como la excesiva dispersión de las posiciones, el error de mantener a los soldados peninsulares lejos de los combates, la «laxitud» reinante entre los mandos y la vida disoluta imperante en Melilla. Explican también, hasta cierto punto, la deserción de las fuerzas indígenas, que atribuyen al excesivo desgaste que sufrieron, y claman ambos al unísono por el ejército colonial, cuando solo de sus respectivos partidos dependía su implantación.

Prieto en su breve escrito va mucho más allá que las ponencias anteriores. Existen «enormes responsabilidades», que desbordan «los estrechos vericuetos» jurídicos previstos para casos normales. Considera que un pueblo «con vitalidad», lo que no es el caso de España, haría pagar «la culpabilidad principal, la de arriba, derribando las instituciones, cambiando el régimen, imponiendo la sustitución radical del sistema».

Pero ya que no se va a hacer la revolución, propone acusar ante el Senado, por prevaricación, al gabinete Allendesalazar, por no haber «refrenado» a Silvestre ni cesado a Berenguer, y al de Maura, por haber dictado las reales órdenes circunscribiendo la actuación de Picasso, con el fin de encubrir responsabilidades.

Propone que Berenguer, Navarro, y los coroneles y jefes de cuerpo de Melilla sean separados del Ejército por el Congreso, sin perjuicio de las penas legales que les pudieran corresponder.

No se puede cerrar la referencia a aquel día sin recoger el argumento que aportó Sánchez Guerra para explicar su decisión de llevar el expediente de Picasso al Congreso, decisión de la que probablemente, ya se había arrepentido. Lo hizo, afirma, a pesar de que se le reprochó en la Cámara y fuera de ella «en forma un tanto viva y violenta», porque estaba convencido de que «con expediente y sin expediente este asunto hubiera venido al salón de sesiones, y se hubiera discutido sin datos», lo que quiso evitar.

La comisión había trabajado en un ambiente de creciente expectación. Sin exagerar, el expediente Picasso se había convertido en el centro de la vida nacional. En los foros políticos, en la prensa, en las tertulias, en las calles, se discutía apasionadamente sobre él, sin que nadie, ni siquiera el presidente del Gobierno, lo hubiese leído en su totalidad. La elevada cifra de bajas producida por el desastre, unida a la movilización que le siguió –ya se ha dicho que por esas fechas había más de 100.000 hombres en Marruecos–, aseguraba que rara era la familia española que no había sido afectada directamente por Annual y sus consecuencias. Una prueba mínima de ese interés masivo es la aparición de publicaciones, como la titulada *El Expediente Picasso,* de Francisco Madrid. Se trata de apenas un folleto, calificado como «reportaje», mal impreso en papel barato que, al precio

de 50 céntimos, ofrecía los textos de las ponencias de la comisión y un extracto del resumen elaborado por el general. Sus 63 páginas, ciertamente, ofrecían una visión limitada de la compleja temática, pero suficiente para alimentar apasionadas discusiones de café[94].

Fomentó también la curiosidad el gran éxito periodístico, fruto de una filtración deliberada y muy bien medida, que *La Libertad*[95] y *La Acción*[96] se anotaron por esas fechas. El primero publicó un amplio resumen del Expediente Picasso, y el segundo, el texto de las respuestas de Berenguer al interrogatorio que le formuló el Consejo Supremo.

El 21 de noviembre se abre la discusión sobre los dictámenes, que durará hasta el fin del mandato de Sánchez Guerra. Prieto monopolizó la sesión, con un encendido y emotivo discurso, en el que habló de madres que fueron a Melilla a buscar los cadáveres de sus hijos «entre montones de restos, en los cuales se ensañó la barbarie, que royeron los chacales, que calcinó el sol», pero que también encubría un ataque directo a la monarquía. A pesar de los repetidos intentos de la presidencia por evitarlo, logró deslizar alusiones a la «alta protección» de la que se beneficiaba Silvestre.

En cuanto a los militares citados en su propuesta, los considera «ineptos, y por ineptos» debían ser apartados del Ejército, y «delincuentes», y como tales, merecen ser castigados por los tribunales. Saliendo al paso de posibles objeciones, se rebela contra «el espíritu leguleyesco […], rigorista», de los que sostienen que el Congreso no tiene esa capacidad de sanción[97]. Continuará su intervención en la primera parte de la sesión siguiente, criticando la proposición minoritaria, por argüir que «no se puede acusar al gobierno por no haber normas» que lo prevean. Lo sucedido ha sido tan monstruoso que no cabe contenerse por «escrúpulos ultra-exquisitos». Persistiendo en su ataque al sistema, asevera que el problema nacional únicamente se resolverá «cuando se abra la cripta de El Escorial para recoger los restos de un reinado en decadencia»[98].

El 23 se vota la proposición de Prieto, que es derrotada por 145 votos contra siete. Solamente los socialistas y los republicanos la apoyaron[99].

Al día siguiente, Alcalá-Zamora defiende su tesis: «la acusación por delito es insostenible», ya que lo sucedido no está tipificado; por consiguiente, «como por delito no podemos requerir al Senado que se constituya en alto tribunal […], proponemos la censura», para evitar que «de los delitos definidos se pase a la licitud absoluta», como pretenden los conservadores. Su posición es clara: no hay

[94] Francisco Madrid, *El Expediente Picasso,* Barcelona, 1922.

[95] En sus ediciones del 17 al 21 de noviembre de 1922.

[96] Empezó la publicación en el número de 29 de noviembre de 1922 y continuó hasta el 12 de diciembre, exceptuando el 6 y el 11. Dedicaba al asunto más de una página, lo que para un periódico que solo tenía seis, es mucho. La iniciativa le valió triplicar algún día su tirada habitual.

[97] *Diario del Congreso* de 21 de noviembre de 1922.

[98] Ibíd., de 22 de noviembre de 1922.

[99] Ibíd., de 23 de noviembre de 1922.

responsabilidad penal, pero sí política, y esta únicamente se puede sancionar con una medida política como es la censura.

En cuanto a las causas de Annual, menciona tres cifras que explican muchas cosas: se hallaba a 92 kilómetros de Melilla; solo una línea de comunicaciones la unía con la plaza; las tropas estaban repartidas en 135 posiciones. Habla, como todos los que le precedieron y los que le siguieron en el uso de la palabra, de Berenguer y de Silvestre, pero tiene una frase especialmente afortunada al referirse a este: «pierde la serenidad y, con ella, el dominio de la situación»[100].

Le refutó Marín Lázaro, el 28: «donde no hay intención […] no puede existir responsabilidad», y la Constitución únicamente permite acusar ante el Senado cuando existe un delito. Le replicó Alcalá-Zamora: «no acuso, porque no existe delito, pero censuro, porque existen todas las formas, todas las manifestaciones, de la culpa, del descuido»[101].

El 29, se puede destacar una intervención de Eza, aportando nueva documentación. No se desliga totalmente de Berenguer, pero indica que «todas las responsabilidades […] son de carácter militar». Bastos, apoyando la propuesta liberal, reitera que no ha habido prevaricación en el Gobierno de Allendesalazar, pero tampoco se puede actuar como si «allí no ha pasado nada». Sánchez Guerra, que debía experimentar la sensación de quien tiene a un tigre sujeto por la cola, implora que se ponga un límite al debate, que amenaza con eternizarse, para su mayor desgaste político. Villanueva y Besteiro se revuelven. «Se va a la exculpación de todos», clama el primero, mientras el segundo acusa al presidente de «habilidades políticas». Este se retracta, «me resigno», dice, en expresión que refleja su estado de ánimo[102].

El 30 será día de escándalo. Súbitamente, Maura se levanta, y, en una brillante y erudita intervención expresa su disconformidad con todos. Empieza con una declaración singular: no ha leído el documento de Picasso. Pero ello no es inconveniente para que se haya formado una opinión sobre el asunto, ya que se trata de una cuestión de principio. «Hay que dar a la opinión española la satisfacción debida», que no es «otra cosa que la depuración de estas responsabilidades».

Destaca «la singularidad de las responsabilidades ministeriales», exigibles aunque no estén tipificadas, porque «el principio de que no se puede acusar sin figura de delito en la ley penal, es la impunidad», que no es admisible en el presente caso. Por otro lado, proponer una sanción «es ilegal, es anticonstitucional […] El Congreso no puede juzgar a los ministros, de ningún modo». Pero «puede acusarlos» y «si hay responsabilidades tienen que ser examinadas y juzgadas por el Senado […] Vuestros votos no reemplazan el veredicto del Senado».

[100] Ibíd., de 24 de noviembre de 1922.
[101] Ibíd., de 28 de noviembre de 1922, para ambas intervenciones.
[102] Ibíd., de 29 de noviembre de 1922, para el debate.

Desmonta de esa manera los tres dictámenes. El conservador, porque existen responsabilidades; el liberal, porque son graves, y no se solventan con una censura; el de Prieto, porque la Cámara Baja no puede castigar.

Incidentalmente, olvidaba prudencias antiguas, cuando, un año antes, había proclamado en el Senado que en materia de las responsabilidades políticas, «me ausento, me inhibo, sistemáticamente, obstinadamente, yo creo que irrevocablemente»[103].

Alcalá-Zamora, digno rival, rechaza el argumento, e insiste en el suyo: «el Senado no tiene esa potestad de castigar hechos no comprendidos en la ley penal [...] tiene que absolver, y eso es la impunidad».

Prieto y otros, impacientes ante la postura de Maura, que ha dado una lección magistral, pero sin revelar su posición, exige: «¿Pero Su Señoría acusa o no acusa?». Maura se escabulle, «me he negado reiteradamente a la afirmación de si yo juzgo la responsabilidad o la irresponsabilidad», «pero no había más que un desenlace eficaz», acudir al Senado.

El golpe de efecto lo dará Cambó. Solemne, afirma: ha cambiado «su convicción y su voto» tras escuchar a Maura. Es imprescindible una sanción, «la conciencia pública no admitiría» otra cosa, sería «el derrumbamiento» del régimen constitucional. A la vista de ello, retira el apoyo que había dado a la proposición liberal, y anuncia que se propone acusar a aquellos cuya gestión, «aun procediendo con recta intención», estuviera relacionada con las causas del desastre, y «concreta su acusación al gobierno que regía España cuando ocurrió la catástrofe de julio»[104].

Entre gran revuelo acaba la sesión, que se reanuda el 1 de diciembre. Romanones intenta arrinconar a Maura: «la Cámara entera, el país, hoy, ignora si el señor Maura tiene un juicio acerca de la existencia de responsabilidad». Melquiades Álvarez interviene para decir que considera «peligrosísima» la doctrina maurista, por el poder que reconoce al Senado, y expresa sus dudas sobre si todo no será una maniobra del expresidente para presentarse como alternativa a conservadores y liberales. Anuncia que si fracasa la propuesta de estos últimos, apoyarán cualquier otra que contenga elementos acusatorios, pero exigirá que se incluya en ella al Gobierno Maura, además del de Allendesalazar. A Cambó le asesta: «tiene Su Señoría unas metamorfosis inexplicables en política»[105]. Por su parte, el político catalán intenta leer su proposición acusatoria, a lo que se opone el presidente, apelando al reglamento.

Más tarde, depositará el texto escrito, en el que nombra específicamente a Allendesalazar, a Lema, como ministro de Estado, y a Eza, «dando por extendida

[103] *Diario del Senado* de 25 de noviembre de 1921. También habló de «causas varias, complejas, múltiples, antiguas» y de «la dificultad objetiva de definir las imputaciones».
[104] *Diario del Congreso* de 30 de noviembre de 1922.
[105] Ibíd., del 1 de diciembre de 1922.

la acusación –si fuera preciso– a todos los restantes ministros que formaban el gobierno»[106].

Cierva tiene otra teoría para explicar las «inusitadas palabras de Maura». Quizás intentaba «atraer al Senado la jurisdicción total en las responsabilidades de Annual para librar a Berenguer y a Casa Davalillos [Navarro] de las furiosas pasiones que les acechaban en el Consejo Supremo»[107].

Naturalmente, en todas las sesiones, y al margen de las responsabilidades políticas y de las genéricas, los distintos oradores habían ido expresando sus opiniones sobre los que consideraban principales culpables. Al hacerlo, ponen de manifiesto las múltiples fracturas de una España partida entre «impunistas» y «responsabilistas», entre «berengueristas» y «anti berengueristas», a la vez que «las izquierdas revolucionarias», yendo más lejos, planteaban abiertamente ya el cambio de régimen.

A los únicos efectos de plasmar la disparidad de criterios sobre las responsabilidades personales de militares, se pueden mencionar algunos de ellos. Sobre Silvestre, Bastos pensaba que «no se hizo cargo de la gravedad de la situación hasta veinte horas antes de morir»[108]; Prieto que «iba, a mi juicio, por cuenta propia»[109], en el sentido de que no obedecía al alto comisario; Companys, en cambio, tacha de «leyenda» la de su «continua indisciplina ensoberbecida» y de que «era un indisciplinado y un temerario»[110].

Respecto a Berenguer, el marqués de Olérdola estima que «es notorio [...] que tenía conocimiento de lo que ocurría en la zona de Melilla [...] El general Silvestre recibió órdenes, instrucciones»[111]; según Cierva, el primero «no tiene responsabilidad alguna»; para Solano, «pecó por omisión, pecó por silencio»[112]; Maciá lo consideró culpable[113]; Aranzadi piensa que o ignoraba lo que hacía Silvestre, con lo que faltó a sus obligaciones, o lo sabía, y entonces era tan responsable como él[114]; Prieto le acusa de «omisión», de «debilidad»[115]; Eza apoya a su antiguo subordinado, pero «por motivos de delicadeza»[116]; Alcalá-Zamora mantiene una posición matizada, y sostiene que Berenguer «no aprueba ni inspira, menos ordena; transige, se aviene, se resigna»[117].

Como ya se ha visto, en el debate había salido de nuevo a relucir la figura del rey, que desde Annual estaba sometida a un acoso continuo. En la misma línea

---

106 Ibíd., del 5 de diciembre de 1922, apéndice 1.º.
107 Cierva, págs. 285-286.
108 *Diario del Congreso* de 25 de octubre de 1922.
109 Ibíd., de 27 de octubre de 1922.
110 Ibíd., de 11 de noviembre de 1921.
111 Ibíd., de 3 de noviembre de 1921.
112 Ibíd., de 11 de noviembre de 1921 para ambas opiniones.
113 Ibíd., de 24 de noviembre de 1921.
114 Ibíd., de 18 de noviembre de 1921.
115 Ibíd., de 27 de octubre de 1921.
116 Ibíd., de 29 de noviembre de 1922.
117 Ibíd., de 24 de noviembre de 1922.

que Prieto, Besteiro habló de «las relaciones personales de Silvestre con el jefe del estado», y mantiene que aquel actuó movido por el «acicate»[118] real, y Companys habla de «una responsabilidad directa para el rey y para el general Berenguer»[119].

Hasta en el más reposado Senado hubo una alusión al monarca, procedente, de forma inesperada, de un general. En efecto, Alfau se mostró convencido de que alguien había empujado a Silvestre: «yo digo que el que impulsó al general Jordana [a operar sobre Alhucemas] probablemente habrá sido el mismo que ha impulsado al general Silvestre [...] Será la misma fuerza que en un principio quiso ahogar las Juntas de Defensa, después estuvo unido a ellas muy amigablemente y ahora quiere de nuevo matarlas»[120]. Solo el soberano respondía a ese retrato.

El propio Alfonso XIII calificó, como era de esperar, de «burda leyenda»[121] todo lo que se dijo al respecto, y lo cierto es que, al margen de especulaciones, «ninguna prueba de la complicidad del rey, aparte de aquel breve telegrama, fue jamás presentada»[122], pero los ataques contra él habían adquirido una virulencia muy difícil de parar. Las responsabilidades eran la única cuestión que interesaba, y para esas fechas, los contrarios al sistema habían conseguido que la monarquía apareciese indisolublemente identificada con ellas. Es verdad también, hay que reiterarlo, que su excesivo interés por las cuestiones, a veces muy internas, militares no le benefició en nada. Pero, posiblemente, Silvestre «era por sí mismo suficientemente ambicioso de la noble gloria de avanzar y vencer»[123] como para necesitar estímulos.

Cada uno de los debates ha ido erosionando más y más la posición del gabinete. El 4 de diciembre, se produce una crisis parcial, motivada por la dimisión de dos ministros –Fernández Prida, de Estado, y Ordóñez, de Gracia y Justicia–, por haber desempeñado cargos ministeriales con Allendesalazar, ya abiertamente amenazado a través de la proposición de Cambó[124]. Por los mismos motivos, presenta su renuncia Bugallal, el presidente del Congreso. Sánchez Guerra acude a Palacio, para plantear la crisis total. Alfonso XIII, sin embargo, le renueva la confianza, por lo que constituye como puede otro Gobierno, en el que cambian de manos hasta cinco carteras de las nueve que tenía desde que el presidente asumió la de Guerra.

El 5, se presenta con su nuevo equipo ante un Congreso del que ha perdido todo control. Cierva[125] describe bien el ambiente, hablando de «atmósfera [...] densa», de que «la mayoría [se sentía] amenazada y oprimida» por las minorías,

118 Ibíd., de 3 de noviembre de 1921.
119 Ibíd., de 11 de noviembre de 1921.
120 *Diario del Senado* de 2 de diciembre de 1921.
121 Julián Cortés Cavanillas, *Confesiones y muerte de Alfonso XIII,* Madrid, 1951, pág. 64.
122 Payne, pág. 148. Se refiere al conocido y estentóreo telegrama de felicitación.
123 *Notas de mi vida,* pág. 286.
124 Para la posición de este personaje político durante aquellos días, ver Pabón, vol. II, 1.ª, págs. 400-418.
125 Cierva, pág. 287.

pero, como es común en él, exagera cuando afirma que, cuando hizo una intervención, «desde mis primeras palabras, llenas de fuego, la mayoría se orientó y se sintió defendida y representada; ni uno solo de los diputados dejaba de aplaudir clamorosamente». Se recuerda más un brutal incidente que tuvo con Cambó, al que en el calor del debate, y en su afán de desmontar sus argumentos, acusó apenas veladamente de prevaricación. Casi llegó a un enfrentamiento físico, que luego fue desmentido para salvar las apariencias.

Ante el hemiciclo soliviantado, Sánchez Guerra grita entonces: «¡no hay gobierno, pues yo marcho desde aquí a palacio a presentar la dimisión!»[126]. Aguirre de Cárcer, testigo de los hechos, describe la tumultuosa escena y cuenta cómo, en medio del alboroto, «un diputado republicano, subido en su escaño, aprovecha la ocasión para lanzar injurias contra el rey». Curiosamente, el discurso de Cierva, que tanto impresionó a su propio autor, a él le pareció una «desgraciada intervención»[127].

Al día siguiente, las Cámaras suspenden sus sesiones[128]. Así feneció otro Gobierno más, víctima de Annual. Con él, tras el fracaso de la opción de un Maura cada vez más amargado, caía otra alternativa viable. El sistema se estaba quedando sin cartas que jugar.

Entra el Consejo Supremo

Mientras se producían esos dramáticos acontecimientos, la causa abierta por el Consejo Supremo había seguido su camino, y el instructor continuaba actuando como tal. A su trabajo se añadirían, en las siguientes semanas, el adicional que suponía enviar a las Cámaras el material que paulatinamente irán pidiendo. Por ejemplo, el 30 de septiembre, Ayala responde a Aguilera[129] sobre una solicitud del Congreso. El Expediente Picasso, le dice, ocupa «más de mil folios»; para entresacar de ellos los testimonios que se le han requerido, necesita más personal auxiliar. El 1 de octubre se le cedieron al efecto cinco mecanógrafos; el 10, anuncia ya el envío de dieciocho interrogatorios[130].

En el desempeño de su cometido, el instructor Ayala topaba con una dificultad inicial. De los tres encausados, uno, Navarro, se encontraba prisionero en manos de Abd el Krim; el segundo, Silvestre, estaba desaparecido y, según todos los indicios, había muerto, y el tercero, Berenguer, debido a su condición de senador vitalicio nombrado por el rey, estaba, por el momento fuera de su jurisdicción.

[126] *Diario del Congreso* de 5 de diciembre de 1922.
[127] Págs. 31-33. En cuanto al diputado que alude, se trataba de Prieto.
[128] *Diario del Congreso* de 6 de diciembre de 1922.
[129] AHN, TS, 51 N 27, folio 166.
[130] Ibíd., folio 170.

Era preciso, pues, enviar un suplicatorio previo a la Cámara Alta para que concediera la oportuna autorización.

Es por eso que el 24 de noviembre dirige un escrito de doce páginas al Consejo. Incluye seis «resultandos» y hasta trece «considerandos». Desarrolla en ellos la tesis de la responsabilidad del alto comisario en su calidad de general en jefe, descarga sobre él una batería de acusaciones: incumplir su «obligación de saber todo lo que sucedía en el Protectorado»; «no providenciar nada» desde que el fracaso en la Loma de los Árboles indicaba que la situación en el frente se complicaba; haber sido «sorprendido» por los acontecimientos, por haberse «obstinado en no dar la importancia que en realidad tenían los desgraciados combates» anteriores a Annual; «gestionar» y «aconsejar» las capitulaciones de Nador y Arruit, a pesar de la matanza producida en Zeluán; no socorrer a esas posiciones, y mostrar «lenidad» ante los jefes y oficiales que llegaban a Melilla «en vergonzoso estado de abatimiento, producido por su falta de energías, asimismo acobardado y ninguna disciplina ni espíritu militar [sic]».

A la vista de ello, estima que Berenguer ha incurrido en los supuestos del artículo 275 del Código de Justicia Militar y que «por omisión y negligencia ha faltado en todas sus partes» a distintos mandamientos del Reglamento para el Servicio en Campaña. Naturalmente, juzga «que hay fundamentos bastantes para acordar su procesamiento en esta causa», por lo que se necesita el consentimiento del Senado.

Resulta preciso indicar, no obstante, que, sin esperarlo, Ayala ya estaba trabajando. Así, en el mes de julio había remitido a Berenguer un largo cuestionario por escrito sobre su gestión, que el general recibió el día 12. Con toda justificación, la iniciativa le molestó extraordinariamente[131]. De un lado, cuando se le envió era todavía alto comisario y general en jefe, por lo que el interrogatorio le tendría que haber llegado a través del ministro de la Guerra o del de Estado. De otro, incluye peticiones de datos que hubiera sido más lógico solicitar al Estado Mayor de Melilla, y no a un individuo, por muy elevada que fuera su posición en el momento. Como para entonces Berenguer ya había dimitido, tuvo que rogar a sus antiguos subordinados que le remitieran la documentación oportuna, que el juez instructor habría podido obtener directamente.

No obstante, contestará, el 23 de septiembre. Las respuestas, muchas de ellas muy extensas y a veces prolijas, recogen el punto de vista de su autor y constituyen una fuente esencial para los sucesos de julio en la zona occidental, a la que se ha acudido con frecuencia en este trabajo.

El 6 de noviembre, el Consejo, tras estudiar el informe de Ayala y considerando que del sumario se desprenden «negligencias que ocasionaron graves daños», lo que «justifica plenamente la propuesta de procesamiento», acuerda remitir el

[131] Ibíd., 51 N 2, folios 318v-320. La carta de Berenguer a Ayala es de 12 de septiembre de 1922.

preceptivo suplicatorio al Senado[132]. Así se hizo, el día 13, vía el Ministerio de la Guerra, que lo reenvió a la Cámara Alta el 14.

El miércoles 15, Berenguer pide la palabra en el salón de sesiones. Ruega que la solicitud «cuanto antes se discuta». Está indignado y cansado del «ambiente» que reina en Madrid, de los «deshonores tan excesivos». Se queja de «siendo yo todavía general en jefe, recibí del Consejo Supremo un interrogatorio», enviado «por órdenes de no sé quién». Continúa: «no tengo noticia de las causas que se siguen, por qué, ni por quién [...] a mí nadie me ha dicho una palabra [...] Ha llegado a mi noticia que [...] en el Congreso existe un expediente que instruyó el señor Picasso [...] no estoy enterado con detalle»; se reconoce «desorientado» ante todo ello. Por tanto exige al Gobierno que se pronuncie sobre varias cuestiones. La principal, si se puede procesar a un alto comisario «sin orden o autorización especial y expresa del gabinete»; otras, menos hábiles, se refieren al criterio del ejecutivo en materia de suplicatorios y de competencias del Senado.

Sánchez Guerra, profesoral y condescendiente, le rebate: «en esta materia de suplicatorios puedo jactarme de ser algo especialista, porque sobre la inmunidad tengo muchas prendas soltadas, muchas conferencias y discursos pronunciados y muchos folletos publicados». En cuanto a la respuesta a la primera pregunta, es un apabullante y seco «sí».

Mostró su disconformidad Berenguer, obviamente incómodo en terreno tan favorable al curtido parlamentario que era el presidente. El Consejo Supremo no puede tomar la iniciativa de encausar a un general en jefe; solo el Gobierno puede hacerlo[133].

El Senado desplegó en lo que respecta al suplicatorio una actividad desusada, nombrando rápidamente una comisión para que examinara el caso. No faltó quien se extrañara ante tanto ardor, cuando había otras peticiones similares «durmiendo el sueño de los justos» desde hacía años[134]. Al parecer, además, actuaba la Cámara en este asunto a falta de datos importantes. Prueba de ello es que todavía el 1 de diciembre se solicitaba del Gobierno la remisión del expediente Picasso y de diversa documentación de la que se carecía[135], aparte de la que había sido enviada el 12 de noviembre. La respuesta de Sánchez Guerra es singular. Solo se hicieron las copias justas de ese expediente para la comisión del Congreso, hasta el punto que él mismo ha tenido que solicitar prestado un ejemplar a uno de sus miembros. No obstante, afirma, se atenderá a la petición.

---

132 Ibíd., 51 N 6, folios 1597-1603 para el escrito del instructor, y 1604-1605 para el acuerdo del Consejo.

133 *Diario del Senado* de 15 de noviembre de 1922 para ese debate.

134 Ibíd., de 29 de noviembre de 1922, intervención del conde del Moral de Calatrava.

135 Ibíd., de 1 de diciembre de 1922. Incluye un rico apéndice extraordinario de 143 páginas en el que se reproduce la documentación que, con fecha de 12 de noviembre, había remitido el Consejo Supremo. Gran parte de ella son interrogatorios a generales, jefes y oficiales realizados por Ayala. También figuran los informes de los fiscales militar y togado.

Cumplió su palabra; el día 2, un exasperado Ayala informa, en relación con las solicitudes de senadores, que no es posible «hacer del expediente […] un extracto distinto del resumen que formuló en su día» Picasso; recuerda, también, que todavía no ha terminado de mandar la documentación pedida por el Congreso[136], a pesar de que a lo remitido el 10 de octubre añadió una segunda remesa el 30[137].

La comisión senatorial nombrada al efecto trabajó a tambor batiente, a pesar de haber quedado reducida a seis miembros tras las dimisiones que presentaron otros tres, de forma que el 5 de diciembre ya se estuvo en condiciones de leer el dictamen que había elaborado, por el que se concedía el suplicatorio –en contra de su inveterada práctica de denegarlos–, así como el texto de un voto particular[138]. Sin embargo, con olvido tanto de «la emoción trágica» con que España entera vivía lo relacionado con el desastre, y de la «malsana opinión que está envenenándolo todo y perturbando al país»[139], la sesión se agotó en discusiones doctrinales y procedimentales.

El 6, como es sabido, se produjo la crisis, dándose lectura en el hemiciclo a una carta de Sánchez Guerra, poniendo esta circunstancia en conocimiento del Senado, que al punto suspendió sus trabajos. No se volvería a reunir hasta pasadas las elecciones, con lo que el suplicatorio quedó sin respuesta oficial. Luego, en el Ateneo, Prieto dirá que la caída del Gobierno «no tuvo otro objeto que cortar el debate sobre las responsabilidades y el curso del suplicatorio contra Berenguer», y acusará de ello, fiel a su línea, a «determinada personalidad»[140], en transparente referencia al rey. Annual seguía pasando facturas.

---

[136] AHN, TS, 51 N 27, folio 198.

[137] Ibíd., folio 194.

[138] *Diario del Senado*, apéndice 2.º del número de 28 de noviembre y apéndice único del de 29 de noviembre de 1922, respectivamente, para el dictamen y el voto particular. Este último también concedía el suplicatorio, pero a favor del Tribunal Supremo, no del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

[139] Ibíd., de 5 de diciembre de 1922, intervenciones, respectivamente, de los senadores Roig y Bergada, y marqués de Santa María.

[140] Aguirre de Cárcer, pág. 71.

Capítulo XIII
El proceso
(1923-1924)

Capítulo XIII
El proceso
(1923-1924)

Los suplicatorios

Al menos, el nuevo Gobierno, presidido por García Prieto, se constituyó rápidamente, el 7 de diciembre, en gran parte porque, previendo los acontecimientos, representantes de las distintas sensibilidades liberales habían alcanzado un acuerdo con anterioridad. «Nos repartimos las carteras como los chicos se reparten una merienda», recuerda Romanones[1], pesaroso ante tanta inconsciencia. Se ha escrito, sin embargo, pero por pluma no imparcial, que fue el propio rey el que estimuló su urgente formación, diciendo a García Prieto: «el problema para mí es llegar al 11 de mayo sea como sea», aludiendo a la fecha en que el príncipe de Asturias llegaría a la mayoría de edad, lo que descartaba una regencia en caso de su abdicación. Más tarde, Alfonso XIII habría dicho que la frase fue solo «una ocurrencia»[2].

En realidad, fracasadas ya todas las otras alternativas, iba a ser «el último episodio de la normalidad constitucional»[3]. Si la llamada «concentración liberal», que alineaba en el gabinete a figuras de la talla de Alba, en Estado; Alcalá-Zamora, en Guerra, y Romanones, en Gracia y Justicia, no salía adelante, se carecía de fórmula de recambio.

Ajeno a las vicisitudes políticas, Ayala proseguía su trabajo, sin detenerse ante la falta de respuesta al suplicatorio, y amparado en que, formalmente, no había aún acusación alguna contra Berenguer. Más de 6.000 folios son el mejor monumento a su actividad, de una amplitud mayor que la de Picasso. Este, por la premura de tiempo, había actuado únicamente en Melilla, y durante el tercer cuatrimestre de 1921. Ayala, en cambio, además de contar como base para sus investigaciones lo ya hecho por su antecesor, dispuso de más tiempo y extendió su labor a España entera. A cambio, las decenas de testimonios que recabó carecían del vigor de los obtenidos por Picasso a los pocos días del desastre, provenientes

[1] Pág. 201.
[2] Alcalá-Zamora, pág. 289.
[3] Maura y Fernández Almagro, pág. 361.

de hombres que todavía conservaban en sus ropas el polvo, el horror y la sangre de lo que acababan de vivir.

Para dar una idea de hasta dónde llegó la minuciosidad del instructor y de su modus operandi, se citarán nada más que dos casos, entre los muchos que hay. Pero antes, y solamente para reflejar lo engorroso de todo el procedimiento, se mencionará lo que suponía un ejemplo «normal», con un mínimo de complicaciones. Para efectuar un interrogatorio, se oficiaba al capitán general de la región militar correspondiente, quien designaba a un juez, que, a su vez, nombraba a un secretario, y se remitía un cuestionario. Luego, el juez pasaba un oficio al superior del interesado, pidiéndole que le ordenara comparecer. Hechas y contestadas las preguntas, se remitían al Consejo. En un caso sencillo, los trámites podían durar dos semanas[4].

Pero las cosas podían ser menos fáciles. Fue lo que sucedió cuando se intentaron corroborar unas afirmaciones de Fernández Tamarit en el sentido de que en Batel «habían sido increpados duramente unos oficiales por su conducta». Ayala quiso conocer más detalles, y encargó al juez instructor de la Capitanía General de la 1.ª región militar que hiciera una serie de preguntas a los capitanes Mariano Pinilla y Antonio Ochoa.

Para convocar al primero, y tras nombrar secretario, se dirigió al coronel del regimiento España, en el que estaba destinado Pinilla, quien le dijo que aquel se encontraba en el hospital militar de Carabanchel, curándose de heridas recibidas en combate el 5 de junio de 1923. Ofició entonces al director de dicha institución, mencionando, por error, que estaba allí enfermo, no herido. Se le contestó que había sido enviado al de Segovia, por lo que hubo que recurrir a un comandante de Artillería, juez eventual de esa plaza, quien, al fin, pudo hacer el interrogatorio. Pinilla identificó a un alférez del África, y, además, mencionó que «vio allí como fugitivo» a un capitán de Intendencia, «quejándose de que venía medio muerto, no trayendo herida alguna». En conjunto, el trámite se desarrolló entre el 9 de julio y el 24 de agosto de 1923[5].

En cuanto a Ochoa, se le buscó en la calle Castelló, número 33, de Madrid; luego, en El Escorial y, por fin, se le encontró en Figueras. Alegó no poder dar mucha información, por el tiempo transcurrido y «por el nerviosismo especial que caracterizaba los comentarios escuchados» en Melilla. Confirma que oyó a Tamarit lamentarse «de la conducta dudosa de, aunque escasa, significativa porción de la oficialidad», pero puntualiza que criticaba sobre todo a mandos de la Policía Indígena «por haber sido estos oficiales pocos meses antes los juzgadores del honor de su hijo, que servía en aquellas fuerzas», lo que es un buen recordatorio de la subjetividad inherente a las declaraciones. Todo ello sucedió entre el 11 de agosto y el 18 de septiembre de 1923[6].

[4] Ver, por ejemplo, en AHN, TS, 51 N 12, folios 3295-3302, el caso del teniente de Sanidad Francisco González de Miranda, que transcurre desde el 21 de febrero de 1923 al 6 de marzo.

[5] Ibíd., 51 N 18, folios 5688-5698.

[6] Ibíd., folios 5703-5710v.

La circunstancia de que el interesado hubiese dejado el ejército no era obstáculo para los investigadores. Así, por ejemplo, se buscó y encontró en Barcelona, a pesar de que se había dado una dirección postal equivocada, a Domingo Tortosa, soldado licenciado del regimiento de África, de oficio laminador, y se realizó el pertinente interrogatorio, el 10 de mayo de 1923[7].

Hasta los prisioneros, cuando se los liberó, tuvieron que contestar a una lista de preguntas, incluida una sobre el comportamiento observado por sus compañeros durante el cautiverio. Se ordenó cuestionar «minuciosamente» a los que habían estado, en concreto, en el asedio de Arruit, pidiéndoles su opinión sobre la actitud de Navarro, tanto durante la retirada como en el transcurso del cerco. Al menos, se recomendaba a los jueces «la mayor actividad», «para que los que no resulten encartados puedan marcharse libremente al punto que deseen»[8]. Por cierto, en una relación de prisioneros aparece un soldado, Miguel Narváez, como «presunto demente». El celo de los indagadores fue tal, que se necesitó un certificado médico para establecer que sufría «melancolía, encontrándose en la actualidad imposibilitado para prestar declaración dada la perturbación de sus facultades mentales, no pudiendo precisar exactamente el tiempo que tardará en poder declarar»[9].

A fines de enero tuvo lugar uno de los pocos acontecimientos felices, aunque también fue amargo, de esos tristes años, cuando, al fin, Abd el Krim accede a poner en libertad a los prisioneros tras largas y complicadas negociaciones[10] en las que intervinieron desde Dris ben Said hasta la Cruz Roja, pasando por un ingeniero amigo del hermano del dirigente rifeño. Correspondió cerrarlas, mediante el pago de cuatro millones de pesetas y la liberación de más de cuatrocientos rifeños capturados, a Echevarrieta, un empresario con intereses en Marruecos. Para entonces, más de 150 hombres habían muerto, víctimas de las enfermedades y de los malos tratos[11]. Se trató de un episodio muy poco airoso para España, en el que Berenguer, justo es anotarlo, mostró una mayor sensibilidad que la clase política, que no supo gestionar el problema, aunque se debe mencionar que, inicialmente, un sector de la prensa también se oponía a que se realizase la operación[12], por el

---

7 Ibíd., 51 N 16, folios 4465 y ss.

8 Ibíd., 51 N 15, folio 3855, oficio de 4 de febrero de 1923. El cuestionario, en folio 3857.

9 Ibíd., 51 N 12, folio 3198. La relación de «soldados ex prisioneros», en folio 3082.

10 Ver Manuel Cerezo Garrido, *El rescate de los prisioneros,* Melilla, 1922.

11 Ayache (1996), págs. 226-227, intenta justificar parcialmente esas muertes, la mayoría de las cuales se deben exclusivamente a la crueldad de los captores. Excelentes relatos de las durísimas condiciones de vida de los prisioneros son Francisco Basallo, *Memorias del cautiverio,* Madrid, 1923, la obra de Sainz Gutiérrez, y la de Pérez Ortiz. Parece, no obstante, que no hubo una política de crueldad sistemática, y que el trato recibido dependió en buena medida del carácter de los guardianes. Algunos periódicos reconocerían que los maltratos no habían sido tan generalizados como se temían.

12 Por ejemplo, *El Heraldo,* que el 5 de diciembre de 1921 publicó, basándose en cálculos poco fundamentados, que la entrega de los cuatro millones costaría 8.000 bajas españolas.

temor, compartido por muchos, Maura entre ellos, de que los rifeños dedicasen el dinero del rescate a armarse. Hay que remontarse a lo sucedido con los prisioneros en Filipinas, en 1898, para recordar un caso igualmente bochornoso.

Para la opinión pública española, tan castigada por desgracias marroquíes, el retorno de los compatriotas cautivos, diezmados, enfermos, maltratados, harapientos, desasistidos durante un año y medio, fue un trauma desgarrador. La lectura de algunos periódicos permite calibrarlo. *ABC,* uno de los más militantes, habló de «postrera afrenta, tan bochornosa, tan degradante, tan inicua», que exigía «venganza, y no justicia, porque la palabra justicia es demasiado noble»[13].

En su indignación, proponía que la Armada y la aviación arrasase los aduares de Beni Urriaguel, llegando a afirmar que «el ejército y la armada [...] está [sic] en el caso de manifestar, respetuosa, pero resueltamente, el propósito de cumplir con su deber»[14].

Más moderado, otro periódico conservador aconsejaba «sujétense los nervios», y estimaba que «sería torpeza insigne en los gobernantes dejarse arrastrar por los nervios»[15]. Ve, en cambio, en lo sucedido, una oportunidad no para las represalias, sino para emprender una «magna labor de reconstitución»[16], en lo que coincide con un colega de distinta orientación, que piensa que se está ante «un instante decisivo» que debe ser «el principio de una obra de reconstitución interna», olvidando «la huera y sonora patriotería»[17].

De esa manera, el debate despierta, de nuevo, anhelos regeneracionistas, nunca satisfechos, así como ecos del Desastre del 98, nunca asimilado. Huyendo del nefasto «honra sin barcos», se advierte[18] que un «error grande, que ha producido daños incalculables, es el de estimar como campaña de honor militar lo que es sólo ejercicio de un mandato internacional de Protectorado. No, el honor del país y el honor del ejército están por encima» de ello.

Muchos no dejaron pasar la magnífica oportunidad de atacar el sistema. Unamuno[19] es uno de ellos: «España no ha perdido la guerra. La guerra la ha perdido el reino de España, lo que llamamos el régimen, que no es lo mismo». *El Sol*[20], por su parte, ataca al pilar fundamental de la monarquía. Tras censurar que «con pretextos de patriotería» no se hubiese emprendido antes la vía negociadora, lo que había costado muchas vidas, sostiene que «cuando no se es capaz de defender el buen nombre de la Patria, por lo menos hay que defender los vientres de las mujeres del terrible ultraje», aludiendo a los rumores de violaciones de cautivas.

[13] Ediciones de 31 de enero de 1923, editorial en págs. 3 a 7, y de 4 de febrero, pág. 15, respectivamente.
[14] Edición de 3 de febrero de 1923, pág. 9.
[15] *La Época* de 3 de febrero de 1923.
[16] Ibíd., de 2 de febrero de 1923.
[17] *El Heraldo de Madrid* de 30 de enero de 1923.
[18] *La Época* de 5 de febrero de 1923.
[19] Artículo en *España* de 10 de febrero de 1923, págs. 2 y 3.
[20] Edición de 30 de enero de 1923.

Sin apuntar tan alto, se utilizó lo sucedido en la fratricida lucha política: «un gobierno liberal ha realizado en enero de 1923, valiéndose de republicanos [en referencia a Echevarrieta], lo que debieron hacer los conservadores antes de la Navidad de 1921»[21]. *La Libertad* aprovechó la circunstancia para destacar que «en ninguna de las empresas acompañó la fortuna a los gobernantes de que se sucedieron de julio del 21 a diciembre del 22», y exaltar a su principal mentor, Santiago Alba, considerado como el principal artífice de la negociación. Incluso perpetró un poemilla en su honor[22]:

Con talento y corazón
Ha puesto todo su empeño
En dar fin a un triste sueño
Que agobiaba a la nación.

Habla, también, de dos Españas, la que pensaba en «resarcimientos por la fuerza» y la que preconiza «la contrición pacífica, la exigencia de responsabilidades».

Pero el sentimiento más extendido es el de cansancio y de frustración generado por la desproporción entre los sacrificios y los frutos obtenidos: «el plan de campaña reconquistador tuvo resultados tan ínfimos, en comparanza con el esfuerzo nacional, que en mayo [de 1922] hubo que tenerlo por fracasado»[23]; «el rescate de los cautivos ha acabado definitivamente con la política que preconizaba la conquista militar de Marruecos […]; ha sido como tener que apurar las últimas heces de sus fracasos»[24]; «cuando la nación, movida por un alto espíritu patriótico, se prestó a dar con gran entusiasmo sus hijos y su dinero […] no esperaba el resultado que ha tenido su generoso esfuerzo […], este último y triste capítulo de una historia trágica»[25]. Incluso *ABC*[26] admitía que «con este tristísimo epílogo se cierra la campaña que siguió al derrumbamiento, y entre la fecha de anteayer y la fecha de julio de 1921 queda perdido y en escarnio el esfuerzo de la nación, el envío de 150.000 hombres y el gasto de muchos centenares de millones de pesetas».

Había que iniciar «una nueva senda»[27], que no podía ser otra que el retraimiento militar para dar paso a la acción civil, tanto por la incapacidad demostrada de acabar con los rifeños porque «mantener éste [el ejército de Marruecos] significa la ruina económica de España». Se recordaba que «las contribuciones directas suben desde 1918 en un 64 %; las indirectas, en un 170 %»[28], y no era posible seguir sosteniendo ese esfuerzo.

[21] Artículo de Castrovido en *La Voz* de 31 de enero de 1923.
[22] Ediciones de 31 de enero y de 2 de febrero de 1923, respectivamente.
[23] *El Imparcial* de 1 de febrero de 1923.
[24] Araquistaín, en *La Voz* de 1 de febrero de 1923.
[25] Artículo de Sánchez Pastor en *La Vanguardia* de 1 de febrero de 1923, pág. 12.
[26] De 29 de enero de 1923, pág. 7.
[27] *El Sol* de 2 de febrero de 1923.
[28] *El Heraldo de Madrid* de 3 de febrero de 1923.

En la atmósfera de recelo sistemático hacia los políticos que se vivía en España entonces, todo se desenvolvió, además, entre torvas suspicacias. Hubo así muchos los que pensaron, y dijeron, que el Gobierno no estaba interesado en la libertad de Navarro, por miedo a las revelaciones que pudiera hacer, posiblemente en relación con la presunta responsabilidad del rey en el desastre.

También, no se podía esperar otra cosa, se establecieron paralelismos entre la impotencia de libertar a los prisioneros y la de auxiliar Arruit. Por ejemplo, el conde de Coello de Portugal, ministro con Maura y militar, escribió al respecto: se «pudo y debió» rescatar a los cautivos por la fuerza de las armas, «como se pudo y se debió ir a socorrer a los sitiados en Monte Arruit»[29]. Era un mal augurio para Berenguer.

Los conservadores, por su parte, procuran cubrirse ante el alud de críticas. «Un ministro calificadísimo del gabinete Allendesalazar» confesaría[30], mintiendo, si sus pretendidas declaraciones son ciertas, que «el gobierno previamente había dado dos órdenes: una, que se socorriese a la posición a todo trance; otra, que la guarnición se defendiera hasta la muerte», lo que es absolutamente falso. Continuó diciendo que se autorizó a capitular solamente porque Navarro dijo que su situación era insostenible. Empezaba de esa manera para el general un nuevo calvario, no más misericordioso que el sufrido durante el cautiverio.

La corriente pacifista desencadenada afectó de forma directa al Ejército, ya que se estimó que la humillación que suponía el pago del rescate se debía exclusivamente a la incapacidad de obtener su liberación por la fuerza. Tuvieron que dolerle profundamente artículos como el firmado por del Olmet, titulado «General Echevarrieta»[31], en el que se llamaba a los generales «maniquíes vestidos de máscara» y se indicaba que «después de 18 meses nos damos cuenta de que únicamente los hombres civiles, y de un modo civil, pueden intentar el rescate de los prisioneros». Dado que Santiago Alba apareció ante la opinión como el artífice de la liberación, muchas iras militares se concentraron en él.

En un telegrama inusual, el comandante general de Melilla manifestaba al ministro de la Guerra que el malestar entre todos los mandos «se ha agudizado extraordinariamente», «al arreciar en la Prensa los ataques a la actuación del ejército para ensalzar el éxito logrado por la intervención civil en el rescate». Advertía «que ha habido temperamentos exaltados que acariciaban las más temerarias y quizás antilegales empresas», a los que había controlado, pero transmitía el deseo de sus subordinados de realizar una operación sobre Alhucemas, al tiempo que rogaba que el Gobierno «prohibiera» que continuara «esa campaña de difamación antiespañola y antipatriótica».

---

[29] Artículo en *ABC* de 4 de febrero de 923, pág. 16.
[30] Ibíd., edición de 28 de enero de 1923, págs. 19 y 20.
[31] *El Heraldo de Madrid* de 27 de enero de 1923.

La *Historia de las campañas de Marruecos*[32], donde se reproduce dicho telegrama añade que ni el ministro, «ni sus compañeros de gabinete supieron o pretendieron [sic]» vetar «esas enconadas opiniones».

Naturalmente, para Abd el Krim, que resultó enormemente reforzado por la operación, todo ello era una verdadera bendición. Se benefició, en efecto, no solo de los fondos recibidos, que le permitieron incrementar tanto su influencia como su armamento, sino también del prestigio que le confirió haberse permitido el lujo de negociar con España de poder a poder, imponiendo sus condiciones. Como si ello no bastara, jugaban a su favor la profunda depresión moral y el desaliento que en la península había producido el deplorable episodio del rescate, apagando los pocos rescoldos de ardor guerrero que aún quedaban.

Fueron 325 los prisioneros que alcanzaron la ansiada libertad, encabezados por el bizarro general Navarro y por el coronel Araujo, que no lo era. A ellos, hay que añadir otros 350 militares y civiles rescatados por gestiones de la Policía en los meses siguientes al desastre, a un coste medio de 28 pesetas, junto a 50 más, por los que se pagó unas 63[33]. Luego subió el infame precio. En agosto de 1922 aviones españoles sobrevolaron el Rif lanzando octavillas en las que se ofrecían 50.000 pesetas por un general, que no podía ser otro que Navarro; 20.000 por un jefe u oficial y 5.000 por un soldado o un civil.

Casi no es preciso decir que, dentro de las propias filas castrenses, personas como Pérez Ortiz explotaron la ocasión para airear, a través de declaraciones a la prensa, sus opiniones, censurando a sus superiores y encomiando su propia labor, lo que debió profundizar el desgarro interno de la institución.

A efectos del Consejo Supremo, la liberación significaba que Navarro a partir de entonces caía bajo su jurisdicción. Manifestó una urgencia casi indecente en convocarlo, habida cuenta de que el general había estado sometido durante meses a una experiencia muy dura, que incluyó haber estado encadenado a una pared, a lo que había respondido silbando la *Marcha Real* mientras le ponían los grilletes. Con absoluta indiferencia hacia esas circunstancias, el 8 de febrero, cuando llevaba nada más que unos días en Melilla, se reclamó «su inmediato embarque» para la península, a fin de que se pusiera «a la disposición del general Ayala, que así lo solicita». El 16, el comandante general contestaba: «general Navarro me comunica que, restablecido ya por completo, espera salir mañana sábado». El 17, lo confirmó: «sale esta tarde»[34]. Sin duda, el defensor de Monte Arruit se merecía un trato diferente, pero Ayala era implacable.

---

32 Vol. III, págs. 581-583.

33 Ibíd., en nota en págs. 576-578, figura una relación nominal de los liberados en enero de 1923; Riquelme facilitó los «precios» y los nombres de los rescatados por la policía (*La Comisión de Responsabilidades,* págs. 242-251).

34 AHN, TS, 51 N 27, folios 207-2013.

El 23 de febrero ya estaba declarando ante el instructor, y continuó haciéndolo el 1, el 2, el 3, el 7, el 9, el 10, el 12, el 15, el 16 y el 17 de marzo, a lo largo de decenas y decenas de folios.

Berenguer, a quien no se le dispensó mejor trato, aludirá a su compañero de armas cuando, a su vez, responde a una citación similar. Al anunciar que acudiría, comunicará en telegrama de 4 de agosto que lo hace «dado precedente general Navarro»[35], dejando así traslucir su descontento. Tenía razones sobradas. Al margen de que tuviera o no responsabilidad en todo lo sucedido en la zona oriental, fue muy evidente que se le dejó al frente de la muy difícil situación inmediatamente posterior, y que solo cuando estaba ya prácticamente restablecida, se provocó o se dio curso a su dimisión.

Es asimismo indiscutible que había desempeñado responsabilidades muy superiores a las que le correspondían por su grado de general de división. La circunstancia de que sucesivos Gobiernos le hubiesen mantenido en ellas indicaba, por definición, que le consideraban la persona más adecuada, a pesar de su posición relativamente modesta en la cúpula del Ejército. Incidentalmente, lo mismo se podría decir de casi todos los mandos importantes en la campaña de reconquista, que fue dirigida por generales de brigada y coroneles que manejaron fuerzas mucho más numerosas de lo previsto en los reglamentos para sus empleos respectivos.

Lo cierto es que el grueso de los militares prefirió mantenerse al margen de aquellas operaciones, difíciles y peligrosas.

Tuvo que ser infinita su amargura al recordar, desde su presente situación, los halagos que le habían llovido en otros tiempos, cuando era el hombre providencial, cuando se le necesitaba en Melilla. Entonces, Alcalá-Zamora había elogiado «su prudencia, su parsimonia»; Canals le había calificado de «absolutamente insustituible […] El único general español en condiciones de vigor físico que ha acreditado hasta ahora prudencia y aplomo»; a Fanjul, incluso, la «parsimonia» de sus operaciones le parecía poca, dadas las difíciles circunstancias[36]. Pero había cambiado el viento, y la mayoría de la clase política, los conservadores de Sánchez Guerra, los liberales de García Prieto, después, se inclinaban dóciles ante los nuevos aires.

Tras meses de indagaciones, el 3 de abril de 1923, Ayala se consideró ya en condiciones de dictar el procesamiento de Navarro. Lo hizo en una diligencia[37], con seis «considerandos», cada uno de los cuales era un ataque. Se le acusaba de no tomar la Loma de los Árboles, el 16 de junio; de no emplearse a fondo en la conducción del convoy a Igueriben, el 21 de julio; de no dar las órdenes más acertadas a las columnas de Cheif, Dar Quebdani y Zoco el Telatza, y de haber

[35] Ibíd., folio 240.

[36] *Diario del Congreso* de 8, 11 y 15 de noviembre de 1921, respectivamente, para las tres intervenciones.

[37] AHN, TS, 51 N 13, folios 3545-3546v.

salido de Arruit, abandonando a sus soldados. Todos ellos, sostiene, eran indicios de la negligencia por omisión tipificada en el artículo 275 del Código de Justicia Militar. No deja de llamar la atención, sin embargo, que algunas de las críticas se basaban en opiniones de Ayala, más que en hechos, y que entraba en consideraciones de estrategia en las que, ciertamente, estaba poco cualificado; menos, en todo caso, que el general al mando.

Como conclusión, el instructor anunciaba que había dispuesto «declarar procesado en esta causa» al general Navarro, «el cual quedará por ahora en libertad provisional». El 5, comunicaba esta decisión a Aguilera, para su traslado al ministro de la Guerra[38].

Navarro contestó tres días después, argumentando que la Loma de los Árboles «no tenía importancia alguna como posición definitiva»; que después de Abarrán, establecer una nueva posición era cuestión delicada, que escapaba a su competencia y, finalmente, que Silvestre aprobó lo que hizo. Respecto al convoy, indicó que hubiera sido imprudente emplear todas las tropas, cuando «tenía la certeza» de que el enemigo esperaba que desguarneciese Annual para conquistarlo. Era preferible aguardar a los refuerzos que traía el comandante general, sostuvo. En cuanto a las columnas independientes, «haber pretendido, en momentos tan difíciles, dirigir al detalle movimientos de columnas tan débiles, en país tan extenso y traicionero, no pasó ni por un momento por la imaginación del recurrente». Respecto a Arruit, la capitulación ya se había cerrado cuando fue capturado, y, en cualquier caso, «la resistencia moral y la física habían llegado a su límite máximo».

Ayala y el fiscal militar despacharon estas consideraciones, y la petición de sobreseimiento que les acompañaba, con un despectivo comentario en el sentido de que no aportaban nada y que, además, solo estaban respaldadas por el propio Navarro, tesis que sustentó el Consejo[39].

El 21 del propio mes de abril, el instructor citaba al general para la oportuna notificación, que se llevó a cabo el 24, dándole lectura el secretario de los documentos del caso, y entregándole copia, todo lo cual ratificó Navarro con su firma[40].

El caso de Berenguer, dada su condición de aforado, presentaba mayores complejidades, al ser requisito previo a su procesamiento contar con la autorización del Senado, de la que se carecía porque, como se dijo en el Consejo Supremo de Guerra y Marina el 4 de junio, había quedado «disuelta la parte electiva de la Alta Cámara sin haber proveído sobre la misma». Incluso era cuestionable que se hubiera realizado, como se hizo un primer interrogatorio sin contar todavía con esa aquiescencia. El mismo día se acordó reiterar el suplicatorio, lo que se hizo, a través del ministro de la Guerra, el 5[41].

---

[38] Ibíd., 51 N 27, folio 214.

[39] Ibíd., 51 N 15, folios 3820-3823v para las alegaciones de Navarro y la reacción ante las mismas.

[40] Ibíd., folios 3824.

[41] Ibíd., folios 4542v-4544.

El 28 de junio, el Senado respondía, concediéndolo, basándose en el dictamen de 28 de noviembre del pasado año[42]. La autorización, sin embargo, no dejó de tener un coste para el Gobierno, ya que se produjo tras un intenso, y a veces áspero debate iniciado el 21, y que duró una semana entera, exceptuados, naturalmente, el sábado, el domingo y el lunes, cuando no se celebraban sesiones.

Fueron varios y profundos los asuntos que se discutieron, desde la inviolabilidad y la inmunidad a las respectivas competencias de los tres poderes, pasando por el concepto mismo del suplicatorio, disputándose en este último punto si requería o no un previo examen del fondo de su motivación. Los que propugnaban la segunda alternativa sostuvieron, para convencer a los reticentes, que concederlo en ningún modo prejuzgaba la culpabilidad del interesado.

Pero uno de los aspectos más destacables de la disputa parlamentaria fue el referido a la legitimidad de la actuación del Consejo Supremo, cuestión que se resucita entonces. Sus defensores aseguran que el tribunal estaba obligado a actuar de oficio, y que en este caso se había limitado a cumplir con su deber.

Lo argumentó el marqués de Santa María: «el expediente del general Picasso se mandó por el gobierno al Consejo Supremo de Guerra y Marina, y éste, reunido en Sala de Gobierno, estudió el asunto, y creyendo que había indicios de responsabilidad criminal para muchos, lo pasó a la Sala de Justicia, y, reunido en Sala de Justicia, acordó la providencia de que se trata»[43].

Pero hay senadores que no piensan así. Sostienen que juzgar a un general en jefe únicamente es posible previo consentimiento, e incluso instrucciones, del Gobierno, y más en el caso de Berenguer, confirmado por tres gabinetes sucesivos a pesar de sus repetidas presentaciones de dimisión. El marqués de Cortina, ministro, como se recordará, con Maura, aludió incluso a una reunión de este con todos los ex primeros ministros y los presidentes de las Cámaras, a los que comunicó su decisión de mantener al general en su puesto, lo que fue aceptado por todos[44].

Correspondió hacer el discurso más vehemente en apoyo de esa tesis al general Luque[45], que admite «la fraternal amistad» que le unía a Berenguer. «Jamás he visto un atentado más formidable contra un general en jefe», empezó. Atribuyó todo lo relativo a este asunto al «desconocimiento» de Sánchez Guerra «de lo que es y significa» dicho puesto. «No era pertinente» enviar el Expediente Picasso al Consejo Supremo, sino que el destinatario del mismo tendría que haber sido el propio Berenguer, quien había pedido el envío de un instructor. Oídas sus observaciones, el gabinete debería haber tomado una resolución, porque «entendedlo bien, ninguna autoridad judicial puede procesar o enjuiciar a un general en jefe

[42] Ibíd., folios 4906-4908v, con el texto del dictamen, su remisión al ministro, y el traslado de este al Consejo.
[43] *Diario del Senado* de 22 de junio de 1923.
[44] Ibíd.
[45] Ibíd., de 28 de junio, intervención del general Luque.

sin conocimiento y autorización del gobierno […] Se ha hecho todo sin la aprobación del gobierno, es decir, a espaldas del poder ejecutivo».

Arremete luego contra el fiscal: «mojó su pluma, pudiera decirse, en el tintero de las insidias […]; en él culmina […] toda desconsideración […] Creyó oportuno salirse de la órbita de sus atribuciones, y censuró, analizó y criticó la política de la guerra y los planes de campaña» acordados por Berenguer con el gabinete. Indica, además, tirando con bala rasa, que ese mismo fiscal informó el 4 de junio de 1921 sobre la propuesta de ascenso del general –que luego se retiró a su ruego, como ya se ha dicho–. En esa ocasión había dicho que «no cabe duda […] de las cualidades demostradas» por él; «y que aunque hubieran ido más lejos en el elogio las frases [de esa propuesta], no habrían de llegar nunca adonde llega el sentir de este ministerio fiscal».

Respecto a responsabilidades concretas de Berenguer, las niega. En relación con Annual: «¿Cómo va a responder de las omisiones de sus subordinados?». Lo que sucedió fue que «un general perdió la serenidad, y hubo un desastre». Por lo que se refiere a la falta de socorro a las posiciones cercadas, se remite a la Junta de generales en Melilla, por unanimidad contraria al auxilio, y sostiene que, de haberlo intentado, «hubiéramos ido a una derrota de mayor alcance» que la ya sufrida.

Puede tener algún interés mencionar opiniones que se ofrecieron para explicar la súbita y vertiginosa caída en desgracia del antiguo alto comisario. El marqués de Cortina la atribuye a las Juntas, apuntando que la campaña contra él arrancó de la modificación de su estatuto en enero de 1922; para Luque[46], en cambio, es resultado del recibimiento que le hizo el rey en la estación, que despertó envidias. En cuanto a Burgos y Mazo[47], que en su momento abominó de dicha «apoteosis», cree ver «un interés vivo en los elementos revolucionarios» detrás de todo el problema.

En realidad, aparte de envidias mezquinas, que sí las había, la batalla en torno al suplicatorio tenía muchas aristas. Para los partidos opuestos al régimen, rechazarlo equivalía a demostrar que en materia de justicia existía un doble rasero, para los poderosos y para los humildes; los «impunistas» temían que, si se otorgaba, abriría la veda de las responsabilidades; para los «responsabilistas», que si no se hacía, se condonaban culpas, lo que, por otro lado, podía llevar a una explosión social; para los defensores de Berenguer, concederlo era admitir su culpabilidad; para sus enemigos, negarlo suponía la absolución. Los pocos que no pertenecían a unas u otras tendencias consideraban que, con razón o sin ella, se estaba ante una exigencia indeclinable de la opinión pública, que solamente se aplacaría con la apertura de procesos. El duque del Infantado, hombre habitualmente cauto, adelantó otra tesis no descabellada. Quizás se pretendía «acumular en una sola

46 Ibíd.

47 Ibíd., de 27 de junio de 1923.

persona todas las responsabilidades»[48], en un intento de dejar a salvo las de los políticos.

Muy posiblemente tenía razón Andrade cuando afirmaba que, por encima de las disquisiciones jurídicas en las que se complacieron durante horas muchos de sus compañeros[49], «este asunto es esencialmente político», producto de la «pasión política». Es evidente que esta jugó un papel: «la opinión pública le ha procesado [a Berenguer] […], le ha condenado», apuntó Burgos y Mazo. Bergamín, partidario de la concesión del suplicatorio, reconoció que «esa masa indocta ha procesado al general Berenguer» de antemano[50], y Luque hablaría de «las responsabilidades en mitad de la calle, a merced de todas las pasiones».

Parece preciso destacar, entre las muchas intervenciones que hubo, la de Maestre[51], porque recoge el núcleo de los argumentos de los que mantenían la inocencia de Berenguer. Sostiene que Silvestre no se percató hasta que fue demasiado tarde de la verdadera seriedad de la situación, y que ocultó al alto comisario los reveses que precedieron a la retirada de Annual. Berenguer, a trescientos kilómetros del lugar de los hechos, y mal informado por su subordinado, no podía ser responsable de lo sucedido.

Tampoco lo era de no haber socorrido Arruit, separado de Melilla por «40 kilómetros, de los cuales 20 están flanqueados por la montaña…, que en algunos puntos llega a la distancia de 50 metros» de la carretera.

El otro itinerario, vía la Mar Chica, resultaba asimismo impracticable. Estaba, en primer término, el obstáculo de la bocana. Luego, la columna habría tenido que avanzar sin poder «evacuar una sola baja»; llevando consigo «agua para los tres o cuatro días de jornada y combate, las municiones». Afirma que se había calculado que hacer ese recorrido hubiera supuesto 1.500 bajas, cuyo transporte y protección habrían requerido un total de 40.000 hombres, de los que no se disponía.

Tuvo la última palabra Sánchez de Toca. Para él, «el verdadero desastre nuestro consistió en que, al cabo de tantos años de gastos militares desproporcionados para nuestro presupuesto […], al día siguiente de Annual no teníamos soldados en eficiencia de campaña». Respecto al procedimiento en su conjunto, señaló que «están por completo subvertidas todas las respectivas atribuciones. Un general en jefe en alto mando representa tal solidaridad de responsabilidades civiles, militares y políticas con el gobierno […] que no puede ser procesado ni encartado en procedimiento alguno, a no ser que el gobierno […] le desautorice, le destituya o le acuse. Pero mientras eso no se produzca, no cabe suplicatorio»; «es inexcusable moción del gobierno para que el Consejo actúe como tribunal».

---

48 Ibíd., de 22 de junio de 1923.
49 Ibíd., de 21 de junio de 1923, para la intervención de Tormo.
50 Ibíd., de 26 de junio de 1923, con ambas intervenciones.
51 Ibíd., de 27 de junio de 1923.

La discusión sobre tanta opinión contrapuesta se cortó abruptamente, provocándose la votación por aclamación, y no nominal. Fue un auténtico golpe de mano que provocó «un gran tumulto», según el *Diario* de ese día. El presidente cerró con un serretazo: «no ha lugar», propinó a un senador que pedía hablar, y, acto seguido, sentenció: «está aprobado el dictamen»[52].

Concedido el suplicatorio, casi inmediatamente, el 2 de julio se acordaba el procesamiento de Berenguer[53]. En este caso, el instructor no añadía motivos adicionales a los presentados para pedir la autorización del Senado. Se limitaba a señalar que «subsistentes las causas» que aconsejaron tomar tal medida, ha decidido procesar al antiguo alto comisario, en virtud del artículo 275 «por omisiones cometidas durante su mando en la comandancia general de Melilla, desde la toma y destrucción de Abarrán por el enemigo, en primero de junio de 1921, hasta la rendición de Monte Arruit, en 9 de agosto del mismo año»[54].

Al día siguiente, Berenguer fue convocado para darle lectura de lo acordado. En su celo, Ayala llegó incluso a pedir en el mismo acto una «declaración indagatoria» al general, que versó en su totalidad sobre los refuerzos recibidos en Melilla tras Annual, y la calidad y organización de los mismos[55], manifestando Berenguer su opinión al respecto, muy negativa, como se ha expuesto en su lugar.

A partir de entonces, el implacable mecanismo judicial se puso en movimiento.

García Prieto

A la vista de lo que sucedería después, resultan casi patéticos los ímpetus con que el presidente había iniciado su gestión, mientras Ayala continuaba con la labor indagatoria. Se entiende la energía de García Prieto, a la vista de las destacadas personalidades que se reunían a su alrededor, pero eso mismo constituía su talón de Aquiles. En efecto, su Gobierno «lleva en sí el germen mortal de su falta de unidad»[56]. Un reflejo anecdótico de la misma es que llegó a haber Consejos de Ministros que duraron tres días, el 31 de marzo y el 1 y 3 de abril, en concreto.

Pero eso no era evidente en las primeras semanas de euforia que acompañan el retorno de los liberales al poder. Tanto es así que deciden dar un paso que creen decisivo en la envenenada cuestión marroquí. Cortando el nudo gordiano que había atado a todos sus predecesores, anuncia ruidosamente la creación del Protectorado civil. Era esta cuestión antigua, casi filosófica, a la que ya se ha aludido al principio del presente trabajo.

[52] Ibíd., del 28 de junio, para el discurso de Sánchez de Toca y las palabras del presidente.
[53] AHN, TS, 51 N 27, folio 230, para la comunicación de Ayala a Aguilera al respecto.
[54] Ibíd., 51 N 17, folio 4909.
[55] Ibíd., folios 4910-4914v.
[56] Aguirre de Cárcer, pág. 37.

García Prieto considera que la panacea de todos los males reside en la designación de un civil como alto comisario, el primero que ocupará ese puesto. Nombra a Villanueva, que por enfermedad no llega a tomar posesión. Será sustituido, el 14 de febrero de 1923, por Silvela, hasta entonces ministro de Marina, quien releva a Burguete, paradójicamente autor de una Memoria[57] en cuyas páginas se ha inspirado el presidente para tomar su decisión[58].

El lema, a partir de entonces, es «paz a toda costa», en palabras de un ácido crítico[59]; de avanzar en una «evolución de nuestra política hacia aquel ideal de paz y de arraigamiento de la autoridad jalifiana», según una nota oficiosa publicada al poco de constituirse el gabinete. Amparándose en los hechos consumados que ha heredado, el Gobierno decreta la continuación de la política de apaciguamiento con El Raisuni; en la zona oriental, perdida por Maura la oportunidad de haber profundizado en la inercia de los avances victoriosos, no hay otra alternativa que consolidar la línea ocupada y, desde allí irradiar la influencia española. En esas circunstancias, resulta superfluo el cargo de general en jefe, que se suprime; la dirección de las operaciones corresponderá al alto comisario, pero sin aprobación del Gobierno no podrá «realizar exploraciones bélicas»[60] más allá del simple reconocimiento, según acuerdo del famoso Consejo de Ministros de tres días de duración; los gastos militares se restringirán al máximo y se procurarán intensificar las repatriaciones de tropas. A la vez, se irá a la formación de un verdadero ejército colonial, basado en unidades europeas –el Tercio–, y un reforzamiento de las indígenas. Entre estas figuran, además de los Regulares al servicio de España, las mehallas, que se aumentan, con la consideración de cuerpos jalifianos y bajo el control del alto comisario.

Porque el Protectorado civil, se mantiene, no es otra cosa que el Protectorado «en toda su pureza», lo que significa que «no es España la que combate, ni quiere conquistas de ninguna especie, sino que desea que el Majzén avance»[61]. Es el sultán, a través del jalifa, el que implanta su autoridad en esos territorios. La nación protectora se limita a acompañarle, circunscribiendo su acción, excepto en casos de legítima defensa, a «medios exclusivamente civiles y culturales»[62]. Como se dice en el mensaje regio con motivo de la apertura de las Cortes[63], se iba al «pleno Protectorado […], pero sin apremios que no nos obligan, ni impaciencias que no sentimos […] para implantar el influjo efectivo del majzén sobre los indígenas»,

---

57 Figura reproducida en *La Comisión de Responsabilidades,* págs. 69-95. Es de 19 de diciembre de 1922.

58 Para las nuevas competencias del alto comisario, ver la real orden circular de 19 de febrero de 1923 en la *Gaceta de Madrid* del día siguiente.

59 Gómez-Jordana, pág. 53.

60 La curiosa expresión aparece citada textualmente en el *Diario del Congreso* de 30 de mayo de 1923.

61 Declaraciones de Silvela, de 10 de agosto de 1923, en *La Comisión de Responsabilidades*, pág. 347. Sus respuestas, en págs. 337-354, son una buena exposición de la nueva política.

62 Ibíd., pág. 339.

63 *Gaceta de Madrid* de 24 de mayo de 1923.

con «proporcionada, especial y eficaz fuerza», aludiendo al siempre nonato ejército colonial, y considerando «preferencia legítima» la «reconstitución» de España, sin dilapidar hombres ni dinero en otras empresas.

En ese contexto, la Policía, en su antigua configuración, dependiente directamente de las autoridades españolas, no tiene razón de ser. Viene a ser disuelta, y sus hombres, incorporados a la mehalla. Un servicio de intervenciones[64] que se empieza a crear tímidamente la suplirá en sus funciones civiles.

En suma, resultado de esa nueva orientación es que «se ha deshecho toda la obra que realizó Berenguer»[65], en el eterno tejer y destejer de la política hacia Marruecos. No obstante, el cambio de rumbo ciertamente venía a satisfacer el anhelo popular, puesto de manifiesto, en última instancia, en la desdichada cuestión de los prisioneros.

Piedra angular del nuevo sistema será el denominado Amelato del Rif[66], formalmente creado, pero no implantado, por el anterior Gobierno, por real decreto de 16 de septiembre de 1922. Descrito por algunos como «utópico»[67], en él «había puesto el gobierno todas sus ilusiones»[68]. Se confía a Dris el Riffi, en calidad de representante del jalifa en la zona oriental, con la idea de establecer una autoridad marroquí dotada de poderes reales, y «para dar la sensación a las cabilas [...] de una cierta autonomía»[69]. La elección se revelará desafortunada. A pesar de su nombre, el designado carece de arraigo en la región; se verá envuelto en asuntos económicos turbios y será eventualmente cesado.

Por otro lado, esa fe un tanto ingenua en la vía pacífica no parece tomar en cuenta un factor primordial, como es Abd el Krim. Mientras en Madrid se adoptan posturas beatíficas, el dirigente rifeño no cesa de consolidarse. No solo prosigue la tarea de creación de un verdadero Estado, sino que en los primeros meses del año recibe el espaldarazo que suponen varias *bai'as,* o acuerdos de los notables de las cabilas, que refuerzan su poder. La primera, dictada en Axdir, el 18 de enero, con participación de los jefes rifeños más influyentes es «una detallada justificación ideológica del liderazgo de Abd-el-Krim», designando a la sharía como eje vertebrador del Rif y de Yebala. Según sus términos se trata de «una *bai'a,* un deber en el que todos los corazones y las lenguas están comprometidos [...] mantendrán la promesa de obedecer sus órdenes». Se le designa, lo que es elocuente, como «comendador de los combatientes de la fe»[70], con lo que «transformaba la guerra hispano-rifeña en yihad», en interpretación de Roger-Mathieu[71]. No se trataba de frases huecas; pronto se vería su alcance.

64 Para sus avatares y sinsabores ver José Luís Villanova Valero, *Los interventores, la piedra angular del Protectorado español en Marruecos,* Barcelona, 2006.
65 *La Acción* de 18 de diciembre de 1922.
66 Federico Pita, *El Amalato del Rif*, Melilla, 1925.
67 Maura y Fernández Almagro, pág. 362.
68 Hernández Mir (1926), pág. 133.
69 Aguirre de Cárcer, pág. 114.
70 Pennell, págs. 321-324 para el texto de la *bai'a.*
71 Pág. 109.

En el contexto pactista que se impone, Alba jugará un papel destacado, impulsando desde Estado las negociaciones a ultranza con El Raisuni, al tiempo que entablará en abril breves conversaciones con Abd el Krim, que fracasan ante las exigencias de reconocimiento de la independencia que presenta el dirigente rifeño, cada vez más crecido y rodeado de un creciente prestigio. Habrá otra ronda en julio, con igual resultado[72]. Todo ello se hace contra el criterio de Alcalá-Zamora, en Guerra, que se opone firmemente. Al verse sin apoyo del presidente, presentará su dimisión, el 26 de mayo[73].

Con ese motivo, tuvo lugar un debate en el Congreso[74], en el que se pudo asistir a una discusión pública entre el presidente y el ministro de Estado, de una parte, y el que había sido de Guerra, de otra, con cruces de acusaciones y reproches. Se quejó este de «incomunicación absoluta, sistemática y constante» con su colega, lamenteando que se le hubiera aislado deliberadamente de los comandantes generales, y de lo absurdo que era que la comunicación entre los palacios de Buenavista y de Santa Cruz, sede de los respectivos departamentos, pasase, en materia de Marruecos, por Tetuán, «el ángulo más disparatado en la longitud de sus líneas y en la estrechez de su abertura», siendo rebatido por quienes fueron sus compañeros de gabinete, que le reprocharon que con sus palabras solamente había servido al Parlamento «un plato de menudencias políticas».

Se trató de un espectáculo bochornoso más, que no reflejaba otra cosa que la sempiterna falta de colaboración entre los dos ministerios principalmente responsables del Protectorado, y que venía arrastrándose desde su implantación.

La salida de alguien con el peso político de Alcalá-Zamora supuso un duro golpe a un gabinete que, bajo su aparente envergadura, había nacido con pies de barro.

No contribuirán a robustecerlo las elecciones que se celebran en abril y mayo, en las que se desplegaron todas las malas prácticas de la época, y cuyos resultados reflejan claramente el resquebrajamiento irreparable del sistema. Demócratas, romanistas, albistas, gassetistas, reformistas, zamoristas, conservadores, ciervistas, mauristas, regionalistas, republicanos, socialistas, Unión Monárquica, nacionalistas catalanes y vascos, clases mercantiles, agrarios, integristas e independientes estarán representados. La proliferación de grupos que respondían a un nombre propio era un indicio de hasta qué punto se había llegado en lo que se podría llamar «tribalización» de los partidos. Lo menos que se podía decir de aquel

[72] Para ambas negociaciones, ver Hernández Mir (1926), págs. 114-126, para la primera ronda, y 143-161 para la segunda. España llegó a ofrecer a Abd el Krim el puesto de «caid del Rif», con jurisdicción sobre Beni Urriaguel y Bocoya, y con cierto grado de autonomía, pero siempre bajo la soberanía del sultán.

[73] También Romanones dejará el Gobierno, para hacerse cargo de la presidencia del Senado.

[74] *Diario del Congreso* de 30 de mayo de 1923, para las distintas intervenciones, y Alcalá-Zamora, págs. 213-219, para su indignada versión de lo sucedido.

conglomerado es que se trataba de unas «abigarradas Cortes»[75], en las que las distintas agrupaciones liberales contaban con 228 de los 408 escaños. El significativo crecimiento de los socialistas, identificados como el partido de la auténtica oposición, indicaba el cada vez más extendido hartazgo con el sistema.

En ese esquema político cada día más inmanejable, llegan malas noticias de Marruecos. En la vanguardia de la línea de la zona oriental existía un punto particularmente vulnerable, el saliente de Tizzi Azza, donde había quedado interrumpido el avance, y que es hostilizado sin cesar por los rifeños que han tomado por debilidad la suspensión de las operaciones. Por fin, el Gobierno autoriza los planes que le ha sometido el alto comisario para apuntalar un sector tan expuesto que cada convoy es un combate.

Se hará el 5 de junio, llevando las siete columnas actuantes instrucciones de no romper el fuego a menos de ser agredidas. La lucha será tan empeñada que costará 127 muertos y más de 300 heridos, figurando el teniente coronel Valenzuela, del Tercio, entre los primeros[76]. Las bajas contrarias son, al parecer, también muy elevadas. Para muchos, es preciso explotar el éxito, y acosar a la harca, muy castigada. Las instrucciones son otras, sin embargo, y se retorna a «la permanente inactividad»[77] que crea en el ejército un malestar creciente. En este caso, aumentado por rumores según los cuales Silvela habría dispuesto, llevado por su pacifismo, que no hubiera preparación artillera previa, lo que habría hecho que las pérdidas fueran mayores. El alto comisario luego lo explicó. La Artillería no había tirado anticipadamente para no descubrir la maniobra envolvente que se había planeado[78], pero nadie le creyó, y se le siguió acusando a él, junto con Alba, su superior, de haber sacrificado vidas por un prurito absurdo. Todo ello no hizo sino aumentar el descontento en el ejército, molesto por la solución que se había dado al caso de los prisioneros, por una política de restricción de gastos militares que le perjudicaba, y por la orientación gubernamental respecto a Marruecos que creía que lo desprestigiaba.

Los límites del presunto pacifismo de Silvela quedan claros, por otra parte, si se señala que recomendó al ministro de Estado la adquisición de gases asfixiantes, sosteniendo que «en el empleo de este medio de guerra está la solución rapidísima del problema de Marruecos». Su interlocutor le respondió que «me asocio con el mayor interés» a la propuesta[79]. También defendió la operación sobre Alhucemas: «la toma de Alhucemas no constituye, como algunos creen y expresan, una bandera o un lema, sino que [...] es el fin de toda rebeldía»[80].

75 Romanones, pág. 365. La relación de partidos figura en pág. 364.

76 *Historia de las campañas de Marruecos,* vol. III, págs. 595-600 para un relato de la operación.

77 Ibíd., pág. 586.

78 Declaraciones de Silvela, ya citadas, pág. 340.

79 La comunicación de Silvela al ministro de Estado, el 15 de julio de 1923, y la respuesta de este, del 23 de agosto, en Hernández Mir (1926), págs. 185 y 191, respectivamente.

80 Está parcialmente reproducido en Francisco Hernández Mir, *La Dictadura en Marruecos,* Madrid 1930, págs. 14 y 15.

No es una anécdota que la dura operación había sido dirigida por un comandante general interino de Melilla, Echague, porque el titular, Vives, había presentado por esos días la dimisión, sin que la delicada situación hubiera bastado para que la retirara.

Posiblemente, el nombramiento, el 6 de junio, de Martínez Anido como comandante general de Melilla fuera un gesto hacia el malestar de los militares. Desde el punto de vista político, sin embargo, la elección era más que desdichada. Ese general había dejado amarguísimo recuerdo en Barcelona[81] durante tres años de despiadada persecución del sindicalismo, sin parar en barra alguna. Mandarle a Marruecos, en una época en la que se preconizaba la distensión no parecía muy adecuado.

Tuvo, al menos, la cualidad de no ocultar sus ideas: «yo he venido a Marruecos para dar satisfacción al ejército de África, que anhela volver por su prestigio, y entiendan el alto comisario y el gobierno que, de ser desechado mi plan, han de ir pensando en quién será mi sustituto, porque yo no pienso seguir aquí»[82]. Con esa mentalidad podía durar poco. Dimitió a mediados de agosto, después de que se le rechazara un plan dirigido a tomar Alhucemas[83], como única forma de acabar con Abd el Krim. No mucho antes, el 20 de junio, Dris ben Said había perecido en una escaramuza a manos de los rifeños. La muerte de ese fiel aliado simbolizaba, en cierto modo, el estancamiento en que había caído la causa de España.

El Gobierno, desnortado, acudió al incombustible Weyler, que había sido repuesto en el Estado Mayor Central el 27 de julio, para que, al frente de una comisión, se trasladase a Marruecos a buscar soluciones. A su regreso, anticipado sobre lo previsto, no se recató en airear sus opiniones en la prensa, reflejando su completo desacuerdo con la estrategia que se había seguido desde hacía años.

A un periodista que, cohibido, le preguntaba si «entendía» que debía aplazarse o abandonarse el desembarco en Alhucemas, le contestó con un tajante «no entiendo», añadiendo que «tengo el criterio fijo de que es preciso ir a Alhucemas. Ahora o después, pero ir». Calculaba que serían precisos dos meses para preparar la operación, y que el general que se designara debía ir «como yo fui a Cuba», con plenos poderes, «que no tenga que consultar nada ni pedir permiso»[84].

Claro es que eso era anatema para cualquiera de los vacilantes Gobiernos que se habían sucedido desde Annual. Weyler era un hombre de ilimitado prestigio, nada amigo de componendas –ni de espadones, por cierto–, y estricto. Por ejemplo, durante su reciente estancia en Melilla, donde comentó que «a los moros hay que tratarlos con dureza», había dicho en una reunión de notables amigos:

[81] Aunque no entre las «fuerzas vivas», especialmente las empresariales, que le tributaron un ferviente homenaje de adhesión (Soldevilla, 1923, pág. 342).

[82] Aguirre de Cárcer, pág. 219. Asegura que se trata de una cita literal de un escrito.

[83] Pablo La Porte, *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923),* Tesis doctoral, Madrid, 1997, vol. II, págs. 756-762 para una excelente descripción del plan y de sus vicisitudes. El texto íntegro del plan está publicado en la *Revista de Historia Militar,* n.º 49, 1980. Ver, también, Hernández Mir (1926), págs. 164-175 para muchos detalles de la trayectoria del proyecto.

[84] Diario *ABC* de 22 de agosto de 1923, págs. 8 y 9.

«el general Weyler no repara en obstáculos de ninguna clase para ir adonde se propone y para cumplir cuanto promete», lo que era verdad. Tenía, también, una concepción muy clara de su propia valía, a lo que se debió que adelantara su vuelta de Marruecos, ya que no concebía que estando él allí, aunque fuese en comisión, hubiese otro general dirigiendo las operaciones. Al frente de un ejército, como acreditó en Cuba, podía ser de una eficacia devastadora, pero era prácticamente incontrolable, y no había ningún gobernante en España dispuesto a asumir tal riesgo.

Ese verano se plantearía también la idea de desembarco desde un ángulo inopinado, cuando un grupo de notables rifeños, irritados «porque Abd-el-Krim lo quiere todo para él», se ofreció a facilitarlo[85]. Cada una de las fracciones involucradas recibiría 100.000 duros, y entregaría rehenes en prueba de su buena fe; «a ellos mismos les conviene que todos los jefes comprometidos tengan en nuestro poder uno o varios hijos, para que ninguno haga traición a última hora». El gabinete, desbordado por los acontecimientos, desestimó la propuesta, que contiene algún elemento destacable. De un lado, recuerda a los planes que la propia familia Abd el Krim había propuesto en el pasado; de otro, plasma las dificultades internas con las que el antiguo cadí codat tenía que seguir bregando; por último, muestra el clima de desconfianza que existía entre sus oponentes.

La Comisión de Responsabilidades

Parecería que con tanta tribulación el Gobierno habría apurado el cáliz de los problemas, pero enseguida surgió otro de talla, provocado por el mismo García Prieto. En la euforia de haber recibido el encargo de formar gabinete, ese mismo día, en una nota oficiosa, García Prieto había proclamado que «a exigir éstas [las responsabilidades] ante el país para que las imponga y haga efectivas, […] liga su significación el gobierno». En otro párrafo, anunciaba su decisión de convocar elecciones, como hizo, para poder desarrollar su programa, que, entre otros aspectos, incluía «dos fundamentales términos: mantenimiento de la actuación parlamentaria para la resolución justa del problema de las responsabilidades; exigencia de éstas y satisfacción adecuada a la opinión del país mediante las soluciones contenidas en el dictamen suscrito» por las izquierdas gubernamentales durante el mandato de Sánchez Guerra.

Fue más allá, y en el mensaje del rey a las Cortes ya citado, incluyó unas líneas diciendo que al nuevo Parlamento incumbía «dar remate, ponderación y complemento a la obra de justicia […] en torno a las responsabilidades que apreciéis de

[85] Ver Hernández Mir (1930), págs. 27-31, incluyendo el informe del comandante Fuentes, que representó a España en la reunión, celebrada en Tánger el 30 de julio.

orden político», y reiterando «como significado imperativo de la elección [...] la liquidación en justicia de esa gran preocupación nacional».

Con esos antecedentes, resultaba insoslayable suscitar el tema en las Cámaras. Ante la sorpresa general, el 3 de julio, y no antes, a pesar de tratarse de una cuestión en teoría primordial, la propuesta que presenta la concentración liberal, a través de siete de sus diputados, consiste en formar una nueva comisión que, «después de practicar todas las informaciones que juzgue convenientes», decida «sobre la procedencia de que se formulara una proposición ante el Senado». Se ampliaba, además, su ámbito de actuación «a la acción de España en Marruecos», y no solo a Annual y Arruit. Para completar la titánica labor se fijaba un plazo de veinte días.

La novedad causó estupefacción. La izquierda gubernamental había ya expresado su opinión en las anteriores Cortes, en el dictamen de la minoría, y el Gobierno había anunciado que «las soluciones contenidas» en este marcarían la pauta de su actuación en la materia.

Rectificaba ahora, y al ensanchar tanto la materia a examinar como los instrumentos para hacerlo, reabría en la práctica todo el problema, retrotrayéndolo al principio, y haciendo tabla rasa de los premiosos trabajos de la anterior comisión.

Se abrió el inevitable debate, que ocupó toda la semana parlamentaria. Adujeron García Prieto y Álvarez Valdés, que presentó la moción, que «nosotros no hemos dicho que veníamos a exigir responsabilidades, sino a proporcionar todos los elementos necesarios», y que «el expediente Picasso no era suficiente». Cierva reaccionó con el estilo visceral que le era propio. Retó a la mayoría a que presentara las acusaciones directamente, en vez de formar «la consabida comisión a que se acude en España cuando se quiere que las cosas no marchen», con lo que tildaba a los liberales de «impunistas», imborrable pecado. Añadió otro dardo: las responsabilidades se habían convertido en un «filón», en un arma política que «cada cual manejaba a su antojo»[86].

Prieto y Companys estuvieron especialmente virulentos. El primero aseguró, por ejemplo, «que el país exige responsabilidades que, para que no se personalicen en la Corona, han de culminar en vosotros»; mientras que el segundo lanzó que «esos terribles desastres no se liquidan más que de una manera: la revolución», y se refirió a «este inmundo estado español»[87].

En tonos más mesurados, se hicieron afirmaciones muy serias. El regionalista Rodés manifestó que «hay un sector de la opinión española que está como hechizado por el falso brillo de algunas espadas», y Martínez Campos llegó a decir que «me temo que terminemos en una guerra civil»[88]. Besteiro, desde el extremo

[86] *Diario del Congreso* de 3 de julio de 1923 para las tres intervenciones. En el apéndice 2.º está el texto de la proposición.
[87] Ibíd., de 4 de julio de 1923 para ambas intervenciones.
[88] Ibíd., de 5 de julio de 1923.

opuesto del arco político, coincidió con él, y aseguró que «el porvenir de la democracia y del régimen parlamentario y la relativa tranquilidad del país dependen» de cómo se manejara el asunto de las responsabilidades, mientras que Lerroux manifestó: «queráis o no queráis, lo que sometéis a juicio es todo un régimen»[89].

El viernes 6 de julio se aprobó la proposición. El 10, se eligió a los veintiún miembros de la nueva comisión, con siete liberales, cuatro conservadores, más dos aportados por cada uno de los grupos de ciervistas, nacionalistas, socialistas y republicanos, y un maurista y un tradicionalista. Había pocas figuras destacables entre ellos, y menos aún, expertas en Marruecos, con las excepciones de Prieto, Rodríguez de Viguri y Martínez Campos, que desempeñarían un papel principal. En cuanto al plazo para realizar sus trabajos, se amplió hasta el 1 de octubre[90].

Aunque se ha acusado a la comisión de ser «una convención en miniatura» y de haber asestado «a la legalidad y al régimen un golpe mortal e irreparable»[91], no se puede negar que hizo un trabajo concienzudo. En vez de limitarse a estudiar lo que había hecho Picasso y lo que estaba haciendo Ayala, realizó su propia labor de investigación, recopilando documentos e interrogando a personalidades de la importancia del alto comisario, de Weyler y del propio Berenguer.

Las declaraciones así obtenidas revisten el mayor interés, ya que, al estar muchas de ellas alejadas de los acontecimientos de julio y agosto, son el fruto de una madura reflexión, más que de las emociones del momento. No obstante, su trabajo adolece de un cierto exceso de dispersión, ya que incluye desde documentos de Jordana, muy anteriores al desastre, a preguntas a testigos del mismo, a las que realizó a Silvela o a López Ferrer, ex alto comisario en funciones, o al jefe de la sección de Marruecos en Estado, que nada podían aportar sobre Annual. Con ello incluían en su indagación hasta el mismo Gobierno de García Prieto, lo que ciertamente suponía una extralimitación en sus funciones, que ha dado pie a que se afirme que estaba dispuesta a lanzar acusaciones contra todos los Gobiernos y contra todos los generales implicados, «y, a través de ellos, o por encima de ellos, contra el mismísimo Alfonso XIII»[92].

Tuvo reuniones de «información pública» entre el 19 de julio y el 28 de agosto, sin interrumpirse a pesar de las vacaciones parlamentarias que comenzaron el 24 de julio, y su tarea, parcialmente publicada en 1931, constituye una aportación esencial para el estudio del triste verano de 1921[93]. Se aprecia en ella, sin embargo, un notable desequilibrio, por lo que se refiere al protagonismo que se

---

[89] Ibíd., de 6 de julio de 1923.

[90] Ibíd., de 10 de julio de 1923 y su apéndice 1.º para ese debate, y para una relación nominal de los miembros de la comisión.

[91] Aguirre de Cárcer, págs. 173 y 70, respectivamente. En nota en la página primeramente citada, publica el nombre de sus miembros.

[92] Maura y Fernández Almagro, pág. 365.

[93] Se trata de la obra que, bajo el título *La Comisión de Responsabilidades,* ha sido tantas veces citada en estas páginas.

concedió a Riquelme, quizás por ser personaje tan crítico como controvertido y buen conocedor del tema. Se le dedicaron, fue el único, según los textos publicados, tres sesiones, y sus palabras y los documentos que presentó ocupan casi la mitad del texto total.

El fin del mandato de Martínez Anido en Melilla coincidió con otra crisis en la zona oriental, esta vez en una posición llamada Tifarauin. Es, de nuevo, el caso de un puesto de problemáticos accesos, que complicaba la periódica tarea de mantenerlo abastecido. El 15 de agosto empezaron las agresiones, y al día siguiente estaba cercado. El 17, rechaza un ataque, al tiempo que fracasa un intento de romper el cerco, que se repite el 18, sin éxito, a pesar de que se emplearon hasta catorce batallones, que tuvieron más de trescientos bajas. La guarnición, toda de soldados de quinta peninsulares, la mayoría pertenecientes a la 2.ª Compañía del Isabel II, mantuvo intacta la moral. El 19 comunicó por heliógrafo: «si es necesario, volaremos la posición antes de entregarla».

El 21, a primera hora, hace frente a un segundo asalto, mientras que se inicia una operación de socorro en fuerza –veinticinco batallones, cinco grupos de Artillería, carros de asalto y camiones blindados, y con apoyo aéreo y naval– y de tan gran amplitud que incluye un desembarco en Afrau y un amago de otro en Alhucemas. Se completará el 22, alcanzando todos sus objetivos, a costa de 437 muertos y heridos. Los rifeños se batieron con tal denuedo que solo en uno de los sectores del combate se recogieron 235 cadáveres[94].

La matanza, que tanto contrastaba con los pacíficos anuncios del Gobierno, y que obligó a una movilización limitada, hizo pésima impresión en España. El 23 se produciría en Málaga un motín de tropas que marchaban a África. Parece que, tras un larguísimo viaje en tren, que en algunos casos llegó a las cincuenta horas, se pagaron los haberes a los hombres y se les dejó en libertad por la ciudad. Hubo escenas de embriaguez y desórdenes, que culminaron en la muerte de un suboficial de Ingenieros, y que despertaron ecos de la nunca olvidada Semana Trágica. Un cabo, Sánchez Barroso, fue condenado a muerte por un tribunal militar, por su actuación en los acontecimientos. El 31, sin embargo, fue indultado por el ejecutivo, para enorme irritación del Ejército.

Lo sucedió indicaba que, al margen de otras consideraciones, para la opinión pública, y por lo que se refiere a la guerra de Marruecos, estaba ya «agotado el crédito de paciencia abierto en 1921». «La lentitud desesperante de las operaciones»[95], fruto de las permanentes vacilaciones de los sucesivos Gobiernos, contribuía a alimentar ese estado de ánimo, ese cansancio ante la sangría diaria de bajas, a la que no se veía ni sentido ni límite, y que tan alejado estaba de la indignada determinación que surgió tras Annual. Sin duda, habían pasado aquellos

[94] *Historia de las campañas de Marruecos,* vol. II, págs. 605-615. Ese mismo día, un grupo de merodeadores se infiltró en Tetuán, la capital del Protectorado, y causó varias muertes, con lo que aumentó la sensación de vulnerabilidad de toda la zona.

[95] Arauz de Robles, págs. 270-271.

momentos cuando, en opinión de un antibelicista[96], «no creo que haya un solo soldado que, si llegado el caso le preguntasen, fuese contrario al avance» para borrar la humillación y así acabar la guerra.

Una parte, aunque mínima, de ese renacido desapego obedecía a la cada vez mayor distancia que se iba abriendo entre las fuerzas de choque y las restantes, peor pagadas, alimentadas y tratadas, «agravándose el mal por la frecuente injusticia de que unidades del segundo grupo que se habían batido heroicamente –todas las que tenían buen mando y buena instrucción– tropezasen a la hora del resarcimiento con tacañerías y regateos demoledores»[97].

El 3 de septiembre, la comisión del Estado Mayor Central que se había trasladado a Melilla presentó sus conclusiones[98]. Propugnaba el establecimiento en la zona oriental de una línea defensiva Sidi Dris-Midar, que permitiría la repatriación de un contingente de tropas, por la que suspiraba el ejecutivo.

Por esas fechas, el ruido de sables era ya escandaloso. «La conspiración, con todos sus detalles, la conocía todo el mundo. Todo el mundo, menos el gobierno»[99]. Sus dirigentes más conocidos constituían lo que se bautizó como el «Cuadrilátero», formado por Cavalcanti, Dabán, Saro y Federico, el hermano menor de Berenguer, todos ellos figuras prestigiosas y conocidas. Respecto a sus contactos, se ha escrito, de un lado, que «no es posible definir la naturaleza exacta de las relaciones entre Primo de Rivera y el grupo de Cavalcanti»[100], y, de otro, que «creo que los conspiradores no estaban en contacto con él [Alfonso XIII], pero sospecho que él no ignoraba la finalidad que perseguían»[101].

Se hablaba mucho, asimismo, como futuro espadón de Aguilera, «el Espartero de los progresistas»[102], en su calidad de teniente general más antiguo y por la popularidad que le daba la presidencia del Consejo Supremo en aquellos momentos. En el debate del Congreso del 5 de julio, ya mencionado, Martínez Campos lanzó alguna insinuación al respecto, mientras que al día siguiente, Besteiro defendería al general, que se había convertido en ídolo de los «responsabilistas».

Sin embargo, si alguna vez existió esa posibilidad, pronto de desvaneció, a causa de una trifulca un tanto innoble. Sánchez de Toca, antiguo jefe del Gobierno, había pronunciado el 28 de junio en el Senado palabras sobre el suplicatorio a Berenguer que no le agradaron. Para contestarlas, no tuvo mejor idea que dirigirle

---

96 «Ben Cho Shey», pág. 100.

97 Hernández Mir (1930), pág. 59.

98 Ibíd., págs. 16-22 para el texto del informe. Requería mantener en la zona, entre otras unidades, 32 batallones europeos, tres banderas del Tercio, seis tabores de Regulares, una compañía de carros de asalto de Infantería; diecisiete escuadrones de Caballería, entre indígenas y peninsulares, y una batería de carros y seis grupos de Artillería. Las tropas que se podrían repatriar serían seis batallones, dos grupos de escuadrones y tres de Artillería.

99 Romanones, pág. 213.

100 Payne, pág. 167.

101 Romanones, págs. 208-209.

102 Fernández Almagro, pág. 5.

una carta absolutamente intolerable que el destinatario, indignado, leyó el 3 de julio en el salón de sesiones[103]. En ella le acusaba de haber faltado a la verdad, hacía referencia a su «maldad muy en armonía con su moral depravada» y le amenazaba con «proceder con usted con el rigor y la energía que se merecen los hombres de su calaña», dando a entender que lo desafiaba a un duelo. Aguilera cometió la torpeza adicional de utilizar papel con membrete del presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, dando a entender que escribía como tal.

Hubo gran alboroto, y García Prieto, asombrado por lo que oía, se vio obligado a intervenir para manifestar que el gabinete «deploraba» lo que se había leído.

Pero el 5 fue todavía peor[104]. Romanones había llamado a su despacho a Aguilera, seguramente para intentar calmar los ánimos. A la salida, el general se cruzó con Sánchez Guerra, contra el cual habría pronunciado palabras de amenaza la noche anterior. Hubo frases altisonantes y Sánchez Guerra le propinó «un soberbio bofetón, contestado con ímpetu; se engarzaron como dos gallos». Como se pudo, se inició la sesión, entre un escándalo que se desbordó al exterior: «hasta el salón de sesiones llegaban los gritos de la calle, pues las gentes golpeaban las puertas del Senado»[105].

Aguilera tomó la palabra para decir, quizás escocido, y no solo físicamente, que «sostengo en todos sus términos» el escrito, proclamando que «España entera está conmigo cuando se trata de exigir responsabilidades». Ante los rumores que levantaron sus palabras, perdido el control, añadió: «os ruego que me guardéis la consideración debida, porque yo siempre donde estoy me hago respetar», y, a continuación: «si el Senado […] me atropella, yo espero que la opinión, y con ella la gente, me harán justicia». Al oírle, el presidente se levantó, y más grandilocuente que solemne, pronunció: «tengo que decir al señor Aguilera y tengo que asegurar al país y que declarar ante la Historia, que esa fuerza pasaría por encima de los cadáveres de todos nosotros». En unos meses, Primo de Rivera ejercería «esa fuerza» y no necesitó pasar por encima de ningún cadáver.

Tras la intervención del jefe del Gobierno se desató la tempestad. Son sabrosos los comentarios que los taquígrafos anotaron en el *Diario* entre paréntesis: «el señor presidente [del Senado, era Romanones], lucha en vano por mantener el orden […] Algunos señores riñen a bastonazos […] Muchos señores abandonan rápidamente sus escaños y acuden al sitio de la contienda, para separar y alejar, auxiliados por los ujieres, a los que riñen […] [se dice] que por uno de los contendientes se había exhibido una pistola en actitud amenazadora. El señor presidente agita repetida y fuertemente la campanilla, reclamando orden».

Restablecida una mediana calma, Sánchez de Toca, aunque se mostró conciliador, insistió en que «le parecía el suplicatorio de carácter irregular, que implicaba gravísimas cuestiones de derecho público constitucional, que se lesionaban cosas enormísimas

---

[103] *Diario del Senado* de 3 julio de 1923. Aguirre de Cárcer, en págs. 184-187, describe el incidente.
[104] Ibíd., de 5 de julio de 1923.
[105] Romanones, págs. 211-213.

ahí». Aguilera, cerril, reiteró que mantenía la carta. Romanones, disgustado, se permitió al menos el placer de decirle que tenía «pocas esperanzas» en su caballerosidad.

Al final, las cosas se calmaron y, a regañadientes, los dos adversarios se estrecharon la mano con poco convencimiento. Fue todo muy poco digno, y más teniendo en cuenta la categoría de los tres implicados. Por otro lado, la imagen de un general de 66 años retando públicamente a duelo a un político de 70 no deja de ser chusca, y más cuando presidía un tribunal y batirse era ilegal. Una astracanada que sirvió para que el prestigio de Aguilera quedase malparado, incluso entre sus compañeros de armas, que inicialmente se habían solidarizado en bloque con él, pasando «en unas horas de ser considerado indiscutible a ser discutido por todos»[106].

Un día después, se habló en el Senado abiertamente de rumores sobre «una conspiración para derrocar al gobierno», y de que «ha de venir una revolución [...] Está en la conciencia de todos... [que] no podemos seguir así de ningún modo; antes que el statu quo, cualquier cosa»[107].

Tanto en esas sesiones, como las del Congreso sobre las responsabilidades, o aquella en la que se confrontaron García Prieto y Alcalá-Zamora, mostraban la crispación que se vivía en esas Cortes agónicas.

Fuera de ellas, durante el transcurso del año la situación de España no había dejado de empeorar, con una escalada constante de la violencia –en solo un mes hubo diez atentados, con muertes de obreros y patronos–, producto de los enfrentamientos entre el llamado Sindicato Libre y la CNT, mientras aumentaba la rivalidad entre esta y la UGT, y con los partidos denominados «dinásticos» en plena descomposición. El número de huelgas se había reducido, pero «el terrorismo aumentaba, a la vez que el sindicalismo disminuía»[108], y la patronal seguía recurriendo al pistolerismo como instrumento de la lucha de clases. Los asesinatos de Salvador Seguí, uno de los más destacados dirigentes sindicales, el 10 de marzo, y del cardenal de Zaragoza, el 4 de junio, reflejan la profunda degradación a la que se había llegado por una y otra parte. Análisis como «grave descontento en el ejército [...], horror en Barcelona»[109] reflejan la realidad de aquel fin de régimen, que se desmoronaba a ojos vistas.

No obstante todo lo anterior, y siguiendo la arraigada costumbre, el rey parte de vacaciones de verano a San Sebastián. Le acompaña, como ministro de jornada, Alba, junto con el jefe de la sección de Marruecos, Aguirre de Cárcer.

Es él quien, en la tarde del 12 de septiembre, a los pocos días de la dimisión de un Silvela desengañado, descifra un telegrama de presidencia. Se habla de rumores de golpe de Estado en Barcelona. El ministro dice melancólico a su colaborador: «todo esto acabará con la monarquía»[110]. La misma noche, en un aparte durante

[106] Alía, pág. 137.
[107] *Diario del Senado* de 6 de julio de 1923, intervenciones, respectivamente, de Burgos y Mazo, y del marqués de Villaviciosa de Asturias.
[108] Carr, pág. 495.
[109] Aguirre de Cárcer, pág. 190.
[110] Ibíd., págs. 231-240, para una descripción de los acontecimientos.

una recepción en el palacio de Miramar, pone su cargo a disposición del rey, y pasa a Francia, temeroso de las iras de los militares contra él. Al día siguiente, Alfonso XIII toma un tren para Madrid, se ha dicho que con deliberado retraso. Cuando llegue ya no se hará nada, a pesar de que Primo distaba mucho de contar con el apoyo unánime de sus compañeros. García Prieto ofrece al rey adoptar una serie de medidas, incluido el cese de varios capitanes generales. Al responderle este, según la nota que se hizo pública, que «necesitaba reflexionar», el presidente dimite.

El 17, se clausuran las Cortes. Empezaba la Dictadura y, con ella, a cumplirse el pronóstico de Alba.

Pocos han ido más allá que Alcalá-Zamora en las acusaciones que dirigió contra el rey con motivo del golpe de Estado, afirmando sin vacilar que «fue el monarca quien concibió y acarició el plan»[111]. Uno de ellos fue el general López Ochoa, muy implicado en la conspiración, pero luego enemigo acérrimo de Primo. Desde un profundo rencor, afirma que «el movimiento no se había hecho con más finalidad que para amordazar al país para hacer desparecer impunemente el expediente Picasso» y que «las responsabilidades fueron la verdadera causa del golpe de estado del 13 de septiembre. La Comisión de los 21 se reunía el 20 de septiembre, las Cortes iban a abrirse el día 2 de octubre. Pero la Comisión de los 21 y el Parlamento se habían hecho incompatibles por primera vez desde la Restauración con la voluntad real. Por este motivo se llamó a Primo de Rivera [la frase, en mayúsculas en el texto] […] Fue un movimiento impunista con el fin de ahogar el problema responsabilidades y salvar a los responsables y a sus cómplices»[112].

Afirma[113], incluso que el pronunciamiento se adelantó por «el deseo del rey de evitar la reunión de la Comisión de los 21».

Son valiosas, desde la perspectiva monárquica, dos opiniones sobre el proceso que se había puesto en movimiento, fuera quien fuere su instigador. De una parte, el rey «sabía mejor que nadie que el fracaso de la Dictadura supondría fatalmente el fracaso de la monarquía»[114]. De otra, cuando cayó Primo, con «la liquidación sistemática de las reservas políticas del régimen […] había destrozado el antiguo instrumental de la Restauración y no había logrado facilitar uno nuevo»[115].

Payne[116], con su prudencia habitual, sostendrá que «quizás no se conozca nunca completamente el papel exacto jugado por Alfonso XIII en la conspiración militar de 1923» pero que sin duda estaba, como mínimo, al corriente de lo que se tramaba. Seco admite esto último[117], así como la actitud de deliberada pasividad que adoptó,

111 Pág. 225. También, 232-237 y 242-249 para su furiosa diatriba, que, en el calor de la ira, raya en ocasiones con la incoherencia.

112 Eduardo López Ochoa, *De la Dictadura a la República,* Madrid, 1930, págs. 25 y 43, respectivamente.

113 Ibíd., págs. 27-28.

114 Cortés-Cavanillas, pág. 67.

115 Seco (1969), págs. 167-167.

116 Pág. 167.

117 Ver Seco (1984), págs. 303-319 para un desarrollo más elaborado de sus tesis.

que resultaría decisiva para que el resto del ejército aceptara el hecho consumado del golpe.

Se puede apostillar, solo, que al condonarlo, el monarca se había situado en una posición sin futuro, y que la excesiva manipulación del «instrumental», junto con la demasiada afición a las cuestiones militares llevaba consigo un coste. En todo caso, «el advenimiento de la Dictadura había sido, a la larga, un golpe fatal para el rey»[118], el «suicidio» que en su clarividencia profetizara Maura.

No hay duda de que detrás de la decisión de Primo de Rivera estuvieron cuestiones como la exacerbación de la lucha social y de un nacionalismo tan extremado que llegó a preconizar la alianza entre Cataluña, el País Vasco, Galicia y la República del Rif contra el resto de España[119], unidas, siguiendo la tesis de La Porte[120], a la paralización o agotamiento general de todo el sistema.

Pero nadie dejó de ver, por otra parte, una relación directa entre el pronunciamiento y las responsabilidades, incluyendo las actuaciones del Consejo Supremo de Guerra y Marina. «Sólo una Dictadura podía sustraer del Parlamento el agitado proceso de las responsabilidades de Marruecos», «en aquella Dictadura, en su aceptación por el rey, y en su acatamiento por la nación, influyó, a mi juicio, poderosamente, la situación a que se había llegado a discutir la campaña de Marruecos, que perturbaba la vida política del país»[121], y que, lo que seguramente Primo consideró más grave, llevaba camino de convertirse en un proceso contra el todo el Ejército.

En efecto, para un colectivo con acendrado espíritu de cuerpo como el militar, los juicios por Annual y Monte Arruit no estaban dirigidos contra algunos de sus miembros, con nombres y apellidos, cuya gestión presentaba indicios de culpa, sino contra toda la institución. Es cierto, sin embargo, que tal era la estrategia de las fuerzas antidinásticas, decididas a debilitar el que sabían que era el pilar más firme del régimen.

El proceso

Ayala, ajeno a lo que no fuera su misión, continuó recopilando datos, documentación y testimonios a lo largo de los meses[122], y el 22 de octubre entrega un resumen de la causa, que termina diciendo que «considera concluido el sumario por creer se han practicado las diligencias necesarias»[123]. El 19 de noviembre, el fiscal militar, José García Moreno, eleva un escrito en el que se manifiesta de acuerdo: «puede darse

[118] Seco (1969), pág. 171.
[119] Seco (1984), pág. 298.
[120] (1997), vol. II, págs. 797 y ss.
[121] Dámaso Berenguer, *De la Dictadura a la República,* Madrid, 1946, pág. 167.
[122] En ese intervalo, Berenguer solicitó, y se le concedió, ampliar algunas de las respuestas al cuestionario que se le había enviado. Lo hizo el 28 de septiembre (AHN, TS, 51 N 18, folios 5711-5716v), refiriéndose a su gestión en Melilla y a las guarniciones asediadas.
[123] AHN, TS, 51 N 20, folios 6028-6047.

por concluido el sumario». Añade que los procesados son tres, pero que en el caso de Silvestre, la causa se debe sobreseer por su fallecimiento, certificada por el registro civil de Melilla[124]. En cuanto a los otros dos, estima que «procede elevar la causa a plenario»[125]. El 29, el Consejo dio su aprobación[126].

El 12 de diciembre, el fiscal redacta un largo escrito con sus conclusiones provisionales, en el que tiene el mal gusto de decir que, a causa de la muerte de Silvestre, «se ve precisado a limitarse» a analizar las actuaciones de Berenguer y de Navarro[127]. Empieza por el primero, del que resalta «un desconocimiento casi absoluto de la situación y el poco aprecio que hacía de las justas observaciones» que en su momento le hizo el comandante general; habla luego de que «no tomó medida alguna», cuando se inició el derrumbamiento, y de que, cuando llegó a Melilla, «ignoraba el verdadero alcance de la derrota sufrida». Después, «a pesar de las numerosas fuerzas recibidas», y con «pretextos», no acudió en auxilio de las posiciones sitiadas, «teniendo fuerzas suficientes para intentar, al menos, cubriendo el honor de las armas, su socorro», y no obstante «el resultado conseguido» por las tropas expedicionarias en los combates iniciales.

No es más comprensivo con Navarro; sigue paso a paso su vía crucis, resaltando sus vacilaciones, el abandono –que juzga prematuro– de posiciones sucesivas, y su falta de energía al no restablecer con medidas enérgicas la disciplina en la oficialidad y en la tropa. Le sorprende que se detuviera en Arruit, y que no recorriese los siete kilómetros que le separaban de Zeluán, que tenía «aguada inmediata», lo que opinaba el fiscal que se podría haber hecho en una marcha nocturna. Le censura, finalmente, por haber capitulado sin garantías y sin previa reunión de la junta de jefes.

Se trata de un escrito injusto, con numerosos errores de hecho, como los referentes a los abastecimientos existentes en las posiciones dejadas atrás, la pretendida mala organización de la columna en las retiradas sucesivas, o que la artillería no tiró en el Gan, por llevar las piezas sin los cierres puestos. Por solo comentar este último punto, como se ha dicho en su lugar, sí que disparó en el Gan. Donde no lo hizo fue en las proximidades de Arruit, pero no se debió a que los cierres no estuviesen colocados, sino al desplome del cuadro que formaba la fuerza y al consiguiente pánico. En cuanto a la marcha nocturna de Arruit a Zeluán, hubiera sido suicida. Únicamente tropas muy bien instruidas, con mandos sobresalientes y de moral a toda prueba, lo que no era el caso, pueden moverse en la oscuridad y rodeadas de enemigos.

Concluye: «los hechos consignados son de tal naturaleza, que resulta arduo calificar justamente, dentro del Código de Justicia Militar, los delitos cometidos por el general Berenguer, pues los autores del citado código jamás pudieron suponer la existencia de un error tan enorme». Considera aplicables, en su caso, los artículos 274, 275, 278 y 295, y, en el de Navarro, los 275, 277 y 295. Pide,

[124] Ibíd., folio 6128.
[125] Ibíd., folio 6052.
[126] Ibíd., 6053v (el borrador de la decisión está en 51 N 27, folio 114).
[127] Ibíd., folios 6086-6098.

también, careos por separado de Riquelme y Fernández Tamarit con Cavalcanti, a los que ya se hecho referencia en este trabajo.

El 18 de diciembre, se trasladó la causa a los defensores de Berenguer y Navarro, respectivamente García Benítez y Rodríguez de Viguri, para que en veinte días, «dada la complejidad y extensión de los autos», formulasen sus conclusiones preliminares[128]. Realmente, el plazo no era generoso, habida cuenta de que, para entonces, se habían acumulado varios miles de folios, sin mencionar los del Expediente Picasso. Respecto a este, parece autorizada la duda de si se llegó a utilizar por las defensas, o solo manejaron el famoso resumen.

El 14 de enero de 1924, ambos presentaron sus alegaciones. El abogado de Berenguer redactó un escrito[129] débil, en el que se esforzó en demostrar que su defendido había dado a Silvestre «instrucciones prudentes y previsoras», y que fue el comandante general quien «se equivocó en su apreciación del valor combativo de la harca, de sus propias tropas», y ratifica que el alto comisario, «estimó desde el primer momento que toda operación fuera de la plaza, por corto que fuera su radio, produciría un desastre mayor», argumento endeble, sobre todo porque da a entender que tomó una decisión firme antes de que el flujo de llegada de refuerzos alcanzara velocidad de crucero.

Alegó excepción de cosa juzgada, pero con tan poco convencimiento que adelantó las diligencias adicionales que solicitaba, caso de no prosperar su petición. Entre ellas mencionaba que se recibiera declaración a Maura, Eza y Cierva.

El fiscal le rebatió casi con displicencia, una semana después. Negó que «los únicos jueces competentes» para valorar la actuación de Berenguer fuesen los ministros y el Gobierno, señalando que la competencia residía en el poder judicial, no en el ejecutivo. Con sorna, se preguntó que cuál era la sentencia anterior que se había emitido en este caso[130]. No existía tal, por lo que la alegación carecía de sustento. El 25, el Consejo la desestimó[131].

Más sólido que su colega, Rodríguez de Viguri manifestó[132] que el fiscal se había basado en testimonios de personas, no en hechos, y que no había concretado a casos específicos sus acusaciones; enfatizó que, gracias a Navarro, los sucesivos repliegues a partir de Drius se habían realizado con una disciplina muy superior al caos de la retirada desde Annual; mantuvo que Arruit se defendió con heroísmo y hasta el límite, y, por último, que capituló tras haber recibido órdenes de hacerlo. Pedía, igual que García Benítez, la absolución.

Los trámites siguieron su curso, y el 29, Navarro, asistido de su defensor, compareció[133] para oír la lectura de cargos, rechazándolos, expresando su «sorpresa»

[128] Ibíd., folio 6100.
[129] Ibíd., folios 6102-6105.
[130] Ibíd., folios 6123-6125, informe del fiscal, de 21 de enero.
[131] Ibíd., folio 6125v.
[132] Ibíd., folios 6118-6122.
[133] Ibíd., folios 6132-6134v.

ante ellos y ratificándose en que «cumplió en todo momento como militar y como jefe con sus deberes». Por enfermedad de su defensor, la misma ceremonia respecto a Berenguer no se celebró hasta el 31. Reiteró que él no era general en jefe, en el sentido completo del término, que el fiscal había interpretado mal parte de la correspondencia que se había cruzado y que «rechaza en absoluto» las acusaciones. Respecto a la pretensión de Riquelme de que había propuesto un plan para auxiliar a Arruit, la calificó de «absolutamente falsa». Solicitó, por último, hacer una nueva ampliación a sus declaraciones anteriores.

El 2 de febrero[134], Ayala admitió las pruebas adicionales propuestas por el fiscal y los defensores, celebrándose en ese marco los careos solicitados. Respecto a los interrogatorios solicitados, los más importantes, los del antiguo presidente y los dos exministros[135], aportaron muy poco. Eza hizo, sobre todo, una defensa de su propia gestión, y Maura y Cierva se centraron en justificar los motivos para rechazar la dimisión que Berenguer presentó en noviembre de 1921. Quizás lo más destacable de esas declaraciones fuera la afirmación, que respondía a la realidad, del antiguo presidente en el sentido de que durante su mandato, «no hubo dentro ni fuera de las Cortes manifestación estimable en sentido contrario» a la continuación del alto comisario en su cargo. En todo caso, debió ser motivo de pesadumbre adicional para el general constatar que los que habían sido sus superiores, y en algún caso sus aduladores, no le apoyaban ahora con mayor fuego.

En ese mismo día, Berenguer realizó su declaración adicional[136]. Se trató de un relato pormenorizado de los hechos, ciñéndose al periodo transcurrido entre su llegada a Melilla, el 22 de julio, y la caída de Arruit, el 9 de agosto. Aspectos destacados de sus palabras son, en primer lugar, la insistencia en que ni el telegrama enviado a Tisutin anunciando la llegada de refuerzos ni el del 29 ordenando a Navarro la retirada sobre Monte Arruit son suyos. Reitera que tenía órdenes del ministro de «sacrificarlo todo a la defensa de la plaza y evitar cualquier quebranto militar», y que actuó en consecuencia, debatiéndose en «angustiosa lucha entre el deseo y la imposibilidad, entre la voluntad de socorrer y el peligro de la plaza».

Respecto a la situación del enemigo, insiste en su idea sobre lo numeroso que era y la grave amenaza que suponía para la seguridad misma de Melilla, mientras que reitera que su impresión sobre las tropas que le llegaban de refuerzo «no podía ser más desconsoladora […] Por lo que se refiere a municiones, la situación no podía ser más crítica». Además, «los cuerpos no tenían medios de transporte para llevarlas en operaciones». En esas condiciones, «ir y volver a Monte Arruit, cuatro jornadas de combate, con un repliegue de dos jornadas como mínimo» era

134 Ibíd., folios 6140-6141.

135 Ibíd., folios 6222-6226v para la declaración de Eza, de 11 de marzo de 1924; 6227-6228v para la muy concisa de Cierva, del 12, y 6236-6238 para la de Maura, del 13.

136 Ibíd., folios 6142-6151.

absolutamente imposible. Alguien ha escrito a lápiz, en el margen, «29», quizás para indicar la distancia entre ambos puntos, y sus dudas sobre los tiempos marcados por el general.

Una última referencia. De Zeluán dice que «mientras Navarro se mantuviera [en Arruit] había que mantener» dicha posición. De ello se deduce que no concedía importancia a Zeluán en sí mismo, sino solo como etapa, bien de repliegue para Navarro, bien de avance para socorrerle. La afirmación parece discutible. Con independencia de en qué manos estuviera Arruit, era muy distinto que Zeluán perteneciese a un bando o a otro. Además, como ni Navarro podía replegarse más, ni él se estimaba en condiciones de salir de Melilla por el momento, el valor de dicha etapa resultaba ser puramente teórico.

El 22 de mayo, el fiscal militar hace su informe final, un tremendo escrito de 55 folios[137]. Para entonces, presidía el tribunal Weyler, hombre por lo menos tan estricto y tan poco amigo de Berenguer como Aguilera, quien, cada día más enfrentado a Primo, presentó el 1 de marzo la dimisión, alegando su quebrantada salud y el cansancio por lo mucho que había trabajado en ese puesto. En cuanto a Weyler, general ejemplar por su oposición a la intervención de los militares en política, tampoco sentía la menor simpatía por el dictador, que, con su peculiar estilo, acabaría imponiéndole, en 1926, una desproporcionada multa de 100.000 pesetas[138]. Le tocó así donde más le dolía, en el bolsillo, porque era notoriamente respetuoso con el dinero, hasta bordear la avaricia.

Empieza el fiscal por demoler al que había sido alto comisario, recurriendo en ocasiones a una hiriente ironía; le da lecciones de estrategia; le bombardea con citas –demasiadas– de Frisch[139], cuya obra blande como una Biblia; habla de sus «dudas y vacilaciones características»; alude a su «incompetencia o falta de visión», y hasta le reprocha no haber llegado a Alhucemas durante la campaña de reconquista. Con más razón, le critica por la excesiva importancia que dio a las operaciones en la zona occidental, desentendiéndose en gran medida de la oriental; por no haber ocupado el Gurugú, cuando aún era tiempo, y por su exagerada prudencia en Melilla en las semanas siguientes a su llegada, que atribuye, en parte, a «que no supo o no quiso» emplear los refuerzos, de los que dice que estaban en mejores condiciones de lo que pretende el acusado.

Resume: dio pruebas de «negligencia y notoria omisión», «de pasividad incomprensible» y, olvidando sus deberes, no auxilió a las guarniciones citadas y negoció su liberación con el enemigo.

---

[137] Ibíd., folios 6253v-6308v.

[138] En la misma ocasión, con motivo de la llamada *sanjuanada*, se multó a Aguilera con 200.000. Por otro lado, el 4 de septiembre de 1924, Weyler, con el que no se sabía muy bien qué hacer –tenía ya cerca de setenta años de servicio–, había sido nombrado de nuevo jefe del Estado Mayor Central, cesando en su cargo al frente del Consejo Supremo (ver la *Gaceta de Madrid* del 5 de septiembre).

[139] Se trata de la brevísima *La guerra en África,* ya citada antes.

Volviéndose contra Navarro, critica todos y cada uno de sus sucesivos repliegues; le da, también, lecciones, con ayuda del imprescindible Frisch, y le fustiga por no haber impuesto la disciplina con severidad. Hace afirmaciones peregrinas, como que no consta que, cuando se retiró sobre Arruit, diera órdenes a la posición de cubrirle, o que, más tarde, las fuerzas cercadas, igual que salían a hacer la aguada, podrían haber llegado hasta Zeluán, o que debería haber tomado el poblado de Arruit. Debió doler particularmente al general que calificase su defensa como «de obstinación injustificada de mantenerse».

Enumera al final de la larga perorata sus conclusiones. Berenguer es culpable de denegación de auxilio, a tenor del artículo 278 del Código de Justicia Militar, y Navarro, de negligencia, según el 275. Aprecia, sí, circunstancias favorables. Para el primero, la conquista de Xauen y su gestión en la zona occidental; para el segundo, que conservara el mando después de haber sido herido, así como su periodo de cautividad.

Pide, en conclusión, la pena de veinte años de reclusión temporal, con la accesoria de pérdida de empleo, para Berenguer, y ocho de prisión mayor, con separación del servicio, en el caso de Navarro.

No obstante la dureza de las penas solicitadas, resulta notable la muy clara diferencia entre ese escrito y el de calificación provisional. En este, eran cuatro los artículos presuntamente infringidos por Berenguer, y tres por Navarro. Así pues, ahora el fiscal ya no consideraba que el otrora alto comisario hubiese cometido negligencia por pérdida de «plaza o puesto militar» (art. 274), ni «negligencia u omisión en el cumplimiento de sus deberes» (art. 275), ni que hubiese realizado una capitulación impropia (art. 295). En el caso del antiguo segundo jefe de la Comandancia General, ya no se invocaba que no hubiera mantenido la disciplina (art. 277), ni el artículo 295. La diferencia no era menor, ya que tanto el artículo 274 como el 295 estaban castigados con pena de prisión militar mayor a muerte el uno, y de reclusión militar perpetua a muerte el otro.

El 10 de junio, Ayala pregunta a Weyler el día y la hora en que empezarán las sesiones para la vista de la causa que instruye. Un escrito de este, del 14, señala que, a partir del 16, a las diez de la mañana, «se constituirá el Consejo reunido en Sala en el palacio del Senado para ver y fallar» la causa[140].

Las sesiones comenzaron, efectivamente en esa fecha[141]. Habitualmente había dos al día, una por la mañana, entre las diez y la una de la tarde, y otra de cuatro a siete o siete y media, con un descanso de cinco minutos en cada una. Ni Berenguer ni Navarro estuvieron presentes en el salón de sesiones, donde

[140] AHN, TS, 51 N 27, folios 251 y 254 para ambos escritos.

[141] Ibíd., 51 N 21, folios 6396-6417v para un resumen de cada una de las sesiones. Borradores manuscritos de varias de ellas están en 51 N 27, folios 116-138v. El texto completo del interrogatorio de los testigos, el día 22 de junio, quizás uno de los momentos más interesantes, figura en 51 N 26, en 46 hojas.

tuvieron lugar, sino que se hallaban «a disposición del tribunal en local inmediato», en el conocido como «despacho de ministros». Muy probablemente quisieron evitar la pública humillación.

En el salón se había retirado la mesa presidencial, que fue sustituida por tres, para el tribunal; se quitó también la de los secretarios, y se colocaron dos, a derecha e izquierda, para el fiscal y las defensas.

Contra lo que pudiera esperarse, el juicio no despertó al principio gran curiosidad. Así, el primer día se comentó «el gran número de fuerzas de Seguridad» y el «escaso público» que había, con «escasa concurrencia» en la tribuna pública y «escasos oficiales» en los escaños[142]. En la sesión del 17 se habló de «grandísima desanimación» en la sala, con no más de cuarenta personas, aparte de oficiales, «la mayor parte ayudantes», y de asistentes. Al día siguiente, hay «más público» en la tribuna, pero «poquísimas personas en los escaños, y, de éstas, la inmensa mayoría son periodistas que acuden por deberes informativos». El 20, «en las tribunas la soledad es completa»; en total, excluidos los enviados de los diarios, no había ni veinte espectadores[143]. La lectura de la acusación, en cambio, provocaría colas en los accesos al Senado.

En los periódicos consultados, con la excepción de *ABC* y *La Correspondencia Militar,* y, en alguna ocasión, *El Imparcial*, la información sobre el desarrollo del juicio fue relativamente modesta. *El Sol* llegó al extremo de dedicarle solo ocho líneas a una sesión entera[144].

Desde luego, el formato del juicio, con interminables horas dedicadas a leer centenares de páginas, bastaba para embotar el interés de cualquiera. Un periodista, ahíto, calificaría de «penosísima» tanta lectura[145], con el agravante de que en algunos momentos, el encargado de ella, el relator Ruiz de Lapuente apenas se hacía oír.

La del apuntamiento ocupó las sesiones del 16 al 19, completas, y la del 20 hasta las once y media, leyéndose en ellas decenas de testimonios y de documentos. Durante el resto de ese último día se dio lectura a las diligencias y declaraciones solicitadas por el fiscal, que incluían desde el informe fiscal del Expediente Picasso a testimonios de capitanes generales de varias regiones militares y de jefes como Fernández Tamarit, Riquelme, Capablanca, Tulio López o Pérez Ortiz, lo que consumió todo el 21 y parte del 22, cuando se presentaron los documentos que pidió García Benítez. Se trataba, fundamentalmente, de las declaraciones de los asistentes a la famosa junta de generales en Melilla, así como del careo entre Riquelme y Cavalcanti, y testimonios de capitanes generales que le parecieron favorables para Berenguer, si bien el defensor renunció a que se leyeran muchos de ellos. Rodríguez de Viguri se limitó a solicitar que se

[142] *El Sol* de 17 de junio de 1924.
[143] *El Imparcial* de 18, 19 y 21 de junio de 1921.
[144] *El Sol* de 19 de junio de 1924.
[145] *ABC* de 22 de junio de 1924.

leyeran las declaraciones del capitán médico Peña y del teniente Gómez López, así como lo que escribió Picasso sobre la defensa de Arruit, que era muy elogioso, como ya se ha dicho.

Por la tarde comparecieron, en calidad de testigos, Eza, Sainz Gutiérrez, Aguirre y Alcaide, el intérprete. El primero, igual que ya había hecho en anteriores ocasiones, se centró en exculparse: no se le habían pedido refuerzos, consiguió créditos, pero si Hacienda no los libró no era asunto de su competencia, etc. De mayor valor fueron las declaraciones de los capitanes, que giraron en torno a la importante cuestión de las transmisiones entre Navarro y Berenguer. Al pertenecer uno de los testigos a Estado Mayor y, el otro, a ese cuerpo y al de Ingenieros, sus palabras tenían indudable valor. Otro tema que también se les planteó fue el de las negociaciones para la capitulación de Arruit.

Sainz Gutiérrez dijo que el 27 de julio de 1921, con la columna Navarro ya en Tisutin, Aguirre logró conectar con Arruit. La comunicación se cortó pronto, pero se restableció a las dos horas, recibiéndose entonces orden de Berenguer de retirarse a Arruit. Una vez allí, llegaron telegramas del alto comisario tratando de la capitulación los días 31 de julio, y 4, 6 y 8 de agosto.

Aguirre, por su parte, señaló que el 23 de julio pudo hablar por teléfono desde Tisutin con el Estado Mayor de Melilla, que le manifestó que «en breve plazo, sin decirme cuál era», saldría una columna de Ceriñola en su auxilio, y que estaba desembarcando el Tercio y los Regulares, lo que trasladó a Navarro, que se hallaba en Batel. Confirmó, también, la comunicación del 27 con Arruit, que envió «un despacho del alto comisario que llevaba allí un par de días», por el que se disponía la retirada de la columna a esa posición, y añadía algo parecido a que ese punto «iba a ser el eje de la maniobra posterior».

Respecto a la capitulación, fue interrogado en profundidad por el fiscal, igual que lo había sido Sainz. Estaba aquel empeñado en demostrar que Navarro había abandonado la posición antes de su entrega, lo que hubiera constituido grave delito. Los dos testigos insistieron en que el general no había pasado del dintel de la puerta, mostrando el punto exacto en una fotografía, hasta que, una vez que se llegó a un acuerdo, los notables con los que estaba le alejaron de allí, para firmar a la sombra y «en el suelo, como acostumbran» el texto final. Fue solamente entonces cuando se produjo la arremetida contra la guarnición y la matanza subsiguiente, teniendo que intervenir los jefes cabileños para proteger a Berenguer y a un grupo de oficiales que estaba con él. Burrahail, que incluso se vio obligado a usar su arma, dijo al general al final del incidente: «ya tener suerte; no morir».

En cuanto a Alcaide, que por no ser militar tuvo que prestar previamente juramento de decir la verdad, las preguntas de la defensa giraron sobre el mismo asunto. Sus respuestas, coincidentes con las de sus dos predecesores, fueron tan terminantes que el fiscal renunció a interrogarle.

Estos fueron todos los testigos que comparecieron durante el juicio.

A continuación, dio el fiscal da lectura al escrito de acusación, que terminó el 23. Luego, las defensas presentaron sus alegaciones[146]. Leyó primero la suya García Benítez, reconociendo desde el principio que era la primera vez que ejercía esa función, lo que es perceptible en su exposición. Apenas se detiene en un hecho que parece sustancial, como es que un asunto de la índole del que se estaba enjuiciando, que en su opinión era de la competencia del ejecutivo, a pesar de ello «ha sido entregado [...] al poder judicial».

Aunque con cautela, hace referencia al excesivo optimismo inicial por parte de Silvestre, que le llevó a un «error de apreciación de la situación militar», primero, y a quedar «paralizado» después. En cuanto a Berenguer, había dejado al comandante general la iniciativa que le correspondía, entre otros motivos, por «ser más antiguo de empleo que mi defendido», pero prestándole, a la vez, «apoyo constante y enérgico». No había, por consiguiente, culpa del antiguo alto comisario.

Por lo que se refiere a la falta de auxilio a las posiciones cercadas, era consecuencia exclusivamente de «la enorme carencia de elementos materiales» con que llegaban los refuerzos, y, por tanto, no podía ser imputada a su defendido.

Pedía, en suma, su absolución y que se «ponga término a la larga tortura moral» que estaba sufriendo el general.

Rodríguez de Viguri fue mucho más incisivo. Reprochó frontalmente al fiscal su «afán de crítica que no se detiene ante ninguna resolución»; «difícil es seguir la exposición de hechos sin tenerse que detener a cada momento para contradecir las afirmaciones de la acusación». Le tildó de inconsistencia por, a la vez, desaprobar la marcha nocturna en retirada de Tisutin a Arruit y recomendarla, en cambio, desde Arruit a Zeluán, y de hacer falsas acusaciones, como la de que Navarro había armado a la harca amiga, camino de Drius, cuando, en realidad, la había desarmado.

De Silvestre, mencionó «sus errores y las consecuencias de un temperamento impresionable y de un carácter impetuoso», que habían generado un desastre que su defendido consiguió paliar. Se queja amargamente, de nuevo con razón, del enfoque que el fiscal hace de la defensa de Arruit, deformando los hechos, y convirtiendo en delictiva una acción heroica.

Pero lo peor, a sus ojos, es que el fiscal se ha dejado arrastrar por la opinión pública, en su obsesión por encontrar víctimas propiciatorias, y ha confundido la responsabilidad con «la delincuencia». Esta exige voluntariedad y la infracción de una norma preexistente, lo que no se da en el caso de la actuación de Navarro. Es responsable, para bien y para mal, por lo que hizo, pero ciertamente no culpable en términos jurídicos.

[146] AHN TS, 51 N 20, folios 6326-6361, para la de Berenguer, y 6362-6396 para la de Navarro. Ambas se publicaron, con el título *Defensa del general Berenguer* y *La retirada de Annual y la defensa de Monte Arruit*. La primera financiada por «amigos y admiradores», es una edición modestísima, comparada por la segunda, reflejando la desgracia del que fue alto comisario.

No más tarde que al día siguiente, a las diez de la mañana, el fiscal, a preguntas de Weyler, responde que se confirma en sus conclusiones contra Berenguer, al tiempo que las modifica respecto a Navarro, «en el sentido de no ser los hechos realizados por éste constitutivos de delito, dado el resultado de la prueba practicada en el acto de la vista». Se había impuesto, al fin, una cierta sensatez.

Los defensores se ratificaron, y los dos acusados hicieron saber «que no desean comparecer ante el tribunal ni tienen ninguna manifestación que hacer».

Con ello, el presidente anunció que «queda terminada la vista pública y el juicio pendiente de deliberación y sentencia», y levantó la sesión[147].

La sentencia

El jueves 26 de junio, se dicta la sentencia[148]. No deja de llamar la atención la celeridad que se imprimió al juicio, en contraste con la larga duración de la fase previa. En efecto, empezó un lunes y el martes de la semana siguiente estaba visto, tras haberse celebrado sesiones incluso el sábado 21 y el domingo, 22.

El documento, de doce resultandos y veintidós considerandos, plasma la posición oficial por lo sucedido en la Comandancia General de Melilla desde la caída de Abarrán a la de Arruit, por lo que es obligado recoger con cierto detalle sus términos.

Antes de entrar en las valoraciones personales que hace, contiene dos aspectos que merecen mención. De un lado, considera el plan sobre Alhucemas «nunca aprobado, pero realmente convenido en principio o en sus preludios». De otro, utiliza unos términos al describir la retirada de Annual que, dada la autoridad del tribunal, deben reproducirse. Habla así de «huida y desbandada», de la columna «poseída por el terror», del «enorme núcleo de fugitivos» y de «aquel ejército indisciplinado y deshecho», con lo que consagra la valoración de Picasso sobre la extensión y profundidad del desplome de aquellas fuerzas.

Pasando a los juicios que emite sobre la conducta de los generales, se trata ante todo de una acusación contra Silvestre. Annual estuvo pésimamente elegido: «en un valle cerrado, sin caminos para avanzar ni retroceder o relacionarse con la retaguardia, verdadero callejón sin salida [...], dominado desde todas partes, tenía también sus frentes con espacios privados de fuego y la aguada en un barranco, al alcance del enemigo [...], sin que reuniera, por tanto, condiciones para ser convertido en campamento general».

Se fue a Abarrán sin «orden expresa del general en jefe», la columna que instaló la posición se retiró «anticipada y precipitadamente», y la guarnición era inadecuada. Considera motivo de su pérdida «la defección de la harca amiga y demás

[147] AHN, TS, 51 N 21, folio 6408.

[148] Ibíd., folios 6409-6417v. Un borrador parcial de la misma, corregido a mano, está en 51 N 27, folios 24-40.

fuerzas indígenas». Se sugiere, incluso, que tras ese fracaso debió ser relevado el comandante general.

La ocupación de Igueriben «vino a complicar más la situación, con otro puesto adelantado, sujeto a las acometidas del creciente enemigo».

Señala «la depresión moral» de Silvestre en Annual; le muestra «desconfiado, vacilante [...] [y] contradictorio», y le acusa de disponer la retirada «sin prevenciones concretas para las distintas fuerzas, sin objetivos determinados, en medio del desconcierto y confusión más indescriptibles».

Por fin, se alude a «su muy especial temperamento [...], impresionable, pundonoroso, maltrecho con el recuerdo de su artillería perdida en Abarrán y sus afanes de revancha, temperamento que en aquellas difíciles circunstancias podía presumible y racionalmente envolver peligros».

Muchas de las culpas de Silvestre constituyen otras tantas responsabilidades de Berenguer. Tendría que haber comprobado que, como se previó, el campamento base fuese trasladado de Annual; haberse ocupado de que se solucionaran las muchas deficiencias que observó en la zona oriental; haberla visitado con mayor frecuencia; haber controlado más a su subordinado, conteniendo los «naturales impulsos de mando» de este y obligándole a «permanecer contenido e inalterable en el territorio estrictamente ocupado hasta entonces».

A la vista de los antecedentes, el tribunal censura al entonces alto comisario por resultar «incomprensiblemente sorprendido» por lo que sucedió, y por su «inexplicable desvío o incomprensión» ante las angustiadas peticiones de ayuda que le hizo Silvestre desde Annual.

Respecto a la falta de auxilio a las posiciones, recalca que Nador se encuentra a 11 kilómetros de Melilla; Zeluán, a 23, y Monte Arruit, a 31, no 40 «como erróneamente se dice en lo actuado», y que, «dado que las tropas españolas se hallaban en el Atalayón», se reducían a 23. Se pudo hacer el socorro marchando por La Restinga a Zoco el Arbaa, «desde donde por terreno llano, muy a propósito para nuestras tropas y muy desfavorable para el modo de combatir del enemigo, cabe intentar al menos [...] socorrer a Nador y a Zeluán, y proteger después la retirada del general Navarro».

En cuanto a las tropas de que disponía, las llegadas desde la península, aunque presentaban deficiencias, tenían una moral excelente, y entre ellas había «buen número de batallones cuyas excelentes condiciones quedaron bien pronto demostradas» en cuanto entraron en combate. Contaba, además, con las venidas de Ceuta, que eran «muy eficaces» y con «los restos, no tan reducidos e inservibles en aquellas circunstancias, de la antigua guarnición». Por último, tenía la posibilidad de haber llevado a Melilla más fuerzas fogueadas de Ceuta y otras de Larache, reemplazándolas con unidades de las recientemente movilizadas.

En ningún caso, y tampoco en este, continúa, un general en jefe puede trasladar su responsabilidad al Gobierno. Las instrucciones de defender la plaza y evitar nuevos fracasos, «con ser muy preferentes [...], no debieron ser exclusivas [...];

no era indispensable un acordonamiento tan riguroso» de Melilla, y para ello bastaba un número «mucho menor» de los 20.000 hombres disponibles a fines de julio, que luego aumentaron aún más, y que no fueron «enviados sólo para encerrarlos en la plaza».

En materia del auxilio a las posiciones sitiadas, la sentencia llega al extremo de afirmar «de tal suerte parecía desear el general en jefe que las posiciones asediadas resolvieran por sí mismas el problema de su defensa, para no tener sobre él la preocupación del posible socorro», que Berenguer no encontró otra solución «que las aventuradas negociaciones, en las que se fió equivocadamente», con el enemigo.

Navarro, en cambio, es objeto de toda clase de elogios. Se alaban los esfuerzos que hizo por organizar el repliegue, dando por hecho, por cierto, y por dos veces, que recibió órdenes de Berenguer de retirarse a Arruit, lo que aquel siempre negó, y se exalta su defensa, que solo cesó «después de 12 días de resistencia, agotados los víveres y municiones, sin agua, con numerosas y continuas bajas, falto de elementos para atender a los enfermos y los heridos, en pleno agotamiento de fuerzas físicas y morales, cuando se pierden las últimas esperanzas de socorro, previa y reiteradamente autorizado».

La sentencia es coherente con todo lo descrito hasta ahora. De Navarro dice que durante la retirada demostró «serenidad y entereza de su ánimo, sin que, por tanto, haya fundamentos legales para exigirle responsabilidad alguna», y que en Arruit «extremó la resistencia», por lo que le «absuelve libremente».

Muy distinto es el caso de Berenguer, en el que se consideran probadas «manifiestas omisiones» después de Abarrán, además de las cometidas desde abril de 1921, cuando visitó Melilla, a las que se suman «las omisiones en el cumplimiento de sus deberes como general en jefe», por no socorrer a Nador y a Zeluán y por no proteger la retirada de la columna Navarro. Se le encuentra, pues, culpable, a tenor del artículo 275 del Código de Justicia Militar, que establece pena entre prisión militar mayor y la pérdida de empleo.

Existen, sin embargo, «circunstancia atenuantes muy cualificadas», como son los «meritorios servicios» del general a lo largo de su carrera, y «las deficiencias» que tenían los refuerzos. Por ello, se rebaja la pena un grado, por lo que se le condena a la separación del servicio y el pase a la situación de reserva.

Primo de Rivera manifestaría su alegría por la absolución de Navarro, y «gran sentimiento» por la condena a Berenguer, al que describió como «tan buen soldado y tan exaltado patriota», además de amigo personal suyo. El propio 27, ya anunció que se preparaba una medida de gracia. El 30, publicaría una de sus inenarrables «notas oficiosas». Saliendo al paso de la «fecundidad inventiva de degenerados» y de «la villana escoria» que comentaba que obedecía a presiones, afirma que dicha medida de gracia la «tenía acordada en principio hace más de un mes».

Por esas fechas, y sin duda con permiso del dictador, generales como Sanjurjo y notables como Abd el Kader expresaban su solidaridad con el ex alto comisario,

creando un ambiente favorable para el perdón. Otros personajes, entre ellos Antonio Maura y generales como Saro, Dabán y Luque, desfilaron por el domicilio de Berenguer en Madrid para manifestarle su apoyo.

El 5 de julio se remitió testimonio de la sentencia, a efectos de notificación a los dos generales[149]. Pero ese mismo día, la *Gaceta de Madrid* publica el decreto anunciado por el dictador, que mencionaba expresamente en su artículo 1.º E) que se concedía amnistía «a los delitos de negligencia previstos y penados en el artículo 275 del Código de Justicia Militar», lo que afectaba a la mayoría de los condenados por el desastre. El 4.º, además, indultaba «a los castigados con pena de prisión militar correccional, cualquiera que sea su extensión», ampliando aún más el ámbito del perdón.

No hubo, pues, casi tiempo de notificar el testimonio de la sentencia a Berenguer y a Navarro, porque el 9 Ayala decide someter al Consejo reunido dicha norma, fechada el 4, y una real orden circular del 8, que aquel traslada el mismo día al fiscal togado. El 10 emite su informe; dichas disposiciones «expresamente» conceden amnistía por el delito del que Berenguer ha sido declarado culpable, por lo que «procede hacer al interesado aplicación de dicho beneficio». El mismo 10, así lo acuerda el Consejo[150].

Aunque el decreto incluía muchos otros casos además de los mencionados, no se dudó que los principales destinatarios, según los propios términos de la Exposición que la precedía, eran «los sentenciados o procesados por causas originadas en el desastre de 1921», «envenenado» por las «pasiones» de la política. Se consideró tan urgente su promulgación, que el rey la firmó por la noche, en la estación, antes de partir en tren para el valle de Arán.

ABC consideró la amnistía como «un feliz acierto»[151], y *El Imparcial* expuso su «viva alegría»[152]. Con la férrea censura en vigor, los medios que no estaban de acuerdo con ella optaron por el silencio. De otro lado, desde principios de mes, Abd el Krim había iniciado una peligrosa ofensiva en la zona occidental que, una vez más, hizo tambalearse a las líneas españolas[153]. La apurada situación contribuyó a que «el caso Berenguer» pasara a un segundo plano.

El 3 de octubre se decreta la remisión de la causa, con sus miles de folios, al archivo del citado tribunal[154]. Solo quedará un testimonio más de la casi nonata sentencia. El 2, el secretario relator ha anotado en un formulario de Estadística Criminal de Guerra que el general de división don Dámaso Berenguer, de 47 años, casado, que sabe leer y escribir, ha sido condenado como autor de un delito

149 AHN, TS, 51 N 21, folio 6422.
150 Ibíd., folios 6419v-6420v para las decisiones tomadas el 9 y el 10 de julio de 1924.
151 De 5 de julio de 1924.
152 También del mismo día.
153 Ver Hernández Mir (1926), págs. 247 y ss.
154 AHN, TS, folio 6446v.

consumado de negligencia, y que no ha delinquido con anterioridad. En el texto figura, también, la infamante mención «hoja correspondiente al condenado»[155].

De esa manera, el castigo penal, que no el moral, sufrido por Berenguer duró poco más de una semana. Inevitablemente, fueron multitud las voces que se ratificaron en la opinión de que el golpe de Primo de Rivera vino propiciado, en parte, por el deseo de zanjar tajantemente la cuestión de las responsabilidades, y de que el mencionado real decreto se dictó a la medida del condenado. Esto último parece poco discutible, como es evidente que el dictador cortó de raíz las actividades de la comisión del Congreso, al ser clausuradas las Cámaras. Quizás para alivio de muchos conservadores, ya que, al haber ampliado aquella su esfera de actuación, podría haber llegado a conclusiones indeseables para alguno de los Gobiernos de los que habían formado parte correligionarios suyos.

Diez años después

No acabó ahí el problema, sin embargo, porque la República decidió establecer una nueva Comisión de Responsabilidades, que debería examinar cinco cuestiones distintas, la primera de las cuales atañía a Marruecos[156], y que, el 24 de enero y el 4 de mayo de 1934 dictaminó[157] que «los sumarios y diligencias de todas clases» que habían instruido pasasen al Supremo, para «que continúe la sustanciación de cada asunto». Cabe decir que el 12 de ese año, al hacer relación de los asuntos que tenía encomendados, con motivo de la disolución de las Cortes Constituyentes, indicaba «que no han instruido diligencias» respecto a Marruecos[158].

El 1 de junio, el Tribunal Supremo, extinguido ya el Consejo Supremo de Guerra y Marina, abre la instrucción de un proceso «para depurar las responsabilidades en que pueda haber incurrido el mando con motivo de los sucesos ocurridos en la comandancia general de Melilla en los meses de julio y agosto de 1921», que se amplía a las operaciones de septiembre, es decir, al convoy a Tizza. Se designa como ponente al magistrado Mariano Granados[159]. El 23, el tribunal, reunido en pleno, envía al fiscal la voluminosa información acumulada, incluyendo los miles de folios reunidos por Picasso y Ayala.

155 Ibíd., folio 6449.

156 Seguimos a Belén de Alfonso Alonso-Muñoyerro, en su trabajo «Los sucesos de Annual», en <www.mcu.es/archivos/docs/MC/AHN/Pieza_del_mes/Folleto_Los_sucesos_de_Melilla>. El texto de la ley se publicó en la *Gaceta de Madrid* de 23 de agosto de 1931. Una relación de los miembros de esa comisión está en *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes* de 31 de julio de 1931.

157 *Diario de Sesiones* de los días mencionados. Para entonces existía una nueva comisión, formada el 12 de enero de 1934.

158 Ibíd., de 12 de enero de 1934.

159 AHN, TS, 51 N 28, sin número de folio.

El 23 de marzo de 1935 emite el informe[160]. Tras un extenso preámbulo, concluye: «entiende que los hechos […] son hechos ya juzgados debidamente por los tribunales, lo que constituye excepción de cosa juzgada». Por tanto, «no ha lugar a adoptar resolución en cuanto a competencia [como se le había solicitado] ni respecto del fondo, y procede tan sólo que […] se decrete el nuevo archivo».

Cosa distinta eran las responsabilidades políticas, pero señala que ni las Cortes Constituyentes, ni la ya disuelta Comisión de Responsabilidades que se había creado, habían remitido diligencia alguna.

El 9 de julio, de nuevo en pleno, el Supremo decide[161], de un lado, que se debe aplicar la excepción de cosa juzgada. De otro, que «las únicas responsabilidades que tal vez pudieran derivarse serían de carácter político, sujetas al juicio de la historia, y sólo exigibles por la opinión pública o por medio de sus órganos representativos». Pero las Cortes Constituyentes no se han manifestado, y se añade, de forma algo sorprendente, «ni tampoco existe el menor atisbo de que hubiera actuado la Comisión de Responsabilidades que funcionó en el Congreso de los diputados antes del año 1923 para depurar las [responsabilidades] de carácter político». Por ello, decreta, «archívense de nuevo todas las diligencias».

Así terminó el proceso que había iniciado Picasso en el agobiante y desolador agosto de 1921.

Otros procesos contraeuropeos

Tanto Picasso como Ayala creyeron detectar en el curso de sus investigaciones hechos presuntamente delictivos, cometidos tanto por individuos como por guarniciones completas. Para juzgarlos, como se ha visto en su momento, fueron enviados jueces a Melilla[162], cuyos trabajos se remitían al auditor general, cuando se creó esta figura de la que Berenguer careció, cerca del general en jefe del ejército de África. Este podía aceptar las sentencias o, en caso contrario, las elevaba al Consejo Supremo, a quien correspondía la decisión definitiva, que no era recurrible.

No se pretende aquí entrar en las decenas de procesos que se entablaron, sino únicamente aportar algunas ideas generales, y mencionar unos casos que pueden servir para conocer cómo se desarrollaban los procesos. Entre los nombres que surgirán en las siguientes líneas aparecerán no pocos citados a lo largo de este trabajo, en condiciones bien distintas.

---

[160] Ibíd., folios 4-6v.

[161] Ibíd., folios 7-10.

[162] Ibíd. 51 N 29, folio 94, un escrito sin fecha del alto comisario al presidente del Consejo identifica por sus nombres a seis.

Hay un punto de partida: en términos globales, adolecieron de una enorme lentitud y de una gran lenidad, que suscitó el escándalo en la opinión pública, incómodos debates para el Gobierno en las Cámaras y la frecuente irritación del Consejo Supremo. Sin duda, los miembros de los tribunales que se formaron no tenían la misma sensibilidad que la calle, y tendían a considerar los hechos sucedidos con una benevolencia que, ciertamente, no era compartida por la mayoría del resto de los españoles.

Es preciso hacer dos apuntes más. De un lado, la manifiesta diferencia en el trato de principio administrado a los peninsulares y a los marroquíes, que parece injusta, teniendo en cuenta que los primeros, a diferencia de los segundos, no contaban con la atenuante de luchar contra sus compatriotas y correligionarios, al margen de que, en principio, parece que se podría exigir más de un oficial formado en largos años de academia que de un cabileño vestido de uniforme, como era el caso de prácticamente todos los «oficiales moros».

Ciertamente, la acusación que pesaba sobre el elemento indígena era una de los más graves para la legislación militar de cualquier país, como es la de no solamente pasarse al enemigo, sino la de unirse a él contra los antiguos compañeros de armas. Se daban, sin embargo, circunstancias que mitigaban su culpa, y que, en cambio, no existían en los casos de muchos de los europeos juzgados. A pesar de ello, estos gozaron, al menos sobre el papel, de unos criterios de benevolencia muy distintos a los aplicados a los marroquíes. No obstante, excepto en un caso, no ha resultado posible comprobar si, en la práctica, se les trató con mayor severidad.

Resulta muy probable que las autoridades actuasen de esa manera influidas, de un lado porque las tropas indígenas se habían convertido en imprescindibles, y de otro, porque se pretendía formar un auténtico ejército colonial, en el que estaban llamadas a desempeñar un papel fundamental. Quizás esas consideraciones explican el deseo de precaverse en el futuro de deserciones como las protagonizadas por numerosos miembros de Regulares y de la Policía durante «los sucesos de julio».

Otra cuestión a la que conviene aludir es la falta casi sistemática de sintonía entre los jueces melillenses y el Consejo. Existen multitud de ejemplos, pero se mencionarán algunos solamente.

Así, el 15 de septiembre de 1923 el Consejo Supremo impone «en vía disciplinaria», el correctivo de «advertencia» a un teniente del África, por su actuación como fiscal en una causa; quince días después, se sanciona con un mes de suspensión de empleo a un teniente coronel de Artillería, también en su calidad de fiscal, y por un escrito sin fecha se sabe que se castiga con un mes de arresto a un coronel de Infantería, como vocal en un consejo de guerra[163].

[163] Ibíd., folios 387, 389 y 390, respectivamente.

Ya el 5 de octubre de 1922 el Alto Tribunal había empezado a dar señales de impaciencia, a través de un telegrama de su presidente al alto comisario[164]. Al poco, en una reunión en Sala de Justicia, el 23 de noviembre, mostrará su sorpresa, entre otras razones, porque «once [procedimientos] empezaron a tramitarse en los últimos meses del año 1921, sin que todavía se encuentren concluidos». El 23, transmitirá su descontento al alto comisario[165]. En una sesión del 5 de diciembre, volverá a tratar el tema, y lo hará de nuevo el 12 de marzo del año siguiente[166].

Una nota manuscrita del comandante general de Melilla al presidente del Consejo[167], seguramente el borrador de un telegrama, muestra la determinación de Aguilera. En él se le dice que han «cumplido correctivo impuesto por ese Alto Tribunal», y que quedan en libertad, el general Echagüe, un coronel y un auditor, y que «mañana 21 comienza a cumplir el que le corresponde el general García Aldave». No se especifican los motivos, pero todo parece indicar que tenían relación con los consejos de guerra que se celebraban en aquella plaza.

Quizás el mayor grado de tensión se produjo el 19 de abril, cuando se impuso «la corrección disciplinaria de apercibimiento» al propio comandante general, Enrique Marzo. El Consejo dijo de él que «es inadmisible que no lea tan siquiera las sentencias». Pone como ejemplo una a la que no hizo objeción en la que se mencionaba como atenuantes, durante los luctuosos sucesos de julio de 1921, «que no estaban las tropas al frente del enemigo» y que «no se había declarado el estado de guerra»[168].

El 30 de junio de 1924, el Consejo Supremo, en otra reunión en Sala de Justicia, manifiesta su bien fundada irritación. Dice que el proceso contra el coronel Masaller sigue en fase de sumario tras dos años y cinco meses; el del capitán Correa, procesado en marzo, está en la misma fase; el del teniente coronel Saturio García Esteban se ha elevado a sumario después de dos años, y en esa situación sigue desde enero; el del teniente coronel Francisco Pardo, iniciado en agosto de 1922 continúa en sumario; el del comandante Raimundo García, que data de 7 de agosto de 1922, tras veintitrés meses no ha pasado del sumario; el del alférez Fernández Silvestre, hijo del general, que arranca del 14 de septiembre de 1922, sigue «sin avance que pueda percibirse»; el del capitán Félix Almansa, principiado el 28 de agosto de 1922 «sigue desde luego en sumario»; el del alférez Juan Cisneros «no ha progresado perceptiblemente» desde el 18 de octubre del mismo año, el del comandante Écija está en sumario desde el 7 de agosto, también de 1922; el del

164 Ibíd., folio 359.
165 Ibíd., folios 352-356.
166 Ibíd., folios 348-351 y 319-320v, respectivamente.
167 Ibíd., folio 394. A lápiz, se ha escrito: «20 mayo 923».
168 Ibíd., folios 148-153. Escrito de 2 de junio de 1924 del Consejo informando que no procede levantar el correctivo, como Marzo había solicitado al rey. Dando un ejemplo más de firmeza, ese mismo día decretó «correctivo disciplinario de advertencia» contra todos los miembros de un consejo de guerra (ibíd., folio 140), habiendo hecho lo mismo antes, el 21 de enero, contra otro (ibíd., folio 177).

coronel Araujo se encuentra en plenario desde el 26 de junio de 1923, «habiéndose invertido más de cinco meses en la lectura de cargos», y continúa en pruebas.

El penúltimo considerando afirma algo evidente. «La rapidez característica del enjuiciamiento militar ha debido extremarse en las referidas causas por la notoriedad y trascendencia de los hechos», «por el anhelo de la opinión pública», y por el propio interés de los encausados, algunos de los cuales –pocos, hay que apostillar–, están en prisión y los demás, en situación indudablemente desagradable.

Por ello, el Consejo ordena al comandante general de Melilla «que imprima la mayor actividad», «y que aplique a los funcionarios morosos las sanciones que estime oportunas, debiendo dar inmediata cuenta»[169].

De algo debió de servir la amonestación, porque hay copia de un escrito de 21 de julio del Estado Mayor de Melilla pidiendo «que se dé un curso rápido» a los procesos y amenazando con «corregir la morosidad»[170]. Ciertamente no fue por casualidad que los juicios a los mandos de mayor rango figurasen entre los que más se tardaban en resolver, aunque en varios de ellos los hechos apenas dejaban margen para la duda.

A estas fricciones entre el Consejo Supremo y los consejos de guerra, se añadió que en varias ocasiones el primero ordenó anular todo lo actuado por alguno de los segundos, debido a diversas irregulares, y reiniciar el proceso.

Los textos citados parece que demuestran claramente esta falta de sintonía entre un lado y otro del estrecho de Gibraltar, con grave perjuicio del prestigio del Ejército, ya suficientemente dañado por esas fechas. Es de suponer que muchos de sus miembros compartirían la general indignación ante el estado de cosas.

Algunos casos concretos pueden ser útiles para formarse una idea del ritmo de los procedimientos, de la calificación jurídica de los hechos y de las penas impartidas, y, al tiempo, aludirán a las diferencias de criterios que en ocasiones se manifestaron entre las distintas instancias. Los datos están extraídos de dos carpetas[171]. La primera, titulada «Causas en tramitación en Melilla», se refiere básicamente al periodo que media entre septiembre de 1921 y diciembre de 1922, aunque dos de ellas llegan a enero de 1923. En total son dieciséis referidas a individuos; otra, a la columna de Zoco el Telatza; otra, a la pérdida de Quebdani y siete a diversas posiciones. Todas, menos dos, se hallaban todavía en trámite.

La segunda carpeta, «Causas en tramitación en el Consejo [Supremo]», comprende, esencialmente, hasta diciembre de 1923, pero varias se extienden incluso hasta abril del año siguiente. Son 42 sobre individuos, una colectiva sobre la oficialidad del regimiento de Ceriñola, y 22 relativas a posiciones. La gran mayoría están resueltas, muchas con sobreseimientos o absoluciones, ya que solo se han encontrado veintidós condenas.

Del comandante Écija, de Artillería, se dice que se ha dispuesto su procesamiento y prisión por pérdida de material y por haber regresado a Melilla desde Drius. El 6

[169] Ibíd., folios 79-81.
[170] Ibíd., folio 369.
[171] Ibíd., folios 495-539v, y 544-692v, respectivamente.

de diciembre de 1922, el caso se hallaba en plenario. Fue tal la lentitud, que hay un telegrama de 12 de mayo de 1924 del Consejo al comandante general pidiéndole explicaciones «por el motivo de las dilaciones», y rogándole, por enésima vez, que «active cuanto sea posible» los procesamientos. Teniendo en cuenta que el proceso de Écija duraba desde el 11 de enero de 1922, se comprende la impaciencia.

En el caso del teniente coronel Saturio García Esteban, de desdichada memoria por su actuación al frente de la columna de Zoco el Telatza, el 6 de diciembre de 1922 aparece como procesado. Consta que Ayala tuvo que intervenir para acelerar este expediente. Sucedió lo mismo en el del teniente coronel Pardo y el comandante Almeida, por la defensa de Nador, que requirió sendas órdenes del juez instructor al comandante general para que se abriera el correspondiente proceso.

El teniente coronel Ros y el comandante González Larrea, de Ceriñola, fueron absueltos en consejo de guerra de 18 de diciembre de 1922. Disintió el comandante general, elevando la causa al Consejo, por estimar que al primero debería imponerse un año de prisión, y al segundo seis meses y un día. Resulta notable que en este caso, como muchos otros, se tipifica como simple negligencia hechos como «tratar de incorporarse a las fuerzas de su regimiento y regresar a la plaza sin haberlo efectuado». El Consejo elevó el 22 de marzo de 1923 las penas a tres años y un día, con separación del servicio, y a seis meses y un día, con suspensión de empleo, respectivamente.

En cambio, se juzgó al teniente Vara del Rey, que había hecho una destacada defensa, por un motivo mucho menos claro: «haber dejado en Afrau, al evacuarlo, un suboficial protegiendo la retirada, en vez de hacerlo él». Al fin se sobreseyó, pero todo el proceso llevó desde el 25 de noviembre de 1921 hasta el 23 de mayo de 1923. Sucedió lo mismo con el capitán Cebollino, de Regulares, famoso por el convoy a Igueriben, al que se acusó, luego, de «separarse de su fuerza y no volver a incorporarse».

Pasó algo muy parecido con el coronel Sánchez Monge que, sin corresponderle, tomó el mando en la Melilla amedrentada de finales de julio de 1921. De 24 de septiembre de 1922 a 28 de abril de 1924 duró, en total, un proceso que acabó también sobreseído, con reconocimiento de que «no asumió indebidamente mando alguno». Más justo hubiera sido felicitarle por no hacer la misma dejación de funciones que todos los demás coroneles de la plaza.

Al teniente Civantos, que tan poco gallarda actitud tuvo en la retirada de Annual, se le impusieron dos años de prisión militar, el 10 de julio de 1923, a la que el Consejo añadió la suspensión de empleo. Se le sentenció únicamente por la negligencia prevista en el artículo 277 del Código de Justicia Militar, que se utilizó con profusión para casos que en realidad eran mucho más serios[172]. Pasado el tiempo, tendría ocasión de tomar la revancha de Abd el Krim, siendo uno de los primeros que entró en su casa en Axdir, tras el desembarco de Alhucemas, y participando en su destrucción.

[172] Se confirmó así lo que un jefe del Cuerpo Jurídico comentó a Queipo de Llano (pág. 170) describiendo al 277 como «el artículo comodín».

El proceso contra el coronel Salcedo se arrastró entre el 10 de noviembre de 1921 y el 21 de enero de 1924. Terminó en sobreseimiento «por haberse comprobado que […] bajó a la plaza con permiso y no se reintegró al campo por enfermedad». Teniendo en cuenta que, al tiempo, cientos de sus hombres estaban muriendo, la sentencia podría sorprender.

Como prueba del estado de ánimo de las autoridades militares locales, hay que señalar que el comandante general dio por terminado el expediente «meramente informativo» el 25 de diciembre de 1922, y que únicamente se instruyó causa por orden del Consejo Supremo, de 28 de febrero de 1923. Este, además, impuso «correctivo de advertencia» a los auditores del general en jefe y del comandante general, en prueba de insatisfacción por la forma en que habían realizado su trabajo.

Otro ejemplo sería el de Gustavo Domínguez, suboficial de Regulares. El consejo de guerra le condenó «por abandono del servicio de armas al frente del enemigo» –lo que se debía haber aplicado a muchos– a doce años y un día de reclusión, con pérdida de empleo.

No estuvo de acuerdo el comandante general, que consideraba que se le tenía que aplicar el 277, con dos años de prisión. El Consejo Supremo confirmó, el 3 de diciembre de 1923, la sentencia del de guerra.

El coronel Jiménez Arroyo, del África, no tuvo la fortuna de Salcedo. Fue condenado el 13 de octubre de 1922. Aunque no se menciona el fallo, sí se dice que el general en jefe disintió de él, remitiéndolo al Consejo. Este, el 25 de enero de 1923, le condenó a doce años y un día de reclusión militar temporal «por abandono del servicio en campaña» y a seis por la negligencia prevista en el artículo 276, con separación del servicio. Sin duda, sus «vahídos» no convencieron al tribunal.

A la vista de la total falta de espíritu militar que demostró en los días de Annual, se lee con sorpresa en su hoja de servicios[173], en el apartado «notas de concepto», que tanto su aplicación, como su capacidad y su puntualidad en el servicio merecen la calificación de «mucha», y que haya una anotación de 31 de diciembre de 1919 que exalta los «grandes dotes de mando» que posee. No existe, sin embargo, ningún comentario que refleje un cambio en ese «concepto» tras su actuación en julio de 1921.

Fue curioso el caso del teniente Sanz y del capitán médico Peris, acusados por la rendición de la posición de Sammar. Empezó el expediente el 17 de septiembre de 1921, y el 11 de febrero de 1923 seguía sin resolverse, para mayor irritación del Consejo. Ese día, el teniente se fugó del fuerte de María Cristina, donde estaba en prisión preventiva. El 27 de junio, se condena a Peris a un año, por el artículo 277. Disiente el comandante general. Para él hay dos delitos, ambos, asombrosamente, de negligencia, ya que considera como tal «influir en el comandante del fuerte para que capitulara sin agotar los medios de defensa», y, otro, «huir». El Consejo, sin embargo, confirmó la sentencia.

[173] A GM de Segovia, sección 1.ª, legajo 7447.

El capitán Enrique Hernández, que mandaba el fuerte, fue condenado, por falta grave, a dos meses y un día, con suspensión de empleo y pérdida del tiempo de servicio[174].

No menos accidentado fue lo sucedido con el comandante Alzugaray, de Ingenieros, que tanta urgencia mostró en llegar a Melilla el día del desastre. Su expediente se extiende desde el 15 de noviembre de 1921 hasta 16 de octubre de 1923. Hasta cuatro veces tuvo que intervenir el Consejo para activarlo[175]. Finalmente, se le sentenció a doce años de prisión militar mayor (art. 276) y seis años de prisión militar correccional (art. 277). Hay que destacar que hubo dos votos en el tribunal pidiendo la pena de muerte, por abandono de servicio, a tenor del 271-1.º.

El Consejo Supremo quiso hacer un ejemplo de este caso. El 16 de octubre de 1923 le condenó a veinte años de reclusión militar perpetua, y a doce de prisión militar mayor «por excusarse con males o pretextos», con separación del servicio. Es difícil no pensar que esas penas se deberían haber aplicado en muchos más casos, si verdaderamente se quería demostrar que el Ejército reprobaba lo sucedido.

Alzugaray apenas empezó a cumplir la pena, ya que el 6 de agosto se fugó del fuerte donde estaba encerrado. Se abrió proceso contra el comandante del mismo y dos soldados que se hallaban de centinela[176]. Hubo las más diversas y rocambolescas versiones: que si se escapó disfrazado de chófer; que si lo hizo de paisano; que si se vistió de mujer, aprovechando una visita de su esposa y salió mezclado con otras señoras que iban a ver a sus familiares… Lo único seguro es que el uniforme quedó en la celda, donde lo descubrió por su asistente, que acudió a recoger el portaviandas en el que le llevaba la comida. No se supo si se dirigió a la zona francesa, por tierra, o a Argelia, por mar.

El comandante Llamas, de Regulares, también experimentó el rigor del Consejo. En Melilla se le impusieron tres años de prisión militar correccional «por el delito de dar a sabiendas informe falso». Disintió el comandante general, dando traslado a Madrid. El 27 de septiembre de 1923, el Consejo, aunque esgrimiendo la negligencia como motivo, añadió «la agravante de gran trascendencia», y le sentenció a doce años de prisión militar mayor, con separación del servicio.

Sin duda, se quiso hacer recaer sobre él, con razón, la deserción masiva del Grupo de Regulares de Melilla, n.º 2, mientras que se absolvió a varios oficiales del mismo que fueron procesados.

En cambio, en el caso del teniente de Intendencia Dapena, el Consejo Supremo mostró más lenidad que el de guerra. Habiendo sido condenado a un año, por un lado, y a seis, por otro, mantuvo la pena de un año, pero rebajó la segunda a dos.

---

174 AHN, TS, 51 N 29, folio 82.

175 Ibíd., folios 28 y 48v-49 para sendos acuerdos del Consejo de 1 y 12 de marzo expresando su desagrado por este caso y otros, incluido el de Sammar y la fuga de Sanz.

176 Ibíd., folio 86.

El proceso al teniente coronel Ugarte, también de Ingenieros, sirvió al Consejo para dar otra prueba de su desagrado. Se dictó en Melilla sentencia absolutoria, con los votos particulares del presidente y del vocal ponente, que entendían que debería ser condenado a seis meses, por negligencia. A regañadientes, el 29 de mayo de 1923 el Consejo se conformó, pero sin privarse de observar que lo hacía «por no haber medios legales para revocar la sentencia, aunque declara que concuerda mejor con el espíritu militar la doctrina sustentada en los votos particulares».

Parecido es el caso del capitán Fernández Mulero, de Ingenieros, y destinado en aviación, al que se ha hecho referencia en un capítulo anterior. Condenado, el 12 de marzo de 1923, a únicamente seis meses y un día por el socorrido delito de negligencia, el Consejo, el 9 de mayo se resignó, aunque haciendo constar «la lenidad del fallo», verdaderamente extraordinaria ante la gravedad de los hechos, e imponiendo dos meses de suspensión de empleo al fiscal. Incidentalmente, el 9 de julio de 1923, dictó también la misma sanción, de un mes, contra otro fiscal en un caso distinto, el del comandante de Intendencia Rafael Gallego.

No se contuvo, sin embargo, en el caso del comandante Serra y del capitán Navarro, ambos de San Fernando. A los dos se les condenó a los seis meses y un día habituales por el habitual 277, pero debió de haber tantos aspectos discutibles en el proceso que el 5 de abril de 1923 impuso «por vía disciplinaria», un mes de arresto al presidente y al vocal del tribunal, más un apercibimiento al auditor del comandante general. No contento con ello, «se llama la atención del ministro de la Guerra sobre la conveniencia de imponer una advertencia al comandante general».

Le sucedió lo mismo con el comandante Mingo, de Ceriñola, cuya causa se sobreseyó por entenderse que «obró legítimamente al permanecer en la plaza». El 10 de octubre de 1923 el Consejo fulminó que se abriera nuevo procedimiento, y, ya hastiado, impuso el correctivo de advertencia al auditor y solicitó del Gobierno que hiciera lo mismo respecto al comandante general.

Existe sobre esto una nota manuscrita[177], sin fecha ni firma, pero sin duda de un miembro del Consejo, que debe mencionarse, siquiera sea para mostrar que había militares que entendían lo que de inadmisible había en llevar de esa manera casos escandalosos.

Empieza con un comentario general sobre los mandos del regimiento Ceriñola, de cuyos ocho jefes, seis no se movieron de Melilla durante todos los acontecimientos de julio de 1921, «y se derivaron del expediente cinco causas».

En cuanto al proceso en cuestión, continúa, presenta «tan inesperadas infracciones que puede afirmarse, sin hipérbole, que acaso ningunas actuaciones de las recientemente examinadas adolezcan de tan notorios y sustanciales defectos»; es un «caso verdaderamente insólito». Se han omitido «esclarecimientos ineludibles» y se ha dictado «un sobreseimiento prematuro y definitivo». No obstante, el autor no se resigna a él; «la falta de espíritu y honor de un jefe» debe ser sancionada, aunque, en teoría,

[177] Ibíd., folios 216-218v.

«el sobreseimiento definitivo impide todo ulterior procedimiento sobre los mismos hechos». Propone, como se hizo, que se ordenara abrir nueva causa.

A propósito, Mingo debía de ser un personaje. Había tenido problemas en Filipinas por manejos dudosos de los fondos de su compañía, y por «no dar cuenta de 750 pesetas que tenía en depósito particular del soldado Ramón Auret, a pretexto del robo de una cartera», y en 1900 se le formó causa por haber «pegado a un paisano, por entender haberse mofado de la fuerza». Para entonces, ya había sido «corregido por sus jefes a consecuencia de su proceder ligero e irreflexivo», sin que estos hechos hubieran tenido el correcto reflejo en su hoja de servicios[178].

Asunto singular fue el de Emilio Rillo, cabo de Artillería destinado en Dar Quebdani. Varios prisioneros escapados hicieron declaraciones sobre él, de tal tenor que Picasso dispuso que se redactara un atestado. Se realizó el 8 de diciembre de 1921[179], por el teniente coronel Calero, de Estado Mayor. Tras describir la evacuación de la posición, Rillo contó que había sido capturado y conducido a Nador. Allí encontró un soldado del África, que fue en otro tiempo artillero en Larache, y que había servido los dos cañones que tiraron contra Arruit. «Se encuentra ahora en Annual, bastante enfermo, por no querer comer», precisó, añadiendo también que había delatado al artillero de la 2.ª Ligera, Fidel Porres Martínez. Hay que indicar, al respecto, que los artilleros procuraban que los cabileños no supiesen que pertenecían a ese arma, para que no les hicieran disparar las piezas, por lo que se arrancaban las bombas en el cuello que constituían su distintivo.

Porres manejó los cañones del Gurugú, hasta que un cañonazo español le arrancó una pierna, de lo que murió, como ya se ha mencionado antes. El mismo proyectil hirió al sargento Abd el Kader, de la Policía, que se había hecho cargo de esa artillería.

Siguiendo sus denuncias, Rillo manifestó que otro artillero, Manuel Leal, estaba también «actualmente en Annual, y enfermo por no querer comer». Se deduce que se estaba dejando morir antes que servir los cañones.

Termina su declaración manifestando que se había enterado de que *El Telegrama del Rif* le había acusado de ser uno de los que manejaba la artillería que había en el Gurugú, «y desde entonces sólo ha pensado en fugarse para presentarse y rehabilitar su conducta», y logró escapar.

El mismo 8, Picasso en persona le interroga en calidad de testigo. Dijo que era natural de Alcañíz, y que tenía «24 o 25 años». Contó una vida de novela[180]. Se alistó a los 14, por cuatro años, como corneta en el regimiento de Aragón, y, luego, en la Legión Extranjera francesa. Sirvió en la Primera Guerra Mundial, siendo herido y hecho prisionero por los alemanes. Repatriado, volvió a Marruecos y a la Legión, de la que desertó en abril de 1920. Vía Melilla, se fue a la península, donde trabajó como intérprete en el Palace Hotel, de Zaragoza. Le debían llamar las armas, porque en

---

178 Ibíd., folios 115-118 para una nota manuscrita de Picasso sobre el asunto, fechada el 9 de febrero de 1925.

179 Ibíd., 50 N 9, folios 1854-1855.

180 Ibíd., folios 1849-1853v.

diciembre del mismo año se «se presentó como substituto para África», siendo destinado a la Comandancia de Artillería.

A Picasso le pareció sospechoso el cabo, tanto que, antes de que terminara el día, ofició al alto comisario, indicándole que «como el esclarecimiento [de aquellos hechos] cae fuera de los límites de la comisión que me ha sido conferida», le adjuntaba lo actuado, «para la resolución que considera proceda en justicia»[181].

No terminó ahí la peripecia, porque el 2 de febrero de 1923, el teniente Troncoso, de Alcántara, dijo en el curso de su interrogatorio[182] que, tras ser capturado en Zeluán, el 10 de agosto de 1921 fue llevado a Nador. Entre los españoles que encontró estaba Rillo, que se encargaba de repartir la comida a los prisioneros «y que según le dijeron, colocado por los moros con una pieza con la que hacía fuego sobre el Atalayón y Sidi Hamed el Hach. Amonestado, por él, le respondió el cabo «que yo allí no mandaba y que lograría también de los moros que el declarante disparara también contra España». Acabó diciendo que unos marroquíes le confirmaron que «estuvo haciendo esos trabajos, cosa que no se le ordenó nunca».

Estas declaraciones son algo confusas, resultado de que Troncoso acaba de salir de dieciocho meses de duro cautiverio, en el que observó una conducta ejemplar, pero al precio de «penalidades […], enfermedades y un estado de debilidad general», de forma que «hay momentos en que cree el declarante es un sueño cuanto le ha ocurrido». De cualquier manera, en nada favorecieron a Rillo.

El 8 de julio de 1922 se informa que está procesado en causa por traición. Como presentaba «síntomas de locura», fue trasladado al manicomio de Ciempozuelos, donde el 28 de octubre se encuentra «preso […], en observación como presunto demente». El 29 de noviembre se dice que se halla «pendiente del resultado de la observación de la clínica», por si le es aplicable el artículo 428 del Código de Justicia Militar, relativo a la enajenación mental. En algún momento que no se precisa «fue declarado inútil, por padecer sicosis congénita». El 31 de marzo del año siguiente, se comunica que se ha fugado del manicomio, y que se le busca. El 3 de julio, sigue en paradero desconocido, «sin que las diligencias para capturarlo hayan dado resultado». El 17 de enero de 1924 se decretó el archivo de la causa, con lo que se desvanece el rastro de tan peculiar individuo.

El sargento Arenzana y el cabo Lillo, de Ingenieros, también se merecen unas líneas. Durante el desastre, estaban destinados en el pozo número 2, de Tisutin, siendo entonces cabo el primero. Tales hazañas contaron, que el propio Picasso les tomó por héroes, y se pensó en una laureada para Arenzana. Sin embargo, y merced a la confesión propia del mismo Arenzana, quizás avergonzado, se descubrió que todo había sido una superchería, y que nada glorioso habían realizado. Es más, en mayo de 1923 se informaba a Weyler que se había acordado el procesamiento por delito contra el

[181] Ibíd., folios 1876-1877.
[182] Ibíd., 51 N 15, folio 3902.

honor militar y la prisión de Lillo, para entonces licenciado, y trabajando en Alicante en la Compañía de Ferrocarriles. El 13 de enero siguiente se comunicaba al Consejo Supremo que ambos habían sido absueltos libremente[183], con lo que feneció aquella anécdota, más cercana a la picaresca que al Código de Justicia Militar.

Para terminar esta breve ojeada a algunos de los procesos abiertos por el desastre a militares europeos, se pueden mencionar los casos de dos hijos de mandos relacionados con aquellos sucesos. Uno es el de Silvestre, cuya conducta se ha descrito ya. Su causa se sobreseyó el 15 de septiembre de 1924. Otro, el del capitán Araujo, que deambuló por la zona hasta acabar, por iniciativa propia, en Melilla, y que recibió un año de prisión militar por negligencia, el 1 de julio de 1923.

También se instruyeron causas en referencia a la defensa de posiciones o, incluso, de un conjunto de ellas, por ejemplo, las diecisiete «del contorno de Drius». Todas, por lo que parece, se sobreseyeron como tales, aunque en algunos casos se procesó por separado a los respectivos comandantes. En otros, como la Intermedia «C», «por haber desparecido el capitán Reyes, jefes de la posición y los demás oficiales», se decretó su archivo, mientras que en el morabo de Sidi Mohamed se hizo lo mismo «por no haberse podido esclarecer los hechos a causa de la desaparición de la guarnición», que pereció en su totalidad.

Algunos procesos contramarroquíes

Respecto a los mandos calificados como indígenas, el caso más notable fue el de un «oficial moro» de Regulares, Sidi Mohamed Ben Amar el Gul Nadory[184]. Entregado a la justicia por su propia unidad, en enero de 1922, fue condenado a muerte, previa degradación, por un delito de traición, el 21 de agosto, en el primero de los consejos de guerra que se celebraron. Debía suponer lo que se avecinaba, porque antes de que se conociera el fallo del tribunal, solicitó que se entregasen a su familia trescientas pesetas que se le debían de sus haberes. El 7 de septiembre, el general en jefe aprobó la sentencia. Sin duda, se quiso hacer un ejemplo con este oficial. Destaca la celeridad en el enjuiciamiento y la dureza de la sentencia, en comparación con el trato reservado a otros encausados.

El fusilamiento, que tuvo lugar a las siete de la mañana del 30, fue público, y lo llevó a cabo, como era reglamentario, un piquete de su propia unidad, al mando de un sargento indígena, que, previamente, lo degradó. Guardó gran serenidad, fumándose un pitillo poco antes de la ejecución, y al principio se negó a que le vendaran los ojos, aunque luego accedió. Los periódicos recogieron la noticia, y por ellos se enteró el Consejo Supremo, que, en noviembre, es de suponer que muy molesto, se quejaba a Tetuán de que siendo «de pública notoriedad haberse ejecutado la sentencia que se

[183] Ibíd., 51 N 29, folios 450 y 459, respectivamente.
[184] Ibíd., folio 658.

dictó contra el oficial moro Gul Nadori», no había recibido todavía ninguna información al respecto[185].

A continuación, se recoge la información que se ha encontrado sobre otros oficiales, sargentos y áscaris de Regulares o de la Policía, indicando el cuerpo de procedencia cuando se indica.

Un caso de mucha repercusión fue el del sargento de la Policía Mohamed Ben Yamani el Hach Amar, de infame recuerdo, por su actuación durante el asedio de Arruit, procesado por traición, y como culpable «de la muerte de más de 200 españoles en Monte Arruit»[186]. Unos meses más tarde, sin embargo, no se mencionaba esta última acusación, reteniéndose solo la primera[187]. El 24 de diciembre de 1923, el comandante general de Melilla aprobó la sentencia de pena de muerte por un delito de traición agravado, dictada por el consejo de guerra. En caso de que fuera indultado, sería expulsado del Ejército con pérdida de todos los derechos y tendría que abonar al Estado, él o sus herederos, un millón de pesetas por daños y perjuicios[188]. Desde que se inició la causa, estuvo en prisión e incomunicado.

En la noche del 4 al 5 de enero de 1924, estando ya «en capilla con un santón con el que se entregó a fervientes rezos», le llegó el indulto. Se basó este en que se había reincorporado a filas voluntariamente cuando empezó la reconquista, continuando en el servicio hasta que lo denunció Navarro cuando fue liberado. Se alegó, también, que había salvado la vida de los tenientes Civantos y Dalia, y del intérprete Rueda, involucrados, como se recordará, en las negociaciones para la capitulación de Arruit. Yamani escribió una carta de agradecimiento al rey, dirigida al mayordomo de Palacio. La pena le fue conmutada por la cadena perpetua. Natural de Beni bu Ifrur, debía ser hombre de cierta posición económica. En agosto de 1927 vendió una finca en Nador por 10.100 pesetas[189].

Dos casos paralelos fueron el de los oficiales Mohamed Ben Embark Tarbaluti y Mohamed Ben Bohut Bel Hach. El 1 de julio de 1922 se formó causa a ambos por abandono de destino, constando como «desaparecidos»[190]. Respecto al segundo se especificaba que no se le reclamaba «sueldo alguno». Pero el 27 y el 18 de octubre, respectivamente, de ese año, ambos figuran acusados de abandono de servicio de armas y, además, de traición, habiéndose decretado la busca y captura del último de ellos[191], al que en julio se le menciona como perteneciente a Regulares y en octubre, a la Policía.

---

185 Ibíd., folio 352, acta de la reunión del Consejo, en Sala de Justicia, el 21 de noviembre de 1922.

186 Ibíd., folio 404, oficio del comandante general de Melilla al presidente del Consejo, el 26 de abril de 1923.

187 Ibíd., folio 427, del mismo al mismo, 13 de julio de 1923.

188 Ibíd., folio 430, del mismo al mismo, 24 de diciembre de 1923.

189 Información extraída de *ABC* de 6 de enero de 1924, pág. 29, y 5 de agosto de 1927, pág. 17.

190 Ibíd., folios 414 y 412, respectivamente, oficios del Estado Mayor de la Alta Comisaría al mismo.

191 Ibíd., folios 411 y 418, respectivamente, oficios del mismo al mismo.

Se puede seguir mínimamente la trayectoria de la causa del oficial de Regulares Bu Amama Ben Ismael. Al igual que sus compañeros anteriores, y en la misma fecha, se procedió a la formación de causa por abandono de destino, con el añadido de que «se le reclama únicamente el tercio del sueldo como pensión alimenticia»[192]. Se decía que «ha sido capturado». En otro escrito, en cambio, se le adscribe a la Policía, se señala que en noviembre de 1922 se hallaba preso en el fuerte de Cabrerizas Altas[193] y que había sido «elevado a causa el expediente instruido» por abandono de servicio y traición. Cinco días después, se acuerda su procesamiento[194]. Hay que destacar, no obstante, que cuando el presidente del Consejo traslada esta información a Ayala, menciona «abandono de armas frente al enemigo», sin aludir a la traición[195].

Por una referencia periodística[196], se sabe que el fiscal pidió la sentencia de muerte, y el defensor, la absolución porque «se trata de un ignorante de las leyes». El reportero piensa que no se le condenó a la última pena, ya que cuando «la sentencia [que parece no es de muerte] le fue comunicada por el juez al procesado, se hincó de rodillas tres veces, besando el suelo».

Respecto a los oficiales moros Yilali Ben Mohamed Sarguini, de Regulares[197], de Policía, y Abd es Selan Ashut Ashut de la Policía[198], y en la misma fecha, se estimó que había motivos para formarles causa solamente por abandono de destino, «no reclamándole sueldo alguno» al segundo. Ambos están considerados «desaparecidos». Da la sensación de que en ese 1 de julio se decidió abrir causa simplemente por abandono de su puesto a varios mandos indígenas desaparecidos, es decir, que habían desertado, y que, posteriormente, cuando surgían nuevos indicios, se elevaba la acusación inicial.

Por abandono de servicio de armas frente al enemigo y de traición se decidió el procesamiento del oficial Meheyut Bel Hach Yilali Udu[199], cuya unidad de origen no se menciona. El áscari de la Policía Hamed Ben Amar Buscani Buyahiani, fue procesado por traición[200] el 9 de noviembre de 1922. El 29 de julio del año siguiente, el procedimiento se elevó a causa[201], con la nota curiosa de que se le describe como «policía de las Fuerzas Indígenas de Melilla número 2», lo que, en principio,

---

[192] Ibíd., folio 407, del mismo al mismo, con igual fecha.

[193] Ibíd., folio 409, del comandante general de Melilla al mismo, 4 de noviembre de 1922.

[194] Ibíd., folio 403, del general encargado del despacho de la Alta Comisaría al mismo, 9 de noviembre de 1922.

[195] Ibíd., 51 N 7, folio 1964, de Aguilera a Ayala, 21 de noviembre de 1922. Hay muchos ejemplos de la transmisión de la información desde el Consejo Supremo al instructor. Algunos de ellos están en ibíd., folios 1936-1938, y en 51 N 16, folio 4298.

[196] *ABC* de 24 de julio de 1923, pág. 7.

[197] AHN, TS, 51 N 29, folio 406, oficio del Estado Mayor de la Alta Comisaría al mismo, 1 de julio de 1922.

[198] Ibíd., folio 413, de la Alta Comisaría al mismo, de igual fecha.

[199] Ibíd., folio 408, de 26 de octubre de 1922, del alto comisario, Burguete, al mismo.

[200] Ibíd., folio 405, 9 de noviembre de 1922, del general encargado del despacho, en Tetuán, al mismo.

[201] Ibíd., folio 428, 29 de julio de 1923, del Estado Mayor de Melilla al mismo.

le situaría en Regulares. En cuanto al áscari de la Policía Saib Ben Haddú Muyaheb, fue sobreseída la acusación de sedición, pero se elevó a plenario la que pesaba sobre él por abandono del servicio[202]. Por un oficio de Aguilera a Ayala, se sabe que en abril de 1923 se elevó a causa el procedimiento por abandono de servicio de armas frente al enemigo y por traición instruido contra dos áscaris de la 9.ª Mía de Policía, Hammu ben Kaddur Amar y Mohamed Amar Hammu[203].

Tardíamente, se acordó procesar por traición al sargento Alí Uxdir, de la para entonces disuelta Policía[204]. Todavía después, el 27 de febrero de 1925, se tomó la misma decisión en relación con once áscaris de la Policía destinados en Zoco el Telatza, si bien todos se hallaban «en ignorado paradero»[205].

Como contraste con todo lo anterior, se puede hacer referencia a otro oficio, de 30 de noviembre de 1922[206], que provoca cierta perplejidad. Adjunta una relación de jefes y oficiales procesados, que «a petición de los correspondientes jueces instructores, deben pasar a la situación de disponibles». Entre ellos está el «oficial moro» de la Policía Sidi Mohamed Achemelad Bachir, pero, junto a su nombre se ha escrito: «en la Policía Indígena de Melilla y jefe de la posición de Afrau. Siendo muy conveniente siga prestando sus excelentes servicios».

Respecto al personal de tropa, hay abundante información sobre procesos, en una fase u otra, pero en las fuentes consultadas no aparecen, menos en un caso de sobreseimiento, las sentencias que, eventualmente, se dictaran[207].

Para concluir con la materia de los juicios entablados a consecuencia del desastre de Annual, lamentablemente, no se ha encontrado documentación que permita un seguimiento de las decenas de procedimientos entablados, y obtener así una visión de conjunto.

Se recogen a continuación, pues, algunos datos referentes a los mandos, que pueden tener un cierto valor, aunque solo meramente orientativo. Por desgracia, las listas están elaboradas siguiendo diferentes criterios y aportan información sobre aspectos distintos, lo que impide hacer un seguimiento riguroso. Es singular que en algunos de ellos se alude a Rillo, a pesar de que no era ni jefe ni oficial.

Por un oficio de 28 de octubre de 1922, se remite a Aguilera «la relación de las causas instruidas en la comandancia general de Melilla» con motivo de las operaciones realizadas desde la caída de Abarrán hasta la de Monte Arruit[208]. En ella se citan los nombres de los cuatro jueces que actuaban.

---

[202] Ibíd., folio 410, de la Alta Comisaría al mismo, de 2 de enero de 1923.
[203] Ibíd., 51 N 16, folio 4.278, 24 de abril de 1923.
[204] Ibíd., 51 N 29, folio 432, 9 de diciembre de 1924, del mismo al mismo.
[205] Ibíd., folio 443.
[206] Ibíd., folios 9-11.
[207] Ibíd., folios 308-362. En la mayoría de los casos, como motivo de iniciación de las acciones legales se menciona únicamente «por su actuación».
[208] Ibíd., folios 3-7.

Se enumeran 53 abiertas a individuos; 29, relativas a posiciones y siete, a unidades (Regimiento y Comandancia de Artillería, Intendencia, África, Grupo y tabor de Caballería de Regulares, y Policía). En su inmensa mayoría, se hallan en trámite. Únicamente se ha pronunciado una sentencia, pendiente de dictamen del auditor, la del coronel Silverio Araujo, que se encuentra en libertad provisional, como muchos de los otros afectados. Alzugaray, Llamas y Écija son los tres únicos en prisión. Rillo aparece como posible reo de traición. Estaba entonces preso en Ciempozuelos, como ya se ha comentado.

Entre los hechos sometidos a investigación resalta, por su frecuencia, el regreso a Melilla del acusado, tras separarse de sus tropas.

En un escrito de 6 de diciembre[209], con el presidente del Consejo Supremo siempre como destinatario figuran noventa individuos, por orden alfabético, de los cuales siete son mandos indígenas; todos, menos uno, Bu Amana ben Ismael, que se encuentra en prisión, en rebeldía. Araujo ya está en prisión, pero se dice que su causa se halla en sumario, y Llamas sigue en ella, mientras que Alzugaray ha pasado a libertad provisional, y Écija a preventiva atenuada. El capitán medico Peris y el teniente Sanz, de Infantería, están en prisión preventiva. Rillo no aparece en la relación. Prácticamente todas las causas se encuentran en sumario. Solo una, la del comandante de Infantería Estruch, ha sido fallada, y del interesado se dice que está en libertad provisional.

El 14 de febrero de 1923 se envía nueva información, sin ningún orden reconocible[210]. Afecta a 79 individuos y a 27 posiciones, más la Comandancia de Artillería y el Regimiento Mixto de ese arma, Intendencia, Melilla, África, Ceriñola y Policía. En este caso, no se menciona la situación de los encausados, únicamente la de los procedimientos. Casi ninguno está terminado, pero Jiménez Arroyo, que no estaba en la relación anterior, aparece cumpliendo sentencia. El de Rillo está en fase de sumario. Aparece un «oficial moro», Mohamed Adremehal Bachir, cuyo nombre no había figurado hasta ahora. Su caso está «en sumario y pendiente de notificación de procedimiento». No se menciona al coronel Araujo. Hay muchos procedimientos sobre posiciones sobreseídos.

Hay otra relación de 9 de junio, con 65 nombres[211], esta vez ordenada por empleos. Araujo está en prisión preventiva, y Jiménez Arroyo, Llamas y Alzugaray no aparecen; Rillo tampoco, es de suponer que debido a que por entonces se había escapado. Écija, ya comandante, se encuentra en prisión preventiva. No figuran mandos marroquíes.

Hay otra, sin fecha, pero su título, «Inspección judicial. Causas fenecidas. Notas de estudio»[212], indica que es posterior a las hasta ahora mencionadas. Comprende veintiséis nombres. Todos son europeos, menos Gul Nadori, condenado a

209 Ibíd., folios 17-26.
210 Ibíd., folios 38-46.
211 Ibíd., folios 73-77.
212 Ibíd., folios 541-543v. Hay que mencionar que en el folio 542 aparece la lista completa manuscrita, y en el 543 la misma, a máquina.

muerte por traición. En total, hay una pena de seis años de prisión militar correccional y doce años y un día de reclusión militar temporal, para Jiménez Arroyo; otra, de veinte años de reclusión militar temporal y doce de prisión militar mayor, para Alzugaray; dos de doce años, para Llamas y el ya alférez Domínguez; dos de tres años; una doble, de dos años y un año de prisión militar correccional; una de dos años; una de un año y seis meses; ocho de un año y otras tantas de seis meses y un día.

Jiménez Arroyo fue condenado por negligencia y abandono del servicio; Alzugaray por abandono del servicio «y excusarse con males supuestos»; y Domínguez por abandono del servicio. Todos los demás, menos el teniente Vidal Quadras, condenado por desobediencia, lo fueron por negligencia. El capitán Sánchez Aparicio cometió dos veces ese delito.

Por último, se puede citar un «Índice de los expedientes terminados que se remiten al archivo en el segundo trimestre de 1926». Figuran, por orden alfabético, sin citar empleos ni sentencias, cuarenta nombres de individuos, dieciocho de posiciones, la columna de Cheif y el regimiento de Ceriñola. Está, sin duda incompleta; no figuran, por ejemplo, ni Araujo ni Llamas, aunque sí Rillo.

Ya se han comentado los casos de los dos últimos. En cuanto a Araujo, fue sentenciado por un consejo de Guerra el 24 de septiembre de 1924 a seis años y un día de prisión militar mayor, con separación del servicio, en aplicación del artículo 274 del Código de Justicia Militar. Se consideraron circunstancias atenuantes los dieciocho meses de cautividad que había sufrido y, lo que es más singular, que se hubiese fiado de los Beni Said porque hasta entonces habían sido leales. El Consejo Supremo reclamó la causa, que se juzgó el 27 de abril de 1925. Fue condenado, esta vez en virtud del artículo 275, «a pena de pérdida de empleo, que producirá su salida del ejército». El motivo: «la falta de carácter que demostró, su constante indecisión y sus repetidas vacilaciones […]; no adoptar aquellas medidas preventivas necesarias para dar seguridad a la posición que mandaba y [porque] omitió en el desempeño de su cargo los más elementales deberes».

Sin embargo, se le aplicó en el acto el real decreto de julio de 1924, con carácter retroactivo, en virtud del artículo 10.º, quedando amnistiado. Se examinaron, al tiempo los expedientes de otros 12 oficiales, todos comprendidos en la vergonzosa pérdida de Quebdani, siendo sobreseídas sus causas de acuerdo con lo dispuesto en dicho decreto.

Con esos antecedentes, resulta inexplicable que, al igual que en el caso ya mencionado de Jiménez Araujo, en su hoja de servicios aparezcan sin comentario alguno, y con una firma del 31 de junio de 1928, las siguientes calificaciones: «Valor, Acreditado»; «aplicación, capacidad, puntualidad en el servicio, e instrucción en táctica y arte militar», «mucho», en todos los casos[213].

[213] Hoja de servicios del coronel Araujo, ya citada.

Parece que estos datos incompletos hasta aquí recogidos, unidos al resto de los casos que se han mencionado antes, confirman los comentarios expuestos más arriba sobre la lenidad de los tribunales, y los desacuerdos entre Melilla y Madrid. Así, es llamativo que de las veintiséis condenas recogidas en la relación sin fecha citada, doce fueron impuestas por el Consejo Supremo, sin duda en revisión. Precisamente, y no por azar, son las más severas. La más dura de las catorce que corresponden a consejos de guerra es la del capitán Sánchez Aparicio. La discrepancia de criterios entre ambas jurisdicciones subsistió, pues, hasta el final.

Por otro lado, que, ante la magnitud del desastre y lo escandaloso de bastantes comportamientos, solo haya un puñado de sentencias realmente duras, parece sintomático, y justifica el descontento de muchos sectores de la sociedad española con el colofón con que, desde el punto de vista jurídico, terminó el drama de Annual. El real decreto de 4 de julio de 1924 no hizo sino aumentar la sensación de impunidad, que el paso del tiempo no disiparía. Así, por una orden de 16 de junio de 1931 se concedió indulto total a Jiménez Araujo, que pudo así reingresar en el Ejército, ocho años después de haber sido ignominiosamente expulsado de él[214].

[214] Ver su hoja de servicios, ya citada. Se dice en ella que el Consejo Supremo ya le había indultado el 25 de enero de 1923, fecha de su condena, de las penas de privación de libertad, pero no de las de separación del servicio y pérdida de empleo. Se trata de un dato que no aparece en otras fuentes consultadas.

Epílogo

Epílogo

Tiembla Marruecos

Es muy propio del aire de desquiciamiento que flota en torno a Annual que el llamado a cauterizar la herida abierta en 1909 no fuera Fernández Silvestre, el hombre de las galopadas bizarras, ni Berenguer, el militar frío y metódico, sino Primo de Rivera, el más abandonista de los generales españoles.

Se ha aludido anteriormente a sus ideas sobre el Protectorado, que para él suponía un injustificado derroche de hombres y de dinero, sin más valor que el de una moneda de cambio; «abominaba de nuestra acción en Marruecos […] Su pensamiento era éste: Gibraltar para España y lo de más abajo para quien lo quisiera»[1].

En el manifiesto que lanza el 12 de septiembre de 1923, con motivo de su golpe de Estado, y que acogió con casi universal aplauso la prensa y la opinión pública, refleja que no había cambiado de criterio: «Ni somos imperialistas, ni creemos pendiente de un terco empeño en Marruecos el honor del ejército […] Buscaremos al problema de Marruecos solución pronta, digna y sensata».

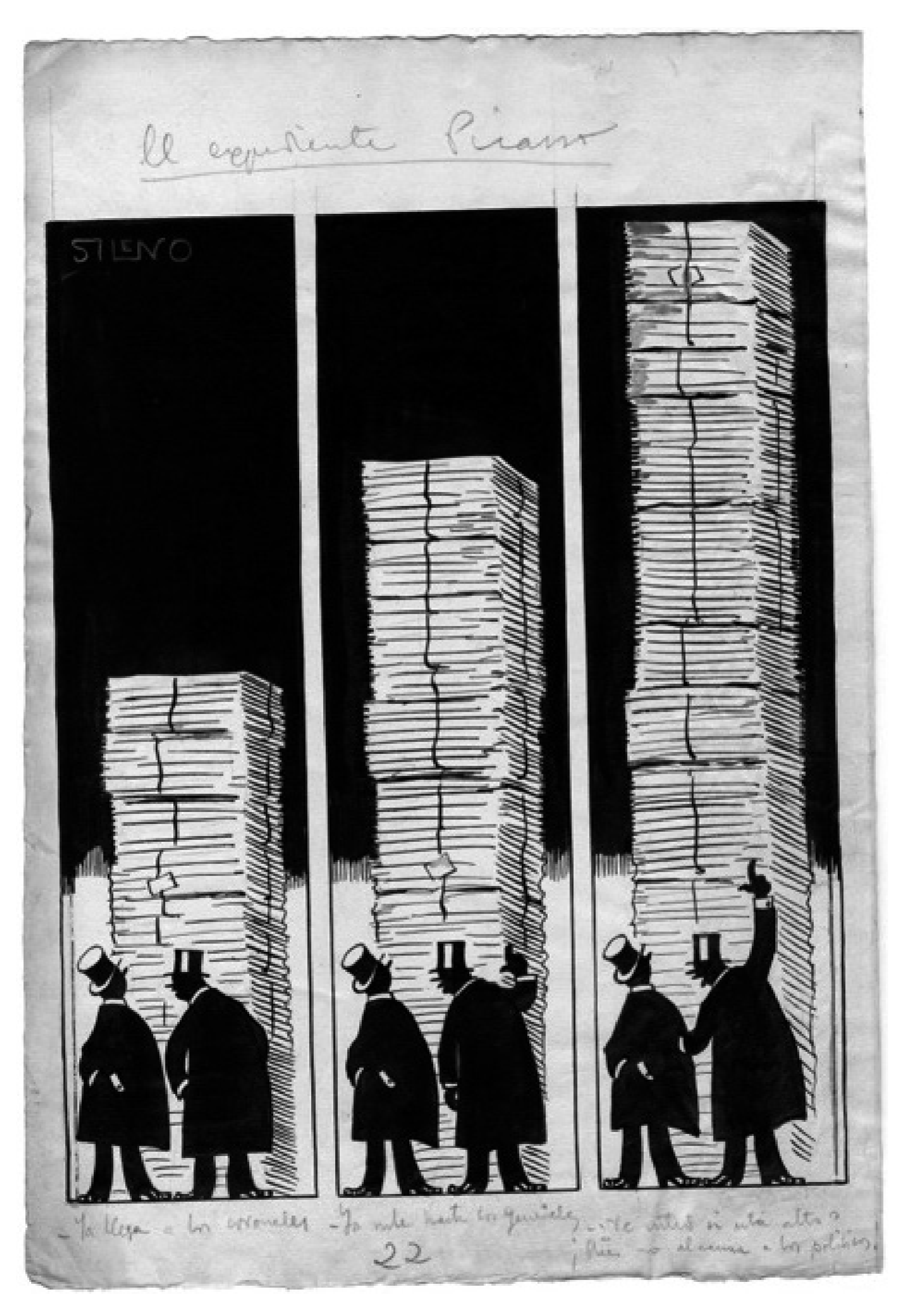
Añade, entre otras muchas, dos consideraciones que es preciso anotar: «el país no quiere hablar más de responsabilidades, sino saberlas, exigirlas pronta y justamente». Ya se ha visto lo que hizo respecto a las militares. En cuanto a las políticas, «las sancionamos con este apartamiento total a que les condenamos [a los partidos]».

Centra su inquina en Santiago Alba. Tras tildarlo de «depravado y cínico», anuncia su procesamiento. Hace extensiva su condena a García Prieto, porque, «habiendo oído de personas solventes e investidas de autoridad» las más duras acusaciones contra su colaborador, «no tuvo ni carácter ni virtud para perseguirlo, ni siquiera para apartarlo del gobierno».

A la vista de ello, había hecho bien el hasta hace poco ministro de Estado al apresurarse a pasar a Francia. El ejército no le había perdonado ni su protagonismo en el rescate de los prisioneros ni su pretendida actitud sobre la forma de llevar a cabo las operaciones.

---

[1] Mola, *Dar Akobba,* en *Obras completas,* pág. 213, describiendo un almuerzo con Primo, en Tetuán, en 1924.



Sileno (Pedro Antonio Villahermosa y Borao), Cinematógrafo de la semana. El expediente Picasso. Blanco y Negro, núm. 1.641. 29 de octubre de 1922. Tinta y grafito sobre papel, 335 x 230 mm. Museo ABC, Madrid

Al margen de los exabruptos, el dictador tomó una muy acertada medida respecto al Protectorado, cuando decide crear la Oficina de Marruecos[2], dependiente directamente de la presidencia.

La medida se fundamenta en la necesidad de acabar con los «enojosos conflictos de competencia» y la multitud de problemas que había provocado la bicefalia Guerra-Estado. La nueva unidad se dividía en dos secciones, una civil y otra militar, y contaría, en su versión original, con un total de nada más que veintitrés personas, de secretario a mecanógrafos.

Sería canal de interlocución del alto comisario y centralizaría todos los asuntos, exceptuando solo los referidos «exclusivamente» a lo que, con poco tacto, se llama «ejército de ocupación», que seguirían dependiendo de Guerra.

Desde luego, la sección de Marruecos del Ministerio de Estado y el negociado del mismo nombre en el de Guerra se suprimirían tan pronto como fuera posible. Se actuó con tal celeridad que el 28 de febrero ya estaban extinguidos[3].

Primo tuvo, además, la acertada idea de nombrar para dirigir esa oficina a Manuel Aguirre de Cárcer[4], al que ya se ha encontrado antes en estas páginas. De sus escritos parece desprenderse que era hombre seco, con gran espíritu crítico y, posiblemente, poco fácil para sus colaboradores. Se trataba, no obstante, de un experto de primera fila, y de un profundo conocedor de los asuntos que se le iban a encomendar, con la ventaja añadida de que sus relaciones con Alba, su antiguo jefe, habían sido pésimas.

El 15 de diciembre de 1925[5] dicho organismo sería sustituido por la Dirección General de Marruecos y Colonias, que aumenta sus competencias, a costa de Estado, cuya sección Colonial se suprime. Se le dota, para ello, de una estructura más compleja, que ya emplea a 48 personas. Gómez-Jordana estará a su frente durante su periodo inicial[6].

Con independencia de los planes que el dictador pudiera tener, la agenda se la impuso Abd el Krim, como venía siendo la pauta con los gobernantes que se habían sucedido desde julio de 1921.

Cada vez más fuerte y más ensoberbecido, ya en febrero de 1924 empieza a hostigar puestos avanzados. Tizza volvería así de nuevo a la primera página de los periódicos. Rechazado, vuelve sus ojos a nuevos horizontes, como Yebala, informalmente repartida entre españoles y El Raisuni; Gomara y Marnisa, y, en el sur,

[2] Real decreto de 18 de enero de 1924, publicado en la *Gaceta de Madrid* del día siguiente.

[3] Real decreto del 25 de febrero de 1924, publicado el 28.

[4] Real decreto de 1 de febrero de 1924, publicado el 2.

[5] Real decreto de ese día, publicado en la *Gaceta* del 17 de diciembre de 1925.

[6] Seguimos su obra para la política marroquí de Primo, de la que fue en gran parte artífice. Siendo hombre de indudable valía, gran capacidad y con una larga trayectoria en el Protectorado, enturbia en ocasiones sus puntos de vista con ácidos juicios y rencillas de salas de banderas. Así, censura a personas como Aguirre de Cárcer, aunque dice que sugirió su nombre para la Oficina de Marruecos y como Goded, entre muchas otras. Tampoco dice mucho sobre su objetividad que calificara a Abd el Krim de «rufián rifeño».

la cuenca de Uarga, límite, por el momento, del avance francés, y donde residía la poderosa cabila de Beni Zerual, dirigida por un cherif rival, El Darkaui.

Sin excesivas dificultades, sus harcas someten a Gomara y a Marnisa, a sangre y fuego, cuando es preciso.

Yebala era asunto de mayor enjundia, que confía a su hermano Mohamed, a la cabeza de un poderoso contingente que incluye dos de sus preciados tabores de tropas regulares rifeñas y seiscientos harqueños, luego reforzados.

Es, una vez más, la vieja historia de posiciones cercadas, sin agua ni víveres, de sangrientos convoyes, de sed y de hambre, de pilotos que se juegan la vida para arrojar unas insuficientes barras de hielo, para lo que llegaban a situarse a solo diez metros de altura en «vuelo bajo, llamado "a la española" por los franceses»[7]. Las guarniciones, casi todas de tropas peninsulares, resisten como pueden.

Hay dos testimonios de primera mano sobre ese otro periodo trágico que comienza a abrirse. El uno, de Mola, en Dar Akoba; el otro, de Virgilio Cabanellas, en Xauen. Resulta lamentable, tras una experiencia tan larga como amarga, comprobar que en el campamento general últimamente citado «se echaba de ver la falta de letrinas y cocinas [y] la mitad del ganado, por lo menos, se halla a la intemperie»[8]. Había, eso sí, barracones, pero eran una excepción, porque en la mayoría de los puestos solo existían tiendas de campaña.

A la hora de la verdad, faltaría agua, y los hombres beberían aceite y vinagre, y, por no haber harina, se utilizó arroz para hacer pan, de forma que los famélicos soldados llamaban «paella» a los chuscos. Parecía que no se había aprendido nada.

Bajo la creciente presión rifeña, la situación se haría pronto insostenible, abonando el abandonismo de Primo. En verano de ese año, el general que «no sentía el problema de Marruecos», y que se mostraba «desinteresado de él»[9], había peregrinado por el Protectorado, predicando la buena nueva de un repliegue generalizado a un ejército de África «refractario completamente»[10] a la idea, produciéndose sonados incidentes.

Ahora, la acometividad rifeña le forzaba a llevarlo a cabo, pero sin tener la elección ni de sus ritmos ni de su amplitud. Las operaciones, bajo un ataque constante, implicaban una enorme complejidad, ya que, con frecuencia, se trataba primero de romper el cerco de una posición sitiada, para luego evacuarla.

Se llevó a cabo así, primero, el abandono de la línea del Lau y, luego, el mucho más arduo de la de Xauen[11], en noviembre, bajo un temporal: «caía una lluvia torrencial […] Los vehículos atascaban sus ruedas en el lodo. La carretera estaba intransitable. Los hombres y las bestias se hundían en el fango»[12]. Ahí murieron el

[7] Acedo, pág. 31. Sobre los vuelos de abastecimiento, ver sus gráficas descripciones en págs. 54-61 para Tizzi Azza y Tifarauin, y 68-73 para Yebala. También, Hidalgo de Cisneros, vol. I, págs. 164-166.

[8] Cabanellas, pág. 19.

[9] Goded, pág. 107.

[10] Gómez-Jordana, pág. 73.

[11] Vicente Fernández Riera, *Xauen 1924,* Madrid, 2013.

[12] Sánchez del Arco, pág. 376.

general Serrano y el teniente coronel Temprano, de los Regulares de Alhucemas, caído junto a su ayudante, el ya capitán Mizzian. Otro general, Federico Berenguer fue herido.

El 14 de diciembre, Abd el Krim entraba en la ciudad misteriosa, rozando el apogeo de su fortuna y apoderándose de un ingente botín de material de guerra.

Los españoles, por su parte, se habían dejado el camino reputación y millares de bajas, que se rumoreó que distaban poco de las sufridas en Annual. Hubo, otra vez, defensas heroicas, de batallones casi desconocidos para el público como Vizcaya, Serrallo o Badajoz, y el Tercio y los Regulares acreditaron, de nuevo, su bizarría, junto con otras unidades, pero, también se produjeron desbandadas, y la libertad de más de una guarnición se compró, literalmente, a precio de oro.

Un día antes del triunfo de Abd el Krim, el dictador, que había tenido la gallardía de asumir los cargos de alto comisario y general en jefe durante el comprometido periodo, lanzaba en Tetuán una proclama triunfalista a sus asendereadas tropas, que la oyeron entre burlonas y escépticas.

Arrastrado por sus triunfos, el dirigente rifeño se vuelve contra la cabila del Ajmás, que no reconocía su soberanía, y la aplasta. Luego, es el turno de El Raisuni. Vencido y prisionero, morirá en cautividad en febrero de 1925.

Las tribus vuelan en auxilio de la victoria, y se levantan en armas, incluida la tradicionalmente fiel de Anyera. Pronto quedó la zona occidental reducida a su más mínima expresión, limitada a parte del norte de Yebala y a una estrecha franja al oeste, y que englobaba, desde el Atlántico al Mediterráneo, Alcazarquivir, Larache, Arcila, Tánger, Ceuta y Tetuán. Protegida por una serie de fortificaciones, la línea Primo de Rivera. Al menos, el repliegue permitió la repatriación de 23.000 hombres.

En la primavera de 1925, Abd el Krim era el amo del Rif, Yebala y Gomara.

Si en España se vivieron esos acontecimientos con el horror de lo ya visto, en Francia y en su zona se siguieron con consternación.

Para la «hispanofobia crónica»[13] de Lyautey, lo sucedido confirmaba sus peores temores. Ya el 25 de julio de 1921, al recibir «en este instante» las noticias de Annual, había manifestado al presidente de la república que «es verosímil que vamos a sentir el contragolpe en nuestro frente norte»[14]. Tres años después, el repliegue español y los avances rifeños dejaban expuesta la línea francesa. Gómez-Jordana[15] llega tan lejos como decir que esa era justamente la situación buscada –y provocada– por Primo con su retirada; conseguir que Abd el Krim, al carecer de un enemigo inmediato, se revolviera contra Francia, lo que forzaría la alianza entre las dos naciones europeas que el dictador estimaba esencial para derrotar al adversario común.

---

[13] Courcelle-Labrousse y Marmié, pág. 119.
[14] Lyautey, pág. 143.
[15] Págs. 71 y 80. La tesis no parece evidente.

Lyautey se encontraba por entonces en una situación de relativa debilidad. Por un lado, su Gobierno, al igual que el español, había emprendido una política de repatriación, lo que había mermado sus efectivos hasta reducirlos a unos 64.000 hombres. Por otra parte, en mayo de 1924 se había extendido a la orilla norte del río Uarga, llevado por el deseo de establecerse en un territorio de estatus mal definido, ocupar una región próspera y apoyar a sus aliados Beni Zerual, creando una barrera de contención frente a Abd el Krim. Como había sostenido en su «plan de pacificación» para ese año, «no podemos permitirle que se convierta en un polo de atracción para todos los que aspiran a la independencia del África occidental musulmana»[16].

Con ese movimiento, el mariscal se acerca peligrosamente al «avispero»[17] que era el Rif. Sin embargo, sus intenciones distan de ser belicosas. Lo que pretende, y cree posible, es llegar a un modus vivendi con el Beni Urriaguel, y «tratarlo con miramientos [...] mientras sea correcto con nosotros». En absoluto se trata, pues, de llegar a un enfrentamiento que «atraería sobre nosotros la masa de los rifeños y una lucha sangrienta, cuyo precio nos tocaría pagar»[18]. Es una idea que, contra toda evidencia, seguirá manteniendo un año más tarde, cuando las circunstancias han cambiado completamente. Así, el 20 de junio de 1925 continuará insistiendo en que «sólo queremos vivir en paz con los rifeños»[19]. Desde luego, una mínima solidaridad con España no entraba, entonces, en sus cálculos.

Esos planes, sin embargo, no coinciden con los de Abd el Krim. Quizás nunca se sepa por qué se decidió a lanzar su ofensiva en el Uarga. Él mismo peca de incoherencia a la hora de explicarlo. Por un lado, atribuye la responsabilidad a sus belicosos súbditos: «nuestras tribus, que no habían dejado de vencer en la zona española, creían que pasaría lo mismo en la francesa»; «he sido arrastrado a mi pesar a una guerra contra Francia»; «las tribus me creían invencible, después de mis sonadas victorias sobre los españoles». Pero, por otro, ofrece una razón adicional muy verosímil: «necesitaba llanuras fértiles»[20].

Probablemente se combinaron ambos factores. Había creado un Estado por la guerra, y solo por la guerra podía mantenerlo. Necesitaba un objetivo que pudieran compartir las cabilas, y este únicamente podía consistir en las perspectivas renovadas de botín. Por eso, también, en mayo de 1925 proclamaría la yihad, más por el valor simbólico y unificador del llamamiento que por su contenido estrictamente religioso.

Por su parte, Lyautey, hombre perfecto conocedor del país y siempre bien informado, no confundía sus deseos con la realidad, y prevé que el tan poco deseable choque puede ser inevitable. Prueba de ello es que en diciembre de 1924 escribe

---

16 Lyautey, págs. 241-248. El plan es de enero de 1924, sin especificar el día.

17 Aparece la expresión en ibíd., pág. 265, en una carta de 11 de diciembre de 1924 a los ministros de Exteriores y de Guerra.

18 Ibíd., págs. 248-250, carta a Poincaré, presidente y ministro de Exteriores, de 18 de febrero de 1924.

19 Ibíd., págs. 336-339, carta a Briand, ministro de Exteriores.

20 Roger-Mathieu, págs. 129-140. Los franceses utilizaban la palabra «tribu», en lugar de «cabila».

al ministro de la Guerra[21]. Se teme, anuncia, un ataque entre marzo y abril, con «quizás, operaciones duras y decisivas». Diez días después, se dirige al presidente. Reitera el calificativo de «avispero», y cree que la ofensiva no se desencadenará hasta abril. Para resistir hasta entonces, requiere cinco batallones adicionales, de ellos, tres del famoso Regimiento de Infantería Colonial de Marruecos, alegando la «necesidad de tropas blancas francesas»[22], para evitar, añadirá, «dar la sensación de que estamos a merced de tropas mercenarias, y, sobre todo, de la lealtad y la fidelidad de nuestros elementos indígenas»[23]. Como se ve, en la materia pensaba de muy distinta manera que los gobernantes españoles.

Para el 14 de abril, el Gobierno, en crisis, no ha atendido a todas sus peticiones[24]. Ese día se lanza el ataque rifeño que barre a los Beni Zerual. Son más de 4.000 combatientes del Rif, Gomara y Yebala, así como áscaris regulares, a las órdenes de Mohamed. El 16, están en la *zauia* de Derkaui, que busca refugio en zona francesa; el 25, pasan el Uarga.

La línea de Lyautey, como otrora la española, se tambalea. Está formada, violando los preceptos del mariscal, por pequeñas posiciones, en puntos elevados, sin agua, que no cumplen el requisito de poseer depósito de esta y de una reserva de seis meses de víveres. Una tras otra, la mayoría va cayendo, bien tras defensas bizarras, bien voladas y abandonadas.

Para explicar sus deficiencias, se dijo que fueron instaladas mientras Lyautey estaba ausente en París, por motivos de salud. Cuesta trabajo creer, no obstante, que hombre tan meticuloso pasara por alto esos defectos. Quizás valoró en demasía la eficacia de sus columnas volantes, o no calculó bien la agresividad rifeña. Desde luego, el 5 de mayo hablará, parece que con sorpresa, de «un adversario armado y organizado a la europea», y de «regulares rifeños, organizados en unidades regulares, con uniforme, maniobrando con precisión y rapidez, organizando óptimamente el terreno y la defensa»[25]. Se trataba, en palabras de Petain[26], del «enemigo más potente y mejor armado que hemos encontrado a lo largo de nuestras campañas coloniales».

Por primera vez, las tropas francesas, aunque muy avezadas en lides coloniales, sabían lo que era el ataque de una harca rifeña, y la experiencia no era nada grata, como testimonian memorias de la época[27]. En total, tuvieron 5.500 muertos y

---

[21] Lyautey, págs. 262-264. La carta es del día 11.

[22] Ibíd., pág. 266-272, carta del 21 de diciembre.

[23] Ibíd., pág. 258, carta de 23 de noviembre de 1924.

[24] Solicitó, además, y a partir del 1 de abril, entre otras fuerzas, cuatro batallones, tres baterías y dos escuadrillas, para constituir una reserva de dieciocho de los primeros, quince de las segundas y nueve de las terceras.

[25] Lyautey, carta al ministro de la Guerra, págs. 298-299.

[26] Citado en Woolman, pág. 219.

[27] Ver, al respecto, memorias de combatientes como el príncipe Aage, de Dinamarca (*My life in the Foreing Legio,* Londres, 1928; Zinoni Pechkoff, *La Légion Étrangère au Maroc,* París, 1926, o Adolphe Richard Cooper, *Douze ans a la Légion Étrangère*, París, 1934.

una cifra proporcional de heridos y desaparecidos, y perdieron 44 de 66 posiciones, 51 cañones, 21 ametralladoras y 5.000 fusiles[28]. Quizás entonces empezaron a ver de otra manera las derrotas de los españoles.

La ofensiva de Abd el Krim tuvo una consecuencia impensable. Obliga a Lyautey, el 17 de mayo, a proponer algo tan inaudito para él como es un desembarco franco-español, al que suma, curiosamente, a Gran Bretaña, frente a Axdir. El 14 de junio, insistirá, angustiado, en esa tesis: «Axdir, Axdir, y cuanto antes»[29]. Hay que comentar que, para aumentar sus dificultades, desde mayo está en el poder un Gobierno radical socialista, con apoyo de los comunistas, que en el Parlamento no se recataban en proclamar su solidaridad con Abd el Krim, al igual que hacían sus correligionarios del resto de Europa y algunos nacionalismos.

A pesar de los esfuerzos y sacrificios de las unidades y del genio del mariscal, los rifeños cosechan triunfo tras triunfo. El 25 de mayo ya han profundizado quince kilómetros al sur del río. La noche del 4 al 5 de julio fue especialmente dramática. Lyautey se llega a temer «una disgregación total, un desmantelamiento completo» de su frente, que «estuvo a punto de romperse»[30].

Así fue. El vital corredor Fez-Taza corre peligro de ser cortado, al igual que la comunicación de este último punto con Argelia, poniendo en riesgo toda la línea.

Cartoux[31], que estuvo allí, describe aquellas horas dramáticas y «la atmósfera de pesimismo» que impregna a los altos mandos. Se habla de evacuar Taza, y replegarse sobre Fez; de, al contrario, retirarse hacia Argelia; incluso, de abandonar Fez. «La situación se estaba poniendo trágica»[32].

El mariscal está a la altura de la crisis. Taza se conservará a toda costa, tras hacer evacuar a la población civil francesa, aunque quede cercada. Evita de esa manera el desplome, pero se siente tan inseguro que, dado que «la situación es tan grave», propone por telegrama del día 5[33] reconocer la independencia de Rif. Rectificará el 9, pero ha dejado constancia de su desaliento en esas horas en las que «verdaderamente sentimos Marruecos temblar»[34].

Lo peor es que, para entonces, no se enfrentaba solo a los hombres de Abd el Krim, sino que cabilas sometidas se estaban alzando en armas, siendo de temer un efecto dominó que sería inmanejable, especialmente en el caso de que la ofensiva rifeña llegara a enlazar con la «mancha de Taza», nunca sometida. Si en abril el dirigente Beni Urriaguel contaba con 35.000 fusiles, en otoño serán ya 80.000. Tan lejos como en Casablanca se detiene a un exaltado que predicaba en el zoco la rebelión.

[28] Woolman, pág. 205.

[29] Lyautey, carta a Painlevé, presidente y ministro de la Guerra, págs. 305-306 y 330-331, respectivamente.

[30] Ibíd., carta al mismo, 4 de julio de 1925, págs. 344-353.

[31] Págs. 201-203.

[32] De Boisboissel, pág. 193.

[33] Cartroux, pág. 187, reproduciendo el telegrama.

[34] De Boiboissel, pág. 193.

Por si no bastara, el respaldo político de París a Lyautey empieza a tambalearse tanto como sus líneas. Se piensa que es demasiado mayor –tenía setenta años– y demasiado anticuado para hacer frente al desafío.

«La tumba de todas las reputaciones»

El primer paso es asignarle un general, Naulin, que llevará «la dirección inmediata» de las operaciones, bajo «su alta dirección». El mariscal lo ha aceptado, a regañadientes y ante la presión de París, pero no se ha nombrado a ninguno de sus candidatos y, además, se le despoja de su Estado Mayor, que pasa a servir con Naulin, mientras a él se le deja únicamente un escueto gabinete militar.

El segundo será la llegada, en visita de inspección, de Petain, el héroe de Verdún, «Dos hombres y dos concepciones iban a chocar»[35]. Un testigo describe una gélida comida entre ambos, que apenas compartían nada, excepto la avanzada edad. Lyautey, el aristocrático oficial de Caballería, de las guerreras blancas y las amplias capas árabes, todo imaginación y sutileza. Petain, caqui, de origen modesto, pegado al terreno, de un realismo estólido que rechaza la fantasía. El uno es casi un artista; el otro, casi un campesino. Nunca se entenderán.

Porque Abd el Krim ha cambiado todo el contexto. En ese mismo mes de julio, el Gobierno francés ha optado decididamente por la colaboración con España. Entre el 4 y el 25 se firman una serie de acuerdos bilaterales, sobre materias como el bloqueo terrestre y marítimo al Rif, y el establecimiento de una cooperación militar cuyos límites precisa Primo en carta al embajador galo: «no entra en sus planes otra acción de cooperación militar más que un desembarco en la bahía de Alhucemas», aparte de algunas maniobras de distracción. También se establecen las condiciones para un eventual arreglo con Abd el Krim: «toda la autonomía compatible con los tratados internacionales [...] bajo la autoridad del jefe que libremente elijan»[36].

Es mucho, para dos potencias coloniales europeas, pero muy poco para un adversario en la plenitud de sus fuerzas y que nunca ha creído que realmente franceses y españoles pudieran llegar a trabajar juntos. Por eso fracasan unas breves negociaciones que se entablan en agosto, y que encallan ante la exigencia de reconocimiento de la independencia del Rif.

Para entonces, Petain está de regreso en la metrópoli, tras haberse entrevistado con Primo en Tetuán. Ha vuelto con un plan definido. Restablecer la situación exige no menos de cien batallones, en siete divisiones, organizadas en tres cuerpos de ejército. También él pide que incluyan importantes contingentes de «tropas blancas».

Es el recurso a los grandes medios, propios de una guerra europea, pero desusados en una colonial. La sutil acción política, tan cara a Lyautey, quedaba en-

[35] Lyautey, pág. 356. Nota del editor.
[36] Gómez-Jordana, págs. 86-97 para lo esencial de los textos y la carta mencionada.

terrada bajo la masa de la más moderna máquina militar; 100.000 hombres, con aviones, tanques y artillería pesada.

Por otro lado, el margen que el dictador impone a la participación española en la guerra, indica que todavía se resiste a emplearse a fondo. Parecería que sus propósitos no van más allá del control de la costa y de asestar un golpe serio, pero no mortal, al enemigo[37].

Incluso la idea del desembarco, sobre un plan que se había aprobado el 9 de mayo, suscita resistencias en España. Algunas, de tanto peso como las del propio Alfonso XIII, que mantenía «hondas reservas» al respecto, que costó superar[38]. Se entienden las dudas. El único precedente próximo era el Gallipoli, de nefasta memoria, y los riesgos y las incertidumbres inherentes a una operación anfibia no escapaban a nadie. Petain también mostraría a Primo su preocupación al respecto, en un nuevo encuentro, esta vez en Algeciras, el 21 de agosto. Fue mérito del dictador sobreponerse a todas las vacilaciones, imponiendo su criterio y asumiendo personalmente la dirección de las tropas.

Cuando se reunió con el mariscal francés, viajaba este entonces de vuelta a Marruecos, pero esta vez en una calidad distinta. Iba, de hecho, a tomar el mando de las operaciones. Lyautey, resentido por lo que ve como una desautorización, pedirá el relevo el 24 de septiembre. Le será concedido el 27. Como dijo el general de Chambrun, «el Marruecos de 1925 será la tumba de todas las reputaciones»[39]. Abd el Krim, en efecto, había acabado con las de Silvestre y Berenguer. Ahora le tocaba al viejo mariscal.

No cabe aquí una descripción del desembarco de Alhucemas[40], realizado en un lugar distinto, en un día y a una hora diferentes de las previstas, pero que fue un éxito rotundo. Participaron más de 18.000 hombres, de ellos, casi 14.500 de Infantería, incluyendo 2.082 del Tercio y 6.200 de tropas marroquíes. Contaron con un poderoso apoyo hispano-francés naval, en el que figuraron dos acorazados y tres cruceros, junto a unidades menores, y aéreo, con cien aparatos del Ejército y veinticuatro de la Armada, además de globos cautivos y dirigibles. Esenciales fueron las veintiséis barcazas «K» adquiridas a Gran Bretaña, veteranas de Gallipoli.

Hay dos aspectos que cabría resaltar. De un lado, la hábil maniobra de distracción que lanzó Abd el Krim en la zona occidental, en el sector de Ben Karrich, a doce kilómetros de Tetuán, justamente cuando las tropas estaban embarcadas para dirigirse a Alhucemas. Todo el peso del ataque cayó sobre la posición de Cudia Tahar, gallardamente defendida por elementos del batallón del Infante, que demostraron, de nuevo, el rendimiento de las tropas peninsulares.

---

37 Ibíd., págs. 131-132, para una tesis contraria. El autor mantiene, en contra de lo que afirma, por ejemplo, Goded, que ya entonces Primo estaba decidido a llevar la guerra hasta el final.

38 Ibíd., pág. 134.

39 Chartroux, pág. 271.

40 Ver *Historia de las campañas de Marruecos,* del Servicio Histórico Militar, vol. IV, Madrid, 1981; Gómez-Jordana, Sánchez del Arco, Juan de España y García Figueras, para visiones favorables a Primo; Goded, *La hora de Alhucemas,* de Franco y *La columna Saro,* de varios autores para el punto de vista de testigos de la operación.

La operación no logró desviar la atención de Primo, que destinó a contrarrestarla el mínimo imprescindible de sus fuerzas de desembarco que, cumplido el objetivo, regresaron a su primitiva misión. Se dio así prueba de una flexibilidad y de una eficacia impensables pocos años antes. Cudia Tahar fue liberada tras nueve días de riguroso asedio, admirablemente resistido, que dejó doscientos rifeños muertos ante la posición.

El otro punto es destacar el papel esencial que desempeñaron en el desembarco las tropas que se podrían describir como coloniales, el Tercio y las indígenas. Estas alineaban, junto a los Regulares, a mehalas y harcas irregulares, algunas de las cuales, como las mandadas por Varela y Muñoz-Grandes, tuvieron un comportamiento sobresaliente. En las operaciones posteriores, y hasta el fin de la guerra, tenderán a predominar cada vez más, en perjuicio de las unidades europeas convencionales, paulatinamente relegadas[41].

El ejército para entonces había adquirido unas cualidades que le convertían en algo muy distinto al que había muerto en Annual y Arruit. En palabras de alguien que sabía lo que decía, «las tropas españolas eran de calidad y valientes [...] A veces, mejor equipadas que nosotros»[42]. Lo mismo se podía afirmar de sus mandos, seleccionados por multitud de duros combates, y de los Estados Mayores, capaces de concebir y llevar a buen término una operación tan compleja como la de Alhucemas: «el mariscal [Petain] y los militares que le acompañan quedaron impresionados tanto por la ambición como por la previsión del plan»[43].

Pero no solo el instrumento había mejorado extraordinariamente. También se había perfeccionado su utilización, haciéndola mucho más imaginativa, buscando la maniobra constante sobre los flancos y los ataques concéntricos desde varias direcciones. A ello se sumaba una implacable política de desarme de las cábilas sometidas, que permitía, por primera vez, operar con la retaguardia asegurada[44].

El empuje de españoles y franceses resultaría, al final, irresistible. En contra del criterio de muchos, Primo limitó la campaña de 1925 a la conquista de una cabeza de puente en torno a Alhucemas, sin explotar el éxito, persistiendo en su política de objetivos limitados. En la correspondiente al verano del año siguiente, y ya bajo el mando de Sanjurjo, la temible cabila de Beni Urriaguel será derrotada de plano. Aún entonces, el dictador arrastraba reticencias. Como diría el 1 de agosto, «nosotros no estamos comprometidos a la ocupación material de toda la zona, y menos en un plazo determinado»[45].

41 La tendencia se mantendría en los años subsiguientes, de forma que a principios de los años 30, de los 63.000 hombres de la guarnición de Marruecos, más de 32.000, constituyendo la gran mayoría de la Infantería y toda la Caballería, eran legionarios o marroquíes.

42 De Boisboissel, pág. 217. Ver en Courcelle-Labrousse y Marnié, pág. 328, por ejemplo, ejemplos de otros elogios de militares franceses.

43 Courcelle-Labrousse y Marmié, pág. 265.

44 Para el cambio de doctrina operativa y en materia de desarme es especialmente instructivo Goded, págs. 41-76 y 437-447.

45 Telegrama a Sanjurjo, citado en Goded, pág. 341.

Pero el impulso ya no se podía detener, y menos tras unas fracasadas negociaciones en Uxda, entre abril y principio de mayo, en las que los rifeños se habían mostrado irreductibles en sus pretensiones de independencia. Sanjurjo inició su ofensiva el 8 de ese último mes. El 27, Abd el Krim, acorralado, se entregaba a los franceses, para mayor irritación de los españoles, ansiosos de tenerlo en su poder. El 10 de junio, la indómita cábila de Beni Urriaguel, doblegada tras cruentos combates, presta sumisión al gran visir en los llanos de Einzoren, en una ceremonia tan llena de colorido como de significación.

En septiembre, Sanjurjo se dará la satisfacción de ir por tierra desde Tetuán a Melilla, realizando desde el 23 de ese mes al 1 de octubre el viaje, de 452 kilómetros. Habían sido necesarios catorce años de combates casi ininterrumpidos para poder hacerlo.

A todos los efectos, la guerra había acabado, aunque se prolongaría oficialmente hasta julio de 1927. Para entonces, se habían tomado al enemigo 135 cañones, 240 ametralladoras y 28.488 fusiles que, con el desarme de las cabilas, llegarían hasta los 61.616.

Annual, donde se había entrado el 18 de mayo de 1926, estaba, por fin, vengado.

Lo que, en cambio, nunca se resolvió satisfactoriamente fue la cuestión de las responsabilidades. Ya se ha visto que las militares se liquidaron con sentencias en general desproporcionadas a la gravedad de las faltas, y que, en todo caso fueron borradas por una oportuna amnistía. Hubo, sin embargo, al menos, condenas y, con ellas, pronunciamientos sobre culpas.

Para los políticos, ni siquiera se llegó a eso, formalmente. Se produjo la ya citada censura genérica que se recoge en el manifiesto de Primo de Rivera, pero no se fue más allá. Parecería que, como dijo Berenguer[46], la Dictadura había cumplido su objetivo «reduciendo las responsabilidades de Annual […] de un proceso político de amplitud y consecuencias incalculables, a una sumaria militar limitada al ejército».

Sileno plasmó muy gráficamente la misma idea en un elocuente dibujo, publicada en *Blanco y Negro* de 29 de octubre de 1922. Consta de tres viñetas. En la primera, dos hombres contemplan un rimero de papeles, que representan el Expediente Picasso, y comentan: «ya llega a los coroneles». En la segunda, ha crecido en altura, y dicen: «ya sube hasta los generales». En la tercera es aún mayor, y dicen: «¿Ve usted si está alto? ¡Pues no alcanza a los políticos!». Era otra forma de plasmar lo que se había denunciado un año antes en el Senado: «lo que no puede hacerse es suponer a los Gobiernos desligados de toda responsabilidad y echar ésta exclusivamente sobre los elementos militares»[47].

No obstante, esas «consecuencias incalculables» llegaron a producirse, con la caída de la monarquía y la liquidación del régimen canovista, de «la vieja política», como se decía en la época. Entonces fue cuando se pagó la última factura por aquel verano de 1921.

[46] Berenguer (1946), págs. 167-168.

[47] *Diario del Senado* de 22 de noviembre de 1921. Intervención del liberal conservador Cavestany.

Fuentes y Bibliografía

I. Fuentes documentales

Archivo Histórico Nacional: Tribunal Supremo, legajos 50N1 al 50 N 10, y 51N1 al 51N39.

Archivo General Militar de Madrid: Marruecos, Ministerio de la Guerra, legajo 28; Comandancia General de Melilla, legajos 264, 275 y 969; Comandancia General de Melilla, Documentos de Abd el Krim, legajos 1 y 2; Comandancia General de Melilla, Documentos del General Fernández Silvestre, caja 1524.

II. Bibliografía

Aage, príncipe de Dinamarca, *My life in the Foreign Legion,* Londres, 1928.

Acedo Colunga, Felipe, *El alma de la Aviación española,* Madrid, 1928.

Aguirre de Cárcer, Manuel, *Glosa del año 23,* Madrid, 1944.

Albi, Julio, *El Alcántara, 1921*, Madrid, 2011.

— *Arcabuces mosquetes y fusiles,* Madrid, 2013.

Alcalá-Zamora, Niceto, *Memorias de un ministro de Alfonso XIII,* Madrid, 2013.

Alfarache, Juan de, *Berenguer,* Madrid, 1949.

Alía Miranda, Francisco, *Duelo de sables,* Madrid, 2006.

Allendesalazar, José Manuel, *La diplomacia española y Marruecos,* Madrid, 1990.

Alonso Ibáñez, Ana Isabel, *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922),* Madrid, 2004.

Arauz de Robles, José María, *Por el camino de Annual*, Madrid, 1924.

Arques Enrique y Gibert, Narciso, *Los mogataces,* Málaga, 1992.

Ayache, Germain, *Les origines de la Guerre du Rif,* París, 1981.

— *La Guerre du Rif,* París, 1996.

Ayensa, Emilio, *Del desastre de Annual a la presidencia del Consejo*, Madrid, 1930.

Aziza, Minoun, *La sociedad rifeña frente al Protectorado español de Marruecos (1912-1956),* Barcelona, 2003.

Azpeitúa, Antonio, *La mala semilla,* Madrid, 1921.

Balfour, Sebastian, *Deadly Embrace,* Oxford, 2002.

Barado, Francisco, *Nuestros soldados,* Barcelona, 1909.

Barea, Arturo, *La forja de un rebelde,* México, 1959.

Basallo, Francisco, *Memorias del cautiverio,* Madrid, 1923.

Bastos, Francisco, *El desastre de Annual,* Barcelona, 1921.

Becker, Jerónimo, *Tratados, Convenios y Acuerdos referentes a Marruecos y la Guinea española*, Madrid, 1918.

Bellido, Antonio, *El Alcántara en la retirada de Annual*, Madrid, 2006.

«Ben-Cho-Shey», *Crónicas de Marruecos*, Barcelona, 1985.

Benzo, Eduardo, *Al servicio del Ejército,* Madrid, 1931.

Berenguer, Dámaso, *La guerra de Marruecos,* Madrid, 1918.

— *Campañas en el Rif y en Yebala. Notas y documentos,* Madrid, 1923.

— *De la Dictadura a la República,* Madrid, 1946.

— *Campañas en el Rif y en Yebala,* Madrid, 1948.

Bermudo Romano, Eliseo, *El Raisuni. Caudillo de Yebala,* Madrid, 1944.

Blanco Izaga, Emilio, *Coronel en el Rif,* Melilla, 1995.

Bodard, Lucien, *L'epuisement,* París, 1963.

Boisboissel, general de, *Dans l'ombre de Lyautey,* París, 1953.

Boyd, Carolyn P., *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII,* Madrid, 1990

Bru Sánchez-Fortún, Alberto, «El debate sobre el ejército colonial en España,1909-1914», *Revista de Historia Militar,* n.º 112, 2012.

Caballero Poveda, «La campaña del 21; las cifras reales», *Revista del Ejército,* n.os 522 y 523, agosto de 1983.

Cabanellas Ferrer, Virgilio, *De la campaña de Yebala en 1924: asedio y defensa de Xauen,* Madrid, sin año (probablemente 1926 o 1927).

Cabanellas, Guillermo, *Cuatro generales,* Barcelona, 1977.

Cabanillas, Alfredo, *La epopeya del soldado,* Córdoba, 2009.

Calero, Juan, *Guerras irregulares y de montaña,* Toledo, 1895.

Cardona, Gabriel, *El problema militar en España,* Madrid, 1990.

Carr, Raymond, *España, 1808-1939,* Barcelona, 1968.

Carrasco García, Antonio, *Annual 1921,* Madrid, 1999.

Carrasco García, Antonio (ed.), *El expediente Picasso. Las sombras de Annual,* Madrid, 2003.

Casado, Luis, *Igueriben,* Madrid, 2007.

Catroux, general, *Lyautey l'Africain,* París, 1952.

Cerezo Garrido, Manuel, *El rescate de los prisioneros,* Melilla, 1922.

Chacón, José Luis, *Guerras irregulares,* Madrid, 1883.

Cierva, Juan de la, *Notas de mi vida,* Madrid, 1955.

Clayton, Anthony *Histoire de l'Armée Française en Afrique, 1830-1962,* París, 1988.

Colomar Cerrada, Vicente, *Primo de Rivera contra Abd el Krim,* Madrid, 2013.

Cordón, Antonio, *Trayectoria,* Valencina de la Concepción, 2008.

Cooper, Adolphe Ricahrd, *Douze ans a la Légion Étrangère,* París, 1934.

Cortés Cavanillas, Julián, *Confesiones y muerte de Alfonso XIII,* Madrid, 1951.

Courcelle-Labrousse, Vincent y Manié, Nicolas, *La Guerre du Rif,* París, 2008.

Dávila Jalón, Valentín, *Una vida al servicio de España,* Madrid, 1978.

De Annual a la República, *El Expediente Picasso,* Madrid, 1931.

De Annual a la República. La Comisión de Responsabilidades, Madrid, 1931.

Díaz-Fernández, J., *El blocao,* Madrid, 1928.

«El soldado desconocido» y Arturo Osuna Servent, *Frente a Abd-el-Krim,* Madrid, 1922.

España, Juan de, *La actuación de España en Marruecos*, Madrid, 1926.

Eza, vizconde de, *El desastre de Melilla. Conferencias en el Ateneo de Madrid,* Madrid, 1923.

— *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra,* Madrid, 1923.

Feijóo Gómez, Albino, *Quintas y protesta social en el siglo XIX,* Madrid, 1966.

Fernández Almagro, Melchor, *Historia del reinado de don Alfonso XIII,* Madrid, 1934.

Fernández Bastarreche, Fernando, *El ejército español en el siglo XIX*, Madrid, 1978.

— «El ejército español en el siglo XIX. Aspectos sociales y económicos», *Revista de Historia Militar,* n.º 50, 1981.

Fernández Riera, Vicente, *Xauen 1924,* Madrid, 2013.

Fontaine, Pierre, *Abd-el-Krim,* París, 1958.

Forbes, Rosita, *El Raisuni, Lord of the Mountains,* Londres, 1924.

Franco, Francisco, *Papeles de la guerra de Marruecos*, Madrid, 1986.

Frisch, René Jules, *La guerra en África,* Madrid, 1910.

Furneaux, Rupert, *Abdel Krim,* Londres, 1967.

García Benítez, general, *Defensa del General Berenguer,* sin lugar ni fecha de publicación.

García del Río Fernández, Juan y González Rosado, Carlos, *Blocaos,* Madrid, 2009.

García de Pruneda, Salvador, *Ceuta en el umbral,* Barcelona, 1977.

García Figueras, Tomás, *Del Marruecos feudal. Episodios de la vida del Raisuni,* Madrid, 1930.

— *La acción de España en el Norte de África,* Madrid, 1939.

García Venero, Maximiano, *El general Fanjul,* Madrid, 1967.

Gil Álvaro, Antonio, *Glorias de la Infantería española,* Madrid, 1893.

Gil Ruiz, Severiano, «El apoyo aéreo en el desastre de Annual», *Revista Ejército,* agosto 1989.

Goded, Manuel, *Marruecos, las etapas de la pacificación,* Barcelona, 1932.

Gómez Hidalgo, F., *La tragedia prevista,* Madrid, 1921.

Gómez Martínez, Juan Antonio, *Mohammed ben Abd el-Krim el-Jattaby, según documentos oficiales españoles hasta 1904,* Murcia, 2008.

Gómez-Jordana, Francisco, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos,* Málaga, 2005.

González Hontoria, Manuel, *El Protectorado francés en Marruecos,* Madrid, 1915.

González Rosado, Carlos y García del Río Fernández, Juan, *Grupo de Fuerzas Regulares de Ceuta n.º 3,* Ceuta, 2012.

Goy de Silva, Ramón, *Borrón y cuenta nueva,* Madrid, 1923.

Gudín de Loma, «Un mito convertido en tópico: los suicidios en el Ejército en los días de Annual», *Revista de Historia Militar,* n.º 112, 2012.

Guerrero, Rafael, *Guerra del Rif,* Barcelona, 1895.

Hernández Mir, Francisco, *Del desastre al fracaso,* Madrid, 1922.

— *Del desastre a la victoria. Ante las hordas del Rif,* Madrid, 1926.

— *Del desastre a la victoria. Del Rif a Yebala,* Madrid, 1926.

— *La Dictadura en Marruecos,* Madrid, 1930.

Hidalgo de Cisneros, Ignacio, *Cambio de rumbo,* Bucarest, 1961, vol. I.

Isabel Sánchez, José Luis, «El rancho nuestro de cada día», *Revista de Historia Militar,* n.º 77, 1994.

Jiménez Castellanos, Adolfo, *Sistema para combatir las insurrecciones en Cuba,* Madrid, 1883.

KALIFA, Dominique, *Biribi,* París, 2009.

KINDELÁN, general, *Ejército y política,* Madrid, sin fecha.

LA PORTE, Pablo, *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración,* Tesis doctoral, Madrid, 1997.

— *El desastre de Annual,* Madrid, 2007.

LEHURAUX, Léon, *Le conquérant des oasis,* París, 1935.

LONDRES, Albert, *Dante n'avait rien vu,* París, 2010.

LÓPEZ OCHOA, Eduardo, *De la Dictadura a la República,* Madrid, 1930.

LÓPEZ RIENDA, Rafael, *Frente al fracaso. Raisuni. De Silvestre a Burguete,* Madrid, 1923.

— *Del Uarga a Alhucemas,* Madrid, 1925.

LYAUTEY, Pierre (ed.), *Lyautey l'Africain, textes et lettres,* París, 1957.

MADARIAGA, María Rosa de, *Abd el-Krim el Jatabi,* Madrid, 2009.

MADRID, Francisco, *El Expediente Picasso,* Barcelona, 1922.

MALDONADO, Eduardo, *El Rogui,* Tetuán, 1949.

MANINGTON, George, *A soldier of the Legion,* Londres, 1907.

MÁRQUEZ, ex coronel, y Capo, J. M., *Las Juntas Militares de Defensa,* Barcelona, 1923.

MARTÍNEZ CAMPOS, Arsenio, *Melilla 1921,* Ciudad Real, 1922.

MAS CHAO, Andrés, *Evolución de la infantería en el reinado de Alfonso XII,* Madrid 1989.

MATURANA VARGAS, Carlos, *La trágica realidad,* Barcelona, 1921.

MAURA, duque de y Fernández Almagro, Melchor, *Por qué cayó Alfonso XIII,* Madrid, 1948.

MAXWELL, Gavin, *Lords of the Atlas,* Londres, 2004.

MENESES, Enrique, *La cruz de Monte Arruit,* Madrid, 1922.

Micó, Carlos, *Los caballeros de la Legión,* Valladolid, 2009.

Millán Astray, José, *La Legión,* Madrid, 1923.

Mola, Emilio, *Dar Akoba*, en *Obras Completas,* Valladolid, 1940.

— *El pasado, Azaña y el porvenir,* en *Obras Completas,* Valladolid, 1940.

Montagnon, Pierre, *L'Armée d'Afrique,* París, 2012.

Moreno Gilabert, Andrés, *La ciudad dormida,* Madrid, 1923.

N. C., *El pánico de Annual y la retirada de Monte Arruit,* Madrid, 1923.

Nido y Torres, Manuel del, *El libro de la Mehal-la Jalifiana,* Toledo, 1923.

Ortega y Gasset, Eduardo, *Annual,* La Coruña, 2008.

Ortega, Manuel L., *El Raisuni, España en Marruecos,* Madrid, 1917.

Oteyza, Luis, *Abd-el-Krim y los prisioneros,* Madrid, sin fecha.

Pabón, Jesús, *Cambó,* Barcelona, 1952 y 1969, (vol. I, parte primera del vol. II).

Pando, Juan, *Historia secreta de Annual,* Madrid, 1999.

Pardo González, Cándido, *Al servicio de la verdad,* Madrid, 1930.

Payne, Stanley G., *Los militares y la política en la España contemporánea,* Alençon, 1968.

Pechkoff, Zinoni, *La Légion Étrangère au Maroc,* París, 1926.

Pennell, Charles Richard, *La Guerra del Rif,* Melilla, 2001.

Pérez Ortiz, Eduardo, *18 meses de cautiverio,* sin lugar de publicación, 2010.

Perry, James M., *Arrogant Armies,* Nueva York, 1996.

Pita, Federico, *El Amalato del Rif,* Melilla, 1925.

Porch, Douglas, *The French Foriegn Legion,* Nueva York, 1992.

Prieto, Indalecio, *Crónicas de guerra. Melilla 1921,* Málaga, 2001.

Prous i Vila, Josep María, *Cuatro gotas de sangre,* Barcelona, 2011.

PUELL, Fernando, *El soldado desconocido. De la leva a la mili,* Madrid, 1996.

QUEIPO DE LLANO Y SIERRA, Gonzalo, *El general Queipo de Llano perseguido por la Dictadura,* Madrid, 1930.

RAMIRO DE LA MATA, Javier, «Conciencia popular y acción colonial en Marruecos (1859-1921)», *Revista de Historia Militar,* n.º 88, 2000.

RAMÓN Y CAJAL, Santiago, *Recuerdos de mi vida,* Madrid, 1923.

REPOLLÉS, teniente coronel, «Resumen de los sucesos acaecidos en la comandancia general de Melilla», Melilla, 1967.

RODRÍGUEZ DE VIGURI, Luis, *La retirada de Annual y el asedio de Monte Arruit,* Madrid, 1924.

ROGER-MATHIEU, J., *Mémoires d'Abd-el-Krim,* París, 1927.

ROMANONES, conde de, *El ejército y la política,* Madrid, 1920.

— *Notas de una vida,* Madrid, 1947.

RUIZ ALBÉNIZ, Víctor, *España en el Rif,* Madrid, 1921.

— *Ecce Homo,* Madrid, 1922.

RUIZ DE GRIJALBA, Alfonso, *Los enemigos del rey,* Madrid, 1924.

SAINZ GUTIÉRREZ, Sigifredo, *Con el general Navarro,* Madrid, 1924.

SALAFRANCA ÁLVAREZ, Juan Ignacio, «Los oficiales moros», *Revista de Historia Militar,* n.º extra 2, 2012.

SALAFRANCA ORTEGA, Jesús Felipe, *La República del Rif,* Málaga, 2004.

SAMANIEGO, Juan Antonio, *Disertación sobre la antigüedad de los Regimientos,* Madrid, 1738.

SÁNCHEZ DE TOCA, Joaquín, *la crisis de nuestro gobierno constitucional*, Madrid, 1918.

SÁNCHEZ DEL ARCO, Manuel, *Ayer y hoy en Marruecos,* Tetuán, 1952.

SÁNCHEZ DÍAZ, Ramón, «Retablo biográfico de Abd-el-Krim», *Revista de Historia Militar,* n.º 60, 1986.

Sánchez Pérez, Andrés, «Abd-el-Krim», *Revista de Historia Militar,* n.º 34, 1973.

Seco Serrano, Carlos, *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración,* Barcelona, 1969.

— *Militarismo y civilismo en la España contemporánea,* Madrid, 1984.

Sender, Ramón J., *Imán,* Barcelona, 1976.

Servicio Histórico Militar, *Historia de las Campañas de Marruecos,* Madrid 1981, vol. III, principalmente.

Sheean, Vincent, *An American among the Riffi,* Nueva York, 1926.

Soldevilla, Fernando, *El año político 1921,* Madrid, 1922.

— *El año político 1922,* Madrid, 1923.

Tessainer y Tomasich, Carlos Federico, *El Raisuni,* Málaga, 1998.

Tuñón de Lara, Manuel, *La España del siglo XX,* Barcelona, 1974.

Vila San-Juan, José Luis, *Lo que no tiene nombre,* Barcelona, sin año.

Villanova Valero, José Luis, *Los interventores, la piedra angular del Protectorado español en Marruecos,* Barcelona, 2006.

— «Los interventores del Protectorado español en Marruecos», *Revista de Historia Militar,* n.º extraordinario 2, 2012.

Vivero, Augusto, *El derrumbamiento,* Madrid, 1921.

VV. AA., *La columna Saro en la campaña de Alhucemas,* Barcelona, 1926.

VV. AA., *La Legión, 50 años de historia,* Madrid, 1970.

VV. AA., *Le Livre D'Or de la Légion Étrangère,* París, 1976.

VV. AA., *L'Armée d'Afrique,* París, 1977.

VV. AA., *Fuerzas Regulares Indígenas,* Madrid, 2007.

Weyler, Valeriano, *En el archivo de mi abuelo,* Madrid, 1946.

Windrow, Martin, *Our Friends beneath the sands,* Londres, 2011.

Woolman, David S., *Abd el-Krim y la guerra del Rif,* Barcelona, 1971.

Colección DEFENSA
Títulos publicados

COLECCIÓN DEFENSA

TÍTULOS PUBLICADOS

*Elementos del arte de la guerra
Vicente Rojo Lluch

La guerra Irán-Irak
Efraim Kars y Ralph King

De la guerra y la paz
Juan Carlos Hevia

El sistema europeo de defensa
Juan Antonio Pons Alcoy

La profesión militar en Italia
Gian Paolo Prandstraller

*Guerra y sociedad en la Europea del Renacimiento. 1450-1620
John R. Hale

Guerra y sociedad en la Europa del antiguo régimen. 1618-1789
M. S. Anderson

Guerra y sociedad en la Europa revolucionaria. 1770-1870
Geoffrey Best

*Esplendor y ocaso de los imperios europeos. 1815-1960
V. G. Kierman

*Guerra y sociedad en Europa. 1870-1970
Briand Bond

El soldado profesional
Moris Janowitz

*Estrategia: la aproximación indirecta
B. H. Liddell Hart

Control de armamento. Opciones
Morris McCain

*Lo militar: ¿más que una profesión?
Charles C. Moskos-Frank

*La máscara del mando
John Keegan

El Arma de Artillería en el reinado de Alfonso XII
Félix Sánchez Gómez

El uso de la fuerza en las relaciones internacionales
Carlos M. Díaz Barrado

*Creadores de la estrategia moderna, desde Maquiavelo a la era nuclear
Peter Paret y otros

La evolución de la estrategia nuclear
Lawrence Freedman

Historia de la administración y fiscalización económica de las Fuerzas Armadas
Antonio Raquejo Alonso

*Política de defensa y seguridad
Dirección General de Política de Defensa

*Pensar la guerra, Clausewitz (2 tomos)
Raymond Aron

Estudio del tratado sobre Fuerzas Armadas convencionales en Europa
Amador Enseñat y Berea

Seguridad, paz y defensa
Ramón Salas Larrazábal

La revolución militar moderna. El crisol español
Rene Quatrefages

Quintas y protesta social en el siglo XIX
Albino Feijóo Gómez

Orígenes del Museo del Ejército. Aproximación histórica al primer Real Museo Militar Español
M.ª Dolores Herrero Fernández-Quesada

*La guerra de la Independencia en Soria, La Rioja, Navarra, la Batalla de Tudela: 23-XI-1808
Argimiro Calama Rosellón

La Expedición Rodil y las legiones extranjeras en la 1.ª Guerra Carlista
Gonzalo de Porras y Rodríguez de León

Cisneros y la conquista española del Norte de África: cruzada, política y arte de la guerra
Beatriz Alonso Acero

Escritos de Historia Militar de José Antonio Maravall
Carmen Iglesias y Alejandro Dic (Eds.)

Extranjeros en el Ejército: Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818
Enrique García Hernán y Óscar Recio Morales (Coords.)

Cartas entre espías e inteligencias secretas en el siglo de los válidos
Diego Navarro Bonilla

Propaganda y mentalidad bélica en España y América durante el siglo XVIII
David González Cruz (Coord.)

Expedición a los Estados de la Iglesia (1849-1850)
Gonzalo de Porras y Rodríguez de León

D. Ricardo Wall Aut Caeser aut nullus
Diego Téllez Alarcia

La pacificación de Flandes. Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609)
Eduardo de Mesa Gallego

Fuerzas especiales en la Guerra Civil española. Del XIV cuerpo de ejército guerrillero a las partidas requetés del Alto Tajo
Raúl C. Cancio

Ojos y oídos de la monarquía borbónica: la organización del espionaje y la información secreta durante el siglo XVII
Taracha, Cezary

La guerra
Joaquín Sánchez Díaz

* Agotado. Disponible en las Bibliotecas Especializadas y en el Centro de Documentación del Ministerio de Defensa. *www.bibliodef.es*

En torno a Annual profundiza en los antecedentes, así como en las consecuencias y responsabilidades militares y políticas de la derrota de las tropas españolas, conocida como *Desastre de Annual*. Para ello, el autor estructura la obra en tres partes claramente diferenciadas: una introducción sobre varios aspectos que serán determinantes en los sucesos posteriores como son la actitud del gobierno respecto a África, la situación del Ejército y la trayectoria de Abd el Krim; en la segunda se estudian las operaciones militares y, por último, se analizan las consecuencias políticas del desastre, que, según la tesis del autor, se extenderían mucho más allá del verano de 1921.

Julio Albi de la Cuesta, embajador de España e historiador, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia, va más allá del análisis del conocido Expediente Picasso, que en esta obra se examina íntegro y que en lugar de dar carpetazo a las responsabilidades de los altos mandos militares dio lugar a los juicios contra los máximos responsables militares. También ha utilizado las fuentes documentales de la instrucción llevada a cabo por el Consejo Supremo de Guerra y Marina y las declaraciones realizadas ante la Comisión de Responsabilidades del Congreso. Todo ello supone una revisión completa de los hechos a la luz de esta nueva documentación.







SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

SUBDIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y PATRIMONIO CULTURAL



Colección Defensa